The ROAD That Made ME

EVERY STEP.
EVERY LESSON.
EVERY SCAR.
they all led me here.

The Road That Made Me

Copyright © 2026 Adalyn Corea Velásquez

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, almacenada o transmitida, total o parcialmente, por ningún medio electrónico, mecánico o cualquier otro, sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos permitidos por la legislación vigente sobre derechos de autor.

Esta obra es una novela de ficción inspirada en emociones, acontecimientos y vivencias que dieron origen a su historia. Con fines narrativos, los personajes, diálogos, lugares, tiempos y diversas situaciones han sido adaptados o recreados. Cualquier semejanza con personas o hechos reales forma parte de la inspiración de la obra y no constituye una representación literal de la realidad.

Primera edición digital: 2026

Autora: Adalyn Corea Velásquez

Título: *The Road That Made Me*

Diseño de portada e interior: Adalyn Corea Velásquez

Edición digital

Para quienes siguen caminando...

A quienes han enfrentado caminos difíciles, batallas silenciosas y momentos donde continuar parecía imposible.

A quienes han caído, pero encontraron la fuerza para levantarse.

A quienes necesitan recordar que ninguna dificultad define el final de su historia.

Que estas páginas sean un recordatorio de que siempre existe una razón para seguir adelante.

A veces creemos que los caminos difíciles llegan para destruirnos, pero con el tiempo descubrimos que también llegan para transformarnos. Cada caída, cada lágrima y cada batalla silenciosa deja una huella en nosotros; una huella que nos recuerda que fuimos capaces de continuar incluso cuando nuestras fuerzas parecían desaparecer.

No todos los caminos están llenos de respuestas, ni todos los días serán fáciles. Habrá momentos en los que avanzar será una decisión más que un sentimiento, pero incluso en esos instantes habrá una pequeña luz esperando ser encontrada.

Porque la historia de una persona no se define por las veces que cayó, sino por las veces que eligió levantarse. Los caminos que más duelen también pueden ser los que nos enseñan quiénes somos realmente.

Y algún día, al mirar atrás, entenderemos que cada paso, incluso aquellos que parecían perdidos, nos estaba llevando hacia la persona en la que estábamos destinados a convertirnos.

Introducción

Cada persona guarda una historia que está formada por pequeños momentos, decisiones y experiencias que, con el paso del tiempo, terminan construyendo quiénes somos. Algunos recuerdos llegan llenos de felicidad y otros dejan heridas que tardan en sanar, pero todos tienen algo en común: nos transforman.

Esta es la historia de Aylin, una joven que descubrirá que la vida no siempre sigue el camino que imaginamos. Desde sus primeros años aprenderá que crecer no solamente significa avanzar, sino también enfrentarse a cambios, superar dificultades y encontrar la valentía para continuar incluso cuando las cosas parecen demasiado complicadas.

A través de su camino, Aylin vivirá momentos que marcarán su vida para siempre. Conocerá personas que se convertirán en una parte importante de su historia, construirá amistades que le enseñarán el verdadero significado de estar acompañado y enfrentará situaciones que la harán cuestionarse, aprender y descubrir nuevas partes de sí misma.

Entre sueños que desea alcanzar, momentos de alegría y etapas llenas de desafíos, Aylin irá descubriendo que cada capítulo de su vida tiene un significado. Incluso aquellos momentos que en su momento parecían injustos o difíciles terminarán dejando una enseñanza que la ayudará a crecer.

Su camino no será perfecto. Habrá días donde las dudas serán más grandes que sus propias fuerzas, momentos donde tendrá que encontrar esperanza cuando todo parezca incierto y situaciones que pondrán a prueba su forma de ver el mundo. Pero con cada experiencia aprenderá que la fortaleza no significa nunca caer, sino tener el valor de levantarse una vez más.

Aylin descubrirá que las personas que llegan a nuestra vida, los lugares que conocemos y los momentos que vivimos forman pequeñas piezas de una historia mucho más grande. Una historia que poco a poco revela quiénes somos y quiénes estamos destinados a ser.

The Road That Made Me es el recorrido de Aylin a través de sus recuerdos, sus aprendizajes, sus sueños y sus desafíos. Es una historia sobre encontrar la propia identidad, valorar a quienes nos acompañan y comprender que incluso los caminos más difíciles pueden convertirse en la razón por la que llegamos a ser la persona que somos.

Porque al final, cada experiencia deja una huella.

Y cada huella forma el camino que nos convierte en nosotros mismos.

1

EL DESPERTAR DE UN SUEÑO

"Todo cambio comienza cuando decides escucharte a ti misma."

Aylin era una joven alegre, de esas personas que parecían iluminar cualquier lugar sin proponérselo. Tenía una forma especial de tratar a los demás; sabía escuchar, acompañar y hacer sentir importantes a quienes estaban a su alrededor. No necesitaba llamar la atención para destacar, porque su manera de ser hablaba por ella.

Desde pequeña había aprendido el valor de la amistad. En el kínder conoció a varias personas que, con el paso de los años, se convertirían en una parte importante de su vida. Algunas de esas amistades la acompañaron durante su crecimiento, pero fue en la escuela donde conoció a Valentina, una persona que poco a poco se convirtió en alguien muy especial para ella.

Al principio no eran más que dos compañeras que compartían el mismo espacio. No sabían que aquella persona que estaba a su lado terminaría siendo una de sus mejores amigas. Con el tiempo, entre conversaciones, trabajos escolares, risas y pequeños momentos, comenzaron a descubrir que tenían mucho en común. La confianza fue creciendo poco a poco hasta convertirse en una amistad verdadera, de esas que se construyen con paciencia y que terminan sintiéndose como una familia.

Valentina conocía una parte de Aylin que no todos podían ver. Sabía que detrás de esa sonrisa y esa energía que mostraba ante los demás también existía una joven que a veces se preocupaba demasiado, que se exigía más de lo necesario y que guardaba muchas cosas en silencio.

Con dieciséis años, Aylin cursaba noveno con dedicación. Era responsable y siempre intentaba dar lo mejor de sí misma. Se exigía mucho, no porque alguien se lo pidiera, sino porque quería demostrar que era capaz de alcanzar sus metas. Sus profesores admiraban su esfuerzo y compromiso, aunque pocas veces notaban el cansancio que llevaba dentro.

A pesar de todo, Aylin seguía encontrando felicidad en los pequeños momentos. Disfrutaba conversar, compartir con sus amigos y crear recuerdos que parecían simples, pero que con el tiempo se volverían importantes.

Era sábado por la mañana cuando el sonido del celular rompió la tranquilidad de su habitación. Aún medio dormida, Aylin tomó el celular vio el nombre de Valentina en la pantalla. Una sonrisa apareció en su rostro; sabía que, de alguna manera, ese día tendría un momento especial.

—Hola, Aylin… ¿cómo amaneciste? —preguntó Valentina al contestar.

—Bien… todavía un poco dormida, pero bien. ¿Y tú? ¿Qué tienes para hoy?

—Nada… mis papás van a salir. Pensé que podríamos ir al parque un rato.

—Claro, me parece bien. Nos vemos allá.

Aylin dejó el celular a un lado mientras comenzaba a prepararse. Sin saberlo, aquel día que parecía ser como cualquier otro terminaría convirtiéndose en uno de esos recuerdos que permanecerían con ella durante mucho tiempo.

Mientras escogía qué ponerse y terminaba de arreglarse, su celular volvió a sonar. Esta vez no era Valentina.

Era un mensaje de Ángel, su novio.

Hacía cuatro meses habían comenzado una relación después de conocerse en una charla. Al principio todo había sido como una historia que parecía sacada de un libro: conversaciones interminables, mensajes llenos de cariño, detalles pequeños que la hacían sonreír y esa emoción de estar descubriendo a alguien nuevo.

Aylin había disfrutado mucho esa etapa. Sentía que había encontrado a una persona con quien podía compartir sus pensamientos, sus días y sus momentos importantes.

Pero con el paso del tiempo, como sucede en muchas relaciones, las cosas comenzaron a cambiar poco a poco. No ocurrió de un día para otro; simplemente algunos detalles dejaron de estar presentes. Las conversaciones ya no eran iguales, la emoción del inicio se fue apagando y Aylin empezó a sentir que algo había cambiado entre ellos.

Tomó el celular y abrió el mensaje.

—¿Por qué me dejaste en visto ayer? —leyó en voz baja.

Se quedó mirando la pantalla durante unos segundos, pero no respondió. No porque quisiera ignorarlo, sino porque en ese momento no sabía cómo explicar lo que sentía. Bloqueó el celular y lo dejó a un lado, intentando no pensar demasiado en ello.

Para distraerse, abrió sus redes sociales sin mucha intención. Comenzó a deslizar publicaciones sin prestar demasiada atención, hasta que una imagen hizo que se detuviera.

Era una academia de baile anunciando becas disponibles.

No fue una emoción inmediata, sino algo más profundo, más silencioso. Entró a la publicación y comenzó a ver videos de las clases, las presentaciones y los movimientos de quienes bailaban.

Poco a poco, algo dentro de ella comenzó a despertar.

Recordó lo que significaba bailar.

No era solamente aprender pasos o estar sobre un escenario. Para ella, el baile era ese lugar donde podía olvidarse de todo, donde sus preocupaciones desaparecían y podía sentirse completamente libre.

Pero había tenido que alejarse.

Meses atrás, una enfermedad la había obligado a detener muchas de las cosas que amaba. El baile había quedado en pausa, esperando el momento en que pudiera regresar.

Recordó los ensayos, las risas, los momentos antes de bailar y todo lo que esa etapa había significado para ella. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se permitió imaginar volver.

Pero ahora, por primera vez en meses, esa posibilidad parecía estar frente a ella.

Aylin se quedó frente a la pantalla completamente concentrada. Lo que al principio había sido solo una publicación más en sus redes terminó convirtiéndose en algo que captó toda su atención.

Comenzó a investigar sobre la academia, revisó las clases disponibles, los horarios, los requisitos de matrícula y cada detalle que pudiera acercarla nuevamente al mundo del baile.

Mientras más descubría, más crecía esa emoción que había estado guardada durante meses.

Por un momento dejó de pensar en todo lo demás. Olvidó el mensaje de Ángel, las preocupaciones que había tenido durante los últimos días e incluso la salida que había planeado con Valentina.

El tiempo pasó sin que se diera cuenta.

Entre videos, información y recuerdos, Aylin volvió a sentirse como aquella niña que disfrutaba bailar sin preocuparse por nada más. Era como si una parte de ella que había permanecido dormida durante mucho tiempo estuviera despertando nuevamente.

Cuando finalmente levantó la mirada de la pantalla, notó la hora.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—No puede ser… —susurró.

Había pasado mucho más tiempo del que imaginaba.

El entusiasmo que había sentido momentos antes se mezcló con una pequeña preocupación.

Había olvidado por completo la salida con su mejor amiga.

Aylin se levantó rápidamente y terminó de arreglarse. Tomó su pequeño bolso, revisó que llevara todo lo necesario y, antes de salir, abrió la pequeña cajita que tenía sobre su mesa de noche.

Sacó algo de dinero que había guardado allí, lo acomodó dentro de su bolso y miró por última vez la habitación.

Por un momento, pensó en todo lo que había pasado esa mañana: el mensaje que decidió dejar sin respuesta, los recuerdos que habían vuelto al ver aquellos videos de baile y esa sensación extraña de volver a encontrar una parte de ella que creía perdida.

Cerró la puerta detrás de sí y salió rumbo al parque.

El aire de la mañana se sentía tranquilo mientras caminaba. No sabía exactamente qué iba a pasar ese día, pero después de mucho tiempo sentía una pequeña emoción creciendo dentro de ella.

Como si, poco a poco, estuviera volviendo a encontrarse consigo misma.

Cuando Aylin llegó al parque, una sonrisa apareció en su rostro al verla.

Valentina ya estaba esperándola sentada en una de las bancas, observando a las personas pasar mientras jugaba distraídamente con sus manos. Al notar que Aylin se acercaba, levantó la mirada y sonrió de inmediato.

Sin pensarlo demasiado, se levantó y caminó hacia ella para abrazarla.

—Te extrañaba —dijo Valentina con una pequeña sonrisa, como si esas dos palabras resumieran todo el tiempo que habían pasado sin verse.

Aylin correspondió el abrazo con cariño. Había extrañado esos momentos simples, donde no tenía que fingir que todo estaba bien.

—Yo también te extrañaba —respondió con una sonrisa sincera.

Ambas se sentaron en la banca mientras disfrutaban la tranquilidad del lugar. Durante unos minutos hablaron de cosas pequeñas, recordando momentos y poniéndose al día con sus vidas.

Pero Valentina notó algo en la mirada de Aylin. Aunque estaba sonriendo, parecía tener algo en la mente.

—¿Te pasa algo? —preguntó con cuidado, mirándola con atención.

Aylin bajó un poco la mirada y jugó con la correa de su bolso antes de responder.

—En realidad… sí. Hoy vi algo en redes sociales —dijo, haciendo una pequeña pausa—. Era una academia de baile que estaba dando becas.

Sus ojos comenzaron a iluminarse mientras hablaba.

—No sé cómo explicarlo, pero cuando vi los videos sentí algo diferente. Me dieron muchas ganas de volver a bailar.

Valentina sonrió al verla emocionarse de esa manera.

—Entonces deberías hacerlo —respondió sin dudar—. Si es algo que realmente te hace feliz, no deberías dejarlo atrás por miedo.

Aylin guardó silencio por unos segundos. La emoción que había sentido antes comenzó a mezclarse con las preocupaciones que llevaba dentro.

—Ojalá fuera tan fácil… —dijo con una pequeña sonrisa triste—. No es solo por el baile.

Valentina la observó esperando que continuara.

—Mi relación con Ángel está rara últimamente —confesó Aylin en voz baja—. Al principio todo era diferente, pero siento que poco a poco las cosas cambiaron.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Y en mi casa… casi nunca hay alguien con quien pueda hablar. A veces siento que tengo muchas cosas guardadas y no sé con quién compartirlas.

Valentina la escuchó con atención, sin interrumpirla. Sabía que Aylin no siempre hablaba de lo que sentía, así que para ella era importante simplemente estar ahí.

—Aylin… no tienes que cargar con todo sola —dijo con suavidad—. Si algo te está haciendo sentir mal, tienes derecho a pensarlo y buscar algo que te haga bien.

Aylin respiró profundamente mientras miraba hacia el frente.

—Tal vez tienes razón… —respondió con una pequeña sonrisa—. Creo que necesito volver a hacer algo por mí.

Valentina sonrió al verla un poco más tranquila.

—La Aylin que yo conozco siempre ha sido esa persona que brilla cuando hace lo que ama.

Esas palabras hicieron que Aylin sonriera. Por mucho tiempo había dejado que el miedo y las dudas decidieran por ella, pero en ese momento recordó por qué amaba tanto bailar.

—Creo que voy a intentarlo —dijo Aylin mirando a Valentina con una sonrisa tímida.

Valentina la miró con alegría.

—Sabía que ibas a hacerlo.

Aylin tomó aire y, antes de que sus dudas regresaran, llenó el formulario de inscripción. Sus manos se movían con un poco de nervios, pero al mismo tiempo sentía una felicidad que no había experimentado en mucho tiempo.

Después de confirmar sus datos, recibió inmediatamente la fecha de la prueba.

Al leer el mensaje, sus ojos se iluminaron.

—No sabes lo feliz que me siento ahora mismo —dijo Aylin mirando la pantalla con ilusión.

Valentina sonrió orgullosa al verla así.

—Siempre fuiste buena, Aylin. Nunca dejaste de serlo.

Valentina sonrió al verla un poco más tranquila. Después de unos segundos de silencio, recordó algo y miró a Aylin con curiosidad.

—Por cierto… gracias de verdad —dijo Aylin con una sonrisa sincera—. Oye, ¿me vas a acompañar a mi práctica? Me dijeron que es mañana en la tarde.

Valentina levantó las cejas como si la respuesta fuera obvia.

—Claro, por supuesto. Sabes que no te voy a dejar sola —respondió con una sonrisa mientras le daba un pequeño golpe en el hombro de manera amistosa—. Pero ahora cuéntame… ¿qué vas a hacer con Ángel?

La sonrisa de Aylin disminuyó un poco. Bajó la mirada mientras pensaba en la pregunta.

—No sé… —admitió después de unos segundos—. Siento que él hace que retroceda con mis sueños.

Valentina la miró con preocupación, pero sin juzgarla.

—Aylin… entonces tienes que pensar en ti también. No puedes seguir quedándote en un lugar donde sientes que estás dejando de ser quien eres.

Aylin suspiró y miró hacia el parque. Sabía que aquellas palabras tenían algo de verdad, aunque todavía no estaba lista para aceptar completamente lo que significaban.

—Será… —respondió con una pequeña sonrisa—. Puede que lo haga mañana. Pero por ahora quiero disfrutar este momento.

Valentina sonrió al verla así.

—Me alegra mucho verte con esa sonrisa otra vez —dijo con sinceridad—. Extrañaba verte emocionarte por algo.

Aylin la miró y sonrió.

—Te amo mucho, Vale.

—Yo también te amo mucho —respondió Valentina con una sonrisa.

Las dos rieron suavemente, dejando que la tranquilidad del momento llenara el espacio entre ellas.

Después de unos segundos, Aylin se levantó de la banca y miró a Valentina con una expresión más alegre.

—Oye… ¿vamos por un helado?

Valentina sonrió divertida.

—Sabía que ibas a decir eso.

Ambas comenzaron a caminar por el parque, disfrutando de ese pequeño momento que, sin saberlo, Aylin había necesitado durante mucho tiempo.

La tarde continuó entre risas, conversaciones y momentos que parecían simples, pero que para Aylin significaban mucho más de lo que imaginaba.

Después del helado, ambas caminaron por el parque sin prisa. Hablaron de recuerdos de la escuela, de personas que habían conocido durante los años y de todas esas pequeñas cosas que solo dos amigas que han compartido mucho tiempo pueden entender.

Por un momento, Aylin dejó de pensar en los problemas que llevaba acumulando. No pensó en los mensajes pendientes, en las dudas sobre su relación ni en todo aquello que había estado guardando en silencio durante tanto tiempo.

Solo disfrutó.

Valentina logró hacerla reír como antes, recordándole esa versión de Aylin que a veces parecía esconderse detrás de sus preocupaciones. Esa joven que se emocionaba por las cosas pequeñas, que soñaba y que encontraba felicidad en momentos sencillos.

Mientras el sol comenzaba a bajar, ambas se sentaron nuevamente en una banca para descansar.

—Gracias por hoy —dijo Aylin con una sonrisa tranquila—. De verdad necesitaba esto.

Valentina la miró con cariño.

—Siempre voy a estar para ti, Aylin. No importa lo que pase.

Aquellas palabras hicieron que Aylin sonriera.

Sabía que no tenía todas las respuestas todavía, pero por primera vez en mucho tiempo sentía que podía volver a intentarlo.

Cuando llegó la hora de despedirse, ambas se abrazaron antes de tomar caminos diferentes.

—Nos vemos mañana en la práctica —dijo Aylin sonriendo.

—Ahí estaré —respondió Valentina con una seguridad que no había sentido en mucho tiempo.

Aylin comenzó a caminar de regreso a casa con una sensación diferente en el corazón.

La tarde no había cambiado todos sus problemas, pero sí había cambiado algo dentro de ella.

Después de mucho tiempo, volvía a sentir ilusión por algo.

Al día siguiente, Aylin llegó al colegio como cualquier otra mañana.

Las clases pasaron entre apuntes, explicaciones de los profesores y conversaciones con sus compañeros. Intentaba concentrarse, pero su mente volvía una y otra vez a lo ocurrido el día anterior.

Aun así, había algo diferente en ella.

Por primera vez en mucho tiempo sentía que estaba haciendo algo por sí misma. La práctica de baile se acercaba y, aunque seguía nerviosa, una pequeña emoción la acompañaba durante el día.

Durante el recreo conversó con sus amigos y sonrió en algunos momentos. Intentaba disfrutar la rutina, aunque sabía que todavía tenía una conversación pendiente.

Cuando llegó la hora del almuerzo, el colegio volvió a llenarse de conversaciones y risas. Muchos estudiantes caminaban en grupos por los pasillos o se reunían en diferentes rincones para compartir el descanso.

Aylin, en cambio, tenía una rutina distinta.

Nunca había sido una persona muy sociable dentro de su salón. Era tranquila, reservada y prefería escuchar antes que hablar. Aunque se llevaba bien con sus compañeros, no tenía amistades cercanas dentro de su aula. Las personas con las que realmente compartía eran amigos que había conocido fuera del colegio, algunos desde hacía varios años.

Por eso, cada almuerzo hacía lo mismo.

Tomaba su comida, caminaba hasta la parte de atrás de las aulas y se sentaba en el piso, donde el ambiente era más tranquilo. Desde ahí observaba el movimiento del colegio mientras almorzaba con calma.

Muchas veces pasaba ese rato conversando por chat con sus amigos, respondiendo mensajes o compartiendo cómo había ido su mañana. Era una costumbre que había adoptado con el tiempo y que disfrutaba más que intentar encajar en conversaciones donde nunca se había sentido completamente parte.

Aquel día no fue diferente.

Se acomodó en el piso, dejó su almuerzo a un lado y sacó el celular de su bolso.

Sin embargo, esa vez no iba a escribirle a alguno de sus amigos.

Había una conversación que llevaba demasiado tiempo posponiendo.

Abrió el chat de Ángel y permaneció varios segundos observando la pantalla, intentando encontrar las palabras adecuadas.

Después de cuatro meses juntos y de tantos recuerdos compartidos, escribir aquel mensaje se sentía mucho más difícil de lo que Aylin había imaginado.

Respiró profundamente mientras observaba la pantalla de su celular. Sus dedos permanecieron inmóviles durante unos segundos hasta que, finalmente, comenzaron a escribir.

—Ángel… he estado pensando mucho en nosotros.

Suspiró y continuó escribiendo.

—No quiero hacer esto más complicado de lo que ya es, pero siento que nuestra relación ya no es la misma.

—¿Estás hablando en serio? —escribió, y Aylin pudo imaginar la sorpresa detrás de esas palabras.

—¿Pero por qué? ¿Hice algo malo?

—No, Ángel. No hiciste nada malo. Simplemente siento que ya no soy feliz como antes.

—Pensé que estábamos bien...

—Yo también lo intenté. Intenté convencerme de que todo volvería a ser como al principio, pero no fue así. Y seguir fingiendo sería injusto para los dos.

Del otro lado del chat no llegó ninguna respuesta inmediata. Los segundos comenzaron a pasar y, poco a poco, el silencio se hizo presente.

Aylin permaneció observando la pantalla de su celular durante unos instantes, como si esperara que aparecieran unas últimas palabras. Sin embargo, eso nunca ocurrió.

Con un suspiro, bloqueó el celular y lo guardó dentro de su bolso. Después levantó la mirada para seguir almorzando sin imaginar todo lo que acababa de pasar.

Llevó una mano a su pecho y respiró profundamente.

Le dolía haber tomado aquella decisión. No porque creyera que era la equivocada, sino porque despedirse de alguien que alguna vez fue importante nunca resulta sencillo.

Aun así, en medio de esa tristeza había una sensación diferente.

Por primera vez no estaba tomando una decisión para complacer a alguien más ni por miedo a quedarse sola.

La estaba tomando por ella.

Y, aunque el camino apenas comenzaba, sabía que volver a elegirse a sí misma era el primer paso para reconstruir todo aquello que había dejado atrás.

Aylin guardó el celular dentro de su bolso y respiró profundamente una vez más.

No sentía felicidad, porque terminar una etapa nunca era fácil, pero sí una extraña sensación de alivio. Había tomado una decisión pensando en ella, en sus sueños y en la persona que quería volver a ser.

Se puso de pie, tomó su bolso y caminó de regreso al salón. El resto de las clases transcurrió con normalidad. Escuchó a los profesores, tomó apuntes y respondió algunas actividades. De vez en cuando su mente recordaba la conversación con Ángel, pero ya no con la misma incertidumbre de antes.

Había cerrado una etapa de su vida.

Y, aunque dolía, sabía que era lo correcto.

Cuando sonó la campana de su salida, Aylin salió del colegio junto al resto de los estudiantes. Mientras caminaba hacia su casa, no podía dejar de pensar en la práctica de baile que la esperaba esa tarde.

Al llegar, dejó su bolso sobre la cama y fue directamente a darse un baño. El agua tibia pareció llevarse consigo el cansancio del día y los nervios que aún sentía.

Al salir, abrió su clóset y eligió la ropa con la que siempre entrenaba. Se recogió el cabello en una cola alta, acomodó cuidadosamente cada mechón frente al espejo y guardó una botella de agua, una toalla pequeña y todo lo necesario dentro de su bolso.

Cuando terminó de alistarse, el sonido de su celular rompió el silencio de la habitación. Aylin tomó el celular y una pequeña sonrisa apareció en su rostro al ver el nombre de Valentina en la pantalla. Sin hacerlo esperar demasiado, deslizó el dedo para responder la llamada.

—¿Lista? —preguntó Valentina con entusiasmo al otro lado de la línea.

Aylin soltó una pequeña risa mientras terminaba de acomodar su bolso.

—Más nerviosa que lista.

—Es normal. La primera práctica siempre da nervios, pero recuerda que no vas sola. Te dije que te iba a acompañar.

Las palabras de su amiga hicieron que Aylin sintiera un poco de tranquilidad.

—Gracias, Vale. De verdad significa mucho para mí.

—Nos vemos en unos minutos. Paso por ti y nos vamos juntas.

—Está bien. Aquí te espero.

Cuando la llamada terminó, Aylin guardó el celular, tomó su bolso y respiró profundamente antes de salir de su habitación.

Estaba a punto de regresar al lugar que durante meses había extrañado.

Unos minutos después, Valentina llegó hasta la casa de Aylin. Apenas se vieron, ambas sonrieron con emoción.

Las dos comenzaron a caminar juntas hacia la academia. Durante el trayecto conversaron de cualquier cosa que se les ocurría. Recordaron algunas anécdotas de la escuela, se rieron de momentos vergonzosos que habían vivido juntas y, por unos minutos, los nervios de Aylin parecieron desaparecer.

Mientras más se acercaban, el corazón de Aylin comenzaba a latir con más fuerza.

Al llegar, levantó la mirada y se quedó observando el edificio frente a ella. Una sonrisa apareció casi de inmediato en su rostro y sus ojos se iluminaron. Hacía meses que no volvía a ese lugar y, aun así, sentía que nunca había dejado de pertenecer allí.

Era como reencontrarse con una parte de sí misma que había permanecido dormida durante mucho tiempo.

Respiró profundamente antes de entrar. La emoción y los nervios se mezclaban en su pecho, pero esta vez ninguno de los dos era suficiente para hacerla retroceder.

Apenas cruzaron la puerta, una joven que se encontraba en la recepción las recibió con una amable sonrisa.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenas tardes —respondió Aylin con una sonrisa algo nerviosa—. Vengo por la práctica de ingreso.

—Claro. ¿Me regalas tu nombre, por favor?

La recepcionista buscó unos segundos en la computadora y luego volvió a sonreír.

—Perfecto, Aylin. Tu práctica comienza en unos minutos. Puedes subir al segundo piso; el profesor ya te está esperando.

—Muchas gracias —respondió Aylin con una sonrisa sincera.

Ambas subieron las escaleras mientras los nervios volvían poco a poco.

Al llegar al segundo piso encontraron un salón amplio, con enormes espejos cubriendo una pared completa. La música sonaba a un volumen bajo mientras varios jóvenes terminaban de estirar.

—Buenas tardes —saludó Valentina con amabilidad.

El profesor levantó la vista y sonrió.

—Hola. Tú debes ser Aylin, ¿verdad? Eras la única que faltaba.

—Sí... perdón por el atraso.

El profesor negó con la cabeza.

—Tranquila. Apenas estamos calentando. Si quieres, puedes comenzar a estirar mientras terminamos esta parte. Haré tu prueba al final para que tengas tiempo de prepararte.

Tomó una colchoneta y caminó hacia una esquina del salón junto a Valentina. Mientras comenzaba a estirar lentamente cada músculo, intentaba relajarse antes de la prueba.

Mientras ambas estiraban en una esquina del salón, Valentina aprovechó para cambiar de tema y distraer a Aylin de los nervios que todavía tenía por la prueba.

—Oye... —preguntó mientras inclinaba su cuerpo para estirar una pierna—. ¿Ya terminaste con Ángel?

—Sí... —respondió Aylin con una pequeña sonrisa mientras seguía calentando—. Ya terminé con él.

Guardó silencio unos segundos antes de volver a hablar.

—Y, sinceramente, me siento muy feliz. Bueno... todavía es una sensación un poco rara, pero siento que ya no tengo un obstáculo que me impida seguir adelante.

—¡Por fin! —exclamó Valentina con una sonrisa de satisfacción.

Aylin soltó una risa y la miró de reojo.

—¿Y eso por qué lo dices?

—Porque ese chico nunca me cayó bien... —respondió Valentina encogiéndose de hombros y riendo un poco—. Sin ofender.

—¿Y por qué me voy a ofender?

—No sé... —contestó entre risas—. Pensé que todavía ibas a salir a defenderlo.

—Es que al principio estaba muy enamorada —admitió Aylin riéndose de sí misma.

—¡Exactamente! Estabas tan enamorada que nunca notaste lo presumido que era.

Aylin negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Puede ser... ahora que lo pienso, creo que sí le perdonaba demasiadas cosas.

—¿Lo ves? —dijo Valentina con una sonrisa orgullosa—. Para eso estamos las mejores amigas: para abrirte los ojos cuando tú sola no puedes.

—Bueno... en eso sí te doy la razón.

Las dos continuaron estirando entre bromas y risas, hasta que, por un momento, Aylin olvidó por completo los nervios de la prueba.

Desde el otro lado del salón, Valentina no dejaba de mirarla. De vez en cuando le sonreía o levantaba el pulgar para transmitirle confianza. Aylin respondía con una pequeña sonrisa, aunque los nervios seguían presentes.

Uno a uno, los aspirantes fueron pasando al frente. El profesor observaba con atención cada movimiento, hacía algunas correcciones y tomaba notas mientras la música llenaba el salón.

Finalmente llegó su turno.

—Aylin, te toca a ti —dijo el profesor con una sonrisa.

Ella respiró profundamente antes de caminar hasta el centro del salón.

Por un instante, todo pareció quedarse en silencio.

La música comenzó a sonar.

Al principio sintió que los nervios intentaban dominarla, pero bastaron unos cuantos movimientos para que su cuerpo empezara a recordar.

Recordó las horas de ensayo, las correcciones, el esfuerzo y cada paso que había aprendido antes de verse obligada a dejar el baile por un tiempo.

Sin darse cuenta, dejó de pensar.

Simplemente bailó.

Cada movimiento salía con mayor seguridad, como si su cuerpo hubiera estado esperando ese momento durante meses. La expresión de preocupación desapareció poco a poco de su rostro y fue reemplazada por una sonrisa sincera.

Desde una esquina del salón, Valentina la observaba con orgullo. Sabía cuánto había significado para Aylin volver a estar ahí.

Cuando la música terminó, el salón quedó completamente en silencio durante unos segundos.

El profesor cerró la libreta que tenía en las manos y caminó hacia ella.

—Se nota que llevas el baile en ti —dijo con una sonrisa—. Tienes buena técnica y, sobre todo, transmites mucho cuando bailas. Hay detalles que iremos corrigiendo con el entrenamiento, pero tienes un gran potencial.

Aylin permanecía inmóvil, intentando asimilar cada una de las palabras del profesor. Sentía que el corazón le latía con fuerza y, por un instante, fue incapaz de responder. Todo el esfuerzo, las horas de práctica y los meses en los que creyó que nunca volvería a bailar pasaron por su mente en cuestión de segundos.

El profesor notó la sorpresa reflejada en su rostro y sonrió con satisfacción.

—Bienvenida a la academia, Aylin. Estás aceptada.

—¿En... en serio? —preguntó con los ojos completamente abiertos y una sonrisa que apenas comenzaba a dibujarse en su rostro.

—Claro que sí. Nos vemos en la próxima clase.

La emoción fue más fuerte que cualquier intento por contenerla. Aylin corrió hasta donde estaba Valentina y la abrazó con fuerza.

—¡Me aceptaron! —exclamó entre risas, incapaz de ocultar la felicidad que sentía.

Valentina le devolvió el abrazo con la misma emoción.

—Te dije que lo ibas a lograr. Nunca dudé de ti.

Desde aquel día, las tardes de Aylin cambiaron por completo.

Al salir del colegio, llegaba a casa, descansaba unos minutos, se preparaba y, sin falta, asistía a sus clases de baile. Poco a poco, esa rutina se convirtió en una de las partes más importantes de su semana.

Cada ensayo representaba un nuevo reto. Había días en los que terminaba agotada, con los músculos adoloridos y sintiendo que algunos pasos parecían imposibles. Sin embargo, nunca dejó que el cansancio fuera una excusa para rendirse. Al contrario, cada dificultad la motivaba a esforzarse aún más.

Pero el baile nunca se convirtió en una razón para descuidar sus estudios.

Aylin sabía que ambas cosas eran importantes. Durante las mañanas cumplía con sus responsabilidades en el colegio, entregaba sus trabajos, estudiaba para los exámenes y mantenía el compromiso que siempre la había caracterizado. Por las tardes se entregaba por completo a la academia, donde cada clase le recordaba por qué había decidido regresar.

Con el paso de las semanas, encontró un equilibrio entre sus obligaciones y aquello que tanto amaba. Aprendió a organizar mejor su tiempo, a ser disciplinada y a comprender que perseguir un sueño también implicaba esfuerzo y constancia.

Sin darse cuenta, el baile dejó de ser solo una actividad.

Se convirtió en el lugar donde recuperó la confianza en sí misma, donde volvió a sonreír sin fingir y donde entendió que nunca es tarde para regresar a aquello que hace feliz al corazón.

Aquel fue apenas el comienzo de una nueva etapa en su vida, una en la que, por primera vez en mucho tiempo, decidió elegir sus propios sueños sin dejar de lado las responsabilidades que la ayudarían a construir su futuro.

2

Casualidades que cambian todo

Hay encuentros que parecen pequeños al principio, pero terminan dejando una huella para siempre.

Antes de que el tiempo pudiera detenerse a recordárselo, las semanas habían pasado. Entre las mañanas en el colegio y las tardes en la academia, Aylin encontró una rutina que poco a poco comenzó a darle tranquilidad. Cada día salía de clases, llegaba a casa para terminar sus responsabilidades y, cuando el reloj marcaba la hora, se preparaba para asistir a sus entrenamientos. Lo que al principio había estado lleno de nervios e inseguridades se transformó en disciplina, constancia y una ilusión que crecía con cada ensayo. Sin darse cuenta, el baile volvió a ocupar el lugar que siempre había tenido en su corazón.

El profesor también comenzó a notar ese cambio.

Ya no veía a la joven nerviosa que había llegado el primer día para realizar una prueba de ingreso. Frente a él estaba una bailarina disciplinada, comprometida y con un enorme deseo de seguir aprendiendo.

Una tarde, al finalizar la clase, el profesor pidió que nadie abandonara el salón.

Una tarde, al finalizar la clase, el profesor pidió que nadie abandonara el salón.

Los alumnos se miraron entre sí con curiosidad mientras apagaban la música y se reunían frente a él.

El profesor sonrió antes de hablar.

—Bueno, hoy tengo una muy buena noticia para todos. Estoy seguro de que esto los va a motivar durante las próximas semanas.

Los estudiantes comenzaron a murmurar entre ellos, ansiosos por saber de qué se trataba.

—Dentro de unas semanas participaremos en una actividad organizada por la municipalidad. Habrá ventas, música, diferentes presentaciones artísticas... y nuestra academia fue invitada para formar parte del evento.

Algunos comenzaron a aplaudir, otros se abrazaban y varios ya imaginaban cómo sería presentarse frente a tantas personas.

Después de tantos meses alejada del baile, por fin tendría la oportunidad de volver a subir a un escenario y demostrar todo lo que había estado aprendiendo desde su regreso a la academia.

El profesor levantó una mano para volver a llamar la atención del grupo.

—Pero quiero dejar algo muy claro. Quienes estén ese día representarán a toda la academia, así que necesito compromiso, puntualidad y mucho esfuerzo durante los ensayos. Confío en ustedes, pero quiero ver que también confían en ustedes mismos.

—¡Sí, profesor!

Él sonrió nuevamente.

—Y hay algo más. Ese día sus familias también podrán asistir para acompañarlos y disfrutar de la presentación.

Las sonrisas comenzaron a llenar el salón. De inmediato, varios alumnos empezaron a comentar emocionados a quiénes invitarían. Algunos hablaban de sus padres, otros de sus hermanos, de sus abuelos o de familiares que nunca se perdían una de sus presentaciones.

Aylin también sonreía, pero aquella emoción fue apagándose poco a poco hasta desaparecer casi por completo. Bajó la mirada por unos segundos mientras un pensamiento cruzaba su mente.

Sabía que, muy probablemente, sus padres no estarían allí.

No era algo que la sorprendiera. Desde hacía varios años, el trabajo ocupaba casi todo su tiempo. La mayoría de las mañanas despertaba con la casa vacía y, cuando ellos regresaban por la noche, el cansancio era tan evidente que apenas podían conversar unos minutos antes de irse a descansar.

En más de una ocasión había esperado con ilusión el momento de contarles sobre una buena calificación, un reconocimiento en el colegio o algún nuevo logro que la hacía sentir orgullosa. Sin embargo, casi siempre encontraba la misma respuesta.

—Después hablamos, hija... ahorita estamos ocupados.

Con el paso del tiempo, Aylin dejó de insistir. No porque hubiera dejado de necesitar a sus padres, sino porque aprendió a guardar muchas de sus alegrías para sí misma.

Afortunadamente, la vida también había puesto en su camino a personas que decidieron acompañarla. Valentina siempre encontraba el tiempo para escucharla, sus amigos celebraban cada uno de sus avances como si fueran propios y, en muchas ocasiones, los padres de ellos la apoyaban tanto emocional como económicamente cuando era necesario. Eran quienes preguntaban cómo iban sus ensayos, quienes la animaban antes de cada reto y quienes la hacían sentir que nunca estaba completamente sola.

Mientras observaba a sus compañeros hablar con tanta ilusión sobre el día de la presentación, Aylin respiró profundamente y volvió a levantar la mirada.

Aunque sus padres quizá no ocuparían un asiento entre el público, sabía que habría personas que aplaudirían con el mismo orgullo.

Y, por primera vez, entendió que el apoyo no siempre llega de quienes comparten tu sangre, sino también de quienes deciden caminar a tu lado cuando más los necesitas.

—Y bien... ya es suficiente de hablar —dijo el profesor, dando una palmada para llamar la atención de todos—. Es momento de empezar a montar la presentación. También tendremos que definir el vestuario, las posiciones y cada detalle para que ese día todo salga como lo hemos planeado.

Los alumnos respondieron con entusiasmo y rápidamente ocuparon sus lugares en el salón.

La música volvió a sonar y los ensayos comenzaron.

Durante las siguientes semanas, cada tarde estuvo llena de esfuerzo y dedicación. Una y otra vez repetían la coreografía, corregían movimientos, cambiaban posiciones y perfeccionaban cada detalle. Había momentos de cansancio, equivocaciones y risas cuando alguien olvidaba un paso, pero nadie perdía el ánimo.

Aylin disfrutaba cada ensayo como si fuera el primero. Cada día se sentía más segura de sí misma y, sin darse cuenta, aquella presentación se convirtió en uno de los momentos que más esperaba.

Cuando menos lo esperaron, faltaban únicamente tres días para la presentación.

Los nervios comenzaban a sentirse en el ambiente. Algunos repasaban la coreografía una y otra vez, mientras otros hablaban emocionados sobre quiénes asistirían a verlos.

Aquella conversación hizo que Aylin sonriera.

Entonces recordó a todas las personas que habían estado con ella desde que decidió regresar al baile. Aquellos amigos que la habían escuchado cuando más lo necesitó, que la animaron a no rendirse y que siempre celebraban cada uno de sus logros.

Quería que estuvieran presentes en un día tan importante.

Era el día de su primera presentación después de mucho tiempo.

Aylin abrió los ojos antes de que sonara la alarma. No había necesitado despertador; la emoción y los nervios habían sido suficientes para sacarla de la cama.

Durante unos segundos permaneció acostada, mirando el techo de su habitación mientras intentaba ordenar todo lo que sentía. Tenía un nudo en el estómago, una mezcla extraña entre ilusión y miedo que no la dejaba quedarse completamente tranquila.

No era solamente una presentación.

Era la prueba de que había vuelto a hacer algo que amaba, de que después de todo lo que había pasado todavía podía estar ahí, frente a un escenario, haciendo lo que siempre había disfrutado.

Tomó su celular casi por impulso y abrió el grupo de chat que tenía con sus amigos. Una sonrisa apareció en su rostro al recordar que, sin importar lo que ocurriera, ellos siempre habían estado para apoyarla.

Escribió un mensaje.

—Hola, chicos. ¿Cómo están? —preguntó Aylin mientras esperaba sus respuestas.

—¡Hola, Aylin! —respondió uno de ellos con entusiasmo—. Todo bien, ¿y tú?

—Buenos días, ¿qué pasó? —preguntó otro con curiosidad.

Aylin sonrió al ver que todos habían respondido.

—Quería invitarlos a algo especial —escribió después de unos segundos—. Hoy tengo mi primera presentación de baile después de regresar a la academia. Va a ser en la plaza y me haría mucha ilusión que pudieran acompañarme.

Apenas envió el mensaje, las respuestas comenzaron a llegar una tras otra.

—¡Claro que vamos! —respondió uno de sus amigos casi de inmediato.

—Solo dinos la hora y ahí estaremos —escribió otro con emoción.

—No nos perderíamos algo así por nada —agregó alguien más.

Aylin sintió una sensación cálida en el pecho mientras leía cada uno de los mensajes. Era una sensación que conocía bien: la tranquilidad de saber que no estaba sola y que, incluso en los momentos más importantes, tenía personas que creían en ella y querían verla cumplir sus sueños.

Con una pequeña sonrisa en el rostro, después de unos segundos volvió a escribir.

—Gracias, de verdad. Si quieren pueden invitar a sus familias también. Después de la presentación podríamos salir a caminar o hacer algo juntos.

La respuesta no tardó.

—¡Me parece perfecto! Hace mucho no hacemos algo así.

—Sí, ya hacía falta vernos todos.

—Va a ser un día bonito.

Aylin dejó el celular a un lado con una pequeña sonrisa en el rostro.

Aquellas palabras habían logrado calmar un poco los nervios que llevaba desde que despertó. Saber que las personas que la habían acompañado durante todo ese proceso estarían ahí significaba más de lo que podía explicar.

Después se levantó y comenzó a prepararse para el día. Como siempre, ayudó con algunas tareas de la casa y compartió un rato con su familia mientras terminaba de organizar sus cosas.

Entre una actividad y otra, las horas fueron avanzando sin que se diera cuenta.

Y mientras el momento de la presentación se acercaba, Aylin sentía que estaba a punto de vivir uno de esos recuerdos que permanecerían con ella para siempre.

Cuando terminó con las tareas de la casa, Aylin regresó a su habitación. Tomó una ducha y comenzó a prepararse con más cuidado del habitual.

Sacó su vestuario, revisó cada detalle y se lo probó varias veces frente al espejo. Acomodó la tela, corrigió pequeños detalles y observó su reflejo durante unos segundos.

Por un momento, Aylin se quedó completamente quieta frente al espejo. Observó su reflejo en silencio, como si intentara reconocer a la persona que tenía frente a ella después de todo lo que había vivido.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro mientras acomodaba con cuidado una parte de su vestuario.

—Me hacía falta esto… —murmuró suavemente—. Siempre fue mi sueño.

Durante unos segundos permaneció en silencio. En su mente pasaron recuerdos de los últimos meses: las veces que había dudado de sí misma, los momentos en los que dejó de lado aquello que amaba y cómo poco a poco se había alejado de una parte importante de quien era.

Cuando eran las cinco de la tarde, Aylin tomó sus cosas y salió rumbo a la academia para el último ensayo antes de la presentación.

Al llegar, encontró a sus compañeros terminando de prepararse.

—¡Hola, chiquillos! —saludó con una sonrisa mientras entraba al salón.

—¡Hola, Aylin! —respondieron varios al verla llegar—. ¿Lista?

Aylin dejó su bolso a un lado y soltó una pequeña risa.

—Nerviosa, pero sí. Creo que estoy lista.

El último ensayo comenzó poco después. Repasaron cada movimiento, ajustaron algunos detalles y repitieron la coreografía varias veces hasta sentirse más seguros. Aunque todos estaban cansados, había algo diferente en el ambiente.

Ya no era solamente la preocupación de equivocarse.

También estaba la emoción de saber que todo el esfuerzo de esas semanas finalmente se vería reflejado.

Cuando terminaron, el profesor les recordó los últimos detalles antes de la presentación y, poco después, un microbús llegó para llevarlos al lugar del evento.

Uno a uno comenzaron a subir mientras conversaban y compartían los nervios de ese momento.

Aylin se sentó junto a una de sus nuevas compañeras, una chica que había conocido desde que entró a la academia y que, sin darse cuenta, se había convertido en alguien importante para ella.

Apoyó la cabeza contra la ventana mientras observaba el camino.

Durante el trayecto permaneció en silencio por unos momentos, dejando que sus pensamientos recorrieran todo lo que había pasado para llegar hasta ahí.

Al llegar al lugar de la presentación, todos bajaron del microbús y se reunieron antes de comenzar.

Como era costumbre del grupo, formaron un pequeño círculo para hacer una oración antes de salir al escenario.

Aylin observó a sus compañeros mientras cerraban los ojos.

Ella nunca había participado en algo así dentro de una academia de baile, pero respetó ese momento y permaneció junto a ellos.

No sabía exactamente qué decir, pero respiró profundamente y dejó que aquel instante la ayudara a calmar los nervios que sentía.

El lugar comenzó a llenarse de movimiento: personas acomodando sus vestuarios, repasando pasos por última vez y tratando de controlar esa mezcla de emoción y tensión que aparece justo antes de salir frente a un público.

Aylin terminó de arreglarse y, antes de que llegara el momento de la presentación, decidió salir unos minutos.

Quería encontrar a sus amigos.

Necesitaba verlos ahí, saber que las personas que habían estado a su lado durante todo ese proceso también formarían parte de ese momento tan importante.

Aylin salió del área donde se estaban preparando y caminó entre las personas que comenzaban a llegar al evento. Sus ojos buscaban entre la multitud aquellos rostros que, durante todo ese proceso, habían estado presentes para apoyarla.

Una sonrisa apareció en su rostro cuando vio a Valentina junto a los demás.

—¡Aylin! —exclamó Valentina al reconocerla, acercándose rápidamente para abrazarla—. Sabía que ibas a estar nerviosa.

Aylin soltó una pequeña risa mientras correspondía el abrazo.

—Un poco —admitió con una sonrisa—. Pero estoy feliz de que estén aquí.

—¿Cómo no íbamos a venir? —respondió Valentina mientras se separaban—. Hemos visto todo lo que has trabajado para llegar hasta este momento.

Aquellas palabras hicieron que Aylin sonriera aún más. Durante unos segundos solo observó a sus amigos, sintiendo esa tranquilidad que siempre aparecía cuando estaba con ellos.

Entre abrazos, bromas y palabras de ánimo, los nervios que había llevado desde la mañana comenzaron a disminuir.

Fue entonces cuando apareció Santiago.

Aylin sonrió apenas lo vio acercarse. Era su mejor amigo desde hacía dos años, una de esas personas que siempre había sabido escucharla incluso cuando ella no encontraba las palabras para explicar lo que sentía.

—Mira nada más quién está a punto de presentarse frente a un público —dijo Santiago entre risas mientras la abrazaba—. Todavía me cuesta creer que después de todo hayas vuelto al baile.

—A mí también me cuesta creerlo —admitió mirando por un momento hacia el lugar donde se encontraba la academia—. Pero estoy feliz de haberlo intentado otra vez.

—Sabía que ibas a lograrlo. Nunca dudé de ti.

Aylin bajó un poco la mirada, con una sonrisa sincera. Esas palabras significaban mucho más de lo que podía explicar.

Después de unos segundos, Santiago recordó que no estaba solo y volteó hacia la persona que lo acompañaba.

—Por cierto, Aylin, quiero presentarte a alguien —dijo señalando al chico que estaba a su lado—. Él es Gael mejor conocido como Minor.

—Hola, mucho gusto —saludó Minor con una sonrisa amable.

—Igualmente —respondió Aylin mientras le devolvía el gesto—. Soy Aylin.

—Lo sé, Santiago me ha hablado un poco de ti —comentó Minor con una pequeña sonrisa.

No alcanzaron a continuar la conversación cuando una voz llamó su atención desde la entrada del lugar.

—¡Aylin! Ya tenemos que irnos.

Ella giró la mirada y entendió que era momento de regresar con su grupo.

—Lo siento, tengo que irme —dijo con una pequeña sonrisa mientras miraba a Santiago y a Minor—. Después seguimos hablando.

—Claro, ve tranquila —respondió Santiago animándola con una sonrisa—. Te va a ir increíble.

Aylin se despidió rápidamente de sus amigos y regresó junto a sus compañeros de la academia. Mientras caminaba hacia ellos, sintió nuevamente cómo los nervios comenzaban a aparecer, recorriendo su cuerpo con esa mezcla de emoción e incertidumbre que había sentido desde la mañana.

Pero esta vez era diferente.

Ya no eran los nervios de alguien que dudaba de sí misma o que tenía miedo de no lograrlo. Eran los nervios de alguien que estaba a punto de vivir un momento por el que había trabajado durante semanas y que había esperado durante mucho tiempo.

Poco después, la coordinadora llamó al grupo. Todos ocuparon sus posiciones mientras el sonido del público se mezclaba con la música que comenzaba a prepararse.

Era el momento.

Cuando las primeras notas comenzaron a sonar, Aylin dejó de pensar en todo lo que ocurría a su alrededor. Los nervios seguían presentes, pero ya no tenían el poder de detenerla.

Y recordó cada tarde de ensayo, cada corrección del profesor y cada esfuerzo que había realizado para llegar hasta ese escenario.

Entonces comenzó a bailar.

Cada movimiento llevaba consigo todo lo que había vivido durante ese tiempo: los momentos de duda, las ganas de rendirse, la decisión de volver y la felicidad de haber encontrado nuevamente aquello que amaba.

Bailó con seguridad y emoción, disfrutando cada segundo como si quisiera guardar ese instante para siempre.

Porque esa vez no estaba bailando para demostrarle nada a nadie.

Estaba bailando por ella, por sus sueños y por la persona en la que se había convertido.

Al terminar la presentación, la emoción se apoderó del grupo. Todos se felicitaron entre abrazos, risas y palabras de orgullo por el esfuerzo que habían puesto durante esas semanas.

Para Aylin, ese momento significaba mucho más que haber terminado una coreografía. Era la prueba de que había vuelto a hacer algo que amaba y de que todo el esfuerzo había valido la pena.

Después de cambiarse y guardar sus cosas, salieron nuevamente para disfrutar de las demás presentaciones del evento.

Aylin buscó entre la gente hasta encontrar a sus amigos, quienes la recibieron con la misma emoción con la que la habían visto salir al escenario.

—Me encantó tu presentación —le dijo una de sus amigas con una gran sonrisa—. Se notaba todo el esfuerzo que pusiste.

—De verdad, muchas gracias por venir —respondió con sinceridad—. Significa mucho para mí que estén aquí.

Sus amigos la felicitaron una vez más y continuaron disfrutando del evento juntos.

Cuando la actividad terminó y las personas comenzaron a retirarse, decidieron ir a comer algo para celebrar aquel día especial.

Fue entonces cuando Aylin volvió a encontrarse con el chico que había conocido antes de la presentación.

—Hola otra vez —dijo acercándose con una sonrisa—. Perdón por haberme ido tan rápido antes, estaba a punto de presentar.

—No pasa nada —respondió él con tranquilidad—. Ahora sí podemos hablar un poco más. Por cierto, creo que no nos presentamos bien. ¿Cómo te llamas?

—Soy Aylin —respondió ella mientras sonreía—. ¿Y tú?

—Me llamo Minor Gael, aunque normalmente me dicen Minor —contestó él con una pequeña risa.

—Entonces creo que te diré Minor.

—Me gusta.

Poco a poco comenzaron a conversar con más confianza. Hablaron de cosas sencillas, de la presentación y de algunos detalles del evento. La conversación se sentía tranquila, como si no fuera la primera vez que hablaban.

En un momento, mientras Aylin revisaba su celular, Minor llamó su atención tocándole suavemente el hombro.

—Oye, ¿te puedo pedir algo? —preguntó con una sonrisa algo tímida—. ¿Me das tu Instagram? Me gustaría seguir hablando contigo.

—Claro. Si quieres también te paso mi número.

Ambos intercambiaron sus datos con naturalidad.

—Te voy a escribir para que guardes mi contacto —dijo Minor mientras sacaba su celular.

—Está bien —respondió Aylin mientras guardaba el suyo.

Parecía un momento sencillo, uno de esos encuentros que pueden pasar desapercibidos entre tantas cosas que ocurren en un día.

Pero Aylin todavía no sabía que aquella conversación, que había comenzado de una forma tan casual, sería el inicio de una historia que con el tiempo llegaría a significar mucho más.

Días después, un domingo por la tarde, Aylin se encontraba en su habitación concentrada en unos trabajos pendientes. El sonido del teclado llenaba el silencio del cuarto mientras una música suave sonaba de fondo, creando un ambiente tranquilo que le permitía enfocarse.

Llevaba un rato trabajando cuando su celular vibró sobre el escritorio.

Lo tomó casi por costumbre y observó la pantalla. Era un mensaje de Santiago.

—Hola, Aylin —escribió él—. ¿Cómo vas con mi amigo? Me contó que le diste tu Instagram.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Aylin al leerlo. Recordaba aquel día de la presentación, cuando había conocido a Minor por unos minutos, pero desde entonces no habían vuelto a hablar.

—Hola, Santi —respondió después de pensarlo unos segundos—. Sí, ese día le di mi Instagram, pero desde entonces no hemos hablado.

La respuesta de Santiago llegó rápidamente.

—¿Cómo que no han hablado? —preguntó sorprendido—. Pensé que ya se habían escrito.

No era que no quisiera hablar con él, simplemente había algo que la hacía sentirse incómoda con la idea de dar el primer paso.

—No sé, Santi… —escribió con cierta duda—. Es un poco raro de mi parte.

—¿Raro por qué? —respondió él casi de inmediato—. Solo mándale un mensaje y hablen. No tiene nada de malo.

Sabía que Santiago lo decía con buena intención, pero aun así no estaba segura de si quería apresurar las cosas.

—No sé… tal vez más tarde le escribo —respondió finalmente.

Apenas terminó de enviar el mensaje, el celular volvió a vibrar sobre el escritorio.

Aylin bajó la mirada casi de inmediato, esperando ver una respuesta de Santiago, pero la notificación mostraba un nombre diferente. Era Minor.

Por unos segundos se quedó observando la pantalla, sorprendida de verlo aparecer justo en ese momento. Una pequeña inquietud mezclada con curiosidad se hizo presente mientras dudaba si abrir la conversación o esperar un poco más.

Finalmente, tomó el celular entre sus manos y entró al chat.

—Hola, niña perdida —había escrito él.

Sin darse cuenta, una sonrisa apareció en su rostro.

Se quedó unos segundos observando el mensaje, pensando en qué responder. No era que no quisiera hacerlo, simplemente no sabía cómo iniciar una conversación

Antes de responder, volvió al chat con Santiago.

—Santi, que conste que no pienses que me gusta tu amigo —escribió rápidamente, como si quisiera dejarlo claro.

La respuesta no tardó en llegar.

—¿Y por qué dices eso? —preguntó Santiago con curiosidad—. Yo solo quiero que se conozcan. De hecho, después de tu presentación me dijo que quería hablar más contigo.

—Eso espero… —respondió después de unos segundos—. Pero no intentes hacer que pase algo entre nosotros.

Santiago le contestó con una risa escrita, pero Aylin dejó el celular a un lado antes de continuar la conversación.

Volvió a la computadora e intentó concentrarse nuevamente en sus trabajos, pero algo había cambiado. Aunque seguía frente a la pantalla, su mente regresaba una y otra vez al mensaje que había recibido.

Al final, terminó lo que tenía pendiente y cerró la computadora. Se recostó sobre la cama buscando descansar un momento y tomó el celular nuevamente.

Abrió YouTube y comenzó a ver algunos videos sin prestar demasiada atención. Solo quería distraerse y dejar que el tiempo pasara.

Sin embargo, aunque intentaba distraerse, sus pensamientos seguían regresando a la conversación pendiente. Cada cierto tiempo, sin darse cuenta, terminaba mirando nuevamente la pantalla del celular, como si esperara encontrar una razón para responder.

Después de unos minutos, soltó un pequeño suspiro. Esta vez decidió dejar de darle tantas vueltas y simplemente escribir.

—Hola… perdón, estaba ocupada.

—No te preocupes, yo también.

Al principio fueron mensajes simples, preguntas básicas, respuestas cortas, pero poco a poco la conversación empezó a tomar un ritmo distinto, más natural, más cómodo. Hablaron de cosas cotidianas, de gustos, de pequeñas anécdotas que, aunque no parecían importantes, hacían que el tiempo pasara sin sentirse.

La conversación continuó durante varios minutos más.

Al principio, Aylin pensó que sería una charla corta, algo simple para conocerse un poco, pero sin darse cuenta comenzaron a hablar de diferentes cosas. Desde temas sin importancia hasta pequeños detalles de sus vidas que poco a poco hicieron que la conversación se sintiera más cercana.

No tuvo que pensar demasiado en qué responder.

Las palabras simplemente salían.

En más de una ocasión se descubrió sonriendo frente a la pantalla sin darse cuenta, algo que no había esperado cuando decidió finalmente escribirle.

El tiempo pasó más rápido de lo que imaginaba.

Cuando levantó la mirada para revisar la hora, abrió un poco los ojos al darse cuenta de que era mucho más tarde de lo que pensaba.

—Creo que ya me tengo que ir a dormir —escribió Aylin con una pequeña sonrisa mientras miraba la hora—. Mañana tengo clases y si no descanso después me voy a estar quejando todo el día.

—Está bien —respondió él—. La verdad me gustó hablar contigo. Me la pasé bien esta noche, así que espero que descanses.

Aylin leyó el mensaje unos segundos antes de dejar el celular a un lado.

Aunque ya no estaba conversando, tampoco se durmió inmediatamente.

Se quedó recostada en su cama mirando el techo, dejando que los momentos de la conversación regresaran a su mente poco a poco.

Le sorprendía lo fácil que había sido hablar con él.

No había sentido esa presión de tener que pensar cada palabra, ni la necesidad de aparentar algo que no era. Simplemente había sido ella misma, y esa sensación le resultaba extraña, pero al mismo tiempo tranquila.

A la mañana siguiente, la luz del sol entró suavemente por la ventana de su habitación, iluminando poco a poco el cuarto.

Aylin permaneció unos segundos acostada, todavía intentando despertar por completo. Entonces recordó la conversación de la noche anterior y, casi por impulso, buscó su celular.

Al desbloquearlo, encontró un nuevo mensaje.

—Buenos días… espero que hoy no te pierdas otra vez.

Una sonrisa apareció en su rostro antes de que pudiera evitarlo. Se quedó observando la pantalla durante unos segundos, sorprendida de lo fácil que era que una simple frase cambiara su ánimo.

Después de pensarlo un momento, respondió.

—Buenos días —escribió con una pequeña sonrisa—. Prometo no desaparecer hoy.

Dejó el celular a un lado y comenzó su rutina como cualquier otro día. Se arregló, preparó sus cosas y se dispuso a salir, aunque había algo diferente en ella.

Mientras desayunaba, volvió a tomar el celular para revisar la conversación.

—¿Qué haces hoy?

—Voy para el colegio… como siempre —respondió mientras continuaba con su desayuno—. Nada interesante.

—Qué aburrido. Yo también tengo que ir.

—Entonces no te quejes tanto —respondió divertida.

—Solo si tú no te pierdes otra vez —contestó él.

Aylin negó suavemente con la cabeza mientras una sonrisa permanecía en su rostro. Guardó el celular antes de terminar de prepararse y continuó con su rutina hasta estar lista para salir.

Tomó sus cosas y salió de casa rumbo al colegio.

Sin darse cuenta, aquella conversación que había comenzado con un simple mensaje se había convertido en uno de esos pequeños momentos que esperaba con ilusión. Algo tan sencillo como hablar con alguien nuevo había logrado hacer sus días un poco más ligeros.

Al salir del colegio, Aylin caminó con calma, dejando que el aire de la tarde despejara un poco su mente.

Mientras avanzaba, pensó en muchas cosas: en sus clases de baile, en todo lo que estaba construyendo nuevamente y en los planes que poco a poco comenzaban a tomar forma en su vida.

Sin proponérselo, también pensó en él.

No como algo complicado ni como una emoción que necesitara entender de inmediato, sino simplemente como alguien que, poco a poco, comenzaba a formar parte de sus días de una manera natural.

Al llegar a casa, ayudó con algunas cosas, cenó tranquilamente y después subió a su habitación.

Como ya se había vuelto costumbre, tomó su celular antes de acostarse.

Había un nuevo mensaje.

—¿Ya no te perdiste hoy? —había escrito Minor.

—No… hoy sí estuve presente —respondió mientras se acomodaba en la cama.

—Entonces voy avanzando.

Aylin negó suavemente con la cabeza, divertida por el comentario.

—Supongo que sí.

Con el paso de los días, hablar con Minor dejó de ser algo ocasional y se convirtió en parte de la rutina de Aylin. No era algo que ella planeara; simplemente pasaba. Entre clases, tareas y ensayos, siempre encontraba un momento para responderle, y cuando no lo hacía, era Minor quien aparecía con algún mensaje sencillo que terminaba sacándole una sonrisa.

No hablaban de nada extraordinario. A veces eran cosas tan simples como quejarse del colegio, compartir alguna canción o contar cómo había estado su día. Sin embargo, en medio de esa sencillez, Aylin empezó a notar algo distinto: con él no sentía la presión de tener que ser perfecta ni de medir cada palabra.

Comenzaron a caminar sin un rumbo específico, hablando de cosas simples, igual que lo hacían por mensajes, pero esta vez era diferente. No había pantallas de por medio, ni tiempo para pensar demasiado las respuestas. Todo era más directo, más real.

Los días continuaron avanzando entre la rutina de siempre.

Aylin seguía dividiendo su tiempo entre el colegio, sus ensayos de baile y las conversaciones que poco a poco se volvían más frecuentes con Minor. Sin darse cuenta, su vida comenzaba a llenarse nuevamente de pequeños momentos que le devolvían esa sensación de tranquilidad que tanto había extrañado.

Sin embargo, también empezó a sentir curiosidad por conocer otros espacios y vivir nuevas experiencias.

Una tarde, mientras revisaba sus redes sociales, algo llamó su atención.

Entre las publicaciones que aparecían en su pantalla encontró una invitación a una actividad para jóvenes organizada por una iglesia cercana a su casa.

No era algo que hubiera estado buscando, pero la publicación despertó su curiosidad.

La actividad hablaba de reuniones para jóvenes, momentos de convivencia y diferentes dinámicas pensadas para compartir con otras personas.

Aylin se quedó observando la información durante unos segundos.

Le llamó la atención porque, de cierta forma, le recordaba un poco al ambiente que había encontrado en la academia de baile: un lugar donde las personas podían reunirse, aprender algo nuevo y sentirse parte de un grupo.

Además, quedaba cerca de su casa, por lo que no tendría que preocuparse demasiado por la distancia.

Siguió leyendo la publicación hasta encontrar la fecha de la actividad.

Sería el sábado por la tarde.

Aylin se quedó observando la pantalla durante unos segundos. No sabía exactamente qué encontraría al asistir, pero algo dentro de ella sentía curiosidad por conocer un lugar diferente y compartir con nuevas personas.

Después de pensarlo un poco, decidió que no perdía nada con intentarlo. Tal vez solo sería una actividad más en su semana, o tal vez podría encontrar un espacio donde sentirse cómoda y aprender algo nuevo.

Con esa idea en mente, guardó la publicación y continuó con su día.

Sin darse cuenta, el sábado llegó más rápido de lo que esperaba.

Aylin se preparó con algo de curiosidad y salió rumbo a la iglesia. No sabía exactamente qué encontraría ni cómo sería el ambiente, pero tenía la mente abierta a vivir algo diferente.

Al llegar, observó el lugar por unos segundos antes de entrar.

Había jóvenes conversando, algunos ayudando a organizar la actividad y otros recibiendo a quienes llegaban por primera vez.

Aylin respiró profundo y dio un paso hacia dentro.

Sin saberlo, aquel pequeño intento por conocer algo nuevo terminaría convirtiéndose en una parte importante de su historia.

Mientras recorría el lugar con la mirada, Aylin intentaba descubrir cada detalle de aquel espacio nuevo para ella. Todo se sentía diferente: la forma en que las personas se relacionaban, la tranquilidad del ambiente y esa sensación de estar en un lugar donde nadie parecía tener prisa.

Fue entonces cuando alguien se acercó.

Era una persona de presencia tranquila, con una sonrisa amplia que transmitía confianza desde el primer momento.

—Hola —saludó con amabilidad—. ¿Cómo te llamas?

Aylin tardó unos segundos en responder, todavía adaptándose a aquel ambiente desconocido.

—Aylin —contestó finalmente con una pequeña sonrisa.

—Mucho gusto, Aylin —respondió la otra pastora, devolviéndole el gesto.

Aquel intercambio fue sencillo, pero suficiente para que la tensión que llevaba desde que llegó comenzara a disminuir poco a poco.

Cuando la reunión inició, Aylin notó que había almohadas colocadas en el suelo como parte de la actividad. Los demás comenzaron a acomodarse con naturalidad, como si fuera algo completamente habitual para ellos.

Poco después, la música empezó a sonar.

Algunos jóvenes comenzaron a cantar, creando un ambiente tranquilo y diferente a todo lo que ella había conocido antes. No era como una reunión común; había algo en ese momento que hacía que todos parecieran conectados de una manera especial.

Aylin permaneció en silencio durante un rato.

No sabía exactamente qué hacer ni cómo participar, pero decidió no cerrarse. Simplemente se permitió estar allí, observar y escuchar.

Fue en medio de una de aquellas canciones cuando algo dentro de ella comenzó a cambiar.

Era una mezcla de emociones que no lograba comprender del todo, como si algo dentro de ella estuviera soltando cosas que había guardado durante mucho tiempo.

Intentó contenerse, mirando hacia otro lado para que nadie lo notara, pero no pudo hacerlo.

En ese momento, una persona se acercó a ella.

Aylin sintió un abrazo sincero, de esos que no necesitan demasiadas explicaciones. Permaneció quieta mientras escuchaba aquellas palabras que hablaban de su valor, de su vida y de todo aquello que quizá había dejado de reconocer en sí misma.

Ella no respondió.

No porque no quisiera, sino porque no encontraba las palabras adecuadas para explicar lo que estaba sintiendo.

Simplemente cerró los ojos por unos segundos y permitió que aquel momento ocurriera.

Por primera vez en mucho tiempo, no intentó analizar todo lo que sentía ni buscar una explicación inmediata.

Solo dejó que el momento la acompañara.

Cuando la actividad terminó, Aylin regresó directamente a casa.

La noche ya había cubierto el cielo y el cansancio comenzaba a hacerse presente. Al llegar, cenó algo ligero, se cambió de ropa y, después de preparar todo para el día siguiente, entró a su habitación.

Se dejó caer sobre la cama en silencio.

Aunque seguía sin entender completamente lo que había ocurrido esa noche, había una sensación diferente dentro de ella.

Una sensación de calma que no había sentido en mucho tiempo.

Sin saberlo en ese momento, aquella primera vez que decidió asistir a esa reunión marcaría un antes y un después en su vida. Lo que parecía una invitación más, una experiencia nueva entre tantas otras, terminaría convirtiéndose en un lugar donde encontraría personas importantes, momentos que guardar y una parte de ella misma que aún no sabía que necesitaba descubrir.

A veces, los momentos que más cambian una vida no llegan con grandes avisos.

Y, sin darse cuenta, Aylin acababa de dar el primer paso hacia algo que sería mucho más importante de lo que imaginaba.

3

Un camino que no esperaba

"A veces, una decisión pequeña puede abrir la puerta hacia una etapa que cambia nuestra vida para siempre."

La vida de Aylin estaba entrando en una etapa diferente.

Después de tantos cambios, decisiones difíciles y momentos en los que tuvo que aprender a encontrarse nuevamente, comenzaba un tiempo donde muchas cosas empezarían a tomar un rumbo distinto.

Todavía no sabía qué personas llegarían a su vida, qué lugares se convertirían en importantes para ella ni cuánto cambiaría su forma de ver las cosas.

Solo sabía que algo dentro de ella comenzaba a sentirse diferente.

Las semanas comenzaron a pasar casi sin que Aylin lo notara.

Desde aquella primera vez que asistió a la reunión de jóvenes, algo cambió en su rutina. Cada sábado regresaba con la misma ilusión, y poco a poco aquel lugar dejó de sentirse desconocido. Empezó a conocer a más personas, a participar en las actividades y a descubrir una tranquilidad que hacía mucho tiempo no encontraba.

Con el paso de los meses, también comenzó a aprender muchas cosas sobre Dios. No entendía todo de inmediato, pero disfrutaba escuchar, hacer preguntas y descubrir poco a poco aquello que estaba transformando su manera de ver la vida.

Entre semana, su rutina seguía siendo la de siempre.

Por las mañanas asistía al colegio y, por las tardes, continuaba yendo a la academia de baile. Allí seguía perfeccionando cada paso, preparándose para nuevas presentaciones y disfrutando de una de las cosas que más amaba hacer.

Su vida se mantenía ocupada, pero, sentía que cada lugar ocupaba un espacio importante en su corazón.

Sin darse cuenta, los meses fueron avanzando hasta llegar a mitad de año.

Con ellos también llegó una de las decisiones más importantes que tendría que tomar.

Dentro de poco tendría que elegir qué estudiar al terminar el colegio.

Aylin llevaba días pensándolo. Desde pequeña siempre había disfrutado dibujar. Le encantaba crear, imaginar y pasar horas frente a una hoja o una computadora dando vida a nuevas ideas. Cada proyecto de diseño que hacía en el colegio confirmaba lo mismo: ese era el lugar donde se sentía realmente feliz.

Por eso, cuando supo que existía un colegio técnico donde impartían la especialidad de Diseño Gráfico, no dudó en convertirlo en su principal objetivo.

Curiosamente, ese mismo técnico era donde estudiaba Minor.

Aunque aquello le parecía una coincidencia divertida, la verdadera razón por la que quería entrar era otra: estaba convencida de que el diseño era el camino que deseaba seguir para construir su futuro.

Una noche, mientras conversaba con Minor, pensó que quizá él podría ayudarla.

Sin pensarlo demasiado, decidió hacerle una pregunta que llevaba tiempo guardando.

—Minor, una pregunta.

—Dime.

—¿Verdad que en tu colegio está la especialidad de Diseño Gráfico?

—Sí, claro. De hecho, dentro de unas semanas van a hacer la feria de especialidad. Creo que también van a invitar a otros colegios, porque ya están organizando todo.

—¿En serio? ¡Qué bien! Aunque en mi colegio todavía no nos han dicho nada sobre eso, así que tocará esperar.

—¿Estás pensando entrar a Diseño Gráfico?

—Sí, me llama mucho la atención. De hecho, ya estoy haciendo el proceso de admisión para entrar al técnico el próximo año.

—¡Qué bien! —escribió él con entusiasmo.

—Una pregunta… ¿qué estás estudiando en el Técnico?

—Estoy sacando Contabilidad y Finanzas.

—¿En serio? —respondió con curiosidad—. Vieras que, si no hubiera decidido entrar al técnico, probablemente habría escogido Contabilidad mi colegio.

—Tranquila —respondió Minor—. Tú eres buena para muchas cosas. Estoy seguro de que vas a pasar todo el proceso.

—Si tú lo dices… aunque todavía existe la posibilidad de que cambie de opinión.

—Bueno, eso ya será decisión tuya —contestó él—. Pero, siendo sincero, me gustaría verte por el colegio. Aunque fuera en los almuerzos o en los recreos.

—Quién sabe… tal vez algún día.

Los días continuaron con normalidad.

Entre clases, conversaciones con Minor y los preparativos para cerrar el año escolar, Aylin recibió las fotografías de su graduación. Pasó un buen rato observándolas una por una, recordando todo lo que había vivido para llegar hasta ese momento. Algunas las compartió con su familia y otras terminaron publicadas en sus redes sociales, donde sus amigos no tardaron en felicitarla una vez más.

El tiempo siguió avanzando.

Poco a poco, el colegio comenzó a hablar sobre la esperada feria de especialidades del técnico. Los profesores entregaron permisos, explicaron el recorrido y organizaron los grupos que asistirían. Aylin recordó de inmediato la conversación que había tenido con Minor semanas atrás y sonrió para sí misma.

Tal como él le había dicho, por fin había llegado el día.

Aquella mañana, el autobús del colegio salió rumbo al técnico. Durante el camino, Aylin conversó con algunos de sus compañeros, aunque, por momentos, su mirada se perdía por la ventana. Sentía curiosidad por conocer el lugar donde, quizá, estudiaría el año siguiente.

Al llegar, decenas de estudiantes recorrían las instalaciones. Cada especialidad tenía su propio espacio, donde los alumnos explicaban sus proyectos y respondían las preguntas de los visitantes.

Aylin caminaba observando cada stand con atención cuando, a lo lejos, una figura le llamó la atención.

Minor estaba parado con varios profesores

—¡Hola! —dijo haciendo una seña con la mano.

Aylin sonrió de inmediato y le devolvió el saludo.

—¡Hola! —respondió antes de continuar caminando con su grupo.

Cada uno siguió su camino, pues les correspondía visitar diferentes especialidades.

Cuando Aylin entró al aula de Diseño Gráfico, quedó completamente fascinada.

Sus ojos recorrían cada rincón con admiración.

Las paredes estaban llenas de ilustraciones, afiches y proyectos realizados por los estudiantes. Sobre las mesas había maquetas, empaques, logotipos y composiciones llenas de color. En una esquina observó varias tabletas digitales; en otra, computadoras donde mostraban procesos de edición y diseño.

Todo transmitía creatividad.

Por un instante, imaginó cómo sería estar allí todos los días, aprendiendo, creando y dando vida a sus propias ideas.

Cuando la visita terminó, salió del aula con la sensación de que había encontrado el camino que quería seguir. Aquella experiencia terminó de convencerla de que el diseño gráfico era mucho más que una especialidad; era algo que realmente despertaba su ilusión.

Al regresar a casa, no dejó que esa emoción se enfriara. Encendió la computadora, buscó la página del técnico y, después de leer con atención cada requisito, completó su inscripción al proceso de admisión. Al hacer clic en «Enviar», sonrió con satisfacción.

Era apenas el primer paso, pero para ella significaba el comienzo de un sueño que estaba dispuesta a perseguir. Ahora solo quedaba prepararse para el examen de admisión y dar lo mejor de sí.

Mientras tanto, Aylin no podía ocultar la emoción que sentía. Por primera vez en mucho tiempo, tenía la ilusión de comenzar una etapa completamente distinta en su vida. La idea de estudiar algo relacionado con el diseño despertaba en ella una felicidad difícil de explicar.

Sin embargo, había algo que aún guardaba para sí.

Sus padres todavía no sabían que había iniciado el proceso de admisión.

No era porque quisiera ocultárselo para siempre, sino porque prefería esperar. No quería ilusionarlos ni ilusionarse ella misma antes de saber si realmente sería aceptada.

Así que decidió continuar el proceso en silencio.

Hasta entonces, todo lo demás había sido una decisión que Aylin llevaba en silencio, acompañada únicamente por la ilusión de perseguir aquello que, por primera vez, sentía que realmente quería para su futuro.

Los días comenzaron a pasar con rapidez.

Entre las clases, las tareas, ensayo de baile Aylin casi no tenía tiempo para pensar en otra cosa. Sin embargo, una tarde recibió un correo que hizo que su corazón se acelerara.

Era la fecha de sus pruebas de admisión.

Primero presentaría el examen de inglés y, después, la prueba general, donde habría preguntas de distintas materias, incluso matemáticas, y no estaría permitido usar calculadora.

La fecha del examen ya estaba definida y, aunque sabía que tarde o temprano llegaría ese momento, verlo escrito hacía que todo pareciera mucho más real.

Respiró profundamente e intentó mantener la calma. Aún faltaban algunos días para la prueba y sabía que todavía tenía tiempo para prepararse. Se aferró a esa idea, intentando tranquilizar los nervios que poco a poco comenzaban a aparecer.

Una de esas noches, mientras intentaba distraerse viendo una serie, su celular comenzó a vibrar una y otra vez.

Era el grupo de sus amigos.

—¡Hola, muchachos! ¿Qué hacen?

—Aquí aburridos.

—Aylin, ¿vas a jugar o qué?

Ella sonrió al leer los mensajes.

—Hola... sí, ya me meto. Solo denme un momento para encender mi compu.

—¡Eso! Ya te estábamos esperando.

Aylin dejó el celular sobre la cama, encendió la computadora y se colocó los audífonos. Apenas entró a la llamada, las voces de todos comenzaron a escucharse al mismo tiempo.

—¡Hasta que apareció la desaparecida!

—Pensamos que ya nos habías cambiado.

—No exageren —respondió Aylin entre risas—. Solo estaba ocupada.

La partida comenzó casi de inmediato.

Entre una ronda y otra no faltaban las bromas, los chistes malos, las historias inventadas y las conversaciones que cambiaban de tema cada pocos minutos. Un momento hablaban de anécdotas del colegio; al siguiente, de amores, desamores y ocurrencias que terminaban haciendo reír a todos.

La mayor parte del tiempo se limitaba a escuchar las tonterías de sus amigos mientras reía sin parar.

Sin darse cuenta, los nervios por el examen comenzaron a desaparecer.

Por unas horas dejó de pensar en la prueba, en las preguntas y en el miedo de no hacerlo bien.

Solo disfrutó de ese momento junto a las personas que siempre conseguían sacarle una sonrisa cuando más lo necesitaba.

—Oye, Aylin… una pregunta.

Aylin levantó la mirada de lo que estaba haciendo.

—¿Qué pasó?

Santiago intentó fingir ser serio, aunque su expresión ya lo delataba.

—¿Cómo vas con Minor?

—¿Con Minor? ¿Qué tiene que ver?

—Pues nada, solo pregunto. Lo único que sabemos es que le diste tu Instagram.

—Sí, pero no empiecen. Solo somos amigos.

Apenas terminó de decirlo, Santiago cambió su expresión de inmediato y se acercó más a la cámara.

—¡Uy! ¡Escucharon eso! Dijo que "solo son amigos".

Los demás comenzaron a reírse desde sus pantallas.

—Santi, ya la vas a molestar otra vez —dijo uno de ellos entre risas.

—Yo solo estoy diciendo la verdad —respondió él, intentando no reírse.

—De verdad, ustedes no cambian.

—Tranquila, tranquila —dijo Santiago levantando las manos en señal de rendirse—. Ya no digo nada.

Aunque lo decía, la sonrisa en su rostro demostraba que solo estaba disfrutando verla reaccionar.

Aylin negó suavemente con la cabeza, pero terminó riéndose junto a ellos. Era uno de esos momentos simples que hacían que la amistad se sintiera tan especial.

Los días continuaron pasando hasta que finalmente llegó el momento que Aylin había estado esperando.

El día del examen de admisión.

Era sábado por la mañana, así que se levantó más temprano de lo habitual. Aunque intentaba mantenerse tranquila, los nervios estaban presentes. Su madre la acompañaría durante todo el proceso, algo que hacía que ese momento se sintiera un poco más llevadero.

Después de prepararse, ambas salieron rumbo al lugar donde realizaría la prueba. Durante el camino.

Al llegar, se registraron y esperaron junto a otros estudiantes que también realizarían el examen. El ambiente estaba lleno de silencio, concentración y un poco de nerviosismo.

Mientras esperaba que la llamaran, su celular vibró.

Era un mensaje de Minor.

—Hola, niña perdida. Espero que tengas mucha suerte en el examen. Recuerda estar tranquila, lee bien las preguntas y tómate tu tiempo.

Al leerlo, una pequeña sonrisa apareció en su rostro. En medio de tantos nervios, esas palabras le dieron un poco de calma.

—Está bien, muchas gracias por tus consejos —respondió.

Era su turno.

Aylin se levantó, tomó sus cosas y entró al aula donde realizaría la prueba. Primero comenzó con el examen de inglés. Poco a poco fue respondiendo cada pregunta, concentrándose en recordar todo lo que había aprendido.

Después continuó con el examen general.

Las horas pasaron mientras avanzaba por las preguntas, pero justo cuando se encontraba a mitad de la prueba ocurrió algo inesperado.

El sistema comenzó a fallar.

Los encargados intentaron solucionarlo, pero el problema continuó y finalmente tuvieron que detener el examen.

Aylin salió del aula con una mezcla de emociones. Por un lado, estaba tranquila porque había podido completar una parte de la prueba; por otro, sentía frustración por no haber terminado todo como esperaba.

Después de informarles la situación, les explicaron que el examen sería reprogramado para otra fecha.

Aunque no era el resultado que imaginaba, Aylin intentó verlo de otra manera.

Ahora tendría unos días más para prepararse y llegar con más confianza a la siguiente oportunidad.

Durante los días siguientes, Aylin continuó con su rutina habitual.

Entre clases, tareas y momentos de estudio, se preparaba cada vez más para la prueba que definiría una parte importante de su futuro. No quería dejar nada al azar, así que aprovechaba cada momento que tenía para repasar y reforzar aquello que todavía le causaba dudas.

Los nervios seguían presentes, pero ya no eran los mismos de antes.

Esta vez sentía que estaba haciendo todo lo que estaba en sus manos.

Finalmente llegó el día de la reprogramación del examen.

Aylin llegó al colegio con una mezcla de emociones. Todavía sentía un poco de presión, pero había algo diferente en ella: confianza.

Se sentó frente a la computadora, respiró profundo y comenzó la prueba.

Cada pregunta que aparecía la enfrentaba con calma. Algunas eran más complicadas que otras, pero recordó todo lo que había estudiado y siguió adelante.

Cuando llegó al final de la prueba, Aylin se tomó unos segundos para revisar sus respuestas una última vez. Sus ojos recorrieron la pantalla con cuidado, asegurándose de que todo estuviera como ella quería.

Después de respirar profundamente, llevó el cursor hasta el botón de enviar y lo presionó.

Durante unos instantes se quedó quieta, observando la pantalla.

Una sensación de alivio comenzó a recorrerla poco a poco. Después de tantos días de preparación, nervios y dudas, finalmente había terminado.

No sabía cuál sería el resultado, pero al menos tenía la tranquilidad de saber que había dado todo de sí.

Mientras caminaba hacia la salida, tomó su celular y le escribió a Minor. Él había estado pendiente de todo el proceso desde el inicio y sabía lo importante que era ese momento para ella.

—Minor… ya pude hacer el examen.

La respuesta llegó poco después.

—¡Qué bien! ¿Y cómo te sentiste?

Aylin miró la pantalla unos segundos antes de responder.

—Sinceramente, jamás pensé que llegaría hasta este punto —escribió—. Pero me sentí segura. Creo que en unas semanas me darán la respuesta.

—Me alegra mucho escuchar eso. Al menos ya avanzaste bastante y no tienes que quedarte con la duda de cómo hubiera sido.

Aylin sonrió levemente.

—Sí… aunque te voy a admitir algo. Todavía tengo un pequeño impulso de quedarme en el colegio.

Minor tardó unos segundos en responder.

—No digas eso. Sigue adelante. Si llegaste hasta esta etapa es porque algo te llevó hasta ahí. Ya solo te queda la entrevista y la matrícula.

Aylin leyó el mensaje en silencio.

Sabía que él tenía razón, aunque todavía había una parte de ella que dudaba por todo lo que estaba dejando atrás.

—Bueno… si tú lo dices —respondió finalmente.

Dejó el celular a un lado mientras seguía caminando.

Aunque todavía tenía muchas preguntas, también sentía que estaba avanzando hacia algo nuevo.

Los días posteriores al examen fueron una mezcla de tranquilidad e incertidumbre para Aylin.

Aunque intentaba no pensar demasiado en el resultado, era inevitable preguntarse qué pasaría. Sabía que todavía quedaban etapas por completar y que el examen solo era el primer paso para acercarse a esa nueva oportunidad.

Finalmente, después de varios días de espera, llegó el correo que tanto había estado esperando.

Había sido seleccionada para continuar con la siguiente etapa del proceso: la entrevista.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Todavía no era el final del camino, pero significaba que estaba más cerca de lograrlo. Todo el esfuerzo, las horas de preparación y los momentos en los que dudó de sí misma la habían llevado hasta ese punto.

Llegó el día de la entrevista.

Aylin llegó con tiempo suficiente, repasando mentalmente algunas ideas mientras esperaba su turno. Cuando finalmente la llamaron, respiró profundo y entró.

Durante la entrevista habló sobre lo que le gustaba del diseño, sobre su interés por crear cosas nuevas y sobre cómo siempre había encontrado una forma de expresarse a través de lo visual.

También realizó la prueba práctica que le habían solicitado. Tenía que representar una idea mediante un diseño, utilizando su creatividad y los conocimientos que había adquirido.

Al terminar, entregó su trabajo y salió del lugar con una sensación de alivio.

No sabía cuál sería el resultado final, pero estaba tranquila porque había dado todo lo que podía.

Aunque intentaba continuar con su rutina normal, había una fecha que tenía marcada en su mente: el día en que publicarían la lista de estudiantes aceptados.

No quería hacerse demasiadas ilusiones, pero era imposible no sentir un poco de emoción. Después de tantos días estudiando, preparándose y enfrentando sus propios miedos, ese momento representaba mucho más que una simple respuesta.

Era la confirmación de que todo su esfuerzo había valido la pena.

Finalmente llegó el día.

Desde temprano, Aylin revisaba su correo más de una vez, aunque intentaba convencerse de que debía esperar tranquila. Estaba en su habitación cuando escuchó la notificación de un nuevo mensaje.

El corazón de Aylin comenzó a latir con más fuerza.

Por un instante, se quedó inmóvil mirando la pantalla del celular, como si ese simple correo pudiera contener una respuesta capaz de cambiarlo todo.

Con un poco de nervios, tomó el celular entre sus manos y abrió el mensaje.

Sus ojos recorrieron cada palabra lentamente. Al principio no reaccionó; era como si su mente necesitara unos segundos para comprender lo que estaba leyendo.

Entonces llegó a la parte que había esperado durante tanto tiempo.

La palabra que confirmaba que todo su esfuerzo había valido la pena.

Aceptada.

Aylin volvió a leerlo una vez más, asegurándose de que no estaba imaginándolo.

Una sonrisa apareció poco a poco en su rostro.

Sintió cómo una mezcla de emoción, alivio y orgullo la envolvía por completo. Recordó cada momento de duda, cada vez que pensó que tal vez no sería suficiente y cada esfuerzo que había hecho para llegar hasta ese punto.

—No puede ser… —susurró mientras volvía a leer el mensaje, como si necesitara confirmar que realmente era cierto.

Sin pensarlo demasiado, cerró la computadora y salió de su habitación en busca de sus padres. Necesitaba compartir esa noticia con ellos, porque sabía que ese momento no solo era suyo.

—¡Me aceptaron! —dijo Aylin con una sonrisa que no podía esconder.

Sus padres la abrazaron y la felicitaron, felices de verla cumplir una meta que significaba tanto para ella.

Después de contarles la noticia a sus padres y recibir sus felicitaciones, Aylin volvió a tomar su celular.

Sabía que quería compartir ese momento con las personas que habían estado presentes durante todo el proceso.

Abrió el grupo de sus amigos y escribió la noticia.

Poco después, comenzaron a llegar los mensajes.

Palabras de alegría, felicitaciones y bromas que, como siempre, lograron sacarle una sonrisa.

Aylin leyó cada respuesta con calma, sintiendo ese cariño que tantas veces había recibido de ellos.

Observó la pantalla durante unos segundos con una sonrisa tranquila.

No solo estaba celebrando haber sido aceptada.

También estaba celebrando todo lo que había aprendido y la persona en la que se estaba convirtiendo.

Era el comienzo de una nueva etapa.

Después de aquella noticia, los días comenzaron a avanzar rápidamente.

Aylin continuó con su rutina, entre las últimas responsabilidades del colegio, los trabajos pendientes y los exámenes finales que marcarían el cierre de una etapa importante de su vida.

Aunque había momentos en los que sentía cansancio, también había una emoción diferente dentro de ella. Sabía que cada esfuerzo, cada noche estudiando y cada dificultad que había enfrentado la habían llevado hasta ese momento.

Poco a poco fueron llegando los últimos días de clases.

Las aulas comenzaron a sentirse diferentes. Ya no era solo un lugar donde pasaba sus mañanas; era el espacio donde había vivido recuerdos, aprendido lecciones y conocido personas que, de una u otra forma, habían dejado una huella en su historia.

Llegaron los últimos exámenes.

Aylin se preparó como siempre lo había hecho, dando lo mejor de sí misma. Esta vez no lo hacía solamente por una nota, sino porque sabía que estaba cerrando un capítulo que no volvería a repetirse.

Cuando terminó el último examen, sintió una mezcla extraña de alivio y nostalgia.

Había llegado al final.

Y entonces llegó el día que durante tantos años había imaginado.

Su graduación.

Un día que representaba mucho más que recibir un título. Era la prueba de todo lo que había superado, de las veces que quiso rendirse y aun así continuó, de cada momento que la había formado hasta convertirse en la persona que era.

Era el día en que una etapa de su vida terminaba y una nueva estaba a punto de comenzar.

Aylin se despertó con una sensación diferente. No era un día cualquiera; era uno de esos momentos que sabía que recordaría durante mucho tiempo.

Como su graduación era por la tarde, tenía la mañana libre para prepararse con calma. Sin prisas, comenzó a hacer sus cosas como cualquier otro día: se dio una ducha, arregló su cabello y tomó el tiempo necesario para cuidar cada detalle.

Mientras se arreglaba frente al espejo, su celular comenzó a sonar.

Al revisarlo, vio un mensaje de Minor.

—Hola, niña. Me di cuenta de que hoy es tu graduación. Muchas felicidades —escribió él.

Aylin sonrió al leerlo. Sus dedos se movieron rápidamente sobre la pantalla antes de responder.

—Hola, niño. Muchas gracias, de verdad. Creo que tú también formas parte de todo esto.

No lo decía por decirlo. Durante ese proceso, Minor había estado presente en muchos momentos importantes, apoyándola cuando tenía dudas y recordándole que era capaz de lograrlo.

La respuesta llegó poco después.

—Tampoco para tanto —respondió él—. Más bien nos vemos cuando salgas, tengo una sorpresa para ti.

—Oye, no es necesario. Sabes que a mí no me importa nada material.

—Ay, déjate consentir aunque sea un día como estos.

—Está bien.

Después de esa conversación, dejó el celular a un lado y continuó arreglándose. Terminó de prepararse con calma, revisó una última vez cada detalle y tomó sus cosas.

Cuando llegó la hora de salir, sintió una pequeña emoción recorrerla.

Ese no era solo el día de su graduación.

También era su último día entrando a aquel colegio como estudiante.

El lugar donde había vivido momentos difíciles, aprendizajes, amistades y etapas que habían formado parte de su historia estaba a punto de convertirse en un recuerdo.

Al llegar al colegio, el ambiente era diferente. Todos parecían compartir la misma emoción. Había sonrisas, abrazos, fotografías y conversaciones entre compañeros que intentaban guardar cada instante antes de despedirse.

Aylin caminó por los pasillos observando el lugar con una sensación extraña.

Ese había sido su segundo hogar durante años.

Ahí había aprendido, había cambiado y había descubierto muchas cosas sobre sí misma.

Cuando comenzó la graduación, escuchó cómo llamaban a cada estudiante para recibir su título. Poco a poco, llegó el momento que tanto había esperado.

Escuchó su nombre.

Aylin caminó hacia el frente con una sonrisa, sintiendo cómo su corazón se llenaba de orgullo.

Recibió su título entre aplausos y miró por un instante a sus profesores, recordando todo el camino que había recorrido para llegar hasta ahí.

—Nos harás falta, Aylin —dijo su profesora de inglés con una sonrisa llena de cariño—. Fuiste una muy buena estudiante y siempre demostraste mucho esfuerzo.

Más tarde, otro de sus profesores también se acercó a despedirse.

—Fuiste una excelente estudiante —le dijo su profesor de informática—. Siempre fuiste responsable y dedicada con tus trabajos.

Aquellas palabras significaron mucho para ella.

Sabía que, aunque una parte de su vida estaba terminando, había dejado algo más que simples notas o tareas. Había dejado recuerdos, aprendizajes y personas que habían creído en ella.

Aylin sintió un poco de nostalgia, porque sabía que tarde o temprano tendría que alejarse de ese lugar que durante años había sido parte de su rutina.

Sin embargo, también entendía que cada etapa tenía su momento de terminar para poder comenzar otra.

Sus profesores habían sido importantes en ese camino. Cada uno, a su manera, había aportado algo en su crecimiento.

Especialmente su profesor de Estudios Sociales y Español, quien la había acompañado durante ese último año y que incluso la vio cerrar esa etapa con excelentes resultados, logrando eximirse de la materia con una calificación perfecta.

Después de todo, salió junto a sus compañeros y se reunió con sus padres.

Aylin sonreía mientras posaba junto a ello sosteniendo su título entre las manos. Quería guardar ese recuerdo para siempre: ese momento en el que todo el esfuerzo se convertía en algo tangible.

—Estoy muy orgullosos de ti —le dijeron sus padres mientras la abrazaban.

Aylin sonrió, sintiendo una felicidad difícil de explicar.

Después de tantas fotos y felicitaciones, decidieron continuar la celebración de una manera más tranquila.

—¿Qué les parece si vamos a comer algo? —propuso su familia.

Aylin aceptó con una sonrisa.

Esa tarde salieron juntos a celebrar, compartiendo una comida especial, hablando de todo lo que había pasado y disfrutando simplemente de estar juntos.

Mientras esperaban la comida, ella miraba su celular con una sonrisa tranquila.

Entraba a sus historias y estados de WhatsApp, donde veía cómo muchas personas compartían momentos de sus graduaciones, celebraciones y nuevos comienzos. Sus amigos también estaban disfrutando esa etapa; algunos habían terminado sus estudios, otros estaban planeando salidas para reunirse y celebrar juntos.

Entre todas esas publicaciones también comenzaron a llegar mensajes al grupo de chat.

—Tenemos que hacer algo para celebrar —escribió uno de ellos.

—Sí, ya era hora de reunirnos otra vez —respondió otro.

Aylin sonrió al leerlos. Le gustaba ver que, aunque cada uno estaba tomando caminos diferentes, seguían buscando momentos para compartir.

Mientras estaba distraída mirando el celular, escuchó una voz conocida.

—¿Aylin?

Levantó la mirada sorprendida.

Frente a ella estaba Valentina, quien también había llegado al mismo restaurante con su familia.

—¡Hola, Aylin! —dijo Valentina con una sonrisa—. Qué coincidencia encontrarte aquí.

Aylin sonrió al verla.

—Hola, Vale. Sí, qué casualidad. ¿Cómo estás?

Ambas comenzaron a conversar mientras sus familias esperaban la comida.

—Oye, ¿ya viste el chat? —preguntó Valentina mientras se acomodaba en su asiento—. Estábamos hablando de hacer algo esta noche para celebrar.

—Sí, ya me di cuenta. No sé si mis papás me dejen salir, pero voy a preguntar. Aunque creo que no debería haber problema.

Mientras seguían hablando, el celular de Aylin vibró.

Era un mensaje de Minor.

—Oye, ¿dónde estás?

Aylin miró la pantalla y respondió.

—Estoy en un restaurante. Te mando la ubicación.

Sin pensarlo demasiado, compartió su ubicación actual y volvió a guardar el celular.

Mientras esperaba a Minor Aylin terminó compartiendo la mesa con la familia de Valentina, mientras los adultos conversaban sobre diferentes temas. Sus padres y los padres de Valentina hablaban tranquilamente, contando experiencias y comentando sobre la vida.

Mientras tanto, Aylin y Valentina aprovechaban para hablar de sus cosas.

—Oye, Valentina… ¿cómo va tu pareja? —preguntó Aylin con curiosidad.

Valentina abrió los ojos sorprendida.

—¿Cuál pareja? —preguntó entre risas.

—No sé… pensé que tenías a alguien escondido.

—Jamás. Mis padres me matarían.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Ay, Vale, creo que exageras un poco. Aunque tampoco puedo opinar demasiado. Mis papás nunca me han puesto muchos límites, entonces no sé cómo sería estar en una situación así.

—No digas eso. A veces también tiene cosas buenas tener libertad. Imagínate estar encerrada, sin poder salir, sin poder hacer tus cosas o tener que pedir permiso para todo.

—Sí, lo sé… y la verdad encuentro muchas cosas buenas en ellos. Al menos hoy es un día especial, así que no me puedo quejar.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Pero a veces siento que mis padres no ha estado mucho conmigo. Siento que si algún día me pasara algo importante, quizá ni siquiera se daría cuenta.

—¿Y has intentado hablar con ellos sobre eso?

—Sí, muchas veces. Pero siempre termina igual… me dicen que están ocupados, que tienen muchas cosas encima. Entonces ya me acostumbré a guardarme lo que siento y mantenerme reservada.

—Bueno… al menos ahora no estás sola. Nos tienes a nosotros.

Aylin sonrió levemente al escucharla.

A los pocos minutos, Aylin levantó la mirada Minor estaba de pie en la entrada, buscando entre las personas hasta encontrarla.

Una sonrisa apareció en el rostro de Aylin al reconocerlo. Se levantó de su lugar y caminó hacia él.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Hola —respondió Minor mientras se acercaba—. Mira, te traje un pequeño detalle.

Extendió su mano y le entregó una flor junto con unos chocolates.

—Ay, no tenías que molestarte —dijo con una sonrisa mientras se acercaba para abrazarlo—. Muchas gracias, de verdad.

—No es por nada. Sabes que lo hago con cariño —dijo con tranquilidad—. Por cierto, quería preguntarte algo… ¿quieres hacer algo esta noche? Podríamos salir a celebrar tu graduación.

Aylin lo miró unos segundos, pensando en la propuesta.

—Mmm… me encantaría, pero no puedo —respondió con un poco de pena—. Mis amistades ya estaban planeando algo para esta noche y quedamos en salir después de la graduación.

—Está bien.

—Pero si quieres puedes venir con nosotros. Así también compartes el momento y nos divertimos todos juntos.

Minor abrió un poco los ojos, sorprendido por la invitación.

—¿En serio?

—Claro —respondió Aylin con una sonrisa—. Más tarde te aviso la hora y qué vamos a hacer.

—Me parece bien. Bueno, tengo que irme. Mis primas también están celebrando su graduación, así que tengo que acompañarlas un rato.

—Tranquilo, nos vemos más tarde.

—Nos vemos.

La emoción seguía presente mientras caminaba hacia donde se encontraban sus padres y Valentina, quienes estaban reunidos alrededor de la mesa.

Al verla llegar, Valentina notó algo diferente en su expresión.

—¿Y esas flores? —preguntó mirando el ramo que Aylin llevaba consigo.

Aylin bajó la mirada hacia ellas con una pequeña sonrisa antes de responder.

—Me las regaló Minor por mi graduación.

Valentina levantó un poco las cejas, como si ya imaginara por dónde iba la conversación.

—Ay, Aylin… si sigues por ahí, recuerda lo que pasó con ese presumido.

Aylin soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—Valentina, no empieces —respondió mientras dejaba las flores con cuidado sobre la mesa—. Mejor almorcemos, que después se nos quita el hambre.

Valentina sonrió al verla tan tranquila.

Aunque siempre bromeaba con ella, sabía que Aylin estaba viviendo una etapa diferente. Poco a poco estaba descubriendo nuevas personas, nuevas experiencias y una versión de sí misma que antes no conocía.

Las horas pasaron y, al llegar la noche, Aylin se reunió con sus amistades y con Minor para celebrar.

Después de tantos años, finalmente habían cerrado una etapa importante: se habían graduado.

La noche estuvo llena de risas, bromas y conversaciones que iban de un tema a otro. Como siempre, entre ellos no hacía falta preparar algo demasiado especial para pasarla bien. Bastaba con estar juntos.

Entre juegos, ocurrencias y comentarios que solo ellos entendían, el tiempo pasó rápidamente. Cada risa parecía guardar un pequeño recuerdo de todos los momentos que habían compartido durante esos años.

Aylin los observaba mientras todos se divertían y sintió una tranquilidad especial. Había personas que habían llegado a su vida en momentos importantes y que ahora formaban parte de una etapa que nunca olvidaría.

La noche terminó entre despedidas, abrazos y promesas de volver a reunirse pronto.

Cuando llegó a casa, Aylin se acostó con una sonrisa en el rostro.

Ese día había marcado el cierre de una etapa, pero también el inicio de muchas cosas nuevas.

Miró su celular una última vez antes de dormir. Los mensajes de sus amigos seguían ahí, llenos de bromas y recuerdos de aquella noche.

Sonrió.

Sabía que muchas cosas estaban a punto de cambiar, que cada uno tomaría caminos diferentes y que ya nada volvería a ser exactamente igual.

Pero esa noche decidió no preocuparse por el futuro.

Solo quería guardar ese momento.

Porque algunas etapas no terminan realmente cuando se cierran, sino cuando uno se da cuenta de todo lo que vivió en ellas.

Y para Aylin, aquella había sido una de esas noches que permanecerían con ella por mucho tiempo.

4

La madrugada que lo cambió todo

"Hay momentos que no se sienten como finales… hasta que ya es demasiado tarde para volver atrás.

Con el paso de los días, el colegio quedó atrás y, casi sin darse cuenta, comenzaron las vacaciones.

Por primera vez en mucho tiempo, Aylin no tenía que preocuparse por tareas, exámenes ni horarios. Sus días transcurrían con más calma, permitiéndole disfrutar de un descanso que sentía haber necesitado desde hacía mucho tiempo.

Había algo dentro de ella que también había empezado a cambiar.

Poco a poco, esa sensación de vacío y desorden que durante tanto tiempo la había acompañado comenzaba a desaparecer. En su lugar aparecía una tranquilidad nueva, serena, difícil de explicar, como si cada experiencia vivida en los últimos meses hubiera empezado, por fin, a encontrar su lugar.

Con el paso de las semanas, Aylin comenzó a involucrarse cada vez más en la iglesia.

Lo que al principio había sido simplemente una visita los sábados se convirtió, poco a poco, en una parte importante de su rutina. Cada reunión le dejaba una enseñanza distinta, y cada culto era una oportunidad para conocer un poco más de aquello que apenas empezaba a descubrir.

Sin imaginarlo, comenzó a experimentar cosas completamente nuevas para ella.

Se integró al ministerio de danza y volvió a bailar, pero esta vez de una manera diferente. Ya no se trataba únicamente de aprender una coreografía o presentarse frente a un público; cada ensayo y cada presentación tenían un significado mucho más profundo. Poco a poco comprendió que, para quienes estaban ahí, la danza también era una forma de expresar su fe.

Con el tiempo llegaron más responsabilidades.

Además de participar en las presentaciones, empezó a servir en el ministerio de niños. Al principio sintió nervios; no sabía si sería capaz de enseñarles o de conectar con ellos. Sin embargo, bastaron unas cuantas semanas para que esos pequeños comenzaran a recibirla con abrazos, sonrisas y un entusiasmo que siempre lograba alegrarle el día.

Sin darse cuenta, aquellos niños empezaron a ocupar un lugar muy especial en su corazón.

Cada culto esperaba con ilusión volver a verlos, escuchar sus ocurrencias, jugar con ellos y compartir las enseñanzas que preparaban para cada reunión. Descubrió que servir también era amar a través de los pequeños detalles.

Mientras más tiempo pasaba en la iglesia, más comprendía el compromiso que implicaba formar parte de un ministerio. Existían responsabilidades, horarios y principios que todos procuraban respetar para servir con dedicación.

Fue entonces cuando Aylin comenzó a reflexionar sobre las actividades que llenaban su vida.

Amaba la academia de baile y estaba profundamente agradecida por todo lo que había aprendido allí. Había sido el lugar donde volvió a creer en sí misma y donde recuperó un sueño que pensaba perdido.

Sin embargo, con el paso de los días sintió que no podía entregar lo mejor de sí a ambos lugares al mismo tiempo.

Después de pensarlo durante varias semanas y de orar mucho sobre esa decisión, comprendió cuál era el camino que deseaba seguir.

Con el corazón tranquilo, decidió despedirse de la academia.

Sabía que esa etapa había cumplido su propósito en su vida y que gracias a ella había recuperado la confianza que un día creyó perdida.

Ahora comenzaba una nueva etapa.

Una etapa en la que estaba descubriendo una forma distinta de bailar, de servir y, sobre todo, de encontrar propósito en cada paso que daba.

El tiempo siguió avanzando, y con él también lo hizo Aylin.

Fue en ese proceso donde conoció más de cerca al pastor de jóvenes, quien además dirigía el ministerio de alabanza.

Desde el primer momento, él notó algo que Aylin jamás había visto en sí misma.

En varias ocasiones la escuchó cantar mientras ayudaba en los ensayos o durante los tiempos de adoración. No era una voz que buscara llamar la atención; era una voz suave, delicada y llena de sensibilidad.

Una tarde, al terminar un ensayo, el pastor se acercó a ella.

—Aylin —le dijo con una sonrisa—, ¿alguna vez has pensado en servir también en la alabanza?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Yo? —preguntó con una pequeña risa nerviosa—. No, pastor... creo que mi voz no es tan buena.

Él negó con tranquilidad.

—No subestimes el regalo que Dios puso en ti. Hay una dulzura en tu voz que no se puede enseñar. La técnica se aprende con el tiempo; el corazón con el que cantas es lo que realmente hace la diferencia.

Aquellas palabras quedaron grabadas en la mente de Aylin.

A partir de ese día comenzó a recibir consejos, prácticas y pequeñas enseñanzas que la ayudaron a descubrir una parte de ella que había permanecido oculta durante años.

El pastor le enseñó a cuidar su voz, a respirar correctamente, a perder el miedo y, sobre todo, a comprender que cantar no era demostrar quién tenía la mejor voz, sino entregar con sinceridad aquello que nacía del corazón.

Con cada ensayo fue ganando más confianza.

La joven que antes apenas se atrevía a cantar en voz baja comenzó a hacerlo con seguridad, dejando atrás poco a poco sus inseguridades.

Aquella voz delicada, que durante mucho tiempo permaneció escondida por el miedo, comenzó a florecer.

Mientras Aylin seguía creciendo en su fe, también lo hacía su compromiso con cada ministerio en el que servía. Cada culto, cada ensayo y cada momento junto a los niños fortalecían aún más el lugar que la iglesia había comenzado a ocupar en su corazón.

Sin darse cuenta, aquel lugar que un día visitó por simple curiosidad se había convertido en una segunda familia.

Y fue así como, casi sin notarlo, llegó una de las fechas más esperadas del año.

El 24 de diciembre.

Las calles estaban llenas de luces, los hogares comenzaban a reunirse alrededor de la mesa y el ambiente navideño se respiraba en cada rincón. Para muchas familias era un día de celebración, de abrazos, de risas y de compartir juntos.

En la iglesia donde Aylin servía, también tenían una hermosa tradición.

Cada año organizaban un convivio especial para todos los ministerios y sus familias. Cada persona llevaba algún platillo para compartir con los demás y, al final de la noche, realizaban un intercambio de regalos, convirtiendo aquella reunión en un momento lleno de alegría, bromas y recuerdos.

Para Aylin todo aquello era completamente nuevo.

Nunca antes había vivido una Navidad de esa manera.

Mientras ayudaba a acomodar algunas mesas y observaba a las familias llegar con bandejas de comida, postres y regalos envueltos con papeles de colores, no pudo evitar sonreír. Había niños corriendo de un lado a otro, jóvenes conversando entre risas y adultos preparando cada detalle con entusiasmo.

Después de terminar el culto especial de Navidad, Aylin regresó a casa para celebrar junto a su familia. La mesa estaba llena de comida, las conversaciones no se detenían y, por primera vez, sentía que estaba disfrutando de un momento que tantas veces había imaginado.

Las horas transcurrieron entre risas, recuerdos y fotografías familiares. Al llegar la medianoche, todos comenzaron a abrazarse mientras se deseaban una feliz Navidad.

Después intercambiaron los regalos. No eran obsequios costosos, pero para Aylin tenían un valor imposible de medir.

Mientras observaba a su familia sonreír y compartir entre risas, Aylin sintió una paz que hacía mucho tiempo no experimentaba. Se quedó unos segundos contemplando aquella escena, escuchando las conversaciones, las carcajadas y el ruido de los niños jugando cerca de la mesa.

Sin darse cuenta, su mente viajó por todo lo que había vivido durante ese año.

Recordó las noches en las que lloró creyendo que nada iba a mejorar, los momentos en los que dudó de sí misma, las despedidas que le dolieron y todas aquellas decisiones que, aunque difíciles, terminaron llevándola hasta donde estaba ahora.

Entonces volvió a mirar a su alrededor.

Su familia seguía ahí, sonriendo, compartiendo y disfrutando juntos de aquella Navidad.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Meses atrás jamás habría imaginado terminar el año sintiéndose tan tranquila.

Un rato después, varios vecinos salieron a la calle para conversar y esperar los fuegos artificiales. Aylin también salió junto a su familia para compartir ese momento.

Fue entonces cuando su celular vibró.

Aylin lo sacó del bolsillo y, al ver el nombre de Minor en la pantalla, sonrió sin darse cuenta.

—Hola, niña. ¿Puedes bajar un momento? Estoy cerca de tu casa.

—¿Por qué no subes? Estamos todos afuera.

La respuesta llegó casi al instante.

—Es que quiero darte algo... pero prefiero hacerlo abajo. No quiero que tus papás vayan a pensar mal.

—Está bien, dame un momento. Les aviso a mis papás y bajo.

Aylin les avisó a sus padres que saldría un momento. Después de recibir un gesto de aprobación, salió de la casa y caminó tranquilamente hasta la entrada del barrio.

La noche estaba en calma. Las luces de las casas iluminaban apenas la calle y, a lo lejos, distinguió el carro de Minor estacionado junto a la acera. Él permanecía apoyado sobre la puerta del conductor, esperando con paciencia.

En cuanto la vio acercarse, una sonrisa apareció en su rostro casi de forma involuntaria.

Aylin también sonrió.

Sin pensarlo demasiado, aceleró el paso y, antes de que Minor pudiera siquiera saludarla, se lanzó a abrazarlo con fuerza.

Él quedó completamente inmóvil por un instante.

No porque le molestara, sino porque aquel gesto lo tomó por sorpresa. Durante todo el tiempo que la conocía, Aylin nunca había sido una persona de demostrar el cariño de una forma tan espontánea.

Poco a poco correspondió el abrazo, todavía con una mezcla de sorpresa y felicidad que intentaba disimular.

Cuando finalmente se separaron, Aylin levantó la mirada y lo observó con curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó con una sonrisa al notar que él seguía mirándola—. ¿Por qué esa cara?

—Nada... solo me alegra verte.

—A mí también. Ahora sí, dime... ¿para qué me hiciste bajar?

—Espera un segundo.

Minor caminó hasta el carro y abrió la puerta con tranquilidad. Durante unos segundos buscó algo en el interior, hasta que finalmente sacó una pequeña caja de color rojo. La sostuvo entre sus manos por un instante, como si quisiera asegurarse de que aquel momento fuera el indicado, y luego se volvió hacia Aylin para entregársela con una sonrisa.

—Feliz Navidad.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Con cuidado, Aylin levantó la tapa de la caja. En cuanto vio lo que había dentro, sus ojos se abrieron por la sorpresa. Era una delicada cadena de oro con la inicial de su nombre, cuidadosamente acomodada sobre un pequeño cojín. Durante unos segundos permaneció inmóvil, sin saber qué decir, hasta que levantó la mirada para encontrarse con los ojos de Minor.

—Minor... ¿esto es para mí?

Él sonrió con algo de nervios.

—Sí. Pensé que hoy era un día especial... y quería darte un regalo.

—¿Cuánto te costó esto? Sabes que a mí nunca me ha importado que las cosas sean caras. Lo que más valoro es la amistad que tenemos.

—Lo sé... pero también déjate querer un poquito.

—Está bien... entonces póngamelo.

Con mucho cuidado, Minor apartó el cabello de Aylin hacia un lado y, con delicadeza, colocó la cadena alrededor de su cuello. Al terminar, dio un pequeño paso hacia atrás para observar cómo lucía. Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro al comprobar que le quedaba perfecta. Sin decir nada, llevó una mano al bolsillo de su chaqueta y sacó otra pequeña cadena. Era exactamente igual a la de Aylin, como si ambas hubieran sido hechas para llevarse juntas.

—Ahora te toca a ti.

—¿También tienes una?

—Sí... ¿me ayudas a ponérmela?

—De verdad que hoy no dejas de sorprenderme.

Con el mismo cuidado con el que él había colocado la suya, Aylin tomó la cadena y la acomodó alrededor del cuello de Minor. Sus manos se movieron con delicadeza mientras ajustaba el broche, procurando no lastimarlo. Cuando terminó, dio un pequeño paso hacia atrás para observar el resultado.

Por un instante, ambos bajaron la mirada al mismo tiempo.

Las dos cadenas brillaban bajo la tenue luz de la calle, reflejando el resplandor de las decoraciones navideñas que adornaban las casas cercanas.

Aylin no pudo evitar sonreír.

Más allá del valor del regalo, lo que realmente hacía especial aquel momento era el significado que tenía para ella. Siempre había sido una persona que apreciaba los pequeños detalles, aquellos que nacían del cariño sincero y no del precio de las cosas. Por eso, desde ese instante, supo que aquella cadena se convertiría en uno de los obsequios que más cuidaría y conservaría con el paso del tiempo, como un recuerdo de una amistad que ocupaba un lugar importante en su vida.

Después de unos segundos, tomó su celular para ver la hora. Al darse cuenta de que la medianoche estaba cada vez más cerca, volvió a levantar la vista y miró a Minor con una pequeña sonrisa.

—Bueno... ya tengo que regresar. Mi familia me está esperando.

Minor asintió.

—Sí... ya casi es medianoche.

—Feliz Navidad, Aylin.

—Igualmente. Gracias por este detalle... de verdad significa mucho para mí.

Sin pensarlo demasiado, volvió a abrazarlo.

—Gracias por todo.

Minor cerró los ojos por un instante mientras correspondía aquel abrazo.

—No tienes que agradecerme... gracias a ti por dejarme formar parte de tu vida.

—Bueno... ahora sí me voy. Después hablamos.

—Está bien... adiós.

Minor permaneció unos segundos en el mismo lugar, observando cómo Aylin regresaba a su casa. Esperó hasta verla cruzar la puerta y desaparecer detrás de ella. Solo entonces sonrió para sí mismo, subió al carro y encendió el motor.

Para Aylin, aquella cadena era simplemente un regalo muy especial, un detalle que conservaría con cariño porque venía de alguien a quien apreciaba profundamente.

Pero para Minor significaba mucho más que un obsequio.

Era una forma silenciosa de demostrar un sentimiento que llevaba tiempo guardando y que nunca había tenido el valor de expresar.

Prefirió esconderlo detrás de una amistad sincera, convencido de que era mejor conservarla cerca que arriesgarse a perderla por decir lo que realmente sentía.

Sin saber que, con el paso del tiempo, ese silencio terminaría pesando mucho más que cualquier palabra que nunca llegó a pronunciar.

Y aunque intentaba convencerse de que todo estaba bien mientras ella siguiera formando parte de su vida, en el fondo sabía que los sentimientos, tarde o temprano, siempre encuentran la manera de salir a la luz.

Por otro lado, Aylin regresó a su casa con una pequeña sonrisa dibujada en el rostro. Mientras subía las escaleras, llevó una mano hasta la cadena que ahora descansaba sobre su cuello.

No podía evitar pensar en aquel regalo.

En el fondo, sentía que detrás de ese detalle había algo más, algo que Minor no había querido decirle. Sin embargo, decidió no darle demasiadas vueltas al asunto.

Pensó que tal vez solo era una muestra del cariño y la confianza que habían construido con el paso de los meses.

Después de todo, Minor se había convertido en una persona muy importante para ella.

Un amigo con quien podía hablar de cualquier cosa, alguien que siempre encontraba la manera de hacerla sonreír cuando más lo necesitaba.

Pero, para Aylin, aquello no iba más allá de una amistad.

Con ese pensamiento, dejó de cuestionarlo y simplemente decidió disfrutar el momento.

Los días continuaron avanzando hasta despedir un año más y recibir el siguiente entre abrazos, risas y buenos deseos.

Con la llegada del nuevo año, las vacaciones siguieron su curso. Aylin aprovechó ese tiempo para descansar, salir con sus amistades cada vez que tenían la oportunidad de reunirse y crear nuevos recuerdos que llenaban sus días de alegría.

Sin darse cuenta, estaba viviendo una de las etapas más tranquilas de su vida.

Una etapa en la que, aprendía a disfrutar el presente sin preocuparse tanto por lo que vendría después.

Con el paso de los días, casi todas las noches, cuando era alrededor de las nueve, alguno de los dos rompía el silencio con un mensaje. A partir de ese momento, las horas parecían pasar sin que se dieran cuenta.

Algunas noches solo intercambiaban mensajes; otras, terminaban en una videollamada que se alargaba hasta la madrugada. Hablaban de cualquier cosa: del colegio, de la iglesia, de sus metas, de recuerdos de la infancia o de situaciones tan simples que, en cualquier otra conversación, habrían pasado desapercibidas.

No necesitaban buscar temas importantes. Les bastaba con compartir el momento.

Entre anécdotas, ocurrencias y los chistes malos de Minor, las risas nunca faltaban. En más de una ocasión, Aylin estuvo a punto de atragantarse con el agua que estaba tomando de tanto reír. Él aprovechaba cualquier oportunidad para hacerla reír, aunque para lograrlo tuviera que contar el peor chiste que se le ocurriera.

Y, por extraño que pareciera, siempre lo conseguía.

Sin darse cuenta, aquellas noches empezaron a convertirse en una parte importante de sus días. Lo que al principio eran simples conversaciones terminó siendo un espacio donde ambos podían ser ellos mismos, hablar sin miedo, reír sin motivo y olvidarse, aunque fuera por unas horas, de todo lo que ocurría a su alrededor.

Los días siguieron transcurriendo y, sin darse cuenta, las conversaciones nocturnas se habían convertido en una parte importante de su rutina.

Una noche, mientras hablaban por videollamada, Aylin permaneció unos segundos en silencio, como si estuviera pensando en algo.

—Oye... ¿por qué no vas un día a la iglesia? —preguntó con una pequeña sonrisa—. Así pasamos una noche juntos, pero en un lugar diferente.

—¿En serio? Me encantaría.

—Sí. Además quiero que conozcas a mis amigos, a los niños y todo el ambiente. Creo que te va a gustar.

—¿Es este sábado?

—Sí, este sábado. Ya sabes dónde queda y también la hora, así que nos vemos allá.

—Perfecto. Ahí estaré.

—Entonces queda prometido.

—Queda prometido.

Después de seguir hablando un rato más, la llamada terminó como de costumbre.

Los días continuaron pasando hasta que, casi sin darse cuenta, llegó el sábado.

Aylin siguió su rutina con normalidad durante toda la mañana. Ayudó en la casa, terminó algunas cosas que tenía pendientes y aprovechó para descansar un rato.

Cuando comenzó a caer la tarde, se dio una ducha, escogió con cuidado la ropa que usaría aquella noche y terminó de arreglarse frente al espejo.

Al verse lista, tomó su bolso, se despidió de sus padres y salió rumbo a la iglesia.

Al llegar a la iglesia, Aylin caminó hacia la entrada mientras saludaba a algunas personas que iban llegando.

Fue entonces cuando lo vio.

Minor estaba de pie a un lado del portón, completamente concentrado en su celular. Movía los dedos sobre la pantalla sin levantar la vista, tan distraído que no notó que Aylin ya estaba a pocos pasos de él.

—¡Hola! —dijo Aylin un poco más fuerte de lo normal.

Minor dio un pequeño salto del susto y levantó la cabeza de inmediato.

Al encontrarse con Aylin frente a él, se quedó en silencio por unos instantes. La observó sin decir una palabra, como si hubiera olvidado por completo lo que estaba haciendo.

—¿Qué pasa? —preguntó con una pequeña sonrisa al notar que no dejaba de mirarla.

—Nada... es que te ves muy guapa.

—Ay... gracias. Tú también te ves muy bien.

Minor desvió la mirada por un instante y señaló discretamente el collar.

—Además... te queda muy bonito. Me alegra ver que sí lo usaste.

—Claro que lo iba a usar. Me gustó mucho.

Por un momento sintió una sensación difícil de explicar. No sabía exactamente por qué aquellas palabras la habían hecho sonreír tanto.

—Bueno, mejor cuéntame... ¿cómo has estado?

—Bien... aunque un poco cansado. Estoy buscando trabajo para estas vacaciones.

—¿En serio? Yo aprovecharía para descansar un rato. Después de todo, cuando entren las clases vamos a pasar de siete de la mañana a cuatro de la tarde todos los días.

—Y ese también va a ser tu horario.

—Ay... mejor ni me lo recuerdes.

La conversación continuó con la misma naturalidad de siempre, hasta que comenzaron a llegar más jóvenes a la iglesia y el ambiente se fue llenando de saludos, risas y voces que anunciaban el inicio de una nueva reunión.

Ese día ambos disfrutaron mucho la actividad. Al principio, Minor no estaba completamente seguro de qué esperar, pero poco a poco comenzó a involucrarse y

terminó sorprendiéndose de lo mucho que le gustaba. La emoción del momento, las risas y la compañía de Aylin hicieron que todo se sintiera más especial.

Aylin podía notar la sonrisa de Minor cada vez que participaba o descubría algo nuevo. Aunque él intentaba aparentar tranquilidad, era evidente que estaba disfrutando cada instante. Para ella, verlo tan animado era una de las partes más bonitas del día.

Entre conversaciones, pequeños momentos de diversión y recuerdos que iban creando juntos, ambos dejaron de pensar en el tiempo. Aquella actividad, que parecía algo sencillo al principio, terminó convirtiéndose en un momento especial que los dos guardarían con cariño.

Con el transcurso de los días, Aylin y Minor volvieron a sus videollamadas. Como siempre, comenzaron hablando de cualquier cosa, contándose cómo había sido su día y compartiendo pequeños momentos de sus vidas.

Esa noche, Aylin decidió preguntarle cómo se había sentido después de todo lo que había pasado.

Al principio, todo parecía normal. La conversación fluía con tranquilidad, hasta que, curiosamente, mientras hablaban de cosas sin importancia, Minor quedó en silencio.

Aylin notó el cambio de inmediato.

—Minor, ¿estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí… solo estaba pensando en una cosa.

—¿En qué cosa? Sabes que puedes confiar en mí.

—Es que siento que no eres la indicada… pero bueno, lo voy a decir porque siento que no puedo seguir guardándolo.

Aylin sintió un pequeño nudo en el pecho al escuchar esas palabras, aunque no sabía exactamente a qué se refería.

—Claro, tranquilo. Dime.

—Es que hace unos meses me enamoré de la persona equivocada… entendiendo que sé que esa persona no siente nada por mí, ¿entiendes?

Al escucharlo, Aylin sintió algo extraño dentro de ella. En el fondo, una parte de ella había imaginado que aquellas actitudes, aquellas señales que había notado durante ese tiempo, podían estar relacionadas con algo así.

Aun así, decidió no interrumpirlo. Quería que él pudiera sacar todo aquello que llevaba guardando.

—¿Y se puede saber quién es? Claro, si no quieres contármelo está bien —dijo con calma.

Pero después de esa pregunta, Minor volvió a quedarse en silencio.

Pasaron varios minutos en los que Aylin no escuchaba nada más que pequeños ruidos al otro lado de la llamada. Entonces comprendió que algo estaba ocurriendo. Por la forma en que respiraba y por aquel silencio, supuso que quizás estaba llorando.

—¿Minor? ¿Estás bien? —preguntó suavemente.

Intentó seguir hablándole, buscando alguna manera de acompañarlo, pero él no respondía.

Finalmente, después de unos minutos sin recibir respuesta, Aylin tuvo que colgar la llamada.

No quería presionarlo. Pensó que quizá lo mejor era darle un poco de tiempo para procesar lo que estaba sintiendo.

Dejó el celular a un lado, cerró su computadora y trató de distraerse viendo algunos videos. Sin embargo, su mente seguía regresando a aquella conversación, preguntándose qué era eso que Minor llevaba tanto tiempo guardando.

Hasta que, a los pocos minutos, escuchó vibrar su celular. Era Minor, quien volvía a hacer una videollamada. Aylin, al verlo, rápidamente contestó.

—Hey… ¿qué pasó? ¿Qué tienes? —preguntó Aylin al notar sus ojos rojos.

Minor guardó silencio por unos segundos, como si estuviera buscando la forma correcta de decirlo.

—Es que… no sé cómo decírtelo.

—Tranquilo, si no quieres decirme está bien, pero no llores —respondió ella con preocupación.

—No… ya es directo, y quiero que nada de nosotros cambie, por favor.

—¿Ya me estás asustando? Dime.

—Aylin… es que me enamoré de ti. No sé en qué momento pasó… lo siento.

Aylin se quedó en silencio, sin saber qué responder.

—Lo siento de verdad —continuó Minor—. No sé en qué momento ocurrió. Yo no quería que pasara esto, pero me enamoré de ti por la forma en que eres, por lo sencilla que eres y por cómo siempre valoraste todo lo que te decía, todo lo que hacía por ti. Jamás había conocido a una chica como tú.

Aylin permaneció callada unos segundos. Su mente estaba llena de pensamientos, pero ninguna palabra parecía salir.

Al escuchar aquellas palabras durante aquella videollamada de madrugada, Aylin se quedó en silencio. Por unos segundos no supo qué responder. La luz de la pantalla iluminaba su rostro mientras su mente intentaba entender lo que acababa de escuchar.

Aylin sintió una presión en el pecho. Nunca había querido lastimarlo ni hacerle creer algo que no era cierto. Ella solo había intentado estar ahí como amiga, escuchándolo, acompañándolo en sus momentos difíciles y preocupándose por él como la persona que era.

Sus pensamientos comenzaron a llenarla de culpa. Sintió cómo las emociones que había mantenido guardadas empezaban a regresar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no quería que él la viera romperse frente a la cámara.

No sabía qué decir. No sabía cómo responder sin herirlo, ni cómo explicarle que lo apreciaba mucho, aunque no pudiera corresponder de la misma manera.

Sus padres no eran personas con las que pudiera hablar fácilmente sobre algo así. No encontraba las palabras para explicar por qué aquella conversación le estaba afectando tanto.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. La llamada permaneció en silencio, acompañada únicamente por el sonido de sus respiraciones al otro lado de la pantalla.

Aylin quería encontrar las palabras correctas, decir algo que pudiera aliviar lo que él sentía, pero no existían palabras capaces de cambiar aquello. Sabía que, aunque intentara explicarse de la mejor manera, podía terminar lastimándolo aún más.

Así que tomó aire y, con el corazón lleno de tristeza, decidió ser sincera. No porque no le importara, sino porque precisamente le importaba demasiado como para darle una respuesta que no fuera verdadera.

—Minor… sabes que yo solo te quiero como amigo —dijo finalmente con suavidad—. Desde mi última relación no he querido enfocarme en tener a alguien a mi lado. Siento que debo concentrarme en cosas más importantes ahora.

Hasta que, al final, Aylin decidió terminar la llamada.

Esa madrugada entendió que a veces querer a alguien no siempre significa poder corresponderle de la misma forma. Algunas personas llegan a tu vida para convertirse en alguien especial, pero no siempre de la manera que esperan.

Y aunque aquella conversación terminó dejando una herida silenciosa entre ambos, Aylin deseó que algún día Minor pudiera entender que su cariño hacia él siempre había sido real, aunque naciera desde un lugar diferente.

5

El peso del secreto

"Ocultar la verdad es fácil; lo difícil es soportar el ruido que hace dentro de uno mismo."

Tras aquella confesión, el mundo de Aylin se volvió extrañamente mudo. El chat con Minor, antes vibrante y constante, quedó suspendido en el tiempo. Ya no había mensajes a cualquier hora, bromas inesperadas ni aquellas conversaciones que parecían no tener final.

Aunque intentaba rodearse de sus otras amistades y llenar las horas con conversaciones sin importancia, había algo que no podía ignorar. Sentía un vacío extraño, como si una parte de su rutina hubiera desaparecido de repente.

No era que estuviera molesta con Minor. Al contrario, entendía lo difícil que había sido para él decir aquello. Pero ahora cada recuerdo, cada palabra y cada momento compartido parecían tener un significado diferente.

Una tarde, mientras la luz del sol comenzaba a desaparecer lentamente entre las ventanas, Aylin se encontraba en videollamada con Valentina. Al principio hablaron de cosas simples: de pequeños detalles del día y de cualquier tema que ayudara a llenar el silencio.

Hasta que Aylin ya no pudo contener más las lágrimas. Intentó mantenerse tranquila frente a la pantalla, pero sus ojos se llenaron de lágrimas y finalmente comenzaron a caer.

Valentina, al verla así a través de la videollamada, se preocupó de inmediato.

—Aylin… ¿qué pasa? ¿Por qué lloras? ¿Es sobre tus padres? —preguntó mientras se acercaba más a la cámara, intentando verla mejor.

—No, Valentina… —respondió Aylin entre lágrimas, negando lentamente con la cabeza.

—Entonces, ¿qué tiene mi chiquita? Dime, por favor.

Aylin bajó la mirada por unos segundos. Le costaba hablar, como si decirlo en voz alta hiciera que todo fuera más real.

—No entiendo por qué me está pasando esto a mí, te lo juro… Jamás pensé sentir algo así en mi vida.

—Pero ¿qué pasa? No me asustes, Aylin —dijo Valentina con preocupación al verla llorar.

Aylin respiró profundo y decidió dejar de darle vueltas. Necesitaba contarle a alguien lo que estaba pasando.

—Es que… esta madrugada pasó algo con Minor.

Entonces comenzó a explicarle todo lo que había ocurrido aquella noche: la llamada, cómo él apareció con los ojos rojos, cómo le confesó que se había enamorado de ella y cómo ella no sabía qué decir porque nunca había visto venir algo así.

Valentina escuchaba en silencio al otro lado de la pantalla, dejando que Aylin sacara todo lo que llevaba guardado.

Pero había un detalle que Aylin todavía no había mencionado.

Después de aquella conversación, Minor seguía enviándole mensajes. Intentaba hablar con ella, preguntarle cómo estaba y mantener la comunicación como antes.

Pero Aylin no respondía.

No porque no quisiera hablar con él, sino porque sentía que lo había lastimado demasiado. Sentía que no tenía la cara para aparecer nuevamente después de saber lo que él sentía por ella.

Además, tenía miedo de hacerle más daño. No quería seguir hablando con él sabiendo que sus sentimientos eran diferentes y que cada conversación podía darle esperanzas que ella no podía corresponder.

—Aylin… —dijo Valentina después de escuchar toda la historia—. Primero que todo, no te culpes por esto.

Aylin levantó la mirada, todavía con lágrimas en los ojos.

—Pero siento que lo lastimé, Vale. Él fue sincero conmigo y yo… yo no pude sentir lo mismo. Siento que hice algo malo.

Valentina negó suavemente con la cabeza.

—No hiciste nada malo, mi chiquita. Tú no puedes obligar a tu corazón a sentir algo que no siente. Que Minor se haya enamorado de ti no significa que tú tengas que enamorarte de él también.

Aylin guardó silencio, escuchando cada palabra.

—Además, piensa algo —continuó Valentina—. Si él de verdad te quiere y te valora como dice, también va a entender tus sentimientos. Puede dolerle, claro que sí, pero eso no significa que tengas que alejarte o sentirte culpable por existir.

—Pero no sé cómo hablarle… —susurró Aylin—. Siento que después de eso todo cambió.

Valentina suspiró y tomó su mano.

—Por eso mismo deberías hablar con él. No por obligación, sino porque los dos necesitan cerrar bien esto. A veces el silencio duele más que una conversación honesta.

Aylin bajó la mirada.

—¿Y qué le digo?

—Dile la verdad, Aylin. Que lo aprecias, que es una persona importante para ti, pero que tus sentimientos no son los mismos. Que no quieres perder su amistad, pero que también entiendes si necesita tiempo para procesarlo.

Aylin se quedó pensando.

—Tengo miedo de hacerlo sentir peor.

—Puede que le duela, pero no puedes proteger a alguien de todo dolor. A veces querer a una persona también significa ser sincera con ella, aunque la verdad no sea la que esperaba escuchar.

—Y otra cosa —agregó Valentina con una pequeña sonrisa—. No cargues con toda la culpa tú sola. Minor decidió contarte lo que sentía porque confiaba en ti. Ahora tú también puedes confiar en él y hablar desde el corazón.

La conversación cambió de tema, intentando volver a la normalidad, pero el vacío seguía ahí.

Los días siguientes fueron grises. Aylin continuó asistiendo a la red de jóvenes, tratando de seguir con su vida y mantener su rutina. Participaba en las actividades, ayudaba cuando era necesario y trataba de sonreír como siempre, pero en su interior todavía cargaba con aquella incertidumbre que no la dejaba tranquila.

No sabía cómo actuar con Minor. Una parte de ella quería que todo volviera a ser como antes, que esa conversación nunca hubiera pasado; pero otra parte sabía que ya nada era igual. Sentía que, mientras no hablara con él, la distancia entre ambos seguiría creciendo.

Pasaron algunos días hasta que una noche, después de ver varios mensajes de Minor sin responder, Aylin tomó el celular y decidió contestarle.

No lo hizo con la intención de volver a las conversaciones de antes, ni buscando abrir una puerta que pudiera confundirse con una segunda oportunidad. Sabía que algunas heridas no desaparecen simplemente con el paso del tiempo y que, aunque todavía quedaban sentimientos difíciles de acomodar, también existía un cariño sincero por todo lo que habían compartido.

Lo hizo porque sentía que necesitaba cerrar ese capítulo de la manera más tranquila y honesta posible. No quería que la distancia terminara convirtiendo una historia importante en un recuerdo lleno de silencios, dudas o palabras que nunca llegaron a decirse.

Ambos claramente quedaron con tristeza, porque en el fondo querían seguir teniendo una historia distinta, pero entendían que no podían continuar lastimándose de la misma manera. La decisión de alejarse no fue sencilla para ninguno de los dos, y aunque intentaron mantenerse firmes con esa distancia, no duró demasiado.

A los pocos días de haber tomado aquella decisión, Aylin sintió que necesitaba hablar con él. Después de pensarlo varias veces, tomó su celular y decidió enviarle un mensaje. No sabía exactamente qué esperaba recibir como respuesta, pero sentía que todavía había cosas que necesitaba decir y sentimientos que no podía simplemente guardar.

—Hola, Minor. ¿Será que nos podemos ver? —preguntó Aylin.

—Hola. Claro, si quieres puedes pasar por mi casa. Mis papás no van a estar —respondió Minor.

—Bien, entonces ahí te veo.

Esa tarde, Aylin se dio una ducha y se arregló con calma para salir hacia la casa de Minor. Como sus padres no estaban en casa, tomó sus cosas y salió sin avisar. Antes de irse, pidió un carro que la llevaría hasta donde él vivía.

A los pocos minutos, el Uber llegó a su destino. Aylin bajó del carro y, antes de acercarse a la puerta, respiró profundamente. Aunque estaba emocionada por verlo, también sentía un pequeño nerviosismo.

Sacó su celular y le escribió:

—Oye, ya estoy afuera, ¿me abres?

No tardó mucho en recibir respuesta.

—Claro, ya voy. Dame cinco minutos.

Aylin guardó su celular mientras esperaba frente a la entrada. Pasaron unos minutos hasta que finalmente vio a Minor abrir la puerta.

—Pasa… perdón la tardanza, me estaba dando una ducha —dijo él con una pequeña sonrisa.

—Tranquilo, acabo de llegar —respondió Aylin mientras entraba.

—Si quieres, sentémonos en el sillón más cómodo —dijo Minor.

—Gracias.

—Y bien… pensé que ya no me responderías los mensajes.

—Lo sé… yo también pensé lo mismo.

Al principio, la incomodidad llenaba el espacio entre ambos. Las palabras salían medidas, cuidadas. Pero con el paso de los minutos, la conversación empezó a aflojarse, a sentirse más natural.

Hablaron de ellos, de lo que había pasado, de las cosas que quedaron sin decir y de todo aquello que, de alguna manera, los había llevado hasta ese punto. No fue una conversación fácil, pero por primera vez en mucho tiempo pudieron escucharse sin intentar cambiar el pasado.

Sin embargo, en medio de la charla, Aylin miró la hora en su celular.

Ya era más de la una de la tarde.

Por un momento se quedó en silencio al darse cuenta de que debía volver.

—Bueno… creo que ya me tengo que ir —dijo Aylin con una pequeña sonrisa.

Minor la miró, un poco sorprendido.

—Qué lástima… pero bueno, te acompaño a la puerta.

Mientras caminaba hacia la puerta, el silencio se hizo más pesado de lo que esperaba. Cada paso se sentía lento, como si algo dentro de ella no terminara de decidirse.

Pero al llegar a la puerta, por impulso, Aylin se detuvo. Giró para ver a Minor y, sin pensarlo dos veces, se lanzó hacia él dándole un beso; fue ahí donde hicieron el amor por primera vez.

Con cada beso, cada caricia, cada palabra de placer, Aylin olvidó la ausencia de sus padres en su vida y aquellos pensamientos feos. Vivió aquel momento como si fuera un paraíso; en ese instante, se sintió distinta.

A las horas de aquel momento impulsivo, Aylin permanecía acostada, con la mirada fija en el techo. No encontraba palabras para describir lo que acababa de pasar.

—¿Qué tienes? —preguntó Minor, recostado a su lado, notando que ella permanecía en silencio.

—Nada… —respondió Aylin en voz baja, sin apartar la mirada del techo—. Simplemente… no entiendo cómo pasó todo esto.

Minor guardó silencio durante unos segundos. No sabía exactamente qué decir, pero necesitaba saber lo que ella sentía.

—¿Te arrepientes?

Aylin no respondió de inmediato. Sus pensamientos estaban lejos, intentando entender sus propias decisiones.

¿Por qué hice esto… si no lo amo? No siento nada por él…

La pregunta seguía dando vueltas en su cabeza.

—Aylin… —dijo Minor con cuidado, rompiendo el silencio—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro.

—¿Podemos dejar esto… en secreto?

Por un momento, Aylin se quedó pensando. No estaba segura de si era lo correcto, pero finalmente acepto.

—Sí… si quieres.

Ambos permanecieron en silencio durante unos instantes. Aylin seguía sin saber cómo empezar una conversación con Minor después de todo lo que había pasado, mientras que él prefería guardar silencio para no incomodarla más de lo que ya podía sentirse.

—Creo que debería irme… —dijo Aylin mientras se levantaba lentamente del sillón.

Minor la observó unos segundos antes de incorporarse también para vestirse.

—¿Y ahora qué significa esto? ¿Qué va a pasar entre nosotros? —preguntó con incertidumbre.

Aylin no respondió.

En silencio, terminó de ponerse la ropa, tomó sus cosas y caminó hacia la puerta sin dedicarle una sola mirada.

—¡Aylin!… —la llamó Minor al verla salir—. ¿Qué pasa? ¿No te gustó… o qué?

Ella se detuvo por un breve instante, pero no respondió. Solo bajó la mirada y, segundos después, salió de la casa, dejando a Minor solo con un montón de preguntas que nadie parecía dispuesto a responder.

Al llegar a casa, Aylin dejó sus cosas a un lado y se dirigió directamente al baño. Cerró la puerta con cuidado, abrió la llave de la ducha y dejó que el agua tibia recorriera lentamente su cuerpo.

Permaneció allí durante varios minutos, inmóvil, con la mirada perdida. El sonido constante del agua era lo único que rompía el silencio, pero ni siquiera eso lograba calmar el torbellino que llevaba dentro.

Sin querer, los recuerdos de lo ocurrido comenzaron a regresar uno tras otro. Fragmentos confusos, palabras sueltas, miradas y sensaciones que se mezclaban en su mente, dejándola completamente desorientada. Intentaba encontrar una explicación, convencerse de que quizá estaba exagerando o de que todo había sido un malentendido, pero cuanto más lo pensaba, más confundida se sentía.

Apretó los ojos con fuerza y respiró hondo. No sabía qué hacer, ni a quién acudir. Lo único que tenía claro era que, por ahora, guardaría aquel secreto en lo más profundo de su corazón, aunque el peso de ese silencio comenzara a hacerse cada vez más difícil de soportar.

A los pocos días de lo sucedido aquella tarde, Aylin intentó seguir con su rutina como si nada hubiera pasado.

En su casa, nadie sospechaba absolutamente nada. Continuaba sonriendo cuando era necesario, ayudando en lo que podía y actuando con la misma naturalidad de siempre.

Sin embargo, en la iglesia era diferente.

Quienes la conocían comenzaron a notar que algo no estaba bien. Había momentos en los que le hablaban y ella tardaba varios segundos en reaccionar, como si su mente estuviera muy lejos de allí. En otras ocasiones se negaba a realizar tareas que antes hacía sin dudar, algo completamente inusual en ella.

Su cabeza parecía vivir en otro mundo.

La culpa no dejaba de perseguirla. Cada vez que cruzaba las puertas de la iglesia sentía un peso en el pecho, convencida de que estaba asistiendo a un lugar donde, si alguien descubría lo que había hecho, la apartarían de los ministerios. Era un pensamiento que la atormentaba constantemente, porque servir allí era una de las cosas que más amaba y perderlo era lo último que quería.

Pero no tardó en haber alguien que se diera cuenta.

Una tarde, mientras ayudaba en la cocina a acomodar algunas cosas, terminó quedándose sola por unos minutos. El silencio hizo que su mente volviera, una vez más, a todos aquellos pensamientos que tanto intentaba evitar. Recordó las palabras, los momentos y las heridas que aún seguían abiertas. Sin darse cuenta, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

En ese momento, la pastora de jóvenes entró a la cocina buscando unas cosas. Al levantar la vista, vio a Aylin completamente inmóvil, perdida en sus pensamientos.

—Aylin... —la llamó la pastora con suavidad desde la puerta de la cocina.

No obtuvo respuesta. Aylin seguía completamente perdida en sus pensamientos, con la mirada fija en un punto del suelo, sin darse cuenta de que ya no estaba sola.

—Aylin... —repitió, apoyando una mano sobre su hombro.

—¡Ay!... Perdón, pastora. No la escuché. Estaba... pensando en algunas cosas.

La pastora la observó en silencio durante unos segundos. Sus ojos estaban enrojecidos y aún había lágrimas brillando sobre sus mejillas.

—Eso ya lo noté —respondió con una sonrisa llena de ternura—. Pero dime, ¿qué pasó? ¿Por qué estabas llorando?

—No es nada... es que la cebolla me hizo llorar.

—¿La cebolla, ah? —dijo con dulzura—. Creo que las cebollas no hacen llorar de esa manera.

Aylin bajó la cabeza. Sus manos comenzaron a jugar nerviosamente con el borde del delantal.

—¿Qué tienes? —preguntó la pastora con calma—. Sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé... y durante todo este tiempo usted me lo ha demostrado. De verdad le agradezco mucho por todo... pero prefiero no hablar de eso. Son cosas que... tengo que aprender a llevar.

La pastora comprendiendo que insistir solo la haría cerrarse más.

—Está bien. No voy a obligarte a contarme nada. Pero quiero que recuerdes algo: cuando sientas que ya no puedes con el peso que llevas, mi oficina siempre va a estar abierta para ti. Y si hablar cara a cara se te hace difícil, puedes escribirme cuando quieras.

—Pero... ¿puedo pedirle un favor?

—Claro, el que quieras.

Aylin respiró hondo, como si incluso pedirlo le costara.

—¿Me... me puede dar un abrazo? Es que... de verdad lo necesito.

—Claro que sí, ven acá.

Abrió los brazos y Aylin se refugió en ellos.

En cuanto sintió aquel abrazo cálido y sincero, algo dentro de ella comenzó a romperse. Era como si todo el peso que llevaba soportando durante semanas encontrara, por fin, un lugar donde descansar.

Mientras la abrazaba con fuerza, la pastora le acarició suavemente el cabello y, con una voz llena de cariño, le susurró:

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, Aylin. A veces, Dios también nos abraza a través de las personas.

Aquellas palabras terminaron de derrumbar el muro que Aylin había levantado alrededor de su corazón.

Las lágrimas que tanto había intentado contener salieron sin control. Lloró como no lo había hecho en mucho tiempo, aferrándose a ese abrazo que, por unos minutos, logró hacerla sentir segura otra vez.

—Bueno… sabes que estoy disponible —dijo la pastora al notar que los ojos de Aylin comenzaban a llenarse de lágrimas.

—Sí… más bien, gracias. Solo voy a terminar aquí para irme a mi casa.

—Está bien. Que tengas una linda tarde —respondió la pastora antes de salir de la cocina.

Al terminar de ayudar en la cocina, Aylin tomó sus cosas y salió de la iglesia rumbo a su casa.

Cuando llegó, todo estaba en silencio. Ya era de noche y sus padres se habían ido a descansar hacía un rato, así que no había nada nuevo. Sin pensarlo demasiado, fue directamente al lugar que más le gustaba al final de cada día: su habitación.

Apenas abrió la puerta, una pequeña bola de pelo negro levantó la cabeza desde la cama.

—Hola, mi amor bello —dijo con una sonrisa mientras se acercaba a acariciar a su gato, Galleta.

Galleta respondió con un suave maullido y comenzó a ronronear bajo su mano.

Aylin se cambió, se puso la pijama y fue a la cocina para prepararse algo ligero de comer. No tenía mucha hambre, así que tomó un yogur, unas galletas y una botella de agua. Antes de volver a su habitación, le sirvió la comida a Galleta, quien enseguida empezó a comer con entusiasmo.

Ya instalada en su habitación, se acomodó en la cama. Mientras comía, revisó sus redes sociales, como hacía casi todas las noches, hasta que la pantalla de su celular se iluminó con una videollamada entrante de Valentina.

Sonrió levemente, abrió la computadora para estar más cómoda, la colocó frente a ella sobre la cama y se puso los audífonos antes de contestar.

—¡Hello, Aylin! ¿Cómo estás?

—Hola, mi muñeca. Bien... ahí voy. ¿Y ese milagro que me llamas?

—Nada, estaba aburrida. Además, ya sé que a estas horas siempre estás aplastada en tu cama.

—Cómo me conoces. Acabo de llegar de la iglesia y estoy comiendo algo sencillo para ver si logro dormirme temprano.

Valentina la observó durante unos segundos, como si estuviera esperando el momento adecuado para preguntar.

—Oye... ¿qué pasó con Minor? Lo último que me dijiste fue que ibas a hablar con él. ¿Qué pasó con eso?

Aylin soltó un largo suspiro y dejó el yogur sobre la mesa de noche.

—Ay, Valentina... pasaron muchas cosas que, sinceramente, no sé si compartirte.

—¿Por qué? Sabes que puedes confiar en mí. Nos hemos contado de todo desde hace años. ¿Ahora te vas a poner en esas?

—Es que le prometí a él que no le diría nada. Me pidió que todo quedara entre nosotros.

—Ay, Aylin... aunque sea decime si es algo malo.

Aylin guardó silencio unos segundos, jugando con la cucharita del yogur.

—No sé si llamarlo malo... porque es por problemas de religión.

—¡Aylin! Ahora sí me dejaste con la incertidumbre. Decime ya, por favor.

Aylin suspiró profundamente antes de responder.

Sin pensarlo demasiado, comenzó a contarle todo lo que había sucedido aquella tarde en casa de Minor. Le habló de la conversación que habían tenido, de cómo una cosa llevó a la otra y de cómo, por unos minutos, había dejado de pensar en absolutamente todo.

Y cómo su conciencia no la dejaba tranquila desde que había salido de aquella casa, aunque pedirle perdón a Dios la había hecho sentir un poco más aliviada.

Cuando terminó de hablar, Valentina guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Ay, Aylin... pensé que era algo mucho más grave. Tener relaciones con alguien es de lo más normal del mundo. Yo ya me comí a más de dos y aquí estoy.

—Valentina... ya, esto es serio. Además, no quería saber eso.

—Bueno, ya —dijo Valentina, recuperando la compostura—. Después de hacerlo, ¿no volvieron a hablar?

—No. Yo no le volví a escribir y él tampoco me mandó ningún mensaje. Solo sé que no estaba enojado... o al menos eso parecía. La única que se seguía sintiendo rara era yo.

—¿Y por qué te sentís así?

—Valentina, entiende... yo no lo amo. Yo no lo quiero de esa forma y no sé qué fue lo que pasó. En ese momento solo quería olvidarme de todo... y sinceramente lo olvidé todo. Mi familia, la iglesia... absolutamente todo desapareció por unos minutos. Pero cuando todo terminó... me odié por haber dejado que pasara.

Valentina permaneció callada unos instantes, procesando cada una de sus palabras.

—Entiendo... pero al menos... ¿se cuidaron?

—No...

La sonrisa que Valentina llevaba en el rostro desapareció de inmediato.

—¿Cómo que no?

—No estaba planeado, Vale. Ninguno de los dos pensó en eso. Todo pasó demasiado rápido... cuando reaccioné, ya era tarde.

—¿Sabes que puedes quedar embarazada, ¿verdad?

—¿Sabes que puedes quedar embarazada, ¿verdad?

—Pues claro, ¿cómo crees que soy tan tonta? Pero, sinceramente, ni siquiera pensé en eso. Además, apenas llegué a mi casa me di una ducha y desde entonces no he dejado de pensar en todo lo demás.

Valentina negó suavemente con la cabeza.

—Aylin todavía estás a tiempo de estar pendiente. Si quieres, yo te ayudo a conseguir una prueba. Sabes que mi tía tiene una farmacia.

—Ay, Valentina... suficiente tengo con todo esto como para empezar a pensar ahora en un embarazo.

—Tranquila, no te estoy diciendo que lo estés. Solo quiero que estés preparada por cualquier cosa. Si quieres, mañana mismo te consigo dos pruebas. Así, cuando llegue el momento de hacerlas, te las haces y sales de la duda.

Aylin permaneció en silencio unos segundos, asimilando una posibilidad que ni siquiera había pasado por su mente.

—De todo esto... jamás pensé en eso.

—Y por eso mismo te lo digo. No quiero asustarte, solo quiero que estés bien. Pase lo que pase, no vas a tener que enfrentarlo sola.

—Bueno... ya me tengo que ir a dormir y a llorar un poco.

—No digas eso. Sabes que todos te apoyamos.

—Sí, lo sé... Lo difícil es que mis papás no saben nada.

—Sí... no había tomado en cuenta eso. Pero tranquila, yo sé que todo va a salir bien. Vas a ver que esa prueba va a salir negativa y todo esto va a quedar como un gran susto.

—Si tú lo dices...

Miró de reojo a Galleta, que ya dormía profundamente hecho un ovillo sobre la cama.

—Bueno, ahora sí me voy a dormir. Creo que ya pasé demasiado tiempo hablando contigo. Mi gato ya está dormido, así que yo también debería irme.

—Ay, como si fuera tu marido.

Aylin sonrió por primera vez en toda la llamada.

—Algo así... — sonrió por primera vez en toda la llamada.

—Buenas noches,

—Bye, muñeca.

La llamada terminó y la habitación volvió a quedar en silencio.

Aylin dejó la computadora a un lado y se recostó lentamente sobre la cama. Las palabras de Valentina seguían dando vueltas en su cabeza. Hasta ese momento ni siquiera había considerado la posibilidad de un embarazo, pero ahora aquella idea se había instalado en su mente y parecía imposible sacarla.

Solo esperaba que, cuando llegara el momento de hacerse la prueba, el resultado fuera negativo y todo aquello quedara atrás de una vez por todas. Sin embargo, esa incertidumbre solo hizo que el peso de lo ocurrido se sintiera todavía más grande.

Al día siguiente, Aylin intentó continuar con su rutina normal durante las vacaciones. Se levantó, ayudó un poco en la casa y pasó la mañana tratando de distraerse, aunque su mente seguía regresando una y otra vez a lo ocurrido con Minor.

No había podido dejar de pensar en las palabras de Valentina y en esa posibilidad que hasta la noche anterior ni siquiera había pasado por su cabeza.

Durante la tarde, Aylin se encontró con Valentina en un parque y ambas fueron juntas a la farmacia donde trabajaba la tía de ella.

Al entrar, la mujer las recibió con una sonrisa.

—Hola, chicas. ¿Qué hacen por aquí?

Valentina miró de reojo a Aylin antes de acercarse al mostrador.

—Venimos por algo que te había comentado.

Su tía entendió rápidamente y, sin hacer preguntas, tomó dos pruebas de embarazo y las colocó dentro de una pequeña bolsa discreta.

—Cualquier cosa, ya saben que pueden contar conmigo.

—Gracias, tía —respondió Valentina mientras tomaba la bolsa.

Cuando salieron de la farmacia, Valentina se la entregó a Aylin.

—Guárdalas bien y no pienses lo peor antes de tiempo.

—Está bien —dijo Aylin mientras guardaba las pruebas dentro de una pequeña cajita y la escondía en uno de los cajones de su habitación—. Me la haré más tarde y te aviso.

—Prométeme que sí me vas a decir. No te quedes sola pensando en todo esto.

—Te lo prometo.

Al llegar a su casa, Aylin escondió las pruebas en su habitación, dentro de un cajón donde sabía que nadie las encontraría.

El resto del día intentó distraerse viendo una película, ayudando en algunas cosas de la casa y jugando con Galleta, pero la preocupación seguía presente.

Cuando llegó la noche y escuchó cómo sus padres se fueron a dormir, esperó unos minutos hasta estar segura de que toda la casa estaba en silencio.

Entonces sacó una de las pruebas y se fue directamente al baño. Cerró la puerta con cuidado, como si incluso el más mínimo ruido pudiera despertar a sus padres.

Con las manos un poco temblorosas, abrió el empaque y comenzó a leer las instrucciones. Al principio le costó entender algunos pasos, así que tuvo que leerlos varias veces hasta estar segura de lo que tenía que hacer.

Cuando finalmente sacó la prueba, notó que algo no estaba bien. El dispositivo parecía estar dañado y no funcionaba correctamente.

—No puede ser... —susurró frustrada.

Después de todo el nerviosismo, ahora tendría que usar la segunda.

Tomó aire, abrió la otra prueba y siguió las indicaciones con más cuidado. Cuando terminó, la dejó sobre el lavamanos mientras esperaba el resultado.

En medio de la espera, el sonido de una notificación rompió el silencio del baño. Aylin tomó el celular entre sus manos y vio que era un mensaje de Valentina, quien seguía pendiente de ella desde el otro lado de la pantalla.

—¿Ya?

Aylin miró la pantalla del celular antes de responder. Sus dedos estaban fríos y por un momento dudó si realmente quería saber la respuesta.

— En eso estoy. Estoy esperando el resultado. Tengo que esperar unos minutos para ver si sale una raya o dos.

—Tranquila.

Dejó el celular a un lado y volvió a mirar la prueba, esperando con ansiedad a que apareciera el resultado. Los minutos parecían avanzar mucho más lento de lo normal, como si el tiempo se hubiera detenido mientras ella esperaba una respuesta.

Sentía el corazón acelerado y las manos un poco temblorosas. Intentaba mantenerse tranquila, pero la incertidumbre no la dejaba respirar con normalidad.

Cuando finalmente se decidió a mirar, sintió cómo todo el aire que había estado conteniendo salía de golpe.

Negativo.

Por primera vez en varios días, Aylin sintió que una parte del peso que llevaba encima comenzaba a desaparecer. Cerró los ojos por unos segundos y dejó escapar un pequeño suspiro de alivio.

Así que tomó su celular con alivio para avisarle a Valentina que todo estaba bien.

La respuesta de Valentina no tardó en llegar, llena de tranquilidad y apoyo. Después de esa conversación, Aylin finalmente pudo sentir que su mente descansaba un poco.

Esa noche, por primera vez en varios días, se quedó dormida con algo de paz.

Antes de acostarse, dejó la prueba sobre su escritorio. Quería conservarla para saber dónde la había guardado y poder deshacerse de ella al día siguiente.

A la mañana siguiente, apenas abrió los ojos, Aylin recordó la prueba que había dejado sobre su escritorio la noche anterior.

Todavía con algo de sueño, se levantó de la cama y caminó hasta ella. La tomó entre sus manos, pensando en donde botarla, pero al mirarla con más detenimiento, sintió que algo no estaba bien.

Tenía dos rayas por lo que el alivio que había sentido la noche anterior desapareció en cuestión de segundos. Sintió cómo un frío le recorría el cuerpo mientras volvía a mirar la prueba, intentando encontrar una explicación.

Ella recordaba perfectamente haber visto solo una línea antes de dormir.

El corazón comenzó a latirle con fuerza mientras la preocupación regresaba de golpe. Todo lo que había intentado calmar la noche anterior volvió a aparecer en su mente, llenándola de dudas y miedo.

Sin saber qué hacer, tomó su celular y buscó rápidamente el contacto de Valentina.

—Vale... creo que me toca hacerme una prueba de sangre.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Aylin respiró hondo antes de explicarle. Le contó lo que había ocurrido con la prueba, cómo la noche anterior había visto un resultado negativo y cómo esa mañana, al revisarla nuevamente, había encontrado dos líneas.

Valentina guardó silencio por unos segundos, sorprendida por lo que acababa de escuchar.

—Mmm... mira, Aylin, voy a hablar con mi tía otra vez. Puede que ella te oriente mejor, pero creo que lo más seguro es que te hagas una prueba de sangre para salir de dudas.

—No entiendo... yo estaba segura de que había salido negativa.

—Lo sé, pero a veces esas pruebas pueden confundirse o no ser claras si se revisan después del tiempo indicado. Lo mejor es confirmar y no seguir preocupándote más.

—Está bien... habla con tu tía y me avisas.

—Sí, tranquila. Yo te ayudo con esto.

Como ese día se encontraba sola en casa, Aylin decidió guardar la prueba dentro de su bolso. No quería dejarla a la vista ni correr el riesgo de que sus padres la encontraran. Además, necesitaba mostrársela a la tía de Valentina para entender qué había pasado y saber si podía ayudarla a confirmar el resultado con una prueba de sangre.

Las horas pasaron lentamente. Aylin intentó distraerse con cualquier cosa, pero su mente volvía una y otra vez a la misma pregunta.

Finalmente, cuando llegó la tarde, se encontró con Valentina y juntas fueron nuevamente a la farmacia donde trabajaba su tía.

Apenas entraron, Valentina notó la expresión de preocupación de Aylin y se acercó a ella para darle un poco de apoyo.

—Tranquila, vamos a salir de dudas —le dijo en voz baja.

La tía de Valentina las recibió y, al ver la preocupación en sus rostros, supo que algo ocurría.

—¿Qué pasó, chicas?

Aylin sacó la prueba de su bolso con cuidado y se la entregó.

—Necesito que me ayude a entender qué pasó. Anoche la hice y salió de una forma, pero hoy apareció esto... y no sé qué significa.

La mujer tomó la prueba, la observó con atención y luego escuchó todo lo que Aylin tenía que contarle. Sin juzgarla, comenzó a explicarle que en algunos casos las pruebas pueden generar cambios si pasa demasiado tiempo después de realizarlas, por lo que era mejor confirmar el resultado con una prueba adecuada.

—Lo mejor es que no te quedes solo con esta duda. Podemos ayudarte a hacer una prueba de sangre para tener una respuesta más segura —dijo la tía de Valentina con tranquilidad.

—¿En serio me ayudarías con eso? Es que mis papás no saben nada... y todo esto me está desesperando.

La mujer la observó con comprensión y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Claro que sí. Lo importante ahora es que tengas una respuesta y que no cargues sola con esta preocupación.

Valentina se acercó a Aylin y puso una mano sobre su hombro.

—Te dije que no ibas a pasar por esto sola.

Aylin respiró profundamente. Aunque el miedo seguía ahí, por primera vez sentía que estaba un poco más cerca de dejar de imaginar lo peor.

La tía de Valentina dejó la prueba sobre el mostrador y miró a Aylin con calma.

—Bueno... siento mucho que estés pasando por esto. Eres amiga de mi sobrina y, además, te conozco desde hace años. Quiero ayudarte, de verdad, pero tienes que entender que esto no se puede hacer de cualquier manera. Necesitamos confirmar bien el resultado.

Aylin la miró con preocupación.

—¿En serio? ¿Así nada más?

—Sí. Si quieres, ahora mismo puedo ayudarte a hacerte una prueba de sangre para que podamos tener una respuesta más segura y dejar de imaginar tantas cosas.

Aylin respiró profundo. Aunque seguía nerviosa, saber que por fin podría obtener una respuesta le daba un poco de calma.

—Está bien... hagámoslo.

La tía de Valentina preparó todo con cuidado y le explicó el proceso.

—Los resultados no van a salir de inmediato. Pueden tardar alrededor de un mes y, cuando estén listos, te los enviarán por correo.

—¿Un mes?

—Sí —respondió ella suavemente—. Sé que parece mucho tiempo, pero es mejor esperar un resultado seguro antes de sacar conclusiones.

Después de terminar con todo el proceso, Aylin salió de la farmacia junto a Valentina. Caminaba en silencio, con la mirada perdida y la mente llena de pensamientos. El ruido de la calle parecía quedar lejos mientras intentaba ordenar todo lo que estaba pasando.

Nunca imaginó que una decisión tomada en un momento de confusión pudiera terminar llenando sus días de tanta preocupación. Había intentado convencerse de que todo estaría bien, pero ahora tenía que esperar una respuesta que no dependía de ella.

Durante el camino de regreso, Aylin observaba a las personas pasar, los carros avanzar y la vida seguir como si nada hubiera cambiado. Era extraño pensar que para todos los demás era un día normal, mientras ella sentía que llevaba una preocupación enorme sobre sus hombros.

Al llegar a casa, guardó silencio sobre lo ocurrido. Sus padres no sabían nada y todavía no estaba preparada para contarles. No sabía cómo explicar todo lo que sentía ni cómo reaccionarían al conocer la verdad.

6

Entre miedo y esperanza

"Cuando la incertidumbre parecía dominarlo todo, una pequeña luz comenzó a aparecer en su camino."

A veces, lo más difícil no es enfrentar una respuesta, sino aprender a vivir con la incertidumbre de no saber qué sucederá. Hay momentos en los que la espera pesa más que cualquier noticia, porque la mente comienza a imaginar todos los escenarios posibles mientras el corazón intenta mantenerse tranquilo. Para Aylin, esos días se convirtieron en una lucha silenciosa entre el miedo de descubrir la verdad y la esperanza de que todo pudiera salir bien.

Después de aquella prueba, Aylin no tenía más opción que esperar. No había nada que pudiera hacer para cambiar el resultado; solo debía continuar con sus días mientras una respuesta que podía cambiar muchas cosas llegaba a ella.

Intentó seguir con su vida con normalidad, aunque nada se sentía igual. Cada momento de silencio parecía darle espacio a sus pensamientos, recordándole todo lo que había ocurrido y las dudas que todavía seguían presentes.

Buscando una forma de despejar su mente, comenzó a crear una rutina. Cada noche salía a caminar por el barrio donde vivía. Era un lugar tranquilo, donde la mayoría de las personas la conocían desde pequeña y donde siempre había sentido cierta tranquilidad.

Salía alrededor de la medianoche, a veces incluso a la una de la mañana, porque era el momento exacto en que sentía que el mundo se detenía. Las calles permanecían casi vacías, las luces iluminaban débilmente el camino y el silencio se convertía en su única compañía.

En esos momentos, Aylin podía pensar con más claridad… o al menos intentarlo. Caminaba mientras repasaba sus decisiones, sus errores y todo lo que había cambiado en tan poco tiempo.

El tiempo continuó avanzando y febrero finalmente llegó. Faltaban pocos días para comenzar en su nuevo colegio, una etapa completamente diferente que traía consigo una mezcla de emociones: nervios, incertidumbre y una pequeña esperanza de que algo pudiera cambiar.

Mientras tanto, en su iglesia todo parecía continuar con normalidad. Aylin seguía asistiendo, participando y ayudando como siempre, aunque por dentro llevaba un peso que no podía compartir con nadie.

En algunas ocasiones, la tristeza terminaba ganándole.

Las lágrimas aparecían en silencio, nacidas de la desesperación, la culpa y el miedo a lo desconocido. Había noches en las que se preguntaba si las cosas volverían a sentirse como antes o si tendría que aprender a vivir con aquella preocupación.

Aun así, seguía adelante.

Se aferraba a su fe, a las personas que la querían y a la pequeña esperanza de que, a pesar de sus errores, todavía podía encontrar un camino para volver a estar en paz.

Porque aunque el miedo seguía presente, dentro de ella todavía existía una pequeña luz que le recordaba que su historia no terminaba en ese momento.

Hasta que un día, en medio de su rutina nocturna, algo cambió.

Era la medianoche del 3 de febrero cuando Aylin decidió salir a caminar para despejar su mente, como ya se había vuelto costumbre. Las calles estaban tranquilas, iluminadas apenas por algunas luces de las casas, mientras el aire fresco de la noche la acompañaba en sus pensamientos.

Mientras avanzaba por su barrio, notó algo diferente en una de las casas cercanas. Había cajas apiladas, puertas abiertas y varias cosas fuera de lugar. No tardó en darse cuenta de que alguien se estaba mudando.

Aylin se detuvo por unos segundos, observando la escena con curiosidad. Era extraño ver movimiento a esas horas, pero al mismo tiempo sintió esa pequeña necesidad de acercarse.

Cuando se acercó, vio a una señora, una niña pequeña y un chico acomodando algunas cosas dentro de la casa. Como era costumbre en el barrio, al ver nuevos vecinos, Aylin sintió que debía acercarse a darles la bienvenida.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Hola —respondió la señora amablemente.

—Perdón, pero imagino que ustedes son los nuevos vecinos, ¿verdad?

La mujer asintió con una pequeña sonrisa.

—Sí. Bueno, mi hijo yo solo vine a acompañarlo mientras termina de acomodar algunas cosas.

—Ah, pues igualmente bienvenidos. Ya saben que aquí todos nos apoyamos entre nosotros.

La señora sonrió con ternura.

—Ay, qué linda. Muchas gracias.

—¿Cómo se llama? —preguntó Aylin con curiosidad.

—Me llamo Elena, ¿y tú?

—Qué bonito. Yo soy Aylin.

Mientras ambas seguían conversando, Aylin notó que el chico que estaba cerca las observaba. Cuando sus miradas se cruzaron, él le sonrió sin saber exactamente por qué, y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Mira, hijo —dijo Elena llamando su atención—. Ella es Aylin, una de las vecinas de aquí.

El chico se acercó y le extendió la mano.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Hola —respondió Aylin, correspondiendo el gesto.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Aylin miró hacia las calles tranquilas del barrio.

—Nada malo, tranquilo. A esta hora suelo salir a caminar un rato para despejar mi mente. Además, este lugar es seguro, todos aquí nos conocemos.

—Ya veo. Por cierto, me llamo Ángel. Perdón, creo que no me había presentado.

—Tranquilo, mucho gusto.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Ángel con curiosidad.

—Tengo dieciséis, este año cumplo diecisiete.

—¿En serio? —respondió Ángel sorprendido—. Me siento tan viejo... Yo tengo veinte, en unos meses cumplo veintiuno.

—Ay, tampoco estás tan viejo —dijo Aylin entre una pequeña sonrisa—. Aunque la verdad pensé que tenías mi edad.

—¿De verdad? —preguntó Ángel riendo un poco—. Bueno, supongo que no me veo tan mayor.

Aylin sonrió y después lo miró con curiosidad.

—Pero cuéntame algo... ¿estudias algo?

—Sí. Estoy estudiando medicina en la universidad y también trabajo medio tiempo. De hecho, hasta hoy logré independizarme. Mi mamá vino a ayudarme con la mudanza y a acompañarme en este cambio.

—Wow... —respondió Aylin sorprendida—. Parece que eres una persona que sabe lo que quiere.

—Supongo que sí —dijo Ángel con una pequeña sonrisa—. Mi mamá me enseñó a esforzarme y a convertirme en la persona que soy ahora. Pero bueno, ya hablé mucho de mí. Cuéntame de ti, ¿qué estudias?

—En unos días entro a mi nuevo colegio. Voy a estudiar diseño gráfico.

—¿Y estás nerviosa?

—Un poco —admitió Aylin con una sonrisa tímida—. Es algo nuevo para mí, no conozco a muchas personas, pero creo que, si le pongo dedicación y hago las cosas bien, todo me va a salir bien.

—Eres igual a mí, alguien que sabe lo que quiere para su futuro.

—Bueno... no tanto, pero creo que poco a poco voy descubriendo cosas nuevas sobre mí.

—Sí, así empecé yo.

La conversación continuó durante varios minutos más. Sin darse cuenta, ambos comenzaron a conocerse un poco mejor, hablando de sus metas, sus gustos y las cosas que esperaban lograr en el futuro.

Mientras tanto, la madre de Ángel seguía acomodando algunas de las últimas cosas que quedaban pendientes en el apartamento. El tiempo pasó más rápido de lo que imaginaban y, cuando Aylin tomó su celular para revisar la hora, se sorprendió al ver que ya casi eran las dos de la mañana.

—Creo que me tengo que ir... ya es demasiado tarde —dijo con una pequeña sonrisa—. Muchas gracias por la conversación.

Aylin dio unos pasos hacia la entrada, pero antes de abrir la puerta, Ángel la detuvo.

—Oye ¿No me vas a dar tu Instagram o tu número?

—Ah, sí. Perdón, es que nos emocionamos hablando y se me olvidó.

Sacó su celular y le compartió sus datos.

—Así seguimos hablando más. Además, ahora tengo que conocer a mi nueva compañera de barrio.

—Bueno, ahí está. Buenas noches.

—Buenas noches, Aylin.

Ella se despidió y caminó de regreso a su casa, mientras Ángel la observaba alejarse con una sonrisa.

Sin saberlo, aquella conversación que había comenzado como un simple saludo entre vecinos sería el inicio de algo que ninguno de los dos esperaba.

La mente de Aylin no estaba completamente atrapada por el miedo. Había aparecido una sensación diferente, algo nuevo que todavía no sabía cómo describir, pero que de alguna manera le devolvía un poco de tranquilidad.

Al regresar a su habitación, no pudo evitar sonreír. Cerró la puerta detrás de ella y se dejó caer sobre la cama mientras tomaba su celular, todavía con esa curiosidad que había despertado aquella conversación.

Entonces una notificación apareció en la pantalla.

Ángel había comenzado a seguirla en Instagram.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Sin pensarlo demasiado, también decidió seguirlo de vuelta. Minutos después, movida por la curiosidad, entró a su perfil.

—Vamos a ver quién eres — pensó mientras comenzaba a revisar sus fotografías.

Poco a poco fue descubriendo pequeños detalles sobre él. Notó que muchas de sus publicaciones estaban relacionadas con la medicina, algo que llamó su atención.

—Interesante... —murmuró para sí misma al seguir bajando por el perfil.

Sin darse cuenta, continuó revisando sus fotos, intentando conocer un poco más de aquella persona que, en tan poco tiempo, había logrado distraerla de todo aquello que llevaba días atormentándola.

Hasta que una nueva notificación apareció en la pantalla..

—Hola otra vez. Este es mi número, para que lo guardes.

Aylin sintió un pequeño nervio al ver el mensaje. No sabía por qué, pero había algo en esa conversación que le generaba curiosidad. Guardó el contacto y respondió con una pequeña sonrisa.

—Hola… está bien.

La conversación parecía haber terminado ahí, pero unos segundos después apareció otro mensaje.

—Oye, ¿te puedo decir algo?

—Claro, dime.

—¿Por qué me hablaste como si me conocieras de toda la vida?

La pregunta la tomó un poco por sorpresa. Se quedó pensando unos segundos, buscando la manera correcta de explicarlo.

—No sé… supongo que es mi personalidad. Siempre he intentado tratar a las personas de una forma diferente, hacerlas sentir cómodas y marcar la diferencia.

—Wow… qué directa eres. Me gusta eso.

Aylin sonrió al leer sus palabras. Era extraño, porque apenas lo conocía, pero hablar con él se sentía sencillo, como si no tuviera que esforzarse por ser alguien más.

Esa noche, sin darse cuenta, la conversación entre Aylin y Ángel comenzó a alargarse más de lo que ambos habían imaginado. Las palabras fluían con facilidad, pasando de un tema a otro como si no fuera la primera vez que hablaban. Había una confianza extraña, de esas que aparecen sin necesidad de buscarlas.

Mientras tanto, Aylin encendió su computadora para jugar un rato con sus amigos, intentando mantener su rutina de siempre.

Poco a poco, esa conversación se convirtió en una pequeña distracción de todo aquello que la atormentaba.

La noche avanzó sin que ninguno de los dos lo notara. Las horas pasaron entre risas, historias y pequeños detalles que empezaban a conocer el uno del otro, hasta que Aylin miró el reloj y se sorprendió al ver la hora.

Casi eran las tres de la mañana.

—Creo que ya me tengo que ir a dormir —escribió finalmente—. En otro momento seguimos hablando.

—Está bien. Yo todavía tengo algunas cosas que acomodar —respondió Ángel.

Después de despedirse, Aylin dejó el celular a un lado y se acomodó en la cama. Apagó las luces y se quedó mirando el techo durante unos segundos.

No sabía exactamente por qué, pero esa noche no se fue a dormir con la misma sensación de peso en el pecho.

Con una pequeña sonrisa, cerró los ojos y dejó que el cansancio finalmente la venciera.

A la mañana siguiente, Aylin despertó casi al mediodía. El cansancio de la noche anterior todavía se sentía en su cuerpo, recordándole las horas que había pasado conversando con Ángel.

Tomó su celular por costumbre y, al desbloquearlo, encontró un mensaje Ángel.

—Buenos días.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Aylin antes de responder.

—Buenos días… aunque decir "buenos días" a esta hora ya no cuenta. Estaba demasiado cansada.

—Eso veo jajaja.

Aylin acomodó la almohada detrás de su espalda mientras continuaba la conversación.

—¿Ya terminaste de acomodar tus cosas?

—Todavía me falta un poco. Solo quedan algunas cosas… y traerme a mi perrita.

Aylin sonrió al leer aquello.

—Aww, ¿tienes una mascota?

—Sí, se llama Pili. Es mi compañera de apartamento.

—Qué lindo.

La conversación continuó durante horas. Hablaron de cosas pequeñas, de sus gustos, de sus vidas y de detalles que poco a poco les permitían conocerse mejor.

Era curioso para Aylin, porque aunque apenas llevaban poco tiempo hablando, sentía una confianza que no esperaba encontrar.

Cuando llegó la noche, mientras revisaba sus redes sociales, Aylin abrió Facebook y encontró algo que había estado evitando mirar.

La fecha de inicio de clases.

Al día siguiente comenzaba una nueva etapa para ella.

Por un momento, sintió un pequeño nudo en el estómago. Aunque durante días había esperado con ilusión ese cambio, ahora que estaba tan cerca no podía evitar sentir nervios. Era un lugar nuevo, personas nuevas y la incertidumbre de no saber cómo sería todo.

Así que Aylin no tuvo más opción que irse a dormir temprano. Sabía que necesitaba descansar para enfrentar el día siguiente con la mejor actitud posible.

Dejó todo listo para la mañana, acomodó su uniforme y preparó sus cosas para no tener que preocuparse después. Luego se acostó en su cama, apagó las luces y dejó que el silencio de la noche llenara la habitación.

Simplemente cerró los ojos y permitió que todo siguiera su curso.

Poco a poco, el cansancio la venció y se quedó dormida, dejando que la noche hiciera lo suyo y que el nuevo día llegara cuando tuviera que llegar.

A la mañana siguiente, Aylin se levantó temprano. Después de tantos días imaginando cómo sería ese momento, finalmente había llegado.

Se dio un baño, se peinó con cuidado y se puso el nuevo uniforme que usaría por primera vez. Mientras se miraba al espejo, no pudo evitar sentir una mezcla extraña de emociones.

Salió de casa con una mezcla de nervios y emoción.

Al llegar al colegio, todo se sentía diferente. Los pasillos llenos de estudiantes, las voces de personas que no conocía y los nuevos espacios hicieron que por un momento se sintiera pequeña en medio de todo.

Durante la mañana comenzaron a organizar a los estudiantes y a llamar los nombres por lista para asignar las aulas.

Poco a poco fue conociendo el lugar que durante tanto tiempo había imaginado. Conoció a sus profesores, recorrió los espacios donde recibiría sus clases de diseño gráfico y empezó a hablar con algunos de sus nuevos compañeros.

No todo era perfecto, pero tampoco era tan malo como había imaginado.

Sentía que podía ser una nueva oportunidad.

Cuando llegó el mediodía, Aylin salió del colegio cansada, pero con una sensación diferente. Seguía teniendo nervios por todo lo nuevo que estaba viviendo, pero ahora estaban acompañados de algo más: esperanza.

Quizás, después de todo lo ocurrido, este podía ser el inicio de una etapa distinta para ella.

Al llegar a casa, el cansancio terminó por vencerla y decidió descansar un rato. Se quedó dormida durante la tarde, dejando que su cuerpo recuperara la energía después de un día lleno de emociones.

Cuando despertó, decidió darse un baño para despejarse después de todo lo que había vivido ese día. Como era costumbre, puso música de fondo antes de entrar a la ducha.

Para Aylin, la música siempre había sido una manera de escapar por un momento de sus propios pensamientos. Cuando sentía que las emociones eran demasiado fuertes o que su mente no dejaba de darle vueltas a las cosas, prefería llenar el silencio con alguna canción que le permitiera relajarse y sentirse un poco más tranquila.

Mientras el agua caía y la melodía sonaba suavemente, intentó dejar atrás el cansancio y las preocupaciones acumuladas.

Fue entonces cuando escuchó la notificación de su celular.

No le prestó atención de inmediato. Pensó que podía ser cualquier cosa: algún amigo, su familia, Ángel o simplemente alguna red social.

Sin embargo, no imaginaba quién estaba del otro lado.

Al salir del baño, se puso su pijama con calma y tomó el celular. Al desbloquearlo, vio un mensaje que no esperaba.

Después de varios días sin aparecer, un mensaje de Minor volvió a aparecer en la pantalla.

—Hola… ¿cómo estás?

Aylin observó su nombre durante unos segundos. No esperaba recibir un mensaje suyo después de tanto silencio, así que dudó antes de responder.

—Hola… ¿y ese milagro que me escribes después de tanto tiempo?

—No es nada en especial… simplemente quería darte tu espacio.

Aylin bajó la mirada al leerlo. No sabía si sentirse tranquila porque él había decidido escribirle o confundida por la manera en la que todo se había vuelto tan diferente entre ellos.

—¿Cómo te fue en tu primer día de clases?

—Bien… supongo.

La conversación continuó, pero ya no tenía la misma energía de antes. Las palabras de ambos parecían más cuidadas, como si estuvieran intentando no decir algo que pudiera cambiar las cosas.

—Yo entro el viernes —escribió Minor después de un rato.

—Entonces, te deseo suerte.

—Espero verte en los pabellones… no quiero que nada cambie desde la última vez.

Aylin se quedó mirando la pantalla.

Aquella frase, que en otro momento habría significado algo diferente, ahora le provocaba una sensación extraña. Era como si las palabras de Minor pertenecieran a una etapa que ella ya no sabía si podía recuperar.

Aylin permaneció unos segundos con el celular entre sus manos, observando la pantalla sin saber exactamente qué responder. Una parte de ella quería continuar la conversación, intentar recuperar la cercanía que alguna vez tuvieron, pero otra parte entendía que las cosas ya no eran iguales.

Al final, dejó el celular a un lado y permitió que el silencio hablara por ella.

No era que ya no le importara Minor. Simplemente, decidió no intentar solucionar algo que todavía no sabía cómo reparar.

Necesitaba escuchar sus propios sentimientos y entender qué era lo que realmente quería.

Hablar con Ángel se volvió parte de la rutina de Aylin. Poco a poco, sus conversaciones comenzaron a ocupar un espacio importante en sus días. Aunque todavía existía dentro de ella el miedo de volver a salir lastimada, había algo diferente en él que la hacía sentirse tranquila.

Ángel era una persona enfocada, sabía lo que quería y hablaba de sus sueños con una seguridad que llamaba la atención de Aylin. Escucharlo hablar sobre su futuro,

sus metas y todo lo que quería lograr hacía que ella dejara de pensar, aunque fuera por un momento, en todo aquello que todavía cargaba.

Con el paso de los días, Aylin continuó asistiendo a sus clases con normalidad. Cada día aprendía algo nuevo sobre diseño gráfico. Eran pequeños conocimientos que para otras personas podían parecer simples, pero para ella tenían un significado especial, porque representaban una oportunidad para crecer y construir algo propio.

Las semanas fueron pasando y la conexión con Ángel se volvió cada vez más cercana. Sin embargo, aunque muchas cosas comenzaban a sentirse diferentes, había una parte de su pasado que todavía seguía presente.

Un día, durante uno de los cultos en la iglesia, Aylin escuchó un mensaje que logró tocar algo dentro de ella. Aquellas palabras la hicieron reflexionar sobre todo lo que había vivido, sobre las decisiones que había tomado y sobre las cosas que todavía no había logrado cerrar.

Esa noche, al regresar a casa, no pudo dejar de pensar en ello. Sentía que había algo pendiente, algo que necesitaba hacer para poder avanzar sin seguir cargando con el peso del pasado.

Con el corazón inquieto, tomó su celular y buscó el chat de Minor.

Permaneció unos segundos mirando la pantalla antes de escribir. No estaba segura de cómo reaccionaría él, pero sentía que era momento de intentar arreglar las cosas.

Finalmente, escribió:

—Hola… ¿cómo estás?

—Hola, bien. ¿Y tú?

—Oye… quería decirte algo.

—Claro, dime.

Por unos segundos dudó, pero decidió ser sincera.

—He estado pensando mucho y no quiero que todo termine mal entre nosotros. Fuiste alguien muy importante para mí, y todavía lo eres, pero creo que debemos hacer las cosas mejor. Me gustaría que pudiéramos volver a ser amigos.

—Sinceramente… estaba esperando que me dijeras algo así desde hace mucho tiempo. Sentía que te habías vuelto un poco fría conmigo.

Aylin bajó la mirada mientras leía sus palabras. Sabía que tenía razón en algunas cosas, aunque también sabía que todo lo que había ocurrido los había cambiado a ambos.

Después de unos segundos, respondió:

—Lo siento… ¿amigos de nuevo?

—Amigos de nuevo.

Al leer aquellas palabras, Aylin sintió un alivio que no esperaba. No significaba que todo volviera a ser como antes, pero al menos una parte de esa carga que llevaba encima parecía hacerse un poco más ligera.

Por otro lado, después de todo lo ocurrido, Aylin decidió no contarle a nadie sobre la prueba de embarazo que se había realizado. Aunque ya había pasado un tiempo desde que se la hizo, todavía sentía que necesitaba esperar y tener una respuesta definitiva antes de tomar cualquier decisión.

No quería adelantarse a algo que aún no estaba confirmado ni preocupar a las personas a su alrededor sin saber realmente qué estaba pasando.

Aun así, en el fondo de su mente, aquella duda seguía presente. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar el resultado, pero mientras ese momento llegaba, intentó continuar con su vida como si todo estuviera bien.

Así que continuó con sus días intentando encontrar un equilibrio entre la nueva etapa que comenzaba y aquello que aún llevaba guardado en lo más profundo.

Entre clases, nuevas personas y pequeños momentos que poco a poco le devolvían la tranquilidad, Aylin intentaba recordar que su vida no podía quedarse detenida por un solo momento.

Aunque había cosas que todavía no podía resolver, decidió seguir avanzando un día a la vez.

Y quizás, sin darse cuenta, estaba empezando a descubrir que volver a empezar también era una forma de sanar

7

Después de conocerte de verdad

"A veces, ignoramos las señales… hasta que ya es demasiado tarde."

Los días comenzaron a avanzar y, poco a poco, Aylin volvió a encontrar un nuevo ritmo en su vida. Sin darse cuenta, la rutina fue ocupando nuevamente sus días y las preocupaciones que antes parecían consumirla empezaron a perder fuerza. No habían desaparecido por completo, pero ya no ocupaban cada uno de sus pensamientos.

Sus mañanas transcurrían entre clases y nuevas experiencias en el colegio. Cada semana aprendía algo distinto, conocía un poco más a sus compañeros y comenzaba a sentirse parte de un lugar que, al principio, le había parecido completamente desconocido. Por las tardes regresaba a casa para hacer tareas, descansar un poco o ayudar con algunas cosas, y cuando llegaba la noche volvía a salir a caminar por el barrio, disfrutando del silencio que tanto la ayudaba a ordenar su mente.

Poco a poco, también fue aprendiendo a disfrutar de los momentos sencillos. Una buena conversación, una caminata tranquila o una tarde sin preocupaciones eran suficientes para hacerla sonreír. Empezó a comprender que la paz no siempre llegaba de un momento para otro; a veces se construía poco a poco, en los pequeños detalles que antes pasaban desapercibidos.

Entre todos esos cambios, había algo que se volvió parte de su rutina sin que apenas lo notara.

Las conversaciones con Ángel.

Hablar con él se había convertido en algo completamente natural. Podían pasar horas hablando de cualquier tema, desde cosas sin importancia hasta sueños, metas o anécdotas del día, y aun así siempre parecía quedar algo más por contar. Con el paso del tiempo, Ángel dejó de ser simplemente el vecino nuevo para convertirse en alguien cuya compañía Aylin disfrutaba de verdad.

Y aunque ella todavía no era consciente de ello, una parte de su corazón comenzaba a abrirle un espacio que nunca imaginó darle a alguien tan pronto.

Una tarde, mientras conversaban como de costumbre, Ángel permaneció varios minutos mirando la pantalla de su celular.

Desde hacía algunos días había estado pensando en invitar a Aylin a salir. Disfrutaba cada conversación con ella y sentía que ya no le bastaba con conocerla únicamente a través de mensajes. Quería compartir un momento diferente, verla sonreír frente a frente y descubrir un poco más de la persona que, sin darse cuenta, comenzaba a ocupar un lugar importante en sus pensamientos.

Una tarde, mientras conversaban por mensaje, el celular vibró una vez más.

—Oye... —escribió Ángel—. Llevo varios días pensando en algo.

Aylin sonrió con curiosidad antes de responder.

—¿Qué pasó?

—Quería preguntarte si aceptarías salir conmigo un día. Podemos ir a comer a algún lugar... solo para conocernos un poco más.

Aylin permaneció unos segundos mirando la pantalla. No esperaba esa invitación, pero la idea le hizo ilusión.

—Claro que acepto. La verdad... me gustaría hacer algo diferente.

—Entonces ya está decidido. ¿Qué te parece este sábado en la tarde?

—Me encanta la idea. Además, en la noche tengo la reunión de jóvenes en la iglesia. Si quieres, también puedes acompañarme.

Ángel no tardó en responder.

—Perfecto. Así aprovechamos para compartir un poco más.

En el transcurso de esos días, Aylin continuó con su rutina mientras esperaba, con paciencia, el resultado de la prueba de sangre. Aunque intentaba no pensar demasiado en ello, había momentos en los que la incertidumbre volvía a hacerse presente.

Hasta que, una mañana, recibió un correo electrónico.

Por un instante, sintió que el corazón se le aceleraba. Respiró hondo antes de abrirlo y, con las manos ligeramente temblorosas, comenzó a leer.

Negativo.

Al ver aquella palabra, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro de alivio. Era como si el peso que había cargado durante semanas desapareciera por completo. Por fin

podía dejar atrás aquel misterio que la había acompañado durante tanto tiempo y comenzar a seguir con su vida con mayor tranquilidad, sin el miedo constante que la había perseguido desde aquel día.

Al salir de clases, Aylin no pudo contener la emoción. Apenas tuvo un momento libre, tomó su celular y le escribió a Valentina.

—¡Valen! Ya me llegaron los resultados.

Los segundos de espera parecieron eternos, hasta que apareció la respuesta.

—¿Y? ¡No me dejes con la duda!

—Salieron negativos.

—Ay, Aylin, qué felicidad. De verdad me alegra muchísimo. Ya ves, todo salió bien.

—Sí... siento que me quitaron un peso enorme de encima.

—Pero prométeme una cosa.

—¿Qué?

—No vuelvas a hacer algo así. Y si algún día decides estar con alguien, cuídate. No quiero volver a verte pasar por todo ese miedo.

—Está bien... perdón. Aprendí la lección.

—Eso espero.

Hubo un breve silencio antes de que Valentina volviera a escribir.

—Bueno... ¿y ahora qué piensas hacer?

—¿Cómo que qué pienso hacer? Pues seguir con mi vida. Además... estoy conociendo a un chico.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—Ay, solo somos amigos. Hace unos días me invitó a salir y la pasamos muy bien, pero por ahora solo lo veo como un amigo.

—¿Y Minor?

—Nada. Seguimos hablando de vez en cuando... normal.

Valentina leyó el mensaje y decidió no insistir. Sabía que, después de todo lo que Aylin había vivido, lo más importante era que volviera a sentirse tranquila y que las cosas siguieran su curso poco a poco.

Los días transcurrieron con más tranquilidad de la que Aylin había imaginado. Poco a poco, el peso que había llevado durante tanto tiempo comenzó a sentirse más ligero, permitiéndole disfrutar nuevamente de los pequeños momentos de su rutina.

Sin darse cuenta, los días pasaron con rapidez hasta que finalmente llegó el sábado. Era un día que esperaba con ilusión, pues compartiría un momento diferente junto a Ángel.

Aquella mañana se levantó con total normalidad. Desayunó, ordenó un poco su habitación, adelantó algunos pendientes del colegio y ayudó en la casa para tener la tarde libre. Conforme las horas avanzaban, la emoción empezaba a hacerse presente, aunque intentaba disimularla.

Cuando llegó la tarde, decidió darse un baño. El agua tibia la ayudó a relajarse y a despejar un poco los nervios que comenzaban a aparecer. Al salir, se envolvió el cabello con una toalla y abrió el clóset decidida a buscar qué ponerse.

Durante varios minutos sacó diferentes prendas, las colocó sobre la cama y volvió a guardarlas. Ninguna terminaba de convencerla. hasta que, casi al final, encontró un vestido que apenas había usado.

Se lo puso y volvió a mirarse. Esta vez sonrió.

Lo combinó con unos tenis blancos que le daban un toque sencillo y cómodo, y tomó su bolso blanco, que hacía juego con el resto de su ropa. Se acomodó el cabello frente al espejo, dio una última mirada a su reflejo y respiró hondo.

No se estaba arreglando porque sintiera que debía impresionar a alguien. Simplemente quería sentirse bien consigo misma.

Cuando terminó de arreglarse, Aylin tomó el celular que había dejado sobre la cama. Al desbloquearlo, encontró varios mensajes de Ángel.

—Hola, Aylin… ¿ya estás lista?

—Claro.

—Entonces ya subo por ti. Ya estoy afuera para irnos en mi carro.

—¿No sabía que tenías carro?

—Bueno… eso significa que todavía no me conoces del todo.

Aylin dejó el celular sobre la cama y terminó de ponerse un poco de maquillaje. Mientras se miraba al espejo, escuchó una voz llamándola desde afuera de la casa.

Tomó rápidamente su bolso, revisó que no le faltara nada y salió.

—Hola —saludó Ángel en cuanto la vio aparecer.

—Hola. Pensé que ibas a tardar un poco más —respondió ella con una sonrisa.

—Nah, si apenas vivo cinco casas más abajo que tú.

—Bueno… eso sí es cierto.

Ángel abrió la puerta del carro para que subiera, pero antes de que lo hiciera la observó durante unos segundos.

—Por cierto… te ves muy guapa.

Aylin sintió un leve calor subir a sus mejillas.

—Ay… gracias.

No se había arreglado para impresionarlo ni buscaba llamar la atención. Simplemente se había vestido como siempre, aunque había dedicado un poco más de tiempo a arreglarse. Aun así, escuchar aquel cumplido hizo que una sonrisa sincera apareciera en su rostro.

Ángel sonrió al verla.

—Bueno, ahora sí… vámonos.

Al llegar al restaurante, ambos buscaron una mesa cerca de la ventana. El lugar era tranquilo y el murmullo de las demás personas apenas se mezclaba con la música que sonaba de fondo.

Mientras esperaban la comida, la conversación comenzó con temas sencillos: el colegio de Aylin, la universidad de Ángel, las cosas que les gustaban y algunas anécdotas de su infancia. Poco a poco las risas fueron apareciendo con más naturalidad, haciendo que el tiempo pareciera pasar sin que ninguno de los dos lo notara.

Cuando la comida llegó, siguieron conversando entre bocado y bocado.

Hubo un momento en que Aylin apoyó los codos sobre la mesa y lo observó con curiosidad.

—Oye... ¿te puedo hacer una pregunta? —dijo Aylin, dejando el cubierto sobre el plato mientras lo miraba con curiosidad.

—Claro —respondió Ángel con una sonrisa tranquila—. Pregunta lo que quieras.

Aylin guardó silencio un par de segundos antes de animarse.

—¿Alguna vez has tenido novia?

Ángel soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—Aunque cueste creerlo... no.

—¿En serio? ¿Nunca? —preguntó Aylin, abriendo los ojos con sorpresa.

—Nunca. Me han gustado algunas personas, claro... pero una relación como tal, jamás.

—No puede ser... —dijo ella entre una risa incrédula—. Con lo guapo que eres, pensé que ya habías tenido varias.

Ángel no pudo evitar reír.

—Pues no. La universidad, el trabajo y todo lo demás me han mantenido bastante ocupado.

—Tiene sentido.

—¿Y tú?

—He conocido personas... pero ahora entiendo que muchas veces confundía el cariño con la necesidad de sentirme querida. En ese momento creía que eso era suficiente.

Ángel la escuchó sin interrumpirla.

—Con el tiempo me di cuenta de que una relación no debería llenar un vacío. Debería ser una decisión, no una necesidad.

—Pienso igual.

—La verdad es que hace algunos años yo era muy diferente. Había muchas cosas que no entendía de mí misma. Pero entrar a la iglesia cambió mi manera de ver la vida. Aprendí que antes de buscar que alguien me amara, tenía que aprender a valorarme yo misma y acercarme más a Dios.

Ángel permaneció en silencio unos segundos, admirando la serenidad con la que hablaba.

—Se nota cuando alguien habla desde lo que ha vivido —dijo finalmente—. No lo dices como un discurso... lo dices porque realmente lo has experimentado.

Aylin sonrió con cierta timidez.

—Todavía me falta mucho por aprender. No soy perfecta y sigo equivocándome muchas veces... pero intento ser mejor que la persona que fui ayer.

—Eso es precisamente lo que más me gusta de ti.

No supo qué responder.

Simplemente sonrió mientras bajaba la mirada.

Después de ese momento, la conversación tomó un rumbo todavía más personal. Hablaron de sus sueños, de sus miedos, de sus metas y de todo aquello que casi nunca compartían con otras personas.

Sin darse cuenta, ya no eran dos desconocidos compartiendo una comida.

Eran dos personas comenzando a conocerse de verdad.

Después de comer, permanecieron un rato más conversando. La charla cambió de un tema a otro con tanta naturalidad que ninguno de los dos notó cómo el tiempo había pasado. Entre risas, anécdotas y pequeños silencios cómodos, ambos terminaron saliendo del restaurante para dirigirse a la iglesia.

Cuando llegaron, varias personas los recibieron con la calidez de siempre. Algunos se acercaron a saludarlos, otros les dieron la bienvenida con una sonrisa y, en cuestión de minutos, Ángel ya estaba conversando con varias personas, como si hubiera formado parte de ese lugar desde hacía mucho tiempo.

Aylin observaba la escena en silencio.

Le gustaba ver la facilidad con la que él se integraba, la tranquilidad con la que trataba a cada persona y el respeto con el que escuchaba cuando alguien le hablaba. No necesitaba hacer grandes cosas para llamar la atención; simplemente era él.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan tranquila. No era una felicidad desbordante ni una emoción imposible de controlar. Era algo más sencillo, más sereno.

Cuando terminó la reunión, ambos salieron de la iglesia para regresar juntos hasta la casa de Aylin.

—Buenas noches —dijo ella con una sonrisa.

—Buenas noches. Descansa.

—Tú también.

Ángel esperó a verla entrar antes de marcharse.

Horas más tarde, ya acostada en su cama y con las luces apagadas, Aylin tomó el celular. Permaneció unos segundos mirando la pantalla. Sentía que había algo que quería decir y que no había encontrado el momento para hacerlo.

Finalmente escribió:

—Oye… gracias por hoy. Se me había olvidado agradecerte por hacerme pasar un momento tan bonito.

La respuesta llegó casi de inmediato.

—No tienes nada que agradecer. Yo también la pasé muy bien. Gracias a ti por aceptar mi invitación.

Aylin dejó escapar una pequeña sonrisa antes de apagar la pantalla.

Aquella noche comprendió que, a veces, una sola tarde podía devolverle a una persona algo que creía haber perdido hacía mucho tiempo: la tranquilidad de volver a sonreír sin tener que fingir.

Mientras tanto, las conversaciones con Ángel seguían haciéndose cada vez más frecuentes. Con él todo parecía sencillo; hablar le salía de forma natural

Sin embargo, Aylin no dejaba de pensar que quizá también debía intentar hacer las cosas bien con Minor. Después de todo, habían decidido dejar atrás lo ocurrido y volver a construir una amistad. Sentía que era lo correcto y quería creer que ambos podían seguir adelante sin volver a lastimarse.

Aun así, había algo que no podía negar. Poco a poco comenzaba a sentirse atraída por Ángel. No era un sentimiento tan profundo como para pensar en una relación, pero sí una curiosidad que crecía con cada conversación, con cada risa compartida y con la tranquilidad que él le transmitía. Era una sensación nueva, una que todavía no entendía del todo y que prefería dejar avanzar sin apresurar nada.

Mientras tanto, las cosas con Minor también parecían haber encontrado cierta estabilidad., los encuentros en el colegio se limitaban a saludos breves cuando coincidían en los pasillos o cerca de los baños. A veces intercambiaban unas cuantas palabras antes de que cada uno continuara con su día.

En realidad, tampoco tenían muchas oportunidades para convivir. Minor cursaba su último año de colegio en la especialidad de Contabilidad, lo que significaba una carga académica mucho mayor. Pasaba gran parte del tiempo ocupado entre proyectos, prácticas y trabajos, por lo que casi siempre salía antes o tenía horarios diferentes al resto de los estudiantes. Incluso durante los recreos era difícil encontrarlo con tranquilidad, pues rara vez tenía tiempo para sentarse a conversar o almorzar como los demás.

Aylin entendía que ese era un año importante para él, así que nunca insistía en verlo más de lo necesario. Cada uno continuó concentrado en sus propias responsabilidades mientras los días seguían avanzando.

Con el paso de las semanas, el ambiente en el colegio comenzó a cambiar. Los primeros exámenes se acercaban y la presión empezaba a sentirse en cada aula. Aylin intentaba mantenerse al día con todas las materias, pero había una en particular que no dejaba de darle dolores de cabeza.

Matemáticas.

Por más que prestaba atención en clase y repasaba los ejercicios una y otra vez, había procedimientos que simplemente no lograba comprender.

Los días continuaron transcurriendo con normalidad hasta que, una tarde, al terminar una de sus clases de matemáticas, Aylin salió del aula con la cabeza llena de números y procedimientos que, por más que intentaba entender, seguían pareciéndole un enredo.

Como tenía una lección libre antes de la salida, decidió sentarse en los pollitos que estaban frente a la dirección del colegio. Sacó el celular de su bolso y permaneció unos segundos observando la pantalla. Dudó si escribir o no, pero al final terminó abriendo el chat de Minor.

—Oye… ¿aún estás en el colegio?

—Sí… ¿necesitas algo?

—Sí… es que necesito ayuda con una materia y sé que tú entiendes mucho mejor estos temas que yo.

—Me encantaría ayudarte, pero mejor ven a mi casa después del colegio. No puedo salir ahora porque me voy en el transporte del colegio, así que no puedo quedarme.

Aylin volvió a leer el mensaje.

Por un instante recordó la última vez que había estado allí. Aquellos recuerdos aparecieron de golpe, haciéndola dudar. No quería volver a repetir los mismos errores ni dar un paso que después pudiera arrepentir.

Sin embargo, algo dentro de ella intentó convencerla de que esta vez sería diferente. Después de todo, habían quedado en dejar el pasado atrás y seguir siendo amigos. Quizá solo estaba pensando demasiado.

—Está bien… cuando salga voy para tu casa.

Guardó el celular mientras esperaba que transcurrieran las últimas lecciones. Aunque intentaba concentrarse en otras cosas, su mente volvía una y otra vez a la decisión que acababa de tomar.

Cuando finalmente sonó el timbre Aylin tomó su bolso y salió del colegio. Sin detenerse demasiado a pensarlo, comenzó a caminar hacia la casa de Minor.

Mientras caminaba hacia la casa de Minor, Aylin se colocó los audífonos y dejó que la música llenara el silencio. Era una costumbre que había adquirido desde hacía tiempo; cuando sentía que su cabeza estaba llena de pensamientos, la música era la única forma de hacer que todo se apagara por un momento.

Aun así, esa tarde no lo consiguió del todo.

No dejaba de preguntarse si los padres de Minor estarían en casa. Una parte de ella esperaba que sí. Pensaba que, si ellos estaban presentes, todo sería más sencillo: hablarían un poco sobre la materia y después regresaría a casa sin que ocurriera nada más.

Si, por el contrario, estaban solos, también tenía claro lo que haría. Entraría, recogería lo que necesitaba, dejaría que Minor le explicara lo que fuera necesario y se marcharía sin alargar la visita ni crear conversaciones innecesarias.

Cuando quiso darse cuenta, ya había llegado.

Sacó el celular del bolsillo y le escribió.

—Oye… ya estoy afuera. ¿Me puedes abrir?

La respuesta llegó casi de inmediato.

—Claro, ya voy.

A los pocos segundos, la puerta se abrió.

—Pasa —dijo Minor con una sonrisa.

Aylin entró con cierta timidez. Para su tranquilidad, los padres de Minor estaban en la sala.

—Hola, mucho gusto —saludó con una sonrisa.

—Ella es Aylin, una amiga desde hace unos meses —comentó Minor.

—Hola, mi niña hermosa, bienvenida —respondió su madre con amabilidad—. Minor nos contó que venías porque necesitabas ayuda con una materia.

—Sí, es que en unas semanas tengo un examen y hay algunos temas que todavía me cuestan.

—Perfecto. Entonces estudien tranquilos mientras yo preparo la cena.

—Muchas gracias. Con permiso.

Minor comenzó a subir las escaleras y Aylin lo siguió.

Al llegar a la habitación, él abrió la puerta.

—Este es mi cuarto… perdón que esté un poco desordenado. Entre el colegio y las demás cosas no he tenido tiempo de ordenarlo.

Aylin recorrió la habitación con la mirada y sonrió con naturalidad.

—Tranquilo, a veces mi cuarto también termina igual.

—Bueno, enséñame los temas que necesitas repasar.

Aylin abrió su bolso, sacó los cuadernos y los colocó sobre el escritorio.

—Esto es lo que hemos visto hasta ahora.

Minor comenzó a revisar las páginas con calma, leyendo los apuntes y deteniéndose en algunos ejercicios.

—Perfecto… ya entendí por dónde va el tema. Esto lo vi hace un par de años. Es más sencillo de lo que parece; solo tienes que entender el procedimiento.

Con paciencia, empezó a explicarle cada ejercicio, resolviendo las dudas que iban apareciendo.

El tiempo pasó sin que ninguno se diera cuenta, hasta que la voz de la madre de Minor se escuchó desde la planta baja.

—¡Chicos, bajen a cenar! ¡Ya está servido!

—¡Ya vamos! —respondieron los dos casi al mismo tiempo.

Aylin bajó las escaleras con cierta incomodidad. En ningún momento había pensado quedarse a cenar y no quería causar molestias, pero, al mismo tiempo, sentía que rechazar la invitación podría interpretarse como una falta de educación.

—Muchas gracias… de verdad —dijo Aylin con una sonrisa tímida mientras tomaba asiento.

—De nada, hija —respondió la madre de Minor con amabilidad—. Coman con tranquilidad. Descansar un rato también ayuda a despejar la mente de tanto estudio.

Los cuatro comenzaron a cenar entre conversaciones sencillas. Hablaron del colegio, de las materias que más les costaban, de los planes para el fin de semana y de pequeñas anécdotas que hacían que, de vez en cuando, todos soltaran una risa.

Aylin participaba con timidez, respondiendo cuando le preguntaban algo, pero, sin darse cuenta, empezó a sentirse cómoda.

Hacía mucho tiempo que no experimentaba una escena como aquella.

Ver a una familia sentada alrededor de la misma mesa, compartiendo la comida sin prisas, escuchándose unos a otros y riéndose por cosas simples despertó en ella una sensación difícil de explicar. Durante un instante imaginó cómo habría sido llegar todos los días a casa y encontrar algo parecido: una cena en familia, conversaciones sobre cómo había ido el día y la tranquilidad de sentirse esperada.

Era una imagen sencilla, casi cotidiana para muchas personas.

Para Aylin, en cambio, siempre había sido un pequeño anhelo que nunca se había atrevido a expresar.

Sin darse cuenta, aquella incomodidad con la que había llegado fue desapareciendo poco a poco. Por un momento dejó de pensar en exámenes, preocupaciones. Simplemente disfrutó del ambiente, como si durante unos minutos hubiera encontrado un lugar donde podía sentirse parte de algo.

Después de un rato, los padres de Minor se levantaron de la mesa.

—Tenemos que salir un momento —comentó su padre mientras tomaba las llaves del carro—. No tardamos.

—No se preocupen —respondió Minor con una sonrisa—. Nosotros seguimos estudiando.

—No hagan mucho desorden —bromeó su madre antes de despedirse.

Los dos sonrieron levemente y, cuando la puerta principal se cerró, el silencio volvió a llenar la casa. Entonces recogieron los cuadernos y subieron nuevamente a la habitación para continuar repasando la materia.

Cuando regresaron a la habitación, el ambiente ya no era el mismo.

Los dos intentaron continuar con los ejercicios como si nada hubiera cambiado, pero la concentración duró apenas unos minutos. Los cuadernos seguían abiertos sobre el escritorio, aunque ninguno de los dos parecía realmente interesado en ellos.

Después de un rato, Minor dejó el lápiz a un lado.

—Creo que ya estudiamos suficiente por hoy.

—Sí… mi cabeza ya no está procesando más números.

Los dos soltaron una pequeña risa, y la conversación comenzó a desviarse poco a poco hacia otros temas. Hablaron del colegio, de los profesores y de algunas cosas sin demasiada importancia, hasta que, casi sin pensarlo, Aylin mencionó a Ángel.

—Últimamente he estado hablando mucho con alguien.

—¿Ah, sí?

—Sí… se llama Ángel. Es buena persona. La verdad, me ha ayudado bastante estos días.

—Qué bien.

Su voz sonó tranquila, pero Aylin alcanzó a notar un pequeño cambio en su expresión. No dijo nada. Tampoco quiso darle más vueltas al asunto.

El cuarto quedó en silencio otra vez.

Aylin comenzó a sentirse incómoda sin saber exactamente por qué. Miró hacia la puerta y aprovechó la primera excusa que encontró.

—Oye… ¿me prestas el baño un momento?

—Claro. Al fondo del pasillo, la última puerta a la derecha.

—Gracias.

Al cerrar la puerta del baño, apoyó ambas manos sobre el lavamanos y levantó lentamente la mirada hacia el espejo.

Permaneció unos segundos observando su propio reflejo.

Sentía que algo dentro de ella estaba completamente desordenado.

Había empezado a sentirse cómoda hablando con Ángel. A su lado encontraba una tranquilidad que hacía mucho tiempo no experimentaba. Sin embargo, estar nuevamente en aquella casa, compartiendo tiempo con Minor, removía emociones que creía haber dejado atrás.

Bajó la mirada y soltó un suspiro.

—¿Qué te pasa, Aylin...? —se preguntó en voz baja mientras negaba con la cabeza—. No puedes volver a confundirte. Ya tomaste una decisión… así que deja de darle tantas vueltas.

Se quedó unos segundos más respirando profundamente, intentando calmar el nudo que sentía en el pecho.

—Solo quiero que todo vuelva a ser normal...

Se mojó un poco el rostro con agua fría y respiró una vez más antes de salir.

Al regresar por el pasillo, caminó despacio hasta detenerse frente a la puerta de la habitación.

Durante un instante permaneció inmóvil, con la mano sobre el marco de la puerta, como si algo dentro de ella le pidiera detenerse antes de dar el siguiente paso.

Minor la miró y, notando su agitación, preguntó con suavidad.

—¿Qué pasa, Aylin? ¿Por qué estás así?

Ella no respondió con palabras; en cambio, cruzó el cuarto rápidamente y se lanzó sobre la cama, subiendo encima de él. Sus labios se encontraron en un beso desesperado, cargado de emociones contenidas, de anhelos y miedos que ninguno se atrevía a nombrar.

—Perdóname —murmuró Aylin con voz entrecortada, mientras empezaba a quitarse el uniforme.

Minor la sostuvo con firmeza, incapaz de apartar la mirada, y respondió con la misma urgencia:

—No tienes que pedir perdón... yo también te he extrañado más de lo que puedo decir.

Se fundieron en otro beso, intenso y lleno de necesidad, como si quisieran borrar con ese contacto las dudas y el tiempo que los había separado. Cada caricia llevaba consigo promesas mudas, miedo y esperanza al mismo tiempo.

Sin darse cuenta de cuándo dejó de pensar con claridad, Aylin volvió a cruzar un límite que había prometido no volver a cruzar.

Cuando todo terminó, el silencio ocupó el lugar de las palabras.

Aylin permaneció inmóvil durante unos segundos, con la mirada perdida en algún punto de la habitación. Sentía un vacío extraño, uno que no sabía cómo explicar. Lo que unos minutos antes había parecido una decisión impulsiva ahora se transformaba en una sensación de culpa que iba creciendo dentro de ella.

Poco a poco, la realidad comenzó a caer sobre ella con un peso que no esperaba. Mientras terminaba de acomodar su ropa y recogía sus pertenencias, sentía cómo una mezcla de culpa, confusión y decepción iba ocupando el lugar que, unos minutos antes, había llenado el impulso.

Había vuelto a cruzar un límite que juró no volver a cruzar.

Durante semanas había intentado convencerse de que aquello había quedado atrás, de que nunca volvería a permitir que algo así ocurriera. Sin embargo, en un solo instante, todo aquello se había desmoronado.

Evitó levantar la mirada. No porque sintiera miedo de Minor, sino porque sabía que, si sus ojos se encontraban con los de él, tendría que aceptar una verdad que todavía le costaba enfrentar: la persona que más la había decepcionado en ese momento era ella misma.

El cuarto permanecía completamente en silencio. Minor seguía sentado sobre la cama sin decir una palabra, mientras Aylin terminaba de guardar sus cosas con movimientos lentos, casi mecánicos. Ya no quedaba nada por explicar. Cualquier palabra habría sido insuficiente para cambiar lo que acababa de suceder.

Respiró profundamente, intentando contener el nudo que sentía en la garganta. Después caminó hasta la puerta, sujetó el picaporte durante unos segundos y, sin volver la vista atrás, salió de la habitación.

Aylin salió de la habitación sin volver la vista atrás. Bajó las escaleras casi de prisa, tomó su bolso y abrió la puerta de la casa.

Necesitaba salir de allí.

Mientras caminaba hacia la calle, escuchó unos pasos apresurados detrás de ella.

—¡Aylin! —la llamó Minor mientras terminaba de ponerse la sudadera y bajaba las escaleras casi corriendo.

Ella se detuvo por un instante, aunque no volteó de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó con la voz temblorosa, intentando ocultar la angustia que llevaba por dentro.

Minor tardó unos segundos en hablar.

—¿Qué fue lo que pasó allá arriba? Ya van dos veces... y sigo sin entenderlo.

—¿Quieres que sea sincera? Ni yo misma lo entiendo. Desde la primera vez he tratado de encontrar una explicación, pero simplemente no la tengo. Lo único que sé... es que esto no debió pasar.

Por primera vez desde que salió de la casa, levantó la mirada para verlo.

—Hay alguien que poco a poco está empezando a ocupar un lugar en mi corazón... y ese alguien no eres tú.

Minor permaneció en silencio.

—Yo no te amo, Minor. Nunca debimos llegar hasta este punto. Lo que pasó hace un momento no cambia eso... ni va a cambiar lo que siento. Por favor... déjame ir.

Sin esperar una respuesta, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—¡Aylin!...

Ella se detuvo apenas unos segundos.

—Dejaste unos cuadernos en mi...

Aylin cerró los ojos por un instante. Ni siquiera tuvo fuerzas para responder.

Continuó caminando sin volver la vista atrás, sintiendo que cada paso la alejaba de aquella casa, aunque todavía no lograba escapar del peso que llevaba dentro.

El camino de regreso a casa se le hizo más largo de lo normal. Aylin caminaba con la mirada perdida, sin prestar atención a las personas que pasaban a su lado ni al ruido de los carros que cruzaban la calle. Sus pensamientos regresaban una y otra vez al mismo instante, como si su mente se negara a dejarlo atrás. Había vuelto a cometer el mismo error y, por más que intentaba encontrar una explicación, ninguna lograba darle paz. Todo parecía confuso. Era como si hubiera actuado por impulso, dejando que unos segundos cambiaran el rumbo de todo lo que había intentado reconstruir.

Cuando finalmente llegó a su casa, respiró profundamente antes de abrir la puerta. Se obligó a dibujar una expresión tranquila, procurando que nadie pudiera notar el peso que llevaba encima. Saludó con la misma naturalidad de siempre, respondió con una excusa sencilla cuando le preguntaron por la hora y, apenas tuvo la oportunidad, se dirigió a su habitación sin detenerse demasiado.

Al cerrar la puerta, dejó caer el bolso sobre el suelo y permaneció inmóvil durante unos instantes. El silencio de la habitación parecía abrazarla de una manera extraña. Sentía el pecho tan pesado que incluso respirar le costaba más de lo normal. Había imaginado muchas veces cómo sería dejar atrás todo lo ocurrido con Minor, pero jamás pensó que terminaría regresando al mismo lugar del que tanto había querido escapar.

Buscando refugio en algo que le permitiera dejar de pensar, entró al baño y abrió la ducha. El sonido constante del agua llenó el pequeño espacio mientras permanecía bajo ella con los ojos cerrados. Durante unos minutos intentó convencerse de que, al salir, todo se sentiría diferente. Sin embargo, la culpa seguía ahí, tan presente como antes. Ni el agua, ni el silencio, ni el paso de los minutos lograban aliviar el vacío que comenzaba a crecer dentro de ella.

Después de cambiarse y ponerse la pijama, volvió lentamente a su habitación. Se dejó caer sobre la cama sin siquiera encender la luz. Permaneció observando el techo, incapaz de ordenar todo lo que pasaba por su cabeza. Había tantas preguntas sin respuesta que terminó dejando de buscar alguna explicación. Simplemente permaneció allí, inmóvil, dejando que el tiempo avanzara mientras el silencio ocupaba cada rincón de la habitación.

Fue entonces cuando el sonido de varias notificaciones rompió la tranquilidad de la noche.

—Hola, como estas, te vi subir hace un rato... te saludé, pero ibas tan distraída que ni siquiera me viste — había escrito Ángel

—Hola... perdón. Venía pensando en muchas cosas y no me di cuenta.

—Tranquila. Pero sabes que puedes contarme lo que sea.

—No es nada malo... solo son cosas confusas que están pasando en mi vida y que todavía intento entender. Pero voy a estar bien.

—Está bien. Te creo. Solo quería que supieras que aquí estoy. Si necesitas tu espacio, también lo voy a respetar.

Al llegar a casa, Aylin dejó el celular a un lado y, por primera vez en todo el día, dejó de contenerse.

Las lágrimas comenzaron a caer en silencio.

No lloraba únicamente por lo que había pasado con Minor. Lloraba por ella misma, por la culpa que sentía, por la confusión que llevaba semanas acumulando y porque, por más que intentaba salir adelante, sentía que volvía a cometer los mismos errores.

Se abrazó las piernas mientras permanecía sentada sobre la cama, intentando encontrar una respuesta que no llegaba.

Comprendió que ya no podía seguir cargando todo aquello sola.

Necesitaba hablar con alguien.

Pero no quería preocupar a sus padres. Todavía no se sentía preparada para contarles todo lo que estaba ocurriendo dentro de ella.

Entonces, entre tantos pensamientos, recordó las palabras que la pastora le había dicho días atrás.

"Si algún día necesitas hablar, mi oficina siempre estará abierta para ti."

Quizá había llegado el momento de dejar de guardar silencio.

Con esa idea en la mente, secó sus lágrimas lentamente y tomó una decisión.

Al día siguiente iría a buscar a la pastora en la iglesia.

Tal vez ella no pudiera resolver sus problemas, pero Aylin sentía que necesitaba que alguien simplemente la escuchara.

Y así fue. Al día siguiente, al salir del colegio, Aylin caminó directamente hacia la iglesia. Apenas cruzó la entrada y recorrió el pasillo principal, vio a la pastora conversando con unas personas. Al notar su presencia, levantó la mirada y le dedicó una cálida sonrisa.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó la pastora con una sonrisa al verla.

Aylin bajó un poco la mirada.

—No lo sé... vine porque necesito hablar contigo.

La pastora asintió con tranquilidad.

—Claro. Si te parece, vamos a la oficina.

Las dos caminaron en silencio hasta la oficina. Al entrar, la pastora cerró la puerta, tomó asiento frente a Aylin y esperó unos segundos antes de hablar.

—Tómate tu tiempo. Empieza cuando te sientas lista.

Aylin respiró profundamente y comenzó a contarle todo. Le habló de cómo Minor había llegado a su vida, de la amistad que habían construido, de la primera vez que estuvieron juntos y de la confusión que llevaba desde entonces. No ocultó nada. También le confesó cuánto le había afectado crecer sintiendo la ausencia de sus padres, cómo muchas veces había guardado sus emociones para no preocupar a nadie y cómo, poco a poco, todo aquello había ido llenando un vacío que nunca supo explicar.

La pastora la escuchó sin interrumpirla. Solo cuando Aylin terminó de hablar, guardó unos segundos de silencio antes de responder.

—Sinceramente, qué carga tan grande llevas sobre tus hombros. Ningún joven de tu edad debería enfrentar tantas cosas al mismo tiempo... y, aun así, aquí estás, intentando salir adelante.

La conversación continuó durante varios minutos. La pastora escuchaba con atención, haciendo alguna pregunta de vez en cuando, pero dejando que fuera Aylin quien hablara.

Cuando ya conocía toda la historia, respiró hondo antes de responder.

—Aylin, después de todo lo que me has contado, hay algo que veo con mucha claridad. Minor te está haciendo daño. Quizá no lo has querido aceptar por completo, pero cada vez que vuelves a él terminas sintiéndote peor que antes.

Aylin bajó la mirada.

—Lo sé... pero no entiendo por qué siempre vuelvo. No quiero hacerlo, pero siento que algo me empuja.

La pastora asintió con comprensión.

—Precisamente por eso necesitas poner un límite definitivo. No un límite por unos días, sino cortar esa situación de raíz. Mientras sigas regresando, aunque sea una vez más, será muy difícil que puedas avanzar hacia la vida que realmente deseas.

Aylin sintió un nudo en la garganta.

—Es que... siento que no puedo. Lo intento y siempre termino cayendo otra vez.

La pastora permaneció unos segundos en silencio antes de hablar.

—Hay algo de lo que se habla mucho en consejería cristiana. Se conoce como una atadura o ligadura del alma. Es la idea de que, cuando existe una unión íntima fuera del compromiso del matrimonio, la persona puede llegar a sentirse emocionalmente atada a la otra, incluso cuando esa relación le hace daño. No significa que estés obligada a permanecer ahí para siempre, sino que esa sensación puede hacerte creer que no puedes alejarte.

Aylin levantó la mirada.

—Eso es exactamente lo que siento... Como si quisiera salir, pero hubiera algo que siempre me hace regresar.

—Y por eso no debes enfrentarlo sola. Esa sensación no define quién eres ni decide tu futuro. Puedes romper ese ciclo, pero primero tienes que tomar la decisión de dejar de volver al mismo lugar que te está lastimando.

Aylin permaneció en silencio. Por primera vez, alguien había puesto en palabras algo que ella llevaba semanas intentando entender.

—Entonces haremos esto: cuando llegues a tu casa o cuando te sientas preparada, escríbele. Dile que quieres hablar con él y dejar las cosas claras, aunque sea difícil para ti.

—Está bien... aunque creo que voy a tener que volver a su casa. Dejé algunas cosas importantes allá y las necesito.

—Entonces hazlo con calma. Si solo vas a recoger tus cosas, aprovecha ese momento para hablar con él y cerrar esa etapa. Cuando lo hagas, me avisas y volvemos a hablar, ¿sí?

—Está bien... muchas gracias, de verdad. No sabes cuánto necesitaba sacar todo esto.

—De nada, Aylin. Para eso estoy aquí.

Días después de aquella conversación con la pastora, Aylin intentó continuar con su rutina. Aunque todavía tenía muchas cosas en la mente, sentía que poco a poco comenzaba a ordenar sus pensamientos.

Al salir del colegio, recordó algo que aún tenía pendiente: algunas de sus pertenencias seguían en la casa de Minor, entre ellas sus audífonos, que había dejado la última vez que estuvo allí.

Tomó su celular y, después de dudar unos segundos, decidió escribirle.

—Hola, Minor. ¿Estás en tu casa?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Necesito recoger unas cosas que dejé en tu casa. Voy a pasar en una hora.

—Está bien, aquí te espero.

Aylin caminó hacia la casa de Minor apenas salió del colegio. Esta vez iba tranquila. No porque todo estuviera bien, sino porque en su mente ya tenía claro lo que quería hacer: recoger sus cosas, hablar lo necesario y cerrar ese capítulo de una vez.

Al llegar, tocó el timbre varias veces hasta que la puerta finalmente se abrió.

—Hola, pasa —dijo Minor con una tranquilidad que parecía como si nada hubiera ocurrido.

Aylin apenas lo miró.

—¿Dónde están mis cosas?

La frialdad en su voz dejó claro que no había ido a quedarse.

—Están en el mueble de la cocina. Ahí te las guardé.

—Bien. Solo vine por eso. Tengo que estar en mi casa temprano —respondió, intentando no alargar más el momento.

Entró y caminó directamente hacia la cocina. Dejó su bolso a un lado y comenzó a guardar sus cuadernos y pertenencias con rapidez.

Mientras tanto, Minor permaneció en silencio, observándola desde unos metros de distancia. No decía nada, pero su mirada seguía cada uno de sus movimientos.

—¿Solo vienes por eso? —preguntó finalmente.

—Sí. ¿Por qué?

—No sé... pensé que tal vez te quedarías —dijo intentando mantener la calma, aunque en el fondo no entendía por qué Aylin estaba tan distante.

Sin darle tiempo a responder, se acercó y tomó su cintura, como si intentara detenerla.

Aylin reaccionó de inmediato. Apartó sus manos y dio un paso hacia atrás.

—No... yo no quiero volver a esto —dijo con firmeza, mirándolo seria—. No quiero que sigamos confundiendo las cosas.

—¿Por qué no? Si antes no era así... ¿por qué ahora cambiaste?

Aylin respiró hondo. Por un momento quiso encontrar una respuesta sencilla, pero sabía que no existía.

—Porque ya no más, Minor. Ya no quiero seguir viviendo de esta manera. Intenté entender lo que sentía, intenté convencerme de que esto era algo que quería... pero la verdad es que no lo es.

Su voz comenzó a mostrar la molestia que llevaba guardada.

—Estoy intentando cambiar mi vida. Quiero enfocarme en mis estudios, en mi futuro... no quiero seguir aferrada a algo que sé que no me hace bien.

—Pero bien que lo disfrutaste.

Las palabras hicieron que Aylin se quedara en silencio por un instante.

—Sí... y me equivoqué —respondió finalmente—. Como cualquier persona puede equivocarse.

Tomó sus cosas y cerró su bolso.

—Pero eso no significa que quiera seguir con esto. Yo no quiero volver a lo mismo, Minor. No quiero que mi vida siga girando alrededor de algo que ya no siento.

—Pensé que esto era... —comenzó Minor, pero no terminó la frase.

—Nada —lo interrumpió Aylin, con la voz más seria de lo que esperaba—. No significa nada.

Minor se quedó en silencio.

—Si quieres pensar eso de mí, hazlo. Ya no puedo controlar lo que pase por tu cabeza.

Hizo una pausa, intentando contener todo lo que sentía.

—Pero gracias a ti perdí bastante tiempo de mi vida intentando entender algo que ni siquiera sabía cómo manejar.

—Yo nunca te obligué a nada...

—No, no lo hiciste. Pero yo estaba confundida, y eso también fue mi error. No quiero convertirme en una prostituta a como me siento en estos momentos de mi vida por todo esto

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, aunque intentó mantenerse firme.

—Y lo peor es que ahora ni siquiera sé quién soy después de todo esto... ¿entiendes eso?

Aylin tomó sus cosas y se dirigió hacia la puerta.

—Ahora, si me permites, tengo que irme.

No quería seguir allí. Solo necesitaba irse antes de que aquella conversación terminara haciéndole más daño.

Pero cuando estaba a punto de salir, la voz de Minor volvió a detenerla.

—Pero para mí… sí lo eres. Porque estuviste conmigo sin amarme, sin sentir nada. Y eso es lo que hacen ese tipo de mujeres

Aquellas palabras fueron suficientes.

Algo dentro de Aylin se rompió en ese momento. No era solo enojo; era la sensación de que todo lo que había vivido, todo lo que había sentido y todo lo que había intentado comprender estaba siendo reducido a una sola cosa.

Sin pensarlo, caminó hacia él y le dio una cachetada.

—A mí me respetas. No te confundas —dijo con firmeza—. No tienes derecho a hablarme así.

Aylin no quiso seguir alargando la discusión.

Después de escuchar aquellas palabras, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Ya no quería explicar más, ni intentar que Minor entendiera algo que él no estaba dispuesto a escuchar

Pero justo cuando estaba a punto de salir de la casa, sintió un tirón inesperado que la detuvo.

Sin pensarlo, Minor la tiró al suelo. Aylin quedó casi inconsciente por el golpe, pero con sus fuerzas trató de alejarse de la persona que nunca imaginó que le haría daño. Estaba asustada, su corazón latía rápido de miedo.

Minor la volvió a agarrar de las piernas para intentar besarla.

—¡Déjame! —gritó Aylin, adolorida mientras sentía el jalón.

—Eres mía y nada más —respondió Minor.

Sin dudarlo, Aylin le dio un golpe en la entrepierna, lo que le dio la oportunidad de levantarse. Pero Minor la agarró de nuevo y la tiró sobre una mesa.

Pasaron minutos. Aylin solo lloraba y pedía ayuda, pero sabía que ya era demasiado tarde.

—¡Ya no más, por favor! —pidió Aylin llorando, la voz quebrada y sin fuerzas para resistir más.

Minor, sin tener en cuenta su súplica, le quitó la parte inferior del uniforme y la sujetó. Fueron minutos que para Aylin se sintieron eternos, mientras lloraba, gritaba de dolor y se sentía completamente vulnerable y sin fuerzas. Al mirarlo a la cara, sólo sentía asco y desesperación.

Después de horas que parecieron interminables, Aylin logró suplicar con desesperación que la soltara. Por fin pudo levantarse y salir de allí, temblando y con el corazón hecho pedazos.

Al llegar a casa, Aylin intentó comportarse como si todo estuviera bien. No quería que nadie notara lo que llevaba por dentro, así que caminó en silencio hasta el baño y cerró la puerta detrás de ella.

Abrió la ducha y dejó que el agua comenzara a caer, esperando que ese momento a solas le ayudara a ordenar sus pensamientos. Pero apenas pasaron unos segundos, sintió que ya no podía seguir fingiendo que era fuerte.

Apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer lentamente mientras las lágrimas empezaban a mezclarse con el agua que recorría su rostro.

Por primera vez en mucho tiempo, permitió que todo aquello que había guardado saliera.

La tristeza, la confusión, la decepción y esa sensación tan dolorosa de no reconocer a la persona en quien había confiado durante tantos meses.

Mientras permanecía allí, una pregunta seguía dando vueltas en su mente.

“¿Cómo había llegado hasta ese punto?”

Como si una parte de la realidad que siempre estuvo frente a ella finalmente hubiera decidido mostrarse.

Y en ese momento, Aylin entendió que no solo estaba llorando por lo que había ocurrido.

También lloraba por la persona que creyó que Minor era.

Cuando finalmente salió del baño, sus ojos estaban rojos y su rostro aún tenía rastros de lágrimas. Caminó hasta su habitación en silencio y se acostó sin cambiarse siquiera de pensamientos.

Esa noche no pudo encontrar tranquilidad.

Lloró en silencio, abrazando una almohada, intentando entender cómo alguien que había significado tanto para ella podía convertirse en la persona que más daño le había causado.

8

Las marcas que dejaste en mí

"Hay heridas que sanan con el tiempo, pero nunca olvidamos cómo aprendimos a sobrevivir."

Los días continuaron pasando, aunque para Aylin el tiempo parecía avanzar de una manera diferente.

Desde afuera, todo parecía seguir igual. Las clases, las conversaciones, las responsabilidades… cada cosa mantenía su ritmo habitual. Pero dentro de ella había una parte que seguía intentando entender todo lo que había vivido.

Había momentos en los que creía estar mejor. Días en los que lograba sonreír, distraerse y pensar en otras cosas. Pero también existían noches donde el silencio se volvía demasiado pesado y los recuerdos regresaban sin pedir permiso.

Aylin había aprendido a esconder lo que sentía detrás de una expresión tranquila. Respondía cuando le preguntaban cómo estaba, decía que todo iba bien y continuaba con su rutina.

Pero en el fondo sabía que algo seguía esperando ser escuchado.

Intentaba convencerse de que podía manejarlo sola, de que con el tiempo las cosas dolerían menos. Sin embargo, cada día se hacía más difícil cargar con todo aquello que había decidido guardar.

Una noche entendió que no podía seguir cargando sola con todo aquello.

Necesitaba hablar.

Necesitaba que alguien la escuchara sin juzgarla, alguien que pudiera ayudarla a ordenar todo lo que llevaba acumulado en su interior.

Y aunque todavía no sabía cómo hacerlo ni con quién hacerlo, por primera vez aceptó que necesitaba pedir ayuda.

Con los ojos aún llenos de lágrimas, Aylin tomó una decisión que había estado evitando durante mucho tiempo: sus padres tenían que saberlo. No solo lo que había ocurrido, sino también todo lo que había guardado en silencio durante esos meses; la

soledad que había sentido, las dudas que la habían acompañado y cómo poco a poco había empezado a sentirse perdida sin saber a quién acudir.

Le costó levantarse de la cama. Sentía el cuerpo pesado y el corazón lleno de miedo. Caminó lentamente hasta la habitación de sus padres y se quedó unos segundos frente a la puerta, reuniendo el valor para hacerlo. Tenía miedo de decepcionarlos, de que no entendieran o de volver a revivir todo al decirlo en voz alta, pero sabía que ya no podía seguir callando.

Respiró profundamente y, con las manos temblando un poco, tocó la puerta.

—Papá… mamá… ¿puedo hablar con ustedes?

Al escuchar su voz, ambos notaron de inmediato que algo no estaba bien.

Aylin entró lentamente. Sus ojos todavía estaban rojos y, aunque intentaba mantenerse fuerte, su voz la traicionaba.

—Necesito contarles algo… y necesito que me ayuden.

Y esa noche, Aylin decidió dejar de cargar sola con todo aquello que había estado guardando.

Sin pensarlo demasiado, Aylin tomó una decisión que llevaba mucho tiempo evitando.

Esa noche bajó hasta donde estaban sus padres.

Al verla con los ojos llenos de lágrimas, ellos supieron de inmediato que algo no estaba bien.

Aylin se quedó unos segundos en silencio, intentando encontrar las palabras correctas, pero al final entendió que ya no podía seguir guardando todo dentro de ella.

Y entonces comenzó a hablar.

Contó cada cosa que había vivido durante esos meses. Habló de sus dudas, de sus errores, de sus sentimientos y de todas las situaciones que había intentado entender por sí sola.

No ocultó nada.

Les contó cómo Minor había llegado a su vida, cómo poco a poco las cosas se habían complicado y cómo ella misma se había sentido perdida sin saber qué hacer.

Hasta que llegó al momento que más dolor le causaba.

Lo que había ocurrido esa tarde.

Su voz se quebraba en cada palabra, pero aun así continuó, porque por primera vez necesitaba sacar todo aquello que había estado cargando en silencio.

Sus padres permanecieron en silencio escuchándola, tratando de asimilar cada detalle.

Cuando Aylin terminó, no hubo reproches ni preguntas.

Solo hubo dolor.

Su madre fue la primera en acercarse y abrazarla con fuerza. Su padre hizo lo mismo, viendo a la hija que siempre habían llamado su princesa llorar frente a ellos.

—Perdón… —susurró su madre entre lágrimas—. Perdón por no haber estado más atentos.

Aylin no respondió. Solo se dejó abrazar mientras lloraba.

Durante mucho tiempo había sentido que tenía que resolver todo sola, pero en ese momento comprendió que también había necesitado una guía, alguien que la acompañara cuando no sabía qué camino tomar.

Sus padres también entendieron algo que les dolió aceptar: aunque nunca habían querido hacerle daño, su ausencia en algunos momentos había dejado un vacío que Aylin intentó llenar de otras maneras.

Después de unos minutos, su padre respiró hondo y tomó la palabra.

—Ahora lo que tenemos que hacer es denunciar lo que pasó.

—Yo no soy capaz de hacer eso… —dijo entre lágrimas.

Su madre tomó su mano con cuidado.

—Mi amor, tienes que hacerlo. No sabes si puede volver a pasarle a alguien más. No puedes permitir volver a vivir algo así.

Aylin permaneció en silencio mientras escuchaba las palabras de sus padres. En el fondo sabía que tenían razón, pero aceptar aquello no hacía que el miedo desapareciera.

Pensaba en todo lo que podía venir después: las preguntas, el proceso, tener que revivir una y otra vez lo que había ocurrido. Le aterraba que su vida cambiara por completo y que algo pudiera salir mal, no solo para ella, sino también para las personas que amaba.

Durante unos segundos quiso convencerse de que tal vez podía dejarlo atrás, hacer como si nada hubiera pasado y continuar con su vida.

Pero sabía que no era tan sencillo.

Lo ocurrido seguía ahí, acompañándola incluso cuando intentaba ignorarlo.

Esta vez tenía a sus padres a su lado.

El padre de Aylin guardó silencio durante unos segundos, intentando procesar todo lo que acababa de escuchar.

Sabía que su hija tenía miedo. Podía verlo en sus ojos, en la forma en que sus manos temblaban y en cómo intentaba mantenerse fuerte a pesar de todo.

Pero también sabía que no podían quedarse sin hacer nada.

—Vamos a ir a la casa de ese muchacho —dijo finalmente con firmeza—. Hablaremos con sus padres y les contaremos lo que pasó. Esto tiene que resolverse.

—¿A su casa?

—Sí —respondió su padre—. Vamos a intentar hacerlo de la manera correcta, hablando primero con ellos. Pero no podemos dejar que esto quede así.

Su madre tomó la mano de Aylin con cuidado.

—Lo importante es que sepan lo que pasó. Que entiendan la gravedad de lo que hizo.

Aylin bajó la mirada. Una parte de ella seguía sintiendo miedo, pero otra sabía que sus padres estaban intentando protegerla.

—Está bien… yo les diré dónde vive.

Con la voz todavía quebrada, les indicó la dirección.

Mientras sus padres se preparaban para salir, Aylin permaneció en silencio, sintiendo que ese momento marcaba un antes y un después.

Ya no estaba sola cargando con lo ocurrido.

Esta vez, tenía a alguien a su lado dispuesto a defenderla.

Así fue como los tres terminaron frente a la casa de Minor.

Durante todo el camino, Aylin permaneció en silencio. Cada vez que se acercaban más, sentía cómo su cuerpo se tensaba. No quería entrar. No quería

volver a cruzar esa puerta y recordar todo lo que había pasado dentro de esas paredes.

Aunque el miedo seguía presente, sabía que no podía seguir huyendo.

Sus padres caminaron hasta la entrada y tocaron la puerta. Después de unos segundos, la madre de Minor apareció.

Al ver a Aylin, su expresión cambió ligeramente.

—Hola, Aylin… ¿cómo estás? —preguntó con una sonrisa, sin imaginar el motivo de la visita.

—Buenas noches —respondió el padre de Aylin con seriedad—. Somos los padres de ella. Venimos a hablar con ustedes. ¿Será que podemos pasar?

La mujer notó que algo no estaba bien, pero aun así abrió la puerta.

—Claro, pasen. Con mucho gusto.

Los tres entraron.

Aylin caminaba detrás de sus padres, pero cada paso le costaba. Sus manos temblaban y su mirada permanecía baja, intentando mantenerse firme mientras los recuerdos regresaban.

La madre de Minor llamó a su esposo para que bajara.

Cuando ambos estuvieron presentes, los padres de Aylin comenzaron a explicar la razón de su visita.

Contaron lo que había ocurrido y cómo Aylin había llegado a casa ese día. Hablaron del miedo que había sentido, del daño que había recibido y de la decisión que habían tomado.

Los padres de Minor no sabían cómo reaccionar. Era demasiado para procesar.

Después de unos momentos, el padre de Aylin habló con firmeza.

—Ahora mismo hay dos opciones. Minor puede entregarse por su propia voluntad o nosotros vamos a presentar la denuncia y las autoridades tendrán que venir por él.

Nadie esperaba encontrarse en una situación así.

La tensión en la sala era evidente. Los padres de Minor todavía intentaban asimilar cada palabra que acababan de escuchar, tratando de entender cómo algo así había podido ocurrir sin que ellos lo notaran.

Fue entonces cuando unos pasos se escucharon desde las escaleras.

Minor apareció en la sala sin saber exactamente lo que estaba ocurriendo. Al bajar el último escalón, su mirada se encontró de inmediato con la de Aylin.

Durante unos segundos, ambos quedaron en silencio.

Él parecía sorprendido de verla allí, como si no esperara encontrarla en su casa junto a sus padres.

—¿Y ahora qué? —dijo con una sonrisa burlona, observando la situación frente a él—. ¿Esto se convirtió en una reunión familiar?

En lugar de preocupación o arrepentimiento, una actitud diferente apareció en su rostro, una mezcla de incomodidad y molestia al darse cuenta de lo que estaba pasando.

Aylin bajó la mirada. Verlo frente a ella después de todo lo ocurrido hizo que una sensación difícil de explicar volviera a recorrerla.

Por otro lado el padre de Minor se puso de pie tan rápido que la silla se movió hacia atrás con fuerza. Durante toda la conversación había permanecido en silencio, intentando procesar cada palabra que había escuchado, pero aquella actitud terminó por romper la poca calma que le quedaba.

Lo miró fijamente, con una mezcla de dolor, decepción e incredulidad reflejada en el rostro.

—¿Eso es lo único que tienes para decir después de todo lo que acabamos de escuchar? —preguntó con la voz temblorosa.

Antes de que alguien pudiera intervenir, su padre se acercó y le dio una cachetada.

Minor giró ligeramente el rostro por el impacto y se quedó inmóvil durante unos segundos.

El silencio se volvió absoluto.

—Me da vergüenza escucharte hablar así —dijo su padre con la respiración agitada—. Te educamos para que respetaras a las personas, no para que te burlaras del dolor de alguien.

La madre de Minor se llevó una mano a la boca, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo.

Mientras tanto, Aylin permanecía sentada junto a sus padres, abrazándose a sí misma. No dijo nada. Solo observaba la escena con los ojos llenos de lágrimas,

sintiendo cómo todo aquello se había convertido en algo mucho más grande de lo que alguna vez imaginó.

Después de hablar entre ellos, tomaron una decisión.

Con el corazón destrozado, llamaron a la policía y explicaron todo lo que acababan de conocer. No intentaron ocultar lo sucedido ni proteger a su hijo de las consecuencias de sus actos. Entendieron que lo correcto era colaborar con las autoridades.

Pocos minutos después, una patrulla llegó hasta la vivienda.

Los oficiales ingresaron con calma y, tras conversar con todos los presentes, procedieron a detener a Minor

Minor subió a la patrulla sin oponer resistencia.

Mientras el carro se alejaba rumbo a la delegación para iniciar el proceso correspondiente, una oficial se acercó a Aylin.

—Ven conmigo, por favor. Necesitamos que nos acompañes para tomar tu declaración.

Sus padres la abrazaron antes de que subiera al otro carro y le aseguraron que estarían con ella durante todo el proceso.

El camino hacia la comisaría transcurrió casi en completo silencio. Aylin observaba por la ventana mientras intentaba reunir fuerzas para volver a contar una historia que todavía le dolía pronunciar.

Al llegar, fue atendida por personal especializado, quienes la recibieron con respeto y le explicaron cada paso del procedimiento antes de comenzar su declaración.

Mientras tanto, los investigadores empezaron a recopilar las primeras evidencias del caso. Durante la inspección de la vivienda de Minor, se confirmó la existencia de cámaras de seguridad instaladas en distintos sectores de la casa. Parte de las grabaciones permitían reconstruir los movimientos de aquel día y aportaban información importante para esclarecer lo sucedido, por lo que fueron incorporadas al proceso.

Como parte del proceso, después de rendir su declaración, Aylin fue remitida a una valoración psicológica.

La psicóloga la recibió en un consultorio tranquilo y le explicó que aquel espacio era para que pudiera hablar con libertad. Al principio, Aylin respondió con pocas

palabras, pero conforme avanzó la conversación, poco a poco comenzó a abrir su corazón.

Le habló de su infancia, de cómo muchas veces había sentido la ausencia emocional de sus padres y de cómo, con el paso de los años, había aprendido a enfrentar sola sus problemas. Sin darse cuenta, se había acostumbrado a guardar silencio, a resolver todo por su cuenta y a aparentar que siempre estaba bien, incluso cuando por dentro se estaba derrumbando.

La psicóloga tomó algunas notas mientras la escuchaba con atención. Al finalizar la sesión, le explicó que esa necesidad constante de cargar con todo sola había influido en muchas de las decisiones que había tomado. No porque fuera culpable de lo que le ocurrió, sino porque había aprendido desde muy joven a enfrentar el dolor sin pedir ayuda, ocultando sus emociones detrás de una actitud positiva y de una sonrisa que pocas veces reflejaba lo que realmente sentía.

Después de concluir la valoración psicológica, el personal médico continuó con el protocolo correspondiente. Entre los exámenes que debían realizarle se encontraba una prueba de sangre para descartar un posible embarazo como consecuencia de la agresión sufrida.

Esa noche, cuando regresó a casa, Aylin sintió algo que hacía mucho no experimentaba. Apenas cruzó la puerta, se acercó a sus padres y los abrazó con fuerza, sin decir una sola palabra. Ellos correspondieron al abrazo, comprendiendo que, aunque nada podía borrar lo sucedido, todavía podían sostenerla mientras aprendía a levantarse.

Permanecieron así durante unos segundos, en silencio.

Aylin respiró hondo, se separó de ellos y caminó lentamente hacia su habitación. El cansancio físico y emocional era tan grande que apenas tuvo fuerzas para cambiarse de ropa. Se recostó sobre la cama y, antes de quedarse dormida, miró fijamente el techo.

Simplemente cerró los ojos, dejando que el agotamiento venciera a su mente.

A la mañana siguiente despertó con una extraña sensación en el cuerpo. Sentía cada músculo pesado, como si hubiera hecho un esfuerzo enorme el día anterior. Pensó que tal vez era consecuencia del estrés, así que no le dio demasiada importancia.

Con movimientos lentos se levantó de la cama y caminó hasta el baño. La casa estaba completamente en silencio; sus padres ya habían salido a trabajar.

Se quitó el pijama para entrar a la ducha y, al mirarse frente al espejo, su respiración se detuvo por un instante.

Sobre sus costillas había dos grandes moretones que no estaban ahí la noche anterior.

Aylin pasó la mano con cuidado sobre una de las marcas.

El simple roce fue suficiente para hacerla cerrar los ojos por el dolor.

—Dios... ¿qué es esto...? —susurró, sintiendo un nudo en la garganta.

Sin pensarlo dos veces, tomó el celular y llamó a su madre.

—¿Qué pasó, mi amor? —respondió ella al otro lado de la línea.

—Mamá... me acabo de ver en el espejo y tengo dos moretones enormes en las costillas... me duelen mucho.

—Tranquila. Tómales una fotografía y envíamela. En la noche, cuando llegue, los revisamos con calma. Si el dolor aumenta, me llamas de inmediato.

—Está bien...

Aylin colgó la llamada sin sentirse realmente tranquila.

Entró a la ducha intentando despejar su mente, pero el agua caliente solo le hizo notar aún más el dolor que recorría su cuerpo. Cada movimiento le molestaba un poco más.

Aun así, decidió continuar con su rutina.

Se vistió para ir al colegio y, mientras terminaba de alistarse, se golpeó el tobillo contra la esquina de un mueble.

El golpe le dolió, pero creyó que solo había sido un descuido. Tomó su bolso y salió de casa.

Durante las primeras horas de clases trató de concentrarse, aunque cada vez le costaba más mantenerse cómoda en el asiento. Sus costillas seguían doliendo y, poco a poco, el tobillo comenzó a inflamarse.

Al llegar el recreo, caminar ya era incómodo.

Para la siguiente lección, el dolor era mucho más intenso.

Cada paso le costaba un poco más que el anterior.

Intentó soportarlo, convencida de que pasaría con el tiempo, pero llegó un momento en el que simplemente ya no pudo seguir fingiendo que estaba bien.

Las lágrimas comenzaron a salir casi sin darse cuenta.

Dos de sus compañeros se acercaron de inmediato al verla llorar.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien?

—Me duele mucho... ya no puedo caminar.

Entre los dos la ayudaron y la acompañaron hasta un banco cercano.

Aylin sentía que su cuerpo pesaba más de lo normal. Cada movimiento le provocaba una molestia que iba aumentando con el paso de las horas, hasta el punto de que caminar por los pasillos del colegio se volvió un verdadero esfuerzo.

No tuvo más opción que esperar la hora de salida para que su padre fuera a recogerla.

Cuando sonó el timbre, uno de sus compañeros le ayudo para caminar hasta la entrada del colegio.

Aylin aceptó con una pequeña sonrisa, aunque por dentro intentaba soportar el dolor. El chico no sabía que, además del fuerte golpe en el tobillo, también tenía lastimadas las costillas, por lo que cada paso se convertía en un esfuerzo silencioso.

—Muchas gracias... de verdad —le dijo antes de despedirse.

—No hay de qué. Espero que te mejores —respondió él.

Minutos después, su padre llegó en la moto para llevarla a casa. Aylin intentó subir por sus propios medios, pero apenas levantó una pierna, un dolor intenso le recorrió el cuerpo.

Con mucho cuidado logró acomodarse detrás de él.

Al principio pensó que podría soportarlo.

Sin embargo, mientras avanzaban cada movimiento de la moto hacían que el dolor en sus costillas aumentara cada vez más.

A mitad del camino ya no pudo seguir resistiéndolo.

Las lágrimas comenzaron a caer nuevamente por sus mejillas mientras intentaba contener los quejidos, aferrándose con dificultad a su padre para no perder el equilibrio.

—Papá... —dijo con la voz quebrada—. Por favor... llévame al hospital. Ya no aguanto el dolor.

Su padre no hizo más preguntas.

Dio media vuelta y condujo directamente hacia emergencias, mientras Aylin cerraba los ojos, intentando resistir un dolor que parecía hacerse más fuerte con cada minuto.

Al llegar al hospital, una enfermera la recibió de inmediato. Después de tomarle los signos vitales, la condujo a uno de los consultorios, donde una doctora ya la esperaba.

—Buenas tardes. Acuéstate, por favor. Vamos a revisarte con calma.

Aylin obedeció en silencio. Cada movimiento le costaba un esfuerzo enorme. Con cuidado, comenzó a quitarse el suéter y la camisa, procurando no mover demasiado el torso porque el dolor era cada vez más intenso.

La doctora observó los moretones durante unos segundos antes de colocarse unos guantes.

—Voy a presionar algunas zonas. Si algo te duele, solo dímelo, ¿está bien?

Al principio la revisión fue suave, pero cuando la doctora presionó cerca de una de las costillas, un dolor punzante recorrió todo su cuerpo.

—¡Ah...! —gritó Aylin, llevándose una mano al pecho mientras las lágrimas comenzaban a salir sin poder contenerlas.

La doctora retiró la mano de inmediato.

—Perdón... ya está, tranquila.

Esperó unos segundos para que pudiera recuperar el aliento y continuó explorando con mucho más cuidado.

El consultorio quedó en silencio. La doctora intercambió una mirada con otro médico que acababa de entrar para revisar el caso. Ambos observaron las lesiones con atención antes de hablar entre ellos en voz baja.

Finalmente, uno de ellos se acercó a la camilla.

—Aylin... estas lesiones no parecen producto de una caída común. La fuerza con la que fueron provocadas fue hecha por una persona que tenía mucha fuerza.

Sintió un nudo en la garganta y respiró profundamente antes de reunir el valor para hablar.

—Doctora... sé quién me hizo esto. Ya existe una denuncia por lo que pasó y el caso está en proceso.

La doctora asintió con comprensión.

—Entiendo.

—¿Sería posible que me hicieran un reporte médico? Me gustaría presentarlo como evidencia.

—Por supuesto. Vamos a documentar todas las lesiones, describir cada hallazgo en el expediente y prepararte un informe médico. También te voy a recetar medicamentos para el dolor y la inflamación.

Aylin sintió un pequeño alivio.

No porque el dolor hubiera desaparecido.

Sino porque, por primera vez, aquello que había vivido también quedaría reflejado en un documento. Ya no eran solo sus palabras.

Después de terminar la revisión, la doctora le explicó los cuidados que debía seguir durante los próximos días y le entregó las indicaciones junto con el reporte médico.

—Descansa lo más que puedas. Si el dolor aumenta o presentas algún síntoma nuevo, regresa de inmediato al hospital.

—Muchas gracias... de verdad.

Salió del consultorio caminando despacio, todavía adolorida.

Al llegar a casa, su madre la ayudó a sentarse mientras revisaba con cuidado los moretones y el tobillo inflamado.

Aylin apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Mamá... ya no puedo más. Quiero acostarme.

Su padre se acercó sin decir una palabra. Con la misma delicadeza con la que la había cargado cuando era niña, la levantó entre sus brazos y la llevó hasta su habitación.

La acomodó lentamente sobre la cama, procurando no lastimarla.

Aylin tomó el celular para distraerse un momento. Respondió algunos mensajes de sus amigas, intentando convencerse de que todo estaba bien, aunque por dentro seguía sintiéndose completamente rota.

El cansancio terminó venciendo cualquier pensamiento.

Los días fueron pasando y, poco a poco, Aylin comenzó a recuperar la fuerza para caminar. Aunque su cuerpo iba sanando lentamente, por dentro la recuperación parecía mucho más difícil. Había noches en las que el dolor no la dejaba dormir y otras en las que despertaba sobresaltada por los recuerdos de todo lo que había vivido.

Por un tiempo decidió dejar a un lado todos los ministerios en los que servía. No porque ya no amara hacerlo, sino porque entendía que, antes de cuidar a los demás, necesitaba aprender a cuidar de sí misma.

Una tarde, mientras miraba por la ventana de su habitación, sintió el deseo de volver a la iglesia. No para servir, ni para asumir responsabilidades, sino simplemente para estar allí, rodeada de personas que siempre le habían brindado paz. Esa noche habría reunión de jóvenes y, por primera vez en varios días, quiso darse la oportunidad de disfrutarla sin pensar en nada más.

Buscó entre su ropa y eligió una sudadera amplia junto con una camisa que le quedaba varios tallas más grande. Quería sentirse cómoda, pero, sobre todo, evitar que alguien notara los moretones que todavía cubrían parte de su cuerpo.

Antes de salir, revisó su celular y recordó que había quedado de encontrarse con Derek y Santiago en la iglesia. Tomó aire, guardó el celular en el bolsillo y salió de casa con la esperanza de que, aunque fuera por unas horas, pudiera dejar atrás el peso que había estado cargando.

Esa tarde, al llegar a la iglesia, Aylin saludó a varias personas con una sonrisa. Hacía días que no se permitía disfrutar de ese ambiente que tanto extrañaba. Por unas horas intentó dejar a un lado todo lo que llevaba dentro y mezclarse con los demás, como si aquella tranquilidad pudiera aliviar un poco el peso que cargaba.

Mientras esperaba que comenzara la actividad, respiró hondo y caminó hasta el pasillo donde, como de costumbre, estaba la oficina de la pastora.

—¿Se puede? —preguntó con una pequeña sonrisa.

La pastora levantó la vista y sonrió al reconocerla.

—¡Aylin! Claro que sí. Pasa, ¿Cómo has estado? Hace días no hablábamos.

—He estado... ahí, poco a poco.

La pastora notó que aquella respuesta escondía mucho más de lo que decía.

—Recuerdo que teníamos una conversación pendiente, ¿verdad?

Aylin asintió despacio.

—Sí... de hecho por eso vine.

La pastora dejó a un lado lo que estaba haciendo y le señaló la silla que tenía frente al escritorio.

—Entonces siéntate. Hoy te voy a escuchar todo el tiempo que necesites.

Sin decir una palabra, se quitó lentamente el suéter.

La pastora abrió los ojos con sorpresa al ver los grandes moretones que cubrían sus costillas.

—Aylin... ¿qué te pasó?

Ella respiró hondo antes de responder.

—Fue Minor... el día que fui a su casa por unos cuadernos.

La expresión de la pastora cambió por completo.

—¿Cómo que fue Minor? ¿Qué pasó ese día?

Aylin terminó de contar todo lo que había ocurrido aquella tarde. No ocultó nada. Le habló del proceso legal, de la denuncia, del apoyo que por fin había encontrado en sus padres y de lo mucho que le costaba intentar seguir adelante después de todo lo que había pasado.

Había algo más.

Podía notarlo en la mirada de Aylin.

—¿Hay algo que todavía te preocupe? —preguntó con suavidad.

—Sí... la prueba de embarazo.

La pastora respiró hondo antes de hacer una pregunta que llevaba varios minutos pensando.

—Aylin... si esa prueba llegara a salir positiva... ¿aceptarías a ese bebé?

—No.

La pastora la observó con atención.

—¿Por qué lo dices con tanta seguridad?

—Porque no sería capaz de criar a un hijo de la persona que me hizo tanto daño. Cada vez que lo viera... sentiría que él sigue presente en mi vida. No podría... de verdad que no podría.

—Entiendo que tengas miedo. Lo que viviste fue muy doloroso y nadie puede minimizar ese sufrimiento. Pero también debes recordar algo importante... un bebé nunca tendría la culpa de la manera en que llegó al mundo.

Aylin cerró los ojos.

—Lo sé... pero no puedo evitar sentir eso.

—Y también quiero que entiendas otra cosa. Lo que Minor hizo estuvo mal y tendrá que responder por ello. Pero antes de que ocurriera esa agresión, hubo decisiones que ambos tomaron. Eso no justifica en absoluto la violencia que sufriste después, pero sí es importante que, con el tiempo, aprendas a reconocer tus propias decisiones para que nunca vuelvas a permitir que alguien cruce tus límites.

—¿Entonces qué hago? —preguntó entre lágrimas—. ¿Cómo se supone que deje de sentirme así?

La pastora intentó acercarse.

—No tienes que responder eso hoy. Solo quiero que poco a poco encuentres paz y aprendas a perdonarte.

Ambas continuaron conversando durante un largo rato. La pastora no intentaba imponerle una respuesta; hablaba con calma, haciéndole preguntas y ayudándola a mirar la situación desde diferentes perspectivas. Quería que Aylin comprendiera que, aunque todo lo que estaba viviendo era doloroso, no podía tomar decisiones guiándose únicamente por el miedo, la culpa o el enojo.

Sin embargo, cada palabra parecía abrir una herida distinta.

Aylin intentaba escuchar, pero había momentos en los que sentía que ya no podía seguir. Hablar de todo lo ocurrido con Minor, del proceso legal, de la posibilidad de un embarazo y de un futuro que ni siquiera quería imaginar era demasiado para ella.

Las lágrimas comenzaron a acumularse otra vez.

Respiró hondo varias veces, tratando de controlarse, pero el nudo en la garganta solo se hacía más fuerte.

—Ya no puedo... —susurró con la voz quebrada.

—Aylin...

—Perdón... de verdad ya no puedo seguir hablando de esto.

Se levantó de la silla con rapidez. Necesitaba salir de ese lugar antes de que el dolor terminara por desbordarla por completo.

—Aylin, espera un momento...

Con las lágrimas nublándole la vista, Aylin salió de la oficina sin detenerse a escuchar cómo la pastora la llamaba. Recorrió el pasillo con paso apresurado, mientras algunas personas volteaban a verla con preocupación, sin comprender qué estaba ocurriendo. Ella no respondió a ninguna mirada; en ese momento solo quería alejarse de todo. Empujó la puerta principal de la iglesia y salió casi corriendo. Su respiración era agitada, el pecho le dolía y los pensamientos se mezclaban unos con otros, impidiéndole darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Sin mirar a ambos lados, descendió de la acera con la intención de cruzar la calle, sin notar que, a pocos metros, un carro avanzaba directamente hacia ella.

—¡Aylin! —gritó uno de los jóvenes de la iglesia.

Sin pensarlo, corrió hacia ella y la sujetó con fuerza del brazo, tirándola hacia atrás justo cuando el carro estaba a unos metros de alcanzarla. Ambos perdieron el equilibrio y cayeron al pavimento.

Aunque logró apartarla, el carro alcanzó a golpear a Aylin

El ruido de la frenada hizo que varias personas salieran de la iglesia de inmediato. Entre ellas iba la pastora, quien corrió hasta donde estaban con el rostro lleno de preocupación.

—¡¿Están bien?! —preguntó mientras se arrodillaba junto a ellos.

El joven se incorporó lentamente, todavía agitado.

—Yo estoy bien... —respondió mientras recuperaba el aliento—. Pero Aylin no. Alcancé a jalarla, pero el carro sí la golpeó.

—Aylin, mírame... ¿estás bien? —preguntó con evidente preocupación.

Aylin respiró con dificultad mientras intentaba incorporarse.

—Creo... creo que sí... pero me lastimé.

Bajó la mirada y notó que uno de sus brazos estaba cubierto de sangre por las raspaduras que había sufrido al caer, al igual su suéter.

—Tengo sangre... —susurró, todavía en estado de shock.

La pastora la sostuvo con cuidado.

—Ven, despacio. No te levantes tan rápido.

—Era lo único que me faltaba... —dijo con una risa entrecortada que terminó convirtiéndose en llanto—. Ni siquiera me he recuperado de las costillas... para terminar así otra vez.

La pastora la abrazó con cuidado para no lastimarla más.

—Tranquila, ven conmigo. Déjame revisarte primero. Hay que limpiarte esa herida.

La condujo nuevamente al interior de la iglesia y buscó el botiquín de primeros auxilios.

La pastora la abrazó con cuidado para no lastimarla más.

—Tranquila, ven conmigo. Déjame revisarte primero. Hay que limpiarte esa herida.

La condujo nuevamente al interior de la iglesia y buscó el botiquín de primeros auxilios.

Con mucha delicadeza comenzó a limpiar la sangre de su brazo y su abdomen y de sus manos, retirando poco a poco la tierra que había quedado sobre las heridas.

—Puede arder un poco.

Aylin asintió en silencio, apretando los labios para soportar el escozor.

Cuando terminó de desinfectar las heridas, la pastora colocó unas gasas sobre las heridas y comprobó que el sangrado hubiera disminuido.

—Por ahora esto es suficiente, pero quiero que cuando llegues a tu casa tus padres te revisen bien. Si el dolor aumenta o notas algo extraño, vayan al hospital de inmediato.

Aylin asintió sin fuerzas para responder.

Varios jóvenes que habían presenciado el accidente se ofrecieron a acompañarla hasta su casa. Durante todo el camino caminaron a su lado, procurando que no hiciera esfuerzos y preguntándole constantemente cómo se sentía.

Durante el camino, casi no habló. Permanecía en silencio, todavía intentando asimilar todo lo que había ocurrido en cuestión de minutos.

Al llegar, uno de los muchachos tocó la puerta. Segundos después, los padres de Aylin salieron preocupados al verla en ese estado.

—¿Qué pasó? —preguntó su madre con desesperación.

Los jóvenes les explicaron lo ocurrido frente a la iglesia, cómo había salido corriendo sin fijarse en la calle y cómo un carro la había alcanzado a golpear antes de que lograran apartarla.

Sus padres les agradecieron la ayuda y, entre los dos, llevaron a Aylin hasta el sillón de la sala.

Con mucho cuidado comenzaron a revisar las heridas. Su madre limpió las raspaduras y las nuevas heridas de su abdomen, mientras su padre observaba con preocupación los moretones que seguían marcando su cuerpo desde días atrás.

Fue entonces cuando notaron una herida más profunda en su abdomen..

La sangre ya no salía con la misma intensidad, pero el corte era lo suficientemente abierto como para necesitar varios puntos de sutura.

—Esto necesita que la vea un médico —dijo su padre, preocupado.

Su madre miró el reloj.

Era tarde y Aylin apenas podía mantenerse despierta por el agotamiento físico y emocional.

—Por esta noche vamos a limpiarla bien y a mantener la herida cubierta. Si comienza a sangrar otra vez o empeora, salimos de inmediato al hospital. Mañana a primera hora la llevaremos.

Aylin sentía que el dolor físico era lo de menos.

Lo que realmente le pesaba era todo lo que estaba ocurriendo alrededor de su vida.

Sus padres terminaron de curarle las heridas y la ayudaron a levantarse para llevarla hasta su habitación.

Ella se acostó lentamente, sin imaginar que aquellos días apenas eran el comienzo de uno de los procesos más difíciles que tendría que enfrentar.

Los días comenzaron a pasar, pero el tiempo no hacía que el dolor desapareciera.

Cada noche era una batalla distinta para Aylin.

Apenas intentaba dormir, el dolor de los moretones en sus costillas y la herida que el golpe del carro había dejado en su abdomen la obligaban a despertarse una y otra vez. Había noches en las que terminaba sentada sobre la cama, abrazándose el cuerpo mientras las lágrimas caían en silencio, intentando no hacer ruido para que sus padres no se preocuparan más de lo que ya estaban.

Al amanecer, respiraba hondo, se secaba el rostro y volvía a ponerse el uniforme del colegio. Caminaba por los pasillos fingiendo que todo estaba bien, sonreía cuando alguien le hablaba y respondía a las preguntas de sus profesores, aunque por dentro se sintiera completamente destrozada. Cada paso le recordaba el dolor que llevaba en el cuerpo, y cada movimiento parecía abrir de nuevo heridas que todavía no alcanzaban a sanar.

Sus padres hacían todo lo posible por ayudarla. La acompañaban a las citas médicas, permanecían atentos a cualquier cambio y procuraban no dejarla sola por mucho tiempo. Sin embargo, había noches en las que el dolor era tan intenso que ni los medicamentos parecían hacer efecto.

Una madrugada, los gritos de Aylin despertaron a toda la casa.

Su madre corrió hasta su habitación y la encontró llorando, sujetándose el abdomen con fuerza.

—No puedo más... me duele demasiado... —decía entre sollozos.

Su padre no perdió un segundo. La tomó entre sus brazos y, junto con su madre, salió de inmediato rumbo al hospital.

Los médicos la atendieron de urgencia. Después de revisarla, descubrieron que la herida del abdomen no estaba cicatrizando como debía y necesitaba atención inmediata.

Aquella noche permaneció hospitalizada.

Mientras los médicos limpiaban la lesión y le colocaban varios puntos de sutura para cerrar correctamente la herida, Aylin apretaba con fuerza la mano de su madre, intentando soportar el dolor.

Aquella noche terminó como tantas otras desde que todo había sucedido.

El silencio volvió a llenar la casa, mientras Aylin permanecía acostada sin poder encontrar una posición que no le doliera. Los moretones seguían marcando sus costillas, la herida de su abdomen apenas comenzaba a cicatrizar y cada movimiento le recordaba que su cuerpo todavía cargaba las consecuencias de aquel día.

Cerró los ojos con la esperanza de descansar un poco, aunque sabía que el dolor volvería a despertarla en algún momento de la madrugada.

Todavía quedaban muchas citas médicas, muchas noches difíciles y un largo proceso legal por delante.

Su recuperación apenas estaba comenzando.

9

Un beso inocente

"A veces, un pequeño momento puede cambiar la forma en que vemos la vida."

Aunque Aylin todavía llevaba las marcas de aquella etapa, sus amigos seguían estando pendientes de ella. No necesitaba explicarles todo para que notaran que algo había cambiado; simplemente estaban ahí, acompañándola en los momentos donde más lo necesitaba.

En el colegio intentaba mantener su rutina lo más normal posible. Sonreía, conversaba y participaba cuando podía, aunque por dentro todavía había días difíciles.

Cuando llegaban los fines de semana o los momentos en los que no tenía clases, aprovechaba para descansar y permitir que su cuerpo se recuperara poco a poco. Sus heridas seguían sanando, y aunque algunas molestias permanecían, cada día representaba un pequeño avance.

Aylin sabía que todavía faltaba camino por recorrer.

Pero también comenzaba a entender que no tenía que hacerlo sola.

Ese sábado, al quedarse sola en casa, Aylin sintió que el silencio empezaba a pesar más de lo normal. Había días en los que prefería distraerse y hacer como si todo estuviera bien, pero esa tarde simplemente necesitaba tener a alguien cerca.

Después de pensarlo unos segundos, tomó el celular y abrió la conversación con Ángel.

—Hola… ¿estás en tu casa? —escribió.

—Sí, ¿pasó algo?

Aylin se quedó mirando la pantalla por un momento. No sabía exactamente cómo explicar lo que sentía, pero sabía que no quería pasar ese momento sola.

—¿Podrías venir? Solo necesito compañía.

No tardó mucho en responder.

—Claro. Dame unos minutos y voy.

Al leer esas palabras, Aylin sintió un pequeño alivio. No era que todo desapareciera, ni que el dolor dejara de existir, pero saber que alguien estaba dispuesto a estar ahí significaba más de lo que podía explicar.

Mientras esperaba, revisó su celular y encontró algunos mensajes de sus amigas preguntándole cómo seguía.

Dejó el celular a un lado justo cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—Aylin…

—Voy…

Se levantó con cuidado y caminó despacio hasta la entrada. Al abrir, encontró a Ángel frente a ella.

—Hola…

Él intentó sonreír, pero la expresión de su rostro cambió apenas la vio. No era la misma Aylin de siempre. Había algo en su mirada que no podía esconder.

—¿Qué te pasó? —preguntó con preocupación.

Aylin bajó la mirada. Por un momento pensó en decir que no era nada, como tantas veces lo había hecho antes. Pensó en sonreír y fingir que todo estaba bien.

—Entra… —dijo en voz baja—. Necesito hablar contigo.

Ángel no preguntó nada más. Simplemente entró y caminó junto a ella hasta su habitación.

Aylin se sentó con cuidado en la cama mientras él tomaba asiento frente a ella. No había prisa en su mirada, ni presión en sus palabras. Solo estaba ahí.

—Ahora sí… cuéntame.

Aylin miró sus manos durante unos segundos. Le temblaban ligeramente.

—No sé cómo empezar…

Hizo una pausa, intentando ordenar todo lo que había guardado durante tanto tiempo.

—Pero necesito decirte algo. Y necesito que me escuches hasta el final, porque si empiezo a detenerme… creo que no voy a poder terminar.

—Está bien. Tómate el tiempo que necesites.

Aylin levantó la mirada hacia él. Aquellas palabras le dieron la seguridad que necesitaba para continuar.

—Todo empezó con Minor…

Y poco a poco comenzó a contarle todo.

Le habló de cómo había llegado a su vida, de las dudas que había tenido, de los momentos en los que no entendía lo que sentía y de cómo todo terminó convirtiéndose en algo que jamás imaginó.

Hubo momentos en los que las palabras simplemente no lograban salir. La voz de Aylin se quebraba y tenía que detenerse unos segundos, intentando recuperar la calma mientras bajaba la mirada para esconder las lágrimas que comenzaban a caer.

Ángel no dijo nada. No intentó apresurarla ni llenar esos silencios con preguntas. Sabía que, para ella, cada palabra que estaba compartiendo significaba enfrentarse nuevamente a algo que había intentado guardar durante demasiado tiempo.

Simplemente permaneció ahí, escuchándola.

Cuando finalmente terminó de hablar, la habitación quedó en completo silencio.

Aylin permaneció con la mirada baja, sin atreverse a mirar a Ángel. No sabía qué encontraría en sus ojos, ni si después de escuchar todo seguiría viéndola de la misma manera.

—Seguramente piensas muchas cosas de mí… —dijo Aylin en voz baja, evitando mirarlo directamente—. Yo misma he pensado muchas cosas horribles de mí.

Ángel guardó silencio por unos segundos. No porque no supiera qué decir, sino porque quería encontrar las palabras correctas.

—Aylin…¿sabes algo? Todos somos humanos.

Ella levantó la mirada.

—Eso significa que todos nos equivocamos. Todos tenemos momentos en los que tomamos decisiones que después desearíamos cambiar. Pero una equivocación no borra todo lo que eres.

Aylin permaneció en silencio, escuchándolo.

—Yo no voy a decirte que todo estuvo bien, porque sé que hubo cosas que te hicieron daño y cosas que quizás tú misma sabes que no fueron las mejores decisiones. Pero tampoco voy a mirarte solamente por eso.

—Entonces… ¿no me ves diferente?

—No. Te veo como la misma persona que conocí. Una persona que intenta hacer las cosas bien, que se preocupa por los demás y que, aunque ha pasado por momentos muy difíciles, sigue buscando salir adelante.

Por un momento sintió que las palabras ya no eran suficientes para explicar todo lo que había pasado. Bajó la mirada y, con las manos temblando ligeramente, decidió mostrarle aquello que había estado intentando ocultar durante esos días.

Con cuidado, le enseñó los moretones que todavía quedaban en su cuerpo y las heridas que aún no terminaban de sanar.

Ángel se quedó en silencio al verlo.

No porque no tuviera nada que decir, sino porque en ese momento entendió que el dolor de Aylin había sido mucho más grande de lo que ella había dejado ver.

—Dios… Aylin…

—Por eso he estado diferente estos días… —dijo finalmente—. No quería que pensaras cosas raras. No quería que creyeras que simplemente estaba distante contigo o que ya no me importaba hablar contigo.

—¿Y por qué pensaste que yo iba a pensar algo así de ti?

Aylin se quedó callada unos segundos.

—No lo sé… supongo que me daba miedo que me vieras diferente.

—Aylin, después de todo lo que me acabas de contar, lo último que pienso es algo malo de ti.

—No sabes lo difícil que ha sido para mí todo esto… —dijo con la voz quebrada, limpiándose el rostro sin éxito—. He pasado noches horribles. Hay días en los que cierro los ojos y vuelvo a recordar todo. Siento que, por más que intento seguir adelante, todavía hay una parte de mí que sigue atrapada en ese momento.

Ángel sintió un nudo en la garganta al verla así.

—Ay, Aylin…

Guardó silencio unos segundos antes de preguntar con cuidado.

—¿Y él?... ¿Qué pasó con Minor?

Aylin respiró despacio antes de responder.

—Lo último que supe fue que, después de todo, lo llevaron a un albergue. Va a permanecer ahí hasta cumplir los dieciocho años y luego lo trasladarán a un centro de reforma.

Ángel bajó la mirada por un instante y asintió lentamente.

—Al menos ya no está afuera… ya no puede volver a hacerte daño.

Aylin permaneció en silencio unos segundos.

—Aunque… también reconozco que yo abrí muchas puertas para que todo esto pasara. A veces siento que, si hubiera tomado otras decisiones, nada de esto habría sucedido.

Ángel negó con firmeza, sin dejar de mirarla.

—No, Aylin. Es cierto que hubo decisiones de las que hoy te arrepientes, pero una cosa no justifica la otra. Tú decidiste poner un límite. Tú decidiste detenerte. Y cuando lo hiciste, él eligió lastimarte. Esa decisión fue de él, no tuya.

Aylin bajó la cabeza mientras escuchaba cada palabra.

—Pero igual me cuesta dejar de culparme…

—Todos tenemos un pasado. Todos hemos cometido errores de los que no nos sentimos orgullosos. Yo tampoco soy un santo, Aylin. También tengo cosas que hubiera querido hacer diferente.

Sonrió con calidez.

—Pero nuestros errores no definen quiénes somos. Lo que realmente nos define es lo que decidimos hacer después de ellos.

Aylin sintió que las lágrimas volvían a aparecer.

—Y quiero que recuerdes otra cosa… pase lo que pase, mientras Dios me lo permita, no vas a tener que enfrentar todo esto sola. Voy a estar a tu lado, no para resolver tu vida, sino para caminar contigo mientras vuelves a encontrar la paz.

—Gracias… —susurró Aylin.

Sin pensarlo demasiado, se acercó y lo abrazó con fuerza. Cerró los ojos por un instante, encontrando en ese abrazo una tranquilidad que hacía mucho tiempo no sentía.

Ángel le devolvió el abrazo con cuidado, procurando no hacerle daño por las heridas que aún tenía.

—No tienes que agradecerme —dijo con una pequeña sonrisa—. Todo va a estar bien, Aylin. Tal vez no de un día para otro… pero no vas a pasar por esto sola.

Aylin levantó la cabeza y, por primera vez en varios días, dejó escapar una sonrisa sincera.

—Eso espero…

Ángel la observó unos segundos y, buscando cambiar un poco el ambiente, sonrió.

—¿Sabes qué? Ya hablamos de cosas muy pesadas por hoy. ¿Qué te parece si vemos una película? Así descansas un rato y dejas de pensar en todo esto.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Me parece una muy buena idea.

—Entonces tú escoges la película.

—No, mejor tú. Siempre termino tardando una eternidad para decidir.

Ambos rieron con naturalidad.

Ambos rieron con naturalidad.

Salieron de la habitación y fueron hasta la sala, donde encendieron el televisor y comenzaron a buscar una película entre bromas y comentarios sobre cuál era la peor opción.

Al final eligieron una que ninguno había visto. Se acomodaron en el sillón con algunos bocadillos y dejaron que la tarde transcurriera sin preocupaciones.

Por unas horas, las risas reemplazaron al silencio, y el peso que Aylin había cargado durante tantos días pareció hacerse un poco más ligero.

Después de aquella tarde, Aylin sintió un alivio que hacía mucho tiempo no experimentaba. Ya no tenía que seguir ocultándole la verdad a Ángel, y eso le quitó un peso que había llevado sobre los hombros durante días. Desde que se habían conocido, él había permanecido a su lado escuchándola sin juzgarla y dándole el espacio que necesitaba para volver a ponerse de pie.

Su recuperación no fue inmediata. Había días en los que el dolor físico apenas le permitía levantarse de la cama y otros en los que las heridas emocionales pesaban mucho más que los moretones. Sin embargo, Ángel siempre encontraba la manera de animarla, ya fuera con una llamada, un mensaje inesperado o simplemente haciéndola reír cuando ella creía que ya no le quedaban fuerzas para sonreír.

Poco a poco, Aylin comenzó a recuperar las pequeñas costumbres que tanto había extrañado. Volvió a concentrarse en sus estudios, a disfrutar los momentos con sus amigos y, sobre todo, regresó a una de las actividades que más paz le transmitían: caminar por las noches.

Una de esas noches salió de casa con una cobija entre los brazos. La extendió sobre la acera frente a su hogar y se sentó con las piernas recogidas, dejando que el aire fresco acariciara su rostro.

Desde allí podía contemplar las montañas que rodeaban su barrio, las luces dispersas de las casas a lo lejos y el cielo completamente despejado, donde la luna iluminaba cientos de estrellas que parecían acompañarla en silencio.

Era uno de esos momentos que no necesitaban palabras.

Solo el sonido del viento, el canto de algunos grillos y la tranquilidad de una noche que, por primera vez en mucho tiempo, no le producía miedo.

Mientras observaba el cielo, Aylin sonrió con discreción. Había aprendido que sanar no significaba olvidar, sino encontrar la fuerza para seguir adelante aun llevando algunas cicatrices consigo.

Mientras seguía contemplando el cielo, distinguió un movimiento al otro lado de la calle.

Ángel estaba frente a su casa, tenía el celular en la mano y caminaba de un lado a otro con tranquilidad. Al levantar la mirada y encontrarse con ella, una sonrisa apareció de inmediato en su rostro.

—¡Hola! —saludó, levantando una mano.

Aylin respondió al saludo con una pequeña sonrisa.

Ángel guardó el celular en el bolsillo y subió a la casa de Aylin.

—¿Qué haces aquí? ¿Otra vez viendo las estrellas? —preguntó con una sonrisa.

—Sí... creo que ya se volvió una costumbre.

Ángel levantó la vista hacia el cielo.

—No te culpo. Con una noche así, cualquiera se quedaría un rato.

—¿Y tú? ¿Qué hacías afuera?

—Estaba terminando unas llamadas del trabajo. Cuando te vi aquí pensé que era una buena excusa para venir a saludarte.

—Me alegra que hayas venido.

Ángel observó la cobija extendida sobre la acera y, con total naturalidad, se sentó a su lado. Después se recostó boca arriba, cruzando las manos detrás de la cabeza mientras dirigía la mirada hacia las estrellas.

Aylin lo observó de reojo. Ella todavía no podía acostarse por completo; los moretones y las heridas en su cuerpo seguían doliendo demasiado. Por eso permaneció sentada, abrazando sus piernas, mientras también levantaba la vista hacia el cielo.

Durante varios minutos ninguno dijo una sola palabra.

Y, curiosamente, ese silencio no era incómodo.

Era de esos silencios que solo se comparten con las personas cuya compañía basta para sentirse en paz.

—Oye… ¿por qué estás tan callado? —preguntó Aylin, rompiendo el silencio mientras lo observaba de reojo.

Ángel sonrió sin apartar la vista del cielo.

—¿Yo callado? Jamás. Solo estoy muy concentrado mirando las estrellas.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Pues nunca te había visto tan pensativo. Hasta parece que estás haciendo lo que siempre hago yo.

—Vaya… sí que me conoces.

—Un poquito.

Ángel guardó silencio unos segundos más. Respiró hondo y volvió a mirar el cielo.

—¿Sabes qué? Quiero contarte algo… pero tiene que quedarse entre nosotros.

—Eso suena peligroso. Si es algo malo, mejor ni me lo cuentes.

—Tranquila. No es nada malo. De hecho… creo que te vas a sorprender.

Se acomodó un poco sobre la cobija y, por primera vez desde que había llegado, dejó de mirar las estrellas para buscar los ojos de Aylin.

—Es que… aunque no lo creas…creo que me enamoré de una chica.

Los ojos de Aylin se abrieron por completo.

—¿Tú?, ¡no puede ser! Después de decirme tantas veces que nunca te habías enamorado de verdad… sinceramente, me sorprendes.

—Bueno… siempre hay una primera vez, ¿no?

—¿Y cómo es ella?

—Es… diferente.

Volvió la vista al cielo por un instante, como buscando las palabras adecuadas.

—La conozco desde hace poco, pero en ese tiempo me hizo entender que el amor no depende del tiempo que lleves con una persona. A veces basta con encontrar a alguien que te haga sentir paz.

Mientras hablaba, una sonrisa sincera aparecía poco a poco en su rostro.

—Con ella entendí que no me importa si el camino es difícil. Lo único que realmente me importa… es lo que siento cuando estoy a su lado.

—Vaya... sí que estás enamorado —dijo Aylin con una sonrisa de lado, sin apartar la vista del cielo—. Nunca imaginé conocer a un Ángel así.

Aylin permaneció sentada a su lado, abrazando sus piernas mientras observaba el cielo. Sin darse cuenta, una leve sonrisa apareció en su rostro. En el fondo sabía que cada cosa que Ángel acababa de decir sobre esa persona especial parecía describirla a ella. Y ese pensamiento hizo que su corazón comenzara a latir con más fuerza.

No supo exactamente en qué momento había empezado a sentirse así. Tal vez fue la primera vez que él la escuchó sin juzgarla, cuando permaneció a su lado en los días más difíciles o cuando, con pequeños gestos, le demostró que podía confiar en alguien otra vez. Poco a poco, casi sin darse cuenta, Ángel había ocupado un lugar que nadie más había logrado llenar.

Ángel permaneció unos segundos en silencio. Luego se incorporó despacio, dejando de mirar el cielo, y se sentó frente a Aylin. Sus ojos buscaron los de ella de

inmediato y, al encontrarlos, una pequeña sonrisa apareció en su rostro, como si por fin hubiera reunido el valor para decir lo que llevaba tanto tiempo guardando.

—¿Sabes quién es esa chica de la que te hablé hace un rato?

Aylin sintió que el corazón le dio un vuelco.

Intentó mantener la calma, aunque por dentro los nervios comenzaban a apoderarse de ella.

—¿Quién...? —preguntó en voz baja.

—Eres tú...tú fuiste quien me enseñó que todavía podía ilusionarme por alguien. La persona que, sin darse cuenta, empezó a ocupar mis pensamientos todos los días.

Sonrió con timidez antes de continuar.

—Y también fuiste la primera que logró robarse mi corazón de verdad.

Aylin permaneció unos segundos en silencio. Sentía el corazón latiéndole con tanta fuerza que le parecía imposible ocultarlo.

—Ángel... —susurró.

Él apartó la vista del cielo y la miró.

Sin decir nada más, Aylin levantó la mano con cierta timidez y rozó su mejilla. El contacto fue tan suave que, por un instante, ninguno de los dos se movió.

—Aunque no lo creas... —dijo con una pequeña sonrisa que apenas lograba ocultar sus nervios—... yo también empecé a sentir cosas por ti.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Solo que... después de todo lo que pasó, pensé que eso iba a cambiar. Pensé que, cuando supieras toda mi historia, ibas a alejarte de mí... que dejarías de verme de la misma manera.

Ángel sostuvo su mirada en silencio. No hizo falta que respondiera de inmediato; en sus ojos había una calma que decía mucho más que cualquier palabra.

Con una delicadeza que Aylin jamás había sentido, tomó la mano que descansaba sobre su mejilla y la entrelazó con la suya. Sus dedos temblaban ligeramente, no por miedo, sino por la emoción de un momento que ambos habían esperado sin atreverse a imaginar.

Poco a poco comenzó a acercarse.

Aylin no retrocedió.

Al contrario, casi sin darse cuenta, también acortó la distancia que los separaba. Sus respiraciones terminaron mezclándose mientras el silencio de la noche los envolvía. Sobre ellos, las estrellas parecían ser las únicas testigos de aquel instante.

Sus frentes se rozaron primero.

Ambos cerraron los ojos durante unos segundos, como si quisieran guardar ese momento antes de que ocurriera y al fin se dieron su primer beso.

Aylin sintió que el corazón le latía tan fuerte que apenas podía respirar. La cercanía de Ángel, el silencio y el recuerdo de aquel beso hicieron que los nervios se apoderaran de ella.

Sin atreverse a sostenerle la mirada por más tiempo, se puso de pie con rapidez y acomodó la cobija entre sus manos, buscando una excusa para esconder la sonrisa que amenazaba con aparecer.

—Perdón... ya es tarde. Tengo que entrar a la casa.

Ángel también se levantó despacio. La observó unos segundos y una sonrisa sincera apareció en su rostro.

—Está bien... hablamos mañana.

Aylin asintió con timidez.

—Sí... mañana.

Antes de entrar, volvió la vista por un instante. Sus miradas se encontraron una última vez. Ninguno dijo nada, pero ambos entendían que aquel beso había cambiado algo entre los dos.

Esa noche, mientras caminaba hacia su habitación, comprendió que había momentos capaces de devolverle un poco de esperanza.

Y, sin poder evitarlo, volvió a sonreír. Porque, aunque el futuro siguiera siendo incierto, aquel primer beso era un recuerdo que sabía que jamás olvidaría.

Aylin se había enamorado de verdad.

No era una ilusión, ni una emoción pasajera, ni algo nacido de la necesidad de sentirse querida. Por primera vez, lo que sentía nacía desde la calma, desde la confianza y desde la manera en que Ángel había permanecido a su lado incluso cuando ella creía que ya no quedaba nada bueno dentro de sí.

Aylin guardaba un recuerdo especial de su primer beso con Ángel. Cada vez que lo recordaba, una sonrisa aparecía en su rostro casi sin darse cuenta. Había sido un instante lleno de cariño, de respeto y de emociones que jamás imaginó experimentar de esa manera.

Pero, al mismo tiempo, existía otro recuerdo que se negaba a desaparecer.

Uno que no le robaba una sonrisa, sino el aire.

Bastaba un pensamiento, una palabra o un lugar para que todo volviera a su mente como si acabara de ocurrir. Había noches en las que cerraba los ojos y, en lugar de recordar el beso que le había devuelto la esperanza, revivía aquello que tanto había intentado dejar atrás.

Comprendió que una parte de su corazón comenzaba, poco a poco, a sanar... mientras otra seguía luchando contra heridas que aún no terminaban de cerrar.

10

¿Por qué no pudo ser distinto?

"No sé en qué momento todo tomó un camino que ya no podía cambiar."

Aylin nunca imaginó que, después de todo lo que había vivido, volvería a sonreír por alguien**.** Aún había noches difíciles y heridas que seguían doliendo, pero bastaba recordar el beso de la noche anterior para que, por un instante, todo ese peso pareciera un poco más ligero.

Para los demás, la vida parecía seguir exactamente igual.

Para ella, en cambio, cada día era un pequeño esfuerzo por convencer a su corazón de que también podía continuar.

Poco a poco volvió a ocupar su pupitre, a llenar cuadernos con apuntes y a prepararse para los exámenes que no dejaban de acumularse. Intentaba prestar atención a las explicaciones de los profesores, aunque había momentos en los que su mente se alejaba por completo del salón de clases.

Nadie imaginaba la batalla silenciosa que libraba detrás de cada sonrisa.

Aun así, Aylin no estaba sola. Sus padres procuraban estar mucho más pendientes de ella y sus amigos nunca dejaban de escribirle para saber cómo se encontraba. Era el apoyo que durante tanto tiempo había anhelado tener y que, poco a poco, comenzaba a encontrar.

Aquella tarde de fin de semana, para distraerse un poco y dejar de pensar en todo lo que había ocurrido, encendió la computadora y comenzó a jugar. El tiempo parecía pasar más rápido cuando mantenía la mente ocupada.

De pronto, el sonido de una notificación la sacó de la partida.

Tomó el celular y sonrió apenas vio el nombre en la pantalla.

Como casi todos los días, era un mensaje de Valentina... seguido de varias notificaciones del grupo de amigos..

Comenzó a leerlos uno por uno.

—Hola —había escrito Valentina.

—¿Cómo sigues? —preguntó Hanna.

Unos minutos después aparecían otros.

—¿Te tragó la tierra o qué?

—¡Aylin!

—Si me muero ni te das cuenta.

—Definitivamente ustedes están locos...

Continuó deslizando la pantalla hasta que un mensaje llamó su atención.

—Aylin, ¿qué te parece si hoy pasamos por tu casa y compartimos un rato?

Casi de inmediato apareció otro.

—Sí, como no puedes salir, podemos jugar algo, hablar o simplemente hacerte compañía. No queremos que estés sola.

Aquellas palabras le hicieron sonreír con más sinceridad. Después de tantos días de dolor y visitas al hospital, saber que sus amigos seguían pendientes de ella le reconfortó el corazón.

Aun así, antes de responder, salió de su habitación para pedir permiso.

Encontró a sus padres en la sala.

—Mamá... papá... ¿pueden venir mis amigos un rato? Quieren pasar la tarde conmigo.

u madre intercambió una mirada con su padre antes de responder.

—Claro que sí, mi niña. Solo hay una condición.

—¿Cuál?

—Que no me conviertan la casa en un campo de batalla. Después me dejan todo limpio o los agarro del pelo a todos.

—Les prometo que nos portaremos bien.

Regresó enseguida a su habitación y escribió en el grupo.

—Chicos, sí me dejaron. Pueden venir cuando quieran.

La respuesta no tardó en llegar.

—¡Vamos!

—¡En camino!

—¡Preparen los juegos!

Unas horas después comenzaron a tocar la puerta.

Poco a poco la casa se llenó de voces, bromas y risas. Entre juegos, conversaciones y ocurrencias, Aylin volvió a sentirse como una adolescente normal por unas horas. El dolor seguía presente en su cuerpo, pero, gracias a sus amigos, por un momento dejó de ocupar el primer lugar en sus pensamientos.

De pronto, escuchó que alguien la llamaba desde afuera por lo que ella salió a ver quien era.

—¿Hola...? —preguntó con cautela.

—Buenas tardes —respondió una voz tranquila.

Al levantar la vista, vio a un oficial de policía de pie frente a la casa.

—¿Eres Aylin?

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sí... soy yo.

El oficial sacó un sobre de una carpeta y se lo extendió.

—Vengo a entregarte esta notificación. Es una citación emitida por un juez. Debes presentarte el próximo martes en la Fiscalía. Solo necesito que firmes aquí para confirmar que la recibiste.

Aylin tomó el documento con manos temblorosas. Bajó la mirada hacia la hoja y sintió un nudo en el estómago al leer las primeras líneas.

Sin decir mucho, firmó en el espacio que el oficial le indicó y le devolvió el bolígrafo.

—Listo. Muchas gracias.

—Con gusto. Que tengas buena tarde.

El oficial se retiró, mientras Aylin permanecía unos segundos junto al portón, sosteniendo el sobre entre sus manos. Sabía que aquel papel significaba una sola cosa: el proceso acababa de comenzar de verdad.

—¿Qué es eso? —preguntó una de sus amigas al verla tan concentrada leyendo aquel documento.

Aylin bajó lentamente la hoja y dejó escapar un suspiro.

—Nada… bueno, sí. Es una citación de la Fiscalía. Tengo que presentarme dentro de unos días.

Sus amigas intercambiaron una mirada.

—¿Y qué va a pasar?

Aylin guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Según lo que dice aquí… voy a tener que volver a verlo. A Minor.

El ambiente cambió por completo.

—Ay, Aylin… —dijo una de ellas con preocupación—. ¿Te sientes preparada para eso?

Ella bajó la mirada y jugueteó con el borde del papel.

—La verdad… no lo sé. Solo espero tener la fuerza suficiente cuando llegue ese momento.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que Aylin levantó la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa, intentando dejar el tema atrás.

—Pero bueno… mejor no pensemos en eso por ahora. Todavía faltan unos días y no quiero arruinar la tarde.

Guardó la citación en su bolso y las miró con una sonrisa un poco más sincera.

—Sigamos jugando. Quiero disfrutar un rato con ustedes.

Sus amigas sonrieron al verla hacer el esfuerzo por distraerse.

—Así se habla —respondió una de ellas mientras le daba un pequeño empujón en el hombro—. Ya habrá tiempo para enfrentar lo demás. Hoy nos toca reír un poco.

Y, poco a poco, las risas volvieron a llenar el lugar, aunque, en el fondo, Aylin sabía que aquella citación seguía pesando en su corazón.

Así fue. Esa tarde, Aylin decidió dejar aquella conversación a un lado y continuar con su rutina, refugiándose en la compañía de sus amigos para distraer la mente, aunque solo fuera por unas horas.

Los días pasaron más rápido de lo que esperaba y, casi sin darse cuenta, llegó la fecha que tanto había intentado no pensar.

El día de presentarse en la Fiscalía.

Desde que despertó, hizo todo lo posible por mantenerse tranquila. Se concentró en terminar sus tareas, ordenar algunos pendientes y ocupar cada minuto de su tiempo para no dejar espacio a los nervios. Sin embargo, mientras el reloj avanzaba, la ansiedad comenzaba a hacerse cada vez más presente.

Finalmente, llegó la hora de salir.

Tomó una respiración profunda y, acompañada de su madre, se dirigió hacia la Fiscalía. Durante el camino apenas cruzaron algunas palabras. El silencio decía mucho más que cualquier conversación.

Al llegar, ambas ingresaron al edificio y se anunciaron en recepción. Minutos después, la abogada que llevaba el caso de Aylin salió a recibirlas y las acompañó hacia la sala donde se realizaría la diligencia

—Bien, Aylin —dijo la abogada mientras tomaba asiento frente a ella en la oficina—. Antes de que él llegue, necesito explicarte algunas cosas.

Aylin asintió en silencio. Tenía las manos entrelazadas sobre las piernas, intentando disimular el nerviosismo que sentía.

—Sé que recibiste la citación, así que ya sabes que vas a volver a verlo.

Ella bajó la mirada por un instante.

—Sí... me di cuenta cuando la leí.

La abogada le dedicó una sonrisa tranquila, intentando transmitirle confianza.

—Lo más importante es que estés calmada. No tengas miedo. La entrevista no será en un lugar abierto; se realizará aquí mismo, en una de las oficinas. Todo estará siendo grabado, habrá cámaras de seguridad y personal muy cerca. En ningún momento vas a estar desprotegida.

Aylin respiró un poco más tranquila al escuchar aquellas palabras.

—Está bien...

La abogada abrió una carpeta y revisó unos documentos antes de continuar.

—Hay otro asunto del que necesito hablarte. Los exámenes relacionados con el posible embarazo quedaron cancelados.

Aylin levantó la vista con sorpresa.

—¿No se iban a hacer? Pensé que ya todo estaba listo.

—Así era. Sin embargo, hace unos días le realizaron varios estudios médicos a Minor y los resultados confirmaron que él no puede tener hijos. Por esa razón ya no fue necesario continuar con esa parte del proceso.

Aylin permaneció unos segundos en silencio. No supo qué sentir al escuchar aquella noticia.

—Entiendo...

La abogada la observó con atención.

—Solo quiero pedirte una cosa. No menciones ese tema durante la reunión. Él recibió esa noticia muy mal y no queremos que eso provoque una reacción innecesaria.

—No se preocupe. Aunque ahora lo sé, nunca se lo diría. No quiero hacerle daño ni empeorar las cosas.

—Eso habla muy bien de ti.

En ese momento alguien tocó la puerta. La secretaria asomó la cabeza.

—Licenciada, ya avisaron que él llegó. En unos minutos pueden pasar a la oficina.

La abogada cerró la carpeta y se puso de pie.

—Muy bien... es momento de ir.

Aylin respiró hondo. Sintió cómo el corazón comenzaba a latir con fuerza otra vez. Después de todo lo que había intentado dejar atrás, estaba a punto de volver a encontrarse frente a frente con Minor.

Se levantó despacio y, junto a la abogada, salió de la oficina.

—Abogada... solo quiero pedirle una cosa —dijo Aylin con la voz baja, intentando ocultar el cansancio que reflejaba su rostro—. Si es posible, que esto

no dure más de veinte minutos. Todavía sigo lastimada físicamente y cualquier esfuerzo me duele.

La abogada la observó con comprensión y asintió despacio.

—Tranquila, Aylin. Lo entiendo perfectamente. Vamos a procurar que sea lo más breve posible. Sin embargo, necesito que hables con sinceridad y que cuentes todo lo que recuerdes. Sé que no será fácil, pero tu testimonio es muy importante para que podamos llevar este proceso de la manera correcta.

Aylin respiró hondo y asintió lentamente.

—Lo intentaré...

Ambas caminaron por el largo pasillo del juzgado hasta que la abogada abrió la puerta de la oficina.

—Puedes esperar aquí, Aylin —le dijo con voz tranquila.

Aylin tomó asiento frente a la mesa. Sus manos no dejaban de temblar. Intentó respirar con calma, pero sentía el corazón golpeándole el pecho con tanta fuerza que apenas podía escuchar otra cosa.

De pronto, el sonido de unos pasos comenzó a acercarse por el pasillo. Eran firmes y constantes. Aylin sintió cómo su cuerpo se tensaba de inmediato. Sin darse cuenta, apretó con fuerza sus propias manos mientras dirigía la mirada hacia la puerta.

La puerta se abrió.

Minor entró acompañado por varios oficiales. Llevaba las manos esposadas al frente y caminaba con la cabeza ligeramente baja. Los policías intercambiaron una breve mirada entre ellos y, al notar la tensión evidente de Aylin, decidieron mantenerle las esposas puestas mientras permanecieran en la oficina, incluso cuando los abogados solicitaron unos minutos de privacidad.

Durante unos segundos, el mundo pareció detenerse. El silencio se hizo tan pesado que Aylin podía escuchar los latidos acelerados de su propio corazón. Nunca imaginó que volvería a verlo así, frente a ella, después de todo lo que había ocurrido. Y, aun así, ahí estaba, a solo unos pasos de distancia, obligándola a revivir una historia que todavía seguía doliendo.

Minor levantó la mirada hacia ella. Al verla completamente en silencio, respiró hondo antes de hablar.

—Hola... —murmuró con cautela, sin saber si ella siquiera respondería.

Aylin quiso responder, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. Al volver a tener a Minor frente a ella, todo lo que había intentado dejar atrás regresó de golpe. Sus manos comenzaron a temblar, sintió un nudo en la garganta y, por más que luchó por contenerse, las lágrimas terminaron deslizándose por su rostro. Minor, al verla en ese estado, bajó la mirada en silencio, incapaz de sostenerle la vista.

—Perdón... —murmuró con la voz quebrada—. De verdad... perdón. Nunca fue mi intención lastimarte. Hice las cosas sin pensar.

Aylin cerró los ojos por un instante, intentando contener el llanto. Cuando volvió a abrirlos, sus ojos enrojecidos reflejaban mucho más que tristeza.

—¿Sin pensar...? —repitió con la voz temblorosa—. ¿Eso es lo único que puedes decir?

Respiró hondo antes de continuar.

—Minor... me dejaste marcada para toda la vida.

Las lágrimas seguían cayendo mientras hablaba.

—Te dije que no quería seguir. Te lo repetí una y otra vez. Te pedí que pararas... y aun así seguiste. ¿Sabes cuántas veces me pregunté qué había hecho mal? ¿Cuántas noches desperté llorando pensando que todo había sido culpa mía?

Negó lentamente con la cabeza.

—Tú seguiste con tu vida... mientras yo tuve que aprender a vivir con el miedo, con los recuerdos y con heridas que todavía no terminan de sanar.

Minor permaneció en silencio durante unos segundos. Su rostro cambió poco a poco. La culpa que había mostrado al verla llorar desapareció casi por completo, sustituida por una expresión dura.

—¿Sabes qué? —dijo, clavando la mirada en ella—. Todo esto también fue culpa tuya.

—¿Mía?

—Sí. Desde la primera vez me ilusionaste. Me hiciste creer que algún día podía pasar algo entre nosotros. Me enamoré de ti como un idiota... ¿y ahora vienes a decir que soy el único culpable?

Aylin respiró hondo. Sus manos seguían temblando, pero reunió fuerzas para responder.

—Desde el primer día acepté que cometí errores. Sí, me equivoqué. Sí, pude confundirte... y jamás he negado mi parte de responsabilidad.

Lo miró fijamente.

—Pero ninguno de esos errores justifica lo que hiciste después.

Su voz comenzó a quebrarse.

—La tercera vez te dije que no quería. Te pedí que te detuvieras... y aun así me obligaste. Eso fue una decisión tuya, Minor. No mía.

—Si me hubieras hablado claro desde el principio, nada de esto estaría pasando. Mira dónde estoy ahora... esposado por tu culpa.

—No. Estás aquí por tus decisiones. Yo nunca te obligué a hacerme daño.

Las palabras de Aylin parecieron romper lo poco de calma que aún quedaba en Minor. La culpa que, por un instante, había reflejado su rostro desapareció por completo. Su mirada se endureció y la rabia comenzó a ocupar el lugar del arrepentimiento.

Permaneció inmóvil unos segundos, observándola fijamente, hasta que, sin apartar los ojos de ella, se levantó lentamente de la silla.

Al verlo incorporarse, Aylin sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. El corazón comenzó a latirle con fuerza y, casi por instinto, dio un paso hacia atrás, incapaz de ignorar el miedo que volvía a apoderarse de ella.

—¿Sabes qué? —continuó él mientras se acercaba despacio—. Sí tenía ganas de estar contigo. Me enamoré de ti como un estúpido... y tú jugaste conmigo. Me dabas esperanzas, me buscabas, me abrazabas... ¿y ahora actúas como si nunca hubiera significado nada?

Aylin retrocedió otro paso, casi sin darse cuenta. Cada movimiento de Minor hacía que su cuerpo reaccionara antes que sus pensamientos.

Hasta que sintió la pared detrás de ella.

Ya no había más espacio para alejarse.

El corazón comenzó a latirle con fuerza mientras intentaba mantenerse firme, pero esa sensación de estar atrapada volvió a apoderarse de ella. Era la misma impotencia que había sentido aquella vez, esa incapacidad de escapar de una situación que nunca debió haber ocurrido.

Minor continuó acercándose lentamente, sin apartar la mirada de ella.

—Ahora escúchame bien... tú eres mía, aunque te cueste aceptarlo.

Aylin sintió cómo el miedo volvía a apoderarse de ella.

—No... —susurró, incapaz de levantar más la voz.

—Fuiste tú quien decidió abrir todo esto. Fuiste tú quien hizo la denuncia. Y aunque pase el tiempo...yo no voy a desaparecer de tu vida.

Aylin sintió cómo las lágrimas volvían a recorrer su rostro. Intentaba mantenerse firme, pero su cuerpo reaccionaba antes que sus pensamientos. El miedo que creía haber dejado atrás regresó de golpe, cerrándole la garganta y dificultándole respirar.

Sus costillas comenzaron a dolerle con más intensidad por la tensión. Cada respiración se volvía más pesada, como si su propio cuerpo le recordara todo lo que había intentado olvidar.

Minor, en cambio, no parecía entender lo que estaba provocando. Dio un paso más hacia ella y levantó lentamente la mano, acercándola a su rostro como si todavía tuviera derecho a tocarla.

—No me toques... —susurró primero, con la voz temblando.

Pero el miedo fue más fuerte.

—¡No me toques! —gritó desesperada.

Su voz atravesó la habitación, haciendo que los oficiales reaccionaran de inmediato y entraran para separarlos.

La abogada corrió hasta ella.

—¡Aylin! ¿Estás bien?

Ella apenas podía mantenerse de pie.

Llevó una mano a sus costillas mientras el llanto le impedía hablar con claridad.

—No lo sé... —respondió entre sollozos—. Me... me duelen mucho las costillas...

l dolor que había estado soportando durante todo ese momento finalmente llegó a un límite.

Aylin intentó mantenerse de pie, pero su cuerpo ya no respondía igual. Entre el miedo, la angustia y todo lo que acababa de revivir, sintió que las fuerzas comenzaban a abandonarla.

Su respiración se volvió más débil.

Las voces a su alrededor empezaron a escucharse cada vez más lejanas.

—Aylin... mírame —escuchó decir a la abogada, aunque apenas podía distinguir sus palabras.

Sus piernas cedieron y cayó lentamente al suelo.

—¡Aylin! —exclamó uno de los oficiales mientras corría hacia ella.

La abogada se arrodilló a su lado, completamente preocupada.

—Aylin, abre los ojos, estoy aquí contigo.

Pero ella ya no reaccionaba. El cansancio, el dolor y la tensión de todo lo ocurrido habían sido demasiado para su cuerpo.

Uno de los oficiales salió rápidamente en busca de ayuda, mientras la abogada intentaba mantenerla estable.

Fue entonces cuando notaron que una de las heridas que aún no había terminado de sanar había comenzado a sangrar nuevamente.

—Necesitamos atención médica —dijo la abogada con preocupación.

Otra persona buscó rápidamente agua, mientras una asistente médica que se encontraba en la oficina se acercaba para ayudar.

—Aylin, mírame… vuelve conmigo, ¿sí? Respira despacio.

Aylin no escuchaba claramente las voces a su alrededor. Sentía como si estuviera lejos de todo, atrapada entre los recuerdos y el miedo que acababa de revivir.

Poco a poco, sus sentidos comenzaron a regresar.

Sintió el frío del suelo bajo ella, las manos de quienes intentaban sostenerla y las voces llamándola por su nombre.

La asistente se levantó y miró a los demás.

—Creo que lo mejor será llamar una ambulancia.

La abogada se apartó unos pasos y tomó su celular.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo con firmeza—. Y también voy a comunicarme con su madre para que venga.

A los pocos minutos, la ambulancia llegó al lugar.

Las puertas se abrieron y los paramédicos bajaron rápidamente con todo lo necesario. Al acercarse a Aylin, notaron de inmediato que, aunque estaba consciente, todavía se encontraba débil.

—Tranquila, vamos a revisarte —dijo uno de ellos mientras se arrodillaba a su lado.

Aylin apenas respondió con un movimiento de cabeza. Seguía sintiendo el cuerpo pesado, como si toda la energía que había usado para mantenerse firme finalmente se hubiera agotado.

Los paramédicos comenzaron a revisar sus signos vitales. Durante unos segundos, observaron los resultados en silencio.

—Su presión está baja —comentó uno de ellos.

Aquellas palabras hicieron que la preocupación aumentara entre quienes la rodeaban.

Aylin intentó decir que estaba bien, que no era necesario ir al hospital otra vez, pero su propia voz no tenía la misma fuerza de antes.

Ya no podía seguir fingiendo.

—Será mejor trasladarla para revisarla con más calma —decidieron los paramédicos.

Sus padres llegaron poco después y, al verla subir nuevamente a una ambulancia, sintieron una mezcla de miedo e impotencia. Habían visto a su hija luchar demasiado en los últimos días, y ahora solo podían acompañarla.

Al estar en el hospital y después de recibir la atención necesaria, Aylin permaneció en observación mientras los médicos revisaban su estado.

Horas después, la puerta de la habitación se abrió lentamente.

Era su abogada.

Al verla, notó de inmediato el cansancio en su rostro. No era solo agotamiento físico; era como si llevara días sosteniendo un peso demasiado grande sobre sus hombros.

Se acercó con cuidado.

—¿Cómo estás, Aylin? —preguntó con preocupación.

Aylin bajó la mirada. Durante unos segundos intentó responder, pero su voz se quebró antes de poder hacerlo.

—No sé... —susurró—. Solo quiero que esto termine ya.

Las lágrimas comenzaron a caer nuevamente.

—Estoy cansada de recordar todo... de tener que volver a hablar de lo mismo... de sentir que nunca se acaba.

Su abogada se sentó a su lado y guardó silencio unos segundos, dándole espacio para desahogarse.

—Lo entiendo, Aylin. Has pasado por demasiado en muy poco tiempo.

—Siento que ya no puedo más.

—Por eso mismo —respondió la abogada con suavidad—, en la próxima cita no vamos a forzarte a continuar si todavía no estás preparada. Creo que todo lo que pasó hoy te afectó más de lo que imaginábamos, y ahora lo más importante es que puedas estar tranquila y recuperarte.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Nos veremos en unos días para seguir con el proceso, ¿está bien?

—Muchas gracias...

—No tienes que agradecerme. Has sido muy valiente al llegar hasta aquí.

Después de aquella noche en el hospital y de recibir el alta médica, Aylin regresó a casa.

Por primera vez en mucho tiempo, intentó permitirse un momento de tranquilidad. No porque todo estuviera bien, porque en el fondo sabía que todavía había heridas que seguían abiertas, sino porque necesitaba creer que las cosas podían empezar a cambiar.

Los días siguientes volvió poco a poco a su rutina.

Regresó al colegio y caminó nuevamente por los mismos pasillos de siempre. Escuchó las conversaciones de sus compañeros, entregó trabajos, asistió a clases y respondió con una sonrisa cada vez que alguien le preguntaba cómo estaba.

También volvió a la iglesia.

Saludaba a sus amigos, participaba en las actividades y trataba de disfrutar esos pequeños momentos de normalidad que antes parecían tan simples.

Y aunque todavía había noches difíciles, aunque algunos recuerdos seguían apareciendo sin aviso, algo dentro de ella comenzaba a sentirse un poco más tranquilo.

Después de todo lo ocurrido con Minor, de haber encontrado el valor para contar su verdad y de sentir el apoyo de sus padres, Aylin pensó que quizás, por fin, estaba comenzando una nueva etapa.

Sin embargo, esa pequeña sensación de paz no duró tanto como Aylin esperaba.

Una noche, después de un largo día en el colegio, llegó a casa completamente agotada. Como había hecho en los últimos días, intentó dejar todo lo que había ocurrido atrás por unas horas y concentrarse simplemente en su rutina.

Después de cenar y descansar un poco, entró a la ducha.

El agua caliente cayó sobre ella mientras cerraba los ojos, intentando despejar su mente. Por unos minutos no pensó en abogados, hospitales, declaraciones ni recuerdos que todavía le dolían.

Al salir de la ducha, tomó su celular para revisar la hora, pero al encender la pantalla notó algo que llamó su atención.

Tenía varias llamadas perdidas.

Todas eran de su abogada.

Aylin se quedó observando el teléfono durante unos segundos. No era normal que la llamara tantas veces seguidas, y aunque intentó convencerse de que probablemente se trataba de algo relacionado con el proceso legal, una pequeña preocupación comenzó a crecer dentro de ella.

Pensó que tal vez era una nueva cita, algún documento pendiente o simplemente una actualización del caso. Quiso creer que no era nada más.

Pero después de todo lo que había vivido, Aylin sabía que algunas llamadas podían cambiarlo todo.

Con el celular todavía en sus manos, respiró profundo antes de devolver la llamada. Intentó prepararse para cualquier cosa, aunque en el fondo esperaba que solo fuera una conversación más sobre el procedimiento.

Sin imaginar que, al otro lado de la línea, la esperaba una noticia que volvería a mover todo aquello que apenas estaba intentando reconstruir.

—Hola... —contestó Aylin después de varios tonos—. Perdón por no contestar antes, estaba ocupada.

—Hola, Aylin... ¿cómo estás? —preguntó su abogada, pero su tono de voz era diferente.

Había preocupación.

—Bien... ¿por qué? ¿Pasó algo?

La abogada respiró profundamente antes de responder.

—Necesito que estés tranquila con lo que te voy a decir, ¿sí? Por favor, escucha todo antes de reaccionar.

—¿Qué pasó? —preguntó, sintiendo cómo la preocupación comenzaba a crecer dentro de ella.

—Mira... hace unas horas recibí un reporte de que Minor escapó del albergue en el que se encontraba —explicó la abogada, haciendo una pausa antes de continuar—. Pero eso no es todo.

Aylin sintió cómo su expresión cambiaba poco a poco.

—Cuando revisaron sus pertenencias, encontraron una nota... y en esa nota estaba escrito tu nombre.

El silencio al otro lado de la llamada se volvió más pesado.

Aylin dejó de respirar por unos segundos.

Sus dedos se aferraron con fuerza al celular, como si al sostenerlo pudiera detener la realidad que acababa de caer sobre ella. Su mente intentaba ordenar cada palabra que había escuchado, pero ninguna parecía tener sentido.

—Pensamos que puede estar buscándote —continuó la abogada—. Por eso necesito pedirte algo muy importante: no salgas de tu casa por ningún motivo. No vayas sola a ningún lugar, no intentes buscar respuestas y no hagas nada que pueda ponerte en riesgo.

Después de recibir aquella noticia, Aylin sintió cómo la poca tranquilidad que había logrado recuperar se desvanecía nuevamente.

Esa noche intentó convencerse de que todo estaría bien, pero el miedo era más fuerte. Cada sonido de la casa, cada pequeño ruido afuera, hacía que su cuerpo se tensara. Ya no podía sentirse completamente segura, incluso estando en su propia habitación.

Sus padres notaron de inmediato que algo no estaba bien. La conocían lo suficiente para darse cuenta de que esa sonrisa con la que intentaba aparentar normalidad ya no estaba.

—¿Estás bien? —le preguntaron preocupados.

Pero Aylin solo respondió que sí. No quería preocupar más a sus padres ni admitir en voz alta algo que incluso a ella le costaba aceptar: tenía miedo. Durante mucho tiempo había intentado mantenerse fuerte, demostrar que podía seguir adelante y convencer a los demás de que estaba bien, aunque por dentro todavía cargara con muchas heridas.

Sin embargo, esa noche fue diferente. Cuando la casa quedó en silencio y todos se fueron a dormir, Aylin permaneció despierta mirando al techo, incapaz de cerrar los ojos. Su mente volvía una y otra vez a las mismas palabras que habían cambiado todo: Minor estaba libre.

La posibilidad de volver a encontrárselo hizo que todos los recuerdos que había intentado guardar regresaran de golpe. La forma en que le había hablado, el miedo que había sentido y la sensación de no tener control sobre lo que podía pasar.

Por primera vez en mucho tiempo, Aylin lloró no por tristeza, sino por miedo. Un sentimiento que casi nunca se permitía mostrar, porque ella siempre había tratado de ser la persona que resistía, la que seguía adelante incluso cuando las cosas dolían demasiado.

Pero esta vez era distinto. Sabía de lo que Minor era capaz y, aunque estaba rodeada de personas que la amaban y que harían todo por protegerla, esa noche se sintió vulnerable. Se sintió cansada de tener que enfrentar situaciones que nunca debieron formar parte de su vida.

Abrazada a su almohada, intentó llorar en silencio para que nadie la escuchara. Las lágrimas siguieron cayendo mientras esperaba que, con la llegada de la mañana, aquel miedo que sentía en el pecho pudiera hacerse un poco más pequeño.

Después de pasar toda la noche sin poder descansar, Aylin finalmente se levantó de la cama cuando comenzó a amanecer.

Sus ojos mostraban el cansancio de una noche llena de pensamientos y miedo, pero aun así intentó comportarse con normalidad.

Al salir de su habitación, encontró a sus padres preparándose para ir a trabajar. Ambos notaron de inmediato que ella no había dormido bien, pero decidieron no presionarla.

Aylin se acercó a ellos con una pequeña sonrisa.

—Que les vaya bien hoy —dijo intentando sonar tranquila.

Sus padres le respondieron con cariño antes de salir de la casa.

Incluso cuando ya estaban afuera, Aylin caminó hasta la entrada para despedirse de ellos y verlos alejarse. Era una costumbre sencilla, pero esa mañana significaba mucho para ella. Necesitaba sentir que todo seguía igual, que su vida todavía tenía momentos normales.

Cuando sus padres finalmente se fueron, Aylin entró nuevamente a la casa y cerró la puerta.

Intentó distraerse con su rutina.

Fue hasta el baño para revisar sus heridas. Con cuidado limpió las zonas que todavía estaban sanando, agradeciendo en silencio que poco a poco su cuerpo comenzara a recuperarse.

Durante unos minutos, Aylin logró convencerse de que todo estaba tranquilo.

La casa se encontraba en silencio, como cualquier otra mañana.

Entonces escuchó un ruido.

Al principio no le prestó atención. Pensó que podía ser cualquier cosa: algún sonido de la casa, algo que sus padres hubieran dejado mal colocado o incluso algún ruido del exterior.

Entonces llegaron los golpes.

Alguien estaba tocando la puerta principal.

Pensó en sus padres.

Quizás habían olvidado algo antes de irse. Tal vez habían regresado por las llaves, por algún documento o por cualquier cosa que necesitaban antes de comenzar su día.

Esa idea fue suficiente para tranquilizarla un poco.

Caminó lentamente hasta la entrada, intentando ignorar la inquietud que crecía dentro de ella. Puso la mano sobre la manija de la puerta y respiró profundo antes de abrir.

Al abrir la puerta, Aylin sintió que el mundo se detenía por unos segundos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Aylin con la voz temblorosa, sin saber si debía cerrar la puerta o alejarse.

Minor permaneció en silencio unos instantes, mirándola fijamente.

—Tengo algo pendiente contigo —respondió con una seriedad que hizo que Aylin sintiera un escalofrío.

Ella dio un pequeño paso hacia atrás.

Después de todo lo que había ocurrido, después de haber intentado reconstruir su vida poco a poco, la persona que más miedo le causaba estaba nuevamente frente a ella.

Sus ojos bajaron lentamente hacia sus manos.

Había algo que escondía, algo que hizo que una sensación de peligro recorriera todo su cuerpo.

Su expresión era distinta. Ya no era la persona con la que ella había compartido momentos antes. Había una mezcla de enojo, desesperación y una obsesión que hizo que Aylin sintiera que no estaba hablando con el mismo Minor.

Antes de que pudiera reaccionar, él se acercó demasiado rápido.

Aylin intentó alejarse, pero perdió el equilibrio cuando él la empujó.

Cayó al suelo y el dolor recorrió nuevamente su cuerpo, especialmente las heridas que todavía no habían sanado por completo.

—¡Minor! —gritó entre lágrimas, llevándose una mano al lugar donde más le dolía—. ¿Qué te pasa?

Minor no respondió, sólo se lanzó hacia ella, amenazándola con un objeto filoso.

—¡Tú quisiste que las cosas fueran así! —gritó con rabia.

—¡Por favor, ya no más! —suplicó Aylin, aterrada.

Pero Minor no prestó atención. Le subió la camisa de pijama y apretó las heridas, haciéndola gritar de dolor.

—Ahora dirás lo que yo te diga, si no quieres que esto empeore —dijo él, gritando y mostrando su furia.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó Aylin entre lágrimas, intentando entender lo que estaba pasando

Minor volvió a presionar las heridas con fuerza, hasta que la sangre comenzó a brotar. Aylin llena de dolor físico y emocional, se sentía atrapada y sin salida.

Después de varios minutos que parecieron interminables, Aylin sintió que algo dentro de ella comenzaba a apagarse.

Ya no tenía fuerzas para luchar.

Su cuerpo se sentía pesado, como si cada intento por mantenerse firme le costara más que el anterior. El cansancio, el miedo y todo lo que había vivido durante esos meses parecían caer sobre ella al mismo tiempo.

Intentó no mirar a Minor.

Por eso desvió la mirada hacia un lado, buscando cualquier cosa que pudiera distraerla de aquel momento. Fue entonces cuando sus ojos encontraron a su gato, que permanecía cerca, maullando con desesperación, sin entender lo que estaba ocurriendo.

Ese pequeño detalle hizo que, por un instante, su mente se alejara de lo que estaba ocurriendo y comenzara a recordar todo aquello que la había llevado hasta ese momento. Pensó en la niña que había sido, en todo lo que había cambiado con los años y en la persona en la que se había convertido después de tantas situaciones que nunca imaginó enfrentar.

Sin embargo, el cansancio era demasiado fuerte. Su cuerpo ya no respondía como ella quería el miedo era mucho más profundo, el de sentir que tal vez no tendría otra oportunidad.

Con las pocas fuerzas que aún conservaba, cerró los ojos y, en silencio, comenzó a hacer una oración dentro de su mente.

Después de eso, sintió cómo poco a poco sus fuerzas comenzaban a abandonarla. Ya no pudo mantener los ojos abiertos y finalmente los cerró, dejando que el silencio se apoderara de aquel momento.

Hasta que una voz llegó desde lejos.

—¡Aylin!

Al principio creyó que era parte de su imaginación, pero volvió a escuchar su nombre.

Entonces escuchó pasos apresurados dentro de la casa. Voces que no reconocía al principio. Personas entrando y alejando aquello que la mantenía atrapada en ese momento.

El ruido de la puerta hizo que todo ocurriera en cuestión de segundos.

Al escuchar los gritos, una de las vecinas entro de inmediato de su casa. Al ver a Aylin en el suelo, corrió hacia ella sin pensarlo.

—Dios mío… —susurró, llevándose una mano a la boca al verla así.

Sin perder tiempo, tomó una toalla y se arrodilló junto a ella. Con cuidado intentó limpiar la sangre de su rostro y detener como podía las heridas mientras otras personas se acercaban para ayudar.

—Llamen a una ambulancia —pidió una de las vecinas con la voz temblorosa, mientras sus manos quedaban manchadas de sangre—. Rápido.

La preocupación se apoderó de todos los que estaban alrededor. Nadie podía creer lo que acababan de presenciar.

Mientras tanto, algunos vecinos se dirigieron hacia Minor, llenos de rabia e impotencia por lo que había ocurrido. La tensión aumentó rápidamente, y varios tuvieron que intervenir para evitar que la situación terminara peor.

La policía fue llamada de inmediato.

Al poco tiempo, las sirenas comenzaron a escucharse a lo lejos. Dos patrullas llegaron al lugar y los oficiales descendieron rápidamente para controlar la situación.

Minor, todavía alterado por lo ocurrido, fue apartado de la multitud y llevado hacia la patrulla mientras los vecinos observaban con enojo y preocupación.

Aylin permanecía en el suelo, rodeada de personas que intentaban ayudarla, mientras poco a poco comenzaba a darse cuenta de lo que acababa de pasar.

Las vecinas que habían escuchado los gritos llegaron rápidamente y, al verla en ese estado, actuaron sin perder tiempo. La ayudaron a cubrirse con varias toallas

mientras esperaban la llegada de la ambulancia. Aylin estaba semi desnuda, débil, confundida y apenas podía mantener los ojos abiertos.

En medio de todo ese caos, Ángel regresó a la casa.

Al entrar, se quedó completamente paralizado.

La escena frente a él hizo que se le cortara la respiración. No podía creer lo que estaba viendo. Todo lo que había intentado evitar volvía a estar frente a sus ojos, pero esta vez de una manera mucho más dolorosa.

Buscó a Aylin entre las personas que la rodeaban y, al verla, sintió que el corazón se le encogía.

—Todo va a estar bien, ¿sí? —dijo Ángel intentando mantenerse fuerte, aunque el miedo también lo estaba consumiendo—. Ya pasó... tú eres fuerte. Vas a salir de esta.

Aylin comenzó a llorar al escuchar su voz.

—Tengo miedo, Ángel...

Él se acercó con cuidado, sin saber exactamente qué hacer para quitarle ese dolor.

—Tranquila... ya no está aquí. No estás sola, ¿sí? Estoy contigo.

Pero mientras decía esas palabras, Ángel no podía dejar de mirar alrededor.

La preocupación aumentó al ver las señales de lo ocurrido. No podía entender cómo alguien había podido hacerle algo así a la persona que quería.

Cuando finalmente llegó la ambulancia, los paramédicos entraron rápidamente y comenzaron a revisar a Aylin.

—Está muy débil —dijo uno de ellos después de evaluar sus signos—. Necesitamos trasladarla de inmediato.

Mientras la preparaban, Ángel dio un paso al frente.

—Yo voy con ella.

—¿Eres familiar?

—No... pero sus padres no están aquí y no quiero que vaya sola.

—Está bien, acompáñala.

Las vecinas se quedaron en la casa observando con preocupación. Sabían que cuando Aylin regresara, encontrar aquel lugar exactamente igual podría hacerle más difícil enfrentar lo ocurrido.

Por eso, mientras la ambulancia se alejaba, decidieron limpiar y ordenar todo lo posible. No podían borrar lo que había pasado, pero querían evitar que ella tuviera que revivirlo al volver.

Mientras tanto, dentro de la ambulancia, Aylin apenas tenía fuerzas. Sus signos estaban inestables y su presión seguía demasiado baja. Ángel permanecía a su lado, sosteniendo su mano con cuidado, intentando transmitirle una seguridad que él mismo no sentía.

—Quédate conmigo, Aylin —susurró—. Por favor.

Ella no respondió. Solo cerró los ojos mientras las lágrimas seguían cayendo lentamente.

Al llegar al hospital, el personal médico actuó con rapidez.

Aylin fue ingresada directamente al área de urgencias, donde varios doctores comenzaron a atenderla y evaluar la gravedad de sus heridas.

Ángel tuvo que quedarse afuera, viendo cómo las puertas se cerraban frente a él.

Ángel bajó la mirada y respiró profundo, intentando mantenerse tranquilo. Pero al recordar la expresión de miedo de Aylin, las palabras que le había dicho y la forma en la que había pedido ayuda, sintió que ya no podía seguir esperando.

Sacó su celular con las manos temblorosas.

Marcó el número de los padres de Aylin.

Después de varios tonos, respondieron.

—¿Ángel? ¿Pasó algo? —preguntó su madre al reconocer su voz.

—Necesito que vengan al hospital...

—¿Qué pasó con Aylin? —preguntó su padre con preocupación.

—Está en cirugía de urgencia.

Aquellas palabras hicieron que ambos reaccionaran de inmediato.

—¿Cómo que en cirugía? ¿Qué ocurrió? —preguntó su madre con la voz quebrándose.

Ángel miró hacia las puertas donde habían llevado a Aylin.

No era fácil explicar cómo alguien que había intentado reconstruir su vida volvía a estar luchando por salir adelante.

—Minor llegó a su casa... —dijo finalmente—. Pasó algo y cuando llegué ella estaba herida. Los médicos dijeron que necesitaban atenderla de inmediato.

Al escuchar el nombre de Minor, los padres de Aylin quedaron en silencio.

No necesitaban que Ángel explicara más para entender que algo grave había ocurrido.

—Vamos para allá —respondió su padre con firmeza—. Quédate con ella hasta que lleguemos.

—Sí... aquí voy a estar.

Mientras los médicos atendían a Aylin al otro lado de la puerta, Ángel permaneció sentado en una de las sillas del pasillo, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos entrelazadas. Su mirada permanecía fija en el suelo, aunque su mente seguía atrapada en aquella casa.

Cada vez que esas imágenes volvían a su cabeza, sentía un nudo más fuerte en el pecho.

Cerró los ojos un instante e intentó respirar con calma, pero era imposible. Nunca había visto algo semejante y la impotencia de no haber llegado antes lo estaba consumiendo poco a poco.

Los minutos parecían no avanzar.

Hasta que la puerta de urgencias se abrió.

Una enfermera salió revisando unos documentos y, al verlo sentado completamente solo, se acercó.

—Hola... ¿eres familiar de Aylin? —preguntó con amabilidad.

Ángel se levantó de inmediato.

—No... ya llamé a sus padres, vienen de camino. Pero... ¿cómo está ella?

La enfermera le dedicó una pequeña sonrisa para tranquilizarlo.

—Puedes estar un poco más tranquilo. Ya logramos estabilizarla.

Ángel soltó el aire que llevaba varios minutos conteniendo.

—¿De verdad?

—Sí. La herida del abdomen volvió a abrirse por el esfuerzo físico que hizo y estaba perdiendo sangre. Tuvimos que limpiarla nuevamente y volver a suturarla. Fue un procedimiento complicado porque llegó con la presión muy baja y sus signos vitales estaban bastante débiles, pero respondió bien al tratamiento.

—Gracias a Dios...

—Ahora está dormida. Le administramos sedantes para que pueda descansar mientras su cuerpo se recupera.

—¿Puedo verla?

—Sí. Probablemente no despierte por un buen rato, pero puedes acompañarla mientras llegan sus padres.

—No importa si está dormida... solo quiero estar con ella.

—Ven, sígueme.

Ángel caminó detrás de ella por el largo pasillo del hospital. Cada paso hacía que los nervios aumentaran.

Cuando llegaron a la habitación, la enfermera abrió la puerta con cuidado.

—Procura no hacer mucho ruido.

Aylin descansaba sobre la camilla, conectada al monitor y al suero. Su respiración era tranquila gracias a los medicamentos, pero el cansancio seguía reflejado en su rostro.

Ángel acercó una silla y se sentó a su lado.

Con mucho cuidado tomó su mano entre las suyas, procurando no despertarla.

Después de todo lo ocurrido, verla respirando era suficiente para sentir un pequeño alivio.

—Perdóname... —susurró con la voz quebrada—. Ojalá hubiera llegado antes.

Acarició con delicadeza el dorso de su mano.

—Pero te prometo una cosa... no voy a dejar que vuelvas a pasar por algo así. Ya no estás sola, Aylin.

Y, sin soltar su mano, permaneció sentado junto a ella, esperando en silencio la llegada de sus padres.

Antes de que Aylin despertara, pasaron varios minutos. El sonido constante de los monitores era lo único que rompía el silencio de la habitación. Ángel permanecía sentado a su lado sin apartar la vista de ella. No había querido irse ni un solo instante. Cada vez que los médicos entraban para revisarla, se levantaba con la esperanza de escuchar que todo estaba mejorando.

De pronto, los dedos de Aylin se movieron levemente.

Sus párpados comenzaron a abrirse despacio. La luz del hospital la obligó a entrecerrar los ojos mientras intentaba reconocer el lugar en el que estaba.

Él, al notar que había despertado, se incorporó de inmediato y una sonrisa de alivio apareció en su rostro.

—Aylin... despertaste.

Ella intentó sonreír, aunque el dolor que recorría su cuerpo apenas se lo permitía.

—Gracias... por estar aquí... —susurró con la voz débil.

Ángel negó con la cabeza y tomó su mano con delicadeza.

—No tienes que agradecerme nada. Lo importante es que ya despertaste. ¿Cómo te sientes?

—Me duele todo... pero... al verte aquí... me siento segura.

Aquellas palabras hicieron que Ángel bajara la mirada por un instante, intentando contener la emoción.

—¿Recuerdas una vez que te prometí que nunca iba a dejarte sola?

—Lo recuerdo...

—Pues aquí estoy. Y voy a cumplir esa promesa. No importa cuánto tiempo tome, no pienso dejarte sola.

Después de todo lo que había vivido, escuchar esas palabras era justo lo que necesitaba.

—Ángel...

—¿Sí?

—¿Dónde está...?

—¿Minor? Ya no tienes que preocuparte por él. La policía llegó a tiempo y se lo llevó. Esta vez no va a volver a hacerte daño.

Aylin cerró los ojos con fuerza, como si necesitara escuchar esas palabras una vez más para creerlas.

Ángel notó el miedo que todavía había en ella y habló con firmeza.

—Ya terminó, Aylin. Ya no estás sola. Aquí estás segura, tus padres vienen de camino y yo no voy a moverme de este hospital hasta saber que estás bien.

Apenas habían pasado unos minutos cuando las puertas de urgencias volvieron a abrirse.

Los padres de Aylin entraron casi corriendo, con el rostro completamente desencajado. En cuanto su madre la vio sobre la camilla, conectada a varios monitores y con el cuerpo cubierto de vendajes, sintió que las piernas le fallaban.

Sin importarle nada más, se acercó hasta ella y la abrazó con toda la fuerza que pudo, procurando no lastimarla.

—Perdóname... perdóname, mi amor... —repetía entre lágrimas mientras acariciaba su cabello—. Nunca debimos dejarte sola. Si hubiera sabido que algo así iba a pasar, jamás me habría ido. Perdóname...

Su padre se acercó unos segundos después. Sus ojos estaban completamente enrojecidos. Quiso decir algo, pero ninguna palabra fue suficiente para expresar lo que sentía.

Simplemente tomó la mano de su hija con firmeza.

—Ya estamos aquí, princesa... —susurró con la voz quebrada—. No vamos a volver a dejarte sola. Te lo prometo.

Su padre se acercó unos segundos después. Sus ojos estaban completamente enrojecidos. Quiso decir algo, pero ninguna palabra fue suficiente para expresar lo que sentía.

Simplemente tomó la mano de su hija con firmeza.

—Ya estamos aquí, princesa... —susurró con la voz quebrada—. No vamos a volver a dejarte sola. Te lo prometo.

Unos minutos después, la puerta de la habitación volvió a abrirse.

La doctora entró con una carpeta entre las manos y una ligera sonrisa al ver que Aylin ya estaba despierta.

—Buenos días, Aylin. ¿Cómo te sientes?

Aylin dejó escapar un pequeño suspiro antes de responder.

—Cansada... pero viva, que supongo es lo importante.

—Sí... definitivamente es lo más importante.

Revisó unos documentos y luego volvió a dirigir su mirada hacia ella.

—Las heridas del abdomen volvieron a abrirse, pero logramos volver a suturarlas a tiempo. También revisamos los moretones; algunos siguen bastante marcados, pero poco a poco irán desapareciendo.

Aylin bajó la mirada hacia los vendajes que cubrían parte de su abdomen.

—¿Y esto... cuánto tiempo voy a tener que usarlo?

—Hasta que la herida cierre completamente. Es muy importante que no hagas esfuerzos, que mantengas la zona limpia y que sigas todas las indicaciones que te vamos a dar. Si notas sangrado, fiebre, mucho dolor o cualquier cambio fuera de lo normal, vienes de inmediato al hospital. ¿De acuerdo?

—Está bien...

Permaneció unos segundos en silencio antes de volver a hablar.

—¿Ya puedo irme a mi casa?

—Sí, claro —respondió la doctora con una sonrisa tranquilizadora—. Solo necesito terminar el proceso de alta y preparar la receta con los medicamentos que vas a necesitar. En cuanto esté listo, podrás regresar con tu familia.

Horas después, cuando los doctores confirmaron que podía regresar a casa para continuar su recuperación, Aylin salió del hospital completamente agotada.

El simple hecho de mantenerse despierta le costaba.

Una enfermera la llevó en silla de ruedas hasta la salida, donde Ángel ya los esperaba con su carro. Apenas la vio aparecer, se levantó de inmediato para ayudarla. Con mucho cuidado, la acompañó hasta el asiento, procurando que ninguno de sus movimientos aumentara el dolor que todavía recorría su cuerpo.

El trayecto de regreso transcurrió casi en completo silencio.

Aylin permaneció mirando por la ventana. Sentía el cuerpo adolorido, pero el peso que llevaba en el corazón era todavía más difícil de soportar.

Al llegar a casa, su padre abrió la puerta del carro y, sin decir una sola palabra, la tomó entre sus brazos.

La cargó con el mayor cuidado posible y la llevó hasta su habitación, mientras su madre caminaba a su lado acomodando las almohadas y preparando todo para que pudiera descansar.

Cuando por fin quedó recostada en su cama, Aylin dejó escapar un suspiro largo.

Estar de nuevo en casa le daba una sensación de alivio que no había sentido desde hacía días, aunque el dolor seguía presente. Cada pequeño movimiento le recordaba las heridas que aún cubrían su cuerpo y el esfuerzo que este hacía por recuperarse.

Permaneció unos minutos mirando el techo hasta que, con cierta dificultad, recorrió la habitación con la vista. Todo seguía exactamente donde lo había dejado antes de salir aquella mañana. Al girar ligeramente la cabeza hacia la puerta abierta, alcanzó a ver parte de la sala y se sorprendió al encontrar la casa completamente limpia y ordenada, como si nada hubiera sucedido entre esas paredes.

No tardó en comprender que las vecinas habían entrado para ayudar a sus padres mientras ella estaba en el hospital. Agradeció aquel gesto en silencio. Sabía que habían intentado protegerla, borrar cualquier rastro de aquella pesadilla para que, al regresar, no tuviera que enfrentarse de nuevo a las imágenes de lo ocurrido.

Sin embargo, por más impecable que luciera la casa, había recuerdos que ninguna persona podía limpiar. Esos seguían viviendo dentro de ella, apareciendo una y otra vez cada vez que cerraba los ojos.

Todo se había salido de control.

Lo que alguna vez creyó que era una amistad terminó convirtiéndose en una de las experiencias más dolorosas que había vivido. Jamás imaginó que una persona en la que había depositado su confianza pudiera llegar a hacerle tanto daño.

Los días siguientes no fueron fáciles para Aylin.

Aunque las heridas comenzaban a cerrar poco a poco, el dolor seguía acompañándola en cada movimiento. Los vendajes cubrían parte de su abdomen y sus costillas aún le recordaban, con cada respiración profunda, todo lo que había ocurrido aquella mañana.

Aun así, no podía darse el lujo de quedarse en casa.

Los exámenes habían comenzado.

Así que, cada mañana, respiraba hondo antes de salir, se colocaba el uniforme con cuidado para que los vendajes no se notaran demasiado y dibujaba una pequeña sonrisa en su rostro. No era una sonrisa porque estuviera bien, sino una máscara para evitar preguntas que todavía no estaba preparada para responder.

En el colegio caminaba despacio, procurando que nadie notara el dolor que escondía detrás de cada paso. Cuando las molestias se volvían insoportables, simplemente decía que se sentía un poco cansada. Nadie imaginaba la batalla que libraba en silencio.

Con el paso de los días, comenzó a sentir que, por fin, la tormenta estaba llegando a su final.

El proceso legal seguía su curso, Minor había desaparecido por completo de su vida y, por primera vez en mucho tiempo, Aylin creyó que tal vez podría volver a vivir sin mirar constantemente por encima del hombro.

Aquella tarde, después de regresar del colegio, se sentó en el escritorio de su habitación para repasar los últimos temas de un examen.

De pronto, escuchó el ruido de una moto detenerse frente a la casa.

No esperaba a nadie.

Con cuidado, dejó el cuaderno sobre el escritorio y caminó lentamente hasta la puerta. Al abrir, encontró a un hombre con uniforme de mensajería sosteniendo un paquete envuelto en papel café.

—Buenas tardes. ¿Eres Aylin? —preguntó el hombre.

Ella asintió con cautela.

—Sí... ¿ocurre algo?

—Vengo a entregarte este paquete. Me pidió tu abogada que te dijera algo muy específico.

—¿Qué cosa?

—Que ya puedes estar tranquila... que todo terminó. Pero también me pidió que lo abras apenas lo recibas. Me dijo que es muy importante que lo veas.

Sin entender del todo, Aylin tomó el paquete entre sus manos. Al acomodarlo, algo llamó su atención. Sobre el papel que lo envolvía había pequeñas manchas de sangre. Su respiración se cortó por un instante y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sin decir una sola palabra, levantó lentamente la mirada hacia el mensajero, buscando una explicación.

—Eso es todo. Que tengas una linda tarde.

El hombre encendió nuevamente la moto y se marchó.

Aylin permaneció inmóvil frente a la puerta, sosteniendo el paquete entre sus manos.

Aylin entró de nuevo a la casa y caminó hasta su habitación. Dejó el paquete sobre el escritorio y se quedó mirándolo fijamente, sin imaginar lo que había dentro. Mientras permanecía en silencio, intentando reunir el valor para acercarse, volvió a escuchar que llamaban su nombre desde afuera, por lo que salió nuevamente para ver quién era.

—Hola —dijo Ángel apenas la vio.

—Hola... ¿qué pasa?

—Nada. Quería verte un momento. Necesito que veas algo.

—¿Qué cosa? ¿Es algo malo? ¿Te pasó algo?

—No... es que me llegó un paquete extraño.

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Necesito que lo veas con tus propios ojos.

Ambos entraron a la habitación, donde el paquete seguía sobre el escritorio, con las manchas de sangre que llamaban la atención de inmediato. Ángel se quedó observándolo durante unos segundos. Le parecía sospechoso, aunque intentaba pensar que tal vez no era nada grave.

—¿Piensas abrirlo? —preguntó, sin dejar de mirarlo.

—No lo sé... me da miedo. Pero creo que ya he pasado por mucho como para tenerle miedo a algo así, ¿no crees?

Ángel la miró unos segundos y luego volvió la vista hacia el paquete.

—¿Quieres que te ayude a abrirlo?

—Sí... si quieres.

Ángel respiró hondo y se arrodilló frente al escritorio.

—Lo voy a abrir despacio, ¿sí? Si vemos algo raro, lo dejamos ahí.

Aylin sentía el corazón latiendo con fuerza mientras observaba cada movimiento de Ángel.

Ángel respiró hondo y, con el mayor cuidado posible, comenzó a despegar la cinta adhesiva. Cada movimiento era lento, casi con temor de encontrar algo peor de lo que imaginaban.

Cuando la tapa finalmente cedió, un silencio incómodo llenó la habitación.

Ángel miró el interior y su expresión cambió de inmediato.

Dentro del sobre había varias fotografías acomodadas sin ningún orden, como si alguien las hubiera lanzado apresuradamente. Entre ellas descansaba un sobre blanco, cuyas esquinas estaban salpicadas por pequeñas gotas de sangre ya secas, formando manchas oscuras sobre el papel.

—Aylin... creo que esto es de Minor.

Había fotos de las pocas veces que habían salido juntos, otras en las que ambos sonreían sin imaginar todo lo que terminaría ocurriendo y, entre ellas, una llamó especialmente su atención.

Era la fotografía que se había tomado el día de su graduación.

Aylin abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cómo...?

Era la de su graduación.

La sostuvo unos segundos entre las manos, observándola con atención. Recordaba perfectamente el día en que la habían tomado, pero no recordaba haber visto a Minor cerca, mucho menos haberle entregado una copia.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Continuó pasando las demás fotografías una por una. Cada imagen parecía arrancar un recuerdo que había intentado enterrar: conversaciones, salidas, sonrisas

que ahora le resultaban extrañas y una confianza que, con el tiempo, terminó convirtiéndose en uno de los mayores arrepentimientos de su vida.

Aylin permanecía completamente en silencio, perdida entre aquellos recuerdos, mientras Ángel dejaba las fotografías a un lado y tomaba con cuidado el sobre manchado de sangre seca. Lo sostuvo unos instantes entre sus manos, observándolo con preocupación, hasta que finalmente volvió la mirada hacia ella y se lo extendió lentamente.

—Aylin... creo que deberías leer esto.

Aylin sostuvo el sobre entre sus manos durante varios segundos. Sentía el papel áspero bajo sus dedos y, aunque intentaba reunir el valor para abrirlo, algo dentro de ella le decía que, una vez leyera aquellas palabras, ya no habría forma de ignorar lo que estaba ocurriendo.

Respiró profundamente, intentando controlar el temblor de sus manos. Con cuidado rompió el sello y deslizó lentamente la hoja hacia afuera.

Ángel permanecía a su lado, sin decir una sola palabra. No quería presionarla. Su mirada iba de la carta al rostro de Aylin, atento a cualquier cambio en su expresión.

Ella bajó la vista.

Sus ojos recorrieron las primeras líneas, pero las letras parecían mezclarse unas con otras. Trató de concentrarse mientras el silencio de la habitación se volvía cada vez más pesado. Sentía el corazón golpeándole el pecho con tanta fuerza que apenas podía escuchar otra cosa.

La carta decía:

"Aylin:

No sé si algún día llegarás a leer esto, pero necesitaba dejar estas palabras antes de irme.

Primero quiero pedirte perdón. No por buscar que olvides lo que pasó, porque sé que hay cosas que no se pueden borrar, sino porque sé que fui yo quien tomó decisiones que te hicieron daño.

Durante mucho tiempo quise creer que todo lo que hacía era por amor, pero ahora entiendo que estaba equivocado. El amor no lastima, no obliga y no hace sentir miedo a la persona que dice querer.

No quiero que pienses que lo que ocurrió fue tu culpa. No lo fue. Tú no provocaste mis acciones, yo fui quien decidió actuar de una manera que nunca debió hacerlo.

Me duele saber que alguien que alguna vez quiso verme sonreír terminó teniendo que alejarse de mí para sentirse segura.

Ojalá algún día puedas recordar los momentos buenos sin que los malos tengan más fuerza. Ojalá vuelvas a ser esa persona que sonreía sin miedo, que tenía sueños y que quería salir adelante.

Gracias por los momentos que compartimos, por la paciencia que me tuviste y por haber intentado verme de una manera que quizás yo mismo no pude ver.

No cargues con mi culpa, Aylin. Esa siempre fue mía.

Cuídate mucho y sigue adelante. Mereces encontrar una felicidad que yo no supe darte."

Al terminar de leer la última palabra, Aylin dejó de mover los ojos sobre el papel.

Durante unos segundos permaneció completamente quieta, con la carta todavía entre sus manos, como si su cuerpo hubiera reaccionado antes que su mente y no supiera cómo continuar.

Aquellas palabras seguían repitiéndose en su cabeza.

No podía asimilarlo.

Había pasado tanto tiempo intentando sanar las heridas que Minor había dejado en ella, intentando entender cómo alguien que decía quererla había podido causarle tanto daño, que nunca imaginó que terminaría recibiendo una noticia así.

Sus padres.

Aquellas personas que lo habían visto crecer, que habían estado a su lado durante tantos años y que ahora tendrían que aprender a vivir con su ausencia. Tendrían que despertar cada mañana sabiendo que su hijo ya no estaba, enfrentando una decisión que ellos nunca pudieron evitar.

Ese pensamiento fue el que terminó quebrando la poca fuerza que Aylin todavía intentaba mantener.

Bajó la mirada mientras apretaba la carta entre sus manos. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y, por más que intentó contenerlas, algunas terminaron cayendo sobre el papel.

No sabía cómo sentirse.

Una parte de ella seguía recordando el miedo, el dolor y todo lo que había vivido por culpa de Minor. Pero otra parte no podía ignorar que, detrás de todo lo ocurrido, ahora había una familia que estaba sufriendo una pérdida irreparable.

Una tristeza profunda por una situación que nadie había imaginado terminar viviendo.

Ángel permaneció a su lado en silencio. Al verla así, notó que ya no estaba mirando la carta, sino intentando comprender todo lo que esas palabras significaban.

Con cuidado se acercó un poco más, sin querer presionarla.

—Aylin... —dijo suavemente—. ¿Qué dice la carta?

—Todo esto fue mi culpa... —dijo Aylin entre lágrimas, con la voz quebrada por la desesperación—. Esto no debió pasar.

Ángel sintió cómo ella se derrumbaba frente a él. Se acercó con cuidado e intentó que lo mirara a los ojos.

—Aylin... tranquila. Mírame.

Pero ella apenas podía hacerlo. Sus lágrimas no dejaban de caer mientras negaba con la cabeza.

—No entiendes... yo fui quien empezó todo esto. Si yo no hubiera actuado así, si no hubiera tomado esas decisiones...

Su voz se apagó mientras el dolor volvía a apoderarse de ella.

Ángel respiró profundo y sostuvo sus manos con firmeza.

—Aun así, Aylin, eso no significa que sea tu culpa. Nada justifica lo que él hizo, ni las decisiones que tomó después.

Ella lo miró con los ojos llenos de tristeza.

—Pero yo fui parte de todo esto...

—Fuiste parte de una historia, no responsable de sus decisiones —respondió Ángel con calma—. Él eligió cómo actuar, eligió cómo enfrentar sus errores. Tú no lo obligaste a hacerte daño, y mucho menos lo obligaste a quitarse la vida.

Aylin bajó la mirada mientras nuevas lágrimas recorrían su rostro.

—Yo no quería que terminara así... —susurró—. Mucho menos por sus padres. Ellos no merecían pasar por esto.

Ángel no respondió de inmediato. Solo la abrazó con cuidado, dejando que sacara todo aquello que llevaba dentro.

Aylin se aferró a él mientras lloraba, sintiendo por primera vez que ya no tenía que cargar sola con ese peso.

—Ya está, Aylin... —susurró Ángel—. Estoy aquí contigo. Sé que duele, sé que es difícil entenderlo ahora, pero esto no fue tu culpa.

Mientras Ángel permanecía junto a Aylin, notó que ella seguía perdida en sus pensamientos después de leer la carta.

Sin decir nada, decidió quitarle un poco de peso a ese momento.

Tomó nuevamente las fotografías que estaban dentro de la caja y comenzó a revisarlas con calma, apartando las que podían hacer que Aylin se sintiera peor. No quería que siguiera hundiéndose en esos recuerdos cuando apenas estaba intentando procesar todo lo ocurrido.

Pasaron algunas horas cuando unos golpes en la puerta interrumpieron el silencio de la casa. Aylin levantó la mirada sin imaginar quién podía ser. Al abrir, se quedó quieta al ver a los padres de Minor frente a ella.

Ambos tenían una expresión cansada y llena de tristeza. No dijeron mucho, simplemente la saludaron con una mirada que decía más que cualquier palabra. Aylin los dejó pasar en silencio mientras Ángel permanecía a su lado, acompañándola sin intervenir.

La madre de Minor fue la primera en acercarse. Caminó lentamente hacia Aylin y, después de unos segundos, se arrodilló frente a ella para quedar a su altura y poder mirarla a los ojos. En su rostro se reflejaba el dolor de una madre que acababa de perder a su hijo, pero también la necesidad de decir algo que llevaba guardado.

—Perdónanos.

—No tienen que pedirme perdón...

—Sí tenemos que hacerlo. Porque aunque nuestro hijo fue quien tomó sus decisiones, nosotros también sentimos que fallamos. No vimos lo que estaba pasando, no supimos poner límites a tiempo y tú terminaste sufriendo por todo eso.

Aquellas palabras hicieron que Aylin sintiera un nudo en la garganta.

—Tranquilos... —respondió con la voz débil—. Más bien creo que yo debería pedirles perdón a ustedes.

Los dos la miraron sorprendidos.

—Por mi culpa ustedes perdieron a su único hijo...

El padre de Minor negó de inmediato.

—No, Aylin. No digas eso.

Su voz fue firme, pero llena de dolor.

—Tú no tienes la culpa. Tú fuiste la persona que sufrió y eso es algo que nosotros nunca vamos a olvidar.

Se quedó en silencio, sin saber qué palabras podían arreglar una situación así.

Dentro de ella todavía había muchas emociones mezcladas. Dolor, tristeza, culpa y una sensación extraña que no lograba explicar.

Después de unos minutos, la madre de Minor tomó aire.

—Bueno... nosotros ya tenemos que irnos. Tenemos que prepararnos para el funeral. Si quieres ir, puedes hacerlo hoy o mañana. Pero solo si tú sientes que estás preparada.

Después de unos minutos, los padres de Minor se despidieron y se fueron de la casa de Aylin.

La puerta se cerró lentamente, dejando nuevamente un silencio que parecía pesar más que antes.

Aylin permaneció quieta en la sala, mirando hacia un punto perdido.

Ver a la familia de Minor despidiéndose de él.

Enfrentarse una vez más a todo lo que había ocurrido.

Una parte de ella sentía que debía hacerlo, pero otra sabía que todavía no estaba preparada para algo así.

Ángel la observó desde un lado.

Podía notar que Aylin estaba atrapada en sus pensamientos, intentando tomar una decisión que le estaba haciendo demasiado daño.

—No estarás pensando en ir, ¿verdad? —preguntó con preocupación.

Aylin bajó la mirada.

—No sé, Ángel... Todo esto es demasiado difícil. No sé qué debería hacer.

Él dio un paso hacia ella, intentando hacerla entrar en razón.

—Aylin, ni se te ocurra ir si todavía no estás lista.

—Por favor... necesito que me des mi espacio. Te agradezco que hayas venido y que hayas estado conmigo, de verdad. Pero solo necesito estar sola un momento para ordenar mi cabeza.

Ángel la miró preocupado.

No quería irse, pero también entendía que quedarse podía hacer que ella se sintiera más presionada.

—Está bien...

Hizo una pequeña pausa antes de salir.

—Pero no te enojes conmigo, ¿sí? Si necesitas algo, cualquier cosa, me llamas.

Ángel salió de la casa y cerró la puerta detrás de él.

Al día siguiente, después de terminar su examen, Aylin salió del colegio como cualquier otro día. Intentó concentrarse en su rutina y actuar con normalidad, pero su mente seguía regresando una y otra vez a todo lo que había ocurrido.

Como siempre, llamó a su tía para que pasara por ella. Al subir al carro, mientras se acomodaba en el asiento, algo llamó su atención. En la venda que cubría una de sus heridas había aparecido una pequeña mancha de sangre.

Durante unos segundos se quedó observándola con preocupación, pensando si debía decir algo o si aquello significaba que algo no estaba bien. Sin embargo, decidió restarle importancia. No quería preocupar a nadie más, así que simplemente intentó convencerse de que no era nada grave.

El camino transcurrió en silencio.

Su tía la conocía lo suficiente para notar que algo era diferente. Aylin normalmente hablaba de cualquier cosa, contaba cómo había sido su día o simplemente buscaba alguna conversación, pero esta vez permanecía mirando por la ventana, perdida en sus propios pensamientos.

—¿Qué tienes? —preguntó su tía con cuidado.

Aylin tardó unos segundos en responder.

—Nada... solo estoy pensando en algunas cosas.

Intentó sonreír para tranquilizarla, aunque sabía que esa respuesta no explicaba realmente lo que sentía.

Pasaron unos minutos más hasta que Aylin, sin dejar de mirar hacia afuera, volvió a hablar.

—Oye... ¿ya te diste cuenta de que el chico que me lastimó...?

La frase quedó incompleta.

Solo mencionar el tema hizo que algo dentro de ella se cerrara nuevamente.

—Tía, por favor... no quiero hablar de esto —dijo en voz baja, interrumpiéndose a sí misma.

Aunque todavía tenía miedo, aunque sabía que enfrentarse a ese momento no sería sencillo, sentía que necesitaba hacerlo.

Necesitaba despedirse.

—Quiero ir al funeral —dijo finalmente.

Su tía la miró sorprendida.

—¿Estás segura, Aylin?

Ella bajó la mirada por unos segundos, pensando en todo lo que esa decisión significaba.

—Sí... quiero ir.

—Sabes que tus papás podrían molestarse si te llevo, ¿verdad?

—Lo sé, pero necesito hacerlo. Solo llévame, por favor.

Su tía la observó en silencio. Sabía que no era una decisión tomada por impulso, sino algo que Aylin necesitaba para poder cerrar una parte de su historia.

—Está bien... iremos.

Y sin decirle nada a sus padres todavía, cambiaron el rumbo.

Aylin sabía que enfrentarse a ese lugar significaba volver a mirar una parte de su pasado que todavía le dolía, pero también sabía que algunas heridas no comenzaban a sanar hasta que uno tenía el valor de enfrentarlas.

Al llegar al funeral, Aylin bajó del carro lentamente.

—Aylin... ¿estás segura de que quieres hacer esto?

Ella permaneció unos segundos en silencio, observando la entrada del lugar.

—Ya estamos aquí... y no hay vuelta atrás —respondió con una voz baja.

Su tía notó lo pálida que estaba.

—Es que te veo diferente. No sé si realmente estás lista para enfrentarte a esto.

—Tía, no me va a pasar nada. Solo necesito hacerlo. Espérame aquí, ¿sí?

—Está bien. Me avisas cualquier cosa.

Aylin le dio una pequeña sonrisa antes de entrar.

Al cruzar las puertas del lugar, sintió de inmediato el peso del ambiente. Todo parecía detenido en el tiempo. El silencio llenaba cada espacio, interrumpido únicamente por algunos susurros bajos y el sonido de personas intentando contener sus propias lágrimas.

Amigos, conocidos y familiares de Minor permanecían alrededor, algunos con la mirada perdida, otros observando en silencio el ataúd como si todavía intentaran aceptar que aquello era real. Cada persona cargaba con su propio dolor, enfrentando una ausencia que nadie estaba preparado para vivir.

Al verla entrar, la madre de Minor se acercó a ella.

Sin decir muchas palabras, la abrazó con fuerza.

—Gracias por venir, Aylin... de verdad significa mucho para nosotros.

Aylin correspondió el abrazo durante unos segundos, aunque su mente seguía lejos de ese momento. No sabía qué responder, porque cualquier palabra parecía insuficiente para una situación así.

Con cuidado se separó de ella y continuó caminando.

Cada paso que daba la acercaba más al lugar que había intentado evitar desde que entró.

Mientras avanzaba, sintió cómo su pecho comenzaba a pesar más. Era como si cada recuerdo que había intentado guardar volviera de golpe a su mente. Los momentos buenos, las conversaciones, las veces que creyó conocerlo y también todo aquello que terminó lastimándola.

Una parte de ella quiso detenerse.

Por un instante pensó en dar la vuelta, salir de aquel lugar y evitar enfrentarse a todo lo que estaba sintiendo. Era demasiado difícil estar ahí, frente a una realidad que nunca imaginó vivir.

Había llegado hasta ese lugar porque, aunque existía dolor y muchas heridas que todavía no cerraban, una parte de ella necesitaba hacerlo.

Cuando finalmente llegó frente al ataúd, se quedó quieta.

No dijo nada.

Simplemente lo miró a través del vidrio, sintiendo cómo todos los recuerdos que había intentado mantener lejos comenzaban a regresar poco a poco.

Durante mucho tiempo solo había pensado en el daño que había recibido, en las noches en las que lloró y en todo lo que había tenido que enfrentar después de lo ocurrido.

Pero en ese momento, al verlo allí, también recordó que antes de todo eso había existido una historia.

Habían existido conversaciones, momentos compartidos y una persona que alguna vez significó algo para ella.

—Perdóname... —susurró.

Su voz apenas salió entre las lágrimas.

—Perdóname... yo nunca quise que esto terminara así.

Se quedó unos segundos en silencio, intentando encontrar las palabras que durante tanto tiempo no había podido decir.

—No fue mi intención que llegáramos hasta este punto...

Y aunque sabía que ya no podía cambiar nada, necesitaba decirlo.

Necesitaba sacar todo aquello que había guardado en su corazón durante meses, aunque la única respuesta que recibiera fuera el silencio.

Mientras Aylin permanecía frente al ataúd, nadie notó al principio que algo no estaba bien.

Sus vendas comenzaron a teñirse lentamente de rojo.

Al inicio fue apenas una pequeña mancha, algo que ella misma intentó ignorar. Pensó que tal vez era parte del momento, que la debilidad que sentía venía de estar ahí, enfrentándose a tantos recuerdos y emociones difíciles.

Pero no era solo eso.

Sin darse cuenta, la herida había comenzado a abrirse nuevamente y estaba perdiendo más sangre de lo normal.

Poco a poco, Aylin comenzó a sentir que algo dentro de ella no estaba bien.

Su respiración se volvió más lenta y pesada, como si cada vez le costara más tomar aire. El sonido de las personas a su alrededor empezó a perder claridad; las voces, los pasos y los murmullos se mezclaban hasta convertirse en un ruido lejano.

Con esfuerzo, intentó alejarse del ataúd.

Dio unos pasos lentos, pero en ese momento la madre de Minor fue una de las primeras personas en notar que algo estaba mal.

Su expresión cambió al verla.

La madre de Minor la observó su rostro cada vez más pálido y luego bajó la mirada, notando la sangre que había comenzado a atravesar la tela que cubría sus heridas....

—Mi niña... ¿qué te pasa? —preguntó acercándose rápidamente.

Quiso decir que estaba bien, que no era nada, como tantas otras veces había intentado convencer a los demás.

Pero esta vez las palabras no lograron salir.

Su cuerpo comenzó a sentirse cada vez más pesado, como si de pronto toda la fuerza que había mantenido durante esos días desapareciera de golpe.

Intentó mantenerse de pie.

Se aferró a la idea de que solo necesitaba aguantar un poco más, caminar unos pasos y salir de ahí.

Pero sus piernas ya no respondieron.

Su vista comenzó a nublarse y el sonido de las voces a su alrededor se volvió distante. Intentó buscar algo a lo que sostenerse, pero no encontró fuerzas suficientes.

Antes de que alguien pudiera llegar hasta ella, su cuerpo perdió el equilibrio.

Aylin cayó al suelo.

El golpe hizo que todos alrededor voltearan de inmediato, rompiendo el silencio que había acompañado aquel momento.

—¡Aylin! —gritó su tía al verla caer.

El silencio del funeral desapareció en ese instante.

Las personas comenzaron a acercarse con preocupación mientras su tía corría hacia ella, intentando sostenerla y entender qué estaba pasando.

No pasó mucho tiempo antes de que tuvieran que llamar nuevamente a una ambulancia.

La situación de Aylin era más delicada de lo que todos habían imaginado. La herida se había abierto más de lo esperado y estaba perdiendo una cantidad de sangre que su cuerpo ya no podía compensar.

Necesitaba una transfusión lo antes posible.

Mientras los paramédicos trabajaban para estabilizarla, Aylin permanecía cada vez más débil, apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor. Las voces llegaban lejanas y sus ojos apenas lograban mantenerse abiertos.

Al llegar al hospital, no hubo tiempo que perder.

Fue llevada nuevamente al área de emergencias y de inmediato trasladada al quirófano. Los médicos sabían que cada minuto era importante, pero antes de poder realizar una transfusión necesitaban encontrar una sangre compatible.

Mientras tanto, su tía permanecía afuera, esperando con una angustia que no podía ocultar.

Había llamado a los padres de Aylin y ellos ya estaban en camino.

No podía dejar de pensar en todo lo que había ocurrido. En cuestión de horas, Aylin había pasado de intentar despedirse de alguien que marcó su vida a estar nuevamente luchando por la suya.

Después de unos minutos que parecieron eternos, una enfermera salió rápidamente del área de cirugía.

—Necesitamos una transfusión de sangre lo antes posible —dijo con seriedad—. Tenemos que hacerle unos análisis para saber si alguien puede ayudarnos.

La tía de Aylin se levantó de inmediato.

—Claro... hagan lo que sea necesario. Mientras más rápido, mejor.

La enfermera la llevó a realizarle las pruebas correspondientes.

Sin imaginarlo, aquella respuesta terminaría convirtiéndose en algo que podría marcar la diferencia.

Los resultados confirmaron que podía ayudar.

De inmediato comenzaron el proceso y la llevaron para realizar la extracción de sangre necesaria.

Mientras varios tubos eran preparados para ser trasladados al quirófano, Aylin continuaba dentro, rodeada de médicos que luchaban por estabilizarla.

Una vez más, su vida dependía de que llegaran a tiempo.

Y mientras afuera su familia esperaba con miedo, dentro de aquella sala los doctores hacían todo lo posible para traerla de vuelta.

Dentro del quirófano, la situación de Aylin seguía siendo delicada.

Los médicos trabajaban con rapidez, intentando detener la hemorragia y estabilizar sus signos vitales. Cada minuto era importante, y aunque la transfusión había comenzado, su cuerpo todavía estaba demasiado débil después de todo lo que había vivido en los últimos días.

Después de varias horas de tensión, los médicos finalmente lograron estabilizar a Aylin.

La transfusión había funcionado y, aunque todavía estaba débil, ya no se encontraba en peligro inmediato.

Poco a poco, sus heridas comenzaron a recibir el cuidado necesario para poder sanar, pero esta vez los doctores decidieron dejarla internada para vigilar su recuperación.

Su familia permaneció cerca, agradeciendo que una vez más hubiera logrado salir adelante.

Durante esos días de internamiento, Aylin comenzó poco a poco a recuperar fuerzas. Cada mañana, los médicos llegaban para revisarla y, con el paso del tiempo,

sus heridas empezaron a sanar. Su cuerpo, después de haber pasado por tanto, finalmente parecía estar respondiendo.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que quizás todo estaba llegando a su fin. Pensó que tal vez podría volver a una vida normal, a preocuparse por cosas propias de alguien de su edad y dejar atrás los hospitales, los miedos y todas aquellas situaciones que habían marcado los últimos meses.

Sus amigos continuaron visitándola en el hospital. Llegaban para acompañarla, distraerla y hacer que por algunos momentos olvidara todo lo que había vivido. Entre conversaciones sencillas y pequeños momentos de tranquilidad, Aylin empezó a sentir que volvía a encontrar un poco de paz.

Pero esa tranquilidad no duraría demasiado.

Una noche, cuando pensaba que por fin estaba dejando atrás aquella etapa, su celular comenzó a sonar. Al mirar la pantalla, vio que era su abogada.

Después de saludarla, su abogada le explicó que necesitaban realizarle unos nuevos exámenes de sangre. Ya había hablado con el personal médico del hospital para que pudieran ayudarla, pero había algo que debía explicarle antes.

Los nuevos análisis relacionados con los exámenes de fertilidad que se habían realizado a Minor habían revelado una confusión en los resultados anteriores. Lo que durante tanto tiempo habían creído no era completamente cierto, y ahora existía la posibilidad de que Minor sí pudiera haber tenido hijos.

Aylin permaneció en silencio al escuchar aquello.

Sintió cómo todo lo que había intentado superar volvía de golpe a su mente. Aquella noticia abría nuevamente una puerta que ella creía cerrada y despertaba preguntas que nunca había querido hacerse.

Después de todo lo ocurrido, después del dolor, la culpa y todo lo que había enfrentado, todavía existía algo que necesitaba descubrir.

Pocos minutos después de terminar la llamada, una enfermera entró a la habitación.

Aunque intentaba mantenerse tranquila, por dentro sentía que todo volvía a desordenarse.

—Aylin, venimos a realizarte los exámenes que solicitaron —explicó la enfermera con suavidad.

Aylin permaneció en silencio mientras le tomaban la muestra. Aunque intentaba convencerse de que quizás no era nada, en el fondo sentía miedo de conocer la respuesta.

Las horas siguientes parecieron eternas. Aylin intentó distraerse mirando el techo, revisando su celular o hablando con sus amigos cuando iban a visitarla, pero nada lograba quitarle esa sensación de incertidumbre que llevaba en el pecho.

Hasta que finalmente llegó el resultado.

La respuesta que tanto había intentado evitar apareció frente a ella.

Aylin estaba embarazada.

Por unos segundos no reaccionó. No lloró, no habló. Simplemente se quedó mirando aquella noticia como si su mente no pudiera aceptarla.

Después de todo lo que había pasado, después del dolor, del miedo y de todo lo que había intentado reconstruir, sentía que la vida volvía a ponerla frente a una situación que no sabía cómo enfrentar.

Aylin dejó de ser la misma durante su estancia en el hospital. Hablaba menos, sonreía menos y pasaba largos momentos en silencio, intentando entender cómo seguir adelante con una realidad que nunca imaginó vivir.

Y aunque las personas que la querían intentaban acompañarla, ella sentía que estaba atrapada en una batalla interna que nadie más podía ver.

Dentro del hospital, los médicos decidieron realizarle su primer ultrasonido.

Después de todas las cirugías, las heridas y el desgaste físico que había atravesado, necesitaban asegurarse de que todo estuviera bien y descartar cualquier posible complicación.

Aylin permaneció en silencio durante todo el momento.

Simplemente observaba la pantalla mientras intentaba asimilar todo lo que estaba ocurriendo.

—Bien... —dijo finalmente la doctora después de revisar los resultados—. Parece que todo está bien por ahora.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Pero después de todo lo que has pasado, tenemos que considerarlo un embarazo de riesgo. Necesitamos que tengas muchos cuidados y que vengas a los controles que sean necesarios.

Intentó mostrar una pequeña sonrisa, como si con eso pudiera demostrar que estaba tranquila, pero en realidad seguía cargando con demasiadas cosas dentro.

Desde que había recibido la noticia, no había logrado procesarla por completo.

Pero frente a los demás intentaba aparentar que estaba bien, como si todo estuviera bajo control.

La doctora terminó el procedimiento y comenzó a guardar los instrumentos.

—Listo, ya terminamos. Por tu situación vamos a mantenerte vigilada y te realizaremos controles las veces que sean necesarias para asegurarnos de que todo siga bien.

Mientras la doctora salía de la habitación, ella se quedó mirando la pantalla apagada del ultrasonido.}}

Esa noche, cuando la habitación quedó en silencio y por un momento sintió que estaba completamente sola, Aylin ya no pudo seguir conteniéndose.

Las lágrimas comenzaron a salir sin parar.

No eran lágrimas de tristeza solamente, eran el resultado de meses acumulando dolor, miedo y situaciones que sentía que nunca terminaban.

Se abrazó a sí misma mientras intentaba encontrar una respuesta a algo que parecía no tenerla.

No sabía cómo enfrentar aquella nueva realidad.

No quería que su vida siguiera cambiando de esa manera. Sentía miedo de lo que venía, miedo de no poder con todo lo que llevaba encima y de tener que enfrentar una situación que nunca había elegido.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que ya no tenía fuerzas.

Pensamientos oscuros comenzaron a aparecer en su mente mientras lloraba desesperadamente, preguntándose cuánto más podía soportar.

Pero en medio de todo ese dolor, una pequeña parte de ella seguía ahí.

La misma parte que tantas veces había encontrado una razón para continuar.

Aunque en ese momento no podía verla con claridad, todavía existía una posibilidad de que las cosas cambiaran.

Con las pocas fuerzas que todavía tenía, Aylin se levantó lentamente de la cama.

Sentía que ya no podía cargar con nada más.

La noticia del embarazo, todo lo ocurrido con Minor, el miedo y el cansancio acumulado durante tantos meses habían terminado por dejarla completamente agotada.

Caminó hasta una esquina de la habitación y tomó unas tijeras que estaban cerca, sin saber realmente qué hacer, solo sintiendo que necesitaba escapar de todo ese dolor que llevaba dentro.

Entró al baño y cerró la puerta detrás de ella.

Por unos segundos se quedó frente al espejo.

Y lo que vio la dejó sin palabras.

No reconocía a la persona que estaba frente a ella.

Era una joven que parecía haber vivido años de dolor en solo unos meses. Su rostro reflejaba cansancio, sus ojos ya no tenían la misma luz de antes y su expresión mostraba a alguien que había llegado al límite de sus fuerzas.

Afuera, una enfermera notó que había pasado demasiado tiempo y se acercó a la puerta.

—Aylin... ¿estás bien?

Aylin no respondió.

Sus ojos permanecían fijos en las tijeras que tenía cerca, mientras las lágrimas seguían cayendo sin detenerse. Por un momento, sintió que ya no tenía fuerzas para seguir luchando, que todo lo que había vivido era demasiado y que no encontraba una salida a ese dolor.

Pero entonces, desde afuera, escuchó una voz conocida.

—Aylin... necesito que me abras, ¿sí?

Era Ángel.

Solo se levantó con dificultad y se metió en la tina que estaba en el baño. Se sentó ahí, abrazándose a sí misma mientras seguía llorando con desesperación, intentando esconderse de todo lo que sentía.

Al otro lado de la puerta, Ángel esperó unos segundos.

—Aylin... por favor, háblame.

El silencio que recibió como respuesta hizo que su preocupación aumentara.

Sin pensarlo más, tuvo que romper el seguro de la puerta para poder entrar.

Cuando lo hizo, su corazón se detuvo por un instante al verla en aquella esquina, completamente quebrada, con las lágrimas recorriendo su rostro y las tijeras todavía cerca de sus manos.

—Aylin...

Se acercó lentamente, con cuidado de no asustarla.

—Tranquila, estoy aquí. No hagas nada, ¿sí? Todo va a estar bien.

—¿Para qué? —susurró entre lágrimas—. Ya no tiene sentido... mi vida se acabó.

Ángel sintió un nudo en la garganta al escucharla.

—Mírame a los ojos, Aylin... no hagas esto, no te lastimes, piensa en ti... por las personas que te aman. Por tu familia, por tus amigos... por mí.

Su voz se quebró ligeramente.

—Aylin, tú sabes que eres importante. ¿Recuerdas nuestro primer beso? ¿Recuerdas cómo te sentiste ese día?

Ella no respondió.

No porque no quisiera, sino porque ya no encontraba palabras.

—Dame eso, por favor... —dijo Ángel extendiendo su mano con calma—. Todo va a estar bien.

Después de unos segundos, Aylin soltó lentamente las tijeras.

Ángel las tomó de inmediato y se las entregó a la enfermera que había llegado al escuchar el movimiento, quien llamó a sus compañeros para ayudar.

—Ven, estoy aquí contigo —susurró Ángel mientras la ayudaba a levantarse.

Aylin no opuso resistencia.

Simplemente se dejó ayudar, agotada por todo

Ángel la acompañó de regreso a la camilla, donde unos minutos después el personal médico le administró medicación para ayudarla a tranquilizarse y poder descansar.

Mientras Aylin cerraba los ojos lentamente, Ángel permaneció a su lado.

Esta vez no quería dejarla sola.

Después de aquella noche, poco a poco Aylin tuvo que comenzar a acostumbrarse a una nueva realidad.

Una realidad que nunca imaginó vivir.

Con el paso de los días empezó a entender que, aunque el dolor seguía presente y había muchas cosas que todavía no sabía cómo enfrentar, dentro de ella había una vida que dependía de ella.

La idea de convertirse en mamá seguía siendo difícil de aceptar. Había momentos en los que el miedo volvía, en los que recordaba todo lo que había pasado y se preguntaba cómo había llegado hasta ahí.

Pero poco a poco, entre lágrimas, dudas y conversaciones con las personas que la apoyaban, comenzó a aceptar que esa sería una nueva etapa de su vida.

No porque el dolor desapareciera.

Sino porque entendió que tendría que aprender a seguir adelante con todo lo que había vivido.

11

Perdóname por esa noche

"A veces no perdemos a alguien en el momento… sino en las palabras que nunca supimos decir."

Aunque Aylin todavía tenía días difíciles, poco a poco había comenzado a adaptarse a los cambios que llegaron a su vida. Ya no lloraba todas las noches como antes, aunque había momentos en los que un recuerdo, una canción o un simple lugar podían devolverla por unos segundos a todo lo que había perdido.

Su embarazo también comenzaba a avanzar, y con él llegaban nuevas preguntas que antes evitaba pensar.

Había un detalle que Aylin todavía guardaba en silencio.

A pesar de todo lo que había ocurrido, Ángel nunca llegó a saber que ella estaba embarazada.

Esa verdad seguía dentro de ella, como algo que no había encontrado el momento ni la forma correcta de decir.

Una noche, como muchas otras, Aylin volvió a salir de madrugada para caminar y despejar su mente. Necesitaba esos momentos de silencio donde podía pensar sin que nadie le preguntara cómo estaba realmente.

Mientras caminaba por las calles casi vacías, no esperaba encontrarse con nadie. Sin embargo ese día se encontró con Ángel.

Después de un pequeño silencio, decidieron sentarse juntos en la acera, observando la tranquilidad de la noche mientras hablaban de cualquier cosa, como si por un momento pudieran olvidarse de todo lo que los rodeaba.

La noche estaba tranquila.

Aylin permanecía sentada mirando las estrellas, intentando distraer su mente por unos minutos. Por primera vez en mucho tiempo sentía un poco de calma, aunque sabía que todavía había heridas que no habían cerrado.

Ángel la observaba en silencio hasta que decidió hablar.

—Oye… ahora que pasó todo esto… ¿qué pasará con nosotros? —preguntó con curiosidad.

Aylin giró ligeramente la mirada.

—¿De qué?

—No sé… ahora que todo terminó con Minor. Nosotros… no sé qué somos o qué va a pasar.

No sabía cómo responder, porque aunque había sentimientos entre ellos, todavía había muchas cosas que seguían siendo difíciles para ella.

Ángel se acercó un poco y, sin pensarlo demasiado, coloco una de sus manos en las piernas de Aylin y tratar de besarla

Pero en cuanto sintió el contacto, Aylin reaccionó.

—¿Qué haces? —preguntó seria.

—¿Qué?

—¿Qué haces tocándome así?

Su expresión cambió al notar la molestia en sus ojos.

—Aylin, yo solo…

Ella se levantó lentamente.

—¿Sabes todo lo que he tenido que pasar? ¿Todo lo que me costó volver a sentirme segura? Y aun así haces eso… En mi vida me vuelvas a tocar así sin mi consentimiento.}

Sin esperar una respuesta, Aylin se dio la vuelta y caminó hacia su casa.

Ángel se quedó sentado, observando cómo ella entraba y cerraba la puerta detrás de sí.

Sabía que se había equivocado.

Sabía que, aunque sus intenciones no habían sido malas, había tocado una herida que todavía seguía abierta.

Aylin había vivido algo que ninguna persona debería vivir, y él entendía que recuperar la confianza y sentirse segura nuevamente no era algo que ocurriría de un día para otro.

Desde aquel momento, algo cambió entre Aylin y Ángel.

Ella seguía dolida por lo ocurrido y, aunque no quería admitirlo, una parte de ella todavía estaba molesta. Ya no lo buscaba como antes, no le enviaba mensajes ni intentaba acercarse.

El silencio empezó a hacerse más grande entre los dos.

Ángel lo notó desde los primeros días. Sabía que Aylin estaba pasando por mucho y entendió que insistir solo podía hacer que ella se alejara más.

Por eso decidió darle espacio.

Aunque tenía ganas de hablar con ella, de saber cómo estaba o simplemente escuchar su voz, prefirió esperar.

Mientras tanto, Aylin intentaba seguir con su vida, pero en el fondo todavía tenía muchas cosas sin resolver. Había momentos en los que quería escribirle, preguntarle cómo estaba o decirle lo que pensaba, pero algo dentro de ella la detenía.

Por otro lado, durante esos días, Aylin comenzó a volver con más frecuencia a la iglesia.

Allí podía llorar sin sentirse observada, podía quedarse en silencio cuando no encontraba palabras y podía recibir un abrazo o una palabra de cariño de personas que realmente se preocupaban por ella.

Poco a poco, la iglesia se convirtió en uno de los lugares donde encontraba un poco de calma.

Aun así, nadie sabía sobre su embarazo.

No era porque sintiera vergüenza ni porque tuviera miedo de ser juzgada. Simplemente quería vivir ese proceso con tranquilidad, entender todo lo que estaba pasando y prepararse antes de compartir una noticia que cambiaría muchas cosas.

Mientras tanto, Aylin seguía intentando mantener su rutina.

Continuaba con sus estudios, asistía a la iglesia y recibía el apoyo de las personas que la rodeaban.

En el colegio, Aylin decidió mantener todo en silencio.

Seguía llegando a clases, entregando trabajos y tratando de comportarse como si nada hubiera cambiado. Para sus compañeros seguía siendo la misma de siempre, aunque por dentro cargaba una realidad completamente diferente.

No quería que nadie supiera.

No porque se avergonzara de su bebé, sino porque tenía miedo de lo que podían decir.

Sabía cómo podían empezar los rumores, cómo algunas personas podían juzgarla sin conocer realmente todo lo que había vivido. No quería convertirse en un tema de conversación ni escuchar comentarios que pudieran lastimarla más.

Por eso decidió guardar silencio.

Cada vez que alguien le preguntaba si estaba bien, ella simplemente sonreía y decía que sí.

Aunque no siempre fuera verdad.

Sus profesores notaban que algo había cambiado en ella. Ya no participaba igual, se veía más cansada y en ocasiones parecía estar distraída, pero Aylin intentaba mantener la misma actitud de siempre.

Con el paso del tiempo, las heridas de Aylin finalmente comenzaron a sanar.

Los moretones desaparecieron y su cuerpo recuperó fuerzas.

Hasta que llegó Semana Santa.

Para muchas personas era una época de descanso, viajes y momentos en familia. Muchos de sus conocidos habían planeado ir a la playa y disfrutar de esos días, pero para Aylin la vida parecía seguir teniendo una prueba diferente cada vez que intentaba encontrar un poco de tranquilidad.

La noche de Jueves Santo salió de su casa como lo hacía algunas veces para caminar y despejar su mente.

Al salir, vio a varios vecinos afuera, quienes como siempre estuvieron atentos a ella.

—Cuídate, Aylin.

—Tranquilos, solo voy a caminar un rato.

Con una pequeña sonrisa continuó su camino.

Mientras avanzaba, hablaba con sus amigos por mensajes, intentando distraerse un poco de todo lo que llevaba encima. Por un momento, todo parecía normal.

Hasta que encontró un pequeño gato en la calle.

El animal se acercó sin miedo y terminó quedándose junto a ella. Aylin sonrió levemente y se agachó para acariciarlo.

Durante unos minutos, Aylin logró sentirse tranquila. La presencia del pequeño gato a su lado y la calma de la noche le habían permitido olvidarse, aunque fuera por un instante, de todo lo que llevaba sobre sus hombros.

Pero esa sensación no duró demasiado.

Poco a poco comenzó a sentir algo extraño, una incomodidad difícil de explicar. No era un ruido ni algo que pudiera ver claramente, sino esa sensación de que alguien estaba cerca, observándola desde algún lugar.

Aylin dejó de mirar su celular y levantó lentamente la vista.

Detrás de ella se encontraba una pequeña calle oscura, casi vacía, donde apenas llegaba la luz de los postes. Era un lugar por el que casi nadie pasaba a esa hora, y aunque intentó convencerse de que solo estaba imaginando cosas, su cuerpo reaccionaba diferente.

La tensión comenzó a recorrerla lentamente.

Intentó seguir caminando, diciéndose a sí misma que no había nada de qué preocuparse, pero cada paso se volvía más pesado. Una parte de ella quería darse la vuelta para comprobar que todo estaba bien, mientras otra le pedía que no lo hiciera.

Por un momento se quedó quieta, intentando controlar la respiración.

Con las manos un poco temblorosas, tomó su celular y decidió llamar a sus padres. Esperó mientras el celular sonaba, mirando de reojo aquella calle que cada vez parecía más oscura.

Pero nadie respondió.

El miedo terminó apoderándose de ella.

Aylin quería moverse, quería alejarse de aquel lugar, pero su cuerpo parecía no responder. Sus piernas estaban tensas y su mente solo podía pensar en salir de ahí.

Después de intentar llamar nuevamente a sus padres sin obtener respuesta, entendió que no tenía otra opción.

Aunque todavía estaba molesta con Ángel por algunas cosas que habían pasado entre ellos, sabía que podía acudir en ese momento.

Con las manos temblorosas, buscó su contacto y llamó.

—¿Aylin?, ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Aylin intentó responder, pero su voz salió débil.

—Necesito que me ayudes...

El tono de ella hizo que Ángel cambiara de inmediato su expresión.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estás?

Aylin, sin perder tiempo, le explicó lo que estaba sintiendo, el lugar donde se encontraba y que no se atrevía a moverse.

Al otro lado de la llamada hubo un pequeño silencio.

—Tranquila, Aylin. Ya voy para allá.

—Ángel...

—Todo va a estar bien. Espérame, llego en unos minutos.

Aunque seguía asustada, escuchar su voz le dio un poco de calma.

La llamada terminó, pero esos minutos de espera parecían no avanzar.

Aylin permaneció quieta, mirando de vez en cuando hacia la calle oscura. Intentaba tranquilizarse, diciéndose a sí misma que Ángel llegaría pronto y que todo estaría bien.

Pero la tensión no hacía más que crecer. Aylin sentía que el aire apenas le alcanzaba para respirar y que cada segundo que permanecía inmóvil era una eternidad. Intentaba convencerse de que todo estaba en su cabeza, de que Ángel llegaría en cualquier momento y que después de eso podría reírse de aquel miedo absurdo. Sin embargo, había algo que no la dejaba moverse con normalidad, una sensación tan intensa que parecía advertirle que no estaba sola.

En medio de aquella desesperación levantó la vista y, a unos metros de distancia, alcanzó a distinguir la puerta abierta de la casa de uno de sus vecinos. Al verla, sintió que era su única oportunidad de ponerse a salvo. Sin detenerse a pensar, se levantó de

golpe y comenzó a correr con todas las fuerzas que aún le quedaban, aferrándose a la esperanza de llegar antes de que ocurriera algo.

Pero no alcanzó a avanzar demasiado.

Un golpe seco la sorprendió por la espalda y la lanzó hacia adelante con tanta fuerza que apenas tuvo tiempo de reaccionar. El impacto le arrancó el aire de los pulmones y un dolor intenso recorrió todo su cuerpo. Trató de incorporarse, de mirar quién la había atacado, pero su vista comenzó a nublarse mientras un fuerte zumbido invadía sus oídos.

Todo a su alrededor empezó a desvanecerse. Las luces de la calle se mezclaban entre sí, los sonidos se volvían cada vez más lejanos y su cuerpo dejó de responderle. Intentó mantenerse consciente unos segundos más, aferrándose con todas sus fuerzas a la realidad, pero fue inútil.

Lo último que sintió antes de que la oscuridad la envolviera por completo fue el frío del pavimento al golpear su mejilla.

Después de eso… ya no supo nada más.

Pasaron algunos minutos antes de que Aylin volviera a abrir los ojos.

Todo le daba vueltas.

Con dificultad apoyó una mano en el suelo y, haciendo un gran esfuerzo, logró incorporarse poco a poco. El fuerte golpe le había dejado el tobillo lastimado y cada intento por ponerse de pie le provocaba un dolor intenso, pero aun así obligó a su cuerpo a avanzar.

Todavía desorientada, levantó la mirada y observó a su alrededor, intentando entender qué había sucedido.

A unos metros de distancia, Ángel yacía inmóvil sobre el suelo.

La sangre que salía de su cuerpo se extendía lentamente por el pavimento, formando un charco que casi llegaba hasta donde ella se encontraba.

El corazón de Aylin se detuvo por un instante.

—¡Ángel!...

Sin importarle el dolor, comenzó a caminar como pudo hacia él. Cada paso le hacía arder el tobillo, pero nada de eso importaba.

Al llegar a su lado, cayó de rodillas y tomó su rostro entre las manos, mientras las lágrimas comenzaban a correr sin control.

—Mírame, por favor... mírame, Ángel... —suplicó con la voz quebrada—. No... no, tu no te me puedes dejar sola. Por favor... abrí los ojos.

Sin pensarlo dos veces, Aylin se quitó la camisa del pijama y la presionó con fuerza sobre la herida de Ángel, intentando detener la sangre que no dejaba de salir.

—Tranquilo... todo va a estar bien, ¿sí?

Ángel la miró con dificultad. Cada respiración parecía costarle más que la anterior.

—Mi niña... no quiero dejarte sola...

Las lágrimas comenzaron a correr por el rostro de Aylin mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

—No... no digas eso. No puedes hablarme así. Vas a salir de esta, ¿me escuchaste? Vas a estar bien.

Ángel esbozó una débil sonrisa.

—¿Sabes algo?... Tú fuiste... y siempre serás el amor de mi vida. Me habría encantado casarme contigo... formar una familia... envejecer a tu lado.

Aylin rompió en llanto.

—Ángel... por favor... no digas esas cosas. Todavía nos queda mucho por vivir.

Sin dejar de presionar la herida, estiró el brazo y alcanzó su celular, que había quedado tirado a unos metros. Con las manos temblorosas llamó a emergencias y, entre lágrimas, explicó lo ocurrido mientras suplicaba que enviaran una ambulancia lo antes posible.

Al colgar, volvió a tomar la mano de Ángel.

Él apenas tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos.

—Mírame bien... —susurró con dificultad—. Si yo no salgo de esta... prométeme que vas a seguir adelante. No dejes de vivir por mí... solo recuerda que te amo... y que siempre te voy a amar.

Aylin apretó su mano con fuerza, como si se negara a dejarlo ir.

—No... no voy a dejarte aquí. ¿Sabes cuánto esperé para encontrar a alguien como tú? Tú luchaste por mí cuando más lo necesitaba, estuviste a mi lado cuando todos parecían irse... y ahora me toca a mí luchar por ti.

Las lágrimas caían sin control mientras seguía presionando la herida con la poca fuerza que le quedaba.

—Por favor... resiste un poquito más. Ya escucho la ambulancia... solo un poco más. No me dejes sola... por favor.

Ángel reunió las últimas fuerzas que le quedaban para mirarla una vez más. Sus labios temblaron ligeramente antes de hablar.

—Aylin... te amo con todo mi corazón... mi princesa...

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

Y, lentamente, cerró los ojos.

—¡Ángel!... ¡No!... ¡No, por favor! —gritó Aylin mientras lo sacudía con desesperación—. ¡Ángel, despierta! ¡No me dejes!

Al no obtener respuesta, lo abrazó con todas sus fuerzas y apoyó su cabeza contra su pecho, como si con eso pudiera devolverle la vida.

Las lágrimas caían sin control.

Su cuerpo entero temblaba.

—¿¡Por qué, Dios!? —gritó alzando la vista hacia el cielo, completamente destrozada—. ¡Llévame a mí, no a él! ¡Él tiene motivos para vivir! ¡Por favor, no te lo lleves! ¡Te lo suplico! Perdóname por todos mis errores, pero en este momento te necesito... ¡No me lo quites!

Su llanto rompía el silencio de la noche.

A los pocos minutos comenzaron a escucharse las sirenas de una ambulancia acercándose a toda velocidad.

Las luces rojas y azules iluminaron la calle, haciendo que varios vecinos salieran de sus casas para ver qué estaba ocurriendo.

Los paramédicos descendieron rápidamente con el equipo de emergencia y corrieron hacia donde estaban.

—¡Necesitamos espacio! —gritó uno de ellos mientras se arrodillaba junto a Ángel.

A los pocos segundos, una de las vecinas se acercó con cuidado y tomó a Aylin por los hombros.

—Mi niña, deja que ellos hagan su trabajo.

Aylin dudó por un instante, pero terminó soltando la mano de Ángel. Se apartó unos pasos mientras observaba, con el corazón acelerado, cómo los paramédicos comenzaban a atenderlo. Le colocaron oxígeno, controlaron la hemorragia y, con rapidez, lo subieron a la ambulancia.

Uno de ellos se acercó enseguida hasta ella.

—Señorita, usted también tiene que acompañarnos. Necesitamos revisarla.

—Yo no estoy lastimada... pero sí estoy embarazada.

—Con más razón. Suba de inmediato. Va a ir junto al chico.

Antes de subir, Aylin volvió la mirada hacia la vecina, con los ojos llenos de lágrimas.

—Señora... por favor, avíseles a mis padres. Dígales que estoy en el hospital.

—Claro, mi niña. Anda tranquila, yo me encargo.

Con ayuda de los paramédicos, Aylin subió a la ambulancia y se sentó al lado de la camilla donde iba Ángel. Apenas cerraron las puertas, el vehículo arrancó a toda velocidad con las sirenas encendidas.

Durante el trayecto, Aylin no dejó de mirar a Ángel. Su rostro estaba cada vez más pálido y eso solo aumentaba su desesperación.

Pero el impacto de todo lo que acababa de vivir también comenzó a pasarle factura.

Su respiración empezó a acelerarse, la vista se le nubló y sintió cómo el cuerpo se le iba quedando sin fuerzas. Intentó mantenerse consciente, pero el mareo era cada vez más intenso y terminó desplomándose hacia un lado del asiento.

Uno de los paramédicos reaccionó de inmediato y logró sostenerla antes de que cayera por completo. Mientras la acomodaba, comenzó a revisar sus signos vitales y confirmó que su presión arterial había vuelto a bajar considerablemente.

—Tranquila... ya casi llegamos al hospital —le dijo mientras intentaba mantenerla despierta.

Al llegar al hospital, las puertas de la ambulancia se abrieron de inmediato.

Varios médicos y enfermeros ya los estaban esperando.

—¡Uno en estado crítico! ¡Preparen quirófano! —gritó uno de los paramédicos mientras bajaban la camilla de Ángel.

Sin perder un segundo, comenzaron a correr por los pasillos del hospital. A su lado, otra camilla era preparada para Aylin, quien apenas permanecía consciente debido a la baja presión y al impacto de todo lo que había vivido.

Los dos ingresaron al hospital al mismo tiempo.

Cada uno fue rodeado por un equipo médico diferente.

Mientras llevaban a Ángel directamente al quirófano, otro grupo de médicos trasladó a Aylin de urgencia al área de emergencias para revisar sus heridas y asegurarse de que el bebé estuviera bien.

Las horas comenzaron a pasar lentamente.

Mientras Ángel luchaba por su vida dentro de un quirófano, Aylin permanecía en otra sala de emergencias, rodeada de médicos y enfermeras que hacían todo lo posible por estabilizarla.

Su presión arterial seguía peligrosamente baja y sus signos vitales continuaban siendo débiles.

Aylin apenas alcanzaba a abrir los ojos por momentos.

Todo se sentía confuso.

Las luces del hospital, el sonido constante de los monitores y el ir y venir de las enfermeras se mezclaban en su mente, mientras una sola pregunta no dejaba de atormentarla.

¿Cómo estará Ángel?

Poco a poco, el cansancio terminó venciendo a Aylin. Intentó mantenerse despierta mientras escuchaba a los paramédicos hablar entre ellos y las sirenas resonaban sin descanso, pero cada sonido comenzó a escucharse más lejano que el anterior. Su vista se volvió borrosa, sus párpados pesaban cada vez más y, sin poder luchar contra ello, terminó cerrando los ojos.

Cuando volvió a despertar, no supo cuánto tiempo había pasado.

La claridad de las luces del hospital la obligó a entrecerrar los ojos varias veces antes de acostumbrarse. Permaneció inmóvil unos segundos, completamente desorientada, intentando comprender dónde estaba.

Su respiración seguía acelerada.

Miró lentamente a su alrededor. Había monitores encendidos, el sonido constante de los equipos médicos y varias camillas distribuidas por la sala de observación. Todo parecía tranquilo, demasiado tranquilo.

Hasta que los recuerdos regresaron de golpe.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Sin pensarlo, se incorporó bruscamente sobre la camilla, pero el movimiento hizo que un fuerte mareo la obligara a detenerse y sujetarse con una mano para no volver a caer.

—Buenas tardes —dijo una enfermera con una sonrisa amable mientras entraba—. Mi nombre es Allison. ¿Cómo te sentís?

Aylin apenas la miró.

—¿Cómo está? —preguntó de inmediato, con la voz temblorosa.

—¿Quién?

—El muchacho con el que entré... ¿cómo está? ¿Dónde está?

La enfermera dirigió la mirada hacia la otra camilla.

—Está al lado tuyo... pero su estado es muy delicado. Los médicos siguen haciendo todo lo posible por estabilizarlo.

Aylin sintió un nudo en la garganta.

—¿Lo puedo ver?

—Lo siento, Aylin. En este momento no está permitido.

—Por favor... ayúdeme. Solo necesito verlo, aunque sea un momento. Necesito saber que sigue aquí.

La enfermera dudó.

—Si alguien se da cuenta, me voy a meter en un problema.

—Por favor... solo cinco minutos. Se lo suplico.

—Está bien... pero solo serán cinco minutos.

—De verdad... muchas gracias.

—No hagas ningún esfuerzo. Voy a traerte unas muletas para que pueda pasar al otro lado sin lastimarte.

A los pocos minutos, Allison regresó con unas muletas.

—Con cuidado, ¿sí? No quiero que te vuelvas a marear —dijo mientras la ayudaba a incorporarse.

Cada movimiento le dolía, pero en ese momento nada era más importante que llegar hasta Ángel.

Apoyándose en las muletas, avanzó lentamente hasta la camilla que estaba al otro lado de la sala. Allison acercó una silla para que pudiera sentarse.

—Solo unos minutos, ¿de acuerdo? Si necesitan algo, voy a estar afuera.

—Gracias... de verdad.

La enfermera salió de la habitación, dejándolos solos.

Aylin permaneció unos segundos observándolo.

Su rostro estaba mucho más pálido que de costumbre. Tenía vendajes en varias partes del cuerpo y los monitores marcaban cada uno de sus latidos con un sonido constante que llenaba el silencio del lugar.

Al verla, una pequeña sonrisa cansada apareció en su rostro.

—Estás aquí... —murmuró con la voz débil.

—Claro que estoy aquí. Te dije que todo iba a salir bien... ¿ves? Los dos seguimos aquí.

Ángel dejó escapar una pequeña risa que terminó convirtiéndose en una mueca de dolor.

—Ojalá pudiera creer eso...

—Tienes que creerlo. Eres fuerte.

—No, Aylin... siento que ya no me quedan fuerzas. Es como si mi cuerpo ya no quisiera seguir.

Aquellas palabras hicieron que el corazón de Aylin se encogiera.

—No digas eso, por favor... no me hagas escucharte hablar así.

—¿Mi madre y mis hermanos... ya llegaron?

—No lo sé. Yo también estoy en observación. Apenas desperté vine a buscarte. Ni siquiera he visto a mis padres.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—Supongo que bien... todavía no me han dicho mucho. Lo único que necesitaba era saber que estabas vivo.

Había tantas cosas que quería decirle, pero las palabras parecían quedarse atrapadas en su garganta.

—¿Me puedes cumplir un favor?

—Claro... dime.

—Siempre tuve un deseo...

Ella esperó en silencio.

—¿Será que... me puedes dar un último beso?

Aquellas palabras la rompieron por dentro por lo que las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas casi de inmediato.

—No digas eso... —susurró mientras negaba una y otra vez con la cabeza—. No va a ser el último. Tú vas a salir de esta. Yo sé que sí.

—Solo... por si acaso.

Aylin cerró los ojos un instante, intentando contener el llanto, pero le fue imposible.

Se inclinó lentamente hacia él y, antes de acercarse por completo, le acarició el rostro con una ternura infinita.

—Nunca tenías que pedirme algo así...

Después se inclinó lentamente hasta acortar la poca distancia que los separaba y unió sus labios en un beso suave, un beso que llevaba dentro todo lo que ninguno de los dos era capaz de expresar con palabras: el amor que habían descubierto demasiado tarde, el miedo a perderse y la esperanza de que aquello no fuera una despedida.

Cuando se separaron, apenas unos centímetros los distanciaban. Ambos tenían el rostro cubierto de lágrimas. Aylin apoyó con delicadeza su frente contra la de Ángel sin soltar su mano, como si temiera que, al hacerlo, él desapareciera para siempre.

—Te amo... —susurró entre sollozos.

Por unos instantes ninguno volvió a decir una sola palabra. El único sonido que llenaba la habitación era el pitido constante de los monitores, mientras los dos

permanecían así, aferrándose el uno al otro como si aquel momento pudiera detener el tiempo.

Ángel sonrió con la poca fuerza que le quedaba y, sin dejar de mirarla, levantó lentamente una mano para acariciar su mejilla.

—¿Sabes una cosa...? Pase lo que pase... siempre serás mi princesa.

Aylin cerró los ojos un instante al sentir su mano sobre el rostro y apoyó la suya sobre la de él, intentando que no la apartara.

—Lo sé... —respondió con una sonrisa triste—. Y tú siempre serás el amor de mi vida.

Ángel respiró con dificultad.

—Perdóname... por lo que pasó aquella vez. Nunca fue mi intención hacerte sentir mal ni asustarte. Todavía me duele recordar tu cara ese día.

Aylin negó despacio mientras acariciaba sus dedos.

—No tienes que pedirme perdón. Eso ya pasó. Fue un momento...

—¿Será que... te puedo pedir otro favor?

Aylin acarició con delicadeza su mano.

—Claro... decime.

Él sonrió apenas.

—¿Me cantarías aquella canción... la que cantaste la última vez que fui a la iglesia? Desde ese día... se convirtió en mi favorita.

Aylin sintió un nudo en la garganta al escuchar su petición.

Sabía perfectamente cuál era la canción que él quería escuchar. Era la misma que había cantado aquella primera vez en la iglesia, esa que Ángel siempre recordaba con una sonrisa. Él solía decirle que había algo diferente en su voz, una tranquilidad que sentía cada vez que la escuchaba cantar.

Por un momento bajó la mirada, intentando contener las lágrimas que amenazaban con salir.

Respiró profundamente y, reuniendo las pocas fuerzas que tenía, volvió a mirarlo.

—Está bien... te la voy a cantar.

Cada palabra salía cargada de amor, de esperanza y del deseo desesperado de que él permaneciera a su lado. Ángel la observaba sin apartar la mirada, como si quisiera guardar ese momento para siempre. Poco a poco, sus párpados comenzaron a hacerse más pesados hasta que, a mitad de la canción, cerró lentamente los ojos. Aylin sonrió con ternura, pensando que simplemente se había quedado dormido.

Pero unos segundos después, algo cambió.

El sonido constante del monitor dejó de ser el mismo. El pitido comenzó a acelerarse, volviéndose cada vez más fuerte y más desesperante. Aylin levantó la mirada de inmediato, sintiendo cómo una sensación de miedo recorría todo su cuerpo. La línea del monitor empezó a alterarse y las alarmas comenzaron a llenar la habitación.

Su corazón se detuvo por un instante.

—¡Ángel! —gritó mientras sujetaba su mano con fuerza—. ¡Ángel, mírame! ¡Por favor!

La cortina se abrió de golpe.

Allison entró corriendo y, al comprender la situación, presionó el botón de emergencia.

—¡Equipo de reanimación, cubículo tres! ¡Ahora!

En cuestión de segundos comenzaron a entrar médicos y enfermeros con el equipo de reanimación.

—¡Ángel, no! —lloraba Aylin sin soltar su mano—. ¡No me puedes dejar sola! ¡Por favor!

Allison se acercó rápidamente.

—Aylin, necesitas salir. Deja que los médicos lo ayuden

Los médicos ya comenzaban las maniobras de reanimación mientras Allison intentaba separarla con cuidado.

Al ver que no reaccionaba, la enfermera la sujetó con firmeza por la cintura y la apartó de la camilla.

Aylin forcejeaba entre lágrimas, intentando volver junto a Ángel.

Con ayuda de otro enfermero, Allison logró llevarla de regreso a su camilla.

Mientras Aylin seguía llorando y llamando a Ángel entre sollozos, la enfermera preparó un sedante.

Pasaron varias horas hasta que Aylin volvió a abrir los ojos. Durante unos segundos permaneció confundida, intentando recordar dónde estaba y qué había ocurrido. La esperanza de que todo hubiera salido bien apareció por un instante en su mente, pensando que quizás Ángel estaba mejor y que los médicos habían logrado salvarlo.

Pero al mirar a su alrededor sintió que algo era diferente. El silencio de la habitación y la expresión seria de quienes entraban y salían le hicieron entender que algo no estaba bien.

Poco después, Allison volvió a entrar. Aylin levantó la mirada rápidamente, esperando una respuesta, esperando escuchar que Ángel estaba estable. Sin embargo, la enfermera se acercó lentamente, con una tristeza que no podía ocultar.

Pero al ver la expresión de la enfermera, algo dentro de ella comenzó a romperse.

Allison se acercó lentamente, sin saber cómo darle una noticia que cambiaría todo. Con tristeza le explicó que habían hecho todo lo posible, pero que Ángel ya no había logrado resistir. Esa tarde, el 17 de abril a las 4:33, había sido declarado fallecido.

Aylin permaneció completamente inmóvil al escuchar aquellas palabras.

Simplemente se quedó mirando hacia un punto fijo, como si su mente se negara a aceptar una realidad demasiado dolorosa.

Era imposible para ella entender que la persona que unas horas antes estaba a su lado, hablándole y pidiéndole que cantara para él, ya no volvería a abrir los ojos.

El silencio de la habitación se volvió más pesado que nunca. Aylin sentía cómo todo el dolor que había intentado contener durante tanto tiempo finalmente comenzaba a caer sobre ella.

Había perdido a la persona que se había convertido en su apoyo, en su refugio.

A las pocas horas, sus padres llegaron al hospital.

Al verla llorando en silencio, entendieron que no era momento de llenarla de preguntas ni pedirle explicaciones. Simplemente se acercaron, le dieron un abrazo y permanecieron a su lado, dejando que sacara todo aquello que llevaba dentro y que todavía no podía aceptar.

Sus amigos también llegaron después. Algunos no encontraban palabras para consolarla; otros simplemente se quedaron cerca de ella, acompañándola en ese momento en el que cualquier frase parecía insuficiente.

Aylin ya no tenía fuerzas para hablar. Solo permanecía en silencio, intentando asimilar que la persona que había estado con ella horas antes, sosteniéndole la mano y diciéndole que la amaba, ya no iba a volver.

Esa noche, después de recibir el alta y con ayuda de sus padres, volvió a casa.

Sin decir mucho, caminó lentamente hasta su habitación apoyándose en sus muletas. Cerró la puerta detrás de ella y se acostó en la cama, agotada física y emocionalmente.

Lloraba por una ausencia que sabía que ya no podía cambiar.

Mientras tanto, en su barrio nadie lograba creer lo que había ocurrido. Las personas que conocían a Ángel y a Aylin seguían intentando entender cómo una noche que parecía normal había terminado arrebatándole la vida a alguien tan querido.

Todos tenían la misma pregunta en la mente.

"¿Qué había pasado realmente aquella noche?"

Por otro lado, esa misma noche, mientras Aylin permanecía en su habitación, una patrulla llegó al lugar donde había ocurrido todo. Los oficiales comenzaron a revisar la zona con cuidado, intentando reconstruir lo sucedido y encontrar cualquier pista que pudiera ayudar a entender qué había pasado realmente aquella madrugada.

Poco a poco fueron recopilando cada evidencia encontrada en el lugar. Entre ellas había un trapo tirado con un fuerte olor a alcohol, lo que hizo pensar que posiblemente alguien había intentado dejar inconsciente a Aylin antes de atacarla. También encontraron un bolso con dinero, un arma blanca y un cuchillo cubierto de sangre que parecía haber sido utilizado durante el ataque contra Ángel.

Cada objeto fue recogido cuidadosamente y enviado para ser analizado. Para los oficiales, cada detalle podía ser importante para descubrir quién estaba detrás de todo.

Mientras revisaban la zona, comenzaron a preguntar a los vecinos si alguien contaba con cámaras de seguridad que pudieran haber captado algún movimiento extraño. Después de buscar entre las casas cercanas, encontraron una vivienda que tenía una cámara dirigida hacia el lugar donde había ocurrido todo.

Los oficiales se acercaron al dueño de la casa y solicitaron las grabaciones de esa noche. Sabían que esas imágenes podían convertirse en una pieza clave para entender cómo habían ocurrido los hechos y quién había estado allí.

Mientras tanto, en la casa, Aylin permanecía dormida después de todo lo que había vivido. Su cuerpo necesitaba descansar, pero su mente seguía atrapada en aquella noche.

Aunque los medicamentos la ayudaban a mantenerse tranquila, el miedo seguía presente.

Durante la madrugada, varias veces despertó sobresaltada, con la respiración acelerada y el corazón latiendo con fuerza. Por unos segundos olvidaba dónde estaba y volvía a sentir la misma sensación de peligro que había vivido antes.

Aquella noche, mientras los oficiales buscaban respuestas y reunían pruebas, Aylin intentaba dormir, aunque una parte de ella seguía atrapada en todo lo que había ocurrido.

Pero entre todo ese dolor, había algo que todavía no podía olvidar.

Alguien había estado detrás de todo.

Y aunque todavía no sabía quién era ni por qué había hecho algo así, Aylin sabía que aquella historia no había terminado.

Mientras la investigación apenas comenzaba y las pruebas empezaban a revelar pequeñas pistas, ella tendría que aprender a seguir adelante con una ausencia que nunca imaginó tener que enfrentar.

Esa noche terminó con muchas preguntas sin respuesta.

Pero también con una promesa silenciosa: descubrir la verdad sobre lo que realmente había pasado.

12

¿Una casualidad o una segunda oportunidad?

"Después del dolor, la vida también sabe regalar nuevos comienzos."

Aunque intentaba mantenerse fuerte frente a los demás, por dentro todavía estaba tratando de aceptar una realidad que parecía imposible. La ausencia de Ángel se sentía en cada momento, en cada lugar donde antes imaginaba verlo aparecer.

Todavía quedaba un último adiós pendiente.

Una despedida que sabía que tendría que enfrentar, aunque una parte de ella quisiera detener el tiempo y evitar ese momento.

Al día siguiente de salir del hospital, Aylin se levantó sin decir una sola palabra.

La tristeza seguía presente. El dolor no había desaparecido y todavía sentía como si todo lo ocurrido hubiera pasado demasiado rápido para poder asimilarlo. Aun así, se arregló en silencio, tomó sus muletas y pidió un Uber hacia la funeraria.

Durante el camino permaneció mirando por la ventana, perdida en sus pensamientos.

No sabía si tenía fuerzas para enfrentar a la familia de Ángel.

Pero sentía que debía estar ahí.

Cuando llegó, el ambiente era completamente diferente a todo lo que había imaginado. El lugar estaba lleno de silencio, de miradas perdidas y de un dolor que se podía sentir en cada rincón.

Ahí estaba Elena, la madre de Ángel.

Su rostro reflejaba el cansancio de alguien que había llorado demasiado. A su lado estaban los hermanos de Ángel, intentando mantenerse fuerte aunque también estaban destrozados por la pérdida.

Al verlos, Aylin sintió cómo la culpa volvía a apretar su pecho.

Ella había sido quien había llamado a Ángel aquella noche. En su mente repetía una y otra vez que, si no lo hubiera hecho, quizás él seguiría ahí.

Él había ido para ayudarla.

Había llegado cuando más miedo tenía, sin imaginar que aquella decisión terminaría cambiando la vida de todos.

Y ahora él ya no estaba.

Esa idea era la que más le dolía aceptar. Mientras todos estaban ahí despidiéndose de Ángel, Aylin sentía que una parte de ella seguía atrapada en aquella noche, preguntándose qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes.

Fue entonces cuando Elena se acercó a ella.

—Hola, mi niña... gracias por venir —dijo con la voz quebrada mientras la abrazaba.

Aylin correspondió al abrazo, pero sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Creo que tenía que estar aquí... aunque siento que yo fui la culpable de que ahora él esté ahí.

Elena se separó un poco para mirarla a los ojos.

—No, mi niña... tú no sabías lo que iba a pasar. Ninguno de nosotros podía imaginar algo así. No tienes la culpa de nada.

Aylin bajó la mirada, intentando contener el llanto.

Escuchar esas palabras significaba mucho, pero la culpa seguía dentro de ella.

Con ayuda de Elena, entró al lugar y se sentó en una de las sillas cercanas. Durante un rato ambas permanecieron juntas, hablando en voz baja.

Aylin comenzó a contarle poco a poco lo que había ocurrido aquella noche, cómo había llamado a Ángel, cómo él había llegado para ayudarla y cómo todo había terminado de una manera que ninguna de las dos esperaba.

Las horas pasaron lentamente, aunque para Aylin parecía que el tiempo no avanzaba. Permaneció toda la noche en la funeraria, sentada en silencio, observando cómo las personas llegaban para despedirse de Ángel.

Entre abrazos, lágrimas y palabras de apoyo, intentaba mantenerse fuerte, aunque por dentro sentía un vacío que cada vez se hacía más grande.

Durante todo ese tiempo, hubo algo que llamó su atención.

El ataúd de Ángel permanecía cerrado.

Al principio pensó que quizás lo habían hecho por respeto, para evitar que la despedida fuera aún más dolorosa para quienes lo querían. Aunque una parte de ella sintió curiosidad por verlo una última vez, también sabía que probablemente no habría tenido la fuerza suficiente para acercarse.

Además, el ataúd estaba rodeado de flores, cartas y pequeños detalles que las personas habían dejado como muestra de cariño. Era como si todos intentaran acompañarlo incluso en ese último momento.

Cuando finalmente llegó la mañana, las personas comenzaron a prepararse para salir hacia el cementerio. El silencio que había acompañado toda la noche continuaba presente mientras la familia y los amigos caminaban juntos para darle a Ángel su última despedida.

Al llegar al cementerio, Aylin sintió cómo su pecho volvía a apretarse.

Sabía que ese era el momento que más había intentado evitar.

Todos se reunieron alrededor de la bóveda mientras el ataúd era colocado en su lugar. Nadie decía mucho; no había palabras suficientes para un momento así.

Aylin permaneció en silencio, mirando todo desde unos pasos atrás.

Cuando comenzaron a cerrar la bóveda con cemento, sintió que una parte de ella también estaba aceptando que Ángel ya no volvería.

Desde ese día, Aylin dejó de sonreír como antes.

Claro que todavía había momentos en los que lo intentaba. Había situaciones donde debía responder, saludar o fingir que todo estaba bien, pero ya no era la misma sonrisa de antes. Era una sonrisa vacía, una que aparecía por costumbre y no porque realmente sintiera felicidad.

Con el paso de los días, volvió al colegio. Su cuerpo ya se había recuperado de las heridas y físicamente parecía estar mejor, pero había algo que nadie podía ver.

Seguía cargando la ausencia de Ángel, las preguntas sin respuesta y todos esos recuerdos que aparecían en los momentos menos esperados.

Había noches en las que simplemente no podía más. Se encerraba en su habitación y lloraba en silencio, intentando entender cómo seguir adelante cuando una parte de ella sentía que se había quedado en aquel día.

Con el tiempo, Aylin comenzó a aceptar que no estaba bien. Sabía que estaba cayendo en una tristeza profunda, una que poco a poco empezó a cambiar la manera en la que veía todo.

Incluso dejó de acercarse a la iglesia.

No porque hubiera dejado de creer, sino porque sentía que ya no tenía fuerzas para volver a un lugar donde antes había encontrado paz. Todo aquello que antes disfrutaba empezó a sentirse distante.

El colegio fue lo único que mantuvo constante.

Seguía asistiendo porque era su responsabilidad, porque sabía que no podía abandonar sus estudios, pero ya no lo hacía con la misma energía. Entregaba trabajos, cumplía con sus obligaciones y seguía adelante, aunque muchas veces fuera solo por inercia.

Pasaron varias semanas así.

Hasta que un martes, después de una jornada más en el colegio, Aylin salió temprano y regresó a casa. Al llegar, se dio un baño, descansó un momento y luego se sentó a terminar sus tareas pendientes.

Cuando terminó, salió un rato al frente de su casa.

Necesitaba despejar su mente.

Se quedó sentada, mirando el movimiento de la calle, dejando que el aire fresco le ayudara a ordenar todos esos pensamientos que no la dejaban tranquila.

Por un momento, Aylin sacó su celular para distraerse viendo Instagram. Deslizaba la pantalla sin prestar demasiada atención, hasta que sintió que alguien se acercaba.

—Hola.

Al escuchar aquella voz, levantó la cabeza. Pensó que sería alguno de los vecinos, ya que prácticamente todos la conocían.

—Hola... —respondió con un poco de confusión.

—¿Qué haces aquí afuera?

Aylin bajó la mirada hacia el celular antes de apagar la pantalla.

—Solo... pensando un poco.

—Perdón si te interrumpí. Mucho gusto, soy Samuel. Soy el nuevo vecino; me mudé al apartamento que está como a cinco casas de aquí.

Aylin volvió a levantar la mirada, esta vez observándolo con más detenimiento. Al principio creyó que solo era una impresión causada por el cansancio, pero conforme sus ojos recorrían su rostro, su respiración comenzó a detenerse poco a poco.

Era imposible.

Frente a ella había un muchacho que guardaba un parecido sorprendente con Ángel. No era exactamente igual, pero había algo en él que le revolvía el corazón. La forma de su rostro, su sonrisa discreta, la expresión de sus ojos e incluso la manera en que permanecía de pie le recordaban demasiado a él.

Durante un instante sintió que el tiempo había retrocedido. Como si, por un segundo, la vida le hubiera devuelto a la persona que más extrañaba.

La curiosidad pudo más que ella.

—Oye... sé que suena raro, pero... ¿me enseñarías tu cédula?

Samuel soltó una pequeña risa, algo confundido.

—¿Mi cédula? Claro... supongo.

Samuel metió la mano en el bolsillo, sacó su billetera y, sin dudarlo, le entregó la cédula. Aylin la tomó con cuidado y comenzó a leer los datos uno por uno.

Se llamaba Samuel, tenía diecinueve años y estaba a pocos meses de cumplir los veinte. Todo parecía completamente normal, hasta que algo hizo que sus ojos se detuvieran por un instante. Sus apellidos eran sorprendentemente parecidos a los de Ángel.

—¿Pasa algo? —preguntó con curiosidad.

Aylin le devolvió la cédula y negó suavemente con la cabeza.

—No... es solo que te pareces muchísimo a alguien que conocí.

Samuel sonrió con amabilidad.

—¿Sí? ¿A quién?

Aylin guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Al vecino que vivía en el apartamento donde ahora estás.

—Ah... de hecho, me contaron que pasó algo muy triste con él... y que tu también estuviste involucrada.

—Sí... pero prefiero no hablar de eso. He tratado de seguir adelante y no pensar tanto en lo que pasó.

—Perdón... no era mi intención hacerte recordar algo tan doloroso.

—No te preocupes. Está bien.

—Y bien... ¿cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? No sé... cuéntame un poco de ti —preguntó él con una sonrisa amable, intentando romper el hielo.

Aylin bajó la mirada por un instante antes de responder.

—Me llamo Aylin... tengo dieciséis años. Estoy estudiando mi especialidad... y, bueno... la vida me ha golpeado tanto que, sinceramente, a veces ni yo sé cómo sigo aquí.

Él la observó con atención. La sonrisa en su rostro se desvaneció un poco, dando paso a una expresión más comprensiva.

—A mí también me ha golpeado la vida —respondió con calma—. Tal vez no de la misma manera, pero sé lo que es sentir que todo pesa demasiado. Así que... creo que puedo entenderte un poco.

Aylin levantó la vista y, por primera vez desde que había comenzado la conversación, sintió que no estaba hablando con alguien que intentara minimizar su dolor, sino con una persona que realmente la estaba escuchando.

Ambos continuaron conversando durante un buen rato. Poco a poco fueron conociéndose mejor, pasando de las preguntas más sencillas a conversaciones cada vez más personales. Sin darse cuenta, la confianza comenzó a surgir de forma natural.

Hacía mucho tiempo que Aylin no se sentía tan tranquila hablando con alguien.

Samuel no intentaba reemplazar nada ni forzar una sonrisa en ella. Simplemente tenía una manera de hablar que hacía que todo pareciera más ligero. Sin proponérselo, logró que por un momento dejara de pensar en todo lo malo que había vivido y volviera a recordar la persona que siempre había sido: una joven alegre, amable y con una forma especial de ver la vida.

Las horas pasaron sin que ninguno de los dos lo notara, hasta que el celular de Aylin vibró varias veces seguidas.

Miró la pantalla y sonrió.

Sus amigos la estaban esperando para jugar.

—Bueno... creo que ya me tengo que ir —dijo entre una pequeña risa—. Ya me están reclamando porque los hice esperar.

Samuel sonrió.

—Está bien, pero antes de que te vayas... ¿me darías tu Instagram y tu número? Me gustaría que siguiéramos conociéndonos.

Con una sonrisa sincera, tomó su celular y le compartió su número junto con su Instagram.

—Listo.

—Perfecto. Entonces hablamos después.

—Claro.

Se despidieron y Aylin entró nuevamente a la casa.

Al llegar a su habitación, dejó el celular sobre el escritorio, encendió la computadora y, como hacía casi todas las noches, se conectó con sus amigos para pasar un rato jugando.

Sin darse cuenta, esa conversación con Samuel le había cambiado un poco el ánimo.

Mientras jugaba en línea con sus amigos, la conversación cambió de rumbo. Entre partida y partida empezaron a contar cómo iban sus vidas durante esos días.

Aylin sonrió al recordar algo.

—Chicos… les tengo que contar algo. Creo que la vida me volvió a dar una oportunidad para sonreír.

Del otro lado de la llamada, todos guardaron silencio.

—¿Qué pasó? —preguntó Daniel con curiosidad.

Sin pensarlo demasiado, Aylin comenzó a hablarles de Samuel. Les contó cómo lo había conocido, lo tranquilo que era, la paciencia con la que hablaba y la paz que le transmitía cada vez que conversaban. Lo describía con tanto cariño que parecía

conocerlo desde hacía años, cuando en realidad apenas llevaban poco tiempo hablando.

Valentina soltó una pequeña risa.

—Uy, Aylin… cuidado, que te estás enamorando.

Aylin negó enseguida, riéndose.

—Ay, ya. Solo somos amigos. Apenas nos acabamos de conocer.

—Ajá… eso dicen todos al principio —bromeó Daniel.

Las risas no tardaron en llenar la llamada.

Valentina volvió a intervenir, esta vez con una sonrisa que se notaba incluso a través del micrófono.

—Sea lo que sea, nos alegra volver a escucharte sonreír.

Aylin bajó la mirada un instante.

—Gracias…

La partida continuó. Unos discutían porque habían perdido, otros se echaban la culpa entre bromas y las carcajadas no dejaban de escucharse. Aylin permanecía frente a la pantalla con una sonrisa que hacía mucho tiempo no aparecía con tanta naturalidad.

En ese momento, su celular vibró.

Miró la pantalla y vio un mensaje de Samuel.

—Hola… este es mi número. ¿Qué haces?

Aylin sonrió al ver que el primer mensaje provenía de él. Sin pensarlo demasiado, comenzó a escribir.

—Nada, aquí jugando con mis amigos. ¿Y tú?

La respuesta apareció casi de inmediato.

—Todavía estoy acomodando algunas cosas del apartamento. Oye… quería preguntarte algo, si no te molesta.

—Claro, dime.

Durante unos segundos el chat quedó en silencio. Samuel parecía escribir y borrar varias veces antes de decidirse a enviar el mensaje.

Finalmente apareció en la pantalla.

—¿Será que puedo decirte "princesa"? No sé… siento que ese apodo te queda bien.

Aylin abrió un poco los ojos, sorprendida.

Era la primera vez que alguien le preguntaba si podía ponerle un apodo, en lugar de simplemente hacerlo. Aquel detalle, por pequeño que fuera, le pareció tierno. Sin darse cuenta, dejó escapar una risa suave mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Tranquilo, está bien.

Sin imaginarlo, aquel pequeño apodo marcó el inicio de algo que ninguno de los dos esperaba.

Desde aquella noche, "princesa" dejó de ser solo una palabra y se convirtió en la forma en que Samuel la saludaba cada mañana, se despedía cada noche y le recordaba, sin decirlo directamente, el cariño que empezaba a sentir por ella.

Los días fueron pasando y las conversaciones se hicieron cada vez más largas. Compartían cómo había estado su día, hablaban de sus sueños, de sus miedos, de sus familias y hasta de las cosas más simples, como qué habían comido o qué canción no podían dejar de escuchar.

Sin darse cuenta, construyeron una amistad que crecía con cada mensaje y con cada llamada.

Una amistad que, poco a poco, comenzó a convertirse en algo mucho más profundo.

Ninguno de los dos se atrevía a ponerle nombre a lo que sentía.

Simplemente disfrutaban de la compañía del otro, mientras, en silencio, sus corazones empezaban a enamorarse... sin que ninguno quisiera ser el primero en admitirlo.

Poco a poco, el embarazo de Aylin continuó avanzando. Aunque seguía siendo un embarazo de alto riesgo y debía asistir constantemente a controles médicos, cada semana que pasaba era una pequeña victoria. El miedo seguía presente, pero también comenzaba a nacer una esperanza que hacía mucho tiempo no sentía.

Todavía no estaba preparada para regresar a los ministerios de la iglesia. Había heridas que no se veían y que necesitaban más tiempo para sanar. Sin embargo, decidió

retomar poco a poco su rutina. Volvió al colegio, salió de vez en cuando con sus amigos y trató de recuperar la normalidad dentro de todo lo que estaba viviendo.

En medio de ese proceso, Samuel se convirtió en una gran compañía. Sin darse cuenta, comenzó a estar presente en sus días de una forma muy natural. Siempre encontraba un momento para escribirle, preguntarle cómo estaba, hacerla sonreír o simplemente escucharla cuando necesitaba desahogarse.

No intentaba reemplazar a nadie ni borrar su pasado.

Simplemente caminaba a su lado, respetando sus tiempos y ayudándola a descubrir, poco a poco, que después de tanto dolor también era posible volver a encontrar momentos de paz.

Aquella tarde, antes de que comenzara el servicio en la iglesia, Aylin caminó por el pasillo principal hasta llegar a la oficina de la pastora. Al verla con la puerta entreabierta, dudó unos segundos antes de tocar suavemente.

—Hola… ¿puedo pasar? —preguntó con timidez.

La pastora levantó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio y sonrió al verla.

—Aylin. Claro que sí, pasa. ¿Cómo has estado?

Aylin dejó escapar un pequeño suspiro.

—Supongo que bien… Han pasado tantas cosas que ya ni siquiera sé cómo explicarme.

La pastora hizo un gesto hacia la silla que estaba frente a ella.

—Si quieres, siéntate. Podemos hablar un rato.

Aylin tomó asiento mientras la pastora dejaba el celular y algunos documentos a un lado del escritorio para prestarle toda su atención.

Durante unos segundos ninguna de las dos habló.

Fue la pastora quien rompió el silencio.

—Te voy a ser sincera. Desde hace varios días quería hablar contigo, sobre todo después de lo que pasó con Ángel. Todos nos dimos cuenta de lo mucho que estabas sufriendo, pero decidimos darte tu espacio. Pensamos que lo mejor era esperar a que estuvieras lista.

Aylin bajó la mirada.

—Gracias por eso… La verdad es que no ha habido nada realmente nuevo. Desde el día en que dejé a Ángel en el cementerio, sentí que mi vida cambió por completo. Entré en una depresión tan fuerte que llegué a pensar que nunca iba a salir de ahí.

—Pero saliste, Aylin. Y quiero felicitarte por eso. Una depresión no es algo fácil de enfrentar, mucho menos de superar. Requiere mucha fortaleza —dijo la pastora con una sonrisa

Aylin sonrió con tristeza.

—Yo también pensé que no iba a poder. Creía que ese dolor me iba a acompañar para siempre… pero hay algo curioso en medio de todo esto.

La pastora inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué pasó?

—Hace poco conocí a alguien.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo conociste?

Aylin soltó una pequeña risa.

—Eso realmente no es lo que más me impresiona. Lo que todavía me cuesta creer es que, cuando lo vi por primera vez, era tan parecido a Ángel que me quedé completamente sorprendida. Por un momento sentí que estaba viendo a la misma persona.

La pastora la escuchaba con atención.

—¿Y cómo ha sido contigo?

Una sonrisa diferente apareció en el rostro de Aylin.

—Desde el primer día me ha tratado como una princesa. De hecho… me dice "princesa". Es muy atento, muy tranquilo… y siento que poco a poco me está abriendo su corazón. Como si Dios hubiera puesto a alguien en mi camino para volver a enseñarme que todavía puedo ser feliz.

La pastora permaneció en silencio unos instantes antes de preguntarle con una sonrisa.

—Entonces… ¿te enamoraste?

Aylin bajó la mirada y jugueteó con sus manos.

—Sí… creo que sí. Pero también me siento culpable. Siento que, si acepto lo que estoy empezando a sentir por él, es como si estuviera olvidando a Ángel.

La pastora negó lentamente con la cabeza.

—No, Aylin. Seguir adelante y permitirte conocer a otra persona no significa olvidar. Ángel siempre va a formar parte de tu historia y de tus recuerdos. Habrá días en los que lo extrañes y en los que vuelvas a llorar por él, y eso está bien. Amar de nuevo no borra el amor que sentiste antes.

Aylin permaneció en silencio, escuchando cada palabra.

—Aferrarte al dolor no es la manera de honrar su recuerdo. Él seguramente habría querido verte vivir, sonreír y volver a ser feliz. El amor no reemplaza a otro amor; simplemente encuentra un lugar diferente en el corazón.

La conversación quedó en silencio durante unos segundos. Aylin respiró hondo varias veces antes de reunir el valor para seguir hablando

—Ya que hemos hablado tanto y siento que puedo confiar en usted... quiero contarle algo. Tal vez se ha estado preguntando por qué no he regresado al ministerio.

—Sí... la verdad sí me lo había preguntado. Pero nunca quise presionarte. Preferí esperar a que estuvieras lista para hablar.

Aylin bajó la mirada. Le costaba encontrar las palabras.

—Además de todo lo que pasó y de que necesitaba darme mi espacio... hay otro motivo mucho más grande. Uno que no me atrevía a contar por miedo.

Respiró hondo.

—Estoy embarazada... Ya tengo casi cuatro meses.

—Aylin...

Las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Aylin.

—Sí... La doctora me dijo que es un embarazo de alto riesgo. Todo lo que viví... las agresiones, las operaciones, las transfusiones y el estrés hicieron que el embarazo fuera muy delicado. Y durante mucho tiempo ni siquiera sabía que estaba embarazada.

La pastora quedó en silencio durante unos segundos. La noticia la había tomado por sorpresa, pero al verla frente a ella, con lágrimas en los ojos y cargando todo ese peso sola, lo único que sintió fue tristeza por todo lo que había tenido que vivir.

Se acercó un poco más y tomó sus manos con cariño.

—Gracias por confiar en mí y por tener el valor de contarme algo tan difícil.

Aylin bajó la mirada mientras las lágrimas seguían cayendo.

—Supongo que... al principio entré en una depresión. No quería saber nada de nadie. Sentía que ya no podía más con todo lo que había pasado. Hasta Ángel... él nunca se dio cuenta de que estaba embarazada.

Su voz se quebró al decir su nombre.

—Y ya no puedo cambiar nada de eso. Las cosas pasaron así... Ahora solo me queda aceptar esta realidad y seguir adelante por mi bebé.

La pastora la escuchó con atención, sin interrumpirla. Sabía que Aylin no necesitaba más preguntas en ese momento, sino alguien que simplemente estuviera ahí para ella.

Cuando terminó de hablar, la pastora le apretó suavemente las manos.

—Aylin, quiero que entiendas algo. Nada de lo que has vivido cambia el valor que tienes como persona. Has pasado por cosas demasiado difíciles para tu edad, y aun así sigues aquí, intentando salir adelante.

Aylin levantó la mirada con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenía miedo de contarlo... Pensé que todos me iban a ver diferente.

La pastora negó lentamente con la cabeza.

—No, mi niña. No estás sola. Y mucho menos aquí. Nosotros te queremos, nos importas y queremos acompañarte en este proceso. No tienes que cargar con todo esto tú sola.

Aylin respiró profundamente, intentando controlar el llanto.

—Gracias... De verdad necesitaba que alguien me dijera eso.

La pastora sonrió con ternura.

—Y recuerda algo más: volver a sonreír, volver a servir o volver a sentir felicidad no significa que olvidaste lo que pasó. Significa que estás aprendiendo a vivir con tu historia y seguir caminando.

Aylin no dijo una sola palabra.

Simplemente se levantó de la silla y la abrazó con fuerza, dejando salir aquellas lagrimas que había derramado en silencio.

No sabía por qué, pero en ese momento sintió que por primera vez alguien no la miraba por sus errores, por lo que había pasado o por las decisiones que había tomado. La pastora simplemente la estaba viendo como Aylin.

Como una persona que todavía necesitaba sanar.

Sin imaginarlo, aquel abrazo se convertiría en uno de los momentos más importantes de su vida, porque con el tiempo esa mujer llegaría a ser una guía y un apoyo fundamental en su camino.

—Gracias... —susurró Aylin entre lágrimas.

La pastora correspondió al abrazo con cariño.

—No tienes que agradecerme, mi niña. Sabes que no estás sola.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Eres una joven con mucho valor, aunque ahora no puedas verlo. Has pasado por cosas que pudieron haberte destruido, pero aquí estás, intentando seguir adelante.

Aylin cerró los ojos mientras escuchaba sus palabras.

—Solo permite que Dios vuelva a encender esa luz que el mundo intentó apagar dentro de ti. Tu historia no terminó en ese momento difícil. Todavía tienes mucho por vivir, muchas cosas por aprender y mucho amor por recibir.

La pastora se separó un poco del abrazo para verla a los ojos.

—Deja que Dios trabaje en tu corazón, poco a poco. No tienes que sanar de un día para otro. Solo da un paso a la vez.

A los pocos días de haber hablado con la pastora, Aylin comenzó poco a poco a recuperar parte de su rutina.

Esa tarde, mientras estaba en en clases su celular vibró.

Era un mensaje de Daniel.

—Hola, enana. ¿Cómo estás? —escribió él con ese apodo que siempre usaba con cariño.

Aylin sonrió levemente al verlo.

—Hola, Dani. Bien, ¿y tú? ¿Qué necesitas?

—Nada, tranquila. No ocupo nada. Solo quería invitarte esta tarde a comer un helado, ¿te parece?

Aylin miró la pantalla sorprendida.

—¿Y eso? Jajaja. Jamás me habías hecho una invitación de ese tipo.

—Pero siempre hay una primera vez, ¿no? Entonces... ¿aceptas?

Ella soltó una pequeña risa.

—Está bien, solo porque es la primera vez.

Daniel respondió con un emoji de felicidad y Aylin guardó el celular mientras continuaba con su día.

Sin embargo, cuando estaba por salir del colegio, su celular volvió a sonar.

Esta vez era un mensaje de Instagram de Samuel

—Hola, mi princesa. ¿Cómo estás?

—¡Hola! Bien, ¿y tú?

—Bien. Oye, estaba pensando en invitarte a salir esta tarde, ¿qué te parece?

Aylin se quedó mirando la pantalla unos segundos.

Le alegraba que Samuel quisiera verla, pero recordó que Daniel ya la había invitado primero. No quería rechazar a ninguno de los dos ni hacer sentir mal a alguien, así que pensó en una solución.

Después de unos segundos escribió:

—Samuel, es que un amigo me acaba de invitar a comer un helado... pero estaba pensando que podríamos ir los tres y así pasamos la tarde juntos. No quiero rechazar tu invitación.

—Claro, me parece bien. Paso recogiéndote al colegio y de ahí vamos por tu amigo.

—Si quieres y no te queda difícil.

—No, tranquila. Entonces nos vemos en unas horas.

Aylin guardó el celular mientras salía del colegio.

Al salir del colegio, apenas a unos metros de la entrada, Aylin vio un carro estacionado. Samuel estaba apoyado en él, mirando su celular mientras esperaba.

—Hola... llegaste rápido.

—Sí, es que pasé a comprar algunas cosas que necesitaba.

—Está bien. Entonces nos vamos. Voy a avisarle a Daniel para que esté afuera cuando lleguemos.

Antes de que Aylin pudiera responder, Samuel se acercó al lado del pasajero y abrió la puerta del carro para que ella pudiera subir.

—Gracias —dijo ella, un poco sorprendida por el gesto.

—De nada.

Después de que ambos subieron, Samuel encendió el carro y comenzaron el camino.

Durante los primeros minutos, ninguno de los dos dijo nada. No era un silencio incómodo, pero sí un poco extraño. Aylin miraba por la ventana mientras Samuel se concentraba en manejar.

—¿Cómo te fue en el colegio?

—Bien, supongo. Ahora tengo muchos proyectos que terminar porque ya casi termina el primer semestre. ¿Y tú?

—Bien. Estoy buscando una universidad para empezar a estudiar y también algún trabajo de medio tiempo que me permita seguir estudiando.

—Eso suena bien. Yo también he pensado en ir a la universidad y estudiar algo de diseño.

—¿Diseño? ¿Qué tipo de diseño quieres hacer?

—No estoy segura todavía. Había pensado en diseño de modas o fotografía.

—La fotografía te gusta, ¿verdad?

Aylin miró hacia la ventana con una pequeña sonrisa.

—Sí... En la iglesia yo era la fotógrafa. Todas las fotos que ves en redes y esas cosas casi siempre las tomé yo.

—Sí, una vez las vi. Incluso hay una donde sales danzando

—Sí... no sabes cuánto extraño eso. Pero he estado pensando en volver poco a poco.

—Creo que sería bonito. Se nota que te gusta.

—Sí, mucho.

La conversación continuó durante el resto del camino. Hablaron de sus gustos, de sus planes para el futuro y de pequeñas cosas que poco a poco les permitían conocerse mejor.

Para Aylin era extraño darse cuenta de que podía volver a tener conversaciones así, simples, sin sentir que todo estaba relacionado con el dolor del pasado.

Después de unos minutos llegaron a la casa de Daniel.

Él ya estaba afuera, esperando con su celular en la mano.

Al verlos llegar, sonrió y se acercó al carro.

—Hello.

Aylin bajó la ventana y sonrió.

—Hola, Dani. Espero que no te hayas aburrido esperando.

Daniel negó con la cabeza mientras subía al carro.

—No, estaba jugando un juego.

Aylin levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué juego?

—Un juego.

—Ay, no empieces a molestarlo.

—Perdón.

Luego miró a Samuel con curiosidad.

—Oye, Aylin, ¿él es así contigo siempre?

—Algunas veces —dijo Samuel con una sonrisa

Samuel arrancó el carro y comenzó a conducir nuevamente.

Durante los primeros minutos, los tres permanecieron tranquilos, disfrutando del camino mientras la música sonaba suavemente de fondo. Daniel iba conversando desde el asiento trasero, contando alguna historia mientras Aylin lo escuchaba entre risas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Samuel

—Si quieren, podemos ir por un batido.

Daniel levantó la mirada desde el asiento trasero y sonrió.

—Uy, sí, hace mucho no voy por un batido

Después de unos minutos llegaron al lugar y entraron para pedir sus bebidas. El ambiente era tranquilo, y para Aylin era extraño sentirse así de relajada después de tanto tiempo.

—Yo quiero uno de fresa —dijo Aylin mientras miraba las opciones.

Samuel observó la carta y luego sonrió.

—Yo también quiero uno igual.

Daniel, al escuchar aquello, no perdió la oportunidad de molestarlos. Se acercó un poco a Aylin y le dio un pequeño empujón con el hombro.

—Ya... por eso no consigues novia.

Aylin abrió los ojos sorprendida y soltó una risa.

—Daniel, mejor quédate callado

—Creo que tu amigo disfruta molestarte.

—Más de lo que debería —respondió Aylin entre risas.

Después de recibir sus batidos, salieron del lugar. Samuel y Aylin cruzaron la calle para sentarse en unas bancas cercanas mientras esperaban a Daniel, quien se había quedado unos minutos más esperando que le entregaran su bebida.

El momento era tranquilo. La tarde comenzaba a caer y los tres simplemente disfrutaban de estar juntos.

Samuel miró a Aylin de reojo con una pequeña sonrisa.

—Como que tu amigo piensa que somos novios...

—Daniel siempre ha sido así. Le gusta molestar por cualquier cosa.

—Se nota.

Por unos segundos ambos guardaron silencio, disfrutando la tranquilidad del momento.

Samuel había estado más callado de lo normal durante los últimos minutos. Aylin lo notaba, como si estuviera esperando el momento correcto para decirle algo.

Samuel permaneció en silencio unos segundos hasta que finalmente decidió hablar.

—Aylin...

—¿Sí?

—Tengo que decirte algo importante. Por eso quería invitarte hoy... aunque los planes cambiaron un poco.

—¿Algo importante?

—Sí. Quería aprovechar que estamos solos y que Daniel todavía no llega.

—Está bien... te escucho.

Samuel estaba a punto de comenzar a hablar cuando, de repente, escucharon una voz llamándola desde lejos.

—¡Aylin!

Ambos voltearon.

Era Daniel, quien finalmente había llegado y estaba al otro lado de la calle.

—¡Dame un segundo! —respondió Aylin mientras levantaba la mano.

Daniel sonrió al verlos desde el otro lado de la calle y comenzó a cruzar para acercarse a ellos.

Iba tranquilo, mirando hacia donde estaban Aylin y Samuel, sin notar que un carro se acercaba a una velocidad más alta de lo normal.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

Cuando Daniel llegó a la mitad de la calle, el carro no logró detenerse a tiempo y terminó golpeándolo.

El sonido del impacto hizo que Aylin se quedara paralizada por un instante, sin poder reaccionar ante lo que acababa de ver.

Samuel también se levantó rápidamente de la banca, sorprendido por la situación.

Aylin no pensó en nada más. Solo corrió hacia donde estaba Daniel, con el miedo apoderándose de ella mientras intentaba acercarse para ayudarlo.

—¡Daniel! —gritó al verlo caer.

—Aylin, espera... no lo muevas.

Ella llegó hasta Daniel con los ojos llenos de miedo.

—Dani... por favor, despierta.

Samuel sacó su celular rápidamente.

—Voy a llamar a una ambulancia.

A los pocos minutos, el sonido de una ambulancia se escuchó acercándose por la calle.

Los paramédicos bajaron rápidamente y se dirigieron hacia Daniel para comenzar a revisarlo. Aylin permanecía a un lado, observando cada movimiento con preocupación, mientras intentaba mantener la calma.

Después de unos minutos, lograron estabilizarlo lo suficiente para subirlo a la ambulancia.

Aylin tomó su celular con las manos temblorosas y buscó rápidamente el contacto de sus padres.

Samuel se acercó a ella mientras miraba cómo los paramédicos cerraban las puertas de la ambulancia.

—Vamos —dijo con preocupación—. Nosotros nos vamos en el carro.

Subieron al carro y siguieron a la ambulancia rumbo al hospital, con el silencio llenando todo el camino.

Al llegar al hospital, Daniel fue ingresado inmediatamente al área de emergencias mientras sus padres llegaban para esperar noticias sobre su estado.

Aylin y Samuel permanecieron en la sala de espera junto a ellos. Nadie decía mucho; todos estaban concentrados en esperar una respuesta que les diera tranquilidad.

Los minutos parecían pasar lentamente hasta que finalmente una enfermera salió del área de emergencias y se acercó a los padres de Daniel.

—Familia de Daniel...

Al escuchar su nombre, Aylin y Samuel también se acercaron para poder escuchar.

La enfermera tomó aire antes de hablar.

—Bueno, Daniel ya está estable. Por suerte el impacto no provocó daños más graves, pero sí sufrió una fractura en una pierna y en una de sus manos, así que tendrá que usar yeso y permanecer en observación durante un tiempo.

Al escuchar esas palabras, Aylin sintió un gran alivio al saber que Daniel estaba bien, aunque tuviera heridas, le quitó un peso enorme de encima.

Después de unos minutos, mientras los padres de Daniel continuaban hablando con el personal médico, Samuel se acercó a Aylin.

—Oye... si quieres podemos ir por un café y hablamos un rato.

Por un momento recordó que Samuel había intentado decirle algo antes de que todo ocurriera.

—Está bien... creo que tú tenías algo que contarme, ¿cierto?

—Sí.

—Entonces vamos.

Después de caminar un rato, ambos decidieron entrar a un lugar tranquilo para poder conversar con más calma.

Samuel bajó la mirada por unos segundos. Se notaba que estaba nervioso, como si hubiera repetido esas palabras muchas veces en su cabeza antes de atreverse a decirlas.

—Aylin... es que quería confesarte algo, pero no sé cómo empezar.

Ella lo miró con una pequeña sonrisa.

—Dime lo que sea, te escucho.

Samuel tomó aire.

—Es que desde que empezamos a hablar me sentí diferente. Me gustó tu forma de ser, cómo a pesar de todo lo que has vivido siempre intentas encontrar el lado positivo a las cosas. Me gusta lo sencilla que eres, la manera en la que tratas a las personas... y en pocas palabras...

Hizo una pequeña pausa.

—Me enamoré de ti.

Aylin se quedó en silencio.

No sabía exactamente qué responder. Las palabras de Samuel la habían tomado por sorpresa, pero en el fondo de su corazón sabía que ella también había empezado a sentir algo por él.

Le gustaba su forma de tratarla, la tranquilidad que le transmitía y la manera en la que, sin darse cuenta, había empezado a convertirse en alguien importante para ella.

—Aylin... —dijo Samuel con una pequeña sonrisa nerviosa—. Entonces... si te digo que quiero preguntarte si quieres ser mi novia... ¿aceptarías?

Aylin bajó la mirada.

Una parte de ella quería decir que sí inmediatamente, pero sabía que no podía hacerlo sin contarle la verdad.

—No lo sé...

—¿Por qué?

—Porque hay algo que necesito que sepas. Y quiero que seas sincero conmigo, porque no quiero lastimarte después.

—Claro. Dime lo que sea.

—Samuel... estoy embarazada.

El silencio apareció entre ambos.

—Estoy embarazada desde mucho antes de que tú llegaras a mi vida. Si te explico cómo pasó todo, probablemente tardaría toda una noche, pero lo importante es que fue un embarazo no deseado.

Aylin esperaba cualquier reacción. Pero Samuel simplemente la miró con tranquilidad.

—No me importa.

Aylin levantó la mirada sorprendida.

—¿Qué dijiste?

Samuel sonrió suavemente.

—Que no me importa, Aylin. Sé que es algo serio y que hay muchas cosas que debemos pensar, pero no voy a juzgarte por algo que pasó antes de conocerme.

Hizo una pausa.

—Si algún día estoy en tu vida, quiero hacerlo de la manera correcta. Quiero apoyarte y ser responsable con todo lo que venga. Pero lo que más me importa es conocer a la persona que eres, esa persona que me hizo sentir algo tan sincero.

Aylin sintió cómo sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

—Samuel... jamás pensé que fueras a decir algo así.

—A veces las personas llegan a nuestra vida sin saber todo lo que hemos pasado, pero eso no significa que no puedan quedarse cuando conocen nuestra historia.

Ambos se quedaron en silencio durante unos segundos.

Aylin no sabía qué decir. Nunca imaginó encontrar a alguien como Samuel, una persona que pudiera conocer su pasado, saber todo lo que había vivido y aun así tratarla con la misma tranquilidad y cariño.

Para ella era algo nuevo.

Después de todo lo ocurrido, había llegado a pensar que sería difícil encontrar a alguien que pudiera verla sin quedarse únicamente con sus errores o con las heridas que llevaba encima.

Pero Samuel era diferente.

No intentaba cambiar su historia ni borrar lo que había pasado. Simplemente estaba ahí, escuchándola y permitiéndole sentirse cómoda.

Y aunque todavía le costaba creerlo, una pequeña parte de ella empezaba a pensar que tal vez sí existían personas capaces de quedarse, incluso cuando conocían las partes más difíciles de alguien.

—Entonces... ¿aceptas?

—Déjame pensarlo, ¿sí? Es que todavía hay algunas cosas que siento que no están del todo claras.

Samuel asintió con una pequeña sonrisa.

—Bueno, te doy veinticuatro horas.

Aylin lo miró sorprendida.

—¿Veinticuatro horas? Qué presión.

Samuel soltó una pequeña risa.

—No hay que perder tiempo.

Después de decir eso, se levantó de la silla y tomó sus cosas.

Aylin lo observó mientras se alejaba hacia la salida de la cafetería. Todavía tenía muchas cosas en la cabeza y no sabía exactamente qué decisión tomar, pero tampoco podía negar que Samuel había llegado a su vida de una manera inesperada.

Antes de salir, Samuel se giró hacia ella.

—Buenas noches.

Aylin sonrió levemente.

—¿Quién me va a llevar a la casa?

Samuel levantó las llaves del carro con una sonrisa.

—Ahí te espero afuera.

Aylin negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír mientras tomaba sus cosas y se preparaba para salir.

Durante el camino de regreso, Aylin permaneció más callada de lo normal.

Samuel podía notar que algo no estaba bien.

Ella seguía un poco molesta, no porque él hubiera hecho algo malo, sino porque apenas le había dado un día para pensar en algo que podía cambiar muchas cosas. Además, todavía no encontraba la manera de explicarle la situación a su madre.

Aun así, decidió guardar silencio durante el trayecto.

Samuel encendió el carro y comenzó a manejar hacia la casa de Aylin. No quiso presionarla ni volver a tocar el tema; simplemente dejó que el camino transcurriera con tranquilidad.

Cuando llegaron, estacionó frente a la casa.

Aylin tomó sus cosas y se preparó para bajar, todavía con esa expresión seria que Samuel había notado desde hacía rato.

Sin decir una sola palabra, Aylin bajó finalmente del carro.

Samuel la observó desde el carro y, al verla caminar hacia la entrada de su casa con esa expresión seria que intentaba ocultar todo lo que pasaba por su mente, no pudo evitar sonreír ligeramente.

Había algo en la forma en la que Aylin trataba de aparentar que todo estaba bien que le parecía especial.

Cuando entró a la casa, todo estaba en silencio. Sus padres ya se habían dormido, así que caminó con cuidado para no hacer ruido y se dirigió directamente a su habitación.

Como cada noche, siguió su rutina.

Se cambió de ropa, se puso la pijama y se dejó caer sobre la cama, mirando durante unos segundos el techo de su habitación.

Pero esa noche era diferente.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro sin que pudiera evitarlo.

Después de todo lo que había vivido, después de tantas pérdidas y momentos donde sintió que no volvería a ser la misma, nunca imaginó que alguien podría hacerla sentir algo parecido nuevamente.

Sin darse cuenta, Samuel había comenzado a ocupar un pequeño lugar en su corazón.

Era algo que Aylin no había planeado ni buscado, pensó que sería imposible volver a sentir algo parecido por alguien más. Había creído que una parte de ella siempre estaría atrapada en el dolor de todo lo que perdió.

Pero poco a poco, sin darse cuenta, Samuel había logrado hacerla sonreír nuevamente.

Aunque esa felicidad venía acompañada de un miedo que todavía seguía presente.

Un miedo que aparecía cada vez que pensaba en volver a querer a alguien. El miedo de perderlo, de repetir una historia que todavía llevaba marcada en su corazón y de volver a sentir ese vacío que tanto le había costado superar.

Aun así, esa noche decidió no dejar que el miedo ganara.

13

Entre la vida y el miedo

"La vida no promete que el camino será fácil, solo nos da razones para seguir caminando incluso cuando no entendemos el destino."

A la mañana siguiente, Aylin despertó con una sensación diferente. Durante unos segundos permaneció acostada, mirando el techo de su habitación mientras intentaba ordenar todo lo que pasaba por su mente. La conversación de la noche anterior con Samuel seguía presente, especialmente aquella pregunta que ahora parecía pesar más de lo que imaginaba. Una decisión que no solo involucraba sus sentimientos, sino también todo lo que había vivido y el futuro que estaba intentando construir.

Tomó su celular de la mesa de noche y, al desbloquearlo, notó que tenía varios mensajes nuevos. Todos eran de Samuel. Antes de abrir la conversación dudó unos segundos, sin saber exactamente qué esperaba encontrar. Tal vez una insistencia, alguna pregunta buscando una respuesta rápida o incluso algo que la hiciera sentir más presionada.

Pero no fue así.

Al leer sus mensajes, Aylin encontró algo que no esperaba: tranquilidad. Samuel no estaba intentando convencerla ni hacerla sentir obligada a tomar una decisión. Simplemente le recordaba que tenía derecho a pensar, a sentir y a elegir lo que realmente quería para su vida

Esa mañana, Aylin se levantó como cualquier otro día.

Aunque por fuera todo parecía normal, dentro de ella todavía seguía aquella decisión que había estado dando vueltas en su cabeza desde la noche anterior.

Ese día tenía que salir de compras con su madre, así que aprovechó aquel momento juntas para intentar hablar con ella de algo que llevaba tiempo pensando.

Mientras recorrían los pasillos del supermercado, Aylin reunió valor.

—Mamá... ¿te puedo hacer una pregunta?

Su madre la miró con una pequeña sonrisa.

—Claro, sabes que siempre voy a escucharte.

Aylin bajó la mirada por unos segundos antes de continuar.

—¿Qué pensarías si yo me diera la oportunidad con alguien después de todo lo que ha pasado?

Su madre permaneció en silencio unos momentos, sorprendida por la pregunta, pero no tardó en responder.

—Bueno... te voy a ser sincera. Mientras sea una persona que te trate bien, que te respete y que sea un muchacho de buenos sentimientos, eso es lo único que me importa.

Aylin escuchó sus palabras con atención.

Poco a poco comenzó a contarle sobre Samuel.

Le habló de cómo lo había conocido, de su forma de ser, de sus gustos y de la manera en la que la trataba. También le explicó que, aunque todavía tenía miedo, sentía que con él podía estar tranquila.

Su madre la escuchó sin interrumpirla.

Y mientras más Aylin hablaba de Samuel, más entendía que aquello no era solo una emoción pasajera.

Era alguien que poco a poco había logrado devolverle una parte de ella que creía perdida.

—Me alegra verte hablando así de alguien otra vez —dijo finalmente su madre—. Después de todo lo que has vivido, mereces volver a sentir algo bonito.

Al volver a casa, Aylin se sentía un poco más tranquila.

Aunque todavía no tenía claro qué decisión tomar, al menos su mente ya no estaba tan llena de dudas como antes. Sabía que necesitaba tiempo para pensar y entender realmente lo que quería.

Al llegar, decidió darse un baño para despejarse. Después de salir, se arregló con calma y comenzó a buscar algo de ropa en su clóset.

Fue entonces cuando su celular empezó a sonar varias veces.

Al principio pensó que podía ser cualquier cosa, pero al ver que insistían, decidió revisar quién era.

La llamada era de la pastora de jóvenes.

—Hola, Aylin. ¿Cómo estás? —preguntó la pastora al contestar.

—Hola. Bien, aquí voy... ¿y usted cómo está? —respondió Aylin.

—Bien. Oye, necesito pedirte algo. Quiero que esta noche te pongas la mejor ropa que tengas y que te arregles un poco más de lo normal.

—¿Por qué? ¿Pasó algo especial esta noche?

—Es que cambiaron la actividad a última hora y todos van a ir con su mejor vestimenta.

—Está bien... entonces nos vemos más tarde.

Después de despedirse, Aylin dejó el celular a un lado.

Le parecía extraño que cambiaran una actividad de un momento a otro, pero decidió no darle demasiada importancia.

Volvió a revisar entre su ropa buscando algo que fuera cómodo, pero que al mismo tiempo se sintiera especial.

Después de varios minutos encontró un vestido negro estilo muñeca que siempre le había gustado. Era una de esas prendas que le hacían sentirse más segura cuando las usaba.

Se colocó unos tacones bajos, arregló su cabello con algunos rizos y se maquilló ligeramente.

Mientras se miraba frente al espejo, sonrió un poco.

Hacía mucho tiempo que no se preparaba simplemente para disfrutar de una noche diferente.

Esa tarde, cuando llegó la hora de salir, Aylin terminó de arreglarse, tomó sus cosas y pidió un carro para ir a la iglesia.

Al llegar, fue recibida con el mismo cariño de siempre. Varios jóvenes se acercaron a saludarla, algunos aprovecharon para tomarse fotografías con ella y otros simplemente se quedaron conversando un rato. Poco a poco, Aylin volvía a sentirse parte de aquel lugar que durante tanto tiempo había considerado su segundo hogar.

La reunión transcurrió con normalidad. Participó en las actividades, escuchó la enseñanza de aquella noche y, al finalizar, todos se reunieron para compartir y jugar

algunos juegos de mesa. Entre risas y conversaciones, por un momento olvidó las preocupaciones que llevaba sobre sus hombros.

Sin embargo, al mirar la hora en su celular, supo que ya debía regresar a casa.

Comenzó a despedirse de sus amigos cuando una voz la llamó desde atrás.

—Aylin...

Ella se dio la vuelta.

Era la pastora.

—¿Podemos hablar un momento?

Aylin miró nuevamente la hora.

—Eh... ¿será que solo cinco minutos? Es que ya es un poco tarde.

—Claro. Ven, vamos a mi casa.

—Bueno... ¿qué era eso tan importante? —preguntó Aylin con curiosidad.

La pastora sonrió.

—Quería proponerte algo.

Aylin la miró atenta.

—Quiero que vuelvas al ministerio. ¿Qué te parece si empiezas nuevamente a partir de mañana?

Los ojos de Aylin se abrieron por la sorpresa.

—¿En serio?

—Claro que sí. Creo que ya ha pasado suficiente tiempo y siento que este puede ser un buen momento para regresar.

Una sonrisa apareció en el rostro de Aylin.

—Me encantaría.

—Entonces está decidido. Desde mañana vuelves a formar parte del ministerio.

Ambos continuaron conversando durante un rato más. La charla fue tranquila, hablando de cosas sencillas que hicieron que, por un momento, Aylin dejara de pensar en todo lo que llevaba sobre sus hombros.

Sin embargo, el tiempo pasó más rápido de lo que imaginaban.

—Bueno... ya me tengo que ir —dijo Aylin al mirar la hora—. Si llego más tarde, mis papás se van a preocupar.

—Está bien. Yo también tengo que hacer unas cosas.

Los dos se despidieron y Aylin comenzó a caminar por el corredor de la iglesia rumbo a la salida.

Mientras avanzaba, notó que todos estaban reunidas afuera. Algunos jóvenes, el líder del ministerio, la pastora e incluso varias personas que simplemente observaban hacia un mismo lugar, como si estuvieran esperando que algo ocurriera.

No entendía qué estaba pasando. Cuando finalmente cruzó el portón principal de la iglesia, sus pasos se detuvieron por completo. A unos metros de distancia estaba Samuel, vestido con elegancia, sosteniendo un ramo de flores entre las manos y un pequeño regalo cuidadosamente envuelto. Permanecía de pie con una sonrisa tranquila, como si hubiera esperado ese momento desde hacía horas, mientras todas las miradas comenzaban a dirigirse hacia ellos.

—Samuel... ¿qué haces aquí? —preguntó Aylin, sorprendida, mientras una pequeña sonrisa se escapaba de sus labios.

—Vine por ti.

—¿Por mí?

—¿Recuerdas que me prometiste una respuesta?

—Pero no era necesario que vinieras hasta aquí.

Samuel dio un paso hacia ella.

—Sí lo era. Porque quiero demostrarte que esto va en serio.

Antes de que Aylin pudiera responder, una pequeña buseta se detuvo frente a la iglesia.

La puerta se abrió.

Comenzaron a bajar varios mariachis con sus instrumentos en las manos.

Los jóvenes se miraron entre ellos sorprendidos. Algunos comenzaron a sacar sus celulares para grabar el momento, otros sonreían y la pastora observaba la escena con una mezcla de ternura y curiosidad.

Aylin sintió cómo el calor subía a sus mejillas.

—Samuel... ¿qué estás haciendo? —preguntó en voz baja, completamente avergonzada.

—Entonces... ¿qué pensaste?

—Mira... te voy a ser sincera. Tengo miedo. Miedo de volver a sufrir, de que más adelante pase algo y termine perdiéndote también. Después de todo lo que he vivido, me cuesta volver a confiar.

Bajó la mirada por un instante y luego volvió a levantarla.

—Pero también entendí algo. La mujer que soy hoy me enseñó que no puedo seguir viviendo con miedo a las cosas que pueden hacerme feliz. No quiero dejar pasar una oportunidad tan bonita solo por lo que viví en el pasado.

Sonrió con timidez.

—Y... sinceramente, eres un chico increíble. Me tratas con respeto, me haces sentir tranquila y nunca me juzgaste por mi historia. Creo que sería muy difícil volver a encontrar a alguien como tú.

Samuel la observaba en silencio, esperando escuchar la respuesta que llevaba días deseando.

Aylin dio un paso hacia él.

—Así que... sí.

Samuel abrió un poco más los ojos.

—¿Qué dijiste?

Aylin soltó una pequeña risa.

—Que sí... acepto.

En cuanto terminó de decirlo, los mariachis comenzaron a tocar, mientras los jóvenes y las personas que estaban alrededor rompían en aplausos y sonrisas. Samuel, incapaz de ocultar la felicidad que sentía, se acercó a Aylin con una enorme sonrisa, sosteniendo todavía las flores entre sus manos.

Sin pensarlo demasiado, ambos acortaron la distancia que los separaba.

Fue un beso corto, tímido y lleno de nervios, pero también de sinceridad. Ninguno de los dos intentó decir nada después; no hacía falta. A veces un solo instante era suficiente para expresar lo que las palabras no podían.

Apenas se separaron, el silencio duró solo un segundo.

Los aplausos, los gritos de alegría y las risas de todos los presentes llenaron el ambiente. Los mariachis comenzaron a tocar mientras los jóvenes celebraban con entusiasmo aquel momento que acababan de presenciar.

Aylin sintió que el rostro le ardía de la vergüenza. Bajó la cabeza entre risas, incapaz de creer que todo el ministerio hubiera visto aquel beso.

Cuando la emoción se calmó un poco, todos comenzaron a bromear y a felicitar a la nueva pareja. Entre risas surgió la idea de salir a celebrar, y sin pensarlo demasiado terminaron reuniéndose en un McDonald's.

La noche transcurrió entre conversaciones, bromas y fotografías que inmortalizaron aquel momento.

Y mientras observaba a las personas que ahora la rodeaban, Aylin no pudo evitar sonreír.

Después de tanto tiempo creyendo que la felicidad ya no volvería a tocar su puerta, aquella noche la vida le estaba demostrando que, incluso después de las tormentas más difíciles, todavía podían existir nuevos comienzos.

Desde aquel día, la vida de Aylin comenzó a sentirse diferente.

Lo que había empezado como una amistad terminó convirtiéndose en una relación que ninguno de los dos esperaba encontrar.

Samuel no dejó que pasara un solo día sin escribirle.

Cada mañana, antes incluso de comenzar con sus propias responsabilidades, le enviaba un mensaje para preguntarle cómo había amanecido. Durante el día buscaba cualquier excusa para hablar con ella y, por las noches, nunca se despedía sin desearle que descansara bien.

Eran pequeños detalles.

Pero para Aylin significaban mucho.

Después de todo lo que había vivido, nunca imaginó que alguien pudiera quererla con tanta paciencia, respeto y dedicación.

Poco a poco, aquella tranquilidad comenzó a llenar los espacios donde antes solo existía miedo.

Tenía a Samuel caminando a su lado, a unos padres que nunca dejaron de apoyarla, amigos que permanecieron junto a ella incluso en los momentos más difíciles y una iglesia que siempre le recordó que no estaba sola.

Los padres lo recibieron con cariño desde el primer momento. Poco a poco, dejó de ser simplemente "el muchacho con el que salía Aylin" para convertirse en alguien más de la familia. Siempre era bienvenido a la casa, compartía las comidas con ellos y no tardó en ganarse el cariño de ambos.

Del otro lado ocurrió exactamente lo mismo.

La madre y los hermanos de Samuel recibieron a Aylin con los brazos abiertos. Nunca la hicieron sentir juzgada por su pasado ni por las circunstancias de su embarazo. Al contrario, desde el primer día la trataron con respeto, cariño y la hicieron sentir parte de su familia.

Aquello era algo completamente nuevo para Aylin.

Poco a poco, las heridas que llevaba en el corazón comenzaron a sanar.

Los días comenzaron a transcurrir con tranquilidad.

Aylin seguía asistiendo al colegio, dedicaba tiempo a Samuel y poco a poco volvía a involucrarse en las actividades de la iglesia. Aunque su embarazo seguía siendo de alto riesgo, intentaba disfrutar cada momento que la vida le estaba regalando.

Una tarde, al llegar a casa, encontró a sus padres conversando en la sala con un mapa y varios documentos sobre la mesa.

Al verla entrar, su madre levantó la mirada.

—Mi amor, ¿puedes sentarte un momento? Necesitamos hablar con vos.

Aylin dejó su bolso junto al sofá y tomó asiento.

—¿Pasó algo?

Su padre suspiró antes de responder.

—Sí... Tu abuela materna se enfermó hace unos días y su estado se complicó. Los médicos nos recomendaron viajar para estar con ella.

Aylin sintió un pequeño nudo en el estómago.

—¿Está muy mal?

—Esperamos que no sea nada grave, pero preferimos acompañarla por unos días mientras se recupera.

—¿Y cuándo se van?

—Solo el tiempo necesario para ayudarla.

Aylin guardó silencio unos segundos.

Justo la semana siguiente tenía programado uno de los controles más importantes de su embarazo.

—No se preocupen por mí —dijo finalmente con una pequeña sonrisa—. Yo voy a estar bien.

Sus padres la miraron con cierta preocupación.

—¿Estás segura?

—Sí. Además... creo que ya sé quién puede acompañarme a la cita.

Aylin comprendió la situación desde el primer momento.

Sin pensarlo demasiado, decidió que lo mejor era dejar que sus padres se concentraran por completo en el viaje y en el estado de salud de su abuela. Ella se encargaría de todo lo que pudiera mientras ellos estuvieran fuera.

Unos días después, mientras terminaba unas tareas del colegio, tomó el celular y abrió el chat de Samuel.

—Hola, amor... ¿cómo estás?

La respuesta llegó casi de inmediato.

—Hola, mi niña. Bien, ¿y tú?

Aylin suspiró antes de responder.

—Un poco preocupada. Mi abuela está muy enferma y mis papás tuvieron que salir de viaje para estar con ella.

—¿Está muy grave?

—Todavía no sabemos muy bien... pero creo que sí.

Samuel sintió un nudo en el pecho al leer aquellas palabras.

—Ay... lo siento mucho. De verdad espero que todo salga bien. Si necesitas cualquier cosa, dime.

—De hecho... sí quería pedirte un favor.

—Dime, mi princesa.

—En unos días tengo una cita médica y no quiero molestar a mis papás mientras están pendientes de mi abuela. ¿Será que me puedes acompañar?

Samuel ni siquiera necesitó pensarlo.

—Claro que sí. Sabes que siempre voy a estar para ti. Solo dime la hora y yo paso por ti. Nos vamos juntos en el carro.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Aylin.

—Gracias... de verdad.

—No tienes nada que agradecer. Para eso estoy.

Y así fue.

Los días pasaron rápidamente y, casi sin darse cuenta, llegó la fecha de la cita médica.

Aquella mañana, Aylin se levantó como de costumbre. Se dio un baño, se arregló con tranquilidad y guardó en una carpeta todos los documentos y exámenes que debía llevar para el control.

Luego bajo a la casa de Samuel para irse.

—Hola, mi amor. ¿Lista? —preguntó Samuel.

Aylin sonrió con un poco de nervios.

—Supongo que sí... aunque siento que cada vez que vengo a un control siempre me dicen algo nuevo.

Samuel tomó con delicadeza la carpeta que ella llevaba en las manos.

—Tranquila. Pase lo que pase, no vas a estar sola.

Los dos subieron al carro.

Samuel esperó a que Aylin se acomodara antes de cerrar la puerta y rodeó el vehículo para sentarse al volante.

—Bueno... vámonos.

Durante el camino conversaron de cosas sencillas para distraer los nervios de Aylin. Sin embargo, Samuel no dejaba de mirarla de reojo de vez en cuando, asegurándose de que estuviera bien.

Al llegar al hospital, estacionó el carro y bajó rápidamente para abrirle la puerta.

—Con cuidado.

Aunque el embarazo ya comenzaba a notarse ligeramente, Samuel seguía tratándola con el mismo cuidado de siempre. Caminaba a su ritmo, evitaba que cargara peso y estaba atento a cualquier cosa que pudiera hacerla sentir incómoda.

No era porque pensara que Aylin fuera incapaz de hacer las cosas por sí sola.

Simplemente le preocupaba.

Quería asegurarse de que tanto ella como la bebé estuvieran bien.

Juntos caminaron hacia la entrada del hospital, sin imaginar que aquella cita cambiaría nuevamente el rumbo de sus vidas.

Cuando la enfermera llamó el nombre de Aylin, ella respiró profundamente antes de ponerse de pie. Samuel, que permanecía sentado a su lado, le dio un suave apretón en la mano para transmitirle un poco de tranquilidad. Juntos caminaron hasta el consultorio, donde la doctora los recibió con una sonrisa amable y les indicó que pasaran.

—Buenos días. Pasen, por favor.

Después de saludar, Aylin se acomodó en la camilla mientras la doctora preparaba todo para revisarla.

—Bien, como siempre, necesito que estés lo más tranquila posible, ¿de acuerdo?

Durante la revisión, el consultorio quedó completamente callado. Solo se escuchaban los sonidos de los instrumentos médicos. Samuel permanecía a un lado de la camilla, sosteniendo la mano de Aylin con delicadeza, sin soltarla ni un solo momento.

Los minutos parecieron eternos.

La expresión de la doctora comenzó a cambiar poco a poco mientras observaba los resultados.

Al terminar, retiró los instrumentos y ayudó a Aylin a acomodarse nuevamente.

—Aylin... necesito ser muy sincera con ustedes.

La joven sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué pasó, doctora?

La doctora tomó asiento frente a ellos.

—El embarazo ha cambiado desde la última revisión. En este momento, tanto el bebé como tu vida están corriendo un riesgo importante.

Aylin abrió los ojos con sorpresa.

—Pero... hace unas semanas usted me dijo que todo iba bien.

—Así era en ese momento. Sin embargo, la situación evolucionó y el riesgo aumentó considerablemente. En medicina, estas cosas pueden cambiar con el paso de los días.

La doctora continuó con serenidad.

—Por esa razón debo hablarles de un procedimiento que, médicamente, podría ser necesario. Se trata de una interrupción terapéutica del embarazo cuando la vida de la madre está en peligro.

—No... no entiendo...

—En este punto del embarazo ya tienes casi cuatro meses de gestación. Por ese motivo no se trata de un procedimiento sencillo. Lo más recomendable sería realizar una cirugía para disminuir el riesgo y proteger tu vida.

La doctora le entregó unos documentos.

—Antes de tomar cualquier decisión, necesito enviarte a realizar varios exámenes de sangre y otros estudios. Con esos resultados podremos programar la cirugía.

Al salir del consultorio, Aylin ya no pudo seguir conteniendo todo lo que llevaba por dentro.

Apenas cruzó la puerta, las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

El miedo que había intentado ocultar durante toda la consulta terminó por vencerla.

La idea de someterse a una cirugía la aterraba.

Pero lo que más le dolía era saber que, muy probablemente, sus padres no estarían con ella ese día.

Samuel caminó a su lado sin decir nada al principio. Sabía que, en momentos como ese, Aylin necesitaba unos segundos para desahogarse.

Cuando ella logró calmar un poco el llanto, respiró hondo y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Necesitamos contarles a mis papás —dijo con la voz entrecortada.

—Sí... también hay que decirles que yo voy a acompañarte ese día, para que puedan irse con un poco más de tranquilidad y sepan que no vas a estar sola.

Al llegar a casa, el silencio entre ambos era diferente.

Aylin permanecía mirando por la ventana del carro mientras Samuel manejaba de regreso. Aunque él intentaba mantener la calma, podía notar que ella estaba más callada de lo normal.

Sabía que no era solo por la cirugía.

Era por todo lo que significaba.

El miedo de volver a entrar a un hospital, de pasar nuevamente por un procedimiento médico y, sobre todo, la tristeza de pensar que sus padres no podrían estar a su lado ese día porque tenían que viajar para acompañar a su abuela.

Cuando llegaron, esperaron en la sala hasta que sus padres regresaran.

Aylin no dejaba de pensar en cómo iba a decirles todo. Sabía que ellos ya habían pasado por muchas cosas con ella y no quería agregarles más preocupación, pero tampoco podía enfrentar aquello sola.

Cuando finalmente escucharon la puerta abrirse, Aylin sintió un nudo en la garganta.

Sus padres entraron cansados por el viaje que estaban organizando, pero al verla junto a Samuel notaron de inmediato que algo pasaba.

—Papás… necesito hablar con ustedes —dijo Aylin con suavidad—. Es algo importante.

Su madre dejó sus cosas a un lado y se acercó un poco más.

—Claro, hija. ¿Qué pasó?

—Me cuesta mucho decir esto sola… por eso le pedí a Samuel que viniera a ayudarme.

—Está bien, hija. Decinos qué sucede.

Samuel tomó la palabra con cuidado, explicando lo que la doctora les había indicado durante la cita y la posibilidad de que Aylin tuviera que someterse a una cirugía.

Mientras escuchaban, el rostro de su madre cambió poco a poco.

—Dios mío... ¿pero esto es seguro? —preguntó con la voz llena de miedo.

—Todavía tienen que hacer más exámenes para confirmar todo. Pero el doctora dijo que es una posibilidad que debemos tomar en cuenta.

—El problema es que nosotros tenemos que viajar —dijo finalmente—. Tu abuela será operada y tenemos que estar con ella.

—Yo puedo acompañarla —dijo Samuel con seguridad—. No voy a dejarla sola.

Los padres de Aylin se miraron entre ellos.

Al principio, la idea les generaba cierta preocupación. No porque desconfiaran de Samuel, sino porque todo lo que estaba pasando era demasiado importante. Pero al mismo tiempo sentían un poco de tranquilidad al saber que Aylin tendría a alguien a su lado durante esos días.

—¿Estás seguro? —preguntó su padre después de unos segundos.

—Sí. Quiero estar con ella y apoyarla en todo lo que pueda.

Las palabras de Samuel hicieron que Aylin bajara la mirada. Sabía que él no estaba diciendo eso por obligación, sino porque realmente quería estar ahí para ella.

—Entonces... si ustedes dos están de acuerdo, podrías quedarte estos días aquí. No queremos que Aylin esté sola mientras nosotros estamos fuera.

Aylin levantó la mirada sorprendida.

No esperaba que sus padres aceptaran algo así tan fácilmente, pero en el fondo entendía que ellos también estaban buscando una manera de cuidarla aunque tuvieran que irse.

—Sí... por mí está bien —respondió Samuel con una pequeña sonrisa.

Su padre asintió lentamente.

—Entonces queda decidido. Samuel te acompañará el día de la cirugía y nosotros intentaremos regresar lo antes posible.

Al pasar los días, Aylin tuvo que prepararse para enfrentar nuevamente una situación que nunca imaginó vivir.

Los exámenes continuaron y, aunque intentaba mantenerse tranquila, cada visita al hospital despertaba recuerdos que creía haber dejado atrás. Las habitaciones blancas, los sonidos de los monitores le recordaban momentos difíciles de su vida.

La noche anterior a la cirugía, Aylin comenzó a preparar todo lo que necesitaría para el día siguiente.

Con calma dobló su ropa, acomodó sus cosas personales y revisó varias veces los documentos que debía llevar al hospital. Aunque intentaba concentrarse en pequeños detalles, su mente volvía una y otra vez al mismo pensamiento.

Por otro lado sus padres ya habían salido rumbo al viaje para acompañar a su abuela, así que Samuel pasó por Aylin durante la madrugada para llevarla al hospital.

Antes de subir al carro, ella se quedó unos segundos mirando la casa en silencio. Era extraño pensar que estaba a punto de volver a vivir algo parecido a lo que ya había pasado antes. Solo esperaba que esta vez la historia terminara de una manera diferente.

Durante el camino, ninguno de los dos habló demasiado. Samuel podía notar la tensión en ella, pero sabía que no necesitaba llenarla de palabras ni intentar convencerla de que no tuviera miedo. Simplemente quería que sintiera que no estaba sola.

Al llegar al hospital, Aylin volvió a sentir esa presión en el pecho que ya conocía. Ese lugar le traía recuerdos que todavía dolían, pero esta vez intentó mantenerse firme.

Apenas cruzaron las puertas, el personal médico la recibió y, después de revisar sus documentos y confirmar su ingreso, la llevaron nuevamente a una habitación.

Aunque intentaba no demostrarlo, una parte de ella seguía teniendo miedo. No era solamente por la cirugía, sino por todo lo que representaba volver a estar allí.

Poco después, la puerta se abrió y apareció Allison.

Al verla, Aylin sintió un poco de tranquilidad. Era extraño, pero encontrarse nuevamente con alguien que ya había estado presente en momentos difíciles le daba la sensación de que no estaba entrando sola a esa nueva batalla.

—Buenos días, Aylin —dijo Allison mientras revisaba los monitores—. ¿Cómo te sientes?

Aylin soltó un pequeño suspiro antes de responder.

—Nerviosa... creo que es imposible no estarlo.

—Es completamente normal. Cualquier persona estaría igual en tu situación.

Allison continuó revisando los últimos detalles antes del procedimiento mientras Samuel permanecía cerca de ellas.

—Quiero que estés tranquila. El equipo médico ya está preparado y vamos a estar pendientes de ti en todo momento.

—¿Cuánto tiempo puede durar la cirugía?

—Aproximadamente unas doce horas.

Aylin abrió un poco los ojos al escuchar la respuesta.

—¿Doce horas?

—Sí —respondió Allison con calma—. Es un procedimiento delicado, pero estás en buenas manos. Lo importante ahora es que intentes mantener la calma y confíes en el proceso.

Doce horas. La cifra parecía demasiado grande para Aylin, como si el tiempo que tendría que pasar en aquella sala fuera una eternidad, pero en el fondo sabía que era un paso que tenía que enfrentar. No podía seguir huyendo de todo lo que estaba ocurriendo; solo podía confiar y esperar que, al abrir los ojos, todo hubiera salido bien.

Samuel se acercó un poco más a ella y tomó su mano con cuidado, intentando transmitirle una tranquilidad que quizás ni él mismo sentía por completo.

—Todo va a salir bien.

—Prométeme que vas a estar cuando despierte.

—Te lo prometo.

Las horas pasaron lentamente.

Cada minuto parecía durar mucho más de lo normal para quienes esperaban afuera. La sala de espera se mantenía en silencio, interrumpida únicamente por el sonido de las personas caminando por los pasillos y las puertas que se abrían de vez en cuando.

Al mediodía, finalmente llegó el momento.

Aylin fue trasladada al quirófano mientras Samuel permanecía en la sala de espera, sentado en una de las sillas, con la mirada fija en la puerta por donde ella había desaparecido.

No sabía cuánto tiempo pasaría hasta volver a verla. No sabía cómo saldría de aquella cirugía. Lo único que podía hacer era esperar y confiar en que todo saliera bien.

Durante esas horas, Samuel apenas se movió.

El café que había comprado seguía intacto a su lado. No tenía hambre ni ganas de hacer nada más que mirar la puerta y esperar alguna noticia.

Cada vez que una enfermera o un médico pasaban por el pasillo, levantaba la mirada esperando escuchar su nombre.

Tres horas después de que la cirugía comenzara, la puerta de la sala de espera se abrió.

Era la pastora.

Había llegado junto a su esposo después de que los padres de Aylin les contaran la situación.

Al verlo, ambos notaron de inmediato el cansancio en su rostro. Llevaba horas sentado en el mismo lugar, sin descansar, con la preocupación marcada en sus ojos.

—Samuel… —dijo la pastora con suavidad mientras se acercaba.

—Buenas tardes.

El esposo de la pastora observó la hora y luego lo miró con preocupación.

—¿Has comido algo?

Samuel negó lentamente con la cabeza.

—No mucho. La verdad… no he tenido ganas.

—Tienes que cuidarte también. Aylin va a necesitar que estés bien cuando despierte.

Samuel bajó la mirada.

—Solo quiero que todo salga bien.

—Voy por un café. Aunque sea intenta tomar algo.

Las horas siguieron avanzando lentamente.

La sala de espera permanecía en silencio, interrumpida únicamente por los pasos del personal médico y los sonidos lejanos del hospital.

Samuel no se había movido de su lugar.

Miraba constantemente la puerta del quirófano, esperando ver salir a alguien con noticias de Aylin. La pastora y su esposo permanecían junto a él, intentando mantener la calma, aunque en sus rostros también se notaba la preocupación

Hasta que, cerca de las seis de la tarde, una enfermera salió del quirófano con el uniforme que utilizaba el personal durante las cirugías. Su expresión hizo que Samuel se pusiera de pie de inmediato.

La mujer parecía estar buscando a alguien.

Segundos después, otra enfermera salió rápidamente y ambas comenzaron a hablar entre ellas mientras caminaban de un lado a otro.

Samuel se acercó con preocupación.

—Disculpe... ¿qué está pasando? —preguntó con la voz temblorosa.

La enfermera lo miró por unos segundos antes de responder.

—Voy a ser sincera con ustedes, pero necesito que mantengan la calma.

—¿Qué ocurre?

—Durante la cirugía, Aylin presentó una complicación. En este momento no tiene signos vitales, pero el equipo de reanimación ya está trabajando para estabilizarla.

—¿Cómo que no tiene signos vitales? —preguntó la pastora, preocupada.

—Estamos haciendo todo lo posible. Solo necesitamos un poco de tiempo.

Mientras tanto, dentro del quirófano, el ambiente era completamente diferente.

Los doctores y enfermeros se movían rápidamente alrededor de Aylin.

Los monitores marcaban la ausencia de respuesta y el equipo de emergencia trabajaba sin detenerse.

—Vamos, Aylin... quédate con nosotros —decía Allison mientras revisaba los medicamentos y seguía las indicaciones del médico.

Pasaron varios minutos sin obtener la respuesta que esperaban. La tensión dentro de la sala era evidente. Todos sabían que las posibilidades comenzaban a disminuir, pero aun así nadie estaba dispuesto a detenerse.

Entonces decidieron realizar un último intento.

Por unos instantes, todo quedó en silencio.

Los médicos esperaban atentos cualquier señal, observando los monitores mientras el tiempo parecía avanzar demasiado lento.

Hasta que, poco a poco, un sonido volvió a escucharse

Las líneas comenzaron a mostrar pequeños cambios y los monitores empezaron a marcar nuevamente actividad.

El equipo médico soltó un suspiro de alivio.

—La tenemos —dijo uno de los doctores.

Nadie se relajó por completo, porque sabían que Aylin seguía en una situación delicada. Pero después de tantos minutos de incertidumbre, había algo que todos necesitaban confirmar:

Aylin seguía luchando.

Después de confirmar que Aylin se encontraba estable, el equipo médico continuó con el procedimiento que todavía faltaba por completar. Aunque la situación había sido complicada y por unos minutos todo había estado en riesgo, ahora podían continuar con más calma, concentrándose en terminar la cirugía.

Afuera del quirófano, la espera seguía siendo difícil. Samuel permanecía en silencio junto a la pastora y su esposo, intentando mantenerse fuerte, aunque por dentro todavía sentía el miedo de perderla.

Poco después, Allison salió nuevamente para informarles lo ocurrido. Les explicó que Aylin había presentado una complicación durante la cirugía, pero que habían logrado estabilizarla y que, en ese momento, estaba respondiendo bien al procedimiento.

Al escuchar aquellas palabras, Samuel cerró los ojos durante unos segundos y dejó salir lentamente el aire que había estado conteniendo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto miedo había sentido.

—Gracias a Dios... —susurró en voz baja.

La pastora se acercó y colocó una mano sobre su hombro, intentando darle un poco de tranquilidad.

—Ella es más fuerte de lo que cree.

Samuel simplemente mirar la puerta del quirófano. Todavía quedaban horas por delante, pero por primera vez desde que había comenzado todo, sintió que había una pequeña esperanza.

El tiempo continuó avanzando lentamente hasta que, después de muchas horas, la puerta del quirófano finalmente volvió a abrirse.

La doctora salió cansada, pero con una expresión mucho más tranquila.

—La cirugía terminó. Aylin está estable, aunque necesitará descansar y permanecer bajo observación.

Al escuchar aquello, Samuel sintió cómo una parte del peso que llevaba encima comenzaba a desaparecer.

Sabía que todavía no era el final del camino. Aylin tendría que recuperarse, enfrentaría días difíciles y todavía había muchas cosas por delante, pero una vez más había logrado superar una batalla.

Poco después, la trasladaron a su habitación para que pudiera descansar.

Samuel se quedó a su lado.

No después de verla luchar tantas veces, no después de todo lo que había tenido que enfrentar.

Mientras la observaba dormir, recordó todo lo que habían vivido desde el día en que se conocieron. Nunca imaginó que alguien que llegó de manera inesperada terminaría ocupando un lugar tan importante en su vida.

Con cuidado tomó su mano y permaneció allí en silencio, esperando el momento en que Aylin finalmente abriera los ojos y pudiera volver a verla sonreír.

Pasaron algunas horas más antes de que Aylin comenzara a despertar.

Lo primero que sintió fue una sensación de confusión. Abrió lentamente los ojos, todavía débil y desorientada, hasta que poco a poco comenzó a recordar dónde estaba.

Pero antes de pensar en cualquier otra cosa, una preocupación llegó de golpe a su mente.

—¿Mis papás...? —preguntó con la voz quebrada, mientras sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas—. ¿Dónde están mis papás?

Samuel, que estaba a su lado, se levantó de inmediato al verla alterada.

—Hey... tranquila. Ya terminó todo.

Intentó tomar su mano para calmarla.

—No puedes alterarte, Aylin. Acabas de salir de una cirugía muy complicada.

Pero ella seguía preocupada.

—Mi abuela... ¿sabes algo de ella? —preguntó con miedo.

Samuel bajó la mirada por unos segundos.

—Todavía no sé nada de ellos. No me han informado nada.

Aylin cerró los ojos intentando controlar sus emociones, aunque era evidente que la preocupación seguía presente.

Unas horas después, entró Allison a la habitación para revisar cómo se encontraba.

—Me alegra verte despierta, Aylin.

Ella la miró en silencio, esperando respuestas.

Allison se acercó y comenzó a explicarle con calma todo lo que había ocurrido durante la cirugía, los cuidados que tendría que seguir y la importancia de descansar durante su recuperación.

Le explicó que su cuerpo había pasado por mucho y que ahora debía cuidarse más que nunca.

—Lo más importante es que sigas todas las indicaciones médicas. Tu recuperación dependerá mucho de eso.

Aylin permaneció callada escuchando cada palabra.

Después de unos segundos, Allison suavizó su expresión antes de continuar.

—También quiero que estés tranquila con algo. Aunque esta situación fue muy difícil, eso no significa que tu futuro esté perdido.

Aylin levantó la mirada.

—¿A qué se refiere?

—A que todavía existe la posibilidad de que algún día puedas tener hijos. Ahora mismo lo importante es que tu cuerpo sane y que te enfoques en recuperarte.

Aquellas palabras hicieron que Aylin se quedara en silencio.

Después de todo lo que había vivido, después de pensar que muchas cosas habían terminado para siempre, escuchar aquello le dio una pequeña luz de esperanza.

Esa noche, Aylin permaneció en el hospital bajo observación, como habían indicado los doctores.

Aunque todavía se encontraba débil, poco a poco comenzó a sentirse mejor. Cada hora que pasaba le devolvía un poco más de tranquilidad después de todo lo que había ocurrido durante la cirugía.

Cuando tuvo autorización para levantarse, decidió caminar un poco por los pasillos del hospital. Samuel la acompañó en todo momento, asegurándose de que no se esforzara demasiado y de que estuviera bien.

Durante varios minutos recorrieron los pasillos del hospital en silencio. No era un silencio incómodo, sino uno de esos momentos donde las palabras no eran necesarias. Ambos sabían que habían pasado por algo complicado y que todavía estaban intentando asimilar todo lo ocurrido.

Después de un rato, Aylin regresó a su habitación y volvió a acomodarse en la cama. El cansancio comenzaba a sentirse nuevamente, pero antes de cerrar los ojos se quedó observando a Samuel.

Él permanecía sentado cerca de ella, todavía acompañándola después de tantas horas de espera. Se notaba agotado, pero aun así no parecía querer irse ni dejarla sola.

Poco a poco, el cansancio terminó venciendo a Samuel y sus ojos comenzaron a cerrarse hasta quedarse dormido en la silla junto a la cama.

Aylin lo observó en silencio.

Por un momento pensó en todo lo que había vivido, en las veces que creyó que tendría que enfrentar cada dificultad sola y en cómo, a pesar de todo, había personas que habían decidido quedarse a su lado.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro sin darse cuenta.

Esa noche simplemente se quedó allí, tranquila, observando a la persona que había elegido acompañarla en uno de los momentos más difíciles de su vida.

Al día siguiente, después de varias revisiones médicas, Aylin finalmente recibió el alta.

Aunque todavía debía cuidarse y seguir las indicaciones de los doctores, ya no necesitaba permanecer en el hospital.

Esta vez, al regresar a casa, la sensación fue diferente.

Cuando abrió la puerta, no encontró a sus padres esperándola como otras veces. La casa estaba completamente en silencio, vacía.

Aylin caminó despacio hasta la sala y se sentó con cuidado en el sillón.

Su cuerpo todavía estaba débil y necesitaba acostumbrarse nuevamente a estar en casa.

Samuel la observó por unos segundos antes de tomar las llaves del carro.

—Voy a guardar el carro y a traer un poco de ropa de mi apartamento —dijo con una pequeña sonrisa—. Así que te quedarás unos minutos sola, ¿sí?

Aylin levantó la mirada hacia él.

—Está bien. Ve tranquilo... no me voy a mover de aquí.

Samuel soltó una pequeña risa al escucharla.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Aunque era una frase sencilla, para ambos significaba algo más.

Después de todo lo que había pasado, Samuel no quería dejar de estar pendiente de ella ni siquiera por unos minutos.

Finalmente salió de la casa para ir a guardar el carro, mientras Aylin permanecía sentada en silencio, escuchando nuevamente la tranquilidad de su casa.

Pasaron algunos minutos hasta que Samuel regresó.

Sin pensarlo demasiado, caminó directamente hacia la habitación de Aylin. Quería asegurarse de que todo estuviera listo para que pudiera descansar cómodamente.

Acomodó las almohadas, arregló un poco la cama y dejó todo preparado para cuando ella llegara.

Cuando terminó, salió nuevamente hacia la sala.

Al verla todavía sentada, se acercó con cuidado y la ayudó a levantarse lentamente.

—Despacio... no hagas mucho esfuerzo.

Aylin sonrió levemente mientras Samuel la acompañaba hasta la habitación y la ayudaba a acostarse.

—Si necesitas algo, me dices, ¿sí? Voy a prepararte algo para comer si quieres, o puedes descansar un rato.

Aylin cerró los ojos por unos segundos, sintiendo el cansancio acumulado de los últimos días.

—Tranquilo... creo que voy a dormir un rato. Me siento agotada.

Samuel acomodó la manta sobre ella y asintió.

—Está bien. Descansa.

Desde ese momento, Samuel comenzó a formar parte de la rutina de Aylin de una manera que ninguno de los dos había imaginado.

Todos los días intentaba ayudarla con las cosas de la casa, asegurándose de que no hiciera más esfuerzo del necesario mientras se recuperaba. Por las mañanas, casi siempre era él quien se levantaba primero. Preparaban el desayuno juntos, hablaban de pequeñas cosas y comenzaban el día acompañándose.

Poco a poco, esa rutina empezó a sentirse natural.

A veces, incluso parecía que llevaban años haciendo lo mismo.

Se apoyaban entre ellos, se cuidaban y buscaban la manera de seguir avanzando después de todo lo que habían vivido. No necesitaban grandes momentos para demostrar lo que sentían; muchas veces bastaba con una conversación, una sonrisa o simplemente saber que el otro estaba ahí.

Una mañana, como era costumbre, la alarma de Aylin sonó temprano.

Ella estiró la mano, la apagó y se quedó unos segundos más acostada, intentando convencerse de que podía dormir un poco más.

Samuel, que estaba preparando el desayuno, notó que había pasado más tiempo del normal.

Cuando entró a la habitación, la encontró todavía en la cama.

—Aylin... —dijo mientras la miraba con los brazos cruzados—. ¿Por qué apagaste la alarma y sigues aquí?

Ella abrió los ojos lentamente.

—No quiero ir al colegio... me siento agotada.

—No, señorita. Usted va a ir.

—¿Y si no quiero ir?

—¿Sabes que soy capaz de meterte al baño para que te arregles, ¿verdad?

—No seas tan malo. Solo quiero faltar un día. No se va a acabar el mundo.

—No. Se levanta, busca la toalla y se mete a bañar mientras yo termino de hacer el desayuno.

—Qué feo eres

in pensarlo mucho, tomó una almohada y se la lanzó.

Samuel logró esquivarla mientras intentaba no reírse.

—No se ponga de malcriada porque si no también la dejo en la entrada del colegio.

Aylin lo miró con molestia fingida.

—Ya, ya entendí. Sabes que con esto me vas a dejar de hablar por un mes, ¿verdad?

—Sé que no lo lograrías, pero bueno.

Aylin negó con la cabeza mientras entraba al baño.

Mientras tanto, Samuel volvió a la cocina intentando contener la risa. Le gustaba verla así, molestando y comportándose como antes.

Después de todo lo que había pasado, verla recuperar pequeños momentos de felicidad significaba mucho para él.

Un rato después, miró la hora.

—¿Ya estás lista? —preguntó.

—Ya casi termino —respondió Aylin desde el baño—. Me estoy poniendo el uniforme.

Cuando por fin salió, Samuel tomó sus cosas y se prepararon para salir.

Ese día, como había prometido, no dejó que Aylin se quedara en casa.

La acompañó hasta el colegio y, antes de que bajara del carro, la miró con una pequeña sonrisa.

—¿Ves? No fue tan terrible levantarse.

Aylin rodó los ojos.

—No cantes victoria.

Pero, aunque intentaba aparentar molestia, una sonrisa terminó apareciendo en su rostro.

Pasaron algunos días y, poco a poco, Aylin y Samuel comenzaron a retomar parte de su rutina.

Aunque todavía había cosas que seguían siendo difíciles, volver a los lugares que habían formado parte de su vida le ayudaba a sentir que todo comenzaba a encontrar nuevamente un equilibrio.

Ese día regresaron a la iglesia.

Para Aylin era algo importante. Después de todo lo ocurrido, volver a estar allí representaba un pequeño paso hacia adelante.

Durante el culto intentó disfrutar del momento, escuchar la enseñanza y sentirse nuevamente parte de aquel lugar que tanto significaba para ella.

Al terminar la reunión, mientras las personas comenzaban a retirarse, algo llamó su atención.

La pastora y su esposo se acercaron hacia ellos

No era la misma manera tranquila con la que normalmente los saludaban.

Esta vez parecían más serios.

Aylin y Samuel se miraron por un instante, un poco confundidos.

—Chicos... necesitamos hablar con ustedes. ¿Tienen un momento? —preguntó la pastora.

Aylin sonrió ligeramente.

—Claro.

—Si quieren, pueden pasar a la casa. Ahí hablamos con más tranquilidad.

Ambos aceptaron y caminaron junto a ellos.

Al entrar, Aylin y Samuel tomaron asiento uno al lado del otro. Aunque intentaban mantenerse tranquilos, no podían evitar sentir cierta curiosidad por la seriedad con la que los pastores los habían llamado.

—Bueno... primero que nada quiero preguntarte como estás Aylin…

Aylin bajó un poco la mirada antes de responder.

—Al principio no voy a mentir... me sentía agotada. Sentía que todo era demasiado y que no iba a poder con tantas cosas al mismo tiempo. Pero creo que poco a poco estoy mejor.

Hizo una pequeña pausa.

—Aunque todavía me cuesta aceptar que algunas cosas pasaran de la manera en que pasaron, también entiendo que hay situaciones que no estaban en mis manos.

—Me alegra escuchar eso, Aylin. Sé que no ha sido un camino sencillo, pero también hemos visto cuánto has luchado para salir adelante.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Precisamente por eso queríamos hablar con ustedes. Hay algo que queremos proponerles, pero antes necesitábamos saber cómo se encontraban y cómo estaban llevando todo este proceso.

—Bueno... no ha sido fácil llegar hasta aquí —dijo Samuel con tranquilidad—. Hemos pasado por muchas cosas, pero seguimos apoyándonos. Y eso es lo que importa.

El pastor sonrió al escucharlo.

—Nos alegra mucho verlos así. De verdad.

Después de unos segundos de silencio, el pastor tomó la palabra nuevamente.

—Queremos hablar con ustedes sobre algo importante. Hemos estado pensando en hacer un culto especial, uno donde podamos compartir un mensaje de esperanza y recordar que, incluso en los momentos más difíciles, Dios sigue acompañando a las personas.

Aylin y Samuel escuchaban con atención.

—Nos gustaría que ustedes se hicieran cargo de ese culto —continuó—. Claro, con ayuda de los ministerios y de todo el equipo. Queremos que Aylin tenga la oportunidad de compartir su voz nuevamente, como siempre lo ha hecho, y que Samuel también pueda participar.

Samuel sonrió ligeramente.

—Me gustaría mucho.

—Además, Aylin, quiero hacerte una pregunta. Necesito que pienses bien si estás preparada para esto.

—¿Qué pregunta?

—Queremos que compartas tu testimonio ese día. Que cuentes parte de tu historia y cómo, a pesar de todo lo que has vivido, has podido seguir adelante.

Sabía que no sería fácil.

Hablar de su pasado, de sus heridas y de todo lo que había enfrentado significaba abrir nuevamente una parte de ella que todavía dolía.

—Creo que me va a costar mucho —admitió con sinceridad—. Hay cosas que todavía duelen cuando las recuerdo.

—Lo sabemos. Por eso solo te lo estamos preguntando. No queremos obligarte. Queremos que lo hagas únicamente si sientes que estás lista.

—Está bien... lo haré —dijo finalmente—. Aunque sé que va a ser difícil, siento que tal vez mi historia pueda ayudar a alguien más.

—Entonces estaremos contigo.

Luego miró a Samuel.

—¿Y tú? ¿Estás dispuesto a servir y apoyar en este proceso?

—Claro que sí. Lo haré con mucho amor.

—Perfecto —respondió el pastor—. Entonces tienen dos semanas para prepararse.

Al salir de la iglesia, ninguno de los dos terminaba de creer la confianza que los pastores habían depositado en ellos al encomendarles una responsabilidad tan importante.

Durante gran parte del camino hablaron sobre eso, todavía sorprendidos por todo lo que había ocurrido aquella noche Para ambos era una muestra de confianza que jamás imaginaron recibir.

Al llegar a la casa, decidieron dejar el tema por un momento.

Prepararon algo sencillo para comer y encendieron el televisor. Eligieron una película sin pensarlo demasiado y se acomodaron juntos en la sala.

Entre algunas risas, comentarios y pequeños momentos de silencio, el cansancio terminó venciendo a los dos.

Sin darse cuenta, se quedaron dormidos mientras la película seguía reproduciéndose de fondo.

Los días siguientes transcurrieron con normalidad.

Aylin volvió al colegio, retomó sus responsabilidades y poco a poco intentó recuperar el ritmo de su vida. Samuel también continuó con sus ocupaciones, aunque ambos procuraban escribirse siempre que tenían un momento libre.

Una tarde, después de salir del colegio y terminar todo lo que tenía pendiente, Aylin tomó su celular y decidió escribirle.

En ese momento, Samuel se encontraba en su apartamento, terminando de acomodar algunas cosas, sin imaginar que en pocos segundos recibiría un mensaje de ella.

—Hola, amor. ¿Qué haces? —escribió Aylin.

—Hola, princesa. Estoy organizando algunas cosas. ¿Necesitas algo? —respondió Samuel.

Aylin sonrió al leer el mensaje.

—No... ¿tardarás mucho?

—No, ya casi termino. Solo me voy a bañar para relajarme un poco.

—Es que quería enseñarte las canciones que escogimos y enseñarte un poco cómo funciona el ministerio de alabanza.

—Perfecto. Dame unos treinta minutos. Me baño y subo con mi pequeño piano.

Aylin dejó el celular sobre la mesa y comenzó a preparar todo. Aprovechó para ordenar un poco la sala y mover algunas cosas de lugar hasta dejar un espacio amplio en el piso donde pudieran sentarse cómodamente.

Después encendió la computadora, abrió las presentaciones, las letras de las canciones y acomodó todo el material que utilizarían durante la tarde.

Media hora después, escuchó la voz de Samuel desde afuera de la casa.

—¡Aylin!

Ella sonrió y fue a abrirle.

—¿Listo? —preguntó Aylin mientras sostenía la computadora en las manos.

—Un poco... pero vamos a trabajar en eso.

Samuel entró a la casa y dejó el piano con cuidado sobre el piso. Entre los dos acomodaron todo y se sentaron frente a frente.

Aylin comenzó a enseñarle las canciones que utilizaban en la iglesia, explicándole el orden del servicio, las entradas, los cambios de ritmo y la forma en que normalmente dirigían la alabanza.

Samuel escuchaba con atención, haciendo preguntas cada vez que algo no le quedaba claro.

Después de casi una hora de explicaciones, Aylin sonrió.

—Bueno... ahora te toca practicar un poco.

Samuel acomodó las manos sobre el piano y comenzó a tocar lentamente mientras cantaba

Al principio cometió algunos errores, pero conforme repetían las canciones empezó a sentirse cada vez más seguro. Poco a poco logró seguir el ritmo y entender en qué momento debía entrar en cada parte.

—No vas nada mal —comentó Aylin con una sonrisa.

—Creo que lo más difícil es recordar cuándo entrar... lo demás está bastante sencillo.

Las horas pasaron entre música, risas y pequeñas correcciones.

Cuando terminaron de practicar, ambos estaban completamente agotados.

Sin decir mucho, se recostaron sobre el piso de la sala, boca arriba, intentando recuperar el aliento mientras observaban el techo.

—Oye, amor... ¿ya estás lista para dar tu predicación?

Aylin soltó una pequeña risa nerviosa.

—Sí... aunque por fuera me veas tranquila, por dentro estoy llena de terror. Pero sé que voy a poder hacerlo.

—Sabes que todavía puedes arrepentirte, ¿verdad? Nadie te va a obligar.

Aylin negó lentamente con la cabeza.

—Sí, lo sé... pero quiero hacerlo. Siento que ya es momento de volver. Además, Dios ha estado conmigo en todo este proceso y quiero servirle otra vez.

—Entonces yo voy a estar ahí.

—Gracias.

—Bueno... mejor sigamos practicando un rato más y después nos vamos a dormir.

—Está bien —respondió Samuel con una sonrisa antes de volver a sentarse junto al piano.

Los días pasaron con rapidez.

Entre ensayos, reuniones y los últimos preparativos, finalmente llegó el día que tanto esperaban en la iglesia.

Desde hacía semanas se había anunciado que ese culto sería diferente.

Por primera vez, dos personas muy especiales serían las encargadas de dirigir toda la alabanza.

Aquella mañana, Aylin despertó temprano, como de costumbre.

Al abrir los ojos, vio que Samuel todavía seguía profundamente dormido. Sonrió con ternura y decidió no despertarlo. Aprovechó para levantarse despacio, abrir un poco las cortinas y dejar que la luz de la mañana entrara en la habitación.

Mientras tanto, comenzó a ordenar algunas cosas y esperó con paciencia a que él despertara por sí solo.

Unos minutos después, Samuel abrió lentamente los ojos.

Al verla de pie frente a él, sonrió de inmediato.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Aylin con una pequeña sonrisa—. Pareciera que todavía estás cansado, ¿verdad?

—Un poco... pero hoy va a ser un día muy largo.

—Sí. Ya les avisé a los muchachos que nos vamos temprano a la iglesia para ensayar una última vez antes del culto.

—Está bien. Voy por algo de comer. ¿Quieres que te traiga algo?

Aylin negó suavemente con la cabeza.

—Solo una fruta picada. Hoy me levanté sin mucha hambre.

—Perfecto. Entonces voy a la cocina.

—Y yo mientras tanto arreglo la cama.

Samuel salió de la habitación rumbo a la cocina, mientras Aylin comenzaba a acomodar las cobijas con una mezcla de nervios y emoción.

Las horas pasaron casi sin que se dieran cuenta.

Entre canciones, risas y uno que otro error, el tiempo avanzó hasta que solo faltaba una hora para reunirse con el resto del ministerio de alabanza para el ensayo general.

—Creo que ya es hora de alistarnos —dijo Aylin mientras miraba la hora en su celular.

Cada uno regresó a su casa para cambiarse.

Aylin aprovechó para darse una ducha y relajarse un poco antes de salir. Cuando terminó, abrió el clóset y volvió a enfrentarse al mismo dilema de siempre.

¿Qué ponerse?

Después de probarse un par de opciones, terminó eligiendo un vestido que le llegaba unos centímetros por encima de las rodillas. Lo combinó con unos tacones blancos, una chaqueta negra y un pequeño bolso que hacía juego con el resto de la ropa.

Al mismo tiempo, Samuel también terminaba de arreglarse. Se peinó frente al espejo y buscó algo sencillo pero presentable. Al final eligió una camisa blanca, un pantalón negro y unos tenis blancos.

Cuando estuvo listo, Samuel tomó el celular y le escribió.

—Oye... ¿ya estás lista?

—Sí. ¿Quieres que baje?

—No. Voy por ti. Solo sacaré el carro y enseguida subo para que nos vayamos juntos.

—Está bien. Aquí te espero.

Unos minutos después, Samuel estacionó el carro frente a la casa de Aylin y esperó pacientemente. Ella salió con su pequeño bolso en la mano y, apenas levantó la vista para saludarlo, una sonrisa divertida apareció en su rostro. Samuel también se quedó observándola durante unos segundos y no tardó en notar el motivo. Sin haberse puesto de acuerdo, los dos habían elegido ropa con los mismos colores, como si inconscientemente hubieran pensado el uno en el otro al momento de vestirse.

—Por Dios... ¿cómo hicimos para venir combinados? —preguntó él entre risas.

Aylin bajó la mirada hacia su ropa y volvió a sonreír.

—No tengo idea...

Samuel la observó de arriba abajo con una sonrisa.

—Te ves muy bonita.

Aylin sintió cómo el rostro comenzaba a calentársele.

—Ay, ya... vámonos, que se nos hace tarde.

Samuel soltó una pequeña risa, abrió la puerta del carro para que ella subiera y luego ocupó su lugar al volante.

Durante el camino continuaron conversando y riéndose de la coincidencia de sus atuendos.

Al llegar a la iglesia, varios de los muchachos del ministerio ya los estaban esperando.

Apenas bajaron del carro, comenzaron a saludarlos entre bromas y sonrisas.

Sin perder más tiempo, los dos se unieron al resto del grupo y dieron inicio al ensayo de aquella noche.

Después de un largo ensayo, finalmente llegó la hora de comenzar el culto.

Mientras los últimos detalles terminaban de acomodarse, Aylin sintió cómo los nervios recorrían todo su cuerpo. Hacía mucho tiempo que no volvía a estar al frente de la iglesia y, aunque intentaba disimularlo, sus manos temblaban ligeramente.

Levantó la mirada hacia al frente.

La iglesia estaba mucho más llena de lo normal. Había personas de pie en la parte de atrás porque ya no quedaban asientos.

Por un instante, el miedo quiso volver a detenerla.

Pero esta vez no lo permitió.

Cuando la primera canción comenzó a sonar, Aylin dejó atrás todas las dudas. Tomó el micrófono con seguridad y, poco a poco, fue entregando todo aquello que durante tantos meses había guardado en su corazón.

Volvía a hacer lo que tanto amaba.

Su voz llenó el lugar mientras el ministerio de danza comenzaba a ministrar al frente. Poco a poco, la congregación empezó a cantar junto a ella. Algunas personas levantaban las manos, otras adoraban con los ojos cerrados, y el ambiente se llenó de una alegría que hacía mucho tiempo no se sentía.

Aylin sonreía mientras cantaba.

Saltaba, animaba a la iglesia y transmitía una energía que parecía contagiar a todos los presentes.

A unos metros de ella, Samuel permanecía completamente concentrado cantando a su lado. Recordaba cada una de las indicaciones que Aylin le había enseñado durante los ensayos, atento al momento exacto en el que debía entrar y a cada cambio de la alabanza.

Aunque era la primera vez que servían juntos, todo parecía fluir con naturalidad.

Y, sin darse cuenta, ambos estaban viviendo uno de los momentos más especiales desde que sus caminos se habían cruzado.

Después de más de una hora de alabanza, los integrantes del ministerio comenzaron a bajar del altar. El cansancio era evidente en sus rostros, pero también la satisfacción de haber entregado todo durante ese tiempo. Entre risas y comentarios, algunos tomaban agua mientras otros se abrazaban, agradecidos porque todo había salido mejor de lo que esperaban.

La pastora tomó nuevamente el micrófono y sonrió al ver al grupo reunido.

—Antes de continuar con la palabra, quiero agradecer al ministerio de alabanza por el hermoso tiempo que nos permitieron vivir esta noche. Démosles un fuerte aplauso.

Toda la iglesia respondió con entusiasmo.

Mientras tanto, Aylin permanecía en la parte de la cabina de sonido. Respiraba profundamente una y otra vez, intentando controlar los nervios. Había preparado aquel mensaje durante días, repasándolo una y otra vez, pero ahora que había llegado el momento sentía que el corazón le latía con fuerza.

La pastora volvió a tomar la palabra.

—Y ahora quiero invitar a un joven que Dios ha estado usando de una manera muy especial. Él será el encargado de compartir algunos anuncios. Recibamos con un fuerte aplauso a Samuel.

Samuel paso al frente con una sonrisa tranquila. Saludó a la congregación y tomó el micrófono con naturalidad, aunque por dentro los nervios también comenzaban a aparecer.

Después de dar los anuncios y agradecer la atención de todos, guardó unos segundos de silencio.

—Antes de terminar, quiero presentar a una persona muy especial para mí.

Toda la iglesia permaneció atenta.

—Durante estos últimos días la he visto preparar esta enseñanza con todo su corazón. La he visto estudiar, escribir, borrar, volver a empezar y, sobre todo, orar para que Dios hablara a través de ella esta noche.

Hizo una pequeña pausa.

—Así que quiero pedirles que reciban con un fuerte aplauso a Aylin.

Los aplausos llenaron el lugar.

Aylin respiró hondo y comenzó a caminar hacia el frente. Sentía las piernas temblarle y una mezcla de vergüenza y emoción recorría todo su cuerpo, pero no se detuvo.

Cuando llegó al púlpito, sonrió con nerviosismo.

—Bueno... después de esa presentación ya me dio más miedo empezar —dijo entre risas.

La congregación soltó una carcajada que rompió inmediatamente la tensión.

Aylin aprovechó ese momento para hacer un par de bromas más y relajarse un poco antes de comenzar.

Poco a poco empezó a compartir el mensaje que había preparado.

No fue solamente una enseñanza. También habló desde su propia experiencia, de cómo Dios podía sostener a una persona incluso cuando sentía que ya no tenía fuerzas para seguir adelante.

En algunos momentos las lágrimas aparecieron mientras recordaba parte de lo que había vivido. Sin embargo, cada vez que el ambiente se volvía demasiado pesado, encontraba la manera de hacer un comentario que sacaba una sonrisa a todos.

Mientras salían de la iglesia, Samuel la miró con orgullo.

—Te dije que lo ibas a hacer increíble.

El ambiente seguía lleno de alegría cuando terminaron de felicitar a Aylin y a Samuel. Entre abrazos, bromas y comentarios sobre la predicación, el líder de jóvenes rompió el silencio.

—¿Y por qué no vamos a celebrar?

Los pastores se miraron entre sí y sonrieron.

—La verdad, sería una muy buena idea —respondió la pastora.

Aylin soltó una pequeña risa mientras guardaba su Biblia.

—No creo que haya algún restaurante abierto a estas horas, pero podemos intentarlo.

Samuel levantó las manos con una expresión de resignación.

—Bueno... yo iría encantado, pero mi carro se quedó sin gasolina.

—Y el nuestro sigue en el taller —añadió el pastor entre risas.

El líder levantó las llaves de su motocicleta.

—Yo solo tengo moto... y no creo que podamos ir los cinco ahí.

Los cuatro se quedaron en silencio durante unos segundos, hasta que Aylin sonrió.

—Entonces tocará caminar. Así aprovechamos y hacemos un poco de ejercicio.

La propuesta hizo reír a todos.

Salieron de la iglesia conversando tranquilamente. Las calles estaban casi vacías y el aire fresco de la noche hacía que el camino se sintiera agradable. Mientras caminaban, recordaban algunos momentos del servicio, comentaban las ocurrencias de ciertos jóvenes durante los ensayos y terminaban riéndose de anécdotas que habían vivido años atrás en el ministerio.

Después de caminar varios minutos encontraron un pequeño restaurante que todavía permanecía abierto.

Se sentaron alrededor de una mesa y pasaron un buen rato conversando mientras esperaban la comida. Entre un tema y otro, terminaron hablando de curiosidades bíblicas, compartiendo interpretaciones, haciendo preguntas y hasta riéndose de algunas situaciones graciosas que habían vivido durante campamentos, congresos y actividades de la iglesia.

Las horas pasaron sin que ninguno se diera cuenta.

Cuando finalmente salieron del restaurante, la calle estaba mucho más silenciosa que antes.

Mientras caminaban de regreso, los pastores recordaron que necesitaban comprar algunas cosas para la casa. El líder decidió acompañarlos, así que los tres entraron a una pequeña tienda que todavía seguía abierta.

—Ya salimos, no nos esperen mucho —dijo el pastor antes de entrar.

Aylin y Samuel decidieron esperar afuera.

A pocos metros había un pequeño parque con varias bancas iluminadas por los postes de la calle. Ambos caminaron hasta allí y se sentaron en silencio, disfrutando de la tranquilidad de la noche mientras esperaban que los demás terminaran de hacer sus compras.

Aylin miró la hora en su celular y luego volvió la vista hacia Samuel.

—Oye... ¿y si mejor pedimos un Uber? Ya es bastante tarde.

—Sí, creo que es lo mejor.

Sacó el celular del bolsillo y abrió la aplicación. Durante unos segundos esperó a que cargara.

—Qué raro...

—¿Qué pasó?

—No me aparece ningún carro disponible.

Volvió a actualizar la aplicación una y otra vez, esperando que alguno aceptara el viaje, pero el resultado seguía siendo el mismo.

—Nada... parece que no hay conductores cerca.

Aylin guardó silencio y desvió la mirada hacia la calle, entreteniéndose con el movimiento de los pocos carros que aún pasaban a esa hora. Sin embargo, algo terminó llamando su atención. Al otro lado de la acera había un carro estacionado. Lo reconoció de inmediato, porque recordaba haberlo visto desde el momento en que ella y Samuel se habían sentado en la banca. Al principio no le dio importancia, pero después de tantos minutos seguía exactamente en el mismo lugar, con el motor apagado y sin que nadie pareciera bajar o subir. Aquello le provocó una extraña sensación de inquietud que no supo explicar.

—Samuel...

Él dejó de mirar la pantalla del celular y giró la cabeza hacia Aylin al notar el tono de su voz.

—¿Qué pasó? —preguntó, algo confundido.

Aylin no respondió de inmediato. Con discreción levantó ligeramente la mano y señaló hacia el otro lado de la calle para no llamar la atención.

—¿Ves ese carro de allá?

Samuel siguió la dirección de su mirada hasta encontrar el vehículo.

—Sí... ¿qué pasa con él? —preguntó, sin entender por qué se había quedado observándolo.

Aylin permaneció unos segundos en silencio, sin dejar de mirarlo.

—No sé... tal vez solo estoy imaginando cosas, pero siento que lleva ahí desde que nosotros llegamos. No ha avanzado ni un solo metro.

Samuel volvió a fijarse con más atención. Entrecerró un poco los ojos, como intentando distinguir si había alguien dentro del automóvil.

—Ahora que lo dices... sí ha estado ahí bastante rato.

Aylin desvió la mirada por un instante y volvió a observar el parque.

—No sé por qué, pero me da una sensación extraña. Tal vez después de todo lo que pasó me volví demasiado desconfiada... pero algo de ese carro no me da buena espina.

Samuel continuó observando el carro durante unos segundos.

Volvió a mirar a Aylin y habló en voz baja.

—¿Sabes qué? Mejor vámonos de aquí.

—Sí... yo también tengo un mal presentimiento.

Sin perder más tiempo, ambos se levantaron de la banca y comenzaron a caminar con paso rápido hacia la tienda donde se encontraban los pastores y el líder de jóvenes. La única idea que pasaba por sus mentes era llegar hasta ellos cuanto antes.

Sin embargo, apenas se acercaban a la calle, el carro que había permanecido estacionado durante tanto tiempo arrancó de repente y se atravesó frente a ellos, obligándolos a detenerse en seco.

Las cuatro puertas se abrieron al mismo tiempo.

En cuestión de segundos, cuatro hombres descendieron del carro y los rodearon, impidiéndoles cualquier posibilidad de escapar.

Samuel reaccionó por instinto. Sin pensarlo, se colocó delante de Aylin, intentando protegerla mientras ambos entregaban, sin oponer resistencia, sus celulares, billeteras y todo lo que llevaban consigo. Lo único que deseaban era que todo terminara cuanto antes.

Parecía que el asalto había acabado.

Pero uno de los hombres volvió sobre sus pasos y se acercó nuevamente a Aylin. La forma en que invadió su espacio hizo que ella retrocediera de inmediato, sintiendo cómo el miedo regresaba con la misma intensidad que otras veces.

Samuel reaccionó sin pensarlo. El miedo que sentía por Aylin fue más fuerte que cualquier intento de mantener la calma. En ese momento dejó de pensar en las consecuencias y solo actuó, empujando al hombre que tenía frente a ella y lanzándole un golpe directo al rostro.

Aylin dio un paso hacia él, completamente desesperada. Sabía que la situación podía empeorar en cualquier momento y lo único que quería era que todo terminara antes de que alguien saliera lastimado.

—¡Samuel, no hagas esto más difícil, por favor! ¡Solo son cosas materiales!

Pero él parecía no escucharla.

Movido por la desesperación, volvió a lanzarse contra otro de los hombres, intentando abrirles espacio para que ambos pudieran escapar.

Samuel no tuvo oportunidad de reaccionar.

Antes de que pudiera acercarse nuevamente, dos de los hombres lo sujetaron con fuerza por los brazos, inmovilizándolo mientras intentaba soltarse desesperadamente. Su mirada no se apartaba de Aylin, quien en ese momento se convirtió en su única preocupación.

Al mismo tiempo, otro de ellos aprovechó la situación y sujetó a Aylin por detrás. Ella reaccionó de inmediato, intentando liberarse mientras sentía cómo la arrastraban hacia el carro. El miedo volvió a apoderarse de ella, pero aun así siguió luchando con todas sus fuerzas, negándose a dejar que la alejaran sin intentar escapar.

—¡Suéltenme! ¡Por favor, suéltenme! —gritaba entre lágrimas, luchando con todas sus fuerzas para impedir que la subieran.

Los hombres lo empujaron con fuerza hacia un lado, haciéndolo perder el equilibrio por unos segundos. Samuel intentó levantarse de inmediato, pero todo ocurrió demasiado rápido.

En cuestión de segundos, aprovecharon la situación para subir a Aylin al carro por la fuerza. Ella seguía luchando y pidiendo ayuda, pero nadie parecía escucharla.

La puerta del carro se cerró de golpe y, antes de que Samuel pudiera reaccionar, ya habían arrancado.

El carro comenzó a alejarse rápidamente por la calle oscura, mientras Samuel permanecía inmóvil, viendo cómo se llevaban a Aylin sin poder hacer nada.

Los gritos de ella se fueron perdiendo poco a poco con la distancia, dejando a Samuel con una sensación de desesperación que nunca había sentido antes.

Aylin no podía dejar de temblar. El miedo recorría todo su cuerpo mientras intentaba mantenerse consciente de lo que estaba pasando. Tenía la boca cubierta para impedir que siguiera gritando, así que lo único que podía hacer era llorar en silencio y tratar de encontrar dentro de ella la fuerza.

Su mente no dejaba de pensar.

Pensaba en sus padres, en Samuel, en la iglesia y en todo lo que había vivido hasta ese momento. Intentaba imaginar si alguien lograría encontrarla, si alguien sabría dónde estaba o si esa noche terminaría convirtiéndose en algo que nunca podría olvidar.

Mientras tanto, Samuel corría de regreso hacia la tienda donde se encontraban los pastores y el líder de jóvenes. Su respiración estaba agitada y sus manos todavía temblaban por la desesperación de no haber podido detenerlos.

Al llegar junto a ellos, apenas podía ordenar las palabras.

—Se llevaron a Aylin... —dijo con la voz quebrada—. Se la llevaron en ese carro.

Todos intentaban procesar lo que acababan de escuchar.

Pero no había tiempo para quedarse paralizados. Samuel comenzó a explicar rápidamente todo lo que había ocurrido, cada detalle de la situación y cómo el automóvil había desaparecido con Aylin dentro.

Entonces recordó algo importante.

El celular de Aylin.

Él sabía que ella tenía activado un localizador en su celular, así que todavía existía una posibilidad de encontrarla.

Sin perder más tiempo, comenzaron a buscar la manera de rastrear la señal. Cada segundo que pasaba aumentaba la preocupación, pero todos tenían claro algo:

Por otro lado, para Aylin el camino parecía no terminar nunca.

Permanecía en silencio, intentando controlar el miedo mientras el carro avanzaba. No sabía hacia dónde iban ni qué pensaban hacer con ella.

Después de unos minutos que parecieron eternos, finalmente llegaron a un lugar desconocido.

La sacaron del carro y la obligaron a caminar hasta una zona más apartada. Con el movimiento y los nervios, terminó cayendo al suelo, lastimándose un poco.

Aylin levantó la mirada con lágrimas en los ojos.

—Por favor... si quieren quédense con mis cosas... pero no me hagan nada —dijo con la voz quebrada.

Ninguno de los hombres parecía tener intención de escucharla. Uno de ellos se lanzó hacia ella, intentando tocarla, mientras ella forcejeaba con todas sus fuerzas.

—Por favor, déjenme ir... —suplicó, tratando de protegerse.

En ese instante, Aylin recordó lo que había hecho para librarse de Minor en otra ocasión. Sin pensarlo dos veces, le dio un golpe directo en la entrepierna al hombre que la sujetaba, y aprovechando la distracción, salió corriendo lo más rápido que pudo, sin mirar atrás.

Cuando por fin sintió que estaba lo suficientemente lejos, Aylin dejó de correr por un instante.

El dolor en sus pies comenzaba a hacerse más fuerte, pero no podía detenerse. Todavía sentía el miedo recorriendo todo su cuerpo y la sensación de que, en cualquier momento, alguien podía encontrarla.

Con las manos temblorosas, se quitó los zapatos y decidió seguir avanzando descalza. Cada paso era incómodo, pero el miedo era mucho más grande que el cansancio.

Solo necesitaba encontrar un lugar donde pudiera sentirse segura.

Después de caminar varios minutos, vio las luces de una iglesia cercana.

Sin pensarlo, reunió las pocas fuerzas que le quedaban y corrió hacia la entrada.

Al abrir la puerta, encontró a varios miembros de la iglesia reunidos junto a los pastores. Todos voltearon a verla sorprendidos al notar su estado: despeinada, agitada y con lágrimas en los ojos.

—Estás bien... ¿qué pasó? —preguntaron con preocupación mientras se acercaba a ella.

—Por favor... necesito que me ayuden —dijo con la voz entrecortada—. No sé qué hacer.

—Tranquila, mi niña. Estás aquí. Estás segura. Cuéntame qué ocurrió.

Aylin intentó ordenar sus pensamientos, pero las palabras salían mezcladas con el miedo y la desesperación.

Les explicó todo lo que había pasado: el carro, los hombres, cómo habían intentado abusar de ella y cómo había logrado escapar.

—Ellos pueden estar buscándome... —dijo mirando hacia la puerta con temor—. Si llegan a preguntar por mí, por favor díganles que no me han visto. No quiero que sepan que estoy aquí.

La pastora de esa iglesia podía ver el miedo en los ojos de Aylin.

—Escúchame bien —respondió con firmeza y tranquilidad—. Nadie va a entrar aquí para hacerte daño. Primero vamos a asegurarnos de que estés bien y después veremos qué hacer.

La pastora la acompañó hacia una habitación más tranquila dentro de la iglesia, donde pudiera descansar y recuperar un poco el aliento.

Pasaron varias horas antes de que Aylin pudiera sentir que realmente estaba a salvo.

Durante todo ese tiempo permaneció escondida dentro de la iglesia, intentando procesar lo que había ocurrido. Cada ruido que escuchaba hacía que su cuerpo se tensara, como si todavía esperara que aquellas personas regresaran.

Hasta que, en un momento, escuchó movimiento afuera.

Los mismos hombres habían vuelto.

Preguntaron por ella, pero los miembros de la iglesia no dudaron en protegerla. Nadie reveló dónde estaba ni permitió que se acercaran nuevamente.

Después de varios minutos, al no obtener ninguna respuesta, finalmente se fueron.

Solo cuando la pastora confirmó que el carro ya se había alejado por completo, Aylin pudo respirar con un poco más de tranquilidad.

La pastora se acercó lentamente hacia ella.

—Ya estás a salvo, Aylin. ¿Quieres tomar algo o necesitas llamar a alguien?

Aylin tardó unos segundos en responder. Todavía tenía las manos temblorosas y sentía el cansancio acumulado en todo el cuerpo.

—Sí... necesito llamar.

No esperó mucho más. Tomó su celular y buscó el contacto de Samuel. La llamada apenas duró unos minutos y, cuando terminó, Aylin se quedó sentada en silencio, esperando con las manos entrelazadas y la mirada perdida. Poco después, las luces de una patrulla aparecieron afuera de la iglesia.

Samuel bajó rápidamente de la patrulla y, apenas la vio, caminó hacia ella sin pensarlo.

—¡Aylin! —dijo con preocupación al verla con lágrimas en los ojos.

Su expresión cambió por completo y, sin esperar más, se acercó para abrazarla con cuidado, como si quisiera asegurarse de que realmente estaba ahí y que estaba bien.

—¿Estás bien? ¿No te hicieron daño?

—No... pero tuve mucho miedo.

—Tranquila... ya pasó. Estás aquí y estás a salvo.

Después miró hacia los oficiales.

—Vamos, mejor que te revisen. Aunque creas que no tienes nada, es importante que estés segura.

—No tengo nada... solo me siento agotada. Corrí tanto que siento que ya no puedo más.

Samuel entendió que, aunque físicamente no parecía estar herida, el miedo y la tensión de aquella noche también habían dejado una marca en ella.

Los oficiales comenzaron a hacerle algunas preguntas mientras la pastora permanecía cerca, acompañándola.

Cuando finalmente lograron salir de esa iglesia, los pastores y el líder de jóvenes se acercaron apenas salieron

Al ver el rostro de Aylin, lleno de preocupación y tristeza, no necesitaron preguntar demasiado para entender que la noche había sido mucho más difícil de lo que imaginaban.

La pastora se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación—. Tus papás ya están al tanto de todo. Nos dijeron que los llamarás cuando llegaras a la casa.

—Está bien... cuando llegue voy a buscar uno de los celulares de ellos para poder pasar mis cosas y bloquear el celular que tenía.

—Está bien. Lo importante es que ya estás con nosotros.

Samuel permanecía en silencio, todavía procesando todo lo ocurrido. Se notaba cansado, pero más que nada preocupado por Aylin y por todo lo que acababan de vivir.

—Bueno... creo que ya deberíamos irnos a descansar —dijo finalmente—. Después de todo lo que pasó, creo que todos lo necesitamos.

—Sí, pero nos avisan cuando lleguen a sus casas, ¿verdad? Queremos quedarnos tranquilos sabiendo que están bien.

—Claro, les avisamos.

Cuando finalmente lograron regresar a la casa, ninguno de los dos dijo una sola palabra durante los primeros minutos.

Apenas Aylin entró a la sala, se dejó caer en uno de los sillones. Intentó mantenerse fuerte todo ese tiempo, pero al sentir que ya estaban a salvo, todo lo que había guardado salió de golpe.

Las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas.

Samuel permaneció de pie frente a ella, mirándola con tristeza. Sabía que, aunque habían logrado escapar, aquel momento había sido demasiado para ambos.

Se acercó lentamente.

—Perdón... —susurró.

Aylin sabía que Samuel solo había intentado protegerla. Sabía que sus acciones habían nacido del miedo y de la desesperación, no de querer hacerle daño. Aun así, no podía evitar pensar en todo lo que había ocurrido después.

—No tienes que decir eso —respondió finalmente con la voz cansada—. Lo importante es que pude escapar... y que estamos aquí.

—Sí...

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—No lo sé... pero vamos a encontrar una forma.

Aylin miró hacia el suelo, agotada.

—Creo que lo primero que voy a hacer es bloquear mi celular y pasar mis cosas a otro dispositivo. Después necesito llamar a mis papás... necesito contarles lo que pasó y luego descansar.

—Está bien.

Esa noche, aunque todavía tenía miedo, Aylin decidió no quedarse paralizada.

Se secó las lágrimas y encendió su computadora. Nunca había tenido que hacer algo así antes, pero siempre había mantenido su celular vinculado con ella, por lo que el proceso no fue tan complicado como imaginaba.

Con calma, comenzó a proteger sus cuentas, cambiar accesos y organizar todo lo necesario para sentirse un poco más segura.

Cada paso era una forma de recuperar el control después de lo ocurrido.

Cuando terminó, tomó el celular y llamó a sus padres para explicarles la situación.

Cuando terminó la llamada, Aylin se quedó unos segundos con el celular entre sus manos, mirando la pantalla apagada.

No había sido una conversación fácil.

Escuchar la preocupación en la voz de sus padres, explicarles lo que había ocurrido y aceptar que, una vez más, algo había escapado de su control no había sido sencillo. Pero necesitaba hacerlo. Después de todo lo que había pasado, lo único que quería era sentir que las personas que amaba sabían dónde estaba.

Dejó el celular a un lado y respiró profundamente. El cansancio que había estado ignorando durante horas finalmente comenzó a vencerla. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente seguía intentando procesar todo lo ocurrido.

Poco a poco, Aylin se acomodó en el sillón junto a Samuel.

Simplemente permaneció a su lado, acompañándola en silencio, como lo había hecho tantas veces antes. No necesitaba encontrar las palabras perfectas ni prometer que todo sería sencillo; en ese momento, su presencia era suficiente.

Aylin cerró los ojos lentamente.

Y con esa pequeña sensación de tranquilidad, dejó que el sueño finalmente la venciera mientras Samuel permanecía junto a ella, cuidando que descansara.

14

Una promesa hasta el final

Entre las olas y el atardecer, nació una promesa eterna.

Con el paso de las semanas, Aylin y Samuel comenzaron a acostumbrarse a una nueva etapa de sus vidas.

Después de todo lo que habían enfrentado juntos, ambos intentaban construir algo diferente. Algo que no estuviera marcado únicamente por el miedo, los recuerdos dolorosos y todo aquello que había cambiado sus vidas en tan poco tiempo.

Samuel poco a poco se convirtió en una presencia constante para ella. La acompañaba al colegio, la ayudaba cuando sus fuerzas no eran suficientes y muchas tardes simplemente se quedaba a su lado, compartiendo momentos sencillos que, aunque parecían pequeños, significaban mucho para Aylin.

Había días en los que parecía que todo comenzaba a volver a la normalidad.

Días llenos de películas, conversaciones hasta tarde, risas por cosas sin importancia y momentos donde Aylin podía olvidarse, aunque fuera por unas horas, de todo lo que había vivido.

La casa, que durante mucho tiempo había sentido vacía y llena de silencio, empezó poco a poco a recuperar vida. Ya no era solamente un lugar donde Aylin intentaba escapar de sus pensamientos, sino un espacio donde podía sentirse acompañada.

Pero sanar nunca fue un camino sencillo.

Aunque por fuera parecía estar mejor, todavía existían heridas que seguían abiertas. Había momentos donde Aylin se quedaba completamente callada, perdida en sus propios pensamientos, como si una parte de ella todavía estuviera atrapada en todo lo que había ocurrido.

A veces reaccionaba con miedo ante situaciones que para Samuel parecían pequeñas, pero que para ella tenían un significado mucho más profundo.

Samuel intentaba entenderla.

Intentaba aprender cuándo hablar, cuándo abrazarla y cuándo simplemente quedarse a su lado en silencio. Pero también había momentos en los que no sabía

exactamente qué hacer, porque amar a alguien que había pasado por tanto significaba caminar con cuidado, respetando heridas que él no podía ver completamente.

Ambos estaban aprendiendo.

Aprendiendo a comunicarse, a tener paciencia y a entender que una relación no solamente se construía con los momentos felices, sino también con la manera en que enfrentaban las dificultades.

Una madrugada parecía tranquila. La casa estaba completamente en silencio mientras Aylin y Samuel dormían profundamente, intentando descansar después de tantos días llenos de emociones, preocupaciones y cambios. Sin embargo, de repente, el sonido del celular rompió la calma.

Una llamada a esas horas de la noche solo podía significar que algo no estaba bien. Aylin abrió los ojos lentamente, todavía confundida por el sueño, pero al mirar la hora sintió un pequeño golpe en el pecho. Con el corazón acelerado, tomó el celular entre sus manos y respondió.

—Hola... —dijo con la voz dormida.

Al otro lado de la línea escuchó la voz de su padre.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás?

Aylin se incorporó un poco en la cama.

—Hola, pa... bien. Estaba dormida.

—Perdón por llamarte a esta hora, hija, pero quería avisarte algo. Tu mamá y yo vamos a quedarnos unos días más en la casa de tu abuela.

—Está bien... pero, ¿por qué me llamas a esta hora?

—Es que... pasó algo.

Aylin sintió cómo el sueño desaparecía por completo.

—¿Qué pasó?

—Tu abuela no resistió...

Las palabras quedaron suspendidas.

—¿Qué...? —susurró.

La sorpresa hizo que su voz despertara a Samuel, quien abrió los ojos de inmediato al notar su expresión.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado mientras se incorporaba—. ¿Está todo bien?

Aylin no respondió.

Solo escuchaba la voz de su padre al otro lado.

—Hija... sé que es difícil. Tu mamá ahora mismo no está disponible, pero quería que lo supieras por nosotros.

—Está bien, pa... luego hablamos. Me avisas cualquier cosa.

—Está bien, mi amor.

Ella levantó la mirada hacia él con los ojos llenos de lágrimas. Samuel notó de inmediato que algo no estaba bien y se acercó preocupado, intentando entender qué había ocurrido. Aylin permaneció en silencio durante unos segundos, tratando de asimilar la noticia que acababa de recibir, hasta que finalmente las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas. Una vez más, sentía que la vida le arrebataba a alguien importante para ella.

Samuel no necesitó preguntar más. Simplemente la abrazó con cuidado, entendiendo que en ese momento no existían palabras suficientes para quitarle ese dolor. Lo único que podía hacer era quedarse a su lado, acompañándola en medio de una tristeza que, una vez más, le recordaba todas las pérdidas que había tenido que enfrentar.

—Voy a prepararte un té, ¿sí? Tal vez te ayude a tranquilizarte un poco —dijo Samuel con suavidad.

Mientras ella permanecía sentada en la cama, abrazándose las piernas y tratando de procesar la noticia, Samuel caminó hasta la cocina para preparar el té. Sabía que no existían palabras capaces de quitarle ese dolor, pero al menos quería hacer algo para acompañarla en ese momento.

Para Aylin, perder a su abuela era una tristeza difícil de explicar. Era la única abuela que le quedaba por parte de su madre y, aunque no habían sido tan cercanas como ella habría querido, seguía siendo una persona importante dentro de su historia.

Dos años atrás había pasado por algo parecido cuando perdió a su abuelo debido a un ataque al corazón. Aquella pérdida le había tomado meses de aceptar y aprender a vivir con ella. Ahora, nuevamente tenía que enfrentarse a ese vacío, pero esta vez sabiendo que no solo cargaba con su propio dolor, sino también con el de su madre.

Con su abuela no tenía la misma relación que había tenido con otras personas de su familia. Vivían lejos; eran aproximadamente siete horas de viaje y por eso solo lograba visitarla cada ciertos años. Aun así, eso no significaba que su partida no doliera.

Quizás por eso la tristeza se sentía diferente.

No era solamente por la ausencia de su abuela, sino por todos los recuerdos que quedaban atrás y por imaginar el dolor que su madre tendría que enfrentar al perder a alguien tan importante en su vida.

Mientras esperaba que Samuel regresara con el té, Aylin permaneció en silencio, dejando que las lágrimas cayeran lentamente.

Sabía que no podía cambiar lo ocurrido.

Solo le quedaba aprender a aceptar una nueva pérdida y seguir adelante, aunque esta vez también tendría que ser fuerte por su familia.

Después de la muerte de su abuela, Aylin intentó volver poco a poco a su rutina.

No era sencillo. Aunque los días comenzaban a avanzar, la tristeza seguía presente en pequeños momentos: cuando recordaba a su familia, cuando pensaba en su madre o cuando simplemente se quedaba en silencio sin saber exactamente qué sentía.

Aun así, Samuel continuaba a su lado.

Días donde el cansancio acumulado hablaba más fuerte que ellos, donde los recuerdos regresaban sin aviso y donde pequeñas diferencias terminaban creando silencios incómodos.

Una tarde, después de varias semanas intentando recuperar la normalidad, Aylin volvió a pasar por la casa de Samuel.

Al entrar, lo encontró sentado frente al piano.

La melodía llenaba la habitación mientras él tocaba con tranquilidad. Por unos segundos, Aylin simplemente se quedó observándolo, recordando todas las veces que ese sonido había sido una forma de sentirse en paz.

Samuel notó su presencia y levantó la mirada con una sonrisa.

—Hola, preciosa.

—Hola... —respondió ella con una pequeña sonrisa.

Samuel dejó de tocar y la observó con atención.

—¿Qué tienes?

Aylin bajó la mirada.

—Nada... solo estoy cansada.

Él pudo notar que algo en ella se veía diferente, pero pensó que solo era el cansancio de los últimos días.

—Has pasado por mucho. Ven, descansa un rato.

—Sí, me parece.

Ambos se acostaron mientras hablaban de cosas simples. Durante un rato, todo parecía volver a ser como antes. Samuel pensó que quizás poco a poco las cosas estaban mejorando, que después de todo lo que habían vivido juntos, Aylin finalmente estaba dejando atrás algunos de sus miedos.

Pero él no sabía que algunas heridas no desaparecían solo porque pasara el tiempo.

Mientras estaban juntos, Samuel comenzó a acercarse más. Para él era una forma de demostrar cariño, de sentirse nuevamente cerca de ella después de tantos días de distancia.

Sin embargo, para Aylin fue diferente.

Aunque sabía que Samuel no quería hacerle daño, algo dentro de ella se cerró de inmediato. Su cuerpo reaccionó antes de que pudiera entender lo que sentía, recordándole que todavía había heridas que no habían terminado de sanar.

Era la dificultad de volver a sentirse completamente segura.

—Oye... —dijo mientras se alejaba un poco—. No quiero, ¿sí? Por favor.

—¿Pero por qué?

Esa pregunta hizo que algo dentro de ella doliera.

No porque quisiera pelear con él, sino porque sintió que nuevamente tenía que explicar algo que para ella era demasiado importante.

—Porque no dije que sí, Samuel.

—Pensé que... ya estabas mejor —dijo con cuidado.

—¿Mejor?

Samuel notó de inmediato que había dicho algo mal.

—No, espera... no quise decir eso.

—Ese es el problema, Samuel. Tú crees que porque han pasado meses ya todo está bien. Yo sigo intentando aprender a vivir con todo lo que pasó.

—Aylin, yo solo quería estar cerca de ti.

—Aylin... yo solo quería estar cerca de ti.

Ella respiró hondo, intentando contener las lágrimas.

—Lo sé... pero a veces siento que todos esperan que vuelva a ser la misma persona de antes. Y no puedo, Samuel. No sabes todo lo que sufrí por haber sido esa misma estúpida de antes... por confiar, por no poner límites cuando debía, por creer que las cosas iban a salir bien. No puedo volver a ser esa Aylin... así no puedo.

Samuel bajó la mirada de inmediato. Por primera vez comprendió que aquellas palabras no hablaban de él, sino de una herida que todavía seguía abierta.

—Perdón... —dijo finalmente con la voz baja—. No pensé en cómo podías sentirte.

Estaba dolida porque por un momento sintió que alguien más estaba intentando decidir cuándo debía dejar de dolerle algo.

—Necesito irme.

—Aylin...

—Necesito ordenar mi cabeza.

Los días siguieron pasando y la distancia entre ellos parecía crecer un poco más con cada amanecer.

Samuel continuaba escribiéndole casi todos los días. Algunas veces solo le preguntaba cómo estaba; otras, simplemente le enviaba un "buenos días" o un "espero que estés bien". Sin embargo, ninguno de esos mensajes recibía respuesta.

Aylin los leía.

Muchas veces abría la conversación, escribía algunas palabras y, antes de enviarlas, las borraba por completo.

No sabía cómo volver a hablar con él.

Una parte de ella quería resolver las cosas, pero otra todavía necesitaba tiempo.

Las noches se hicieron especialmente difíciles.

La casa se sentía demasiado silenciosa cuando sus padres todavía no habían regresado y, aunque intentaba distraerse viendo alguna película o haciendo tareas del colegio, había momentos en los que simplemente no soportaba estar sola.

Hasta que una noche tomó el celular y buscó el contacto de su amiga Sofía.

—Hola, Sofi... ¿estás ocupada?

La respuesta llegó casi de inmediato.

—No, ¿qué pasó?

—¿Será que puedes venir a dormir conmigo hoy? La verdad... no quiero pasar la noche sola.

—Claro. Dame unos minutos para alistar unas cosas y voy para allá.

Al leer el mensaje, Aylin sintió un pequeño alivio.

Mientras esperaba la llegada de Sofía, Aylin permanecía sentada en la sala con el celular entre las manos. De vez en cuando revisaba la hora o miraba la conversación con su amiga, preguntándose cuánto tardaría en llegar. El silencio de la casa era tan profundo que cualquier ruido llamaba su atención.

Fue entonces cuando escuchó que alguien golpeaba el portón.

Sin pensarlo demasiado, creyó que Sofía había llegado antes de lo esperado. Se levantó del sillón, caminó hasta la entrada y abrió con total naturalidad.

Frente a ella estaba Samuel.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo una sola palabra. Solo se miraron en silencio, como si ambos estuvieran intentando encontrar la manera correcta de romper la distancia que había crecido entre ellos durante los últimos días.

—Hola... —dijo Samuel con cierta inseguridad—. ¿Podemos hablar?

Todavía había cosas que le dolían, pero también sabía que tarde o temprano esa conversación tendría que suceder.

—Está bien.

Abrió un poco más el portón, tomó las llaves y ambos entraron a la casa.

Samuel caminó hasta la sala y se sentó con evidente nerviosismo. Mantenía las manos entrelazadas y miraba constantemente el piso, como si estuviera buscando la manera correcta de empezar.

Aylin tomó asiento frente a él.

—Bien... ¿de qué quieres hablar?

Samuel respiró profundamente antes de responder.

—Vengo a arreglar esto. Sabes que no puedo seguir sin hablar contigo. Estos días han sido horribles para mí.

Aylin lo observó en silencio.

—Está bien... te voy a escuchar. Pero solo tenemos unos minutos. Sofía viene para acá y no tarda en llegar.

Le pidió perdón nuevamente por lo que había pasado aquella tarde. Le confesó que, durante esos días, no había dejado de pensar en sus palabras y que comprendía por qué ella había reaccionado de esa manera. También le dijo que nunca había sido su intención hacerla sentir incómoda y que entendía que debía respetar sus límites sin esperar explicaciones.

Aylin permaneció callada mientras lo escuchaba.

Poco a poco también comenzó a expresar todo lo que había sentido. Le explicó que no estaba enojada con él por querer demostrarle cariño, sino porque, después de todo lo que había vivido, necesitaba sentirse segura cuando decía que no.

La conversación se fue haciendo cada vez más tranquila.

Sin darse cuenta, olvidaron por completo que la puerta principal había quedado entreabierta.

Después de hablar durante un buen rato, ambos lograron resolver el malentendido que había surgido entre ellos. La tensión desapareció poco a poco y las risas volvieron a llenar la habitación, como si aquel problema hubiera quedado atrás.

Para cambiar de ambiente, decidieron sacar un juego de UNO.

Las partidas comenzaron entre bromas, acusaciones de que el otro hacía trampa y muchas risas que poco a poco hicieron que todo volviera a la normalidad.

En una de esas rondas, Samuel terminó inclinándose sobre Aylin para intentar quitarle una carta que ella escondía entre las manos mientras ambos reían.

Justo en ese momento, la puerta de la casa se abrió lentamente.

Sofía había entrado en silencio.

Al ver la escena, se quedó completamente inmóvil.

Samuel estaba encima de Aylin y, desde donde ella estaba, la situación parecía muy diferente a lo que realmente ocurría.

—Ehh... creo que será mejor que me vaya... —dijo Sofía, intentando contener la risa mientras daba un paso hacia atrás.

Aylin abrió los ojos con sorpresa y apartó suavemente a Samuel.

—¡Sofía! No, espera. No estábamos haciendo nada. Solo estábamos jugando.

—Ajá... sí, claro —respondió ella levantando una ceja—. Mejor los dejo.

—¡Que no! —insistió Aylin entre risas—. En serio, solo estábamos resolviendo un problema y después nos pusimos a jugar.

Sofía terminó soltando una carcajada.

—Bueno... está bien. Les voy a creer.

Luego miró a Samuel con una sonrisa traviesa.

—Pero con lo que acabo de ver, hoy Aylin duerme conmigo.

Samuel se cruzó de brazos.

—¿Y por qué?

—Porque yo lo digo.

—Pues no. Ella ha dormido conmigo estos días.

—Bueno, eso se acabó.

Aylin los observaba discutir como si fueran dos niños pequeños.

—Ya, ya... parecen chiquitos.

Sofía tomó la caja del UNO y la levantó con una sonrisa desafiante.

—Entonces hagamos algo. El primero que gane cinco rondas duerme con Aylin.

Samuel sonrió de inmediato.

—Hecho. Soy buenísimo para este juego.

—Eso ya lo veremos.

Aylin no pudo evitar reír al verlos competir por una tontería tan simple.

Al final de la noche, Samuel termino perdiendo por lo que el cansancio terminó venciendo a los tres.

Samuel, que había insistido en quedarse por si Aylin o Sofía necesitaban algo durante la madrugada, terminó quedándose dormido en el sillón de la sala.

En la habitación, Aylin apagó la luz y se acomodó en la cama. Apenas cerró los ojos, Sofía se acercó lentamente hasta abrazarla, buscando refugio en ella mientras dormía.

Aylin sonrió con ternura y le acarició suavemente el cabello antes de cerrar también los ojos.

Y así, mientras Samuel descansaba en el sillón y Sofía permanecía abrazada a Aylin, el silencio de la noche envolvió el hogar hasta que los tres quedaron profundamente dormidos.

A la mañana siguiente, Aylin despertó con el sonido de una notificación en su celular. Todavía con sueño, tomó el celular de la mesa de noche y abrió el mensaje. Apenas comenzó a leerlo, una enorme sonrisa apareció en su rostro.

—Hola, mi amor. Solo quería avisarte que hoy, al mediodía, ya estamos de regreso en la casa.

Sin pensarlo dos veces, salió corriendo de la habitación hasta donde Samuel seguía dormido.

—¡Amor! —dijo mientras lo movía suavemente por el hombro.

Samuel abrió los ojos poco a poco.

—¿Qué pasó?

—¡Mis papás llegan hoy!

Samuel terminó de despertarse al escucharla.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. Acaban de escribirme. Llegan al mediodía.

—Entonces tenemos mucho trabajo por hacer.

—Exactamente. Hay que ordenar toda la casa antes de que lleguen.

—Me parece un buen plan.

—Voy a despertar a Sofía para que nos ayude.

Cuando ya estaba a punto de salir, Samuel la llamó.

—Oye...

—¿Qué pasó?

—¿No se te olvida algo?

—¿Qué cosa?

Él no respondió. Solo la siguió mirando con una sonrisa.

Aylin al saber se acercó nuevamente hasta donde estaba él y, sin decir nada más, le dio un beso corto en los labios.

—Ahora sí.

Negando con la cabeza entre risas, Aylin entro a la habitación para despertar a Sofía y comenzar a preparar la casa antes de que sus padres regresaran.

Cuando terminaron de organizar todo y dejaron la casa en orden, Sofía se despidió y regresó a la suya. Samuel también aprovechó para volver a su casa, darse un baño y cambiarse de ropa después de un día tan ocupado. Mientras tanto, Aylin hizo lo mismo. Entró a la ducha para relajarse un poco y, al terminar de arreglarse, tomó su celular para revisar los mensajes que habían llegado.

Entre las notificaciones encontró uno de sus hermanos. Le contaba que estaban preparando una pequeña reunión en su casa para darle la bienvenida después de todo lo que había pasado. Además, como ese mismo día también era el cumpleaños de Samuel, querían aprovechar la ocasión para sorprenderlos a los dos al mismo tiempo.

Aylin sonrió al leer el mensaje. La idea le pareció tan bonita que, sin pensarlo demasiado, tomó el celular y llamó a Samuel para contarle el plan. Pensó que sería una forma especial de pasar el resto del día rodeados de las personas que más los querían.

Esa noche, antes de que la madre de Samuel regresara a casa, todos comenzaron a preparar una pequeña sorpresa para recibirla. Entre risas acomodaron la sala, organizaron la comida y decoraron el lugar con algunos detalles sencillos para que todo se sintiera especial.

Cuando finalmente llegó, Samuel, su hermano, Aylin y el resto de la familia la Samuel recibieron con mucho cariño a la madre de Aylin junto a su padre.

Durante un buen rato todo transcurrió con normalidad. Compartieron la cena, recordaron anécdotas familiares, bromearon entre ellos y disfrutaron de una noche tranquila que hacía tiempo no vivían.

Sin embargo, cuando la conversación parecía terminar, la madre de Aylin respiró hondo y decidió comentar algo que llevaba días guardando.

Aquellas palabras hicieron que el ambiente cambiara por completo.

—Muchachos, les tenemos una sorpresa.

Samuel levantó la vista, intrigado.

—¿Qué pasó?

—Alquilamos una buseta para irnos hoy en la madrugada a la playa, porque sabíamos que Samuel cumplía años. Así que necesitamos que todos alisten sus cosas.

—¿Cómo que... hoy? —preguntó Aylin sorprendida.

—Así es —respondió su padre con una sonrisa—. Queríamos aprovechar todo el fin de semana, así que la buseta nos estará esperando dentro de una hora. Tienen exactamente ese tiempo para ir a preparar sus cosas.

—¡¿Una hora?! —exclamaron varios al mismo tiempo.

Las risas no tardaron en llenar la casa.

La familia de Samuel salió rápidamente hacia su casa para preparar sus cosas.

Samuel y Aylin regresaron rápidamente a la casa para preparar sus cosas, mientras el hermano de Aylin hacía lo mismo con sus pertenencias. Entre carreras por los pasillos, ropa doblada a toda prisa y uno que otro objeto olvidado que obligaba a volver a la habitación, lograron tener todo listo justo a tiempo.

Cuando llegaron al lugar acordado, la buseta ya los estaba esperando con el motor encendido.

Todos comenzaron a subir sus cosas mientras se ayudaban unos a otros.

—Déjame llevar ese bolso —dijo Samuel, tomando el bolso de Aylin antes de que ella pudiera responder.

—Gracias.

Poco a poco fueron ocupando sus lugares. El ambiente estaba lleno de emoción; algunos hablaban sobre lo que harían al llegar a la playa, otros ya discutían qué música poner durante el camino y varios simplemente no podían creer que aquel viaje hubiera sido organizado en secreto.

Samuel tomó asiento junto a Aylin.

Durante la primera parte del recorrido, las conversaciones y las risas llenaron el ambiente. Sin embargo, conforme pasaban los kilómetros y el cansancio comenzaba a hacerse notar, las voces fueron desapareciendo poco a poco.

Hasta que el silencio terminó apoderándose del viaje.

Sin darse cuenta, Aylin apoyó lentamente la cabeza sobre el hombro de Samuel.

Él sonrió con discreción, acomodó su brazo para que ella estuviera más cómoda y dejó que descansara.

Así, mientras la carretera los acercaba poco a poco al mar y el amanecer empezaba a iluminar el horizonte, ambos terminaron quedándose dormidos uno al lado del otro.

Después de casi cuatro horas de viaje, por fin habían llegado. Los hermanos de Samuel estaban felices, ya que estaban cansados de tantas horas en carretera y querían empezar a disfrutar.

Todos salieron de la buseta, bajaron sus cosas y comenzaron a caminar por toda la playa. Estaba casi vacía, así que aprovecharon para disfrutarla solo para ellos.

—¿Quiénes se van a cambiar? —preguntó la madre mientras acomodaba las cosas.

—¡Nosotros! —dijeron los hermanos de Samuel, emocionados por meterse al agua.

—Vean, por allá hay baños. Pueden ir ahí.

Todos se fueron hacia los baños, mientras Aylin se quedó mirando el mar desde lejos.

—Tengo calor… —dijo Aylin mientras se quitaba la camisa que llevaba encima.

—Oye… —dijo Samuel, un poco celoso—. ¿Por qué no vas a los baños?

—Es que ahorita están llenos. Esperaré a que salgan todos —respondió Aylin—. ¿Tú no te vas a cambiar?

—Sí, pero voy a hacer lo mismo que tú. Mejor esperamos un rato.

Mientras ambos esperaban permanecieron sentados observando el mar mientras el resto terminaba de instalarse.

Unos minutos después vieron regresar a todos con las maletas ya acomodadas. Algunos dejaron sus cosas y, sin perder tiempo, corrieron hacia el agua entre risas. La madre de Samuel se quedó conversando con la madre de Aylin, mientras los demás comenzaban a disfrutar de la playa.

Aylin se puso de pie y tomó el bolso donde llevaba su ropa.

—Ya venimos. Vamos a cambiarnos.

—No tarden mucho —les respondió la madre de Aylin con una sonrisa.

Los dos caminaron hasta los baños públicos que estaban a unos metros de la playa. Al llegar, revisaron las puertas una por una.

—Todos están dañados... —comentó Samuel después de intentar cerrar varias.

—Solo ese tiene seguro.

Los dos se miraron durante unos segundos.

—Bueno... creo que nos tocará usar el mismo para cambiarnos y salir rápido.

Samuel sonrió con naturalidad.

—Por mí está bien.

Entraron al baño y cerraron la puerta. Cada uno buscó un espacio para cambiarse, procurando darse privacidad mientras conversaban de cualquier cosa para hacer más cómodo el momento. Ninguno se sentía realmente incómodo; después de todo lo que habían vivido juntos, la confianza entre ellos era mucho mayor que la vergüenza.

Cuando terminaron, salieron y se acercaron al espejo que estaba junto a los lavamanos para acomodarse un poco antes de regresar.

Aylin se observó unos segundos.

Bajó la mirada hacia su abdomen y pasó la mano con suavidad sobre él.

—Amor...

Samuel levantó la vista.

—¿Qué pasó?

—¿No notas algo diferente en mi pancita?

Samuel observó el abdomen de Aylin durante unos segundos. Se acercó un poco más y, con cuidado, apoyó suavemente una mano sobre su pancita.

—Sí... creo que sí se nota un poquito más. Aunque también puede ser inflamación o algo así.

—No sé... se me hace raro. Siento que desde hace unos días está diferente.

Samuel le sonrió con tranquilidad.

—Cuando vuelvas a la cita con la doctora le preguntas. Así salimos de dudas.

Aylin aunque la inquietud seguía rondando su cabeza, decidió dejar de pensar en ello por el momento. Tomó el bolso con sus cosas y esperó pacientemente a que Samuel terminara de acomodarse. Justo cuando ambos estaban por salir del baño, él se volvió hacia ella con una sonrisa que parecía esconder algo y, llamándola con un cariñoso

—Amor...

—¿Sí?

—Necesito que dentro de un rato estés en la orilla del mar.

—¿Y eso? ¿Qué vas a hacer? —preguntó Aylin, inclinando ligeramente la cabeza mientras lo observaba con curiosidad.

Samuel soltó una risa baja y desvió la mirada por un instante.

—No puedo decirte... si lo hago, arruino todo.

Aylin hizo un pequeño puchero.

—Qué injusto... ahora voy a pasar todo el rato pensando qué estás tramando.

—Ese era el plan.

Ella le dio un golpecito suave en el brazo.

—Qué malo eres.

Samuel atrapó con delicadeza la mano con la que ella lo había golpeado y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Confía en mí... solo quiero verte sonreír.

Aylin sintió que el corazón le latía un poco más rápido. Bajó la mirada por unos segundos, intentando esconder la sonrisa que comenzaba a dibujarse en su rostro.

—Pues... creo que llegaste tarde.

—¿Por qué?

Ella volvió a levantar la vista y sonrió con esa mezcla de nervios y ternura que solo aparecía cuando estaba con él.

—Porque yo también preparé algo para ti.

—¿De verdad?

Aylin no dijo nada más. Simplemente tomó sus cosas y salió del baño con una pequeña sonrisa en el rostro.

Al regresar con los demás, intentó actuar con normalidad, aunque por dentro seguía pensando en la sorpresa que Samuel tenía preparada para ella. Sin embargo, decidió disfrutar el momento y dejar que el tiempo pasara sin preocuparse demasiado.

Las horas comenzaron a avanzar lentamente.

Todos aprovecharon el día en la playa. Algunos conversaban bajo la sombra, otros caminaban por la arena.

Aylin terminó uniéndose a los hermanos de Samuel, quienes la animaron a entrar al agua y disfrutar un rato. Entre risas, juegos y conversaciones sencillas, logró olvidarse por un momento de todas las preocupaciones.

El sonido de las olas, las risas de las personas a su alrededor y la tranquilidad de aquel lugar hicieron que se sintiera en paz.

Mientras tanto, Samuel observaba de vez en cuando la hora, esperando el momento adecuado. Cuando finalmente llegó el momento que había estado esperando, levantó la mirada hacia Aylin y le hizo una pequeña señal desde lejos. Ella entendió de inmediato lo que significaba y una pequeña sonrisa apareció en su rostro. Sabía que aquella era la cita pendiente que ambos habían acordado. Sin decir mucho, salió del agua y caminó hasta donde estaban sus padres para avisarles.

—Voy a estar un rato con Samuel —les avisó con una sonrisa—. Tiene algo que mostrarme.

Sus padres se miraron entre ellos y sonrieron, entendiendo que ambos necesitaban ese momento.

—Está bien, disfruten —respondió su madre.

Aylin tomó sus cosas y caminó hacia Samuel, sin saber todavía qué había preparado para ella, pero sintiendo una emoción que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Simplemente se quedaron observándose, disfrutando de la tranquilidad del momento y del sonido de las olas rompiendo cerca de ellos.

—Bueno... ahora sí quiero saber —dijo Samuel con una pequeña sonrisa—. ¿Cuál es esa sorpresa que tienes para mí?

—¿Por qué no empiezas tú?

—No. Yo soy el cumpleañero, así que creo que tienes que empezar tú.

—Qué conveniente —respondió ella entre risas.

—Vamos, quiero verlo.

Aylin llevó una mano hasta su bolso y sacó una pequeña cajita que había estado guardando con cuidado durante varios días. La sostuvo entre sus manos por unos segundos, recordando todo el tiempo que había pasado pensando en ese detalle y en lo mucho que significaba para ella.

Con una pequeña sonrisa, se la extendió a Samuel.

—Es para ti.

Samuel la recibió con curiosidad. La miró por un instante antes de abrirla, intentando imaginar qué podía haber preparado Aylin.

Cuando levantó la tapa, su expresión cambió.

Dentro había una cadena sencilla, pero con un significado especial. En ella estaba grabado su nombre y, debajo, una fecha que para ambos representaba el comienzo de algo nuevo: el día en que se habían conocido.

Samuel permaneció en silencio unos segundos, observando aquel pequeño detalle mientras una sonrisa aparecía poco a poco en su rostro.

—Amor... —susurró sorprendido.

—Es algo pequeño, pero quería que tuvieras algo que te recordara ese momento.

—No es pequeño. De verdad me encanta.

—Ahora me toca a mí —dijo Samuel con una sonrisa—. Pero antes de dártela... quiero hacer algo.

—¿Algo más?

—Sí, pero vas a tener que esperar un momento.

Con cuidado, Samuel metió la mano en su bolsillo y sacó una pequeña cajita que había estado guardando desde hacía rato. La sostuvo entre sus manos durante unos segundos antes de entregársela, como si también intentara controlar los nervios que sentía en ese momento.

Aylin la recibió con curiosidad, sin imaginar lo que encontraría dentro. Lentamente levantó la tapa y sus ojos quedaron fijos en el detalle que Samuel había preparado para ella.

Era un anillo delicado, con pequeños corazones alrededor.

Durante unos segundos permaneció completamente en silencio, sorprendida por el gesto y por todo lo que aquel pequeño detalle representaba para ella.

—¿Es en serio, Samuel? —preguntó con una mezcla de sorpresa y emoción.

—Quería darte algo que representara lo importante que te has vuelto para mí.

—Muchas gracias... de verdad. Me encanta.

Durante unos minutos ninguno de los dos dijo nada.

Simplemente permanecieron allí, frente al mar, escuchando el sonido de las olas y disfrutando de la tranquilidad de aquel momento que parecía detener el tiempo.

La brisa movía suavemente el cabello de Aylin mientras ella bajaba la mirada hacia el anillo.

Samuel la observó durante unos segundos. Había algo que llevaba tiempo queriendo decirle, algo que no quería que quedara solamente en un detalle o en unas palabras bonitas.

Quería que ella supiera lo que realmente significaba para él.

—Quiero hacerte una promesa — mientras tomaba las manos de Aylin

Ella lo miró en silencio, prestando atención a cada palabra.

—Quiero que sea de corazón, porque tú siempre vas a ser alguien muy especial para mí.

Hizo una pequeña pausa, buscando la manera correcta de expresar todo lo que sentía.

—Prometo estar contigo en los momentos buenos, pero también cuando las cosas se pongan difíciles. Prometo cuidarte, escucharte y recordarte siempre lo mucho que vales, incluso en esos días en los que tú misma lo olvides.

—Samuel...

—No puedo prometerte que todo será perfecto, pero sí puedo prometerte que voy a esforzarme cada día para hacerte sentir amada, segura y acompañada.

—Entonces yo prometo amarte de la forma más sincera que pueda —dijo Aylin con una sonrisa tranquila—. Prometo cuidar tu corazón, hacerte sentir seguro y recordarte todos los días lo especial que eres para mí. Porque, sin importar cuánto pase el tiempo... siempre voy a querer que seas tú.

Samuel notó su expresión y sonrió también.

—Entonces... supongo que ya puedo ponértela.

Aylin soltó una pequeña risa, intentando ocultar la emoción que sentía.

—Sí, claro.

Con cuidado, Samuel tomó la mano de Aylin y colocó el anillo en su dedo. Ambos se quedaron mirando aquel pequeño detalle durante unos segundos, sabiendo que para ellos representaba mucho más que una simple joya.

Con cuidado, Aylin tomó la cadena y se la colocó alrededor del cuello. Sus manos temblaban ligeramente, no por nervios, sino por la emoción de aquel momento.

Samuel bajó la mirada hacia el detalle que ahora llevaba consigo y sonrió. Para cualquiera podía ser una simple cadena, pero para él significaba mucho más. Era un recuerdo de cómo una persona inesperada había llegado a su vida y poco a poco se había convertido en alguien especial.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio, simplemente disfrutando de estar juntos.

Aylin levantó la mirada hacia él.

—Te amo... muchísimo.

—Y yo a ti.

Sin necesidad de decir nada más, ambos se acercaron lentamente y compartieron un beso tranquilo, mientras el sonido de las olas acompañaba aquel momento.

Cuando se separaron, Aylin soltó una pequeña risa.

—¿Sabes qué? Creo que ya me puse demasiado sentimental.

—Entonces habrá que arreglar eso.

Aylin lo miró confundida.

—¿Y ahora qué estás pensando?

Pero antes de que pudiera recibir una respuesta, Samuel tomó su mano y comenzó a correr hacia el mar.

—¡Samuel! —gritó Aylin entre risas mientras intentaba seguirle el paso.

Las olas los alcanzaron poco a poco mientras ambos reían como si por un momento no existiera nada más. Corrieron por la orilla, se empujaron suavemente y jugaron como niños pequeños, dejando que la alegría de aquel instante reemplazara cualquier preocupación.

Por unas horas, no hubo miedo, dudas ni recuerdos dolorosos.

Solo estaban ellos dos, disfrutando de un momento que ambos sabían que guardarían para siempre

15

El vínculo que nunca imaginé

"La vida a veces conecta historias que jamás pensamos unir, pero no todo lo que viene del pasado está destinado a causar dolor."

Después de aquella promesa frente al mar, la relación entre Aylin y Samuel comenzó a tomar una forma diferente.

No porque todo se hubiera vuelto perfecto de repente, sino porque ambos habían aprendido a caminar juntos. Samuel seguía cumpliendo aquello que le había prometido aquella tarde: estar presente no solo en los momentos felices, sino también en aquellos días donde Aylin todavía luchaba con sus propios pensamientos.

Poco a poco, volvieron a construir una rutina.

Las tardes juntos, las conversaciones antes de dormir, las risas por cosas simples y esos pequeños momentos que parecían no tener importancia terminaron convirtiéndose en recuerdos que Aylin comenzó a guardar con cariño.

Por otro lado, Aylin también comenzaba a notar que algo dentro de ella estaba cambiando.

Desde la última vez que había hablado on Samuel, había intentado no pensar demasiado en ello. Los días seguían pasando y, aunque al principio casi no notaba ninguna diferencia, poco a poco su cuerpo empezó a mostrar señales que ya no podía ignorar.

Su vientre comenzaba a crecer lentamente.

No era algo que hubiera notado de un día para otro, pero frente al espejo empezó a darse cuenta de que ya no era igual que antes. Aquella pequeña señal hizo que una mezcla de emociones apareciera dentro de ella: miedo, dudas y una sensación difícil de explicar.

Una noche, mientras se observaba en el espejo de su habitación, sintió que ya no podía seguir fingiendo que todo estaba bien.

Salió del cuarto y buscó a su madre.

—Mamá... creo que necesito ir al hospital.

—¿Qué pasó, mi amor?

—Creo que esto ya no es normal. Mi panza está creciendo más y siento que necesito que alguien me revise.

Su madre guardó silencio unos segundos, comprendiendo que aquello ya no parecía una simple inflamación o algo pasajero.

—Sí... tienes razón. Eso ya no parece ser algo así. Mañana, apenas salgas del colegio, nos vamos directamente al hospital.

—Está bien... voy a intentar estar tranquila.

Aunque intentaba convencerse de que todo estaría bien, en el fondo sabía que esa visita podía traer respuestas que cambiarían muchas cosas.

Al día siguiente, después de terminar las clases, Aylin salió del colegio junto a su madre. Durante todo el camino hacia el hospital intentó mantenerse tranquila, pero en su mente seguían apareciendo las mismas preguntas.

No sabía qué iban a decirle.

Y, aunque una parte de ella todavía esperaba que existiera una explicación diferente, otra parte comenzaba a aceptar que tal vez tendría que enfrentarse a una nueva realidad.

Al llegar al hospital, ambas fueron recibidas por el personal médico. Aylin pasó a la consulta mientras su madre permanecía a su lado, intentando transmitirle calma.

Después de hacerle varias preguntas, la doctora decidió realizar una revisión más completa. Aylin permaneció en silencio mientras seguía cada indicación, sintiendo cómo los nervios aumentaban con cada minuto que pasaba.

La doctora observó los últimos resultados antes de mirar nuevamente a Aylin.

—Bueno... voy a hacerte un ultrasonido, ¿sí? Por lo que me cuentas, existe la posibilidad de que el procedimiento anterior no se haya completado correctamente y que el embarazo haya continuado. Pero vamos a asegurarnos antes de sacar cualquier conclusión.

Aquellas palabras hicieron que Aylin sintiera un nudo en el pecho.

No sabía qué esperar.

Una parte de ella quería creer que no era posible, pero otra sentía miedo de que la respuesta fuera justamente la que no quería escuchar.

La doctora le indicó que se recostara y comenzó a preparar todo para realizar el ultrasonido.

La doctora observó la pantalla durante unos segundos y su expresión cambió ligeramente.

—¿Qué pasa? —preguntó con preocupación.

—Aylin... está confirmado. El embarazo continúa.

Aylin sintió que el mundo se detenía por un instante.

—¿Cómo...? —preguntó confundida—. ¿Cómo puede ser? Me hicieron un ultrasonido cuando terminó el procedimiento.

La doctora bajó la mirada hacia la pantalla antes de explicarle con cuidado.

—Por lo que puedo observar, parece que el procedimiento no se completó como se esperaba. En algunos casos puede ocurrir que el embarazo continúe, especialmente cuando no se logra identificar completamente la situación en ese momento.

Hizo una pequeña pausa.

—No quiero confundirte con explicaciones demasiado técnicas, pero lo importante ahora es que el bebé sigue desarrollándose. Por el tiempo tienes aproximadamente cinco meses de embarazo.

Todo lo que ella había intentado cerrar, todo lo que creyó que había quedado atrás después de tanto dolor, volvía a presentarse frente a ella de una manera que nunca imaginó.

Aunque el miedo seguía ahí, aunque sabía de dónde venía aquel embarazo y todo el sufrimiento que cargaba detrás, una parte de ella comenzó a entender algo que antes no había podido ver.

Esa vida que estaba creciendo dentro de ella no tenía culpa de la historia que la había traído hasta ahí.

Aylin bajó la mirada mientras una mezcla de tristeza, miedo y confusión recorría su interior.

La doctora notó su expresión y decidió darle unos segundos antes de continuar.

La doctora continuó hablando con calma, explicándole las opciones y el cuidado que necesitaría a partir de ese momento.

—Existe otra posibilidad. Podríamos intentar repetir el procedimiento, pero quiero que entiendas algo: ahora sería mucho más riesgoso para ti.

—¿Qué tan riesgoso?

La doctora suspiró.

—Hay una probabilidad aproximada de un cincuenta por ciento de complicaciones graves. Y sinceramente, considerando tu estado de salud y todo lo que has vivido, no estoy segura de que sea la mejor opción.

La doctora continuó.

—Mi recomendación sería continuar con controles estrictos y realizar estudios para asegurarnos de que el bebé esté creciendo bien y que, cuando llegue el momento, pueda nacer en las mejores condiciones posibles.

Al salir del hospital, Aylin regresó a casa junto a su madre.

Durante todo el camino permaneció en silencio. Su mente seguía intentando procesar las palabras de la doctora y todo lo que aquella noticia significaba.

Todavía le parecía imposible.

Después de todo lo que había vivido, después de haber intentado aceptar que esa etapa había quedado atrás, ahora la vida volvía a ponerla frente a una realidad que no esperaba.

Cuando llegaron a casa, su madre le dio su espacio. Sin embargo, decidió no presionarla. Sabía que Aylin necesitaba tiempo para entender la situación

Aylin no sabía cómo explicar todo lo que sentía en ese momento.

Tenía miedo.

Miedo de la reacción de Samuel, de lo que pudiera pasar después de contarle la verdad y de aceptar que, una vez más, su vida estaba cambiando por completo.

Pero, entre todos esos pensamientos, había algo que tenía claro.

Samuel tenía derecho a saberlo.

Él había estado a su lado durante todo ese proceso. Había conocido sus heridas, sus miedos y las partes más difíciles de su historia, y aun así había decidido quedarse y acompañarla.

Por eso, aunque le costaba encontrar las palabras, sabía que no podía ocultarle algo tan importante.

Con las manos un poco temblorosas, abrió el chat y comenzó a escribir.

—Hola, amor...

No pasó mucho tiempo antes de que Samuel respondiera.

—Hola, amor. ¿Cómo estás?

Aylin observó la pantalla durante unos segundos antes de contestar. No quería preocuparlo, pero tampoco podía fingir que todo estaba bien.

—Bien... supongo. Te escribía para saber si estabas ocupado.

La respuesta llegó casi de inmediato.

—Sí, estoy trabajando, pero ya casi salgo. ¿Pasa algo?

—Necesito hablar contigo de algo serio. Algo que cambió completamente mi vida... bueno, la de los dos.

—Está bien. Si quieres, cuando salga del trabajo te aviso y bajo a tu casa. Hablamos tranquilos.

Aylin dejó el celular a un lado y se quedó esperando a que Samuel terminara su jornada de trabajo. Durante ese tiempo, su mente no dejó de darle vueltas a lo mismo. "¿Cómo se lo iba a decir?" Una parte de ella tenía miedo de que Samuel se sintiera confundido, de que la noticia fuera demasiado para él o de que algo cambiara entre los dos. Pero luego intentaba recordarse algo importante: ella no había elegido que las cosas ocurrieran de esa manera. No era su culpa.

Pasaron unas horas hasta que finalmente recibió un mensaje de Samuel.

—Amor... ya estoy en mi apartamento. Si quieres, puedes bajar.

Respiró profundamente y fue a buscar a su madre para avisarle.

—Mamá... voy a ir donde Samuel un rato. Necesito hablar con él de algo importante.

Aylin bajó hasta el apartamento de Samuel.

Como él le había dado una copia de las llaves tiempo atrás, entró con normalidad, como tantas otras veces lo había hecho.

—Hola, amor... —dijo Samuel al verla entrar, acercándose para darle un beso—. ¿Cómo estás?

Su sonrisa desapareció poco a poco.

—¿Qué tienes? —preguntó preocupado—. ¿Por qué estás tan triste?

—Samuel...

Y entonces, con la voz quebrada, Aylin dijo las palabras que habían estado pesando en su mente desde que salió del hospital.

—Estoy embarazada... hoy me hicieron un ultrasonido... y me dijeron que el procedimiento que me habían hecho no se completó como debía. El embarazo continuó... ahora tengo aproximadamente cinco meses.

Samuel se acercó lentamente al verla con las lágrimas comenzando a caer.

No sabía exactamente qué decir para quitarle ese miedo, pero sí sabía algo: no quería que Aylin pensara que tendría que enfrentar todo aquello sola.

Con cuidado, tomó sus manos entre las suyas y esperó hasta que ella pudiera mirarlo.

—Hey... mírame. No llores, escúchame —dijo Samuel mientras tomaba sus manos con cuidado—. Nosotros hemos llegado demasiado lejos como para que yo llegue ahora y te diga que ya no quiero estar contigo. Te hice una promesa, y pienso cumplirla.

Aylin permaneció en silencio, escuchando cada palabra.

—No me importa que esto sea difícil, ni que ahora tengamos más cosas que enfrentar. Vamos a salir de esto, los dos.

Aylin simplemente escuchó a Samuel.

No esperaba que todo fuera fácil ni que las dudas desaparecieran de un momento a otro, pero la forma en la que él decidió quedarse a su lado significó más de lo que podía explicar.

Desde ese momento, Aylin volvió a sentirse agradecida con Dios por haber puesto a Samuel en su vida.

No porque él pudiera cambiar su pasado, sino porque había llegado en un momento donde ella necesitaba a alguien que no huyera al conocer su historia.

Samuel aceptó a ese bebé que venía en camino como parte de su vida.

No lo veía como algo que debía cargar, sino como alguien que merecía amor y cuidado. Poco a poco comenzó a acompañar a Aylin en cada etapa del embarazo, aprendiendo junto a ella y tratando de hacerla sentir segura.

Empezó a cuidarla más de lo habitual.

Siempre estaba pendiente de que comiera bien, de que descansara y de que no se esforzara demasiado. Incluso cuando no podía estar con ella, buscaba la manera de hacerle saber que estaba presente.

Le enviaba mensajes cuando sabía que estaba en clases, preguntándole cómo se sentía o recordándole que debía cuidarse.

También se aseguraba de escribirle cuando llegaba la hora del almuerzo, simplemente para saber que todo estaba bien.

Para Aylin, esos pequeños detalles significaban mucho.

Hasta que llegó una cita que Samuel tanto esperaba con una emoción diferente.

Ese día sabrían algo importante sobre el bebé.

Samuel estaba más emocionado de lo normal. Desde que se levantó no dejaba de sonreír y, aunque intentaba disimularlo, Aylin podía notar la ilusión en sus ojos.

Ese día, Aylin y Samuel asistieron nuevamente a la cita

Como siempre, al entrar a la habitación, ambos permanecieron en silencio mientras la doctora comenzaba la revisión. Aylin estaba acostada, mirando la pantalla con atención, mientras Samuel sostenía su mano, acompañándola en aquel momento que todavía les parecía difícil de asimilar.

Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada.

Solo escuchaban las indicaciones de la doctora mientras revisaba con calma cada detalle.

Finalmente, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bien... todo está marchando correctamente. La bebé está en la posición adecuada.

Aylin abrió los ojos con sorpresa.

—¿La bebé? —preguntó confundida.

La doctora sonrió.

—Sí. Felicidades, Aylin. Es una hermosa princesa.

Por unos segundos, Aylin se quedó completamente quieta.

Una niña.

Aquellas palabras llegaron a su corazón de una manera que no esperaba. Durante mucho tiempo había imaginado que algún día tendría una hija; era algo que siempre había querido para su futuro, aunque nunca pensó que llegaría de esa forma ni en un momento tan inesperado de su vida.

No era como lo había soñado.

No había ocurrido bajo las circunstancias que ella habría elegido, ni de la manera en la que alguna vez imaginó formar una familia. Aun así, algo dentro de ella había comenzado a cambiar.

Sintió amor.

Observó la pantalla con una pequeña sonrisa, intentando imaginar cómo sería conocerla algún día, cómo sería sostenerla entre sus brazos y ver crecer a esa pequeña vida que, sin darse cuenta, ya empezaba a ocupar un lugar importante en su corazón.

A su lado, Samuel permanecía en silencio, pero su expresión reflejaba la misma emoción. Él también estaba feliz.

Desde antes, ambos habían hablado alguna vez sobre formar una familia en el futuro. Habían imaginado tener hijos y, especialmente, una niña a quien pudieran cuidar, proteger y ver crecer. Nunca pensaron que ese momento llegaría tan pronto, mucho menos de una manera que los obligara a enfrentar tantos desafíos.

Pero ahí estaban.

Viendo una pequeña vida crecer frente a ellos.

Samuel apretó suavemente la mano de Aylin mientras ambos permanecían mirando la pantalla.

Todavía tenían miedo. Todavía había preguntas sin responder y un camino lleno de dificultades por delante.

Una pequeña razón para seguir adelante.

Una pequeña vida que, contra todo lo esperado, había decidido quedarse.

La noticia de que Aylin esperaba una niña llegó a sus familias como una sorpresa, pero también como un momento lleno de emoción.

Sus padres fueron de los primeros en enterarse. Aunque al principio existieron preocupaciones por todo lo que implicaba el embarazo y por la salud de Aylin, con el tiempo solo pudieron ver algo más importante: su hija estaba aprendiendo a aceptar esa nueva etapa y necesitaba sentir amor y apoyo.

Para ellos, verla sonreír nuevamente significaba mucho.

La familia de Samuel también recibió la noticia con mucha alegría. Sabían que el camino no sería sencillo, pero también entendían que Aylin no estaba sola. Poco a poco, ambas familias comenzaron a acompañarlos en ese proceso, celebrando cada pequeño avance y cuidando de ellos en cada momento difícil.

Días después, la noticia también llegó a la iglesia.

Nadie la juzgó.

Nadie la apartó.

Al contrario, las personas que la rodeaban decidieron acompañarla con amor.

Los jóvenes la recibieron con abrazos y palabras de apoyo.

La pastora, como siempre, estuvo pendiente de ella. En algunas ocasiones, cuando Aylin llegaba a la iglesia, se acercaba con una sonrisa, le preguntaba cómo se sentía y, con mucho cariño, acariciaba su vientre mientras hablaba con la bebé.

—Algún día vamos a conocerte —decía con una sonrisa—. Ya hay muchas personas esperando verte.

Aquellos pequeños detalles significaban mucho para Aylin.

Después de sentir tantas veces que estaba sola, descubrir que tantas personas querían verla salir adelante era algo que todavía le costaba creer.

La iglesia se convirtió nuevamente en un lugar donde podía sentirse acompañada.

Un día después del culto, como era costumbre, la pastora se acercó a Aylin para saludarla. Desde que había vuelto a la iglesia, siempre buscaba un momento para hablar con ella, saber cómo se encontraba y acompañarla en esa nueva etapa de su vida.

—¿Cómo va esa princesa que llevas ahí adentro? —preguntó con una sonrisa mientras miraba su vientre.

Aylin sonrió ligeramente.

—Bien... a veces se mueve mucho y llega a ser incómodo, pero ya me estoy acostumbrando.

La pastora soltó una pequeña risa.

—Qué bueno escuchar eso. Me alegra verte así.

Después de unos segundos, recordó algo y volvió a hablar.

—Oye, justamente quería preguntarte algo. Estamos anotando a las mujeres que van a participar en un encuentro especial la próxima semana. No sé si te gustaría ir.

—Eh... no sé.

—¿Cómo que no sabes? Creo que podría hacerte bien. A veces necesitamos un espacio para sacar todo eso que hemos guardado durante tanto tiempo.

Aquellas palabras hicieron que Aylin bajara la mirada.

Sabía que todavía había muchas cosas dentro de ella que no había logrado sanar completamente.

—Está bien... iré.

—Perfecto. Entonces prepara tu corazón, porque será un momento para soltar muchas cosas y permitirte sanar.

—Está bien.

Antes de despedirse, el líder de jóvenes caminó rápidamente hacia ella.

—¡Aylin! —la llamó con una sonrisa—. ¿Cómo estás? ¿Cómo sigue tu niña?

—Bien... ahí vamos, gracias a Dios.

—Me alegra muchísimo escuchar eso.

El líder guardó silencio un instante antes de continuar.

—Te estaba buscando porque necesito hacerte una propuesta... y espero que me digas que sí.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Bueno... primero dime de qué se trata.

Él comenzó a explicarle que el ministerio de danza estaba preparando una obra de teatro especial para una de las actividades de la iglesia. Ya tenían parte del elenco confirmado, pero todavía necesitaban algunas personas para interpretar ciertos personajes.

—Y pensé en ti desde el primer momento. Siento que podrías hacerlo muy bien

Durante unos segundos no respondió.

Una parte de ella quería aceptar. Hacía mucho tiempo que no participaba en una actividad así y extrañaba servir en la iglesia como antes. Sin embargo, también estaba su embarazo.

Todavía no era muy evidente, pero sabía que, con el paso de las semanas, eso cambiaría.

—¿Qué piensas? —preguntó el líder con una sonrisa esperanzada—. ¿Aceptas?

—La verdad... me da un poquito de miedo por el embarazo. No sé si sea buena idea.

El líder asintió con comprensión.

—Lo entiendo. Pero la obra apenas está empezando. No será nada que represente un esfuerzo grande para ti y, si en algún momento la doctora te dice que debes descansar, simplemente lo dejamos hasta ahí. Tu salud y la de la bebé siempre serán primero.

—Está bien... acepto. Mientras mi pancita todavía no se note tanto, creo que puedo aprovechar para servir una vez más.

—¡Muchísimas gracias! De verdad no sabes cuánto nos ayudas.

Luego sacó su celular para revisar el calendario.

—Entonces nos vemos el viernes. Ese día será nuestro primer ensayo. Empezamos a las siete de la noche.

—Perfecto. Ahí estaré.

—Excelente. Que tengan una linda noche.

—Igualmente —respondieron Aylin.

Los días fueron pasando con relativa tranquilidad.

Entre las clases, las citas médicas, los ensayos y los preparativos para el encuentro de jóvenes, Aylin intentaba mantener su mente ocupada.

Finalmente solo faltaba un día para el encuentro.

Después de regresar del colegio, Aylin comenzó a preparar todo lo que necesitaría para el día siguiente. Revisó varias veces su Biblia, acomodó sus apuntes, y algunas cosas personales dentro del bolso.

Mientras lo hacía, no podía dejar de preguntarse si realmente estaba lista.

Cuando terminó de guardar todo, se cambió de ropa y se puso una pijama grande y cómoda. Todavía faltaba un rato para el ensayo de esa noche, así que decidió acostarse un momento en la cama mientras veía algunos videos en TikTok para despejar la mente.

No habían pasado muchos minutos cuando su celular comenzó a sonar.

—Hola, amor. ¿Cómo estás?

—Hola... bien.

—¿Segura?

—Sí... oye, ¿será que me puedes bajar a la iglesia? Es que mi padre anda en moto y no puedo irme con él.

—Claro. Solo dime a qué hora salimos.

—Si puedes venir de una vez sería mejor. En unos minutos tengo que estar allá.

—Perfecto. Dame un momento y saco el carro.

—Gracias.

Después de colgar, Aylin se levantó de la cama, se amarró el cabello, tomó su bolso y bajó hasta la casa de Samuel.

Cuando llegó, él ya estaba esperándola.

—¿Lista?

—Sí.

—Solo voy por el celular. Mientras tanto súbete.

Un par de minutos después, Samuel salió nuevamente de la casa, arrancó el carro y ambos emprendieron el camino hacia la iglesia.

Como todavía faltaban varios muchachos por llegar al ensayo, decidieron esperar dentro del carro.

Aylin revisaba Instagram mientras respondía algunos mensajes de su mejor amiga. Samuel, en cambio, no dejaba de observarla de reojo.

—Amor... —dijo con un tono más serio de lo habitual.

Aylin levantó la vista del celular y lo miró.

—Dime.

Él sostuvo su mirada por un momento.

—¿Qué tienes? Te veo un poco ida... como si no fueras tú.

Aylin sonrió apenas, aunque enseguida volvió a bajar la mirada hacia la pantalla del celular.

—Nada... simplemente estoy pensando en mañana.

Samuel entendió de inmediato a qué se refería. Sin decir nada más, se inclinó hacia ella y le dio un beso corto en los labios.

—Tranquila —susurró con una pequeña sonrisa—. Todo va a salir bien, ¿sí?

—Eso espero.

Samuel volvió a acomodarse en su asiento y, por unos instantes, el silencio regresó al interior del carro.

Samuel tenía el celular entre las manos, aunque no parecía estar haciendo nada. Miraba la pantalla unos segundos, la bloqueaba y volvía a encenderla, como si quisiera decir algo, pero no encontrara la manera de empezar.

Sabía que, cuando se comportaba así, era porque había algo que le estaba dando vueltas en la cabeza.

Apagó su celular y volvió a mirarlo.

—Oye... ¿qué tienes? —preguntó con curiosidad—. Te noto raro.

—Nada... simplemente me estaba acordando de un primo.

—¿Se puede saber quién era?

—Es una historia larga... pero, básicamente, crecimos juntos. Era como un hermano para mí. Pero hace dos meses... le quitaron la vida.

Aquellas palabras hicieron que algo se removiera dentro de Aylin. Ese era prácticamente el mismo tiempo que había pasado desde la muerte de Ángel. Intentó que su expresión no cambiara para que Samuel no notara lo que estaba pensando, pero la curiosidad comenzó a crecer poco a poco dentro de ella. Tal vez solo era una coincidencia... o tal vez no.

Sin embargo, prefirió no sacar conclusiones apresuradas. Antes de imaginar cosas que quizá no eran ciertas, decidió seguir escuchándolo y hacer una pregunta más.

—¿Y... qué fue lo que pasó? —preguntó con cuidado.

—No es por nada... pero preferiría no recordar eso. Cuando pasó todo, mi tía sufrió muchísimo... igual que mis otros primos. Fue un momento muy duro para toda la familia.

—¿Y por qué nunca me lo habías contado?

Samuel esbozó una pequeña sonrisa, aunque se notaba triste.

—No sé... sabes que casi nunca hablo de las personas que he perdido.

—Está bien... tranquilo.

Sin embargo, la duda permaneció en la mente de Aylin.

Tenía muchas preguntas, pero sintió que aquel no era el momento para hacerlas. No quería presionar a Samuel para hablar de algo que claramente le dolía.

Miró la hora en el celular y sonrió levemente.

—Bueno... ya tengo que entrar.

—Está bien.

Aylin se acercó y le dio un beso corto antes de abrir la puerta.

—Deja de pensar tanto en eso, ¿sí?

Samuel le devolvió una pequeña sonrisa.

—Lo voy a intentar.

—Eso espero.

—Me avisas cuando salgas para recogerte —dijo Samuel antes de que cerrara la puerta.

—Está bien. Nos vemos más tarde.

Aylin cerró la puerta y comenzó a caminar hacia la iglesia, aunque aquella conversación seguía dando vueltas en su cabeza.

Sin embargo, apenas llegó a la iglesia y vio a los demás jóvenes reunidos afuera, decidió dejar aquellas dudas a un lado por el momento.

No quería pasar toda la noche pensando en algo para lo que todavía no tenía respuestas.

Apenas la vieron llegar, varios se acercaron a saludarla.

Entre bromas, anécdotas del colegio y conversaciones sobre los preparativos del encuentro, el ambiente poco a poco volvió a hacerla sonreír. Algunos comentaban los nervios que sentían por el día siguiente, mientras otros repasaban los últimos detalles de las dinámicas, las canciones y los tiempos que cada uno tendría durante la actividad.

Aylin intentó integrarse a las conversaciones con naturalidad. Reía cuando era necesario y respondía a los comentarios de sus amigos, aunque, de vez en cuando, su mente volvía por unos segundos a la conversación que acababa de tener con Samuel.

No tardó mucho en llegar el líder de jóvenes.

Después de reunir a todos, comenzaron el ensayo. Repasaron cada detalle de la otra de teatro. Nadie quería que algo saliera mal, así que el ensayo tardo más de tres horas.

Cuando finalmente terminaron, el cansancio era evidente en el rostro de todos.

Uno a uno comenzaron a despedirse y a regresar a sus casas.

Aylin tomó su celular y le escribió a Samuel para avisarle que ya podía pasar por ella.

Mientras esperaba, notó que el líder todavía permanecía dentro del aula organizando algunos materiales. Dudó unos segundos, pero terminó acercándose.

Sentía que necesitaba escuchar la opinión de alguien más.

—Líder... ¿le puedo hacer una pregunta? Bueno... más bien necesito un consejo.

Él levantó la mirada y le sonrió con tranquilidad.

—Claro. Para eso estamos. ¿Qué necesitas?

—Es sobre Samuel... no sé, pero siento que me está ocultando algo.

—¿Ya hablaste con él sobre eso?

Ella negó con la cabeza.

—No... es que no he querido presionarlo. Pero ahora, mientras veníamos para el ensayo, me dijo algo que me dejó con una gran duda.

—¿Qué fue lo que pasó?

Aylin miró discretamente hacia la puerta para asegurarse de que Samuel todavía no hubiera llegado. Al comprobar que seguía sola, comenzó a contarle la conversación que habían tenido en el carro: cómo Samuel le habló de un primo al que le habían quitado la vida hacía dos meses, lo poco que quiso decir y la coincidencia con la fecha en la que Ángel había fallecido.

Cuando terminó, el líder permaneció unos segundos en silencio, analizando todo lo que acababa de escuchar.

—Bueno... siendo sincero, sí suena un poco extraño.

—¿Verdad que sí?

El líder asintió.

—Pero déjame preguntarte algo. Si Samuel realmente fuera primo de Ángel... ¿eso cambiaría lo que sientes por él?

Aylin negó casi de inmediato.

—No... ese no es el punto.

Guardó silencio un instante antes de continuar.

—Si él fuera primo de Ángel, sinceramente no me molestaría. Lo que me preocupa es que me esté ocultando algo detrás de todo esto. Siento que sabe mucho más de lo que me ha contado... y eso sí me dolería.

—Entiendo.

Permaneció pensativo unos segundos antes de hablar otra vez.

—Tienes razón en sentir curiosidad. Pero también creo que deberías darle un poco de tiempo. Sea algo bueno o algo malo, da la impresión de que está buscando la manera correcta de explicártelo.

—Tal vez...

Levantó nuevamente la mirada.

—Pero si de verdad me está escondiendo algo importante... sí me enojaría. Y me enojaría de verdad.

El líder apoyó una mano sobre su hombro.

—Entonces espera un poco más. No tomes una decisión antes de escuchar toda la historia. A veces las personas guardan silencio, no porque quieran mentir, sino porque todavía no encuentran el valor para contar ciertas cosas

Mientras hablaban, el sonido de un pito interrumpió la conversación.

—Creo que ya llegó —dijo mientras se ponía de pie.

El líder le devolvió una pequeña sonrisa.

—Recuerda lo que hablamos. No te adelantes a sacar conclusiones.

—Lo intentaré.

Tomó su bolso, se despidió con un gesto de la mano y salió del aula.

Al abrir la puerta principal, el aire fresco de la noche la recibió de golpe. Caminó lentamente hasta el carro y, al abrir la puerta del copiloto, encontró a Samuel esperándola con la misma sonrisa de siempre.

—¿Cómo te fue? —preguntó él apenas la vio subir.

Aylin acomodó el bolso sobre sus piernas y se abrochó el cinturón antes de responder.

—Bien... un poco agotada, pero todo salió muy bien.

Samuel arrancó el carro y emprendieron el camino de regreso.

Durante los primeros minutos hablaron de cosas sencillas: algunos detalles del ensayo, los preparativos para el encuentro y un par de bromas que habían surgido entre los muchachos.

Cuando llegaron a la casa, Samuel estacionó el carro frente a la entrada.

—Descansa, ¿sí? Mañana va a ser un día largo.

Aylin le sonrió con suavidad.

—Tú también. Gracias por traerme.

Antes de bajar, le dio un beso corto y salió del carro.

Entró a la casa procurando no hacer ruido y subió directamente a su habitación.

Dejó el bolso sobre una silla, se cambió de ropa y, sin siquiera encender la luz por completo, se dejó caer sobre la cama.

A la mañana siguiente, Aylin se despertó antes de que sonara la alarma. Aunque todavía era muy temprano, ya no podía volver a conciliar el sueño. La emoción y los nervios por el encuentro la habían mantenido despierta gran parte de la noche.

Se levantó con calma y comenzó a revisar por última vez el bolso que había preparado desde la noche anterior. Se aseguró de artículos personales y todo lo necesario.

Cuando terminó, respiró hondo y miró la habitación por un instante.

Todo estaba listo.

Como debía estar en la iglesia a las siete de la mañana, pidió un carro para bajar. Antes de salir, fue hasta la cocina para despedirse de sus padres, quienes ya estaban despiertos.

Su madre la abrazó con fuerza.

—Que Dios te bendiga mucho, mi amor. Disfruta el encuentro.

—Y cualquier cosa nos llamas —añadió su padre mientras le acariciaba el hombro.

—Lo haré. Los quiero mucho.

Después de darles un último abrazo, tomó su bolso y salió de la casa.

Al llegar a la iglesia, el ambiente ya estaba lleno de movimiento. Los jóvenes caminaban de un lado a otro cargando maletas, saludándose entre risas y buscando el grupo que les correspondía. Algunos padres aprovechaban los últimos minutos para despedirse de sus hijos antes de que iniciara el viaje.

Aylin se acercó al grupo de las muchachas, ya que las cabañas estaban organizadas por equipos y todas debían viajar juntas desde ese momento.

Mientras esperaban la llegada del bus, conversaban entre ellas, haciendo bromas e imaginando cómo sería el fin de semana.

Pocos minutos después, el bus apareció frente a la iglesia.

Todos comenzaron a levantarse para acomodar las maletas y subir de forma ordenada.

Aylin ya tenía un pie sobre el primer escalón cuando escuchó que alguien la llamaba desde atrás.

—¡Aylin!

Se giró con rapidez y, al verlo, una sonrisa apareció en su rostro casi sin darse cuenta.

—¿Samuel? ¿Qué haces aquí?

Él caminó hasta donde estaba ella, todavía un poco agitado por haber llegado deprisa.

—Vine a despedirme. Esperé toda la mañana un mensaje tuyo... pero nunca llegó.

—Perdón... pensé que todavía estabas dormido y no quise despertarte tan temprano.

Samuel soltó una risa suave mientras negaba con la cabeza.

—¿Dormido? Si desde hace rato estaba despierto. Solo quería desearte un buen viaje antes de que te fueras.

—Perdón... de verdad.

—No pasa nada —respondió él mientras le acomodaba con delicadeza un mechón de cabello detrás de la oreja—. Solo prométeme que vas a disfrutar mucho este encuentro.

—Lo voy a intentar.

—Y también prométeme otra cosa.

—¿Cuál?

—Que cuando regreses me vas a contar absolutamente todo. No quiero un resumen de cinco minutos. Quiero saber cómo te fue, qué aprendiste y hasta las anécdotas más tontas.

—Qué exagerado eres...

—Puede ser... pero igual quiero que me cuentes todo.

—Está bien, te lo prometo.

Aylin miró hacia la puerta y luego volvió a ver a Samuel.

—Ahora sí... ya me tengo que ir.

Sin decir una palabra más, Aylin dio un paso hacia él y lo abrazó con fuerza. Samuel correspondió al abrazo con la misma calidez, disfrutando aquellos últimos segundos antes de que ella partiera.

Cuando se separaron, Aylin le dio un beso corto.

—Nos vemos cuando regrese.

Samuel sonrió sin apartar la mirada de ella.

—Aquí voy a estar esperándote. Que Dios te acompañe durante todo el encuentro.

Aylin sintió que el corazón se le llenaba de tranquilidad.

Al llegar al lugar donde se realizaría el encuentro, Aylin sintió una mezcla de nervios y tranquilidad. No sabía exactamente qué iba a pasar durante esos dos días, pero algo dentro de ella le decía que aquella experiencia sería diferente a cualquier otra que hubiera vivido.

Las demás muchachas notaron que estaba un poco callada y, durante el trayecto, hicieron todo lo posible por incluirla en las conversaciones para distraerla. Entre bromas, risas y anécdotas, el ambiente se volvió más ligero y, poco a poco, Aylin dejó de pensar por un momento en todo lo que llevaba sobre sus hombros.

El bus no podía llegar hasta el lugar exacto donde se realizaría el encuentro, así que todos tuvieron que bajar junto con sus maletas y continuar caminando varios minutos por un sendero.

Aylin tomó su maleta con la intención de seguir al grupo, pero una de las jóvenes se acercó rápidamente y, sin darle oportunidad de negarse, tomó su maleta.

Sabían que, por su embarazo, no debía hacer esfuerzos innecesarios.

Aylin sonrió agradecida y continuó caminando con mayor tranquilidad.

Pocos minutos después apareció la pastora de jóvenes en su carro. Al enterarse de que Aylin estaba caminando junto al resto del grupo, insistió en llevarla hasta el lugar del encuentro para evitar cualquier riesgo.

Cuando finalmente llegaron, varias muchachas la ayudaron a acomodar sus cosas y la acompañaron hasta el comedor, donde ya estaba servido el desayuno.

Sin embargo, el apetito seguía siendo uno de los efectos más difíciles de sobrellevar durante el embarazo. Apenas pudo probar un par de bocados antes de sentirse completamente satisfecha.

Aprovechando unos minutos libres, tomó su celular para avisarle a Samuel que había llegado bien. Después de intercambiar unos cuantos mensajes, dejó el teléfono a un lado y terminó de desayunar mientras escuchaba las conversaciones de las demás.

Poco después, los líderes comenzaron a organizar a todas las jóvenes para dirigirse a sus respectivas cabañas.

Una vez que cada grupo estuvo reunido, los celulares fueron recogidos para evitar distracciones durante todo el encuentro.

Aylin entregó su celular sin decir una sola palabra.

A partir de ese momento comenzó una experiencia que marcaría su vida para siempre.

Durante las primeras horas se sintió un poco incómoda. No estaba acostumbrada a abrir su corazón delante de otras personas ni a hablar de todo aquello que había guardado durante tanto tiempo. Escuchaba atentamente cada enseñanza, participaba en las dinámicas y, poco a poco, comenzó a comprender que aquel encuentro no había sido organizado simplemente para pasar un fin de semana diferente.

Había llegado hasta ese lugar para encontrarse con Dios.

Conforme avanzaban las horas, las predicaciones parecían responder preguntas que ella nunca se había atrevido a hacer en voz alta. Cada palabra tocaba alguna parte de su historia, como si Dios conociera exactamente las heridas que todavía seguían abiertas en su corazón.

Las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas. Era como si todo aquello que había guardado durante meses finalmente encontrara una salida. Recordó cada uno de los momentos que habían marcado su vida: las pérdidas que todavía le dolían, el miedo que tantas veces la había paralizado, la culpa que había cargado sobre sus hombros y aquellas noches en las que creyó que ya no tendría fuerzas para levantarse una vez más

Mientras oraba, sintió que todo ese peso que había llevado durante tanto tiempo comenzaba, poco a poco, a desprenderse de su corazón. No porque las heridas desaparecieran de un instante a otro, sino porque por primera vez comprendió que no tenía que seguir cargándolas sola. En medio de sus lágrimas encontró una paz que hacía mucho tiempo no experimentaba, una paz que le recordaba que, incluso en los momentos más oscuros de su vida, Dios nunca había dejado de caminar a su lado.

Cuando llegó el momento de regresar, Aylin ya no era la misma joven que había llegado dos días antes.

Seguía teniendo problemas.

Seguía enfrentando situaciones difíciles.

Pero ahora llevaba algo que antes no tenía.

La certeza de que Dios caminaría con ella en cada paso que todavía faltaba por recorrer.

Al bajar del bus frente a la iglesia, la escena la conmovió profundamente.

Decenas de familiares esperaban a las muchachas con flores, regalos, abrazos y lágrimas de alegría. El lugar estaba lleno de sonrisas, reencuentros y palabras de cariño.

No había un solo espacio vacío.

Mientras observaba todo aquello, Aylin sonrió en silencio.

Comprendió que aquel fin de semana no solo había sido un encuentro.

Había sido el momento en que permitió que Dios comenzara a sanar, una por una, las heridas que durante tanto tiempo había intentado esconder.

Apenas Aylin bajó del bus, sus padres se acercaron a ella con una emoción que no pudieron ocultar.

La abrazaron con fuerza, como si en ese momento quisieran recordarle que siempre tendría un lugar seguro al cual volver.

Era por sentir que había personas esperándola, personas que se alegraban de verla regresar y que estaban ahí para acompañarla en cada etapa de su vida.

Poco a poco, las jóvenes comenzaron a reunirse con sus familias. El lugar se llenó de conversaciones, risas, fotografías y momentos que parecían pequeños, pero que significaban mucho.

Al terminar el recibimiento, Samuel tomó la maleta de Aylin y la llevó hasta el carro. La acomodó con cuidado en la cajuela mientras los padres de Aylin seguían conversando con los demás jóvenes y líderes que aún permanecían en la iglesia.

Cuando cerró la cajuela, respiró hondo antes de girarse hacia ella.

—Amor...

—¿Qué pasó? —preguntó Aylin al notar que algo no estaba bien.

—¿Y ahora cómo te sientes?

Aylin respiró profundamente. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—La verdad... cómo te dije antes, me siento aliviada. Siento que por fin pude sacar todo eso que llevaba guardado y que me estaba lastimando desde hace mucho tiempo.

Parecía feliz por ella, aunque al mismo tiempo algo más lo estaba preocupando.

—Oye... ¿qué tienes? —preguntó mientras levantaba la mano y acariciaba suavemente su rostro.

Samuel bajó la mirada por un momento.

—Mira, Aylin... desde hace mucho tiempo quiero contarte algo importante. Algo que creo que tienes que saber, pero siento que este no es el lugar ni el momento correcto para hacerlo.

—¿Es algo malo?

—Depende de cómo lo veas.

Aquella respuesta hizo que Aylin frunciera el ceño.

—Samuel... ya me estás preocupando.

—Cuando esté preparado te lo voy a contar, ¿sí? Te lo prometo. Pero ahora mejor llama a tus padres para irnos. Mañana tienes que levantarte temprano.

—Ay, yo mañana no quiero ir al colegio... estoy demasiado cansada.

—Entonces descansa. Lo que tú quieras.

—Samuel... —dijo con un tono más serio—. ¿Por qué siempre haces esto?

—¿Hacer qué?

—Dejarme con la duda. Sabes que eso me desespera. Si hay algo que quieres decirme, prefiero que seas sincero conmigo.

Samuel respiró profundamente antes de responder.

—Porque no es fácil para mí... y tampoco sé cómo vas a reaccionar cuando lo sepas.

Por un momento intentó entenderlo, pero la sensación de que nuevamente le estaba ocultando algo empezó a incomodarla.

—¿Sabes qué? Mejor déjalo así. Sigue con tus misterios. Me voy con mis padres.

Samuel se llevó una mano a la cabeza, claramente frustrado.

—¿En serio?

—Sí. Estoy hablando en serio, Samuel. Ya me cansé de sentir que tengo que esperar a que estés listo para saber algo que también me involucra.

Aylin se dio la vuelta, pero antes de que pudiera alejarse, Samuel tomó suavemente su brazo.

—Espera... mañana, si no quieres ir al colegio, hablamos con calma. Te prometo que te lo voy a contar. Pero ahora no peleemos aquí.

—Está bien. Te doy hasta mañana en la tarde.

Hizo una pequeña pausa.

—Pero igual me voy con mis padres.

Samuel soltó un suspiro.

—Está bien... haz lo que quieras.

Sin decir mucho más, Aylin pidió un carro junto con sus padres y se fueron rumbo a casa.

Al bajar del carro, Aylin se quedó sorprendida al ver a Samuel afuera de su casa.

Por un momento pensó que quizá había vuelto para hablar con ella, pero al acercarse notó que simplemente tenía su maleta en las manos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mientras cerraba la puerta del carro.

Samuel no respondió de inmediato. Caminó hasta la entrada y dejó la maleta con cuidado junto a la puerta.

Aylin lo observó en silencio, esperando una explicación.

—Solo vine a dejarte tu maleta —dijo finalmente—. Ya me voy.

Comenzó a darse la vuelta, pero la voz de Aylin lo detuvo.

—Hey, Samuel.

—¿Qué?

—¿Por qué eres así?

—¿Así cómo?

—Como si nada pasara. Como si no notaras que me dejaste pensando en algo todo el camino.

—Aylin... estoy bien. Solo estoy cansado. Mejor mañana hablamos, ¿sí?

Dio un paso hacia él y lo tomó suavemente del brazo.

—¿Qué te pasa? De verdad siento que algo te está pasando.

—Solo necesito un poco de espacio, ¿sí? Mañana hablamos con calma.

Aquella respuesta no era la que Aylin quería escuchar, pero decidió no insistir más.

Retiró lentamente su mano.

—Está bien... lo que quieras.

Sin decir nada más, Samuel se despidió y se marchó.

Aylin permaneció unos segundos observando cómo se alejaba, intentando entender qué era lo que estaba ocurriendo. No estaba acostumbrada a verlo así. Samuel siempre había sido la persona que intentaba hablar con ella, que buscaba encontrar soluciones, no alguien que se encerraba en silencio.

Finalmente entró a la casa sin comentar nada con sus padres.

Cuando llegó a su habitación, encontró a Galleta acostado sobre la cama, como si hubiera estado esperándola todo ese tiempo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Dejó sus cosas a un lado, guardó nuevamente su ropa y acomodó todo lo que había llevado al encuentro. Poco a poco, el cansancio del viaje y de todas las emociones acumuladas comenzó a pesarle.

Se puso ropa cómoda, se acostó junto a Galleta y dejó que el silencio de la habitación la envolviera.

Al día siguiente, Aylin decidió quedarse en casa.

Después del encuentro necesitaba descansar y ordenar un poco sus pensamientos. Había pasado tantos días cargando emociones que todavía no sabía cómo acomodar todo lo que sentía.

Ya había terminado de organizar sus cosas, así que permanecía acostada en su cama con la computadora encendida, intentando distraerse un poco.

Pero esa tranquilidad no duró mucho.

El sonido del portón abriéndose hizo que levantara la mirada.

Por un momento pensó que podían ser sus padres, pero entonces escuchó una voz que reconoció de inmediato.

—¿Aylin?

Se levantó de la cama y salió lentamente de su habitación.

Samuel estaba ahí, parado con una expresión seria en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Aylin, todavía sorprendida—. ¿Ya se te pasó el enojo de ayer?

—No vine por eso. Vine porque te dije que iba a contarte lo que estaba guardando.

Una parte de ella quería saber la verdad, pero otra sentía miedo de descubrir algo que cambiara todo.

—Por favor... déjame pasar.

—Está bien.

—No es por presionarte, pero necesito decirlo ahora... porque si me voy, probablemente vuelva a arrepentirme.

Era como si estuviera preparándose para decir algo que había guardado durante demasiado tiempo.

—¿Estás sola? —preguntó él.

—Sí... si quieres podemos hablar en mi Habitación.

Ambos caminaron hasta la habitación en silencio. Samuel se sentó en una esquina de la cama mientras Aylin permanecía frente a él, observándolo con una mezcla de preocupación y miedo. El ambiente se sentía diferente, como si ambos supieran que aquella conversación podía cambiar muchas cosas entre ellos

—Aylin... antes de decirte cualquier cosa, quiero pedirte perdón.

—¿Perdón por qué?

—Porque desde el principio hubo algo que debí decirte.

—Samuel... ¿qué pasa?

Fue entonces cuando Samuel finalmente decidió contarle toda la verdad.

Con la voz temblorosa, le explicó que él era primo de Ángel y que esa era una de las razones por las que siempre había tenido tanto cuidado al hablar de su pasado.

Samuel continuó contándole que, semanas antes de todo lo ocurrido, Ángel le había mostrado una fotografía de Aylin. Le había hablado de ella con una felicidad que pocas veces había visto en él, presumiéndole a la persona que amaba y la importancia que tenía en su vida.

Ese día, Ángel le había pedido algo que Samuel jamás olvidó.

Le pidió que, si algún día él no podía estar ahí para cuidarla, buscara la manera de acompañarla y protegerla. Le dejó una fotografía de ambos y la información necesaria para encontrarla, porque confiaba en que Samuel cumpliría aquella promesa.

Al principio, ese había sido el único motivo por el que Samuel se acercó a Aylin.

Quería cumplir la última petición de alguien que había sido importante para él.

Quería asegurarse de que ella estuviera bien.

Pero con el paso del tiempo, las cosas cambiaron.

Samuel nunca imaginó que terminaría enamorándose de ella. No esperaba que aquella persona de la que Ángel hablaba con tanta ilusión se convertiría también en alguien tan importante para él.

Y fue entonces cuando comprendió por qué Ángel la había amado tanto.

—Aylin... quiero que entiendas algo antes de decirte esto. Yo nunca quise ocultarte la verdad para hacerte daño. Sé que ahora puede parecer que te mentí, pero la realidad es que tuve miedo.

Aylin lo miraba en silencio.

—Mira... te voy a ser sincera —dijo finalmente con la voz baja—. A mí no me importa que hayas sido o no primo de Ángel. Eso no cambia lo que siento por ti ni todo lo que hemos vivido.

Samuel bajó la mirada.

—Sí, Aylin... y por eso también necesito contarte algo más. Algo que debí decirte desde hace mucho tiempo.

Ella sintió cómo la preocupación volvía a crecer.

—A ver, Samuel... ya me estás asustando. Si me vas a decir algo, dímelo de una vez. No sigas alargando esto porque me estás preparando para algo que no sé qué es.

—La persona que le hizo daño a Ángel... la persona que terminó con su vida... fue mi padre, Aylin.

—¿Sabes cuántas noches lloré preguntándome por qué tuvo que pasarle eso? ¿Sabes cuánto me costó aceptar que ya no iba a volver a verlo?

—Lo sé... y por eso nunca te hablé sobre mi padre —dijo Samuel con la voz baja—. Sabía que, si te contaba la verdad, ibas a sufrir más de lo que ya habías sufrido.

Aylin lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Sentía demasiadas cosas al mismo tiempo: tristeza, enojo, confusión y una herida que acababa de abrirse nuevamente.

—Samuel... —dijo con la voz temblorosa—. No sabes lo culpable que me sentí al saber que por mi culpa él ya no estaba.

—Lo sé... y por eso te pido perdón. Sé que nada de lo que diga va a cambiar lo que pasó, pero nunca quise hacerte daño. Nunca quise que pensaras que estaba jugando contigo o que me acerqué a ti por una razón diferente.

Aylin negó lentamente con la cabeza mientras las lágrimas seguían cayendo.

—Pero lo hiciste sin decirme la verdad... Estuviste a mi lado sabiendo todo esto. Cada momento, cada conversación, cada vez que confié en ti... tú sabías quién eras y quién era yo para Ángel.

—Aylin, por favor... déjame explicarte.

—No. Ya no quiero escuchar más.

Samuel guardó silencio.

—Cada vez que me mirabas, cada vez que me decías que me querías, yo pensaba que todo era real... pero ahora siento que había algo que nunca me dejaste conocer.

—Nunca quise engañarte... yo aún te amo y te amo demasiado.

—Pero me ocultaste algo importante —respondió Aylin entre lágrimas—. Y ahora no sé cómo separar a la persona que amo de todo lo que acaba de pasar.

Samuel sintió cómo esas palabras le dolían, pero sabía que Aylin tenía derecho a sentirse así.

—Por favor, créeme... yo nunca quise lastimarte.

—Vete de mi casa, por favor.

—Aylin...

—No, Samuel. Por favor. No puedo verte ahora.

—Está bien...

Cuando la puerta se cerró detrás de Samuel, Aylin permaneció inmóvil durante unos segundos.

El silencio de la casa se volvió insoportable.

Hasta hacía unos minutos había tenido a la persona que amaba frente a ella, escuchando una verdad que cambiaba por completo la forma en la que veía su historia. Ahora estaba sola con todos esos pensamientos que no dejaban de chocar dentro de su cabeza.

No sabía qué sentir.

Una parte de ella quería entender a Samuel, recordar todos los momentos en los que él había estado a su lado, las veces que la había cuidado cuando sentía que ya no podía más y la forma en la que había llegado a convertirse en alguien importante para ella

Con las lágrimas cayendo por su rostro, Aylin comenzó a sentir que ya no podía contener todo lo que llevaba dentro. La rabia, la tristeza, la culpa y la confusión se mezclaban hasta hacerla sentir que no podía respirar. Sin pensarlo demasiado, tomó lo primero que encontró cerca y lo lanzó contra el suelo.

El sonido de los objetos rompiéndose llenó la habitación.

Después de eso, todo ocurrió casi sin que pudiera detenerse. Tiró libros, movió cajas, apartó fotografías y dejó salir todo ese dolor que había estado acumulando durante tanto tiempo. No era porque quisiera destruir sus cosas, sino porque no encontraba otra manera de sacar todo lo que estaba sintiendo en ese momento.

Sentía dolor por Ángel, por todo lo que había perdido y por la forma en la que su vida había cambiado desde aquel momento. Sentía enojo porque Samuel había guardado una verdad tan importante durante tanto tiempo. Pero también sentía culpa, porque en medio de todo ese enojo todavía podía recordar la manera en la que Samuel la había cuidado y lo importante que se había vuelto para ella.

—¿Por qué? —susurró entre lágrimas mientras miraba alrededor de la habitación—. ¿Por qué tenía que ser él?

Su voz se quebró y terminó cayendo al suelo, abrazándose a sí misma mientras intentaba encontrar una respuesta que no llegaba.

Porque en el fondo, lo que más le dolía no era solamente descubrir quién era Samuel.

Lo que más le dolía era aceptar que, incluso después de saber la verdad, una parte de su corazón todavía seguía queriéndolo.

Y eso la hacía sentirse todavía más confundida.

Mientras permanecía allí, rodeada por el desorden de su habitación y por todos los pensamientos que no dejaban de atormentarla, el sonido de su celular rompió el silencio.

Al ver la pantalla, notó que era una llamada de la pastora de jóvenes.

—Hola, Aylin, ¿cómo estás? —preguntó la pastora con tranquilidad, sin imaginar lo que estaba ocurriendo al otro lado.

Durante unos segundos, ella no pudo responder. Tenía la garganta cerrada y las lágrimas seguían cayendo sin control. Intentó hablar, pero sentía que cualquier palabra podía hacer que se derrumbara todavía más.

—Hola… —respondió finalmente con la voz quebrada—. Mire, ahora no quiero hablar con nadie, ¿sí?

Al escuchar el tono de su voz, la pastora notó de inmediato que algo no estaba bien.

—¿Qué tienes? —preguntó con preocupación.

Aylin bajó la mirada hacia el suelo. No quería explicar nada. No sabía cómo poner en palabras todo lo que acababa de sentir, ni cómo contar una verdad que todavía ni ella misma lograba aceptar.

—¿Aylin? ¿Estás bien? —preguntó la pastora al notar el silencio.

Aylin solo permaneció allí, llorando en silencio, mientras la voz de la pastora seguía escuchándose a través del celular.

Pasaron varios minutos.

Aylin permanecía sentada en el suelo de su habitación, inmóvil, con la mirada perdida entre las cosas que había lanzado momentos antes. La llamada seguía abierta, pero ella ya no tenía fuerzas para responder.

Al otro lado, la pastora continuaba sosteniendo el celular junto a su oído, convencida de que Aylin solo necesitaba un poco de tiempo para tranquilizarse. Había

aprendido que, cuando el dolor era demasiado grande, ella prefería guardar silencio antes que decir algo que no pudiera explicar.

Con esa idea en mente, decidió esperar pacientemente.

Sin embargo, conforme los minutos transcurrían, la tranquilidad comenzó a transformarse en preocupación. Esperaba escuchar algún sollozo, el sonido de un paso, una puerta cerrándose o cualquier señal que le indicara que Aylin seguía allí, intentando recuperarse de lo que fuera que estuviera viviendo.

Pero no escuchó nada.

Del otro lado de la llamada solo existía un silencio profundo, pesado e inquietante.

Aquella ausencia de cualquier sonido hizo que el corazón de la pastora comenzara a acelerarse. Conocía demasiado bien a Aylin para saber que, aun en sus peores momentos, nunca dejaba una llamada abierta sin responder durante tanto tiempo.

Mientras sostenía el celular, una sensación de angustia empezó a crecer dentro de ella. Después de todo lo que Aylin había enfrentado durante los últimos meses, ese silencio le parecía mucho más alarmante que cualquier llanto o cualquier grito de desesperación.

La pastora permaneció unos instantes más esperando una reacción que nunca llegó. Cada segundo aumentaba la inquietud que sentía, hasta que comprendió que quedarse al otro lado de la línea ya no era suficiente y que necesitaba ir a buscarla personalmente para asegurarse de que estuviera bien.

Encendió el carro y condujo directamente hacia la casa de Aylin, con el corazón cada vez más inquieto mientras sostenía el celular sobre el asiento del copiloto, sin colgar la llamada en ningún momento.

Aylin escuchó, a lo lejos, el sonido de un carro estacionándose frente a la casa.

Por un instante levantó la cabeza, pero no le dio importancia. Pensó que sería algún vecino o alguien que simplemente había llegado a visitar otra casa. En ese momento nada de lo que ocurría afuera lograba llamar su atención.

Continuó sentada en el suelo de su habitación, abrazando sus piernas mientras las lágrimas seguían cayendo en silencio.

Mientras tanto, la pastora bajó del carro con rapidez. Su preocupación aumentaba con cada paso que daba hacia la entrada de la casa. Tocó el portón varias veces y esperó unos segundos.

Nadie respondió.

—¿Aylin? —llamó con un tono de voz más firme, esperando escucharla desde adentro.

El silencio volvió a ser la única respuesta.

Aquello terminó de convencerla de que algo no estaba bien. Sacó una pequeña llave que los padres de Aylin le habían entregado tiempo atrás para cualquier emergencia y abrió el candado del portón.

Entró apresuradamente.

La casa estaba completamente en silencio.

—¿Aylin? ¿Dónde estás, mi niña?

Recorrió la sala, la cocina y el pasillo hasta llegar frente a la habitación. La puerta permanecía entreabierta.

Al asomarse, el corazón se le encogió.

La habitación estaba completamente desordenado. Había libros, fotografías, cajas y varios objetos tirados por todo el piso, como si una tormenta hubiera pasado por ahí.

Y, en medio de aquel desastre, estaba Aylin.

Sentada en el suelo.

Con la mirada perdida.

Abrazándose a sí misma mientras lloraba sin siquiera notar que ya no estaba sola.

La pastora caminó despacio hasta ella y se arrodilló a su lado.

—Aylin... mírame.

Con mucho esfuerzo, Aylin levantó la cabeza.

Sus ojos estaban completamente hinchados y su rostro reflejaba el desgaste de haber llorado durante largo tiempo.

La pastora sintió un profundo dolor al verla en ese estado.

—¿Qué pasó, mi niña? ¿Qué fue lo que ocurrió?

Aylin intentó responder, pero las palabras se mezclaban con el llanto.

—No entiendo... por qué la vida tiene que ser tan injusta conmigo...

La pastora no intentó responder de inmediato. Sabía que ese no era el momento para buscar explicaciones.

Con delicadeza le acarició el cabello y esperó unos segundos antes de hablar nuevamente.

—Ven... ayúdame a levantarte.

Con paciencia, la sostuvo de los brazos hasta ponerla de pie y la acompañó a sentarse sobre la cama. Después comenzó a recoger una por una las cosas que estaban esparcidas por toda la habitación. Libros, fotografías, cajas y algunos objetos que habían terminado en el suelo después del arrebato de Aylin. Lo hacía despacio, sin apresurar nada, dándole el espacio que necesitaba para respirar y recuperar un poco la calma.

Cuando terminó de ordenar el cuarto, volvió a sentarse a su lado.

—¿Sabes qué vamos a hacer?

Aylin negó lentamente con la cabeza, sin levantar la mirada.

—Vamos a salir un rato. Quiero invitarte a tomar un batido mientras hablamos con calma. A veces cambiar de ambiente ayuda más de lo que uno cree.

—No quiero salir... no quiero ver a nadie.

—No vamos a ir donde haya mucha gente. Solo vamos tú y yo.

La pastora se levantó, abrió el clóset y tomó uno de sus suéteres. Con cuidado se lo colocó sobre los hombros y acomodó el cuello para cubrirla un poco más.

—Hace un poco de frío afuera.

Aylin apenas reaccionó.

—No quiero nada...

La pastora volvió a sentarse frente a ella. Con mucha delicadeza tomó su rostro entre sus manos y esperó hasta que Aylin levantara la mirada.

—Escúchame. Hay dolores que, cuando uno los guarda demasiado tiempo, terminan pesando más que el mismo momento que los causó. Y yo no quiero que cargues con esto tú sola. Ven conmigo. No puedo prometerte que hoy todo vaya a resolverse, pero sí puedo prometerte que no voy a soltarte la mano mientras encuentras la manera de seguir adelante.

Aylin sintió que un nuevo nudo se formaba en su garganta.

Miró durante unos segundos los ojos de la pastora. En ellos no había juicio, ni prisa por obtener respuestas. Solo preocupación y el deseo sincero de acompañarla.

Después de permanecer unos instantes en silencio, cerró los ojos, respiró profundamente y dejó escapar un largo suspiro.

Sin decir una sola palabra, terminó aceptando.

Se levantó despacio de la cama, acomodó el suéter sobre sus hombros y, con el corazón todavía hecho pedazos, salió de la habitación junto a la pastora.

Caminó despacio hasta el carro y se acomodó en el asiento del copiloto. Apenas cerró la puerta, se puso el cinturón de seguridad y volvió a perder la mirada por la ventana.

Durante el camino ninguna de las dos habló.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza, golpeando el parabrisas mientras los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro. El cielo gris parecía acompañar el estado de ánimo de Aylin, como si incluso el clima entendiera que aquel había sido uno de los días más difíciles de su vida.

Después de varios minutos llegaron a una pequeña heladería.

La pastora estacionó el carro y ambas caminaron rápidamente bajo la lluvia hasta entrar al local. El lugar era tranquilo; apenas había unas cuantas personas y el ambiente cálido contrastaba con el frío que habían dejado afuera.

Aylin dio unos pasos hacia una mesa, pero de pronto sintió un pequeño dolor en el vientre.

Instintivamente llevó una mano hasta su vientre.

—¿Estás bien?

Aylin respiró despacio antes de responder.

—Sí... solo me dio un pequeño dolor en el vientre. Ya se me pasó.

La pastora la observó con preocupación.

—¿Estás segura?

Aylin asintió con una sonrisa cansada.

—Sí... de verdad. Todo está bien.

Solo entonces la pastora pareció quedarse un poco más tranquila.

Las dos tomaron asiento junto a una ventana desde donde podían ver la lluvia caer sobre la calle.

Durante unos instantes permanecieron en silencio.

La pastora decidió no apresurar la conversación. Esperó hasta que Aylin pareciera un poco más calmada antes de hablar.

—Ahora sí... cuéntame. ¿Qué fue lo que pasó? Sabes que puedes confiar en mí.

Aylin bajó lentamente la mirada hacia sus manos. Sus dedos se entrelazaban y se separaban una y otra vez, como si buscaran una manera de liberar la ansiedad que llevaba por dentro. Intentó hablar varias veces, pero las palabras parecían quedarse atrapadas en su garganta. Respiró profundamente en repetidas ocasiones, tratando de ordenar todo aquello que estaba sintiendo antes de comenzar.

Después de reunir el valor suficiente, empezó a contarle todo lo que había ocurrido. Le habló de la conversación que había tenido con Samuel, de la confesión que él había guardado durante tanto tiempo y del motivo por el que había decidido ocultarle aquella parte de su vida. Mientras hablaba, su voz se quebraba por momentos, obligándola a detenerse para recuperar el aliento antes de continuar.

Conforme avanzaba en el relato, le confesó que Samuel era primo de Ángel y que el padre de Samuel había sido el hombre responsable de quitarle la vida. Decir aquellas palabras en voz alta hizo que el dolor volviera a golpearla con la misma intensidad que cuando escuchó la confesión por primera vez. Sentía que toda la tranquilidad que había construido junto a Samuel se había desmoronado en cuestión de minutos y que ya no sabía qué hacer con todo lo que llevaba dentro.

Cuando terminó de contar lo sucedido, el silencio volvió a ocupar el lugar de las palabras. Aylin permaneció con la mirada perdida sobre la mesa, incapaz de contener las lágrimas que comenzaron a deslizarse nuevamente por sus mejillas. Ya no tenía fuerzas para seguir ocultando el peso que aquella verdad había dejado sobre su corazón.

—Siento que saber eso me está lastimando... —susurró con la voz quebrada—. Siento que estoy haciendo mal al estar con el hijo de la persona que le quitó la vida a Ángel de una forma tan horrible.

La pastora permaneció unos segundos sin responder.

Después extendió lentamente su mano sobre la mesa y tomó la de Aylin con delicadeza.

—Quiero que entiendas algo muy importante. Samuel no tiene la culpa de los errores que cometió su padre.

Aylin volvió a bajar la mirada.

La pastora continuó hablando con la misma serenidad.

—Tú conoces al Samuel que ha estado contigo todos estos meses. Conoces al muchacho que ha secado tus lágrimas, que ha cuidado de ti cuando más lo necesitabas, que ha estado a tu lado incluso cuando él mismo estaba pasando por momentos difíciles. Ese es el hombre del que te enamoraste.

Hizo una breve pausa.

—No puedes hacerlo responsable de un pecado que nunca cometió.

La pastora apretó suavemente su mano.

—Hay personas que cargan heridas provocadas por decisiones que jamás tomaron. Y, por lo que me acabas de contar, Samuel también ha vivido bajo el peso de esa historia. Él también perdió a alguien, también ha sufrido y también ha tenido que cargar con las consecuencias de algo que nunca hizo.

Aylin respiró con dificultad.

—Pero cada vez que lo veo... recuerdo todo —susurró mientras una nueva lágrima caía por su mejilla—. Recuerdo a Ángel... recuerdo cómo murió... y siento que, si sigo amando a Samuel, estoy traicionándolo.

La pastora negó lentamente con la cabeza.

—Amar nuevamente nunca será una traición hacia alguien que ya no está.

Esperó unos segundos antes de continuar.

—Por lo que me acabas de contar, Ángel te amó profundamente. Tanto, que antes de morir buscó la manera de asegurarse de que alguien pudiera cuidarte cuando él ya no estuviera.

Aquellas palabras hicieron que Aylin levantara lentamente la mirada.

Nunca había visto esa situación desde esa perspectiva.

—¿Y si me equivoco? —preguntó casi en un susurro.

La pastora le sonrió con ternura.

—Entonces aprenderás. Todos nos equivocamos alguna vez. Pero no cierres tu corazón únicamente por miedo. Porque si Samuel hubiera sido una mala persona,

jamás habría encontrado el valor para contarte la verdad sabiendo que existía la posibilidad de perderte para siempre.

Aylin guardó silencio.

Mientras observaba la lluvia resbalar por el vidrio de la ventana, comprendió que aquella conversación no había borrado el dolor que llevaba dentro.

—A veces Dios pone personas en nuestra vida para sanar heridas… no para abrirlas más.

Aylin bajó la mirada hacia sus manos. Sus dedos seguían entrelazándose con nerviosismo, incapaces de quedarse quietos.

—No sé qué hacer… —admitió casi en un susurro.

La pastora le dedicó una sonrisa llena de comprensión.

—Entonces no tomes una decisión hoy. No cuando todavía estás dejando que el dolor hable por ti. Date la oportunidad de respirar y, cuando estés más tranquila, habla con Samuel. Escúchalo con el corazón en calma. Cuando una persona ama de verdad, también merece ser escuchada.

Aylin suspiró lentamente.

—Tengo miedo… —confesó mientras sus ojos volvían a humedecerse—. Tengo miedo de volver a sufrir.

—Y es completamente normal. Después de todo lo que has vivido, tu corazón solo está intentando protegerse. Pero hay una diferencia entre protegerte y cerrar la puerta para que nadie vuelva a entrar.

—Cuando Samuel me dijo toda la verdad… sentí que el mundo se me venía encima otra vez. Fue como regresar a aquel día… como si todo el dolor que había intentado superar volviera de golpe.

—Porque, sin darte cuenta, reviviste la historia de Ángel. Pero una cosa es el pasado… y otra muy distinta es Samuel.

—Se veía tan nervioso… —murmuró.

—Porque te ama. Y cuando alguien ama de verdad, decir una verdad que puede destruirlo todo también requiere mucho valor.

—Tal vez… debería hablar con él otra vez.

La pastora sonrió con suavidad, pero negó despacio con la cabeza.

—No para tomar una decisión hoy —aclaró con tranquilidad—. Solo para escucharlo. Para que los dos puedan decir lo que realmente sienten, sin que el dolor sea el que hable por ustedes.

Después de una larga conversación, la lluvia comenzó a disminuir poco a poco. Las gotas ya no golpeaban con la misma fuerza los ventanales de la heladería y el ambiente se había vuelto mucho más tranquilo que cuando llegaron.

La pastora miró por la ventana y luego volvió la vista hacia Aylin.

—Creo que ya podemos irnos.

Aylin asintió en silencio.

Durante el camino de regreso ninguna de las dos habló demasiado. No era un silencio incómodo; era uno de esos silencios que aparecen cuando las palabras ya hicieron su trabajo y ahora es el corazón el que necesita tiempo para asimilarlas.

Aylin permanecía mirando por la ventana. Observaba cómo las gotas resbalaban por el vidrio mientras las luces de las calles se deformaban con la lluvia.

Al llegar a la casa, sus padres ya habían regresado.

Apenas vieron el carro de la pastora estacionarse frente a la entrada, salieron a recibirlas. La preocupación que habían sentido durante toda la tarde desapareció un poco al ver que Aylin no había estado sola.

—Muchas gracias por traerla —dijo su madre con una sonrisa agradecida.

—No tienen nada que agradecer. Cualquier cosa que necesiten, no duden en llamarme —respondió la pastora antes de despedirse.

Aylin apenas sonrió.

Entró a la casa sin decir mucho y caminó directamente hacia su habitación.

Cerró la puerta con suavidad detrás de ella.

El cuarto seguía igual que cuando había salido unas horas antes, aunque ahora todo parecía distinto. Se acercó lentamente a la cama y se dejó caer sobre ella, mirando fijamente el techo.

Lentamente tomó el celular que había dejado sobre la mesa de noche y lo sostuvo entre sus manos durante varios minutos, sin atreverse siquiera a encender la pantalla.

Sabía que escribirle a Samuel significaba abrir nuevamente una herida que todavía seguía reciente, pero también entendía que no podía quedarse para siempre con aquella mezcla de dolor, dudas y preguntas sin responder.

Una parte de ella tenía miedo de lo que pudiera pasar después de esa conversación. Miedo de escuchar algo que volviera a lastimarla, miedo de confirmar que las cosas ya no podían arreglarse y miedo de aceptar que, a pesar de todo, todavía le importaba demasiado.

Permaneció unos instantes mirando el celular en silencio, hasta que finalmente respiró profundamente y decidió hacerlo.

Desbloqueó la pantalla y buscó el chat de Samuel.

Sus dedos quedaron quietos sobre el teclado mientras pensaba en las palabras correctas. No quería escribir desde la rabia ni desde la tristeza, sino desde la calma que poco a poco estaba intentando recuperar.

—Hola… espero que ya estés un poco mejor.

Se quedó observando ese primer mensaje antes de continuar.

Volvió a respirar profundamente y siguió escribiendo.

—Antes que todo… quiero pedirte perdón por la forma en que te saqué de la casa. En ese momento sentí que el mundo se me venía encima y reaccioné desde el dolor. No pensé con claridad y terminé dejándome llevar por todo lo que estaba sintiendo.

Todavía sentía un nudo en el pecho, pero esta vez no quería dejarse llevar por el dolor. Quería que Samuel entendiera que, aunque seguía lastimada, también estaba intentando comprender todo lo que había ocurrido.

Sus dedos se movieron lentamente sobre la pantalla.

—Prefiero que hablemos mañana, o cualquier otro día, pero con calma… quiero que podamos hablar de todo esto y resolverlo juntos.

Al presionar enviar, dejó el celular sobre la mesa de noche y soltó un suspiro profundo.

Se acostó lentamente en la cama y se quedó mirando el techo mientras sus pensamientos seguían dando vueltas. Todavía había muchas preguntas sin respuesta, muchas cosas que necesitaba hablar con Samuel y muchos sentimientos que todavía no sabía cómo acomodar.

Pero al menos sabía algo.

No quería terminar una historia importante sin antes escucharla completa.

Pasaron varios minutos hasta que el cansancio comenzó a vencerla. Aylin cerró los ojos intentando descansar, aunque una parte de ella seguía esperando la respuesta de Samuel.

Cuando ya estaba acomodada entre las cobijas, su celular volvió a sonar.

Era un mensaje de Samuel.

—Hola... no te preocupes. Creo que más bien yo soy quien tiene que pedirte perdón. Pero está bien, mañana hablamos con calma.

Sin darse cuenta, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

No porque todo estuviera solucionado.

Sino porque, después de un día tan difícil, por primera vez sintió que todavía existía una posibilidad de arreglar las cosas.

Dejó el celular a un lado y cerró los ojos nuevamente.

Y esa noche, aunque las dudas seguían presentes, logró quedarse dormida con un poco más de tranquilidad.

A la mañana siguiente, Aylin decidió continuar con su rutina como de costumbre. Se levantó temprano, se preparó para ir al colegio y salió de casa intentando mantener la mente ocupada. Aunque la conversación pendiente con Samuel seguía rondando en sus pensamientos, hizo todo lo posible por concentrarse en las clases.

Las horas transcurrieron lentamente hasta que finalmente sonó el timbre que anunciaba la salida.

Aylin guardó sus cuadernos dentro del bolso y comenzó a caminar hacia la salida del colegio.

Apenas puso un pie fuera de su colegio, su mirada se desvió por instinto hacia el otro lado de la calle.

Allí estaba el carro de Samuel.

Permanecía apoyado contra la puerta del conductor, miraba con atención la salida del colegio, como si llevara varios minutos esperando únicamente verla aparecer entre la multitud de estudiantes.

Durante un instante, Aylin se quedó completamente quieta.

No esperaba encontrarlo allí.

Sintió cómo el corazón comenzaba a latir con más fuerza mientras sus pensamientos se mezclaban unos con otros. Recordó la conversación del día anterior, las palabras de la pastora, el mensaje que habían intercambiado aquella noche y todo lo que todavía seguía sin resolverse entre los dos.

Fue entonces cuando Samuel levantó la mirada.

Al reconocerla, se incorporó lentamente y le dedicó una sonrisa discreta, una sonrisa que intentaba transmitir tranquilidad, aunque sus ojos dejaban ver el nerviosismo que llevaba por dentro.

Sabía que ese momento iba a llegar tarde o temprano.

Acomodó el bolso sobre su hombro y comenzó a caminar hacia él con paso lento. A medida que reducía la distancia que los separaba, sentía que el corazón golpeaba con más fuerza contra su pecho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Aylin, sorprendida al encontrarlo esperándola.

Samuel sonrió con timidez antes de responder.

—Nada... solo pensé que tu pancita ya está creciendo y no quería que caminaras hasta la casa. Ven, súbete.

Aylin no pudo evitar dejar escapar una pequeña risa. Negó suavemente con la cabeza, como si quisiera reprocharle el detalle, pero en el fondo le enternecía que siguiera preocupándose por ella.

—Eres un exagerado.

—Puede ser... pero igual súbete.

Ella abrió la puerta del copiloto y se acomodó en el asiento. Samuel esperó a que se colocara el cinturón antes de arrancar.

Durante los primeros minutos ninguno de los dos habló. El ambiente seguía siendo un poco tenso, aunque ya no existía la misma distancia que el día anterior.

En el camino, Samuel se detuvo frente a una pequeña tienda.

—Espérame un momento.

Aylin lo observó salir del carro sin entender qué estaba haciendo. Un par de minutos después regresó con dos helados.

Le extendió uno.

—Toma.

Aylin lo recibió con una pequeña sonrisa.

—Gracias... no era necesario.

—Lo sé... pero igual quería hacerlo.

Continuaron el camino mientras el silencio volvía a instalarse entre los dos. Aylin miraba por la ventana, disfrutando del paisaje, hasta que comenzó a notar que ya habían pasado el camino que llevaba a su casa.

—¿A dónde me llevas?

Samuel desvió la mirada por un instante hacia ella antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Querías que habláramos, ¿cierto?

—Sí...

—Entonces quiero llevarte a un lugar donde podamos hacerlo con tranquilidad. No quería que esta conversación fuera en cualquier parte.

Aylin no insistió.

Prefirió dejar que el silencio acompañara el resto del camino. Apoyó la cabeza contra la ventana mientras observaba cómo los paisajes iban cambiando poco a poco.

Aunque seguía teniendo muchas preguntas, ya no sentía la necesidad de hacerlas de inmediato. Sabía que Samuel la estaba llevando allí por una razón y decidió confiar en él una vez más.

Después de casi media hora de camino, Samuel disminuyó la velocidad hasta detener el carro frente a un mirador.

Aylin apenas levantó la vista, quedó completamente inmóvil.

Desde aquel lugar parecía diminuta. Las montañas abrazaban el horizonte mientras un manto de nubes descendía lentamente sobre ellas. A lo lejos comenzaban a encenderse las primeras luces de las casas y de las calles, formando pequeños destellos que contrastaban con el cielo gris de la tarde. Una brisa fresca recorría el lugar, moviendo suavemente los árboles y el cabello de Aylin, mientras el silencio era interrumpido únicamente por el viento.

Era uno de esos lugares donde el tiempo parecía detenerse.

Uno de esos rincones capaces de hacer que, por unos instantes, todos los problemas se sintieran un poco más pequeños.

—¿Qué es este lugar? —preguntó sin apartar la mirada del paisaje.

Samuel apagó el motor, salió del carro y caminó hasta apoyarse sobre la baranda del mirador.

—Este es mi lugar de paz... mi lugar de confort.

Aylin permaneció en silencio mientras escuchaba a Samuel.

Él mantenía la mirada perdida en el paisaje, como si cada rincón de aquel lugar guardara un recuerdo diferente.

—Aquí vine muchas veces cuando sentía que ya no podía más —dijo con una pequeña sonrisa cargada de nostalgia—. Me ayudó a superar muchas cosas de mi vida. Cuando sentía que todo se me venía encima, simplemente venía, me sentaba aquí y dejaba que el tiempo pasara.

Aylin desvió lentamente la mirada hacia el horizonte. Permaneció unos instantes contemplando el paisaje, dejando que el silencio entre los dos hablara por sí solo.

Por primera vez desde que Samuel le había confesado toda la verdad, sintió que él no solo la había llevado hasta aquel mirador para conversar. Sin darse cuenta, también le estaba permitiendo entrar en una parte de su vida que casi nadie conocía. Aquel lugar guardaba sus momentos más difíciles, sus recuerdos y las batallas que había librado en silencio. Era una parte vulnerable de él, una que siempre había procurado mantener oculta.

Respiró profundamente antes de hablar.

Esta vez no hubo lágrimas que interrumpieran sus palabras ni el dolor que, hasta el día anterior, le impedía expresarse con claridad. Poco a poco comenzó a contarle todo lo que había vivido después de que salió de su casa. Le habló de la llamada de la pastora, de cómo había llegado a buscarla al verla tan mal y de la larga conversación que compartieron mientras tomaban un batido.

Con tranquilidad le confesó todo lo que había sentido al descubrir la verdad, la confusión que había invadido su corazón y el conflicto que había experimentado entre el amor que todavía guardaba por Ángel y lo que sentía por él. También le habló de las palabras que la pastora le había dicho y de cómo, poco a poco, había comprendido que él nunca tuvo la culpa de las decisiones de su padre.

Samuel permaneció completamente callado.

No intentó interrumpirla ni buscar una respuesta inmediata. Simplemente la escuchó, dejando que cada una de sus palabras encontrara un lugar dentro de él.

Sentía que, poco a poco, el enorme peso que había cargado desde el día en que decidió ocultarle la verdad comenzaba a hacerse un poco más liviano.

Con delicadeza la envolvió entre sus brazos y la abrazó con fuerza, como si aquel abrazo pudiera expresar todas las disculpas que durante tanto tiempo había sido incapaz de poner en palabras.

Aylin cerró los ojos y correspondió el abrazo sin dudarlo.

Permanecieron así durante varios segundos, dejando que el silencio terminara de decir todo aquello que ninguno de los dos encontraba la forma de explicar.

Mientras descansaba la cabeza sobre su hombro, Aylin pudo sentir cómo Samuel respiraba profundamente, intentando contener todas las emociones que llevaba guardadas desde hacía tanto tiempo.

Había una pregunta que seguía rondando su cabeza desde que Samuel le confesó toda la verdad.

Respiró profundamente antes de atreverse a hacerla.

—Solo quiero preguntarte una cosa... necesito sacarme esta duda de una vez.

Samuel volvió la mirada hacia ella y asintió con tranquilidad.

—Pregúntame lo que quieras. Te prometí que ya no iba a ocultarte nada.

Aylin bajó la mirada por un instante.

—El día que todo pasó... yo también terminé destrozada. Solo quiero entender una cosa... ¿por qué tu padre hizo lo que hizo?

Samuel guardó silencio durante unos segundos. Apoyó los brazos sobre la baranda del mirador y dejó escapar un largo suspiro.

—Por lo que yo sé... todo empezó por dinero. Mi papá estaba desesperado porque Ángel no le había pagado un dinero que le debía. Nunca entendí exactamente de qué se trataba, pero sí escuché que ese dinero era muy importante para él... decía que estaba poniendo en riesgo su propia vida.

Aylin permaneció callada, procesando cada una de sus palabras.

—¿Y qué pasó con él después de todo eso?

Samuel tardó unos segundos en responder.

—Los primeros días desapareció por completo. Nadie sabía dónde estaba. Después, una noche llegó a la casa de mi mamá... estaba nervioso, agitado... como si hubiera pasado días huyendo.

Tragó saliva antes de continuar.

—Fue esa noche cuando nos contó que había pasado algo muy grave... pero nunca nos dijo toda la verdad. Al principio pensé que lo correcto era protegerlo porque era mi padre.

Su voz comenzó a quebrarse.

—Pero con el paso de los días entendí que no podía seguir guardando silencio. Así que reuní el valor y fui a declarar todo lo que sabía a la delegación. Desde ese día... no volvimos a saber absolutamente nada de él.

El viento volvió a llenar el silencio entre los dos.

Aylin permaneció inmóvil durante unos segundos.

—Sinceramente... no sé qué pensar. Pero el daño ya está hecho.

—Sí... —respondió con tristeza—. Y hay días en los que todavía siento que todo esto también es culpa mía, aunque sé que no hice nada.

Aylin dio un paso hacia él y tomó su mano con suavidad.

—Oye... mírame. Un padre puede irse, puede equivocarse o incluso desaparecer... pero eso no significa que te hayas quedado sin familia.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Aylin.

—Tienes a tu mamá, tienes a toda tu familia... y también me tienes a mí. Nunca dudes de eso, porque sabes que siempre voy a estar contigo cuando me necesites.

Samuel inclinó ligeramente la cabeza y depositó un beso sobre la frente de Aylin.

Ella cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, aferrándose a ese instante como si el mundo, por unos segundos, hubiera dejado de pesar.

Permanecieron abrazados sin decir una sola palabra.

Habían llorado, habían confesado sus miedos y, por primera vez ninguno sentía la necesidad de esconder lo que llevaba en el corazón.

El viento siguió recorriendo el mirador mientras el sol comenzaba a ocultarse detrás de las montañas.

Frente a ellos seguía existiendo un camino lleno de incertidumbres, decisiones difíciles y heridas que todavía necesitarían tiempo para cicatrizar.

Pero, aun así, ambos eligieron quedarse.

No porque el pasado hubiera dejado de existir, sino porque entendieron que no podían permitir que este decidiera el resto de sus vidas.

Y mientras el cielo cambiaba lentamente de color, Aylin comprendió que, a veces, la mayor muestra de amor no era prometer que todo sería perfecto, sino encontrar a alguien dispuesto a caminar a tu lado incluso cuando el camino parecía más difícil.

16

Dos noches, un recuerdo

"Hay noches que no se quedan en el calendario, porque terminan viviendo para siempre en el corazón."

Después de tantas lágrimas, conversaciones difíciles y verdades que habían cambiado la manera en que ambos veían las cosas, decidieron dejar de mirar únicamente hacia atrás y empezar a construir algo nuevo.

No significaba que todo estuviera completamente sanado.

Todavía existían heridas que necesitaban tiempo. Había recuerdos que dolían y momentos en los que el pasado regresaba sin avisar. Pero ahora habían aprendido algo importante: no tenían que enfrentar todo por separado.

Cada día se conocían un poco más, aprendían a comunicarse mejor y a entender las inseguridades del otro. El amor entre ellos ya no era solo una emoción bonita; también era una decisión que tomaban incluso en los días difíciles.

Y poco a poco, entre pequeños detalles, risas inesperadas y momentos tranquilos, volvieron a encontrarse.

Una tarde, Aylin llegó más temprano de lo habitual a la iglesia. Necesitaba ayudar con algunos preparativos antes de que comenzaran las actividades de los jóvenes.

El lugar estaba tranquilo. Apenas se escuchaban algunos sonidos de personas acomodando cosas a lo lejos y el eco de sus pasos recorriendo los pasillos.

Mientras limpiaba unas sillas, Aylin se detuvo por unos segundos y observó el lugar en silencio. Sus ojos recorrieron cada rincón de aquella iglesia que, sin darse cuenta, se había convertido en una parte importante de su historia.

Ese lugar había sido testigo de algunos de los momentos más difíciles de su vida. Allí había llegado con el corazón roto, con miedo y sin saber cómo seguir adelante. También había sido el lugar donde encontró personas dispuestas a sostenerla cuando sentía que ya no tenía fuerzas para continuar.

Pero ahora, al mirar a su alrededor, la sensación era diferente. La iglesia ya no solo representaba dolor o recuerdos difíciles. También era un espacio donde había vuelto a sonreír, donde había encontrado apoyo y donde poco a poco estaba aprendiendo que después de las etapas más oscuras todavía podían existir nuevos comienzos.

Aylin sonrió levemente mientras acomodaba una última silla, agradecida por todo lo que había cambiado en su vida.

Fue entonces cuando una voz conocida detrás de ella rompió el silencio del lugar.

—Hola, muñeca, ¿cómo estás?

Aylin se giró y encontró a la pastora de jóvenes acercándose con una sonrisa.

Antes de que pudiera responder, la pastora abrió los brazos y la abrazó con cariño.

—Hola... bien, gracias a Dios —respondió Aylin con una pequeña sonrisa.

La pastora la observó durante unos segundos, como si pudiera notar todo lo que había cambiado en ella desde la última vez que habían hablado.

—Me alegra verte así —dijo con ternura—. Hace un tiempo no eras la misma persona que tengo enfrente ahora.

Aylin bajó la mirada con una sonrisa tímida.

Sabía que todavía tenía mucho por sanar, pero también sabía que ya no estaba en el mismo lugar donde había comenzado.

—Más bien... te necesito para algo —dijo la pastora con una expresión misteriosa.

Aylin levantó una ceja, un poco confundida.

—¿Para algo? ¿Qué pasó?

—Necesito conseguir dos vestidos.

Aylin la miró en silencio durante unos segundos, tratando de entender qué estaba pasando.

—¿Dos vestidos? —repitió confundida—. ¿Y para qué?

La pastora simplemente sonrió, evitando responder directamente.

—Mira, tus papás después te van a contar todo, pero te tienen una sorpresa preparada. Yo solamente me voy a encargar de una parte importante.

Aylin abrió un poco los ojos, sorprendida.

—¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa?

—Eso no te lo puedo decir todavía —respondió la pastora entre risas—. Si te cuento, deja de ser sorpresa.

Aylin cruzó los brazos mientras la miraba con desconfianza.

—Si no me dices qué está pasando, no voy a ir a ningún lado.

La pastora soltó una pequeña carcajada al verla tan seria.

—Ay, Aylin... sigues siendo igual de curiosa. Pero tranquila, te prometo que te va a gustar.

Aylin bajó un poco la mirada, todavía dudosa.

—Es que después de todo lo que ha pasado... me da miedo emocionarme y que algo salga mal.

La expresión de la pastora cambió al escucharla. Se acercó un poco más y tomó suavemente su mano.

—Mi niña, precisamente por eso queremos hacer esto. Porque has pasado por mucho y mereces volver a tener momentos bonitos. No tienes que sentir culpa por disfrutar algo bueno.

Aquellas palabras hicieron que Aylin sonriera levemente.

—Está bien... voy a confiar en ustedes.

—Esa es la actitud —respondió la pastora sonriendo—. Ahora deja esas sillas y acompáñame.

La pastora tomó su mano con cariño y comenzó a guiarla por el pasillo de la iglesia hasta llegar al lugar donde estaba estacionado su carro.

—Dame un momento, voy a sacar el carro.

Aylin se quedó esperando mientras la pastora abría el portón y sacaba el carro.

Cuando volvió a verla, notó que la expresión de Aylin había cambiado. Ya no tenía la misma emoción de hace unos segundos; ahora parecía más pensativa, con la mirada perdida.

La pastora apagó el carro y se acercó un poco preocupada.

—¿Qué pasa? ¿En qué estás pensando?

—Mírame... —dijo finalmente en voz baja.

La pastora la miró confundida.

—¿Qué?

Aylin levantó la mirada hacia ella, como si necesitara asegurarse de que realmente estaba prestándole atención.

—No... mírame bien.

La pastora la observó con más cuidado, sin entender todavía qué quería mostrarle.

—¿Qué tengo que mirar? —preguntó con una pequeña sonrisa.

Aylin bajó lentamente la mirada hacia su vientre. Su expresión cambió un poco, dejando ver la inseguridad que había estado intentando ocultar.

—Mi panza... —murmuró—. Está pequeña, pero ya se nota.

Hizo una pequeña pausa mientras acariciaba suavemente su vientre.

—Siento que jamás vamos a encontrar un vestido que me quede bien así.

La pastora la observó durante unos segundos. En lugar de responder de inmediato, soltó una pequeña risa llena de ternura y caminó hasta ella.

Con cuidado, le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ay, Aylin... ¿Por qué hablas de ti como si hubiera algo malo en tu cuerpo?

Aylin bajó la mirada.

—No es eso... solo que siento que ya no voy a verme como antes.

La pastora sonrió con cariño.

—Y está bien que las cosas cambien. Tu cuerpo está pasando por algo hermoso. No tienes que sentir vergüenza por eso.

—Además —continuó la pastora mientras le sonreía—, deja de pensar que esto es un problema. Te ves hermosa así.

Aquellas palabras hicieron que una pequeña sonrisa apareciera en su rostro, aunque todavía podía notarse un poco de inseguridad en sus ojos.

—¿Y si nada me queda bien?

La pastora negó suavemente con la cabeza mientras abría la puerta del carro.

—Entonces buscamos hasta encontrar el vestido perfecto.

Aylin la miró con una pequeña sonrisa.

—¿Y si nos tardamos mucho?

La pastora soltó una risa.

—Pues nos tardamos todo lo que sea necesario. Hoy no vamos a buscar cualquier vestido, vamos a buscar uno en el que tú te sientas cómoda, bonita y segura.

Luego la señaló con una sonrisa.

—Porque créeme, Aylin... esa noche vas a verte como una princesa.

Aylin respiró profundamente. Por un momento dejó de pensar en sus miedos y permitió que esa emoción bonita reemplazara la inseguridad.

—Está bien... vamos a buscarlo.

—Esa es la actitud. Ahora sube, que tenemos una misión importante.

La pastora encendió el carro y salió lentamente del estacionamiento. Durante los primeros minutos decidió no apresurar la conversación, dejando que Aylin se acomodara y disfrutara del momento.

Sin embargo, notó que Aylin seguía un poco pensativa, así que decidió cambiar el tema y llevarla a una conversación más tranquila.

—Y dime… ¿cómo va tu embarazo? —preguntó con una sonrisa mientras miraba de vez en cuando hacia ella—. ¿Ya tienen pensado algún nombre?

Aylin bajó la mirada hacia su vientre y acarició suavemente la tela de su ropa, como si ese pequeño gesto le ayudara a ordenar sus pensamientos.

Una sonrisa apareció lentamente en su rostro.

—Sí… además, ya tengo un nombre pensado.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Se va a llamar Aylin Valeria.

La pastora abrió los ojos con una expresión de sorpresa.

—Qué bonito… ¿y Valeria tiene algún significado especial?

Aylin respiró profundamente antes de responder.

—Sí, siempre me ha parecido un nombre hermoso y se le relaciona con personas seguras de sí mismas.

—Me encanta. Creo que es un nombre lleno de amor y de recuerdos bonitos.

Minutos después, la pastora estacionó frente a la primera tienda.

Aylin permaneció unos segundos dentro del carro, observando distraídamente el movimiento de la calle, hasta que algo detrás del vidrio de exhibición llamó por completo su atención.

Era un vestido que brillaba bajo las luces del escaparate. Sus pequeños detalles reflejaban la luz de una manera delicada, como si estuviera esperando precisamente por alguien que lo mirara con ilusión.

La pastora notó la expresión de Aylin y sonrió.

—Creo que empezaremos por aquí.

Aylin no necesitó escuchar más. Bajó del carro con una pequeña emoción que intentaba disimular y entró a la tienda junto a ella.

Al acercarse, una de las trabajadoras las recibió amablemente y les preguntó en qué podía ayudarlas. Aylin explicó que estaba buscando un vestido especial, pero también confesó la inseguridad que tenía por su embarazo.

Aunque su vientre todavía era pequeño, para ella representaba un cambio que aún estaba aprendiendo a aceptar.

La mujer la escuchó con una sonrisa comprensiva.

Le explicó que no tenía por qué preocuparse, que podían buscar una talla adecuada y un diseño que se adaptara a su cuerpo, no solo para ese momento, sino también para que pudiera sentirse cómoda después del nacimiento de la bebé.

Aquellas palabras hicieron que Aylin se relajara un poco.

La trabajadora sacó cuidadosamente el vestido que había llamado su atención y lo colocó frente a ella para que pudiera verlo mejor.

Aylin lo observó en silencio durante unos segundos.

Era un vestido color verde agua, elegante y delicado. La tela caía suavemente hasta el piso y pequeños destellos recorrían la superficie, haciendo que brillara cada vez que la luz lo tocaba.

—Si quieres, puedes probártelo. Los vestidores están al fondo.

Aylin con una mezcla de emoción y nervios. Entró al probador sosteniendo la prenda con delicadeza, como si temiera arrugarla.

Frente al espejo, respiró hondo antes de comenzar a cambiarse.

Durante unos segundos permaneció en silencio mientras acomodaba la tela sobre su cuerpo.

El vestido parecía hecho para ella.

Caía con elegancia hasta el suelo y se ajustaba con suavidad, respetando la pequeña curva de su vientre sin hacerla sentir incómoda. Al contrario, lograba que se viera delicada y hermosa.

La pastora levantó la vista y, al verla, se quedó completamente en silencio durante unos segundos.

—Aylin te ves preciosa.

Aylin bajó la mirada con una sonrisa tímida.

—¿De verdad?

La pastora caminó hasta ella y observó el vestido con atención, acomodando suavemente uno de los pliegues de la falda.

—Claro que sí. Parece que lo hubieran hecho especialmente para ti.

La trabajadora sonrió al notar sus expresiones.

—Creo que ya encontramos el indicado.

Aylin y la pastora intercambiaron una mirada cómplice antes de reír suavemente.

—Sí... definitivamente es este —respondió la pastora.

La trabajadora lo dobló cuidadosamente, lo colocó dentro de una funda protectora y luego en una elegante bolsa de la tienda.

Aylin continuó recorriendo la tienda con más tranquilidad. Ahora miraba los detalles, las telas y los colores con una curiosidad diferente.

Fue entonces cuando otro vestido llamó su atención.

Más sencillo, delicado y elegante. Su color blanco resaltaba por la pureza del diseño, con pequeños detalles que le daban un toque especial. A un lado, una pequeña corona brillante hacía que todo el conjunto pareciera aún más mágico.

Después de decidirse por los dos vestidos, la trabajadora los dobló cuidadosamente y los guardó por separado en elegantes fundas protectoras antes de colocarlos dentro de sus respectivas bolsas.

Mientras la pastora realizaba el pago, Aylin permanecía de pie observándolos con una pequeña sonrisa.

Todavía le costaba creer que aquellos vestidos serían para ella.

Uno era el elegante vestido verde agua que la había hecho sentirse como una princesa desde el momento en que se lo probó. El otro, mucho más sencillo y completamente blanco, había conquistado su corazón por la delicadeza de su diseño.

Las horas transcurrieron entre otras tiendas, pequeñas compras, conversaciones tranquilas y algunas risas que hicieron que el tiempo pasara casi sin que ninguna de las dos lo notara.

Cuando finalmente regresaron al estacionamiento, ambas subieron al carro con las bolsas acomodadas cuidadosamente en el asiento trasero.

La pastora encendió el vehículo y sonrió de reojo.

—¿Viste? Al final no fue tan difícil encontrar lo que buscábamos.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Supongo que no...

Sin embargo, aquella tranquilidad duró muy poco.

Apenas terminó de acomodarse en el asiento, una punzada atravesó su vientre.

Su sonrisa desapareció de inmediato.

Instintivamente llevó una mano al abdomen y cerró los ojos mientras intentaba controlar el dolor. Respiró profundamente, esperando que aquella molestia desapareciera tan rápido como había llegado.

La pastora, que se disponía a arrancar el carro, notó el gesto en el rostro de Aylin y la observó con evidente preocupación.

Aylin volvió a respirar hondo hasta sentir que el dolor disminuía poco a poco.

—Ya pasó... —murmuró, intentando restarle importancia.

Aunque quiso mostrarse tranquila, la pastora no quedó del todo convencida. La conocía lo suficiente para notar que algo no estaba bien. Incluso llegó a pensar en llevarla directamente al hospital o llamar a Samuel, pero Aylin insistió en que probablemente solo era consecuencia del cansancio de toda la tarde y prefirió regresar a casa.

Después de dudar unos instantes, la pastora aceptó, aunque no dejó de observarla de vez en cuando durante el camino.

El resto del viaje transcurrió casi en completo silencio.

Aylin permanecía mirando por la ventana, dejando que el paisaje pasara frente a sus ojos mientras acariciaba distraídamente su vientre. La molestia había disminuido, pero aquella extraña sensación seguía presente, como un pequeño recordatorio que intentaba ignorar.

Al llegar a la iglesia, ambas bajaron del carro.

La pastora tomó cuidadosamente las bolsas donde iban los vestidos y le aseguró a Aylin que los guardaría en un lugar seguro hasta el día de la celebración, para que no se arrugaran ni sufrieran ningún daño.

Aylin le agradeció con un abrazo sincero antes de despedirse y regresar a casa.

Cuando Aylin llegó a su casa, todo estaba tranquilo.

Saludó a sus padres, caminó hasta su habitación y cerró la puerta detrás de ella. El cansancio de la tarde comenzó a sentirse con más fuerza apenas se quedó sola. Se quitó los zapatos, dejó sus cosas sobre una silla y se dejó caer sobre la cama con un suspiro largo.

Por un momento cerró los ojos, disfrutando la comodidad del colchón después de tantas horas caminando entre tiendas.

Entonces escuchó la notificación de su celular.

Lo tomó sin demasiado interés, pero una sonrisa apareció de inmediato en su rostro cuando vio quién le había escrito.

—Hola, amor.

—Hola.

—¿Cómo estás? ¿Ya llegaste a la casa?

Aylin acomodó una almohada detrás de su espalda mientras escribía.

—Sí... llegué hace poquito. La verdad estoy muy cansada.

—Entonces mejor descansa. No quiero que te desveles otra vez.

Aylin sonrió con ternura.

Le gustaba que siempre estuviera pendiente de ella, incluso en los detalles más pequeños.

—Me encantaría... pero todavía tengo un proyecto del colegio que adelantar. Si no aprovecho hoy, después voy a andar corriendo.

La respuesta de Samuel llegó acompañada de una pequeña resignación.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Me conoces demasiado.

—Solo prométeme que no vas a exagerar. Trabaja un rato y después te acuestas, ¿sí? Tú y la bebé necesitan descansar.

—Está bien... te lo prometo.

—Eso quería leer.

Un momento después llegó otro mensaje.

—Y cualquier cosa que necesites, me escribes. No importa la hora.

—Gracias, amor.

La conversación continuó unos minutos más, hablando de cosas simples que lograron relajarla después de un día tan largo. Cuando finalmente se despidieron, Aylin dejó el celular a un lado y encendió la computadora para avanzar con el proyecto que tenía pendiente.

Trabajó durante varias horas entre diseños, correcciones y apuntes del colegio. El tiempo pasó más rápido de lo que imaginaba y, cuando miró el reloj, ya era bastante tarde.

El cansancio terminó venciendo cualquier intención de seguir trabajando.

Guardó todo, apagó la computadora y se acomodó bajo las cobijas.

Esa noche logró descansar un poco más tranquila.

Los días comenzaron a pasar con la misma tranquilidad a la que Aylin se había ido acostumbrando.

Cada mañana se levantaba temprano para ir al colegio, asistía a sus clases, entregaba trabajos y regresaba a casa con la mente ocupada entre proyectos, tareas y las responsabilidades de siempre. Por las noches hablaba un rato con Samuel antes de dormir, y aquellas conversaciones se habían convertido en el momento favorito de su día.

Cada vez faltaba menos para una fecha que, años atrás, habría esperado con muchísima ilusión.

Su cumpleaños número diecisiete.

No soñaba con una gran fiesta ni con una celebración llena de personas. Después de todo lo que había vivido durante los últimos meses, lo único que deseaba era compartir unas cuantas horas con quienes realmente ocupaban un lugar importante en su vida.

Aun así, ni siquiera había pensado en organizar algo. Cada vez que intentaba hacerlo, terminaba posponiéndolo porque siempre aparecía algún proyecto del colegio, alguna tarea pendiente o simplemente el cansancio terminaba ganándole.

Los días siguieron transcurriendo con rapidez.

Cuando quiso darse cuenta, ya solo faltaban dos días para cumplir diecisiete años.

Aquella tarde, después de llegar del colegio, dejó el bolso sobre su escritorio y se acomodó en la cama con la intención de descansar unos minutos antes de comenzar las tareas.

Todavía llevaba el uniforme puesto cuando su celular comenzó a vibrar una y otra vez.

—Hola, Aylin. Esperamos que estés bien.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Hola a todos.

—Necesitamos hablar contigo.

—¿Pasó algo?

Durante unos segundos nadie respondió. Esa breve espera fue suficiente para que empezara a imaginarse todo tipo de posibilidades.

—No, al contrario. No te preocupes.

—Me asustaron.

Varios reaccionaron con un emoji de risa antes de que llegara otro mensaje.

—¿Podemos vernos en la iglesia?

—Sí, claro.

Aylin salió de su casa sin imaginar lo que estaba por ocurrir.

Durante el camino intentó recordar si había pasado algo en los últimos días que justificara aquella reunión improvisada. Sin embargo, por más que lo pensaba, no encontraba ninguna razón para preocuparse. Si le habían dicho que no era nada malo, seguramente solo querían conversar sobre alguna actividad de la iglesia o planear algo entre todos.

Con esa idea en mente, continuó caminando hasta llegar.

Al entrar a la iglesia, lo primero que llamó su atención fue el ambiente.

Varios de sus amigos, junto con algunos jóvenes del ministerio, estaban reunidos en un mismo lugar. Todos permanecían sentados y, extrañamente, ninguno hablaba. La seriedad en sus rostros hizo que Aylin disminuyera el paso mientras los observaba con curiosidad.

—Hola... —saludó con una sonrisa un poco nerviosa.

Valentina levantó la vista y le devolvió una pequeña sonrisa.

—Hola. Ven, siéntate con nosotros.

Aylin obedeció sin decir nada. Tomó asiento y recorrió el grupo con la mirada una vez más.

—Está bien... ¿por qué están todos tan serios? ¿Pasó algo?

Todos comenzaron a mirarse entre sí hasta que, casi al mismo tiempo, las expresiones serias desaparecieron. Una tras otra, las sonrisas aparecieron en sus rostros, y algunos no pudieron contener una pequeña risa al ver lo confundida que estaba Aylin.

—¿Ahora qué pasa?

Valentina fue la primera en romper el silencio.

—Bueno... técnicamente ya no va a ser una sorpresa.

Aylin arqueó una ceja sin entender.

—¿De qué están hablando?

—Llevamos casi un mes organizando algo para ti —dijo otra de las muchachas con una sonrisa llena de ilusión— Queríamos mantenerlo en secreto hasta el último momento, pero nos dimos cuenta de que era imposible. Necesitamos que nos acompañes a escoger algunas cosas y arreglarte ese día, así que ya no podemos seguir escondiéndotelo.

Aylin los miró uno por uno, completamente desconcertada.

—¿Organizando qué?

Varias sonrisas se hicieron aún más grandes.

—Queremos hacerte una gran fiesta por tus diecisiete años —respondió una de sus amigas con entusiasmo— Queremos prepararla como si fuera una fiesta de quinceañera.

Aylin abrió los ojos con sorpresa.

Jamás imaginó que tantas personas dedicaran semanas enteras a organizar algo únicamente para verla feliz.

—Pues... sinceramente no era necesario... —dijo con una sonrisa tímida mientras bajaba la mirada—. Ustedes saben cómo soy. A mí nunca me han importado las cosas materiales, ni que algo sea caro o enorme. Para mí, con que estemos juntos un rato ya es más que suficiente.

Al terminar de hablar, levantó nuevamente la vista y encontró a todos sonriendo con aún más cariño.

Porque precisamente esa forma de pensar era una de las muchas razones por las que querían hacer todo aquello por ella.

Sabían que esa era precisamente la razón por la que habían querido organizar algo tan especial para ella. Nunca había sido una persona que buscara llamar la atención ni que deseara grandes lujos. Siempre encontraba felicidad en las cosas más sencillas, y quizás por eso todos sentían que, al menos una vez, era ella quien merecía ser sorprendida.

En ese momento se escuchó la puerta de la iglesia abrirse.

Los pastores de jóvenes, acompañados por el líder del ministerio, entraron al templo y, al ver que todos ya estaban reunidos, sonrieron de inmediato.

—Hola, Aylin —saludó la pastora mientras se acercaba para abrazarla—. Veo que ya te contaron todo.

Aylin soltó una pequeña risa mientras correspondía el abrazo.

—Sí... la verdad es que me dejaron sin palabras. Nunca imaginé algo así.

—Entonces ya sabes por qué hace unos días te llevé a comprar aquellos dos vestidos.

Aylin asintió todavía con una expresión de sorpresa.

—Ahora todo tiene sentido.

El líder dio un paso al frente antes de continuar.

—Todavía falta organizar algunos detalles, pero queremos que disfrutes ese día al máximo. Además de todos los que estamos aquí, de tu familia y de la familia de Samuel, también puedes invitar a otras personas que sean importantes para ti. El salón es bastante amplio, así que hay espacio de sobra.

—¿En serio?... pero... ¿cómo hicieron para pagar todo esto?

El líder fue quien respondió.

—No te preocupes por eso. Lo importante no es cuánto costó, sino lo mucho que queremos verte feliz. Todo lo demás ya está resuelto.

No estaba acostumbrada a recibir ese tipo de muestras de cariño. Saber que tantas personas habían dedicado su tiempo, su esfuerzo y hasta su dinero únicamente para regalarle un momento especial era algo que la conmovía profundamente.

La pastora, incapaz de ocultar su entusiasmo, volvió a tomar la palabra.

—Y eso no es todo. El martes voy a recogerte apenas salgas del colegio. Nos iremos con tiempo para peinarte, maquillarte y ayudarte a prepararte con calma antes de la fiesta.

Aylin no pudo evitar reír.

—¿También pensaron en eso?

—En absolutamente todo —respondió la pastora guiñándole un ojo—. Ese día solo tendrás una responsabilidad.

—¿Cuál?

—Disfrutarlo. Del resto nos encargamos nosotros.

La conversación continuó durante algunos minutos más entre risas, ideas y planes para el cumpleaños.

Fue entonces cuando la puerta de la iglesia volvió a abrirse.

Samuel entró con un par de bolsas en las manos. Al levantar la vista y encontrarse con Aylin, una sonrisa apareció de inmediato en su rostro.

—Hola, amor.

—Hola... —respondió ella sonriendo.

Samuel saludó al resto del grupo mientras dejaba las bolsas sobre una de las bancas. Poco después todos comenzaron a conversar sobre los últimos detalles de la celebración. Entre bromas, recuerdos y anécdotas, el ambiente se volvió tan agradable que ninguno se dio cuenta de cómo había pasado el tiempo.

Cuando el sol comenzó a ocultarse, varios decidieron regresar a sus casas.

Samuel tomó las llaves del carro y ambos caminaron juntos hacia el estacionamiento de la iglesia.

Aylin permaneció en silencio durante unos segundos.

Justo cuando Samuel iba a abrir la puerta del carro, ella se detuvo, cruzó los brazos y lo miró con una seriedad que contrastaba completamente con la sonrisa que llevaba hacía unos minutos.

—Una pregunta.

Samuel levantó la vista.

—Dime.

—¿Tú tuviste algo que ver con todo esto?

Samuel parpadeó un par de veces, fingiendo no entender.

—¿Con qué exactamente?

—Con la fiesta.

—¿Yo? ¿Cómo se te ocurre?

Aylin soltó una risa incrédula.

—Samuel...

—Te lo juro. Yo llegué y ya estaba todo organizado.

—No te creo.

Samuel intentó contener la risa, pero terminó sonriendo.

—¿Y por qué no?

—Porque cada vez que mi familia organiza algo... tú siempre terminas metido de alguna manera.

Samuel bajó la mirada unos segundos y se rascó la nuca con una sonrisa avergonzada.

—Bueno...

—Ajá...

Samuel dejó escapar una pequeña risa antes de rendirse.

—Está bien... digamos que colaboré un poquito.

—Sabía que tú tenías algo que ver.

—¿Y qué culpa tengo de querer verte feliz en tu cumpleaños?

Aylin intentó mantener una expresión seria, pero la sonrisa terminó escapándosele.

—No sé... pero siempre estás detrás de todas las sorpresas.

—¿Y eso es algo malo?

—No... la verdad es que no.

—Entonces ya no puedes reclamarme.

Después de unos segundos de silencio, Samuel volvió a hablar.

—Oye... ¿por qué no vamos a mi casa? Podemos pasar la tarde juntos.

Aylin lo miró con una sonrisa divertida.

—Mmm... me parece bien, pero esta vez la película la escojo yo.

Samuel levantó las manos en señal de rendición.

—Trato hecho. Hoy mando yo el carro, pero tú mandas el control.

Aylin soltó una carcajada.

—Así me gusta.

Subieron al carro entre risas y dejaron atrás la iglesia.

Aquella tarde transcurrió con una tranquilidad que Aylin hacía tiempo no experimentaba. Entre una película, algunas bromas y conversaciones sin importancia, volvió a sonreír con la misma naturalidad de antes. Por unas horas, dejó de pensar en preocupaciones, responsabilidades y en todo lo que todavía cargaba en el corazón.

Simplemente disfrutó de estar con Samuel.

Y, por un momento, sintió que la vida volvía a sentirse en calma.

El día de su cumpleaños llegó mucho más rápido de lo que Aylin imaginaba.

Aquella mañana despertó con la misma rutina de siempre. Se dio un baño, se puso el uniforme del colegio y preparó sus cosas mientras el aroma del desayuno llegaba desde la cocina. Todo parecía un día cualquiera.

Ni siquiera había revisado el celular.

Después de despedirse de sus padres, salió rumbo al colegio sin sospechar que muchas personas ya estaban esperando ese momento para felicitarla.

No fue hasta que llegó al aula, dejó la bolso sobre el pupitre y tuvo un momento para sentarse que decidió sacar el celular del bolsillo.

Apenas desbloqueó la pantalla, quedó completamente sorprendida.

Las notificaciones no dejaban de aparecer.

Por unos segundos solo observó el celular, intentando comprender lo que estaba viendo.

Tenía más de ciento veinte mensajes sin leer.

Instagram estaba lleno de felicitaciones, Messenger parecía no dejar de recibir mensajes, WhatsApp acumulaba conversaciones nuevas y varias personas la habían etiquetado en historias y publicaciones deseándole un feliz cumpleaños.

Una sonrisa apareció en su rostro casi sin darse cuenta.

Jamás imaginó que tantas personas recordaran una fecha que para ella parecía un día más del calendario. Mientras seguía deslizando la pantalla, descubría nuevos mensajes de familiares, amigos y personas de la iglesia que se habían tomado un momento para escribirle unas palabras de cariño.

Aquello hizo que su corazón se llenara de una calidez difícil de explicar.

Durante toda la mañana aprovechó cualquier momento libre para continuar respondiendo. Entre una clase y otra, mientras esperaba a un profesor o durante el recreo, sacaba el celular y seguía agradeciendo cada felicitación.

Más de una vez terminó riéndose al darse cuenta de que, por más mensajes que respondía, la lista parecía no disminuir.

Cuando finalmente sonó el timbre de la salida, guardó el celular con un pequeño suspiro.

Todavía le quedaban varias conversaciones pendientes, pero sabía que tendría tiempo para responderlas más tarde.

Apenas cruzó el portón, reconoció de inmediato el carro de la pastora estacionado a un lado de la calle.

—¡Feliz cumpleaños, princesa! —respondió la pastora con entusiasmo—. ¿Cómo estuvo el día?

Aylin dejó el bolso sobre sus piernas antes de acomodarse en el asiento.

—Muy bonito... aunque todavía estoy intentando responder todos los mensajes. No pensé que tanta gente se acordara de mi cumpleaños.

—Eso solo demuestra lo mucho que te quiere la gente.

Aylin bajó la mirada con una sonrisa tímida.

—Supongo...

La pastora encendió el carro y la miró de reojo.

—Bueno... ¿estás lista?

—La verdad... no lo sé.

—Pues más vale que lo estés, porque nos queda mucho trabajo por hacer.

Después de unos minutos, la pastora volvió a poner el carro en marcha. Recorrieron varias calles conversando de cosas sin importancia hasta que, de pronto, disminuyó la velocidad y estacionó frente a un pequeño parque.

Aylin miró alrededor con curiosidad.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, confundida.

—Estamos esperando a alguien muy importante para ti.

—¿Quién es?

La pastora hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Mira a tu derecha.

Aylin giró rápidamente y, apenas lo hizo, escuchó una voz que conocía perfectamente.

—¡Holaaaa!

—¿¡Valentina!? —exclamó sorprendida.

Su amiga saludaba con entusiasmo desde afuera del carro, agitando una mano mientras con la otra intentaba sostener una enorme caja de maquillaje junto con varias bolsas.

Abrió la puerta trasera y comenzó a acomodar todas sus cosas en el asiento.

Aylin seguía observándola sin salir de su sorpresa.

—¿Y tú qué haces aquí?

Valentina cerró la puerta y sonrió con orgullo.

—Pues vine a darte una manita de gato. Hoy te toca verte espectacular.

Aylin no pudo evitar sonreír al verla tan emocionada.

Era imposible que Valentina llegara a algún lugar sin contagiar su energía.

Apenas terminó de acomodarse, giró hacia Aylin y bajó la mirada hasta su vientre.

—Ahora cuéntame... ¿cómo va esa princesita hermosa? Ya decidieron ponerle Valentina, ¿verdad?

—No.

Valentina abrió la boca con una indignación exagerada.

—¿Pero por qué no? ¡Si yo voy a ser su tía favorita!

—Eso lo dices tú.

—Pues claro. Pregúntale cuando nazca.

—Ay, no empieces otra vez con eso.

Valentina cruzó los brazos e hizo una mueca de disgusto.

—Ash... qué fea eres.

Las tres terminaron riéndose mientras la pastora arrancaba nuevamente el carro para continuar el camino.

Durante el trayecto, Aylin volvió a sacar el celular.

Todavía le quedaban muchas felicitaciones por responder y, aunque intentaba ponerse al día, era casi imposible.

Cada vez que contestaba un mensaje, llegaban tres más.

Valentina, que iba sentada atrás, se inclinó un poco entre los asientos para mirar la pantalla.

—Dios mío... eres famosa.

Aylin soltó una risa.

—Ya quisiera.

—No, en serio. Mira eso... parece que todos decidieron escribirte hoy.

La pastora sonrió sin apartar la vista del camino.

—Eso pasa cuando una persona deja huellas bonitas en la vida de los demás.

Después de un largo camino, finalmente llegaron a la casa de la pastora, donde todo ya estaba preparado para comenzar con los últimos detalles antes de la celebración.

Desde que Aylin entró, pudo notar que el ambiente era completamente diferente al de los últimos días.

Había música sonando suavemente de fondo, risas llenando los espacios y varias personas moviéndose de un lado a otro preparando cada detalle. Por un momento, parecía que todas las preocupaciones que había cargado durante tanto tiempo quedaban un poco más lejos.

Aylin se sentó mientras comenzaban a arreglarla.

Primero fue el maquillaje, luego el peinado y finalmente los últimos detalles del vestido. Entre conversaciones, bromas y recuerdos, las horas fueron pasando sin que ella se diera cuenta.

Valentina no dejaba de hacer comentarios mientras ayudaba con algunas cosas, logrando que Aylin riera incluso cuando los nervios aparecían.

La pastora, por su parte, estaba pendiente de cada detalle. Acomodaba su cabello, revisaba que todo estuviera perfecto y la miraba con una sonrisa llena de cariño.

Para ella no era simplemente arreglar a una joven para una fiesta.

Era ver a alguien que había pasado por momentos demasiado difíciles volver a permitirse disfrutar.

Cada cierto tiempo, Aylin se miraba en el espejo.

Al principio todavía le costaba reconocerse.

No porque fuera una persona diferente, sino porque hacía mucho tiempo no se veía así: tranquila, emocionada y con una sonrisa sincera en el rostro.

Era extraño pensar que aquella misma persona que meses atrás sentía que no podía seguir adelante ahora estaba ahí, preparándose para celebrar su cumpleaños rodeada de personas que la amaban.

—Te ves hermosa —dijo la pastora mientras acomodaba con cuidado un mechón de cabello que se había salido de su lugar.

Aylin sonrió tímidamente al verse en el espejo.

—¿De verdad?

—Claro que sí —respondió la pastora con ternura—. Hoy no quiero que pienses en nada más. Solo disfruta.

Valentina apareció detrás de ellas con una sonrisa divertida.

—Demasiado hermosa. Samuel se va a quedar sin palabras cuando te vea.

Aylin soltó una risa mientras negaba con la cabeza.

—Ya basta, Valentina.

—¿Qué? Estoy diciendo la verdad.

Cuando finalmente terminaron, una de las chicas comenzó a guardar las cosas de maquillaje y a recoger los accesorios que habían utilizado.

—Bueno, creo que ya es hora de irnos preparando —comentó.

La pastora se miró en el espejo y comenzó a acomodarse su propio cabello.

—Sí, ya terminamos contigo. Ahora nosotras tenemos que terminar de arreglarnos también.

Aylin se levantó lentamente de la silla.

Durante unos segundos se quedó quieta, como si todavía estuviera procesando todo lo que estaba ocurriendo.

Todas habían estado tan concentradas en prepararla que casi no había tenido tiempo de verse con calma.

Caminó hasta el espejo grande que estaba frente al aula de los niños y se quedó observándose en silencio.

El vestido, el peinado, el maquillaje... todo parecía pertenecer a una versión de ella que había olvidado que todavía existía.

Sus ojos comenzaron a brillar de emoción.

—Dios mío... —susurró con una pequeña sonrisa—. ¿Qué me hicieron?

Valentina se acercó lentamente hasta quedar a su lado y la observó a través del reflejo.

—Te recordamos algo que a veces se te olvida.

—¿Qué cosa?

—Que sigues siendo tú. No solamente todo lo que te pasó.

Aquellas palabras hicieron que la sonrisa de Aylin se volviera más sincera.

Después de pasar un rato más en la casa, finalmente llegó el momento de salir.

Entre risas, comentarios y últimos detalles, todas tomaron sus cosas y se dirigieron hacia el carro. La pastora encendió el motor mientras las demás continuaban hablando emocionadas sobre la fiesta, mencionando pequeños detalles que hacían que Aylin tuviera todavía más curiosidad.

Ella escuchaba en silencio, intentando descubrir cualquier pista sobre lo que habían preparado.

Mientras avanzaban por las calles, miraba por la ventana tratando de reconocer el camino.

Después de varios minutos más de camino, el carro finalmente comenzó a disminuir la velocidad hasta detenerse frente a un lugar que llamó completamente su atención.

Era un salón enorme.

Sin embargo, todo estaba oscuro. No se veía ninguna luz encendida ni movimiento en el interior.

La pastora bajó del carro y le pidió que la acompañara.

Aylin caminó a su lado todavía confundida, intentando descubrir qué estaba pasando. Sentía una mezcla de emoción y nervios, aunque no lograba imaginar la razón de tanto misterio.

Al llegar a la entrada del salón, la pastora se detuvo frente a las puertas. Durante unos segundos, todo quedó en silencio. Aylin observó el lugar con curiosidad, todavía sin entender qué estaba ocurriendo, mientras la pastora simplemente sonreía con una expresión que parecía esconder un secreto.

Sin decir una palabra, tomó la manija y abrió lentamente la puerta.

En ese instante, las luces del salón se encendieron de golpe y el silencio desapareció por completo. Las voces de muchas personas llenaron el lugar mientras todos gritaban al mismo tiempo una sorpresa que Aylin jamás esperaba.

Por un momento, se quedó completamente inmóvil.

Frente a ella había un salón transformado en un espacio preparado especialmente para ella. Las luces cálidas iluminaban cada rincón, había flores, fotografías de diferentes etapas de su vida, globos, detalles decorativos y una enorme mesa llena de comida, dulces y regalos.

Pero lo que realmente logró dejarla sin palabras no fue la decoración.

Fueron las personas que estaban esperándola.

Sus padres estaban ahí, sus amigos, personas de la iglesia que habían formado parte de diferentes momentos importantes de su vida e incluso algunas personas a las que no veía desde hacía mucho tiempo, pero que habían querido acompañarla en ese día especial.

Permaneció unos segundos observando todo a su alrededor, intentando procesar lo que estaba viendo. Después de tantos momentos difíciles, pudo encontrarse rodeada de personas que la querían parecía algo imposible.

Una sonrisa apareció poco a poco en su rostro mientras las lágrimas comenzaban a caer. No pudo evitar reír al mismo tiempo que lloraba, sorprendida por todo el cariño que estaba recibiendo.

Sin pensarlo demasiado, comenzó a acercarse a las personas que estaban allí, abrazándolas una por una y agradeciendo aquel gesto que significaba mucho más que una simple fiesta de cumpleaños.

Para Aylin, aquella celebración representaba algo diferente.

Mientras recibía abrazos y palabras de cariño, hubo alguien que llamó especialmente su atención.

Al fondo del salón estaba Samuel.

Vestía completamente de negro y permanecía mirándola en silencio, como si por unos segundos se hubiera olvidado de todo lo que ocurría a su alrededor.

Samuel no pudo quedarse quieto por más tiempo.

Entre todas las personas que rodeaban a Aylin, él solo podía verla a ella. La forma en la que sonreía, la emoción en sus ojos y la felicidad que reflejaba su rostro hicieron que se acercara lentamente, como si quisiera guardar ese momento para siempre.

Sin decir nada al principio, tomó suavemente una de sus manos entre las suyas.

—Te ves... increíble.

Aylin sintió cómo sus mejillas comenzaban a calentarse. Aunque había recibido muchos halagos durante la noche, escuchar esas palabras de Samuel tenía un significado diferente.

Bajó ligeramente la mirada, intentando esconder la sonrisa que aparecía en su rostro.

—Gracias...

—Ahora entiendo por qué todos me decían que hoy me iba a quedar sin palabras.

Aylin soltó una pequeña risa nerviosa.

—Tampoco exageres...

—No estoy exagerando.

—De verdad... siento que me enamoré otra vez.

Aquellas palabras hicieron que Aylin sonriera con más fuerza, sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

Detrás de ellos, Valentina hizo una expresión de asco fingido mientras los observaba.

—Ay no... qué empalagosos.

El comentario hizo que varias personas alrededor comenzaran a reír, rompiendo un poco la intensidad del momento.

Aylin negó con la cabeza divertida.

—Valentina...

Samuel soltó una pequeña risa, pero no soltó la mano de Aylin.

Sin importarle que todos estuvieran observándolos, levantó con cuidado su mano y dejó un suave beso sobre sus nudillos.

Fue un gesto sencillo, pero lleno de cariño.

—Feliz cumpleaños, preciosa.

Aylin lo miró con una sonrisa que no pudo ocultar.

—Gracias... —respondió suavemente.

Y por un instante, entre risas, abrazos y personas celebrando su vida, Aylin simplemente se permitió disfrutar de ese momento.

La noche continuó avanzando entre risas, música y momentos que Aylin sabía que nunca olvidaría.

En medio de la celebración, Samuel se acercó a ella con una sonrisa. Después de verla llegar al salón, después de verla emocionarse con la sorpresa y compartir con todas las personas que amaba, solo podía pensar en lo hermosa que se veía en ese momento.

Tomó su mano con delicadeza y le hizo saber lo mucho que significaba verla así.

Aylin, aunque intentaba disimularlo, no pudo evitar sentirse avergonzada por sus palabras. Después de todo lo que había vivido, todavía le costaba creer que alguien pudiera verla de esa manera, con tanto cariño y admiración.

Para él, verla sonreír nuevamente era una de las cosas más bonitas que podía presenciar.

La celebración siguió con más música y alegría. En un momento, Samuel la animó a cantar, recordándole que muchas personas querían escucharla. Aunque al principio los nervios aparecieron, Aylin terminó aceptando.

Cuando tomó el micrófono y comenzó a cantar una de sus canciones favoritas, el ambiente cambió por completo.

La voz de Aylin llenó el salón mientras las personas la acompañaban cantando, aplaudiendo y disfrutando cada momento. Algunos bailaban, otros grababan pequeños recuerdos y varios simplemente sonreían al verla disfrutar nuevamente de algo que durante mucho tiempo había sido una parte importante de su vida.

Las horas pasaron rápidamente.

El salón permaneció lleno de conversaciones, fotografías, abrazos y pequeñas bromas. Como siempre, Aylin terminó convirtiéndose en una de las personas que más hacía reír a todos, con sus ocurrencias y su manera de hacer que incluso los momentos más sencillos fueran especiales.

Sin embargo, poco a poco el reloj comenzó a acercarse a la medianoche.

La celebración tuvo que empezar a llegar a su final, aunque nadie parecía querer que terminara. Las personas comenzaron a bromear diciendo que todavía faltaba mucho por celebrar y que la noche había pasado demasiado rápido.

Entre risas, Aylin les recordó que aquello no era una despedida definitiva. La sorpresa continuaría al día siguiente con una celebración diferente: una noche de gala donde todos podrían volver a reunirse y cerrar aquel momento tan especial.

La emoción volvió a llenar el lugar.

Algunos comenzaron a hablar sobre sus vestidos, otros sobre cómo se prepararían y varios hicieron bromas sobre intentar verse elegantes por una noche.

Aylin solo podía sonreír al escuchar todo aquello.

Todavía le parecía increíble que tantas personas hubieran dedicado tiempo y esfuerzo para hacerla sentir especial.

Poco a poco, los invitados comenzaron a despedirse. Algunos ayudaron a recoger, otros continuaron conversando mientras salían del salón, y las últimas risas fueron desapareciendo hasta que el lugar quedó casi vacío.

Aylin observaba cómo terminaban de ordenar todo cuando Samuel se acercó a ella.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Aylin mientras lo miraba con una sonrisa cansada.

—Súper... ¿y tú? —respondió Samuel intentando sonar tranquilo.

Aylin notó de inmediato el cansancio en su rostro y sonrió con ternura.

—También, aunque un poco cansada,

Samuel soltó una pequeña risa mientras se pasaba una mano por el cabello.

—Sí... la verdad sí. Pero valió la pena.

Aylin bajó la mirada con una sonrisa, todavía con la emoción de toda la noche presente.

—Si quieres, nos vamos de una vez. Igual ya están limpiando y prácticamente no me dejaron ayudarles. Creo que todos decidieron que hoy solo tenía que disfrutar.

—Entonces vamos —dijo Samuel con una sonrisa tranquila.

Tomó suavemente la mano de Aylin y ambos comenzaron a caminar hacia la salida. Sin embargo, antes de que pudieran llegar a la puerta, una voz conocida los detuvo.

—Hey, ¿y ustedes para dónde van? —preguntó Valentina acercándose rápidamente con una expresión curiosa.

Aylin se volvió hacia ella, confundida.

—Eh... nos vamos a la casa, ¿por qué?

Valentina abrió los ojos como si acabara de escuchar algo imposible.

—No, no, no. Así como yo te traje, así mismo te tengo que dejar.

Tomó la mano de Aylin de manera dramática, como si estuviera defendiendo una misión importante.

Samuel no pudo evitar reírse.

—Espera... ¿acaso ella es tu novia o algo así?

Valentina lo miró con seriedad fingida y levantó la barbilla.

—No. Pero es mi hermana, así que un poquito de respeto.

Aylin la observó con una mezcla de diversión y cansancio.

—¿Qué te pasa? ¿Qué quieres ahora? Si quieres podemos pasar dejándote a tu casa con tu mamá.

La expresión de Valentina cambió de inmediato. Sus ojos se iluminaron y una sonrisa apareció en su rostro.

—Ay... sí. Justamente eso era lo que quería escuchar.

Samuel soltó una carcajada.

—Entonces, ¿por qué no lo dijiste desde el principio?

Aylin cruzó los brazos mientras la miraba divertida.

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Por qué tienes que hacer todo un drama?

Valentina se encogió de hombros, intentando ocultar una sonrisa.

—No sé... era para molestarlos un rato.

Aylin negó con la cabeza, aunque no pudo evitar reírse.

—Ay, no. Qué fea eres.

Valentina comenzó a reír mientras sacaba su celular.

—Bueno, bueno... ya. Voy a llamar a mi mamá para avisarle.

Samuel negó con la cabeza, todavía divertido por la situación, y rodeó a Aylin con sus brazos desde atrás.

—Tu amiga sí está loca.

Aylin apoyó suavemente la cabeza hacia atrás, sonriendo.

—Y eso que hoy está tranquila.

Los dos soltaron una pequeña risa mientras Valentina hacía la llamada, disfrutando de ese momento sencillo que significaba mucho para Aylin.

Los cuatro salieron del salón cuando la música ya se había apagado casi por completo. Detrás de ellos, algunas personas terminaban de recoger las últimas decoraciones mientras otras seguían despidiéndose con abrazos y fotografías para recordar la noche.

El aire fresco de la madrugada los recibió apenas cruzaron la puerta.

Caminaron hasta el carro entre risas, todavía comentando algunos de los momentos más graciosos de la fiesta. Valentina no dejaba de burlarse de las caras que Samuel había hecho durante la celebración, mientras su mamá intentaba defenderlo sin poder contener la risa.

Durante el camino, el ambiente siguió siendo igual de alegre. Aylin escuchaba las conversaciones con una sonrisa constante en el rostro. De vez en cuando miraba por la ventana y luego volvía a reír con algún comentario de Valentina.

Al llegar a la casa de Valentina, ambas se despidieron con un fuerte abrazo.

—Otra vez... feliz cumpleaños —dijo Valentina antes de bajarse del carro—. Y acuérdate de mandarme todas las fotos.

—Lo haré. Gracias por todo... de verdad.

—Te quiero mucho. Nos vemos mañana

—Yo también.

Aylin apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y dejó escapar un suspiro.

—Por fin...

Samuel desvió la mirada hacia ella con una sonrisa divertida.

—¿Qué pasó?

—Nada... solo que ya puedo descansar un poquito.

—Yo pensé que ibas a decir otra cosa.

—¿Como qué?

—Que ya no soportabas a Valentina.

—Jamás. No sé cómo hace, pero siempre termina sacándome una sonrisa.

Samuel sonrió mientras volvía la vista hacia la carretera.

—Eso sí te lo creo.

El resto del camino transcurrió con calma. Las calles estaban casi vacías y las luces de los postes iluminaban suavemente el asfalto mientras el carro avanzaba despacio entre el silencio de la noche. Después de tantas emociones, risas, abrazos y sorpresas, aquel momento de tranquilidad se sentía reconfortante para los dos.

Ninguno sintió la necesidad de llenar el silencio con palabras. De vez en cuando cruzaban una mirada y sonreían con complicidad, como si ambos siguieran recordando algún instante de la fiesta.

Pocos minutos después, Samuel detuvo el carro frente a la casa de Aylin. Apagó el motor y, por un instante, el silencio volvió a envolverlos.

Aylin permaneció sentada con las manos sobre su regazo, observando distraídamente la calle a través del parabrisas. Todavía le costaba creer todo lo que había vivido aquella noche. Las muestras de cariño, las personas que habían llegado para acompañarla y el esfuerzo que todos habían hecho por verla feliz seguían dando vueltas en su mente.

—Bueno... creo que ya es hora de irme.

Mientras hablaba, llevó la mano hacia la manija de la puerta para abrirla, aunque, en el fondo, una parte de ella todavía no tenía ganas de despedirse de él.

—Buenas noches, Samuel.

—Buenas noches, princesa. Descansa.

Aylin asintió, abrió finalmente la puerta del carro y bajó con una sonrisa que todavía seguía iluminando su rostro. Antes de entrar a la casa, se giró una última vez para despedirse con la mano.

Samuel esperó hasta verla entrar sana y salva.

Solo entonces volvió a encender el carro y emprendió el camino de regreso a casa, llevándose consigo el recuerdo de una noche que ninguno de los dos olvidaría fácilmente.

Al llegar a su habitación, Aylin cerró la puerta con suavidad y dejó escapar un largo suspiro. La noche había sido mucho más especial de lo que alguna vez imaginó. Con cuidado, se quitó los tacones y los dejó a un lado de la cama. Después se acercó al espejo y se quedó observándose durante unos segundos.

Todavía llevaba el maquillaje impecable, el cabello perfectamente peinado y el vestido verde agua que tantas emociones le había regalado aquella noche. Una pequeña sonrisa apareció en sus labios al recordar todo lo que había vivido

Con delicadeza comenzó a desabrochar el vestido y lo colgó con cuidado para que no se arrugara. No quería que se dañara después de una noche tan especial.

Luego tomó una toalla y entró al baño.

Apenas abrió la llave de la ducha, el agua caliente comenzó a caer sobre sus hombros, relajando poco a poco la tensión acumulada durante el día. Cerró los ojos y dejó que el calor envolviera su cuerpo.

Sin embargo, aquella tranquilidad duró apenas unos minutos.

Una molestia repentina atravesó su vientre.

La sensación desapareció casi tan rápido como había llegado.

—Debe ser el cansancio... —murmuró para sí misma, intentando restarle importancia.

Después de todo, ya tenía cinco meses y dos semanas de embarazo. Había escuchado muchas veces que, conforme el bebé crecía, era normal sentir molestias ocasionales.

Intentó convencerse de que no era nada preocupante.

Continuó bañándose con tranquilidad, aunque, de vez en cuando, aquella incomodidad volvía a aparecer por unos segundos antes de desaparecer otra vez.

Cuando terminó, se puso la pijama, secó cuidadosamente su cabello y se acostó en la cama.

El cansancio era tan grande que apenas apoyó la cabeza sobre la almohada, el sueño terminó por vencerla.

La mañana siguiente llegó mucho más rápido de lo que Aylin habría querido.

El cansancio acumulado de la noche anterior seguía pesando sobre su cuerpo. Apenas abrió los ojos, estiró la mano hasta la mesa de noche para tomar el celular y revisar la hora.

Eran poco más de las ocho de la mañana.

Con un suspiro, volvió a dejar el celular un lado y se acomodó nuevamente entre las cobijas. Sentía los músculos pesados y los párpados demasiado cansados como para empezar el día tan temprano.

Sin pensarlo demasiado, cerró los ojos otra vez y, en cuestión de minutos, el sueño volvió a vencerla.

Cuando despertó por segunda vez, la luz que entraba por la ventana era mucho más intensa. Se incorporó lentamente, todavía desorientada, y volvió a tomar el celular.

Pasaba del mediodía.

Una expresión de sorpresa apareció en su rostro.

Aun así, seguía sintiéndose agotada.

Con algo de esfuerzo se levantó de la cama y caminó lentamente hasta el baño. Cada paso era lento, todavía arrastrando el sueño de la mañana. Al abrir la ducha, dejó que el agua cayera sobre su cuerpo durante varios minutos, permitiendo que poco a poco el cansancio comenzara a desaparecer.

Cuando terminó, se quedó unos instantes frente al espejo, secándose el cabello con la toalla y acomodando los mechones que aún permanecían húmedos.

La noche anterior, antes de que terminara la celebración, los organizadores les habían pedido a todos que no hicieran planes para el día siguiente.

Aún quedaba una última actividad.

No dieron demasiados detalles; únicamente les dijeron que esa noche también tendrían que reunirse nuevamente en el salón y que debían ir arreglados.

Horas después, Aylin tomó su celular por costumbre y abrió el chat de Samuel.

—Qué raro... ¿todavía estará dormido? —murmuró con una pequeña sonrisa.

Sin pensarlo demasiado, comenzó a escribir.

—Hola, amor. ¿Todavía estás dormido?

Apenas envió el mensaje, apareció la notificación de que Samuel estaba escribiendo.

—Hola, amor. Perdón... sí. Acabo de despertarme. Estaba demasiado cansado.

Aylin sonrió con ternura al imaginarlo todavía despeinado, recién levantado.

—Me lo imaginaba. Yo tampoco hace mucho que me levanté.

—Por cierto... ¿a qué hora tenemos que volver al salón?

—Creo que nos dijeron que a la misma hora...

Samuel respondió casi de inmediato.

—Ah, bueno... entonces voy a seguir durmiendo un ratito.

—¿Cómo que vas a seguir durmiendo?

—Pues sí... todavía tengo sueño.

Aylin negó con la cabeza, divertida.

—No, señor. Usted se me levanta de esa cama ahora mismo.

—¿Y si no quiero?

—Entonces voy hasta tu casa y te saco de la cama yo misma.

—Qué miedo...

—No me estás tomando en serio.

—Un ratito más... te lo prometo.

—Ni un ratito más. Métete a bañar y deja de hacerte el perezoso.

—Está bien, está bien... ya ganaste.

—Ya vete a bañar.

—Sí, señora.

—Así está mejor.

—En un rato te escribo.

—Aquí te espero.

La respuesta de Samuel no terminó de convencerla.

Aylin dejó el celular sobre la cama y negó con la cabeza.

Sonrió para sí misma, tomó una copia de las llaves de la casa de Samuel que él mismo le había dado tiempo atrás y salió sin pensarlo demasiado.

Minutos después llegó hasta su casa.

Entró con cuidado para no hacer ruido. Todo estaba en silencio, así que caminó despacio por el pasillo hasta llegar a la habitación.

La puerta estaba entreabierta.

Asomó apenas la cabeza y sonrió al verlo todavía acostado entre las cobijas.

—¿Samuel...? —susurró con una sonrisa traviesa mientras entraba.

Él abrió los ojos de golpe y se incorporó un poco, todavía desorientado.

—¿Amor...? —preguntó sorprendido al verla allí—. ¿Qué haces aquí?

Aylin cruzó los brazos y lo miró con una expresión que intentaba ser seria, aunque la diversión en sus ojos la delataba.

—Vine a comprobar si era cierto que ya te ibas a bañar.

Samuel soltó una risa nerviosa y se pasó una mano por el cabello.

—Bueno... ya casi me levantaba.

—Ajá... claro.

Aylin se acercó hasta la cama sin dejar de sonreír y, antes de que él pudiera reaccionar, tiró suavemente de las cobijas.

—¡Ey! —protestó Samuel entre risas mientras intentaba sujetarlas—. ¡Qué haces!

—Despertándote, porque claramente por voluntad propia no ibas a salir de esa cama.

—Cinco minutos más...

—Ni un minuto.

—Eres muy mala conmigo.

—No soy mala. Soy responsable. Alguien tiene que asegurarse de que lleguemos temprano.

—Está bien... ganaste.

Se sentó finalmente al borde de la cama mientras se desperezaba.

—Prometo que esta vez sí me voy a bañar.

—Más te vale.

Samuel negó con una sonrisa y, antes de levantarse, tomó la mano de Aylin para acercarla un poco hacia él.

—Pero al menos dame un premio por haber obedecido.

—¿Un premio?

—Sí... un beso de buenos días.

Aylin rodó los ojos con una sonrisa que ya no podía ocultar.

—Qué aprovechado eres.

Aun así, se inclinó hacia él y le dio un beso corto en los labios.

—Ahora sí... métete a bañar.

—Ahora sí tengo motivos para levantarme.

Samuel cerró la puerta del baño mientras Aylin recorría la habitación con la mirada.

No le tomó más de unos segundos darse cuenta del desastre que había allí.

Había ropa tirada sobre una silla, zapatos en medio del piso, la cama completamente deshecha y hasta una chaqueta colgando de una esquina del escritorio.

No pudo evitar soltar una risa.

—Definitivamente sí me necesitas... —murmuró para sí, negando con la cabeza mientras comenzaba a estirar las cobijas.

Desde el baño empezó a escucharse la voz de Samuel cantando con muchísimo entusiasmo... y muy poca afinación.

—¡Samuel! —gritó entre risas—. ¡Deja de cantar!

Del otro lado de la puerta escuchó una carcajada.

—¡Estoy practicando para esta noche!

—¡Pues busca otro profesor porque vas muy mal!

—¡Qué falta de apoyo! —respondió él fingiendo estar ofendido.

—¡Es amor con sinceridad!

Unos minutos después, la puerta del baño se abrió.

Samuel salió ya cambiado, con el cabello todavía húmedo y una toalla descansando sobre sus hombros mientras terminaba de secarse.

Al verla ordenando su habitación, sonrió con cierta vergüenza.

—Sabía que ibas a hacer eso.

—Alguien tenía que salvar este cuarto.

—Bueno... visto así, sí estaba un poquito desordenado.

—¿Un poquito? —repitió ella arqueando una ceja—. Esto parecía un desastre.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien... ya entendí. Prometo ordenar después.

—Eso espero.

Samuel terminó de secarse el cabello y la miró con curiosidad.

—Bueno, señora organizadora... ¿qué sigue ahora?

Ella lo observó de arriba abajo durante unos segundos, como si estuviera evaluándolo.

—Ahora sigue escoger qué te vas a poner.

—¿Tan serio es el asunto?

Las horas transcurrieron con una tranquilidad que hacía mucho tiempo Aylin no experimentaba. Entre conversaciones, risas y pequeños momentos compartidos, el tiempo parecía avanzar sin que ninguno de los dos lo notara.

Mientras Samuel terminaba de alistarse, Aylin permaneció sentada sobre la cama observándolo en silencio. Le resultaba curioso verlo ir de un lado a otro por la habitación buscando qué ponerse, probándose una camisa, dejándola sobre la silla y tomando otra pocos segundos después.

Sin decir nada, terminó levantándose para ayudarlo.

Abrió el clóset y comenzó a revisar la ropa con la misma concentración con la que acostumbraba hacer cualquier otra cosa. Descartó varias opciones hasta que, después de unos minutos, encontró una camisa negra junto con una chaqueta elegante.

Sostuvo ambas prendas frente a él y sonrió satisfecha.

—Definitivamente esta.

—Pareces mi esposa escogiéndome la ropa.

Aylin levantó la vista de inmediato.

—No empieces.

—¿Qué? Si hasta viniste a despertarme.

—Porque sabía perfectamente que ibas a seguir durmiendo si nadie te levantaba.

—Pero viniste.

Sin pedir permiso, la rodeó suavemente por la cintura y apoyó la barbilla sobre su hombro.

—Me gusta cuando te preocupas por mí.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Gracias por no alejarte de mí después de todo.

Las palabras hicieron que Aylin lo mirara con ternura. Levantó una mano y acarició suavemente su mejilla.

—Ya te dije que eso quedó atrás. No quiero que sigas cargando con esa culpa.

—Está bien.

Después de aquel pequeño momento, Aylin señaló la ropa que había escogido y le pidió que la colgara con cuidado para que no se arrugara. Samuel obedeció entre risas. Tomó la camisa negra y la chaqueta, las acomodó cuidadosamente en una percha y luego buscó una camiseta gris junto con un pantalón deportivo para estar más cómodo mientras llegaba la hora de salir.

Cuando terminó de cambiarse, volvió a acercarse hasta donde estaba Aylin.

Ella lo observó de arriba abajo durante unos segundos, evaluándolo con la misma seriedad con la que había escogido su ropa. Finalmente asintió, satisfecha.

Aquello provocó que Samuel sonriera divertido. Le resultaba imposible no burlarse un poco de la forma en que ella parecía tomarse tan en serio hasta el más mínimo detalle. Aylin, fingiendo molestia, tomó una almohada y se la lanzó. Él la atrapó con facilidad y ambos terminaron riéndose como dos niños.

Poco después, Samuel se dejó caer a su lado sobre la cama.

El silencio que siguió no era incómodo. Al contrario, era de esos silencios que solo aparecen cuando dos personas disfrutan simplemente de la compañía del otro. Después de todo lo que habían atravesado, no necesitaban llenar cada segundo con palabras.

Aylin terminó apoyando la cabeza sobre el hombro de Samuel mientras revisaba distraídamente algunas notificaciones en su celular. Permanecieron así durante varios

minutos, sin prisa, disfrutando de una calma que hacía mucho tiempo no formaba parte de sus vidas.

En medio de ese silencio, Aylin no pudo evitar comentar lo extraño que le resultaba sentir que, por primera vez en mucho tiempo, todo estuviera tranquilo. No había discusiones, ni preocupaciones urgentes, ni llamadas inesperadas que cambiaran el rumbo del día.

Samuel comprendió inmediatamente a qué se refería.

Después de tantos meses marcados por pérdidas, miedo y momentos difíciles, aquella paz parecía casi un regalo.

Con delicadeza besó la parte superior de su cabeza y la abrazó un poco más, esperando que pudiera sentir que, al menos por ese momento, todo estaba bien.

Aylin cerró los ojos y sonrió.

Quizá tenía razón.

Tal vez, después de todo lo vivido, ya les correspondía disfrutar un poco de tranquilidad.

Samuel solo tenía un deseo para ese día: verla feliz. Quería que, aunque fuera por unas horas, simplemente disfrutara de su cumpleaños.

Fue el sonido de una notificación lo que finalmente los hizo volver a la realidad. Al revisar la hora, ambos se sorprendieron.

Solo faltaba una hora para regresar al salón y continuar con la celebración.

—Ya me voy —dijo Aylin mientras caminaba hacia la puerta—. Así que, cuando vuelva a bajar, más te vale estar listo.

Samuel levantó las manos con una sonrisa divertida, fingiendo rendirse.

—Sí, señora.

Aylin soltó una pequeña risa antes de salir de la casa.

Subió tranquilamente hasta la suya para terminar de alistarse. Entró directamente a su habitación y abrió el clóset con cuidado. Después de observar unos segundos la ropa, tomó el segundo vestido que había preparado para la celebración de aquella noche. Era mucho más cómodo que el anterior, justo lo que necesitaba después de tantas horas usando tacones.

También escogió otro par de zapatos. Los que había llevado durante la fiesta comenzaban a incomodarla y prefería cambiarlos.

Con calma volvió a sentarse frente al espejo. Retocó ligeramente el maquillaje, cuidando que siguiera viéndose natural, y dedicó unos minutos más a acomodar su cabello, formando unas ondas suaves que caían sobre sus hombros.

Cuando terminó, permaneció observando su reflejo durante unos instantes.

A veces todavía le costaba creer cuánto había cambiado su vida en tan poco tiempo.

Con una pequeña sonrisa tomó los zapatos entre las manos y salió de su casa. No quería maltratarlos antes de llegar al salón, así que decidió ponérselos hasta el último momento.

Cruzó la corta distancia que separaba ambas casas y entró con la confianza de quien ya se sentía parte de aquel lugar.

—¿Amor? —llamó mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Desde el baño escuchó inmediatamente la voz de Samuel.

—¡Ya casi! Estoy terminando de alistarme.

Unos segundos después, Samuel salió del baño mientras terminaba de acomodarse los puños de la camisa y se inclinaba para ajustarse los zapatos.

Cuando levantó la cabeza, encontró a Aylin observándolo fijamente desde la puerta.

La camisa negra, el saco perfectamente acomodado y el cabello recién peinado hacían que se viera aún más elegante de lo habitual.

—Ay... pero qué hombre más guapo.

—¿Así me recibes?

—Solo estoy diciendo la verdad.

Él terminó de acomodarse la chaqueta y caminó hasta quedar frente a ella.

—Curioso... porque yo iba a decir exactamente lo mismo.

Sus ojos se detuvieron en Aylin unos segundos más.

—Cada vez que te veo pienso que es imposible que te veas más hermosa... y siempre consigues demostrarme que estaba equivocado.

Con una sonrisa divertida, Aylin terminó empujando suavemente a Samuel hacia la puerta para que, de una vez por todas, se decidiera a salir.

Él soltó una pequeña risa mientras tomaba las llaves del carro que descansaban sobre una mesa cercana. Antes de abrir la puerta, volvió la vista hacia ella y permaneció unos segundos observándola en silencio.

Había algo en la manera en que sonreía, en la tranquilidad que transmitía y en la forma tan natural en que llenaba cualquier lugar con su presencia, que hizo que por un instante olvidara todo lo que ocurría a su alrededor.

Cuando llegaron, el ambiente ya era muy distinto al de la mañana. Poco a poco los invitados comenzaban a reunirse nuevamente. Algunas personas conversaban animadamente en la entrada, otras terminaban de acomodar los últimos detalles de la decoración y no faltaban quienes aprovechaban para tomarse fotografías antes de que iniciara la celebración.

El salón lucía incluso más hermoso que la noche anterior. Las luces cálidas iluminaban cada rincón, los arreglos florales resaltaban sobre las mesas y la decoración parecía haber cobrado todavía más vida conforme caía la tarde.

Samuel recorrió el lugar con la mirada, completamente impresionado.

No pudo evitar sonreír al pensar que aquello parecía más una elegante recepción de boda que una fiesta de cumpleaños.

A unos pasos de él, Aylin acomodó con delicadeza la caída de su vestido antes de continuar caminando. Aunque intentaba actuar con naturalidad, todavía seguía sintiéndose un poco avergonzada por toda la atención que estaba recibiendo.

Apenas cruzaron la entrada, varias personas comenzaron a acercarse para saludarlos. Entre abrazos, sonrisas y nuevas felicitaciones, ambos fueron avanzando lentamente por el salón, disfrutando del ambiente cálido que los rodeaba y de la alegría que compartían con todos.

Aylin no pudo evitar sonreír mientras recorría el salón con la mirada. Aunque ya había estado allí la noche anterior, ahora todo parecía diferente. La pista de baile ocupaba el centro del lugar, más amplia de lo que recordaba, y las luces cálidas que colgaban del techo envolvían el ambiente con un aire acogedor y elegante.

Fue entonces cuando algo llamó su atención.

Al fondo del salón había una enorme pantalla instalada frente a todos los invitados.

Miró a Valentina en busca de una explicación. Sin embargo, su amiga solo sonrió con esa expresión de quien estaba guardando un secreto demasiado grande para revelarlo antes de tiempo.

Aylin comprendió que preguntar no serviría de nada.

Pocos segundos después, la música volvió a llenar el salón y la celebración continuó como si apenas estuviera comenzando. Las conversaciones se mezclaban con las risas, los niños corrían entre las mesas y varias parejas ya ocupaban la pista de baile mientras otros invitados aprovechaban para tomarse fotografías y compartir entre ellos.

El ambiente estaba lleno de vida.

Samuel se acercó hasta ella con una sonrisa tranquila y, sin necesidad de decir demasiado, extendió una mano hacia la suya.

—¿Me regalas ese baile que te pedí hace unas horas?

Miró la mano que Samuel le ofrecía y, sin pensarlo demasiado, colocó la suya sobre la de él.

—Está bien.

Samuel entrelazó suavemente sus dedos y la condujo hasta el centro del salón. Apenas comenzó la música, apoyó una mano con delicadeza sobre su cintura mientras la otra seguía sosteniendo la de ella.

Aylin dejó escapar una pequeña risa, todavía un poco apenada por sentir que algunas personas los observaban, pero poco a poco dejó de prestar atención a todo lo que ocurría alrededor.

Durante unos minutos solo existieron ellos dos.

Las luces cálidas iluminaban el salón, la música envolvía el ambiente y ambos comenzaron a moverse lentamente, disfrutando de aquel instante.

La celebración transcurría entre risas, conversaciones y música. Aylin caminaba de una mesa a otra saludando a las personas que habían llegado para acompañarla. Todavía le costaba creer que toda aquella noche hubiera sido organizada para ella.

Sin embargo, cuando parecía que todo seguía con normalidad, algo comenzó a cambiar.

Las luces del salón fueron apagándose lentamente, una tras otra, hasta dejar el lugar iluminado únicamente por una tenue luz ambiental.

La música se desvaneció poco a poco, haciendo que las conversaciones también fueran disminuyendo. Uno a uno, los invitados dirigieron la mirada hacia el frente del salón, donde una enorme pantalla comenzaba a encenderse.

En ese momento, la pastora caminó hasta el frente con un micrófono entre las manos. Su expresión era diferente a la de hacía unos minutos; ya no sonreía con la misma alegría, sino que reflejaba una serenidad que hizo que todo el ambiente se volviera más solemne.

—Antes de terminar esta noche... hay algo muy especial que queremos compartir con todos ustedes.

La pastora volvió la vista hacia la pantalla y respiró hondo antes de continuar.

—Ayer celebramos un año más de vida de Aylin, pero esta noche también queremos recordar a una persona que marcó profundamente la vida de muchos de los que estamos aquí... y, especialmente, la de ella.

La pastora buscó a Aylin entre los invitados.

Con una voz mucho más suave, le pidió que se acercara al frente, pues lo que estaban a punto de mostrar había sido pensado especialmente para ella.

Sin entender del todo lo que ocurría, se levantó lentamente de su silla. Cada paso que daba parecía más pesado que el anterior. El murmullo del salón había desaparecido por completo y lo único que podía escucharse era el leve sonido de sus tacones sobre el piso mientras avanzaba hacia la enorme pantalla que permanecía apagada.

Al llegar, la pastora tomó su mano con delicadeza.

Le explicó que, unos días atrás, habían logrado recuperar un video almacenado en el celular de Ángel y que, después de pensarlo mucho, habían llegado a la conclusión de que era el momento indicado para mostrárselo.

Las luces del salón comenzaron a atenuarse poco a poco hasta que el lugar quedó sumido en una penumbra tranquila. Durante unos segundos solo se escuchó el leve zumbido del proyector antes de que la pantalla cobrara vida.

La imagen apareció primero borrosa, cubierta por pequeñas interferencias que desaparecieron lentamente. Cuando finalmente se aclaró, el corazón de Aylin pareció detenerse.

Ángel estaba al otro lado de la pantalla.

Se encontraba sentado en un lugar sencillo y silencioso, sosteniendo el celular entre las manos. Aunque intentaba sonreír, había un cansancio evidente en su rostro y en su mirada, como si hubiera pasado mucho tiempo pensando en todo lo que quería decir.

Mientras el video avanzaba, la voz de Ángel comenzó a llenar el salón.

Sus primeras palabras estuvieron dirigidas a Aylin. Le agradecía por haber llegado a su vida, por haberle permitido conocer un amor que jamás imaginó experimentar y por todos los momentos que compartieron juntos. También le pedía perdón por no haber podido quedarse más tiempo a su lado.

Ángel también habló de Samuel.

Con una serenidad que conmovió a todos los presentes, expresó la confianza que tenía en él y le pidió que cuidara de Aylin. Explicó que había aprendido a conocer el corazón que muchos no alcanzaban a ver y que, si algún día él ya no estaba, no podía imaginar una mejor persona para acompañarla y protegerla.

Varias personas comenzaron a secarse las lágrimas.

El silencio dentro del salón era absoluto.

Ángel le pidió que jamás sintiera culpa por seguir adelante. Le rogó que, si algún día encontraba una nueva razón para sonreír, no la rechazara por miedo a pensar que lo estaba olvidando.

Porque, según sus propias palabras, quien ama de verdad solo desea la felicidad de la persona que ama, incluso cuando ya no puede caminar a su lado.

Cada frase parecía romper un poco más el corazón de Aylin.

Recordó cada abrazo, cada conversación, cada discusión sin importancia y cada momento compartido con él.

La grabación avanzó mientras Ángel agradecía por todo lo que habían vivido juntos. Habló de los recuerdos que conservaría, de lo importante que ella había sido para su vida y del orgullo que siempre sentiría por verla levantarse una y otra vez, incluso en los momentos más difíciles.

Apenas la pantalla se apagó, Aylin ya no pudo contener las lágrimas.

La pastora no dudó ni un segundo. Caminó rápidamente hasta ella y la abrazó con fuerza, sosteniéndola mientras Aylin lloraba desconsoladamente sobre su hombro.

Con delicadeza, la condujo hasta una de las mesas para que pudiera sentarse.

Fue entonces cuando un leve sonido salió de los parlantes del salón.

La pastora abrió los ojos de inmediato.

—Aylin... sácalo de ahí, ahora mismo.

Sin perder un segundo, Aylin se levantó y caminó apresuradamente hasta donde estaba Samuel.

Apenas llegó a su lado, percibió un fuerte olor a alcohol.

—Samuel... ¿qué tomaste?

—Nada... solo un trago. ¿Qué tiene de malo?

—¿Un trago? ¿De verdad me vas a decir que solo fue uno?

Sin esperar respuesta, tomó con cuidado el micrófono de sus manos antes de que pudiera seguir hablando.

Él intentó resistirse un poco, murmurando que estaba bien y que podía seguir hablando, pero apenas dio un par de pasos perdió ligeramente el equilibrio.

Aylin terminó sosteniéndolo del brazo para que no cayera.

Varias personas observaron la escena en silencio, comprendiendo que lo mejor era dejar que ella se encargara.

Sin llamar más la atención, Aylin lo condujo hasta el baño del salón, esperando que el aire fresco y un poco de agua lo ayudaran a reaccionar antes de que dijera algo de lo que después pudiera arrepentirse.

Dentro del baño, Aylin cerró la puerta detrás de ellos mientras Samuel se apoyaba contra el lavamanos intentando mantenerse firme.

—Amor... no te enojes conmigo —murmuró él bajando la mirada.

—Samuel... ¿qué te pasa?

—Nada. Solo que sigo pensando que yo soy culpable de que Ángel no esté aquí.

—Samuel... ya hablamos de esto.

—Pero es verdad, Aylin. Si yo hubiera hecho las cosas diferente... si hubiera estado más atento...

—¡Samuel! —lo interrumpió ella con firmeza.

Aylin se acercó un poco más.

—No puedes seguir castigándote por algo que ya no puedes cambiar.

Aylin miró hacia la puerta del baño y luego volvió a verlo.

Sabía que afuera había personas esperando. Sabía que era su cumpleaños y que no quería que aquel momento terminara convirtiéndose en otra herida.

—¿Sabes qué? —dijo finalmente con un suspiro—. Haz lo que quieras, Samuel.

—¿Qué?

—Me están esperando afuera. Y no voy a quedarme aquí peleando contigo mientras tú sigues intentando hacerte daño.

Samuel abrió la boca para responder, pero no encontró qué decir.

—Solo espero que algún día entiendas que Ángel no te dejó una responsabilidad... te dejó una confianza.

Antes de salir, se detuvo unos segundos y lo miró.

—Cuando estés listo para dejar de culparte, hablamos.

Cuando Aylin salió del baño, el bullicio del salón había desaparecido casi por completo. Al levantar la vista, notó que todos los invitados estaban reunidos en el exterior. Cada persona sostenía una vela encendida y un globo blanco entre las manos, iluminados únicamente por la tenue luz de las llamas y los faroles que rodeaban el lugar.

La pastora se acercó despacio y, con una sonrisa llena de ternura, tomó sus manos entre las suyas.

—Queremos terminar esta noche recordándolo de la forma más bonita posible.

Aylin sintió un nudo formarse en su garganta. Miró a las personas que la rodeaban y comprendió que aquel momento no era para abrir una herida, sino para honrar el recuerdo de alguien que había sido importante para todos.

Durante unos segundos permaneció en silencio, intentando controlar el temblor de sus manos. Luego cerró los ojos y comenzó a cantar una de las canciones favoritas de Ángel.

Su voz salió suave, cargada de emoción, pero firme.

Con cada estrofa, el ambiente se fue llenando de una nostalgia serena. No era un dolor desesperado, sino ese tipo de tristeza que abraza el corazón mientras recuerda con amor a quien ya no está.

Poco a poco, varias personas comenzaron a llorar en silencio. Algunos levantaban las velas hacia el cielo; otros simplemente escuchaban con los ojos cerrados, dejando que la letra de la canción hablara por ellos.

Cuando la última nota se desvaneció en el aire, el silencio permaneció unos instantes. Nadie quiso romper aquel momento.

La pastora dio un paso al frente e invitó a todos a inclinar la cabeza para hacer una oración. Entre palabras de agradecimiento, consuelo y esperanza, pidieron por las familias que seguían llevando el peso de la ausencia y agradecieron por la vida que Ángel había compartido con quienes lo amaban.

Al terminar, todos levantaron los globos blancos.

Aylin observó el suyo durante unos segundos antes de soltar el hilo entre sus dedos.

Uno a uno comenzaron a elevarse lentamente hacia el cielo oscuro, alejándose poco a poco hasta convertirse en pequeños puntos blancos entre las luces de la ciudad.

Ella siguió su recorrido con la mirada hasta perderlos de vista.

Las lágrimas descendían silenciosamente por sus mejillas, pero esta vez no eran únicamente de tristeza. También había gratitud. Gratitud por haber podido despedirse una vez más de alguien que siempre ocuparía un lugar especial en su corazón.

Cuando el momento terminó, todos regresaron lentamente al interior del salón. Antes de que los invitados comenzaran a marcharse, Aylin se colocó cerca de la entrada para despedirse de cada uno.

—De verdad... muchas gracias por compartir este día conmigo. Gracias por cada abrazo, por cada palabra bonita, por cada regalo y, sobre todo, por hacerme sentir tan querida. Nunca voy a olvidar todo lo que hicieron por mí hoy.

Su voz se quebró ligeramente.

—Voy a abrir cada uno de esos regalos con muchísimo cariño. Gracias por regalarme un cumpleaños que jamás imaginé vivir. Los quiero muchísimo.

Varias personas volvieron a abrazarla antes de despedirse. Poco a poco, el salón fue quedando vacío. Las conversaciones se apagaron, las luces comenzaron a disminuir y solo quedaron algunos jóvenes ayudando a recoger las últimas cosas.

Se despidió rápidamente de quienes aún permanecían allí y caminó con paso apresurado hacia el baño, preguntándose cómo iba a llevarlo a casa en el estado en el que se encontraba.

Samuel apenas podía mantenerse despierto. El alcohol, sumado al impacto emocional que le había provocado el video de Ángel, lo había dejado completamente abatido. Permanecía sentado dentro del baño, con la espalda apoyada contra la pared y la mirada perdida, como si todavía siguiera escuchando cada una de las palabras que habían resonado en el salón unos minutos antes.

Aylin lo observó con preocupación durante unos instantes. Sabía que él no estaba actuando así por diversión ni por irresponsabilidad; simplemente había sido demasiado para él. Aun así, entendía que no podía llevárselo sola en ese estado.

Respiró hondo y salió del baño en busca de ayuda.

El salón ya casi estaba vacío. La mayoría de los invitados se había despedido y solo quedaban algunas personas terminando de recoger las mesas, acomodando las sillas y guardando la decoración. El ambiente, que unas horas antes había estado lleno de música, risas y celebración, ahora era tranquilo, acompañado únicamente por las conversaciones bajas de quienes ayudaban a dejar todo en orden.

Mientras caminaba por el lugar, divisó al pastor de jóvenes y al líder del ministerio moviendo unas cajas. Ambos trabajaban en silencio hasta que notaron la expresión preocupada de Aylin acercándose a ellos.

De inmediato dejaron lo que estaban haciendo.

—¿Qué pasó, Aylin? —preguntó el pastor al notar que algo no estaba bien.

Ella suspiró con cansancio antes de responder.

—Necesito un favor... Samuel no está nada bien. Creo que tomó más de la cuenta y ahora casi no puede mantenerse despierto. No puedo llevármelo sola.

Los dos intercambiaron una rápida mirada y, sin hacer más preguntas, caminaron junto a ella hacia el baño para ayudarla.

El pastor y el líder entraron al baño sin perder tiempo. Al encontrar a Samuel, comprendieron de inmediato que apenas podía mantenerse consciente. Entre los dos lo ayudaron a incorporarse con cuidado, sosteniéndolo por los brazos para que no perdiera el equilibrio.

—Tranquilo, hermano... despacio —dijo el pastor con voz serena mientras lo ayudaban a caminar.

Con paciencia, lograron sacarlo del salón y lo llevaron hasta el carro. Entre los dos lo acomodaron en el asiento trasero, procurando que quedara lo más cómodo posible antes de cerrar la puerta.

Mientras ellos terminaban de ayudar a Samuel, Aylin permaneció unos segundos observando el interior del salón.

Las mesas seguían llenas de bolsas de regalo, arreglos florales y cajas cuidadosamente envueltas. Había tantos obsequios que apenas quedaba espacio libre.

Entonces cayó en la cuenta de algo que hasta ese momento no había pensado.

Todo aquello tenía que llevárselo a casa... y, conociendo el tamaño de su habitación, estaba casi segura de que no iba a caber absolutamente nada.

Con una pequeña sonrisa, comenzó a buscar con la mirada a la pastora entre las pocas personas que todavía permanecían en el salón. Después de unos segundos la encontró, guardando algunas decoraciones junto a unas cajas.

Caminó hasta ella.

—Pastora...

La mujer levantó la vista de inmediato y le sonrió con cariño.

—Dime, mi niña.

—¿Será que puedes guardarme todos los regalos por unos días? En mi cuarto no va a caber nada y ahorita tampoco tengo cómo llevarlo. Yo paso después a recogerlo.

—Claro que sí. No te preocupes por eso. Yo me encargo de guardarlo todo

—Muchas gracias... de verdad.

—No tienes nada que agradecer. Hoy solo preocúpate por descansar.

En ese momento, Valentina apareció caminando casi a la carrera y, sin decir una palabra, rodeó a Aylin con un fuerte abrazo.

—Cuida mucho a Samuel, ¿sí?

Aylin giró la mirada hacia el carro, donde el pastor y el líder terminaban de acomodarlo en el asiento trasero.

—Lo haré.

—Bueno... feliz cumpleaños otra vez, hermosa.

—Gracias por todo, Vale.

Después de despedirse también de la pastora y de las pocas personas que seguían ayudando a recoger el salón, caminó lentamente hasta el carro.

Aquel día había estado lleno de emociones tan intensas que apenas sentía el cansancio acumulado en su cuerpo.

Respiró profundamente antes de abrir la puerta y subir al carro donde Samuel ya permanecía completamente recostado sobre el asiento trasero.

Las últimas luces del salón comenzaron a apagarse una a una, dejando únicamente una iluminación tenue mientras los encargados terminaban de cerrar el lugar.

Samuel permanecía recostado en el asiento trasero del carro, profundamente dormido. El alcohol habían terminado por vencerlo por completo. Su respiración era lenta y tranquila, pero en su rostro todavía se alcanzaba a notar el cansancio emocional que llevaba encima.

El líder puso el carro en marcha y comenzó a conducir en dirección a la casa de Samuel.

Durante los primeros minutos ninguno de los dos dijo una sola palabra. Las calles estaban casi desiertas y la luz amarillenta de los postes se reflejaba sobre el parabrisas mientras avanzaban lentamente.

De vez en cuando, Aylin giraba discretamente la cabeza para mirar hacia el asiento trasero.

Samuel seguía profundamente dormido

Después de varios minutos de camino, el carro finalmente se detuvo frente a la casa de Samuel.

El líder apagó el motor y miró por el retrovisor antes de soltar una pequeña sonrisa.

—Ya casi llegamos... A ver si intentas despertarlo.

Aylin giró el cuerpo hacia el asiento trasero y observó a Samuel. Seguía completamente dormido, con la cabeza recostada hacia un lado.

Se acercó un poco más y le acarició suavemente el brazo.

—¿Samuel...? —lo llamó con dulzura.

Él apenas emitió un murmullo inentendible y volvió a quedarse completamente inmóvil, como si el sueño fuera mucho más fuerte que cualquier intento por despertarlo.

—No... definitivamente no se va a levantar solo —comentó el líder con una sonrisa divertida.

—Sí... eso ya lo noté.

Con cuidado Aylin abrió la puerta del carro para abrir el portón de la casa. Apenas tuvo espacio suficiente, hizo una seña para que pudieran entrar.

Entre el pastor y el líder ayudaron a Samuel a bajar del carro. Aunque estaba medio dormido, alcanzó a dar uno que otro paso desordenado antes de volver a apoyarse casi por completo sobre ellos.

—Despacio... ya casi llegamos a la cama —dijo el líder intentando sostenerlo mejor.

Samuel volvió a murmurar algo que ninguno logró entender.

Aylin caminó delante de ellos, abriendo la puerta principal y despejando el camino hasta la habitación para que pudieran entrar sin dificultad.

Con mucho cuidado lo acostaron sobre la cama, procurando no despertarlo bruscamente. Apenas sintió el colchón, Samuel soltó un profundo suspiro y continuó durmiendo.

Aylin acomodó la almohada bajo su cabeza y apartó con delicadeza un mechón de cabello que le caía sobre el rostro.

Por unos segundos se quedó observándolo en silencio.

Todavía le dolía recordar las palabras que había dicho antes, pero verlo descansar así también le recordaba cuánto había sufrido en silencio durante todo ese tiempo.

Finalmente levantó la mirada hacia el líder y el pastor.

—De verdad... muchas gracias por ayudarme.

El pastor le sonrió con amabilidad.

—No tienes nada que agradecer. Para eso estamos.

—Cualquier cosa que necesites, nos llamas —añadió el líder antes de despedirse.

—Buenas noches.

Cuando el pastor y el líder se marcharon, el apartamento volvió a quedar completamente en silencio.

Aylin cerró la puerta del cuarto con cuidado y permaneció unos segundos observando a Samuel. Dormía profundamente, completamente ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Tenía el cabello desordenado, la camisa ligeramente arrugada y el rostro todavía conservaba las huellas de las lágrimas que había derramado aquella noche.

Con un suspiro, caminó despacio hasta la cama y se sentó a su lado.

Lo contempló durante unos instantes sin decir una palabra. Nunca lo había visto tan vulnerable. Samuel siempre intentaba mostrarse fuerte, dispuesto a proteger a todos los que amaba, pero esa noche había sido diferente.

—¿Por qué cargas con tanto dolor tú solo...? —susurró, casi como si hablara consigo misma.

Permaneció a su lado unos minutos más, acariciando distraídamente su mano, hasta que recordó que todavía seguía usando el vestido de la fiesta.

Se levantó con cuidado para no despertarlo y regresó a su casa. Allí se cambió por una ropa mucho más cómoda, recogió algunas cosas que podía necesitar y, pocos minutos después, volvió nuevamente al apartamento.

Sin querer interrumpir su descanso, comenzó a ordenar un poco el apartamento. Lavó algunos platos que habían quedado en el fregadero, acomodó la sala y recogió varias cosas que estaban fuera de lugar. Era una forma sencilla de mantenerse ocupada mientras él descansaba.

Cuando terminó, caminó hasta la cocina y buscó entre los muebles algo para tomar. Encontró un frasco de café instantáneo y decidió prepararse una taza caliente.

Con la taza entre las manos regresó a la habitación.

Se sentó nuevamente junto a Samuel, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama mientras bebía pequeños sorbos de café. El apartamento permanecía completamente silencioso, iluminado únicamente por la tenue luz que comenzaba a filtrarse por las ventanas.

Poco a poco, el cansancio acumulado durante toda la noche empezó a vencerla.

Dejó la taza sobre la mesa de noche, se acomodó con cuidado para no despertarlo y, casi sin darse cuenta, terminó quedándose dormida a su lado.

A la mañana siguiente, Aylin abrió lentamente los ojos al notar que la habitación comenzaba a llenarse de la luz del día.

Miró la hora en el celular.

Todavía tenía tiempo antes de entrar al colegio.

Se incorporó despacio para no hacer ruido y giró la cabeza hacia Samuel.

Su respiración era mucho más tranquila que la noche anterior y su expresión ya no reflejaba la misma angustia que había visto antes de quedarse dormido.

Salió del cuarto en silencio y caminó hasta la cocina pensando en prepararle algo de desayuno para cuando despertara.

Mientras abría la refrigeradora y buscaba algunos ingredientes, no pudo evitar pensar que, cuidar de él en un momento como ese era lo mínimo que podía hacer.

Al terminar de preparar el desayuno, Aylin acomodó todo sobre una bandeja y caminó hasta la habitación de Samuel.

Empujó la puerta con suavidad y encontró que él apenas comenzaba a despertar. Permanecía acostado, con el cabello completamente despeinado y los ojos entrecerrados por el sueño. La luz que entraba por la ventana lo obligó a cubrirse el rostro por un instante antes de volver a abrir los ojos lentamente.

—Hola... ya amaneciste.

Samuel giró apenas la cabeza hacia ella y tardó unos segundos en reconocerla.

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz ronca, todavía medio dormido.

—Todavía es temprano.

—Pensé que ya era tardísimo...

Aylin soltó una pequeña risa mientras dejaba la bandeja sobre la mesa de noche.

—Con razón no querías abrir los ojos.

Samuel sonrió apenas, pero el gesto desapareció cuando notó que Aylin seguía observándolo con cierta seriedad.

—Oye... ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿De verdad no recuerdas lo que pasó anoche?

—¿Qué pasó...? No me digas que tú y yo...

Aylin no pudo contener la risa.

—No, eso no. No seas mal pensado.

—Menos mal... ya me había asustado.

—Estoy hablando en serio.

Samuel terminó de incorporarse y se sentó en la cama, apoyando la espalda contra el respaldar.

—Entonces... ¿qué hice?

—Lo que dijiste en la fiesta.

Al principio solo había fragmentos confusos en su cabeza, pero, conforme guardaba silencio, algunos recuerdos comenzaron a regresar.

—No quisiera hablar de eso... —murmuró con sinceridad—. Perdón si te hice pasar un mal momento.

—¿Un mal momento? Samuel... me enojé muchísimo.

—Lo sé... tienes todo el derecho de estar enojada conmigo.

Samuel bajó nuevamente la mirada, incapaz de sostenerle los ojos.

—La verdad... ni siquiera sé por qué tomé tanto. Solo... después de escuchar otra vez la voz de Ángel... sentí que todo volvió a caerme encima.

Aylin permaneció en silencio unos instantes. Al verlo así, con la mirada perdida y el peso de la culpa reflejado en su rostro, comprendió que Samuel no necesitaba un regaño. Necesitaba que alguien le recordara que también merecía dejar de castigarse

Sin decir una sola palabra, se acercó lentamente hasta él y lo abrazó con fuerza.

Samuel tardó apenas unos segundos en corresponderle el abrazo. Al sentirla tan cerca, toda la tensión que había intentado contener desde la noche anterior comenzó a desaparecer poco a poco. Cerró los ojos y apoyó la frente sobre el hombro de Aylin.

Ella acarició suavemente su espalda, transmitiéndole la calma que tantas veces él le había regalado cuando era ella quien sentía que el mundo se derrumbaba.

—Escúchame bien —dijo con dulzura, sin dejar de abrazarlo—. Ángel jamás habría querido verte viviendo con esa culpa. Si ayer nos dejó ese mensaje fue porque

quería que siguiéramos adelante, no que nos destruyéramos por lo que ya no podemos cambiar.

Aylin se apartó apenas lo suficiente para poder mirarlo de frente. Con una ternura infinita, llevó una mano a su rostro y secó una lágrima que comenzaba a deslizarse por su mejilla.

—Siempre va a existir un motivo para volver a sonreír. A veces cuesta encontrarlo, pero está ahí.

Después bajó lentamente la mirada hacia su vientre y colocó con delicadeza una mano sobre él.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Y nosotros ya tenemos uno esperándonos.

Las palabras de Aylin hicieron que Samuel bajara lentamente la mirada hacia el vientre de ella. Casi por instinto, levantó una mano y la apoyó con delicadeza sobre la de Aylin, permaneciendo así durante unos segundos sin decir nada. Aquel pequeño contacto fue suficiente para que una idea comenzara a abrirse paso entre toda la culpa que llevaba cargando desde hacía tanto tiempo.

Comprendió que la vida no se había detenido aquella noche en la que perdió a Ángel. Aunque el dolor seguía formando parte de él, también existía un futuro esperándolo. Todavía había sueños que construir, momentos que vivir y una familia que estaba comenzando a formarse junto a la mujer que amaba.

Pensó en la pequeña niña que venía en camino y en todas las cosas que algún día quería enseñarle. Imaginó sus primeras palabras, sus primeros pasos y cada uno de los recuerdos que todavía no existían, pero que dependían de las decisiones que él tomara desde ese momento. No quería que su futura hija creciera viendo a un hombre consumido por la culpa, sino a un padre que, a pesar de las heridas del pasado, había encontrado la fuerza para levantarse y seguir adelante.

Una sensación de paz comenzó a reemplazar lentamente el peso que llevaba sobre los hombros. Sin darse cuenta, volvió a abrazar a Aylin con más fuerza, cerrando los ojos por un instante mientras respiraba profundamente.

Ya no lo hacía como alguien que seguía aferrado al pasado, sino como un hombre que empezaba a comprender que honrar a quienes ya no estaban también significaba vivir plenamente por quienes todavía permanecían a su lado.

17

Una razón para sonreír

*"*Incluso después del dolor más profundo, siempre puede nacer una nueva esperanza.*"

Sin darse cuenta, los días comenzaron a llenarse de nuevas responsabilidades y de pequeños momentos que, poco a poco, se estaban convirtiendo en parte de su rutina. Entre las citas médicas para controlar el embarazo, las compras para la bebé, los antojos inesperados a cualquier hora del día y las divertidas discusiones con Samuel, ambos iban aprendiendo a vivir una etapa completamente nueva.

No era una vida perfecta, pero sí una vida mucho más tranquila de la que habían tenido meses atrás.

Comenzaban a disfrutar de una calma que durante mucho tiempo creyeron imposible. Ya no pasaban los días sobreviviendo al dolor, sino construyendo poco a poco un futuro que los ilusionaba cada vez más.

Aquella tarde, Aylin se encontraba en su habitación terminando varios trabajos del colegio desde la computadora. De vez en cuando hacía una pausa para acomodarse en la silla, pues el embarazo comenzaba a hacerse notar. Aunque su vientre todavía no era demasiado grande, ya tenía el tamaño suficiente para recordarle, con cada movimiento, que una pequeña vida crecía dentro de ella.

Cuando finalmente terminó, cerró la computadora con un suspiro de satisfacción y estiró un poco los brazos para aliviar el cansancio. Luego tomó el celular, pensando en distraerse unos minutos antes de continuar con el resto de sus pendientes.

Fue entonces cuando una notificación apareció en la pantalla.

—Hola, amor.

Sin pensarlo demasiado, respondió de inmediato.

—Hola, amor.

No habían pasado ni unos segundos cuando el celular volvió a vibrar.

—Necesito que salgas. Hoy vamos a tener una tarde de compras.

—¿Cómo así?

—Solo sal. Estoy afuera esperándote.

Ella abrió los ojos con sorpresa. Se levantó rápidamente de la cama y caminó hasta la ventana. Corrió apenas la cortina y, al mirar hacia afuera, no pudo evitar sonreír.

Ahí estaba Samuel, apoyado tranquilamente sobre el carro mientras revisaba el celular, completamente ajeno a que ella lo observaba desde la habitación.

—Este muchacho...

Sin perder más tiempo, salió de la habitación para salir hasta afuera.

—¡Mamá, ya vuelvo! —avisó antes de salir de la casa.

Samuel levantó la mirada al escuchar que la puerta se abría y, apenas la vio acercarse, una sonrisa apareció en su rostro.

—Hola, preciosa.

—Hola... —respondió ella, todavía intrigada—. Dame un par de minutos. Solo voy a ponerme los zapatos y algo un poco más cómodo.

Samuel asintió con tranquilidad.

—No hay prisa. Aquí te espero.

Unos minutos después, Aylin regresó ya lista. Cerró el portón de la casa detrás de ella y caminó hasta el lado del pasajero, sin poder ocultar la curiosidad que llevaba desde que había leído aquel mensaje.

Subió al carro y, apenas cerró la puerta, volvió a mirarlo.

—Bueno... ¿me vas a decir adónde vamos o piensas mantener el suspenso todo el camino?

—Vamos a comprarle todo lo que necesita a esta princesa.

Mientras hablaba, desvió la mirada por un instante hacia el vientre de Aylin. Una sonrisa llena de ilusión apareció en su rostro, de esas que nacían sin esfuerzo cada vez que pensaba en la pequeña que venía en camino.

—Pero apenas tengo seis meses. Todavía falta bastante para que nazca.

Samuel soltó una pequeña risa mientras comenzaba a conducir.

—Lo sé... pero prefiero que nos sobre tiempo y no que nos falte. Además, cualquier cosa puede pasar. Mejor vamos adelantando todo desde ahora.

Había algo enternecedor en la manera en que Samuel hablaba de la bebé. Cada vez que la mencionaba, lo hacía con una ilusión que le iluminaba el rostro, como si ya pudiera imaginarla corriendo por la casa o llamándolo papá por primera vez.

Aquello hizo que una sonrisa apareciera de nuevo en su rostro.

Durante el resto de la tarde recorrieron una tienda tras otra, comparando precios, buscando lo que realmente necesitaban y dejándose llevar por la emoción de preparar la llegada de la pequeña.

Se detuvieron frente a cunas de distintos colores, discutieron cuál sería la más cómoda, escogieron varios paquetes de pañales y terminaron perdiendo más tiempo del que esperaban frente a la sección de ropa para recién nacidos.

Cada prenda parecía más pequeña y tierna que la anterior.

Más de una vez Aylin tomó algún conjunto entre sus manos solo para imaginar cómo se vería su hija usándolo, mientras Samuel no dejaba de sonreír al verla emocionarse por cosas tan sencillas.

Sin darse cuenta, las horas pasaron entre risas, pequeñas decisiones y conversaciones llenas de ilusión. Ambos sintieron que no estaban preparando únicamente la llegada de una bebé.

También estaban construyendo, poco a poco, el hogar con el que tantas veces habían soñado.

Después de recorrer varias tiendas durante toda la tarde y elegir con ilusión cada cosa para la bebé, finalmente emprendieron el camino de regreso. El carro iba lleno de bolsas y cajas que apenas cabían en la cajuela, y los dos no podían evitar sonreír cada vez que hablaban de todo lo que habían comprado.

Al llegar a la casa, Samuel estacionó frente a la entrada y bajó primero. Caminó hasta la cajuela y comenzó a levantar las cajas más grandes mientras intentaba acomodarlas entre sus brazos.

Entonces levantó la mirada hacia Aylin.

—¿Y si te quedas aquí esta noche? —preguntó con una sonrisa tranquila—. Tus padres nunca tienen problema cuando vienes. Además... me gustaría que me acompañaras a armar la cuna y el cochecito.

Aylin lo observó durante unos segundos. Le hizo gracia la ilusión que reflejaban sus ojos; parecía un niño que acababa de recibir el regalo que llevaba meses esperando.

—Si tú quieres... yo me quedo.

—Perfecto. Entonces tenemos mucho trabajo.

Sin perder tiempo, ambos comenzaron a bajar todas las compras. Samuel insistió en cargar las cajas más pesadas, mientras Aylin tomaba las bolsas con la ropa, los pañales y los pequeños accesorios que habían comprado para la bebé.

Apenas dejó una de las cajas sobre el piso de la sala, Samuel soltó un largo suspiro.

—No pensé que una persona tan pequeñita necesitara tantas cosas...

Aylin dejó las bolsas sobre el sofá y no pudo contener la risa.

—Te dije que no te hicieras el fuerte.

—Es que... ¿cómo no voy a poder? Todo esto es para mi hija.

—Bueno... entonces, papá, a trabajar.

—Eso sonó raro... pero me gustó.

Entre los dos comenzaron a abrir las cajas. Muy pronto la sala terminó llena de tablas, tornillos, bolsas plásticas, herramientas e instrucciones esparcidas por todas partes.

Aylin tomó el manual de la cuna y empezó a leerlo con atención.

—Creo que esto va a tardar más de lo que imaginábamos.

Él recibió el manual, lo observó unos instantes y frunció ligeramente el ceño.

—No, no es difícil solo es un poquito confuso.

—Samuel, eso significa exactamente que está difícil.

—No seas negativa. Dale unos cinco minutos y vas a ver que ya tengo media cuna armada.

—Sí, claro... eso mismo dijiste cuando compramos el escritorio y terminaste sobrando tornillos.

—Eso nunca pasó.

—Tengo fotos que demuestran lo contrario.

Mientras él seguía peleando con las instrucciones, Aylin comenzó a doblar con cuidado toda la ropita de la bebé. Cada prenda pasaba lentamente entre sus manos, imaginando el día en que su pequeña pudiera usarla por primera vez.

La casa se llenó de risas, comentarios y pequeñas discusiones sobre cuál era el siguiente paso del manual, convirtiendo aquella tarde en uno de esos recuerdos sencillos que, sin darse cuenta, terminarían siendo de los más valiosos para ambos.

Después de varios intentos, algunos tornillos colocados al revés y muchas risas en el proceso, Samuel finalmente dio un paso hacia atrás para observar su trabajo.

—Listo... al fin terminé.

Había una mezcla de orgullo y alivio en su voz.

Aylin levantó la vista desde la pequeña ropa que seguía doblando y sonrió al ver la cuna completamente armada.

—Te quedó muy bonita.

Samuel dejó escapar un suspiro cansado mientras se pasaba una mano por la frente.

—No vuelvo a decir que armar una cuna es fácil.

—Te lo advertí desde el principio.

Él negó con una sonrisa resignada, acomodó las últimas herramientas y recogió las bolsas vacías que habían quedado regadas por la sala. Cuando terminó de organizar el pequeño desastre que habían hecho durante toda la tarde, caminó hasta donde estaba Aylin y, sin decir una palabra, se dejó caer a su lado sobre la cama.

—Creo que ya trabajamos suficiente por hoy —murmuró mientras estiraba los brazos—. ¿Qué te parece si vemos una película?

Aylin volvió el rostro hacia él y sonrió con cansancio.

—Me parece una muy buena idea. Voy a buscar algo para comer y regreso.

—Perfecto... mientras tanto yo busco una película que no termine haciéndonos dormir.

Ella soltó una pequeña risa antes de salir de la habitación.

Unos minutos después regresó con una pequeña taza llena de botanas. La dejó sobre la cama, se acomodó junto a Samuel y terminó recostándose sobre su pecho con toda naturalidad.

Él pasó un brazo alrededor de sus hombros mientras comenzaba la película.

Durante varios minutos permanecieron así, completamente tranquilos.

La televisión seguía reproduciendo escenas una tras otra, pero ninguno de los dos parecía realmente interesado en lo que estaba ocurriendo en la pantalla.

A mitad de la película, Aylin levantó lentamente la cabeza.

Permaneció unos segundos observando el rostro de Samuel mientras él seguía distraído mirando la pantalla.

Sin decir nada, se inclinó hacia él y comenzó a dejar pequeños besos sobre sus labios, lentos y delicados, como si simplemente quisiera recordarle cuánto lo amaba.

La miró con una mezcla de ternura y curiosidad antes de sonreír.

—¿Y eso? —preguntó en voz baja, todavía sintiendo uno de aquellos besos.

—Nada... simplemente tenía ganas de besarte.

Samuel soltó una pequeña risa.

—Definitivamente hoy estás muy cariñosa.

Ella negó suavemente con la cabeza mientras sonreía.

—¿No puedo?

Él levantó una mano y acarició con delicadeza una de sus mejillas.

—Claro que puedes... solo me sorprendiste.

Aylin volvió a acomodarse sobre su pecho, abrazándolo con un poco más de fuerza, como si quisiera quedarse así durante horas.

Samuel permaneció unos segundos observándola en silencio.

Después levantó suavemente su mentón con la punta de los dedos para que volviera a mirarlo.

—Ahora me toca a mí.

Antes de que Aylin pudiera responder, él se inclinó despacio y comenzó a devolverle cada uno de aquellos besos con la misma ternura con la que ella lo había sorprendido.

—¿Qué haces? —preguntó divertida, sin dejar de mirarlo.

Samuel apoyó la frente contra la de ella y sonrió con calidez.

—Solo te estoy devolviendo todo lo que me acabas de regalar.

—Entonces creo que voy a tener que seguir besándote más seguido.

—No me molestaría en absoluto.

Los minutos pasaron entre risas y caricias, hasta que llegó ese momento especial. Fue entonces cuando compartieron su primera noche romántica, la primera vez en la que Aylin se sintió como una princesa. No estaba siendo obligada a nada; estaba con la persona que tanto amaba.

A las horas, la habitación había recuperado poco a poco su calma. Ya no quedaba rastro de los nervios ni de las dudas que habían llenado el ambiente antes; solo permanecía ese silencio extraño que aparece cuando dos personas acaban de compartir algo que cambia la manera en la que se miran.

Aylin se vistió lentamente, todavía con la mente llena de pensamientos. No era solo lo que había ocurrido, sino todo lo que significaba. Había una parte de ella que se sentía feliz, tranquila… pero también había otra que intentaba ordenar todas las emociones nuevas que llevaba dentro. Miró a Samuel de vez en cuando, como si quisiera asegurarse de que él seguía ahí, de que ese momento no había cambiado la forma en la que la veía.

Movida por la curiosidad y buscando distraerse un poco, se sentó frente al piano. Sus dedos recorrieron las teclas con suavidad, dejando salir algunas notas sin una melodía definida. Mientras tanto, miraba videos en su celular, buscando alguna canción que lograra expresar aquello que no sabía cómo decir con palabras.

Samuel estaba recostado en la cama, mirando su celular en silencio. Parecía tranquilo, pero su mente también estaba llena de pensamientos. De vez en cuando levantaba la mirada hacia Aylin, observándola mientras tocaba. Había algo diferente en ella, una mezcla de ternura y vulnerabilidad que lo hacía quedarse en silencio, simplemente disfrutando de verla.

El ambiente era tranquilo… demasiado tranquilo.

Aylin seguía concentrada en el piano cuando sintió que algo cambió en la habitación. Levantó la mirada y vio a Samuel incorporarse de la cama. Él tomó sus zapatos, se los puso rápidamente y agarró su celular.

Por un instante, Aylin se quedó mirándolo, intentando entender qué estaba pasando. Después de todo lo que habían compartido, esa distancia repentina le pareció extraña.

Samuel caminó hacia la puerta mientras ella permanecía sentada frente al piano, con las manos aún sobre las teclas.

—¿Ya te vas? —preguntó Aylin suavemente.

Su voz no sonaba molesta, solo sorprendida.

Samuel se detuvo por un momento con la mano sobre la puerta. Giró para verla y en su mirada había algo que Aylin no logró descifrar del todo. Era como si ambos estuvieran aprendiendo a enfrentarse a una nueva etapa, una donde ya no solo importaban los momentos felices, sino también la forma en la que cuidaban lo que acababan de construir.

—Ya vengo, ¿sí? Confía en mí.

La voz de Samuel fue suave, pero había algo en ella que hizo que el corazón de Aylin se encogiera.

—Samuel...

Él se giró apenas lo suficiente para mirarla. Dibujó una sonrisa pequeña, de esas que intentan transmitir calma aunque por dentro todo esté revuelto.

—Si no regreso... cuida a esta muñeca, ¿sí?

Aylin sintió cómo un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aquellas palabras le atravesaron el pecho como una aguja. Después de todo lo que habían vivido juntos, después de haber compartido el momento más importante de su relación apenas unas horas antes, escuchar eso era como si alguien le arrancara el aire de los pulmones.

Se levantó de inmediato del banco del piano.

—No digas eso... —murmuró con la voz quebrada—. Dime a dónde vas.

Samuel bajó la mirada durante unos segundos. Sus dedos apretaban con fuerza el celular, como si estuviera luchando contra algo que solo él conocía. Parecía debatirse entre decir la verdad o guardársela para protegerla.

Finalmente respiró hondo y negó lentamente con la cabeza.

—No te preocupes.

Aylin dio un paso hacia él.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? Acabas de decirme "si no regreso". Samuel... no me dejes así. No después de todo lo que acabamos de vivir.

Él levantó la vista. Sus ojos brillaban con una mezcla de amor, culpa y miedo. Se acercó despacio, acarició la mejilla de Aylin con la yema de los dedos y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Hay cosas que tengo que hacer.

Aylin sintió que las lágrimas comenzaban a acumularse en sus ojos. Sin pensarlo, tomó su mano con fuerza, como si al hacerlo pudiera impedir que cruzara esa puerta.

—Por favor... quédate.

Samuel entrelazó sus dedos con los de ella por unos segundos. Quería quedarse. Cada parte de él quería hacerlo. Pero sabía que no podía.

—Te amo.

No esperó una respuesta. Se dio la vuelta y abrió la puerta.

Aylin permaneció inmóvil, sintiendo que el silencio de la habitación se volvía insoportablemente pesado. El sonido de la puerta al cerrarse resonó en todo el apartamento, dejando una sensación de vacío que le oprimía el pecho.

Aylin permaneció inmóvil, con la mirada fija en la puerta. Al principio no se preocupó demasiado; pensó que Samuel ya estaría de camino y que, por alguna razón, simplemente se había retrasado. Intentó convencerse de que no pasaba nada, dándole unos minutos más antes de volver a mirar la hora.

Sin embargo, el tiempo siguió avanzando. Los minutos se convirtieron en casi una hora y Samuel seguía sin aparecer. Afuera, la noche estaba completamente en silencio, y el reloj marcaba casi la una de la madrugada.

El dolor en su vientre iba y venía en pequeñas oleadas, pero eso ya no era lo que más la inquietaba. Lo que realmente comenzaba a asustarla era el silencio de Samuel. Él siempre le avisaba si se demoraba, siempre respondía sus llamadas. Esa ausencia de noticias no era normal.

Con las manos temblorosas, tomó el celular y buscó su contacto. Presionó el botón de llamar mientras contenía la respiración.

—Por favor... contesta... —susurró, casi como una oración.

Esperó unos segundos, pero en lugar de escuchar su voz, solo respondió el frío tono del buzón de voz.

Las horas pasaron con una lentitud desesperante. Aylin apenas pudo cerrar los ojos. Sin embargo, el amanecer llegó sin traer noticias.

Cuando los primeros rayos de sol comenzaron a entrar por la ventana, comprendió que ya no podía seguir esperando. Se levantó con el corazón acelerado, tomó sus cosas y salió de la casa.

El primer lugar al que decidió ir fue la iglesia. Tal vez alguien lo había visto, tal vez había surgido algún imprevisto del que ella no sabía nada. Se aferró a esa pequeña esperanza durante todo el camino.

Al llegar, encontró a los pastores acomodando algunas sillas y limpiando después de las actividades del día anterior. Aylin respiró hondo antes de acercarse a ellos, sintiendo que el miedo crecía con cada paso.

—Hola, pa... —saludó apresuradamente, tratando de mantener la calma.

—Hola, Aylin —respondieron con una sonrisa tranquila—. ¿Cómo estás?

Ella respiró hondo antes de contestar.

—Un poco preocupada...

Los pastores notaron la expresión de angustia en su rostro.

—¿Qué pasó? —preguntó uno de ellos.

Comenzó a contarles todo con sinceridad: les explicó que Samuel se había ido desde la noche anterior, que no había regresado a la casa y que había intentado llamarlo incontables veces, pero el celular siempre enviaba las llamadas directamente al buzón de voz.

Mientras hablaba, los pastores intercambiaron una mirada discreta. Sus rostros reflejaban cierta preocupación.

—Mira... —dijo finalmente uno de ellos—. Ayer Samuel estuvo aquí.

Aylin levantó la cabeza de inmediato.

—¿Aquí?

—Sí. Nos pidió que le abriéramos la iglesia porque quería quedarse un momento a solas para orar. Se veía bastante pensativo.

—¿Y después qué pasó? —preguntó con rapidez.

—Después simplemente se fue. No nos dijo hacia dónde iba.

Las palabras cayeron como un peso sobre ella. Sintió que el pecho se le apretaba otra vez.

—¿De verdad...?

—Sí.

La pastora de jóvenes se acercó despacio y le puso una mano sobre el hombro.

—Aylin, dale un poco de tiempo. Tal vez solo necesitaba estar solo para pensar. Estoy segura de que, cuando esté listo, va a regresar.

Al notar que el ambiente se había vuelto demasiado pesado, la pastora sonrió con suavidad e intentó cambiar de tema.

—Ven, acompáñame un rato. Tengo que salir a comprar unas cosas para la actividad de mañana.

Aylin dudó unos segundos. En realidad no tenía ganas de salir, pero quedarse sola con sus pensamientos tampoco parecía una buena idea.

—Está bien... voy contigo.

Mientras caminaban hacia la salida de la iglesia, la pastora continuó conversando para distraerla.

—Por cierto, no se te olvide que en tres días es la presentación del teatro.

Aylin soltó un pequeño suspiro.

—Sí... ya me avisaron.

Aunque respondía y trataba de seguir la conversación, su mente seguía en otro lugar. Cada minuto volvía a preguntarse dónde estaría Samuel, si estaba bien o si, al menos, había visto todas las llamadas que ella le había hecho.

Después de acompañar a la pastora durante un rato, Aylin regresó a su casa. Apenas entró, fue directamente al baño. El agua caliente le ayudó a relajarse un poco, aunque los dolores que había sentido desde temprano regresaron por momentos. Aun así, esta vez logró soportarlos y, poco a poco, fueron disminuyendo.

Cuando salió del baño ya se sentía un poco más tranquila. Se puso ropa cómoda, se secó el cabello con una toalla y caminó hasta su habitación. Se dejó caer sobre la cama y permaneció unos minutos en silencio, respirando profundamente.

Las horas pasaron lentamente. Aylin intentó distraerse acomodando algunas cosas de la casa, pero cada cierto tiempo terminaba mirando el celular con la esperanza de encontrar una llamada perdida o un mensaje de Samuel. Sin embargo, la pantalla seguía igual de vacía.

Cuando ya estaba cayendo la tarde, el sonido de una notificación rompió el silencio de la habitación.

Era un mensaje de la pastora.

—¿Ya estás lista para que pase por ti? —escribió.

Aylin tomó el celular y respondió casi de inmediato.

—Sí, ya estoy lista.

La respuesta no tardó en llegar.

—Perfecto. Entonces ya subo por ti.

Aylin dejó el celular sobre la cama y se levantó despacio. El dolor en el vientre seguía apareciendo por momentos, como un recordatorio constante de que su cuerpo todavía no estaba bien. Se llevó una mano a la parte baja del abdomen, respiró profundamente y esperó a que la molestia disminuyera un poco antes de salir.

Tomó una chaqueta ligera, cerró la puerta de la casa y esperó afuera. Se apoyó discretamente contra la pared mientras observaba la calle casi vacía. El viento de la tarde movía suavemente las hojas de los árboles y, por unos instantes, todo parecía demasiado tranquilo para el caos que llevaba por dentro.

Aylin cerró los ojos por un momento y soltó un suspiro cuando miro el carro de la pastora

—¡Hola, Aylin! —saludó con una sonrisa cálida al verla esperándola—. ¿Lista?

Aylin le devolvió una pequeña sonrisa, aunque el cansancio en su rostro era evidente.

—Sí... lista.

La pastora notó de inmediato que algo seguía preocupándola. También alcanzó a ver cómo, casi sin darse cuenta, Aylin llevaba una mano al vientre durante unos segundos antes de subir del carro

—¿Cómo te sientes? —preguntó con preocupación—. Te ves un poquito pálida.

—Estoy bien... solo he tenido algunos dolores desde la mañana. Nada de qué preocuparse.

La pastora la observó unos segundos más, sin terminar de convencerse.

—Bueno... cualquier cosa me avisas, ¿sí? Si te sientes mal, nos devolvemos. Lo importante es que estés bien.

Abrió la puerta del copiloto y subió con cuidado para no hacerse más daño. Se acomodó el cinturón de seguridad.

La pastora esperó a que Aylin terminara de acomodarse y, una vez que vio que llevaba el cinturón puesto, puso el carro en marcha.

Aylin mantenía la vista fija en la ventana. Observaba las calles pasar una tras otra, pero en realidad no prestaba atención a nada. Su mente seguía atrapada en la misma pregunta desde la noche anterior.

La pastora la miró de reojo un par de veces. Notaba que estaba más callada de lo normal. Aylin siempre encontraba algún tema de conversación, aunque fuera algo sencillo, pero ese día apenas había pronunciado unas pocas palabras.

Decidió romper el silencio.

—Y cuéntame... ¿qué hicieron ayer tú y Samuel?

La pregunta hizo que Aylin apartara la vista de la ventana y la mirara por un instante.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en especial. Solo quería saber cómo habían pasado el día.

—No sé... siento que eso forma parte de nuestra privacidad.

No lo dijo de mala manera, pero sí con un tono que dejaba claro que no quería hablar del tema.

La pastora comprendió de inmediato.

—Tienes razón —respondió con una pequeña sonrisa—. Perdón si te incomodé. No era mi intención.

—No... tranquila. Solo que... hay cosas que prefiero guardar entre nosotros.

—Y está bien. No tienes que contarme nada que no quieras.

Aylin intentó concentrarse en el paisaje que pasaba al otro lado de la ventana, pero un dolor volvió a atravesarle el vientre. Esta vez fue más intenso que los anteriores.

Sin pensarlo, llevó una mano al abdomen y respiró profundamente, esperando que la molestia disminuyera. Permaneció en silencio, convencida de que, si no decía nada, el dolor terminaría pasando por sí solo.

Sin embargo, la pastora alcanzó a notar el gesto.

—¿Segura que estás bien? —preguntó, bajando un poco la velocidad del carro mientras la observaba de reojo.

Aylin tardó unos segundos en responder.

—Creo que sí... —murmuró, sin mucha convicción—. Solo siento que hoy todo está... raro.

—¿Te sigue doliendo el vientre?

—No tanto... es más una sensación de angustia. No sé cómo explicarlo.

La pastora guardó silencio por un momento. Conocía bien a Aylin y sabía que, cuando decía que estaba bien, muchas veces solo intentaba no preocupar a los demás.

—Te noto diferente —dijo con calma—. Desde que subiste al carro has estado muy callada.

—Es que tengo muchas cosas en la cabeza... lo de Samuel, la presentación del teatro... y todo lo demás. Supongo que solo estoy cansada.

La pastora asintió despacio, aunque no parecía del todo convencida.

—Bueno... si en algún momento te sientes peor, me lo dices de inmediato. No quiero que te aguantes el dolor por hacerte la fuerte.

—Lo haré. De verdad.

La conversación terminó allí. La pastora decidió no insistir más y continuó conduciendo mientras sonaba música suave en el carro.

La tarde transcurrió entre compras, algunas conversaciones sencillas.

Cuando terminaron, el cielo ya se había oscurecido. Las luces de la ciudad iluminaban las calles mientras emprendían el camino de regreso.

Durante el trayecto, Aylin volvió a desbloquear el celular por costumbre. Esta vez encontró varios mensajes en el grupo que compartía con sus amigos.

Todos estaban organizando una salida al centro comercial para el día siguiente. Entre bromas, audios y mensajes, discutían a qué hora verse y quiénes iban a ir.

Aylin leyó la conversación en silencio. Por un momento pensó que quizá salir un rato le ayudaría a despejar la mente... aunque, en el fondo, sabía que mientras Samuel siguiera sin aparecer, le sería imposible dejar de preocuparse.

Sin pensarlo mucho, escribió en el chat:

—¿Y a mí por qué no me invitaron?

No habían pasado ni unos segundos cuando comenzaron a llegar las respuestas.

—¿Invitarte? ¡Si tú nunca apareces!

—Exacto, siempre estás perdida.

—Además, ya casi vas a tener al bebé. Lo que necesitas es descansar, no andar de paseo.

—Después nos vas a echar la culpa si te cansas.

—Mejor cuando nazca el bebé hacemos una salida todos.

Aylin no pudo evitar reír por lo bajo mientras leía cada mensaje. Sacudió ligeramente la cabeza, divertida por la forma en que todos parecían haberse puesto de acuerdo para responderle.

—Qué exagerados... —murmuró con una sonrisa, sin dejar de mirar la pantalla.

En ese momento se detuvieron frente a un semáforo en rojo.

La pastora, que había alcanzado a escuchar la risa de Aylin, aprovechó el alto para mirarla de reojo.

—Al fin te veo sonreír —comentó con una sonrisa cálida—. ¿Qué fue lo que te dio tanta gracia?

Aylin levantó un poco el celular.

—Nada... son mis amistades. Están organizando una salida y dicen que no me invitaron porque soy la desaparecida del grupo... y porque, según ellos, ya no puedo salir a ningún lado.

—Bueno... un poquito de razón sí tienen.

—¿Ves? Todos se ponen de acuerdo para molestarme.

Sin embargo, la pastora notó que, apenas la risa terminó, Aylin volvió a quedarse pensativa. La alegría solo había durado unos segundos antes de que su expresión regresara a ser la misma de todo el camino.

Aylin permanecía recostada sobre el respaldo del asiento, con las manos entrelazadas sobre su vientre y la mirada perdida a través de la ventana, observando el paisaje sin prestarle realmente atención. La pastora, por su parte, conducía con tranquilidad, aunque de vez en cuando le lanzaba una mirada discreta, preocupada al verla tan callada y distante. Al llegar a otro semáforo cambió a rojo. Redujo la velocidad hasta detener el carro y permaneció unos instantes con la vista fija al frente. Luego respiró hondo, volvió a mirar de reojo a Aylin.

—Aylin... ¿no te preocupa dónde podría estar Samuel?

—Sí me preocupa... pero no quiero hablar de eso.

Su voz sonó cansada, como si ya no tuviera fuerzas para seguir pensando en el mismo asunto.

—Cuando regrese... va a tener que darme muchas explicaciones.

—Me imagino...

La pastora verificó rápidamente ambos lados de la vía y comenzó a avanzar con tranquilidad.

Apenas habían recorrido unos pocos metros dentro de la intersección cuando un fuerte ruido de el motor rompió el silencio.

El impacto sacudió violentamente ambos carros.

El carro de la pastora fue empujado con fuerza hacia un lado y comenzó a girar sobre sí mismo. Las llantas chirriaron contra el pavimento mientras el sonido del metal retorciéndose se mezclaba con el estallido de los vidrios.

Dentro del carro, el cuerpo de Aylin fue lanzado hacia adelante con la violencia del golpe, hasta que el cinturón de seguridad la detuvo bruscamente. Su pierna chocó con fuerza contra el tablero, provocándole un dolor intenso que le arrancó un grito.

La pastora, por reflejo, intentó sujetar el volante para mantener el control. El movimiento fue tan brusco que sintió una fuerte punzada en la muñeca al golpearse contra él.

Solo se escuchaba el humo escapando del motor, el sonido lejano de algunos claxon y las voces desesperadas de las personas que comenzaban a acercarse.

La pastora respiraba con dificultad. Todavía aturdida por el golpe, volvió la cabeza lentamente hacia el asiento del copiloto.

Aylin había quedado inconsciente.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde el accidente. Para ella, todo había quedado sumido en una oscuridad absoluta.

Poco a poco, comenzó a percibir algunos sonidos lejanos. Al principio eran apenas murmullos confusos, imposibles de distinguir. Después escuchó voces que hablaban con rapidez, pasos apresurados alrededor del carro y, finalmente, el sonido inconfundible de las sirenas de una ambulancia que resonaban cada vez más cerca.

Con un ligero gesto de dolor, intentó abrir los ojos.

La luz del sol la golpeó de lleno, obligándola a parpadear varias veces antes de poder enfocar lo que tenía frente a ella. Todo se veía borroso. Las figuras parecían moverse de un lado a otro sin que lograra comprender del todo lo que estaba ocurriendo.

Respiró con dificultad mientras trataba de orientarse.

El carro permanecía detenido a un costado de la vía. La puerta del copiloto estaba completamente abierta y varias personas rodeaban el carro. Algunas hablaban entre sí, otras observaban preocupadas la escena, mientras un par de paramédicos comenzaban a organizar el rescate.

Aylin seguía aturdida.

Sentía un fuerte zumbido en los oídos y le costaba entender lo que las personas decían. Apenas podía mover la cabeza.

Fue entonces cuando desvió lentamente la mirada hacia un lado.

A unos metros de distancia alcanzó a ver a la pastora sentada sobre la acera. Dos paramédicos revisaban su muñeca mientras le hacían algunas preguntas para asegurarse de que se encontraba bien.

La pastora respondió como pudo, pero su atención nunca dejó de estar sobre Aylin.

En cuanto notó que Aylin había abierto los ojos, se incorporó de inmediato, ignorando el dolor que sentía en la muñeca, y caminó apresuradamente hacia el carro con el rostro lleno de preocupación.

—¡Aylin! —exclamó con evidente alivio—. Gracias a Dios... ¿me escuchas? ¿Cómo te sientes?

—Me... me duele la pierna... —susurró con dificultad.

—Mi bebé... —murmuró con la voz entrecortada—. Por favor... revisen a mi bebé.

Los paramédicos se acercaron inmediatamente.

—Tranquila, ya estamos contigo —dijo uno de ellos con voz serena mientras evaluaba rápidamente su estado—. No hagas movimientos bruscos. Vamos a inmovilizarte y llevarte al hospital para revisarte a ti y al bebé.

Con mucho cuidado colocaron un collar cervical y comenzaron a asegurarla sobre una camilla, procurando moverla lo menos posible.

La ambulancia llegó al hospital pocos minutos después.

Apenas se detuvo frente al área de emergencias, los paramédicos bajaron la camilla con rapidez y comenzaron a llevar a Aylin por los pasillos del hospital.

El personal médico reaccionó de inmediato.

Una doctora y dos enfermeras recibieron la camilla apenas cruzó la puerta de emergencias.

—¿Cuántas semanas de embarazo tiene? —preguntó la doctora mientras caminaba junto a la camilla.

— Seis meses... —respondió Aylin con la respiración agitada—. Por favor... revisen primero a mi bebé.

—Lo vamos a hacer. Tranquila, ya estás en buenas manos.

Mientras el equipo médico llevaba a Aylin hacia la sala de evaluación, la pastora llegó unos minutos después al hospital. A pesar del dolor que sentía en la muñeca por el accidente, apenas cruzó la puerta de emergencias sacó su celular. Sabía que los padres de Aylin debían enterarse de lo ocurrido cuanto antes y, sobre todo, saber en qué hospital se encontraba.

La llamada fue respondida casi de inmediato. Con la mayor serenidad que pudo reunir, la pastora les explicó que habían sufrido un accidente de tránsito y que Aylin ya estaba siendo atendida en el área de emergencias. También les comentó que ella permanecía consciente, aunque tenía un fuerte dolor en una de sus piernas, y que los médicos habían decidido revisarla de inmediato debido a su embarazo. Al escuchar la noticia, sus padres le aseguraron que ya iban de camino al hospital.

Después de finalizar la llamada, la pastora guardó el celular y cerró los ojos por un instante. En medio de la preocupación, elevó una breve oración, pidiéndole a Dios

que protegiera a Aylin y a la bebé, mientras esperaba con ansiedad que los médicos salieran con alguna noticia.

Al mismo tiempo, Aylin ya se encontraba dentro de uno de los consultorios de emergencias. Una enfermera levantó con cuidado la parte inferior de su blusa y aplicó una pequeña cantidad de gel frío sobre su abdomen para preparar el ultrasonido. Aylin apenas reaccionó; toda su atención estaba puesta en lo que la doctora pudiera encontrar. Su respiración seguía siendo acelerada y el miedo aún no desaparecía de su rostro.

—Bien… la bebé está bien —dijo la doctora con calma—. Solo que está como "escondida", al parecer sintió el estrés o el susto, pero no hay nada de qué preocuparse. Está todo bien, no le pasó nada.

Aylin soltó un suspiro profundo de alivio. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero esta vez de tranquilidad.

—Gracias a Dios… —susurró.

—Ahora te voy a transferir a otra área para que te revisen el pie y te hagan placas —continuó la doctora.

Las horas pasaron lentamente en el hospital.

Aylin esperaba sentada, mientras los médicos iban y venían. Su tobillo era atendido con calma, y después de varios estudios, otra doctora entró a darle los resultados.

—Tienes el tobillo lastimado —le explicó—. No está roto, pero sí debes guardar reposo.

Después de varias horas de observación y de realizarle todos los exámenes necesarios, la doctora regresó con una pequeña sonrisa.

—Bueno, Aylin... puedes irte a casa.

Aylin levantó la mirada.

—¿De verdad?

—Sí. Tanto tú como la bebé están bien. Solo quiero que guardes reposo durante los próximos días. Nada de esfuerzos físicos, y si vuelves a sentir un dolor muy fuerte o notas algo fuera de lo normal, vienes inmediatamente al hospital.

—Está bien, doctora. Muchas gracias.

La doctora le sonrió con amabilidad antes de salir del consultorio.

Poco después, sus padres entraron para ayudarla.

—¿Lista para irnos? —preguntó su mamá mientras se acercaba a la camilla.

—Sí... ya quiero llegar a la casa.

Sus padres estuvieron a su lado en todo momento. Apenas terminaron los trámites de salida, la ayudaron a subir al carro con mucho cuidado, procurando que no hiciera movimientos bruscos debido al dolor que todavía sentía en la pierna.

El camino de regreso transcurrió casi en silencio.

Aylin observaba distraídamente el paisaje por la ventana. El cansancio se reflejaba en su rostro y sus ojos apenas lograban mantenerse abiertos. Todo lo ocurrido durante el día parecía una pesadilla de la que todavía no terminaba de despertar.

Al llegar a casa, su mamá insistió en ayudarla a entrar, pero Aylin le aseguró que podía caminar despacio por sí sola. Con pasos lentos se dirigió directamente a su habitación, sin ganas de hablar ni de hacer otra cosa.

Apenas cruzó la puerta, dejó el bolso sobre una silla y se quitó los zapatos con cuidado. Se dejó caer lentamente sobre la cama, buscando una posición en la que el dolor de la pierna fuera un poco más soportable.

Con esa paz que tanto había necesitado durante horas, Aylin volvió a cerrar lentamente los ojos. Su respiración comenzó a hacerse más tranquila mientras seguía acariciando su vientre, aferrándose a la certeza de que su bebé estaba bien. Poco a poco, el silencio de la habitación y el agotamiento acumulado por todo lo vivido durante aquel largo día fueron apagando sus pensamientos, hasta que el sueño terminó por vencerla y cayó profundamente dormida.

A la mañana siguiente, los primeros rayos de sol se colaban entre las cortinas de la habitación cuando Aylin comenzó a despertar.

Abrió los ojos lentamente y permaneció unos segundos acostada, todavía sintiendo el cansancio acumulado del día anterior. Todo el cuerpo le dolía un poco, especialmente la pierna que se había golpeado durante el accidente.

Con un suspiro, Aylin tomó el celular que descansaba sobre la mesa de noche. Casi por costumbre abrió la conversación con Samuel, esperando encontrar alguna señal de él. Sin embargo, todo seguía exactamente igual. No había mensajes nuevos, llamadas perdidas ni ninguna notificación que indicara que había intentado comunicarse con ella. Permaneció varios segundos observando la pantalla en silencio, con la esperanza de que apareciera algún mensaje, pero eso nunca ocurrió.

Un pequeño nudo se formó en su garganta. Cerró la conversación, apagó la pantalla del celular y lo dejó nuevamente sobre la mesa de noche. Respiró profundamente para contener la angustia que comenzaba a invadirla otra vez. Tenía demasiadas preguntas y ninguna respuesta, pero sabía que quedarse pensando en ello solo la haría sentirse peor.

Con algo de esfuerzo, apartó las cobijas y se incorporó lentamente. Al apoyar los pies en el suelo sintió la molestia en la pierna que se había golpeado durante el accidente. Permaneció unos segundos inmóvil, esperando que el dolor disminuyera un poco antes de comenzar a caminar. Cada paso era lento y cuidadoso, procurando no hacer movimientos bruscos.

Al salir de la habitación encontró a su mamá terminando de ordenar la casa. Apenas escuchó los pasos de Aylin, levantó la vista y sonrió con el cariño de siempre.

—Buenos días, mi amor.

Aylin le devolvió una pequeña sonrisa, aunque el cansancio y la preocupación todavía se reflejaban en su rostro.

—Hola, mami.

—¿Cómo amaneciste?

—Un poco mejor... pero todavía me duele la pierna cuando camino. Y... también me desperté con un poco de dolor de cabeza.

—¿Estás segura de que te sientes bien? Si todavía te duele mucho, podemos volver al hospital.

—No, creo que no hace falta. Es más el golpe que otra cosa. Solo necesito descansar un poquito más.

—Bueno... pero si el dolor aumenta o te sientes diferente, me lo dices de inmediato. No quiero que aguantes por hacerte la fuerte.

—Te prometo.

Hubo un breve silencio antes de que volviera a hablar.

—Mami...

—¿Sí?

—Cuando termines de hacer todo... ¿me acompañas a caminar un ratito? Aunque sea aquí cerca.

—Claro que sí. Incluso creo que te va a hacer bien salir a tomar un poco de aire.

—Eso pensé... siento que necesito despejar un poco la mente.

—Entonces, cuando terminemos aquí, nos vamos las dos. Pero antes vas a desayunar, porque ayer casi no comiste.

—Está bien... prometo comer.

Esa tarde, Aylin logró sentirse un poco más tranquila.

Después de todo lo ocurrido el día anterior, entre el reposo, el cuidado de su bebé y el cansancio que todavía llevaba encima por haber estado en el hospital, tuvo algunos momentos en los que su mente logró descansar. Incluso hubo instantes en los que se distrajo tanto que dejó de pensar en Samuel.

Por un rato, la preocupación quedó en segundo plano.

Estaba acomodando algunas cosas en su habitación cuando su celular vibró sobre la cama.

Al tomarlo, vio que era un mensaje de la pastora.

—Hola, mi niña. ¿Cómo amaneciste? —decía el mensaje.

—Bien, ya me siento mejor.

—Me alegra mucho saberlo. Estaba preocupada por ti.

Aylin observó la pantalla durante unos momentos antes de escribir nuevamente.

—Pastora... ¿será que tienes tiempo de subir los regalos que me dieron el día de mi cumpleaños?

—Sí, claro. No te preocupes, ya subo todo.

Aylin dejó el celular a un lado y esperó.

Pasaron algunos minutos hasta que escuchó el carro del pastor estacionarse afuera de la casa. Al asomarse por la ventana, vio a la pastora bajando varias bolsas y cajas del carro.

Cuando entró, Aylin la recibió con una sonrisa.

—Hola.

—Hola, muñeca —respondió la pastora con cariño mientras miraba la cantidad de cosas que traía—. ¿Estás con alguien?

—Sí. Voy a llamar a mi mamá para que nos ayude.

Aylin se acercó a la puerta y llamó a su mamá.

—Ma, ¿puedes venir un momento? La pastora necesita ayuda para bajar unas cosas.

La pastora soltó una pequeña risa al ver la cantidad de bolsas.

—Definitivamente necesitas ayuda. Yo sola no iba a poder con todo esto, aparte tengo la muñeca lastimada.

Entre las dos fueron llevando los regalos poco a poco hasta la habitación de Aylin. Algunos quedaron acomodados sobre la cama y otros en la sala mientras encontraban un lugar para organizarlos.

Cuando terminaron, la pastora miró todo alrededor y sonrió.

—Listo. Misión cumplida.

—Pastora, si quieres puedes quedarte a almorzar. Así pasas la tarde con nosotras.

La pastora dudó unos segundos, pero luego sonrió.

En ese momento, la madre de Aylin apareció desde la cocina.

—Amor, ¿tú vas a comer algo?

—No, creo que primero voy a revisar todo esto. Siento que va a llevarme bastante tiempo.

—Bueno, pero después comes algo —respondió su mamá con una sonrisa.

Después de almorzar, la pastora se acercó al cuarto de Aylin. La encontró sentada en la cama, rodeada de algunas cartas y detalles que había recibido.

—¿Qué haces? —preguntó sonriendo.

—Nada... estoy leyendo las cartas que me dejaron.

La pastora se acercó un poco más y observó la cantidad de regalos que todavía faltaban por abrir.

—¿Quieres que te ayude a abrir todo esto?

—Sí, por favor.

La pastora se sentó junto a Aylin en la cama y ambas comenzaron a abrir los regalos uno por uno.

Cada caja que destapaban traía algo diferente. Había maquillaje, ropa para Aylin, pequeños detalles para ella y muchas cosas pensadas para la bebé: pañales, ropita de diferentes tamaños, juguetes, accesorios y hasta una pequeña andadera para cuando creciera y pudiera recorrer la casa por sí sola.

Entre todos los regalos también encontraron una hermosa pañalera donde podría guardar todo lo necesario para la bebé cuando salieran.

Aylin miraba cada cosa con una mezcla de emoción y sorpresa. Hasta ese momento no había tenido muchas cosas preparadas, y ver todo aquello frente a ella hacía que la llegada de su hija se sintiera cada vez más real.

La pastora observaba su reacción con una sonrisa, pero después de unos minutos su expresión cambió ligeramente al recordar algo.

La pastora se sentó junto a Aylin en la cama y ambas comenzaron a abrir los regalos uno por uno.

Cada caja que destapaban traía algo diferente. Había maquillaje, ropa para Aylin, pequeños detalles para ella y muchas cosas pensadas para la bebé: pañales, ropita de diferentes tamaños, juguetes, accesorios y hasta una pequeña andadera para cuando creciera y pudiera recorrer la casa por sí sola.

Entre todos los regalos también encontraron una hermosa pañalera donde podría guardar todo lo necesario para la bebé cuando salieran.

Aylin miraba cada cosa con una mezcla de emoción y sorpresa. Hasta ese momento no había tenido muchas cosas preparadas, y ver todo aquello frente a ella hacía que la llegada de su hija se sintiera cada vez más real.

La pastora observaba su reacción con una sonrisa, pero después de unos minutos su expresión cambió ligeramente al recordar algo.

—Aylin...

Ella levantó la mirada mientras acomodaba una pequeña prenda de bebé.

—¿Sí?

—¿Todavía no tienes preparada la pañalera de la bebé ni nada por si llega el momento?

—No...

—Te quiero preguntar algo...

—¿Qué pasó?

—Esos dolores que me has contado que has sentido... ¿solo han sido dolores o has notado algo más? ¿No has sangrado ni te ha salido nada extraño?

—No, solo han sido los dolores... aunque a veces sí me asustan un poco porque aparecen de repente.

—Por eso mismo creo que es mejor estar preparadas. No quiere decir que vaya a pasar algo, pero es mejor tener todo listo por cualquier cosa.

—Sí, tienes razón.

—Entonces hagamos la pañalera. Así te quedas más tranquila.

—Está bien.

Entre las dos comenzaron a organizar todo con cuidado. Acomodaron pañales, ropa pequeña, unas cobijas, algunos accesorios y todo lo que pensaban que podría necesitar la bebé cuando llegara el momento.

Después de terminar, Aylin miró alrededor de su habitación.

Su clóset ahora estaba lleno de ropa para ella y, a un lado, había un pequeño espacio preparado especialmente para su hija, con prendas diminutas acomodadas con mucho cuidado.

—Todavía me cuesta creer que pronto seré madre.

—Y vas a hacerlo muy bien.

La tarde avanzó sin que Aylin se diera cuenta.

Después de pasar varias horas organizando los regalos y preparando la pañalera de la bebé, la habitación había quedado llena de pequeños detalles que poco a poco le daban forma a ese nuevo capítulo de su vida.

La pastora miró la hora y soltó un pequeño suspiro.

—Bueno, creo que ya debería irme —dijo mientras se levantaba de la cama—. Si no, después me van a regañar por llegar tarde.

—Está bien.

—Cuídate mucho, ¿sí? Y cualquier cosa que necesites me llamas. No importa la hora.

—Gracias por venir y ayudarme.

—Siempre, muñeca.

Cuando la pastora se fue, Aylin regresó a su habitación y dejó la pañalera de la bebé sobre una silla. Por unos segundos se quedó observando todo lo que habían preparado juntas. Ver esas pequeñas cosas listas para su hija le provocaba una mezcla de emoción y nervios, como si poco a poco estuviera entendiendo que ese momento estaba cada vez más cerca.

Miró la hora y se dio cuenta de que ya pasaban de las seis de la tarde. El cansancio comenzó a pesarle después de todo lo que había vivido en los últimos días, se recostó en la cama, tomó su celular y puso algunos videos para distraerse un rato. Poco a poco, el sueño comenzó a vencerla hasta que terminó quedándose profundamente dormida.

Horas después, Aylin despertó lentamente sintiéndose un poco más descansada. Por un momento se quedó acostada mirando el techo, hasta que tomó el celular y revisó la hora. Eran las once de la noche. Al notar lo tarde que era, decidió levantarse para ir al baño, caminando con cuidado por la molestia que todavía tenía en la pierna.

Sin embargo, al regresar a la cama volvió a sentir una incomodidad en el vientre. Se quedó quieta unos segundos, llevó una mano hasta su abdomen y respiró profundamente, esperando que pasara. Como no quería alarmarse, intentó relajarse y volvió a acostarse mientras seguía viendo videos en su celular, tratando de distraer la mente y no pensar demasiado en aquella sensación.

La noche continuó avanzando y la casa permanecía completamente en silencio. Todos dormían mientras Aylin seguía despierta en su habitación, iluminada únicamente por la luz de la pantalla. Pero conforme pasaban los minutos, aquella molestia comenzó a cambiar. El dolor aumentó poco a poco, volviéndose más intenso y difícil de ignorar.

Aylin dejó el celular a un lado y cerró los ojos intentando respirar con calma. Quería convencerse de que no era nada grave, pero la preocupación empezó a crecer dentro de ella. El miedo de que algo estuviera pasando con su bebé comenzó a apoderarse de ella y, esta vez, ya no pudo fingir que todo estaba bien.

Con dificultad tomó su celular nuevamente. Sabía que sus padres estaban durmiendo, pero no tenía fuerzas para caminar hasta su habitación y necesitaba ayuda. Con las manos un poco temblorosas, buscó su contacto y los llamó, esperando que alguno de los dos pudiera responder.

—Ma... necesito que suban, por favor. Creo que ya va a nacer... ya no aguanto el dolor.

Al escucharla, su madre se levantó de inmediato. Junto con su padre, subieron rápidamente a la habitación de Aylin.

Al entrar, la encontraron intentando respirar mientras soportaba las molestias. Su mamá se acercó a ella y la tomó de la mano, tratando de transmitirle tranquilidad.

—Mi amor, necesito que estés tranquila, ¿sí? Vamos a salir de aquí. Tu padre ya está llamando un carro para llevarte al hospital.

Mientras su padre se encargaba de comunicarse con el transporte, su madre comenzó a preparar lo necesario. Abrió el clóset de Aylin, tomó un suéter y algunas cosas que pensó que podrían necesitar, guardándolas rápidamente en su bolso.

Después tomó la pañalera de la bebé y la dejó lista para llevarla.

—Vamos, mi amor. Todo va a estar bien. Respira despacio.

Pocos minutos después, el carro llegó frente a la casa.

El muchacho que los iba a llevar bajó rápidamente para ayudarlas. Al ver el estado de Aylin, entendió que necesitaban llegar lo antes posible.

Con cuidado la ayudaron a subir al carro junto con su madre, mientras su padre acomodaba las cosas.

Durante el camino, Aylin intentaba controlar la respiración mientras el dolor aumentaba por momentos. Su madre no soltaba su mano, hablándole constantemente para mantenerla tranquila.

El conductor miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor, preocupado al escuchar los gritos de Aylin.

Sabía que tenían que avanzar rápido, pero también debía manejar con cuidado para no ponerlas en peligro.

—Voy a tratar de llegar lo más rápido posible —dijo con preocupación.

El trayecto pareció eterno para todos.

Finalmente, al llegar al hospital, el personal médico salió a recibirlas. Apenas vieron a Aylin, la ayudaron a bajar del carro y la llevaron rápidamente al área de emergencias.

Los médicos comenzaron a revisarla de inmediato. Le tomaron los signos vitales y realizaron una primera evaluación para confirmar en qué estado se encontraba ella y la bebé.

Después de unos minutos, la trasladaron a uno de los consultorios para continuar con la revisión y determinar qué estaba ocurriendo.

—Bueno, Aylin, vamos a medir cuánto tienes de dilatación, ¿sí? Dependiendo del resultado vamos a decidir qué hacer. Si ya tienes más de cinco centímetros, vamos a dejarte internada para vigilarte y prepararnos para labor de parto.

La doctora realizó la revisión durante unos momentos y luego observó los resultados con atención.

—Aylin... tienes más de cinco centímetros de dilatación.

—¿Eso qué significa?

—Significa que probablemente te vas a quedar con nosotros. Vamos a ingresarte de inmediato para poder vigilarte a ti y a la bebé. Una vez que estés instalada en una habitación, tu doctora va a realizarte un ultrasonido para revisar cómo está ella y confirmar su posición.

—Pero... yo apenas tengo seis meses y dos semanas...

—Lo sé. Por eso vamos a tener mucho cuidado contigo. Si el parto se adelanta, estaríamos hablando de un parto prematuro, pero no significa que todo esté perdido. Lo importante ahora es mantenerte vigilada y actuar según cómo evolucione la situación.

La doctora notó su preocupación y trató de tranquilizarla.

—Vamos paso a paso, ¿está bien? Ahora lo más importante es que estés tranquila. Tu bebé y tú están siendo atendidas.

Aylin fue trasladada en una camilla junto con su madre hasta la habitación donde permanecería bajo observación. Aunque intentaba mantenerse tranquila, cada minuto que pasaba hacía que los nervios aumentaran. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido y todavía le costaba asimilar que podría conocer a su bebé mucho antes de lo esperado.

Una enfermera la ayudó a cambiarse y ponerse la bata del hospital. Después de acomodarla en la camilla, Aylin se quedó esperando mientras su mamá permanecía a su lado, tomándole la mano y tratando de darle tranquilidad.

Poco después, una doctora entró a la habitación.

—Buenas, Aylin. Soy la doctora que estará realizando tu ultrasonido. Tu doctora de seguimiento no se encuentra de turno, así que yo voy a encargarme de revisarte por ahora.

La doctora comenzó a preparar el equipo mientras le explicaba lo que iba a hacer. Aylin permaneció en silencio, observando cada movimiento, con la esperanza de recibir buenas noticias sobre su bebé.

Después de unos minutos revisando la pantalla, la doctora respiró suavemente antes de hablar.

—Bueno, Aylin... tu bebé ya se encuentra en posición de salida. Eso significa que el nacimiento está bastante cerca.

Aylin abrió un poco los ojos, sintiendo cómo los nervios volvían a aparecer.

La doctora continuó explicándole con calma.

—Como todavía tienes pocas semanas de embarazo, sería considerado un parto prematuro. Cuando nazca, probablemente tendremos que llevar a la bebé a una incubadora durante algunos días, dependiendo de cómo responda y de su evolución.

La doctora le explicó que caminar un poco por los pasillos podía ayudar a que el proceso avanzara y también a aliviar un poco la intensidad de las contracciones.

—Está bien —respondió Aylin en voz baja.

Con ayuda de su madre, se levantó lentamente y comenzó a caminar por los pasillos del hospital. Cada paso se sentía pesado y los minutos parecían avanzar demasiado despacio. Su mamá no se separaba de ella, acompañándola en silencio y dándole apoyo cada vez que el dolor aumentaba.

En una de las ocasiones, una enfermera llegó para colocarle un suero con medicamento. Aylin llevaba bastante tiempo con molestias y esperaba que aquello pudiera ayudarla a sentirse un poco mejor.

Mientras la enfermera preparaba todo, Aylin intentó distraerse hablando con ella. Hacía preguntas y buscaba mantener una conversación para que el tiempo pasara más rápido, aunque en el fondo solo quería que aquel dolor disminuyera.

Después de un rato, una doctora volvió a entrar a la habitación.

—Aylin, vamos a revisarte nuevamente para ver cómo has avanzado.

Sentía una presión más intensa y la sensación de que su bebé estaba descendiendo. Ya no podía caminar con la misma facilidad que antes y necesitaba detenerse por momentos para respirar.

Al llegar a la camilla, el personal médico comenzó a prepararse para revisarla.

Aylin intentó mantenerse tranquila, pero el dolor aumentó de repente y no pudo evitar soltar un grito.

Las enfermeras y los médicos se movilizaron rápidamente alrededor de ella, preparando todo mientras su madre la miraba con preocupación y le sostenía la mano.

Después de permanecer bajo observación durante un tiempo, el personal médico comenzó a prepararlo todo para trasladar a Aylin.

Ella seguía nerviosa. Aunque intentaba mantenerse tranquila, el miedo de que su bebé llegara antes de tiempo no desaparecía. Miraba constantemente hacia su vientre, como si con ese pequeño gesto pudiera asegurarse de que todo estaría bien.

La doctora se acercó a ella con calma mientras las enfermeras preparaban la camilla.

—Aylin, vamos a llevarte a la sala de parto. Necesito que intentes mantenerte tranquila, ¿sí? El equipo estará contigo en todo momento.

Al notar su miedo, una de las enfermeras se acercó y le explicó con tranquilidad:

—Tu mamá puede entrar contigo para acompañarte. No vas a estar sola.

Al escuchar eso, Aylin sintió un poco de alivio.

Su madre se colocó a su lado y tomó su mano mientras comenzaban a trasladarla. Aunque ella también estaba nerviosa por todo lo que estaba ocurriendo, intentaba mostrarse fuerte para que su hija sintiera apoyo.

—Estoy aquí contigo, mi amor —le dijo mientras acariciaba suavemente su mano.

Al llegar a la sala de parto, el equipo médico comenzó a prepararla. La doctora revisó nuevamente su estado y se aseguró de que todo estuviera listo.

—Bien, Aylin, vamos a hacerlo paso a paso. Cuando sientas una contracción, quiero que respires profundo y empujes con todas tus fuerzas, ¿está bien?

—Está bien...

La doctora y las enfermeras continuaron guiándola, mientras su madre permanecía a su lado sin soltarle la mano.

Aunque todo estaba ocurriendo mucho antes de lo que habían esperado, Aylin solo podía pensar en una cosa: que su bebé estuviera bien.

—Vamos, Aylin... respira profundo —dijo la doctora con calma—. Cuando estés lista, empuja con todas tus fuerzas.

Aylin tomó aire y, reuniendo toda la energía que le quedaba, hizo lo que la doctora le indicó.

La habitación estaba llena de movimiento. Las enfermeras revisaban los monitores, preparaban los instrumentos necesarios y seguían cada indicación de la doctora, quien permanecía atenta al estado de Aylin y de la bebé.

Después de unos momentos, la doctora volvió a hablar.

—Muy bien, Aylin. Vas avanzando. La próxima contracción viene, así que prepárate.

Aylin asintió débilmente. El cansancio comenzaba a apoderarse de ella, pero cada vez que pensaba en su bebé encontraba una fuerza que no sabía que tenía. A pesar del miedo y del dolor, solo podía imaginar el momento en el que finalmente pudiera tenerla en sus brazos.

Cuando llegó la siguiente contracción, cerró los ojos y respiró profundamente, intentando reunir toda la energía que le quedaba. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente seguía enfocada en una sola cosa.

Entre cada momento de dolor, Aylin buscaba recuperar el aire mientras su madre permanecía a su lado, sosteniéndole la mano y acompañándola en silencio. La presencia de ella le daba tranquilidad en medio de una situación completamente nueva y aterradora.

El tiempo parecía avanzar lentamente. Cada minuto se sentía más largo que el anterior, pero poco a poco todo el esfuerzo de Aylin comenzaba a acercarla al momento que tanto había esperado.

Después de varios minutos, una de las enfermeras observó con atención y notó que el nacimiento estaba cada vez más cerca. Aylin abrió los ojos al darse cuenta de que ese momento finalmente estaba llegando.

Aunque estaba cansada, asustada y todavía no terminaba de comprender cómo todo había ocurrido tan rápido, una sensación de esperanza comenzó a llenar su corazón. Su bebé estaba a punto de llegar.

Apretó nuevamente la mano de su madre y respiró profundamente, preparándose para hacer el último esfuerzo que la separaba de conocer a su hija.

Después de casi tres horas de trabajo de parto, el cansancio en Aylin era evidente. Su cuerpo estaba agotado, sus fuerzas parecían estar llegando al límite, pero aun así seguía luchando. Cada esfuerzo tenía un solo propósito: poder conocer finalmente a su bebé.

Hasta que nació el sábado 28 de junio a las 4:38 de la mañana, un momento que quedaría marcado para siempre en la vida de Aylin.Por unos segundos, todo quedó en silencio para Aylin.

Era como si su mente necesitara un momento para entender lo que acababa de pasar. Después de tantas horas de dolor, miedo e incertidumbre, ese sonido era la confirmación de que su hija finalmente estaba ahí.

La doctora y las enfermeras intercambiaron miradas de alivio mientras revisaban rápidamente a la bebé.

—Ya nació... —dijo la doctora con una sonrisa tranquila.

Con mucho cuidado, una de las enfermeras acercó a la bebé hacia Aylin. Cuando la colocaron cerca de su pecho, ella contuvo la respiración por unos segundos, como si tuviera miedo de despertar de ese momento.

Por primera vez podía verla.

Era tan pequeña y delicada, pero al mismo tiempo representaba todo por lo que había luchado durante esos meses. Todo el miedo, las dudas y los momentos difíciles parecían quedar en segundo plano al tenerla finalmente frente a ella.

Aylin no podía apartar la mirada. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras observaba cada pequeño detalle de su hija, intentando guardar en su memoria ese primer instante juntas.

Con una sonrisa entre lágrimas, Aylin acercó lentamente su mano y acarició la pequeña mano de su bebé. Sentir ese pequeño contacto hizo que todo se sintiera más real.

—Hola... mi amor —susurró con una sonrisa entre lágrimas.

in embargo, debido a que la bebé había nacido de manera prematura, las enfermeras tuvieron que continuar con las revisiones necesarias.

Con mucho cuidado la tomaron y comenzaron a evaluarla: revisaron sus signos, la pesaron y realizaron los procedimientos correspondientes antes de colocarla en una incubadora para mantenerla estable y observarla de cerca.

Aylin siguió cada movimiento con la mirada, aunque una pequeña preocupación volvió a aparecer al verla alejarse.

La doctora notó su expresión y se acercó para tranquilizarla.

—La vamos a vigilar muy de cerca. Es pequeñita, pero está recibiendo toda la atención que necesita.

Mientras tanto, el equipo médico terminó los últimos procedimientos con ella. La doctora revisó que todo estuviera bien y, después de asegurarse de que se encontraba estable, comenzaron a limpiarla y acomodarla para que pudiera descansar.

Después de unos minutos, la doctora se acercó nuevamente a Aylin para explicarle lo que sucedería.

—Vamos a llevarte de regreso a tu habitación. En unas horas traeremos a tu bebé en la incubadora para que puedas verla con más calma y estar cerca de ella.

En su rostro todavía se notaba la emoción de todo lo que acababa de vivir. Era difícil asimilar que hacía unas horas estaba asustada pensando que algo podía salir mal y ahora tenía a su hija luchando por salir adelante.

Cuando regresaron a la habitación, las enfermeras acomodaron todo con cuidado.

La puerta se abrió y las enfermeras entraron empujando la incubadora.

Dentro de ese pequeño espacio transparente se encontraba su bebé, tan diminuta y frágil, pero al mismo tiempo llena de vida.

Por unos segundos, Aylin no pudo decir nada. Simplemente se quedó observándola, como si todavía necesitara confirmar que realmente era su hija.

Una de las enfermeras sonrió al notar su reacción.

—Sí, Aylin... ella es tu bebé.

Al escuchar esas palabras, Aylin llevó una mano hasta su boca intentando contener la emoción, pero las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas sin poder detenerlas.

La doctora se acercó a la incubadora y habló con tranquilidad.

—Es pequeñita, pero está estable. Ahora necesita muchos cuidados y que la vigilemos de cerca, pero lo más importante es que está aquí y que está respondiendo bien.

La doctora permaneció un rato más con Aylin, tomándose el tiempo necesario para explicarle todo lo que debía saber ahora que su bebé había nacido.

Le habló sobre los cuidados especiales que necesitaría por haber llegado antes de tiempo, la importancia de la lactancia y cómo cada pequeño detalle ayudaría a que la bebé pudiera fortalecerse poco a poco.

—Puede que en unos días o incluso algunas semanas podamos darle el alta, porque hasta ahora la bebé está respondiendo muy bien —explicó la doctora con una sonrisa tranquila.

Aylin bajó la mirada hacia la incubadora donde descansaba su hija.

—Me siento un poco extraña... —admitió después de unos segundos—. Mi barriga era pequeña y ahora que la veo a ella... no sé, siento que es grande para haber nacido con solo seis meses y dos semanas.

La doctora sonrió con calma al escucharla.

—Cada embarazo y cada bebé son diferentes. A veces el tamaño puede sorprendernos, pero eso no significa que algo esté mal. Lo importante es que ella está estable y que vamos a seguir cuidándola.

Aylin respiró profundamente, intentando quedarse con esas palabras. Aunque seguía teniendo miedo, escuchar que su hija estaba bien le daba un poco de tranquilidad.

—¿Cuándo podré volver a mi casa?

La doctora revisó algunos detalles antes de responder.

—Si todo continúa bien contigo, hoy mismo por la tarde podrías irte. Solo tendrás que regresar cuando te indiquemos para alimentar a la bebé y mantener ese contacto con ella. La leche materna será muy importante para ayudarla a crecer y hacerse más fuerte.

—Está bien...

Aunque Aylin entendía todo lo que la doctora le explicaba, una parte de ella no quería alejarse de su hija ni siquiera por unas horas. Había esperado tanto tiempo para conocerla que la idea de salir del hospital sin llevarla con ella se sentía extraña y dolorosa.

El resto del día pasó más rápido de lo que imaginaba. El personal médico continuó revisando que Aylin estuviera bien hasta que finalmente llegó el momento de darle el alta.

Cuando escuchó la noticia, sintió una mezcla de emociones. Por un lado, estaba tranquila de saber que podía volver a casa y descansar, pero por otro lado, su corazón se apretaba cada vez que miraba hacia la incubadora donde permanecía su bebé.

Sabía que su hija estaba en el lugar correcto, rodeada de médicos y enfermeras que la cuidaban, pero aun así no era fácil aceptar que tendría que irse sin ella.

Cuando llegó el momento de salir, Aylin caminó lentamente junto a su madre por los pasillos del hospital. Cada paso hacia la salida parecía hacerse más pesado, como si una parte de ella quisiera quedarse ahí.

Sentía que estaba dejando una parte de ella ahí dentro.

Al salir del hospital, el aire de afuera se sintió diferente. Aylin permaneció en silencio mientras caminaba junto a su madre con la mirada baja y abrazándose suavemente a sí misma, intentando procesar todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo.

—¿Por qué tengo que irme sin ella?

—Mi amor... sé que duele mucho, pero esto no significa que te la estén quitando. Ella está ahí porque necesita esos cuidados para ponerse fuerte y poder volver contigo pronto.

Aylin cerró los ojos mientras permanecía abrazada a su madre. Sabía que era lo mejor para su bebé, sabía que estaba en buenas manos, pero eso no hacía que la separación fuera más sencilla.

Aun así, dentro de su corazón tenía una certeza: iba a hacer todo lo necesario para volver a abrazarla pronto.

Los días después de salir del hospital sin su hija no fueron sencillos para Aylin.

Aunque sabía que la bebé estaba en buenas manos y que los médicos estaban cuidándola, la ausencia se sentía en cada momento del día. Las mañanas eran diferentes, más silenciosas, como si algo importante faltara en la casa.

Aylin intentaba mantenerse ocupada. Organizaba algunas cosas de la bebé, descansaba y trataba de seguir las indicaciones que le habían dado en el hospital.

Su madre estuvo a su lado durante todo ese proceso. Intentaba acompañarla, hablar con ella y recordarle que su hija estaba luchando y que pronto podrían estar juntas. Aun así, había días en los que Aylin se quedaba en silencio, como si una parte de ella todavía siguiera en aquella habitación del hospital.

La noticia del nacimiento de la bebé no tardó en llegar a las personas más cercanas a Aylin.

Cuando sus amigos y la gente de la iglesia se enteraron de que finalmente había nacido, la emoción fue enorme. Todos estaban felices de saber que tanto Aylin como la bebé estaban bien, aunque la pequeña tuviera que permanecer un tiempo bajo observación.

Las personas que la querían comenzaron a enviarle mensajes de apoyo, preguntándole cómo se sentía y recordándole que no estaba sola. Para Aylin significaba mucho sentir ese cariño, especialmente en un momento donde sus emociones estaban mezcladas entre la felicidad de ser mamá y la tristeza de no poder tener todavía a su hija en casa.

Poco a poco, los días fueron pasando.

Así llegó el día de la presentación de teatro que habían preparado durante los últimos dos meses en la iglesia.

Desde temprano, Aylin se levantó, organizó sus cosas y se preparó para salir. Aunque todavía tenía muchas emociones acumuladas, quería estar presente y cumplir con ese compromiso que tanto esfuerzo había llevado.

Al llegar a la iglesia, encontró a todos reunidos en el aula de arriba. El ambiente era diferente al de otros días. Había nervios, concentración y emoción, porque todos sabían que después de semanas de preparación finalmente había llegado el momento de presentar la obra.

Algunos estaban repasando sus líneas en voz baja, otros terminaban de acomodar sus vestuarios y varios se preparaban para pintarse la cara antes de salir.

Cuando llegó el momento de presentar al grupo de danza, el ambiente dentro de la iglesia cambió por completo. Después de tantos ensayos, nervios y horas de preparación, finalmente había llegado el momento de mostrar todo el esfuerzo que habían puesto durante esas semanas.

Uno a uno, los integrantes fueron saliendo, especialmente aquellos que tenían las primeras partes de la presentación. Aunque algunos estaban nerviosos, la emoción de estar ahí podía sentirse en sus rostros.

La música comenzó y todos dieron lo mejor de sí. Cada movimiento, cada paso y cada expresión reflejaban el tiempo que habían dedicado a prepararse. Desde abajo, las personas observaban sorprendidas al ver el resultado de todo el trabajo que había detrás de esa presentación.

Aylin también formó parte de ese momento, dejando por unos minutos a un lado todas las preocupaciones que llevaba consigo. Estar ahí, compartiendo ese instante con sus compañeros, le permitió sentirse nuevamente conectada con algo que amaba.

Cuando la presentación terminó, los aplausos llenaron el lugar.

Todos bajaron salieron con unas sonrisas, algunos todavía con la emoción del momento encima. Se felicitaban entre ellos, felices de saber que todo había salido bien y que el esfuerzo de tantas semanas había valido la pena.

El líder del grupo se acercó a ellos con una expresión de orgullo. Los observó durante unos segundos, notando la dedicación que cada uno había puesto para llegar hasta ese día.

—Felicidades, muchachos. De verdad hicieron un trabajo increíble. Todos quedaron sorprendidos con lo que lograron, porque sabemos que no fue fácil llegar hasta aquí.

Sus palabras hicieron que muchos sonrieran con emoción.

Para ellos no era solo una presentación más; era el resultado de la disciplina, el compromiso y el esfuerzo de todo un equipo que había trabajado unido hasta conseguirlo.

Al terminar el culto, mientras las personas comenzaban a retirarse y el ambiente en la iglesia se iba tranquilizando, el celular de Aylin comenzó a sonar.

Al ver que era un número desconocido, dudó unos segundos antes de contestar.

—Hola, ¿hablo con Aylin?

—Sí, con ella.

—Hola, Aylin. Soy Alison, la enfermera que estuvo contigo durante el trabajo de parto.

—Hola... perdón, no había reconocido la voz.

—No te preocupes, es normal. Te llamaba para avisarte que mañana puedes venir al hospital para darle pecho a la bebé.

—Sí, claro. Solo que tendría que ser en la noche, porque durante el día voy a estar ocupada.

—Está bien, no hay problema. Lo importante es que puedas venir y pasar un tiempo con ella.

Aylin se quedó unos segundos en silencio, emocionada por la oportunidad de volver a ver a su hija.

—Además... alguien quiere verte.

—¿Alguien?...

—Sí, pero tendrás que venir para descubrirlo.

Después de eso, la llamada terminó.

Aylin se quedó mirando la pantalla de su celular durante unos segundos, pensando en esas últimas palabras. No podía evitar preguntarse quién sería la persona que quería verla.

Al día siguiente, Aylin regresó al colegio intentando continuar con su rutina, aunque sabía que ya nada se sentía igual.

Desde que había salido del hospital sin su bebé, había aprendido a convivir con esa sensación extraña de alegría y tristeza al mismo tiempo. Estaba feliz de ser madre y de saber que su hija estaba luchando, pero cada momento lejos de ella se sentía difícil.

En uno de los descansos, tomó su celular y recordó que esa tarde tenía que ir al hospital. Sin querer hacerlo sola, decidió escribirle a la pastora.

—Hola, pastora. Oye, una pregunta... ¿esta tarde estás ocupada?

—Hola, mi niña. No, estoy libre. ¿Por qué?

—Es que me llamaron del hospital para ir a darle pecho a la bebé, pero no quiero ir sola. Además... me gustaría que la conocieras.

—Claro que sí. Me encantaría conocerla.

Aylin sintió una pequeña emoción al leer esas palabras. Sabía que para ella también sería un momento importante, porque la pastora había estado presente durante muchos momentos difíciles de su vida.

—Entonces, si quieres, ¿me puedes recoger más tarde?

—Por supuesto. Paso por ti y vamos juntas.

Las horas de clase continuaron con normalidad. Aunque el día parecía avanzar lento, Aylin se mantuvo enfocada pensando en que al salir finalmente volvería a ver a su hija.

Cuando llegó la hora de salida, guardó sus cosas con rapidez y salió del colegio. Mientras caminaba miro a la pastora de lejos.

La pastora la esperaba afuera del colegio. Cuando Aylin subió al carro, llevaba una mezcla de nervios y emoción en el rostro. Aunque estaba feliz por volver a ver a su bebé, también sentía esa pequeña ansiedad de no saber cómo estaría después de tantos días sin tenerla cerca.

—Vamos, para que llegues con tiempo al hospital —dijo la pastora mientras encendía el carro y comenzaba el camino.

Aylin acomodó sus cosas y miró por la ventana durante unos minutos. El trayecto avanzaba en silencio, pero no era un silencio incómodo. La pastora podía notar que su mente estaba en otro lugar.

Después de un rato, decidió preguntarle con calma.

—Y dime, Aylin... ¿cómo te sientes ahora que ya eres mamá oficialmente?

—No sé... es raro. Siento que todavía estoy intentando entender todo. Hace unos días estaba preocupada porque no sabía qué iba a pasar, y ahora tengo una hija.

Hizo una pequeña pausa mientras miraba sus manos.

—Pero también fue muy duro. El dolor, el miedo, todo lo que pasó... creo que fue una experiencia que nunca voy a olvidar.

—¿Y volverías a pasar por algo así?

Aylin soltó una pequeña risa.

—Creo que esa será mi única hija en la vida —respondió con una sonrisa leve—. Al menos por ahora no me imagino viviendo otro parto.

La pastora sonrió al escucharla.

—Créeme, entiendo esa sensación. Cuando tuve a mi hijo también pensé que nunca iba a volver a pasar por algo parecido.

Con una sonrisa nostálgica, comenzó a contarle cómo había sido para ella convertirse en madre por primera vez, los nervios que había sentido, las dudas y todas esas emociones que llegan cuando uno sostiene a un hijo por primera vez.

Aylin la escuchaba atentamente. Aunque sus historias eran diferentes, encontrar a alguien que entendiera lo que estaba sintiendo le daba tranquilidad.

Durante el resto del camino hablaron sobre la maternidad, los cambios que venían y lo importante que era que Aylin también se cuidara a sí misma mientras acompañaba a su bebé.

Cuando finalmente llegaron al hospital, Aylin sintió cómo su corazón comenzó a latir más rápido.

Bajó del carro junto a la pastora y entró al hospital. Al llegar a recepción, se acercó para avisar que había llegado para visitar a su bebé.

Después de registrarse en la recepción, Aylin recibió las indicaciones para subir al tercer piso. La pastora caminaba a su lado con una sonrisa que no podía ocultar; desde

que habían salido de la casa hablaba de lo emocionada que estaba por conocer a la pequeña.

—Estoy demasiado emocionada por conocer a esa cosita tan bella.

—Te va a sorprender lo grande que salió.

Las puertas del ascensor se abrieron y ambas caminaron por el pasillo del tercer piso hasta llegar a la recepción.

Apenas cruzaron la puerta, una sonrisa conocida las recibió.

Era Allison, quien ya las estaba esperando.

—Llegaste. Ven, pasa por aquí.

La enfermera las condujo hasta una cómoda silla junto a la ventana y ayudó a Aylin a acomodarse.

—Siéntate tranquila. En un momento te traemos a tu bebé.

Allison desapareció unos minutos por el pasillo, dejando a Aylin con la mirada fija en la puerta por donde había salido. Sin darse cuenta, comenzó a mover nerviosamente una de sus manos sobre sus piernas, mientras esperaba el momento de volver a tener a su hija entre los brazos.

Poco después, la enfermera regresó. Caminaba con cuidado, sosteniendo a la pequeña envuelta en una manta blanca que apenas dejaba ver su diminuto rostro. En cuanto Aylin la vio, una sonrisa apareció de inmediato en sus labios. Era una sensación difícil de describir; cada vez que la tenía cerca sentía que el mundo entero desaparecía y solo existían ellas dos.

Allison se acercó lentamente y, con mucho cuidado, colocó a la bebé sobre el pecho de su madre. Aylin la recibió casi por instinto, acomodando un brazo debajo de su pequeño cuerpo mientras la otra mano acariciaba con infinita delicadeza su espalda. La niña abrió apenas los ojos durante unos segundos, como si reconociera el calor de su madre, y enseguida volvió a acomodarse tranquilamente entre sus brazos.

—Muy bien... ahora vamos a colocarla correctamente para que pueda alimentarse.

Con movimientos suaves, la enfermera acomodó la posición de la bebé mientras iba explicando cada paso con paciencia. Se aseguró de que Aylin estuviera cómoda y de que pudiera sostener a la pequeña sin hacer ningún esfuerzo innecesario.

—No te preocupes si al principio sientes que es un poco complicado. Es completamente normal. Ella va a buscar tu pecho por sí sola; los recién nacidos tienen

ese reflejo muy desarrollado. Lo único que debes hacer es sostenerla con firmeza y acercarla despacio para que pueda prenderse correctamente.

Aylin observaba cada movimiento con atención, intentando memorizar todo. No quería olvidar ninguna indicación; deseaba hacerlo bien desde el primer momento.

—¿Así está bien? —preguntó con cierta inseguridad.

—Sí, muchísimo mejor. Lo estás haciendo muy bien.

Cuando la enfermera terminó de revisar que la bebé estuviera bien acomodada, dio un paso hacia atrás con una sonrisa de satisfacción.

—Muy bien, ahí las dejamos un ratito solas. Cuando termine con un pecho, la acomodas en el otro igual que te expliqué, ¿sí?

—Está bien. Muchas gracias.

Las dos enfermeras salieron de la habitación y, por unos minutos, el lugar quedó en silencio. La pastora permanecía a un lado de la cama, observando la escena con una ternura imposible de ocultar.

Cuando la bebé terminó de alimentarse, la ayudó con cuidado a cambiarla de lado para que pudiera continuar.

Después de asegurarse de que todo estuviera bien, miró hacia la puerta.

—Voy un momento al baño, ¿sí? No tardo nada. Si necesitas cualquier cosa, me llamas.

—Está bien.

Aylin permaneció contemplando a su hija. Con la punta de los dedos le acariciaba lentamente la mejilla mientras la bebé, con los ojitos cerrados, seguía alimentándose con tranquilidad.

El silencio de la habitación se rompió cuando unos golpes suaves resonaron en la puerta. Aylin levantó la vista con curiosidad, sin apartar del todo la atención de la pequeña que seguía descansando entre sus brazos. Un instante después, la puerta se abrió lentamente y apareció Allison con una expresión tranquila, como si quisiera asegurarse de no interrumpir aquel momento tan especial.

—Aylin... ¿recuerdas que hace un rato te dije que había alguien que quería verte?

—Sí... ¿quién es?

—Solo necesito pedirte una cosa. Mantén la calma, ¿sí? Esa persona ya habló conmigo y me explicó lo que hizo. Creo que está realmente arrepentida.

—Allison... dime quién es.

La enfermera volvió la mirada hacia la puerta y guardó silencio durante un instante, como si quisiera darle tiempo a Aylin para prepararse sin decirle una sola palabra.

Fue entonces cuando la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Aylin giró la cabeza casi por instinto, con el corazón acelerándose sin saber por qué. Durante unos segundos solo alcanzó a distinguir una silueta al otro lado de la habitación, hasta que la luz del pasillo iluminó por completo a la persona que acababa de entrar.

Era Samuel.

Entró despacio, impulsándose en una silla de ruedas. En su rostro todavía permanecía un moretón oscuro y varias vendas cubrían parte de su cuerpo, dejando en evidencia que él también seguía recuperándose de todo lo que había vivido. Aun así, lo primero que llamó la atención de Aylin no fueron sus heridas.

Fue la forma en que la miraba.

Había una mezcla de nervios, culpa, alivio y una inmensa emoción reflejada en sus ojos, como si hubiera esperado ese momento durante mucho tiempo sin saber cómo enfrentarlo cuando por fin llegara.

Samuel permaneció inmóvil en la entrada. Parecía incapaz de avanzar un centímetro más. Sus manos descansaban sobre los apoyabrazos de la silla mientras contemplaba la escena frente a él: Aylin sosteniendo entre sus brazos a la pequeña que ambos habían esperado con tanta ilusión.

Por su parte, Aylin tampoco podía apartar la mirada de él. Sentía que el tiempo se había detenido por unos instantes. Después de todo lo que habían atravesado juntos, verlo allí, de pie ante ella —aunque fuera sentado en aquella silla— le provocó un nudo en la garganta difícil de contener.

Allison observó a ambos durante unos segundos y sonrió con discreción. No hacía falta decir mucho para comprender que aquel era un momento que les pertenecía únicamente a ellos.

—Bueno... los voy a dejar un ratito solos.

Antes de salir, dirigió una rápida mirada hacia el pasillo. La pastora permanecía allí, observando la escena desde la puerta con una sonrisa llena de ternura. Al ver que Samuel ya estaba con Aylin, decidió no entrar. Simplemente asintió en silencio y se alejó junto a Allison, dejándoles la privacidad que tanto necesitaban.

Samuel no apartaba la mirada de la pequeña que descansaba entre los brazos de Aylin. Sus ojos recorrían con cuidado cada detalle de su diminuto rostro, como si intentara convencerse de que aquello era real.

—¿Ella... es nuestra hija? —preguntó casi en un susurro, con la voz quebrándose por la emoción.

—Sí... — dijo Aylin con seriedad

—¿Crees que... pueda cargarla?

Aylin asintió en silencio y, con mucho cuidado, fue acercando a la pequeña hacia Samuel. Antes de soltarla, se aseguró de que él la sostuviera correctamente y solo entonces retiró lentamente sus manos, confiándole por primera vez a la bebé.

Sus brazos temblaban ligeramente por los nervios mientras contemplaba el diminuto rostro que descansaba entre ellos. No podía apartar la mirada. Era como si todavía le costara creer que aquella pequeña niña, tan frágil y tan tranquila, fuera realmente su hija.

Mientras tanto, Aylin se puso de pie despacio y caminó hasta el pequeño lavamanos que había en la habitación. Abrió el grifo para enjuagarse las manos y permaneció unos segundos observando el agua correr entre sus dedos.

Cuando cerró la llave, no se movió.

Se quedó allí, de espaldas a Samuel, con las manos apoyadas sobre el borde de la pila y la mirada perdida.

—Aylin — dijo Samuel mientras se levantaba de la silla.

Aylin cerró los ojos por un instante, pero no se volvió. Permaneció de espaldas, con las manos apoyadas sobre el borde del lavamanos, intentando controlar todo su enojo que sentia dentro de ella.

Samuel bajó la mirada hacia la pequeña que seguía descansando entre sus brazos antes de continuar.

—Sé que te fallé... y no hay un solo día en el que no piense en eso. No estuve cuando más me necesitabas... y no sabes cuánto me arrepiento de eso.

Aylin apoyó con más fuerza las manos sobre el borde del lavamanos. Sentía la garganta cerrada y un peso en el pecho que llevaba demasiado tiempo guardando. No era únicamente enojo; era una mezcla de decepción, tristeza y cansancio. Había aprendido a seguir adelante por su cuenta cuando creyó que no tenía otra opción, y ahora no sabía cómo dejar salir todo lo que había callado durante tantos días.

Respiró hondo varias veces, intentando encontrar la calma antes de responder. Quería hablar sin que el dolor terminara hablando por ella, pero no era fácil.

Durante todo ese tiempo había imaginado muchas veces ese momento. Se preguntó qué haría si volvía a verlo, qué palabras le diría y si sería capaz de perdonarlo algún día. Sin embargo, ahora que Samuel estaba ahí, con la hija de ambos entre los brazos, descubrió que ninguna de aquellas respuestas seguía siendo tan sencilla.

La habitación permanecía en silencio. Solo se escuchaba la respiración tranquila de la pequeña y el leve murmullo del hospital al otro lado de la puerta. Aylin cerró los ojos un instante, tratando de reunir las fuerzas necesarias para enfrentar una conversación que había esperado demasiado tiempo.

—¿Y ahora vienes como si nada? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Después de todo este tiempo...?

Samuel bajó la mirada hacia la pequeña que seguía dormida entre sus brazos. Respiró hondo antes de contestar, sintiendo que cada palabra pesaba más que la anterior.

—No es como si nada… yo quiero estar aquí ahora. Con ustedes.

Aylin respiró profundamente antes de tomar una decisión. Miró a su hija una vez más, acariciándole con ternura la mejilla mientras dormía tranquila en brazos de Samuel. No quería que aquella conversación ocurriera frente a ella. Sentía que necesitaban hablar con calma, sin interrupciones y sin que la pequeña estuviera en medio de una tensión que no le correspondía.

Levantó la mirada hacia la puerta y llamó con voz firme:

—¡Allison!

No tardó mucho en aparecer. La enfermera asomó la cabeza por la puerta con una sonrisa amable.

—¿Qué pasa, Aylin?

—¿Será que puedes llevarte un ratito a la bebé? Ya terminó de comer y creo que está lista para descansar.

Allison comprendió de inmediato que aquella petición no era casual. Sus ojos se desviaron discretamente hacia Samuel, que permanecía en silencio con la cabeza baja, y luego volvió a mirar a Aylin.

—Claro que sí.

Se acercó despacio hasta Samuel y, con la delicadeza que la caracterizaba, tomó a la pequeña entre sus brazos para no despertarla. La bebé apenas hizo un pequeño gesto antes de acomodarse nuevamente sobre la manta.

—Gracias.

—No hay de qué.

Antes de salir, Allison volvió a mirar a Samuel durante un instante. En su expresión había cierta incomodidad, pero también la esperanza de que aquella conversación terminara de una manera distinta a como imaginaba. Sin decir nada más, abandonó la habitación y cerró la puerta con suavidad.

Aylin respiró hondo antes de decir algo. Intentó mantenerse tranquila, pero apenas miró a Samuel, toda la tristeza y el enojo que había guardado durante días salieron de golpe.

—¿Ahora sí apareces? —dijo con la voz temblorosa—. ¿Después de todo lo que pasó?

—Aylin, yo puedo explicarte…

—¡No! —lo interrumpió ella—. No quiero excusas. Desapareciste cuando más te necesitaba. Estuve sola, Samuel… sola en el hospital, con miedo, pensando en nuestra hija y sin saber dónde estabas.

Las lágrimas empezaron a caer por su rostro mientras hablaba.

—Yo te llamaba y no respondías. ¿Sabes lo horrible que fue pensar que simplemente te fuiste?

Samuel intentó acercarse, pero Aylin dio un paso atrás.

—No me toques.

—Tuve problemas, Aylin… las cosas se salieron de control.

—¿Y eso qué cambia? —preguntó ella llorando—. Nuestra hija nació y tú no estabas. Yo necesitaba que estuvieras conmigo, aunque fuera solo para decirme que todo iba a salir bien.

—Nunca quise abandonarlas.

Samuel permaneció inmóvil, sin encontrar las palabras adecuadas. Sentía que cualquier cosa que dijera sería insuficiente para reparar el daño que había causado.

Aylin se volvió lentamente para mirarlo de frente. Sus ojos estaban enrojecidos y las lágrimas seguían cayendo sin que hiciera el menor intento por detenerlas.

—Pero lo hiciste... —dijo con la voz quebrada—. Me dejaste sola. Y ahora llegas aquí como si nada hubiera pasado... como si no hubieras roto algo dentro de mí.

—Yo también estaba mal, Aylin. Las cosas se complicaron... terminé herido y perdí el control de todo. No fue porque dejara de importarme.

—¿Y crees que eso justifica desaparecer? —preguntó, levantando un poco la voz—. ¿Sabes cuántas noches me acosté llorando pensando que estabas muerto? ¿Sabes cuántas veces revisé el celular esperando un mensaje tuyo? Ni una sola llamada... ni una sola señal de que seguías vivo.

Samuel cerró los ojos por un instante.

Aquello era mucho más doloroso de escuchar de lo que había imaginado.

—No sabía cómo volver después de todo lo que había pasado —respondió con sinceridad, sintiendo que la culpa le apretaba el pecho—. Cada día que pasaba era más difícil dar ese paso.

Aylin soltó una risa amarga mientras negaba con la cabeza.

—Pero ahora sí volviste... —dijo mirándolo fijamente—. Después de tantos días apareces aquí, cargas a nuestra hija entre los brazos... como si todavía tuvieras derecho a actuar como el papá que nunca estuvo cuando ella más lo necesitaba.

—Nunca dije que fuera perfecto...

—¡Entonces deja de actuar como si nada hubiera pasado! —lo interrumpió Aylin, incapaz de seguir conteniendo todo lo que llevaba guardado.

Su voz terminó quebrándose por completo.

—Yo no necesitaba a otra persona... —susurró finalmente, llevándose una mano al pecho como si intentara sostener el dolor que sentía—. Yo te necesitaba a ti.

—Tenía miedo...

Aylin dejó escapar una risa amarga que terminó rompiéndose en un sollozo. Se llevó las manos al rostro para secarse las lágrimas, aunque seguían cayendo una tras otra.

—¿Sabes todo lo que llegué a pensar? —preguntó con la voz temblorosa, sin mirarlo directamente—. Pensé que ya no querías estar conmigo... que tal vez esa noche solo querías acostarte conmigo y después desaparecer de mi vida.

—Aylin... no digas eso, por favor. Nunca fue así.

Dio un paso hacia ella, pero se detuvo al notar que ella no se movía.

—Esa noche fue una de las más importantes de mi vida. Estar contigo... compartir ese momento... fue algo que jamás voy a arrepentirme de haber vivido. Lo que pasó después... fue por mi cobardía, no porque dejara de quererte.

Samuel respiró hondo, sintiendo que cada segundo hacía más difícil encontrar una solución.

—No sé cómo arreglar todo esto... —admitió con honestidad, dejando caer la mirada al suelo.

—Tal vez ya no se puede arreglar.

Aquellas palabras hicieron que Samuel sintiera un nudo en el pecho.

—Porque aunque estés aquí ahora... yo ya no me siento igual contigo. Todo cambió el día que dejaste de estar cuando más te necesitaba.

Samuel sintió que la culpa terminaba de derrumbarlo. Las lágrimas comenzaron a llenar sus ojos mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Perdóname... por favor. Nunca quise hacerte daño. Si pudiera regresar el tiempo, cambiaría cada una de las decisiones que tomé. Haría cualquier cosa por evitar que pasaras todo eso sola.

Aylin levantó lentamente la mirada. Sus ojos estaban completamente enrojecidos de tanto llorar y las lágrimas que aún permanecían en sus pestañas hacían evidente el dolor que llevaba guardado desde hacía demasiado tiempo. Respiró hondo varias veces, intentando controlar el temblor de su voz antes de encontrar el valor para hablar.

Durante unos segundos permaneció en silencio. No porque no tuviera cosas que decir, sino porque sentía que cualquier palabra que saliera de su boca terminaría rompiéndola todavía más.

—Creo que lo mejor es dejar todo así... —dijo con la voz apagada—. Como si entre tú y yo nunca hubiera pasado nada. Porque... sinceramente, no quiero imaginarme lo que podrías hacer más adelante.

Aquellas palabras hicieron que Samuel sintiera un golpe en el pecho.

La miró completamente desconcertado, incapaz de creer lo que acababa de escuchar. Sin pensarlo demasiado, dio un paso hacia ella, como si acercarse pudiera impedir que aquellas palabras se convirtieran en una realidad.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con la voz cargada de nerviosismo.

Aylin no respondió de inmediato.

Simplemente negó despacio con la cabeza mientras desviaba la mirada. Sentía que ya no le quedaban fuerzas para seguir discutiendo, para volver a explicar el dolor que había cargado sola o para intentar hacerle entender todo lo que su ausencia había significado.

Sin responder una sola palabra, Aylin dio media vuelta y salió de la habitación apresuradamente. No quería seguir escuchándolo, porque sentía que, si permanecía un segundo más allí, terminaría derrumbándose frente a él.

Samuel no hizo el intento de detenerla.

Se quedó inmóvil en medio de la habitación, observando la puerta por la que ella acababa de salir. El silencio que quedó después de su partida resultó mucho más doloroso que cualquier reclamo. Por primera vez comprendió que el verdadero peligro no era que Aylin estuviera enojada con él, sino que aquel dolor terminara alejándola para siempre.

Mientras tanto, Aylin caminó por el pasillo del hospital sin mirar a nadie. Sus pasos eran rápidos, casi desesperados, como si intentara escapar de todo lo que acababa de escuchar y de todo lo que había estado guardando durante tanto tiempo.

Al llegar al baño, cerró la puerta con cuidado y apoyó la espalda contra ella. Apenas sintió que estaba sola, las fuerzas la abandonaron por completo.

Se llevó ambas manos al rostro, intentando contener el llanto, pero fue inútil. Las lágrimas comenzaron a caer una tras otra mientras trataba de ahogar los sollozos para que nadie pudiera escucharla. Todo el dolor, la tristeza, el abandono y el cansancio que había soportado durante aquellos meses parecían salir al mismo tiempo.

Permaneció así varios minutos, respirando con dificultad, hasta que unos golpes suaves interrumpieron el silencio.

—¿Aylin...? ¿Estás bien? —preguntó la pastora desde el otro lado de la puerta, con una voz llena de preocupación mientras golpeaba suavemente la madera.

Aylin salió del baño intentando mantener la compostura. Apenas cerró la puerta detrás de ella, respiró hondo varias veces, como si quisiera contener todas las emociones que llevaba acumuladas. Sin embargo, en cuanto levantó la vista y encontró a la pastora esperándola en el pasillo, sintió que ya no podía seguir fingiendo.

Sin pensarlo, caminó rápidamente hasta ella y la abrazó con fuerza.

La pastora respondió al abrazo de inmediato, rodeándola con los brazos mientras notaba cómo el cuerpo de Aylin temblaba ligeramente. No hizo preguntas al principio; simplemente permaneció allí, acompañándola en silencio hasta que la escuchó sollozar.

—¿Qué pasó, mi niña? —preguntó con dulzura, acariciándole la espalda para intentar tranquilizarla.

Aylin negó lentamente con la cabeza, incapaz de responder de inmediato. Se apartó apenas unos centímetros del abrazo y bajó la mirada, intentando secarse las lágrimas antes de volver a hablar.

—Creo... creo que con Samuel ya se terminó todo.

La expresión de la pastora cambió de inmediato. La preocupación se reflejó en su rostro mientras buscaba los ojos de Aylin.

—¿Por qué dices eso?

Aylin cerró los ojos un instante. Se limpió las lágrimas con las manos temblorosas y negó suavemente con la cabeza.

—No quiero hablar de eso... ¿sí? mejor vamos donde Allison... quiero ver cómo está la bebé.

La pastora comprendió que aquel no era el momento para insistir. Conocía demasiado bien a Aylin como para saber que, cuando se sentía así, primero necesitaba recuperar un poco de calma antes de poder abrir su corazón.

Sin decir una palabra más, colocó una mano sobre su hombro en un gesto de apoyo.

—Está bien. Vamos.

Las dos comenzaron a caminar lentamente por el pasillo del hospital, envueltas en un silencio que decía mucho más que cualquier conversación.

Mientras avanzaban, el silencio entre ambas no resultaba incómodo. Aylin caminaba con la mirada fija hacia el frente, imaginando el momento en que podría llevar a su pequeña a casa y comenzar una nueva etapa junto a ella.

Al llegar al área donde se encontraba la doctora, Aylin no pudo contener la impaciencia. Antes de que ella dijera una sola palabra, buscó con la mirada la incubadora donde descansaba su hija y, casi de inmediato, volvió a verla.

—¿Cuándo me la puedo llevar? —preguntó con una ilusión que apenas podía ocultar.

—Desde este mismo momento. Solo necesitamos que firmes unos últimos permisos y, cuando terminemos, podrás llevártela contigo.

Por un instante, Aylin sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿De verdad?

—Sí —respondió la doctora con una sonrisa cálida—. Ha evolucionado muy bien y ya está lista para irse a casa.

Aquellas palabras fueron suficientes para que los ojos de Aylin se llenaran de lágrimas. Después de tantos días de incertidumbre, por fin podía respirar con tranquilidad.

La doctora tomó una carpeta y se la extendió.

—Si quieres, puedes firmar de una vez. Mientras tanto, te dejaré con ella para que la cambies, la arregles y la pongas muy bonita para su primer viaje a casa.

Aylin recibió los documentos con una sonrisa imposible de ocultar. Mientras firmaba, no podía dejar de pensar que, en cuestión de minutos, dejaría de ser una visitante en el hospital para convertirse, oficialmente, en una madre que regresaba a casa con su hija entre los brazos.

Después de terminar con los últimos documentos, Aylin firmó cada uno de los papeles necesarios para poder salir del hospital con la niña. Aunque todavía sentía que todo estaba ocurriendo demasiado rápido, había una parte de ella que solo quería llegar a casa y comenzar esa nueva etapa junto a su hija.

Cuando finalmente entró a la habitación donde estaba la pequeña, algo dentro de ella cambió.

La bebé movía suavemente sus pequeñas manos y sus piecitos mientras descansaba tranquila, completamente ajena a todo lo que había ocurrido a su

alrededor. Al verla así, Aylin sintió cómo todas las preocupaciones se habían ido de su vida,

Por un momento olvidó la conversación con Samuel, el dolor, las dudas y todas las emociones que habían estado acumulándose.

En ese instante solo existían ella y su hija.

Solo esa pequeña vida que ahora dependía de ella y que le recordaba que, a pesar de todo lo vivido, todavía había motivos para seguir adelante.

—¿Cómo la ves? —preguntó Aylin mientras miraba a su bebé con una sonrisa que no había aparecido en mucho tiempo.

La pastora se acercó un poco más para verla.

—Estoy enamorada de esa cosita bella —respondió emocionada, sin poder ocultar la alegría en su voz.

Después de acomodar todo lo necesario, miró a la pastora.

—Si quieres, puedes llevarla tú hasta el carro. Solo déjame envolverla bien con las cobijas para que vaya cómoda.

—Claro, déjame ayudarte.

Con mucho cuidado, la pastora tomó a la niña mientras Aylin acomodaba las cobijas alrededor de ella. Cada movimiento era lento y delicado, como si ambas quisieran proteger aquel momento.

—Bueno, princesa... ahora sí nos vamos para la casita —susurró la pastora mientras la acomodaba entre sus brazos.

Aylin agarró sus cosas y, junto a la pastora, comenzó a caminar hacia la salida. Sus pasos eran tranquilos, pero por dentro solo quería alejarse de aquel lugar y dejar atrás todo lo que había pasado.

Mientras avanzaban por el pasillo, volvió a verlo.

Samuel estaba parado cerca de la puerta, esperándola. Al cruzar miradas, Aylin sintió cómo su expresión cambiaba, pero decidió evitarlo y seguir caminando.

—Aylin… —dijo Samuel, acercándose un poco—. Aunque sea, déjame hablar contigo tranquilos, ¿sí?

—Vamos, sí. Ya me quiero ir de aquí —dijo Aylin a la pastora, intentando mantener la calma.

La pastora la observó por un momento. Sabía que Aylin estaba dolida, pero también entendía que quizás necesitaban cerrar esa conversación.

—Aylin, no seas así. Dale un chance para que hablen.

—En otro momento… ahora solo quiero irme.

Después de un viaje un poco largo, Aylin finalmente llegó a la casa. Al cruzar la puerta, sintió una mezcla de cansancio y felicidad al ver a su familia esperándola con tanta emoción. Su hermano, su cuñada, sus sobrinas y sus padres se acercaron enseguida, ansiosos por conocer y cargar a la pequeña por primera vez.

Entre sonrisas, abrazos y preguntas llenas de cariño, todos se turnaban para admirar a la bebé, quien dormía tranquilamente en los brazos de su madre. La miraban con ternura, sorprendidos de lo pequeña y delicada que era, mientras la casa se llenaba de una alegría diferente, como si una nueva etapa hubiera comenzado para todos.

Aylin observaba la escena en silencio, guardando cada momento en su memoria. Después de todo lo que había vivido, ver a su familia recibir a su hija con tanto amor le daba una sensación de paz que no podía explicar.

Después de unos minutos, decidió compartir con ellos el nombre que había elegido oficialmente para su bebé.

—Se va a llamar Aylin Valeria —dijo con una pequeña sonrisa mientras miraba a su hija.

Al escuchar el nombre, todos reaccionaron con alegría. Las sonrisas aparecieron en los rostros de su familia y comenzaron las felicitaciones, las bromas y los comentarios llenos de emoción. Para ellos, ese nombre representaba el inicio de una nueva historia y el regalo más grande que había llegado a la familia.

Más tarde, cuando el momento de emoción comenzó a tranquilizarse, Aylin tomó nuevamente a la niña entre sus brazos y caminó hacia su habitación junto con su madre. Ambas se alejaron del ruido de la sala, buscando un momento más tranquilo para estar juntas y disfrutar de esos primeros instantes como familia.

—Bien, ahora en adelante te enseñaré cosas básicas, sus cuidados, para que luego te sueltes y lo hagas sola —le dijo su madre con tranquilidad.

Sin pensarlo dos veces, empezó a explicarle cómo debía agarrarla, cómo acomodarla para darle pecho y cómo cargarla correctamente para que estuviera cómoda.

Esa noche, después de darle pecho, Aylin acostó a la niña en la cama junto a ella y luego se recostó a su lado. La observó con curiosidad, tocando suavemente sus

pequeñas manos mientras pensaba en todo lo que había pasado para poder tener a aquella pequeña princesa en su vida.

Por unos momentos, simplemente se quedó en silencio, observándola respirar tranquilamente. Le parecía increíble pensar que, después de tantos meses llenos de emociones, dudas y momentos difíciles, finalmente podía tenerla ahí, tan cerca de ella. Aquella pequeña que había cambiado completamente su vida ahora dormía a su lado.

Aylin sintió una mezcla de sentimientos. Estaba feliz, pero al mismo tiempo sabía que comenzaba una nueva etapa para la que tendría que aprender muchas cosas. Ya no podía pensar únicamente en ella, en sus propios planes o en el camino que había imaginado antes; ahora cada decisión tendría una razón más importante: su hija.

Sabía que habría días complicados, noches sin dormir y momentos en los que tendría miedo de no estar haciendo las cosas bien. Pero también sabía que quería aprender, crecer y convertirse en la madre que aquella pequeña necesitaba.

—No sé qué tan difícil será este camino, pero te prometo que voy a intentarlo todos los días —susurró Aylin con una pequeña sonrisa.

Esa noche Aylin sintió que no estaba perdiendo una parte de su vida, sino que estaba empezando una nueva. Una vida diferente, llena de retos, pero también de un amor que nunca había conocido.

18

La despedida que nunca imagine

"Hay despedidas que llegan sin aviso y dejan heridas para toda la vida."

Desde que la pequeña llegó a casa, Aylin comenzó poco a poco a descubrir lo que significaba ser madre primeriza. Al principio, cosas que para su propia madre parecían sencillas se convertían en pequeños desafíos para ella. Cambiarle los pañales, escogerle la ropa, aprender a cargarla correctamente o encontrar la manera de calmarla cuando lloraba eran situaciones completamente nuevas. Cada día aprendía algo diferente, a veces con facilidad y otras veces después de varios intentos, pero poco a poco comenzó a sentirse más segura con cada una de esas pequeñas responsabilidades.

Aun así, cuidar de su hija no era la única responsabilidad que tenía sobre sus hombros. El colegio también seguía formando parte de su vida y ya se encontraba a mitad del año lectivo. Debido a todo lo que había ocurrido durante los meses anteriores, Aylin había faltado a muchas clases. Incluso pocos días después de dar a luz había regresado al colegio, sin tomarse el tiempo de descanso que realmente necesitaba para recuperarse. Su cuerpo todavía estaba adaptándose después del parto, pero ella sentía que no podía permitirse seguir faltando.

Durante las mañanas, mientras Aylin asistía a clases, su madre y la madre de Samuel se turnaban para ayudar con el cuidado de la niña. Antes de salir de casa, Aylin utilizaba el sacaleches y dejaba preparada la leche suficiente para que su hija pudiera alimentarse mientras ella estaba fuera. No era sencillo separarse de ella durante tantas horas, especialmente ahora que comenzaba a acostumbrarse a tenerla siempre cerca, pero saber que estaba acompañada y bien cuidada le permitía concentrarse un poco más en sus estudios.

Por las tardes, cuando finalmente regresaba a casa, todo cambiaba. Aylin dejaba de lado por un momento los cuadernos y las preocupaciones del colegio para dedicarle tiempo a su hija. La cargaba, jugaba con ella, le cambiaba la ropa cuando era necesario y se quedaba observándola durante largos ratos, intentando memorizar cada pequeño gesto. Había algo especial en esos momentos cotidianos que hacía que el cansancio pareciera desaparecer por un rato.

Cuando la bebé finalmente se quedaba dormida, Aylin aprovechaba el silencio para avanzar con sus trabajos. Se sentaba frente a la computadora, revisaba sus apuntes y trataba de completar todo lo que tenía pendiente antes de que el sueño terminara venciendo sus fuerzas. Muchas noches terminaba acostándose junto a su hija, agotada después de haber intentado cumplir con todo durante el día. A pesar del cansancio, había aprendido a encontrar una pequeña satisfacción en saber que estaba haciendo lo mejor que podía.

Con el paso de las semanas, Aylin también comenzó a prestar más atención a su propio cuerpo. Después del embarazo habían quedado algunas estrías, aunque su vientre no había crecido demasiado. Al principio las observaba con cierta inseguridad, pero decidió comenzar a cuidarse nuevamente y mantener una rutina que le ayudara a sentirse cómoda con su cuerpo. Con el tiempo, las marcas fueron desapareciendo hasta hacerse casi imperceptibles, y poco a poco volvió a reconocer frente al espejo la figura con la que se sentía familiar.

Aquello también le devolvió un poco de seguridad en sí misma. No se trataba solamente de recuperar su apariencia, sino de volver a sentirse cómoda dentro de su propia piel después de tantos cambios. Había pasado por un embarazo, un parto y una etapa que había transformado completamente su vida, y ahora comenzaba a entender que su cuerpo también necesitaba tiempo para recuperar su equilibrio.

Mientras tanto, Samuel seguía siendo una ausencia de la que Aylin todavía no sabía qué pensar. Desde la última conversación que habían tenido en el hospital, no había vuelto a saber nada de él. Tampoco había intentado buscarlo. Cada vez que salía del colegio y regresaba a casa, podía tomar otro camino y pasar cerca de su casa, pero nunca lo hacía. Una parte de ella prefería mantener aquella distancia, al menos por un tiempo.

En el fondo, esa separación también le había permitido respirar un poco. Ya no tenía que preguntarse qué iba a decirle, ni enfrentarse a conversaciones para las que todavía no se sentía preparada. Sin embargo, aunque intentaba continuar con su rutina y concentrarse en su hija, había momentos en los que el recuerdo de Samuel aparecía de manera inesperada.

Sin embargo, aquella noche, cuando por fin tuvo un momento a solas, Aylin tomó una decisión que llevaba tiempo rondando en su cabeza.

Había intentado comprender a Samuel. Había intentado justificar su ausencia y convencerse de que las cosas podían volver a ser como antes. Pero, después de todo lo ocurrido, algo dentro de ella había cambiado.

Ya no podía confiar en él de la misma manera.

Le dolía admitirlo, porque todavía existía cariño y porque una parte de ella había deseado que Samuel fuera la persona con la que pudiera construir una familia. Sin embargo, también había aprendido que querer a alguien no siempre era suficiente para sentirse segura a su lado.

Pensó en los días en los que más lo había necesitado, en todas las veces que había tenido que enfrentar situaciones difíciles sin saber si podía contar con él. Recordó el vacío que sintió cuando Samuel desapareció justo cuando más necesitaba su apoyo.

Y no quería volver a vivir aquello.

Ahora tenía una hija que dependía de ella y un futuro que debía comenzar a construir. También estaban sus estudios, sus responsabilidades y todos los sueños que había dejado a un lado durante demasiado tiempo.

Después de pensarlo durante unos segundos, tomó su celular y decidió escribirle.

—Hola... solo necesito hablar contigo de algo importante.

No tuvo que esperar demasiado. A los pocos minutos, el mensaje de Samuel apareció en la pantalla.

—¿Cuándo?

—Si quieres, más tarde. Voy a estar sola.

Después de enviar el mensaje, dejó el celular sobre la mesa de noche y se quedó mirando hacia la ventana. No sabía exactamente cómo terminaría aquella conversación, pero al menos había dado el primer paso.

Los minutos pasaron mucho más rápido de lo que Aylin había imaginado. Ella permanecía en la habitación, mientras la pequeña descansaba tranquilamente.

Poco después, escuchó unos pasos acercándose por el pasillo. Una voz conocida la llamó desde afuera.

—¡Aylin!

Al salir ella levantó la mirada y, al recordar que la bebé estaba dormida, llevó un dedo a sus labios.

—Shhh... habla más bajito. La niña está dormida.

—Perdón —respondió Samuel inmediatamente, bajando la voz.

Aylin respiró profundamente antes de escuchar nuevamente su voz.

—¿Puedo pasar?

La pregunta llegó acompañada de un tono nervioso que no pudo ignorar. Aylin se quedó unos segundos en silencio, como si necesitara prepararse antes de responder.

—Sí... claro. Puedes pasar.

Aylin volvió a entrar en la habitación en silencio. Detrás de ella, Samuel cerró la puerta con cuidado y permaneció unos segundos de pie, como si todavía estuviera intentando encontrar la manera correcta de acercarse a ella.

Finalmente, se sentó a su lado en la cama.

—¿Qué era tan importante que querías hablar conmigo? —preguntó Samuel con cautela, notando la tensión en su expresión.

—No puedo seguir fingiendo que todo está bien, Samuel.

—Aylin...

—Déjame terminar, por favor —lo interrumpió con la voz quebrada—. Necesito decirte todo esto sin que me detengas, porque llevo demasiado tiempo guardándolo.

Samuel asintió lentamente.

Aylin bajó la mirada nuevamente.

—Lo que pasó me dolió mucho más de lo que alguna vez pude explicarte. Podemos intentar comportarnos como si nada hubiera ocurrido, podemos sonreír, hablar de nuestra hija y hacer como que todo está volviendo a la normalidad... pero yo no puedo simplemente borrar esos meses de mi cabeza.

Samuel permaneció inmóvil, escuchándola.

—Yo confiaba en ti —continuó Aylin—. Pensé que, cuando llegara un momento tan importante y tan difícil como ese, ibas a estar conmigo. No necesitaba que resolvieras todo por mí. Ni siquiera necesitaba que tuvieras las respuestas. Solo necesitaba saber que no estaba sola.

—Y hubo momentos en los que realmente no sabía si ibas a volver.

Samuel bajó la mirada. Las palabras de Aylin habían conseguido atravesar cualquier intento de justificar sus decisiones.

—Perdóname... —dijo finalmente—. Sé que cometí muchos errores. Sé que no estuve cuando debía y no quiero buscar excusas para eso.

Aylin negó lentamente con la cabeza.

—No entiendes cuánto me rompió, Samuel.

Una lágrima recorrió su mejilla.

—Había días en los que me despertaba asustada, sin saber qué iba a pasar conmigo, con la niña... con nuestra vida. Y mientras yo intentaba encontrar la manera de seguir adelante, no sabía si tú siquiera querías formar parte de todo aquello.

Samuel se acercó un poco más, pero se detuvo antes de tocarla.

—Nunca quise abandonarte. Ni a ti ni a nuestra hija. Sé que mis decisiones hicieron que pareciera exactamente eso, pero jamás fue lo que quise.

—Pero fue lo que pasó.

—Y eso es lo que todavía me cuesta perdonar. No que hayas cometido errores... sino que tuve que aprender a vivir con tu ausencia cuando más necesitaba sentir que estabas conmigo.

—Mira... sé que esto también me duele a mí, pero tengo que hacerlo. Perdóname, ¿sí?

Samuel levantó la mirada de inmediato. En sus ojos apareció una preocupación que no pudo disimular.

—¿De qué estás hablando?

Aylin tragó saliva. Durante unos segundos quiso echarse atrás, pero sabía que no podía seguir guardando aquello.

—No puedo seguir así, Samuel. No después de todo lo que pasó. He intentado convencerme de que puedo dejarlo atrás, pero todavía hay cosas que me duelen demasiado.

Samuel negó lentamente con la cabeza.

—Aylin, por favor... no digas eso. Podemos arreglarlo. Sé que hice las cosas mal, pero quiero cambiar. Quiero estar para ti y para nuestra hija.

Las lágrimas comenzaron a recorrer las mejillas de Aylin.

—Yo sé que quieres hacerlo bien ahora, y créeme que una parte de mí quisiera creer que todo puede volver a ser como antes. Pero ya no puedo fingir que no pasó nada.

Samuel permaneció inmóvil.

—Entonces... ¿qué estás tratando de decirme?

Aylin cerró los ojos durante unos segundos, reuniendo el valor que necesitaba para pronunciar aquellas palabras.

—Creo que lo mejor es terminar aquí. Necesito pensar en mi hija y en mí. Necesito sanar antes de intentar construir algo contigo otra vez.

Samuel sintió cómo se le encogía el pecho.

—¿Me estás terminando...?

Aylin abrió los ojos y lo miró directamente. Le dolía verlo así, pero sabía que no podía tomar aquella decisión pensando únicamente en lo que él sentía.

Asintió lentamente.

—Sí.

Aylin se secó una lágrima que había quedado en su mejilla antes de continuar.

—No quería que esto terminara así. De verdad que no. Pero ya no puedo seguir fingiendo que no me dolió lo que hiciste, ni actuar como si todo estuviera bien solamente porque ahora estás aquí.

Hizo una pausa mientras respiraba entrecortadamente.

—Te quise muchísimo, Samuel. Y todavía hay una parte de mí que te quiere. Pero en este momento necesito elegirme a mí misma. Necesito aprender a estar bien por mi hija y por mí, aunque eso signifique hacerlo sin ti.

Samuel respiró profundamente antes de atreverse a hablar. Tenía la mirada fija en Aylin, pero le costaba sostenerla durante demasiado tiempo. Después de todo lo que había pasado, sabía que no podía pretender que unas cuantas palabras fueran suficientes para reparar días de ausencia.

—Aylin... yo te amo. Te amo a ti y también a nuestra hija.

Al escucharlo, Aylin soltó una pequeña risa nerviosa que rápidamente se mezcló con las lágrimas que todavía tenía en los ojos. No era una risa de felicidad, sino la reacción de alguien que ya no sabía cómo manejar todo lo que sentía.

Samuel bajó la cabeza y permaneció en silencio.

Aylin se secó las lágrimas con el dorso de la mano y respiró profundamente, intentando recuperar la calma. Había demasiadas cosas que quería decir, demasiadas preguntas que todavía no tenían respuesta, pero ya no quería convertir aquel momento en otra discusión.

—Ya no quiero pelear más —dijo finalmente, con la voz más tranquila—. No quiero seguir haciéndonos daño. Solo... necesito tiempo.

Samuel levantó lentamente la mirada hacia ella. Sus ojos estaban húmedos y en su expresión podía verse el miedo de quien acababa de comprender que, aunque todavía existiera amor, eso no significaba que todo pudiera arreglarse de inmediato.

—¿Y si ese tiempo hace que te pierda para siempre?

Aylin sintió que aquellas palabras le apretaban todavía más el pecho. Por un instante quiso acercarse, abrazarlo y decirle que todo estaría bien, pero sabía que no podía hacerlo solo para aliviar el miedo de Samuel.

—Entonces tendrás que aceptar las consecuencias de lo que hiciste.

Aquella respuesta le dolió, pero también entendió que Aylin no estaba intentando castigarlo. Simplemente estaba poniendo un límite que necesitaba para poder sanar.

Aylin bajó la mirada hacia sus manos y habló nuevamente, esta vez con la voz más suave.

—No te estoy diciendo que no te ame. Tampoco te estoy diciendo que nunca pueda perdonarte. Solo necesito volver a encontrarme a mí misma antes de decidir qué quiero hacer con nosotros.

Samuel permaneció unos segundos. Sabía que aquella pequeña siempre sería su hija, sin importar lo que ocurriera entre él y Aylin. Ya llevaba sus apellidos y, aunque las cosas entre ellos no volvieran a ser como antes, él seguiría teniendo un lugar en su vida.

También sabía que Aylin no le impediría verla. Había algo dentro de ella que le permitía entender que la niña necesitaba conocer a quien tomó el rol de padre, sentir su cariño y crecer sabiendo que, a pesar de todo, él la quería.

Samuel volvió a mirar a Aylin. Esta vez no había reproches en sus ojos, solamente una tristeza profunda y la aceptación de una realidad que le costaba muchísimo asumir.

—Cuídala mucho... —dijo finalmente, con la voz quebrada.

Aylin sintió que aquellas palabras le atravesaban el pecho. Por un instante quiso responder, decirle algo que pudiera aliviar aquel momento, pero no encontró ninguna palabra que pareciera suficiente. Solo asintió lentamente, intentando contener las lágrimas.

Simplemente salió del cuarto y cerró la puerta con cuidado detrás de él.

Cuando se quedó sola, Aylin sintió que ya no podía seguir conteniéndose. Se sentó lentamente en el borde de la cama y cubrió su rostro con ambas manos mientras las lágrimas comenzaron a caer en silencio.

Intentó llorar sin hacer ruido para no despertar a la niña, pero el dolor que llevaba dentro era demasiado grande. Había pasado días intentando imaginar cómo sería el momento en que Samuel conociera a su hija, y nunca pensó que terminaría sintiéndose así.

Samuel permaneció unos segundos en silencio después de escucharla. Finalmente, bajó la mirada y asintió, entendiendo que no había nada más que pudiera decir en ese momento. Antes de salir, observó una última vez a Aylin, como si quisiera asegurarse de que estuviera bien, pero decidió respetar el espacio que ella necesitaba.

Simplemente salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado detrás de él.

Cuando se quedó sola, Aylin sintió que ya no podía seguir conteniéndose. Se sentó lentamente en el borde de la cama y cubrió su rostro con ambas manos mientras las lágrimas comenzaban a caer en silencio. Intentó llorar sin hacer demasiado ruido, pero todo lo que había guardado durante aquellos meses parecía encontrar finalmente una forma de salir.

Había imaginado muchas veces cómo sería el día en que Samuel conociera a su hija. Pensó que quizá sentiría únicamente alegría al verlo sostenerla por primera vez, pero la realidad había sido mucho más complicada. Había amor, sí, pero también heridas que todavía no habían terminado de cerrar.

Aun así, una parte de ella sabía que las cosas no podían permanecer así para siempre.

Con el paso de los días, Samuel comenzó a demostrarlo más con sus acciones que con sus palabras. Aunque ya no estaban juntos, buscaba distintas maneras de ayudarla sin intentar forzar una cercanía que Aylin todavía no estaba preparada para darle.

Algunas veces llegaba con pañales o con pequeñas cosas que la niña necesitaba. Otras, simplemente preguntaba cómo estaban ambas o dejaba dinero con la madre de Aylin para cualquier gasto que pudiera surgir. No esperaba que ella lo recibiera con los brazos abiertos ni que olvidara de un momento a otro todo lo ocurrido.

Solo estaba intentando estar presente.

Aylin, por su parte, seguía manteniendo cierta distancia. Todavía había momentos en los que no sabía cómo tratarlo ni qué sentir cuando lo veía cerca de su hija. Sin embargo, poco a poco comenzó a notar que sus acciones eran diferentes. Samuel estaba intentando recuperar una confianza que había perdido y, aunque todavía faltaba mucho para que ella pudiera sentirse completamente segura, al menos podía reconocer su esfuerzo.

Los días empezaron a transcurrir con mayor tranquilidad.

Aylin volvió a concentrarse en su rutina, en sus estudios y, sobre todo, en disfrutar cada pequeño momento junto a su hija. Descubrir sus gestos y aprender poco a poco a cuidarla se había convertido en una parte importante de sus días.

El tiempo también comenzó a darle pequeños motivos para sentirse orgullosa.

Habían llegado sus vacaciones de quince días del colegio. Aylin acababa de terminar su primer período con buenas calificaciones, algo que meses atrás le habría parecido casi imposible. Había tenido que estudiar mientras enfrentaba el cansancio, las noches interrumpidas y todos los cambios que habían ocurrido en su vida.

Con el paso de los días, Aylin comenzó a recuperar poco a poco algunas de las cosas que habían formado parte de su vida antes de que todo cambiara.

Una de las primeras decisiones que tomó fue regresar a los ministerios de la iglesia. Al principio le costó volver a subir al altar; había pasado demasiado tiempo lejos de ese lugar y todavía existían recuerdos que podían remover sentimientos difíciles. Sin embargo, poco a poco volvió a cantar, a participar en los ensayos y a compartir nuevamente con las personas que habían estado a su lado durante tantos años.

Su vida había tomado un rumbo que jamás imaginó. Ahora tenía una hija, nuevas responsabilidades y una realidad completamente diferente a la que había conocido antes. Aun así, con el paso del tiempo, tanto su cuerpo como su estado emocional comenzaron a recuperarse.

Cada día descubría algo nuevo de su pequeña.

Una expresión, una forma de dormir, la manera en que movía sus pequeñas manos o incluso esos momentos en los que parecía reconocer su voz. Eran detalles sencillos, pero para Aylin significaban muchísimo. Poco a poco, aquella niña había comenzado a convertirse en una de las razones más importantes para seguir adelante.

Hasta que llegó un domingo por la mañana.

Aylin abrió los ojos lentamente, pero aquella vez no sintió las mismas ganas de levantarse que había tenido durante los últimos días. Permaneció unos minutos acostada, mirando el techo de su habitación mientras intentaba reunir fuerzas para comenzar la jornada.

Desde la cocina llegaban los sonidos de sus padres preparando el desayuno. Se escuchaban platos, pasos y pequeñas conversaciones mientras terminaban de arreglarse para ir a la iglesia.

Había algo extraño en cómo se sentía esa mañana.

No sabía exactamente qué era, pero su cuerpo parecía pedirle que se quedara quieta un rato más.

—Mi amor, ¿vas a ir a la iglesia hoy? —preguntó su madre mientras la observaba con atención.

—Sí... solo me siento un poco rara, pero igual quiero ir. Voy a bañar a la niña para llevarla conmigo.

Su madre sonrió con ternura al verla todavía con el cansancio reflejado en el rostro.

—Si quieres, yo baño a la bebé mientras tú te das una ducha y te quitas un poco esa cara de dormida. Así puedes arreglarte con calma.

—Muchas gracias, de verdad. Me ayudas muchísimo.

Mientras su madre se encargaba de la pequeña, Aylin aprovechó para entrar al baño y cerrar la puerta detrás de ella. Abrió la ducha y dejó que el agua comenzara a caer, pero antes de entrar tomó el celular para buscar alguna canción que pudiera acompañarla durante esos minutos.

Comenzó a recorrer sus canciones distraídamente, pasando de una a otra sin prestar demasiada atención. Sin darse cuenta, terminó entrando a la galería. Entre las fotografías apareció una imagen de Samuel.

Durante unos segundos no hizo nada. Solo observó aquella fotografía en silencio, sintiendo cómo algo dentro de ella comenzaba a removerse. Había intentado guardar muchos recuerdos en un lugar donde no pudieran lastimarla, pero bastaba con volver a ver su rostro para que todo aquello que creía tener bajo control regresara de golpe.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Una de ellas recorrió lentamente su mejilla antes de que Aylin la limpiara con el dorso de la mano. Respiró profundamente y cerró los ojos, intentando recuperar la calma.

Bloqueó el celular y lo dejó a un lado. Después entró a la ducha y permitió que el agua cayera sobre ella, intentando despejar la mente y dejar que aquellos pensamientos se fueran poco a poco.

Cuando terminó de arreglarse y salió del baño, encontró a su pequeña completamente lista. Su madre había cuidado de ella mientras Aylin se duchaba, la había bañado, cambiado y dejado preparada para salir.

Al verla, la expresión de Aylin cambió de inmediato.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro mientras se acercaba a la niña y la tomaba cuidadosamente entre sus brazos. La niña se acomodó contra su pecho con tranquilidad para que comiera.

Después de unos minutos, Aylin se aseguró de que la niña hubiera expulsado los gases antes de acomodarla nuevamente para que pudiera descansar. La dejó dormida sobre la cama y la envolvió con cuidado en su cobija, procurando que quedara bien abrigada.

Aylin terminó de revisar que todo estuviera listo y tomó a la bebé entre sus brazos con una sonrisa. La niña permanecía profundamente dormida,

—Ya estamos listas —dijo Aylin mientras acomodaba mejor la cobija sobre ella.

Desde la sala, su padre respondió con cierta prisa, pero sin ocultar la emoción:

—Bueno, vamos, que se nos hace tarde. Todos están esperando conocerla.

Aylin sonrió y salió de la casa junto a sus padres. Durante el camino, no pudo evitar mirar de vez en cuando a la niña, sintiendo una mezcla de nervios y felicidad al pensar en el momento en que finalmente la presentaría ante todos.

Cuando llegaron, apenas cruzaron la puerta de la iglesia, varias personas se acercaron con curiosidad y emoción. Algunos sonreían, otros intentaban acercarse con cuidado para verla mejor y más de uno no podía esconder las ganas de conocer a la nueva integrante de la familia.

—A ver a esa princesa bella —dijo una de las muchachas, acercándose emocionada.

Aylin destapó con cuidado el rostro de la niña para que las personas que se encontraban en la entrada pudieran verla. Varias sonrieron al descubrirla tan pequeña y tranquila, mientras algunas se acercaban un poco más para saludarla y felicitar a Aylin. Ella correspondía a cada gesto con una sonrisa tímida, sintiéndose todavía un poco extraña.

Después de unos minutos, Aylin entró al templo y buscó un lugar donde pudiera sentarse cómodamente. Se acomodó con la niña contra su pecho y permaneció allí, observando cómo poco a poco comenzaba el culto.

Todo transcurrió con normalidad. Las luces del templo eran suaves y las voces de la congregación llenaban el lugar mientras comenzaba el tiempo de adoración. Aylin intentaba concentrarse en las canciones, aunque de vez en cuando bajaba la mirada hacia su hija, acariciándole suavemente la cabeza.

Fue entonces cuando el pastor de jóvenes la reconoció entre la congregación.

Sin interrumpir el momento de adoración, caminó lentamente hasta donde estaba Aylin y, al llegar a su lado, extendió una mano hacia ella. Aylin lo miró sorprendida, pero al ver la tranquilidad en su rostro comprendió que quería que lo acompañara.

Se levantó despacio y tomó su mano.

El pastor la guió hasta el altar mientras la iglesia continuaba adorando. Aylin caminaba lentamente, sosteniendo a su niña con cuidado contra el pecho. Cada paso parecía despertar algo dentro de ella; recuerdos de momentos difíciles, noches en las que había llorado en silencio y días en los que creyó que no tendría fuerzas para continuar.

El pastor colocó una mano sobre su hombro y se acercó un poco para hablarle con suavidad, procurando que sus palabras fueran solo para ella.

—Dios ha visto cada lágrima que has derramado... incluso aquellas que nadie más vio.

Aylin cerró los ojos y respiró profundamente, dejando que aquellas palabras llegaran a un lugar dentro de ella que todavía necesitaba ser sanado.

—Sé que no ha sido fácil todo lo que has vivido —continuó el pastor—. Has pasado por momentos que probablemente nunca imaginaste enfrentar, pero Dios no te ha dejado sola. Incluso cuando sentiste que no podías más, Él siguió sosteniéndote.

—Ahora tienes una nueva etapa frente a ti. Tal vez tengas miedo de lo que viene, tal vez todavía existan preguntas que no sabes cómo responder, pero no tienes que tener todas las respuestas hoy. Dios te va a dar las fuerzas que necesitas para seguir adelante, para cuidar de tu hija y para construir poco a poco la vida que deseas para las dos.

Las lágrimas comenzaron a caer lentamente por el rostro de Aylin. Sentía que todo el cansancio, el dolor y la tristeza que había acumulado durante las últimas semanas comenzaban a salir poco a poco, como si por fin pudiera permitirse dejar de ser fuerte por unos minutos.

El pastor continuó orando por ella y por la niña, mientras algunas muchachas del grupo de jóvenes se acercaban con cuidado para rodearla. Nadie necesitaba decir demasiado; simplemente permanecían allí, acompañándola y haciéndole sentir que no estaba sola.

Aylin abrazó un poco más fuerte a su hija mientras las lágrimas seguían recorriendo sus mejillas. Escuchar aquellas palabras le dio una sensación de calma que hacía mucho tiempo no sentía. Había pasado por momentos que jamás imaginó vivir, pero en ese instante comenzaba a entender que todavía podía existir un futuro diferente.

El pastor continuó ministrando por ella durante varios minutos, hasta que finalmente terminó arrodillado a su lado. Aylin permaneció en silencio.

En medio de aquella oración, el pastor se acercó y la abrazó con fuerza. Con una mano sostuvo a Aylin y con la otra acarició con ternura la cabecita de la bebé, mientras las personas que las rodeaban permanecían en silencio.

Después de varios minutos, la oración terminó. Poco a poco, todos fueron regresando a sus lugares y el ambiente volvió a la normalidad, aunque para Aylin algo dentro de ella se sentía diferente.

Sin embargo, el cansancio volvió a hacerse presente. Su cuerpo todavía estaba débil y todas las emociones de aquel día habían terminado por agotarla. Cuando finalmente terminó el culto, solo podía pensar en regresar a casa, descansar y tener un momento de tranquilidad.

Mientras terminaban de acomodar las cosas de la bebé, la madre de Aylin se acercó a ella y comenzó a guardar algunas de las últimas pertenencias que habían quedado sobre la mesa.

—Mi amor, tu hermano quiere que vayamos a su casa a almorzar. ¿Quieres venir con nosotros?

Aylin negó suavemente con la cabeza. El cansancio comenzaba a pesarle cada vez más y sentía que lo único que necesitaba en ese momento era llegar a casa, acostarse un rato y descansar.

—No, mamá... creo que prefiero irme a la casa. Estoy demasiado cansada y, además, todavía tengo que darle de comer a la niña. Creo que las dos necesitamos descansar un poquito.

—Está bien, mi amor. Entonces nos vemos más tarde. Descansa y cualquier cosa me llamas, ¿sí?

—Sí, mamá. Gracias.

Después de despedirse, Aylin pidió un carro para regresar a casa. Mientras esperaba, sostuvo con cuidado las cosas de la niña y respiró profundamente, intentando mantenerse despierta.

Cuando finalmente subió al carro, se acomodó junto a la ventana y dejó caer lentamente la cabeza contra el respaldo.

El cansancio era tan grande que apenas podía mantener los ojos abiertos. Durante el camino observó distraídamente las calles pasar frente a ella, mientras su mente se iba quedando cada vez más en blanco.

Al llegar a casa, Aylin cerró la puerta lentamente detrás de ella y caminó con cuidado hasta la habitación. La niña estaba tranquila, así que aprovechó para cambiarla de ropa y dejarla cómoda después del largo día.

Cuando terminó, la tomó entre sus brazos y la alimentó con calma. Poco a poco, la niña fue quedándose dormida hasta que finalmente Aylin pudo acostarla en su cuna. La acomodó con cuidado, cubriéndola suavemente antes de quedarse unos segundos observándola.

Aylin sentía que necesitaba unos minutos para despejar la mente. Por eso decidió darse otro baño y dejar que el agua se llevara, aunque fuera por un momento, el cansancio que había acumulado.

Al salir, se puso una pijama cómoda de short y camiseta. Luego regresó a la habitación, se acomodó sobre la cama y tomó el celular para distraerse un poco antes de dormir.

Tenía varios mensajes de sus amigos, algunas felicitaciones y conversaciones pendientes. Sin embargo, entre todas las notificaciones había un mensaje personal que llamó especialmente su atención.

El celular de Aylin vibró suavemente sobre la mesa de noche. Al tomarlo, encontró un mensaje de Valentina.

—Hola, muñeca.

—Hola, princesa.

—¿Qué tienes para hoy?

—Nada. La verdad, hoy no quiero salir. Me siento demasiado agotada.

—Me imagino… entonces mejor te dejo descansar. Hablamos después, ¿sí?

—Sí. Gracias.

Aylin dejó el celular sobre la mesa de noche y apagó las luces. La habitación quedó en penumbra, iluminada apenas por la luz que entraba desde la ventana. Después de un día agotador, se acomodó entre las sábanas y poco a poco se quedó dormida.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando una voz la despertó desde afuera. Todavía medio dormida, abrió los ojos y permaneció unos segundos intentando entender qué ocurría.

Se incorporó lentamente y caminó hasta la ventana. Al apartar un poco la cortina, reconoció una figura conocida junto al portón de la casa.

Era Samuel.

Aylin se quedó mirándolo con cierta sorpresa. No esperaba verlo allí mucho menos después de haber estado descansando. Sin pensarlo demasiado, salió de su habitación y fue hasta la entrada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cansancio.

—¿Me puedes abrir? Necesito hablar contigo.

Aylin soltó un suspiro. No esperaba verlo nuevamente tan pronto, pero tampoco quería dejar aquella conversación pendiente.

—Está bien... pero entra con cuidado. La niña está dormida y no quiero que se despierte.

—Sí, tranquila. No voy a hacer ruido.

Una vez dentro, se quedó de pie en medio de la sala, sin saber muy bien qué hacer ni hacia dónde mirar.

—¿Podemos hablar en tu habitación? —preguntó finalmente, con cierta inseguridad.

—Sí... entra.

Los dos caminaron en silencio hasta la habitación. Samuel cerró la puerta con cuidado y permaneció unos segundos junto a ella.

—¿Estabas dormida? —preguntó al verla regresar a la cama.

—Sí... —respondió Aylin mientras volvía a sentarse—. Estoy bastante agotada.

Levantó la mirada hacia él y respiró profundamente.

—Pero dime, ¿a qué viniste?

—Vine porque ya no aguanto estar lejos de ustedes —admitió con la voz quebrada—. Ni de ti.

Aylin bajó la mirada. Aquellas palabras tocaron una parte de ella que todavía seguía sensible, aunque intentó no dejar que se notara. Había pasado demasiado tiempo intentando convencerse de que lo mejor era aprender a vivir sin Samuel, pero tenerlo nuevamente frente a ella hacía que todas aquellas certezas comenzaran a tambalearse.

—Samuel... las cosas no se arreglan solamente diciendo eso —respondió con suavidad, aunque su voz dejaba escapar el cansancio que llevaba acumulado.

—Lo sé. Y no espero que me perdones de un momento a otro. Sé que te fallé y que te hice pasar por cosas que nunca debiste enfrentar sola. Pero desde que me fui no he dejado de pensar en ti, en nuestra hija... en la familia que pudimos haber construido juntos.

Aylin permaneció callada durante unos segundos. Quería mantenerse firme, recordar todas las razones por las que había decidido alejarse y protegerse de volver a sufrir. Pero verlo ahí, hablando con tanta sinceridad, hacía que sus pensamientos se contradijeran una y otra vez.

— Si pudiera regresar el tiempo, haría muchas cosas de otra manera. Pero no puedo cambiar lo que pasó. Lo único que puedo hacer ahora es demostrarte que aprendí de mis errores.

—No sabes cuánto te necesité —murmuró Aylin—. Hubo momentos en los que solo quería que estuvieras ahí y no estabas.

—Lo sé... y esa es una de las cosas que más me duele. No quiero volver a ser esa persona que te deja sola cuando más necesitas apoyo.

—Yo tampoco quería perderte...

—Entonces déjame intentarlo otra vez —dijo Samuel en voz baja—. No te estoy pidiendo que olvides todo lo que pasó. Solo quiero que me permitas demostrarte que puedo hacerlo diferente. Que puedo estar aquí para ti... y para nuestra hija.

Aylin bajó la mirada hacia sus manos. Había demasiadas cosas que todavía no sabía cómo ordenar dentro de ella. Quería creer que las cosas podían ser diferentes, pero el miedo a volver a confiar y terminar herida seguía presente.

—No sé cómo hacer esto sin volver a salir lastimada... —admitió finalmente, con la voz baja.

Samuel la miró en silencio durante unos segundos. Luego tomó su mano con cuidado, sin intentar apresurarla ni obligarla a tomar una decisión.

—Entonces no tienes que hacerlo todo de una vez —respondió con suavidad—. Lo hacemos juntos, poco a poco. Yo voy a demostrarte con hechos que puedo estar aquí.

Había tantas cosas que todavía quería decirle, tantos momentos en los que había imaginado tenerlo nuevamente frente a ella, que por un instante sintió que las palabras simplemente no eran suficientes.

Sin pensarlo más, se acercó y lo abrazó con fuerza.

Todo lo que había intentado contener durante aquellos días terminó saliendo de golpe. Aylin apoyó el rostro contra su pecho y comenzó a llorar, dejando que las lágrimas expresaran aquello que todavía no sabía cómo explicar.

Samuel la rodeó con sus brazos y cerró los ojos. La sostuvo con cuidado, como si temiera que cualquier movimiento pudiera romper aquel momento.

Después de tanta distancia, de tantas palabras pendientes y de todo lo que había ocurrido entre ellos, aquel abrazo parecía decir mucho más de lo que cualquiera de los dos podía expresar.

Samuel comenzó a acariciarle lentamente la espalda mientras Aylin seguía llorando contra él.

—Perdóname... —susurró finalmente cerca de su oído, con la voz quebrada.

—Solo no vuelvas a desaparecer así... por favor.

—No lo haré —respondió con sinceridad—. Te lo prometo. No voy a volver a dejarte sola de esa manera.

Aylin permaneció unos segundos frente a él, intentando asimilar aquellas palabras. Poco a poco, la tensión que había mantenido en el cuerpo comenzó a desaparecer. Se separó un poco de Samuel y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, tratando de recuperar la calma.

Una pequeña risa nerviosa escapó de sus labios.

—Mira cómo terminé llorando otra vez...

Samuel sonrió apenas. Sus propios ojos seguían húmedos, pero esta vez había algo distinto en su expresión. Una mezcla de alivio y cariño que no necesitaba demasiadas palabras.

—Extrañaba incluso eso —murmuró.

En ese momento, un pequeño sonido proveniente de la cuna rompió el silencio de la habitación. Ambos giraron la mirada casi al mismo tiempo.

La bebé comenzaba a moverse entre sueños, haciendo pequeños movimientos con sus manos mientras se acomodaba. Samuel se quedó observándola durante unos segundos, como si todavía le costara creer que aquella pequeña vida realmente fuera su hija.

Se levantó despacio y caminó hasta la cuna. Se inclinó sobre ella con cuidado y tomó una de sus diminutas manos entre los dedos. La bebé cerró suavemente la mano alrededor de uno de ellos, provocándole una sonrisa que no pudo ocultar.

—Sigue siendo tan pequeña... —murmuró con ternura—. Y pensar que ya ha pasado tanto tiempo sin que pudiera conocerla.

Samuel permaneció unos segundos junto a la cuna antes de volver la mirada hacia Aylin. En sus ojos había una mezcla de arrepentimiento, ilusión y miedo. Sabía que no podía cambiar todo lo que había ocurrido, pero también sabía que, si Aylin se lo permitía, todavía podía intentar construir algo diferente.

—Quiero estar aquí —dijo finalmente, con la voz baja pero firme—. Quiero estar para las dos. De verdad, Aylin. No quiero volver a perderme ningún momento de su vida.

Aylin lo observó en silencio. Aquellas palabras despertaron sentimientos que había intentado mantener bajo control desde que él había entrado nuevamente en su vida. No quería tomar una decisión impulsada únicamente por la nostalgia ni olvidar de un momento a otro todo lo que había sufrido.

Pero tampoco podía negar que una parte de ella había deseado escuchar aquello durante mucho tiempo.

—Entonces... —comenzó, dejando escapar lentamente el aire—, ¿quieres volver a empezar conmigo?

Aylin sostuvo su mirada, todavía con cierta inseguridad, pero también con una pequeña esperanza.

—No te estoy diciendo que olvidemos todo lo que pasó —continuó—. Eso no sería justo ni para mí ni para ti. Solo quiero saber si realmente estás dispuesto a empezar de nuevo... pero esta vez haciendo las cosas bien.

Aylin lo observó durante unos segundos. Había tantas cosas que todavía quería decirle, tantos momentos en los que había deseado tenerlo a su lado, que por un instante no supo por dónde comenzar.

Finalmente suspiró y dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Mira... desde que terminamos pensé que podía hacerlo sola. Y sí, aprendí a seguir adelante, pero cuando llegó la niña todo cambió. Mi vida cambió por completo y, aunque intentaba convencerme de que estaba bien, siempre había una parte de mí que sentía que faltaba algo.

Samuel permaneció en silencio, escuchándola con atención.

—Con el tiempo entendí que ese vacío eras tú. Y por más que intenté imaginar mi vida sin ti, la verdad es que no quiero seguir haciéndolo.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Samuel. había entrado en aquella habitación, sintió que podía volver a tener esperanza.

—Entonces... ¿eso significa que todavía quieres estar conmigo?

Aylin levantó la mirada y lo observó con una expresión entre divertida y emocionada.

—¿Tú qué crees?

Samuel no necesitó escuchar nada más.

Se acercó a ella y la abrazó con fuerza, pero con cuidado, como si temiera que aquel momento pudiera desaparecer si la soltaba demasiado rápido. Cerró los ojos mientras respiraba profundamente, dejando que toda la tensión acumulada durante tanto tiempo comenzara a desaparecer.

—Te prometo que no voy a volver a fallarte —susurró contra su cabello—. Sé que todavía tengo mucho que demostrarte, pero esta vez quiero hacerlo bien. Por ti... por mí... y por nuestra hija.

Aylin cerró los ojos y se dejó envolver por sus brazos. Durante unos segundos no dijo nada. Simplemente permaneció allí, sintiendo que después de tantos meses finalmente podía volver a abrazar a la persona que todavía ocupaba un lugar importante en su corazón.

—Más te vale —murmuró finalmente con una pequeña sonrisa—, porque ahora ya no somos solo nosotros dos.

Samuel se separó apenas para mirarla a los ojos.

—Lo sé.

Aylin se acomodó lentamente sobre la cama. Todavía sentía el cansancio acumulado de los últimos días. Samuel se recostó a su lado y permaneció en silencio, observándola con una mezcla de ternura y nerviosismo.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Solo se miraron, como si intentaran reconocer nuevamente a la persona que tenían enfrente después de todo el tiempo que habían pasado separados. Samuel tomó suavemente la mano de Aylin y entrelazó sus dedos con los de ella.

Aylin bajó la mirada hacia sus manos y respiró profundamente. Poco a poco, aquella tensión que había permanecido entre los dos comenzó a desaparecer. No porque todo estuviera solucionado, sino porque por primera vez sentían que podían estar juntos sin necesidad de fingir que el pasado no había ocurrido.

Samuel levantó una mano y acomodó con delicadeza un mechón de cabello que había caído sobre el rostro de Aylin. Ella lo miró y dejó escapar una pequeña sonrisa. Él respondió de la misma manera, como si aquel gesto sencillo dijera mucho más de lo que cualquiera de los dos podía expresar con palabras.

Permanecieron así unos instantes, mirándose en silencio, hasta que poco a poco comenzaron a acercarse. Aylin cerró los ojos y Samuel se inclinó hacia ella. Sus labios se encontraron en un beso suave y tranquilo, cargado de todo aquello que habían guardado durante tanto tiempo.

Cuando se separaron, ninguno dijo nada. Aylin apoyó nuevamente la cabeza sobre la almohada mientras Samuel permanecía a su lado, todavía sosteniendo su mano.

Después de unos segundos, él se incorporó con cuidado y miró hacia la puerta.

—Voy a ver si la bebé sigue dormida —murmuró con una pequeña sonrisa.

—Sí… —respondió Aylin con una pequeña sonrisa cansada.

Samuel volvió a sentarse cerca de ella. Después de todo lo que habían hablado, parecía que ambos necesitaban un momento para simplemente estar juntos sin tener que explicar nada más.

—No sé… ¿qué quieres hacer? —preguntó Samuel en voz baja, intentando mantener la calma y evitar que el ambiente volviera a ponerse tenso.

Aylin lo observó unos segundos antes de acercarse lentamente. Samuel entendió el gesto y correspondió con ternura. Sus labios se encontraron en un beso tranquilo, diferente a los de antes, como si ambos estuvieran intentando recuperar poco a poco una cercanía que el tiempo y las heridas habían puesto a prueba.

El momento fue creciendo con naturalidad. Entre abrazos, caricias y pequeños besos, ambos dejaron de pensar por un instante en todo lo que había ocurrido. No necesitaban palabras; simplemente querían sentirse cerca, recordar aquello que todavía los unía y permitirse disfrutar de estar juntos nuevamente.

Más tarde, la habitación quedó en silencio. Ambos permanecían bajo las cobijas, abrazados y tranquilo.

—Me encanta estar así contigo —dijo en voz baja, dejando escapar una pequeña sonrisa—. Después de todo lo que pasó, poder tenerte aquí conmigo otra vez significa muchísimo.

—Y a mí también me gusta estar así contigo —respondió con una sonrisa tranquila—. Creo que los dos necesitábamos un momento como este.

Samuel permaneció en silencio durante unos segundos. Su mirada se perdió en algún punto de la habitación antes de volver hacia ella, como si hubiera algo que llevaba tiempo queriendo decir.

—Oye, amor...

—¿Qué pasa?

—Si algún día me llegara a pasar algo... quiero pedirte que cuides mucho de nuestra niña. Quiero que crezca sabiendo quién soy y cuánto la amé. Háblale de mí, cuéntale nuestras historias y dile siempre que, aunque no esté, ella fue una de las cosas más importantes de mi vida.

Aylin sintió que algo se apretaba dentro de su pecho. Se volvió completamente hacia él y negó con la cabeza.

—No digas eso, Samuel. No quiero escucharte hablar como si estuvieras despidiéndote.

—Solo lo digo por si acaso.

—Pues no me gusta ese "por si acaso" —respondió ella, abrazándolo con fuerza—. Ya he tenido suficiente miedo de perder a las personas que amo. No quiero empezar a imaginar que también podría perderte a ti.

Samuel cerró los ojos y correspondió al abrazo, rodeándola con cuidado.

Finalmente, Samuel apoyó los labios sobre la frente de Aylin y la sostuvo un poco más cerca.

—No me quiero ir de tu lado nunca —susurró—. Quiero estar aquí para verla crecer, para verla caminar, para escucharla decirnos "mamá" y "papá"... quiero vivir todo eso contigo.

Aylin cerró los ojos y se aferró un poco más a él, dejando que por unos segundos todo lo demás desapareciera. No sabía cuánto tiempo duraría aquella tranquilidad, pero en ese instante solo quería quedarse así.

Sin embargo, la calma no duró demasiado.

A los pocos segundos, la pequeña comenzó a moverse hasta que finalmente despertó y soltó un llanto suave que poco a poco fue aumentando.

—Creo que ahora te toca a ti —dijo con ternura—. Vas a tener que cambiarle el pañal.

Samuel bajó la mirada hacia la pequeña y luego volvió a mirar a Aylin, completamente nervioso.

—¿Yo? —preguntó, señalándose a sí mismo—. Pero si nunca he cambiado un pañal.

—Pues siempre hay una primera vez.

—Ay, no... creo que ella tampoco está muy convencida de que yo sea la persona indicada para aprender.

—Ay, es fácil. Mira, solo tienes que alzarla y acostarla con cuidado sobre la cama.

Samuel la observó unos segundos, todavía intentando acostumbrarse a la idea de tener que hacer todas aquellas cosas por su cuenta.

—Dame un momento para ponerme aunque sea la camisa —dijo mientras buscaba rápidamente su ropa.

Aylin sonrió al verlo moverse con cierta prisa. Mientras tanto, acomodó a la niña sobre la cama y comenzó a preparar todo lo necesario para cambiarla. Sus movimientos eran tranquilos y seguros, como si ya hubiera repetido aquella rutina cientos de veces.

Samuel se quedó observándola en silencio.

Había algo en la manera en que Aylin cuidaba a la pequeña que le llamaba especialmente la atención. La veía acomodar la cobija, revisar que todo estuviera listo y hablarle suavemente a la niña mientras hacía cada cosa con una naturalidad que lo sorprendía.

—Oye... —dijo Samuel después de unos segundos.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no salimos hoy? Podríamos pasar la tarde juntos. Hace tiempo que no hacemos algo así.

—¿En serio?

—Sí —respondió él con una sonrisa—. Tú alistas a la niña y, mientras terminas de arreglarte, yo intento cambiar a esta princesa. Así los dos nos preparamos y después vemos qué podemos hacer.

—Está bien —aceptó finalmente con una pequeña sonrisa—. Pero si vas a cambiarla, tienes que hacerlo con cuidado.

—Tranquila. Puedo hacerlo.

—Eso quiero verlo.

Samuel terminó de cambiar a la bebé después de varios intentos en los que no faltaron los pequeños errores. Cada vez que se equivocaba con algo, Aylin terminaba riéndose desde la cama, observándolo con una mezcla de ternura y diversión.

—Creo que sobreviví —dijo finalmente Samuel, soltando una pequeña risa mientras levantaba a la niña con cuidado.

—Y eso que solo era un pañal. No quiero imaginarte cuando te toque hacer algo más complicado.

—Bueno, por algo se empieza —respondió él, mirándola con una sonrisa orgullosa mientras acomodaba a la pequeña entre sus brazos.

Aylin se levantó para buscar algunas cosas en el clóset. Mientras Samuel seguía intentando encontrar la posición más cómoda para cargar a la niña, ella entró al baño para terminar de arreglarse.

Unos minutos después, Aylin salió nuevamente.

Ya estaba lista para continuar con el día. Llevaba ropa sencilla, el cabello recogido y una expresión mucho más tranquila que antes. Se acercó a la cama sin prestarle demasiada atención a Samuel, pero él se quedó mirándola durante unos segundos.

Había algo en verla así, después de todo lo que habían vivido, que le provocaba una sensación difícil de explicar.

Aylin terminó notando su mirada y levantó una ceja, ligeramente divertida.

—¿Qué?

—Nada... solo estaba pensando que te ves muy bonita.

Aylin bajó la mirada con una pequeña sonrisa, intentando disimular la emoción que le habían provocado aquellas palabras.

—Ay, Samuel...

—¿Qué? Solo estoy diciendo la verdad.

Aylin bajó la mirada con una pequeña sonrisa. Hacía tiempo que no escuchaba algo así de él, y aunque intentó disimularlo, aquellas palabras habían conseguido tocarle una parte sensible del corazón.

Mientras tanto, Samuel acomodó cuidadosamente a la niña en el cochecito, asegurándose de que quedara cómoda y bien cubierta. Aylin aprovechó esos minutos para terminar de preparar el bolso. Guardó varios pañales, un cambio de ropa, toallitas, algunos chupones y todo lo que pudiera necesitar durante el tiempo que estuvieran fuera.

Cuando Samuel vio todo lo que estaba metiendo en el bolso, no pudo evitar sonreír.

—Parece que nos vamos de viaje —bromeó, mirando la cantidad de cosas que había preparado.

Aylin soltó una pequeña risa mientras cerraba el bolso.

—Eso pasa cuando sales con un bebé. Para ellos necesitas llevar media casa.

—Y yo que pensaba que solo necesitábamos pañales y una muda de ropa.

—Ya vas a aprender —respondió Aylin entre risas.

Samuel tomó el bolso y lo colgó sobre su hombro mientras miraba a la pequeña, que permanecía tranquila en el cochecito.

Al salir de la casa, Samuel caminó hasta el carro y abrió primero la puerta trasera para acomodar a la bebé en su silla. Revisó con cuidado que estuviera bien asegurada antes de cerrar la puerta. Después guardó el cochecito en la cajuela y acomodó las demás cosas que llevaban.

Aylin lo observaba desde unos pasos atrás. Le causaba gracia verlo tan concentrado intentando hacer todo correctamente, como si llevara meses preparándose para ese momento.

—Me sorprende lo rápido que puedes hacer este tipo de cosas —comentó con una sonrisa—, pero para cambiar un pañal parece que necesitas un curso completo.

—Ya verás. Dame una semana y voy a ser todo un profesional.

—Ay, sí...

Samuel terminó de acomodar todo y caminó hasta la puerta delantera. La abrió para ella y se hizo a un lado, esperando a que subiera.

—Anda, sube.

Aylin se detuvo antes de entrar y lo miró con cierta curiosidad.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa. Mejor no preguntes tanto y déjate llevar.

—Eso me preocupa más que tranquilizarme.

—Confía en mí. Te va a gustar.

Aylin terminó sonriendo y se acomodó en el asiento, todavía sin tener la menor idea de hacia dónde se dirigían. Detrás de ellos, la bebé permanecía tranquila en su silla, mientras Samuel encendía el motor y comenzaba a manejar.

Minutos después, Samuel disminuyó la velocidad hasta detenerse frente a un restaurante elegante. El lugar destacaba por sus grandes ventanales, la iluminación cálida y una decoración cuidada que hacía que todo se sintiera un poco más especial de lo habitual.

—Llegamos —dijo Samuel mientras apagaba el motor.

Aylin levantó la mirada y observó el restaurante durante unos segundos. No esperaba que la llevara a un sitio así, mucho menos después de una tarde que había comenzado de una manera tan sencilla.

—Samuel... ¿de verdad vamos a almorzar aquí? —preguntó, todavía sorprendida.

Él sonrió al notar su expresión.

—Sí. ¿Te gusta?

Aylin volvió a mirar hacia la entrada y luego lo observó a él con una sonrisa.

—Me encanta, pero sabes que no necesitas llevarme a lugares así. A mí no me importan los lujos ni que sea un restaurante elegante.

—Lo sé. Precisamente por eso quería hacerlo diferente esta vez.

—¿Diferente cómo?

—Solo quería que tuviéramos un momento bonito. Sin prisas, sin preocupaciones y sin pensar en todo lo demás por un rato.

Aquellas palabras hicieron que la expresión de Aylin se suavizara. Sonrió mientras miraba nuevamente el restaurante.

—Entonces... vamos.

Samuel y Aylin bajaron del carro con calma. Aylin tomó a la niña entre sus brazos, acomodándola con cuidado para que siguiera descansando, mientras Samuel abría la cajuela y sacaba el cochecito junto con la pañalera.

Una vez que tuvieron todo listo, caminaron hacia la entrada del restaurante. Aylin avanzaba despacio, pendiente de la bebé, mientras Samuel se encargaba de llevar el cochecito y las demás cosas.

Al entrar, Samuel recorrió el lugar con la mirada hasta encontrar una mesa cerca de una de las ventanas. El sitio estaba tranquilo y desde allí podían observar parte de la calle, así que decidió que sería un buen lugar para sentarse.

Acomodó el cochecito junto a la mesa y ayudó a Aylin a tomar asiento. Ella colocó a la bebé con cuidado y se aseguró de que estuviera cómoda antes de sentarse a su lado.

Pocos minutos después, una de las meseras se acercó con una sonrisa y dejó unos menús sobre la mesa.

—Buenas, ¿qué les gustaría ordenar? —preguntó amablemente.

Samuel tomó uno de los menús mientras Aylin miraba al otro, todavía pendiente de la bebé.

—Amor, ¿tú qué quieres?

—No sé... tengo una dieta un poco diferente por la lactancia —explicó Aylin mientras revisaba el menú—. Pero también quiero algo ligero, así que creo que eso estaría bien.

Samuel observó a Aylin durante unos segundos. Había algo en su expresión que le hacía pensar en todo lo que había cambiado en tan poco tiempo. Finalmente, sonrió con ternura.

—Todavía se me hace un poco extraño verte como madre.

Aylin soltó una pequeña risa, aunque su mirada se perdió por un instante en algún punto de la mesa.

—A mí también... —admitió—. Todavía siento que todo pasó demasiado rápido.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—A veces pienso que las cosas pudieron haber sido diferentes. No era así como siempre imaginé que tendría una hija... ni como soñé que sería mi vida cuando llegara ese momento.

Su voz se volvió más baja.

—Pero supongo que algunas cosas simplemente no salen como uno las planea.

Samuel la escuchó sin interrumpirla. Sabía perfectamente a qué se refería y también entendía que detrás de aquellas palabras había recuerdos que todavía podían doler.

—Lo siento mucho —dijo con sinceridad—. Ojalá hubiera podido evitarte muchas de las cosas que tuviste que vivir.

—Ya no quiero hablar de eso. De verdad. No porque no me importe, sino porque no quiero que nuestra vida siga girando alrededor de todo lo que salió mal.

Respiró profundamente y dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Ahora tenemos a nuestra niña. Eso es lo importante.

—Y te ves feliz.

—Creo que sí... Por primera vez siento que puedo mirar hacia adelante sin tener que olvidar lo que pasó.

—Entonces quiero que sigamos mirando hacia adelante.

Aylin sintió una tranquilidad que hacía varios días no experimentaba. La conversación había comenzado de manera sencilla y, poco a poco, las risas fueron apareciendo entre ellos, haciendo que por unos instantes todo lo que había ocurrido pareciera quedar lejos. Era extraño volver a compartir un momento así después de tantas discusiones, silencios y heridas que todavía estaban intentando sanar.

Samuel seguía jugando distraídamente con la mano de Aylin sobre la mesa, entrelazando sus dedos con los de ella mientras escuchaba cada detalle sobre la pequeña. Aylin le contó algunas de las cosas que había hecho durante el día, las

horas que había dormido y las pequeñas dificultades que habían surgido mientras intentaba acostumbrarse a su nueva rutina como madre.

Samuel la escuchaba con atención, haciendo alguna que otra broma que terminaba arrancándole una sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, Aylin no sentía que tuviera que estar a la defensiva. Simplemente estaba allí, disfrutando de una conversación tranquila con alguien a quien todavía quería.

En medio de aquella calma, Samuel volvió a preguntarle por la bebé. Aylin le explicó entre risas que prácticamente había pasado el día durmiendo, llorando, volviendo a dormir y comenzando nuevamente con la misma rutina. La forma en que lo contaba hizo que Samuel soltara una pequeña carcajada y bromeara sobre lo mucho que se parecía a ella.

Samuel permaneció unos segundos en silencio, como si todavía estuviera reuniendo el valor necesario para decir lo que había ido a contarle. Bajó la mirada hacia sus manos y respiró profundamente antes de llevar una de ellas hasta el bolsillo de su chaqueta.

Aylin lo observó con atención. Había algo en la manera en que Samuel se estaba comportando que le hacía pensar que todavía faltaba algo por decir.

Finalmente, él sacó una pequeña caja negra y la colocó con cuidado sobre la mesa que estaba junto a ellos.

Aylin bajó la mirada hacia la caja y luego volvió a mirarlo, cada vez más confundida.

—Samuel... ¿qué es eso? —preguntó con cierta inquietud, mientras sentía que la curiosidad comenzaba a mezclarse con los nervios.

Samuel no respondió de inmediato. Se quedó mirando la pequeña caja durante unos segundos, como si incluso después de haberla llevado hasta allí todavía estuviera pensando en si realmente estaba listo para abrirla.

Él abrió lentamente la caja, dejando al descubierto un anillo sencillo que reflejó la luz cálida del restaurante. No era demasiado llamativo, pero tenía algo especial en su sencillez. Aylin lo observó durante unos segundos, completamente sorprendida, sin saber qué decir.

—Sé que ahora mismo hay muchas cosas que no son fáciles —dijo con sinceridad—. Y también sé que todavía falta tiempo para que podamos tomar ciertas decisiones. Incluso para que seas mayor de edad. No quiero apresurarte ni hacerte sentir que tienes que decidir nada ahora.

—Samuel...

—Solo quiero que sepas algo. Cuando llegue el momento correcto, cuando los dos estemos preparados y las cosas estén en su lugar, quiero seguir construyendo mi vida contigo. Contigo y con nuestra hija.

—Después de todo lo que pasó... —preguntó finalmente, con la voz entrecortada—. ¿Todavía quieres eso?

—Más que nunca.

Aylin dejó escapar una pequeña respiración. No sabía qué les esperaba en el futuro, ni cuánto tendrían que enfrentar todavía, pero aquella idea no le producía miedo.

—Entonces... ¿aceptas esperar conmigo hasta que podamos formar la familia que alguna vez soñamos?

—Sí... sí acepto.

Samuel sonrió con alivio y tomó suavemente la mano de Aylin para colocarle el anillo. Ella observó el pequeño detalle en su dedo durante unos segundos, todavía intentando asimilar todo lo que acababa de ocurrir. Había algo especial en aquel momento.

Por unos instantes, el ruido del restaurante pareció desaparecer. Las conversaciones de las demás mesas, el movimiento de los meseros y hasta la música de fondo quedaron en segundo plano. Solo estaban ellos dos, compartiendo una promesa que… representaba una nueva oportunidad para comenzar de nuevo.

Cuando la mesera llegó con la comida, Aylin todavía seguía mirando el anillo de vez en cuando. Una sonrisa tímida aparecía en su rostro cada vez que recordaba las palabras de Samuel, y aunque todavía le parecía extraño pensar en la posibilidad de convertirse algún día en su esposa, una parte de ella comenzaba a acostumbrarse a la idea.

Después de terminar de comer, salieron del restaurante y regresaron al carro. El sol todavía iluminaba las calles, aunque comenzaba a descender lentamente, dejando una luz cálida sobre los edificios y las avenidas. Aylin acomodó con cuidado a la bebé mientras Samuel se preparaba para continuar el camino.

Poco después decidieron dirigirse a un parque tranquilo. Cuando llegaron, Samuel bajó del carro y se alejó durante unos minutos, dejando a Aylin esperando con curiosidad. Ella observó cómo desaparecía entre algunas de las tiendas cercanas y, aunque no entendía qué estaba haciendo, decidió esperar.

No tardó demasiado en regresar. Traía un par de conos de helado en las manos y una expresión satisfecha que hizo sonreír a Aylin. Ella negó suavemente con la

cabeza al recordar que no podía comer helado en ese momento, mientras Samuel aprovechaba para quedarse con ambos.

Caminaron lentamente por el parque, empujando el cochecito de la bebé entre los senderos mientras disfrutaban del aire fresco de la tarde. El lugar estaba tranquilo; algunas familias descansaban en las bancas, varios niños jugaban cerca de los jardines y unas cuantas personas caminaban aprovechando las últimas horas de luz.

Aylin observaba a Samuel de vez en cuando mientras él caminaba a su lado. Había algo diferente en verlo así, llevando el cochecito y cuidando cada pequeño detalle de la bebé. Por momentos podía imaginar cómo sería su vida cuando ella creciera, cuando pudieran llevarla al parque, verla correr y compartir con ella momentos tan sencillos como aquel.

Samuel también parecía perdido en sus propios pensamientos. De vez en cuando miraba a la niña y luego a Aylin, como si todavía le costara creer que aquella vida que alguna vez habían imaginado estuviera comenzando a convertirse en una realidad.

La tarde avanzó lentamente mientras los tres continuaban recorriendo el parque. No necesitaban grandes planes ni lugares especiales. Después de todo lo que habían vivido, aquel momento sencillo se sentía más valioso que cualquier celebración.

Y mientras el sol comenzaba a ocultarse poco a poco, Aylin comprendió que quizás la felicidad no siempre llegaba de la manera en que uno la imaginaba.

A veces simplemente aparecía en una caminata tranquila, en una mano que sostenía la suya, en una bebé dormida dentro de un cochecito y en la sensación de estar, por fin, exactamente donde quería estar.

Después de unos minutos, Aylin miró la hora y comprendió que ya era momento de regresar. A esas horas, la bebé solía salir cada vez menos y no quería retrasarse demasiado.

—Creo que ya deberíamos volver —dijo con suavidad—. A esta hora la niña ya casi no sale.

Samuel asintió mientras se preparaba para levantarse.

—Está bien. Vamos.

Ambos emprendieron el camino de regreso a casa. Durante el trayecto hablaron poco; después de todo lo que habían vivido ese día, los dos parecían necesitar un poco de tranquilidad.

Al llegar, Aylin abrió la puerta y entró con cuidado. La casa estaba en silencio y, al mirar hacia la sala, se dio cuenta de que sus padres todavía no habían regresado.

Dejó sus cosas a un lado y miró a la bebé, que comenzaba a moverse ligeramente entre sus brazos.

—Voy a darle de comer y después le cambio el pañal —comentó mientras caminaba hacia la habitación.

—Está bien. Yo voy a sacar el coche del carro para dejarlo listo.

Aylin sonrió brevemente antes de entrar en la habitación. Samuel salió nuevamente hacia el carro, mientras la casa volvía a quedar en silencio y cada uno comenzaba a ocuparse de la pequeña rutina que, poco a poco, se estaba convirtiendo en parte de sus vidas.

Aylin se acomodó en el sillón y colocó a la bebé con cuidado sobre su pecho. La pequeña comenzó a tomar leche tranquilamente, mientras ella la sostenía con una mano y acariciaba suavemente su cabecita. Por unos minutos, la habitación volvió a sentirse en calma.

Samuel regresó poco después y entró con cuidado, procurando no hacer demasiado ruido.

—Listo —murmuró.

—Shh... habla bajito. Ya se quedó dormida.

—Perdón... no quería despertarla.

Se sentó cerca de ella y permaneció unos segundos en silencio. Su mirada terminó cayendo sobre el anillo que Aylin llevaba en una de sus manos.

—Oye... —comentó con una pequeña sonrisa—. ¿Ya pensaste cómo vas a decirles a tus padres lo del anillo?

Aylin soltó una risa nerviosa y bajó la mirada hacia su mano.

—Ay, no... ni me recuerdes eso. Todavía no sé cómo voy a explicárselo sin que empiecen con mil preguntas.

—Bueno, al menos ya tienes tiempo para pensar en una buena explicación.

—Eso espero —respondió Aylin, intentando no reírse demasiado para no despertar a la bebé.

Unos minutos después, cuando la pequeña terminó de comer, Aylin la llevó hasta la habitación para cambiarla. La acomodó con cuidado y comenzó a revisar las cosas que había preparado.

Fue entonces cuando abrió el paquete de pañales y se quedó mirándolo con preocupación.

—Ay, no...

—¿Qué pasó?

—Solo queda uno. Y ahora tendría que salir a comprar más... qué pereza.

—Si quieres, yo voy. No tienes que salir tú.

—¿Seguro?

—Claro. Por esa princesa haría lo que fuera.

—Está bien. Mira, esta es la talla que usa.

Tomó el paquete vacío y se lo mostró para que pudiera identificarlo fácilmente.

Samuel lo observó y después dirigió la mirada hacia la bebé, que permanecía dormida.

—¿Y si me la llevo conmigo?

—¿Cómo que te la llevas?

—Solo iremos aquí cerca. Compro los pañales y de paso paso un rato con ella. Volvemos rápido.

Aylin miró a la niña y luego a Samuel. La idea todavía le generaba un poco de nervios, pero también sabía que él quería aprovechar cualquier oportunidad para compartir tiempo con su hija.

—Está bien... pero maneja despacio, ¿sí? Y me avisas apenas lleguen.

—Tranquila, amor. Todo va a estar bien.

Aylin lo observó mientras se preparaba para salir y, aunque todavía sentía una pequeña inquietud, terminó sonriendo al ver la ilusión con la que Samuel se acercaba a la niña.

Samuel alzó cuidadosamente a la niña entre sus brazos y caminó hasta el carro. Abrió la puerta trasera y la acomodó con cuidado en su silla, asegurándose de que quedara bien sujeta.

—De verdad, cuídala mucho —repitió Aylin, todavía un poco nerviosa.

Samuel cerró la puerta y se volvió hacia ella con una pequeña sonrisa.

—Tranquila, lo haré.

Luego rodeó el carro y subió al asiento del conductor. Aylin se acercó a la ventana antes de que él pudiera arrancar y apoyó una mano sobre el marco de la puerta.

Samuel bajó un poco la ventana y la miró con ternura.

—Te amo, futura esposa.

—Qué raro se escucha eso.

—Pues vete acostumbrando —respondió él con una sonrisa antes de inclinarse para besarla.

—Yo también te amo.

Aylin se apartó y se quedó mirando cómo Samuel se alejaba en el carro con la bebé, mientras el cielo terminaba de oscurecerse lentamente. Las últimas luces del día desaparecían poco a poco, dejando la casa sumida en una tranquilidad extraña.

Después de unos segundos, Aylin entró nuevamente. Caminó por la casa pensando en todo lo que había vivido ese día, intentando asimilar cada momento. Habían ocurrido tantas cosas que apenas tenía tiempo de procesarlas. Sin embargo, no podía imaginar que, en cuestión de pocas horas, todo cambiaría para siempre.

El tiempo pasó lentamente y, poco a poco, mientras afuera las calles empezaban a quedar en silencio.

Aylin miró el reloj una vez más.

Ya había pasado bastante tiempo desde que Samuel se había ido y, a esas alturas, debería haber regresado. Al principio había intentado no darle demasiada importancia. Quizá se había entretenido con la bebé, había tenido que detenerse en algún lugar o simplemente se había retrasado más de lo esperado.

Pero ahora aquella explicación comenzaba a dejar de convencerla.

Sus padres también habían llegado a casa y conversaban tranquilamente en otra parte, haciendo que todo pareciera completamente normal. Sin embargo, Aylin apenas prestaba atención a lo que ocurría a su alrededor. Su mente estaba en otro lugar.

Quizá la bebé estaba inquieta. Tal vez había surgido algún inconveniente en el camino. Incluso podía haberse quedado sin batería.

Había muchas razones posibles.

Aylin intentó aferrarse a cada una de ellas como si fueran pequeñas explicaciones capaces de tranquilizarla. Se repetía que no tenía sentido preocuparse antes de tiempo, que Samuel seguramente estaba bien y que, en cualquier momento, aparecería por la puerta con la bebé en brazos, disculpándose por haberse retrasado.

Pero, por alguna razón, ninguna de aquellas posibilidades lograba quitarle la sensación extraña que comenzaba a instalarse en su pecho.

Su preocupación aumentó un poco más.

Se levantó del lugar donde estaba sentada y caminó lentamente por la habitación. Intentó distraerse mirando algunas cosas a su alrededor, acomodando un par de objetos que ni siquiera necesitaban ser acomodados. Era evidente que estaba buscando cualquier cosa que pudiera mantener su mente ocupada.

Desde la otra habitación podía escuchar a sus padres conversando tranquilamente. En la cocina, algunos platos chocaban entre sí mientras alguien terminaba de recoger. Afuera, de vez en cuando, se escuchaba el motor de algún carro pasando por la calle.

Después de unos minutos, mientras Aylin intentaba continuar con lo que estaba haciendo, escuchó una voz que la llamaba desesperadamente desde el portón de la casa.

—¡Aylin! ¡Aylin!

La insistencia de aquella voz hizo que levantara la cabeza de inmediato. Por la forma en que la llamaban, algo no parecía estar bien.

Dejó lo que tenía entre las manos y se acercó rápidamente a la entrada. Al abrir la puerta, miró hacia el portón con cierta preocupación. Allí estaba uno de los muchachos del barrio, respirando con dificultad y moviéndose de un lado a otro, como si hubiera llegado corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Aylin, acercándose con cautela.

El muchacho la miró fijamente, todavía intentando recuperar el aliento. Por unos segundos pareció no encontrar las palabras adecuadas para hablar.

—Aylin… tienes que venir conmigo —dijo finalmente, con la voz entrecortada.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Es que… pasó algo y necesitan que vayas.

Aylin sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. La expresión de preocupación en el rostro del muchacho no hacía más que aumentar su nerviosismo.

—¿Qué pasó? —insistió, esta vez con la voz más temblorosa.

—No puedo explicártelo aquí. Solo… ven rápido.

Ambos salieron corriendo sin pensarlo dos veces. Aylin apenas podía seguir el ritmo del muchacho, pero no se detuvo. Cada paso que daba hacía que su respiración se volviera más agitada y que su corazón latiera con más fuerza.

Mientras avanzaban, su mente comenzó a llenarse de pensamientos que intentaba apartar. Quería creer que no era nada grave, que tal vez se trataba de una confusión o de un accidente menor. Sin embargo, aquella sensación en el pecho no desaparecía. Algo le decía que las cosas no estaban bien.

Cuando finalmente llegaron al lugar, Aylin se detuvo de golpe.

Frente a ella había varias ambulancias estacionadas en medio de la calle. Las luces rojas y azules parpadeaban constantemente, iluminando los rostros de las personas que se habían acercado a mirar. También había un carro de tránsito intentando mantener despejada la zona, mientras algunos oficiales hablaban entre ellos y señalaban hacia el lugar del accidente.

Aylin sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

Había demasiadas personas reunidas alrededor y, a pesar del movimiento, el ambiente se sentía extrañamente silencioso. Algunos observaban con preocupación; otros murmuraban entre ellos, intentando entender qué había sucedido.

Sus ojos recorrían cada rostro, cada uniforme y cada movimiento de los paramédicos. Quería encontrar alguna señal, cualquier cosa que le permitiera saber qué estaba pasando.

Entonces, a unos metros de ellos, Aylin alcanzó a distinguir a varios paramédicos inclinados junto al carro de Samuel.

—Samuel… —susurró.

—¿Ustedes saben quién iba en ese carro? —preguntó Aylin, con la voz entrecortada y los ojos llenos de lágrimas.

Uno de los vecinos la miró con preocupación antes de responder.

—Sí, claro… Había una bebé recién nacida y un muchacho. Hace poco se los llevaron de emergencia al hospital.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Aylin sintió que el corazón se le detenía por un instante. El ruido de las personas a su alrededor, las sirenas y el movimiento de los carros parecieron desaparecer poco a poco, como si todo se hubiera quedado en silencio.

—¿Una… bebé? —murmuró, casi sin voz.

Las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas sin que pudiera detenerlas. Sintió un nudo en la garganta mientras miles de pensamientos se amontonaban en su cabeza, cada uno más aterrador que el anterior.

Miró nuevamente hacia el lugar del accidente. El carro estaba destrozado y varias personas continuaban alrededor, tratando de entender lo que había ocurrido. Aylin apretó las manos contra su pecho, intentando controlar la respiración.

—¿Saben a qué hospital los llevaron? —preguntó rápidamente.

—No estoy seguro —respondió el hombre—. Creo que salieron hacia el hospital más cercano. Todo pasó muy rápido.

Entonces, al mirar desesperadamente a su alrededor, reconoció a uno de sus vecinos dentro de su carro.

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia él.

—¡Por favor! —dijo mientras se acercaba a la ventana—. ¿Usted sabe algo? ¿Vio a dónde se llevaron a los heridos?

El vecino bajó la mirada hacia ella y, al verla llorando, comprendió inmediatamente que aquello significaba mucho más de lo que parecía.

—Aylin… ¿qué pasa?

—Ocupo que me lleve rápido al hospital, por favor.

—Sí, claro. Suba.

Aylin abrió la puerta y entró rápidamente al carro. Apenas se sentó, cerró la puerta con manos temblorosas y se abrazó a sí misma, intentando contener el llanto que amenazaba con desbordarse.

Aylin permaneció con la mirada fija en la ventana, viendo cómo las luces de las calles pasaban una tras otra frente a sus ojos. Todo parecía moverse demasiado lento. Cada semáforo, cada carro y cada segundo que transcurría se sentían como obstáculos que la separaban de Samuel.

Sus manos no dejaban de temblar. Las apretó con fuerza sobre sus piernas mientras intentaba respirar, pero el miedo le cerraba el pecho.

Al llegar al hospital, Aylin se bajó del carro lo más rápido que pudo. Apenas cerró la puerta, comenzó a caminar casi a toda prisa hacia la entrada. Sentía que cada segundo que pasaba era un segundo perdido, y que, en algún lugar de aquel enorme edificio, Samuel podía estar necesitándola.

El sonido de sus propios pasos se mezclaba con el movimiento de las personas que entraban y salían del hospital. Enfermeros empujando camillas, familiares esperando noticias y médicos caminando apresurados de un lado a otro. Todo parecía moverse demasiado rápido, mientras ella apenas podía pensar.

Cuando finalmente llegó a la sala de espera, buscó con la mirada entre las personas hasta reconocer a la madre de Samuel y a sus hermanos.

—¿Dónde está Samuel? —preguntó desesperada mientras se acercaba.

Aylin se detuvo frente a ellos al notar sus rostros serios. Su madre tenía los ojos cansados y sus hermanos permanecían en silencio, mirando al suelo o evitando encontrarse con su mirada. Aquello solo consiguió aumentar el nudo que sentía en el pecho.

—Necesitamos que estés tranquila —dijo la madre de Samuel, acercándose a ella y tomándola suavemente de los hombros—. Nosotros ya pasamos a verlo… pero Samuel quiere verte a ti. Así que logré conseguir un permiso para que entres sola.

Aylin la miró sin saber qué responder.

Sintió que el corazón volvía a acelerársele. Hasta ese momento había intentado mantenerse serena, aferrándose a las palabras de la familia de Samuel y convenciéndose de que Samuel estaba bien. Sin embargo, escuchar que él había preguntado específicamente por ella hizo que toda aquella calma desapareciera.

—¿Está… bien? —preguntó finalmente, casi en un susurro.

—Está consciente. Pero está débil. Por eso tienes que tratar de mantener la calma cuando entres, ¿sí? No queremos que se preocupe por ti.

Quería verlo. Necesitaba verlo. Después de todo lo que había pasado, lo único que tenía claro era que no quería seguir esperando detrás de aquellas puertas sin saber cómo estaba.

Antes de que pudiera decir algo más, las puertas del pasillo se abrieron y una enfermera salió con una carpeta entre las manos. Miró a las personas que esperaban en la sala y revisó algunos documentos antes de levantar la vista.

—¿Familiares de Samuel Rojas? —preguntó.

—Nosotros —respondieron varios al mismo tiempo.

La enfermera hizo una pequeña marca en sus papeles y volvió a revisar la información.

—¿Quién es Aylin?

—Yo.

—Bien. Samuel preguntó por ti. Puedes pasar.

Aquellas palabras hicieron que Aylin se quedara inmóvil durante unos segundos.

Había esperado durante horas para poder verlo, pero ahora que finalmente tenía la oportunidad, el miedo volvió a apoderarse de ella.

—Ve —le dijo la madre de Samuel con una pequeña sonrisa—. Él te está esperando.

Aylin respiró profundamente.

Se secó rápidamente una lágrima que había escapado de sus ojos y se acomodó el cabello antes de caminar hacia la enfermera. Cada paso que daba hacia aquellas puertas hacía que su corazón latiera con más fuerza.

Cuando la puerta se abrió, Aylin tomó aire una última vez y entró.

La enfermera le entregó un traje verde, una mascarilla y una gorra desechable.

Las manos de Aylin comenzaron a temblar mientras se colocaba todo rápidamente. Intentaba concentrarse en cada movimiento, pero le resultaba imposible. Sentía el corazón latiéndole con tanta fuerza que apenas podía escuchar lo que ocurría a su alrededor.

Respiró profundamente y siguió a la enfermera por el largo pasillo blanco del hospital. Cada paso parecía hacer que el nudo en su pecho se hiciera más fuerte. Las luces del techo pasaban sobre ella una tras otra, mientras el sonido de los monitores y las ruedas de las camillas se mezclaba con el silencio del lugar.

Después de unos segundos, la enfermera se detuvo frente a una puerta.

—Es aquí.

—¿Cómo está? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Está muy delicado?

La enfermera guardó silencio durante un instante, como si buscara la manera más cuidadosa de responderle.

—Sí —admitió finalmente—. Está bastante delicado.

—¿Pero… va a estar bien?

—El accidente fue bastante fuerte. Perdió mucha sangre y, además, sufrió lesiones importantes en varios órganos. Por eso necesita estar conectado a todos esos equipos. Los doctores están haciendo todo lo posible para mantenerlo estable y controlar cada uno de sus signos vitales.

—Está bien… gracias.

La enfermera le dedicó una pequeña sonrisa antes de apartarse.

—Los dejo solos un momento.

Aylin se quedó inmóvil frente a la puerta durante unos segundos. Necesitaba reunir fuerzas antes de entrar. Una parte de ella quería salir corriendo y fingir que nada de aquello estaba pasando, pero sabía que no podía.

Finalmente, dio un paso hacia el interior.

Samuel estaba acostado en la cama, conectado a varios equipos que controlaban sus signos vitales y su presión. Había cables alrededor de su cuerpo y diferentes dispositivos que mantenían un registro constante de cada cambio.

Aylin sintió que el corazón se le partía al verlo.

Se veía pálido, mucho más de lo que jamás lo había visto. Su rostro estaba inmóvil y sus ojos permanecían cerrados. Era extraño verlo así, tan vulnerable, tan diferente al Samuel que ella conocía.

Aylin se acercó lentamente a la cama, intentando no hacer ruido. Arrastró una silla y se sentó a su lado.

—Samuel… —susurró, sintiendo cómo se le quebraba la voz.

—Perdóname… —dijo Samuel al verla a los ojos.

Su voz salió baja, cargada de culpa. Por un instante, pareció que quería decir algo más, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. Solo pudo sostenerle la mirada, como si en los ojos de Aylin buscara alguna señal que le dijera que todavía podía arreglar las cosas.

Aylin negó rápidamente con la cabeza.

—No tienes que decirme eso. Más bien perdóname a mí… fui yo la que accedió a que fueras.

Samuel apretó apenas su mano, entrelazando sus dedos con los de ella. El gesto fue pequeño, pero transmitía todo lo que no estaba logrando decir con palabras.

—No… tú no sabías que iba a pasar eso.

Aylin bajó la mirada. Sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta y tuvo que respirar profundamente para contener las lágrimas.

—Ni tú tampoco —respondió con la voz quebrada.

Sabía que ella tenía razón. Ninguno de los dos había imaginado que las cosas terminarían de aquella manera. Habían tomado una decisión creyendo que podían manejar las consecuencias, sin saber que algunas situaciones podían cambiarlo todo en cuestión de minutos.

—No quiero que pienses que te estoy culpando —continuó, intentando mantener la calma—. Solo… me duele. Me duele pensar que quizá, si las cosas hubieran sido diferentes, nada de esto habría pasado.

Samuel tragó saliva y acarició suavemente el dorso de su mano con el pulgar.

—A mí también me duele —admitió—. Y si pudiera regresar el tiempo, lo haría. No para cambiar lo que pasó entre nosotros, sino para evitar que tuvieras que pasar por todo esto.

—No puedes regresar el tiempo, Samuel.

—Lo sé.

—Entonces no te castigues por algo que ninguno de los dos podía prever.

Samuel sonrió apenas, aunque el dolor seguía siendo evidente en su rostro. Su respiración era lenta y pesada, como si incluso hablar le costara un esfuerzo enorme.

—¿Y la bebé? —preguntó en voz baja.

Aylin bajó la mirada por un instante. Había tantas cosas pasando al mismo tiempo que apenas podía ordenar sus pensamientos.

—No sé… más tarde veré dónde está —respondió, intentando mantener la calma—. Pero ahora necesito que te mejores, ¿sí? No pienses en nada malo. Recuerda que todavía nos falta mucho por vivir.

—Sí, yo sé… —murmuró finalmente—. Pero siento que ya no me quedan fuerzas. Perdóname.

Aylin negó rápidamente con la cabeza. No quería escuchar esas palabras. Sentía que cada una de ellas hacía crecer un miedo que llevaba intentando contener desde que todo aquello había comenzado.

Tomó sus manos entre las suyas y las apretó con fuerza, como si de esa manera pudiera convencerlo de quedarse.

—No digas eso —susurró, con la voz quebrándose ligeramente—. Por favor. Recuerda que ahora somos una familia y no puedes dejarme sola otra vez.

—No lo haré —prometió—. Siempre estaré ahí para ti… aunque a veces no sepa cómo demostrarlo.

Aylin sintió que sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. Había pasado tanto tiempo intentando ser fuerte que, en ese momento, simplemente ya no podía seguir fingiendo que nada le dolía.

Sin pensarlo demasiado, se acercó a él y apoyó lentamente la cabeza sobre su hombro. Samuel no dijo nada. Solo permaneció junto a ella, dejando que se acomodara a su lado.

Aylin cerró los ojos y respiró profundamente. Podía sentir el calor de Samuel y escuchar su respiración, y aunque aquello no solucionaba nada, por unos segundos consiguió sentirse un poco más tranquila.

Después de unos minutos, Aylin se levantó rápidamente de la silla. Sentía que quedarse allí sentada sin hacer nada era insoportable. Necesitaba avisarle a alguien, hacer algo, encontrar una manera de ayudarlo.

—Llamaré a tu familia, ¿sí? —dijo mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Samuel negó suavemente con la cabeza. El movimiento fue apenas perceptible, como si incluso eso le costara demasiado esfuerzo.

—No… espera.

Aylin se detuvo y lo miró con preocupación.

—Ya hablé con ellos —continuó Samuel, tomando aire con dificultad—. Saben cómo estoy.

—Entonces voy a llamar a alguien más. Un doctor, a una enfermera… a quien sea.

—No —murmuró él—. Quiero que te quedes aquí conmigo.

—Samuel…

Él abrió los ojos y la miró. Había algo diferente en su expresión. No era solo cansancio. Parecía haber aceptado algo que ella todavía se negaba a comprender.

—Porque… yo ya me voy, ¿sí?

—No digas eso —respondió con la voz quebrada—. No vuelvas a decirlo.

—Aylin…

—Tú eres fuerte —lo interrumpió ella, acercándose nuevamente—. Hemos pasado por muchísimo. ¿Me escuchas? Hemos pasado por cosas que pensé que nunca íbamos a superar y aquí seguimos.

Se sentó junto a él y tomó su mano entre las suyas. Estaba fría.

—Y vamos a salir de esta también —continuó, apretándole los dedos—. No puedes rendirte ahora. Todavía nos falta mucho.

Samuel la observó en silencio. Por unos segundos, pareció querer responderle algo, pero el cansancio pudo más. Cerró los ojos y respiró profundamente, aunque su respiración salió entrecortada.

—No… —susurró después de unos instantes—. Ya me siento agotado.

—No hables así.

—Ya no puedo más, Aylin…

—Sí puedes. Claro que puedes.

—Ojalá fuera así de fácil.

—Samuel… —susurró, sintiendo cómo el miedo volvía a invadirla—. Por favor, no me asustes.

Él levantó apenas la mano. Sus dedos temblaron mientras buscaban los de ella.

—Ven… quédate a mi lado.

Samuel cerró los ojos, manteniendo los dedos entrelazados con los de ella.

Aylin permaneció allí, sin soltarlo. Ya no sabía qué decirle para convencerlo de que todo estaría bien. Solo podía sostener su mano y repetirlo en su mente, como si al creerlo con suficiente fuerza pudiera hacerlo realidad.

—No me voy a ir —murmuró—. No importa cuánto miedo tenga… me voy a quedar contigo.

Aylin tomó su mano inmediatamente y se sentó a su lado, intentando contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. No quería pensar en lo que estaba sucediendo, pero en su mente solo había una idea: estaba viviendo otra vez el miedo de perder a alguien que amaba.

Entonces, tratando de tranquilizarlo, comenzó a cantar en voz baja una canción que ambos conocían. Su voz temblaba y se quebraba de vez en cuando por el llanto, pero continuó. Mientras cantaba, se inclinaba hacia él para darle pequeños besos en la cabeza y luego acariciaba suavemente su cabello, con la misma delicadeza con la que lo había hecho tantas otras veces.

Hasta que Samuel cerro sus ojos para nunca más abrirlos declarado asi fallecido a las 9:26 de la noche del 6 de julio de 2025

Samuel se había ido para siempre.

A pesar del dolor, siguió cantando unos segundos más. Ya no lo hacía para tranquilizarlo, sino porque no sabía qué otra cosa hacer. Era como si dejar de cantar significara aceptar que realmente se había ido.

Su voz terminó convirtiéndose en un susurro hasta desaparecer por completo.

Aylin bajó la mirada hacia él y acarició una última vez su cabello. Luego se inclinó y lo abrazó con todas sus fuerzas, escondiendo el rostro contra él mientras lloraba.

Permaneció así durante varios minutos, aferrándose a él como si todavía pudiera protegerlo de aquello que acababa de suceder. Después, con las manos temblorosas, se separó lentamente y le dio un último beso en la frente.

Y aunque sabía que ya no podía escucharlo, se quedó a su lado, sin querer aceptar que aquella sería la última vez que estaría junto a él.

Por otro lado, al escuchar los llantos de Aylin, las enfermeras entraron rápidamente a la sala de cuidados intensivos. Intentaron acercarse a ella y contenerla, pero ya no había nada que hacer.

—Aylin… —dijo una de ellas con suavidad.

Pero ella apenas podía escucharla. Permanecía junto a la camilla, completamente paralizada, con las lágrimas recorriendo su rostro mientras miraba a Samuel sin poder aceptar de el amor de su vida se había ido.

Después de unos minutos, Aylin salió lentamente de la sala. Caminaba sin rumbo, con la mirada perdida y el rostro empapado en lágrimas. Parecía no tener fuerzas siquiera para mantenerse en pie.

. Buscó apoyarse en la pared del corredor y se dejó caer lentamente contra ella, hasta quedar sentada en el suelo.

Entonces rompió a llorar con más dolor y desesperación. Se llevó las manos al rostro mientras intentaba contener los sollozos, pero le resultaba imposible. Todo lo que había estado tratando de contener dentro de la sala de cuidados intensivos salió de golpe.

Los hermanos de Samuel se levantaron de inmediato al verla.

—¿Qué pasó? —preguntó uno de ellos, acercándose rápidamente.

Aylin abrió la boca para responder, pero no consiguió pronunciar una sola palabra. Sintió que la garganta se le cerraba y que el aire apenas lograba entrar en sus pulmones. Por más que intentaba hablar, ninguna palabra conseguía salir.

El llanto volvió a apoderarse de ella. Se cubrió el rostro con ambas manos, intentando esconder las lágrimas que ya no podía contener. Sus hombros comenzaron a temblar mientras trataba, inútilmente, de recuperar el control.

Al verla de aquella manera, sus hermanos comprendieron inmediatamente lo que había ocurrido. Durante unos segundos, ninguno supo cómo reaccionar. Uno de ellos se quedó completamente inmóvil, llevándose una mano al rostro mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. El otro no pudo contenerse y corrió hacia Aylin, rodeándola con los brazos y abrazándola con fuerza.

Hasta que las luces del corredor se volvieron borrosas y las voces a su alrededor comenzaron a apagarse poco a poco. Intentó mantenerse de pie, pero su cuerpo ya no respondía.

Entonces Aylin sintió que ya no podía más por lo que se fue de un lado

Su espalda se deslizó lentamente contra la pared hasta que perdió el equilibrio. Alguien gritó su nombre, pero Aylin apenas logró escucharlo.

En cuestión de segundos, todo se volvió oscuro.

—¡Aylin!

Varias personas se acercaron rápidamente, mientras alguien pedía ayuda. Los hermanos de Samuel levantaron la mirada, todavía con lágrimas en los ojos, y por un

instante el dolor de todos quedó suspendido ante el miedo de que algo más pudiera estar ocurriendo.

Horas después, Aylin comenzó a recuperar lentamente el conocimiento. Al principio, todo a su alrededor parecía confuso. Escuchaba voces lejanas, pasos apresurados y el sonido constante de algunos aparatos, pero le costaba entender dónde estaba o qué había ocurrido.

Abrió los ojos con dificultad y parpadeó varias veces, intentando acostumbrarse a la luz del lugar. Sentía el cuerpo pesado y un ligero dolor de cabeza que le impedía pensar con claridad. Durante unos segundos permaneció inmóvil, mirando el techo mientras trataba de recordar cómo había llegado hasta allí.

Poco a poco, los recuerdos comenzaron a regresar. Cerró los ojos un instante, respiró profundamente y dejó escapar un suspiro. Todavía se sentía débil, así que decidió no intentar levantarse.

Se quedó acostada en una de las camillas, cubierta con una manta mientras observaba en silencio todo lo que ocurría a su alrededor. De vez en cuando alguien pasaba cerca de ella, pero nadie parecía prestarle demasiada atención. Aylin simplemente permaneció allí, intentando recuperar fuerzas y ordenar sus pensamientos.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que había perdido el conocimiento. Solo sabía que necesitaba unos minutos más para sentirse realmente despierta.

Entonces, escuchó unos pasos acercándose. La madre de Samuel apareció al otro lado de la camilla y, al reconocerla, Aylin levantó ligeramente la mirada.

Se acercó con evidente preocupación. Al verla consciente, su expresión cambió de inmediato y dejó escapar un pequeño suspiro de alivio.

—Aylin… —murmuró, acercándose un poco más—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy… mejor —respondió con la voz baja.

La madre de Samuel se sentó junto a ella y tomó suavemente su mano.

—Nos preocupamos mucho por ti.

—Mi amor… vengo a decirte que tengas tus últimos momentos con él. Está en la morgue del hospital.

—¿Yo? —preguntó con la voz apenas audible.

—Sí, tú —respondió ella, mientras las lágrimas comenzaban a recorrerle las mejillas—. Tú fuiste lo más importante para él.

Antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió y Alisson entró en la habitación. Era la misma enfermera que había estado acompañándola durante aquellos días. Al verla, se acercó con cuidado y le tendió una mano.

—Vamos, Aylin. Te ayudaré a levantarte.

Aylin la observó durante unos segundos antes de aceptar su ayuda. Sus piernas se sentían débiles, como si de repente hubieran olvidado cómo sostenerla. Alisson la sujetó con firmeza mientras ella se incorporaba lentamente.

Cada paso fuera de la habitación se sintió más pesado que el anterior.

Aylin respiró temblorosamente antes de seguir con Alisson por el largo pasillo del hospital.

—Bueno… está en esa mesa. Te dejo sola unos minutos porque ya vienen por él.

Aylin no encontró fuerzas para responder. Sentía las piernas débiles y las manos frías, pero aun así continuó caminando lentamente hacia la habitación.

Cuando entró, un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Se quedó quieta durante unos segundos, mirando el lugar sin saber exactamente qué hacer. El aire parecía más pesado allí dentro. Sus ojos recorrieron cada rincón hasta detenerse finalmente en la mesa donde estaba Samuel.

A medida que se acercaba, sus manos comenzaron a temblar con más fuerza.

Respiró profundamente, intentando reunir el valor suficiente para acercarse. Se repitió a sí misma que debía mantenerse fuerte, que no podía derrumbarse todavía.

Aylin llevó una mano a su boca para contener el llanto, pero fue inútil. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas una tras otra, mientras intentaba respirar sin que el pecho se le quebrara por completo.

—Samuel… —susurró con la voz temblorosa.

Se sentó despacio junto a él, como si cualquier movimiento brusco pudiera hacer que todo aquello fuera aún más real. Por un instante se quedó observándolo en silencio, buscando alguna señal de que aquello no estaba sucediendo, de que en cualquier momento abriría los ojos y le diría que todo estaba bien.

Con las manos temblorosas, Aylin tomó una de las suyas. Estaba fría. Demasiado fría.

La sostuvo entre las suyas y comenzó a frotarla suavemente, como si pudiera devolverle el calor con sus propias manos. Bajó la mirada mientras las lágrimas caían sobre sus dedos.

—No puedes dejarme así… —murmuró entre sollozos—. No puedes hacerlo.

Apretó un poco más su mano.

—Dijiste que íbamos a estar juntos… —continuó, intentando contener el llanto—. Que íbamos a cuidar a nuestra hija juntos. Que no importaba lo que pasara, íbamos a encontrar la manera de salir adelante.

Aylin cerró los ojos durante unos segundos y negó lentamente con la cabeza. No quería aceptar aquella realidad. No después de todo lo que habían imaginado juntos. No después de todas las veces que Samuel le había hablado de su hija, de cómo quería verla crecer, de las cosas que algún día harían como familia.

—Todavía nos faltaban tantas cosas… —dijo en voz baja—. Ni siquiera habíamos podido vivir todo lo que soñamos.

El cuarto quedó completamente en silencio. Solo se escuchaba, de vez en cuando, algún sollozo ahogado y el débil sonido de los aparatos que permanecían encendidos. Aylin seguía junto a Samuel, sin apartarse de él, intentando guardar en su memoria cada detalle de aquel último momento antes de tener que dejarlo ir para siempre.

Al levantar la mirada, vio a la pastora de jóvenes parada en la entrada. Tenía los ojos completamente rojos y el rostro marcado por las lágrimas. Durante unos segundos, ninguna de las dos dijo nada. La pastora simplemente la observó, como si también estuviera intentando encontrar las palabras adecuadas para acercarse a ella en un momento así.

Finalmente, caminó hacia Aylin.

—Aylin… —pronunció con la voz quebrada.

—¿Por qué…? —preguntó entre lágrimas—. ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

La pastora intentó sostenerla mientras Aylin se desvanecía de rodillas en el piso. La abrazó con fuerza, sin importarle que sus propias lágrimas comenzaran a caer nuevamente.

Aylin lloraba desconsoladamente, apoyada contra ella, mientras repetía una y otra vez las mismas palabras.

—Yo no quería despedirme de él así… —sollozó—. No quería…

La pastora acarició lentamente su cabello, tratando de darle un poco de consuelo, aunque en aquel momento ninguna palabra parecía suficiente.

—Lo sé, Aylin… lo sé —murmuró.

—Yo quería que todo fuera diferente… —continuó ella entre sollozos—. Quería tener más tiempo. Quería poder hablar con él otra vez… decirle tantas cosas.

—Hay despedidas que nunca estamos preparados para enfrentar —dijo suavemente—. Y esta no debería haberte tocado a ti.

Sus palabras salían entrecortadas por el llanto mientras volvía a mirar a Samuel, todavía incapaz de aceptar que ya no volvería a escuchar su voz, ni a verlo sonreír, ni a sentir su presencia a su lado. Lo observaba como si, en cualquier momento, fuera a abrir los ojos y decirle que todo aquello no era más que una pesadilla.

Aylin apretó los labios, intentando contener otro sollozo, aunque las lágrimas continuaban cayendo por sus mejillas sin darle tregua. Sentía un vacío profundo en el pecho, uno que parecía extenderse por todo su cuerpo y hacer que hasta respirar se volviera difícil.

La pastora permaneció a su lado, abrazándola con fuerza mientras Aylin intentaba recuperar el aire entre tanto llanto. No buscó apresurarla ni decirle que dejara de llorar. Simplemente se quedó allí, sosteniéndola mientras ella dejaba salir todo aquello que llevaba dentro.

—No sé cómo seguir después de esto… —susurró Aylin con la mirada perdida—. Todo lo que imaginaba con él desapareció en un segundo.

La pastora la abrazó un poco más fuerte mientras Aylin escondía el rostro contra su hombro.

—Nadie está preparado para perder a alguien que ama —le dijo—. Puedes llorar, puedes sentir rabia, puedes sentir que no entiendes nada. El dolor también es parte de amar.

—Ven, vamos, ¿sí? Ya llegaron por él… —dijo la pastora con suavidad.

Aylin asintió apenas, todavía con las lágrimas recorriendo sus mejillas. Ambas comenzaron a caminar despacio por el pasillo. La pastora se mantuvo a su lado, sujetándola delicadamente por el brazo para ayudarla a avanzar.

Antes de alejarse por completo, se detuvo y miró hacia los doctores.

—Ya pueden proceder —les indicó con seriedad.

Los doctores entraron al lugar mientras la pastora volvía junto a Aylin.

—Aylin, vamos a ver cómo está la niña, pero mírame —le pidió con dulzura.

Aylin continuó caminando con la mirada perdida, como si apenas pudiera escucharla. Entonces la pastora se colocó frente a ella y tomó su rostro entre sus manos con delicadeza, obligándola suavemente a levantar la mirada.

—Mírame, mi niña.

Los ojos de Aylin se encontraron con los suyos. Estaban completamente rojos, llenos de lágrimas y miedo.

—Necesito que te seques esas lágrimas —continuó la pastora—. Sé que te duele… y no quiero ni imaginar cuánto te está doliendo en este momento. Pero necesito que seas fuerte.

Aylin apretó los labios intentando contener otro sollozo, aunque las lágrimas volvieron a caer.

—No puedo… —susurró con la voz quebrada—. Siento que no puedo con esto.

—Sí puedes. Quizá ahora mismo no lo creas, pero puedes.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—El mundo no se ha acabado, mi niña. Sé que ahora mismo parece que todo se vino abajo, pero todavía tienes una princesa por la cual salir adelante.

Aylin bajó la mirada. Sus dedos se entrelazaron nerviosamente mientras intentaba controlar el temblor de sus manos.

—Ella te necesita —dijo la pastora—. Necesita a su madre. No puedes dejarte caer, porque aunque ahora tengas miedo y estés cansada, ella necesita saber que estás aquí.

Al llegar al área de niños, Aylin se detuvo frente al mostrador. Por un instante, no supo qué decir. Sentía la garganta cerrada y el corazón acelerado.

—Buenas… —logró decir con dificultad—. Estoy buscando a mi bebé

La pastora, al notar que a Aylin le costaba encontrar las palabras, decidió intervenir. Explicó rápidamente lo ocurrido y, con evidente preocupación, preguntó por el estado de la bebé.

La recepcionista cambió de expresión al escucharla. Hasta ese momento había mantenido una actitud tranquila y rutinaria, pero ahora parecía comprender la gravedad de la situación.

—Bueno, la bebé está a cargo de la enfermera Allison —respondió, mientras revisaba algunos datos en el computador—. Así que ya voy a llamarla. Si quieren, denme un momento.

—Sí, por favor —respondió la pastora.

La recepcionista tomó el celular y realizó la llamada. Aylin permaneció en silencio, siguiendo cada uno de sus movimientos. Intentaba concentrarse en cualquier otra cosa.

No sabía qué estaba ocurriendo detrás de aquellas puertas.

Y eso era precisamente lo que más miedo le daba.

Después de haber perdido a Samuel, había descubierto que el miedo a perder a alguien podía quedarse dentro de una persona incluso cuando todo parecía estar bien. Desde entonces, cualquier silencio, cualquier llamada que tardara demasiado en ser respondida o cualquier expresión de preocupación era suficiente para hacer que su mente imaginara lo peor.

Y ahora estaba allí, esperando noticias de su hija.

Aylin bajó la mirada y tragó saliva. Intentó convencerse de que todavía no había ocurrido nada, de que quizá todo tenía una explicación y que pronto alguien saldría para decirle que la bebé estaba bien.

Hasta que finalmente escuchó la voz de Allison.

—Hola, Aylin.

—Hola… ¿cómo está mi niña? —preguntó rápidamente. La preocupación se reflejaba en su rostro mientras esperaba una respuesta.

—Bueno… te seré sincera. La niña está un poco delicada. Está en una incubadora y la dejaron internada por un tiempo, hasta que recupere un poco de fuerza.

—¿Recibió un golpe o algo así? —preguntó con la voz temblorosa.

—No exactamente —respondió Allison con calma—. Los doctores la revisaron muy bien y, por suerte, no encontraron ninguna lesión grave.

—Entonces… ¿por qué está delicada?

—Porque es muy pequeña y su cuerpo quedó bastante débil después de todo lo que pasó. Por eso prefirieron mantenerla bajo observación. Está conectada a algunos monitores y recibiendo los cuidados necesarios, pero puedes estar tranquila. La están atendiendo muy bien.

Allison guardó silencio unos segundos.

—Al parecer, alguien la cubrió durante el accidente. La protegió con su propio cuerpo y eso evitó que recibiera un golpe mucho más fuerte.

Allison percibió el silencio al otro lado y habló nuevamente, esta vez con mayor suavidad.

—Puedes irte a casa a descansar un poco —continuó Allison—. Cualquier cambio, cualquier cosa que ocurra, te vamos a llamar de inmediato. No tienes que preocuparte por eso.

—Gracias, Allison… de verdad.

—No tienes que agradecerme. Ahora cuídate tú también, ¿sí?

—Sí.

Esa noche, mientras caminaba hacia la salida del hospital acompañada por la pastora, Aylin sintió que una parte de su vida había terminado para siempre… pero, al mismo tiempo, otra acababa de comenzar.

Había pasado tantas cosas en tan poco tiempo que todavía le costaba comprender lo que estaba sucediendo. Caminaba casi por inercia, con la mirada perdida intentando asimilar que Samuel ya no estaba. El silencio de los pasillos del hospital parecía acompañarla mientras se alejaba poco a poco de aquel lugar que había sido testigo de sus últimos momentos.

Al día siguiente, Aylin regresó al apartamento de Samuel para buscar la ropa con la que lo velarían.

Apenas abrió la puerta, un vacío extraño se apoderó de ella. Todo estaba exactamente como lo había dejado. Los muebles, algunos objetos sobre la mesa y hasta pequeñas cosas que antes parecían insignificantes ahora tenían un significado diferente. El lugar todavía conservaba su olor.

Finalmente, respiró profundo y caminó lentamente hasta el dormitorio.

Abrió el closet con las manos temblorosas y comenzó a revisar su ropa. Cada prenda parecía guardar un recuerdo. Tocó sus camisas, sus chaquetas y algunos

pantalones que había visto tantas veces sobre él. Por momentos tuvo que detenerse porque las lágrimas nublaban su vista.

Era extraño pensar que estaba escogiendo qué ropa usaría Samuel por última vez.

Después de varios minutos, tomó una camisa negra y un pantalón oscuro. Los sostuvo entre sus manos durante unos segundos, imaginándolo con aquella ropa y recordando cuánto le gustaba verse arreglado. Luego los dobló cuidadosamente, intentando concentrarse en la tarea para no dejarse vencer por el dolor.

Sabía que aquella sería probablemente la última vez que lo abriría.

Al recorrer nuevamente el apartamento, sus ojos se detuvieron en distintos rincones. Cada espacio parecía estar lleno de recuerdos que ahora dolían más de lo que podía soportar. Había momentos que antes le provocaban una sonrisa y que ahora solo conseguían hacerle sentir un vacío profundo.

Bajó la mirada y salió del apartamento llevando consigo la ropa.

Todavía no podía creer que estuviera preparando a Samuel para despedirse de él por última vez.

Horas después, la funeraria comenzó a llenarse lentamente de familiares, amigos, conocidos y personas de la iglesia que habían llegado para acompañar a la familia.

Cuando Aylin entró por primera vez al lugar, se quedó completamente inmóvil.

Había flores blancas, amarillas y rosadas rodeando el espacio donde se encontraba el ataúd. Los colores contrastaban con la tristeza que se respiraba en el ambiente. Todo parecía demasiado tranquilo, casi irreal. Solo algunos llantos y murmullos interrumpían el silencio.

Aylin respiró profundamente antes de comenzar a caminar hacia él.

Cada paso que daba parecía pesarle más que el anterior. Sentía las piernas débiles y el pecho apretado, como si su cuerpo entero intentara detenerla antes de llegar hasta aquel lugar. Durante todo el camino había intentado mantenerse fuerte, contener las lágrimas y convencerse de que podía soportarlo, pero ahora ya no tenía dónde esconderse de la realidad.

Cuando finalmente estuvo frente al ataúd, todo lo que había intentado contener desde el hospital se derrumbó de golpe.

Por un instante, Aylin tuvo la extraña sensación de que simplemente estaba dormido. Parecía imposible que aquella persona que tantas veces había visto reír,

caminar, hablar y tomarla de la mano estuviera ahora frente a ella sin poder responderle.

Aylin se inclinó lentamente sobre el ataúd y lo abrazó con todas sus fuerzas. Cerró los ojos mientras las lágrimas comenzaron a recorrerle el rostro sin detenerse. Se aferró a él como si todavía existiera una pequeña posibilidad de retenerlo, como si abrazándolo con suficiente fuerza pudiera impedir que se marchara definitivamente.

Durante unos segundos, dejó de pensar en todo lo que ocurría a su alrededor. Solo existían ellos dos y aquel último abrazo que nunca había imaginado tener que darle.

Intentó guardar en su memoria cada detalle. La sensación de tenerlo cerca, el peso de su cuerpo, el silencio que ahora lo rodeaba. Quería recordar aquel instante para siempre, porque sabía que después de ese día ya no habría otra oportunidad.

Poco a poco, Aylin tuvo que separarse.

Le costó hacerlo. Al apartarse, sintió como si estuviera perdiendo a Samuel por segunda vez. Bajó la mirada y respiró entrecortadamente antes de limpiar sus lágrimas con las manos.

Muchos de los muchachos de la iglesia también habían llegado. Algunos estaban abrazados entre sí. Otros lloraban en silencio, mientras algunos permanecían inmóviles, con la mirada perdida frente al ataúd. Había quienes parecían no saber qué hacer con sus manos ni dónde mirar.

Fue entonces cuando recordó una canción.

Llevaba tiempo rondando en su cabeza, apareciendo en momentos inesperados. Era una canción que siempre había sentido cercana, pero que ahora parecía haber adquirido un significado completamente distinto.

Aylin pensó que quizá aquella canción podía expresar lo que ella no conseguía convertir en palabras.

Por eso se acercó al esposo de la pastora y le pidió ayuda para conseguir una guitarra. Quería cantar frente a todos antes de que llegara el momento de llevarse a Samuel. No estaba segura de tener la fuerza necesaria para hacerlo, pero dentro de ella existía una necesidad profunda de intentarlo.

Mientras él iba por el instrumento, Aylin permaneció afuera.

Levantó la mirada hacia el cielo y cerró los ojos durante unos segundos. Intentó respirar lentamente.

Cuando finalmente regresaron con la guitarra, Aylin volvió a entrar al salón.

—Listo, ya volví… vamos.

Aylin colocó una silla en el centro de la sala, justo frente al ataúd. Se quedó unos segundos observándola, como si necesitara asegurarse de que realmente podía hacer aquello. Después explicó a todos la idea que tenía para despedir a Samuel. Al principio nadie dijo nada, pero poco a poco los demás estuvieron de acuerdo.

Aylin cerró los ojos durante unos segundos y respiró profundamente. Entonces comenzó a cantar *Vuelvo a Casa*, una canción que hablaba sobre regresar a Dios, abrir el corazón y no esperar demasiado para hacerlo. Era una de las canciones que más le recordaban a Samuel y, por eso, había decidido que fuera la última que cantaría para él.

Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas, pero no dejó de cantar. Poco a poco consiguió encontrar estabilidad en su voz, aunque cada palabra parecía salir acompañada de un recuerdo.

Mientras cantaba, no podía dejar de mirar el ataúd.

Recordó las promesas que alguna vez se hicieron, las conversaciones que parecían no tener final, las peleas que en su momento parecieron importantes y aquellos momentos sencillos que, sin saberlo, terminarían convirtiéndose en algunos de los recuerdos más valiosos de su vida.

También recordó las veces en que Samuel había estado a su lado cuando ella sentía que no podía más. Pensó en su manera de hacerla reír, en sus gestos, en sus errores y en todas aquellas pequeñas cosas.

Las horas pasaron entre abrazos, lágrimas y recuerdos compartidos. Poco a poco llegó el momento que ninguno de ellos quería enfrentar: el instante de llevar a Samuel al cementerio.

Aquella tarde, todos caminaron juntos en medio de un ambiente cargado de tristeza. Nadie parecía tener demasiadas palabras. Algunos permanecían abrazados, otros caminaban con la mirada baja y unos cuantos simplemente observaban en silencio.

Al llegar al cementerio, varias personas se acercaron para dedicarle unas últimas palabras.

Algunos hablaron de su alegría y de la manera en que conseguía hacer sonreír a quienes lo rodeaban. Otros recordaron momentos especiales que habían vivido junto a él. Cada recuerdo parecía devolver por unos segundos la imagen del Samuel que todos conocían, pero también hacía que su ausencia se sintiera todavía más real.

Cuando terminaron las despedidas, llegó el momento de dejarlo descansar. Aylin sintió nuevamente aquella presión en el pecho que había intentado contener durante todo el día.

Entonces, uno a uno, todos soltaron globos blancos hacia el cielo.

Los globos comenzaron a elevarse lentamente, alejándose de ellos mientras el viento los llevaba entre las nubes. Algunos lloraban abiertamente, otros aplaudían como una última muestra de cariño y Aylin simplemente permaneció observando.

Aquella imagen quedó grabada en su mente.

Los globos se hacían cada vez más pequeños hasta convertirse en diminutos puntos blancos en el cielo. Aylin sintió que, de alguna manera, con ellos también se estaba alejando una parte de todo lo que había vivido junto a Samuel.

Permaneció junto a sus amigos, abrazándose a sí misma mientras intentaba mantenerse firme.

Sus ojos no podían apartarse del lugar donde Samuel descansaría. Todavía le costaba aceptar que aquella sería la última vez que estaría cerca de él. La última vez que podría mirarlo. La última despedida.

Después se alejó lentamente junto a sus amigos.

Cada paso que daba fuera del cementerio se sentía extraño. Una parte de ella quería quedarse allí un poco más, como si marcharse significara aceptar definitivamente que Samuel ya no volvería.

Tenía que regresar con su niña.

—Lo siento, tengo que ir al hospital —dijo Aylin, mirando a su madre con preocupación.

Su voz apenas logró ocultar el cansancio que llevaba encima. Había intentado permanecer allí, pero desde que recibió la noticia no podía pensar en otra cosa. Su hija estaba en el hospital y, aunque sabía que estaba siendo atendida, sentía que necesitaba verla con sus propios ojos.

Su madre se acercó y le acarició suavemente el brazo.

—Tranquila, mi amor… sé que la niña es importante para ti.

Después, buscó a Valentina con la mirada.

—¿Me acompañas, Vale?

—Sí, vamos —respondió Valentina sin dudarlo.

Ambas salieron del cementerio y comenzaron el camino hacia el hospital. Durante los primeros minutos, Aylin permaneció en silencio, mirando por la ventana. Las calles pasaban frente a ella, pero apenas prestaba atención a lo que ocurría a su alrededor.

Pensaba en lo frágil que era, en lo poco que llevaba de vida y en todo lo que había tenido que enfrentar. Una parte de ella intentaba mantenerse tranquila.

Valentina permaneció a su lado sin presionarla para hablar. Sabía que, en ese momento, probablemente lo único que Aylin necesitaba era sentir que no estaba sola.

Cuando finalmente llegaron al hospital. Caminó hacia la entrada con pasos rápidos, intentando contener la ansiedad que volvía a apoderarse de ella.

Una vez dentro, se dirigió directamente al área donde se encontraba su hija. Preguntó por ella y tuvo que esperar unos minutos mientras una enfermera verificaba la información.

Finalmente, una enfermera se acercó.

—La bebé está estable —dijo con calma—. Ha respondido bien al tratamiento y continúa en observación, pero está mejorando.

Aylin levantó la mirada de inmediato. Por un momento, pareció necesitar unos segundos para procesar aquellas palabras.

—¿De verdad?

La enfermera asintió y le explicó que la bebé necesitaba continuar bajo vigilancia y recibir los cuidados necesarios, pero que su evolución era favorable.

—Gracias… muchas gracias.

No encontró más palabras para expresar lo que sentía. Había llegado al hospital preparada para recibir una noticia que podía destrozarla y, en cambio, acababa de recibir una pequeña esperanza.

Salió del área médica junto a Valentina. Aunque todavía tenía el corazón acelerado, sentía que podía respirar un poco mejor. Saber que su hija estaba estable no eliminaba el miedo, pero al menos le permitía soltar parte del peso que llevaba sobre los hombros.

Durante unos segundos permaneció quieta en el pasillo, apoyándose contra la pared. Cerró los ojos y respiró lentamente. Estaba agotada, tanto física como

emocionalmente. Había pasado por demasiadas cosas en poco tiempo y sentía que su cuerpo comenzaba a reclamarle el descanso que había estado ignorando.

—Voy a ir a casa un rato —dijo finalmente—. Necesito descansar… pero después quiero volver.

Valentina la observó con preocupación.

—Te acompaño.

—No, tranquila… quiero pasar por un lugar primero.

Valentina no insistió. Simplemente asintió, entendiendo que había algo que Aylin necesitaba hacer antes de regresar a casa.

Aylin volvió a mirar hacia la puerta que conducía al área donde se encontraba su hija. Permaneció unos segundos contemplándola desde lejos, como si quisiera asegurarse de que realmente estaba allí y que, por el momento, todo estaría bien.

No sabía qué ocurriría durante las siguientes horas ni cuánto tiempo tendría que permanecer su hija bajo observación. Pero, por ahora, estaba estable. Y para Aylin, eso era suficiente para seguir adelante.

Aylin regresó a casa, pero antes de llegar se detuvo frente al apartamento de Samuel. Permaneció unos segundos frente a la puerta, inmóvil, mirando aquel lugar que tantas veces había considerado suyo también. Sabía que no debería entrar, que quizá lo mejor era seguir de largo, pero había algo dentro de ella que no le permitía alejarse.

Sin pensarlo demasiado, abrió la puerta y entró.

El silencio del apartamento la recibió de inmediato. Todo parecía estar exactamente donde lo recordaba, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel lugar mientras ella intentaba seguir adelante. Aylin avanzó lentamente por la sala, observando cada rincón con una mezcla de nostalgia y dolor.

Cada espacio parecía guardar una parte de ellos.

Aylin continuó caminando hasta llegar a la habitación de Samuel. Se quedó parada en la entrada durante unos segundos, observando el lugar en silencio. Había algo extrañamente doloroso en encontrar todo tan familiar y, al mismo tiempo, sentir que él estaba cada vez más lejos.

Sobre la cama había una camisa doblada.

Aylin se acercó lentamente. La contempló durante unos instantes antes de tomarla entre sus manos. Al sentir la tela bajo sus dedos, una oleada de recuerdos volvió a golpearla. Sin poder evitarlo, la abrazó con fuerza contra su pecho y acercó el rostro a ella.

Todavía conservaba su olor.

Por un breve instante, pudo imaginar que Samuel seguía allí. Que en cualquier momento aparecería detrás de ella, que volvería a escuchar su voz y que todo aquello que había sucedido no era más que una terrible pesadilla. Se aferró a aquella sensación todo lo que pudo, como si al mantener los ojos cerrados pudiera detener el tiempo.

Sus piernas dejaron de sostenerla y Aylin cayó lentamente de rodillas al suelo. La camisa permaneció entre sus manos, apretada contra su pecho mientras las lágrimas comenzaron a recorrerle el rostro.

Intentó contenerlas, respirar profundamente y recuperar la calma, pero fue inútil. Su cuerpo comenzó a temblar mientras lloraba desconsoladamente, aferrándose a aquella prenda como si fuera lo único que todavía podía acercarla a él.

Hasta que, en medio de aquel silencio, sintió unos brazos rodeándola.

Aylin no reaccionó de inmediato. Solo sintió cómo alguien se acercaba y la envolvía con cuidado, permitiéndole apoyar la cabeza contra el pecho de una mujer. El contacto fue cálido y protector.

Aylin cerró los ojos nuevamente y se dejó sostener.

Aylin levantó lentamente la mirada y encontró a la pastora frente a ella. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y su respiración entrecortada apenas le permitía sostener la mirada.

La pastora se acercó un poco más, pero sin invadir su espacio. Se quedó allí, acompañándola en silencio, como si entendiera que en ese momento no necesitaba consejos ni explicaciones.

—Quiero estar sola, por favor…

—Está bien. Me avisas cualquier cosa —respondió con suavidad.

Después salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado, dejando atrás un silencio profundo.

Aylin se recostó lentamente en la cama de Samuel, todavía aferrada a su camisa. La sostuvo entre sus manos y acercó el rostro a la tela, buscando en ella algún rastro

de su perfume, de su presencia, de todo aquello que durante tanto tiempo había sentido como parte de su vida.

Al mirar hacia un lado, algo llamó su atención debajo de la cama. Se inclinó con dificultad y descubrió una fotografía en la que aparecían ambos abrazados, sonriendo. La tomó con cuidado y la sostuvo junto a la camisa antes de bajar al suelo.

Se acostó sobre la alfombra, abrazando ambas cosas contra su pecho. La fotografía quedó entre sus manos, mientras la camisa permanecía apretada contra su cuerpo. Poco a poco, el cansancio y el dolor terminaron venciendo sus fuerzas. Sin darse cuenta, Aylin cerró los ojos y se quedó dormida allí mismo, como si aquellos dos objetos fueran lo único que todavía podía mantenerla cerca de Samuel.

Afuera, la pastora permaneció unos minutos en silencio. Al principio pensó que Aylin necesitaba estar sola, pero el silencio que provenía de la habitación comenzó a preocuparla. Se acercó a la puerta y la llamó suavemente, esperando alguna respuesta.

Al no escuchar nada, abrió la puerta de golpe. Su corazón se encogió al encontrar a Aylin dormida en el suelo, abrazada a la camisa de Samuel y sosteniendo la fotografía entre sus manos. La escena le produjo una mezcla de tristeza y preocupación. Se acercó con cuidado y la despertó lentamente.

Aylin abrió los ojos desorientada, todavía atrapada entre el sueño y la realidad. Por unos segundos no recordó dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado. Entonces volvió a mirar la camisa entre sus brazos y todo regresó de golpe.

La pastora le indicó que debía salir. La madre de Samuel se encontraba afuera esperándola y necesitaba entregarle algo.

Aylin se incorporó con dificultad y se puso de pie, todavía con la mirada perdida. Caminó hasta la puerta mientras apretaba la fotografía contra su pecho. Al salir de la habitación, encontró a la madre de Samuel esperándola con una pequeña caja entre las manos.

La madre de Samuel se acercó lentamente y se la entregó con un cuidado. Aylin observó la caja sin comprender qué podía contener. Cuando finalmente descubrió que eran las cenizas de Samuel, sintió que el aire parecía desaparecer a su alrededor.

Miró aquella pequeña caja entre sus manos intentando asimilar que allí estaba todo lo que quedaba físicamente de la persona que había amado. El peso de la caja parecía insignificante, pero para ella era insoportable.

La pastora se acercó nuevamente y le pidió que saliera. Había algo que necesitaba ver.

Aylin caminó lentamente hacia el exterior, sosteniendo las cenizas de Samuel contra su pecho. Al cruzar la puerta, levantó la mirada y se quedó completamente quieta.

Frente a la casa se encontraban los vecinos. Algunos sostenían velas encendidas entre sus manos; otros llevaban flores y pequeños ramos preparados especialmente para él. También había cartas, fotografías y mensajes escritos con palabras de cariño. Nadie hablaba. El silencio de aquella noche estaba acompañado únicamente por el suave movimiento de las llamas.

Aylin recorrió el lugar con la mirada, sorprendida de encontrar a tantas personas reunidas. Comprendió entonces que el dolor por la pérdida de Samuel no era solamente suyo. Él también había dejado una huella en quienes lo conocieron, en las personas que compartieron momentos con él y en aquellos que, de una u otra manera, habían formado parte de su vida.

Una de las velas se movió con el viento y su pequeña llama iluminó por un instante las flores colocadas frente a la casa. Aylin bajó la mirada hacia la caja que sostenía entre sus brazos y la apretó un poco más contra su pecho.

Y mientras permanecía allí, rodeada de velas, flores y recuerdos, Aylin sintió que una parte de ella seguía esperando despertar de aquella pesadilla. Pero la caja entre sus brazos y el silencio de todos a su alrededor le recordaban que aquello era real.

Después de unos segundos, se dio la vuelta.

La pastora la esperaba junto a la entrada. Aylin caminó hacia ella sin decir nada y ambas regresaron lentamente al interior de la casa.

Y aunque todavía no sabía cómo continuar sin él, Aylin comenzó a comprender que seguir adelante no significaba olvidarlo. No tenía que borrar su nombre de sus pensamientos, ni fingir que aquello que habían vivido no había significado nada. Había recuerdos que dolían demasiado como para soltarlos de un día para otro, pero también había recuerdos que, con el tiempo, dejaban de doler y comenzaban a convertirse en una parte de quien uno era.

Porque algunas personas se van de nuestras vidas, pero nunca desaparecen por completo. Permanecen en pequeños detalles, en lugares que alguna vez compartieron, en canciones que traen de vuelta momentos que parecían olvidados. Permanecen en esas fotografías que uno guarda aunque ya no tenga el valor de mirarlas demasiado tiempo, y en las memorias que aparecen de repente, cuando menos se esperan.

Samuel viviría en cada recuerdo que habían construido juntos, en cada fotografía que Aylin había decidido conservar y en cada parte de su corazón donde alguna vez había dejado una huella. Quizás ya no estaría a su lado para acompañarla en los días

que vendrían, pero eso no significaba que todo lo vivido desapareciera. Había personas que dejaban una marca tan profunda que, incluso después de marcharse, continuaban formando parte de nuestra historia.

19

Aprender a vivir sin ti

"Entre lo que se pierde y lo que permanece, también se aprende a continuar."

Desde entonces, los días de Aylin se volvieron cada vez más difíciles. Había perdido el interés por casi todo. Apenas comía y pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación, acostada o mirando al techo sin encontrar una razón para levantarse. La tristeza se había instalado en ella de una manera silenciosa, pero profunda, como si poco a poco le hubiera ido quitando las fuerzas para seguir con su rutina.

Uno de aquellos días, tuvo que ayudar a la familia de Samuel a recoger todas las pertenencias de Samuel. Bajó hasta el apartamento con una sensación extraña en el pecho. Sabía que aquel lugar había formado parte de su vida y que, después de ese día, ya nada era lo mismo.

Entró despacio y se quedó unos segundos observando el espacio. Todo seguía allí, aparentemente igual, pero al mismo tiempo nada se sentía igual. Había un silencio diferente, demasiado pesado para un lugar que alguna vez había estado lleno de momentos compartidos.

Sin detenerse demasiado a pensar, comenzó a ordenar. Tomó la ropa de Samuel y la fue doblando cuidadosamente antes de guardarla en cajas. Después recogió sus objetos personales, algunos accesorios, documentos y pequeñas cosas que, para cualquier otra persona, podían parecer insignificantes. Para Aylin, cada una de ellas parecía tener un recuerdo escondido.

Mientras avanzaba, encontraba detalles que la obligaban a detenerse por unos segundos. Una prenda que recordaba haber visto puesta en él, un objeto que alguna vez había tenido entre sus manos o simplemente un rincón del apartamento donde habían compartido algún momento. Intentaba no pensar demasiad.

Después de varias horas, el apartamento comenzó a verse vacío. Las cajas estaban reunidas en un mismo lugar y las habitaciones habían perdido poco a poco todo aquello que hacía sentir que Samuel seguía allí. Aylin observó el espacio por última vez antes de continuar recogiendo las cosas que quedaban.

Fue entonces cuando encontró el celular, la laptop y una tablet, junto con algunos papeles personales de Samuel. Los tomó con cuidado y decidió llevárselos a su casa. Quería revisarlos con más calma, lejos de aquel lugar y de todas las emociones que le provocaba estar allí.

Al llegar a su habitación, dejó los objetos sobre el piso y se sentó frente a ellos. Durante unos minutos simplemente los observó, como si necesitara reunir el valor suficiente para comenzar.

Primero revisó algunos documentos. Después encontró fotografías, cartas y recibos guardados entre sus cosas. Cada uno parecía abrir una pequeña puerta hacia el pasado. Algunas fotografías le arrancaron una sonrisa apenas perceptible, pero aquella sensación desapareció rápidamente al recordar que esos momentos ya no podían repetirse.

Siguió revisando con cuidado, pasando de una cosa a otra mientras los recuerdos se acumulaban en su cabeza. Había objetos que no recordaba haber visto antes y otros que reconocía perfectamente. Cada detalle hacía más difícil aceptar que Samuel ya no estaba allí.

Finalmente tomó el celular.

La pantalla se encendió y Aylin comenzó a revisar los archivos. Pasó fotografías, videos y documentos sin encontrar nada que llamara especialmente su atención. Sin embargo, después de unos minutos, apareció un video cuya fecha hizo que se detuviera de inmediato.

Era la misma fecha en la que Samuel había desaparecido sin decirle nada.

Aylin dejó de mover el dedo sobre la pantalla. Durante unos segundos se quedó completamente inmóvil, mirando aquella fecha como si su mente necesitara tiempo para comprender lo que estaba viendo.

Sintió que el pecho comenzaba a apretársele. Una sensación fría recorrió su cuerpo mientras una pregunta aparecía en su cabeza: por qué habría grabado aquel video precisamente ese día.

Sin pensarlo más, abrió el video.

Samuel apareció sentado frente a la cámara, con el rostro cansado y los ojos rojos. Su voz sonaba quebrada mientras explicaba que, si Aylin estaba viendo aquello, probablemente era porque se había ido o porque ya no sabía cómo regresar.

Aylin se quedó inmóvil.

Samuel le hizo saber que no se marchaba porque hubiera dejado de amarla. Seguía amándola a ella y a su hija, pero ya no se sentía suficiente. Tenía miedo de terminar dañándolas y creía que alejarse era la única manera de protegerlas.

Samuel también habló de la felicidad que había sentido a su lado, de lo mucho que deseaba haber podido quedarse y ver crecer a su hija. No se arrepentía de haberlas amado ni de haber formado una familia con ellas.

Al final, solo pudo pedirle perdón por no haber sabido quedarse.

Aylin bajó lentamente el celular y rompió en llanto. Lo único que podía pensar era que Samuel se había ido creyendo que no era suficiente, cuando para ella nunca había necesitado ser perfecto. Solo necesitaba que se quedara.

Entonces, su celular volvió a sonar.

Aylin miró la pantalla con los ojos todavía llenos de lágrimas. Era el líder de jóvenes.

Por un instante pensó en no contestar. No tenía ganas de hablar con nadie, mucho menos de fingir que estaba bien. Sin embargo, después de unos segundos, deslizó el dedo por la pantalla.

—Hola, Aylin.

Ella soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—¿Por qué siempre me arruinas mis momentos? —dijo con la voz quebrada.

—Yo qué sabía —respondió él con calma, manteniendo aquel tono amable que parecía tener incluso cuando no sabía exactamente qué estaba pasando.

Aylin respiró profundamente y se limpió las mejillas con el dorso de la mano.

—Bueno, dime… ¿necesitas algo?

—Sí. ¿Puedes bajar un poco más tarde a la iglesia? Necesitamos tu ayuda. Sé que no es el mejor momento, pero creo que eso puede despejarte un poco la mente.

—Está bien… ahí estaré —respondió finalmente.

—Nos vemos entonces.

Colgó la llamada y dejó el celular sobre sus piernas. Permaneció sentada en el suelo, sin moverse, tratando de recuperar el aire. Sentía el cuerpo pesado y los ojos ardientes de tanto llorar.

Después de unos minutos, se obligó a levantarse.

Caminó hasta donde había dejado el celular de Samuel y lo tomó con cuidado. Lo apagó, igual que la tablet, y ambos los guardó junto con sus respectivos accesorios. Pensó en entregárselos a la madre de Samuel más tarde. No quería seguir teniéndolos frente a ella.

Luego comenzó a recoger los papeles más importantes. Algunos estaban doblados, otros tenían pequeñas anotaciones y recuerdos que, en otro momento, le habrían provocado una sonrisa.

Finalmente, tomó todas las fotografías y los pequeños recuerdos que había guardado de Samuel y los colocó dentro de una caja especial. Lo hizo despacio, como si cada objeto pesara mucho más de lo que realmente pesaba.

Al estar en la iglesia Aylin encontró a la pastora en el aula, sentada frente a una mesa mientras terminaba algunas manualidades. Había varios materiales esparcidos sobre la superficie y el lugar estaba tranquilo, muy diferente al ruido habitual de las actividades de la iglesia.

—Hola —saludó Aylin con una pequeña sonrisa.

—Hola, mi niña. Te ves mejor, y eso me alegra mucho —respondió con cariño.

—Sí… he entendido que no puedo quedarme estancada en ese dolor. Ya no puedo hacer nada más que seguir —dijo, intentando mantenerse firme.

—Bueno, esa es la actitud —respondió finalmente—. No tienes que olvidar lo que pasó ni fingir que no te duele. Solo tienes que aprender a seguir adelante, un día a la vez.

Aylin asintió lentamente. Aquellas palabras le dieron una pequeña sensación de tranquilidad.

—De hecho, necesito tu ayuda con esto que estoy terminando —añadió la pastora, señalando los materiales que tenía sobre la mesa.

—Claro —respondió Aylin, acercándose.

La pastora le explicó cuidadosamente lo que debía hacer y le mostró cómo continuar con la manualidad.

—Es fácil, solo es cuestión de tener paciencia —le explicó.

Aylin tomó los materiales y comenzó a trabajar. Al principio lo hizo con cuidado, siguiendo cada indicación, pero poco a poco fue tomando confianza. Sus manos

comenzaron a moverse con rapidez y precisión, avanzando mucho más de lo que la pastora esperaba.

La pastora se hizo a un lado para dejarla trabajar y observó en silencio durante unos minutos.

—Oye… —dijo de repente.

—¿Sí?

—¿Por qué no te quedas a dormir unos días en mi casa?

Aylin se quedó quieta por un momento. No esperaba aquella propuesta. Miró nuevamente la manualidad que tenía entre las manos y después a la pastora, tratando de pensar en qué responder.

—Mmm… déjame pensarlo —contestó finalmente.

La pastora soltó una pequeña risa.

—¿Qué tienes que pensar? Así te distraes con este trabajo y, además, no tienes que estar sola en casa todo el tiempo.

Aylin suspiró suavemente. La idea no le parecía mala. De hecho, una parte de ella sabía que quedarse unos días allí podría ayudarla a despejar la mente y evitar pasar demasiado tiempo encerrada con sus propios pensamientos.

—Si quieres… solo tendría que ir a mi casa por ropa y avisarle a mis padres —respondió.

—Entonces haz eso —dijo la pastora con una sonrisa—. Estoy segura de que te hará bien cambiar un poco de ambiente.

Tal vez unos días lejos de la rutina y acompañada de personas que la querían era justo lo que necesitaba para comenzar a sentirse un poco mejor.

Más tarde, Aylin regresó a su casa para recoger algunas cosas. Guardó un par de mudas de ropa, tomó lo necesario para pasar la noche fuera y avisó a sus padres que se quedaría nuevamente con la pastora. Lo hizo casi de manera automática, sin detenerse demasiado a pensar en nada.

Cuando llegó de nuevo, dejó sus cosas en el corredor y se quedó quieta durante unos segundos, mirando a su alrededor. Por alguna razón, todo le parecía extraño. Sentía como si hubiera perdido la noción del tiempo y como si los días se hubieran mezclado unos con otros.

—¿Qué día es hoy? —preguntó de repente

—Sábado. ¿Por qué?

—Es que… siento que es domingo. No sé. —Hizo una pequeña pausa—. Estoy tan confundida con todo que ya ni sé en qué día estoy.

La pastora comprendió que no era simplemente una confusión cualquiera. Aylin llevaba demasiado tiempo pensando en lo mismo, repasando una y otra vez lo que estaba sucediendo.

—Eso suele pasar cuando tienes la cabeza ocupada en una sola cosa o estás demasiado preocupada —le explicó con tranquilidad—. Has estado pensando tanto que probablemente ya ni estás pendiente del tiempo.

—Sí… puede ser.

—Mejor acomódate primero —continuó la pastora, señalándole una de las habitaciones—. Este es el cuarto de visitas. Deja tus cosas ahí, descansa un poco y, si después te sientes con ganas, vuelves a hacer el trabajo. No tienes que resolver todo de una vez.

Aylin entró en la habitación y comenzó a acomodar su ropa. Colocó algunas prendas sobre la cama y guardó otras en un pequeño espacio del closet. Aunque era una tarea sencilla, agradeció tener algo en qué concentrarse. Por unos minutos, dejó de pensar en todo lo demás.

Cuando terminó, volvió al aula. El lugar estaba tranquilo y casi vacío. Se sentó frente a la computadora, abrió nuevamente el trabajo que había dejado a medias y conectó sus audífonos.

Ya eran más de las nueve de la noche y, a esas horas, la casa estaba completamente en silencio. Todos se habían ido a dormir hacía rato, excepto los pastores de jóvenes y Aylin, que todavía permanecía despierta terminando algunas cosas.

La noche estaba tranquila. Apenas se escuchaba el sonido de sus movimientos mientras seguía trabajando, concentrada en lo que tenía frente a ella. De vez en cuando levantaba la mirada para observar la casa, pero todo parecía estar en calma.

Mientras seguía trabajando, Aylin escuchó un ruido proveniente de la bodega. Al principio no le dio demasiada importancia. Pensó que quizá alguna caja se había movido o que algo había caído, así que continuó con lo que estaba haciendo.

Unos minutos después, volvió a escucharlo.

Esta vez levantó la mirada y se quedó quieta por unos segundos, intentando identificar de dónde había venido. El silencio que había quedado después del ruido le resultó aún más extraño.

Intentó volver a concentrarse, pero un tercer sonido se escuchó desde la bodega. Esta vez fue más claro, como si algo hubiera golpeado uno de los estantes.

Aunque no quería admitirlo, una sensación incómoda comenzó a recorrerle el cuerpo. Aun así, tomó valor y decidió acercarse para comprobar qué estaba pasando.

Dio apenas unos pasos cuando, de repente, todas las luces se apagaron.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. En la oscuridad, la bodega parecía mucho más intimidante que hacía unos segundos. Sin pensarlo dos veces, Aylin salió corriendo hacia la casa.

Al entrar, encontró a la pastora en la sala.

—¡Pas! Me asustaron —dijo Aylin entre risas nerviosas, intentando disimular el susto.

—¿Qué pasó?

—Estaba trabajando y escuché varios ruidos en la bodega. Fui a ver qué era y justo cuando me acerqué, se fue la luz.

—Ay, Aylin, es tu imaginación.

Aylin negó con la cabeza y miró hacia afuera.

—¿Por qué crees que no hay luz?

La pastora decidió ir a revisar. Apenas salió de la casa, las luces volvieron a encenderse, iluminando nuevamente el lugar.

Sin embargo, cuando la pastora se acercó a la bodega, las luces volvieron a apagarse.

Aylin abrió los ojos de par en par.

—¿Ves? ¡Yo te dije que algo raro estaba pasando!

La pastora soltó una pequeña risa mientras intentaba descubrir qué ocurría.

—Tranquila, no pasa nada.

—Yo ni loca voy a entrar otra vez. Mejor me voy a dormir —dijo con una sonrisa nerviosa.

—Aylin, no seas miedosa —respondió la pastora de jóvenes.

—Sí, mejor me voy. Adiós.

Sin esperar a que le dijeran algo más, Aylin se alejó rápidamente hacia la casa. Todavía sentía un pequeño escalofrío al recordar los ruidos, así que decidió que lo mejor era no averiguar qué los había provocado.

Se acomodó en el sillón de la sala y trató de relajarse. Poco a poco, el silencio de la casa hizo que el miedo comenzara a desaparecer. Se quedó allí unos minutos, intentando convencerse de que seguramente no había sido nada importante.

—No es nada, mejor descansa. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Aylin en voz baja.

La pastora se levantó y caminó hasta el interruptor. Poco después, las luces se apagaron y la casa quedó sumida en una oscuridad tranquila, apenas interrumpida por la tenue luz que entraba desde alguna ventana.

Aylin permaneció acostada, mirando hacia el techo que apenas podía distinguir. Intentó cerrar los ojos y relajarse, pero su mente parecía negarse a descansar.

Se acomodó entre las cobijas y respiró profundamente, tratando de convencerse de que debía dormir. Al día siguiente pensaría en todo. En ese momento solo necesitaba descansar.

Entonces, su celular vibró sobre la mesa de noche.

Aylin abrió los ojos de inmediato.

Durante unos segundos se quedó observando la pantalla iluminada en medio de la oscuridad. Sintió una pequeña inquietud en el pecho antes de tomarlo. Al revisar la notificación, vio que el mensaje provenía de Allison, la enfermera.

Lo abrió.

—Hola, buenas noches, Aylin. Era para informarte que el lunes serás internada de inmediato, ya que, según los últimos estudios, tienes algo en los ovarios. Se trata de un tratamiento que debe iniciarse lo antes posible, así que quería avisarte para que estés informada y preparada.

Aylin terminó de leer el mensaje y se quedó completamente inmóvil.

Su corazón comenzó a latir con fuerza mientras una sensación de frío le recorría el cuerpo. No sabía exactamente qué significaba aquello, pero la sola idea de tener que ser internada nuevamente hizo que el miedo se apoderara de ella.

—No… otra vez no —murmuró apenas.

Se quedó mirando hacia la oscuridad, abrazando la almohada mientras miles de pensamientos comenzaban a aparecer en su cabeza. El lunes parecía estar demasiado cerca.

Aylin cerró los ojos con fuerza, intentando detener aquella cadena de pensamientos, pero el miedo seguía ahí, instalado en algún lugar de su pecho.

De repente, un pequeño ruido proveniente del otro lado de la casa rompió el silencio.

Entonces escuchó nuevamente un leve sonido, como si alguien hubiera movido algo.

Aylin se incorporó rápidamente, apartando las cobijas. Miró hacia la puerta de la habitación y, sin pensarlo demasiado, se levantó.

Caminó con cuidado por el pasillo oscuro, intentando no hacer ruido. Cada paso parecía sonar más fuerte de lo normal en medio de aquella casa silenciosa.

—Permiso… ¿puedo dormir aquí? Yo jamás voy a dormir sola.

La pastora levantó la mirada, sorprendida por la petición de Aylin. Por un instante pareció no saber qué responder.

—Sí… —respondió Aylin, casi en un susurro.

La pastora soltó una pequeña sonrisa y se hizo a un lado para dejarle espacio.

—Está bien, lo que digas, pero duermes en la orilla.

—No, yo duermo al fondo. Déjenme campo —contestó Aylin, intentando bromear para quitarle un poco de peso a la situación.

Algunas risas suaves se escucharon entre ambos, y por unos minutos Aylin consiguió relajarse. Se acomodó como pudo, tratando de encontrar una posición cómoda entre ellos. Aunque todavía tenía la mente llena de pensamientos, saber que no estaba sola le daba cierta tranquilidad.

Poco a poco, las conversaciones fueron desapareciendo. Las luces se apagaron y el lugar quedó sumido en un silencio tranquilo, interrumpido únicamente por alguna respiración profunda o el movimiento ocasional de alguien entre las sábanas.

Aylin finalmente consiguió quedarse dormida, aunque su sueño no era del todo profundo. Su cuerpo parecía estar cansado, pero su mente continuaba inquieta, como si algo dentro de ella se negara a descansar por completo.

En algún momento de la madrugada, abrió los ojos de golpe.

Intento entender qué había sucedido. Entonces sintió nuevamente aquel dolor.

Era un dolor fuerte y profundo en el vientre, mucho más intenso que cualquier molestia que hubiera sentido antes. Aylin apretó los ojos y llevó una mano hacia su abdomen, intentando soportarlo sin hacer ruido.

Se levantó con cuidado, procurando no hacer movimientos bruscos que pudieran aumentar el dolor. Tomó el celular de la mesa de noche y, después de unos segundos de duda, buscó el contacto de Allison. No quería preocuparla a esas horas, pero el malestar comenzaba a ser demasiado difícil de ignorar.

Cuando la llamada fue contestada, Aylin habló casi en un susurro.

—Alisson… perdón la hora.

—Tranquila, dime —respondió Alisson de inmediato, notando la preocupación en su voz.

Aylin respiró profundamente antes de explicarle lo que estaba sintiendo. Le contó que el dolor había aumentado y que, aunque intentaba soportarlo, ya comenzaba a preocuparla. Mientras hablaba, su voz se entrecortaba de vez en cuando, como si incluso explicar lo que ocurría le resultara agotador.

—Bien —dijo finalmente—. Puedo hacer un permiso especial para que inicies el tratamiento desde mañana por vía intravenosa. Pero necesito que tengas muchísimo cuidado, ¿sí?

—¿Eso es permitido?

—Sí. Es una autorización del hospital. Yo puedo ir directamente hasta donde estás viviendo y colocarte el medicamento. De esa manera puedes comenzar el tratamiento sin esperar hasta el lunes.

—¿Y después?

—El lunes, cuando llegues, te instalas directamente. No quiero que hagas esfuerzos innecesarios ni que interrumpas el tratamiento. Y, por favor, no debes retirarte la vía por ningún motivo. Si notas algo extraño, me llamas inmediatamente.

—Está bien… lo haré.

—Perfecto. Entonces mañana al mediodía estaré ahí.

—Gracias, Allison.

—No tienes que agradecerme. Ahora intenta descansar.

La llamada terminó y Aylin dejó el celular nuevamente sobre la mesa. Se quedó sentada unos segundos, respirando despacio, mientras intentaba encontrar una posición en la que el dolor fuera un poco más soportable.

Las cosas se estaban complicando más de lo que había imaginado.

A la mañana siguiente, Aylin se levantó temprano.

Desde que abrió los ojos pudo escuchar el movimiento de los pastores preparándose para el culto de la mañana. Se oían puertas abriéndose, pasos apresurados y voces que iban y venían por la casa.

Se quedó sentada en la cama unos instantes antes de ponerse de pie. Todavía sentía molestias, pero decidió no darle demasiada importancia. Todos estaban ocupados y ella no quería convertirse en una preocupación más.

Entró rápidamente al baño para arreglarse. Se lavó el rostro, se peinó y se preparó con calma, tratando de no hacer movimientos demasiado rápidos. Cuando terminó, miró la hora y se dio cuenta de que todavía faltaba un poco para que comenzara el culto.

En lugar de quedarse esperando, decidió ayudar.

Salió de la habitación y caminó hacia el templo. Aún no había llegado mucha gente, así que aprovechó para abrir la cabina de sonido y comenzar a preparar los equipos.

Encendió la computadora, revisó que todo estuviera conectado y comprobó los instrumentos uno por uno. Era una rutina que conocía bastante bien y que, en cierta manera, le daba tranquilidad. El templo se fue llenando de voces, saludos y pasos, hasta que la sensación extraña de hacía unos minutos quedó prácticamente olvidada.

El culto comenzó con normalidad.

Durante la adoración, Aylin intentó concentrarse en las canciones y en el ambiente que la rodeaba. Sin embargo, por momentos su mente regresaba a aquel piano. No entendía por qué había escuchado las notas con tanta claridad si no había nadie allí.

Cuando el culto terminó, las personas comenzaron a despedirse y el templo fue quedándose vacío poco a poco. Como siempre, Aylin regresó a la casa para ponerse más cómoda y esperar la llegada de Allison.

Aylin miró varias veces hacia la puerta, esperando verla aparecer.

Finalmente, cuando el lugar ya estaba completamente tranquilo y no quedaban prácticamente personas alrededor, escuchó que alguien llegaba.

—Hola —dijo Alison al acercarse.

—Hola, pasa.

—Permiso… ¿dónde puedo colocarte la aguja? —preguntó Alison mientras observaba el lugar.

Aylin la llevó hasta el aula de los niños. A esa hora estaba prácticamente vacía y todo permanecía en silencio, algo que contrastaba con el movimiento que normalmente había en la iglesia.

—Sí, puedes hacerlo aquí.

—Bien, sacaré lo necesario —respondió Alison.

Se acomodó en una de las mesas y comenzó a preparar todo con cuidado. Sacó los materiales que necesitaba y los fue colocando uno a uno sobre la superficie, mientras Aylin permanecía quieta, observándola en silencio.

Intentaba aparentar tranquilidad, pero en realidad sentía cierta incomodidad. No era tanto por el procedimiento, sino por todo lo que llevaba horas rondando por su cabeza. Había pensamientos que intentaba apartar, pero que terminaban regresando una y otra vez.

Alison terminó de preparar todo y se acercó a ella.

—Bien, eso lo tendrás hasta mañana, dependiendo de si te lo cambian —explicó.

Alisson terminó de preparar todo y se acercó a ella.

—Bien, eso lo tendrás hasta mañana, dependiendo de si te lo cambian —explicó.

—Está bien. Yo te aviso cualquier cosa.

—Bien, creo que ya terminé.

Alison salió del aula y Aylin permaneció allí unos segundos más. Miró a su alrededor. Los juguetes de los niños estaban acomodados en su lugar, había algunos dibujos pegados en las paredes y varias sillas pequeñas distribuidas por el salón.

Alisson guardó sus cosas y salió del aula.

Durante las siguientes horas intentó continuar con sus actividades dentro de la iglesia. Ayudó en lo que pudo, habló con algunas personas y se mantuvo ocupada. Cada tarea parecía servirle como una pequeña distracción.

Alisson guardó sus cosas y salió del aula.

Durante las siguientes horas intentó continuar con sus actividades dentro de la iglesia. Ayudó en lo que pudo, habló con algunas personas y se mantuvo ocupada. Cada tarea parecía servirle como una pequeña distracción.

Por momentos lograba olvidarse de todo.

Pero bastaba con quedarse sola unos segundos para que sus pensamientos regresaran.

Aylin sabía que no podía pasar toda la noche preocupándose por cosas que todavía no podía resolver. Así que decidió concentrarse en lo que tenía frente a ella y seguir con su rutina, aunque por dentro todavía sintiera aquella inquietud.

Cuando finalmente llegó la noche, Aylin regresó al aula de los niños.

Se sentó en uno de los sillones que había en una esquina y dejó escapar un suspiro.

Sacó su celular y comenzó a reproducir algunos videos. El sonido llenó suavemente el silencio del aula.

Al mismo tiempo, abrió el proyecto que tenía pendiente y comenzó a trabajar en él. Revisó algunos detalles, hizo pequeñas correcciones y continuó avanzando poco a poco.

Por ahora, solo quería mantener la mente ocupada y aprovechar aquellos momentos de calma antes de tener que enfrentarse nuevamente a todo lo que llevaba dentro. Quizás concentrarse en algo tan sencillo como su proyecto era justo lo que necesitaba para dejar de pensar, aunque fuera durante unas horas.

El sonido de algunos pasos acercándose hizo que levantara ligeramente la mirada.

Al principio no le dio demasiada importancia, pero cuando vio quién entraba al lugar, dejó de escribir por un instante. Era la hija de la pastora, quien acababa de entrar y, después de recorrer el lugar con la mirada, se dirigió directamente hacia ella.

—Hola —saludó la niña al llegar junto a ella, acompañando sus palabras con una pequeña sonrisa.

—Hola —respondió Aylin, devolviéndole el gesto mientras apartaba un poco sus cosas para hacerle espacio.

—¿Qué estás haciendo?

—Un proyecto. Todavía me falta bastante, pero quería adelantar algo esta noche.

—Se nota que estás bastante concentrada.

—Estoy intentando.

La niña tomó asiento a su lado y permaneció unos segundos en silencio, observando el trabajo que Aylin tenía sobre la mesa. Sin necesidad de decirlo, parecía haber notado que algo en ella estaba diferente.

Aylin volvió la mirada hacia su proyecto, tratando de continuar con lo que estaba haciendo, aunque ahora era consciente de que ya no estaba sola.

Y, por alguna razón, aquella compañía inesperada no le resultó incómoda. Quizás aquella conversación era justo lo que necesitaba para dejar de pensar, aunque fuera por un momento, en todo aquello que todavía no sabía cómo enfrentar.

Las horas pasaron lentamente. Aylin miró la hora por última vez. Ya eran pasadas de las once de la noche.

Recogió sus cosas, apagó las luces y entró en silencio a la casa para no despertar a nadie. Se acomodó en la habitación, se recostó y, después de un largo día, consiguió quedarse dormida.

Sin embargo, varias horas después, algo la despertó.

Aylin abrió los ojos de golpe.

Sentía el cuerpo empapado en sudor y el corazón latiéndole con fuerza. Respiraba con dificultad, como si el aire no fuera suficiente. Intentó incorporarse, pero una sensación de debilidad recorrió todo su cuerpo y tuvo que quedarse sentada unos segundos al borde de la cama.

Intentó respirar profundamente, pero no conseguía hacerlo con normalidad. Cada respiración se sentía más pesada que la anterior.

Aylin sabía que necesitaba ayuda.

Con las pocas fuerzas que tenía, se levantó de la cama y salió de la habitación. Caminó lentamente por el pasillo, apoyándose de vez en cuando contra la pared para no perder el equilibrio. El silencio de la casa hacía que sus pasos parecieran mucho más fuertes de lo que realmente eran.

Finalmente llegó hasta la habitación de los pastores.

—Pastor... —llamó con la voz entrecortada.

Dentro, ambos se despertaron sobresaltados.

—¿Aylin? —preguntó la pastora, incorporándose rápidamente.

Aylin estaba pálida, sudando y respirando con dificultad. Apenas podía mantenerse de pie.

—Aylin, ¿qué tienes? ¿Qué pasa? —preguntó la pastora, acercándose a ella.

Aylin intentó responder, pero las palabras no lograron salir.

—No... puedo... respirar... —alcanzó a decir con dificultad.

El pastor se levantó rápidamente de la cama.

—¿Qué te duele? —preguntó preocupado.

Aylin abrió la boca para responder, pero de pronto sus piernas dejaron de sostenerla.

—¡Aylin! —gritó la pastora.

El pastor reaccionó apenas a tiempo y consiguió sujetarla antes de que su cabeza golpeara contra el suelo.

—¡Aylin! —repitió la pastora, arrodillándose junto a ellos—. ¡Aylin, despierta!

El pastor levantó la mirada hacia la pastora

—Ve y enciende el carro. Tenemos que llevarla rápido al hospital.

Salió corriendo por el corredor y tomó las llaves. Bajó rápidamente hasta donde estaba estacionado el carro y lo encendió. El motor rompió el silencio de la madrugada.

Mientras tanto, el pastor permaneció junto a Aylin, sosteniéndola entre sus brazos.

—Tranquila, hija... —murmuró, aunque sabía que ella apenas podía escucharlo—. Ya vamos a ayudarte.

La pastora regresó apresuradamente.

—Ya puedes llevarla.

El pastor no perdió tiempo. Se puso de pie y levantó a Aylin con cuidado, sosteniéndola firmemente contra su pecho. Ella permanecía inconsciente, con la respiración débil.

La llevó hasta el carro y abrió la puerta trasera.

Con mucho cuidado, la acomodó en el asiento, pero al notar que su cuerpo seguía completamente flácido, decidió quedarse junto a ella. Se sentó atrás y la sostuvo entre sus brazos para evitar que se moviera durante el trayecto.

La pastora ocupó el asiento del conductor y miró hacia atrás.

La pastora arranco el carro rápidamente en medio de la madrugada, mientras ambos intentaban mantener la calma y Aylin permanecía inconsciente entre los brazos del pastor.

Ninguno de los dos sabía todavía qué estaba ocurriendo, pero por la gravedad de su estado entendieron que no podían esperar ni un minuto más.

Mientras la pastora manejaba lo más rápido que podía, mantenía la mirada fija en la carretera, intentando avanzar sin perder más tiempo del necesario. Sus manos sujetaban con fuerza el volante y, aunque trataba de conservar la calma, la preocupación se hacía cada vez más evidente en su rostro.

De pronto, notó por el espejo retrovisor que un oficial de tránsito le estaba haciendo señas para que se detuviera. Por un instante, sintió que el corazón se le iba a detener. No podía darse el lujo de perder tiempo, pero tampoco podía simplemente ignorar al oficial.

Bajó un poco la velocidad y se acercó mientras él se aproximaba al caro.

—¡Oficial, es una emergencia! —explicó rápidamente, antes de que pudiera decirle algo—. Necesitamos llegar al hospital lo antes posible.

El tránsito observó el interior del carro y comprendió de inmediato que la situación era realmente urgente. Sin hacer más preguntas, hizo una señal para que continuaran.

A partir de ese momento, el oficial comenzó a adelantarse y a utilizar sus señales para despejar el camino. En los lugares donde el tránsito estaba completamente detenido y apenas había espacio para avanzar, se colocaba estratégicamente para hacer que los demás vehículos se apartaran.

La pastora respiró un poco más tranquila al ver cómo los carros comenzaban a hacerse a un lado. Aun así, no disminuyó la velocidad más de lo necesario. Cada segundo parecía interminable y la preocupación por llegar a tiempo no desaparecía.

El sonido de los motores, los cláxones y las indicaciones del oficial se mezclaba con el ruido de la carretera. Por primera vez desde que habían comenzado el trayecto, sentían que realmente estaban avanzando.

La pastora apretó el volante y siguió detrás del tránsito, aferrándose a la esperanza de que aquel pequeño espacio que les estaba abriendo fuera suficiente para llegar a su destino a tiempo.

Al llegar al hospital, el oficial ayudó al pastor a bajar a Aylin del carro. Apenas podía mantenerse en pie, así que tuvo que sostenerla con cuidado mientras la acompañaba hasta la entrada. Su rostro estaba pálido y su respiración era cada vez más débil, algo que no pasó desapercibido para el personal médico.

En cuanto los doctores la vieron, comprendieron que su estado era mucho más delicado de lo que parecía. Sin perder tiempo, sacaron una camilla y la colocaron sobre ella para llevarla directamente al área de urgencias. Todo ocurrió con una rapidez que dejaron a los pastores completamente paralizados, observando cómo las puertas se cerraban detrás de ella.

Por otro lado, la pastora se apresuró a comunicarse con los padres de Aylin. Les explicó que debían llegar al hospital lo antes posible y les indicó dónde encontrarlos. Después de colgar, se quedó esperando frente a urgencias, tratando de mantener la calma mientras miraba constantemente hacia las puertas.

Los minutos comenzaron a sentirse interminables. La pastora permanecía de pie junto a los demás, mirando cada vez que una enfermera o un médico entraba o salía del área. Sin embargo, nadie se acercaba a darles información. Aquella falta de noticias comenzó a aumentar su angustia, porque no saber qué estaba ocurriendo hacía que su mente imaginara los peores escenarios.

Mientras ellos esperaban afuera, Aylin era atendida dentro de urgencias. Los doctores comenzaron a revisarla de inmediato, controlando sus signos vitales y tratando de estabilizarla. Al notar que tenía dificultades para respirar, le colocaron un tanque de oxígeno para ayudarla a mantener una respiración adecuada.

El equipo médico continuó realizando diferentes evaluaciones mientras intentaban determinar la mejor manera de actuar. Cada minuto era importante. Conforme avanzaban con la revisión, comprendieron que la situación requería un nivel de atención que aquel hospital no podía ofrecer en ese momento.

La gravedad de su estado llevó a los médicos a tomar la decisión de trasladarla a otro hospital que contara con el equipo especializado necesario para atenderla. Además, algunos de los medicamentos que necesitaban administrarle no se encontraban disponibles allí, lo que hacía todavía más urgente conseguir un centro donde pudieran proporcionarle el tratamiento adecuado.

Poco después, Aylin volvió a salir del área de urgencias sobre la camilla, todavía conectada al tanque de oxígeno. El personal médico avanzaba rápidamente por los pasillos mientras una enfermera y otros trabajadores se encargaban de preparar el

traslado. Desde afuera, la escena resultaba todavía más preocupante: verla salir de aquella manera dejaba claro que su condición no era algo que pudiera esperar.

La pastora apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando una enfermera salió hasta donde se encontraban. Finalmente, después de tantos minutos de incertidumbre, alguien había salido a explicarles lo que estaba sucediendo. Les informó que Aylin sería trasladada a otro hospital y que necesitaban que uno de sus acompañantes fuera con ella durante el recorrido.

Aquella noticia confirmó los temores que habían intentado mantener alejados de sus pensamientos. La pastora sintió cómo la angustia se apoderaba nuevamente de ella al ver que Aylin estaba siendo trasladada de un hospital a otro porque necesitaba una atención mucho más especializada.

Mientras el personal preparaba todo para la ambulancia, ella permaneció cerca, observando cada movimiento. No sabía cuánto tiempo tomaría el traslado ni qué encontrarían al llegar al otro hospital. Solo podía esperar y confiar en que los doctores estuvieran haciendo todo lo posible para mantener a Aylin estable.

Afuera, el tiempo parecía haberse detenido. Los padres de Aylin todavía estaban en camino, sin imaginar por completo la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Y mientras la ambulancia se preparaba para partir, la pastora no podía evitar mirar hacia Aylin, esperando que aquel traslado fuera el comienzo de la ayuda que tanto necesitaba.

Al llegar al hospital, bajaron a Aylin con cuidado y rapidez. Apenas las puertas de la ambulancia se abrieron, todo el personal se acercó para recibirla y trasladarla de inmediato al área de urgencias.

Sus padres estaban esperando allí. Su madre apenas alcanzó a verla por unos segundos antes de que los médicos se la llevaran por el pasillo.

—¿Cómo está mi niña? —preguntó con desesperación, intentando seguirlos.

Uno de los doctores se detuvo apenas un instante para responderle mientras continuaba caminando.

—Tuvo una reacción alérgica al medicamento que le aplicaron a través de un catéter. Necesitamos estabilizarla cuanto antes.

—¿Pero está consciente? ¿Está respirando?

El médico la miró con seriedad.

—Estamos haciendo todo lo posible. Por favor, esperen aquí. En cuanto tengamos información, vendremos a hablar con ustedes.

Y antes de que pudiera hacer otra pregunta, desapareció junto al resto del equipo detrás de las puertas de urgencias.

Después de una larga hora de espera, finalmente una doctora salió de la zona de cuidados intensivos. Llevaba varios documentos en las manos y una expresión seria en el rostro. Al verla acercarse, todos se pusieron de pie casi al mismo tiempo, esperando escuchar alguna noticia sobre Aylin.

La doctora se detuvo frente a ellos y respiró profundamente antes de hablar.

—Bien… les seré sincera —comenzó, mirando a los pastores y sus padres—. Aylin no está bien.

Aquellas palabras hicieron que el corazón de su madre se encogiera.

—Ya mandamos a pedir el tratamiento que necesita para estabilizarla, pero es bastante costoso. Por eso es importante que, mientras nosotros hacemos todo lo posible desde aquí, ustedes busquen la manera de cubrirlo lo antes posible.

El padre de Aylin bajó la mirada por unos segundos, intentando procesar lo que acababa de escuchar. No esperaba que, además de luchar contra el estado de salud de su hija, ahora tuvieran que enfrentarse también a una situación económica que parecía imposible de resolver.

La doctora volvió a revisar los documentos que llevaba entre las manos antes de continuar.

—Además… Aylin va a estár en cuidados intensivos. Su estado es delicado y necesitamos mantenerla bajo vigilancia constante. Para poder controlar su cuerpo mientras llega el tratamiento, tendremos que mantenerla en un coma inducido.

La madre de Aylin llevó una mano hasta su pecho.

—¿Coma…? —preguntó apenas en un susurro.

—Sí —respondió la doctora con calma—. Será inducido y estará completamente controlado por nosotros. No significa que no podamos hacer nada por ella. Al contrario, es una medida necesaria para darle a su cuerpo la oportunidad de responder al tratamiento.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Durante ese tiempo dependerá completamente de los aparatos. Necesitaremos controlar su respiración, su presión y todas sus funciones vitales. Si retiráramos el soporte que necesita en este momento, su estado podría empeorar rápidamente… incluso podría morir.

El silencio que siguió fue absoluto.

Nadie se atrevió a decir una palabra. Las palabras de la doctora parecían haber quedado suspendidas en el aire, demasiado pesadas para ser asimiladas de inmediato.

La madre de Aylin comenzó a llorar en silencio. Su esposo se acercó a ella y la tomó de la mano, aunque él mismo tenía los ojos llenos de preocupación.

—¿La podemos ver?

—Por ahora no. Al estar en estado crítico, debemos seguir un protocolo estricto. Las visitas serán muy breves y únicamente en los horarios establecidos. No queremos exponerla a nada que pueda alterar su estado.

—Pero… es mi hija —dijo su madre, con la voz quebrada—. Necesito verla.

—Lo entiendo —respondió la doctora con empatía—. De verdad que lo entiendo. Pero ahora mismo lo más importante es mantenerla estable. En cuanto sea posible, les avisaremos para que puedan entrar.

Dicho esto, la doctora se retiró, dejando atrás un silencio pesado que parecía haberse apoderado de toda la habitación. Las palabras que acababan de escuchar seguían repitiéndose en sus cabezas: el tratamiento era costoso, urgente y, sin él, las posibilidades de Aylin se reducían considerablemente.

El padre de Aylin bajó la mirada y se llevó una mano al rostro. Intentaba mantenerse firme delante de su familia, pero la preocupación era evidente en sus ojos.

—¿Cómo vamos a pagar ese tratamiento…? —preguntó con la voz entrecortada.

La madre de Aylin no respondió de inmediato. Tenía los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas. Miró hacia la puerta por donde había salido la doctora, como si esperara que alguien regresara para decirles que todo había sido un malentendido.

Aylin seguía en aquella habitación, luchando por su vida.

Uno de los pastores, que había permanecido en silencio hasta ese momento, se acercó un poco a la familia. Su expresión también reflejaba preocupación, pero trató de hablar con calma.

—Si ustedes quieren, podemos pedir ayuda en la iglesia. Podemos hacer publicaciones, organizar recolectas, hablar con la congregación… Lo que sea necesario.

—¿Crees que la gente ayudaría?

—Claro que sí —respondió el pastor sin dudar—. En el barrio donde vive Aylin la quieren mucho. Y en la iglesia también. Muchos conocen su forma de ser, todo lo que ha hecho por los demás. Estoy seguro de que, si les contamos lo que está pasando, van a querer ayudar.

La familia se quedó unos minutos más reunida. Ninguno sabía exactamente qué hacer primero, pero todos tenían algo claro: no podían quedarse de brazos cruzados esperando.

—Hagámoslo —dijo finalmente la madre, respirando profundamente—. Si existe una posibilidad de ayudarla, vamos a tomarla.

—Voy a empezar a hacer llamadas. A la familia, a los amigos… a quien sea. Si tenemos que pedir ayuda, la vamos a pedir.

—Nosotros nos encargamos de la iglesia y de las redes —añadió otro de los pastores—. Vamos a explicar la situación y pedir apoyo. No importa si alguien puede aportar mucho o poco. Todo va a servir.

Mientras ellos comenzaban a organizarse, al otro lado de las puertas del hospital, Aylin permanecía en cuidados intensivos.

La habitación estaba iluminada apenas por las luces de los equipos médicos. El sonido constante de las máquinas acompañaba su respiración, mientras los monitores mostraban cada pequeño cambio en su estado. Aylin permanecía inconsciente, sin imaginar todo lo que estaba ocurriendo afuera.

La desesperación crecía con el paso de los días. El estado de Aylin continuaba siendo inestable y cualquier pequeño cambio en sus signos vitales era suficiente para poner en alerta al personal médico. A pesar de los esfuerzos por mantenerla estable, su cuerpo parecía estar agotándose poco a poco.

Las horas dentro de la unidad de cuidados intensivos se habían vuelto interminables. Sus padres permanecían pendientes de cualquier noticia, aferrándose a la esperanza de que el tratamiento llegara a tiempo. Cada vez que una enfermera entraba a la habitación, sus miradas se dirigían inmediatamente hacia ella, buscando alguna señal de mejoría.

Pero una madrugada, la situación cambió por completo.

Las alarmas del área de cuidados intensivos comenzaron a sonar con insistencia, rompiendo el silencio de la noche. Varios médicos y enfermeras entraron rápidamente a la habitación de Aylin, mientras uno de ellos revisaba los monitores y otro comenzaba a dar indicaciones.

Aylin había sufrido un paro respiratorio.

Su cuerpo se había desestabilizado de manera repentina. El el personal actuó de inmediato, intentando reanimarla mientras las máquinas registraban cada cambio en sus signos vitales. Durante aquellos minutos, todo ocurrió con una rapidez abrumadora.

Fuera de la habitación, sus padres escuchaban el movimiento apresurado del personal médico sin saber exactamente qué estaba ocurriendo. Solo podían esperar, orar y aferrarse a la esperanza de que Aylin lograra salir adelante.

Después de varios minutos de tensión, los médicos consiguieron estabilizarla nuevamente. Sin embargo, aquel episodio dejó algo claro: ya no podían seguir esperando.

El tratamiento tenía que llegar cuanto antes.

La vida de Aylin dependía de que pudiera recibirlo sin más retrasos. Cada hora que pasaba representaba un riesgo mayor para su cuerpo, que ya se encontraba demasiado debilitado.

Finalmente, después días de espera, el medicamento llegó al hospital.

La noticia trajo un pequeño rayo de esperanza entre tanta incertidumbre. El tratamiento fue preparado y administrado de inmediato, con la intención de que comenzara a actuar lo antes posible.

Gracias al apoyo de sus padres, de la iglesia y de muchas personas del barrio, habían logrado reunir el dinero necesario para cubrir el costo del tratamiento. Cada aporte, por pequeño que fuera, había representado una oportunidad más para Aylin.

Una vez administrado el medicamento, las enfermeras permanecieron unos minutos vigilando sus signos vitales antes de abandonar la habitación.

—Bien, ya le suministramos el tratamiento —dijo una de ellas con voz serena—. Ahora todo depende de cómo reaccione el cuerpo de Aylin.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

La enfermera salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado, dejando nuevamente el espacio en silencio. Afuera, sus padres continuaban esperando, intentando mantenerse fuertes mientras las horas avanzaban lentamente.

Dentro de la habitación, Aylin permanecía inmóvil. Los sonidos constantes de las máquinas acompañaban su respiración, mientras el medicamento comenzaba a recorrer su cuerpo.

De repente, la alarma del monitor volvió a sonar.

El sonido hizo que las enfermeras regresaran rápidamente a la habitación. Los números en las pantallas habían comenzado a cambiar y los signos vitales de Aylin volvían a mostrar señales de inestabilidad.

Su cuerpo estaba reaccionando al tratamiento.

Pero también estaba luchando contra el agotamiento provocado por todos aquellos días de enfermedad.

Los doctores comenzaron a revisarla nuevamente, intentando determinar qué estaba ocurriendo. Aylin permanecía inconsciente, demasiado débil para responder, mientras ellos trabajaban a su alrededor.

Por un momento, la esperanza que había llegado con el medicamento volvió a mezclarse con el miedo.

El tratamiento finalmente estaba dentro de su cuerpo, pero todavía no había garantías de que pudiera soportarlo.

Ahora solo quedaba esperar.

Por otro lado, Aylin comenzó a moverse poco a poco, tratando de entender dónde estaba. Intentó abrir los ojos, pero sus párpados parecían pesar demasiado. Por más que lo intentaba, no conseguía hacerlo. Todo a su alrededor era oscuridad.

Lo único que podía escuchar era el sonido constante del monitor que estaba junto a ella. Un pitido regular que se repetía una y otra vez, acompañado por el murmullo lejano de algunos equipos que no lograba identificar.

Durante unos segundos permaneció completamente quieta, intentando recordar qué había sucedido, por qué estaba allí o quién estaba a su lado. Pero su mente estaba demasiado confundida y cansada para encontrar alguna respuesta. Movió ligeramente una mano, esperando sentir a alguien cerca, pero no encontró nada.

Aquella sensación de estar completamente sola comenzó a inquietarla. Entonces sintió algo extraño. Le faltaba el aire.

Al principio fue una sensación leve, como si simplemente no pudiera respirar con la misma facilidad de antes. Esta vez con mayor desesperación.

Su respiración comenzó a acelerarse. Aylin empezó a moverse con más fuerza, intentando encontrar una posición que le permitiera respirar. Quiso pedir ayuda, pero cuando intentó hacerlo, descubrió que no podía emitir ningún sonido.

Algo atravesaba su garganta.

El miedo la invadió de inmediato. Intentó llevarse las manos hacia el rostro, pero apenas tenía fuerzas. Sus movimientos se volvieron cada vez más desesperados mientras trataba de hacerle entender a alguien que necesitaba ayuda.

Entonces, el monitor comenzó a sonar de una manera diferente. Un pitido agudo y repetitivo rompió el silencio de la habitación.

Aylin se sobresaltó. El sonido, en lugar de tranquilizarla, aumentó todavía más su desesperación. Comenzó a agitarse con mayor fuerza, intentando respirar mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos cerrados.

Quería gritar. Quería llamar a alguien. Pero no podía.

La alarma volvió a sonar con insistencia. Esta vez, las enfermeras la escucharon desde el pasillo y entraron corriendo a la habitación.

—Tranquila, Aylin… todo está bien —decía una de las enfermeras mientras permanecía a su lado, observándola con atención—. Necesitamos que respires con calma.

Aylin apenas podía reaccionar. Sentía la garganta completamente irritada y una presión incómoda en el pecho que le hacía difícil comprender lo que estaba sucediendo. Intentó mover las manos, todavía débiles, mientras los médicos se preparaban para retirar los tubos de asistencia.

—Vamos a retirarlos, pero tienes que mantenerte tranquila —indicó otra de las enfermeras con rapidez—. No te alteres, ¿sí? Respira despacio y déjanos hacer nuestro trabajo.

Aylin cerró los ojos con fuerza, intentando obedecer. El miedo se mezclaba con la confusión, pero trató de mantenerse quieta mientras el personal médico trabajaba cuidadosamente a su alrededor.

Finalmente, comenzaron a retirar los tubos.

La sensación fue extraña y desagradable. Aylin sintió cómo algo le raspaba profundamente la garganta y, apenas quedaron fuera, se incorporó sobresaltada. Un fuerte ataque de tos escapó de su pecho, haciéndola llevarse una mano a la garganta mientras intentaba recuperar el aire.

—Tranquila, tranquila… —repitió la enfermera, acercándose de inmediato—. Ya pasó. Respira despacio.

Aylin continuó tosiendo durante unos segundos. Le ardía la garganta y cada respiración le resultaba incómoda, como si tuviera algo atrapado en ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas por el esfuerzo y el miedo.

Aylin asintió débilmente. Todavía se sentía aturdida, pero escuchar aquellas palabras consiguió tranquilizarla un poco. Miró alrededor, intentando reconocer el lugar y recordar cuánto tiempo había pasado.

La enfermera revisó sus signos vitales y comprobó nuevamente su respiración antes de hablar con su compañera.

—Está respondiendo bien.

—Perfecto —respondió la otra mientras organizaba algunos instrumentos—. Vamos a pasarla a otra habitación para que pueda descansar un poco mientras hacemos el traslado.

Aylin intentó incorporarse nuevamente, pero apenas consiguió moverse unos centímetros antes de sentir que el cuerpo le pesaba demasiado.

—No intentes levantarte todavía —le advirtió la enfermera—. Has pasado por mucho y necesitas descansar.

—Póngale suero para que descanse un poco mientras hacemos el traslado —añadió su compañera.

La enfermera preparó la vía y conectó el suero con movimientos cuidadosos. Aylin observó en silencio cómo las gotas comenzaban a caer lentamente, mientras una sensación de cansancio profundo volvía a apoderarse de ella.

—Eso es… relájate —murmuró la enfermera—. Ya estás fuera de peligro inmediato. Ahora vamos a llevarte a un lugar donde puedas descansar mejor.

Aylin cerró los ojos por unos segundos. Todavía tenía la garganta adolorida, el cuerpo débil. Y, aunque todavía no entendía completamente todo lo que había ocurrido, aquella simple respiración le dio una pequeña sensación de alivio.

Más tarde, después de varias horas de espera, la puerta de la sala se abrió y la doctora salió al pasillo. Todos levantaron la mirada de inmediato. Algunos se pusieron de pie, mientras otros dejaron de hablar, esperando con ansiedad cualquier noticia sobre Aylin.

La doctora se acercó a ellos con expresión serena.

—Aylin ya está en observación. Por ahora está estable, pero debido al tiempo que estuvo inmóvil, necesitará terapia para fortalecer sus músculos y recuperar su movilidad poco a poco.

Aquellas palabras, aunque todavía dejaban muchas preocupaciones en el aire, fueron suficientes para que la tensión comenzara a disminuir. Después de todo lo que habían vivido, saber que Aylin estaba estable era un pequeño respiro.

Su familia intercambió miradas llenas de alivio. Algunos soltaron el aire que parecían haber estado conteniendo durante horas, mientras otros simplemente bajaron la cabeza, agradecidos de que, por el momento, las cosas estuvieran mejorando.

—¿La podemos ver? —preguntaron sus familiares y amigos casi al mismo tiempo.

—Sí, pueden verla. Pero está sedada y necesita descansar. Les pido que mantengan la voz baja y que no hagan movimientos bruscos ni la alteren demasiado. Es importante que su cuerpo tenga tiempo para recuperarse.

Uno a uno comenzaron a entrar a la habitación. El ambiente era completamente diferente al del pasillo.

Ella permanecía recostada sobre la camilla, con los ojos cerrados y el rostro tranquilo. Aún estaba conectada a algunos equipos que vigilaban cuidadosamente sus signos vitales, pero, a diferencia de las horas anteriores, verla descansar de aquella manera transmitía cierta calma.

Su familia se acercó lentamente, como si temieran despertarla. Algunos se quedaron de pie a unos pasos de distancia, observándola en silencio, mientras otros se acercaron un poco más para tomar su mano.

Sus amigos también tuvieron su turno. Entraban con el mismo cuidado, . Para ellos era extraño verla tan quieta. Aylin siempre había sido una persona llena de energía, acostumbrada a moverse de un lado a otro, hablar, reír y hacer mil cosas al mismo tiempo.

Sin embargo, para quienes estaban allí, verla estable era suficiente. Todavía quedaba un largo camino por delante, con terapias, recuperación y días que probablemente no serían fáciles.

Y mientras uno tras otro salía de la habitación para dejarla descansar, todos compartían el mismo deseo: que cuando Aylin despertara, pudiera comenzar de nuevo.

Al día siguiente, Aylin despertó lentamente.

Lo primero que sintió fue un peso extraño en todo el cuerpo. Le costaba incluso mover los dedos, como si hubiera pasado horas inmóvil. Su cabeza se sentía pesada y confusa, y durante unos segundos no pudo distinguir si estaba despierta o todavía atrapada en algún sueño.

Abrió los ojos con dificultad y los cerró nuevamente debido a la luz blanca que iluminaba la habitación. Escuchó un pitido constante a su lado, acompañado por el sonido de algunos equipos funcionando. Intentó moverse, pero una sensación de debilidad recorrió todo su cuerpo.

Una enfermera que se encontraba junto a la cama revisando los equipos notó que había despertado y se acercó inmediatamente.

—Hola —dijo con una sonrisa tranquila—. Soy Daniela, la enfermera encargada de revisarte. Voy a comprobar que todo esté bien.

Aylin la observó durante unos segundos sin decir nada. Sus ojos se movían lentamente por la habitación, intentando reconocer aquel lugar. Las paredes blancas, los aparatos médicos, las luces y el olor característico del hospital comenzaron a hacerle comprender dónde se encontraba.

Intentó recordar cómo había llegado hasta allí, pero su mente parecía tener un enorme vacío. Buscó algún recuerdo reciente, algo que pudiera explicarle lo sucedido, pero solo encontró imágenes borrosas.

—¿Dónde estoy…? —preguntó con voz débil.

Su voz apenas logró salir de su garganta. Sentía el cuerpo pesado, como si cada movimiento requiriera más esfuerzo del que podía reunir. Parpadeó varias veces, intentando acostumbrarse a la luz y al lugar desconocido en el que se encontraba.

La enfermera, que estaba cerca de ella, la observó con atención antes de responder.

—¿No recuerdas lo que pasó la última vez?

Aylin intentó pensar durante unos segundos. Frunció el ceño mientras buscaba en su memoria algún recuerdo que pudiera explicarle cómo había llegado hasta allí. Por más que lo intentaba, todo parecía borroso, como si hubiera una parte de su vida que simplemente hubiera desaparecido.

—Creo que… la última vez le pedí ayuda a mis pastores porque no me sentía bien… y después de eso no recuerdo más. Hasta ahora que acabo de despertar.

—Bien… te seré sincera. Estuviste en coma inducido porque tuviste una reacción alérgica en todo el cuerpo. Pero ya estás estable. De hecho, mira a tu izquierda.

Aylin tardó unos segundos en reaccionar. Con cierta dificultad, giró la cabeza lentamente hacia el lado que la enfermera le había indicado.

Sus ojos se abrieron un poco más.

Junto a su cama había pequeños regalos, frutas, cartas y dibujos cuidadosamente acomodados. Algunos estaban sobre una mesa, mientras otros habían sido colocados uno junto a otro, como si cada persona hubiera querido dejarle algo para que, al despertar, supiera que había estado acompañada incluso cuando no podía darse cuenta.

Por un instante, la confusión que tenía en el rostro se mezcló con una emoción difícil de ocultar. No entendía cuándo habían llegado todas aquellas cosas ni cuánto tiempo había permanecido allí. Tampoco podía recordar a las personas que habían estado a su lado.

—¿Quiénes estuvieron aquí…? —preguntó emocionada, pero todavía confundida.

La enfermera sonrió ligeramente al verla reaccionar de aquella manera. Había algo especial en la expresión de Aylin; parecía estar intentando comprender cuánto había ocurrido mientras ella permanecía inconsciente.

—Tus amigos, familiares, conocidos… muchas personas. Se nota que te quieren mucho —respondió la enfermera con una leve sonrisa.

—Jamás pensé que hicieran eso por mí…

La voz de Aylin salió apenas en un susurro. Sus ojos volvieron a recorrer las cartas que descansaban sobre la mesa, deteniéndose en cada una como si quisiera memorizar cada palabra. Todavía le parecía difícil de creer que tantas personas se hubieran tomado el tiempo de escribirle, visitarla o dejarle algún detalle mientras ella permanecía allí, luchando por recuperar poco a poco sus fuerzas.

La enfermera revisó nuevamente sus notas antes de hablar. Miró algunos datos de la hoja y después volvió su atención hacia Aylin.

—Bueno, más tarde vuelvo porque hoy empiezas tu primera terapia.

—¿Terapia? —preguntó Aylin confundida.

—Sí, necesitas empezar a fortalecer tus músculos otra vez. Has estado mucho tiempo en reposo.

La idea de comenzar una terapia le producía una mezcla extraña de nervios y esperanza. Sabía que todavía estaba débil y que recuperar sus fuerzas no sería algo inmediato, pero al mismo tiempo significaba que estaba avanzando.

Miró nuevamente las cartas a su lado y respiró con cuidado. Su corazón estaba lleno de emoción, aunque su cuerpo todavía se sentía frágil y cansado.

La enfermera salió de la habitación después de acomodarle el suero y revisar los aparatos. El sonido de la puerta al cerrarse dejó nuevamente la habitación en silencio,

acompañada únicamente por los pequeños sonidos de las máquinas que vigilaban constantemente su estado.

Minutos después, escuchó varios golpes suaves en la puerta.

Aylin levantó la mirada, sorprendida por la interrupción del silencio.

—¿Se puede? —preguntó una voz conocida.

La puerta se abrió lentamente y vio entrar a la pastora junto a Valentina y algunos jóvenes de la iglesia.

Los ojos de Aylin se abrieron un poco más al reconocerlos. No esperaba verlos allí, y mucho menos a todos juntos.

—¡Aylin! —dijo Valentina casi llorando al verla despierta.

Aylin soltó una pequeña risa débil. A pesar del cansancio, la expresión de su rostro cambió por completo al ver a las personas que tenía frente a ella.

—¿Por qué todos me miran como si hubiera vuelto de la muerte?

Valentina dejó escapar una pequeña risa entre lágrimas y se acercó rápidamente para abrazarla con cuidado, procurando no lastimarla ni tocar los cables que la rodeaban.

—Porque casi nos matas del susto —respondió Valentina acercándose rápido a abrazarla con cuidado.

Aylin correspondió al abrazo como pudo. Sentía el cuerpo débil, pero aquel gesto le dio una sensación de seguridad que había extrañado durante los días anteriores.

La pastora se acercó también y acarició suavemente su cabello. Su mirada reflejaba el alivio de verla despierta y consciente.

—Nos preocupaste mucho, mi niña.

—¿Cuánto tiempo estuve dormida?

La pregunta salió con cierta preocupación. Aylin todavía tenía la sensación de que todo había pasado demasiado rápido. Para ella, el tiempo se había vuelto confuso entre el sueño, el cansancio y los momentos en los que apenas podía distinguir lo que ocurría a su alrededor.

—Varios días —respondió la pastora con sinceridad—. Todos estuvimos orando mucho por ti.

A los pocos minutos una enfermera entró nuevamente a la habitación con una pequeña sonrisa. Llevaba consigo todo lo necesario para comenzar con la terapia y, aunque intentaba mostrarse tranquila, Aylin sintió que los nervios comenzaban a apoderarse de ella otra vez.

—Bueno, necesito que te alistes porque vamos a empezar la terapia desde ya.

Aylin la miró nerviosa. Por un momento, bajó la mirada hacia sus piernas, todavía débiles después de tantos días en cama. Solo pensar en tener que levantarse le provocaba miedo. No sabía si su cuerpo sería capaz de responderle como antes.

—Siento que no voy a poder… —dijo en voz baja.

La enfermera se acercó un poco más a ella y le habló con calma, procurando transmitirle seguridad.

—Tranquila, nosotros te vamos a ayudar —respondió—. Primero vamos a intentar que te levantes y te sientes en la silla de ruedas, ¿sí?

Sabía que tarde o temprano tendría que comenzar, pero eso no hacía que el miedo desapareciera. Finalmente, respiró profundamente y aceptó con un pequeño movimiento de cabeza.

Con mucho cuidado, la enfermera comenzó a ayudarla a incorporarse de la cama. Aylin apoyó las manos y trató de hacer fuerza, pero apenas puso peso sobre sus piernas, sintió un gran cansancio recorrerle el cuerpo.

Era extraño. Antes podía levantarse, caminar y hacer tantas cosas sin siquiera pensarlo. Ahora, algo tan sencillo como ponerse de pie parecía exigirle toda la energía que tenía.

Aylin apretó los labios y trató de concentrarse en cada movimiento. Sus piernas temblaban ligeramente y sentía el cuerpo pesado, pero no quería rendirse en el primer intento.

Después de unos segundos, finalmente lograron sentarla en la silla de ruedas.

Aylin respiraba agitada por el esfuerzo. Se quedó quieta durante unos instantes, tratando de recuperar el aire. Sentía como si incluso moverse unos pocos centímetros le hubiera quitado toda la energía.

Valentina, que había estado observándola, se acercó y caminó junto a ella mientras la enfermera comenzaba a empujar la silla.

—Listo, vamos. De una hay que sacar músculos otra vez —dijo Valentina, intentando animarla.

—No pienses que va a ser tan fácil… —respondió.

—Nunca dije que iba a ser fácil, pero sí que vas a salir de esta.

Mientras avanzaban lentamente por los pasillos del hospital, Aylin observaba todo en silencio. Las personas caminaban de un lado a otro, las enfermeras entraban y salían de las habitaciones y los sonidos habituales del hospital continuaban a su alrededor.

Ella, en cambio, sentía que todavía estaba intentando entender todo lo que había vivido.

Todavía se sentía débil, confundida y emocionalmente agotada. Sin embargo, sintió que quizá todavía tenía fuerzas para seguir adelante.

Los días comenzaron a pasar poco a poco.

Con esfuerzo, paciencia y muchas horas de terapia, Aylin fue recuperando parte de la fuerza que había perdido. Al principio, cada movimiento parecía una batalla. Después, poco a poco, consiguió mantenerse de pie durante más tiempo, caminar distancias más largas y hacer nuevamente algunas cosas por sí sola.

Al pasar de los días, Aylin terminó sus terapias. Aunque ya podía caminar mejor y hacer muchas cosas por sí sola, todavía se sentía débil.

Su cuerpo estaba recuperándose, pero su mente parecía ir a un ritmo completamente diferente.

En el fondo seguía agotada emocionalmente. Había regresado de sus vacaciones sin realmente descansar nada. Había perdido a Samuel y, además, había pasado semanas luchando por su vida en el hospital. Todo había ocurrido demasiado rápido.

Poco a poco intentó volver a su rutina.

Volvió a ayudar en la iglesia, a salir un poco más y a compartir con las personas cercanas. Intentaba recuperar aquellas pequeñas cosas que antes formaban parte de sus días y que ahora parecían diferentes.

Aunque todavía había momentos en los que la ausencia de Samuel le dolía demasiado.

A veces sonreía delante de todos, conversaba y trataba de comportarse como si todo estuviera bien. Pero cuando se quedaba sola, aquella sonrisa desaparecía y volvía a sentir el mismo vacío en el pecho.

Había días en los que extrañarlo era más difícil que otros.

Aun así, continuó asistiendo a sus citas de control para asegurarse de que todo estuviera mejorando. Sabía que todavía debía cuidar de sí misma y seguir las indicaciones de los médicos, aunque algunas de esas visitas también le recordaran todo lo que había pasado.

Una tarde llegó a lo que sería una de sus últimas revisiones médicas.

Entró al consultorio y se sentó frente a la doctora mientras esperaba que revisara sus resultados. Aylin permaneció en silencio, observando cómo la mujer revisaba los documentos y comparaba los resultados con los anteriores.

Mientras avanzaban lentamente por los pasillos del hospital, Aylin observaba todo en silencio. Las personas caminaban de un lado a otro, las enfermeras entraban y salían de las habitaciones y los sonidos habituales del hospital continuaban a su alrededor.

Ella, en cambio, sentía que todavía estaba intentando entender todo lo que había vivido.

Todavía se sentía débil, confundida y emocionalmente agotada. Sin embargo, sintió que quizá todavía tenía fuerzas para seguir adelante.

Los días comenzaron a pasar poco a poco.

Con esfuerzo, paciencia y muchas horas de terapia, Aylin fue recuperando parte de la fuerza que había perdido. Al principio, cada movimiento parecía una batalla. Después, poco a poco, consiguió mantenerse de pie durante más tiempo, caminar distancias más largas y hacer nuevamente algunas cosas por sí sola.

Al pasar de los días, Aylin terminó sus terapias. Aunque ya podía caminar mejor y hacer muchas cosas por sí sola, todavía se sentía débil.

Su cuerpo estaba recuperándose, pero su mente parecía ir a un ritmo completamente diferente.

En el fondo seguía agotada emocionalmente. Había regresado de sus vacaciones sin realmente descansar nada. Había perdido a Samuel y, además, había pasado semanas luchando por su vida en el hospital. Todo había ocurrido demasiado rápido.

Poco a poco intentó volver a su rutina.

Volvió a ayudar en la iglesia, a salir un poco más y a compartir con las personas cercanas. Intentaba recuperar aquellas pequeñas cosas que antes formaban parte de sus días y que ahora parecían diferentes.

Aunque todavía había momentos en los que la ausencia de Samuel le dolía demasiado.

A veces sonreía delante de todos, conversaba y trataba de comportarse como si todo estuviera bien. Pero cuando se quedaba sola, aquella sonrisa desaparecía y volvía a sentir el mismo vacío en el pecho.

Había días en los que extrañarlo era más difícil que otros.

Aun así, continuó asistiendo a sus citas de control para asegurarse de que todo estuviera mejorando. Sabía que todavía debía cuidar de sí misma y seguir las indicaciones de los médicos, aunque algunas de esas visitas también le recordaran todo lo que había pasado.

Una tarde llegó a lo que sería una de sus últimas revisiones médicas.

Entró al consultorio y se sentó frente a la doctora mientras esperaba que revisara sus resultados. Aylin permaneció en silencio, observando cómo la mujer revisaba los documentos y comparaba los resultados con los anteriores.

—Bien, Aylin. Al parecer ya estás mucho mejor.

Aylin soltó un pequeño suspiro de alivio. Escuchar aquellas palabras significaba que, al menos físicamente, estaba avanzando.

—Pero… —continuó la doctora.

Aylin volvió a mirarla con atención.

—Debido a todos los tubos que utilizamos durante tu internamiento, tus cuerdas vocales quedaron lastimadas.

—¿Cómo así?

La doctora mantuvo un tono tranquilo mientras le explicaba la situación.

—No podrás cantar por un tiempo. Necesitas reposo vocal mientras sanan correctamente.

Cantar siempre había sido una de las cosas más importantes en su vida. Era una manera de expresarse, de sentirse libre y de conectar con lo que llevaba dentro. Por eso, escuchar que tendría que dejarlo temporalmente le dolió más de lo que esperaba.

Después de todo lo que había perdido y de todo lo que había tenido que soportar, parecía que todavía había cosas que debía aprender a soltar, aunque fuera solo por un tiempo.

—Solo tendrás que tomar estos medicamentos y seguir las indicaciones. Si todo sale bien, más adelante podrás volver a cantar sin problema.

—Está bien…

Todavía podía sentir algo de cansancio en el cuerpo, pero esta vez no era el mismo miedo que había sentido cuando comenzó la terapia. Había avanzado, aunque todavía le quedaba mucho por recuperar.

—Adiós, doctora.

—Cuídate mucho, Aylin.

Aylin salió del consultorio en silencio, sosteniendo los medicamentos entre sus manos.

Caminó lentamente por el pasillo del hospital, escuchando sus propios pasos mientras se alejaba. Por unos segundos, volvió a mirar a su alrededor y recordó todas las veces que había recorrido aquellos mismos pasillos sin saber qué iba a pasar con ella.

Al llegar a la salida del hospital, se detuvo por unos segundos y miró hacia atrás. Aquel lugar había sido escenario de algunos de los momentos más difíciles de su vida, pero también había sido el lugar donde había vuelto a luchar por ella. Respiró profundamente y después volvió la mirada hacia la puerta.

Esta vez no quería mirar atrás.

Guardó los medicamentos en su bolso y salió del hospital. El aire de afuera se sintió diferente. Era el mismo mundo de siempre, pero para ella todo parecía haber cambiado.

Con una pequeña sonrisa, Aylin continuó caminando, dejando atrás las puertas del hospital y comenzando, poco a poco, una nueva etapa de su vida.

20

¿Dónde estás?

"A veces, el corazón sigue buscando aquello que la realidad nunca se atrevió a explicar."

Para Aylin, el tiempo parecía avanzar de una manera extraña. Los días seguían uno tras otro, las semanas se convertían en meses y, aun así, había momentos en los que sentía que una parte de ella seguía atrapada en todo aquello que había sucedido.

La vida de Aylin ya no era la misma. Había aprendido a vivir entre recuerdos, citas médicas y noches en las que todavía le costaba dormir sin pensar en Samuel. Había ocasiones en las que cerraba los ojos intentando descansar, pero su mente se llenaba de recuerdos que prefería dejar atrás.

Aunque intentaba seguir adelante por su hija y por ella misma, había días en los que el dolor seguía pesando demasiado.

Había mañanas en las que despertaba con la sensación de estar agotada incluso antes de levantarse de la cama. Sin embargo, miraba una foto de su hija y encontraba una razón para continuar. Por ella, por la pequeña que dependía de sus cuidados, Aylin intentaba reunir las fuerzas que muchas veces sentía que ya no tenía.

Poco a poco, comenzó a regresar a la iglesia. Al principio le costaba. Había lugares, canciones y momentos que podían despertar recuerdos que todavía dolían, pero aun así decidió volver. Retomó algunas de sus responsabilidades y trató de mantenerse ocupada, buscando cualquier cosa que pudiera ayudarla a no quedarse sola demasiado tiempo con sus pensamientos.

Muchos decían que se veía más fuerte.

Y quizás, desde afuera, realmente lo parecía.

Aylin sonreía, conversaba, cumplía con sus responsabilidades y seguía adelante como si todo estuviera bien. Había aprendido a responder con un simple "estoy bien" incluso cuando por dentro sentía exactamente lo contrario.

Pero la verdad era que Aylin solo había aprendido a esconder mejor lo que sentía.

Había heridas que todavía no sabía cómo nombrar y recuerdos que prefería guardar en silencio. Ya no lloraba por cualquier cosa, ya no hablaba de todo lo que le dolía y había aprendido a tragarse muchas palabras antes de permitir que alguien las escuchara.

Aun así, había algo diferente en ella.

Ya no era la misma muchacha impulsiva de antes. Todo lo que había vivido la había obligado a madurar demasiado rápido. Había tenido que enfrentarse a situaciones que nunca imaginó vivir y tomar decisiones cuando, en realidad, todavía estaba aprendiendo quién era.

Había perdido una parte de la inocencia que alguna vez tuvo, pero también había descubierto una fortaleza que no sabía que llevaba dentro.

Ahora pensaba más antes de actuar. Observaba más. Sentía más profundamente, pero también había aprendido a protegerse.

Y aunque juró que jamás volvería a abrir su corazón, la vida tenía otros planes para ella.

Aylin no quería volver a enamorarse. Después de todo lo que había vivido, la idea de permitir que alguien volviera a acercarse demasiado le parecía casi imposible. Había aprendido que querer a alguien también significaba exponerse a perderlo, y ella ya no estaba segura de querer correr ese riesgo nuevamente.

Pensó que podía vivir así.

Que podía concentrarse en su hija, en su vida, en la iglesia y en todo aquello que había reconstruido poco a poco.

Sin embargo, algunas veces la vida no pide permiso antes de cambiarlo todo.

Fue una tarde cualquiera, una de esas tardes que parecían no tener nada de especial, cuando conoció a alguien que, sin que Aylin pudiera imaginarlo en ese momento, poco a poco comenzaría a cambiar su historia.

Ella todavía no lo sabía.

No sabía cuánto iba a significar aquella persona para ella, ni cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que, después de tanto dolor, quizás su corazón todavía tenía espacio para volver a sentir.

Esa tarde, después de un largo día de colegio, Aylin se sentó frente al escritorio para adelantar algunos trabajos que todavía tenía pendientes.

El cansancio se hacía evidente en su rostro. Había sido un día agotador y, aunque lo único que quería era descansar, sabía que no podía dejar todo para después. Encendió la computadora, acomodó algunas cosas sobre el escritorio y comenzó a trabajar, intentando concentrarse a pesar del sueño que empezaba a invadirla.

La habitación estaba tranquila. Solo se escuchaba el sonido de las teclas mientras escribía y, de vez en cuando, algún pequeño ruido proveniente del exterior. Por unos minutos, Aylin logró olvidarse de todo lo demás y concentrarse únicamente en lo que tenía frente a ella.

Sin embargo, en medio de aquel silencio, su celular comenzó a sonar.

Aylin levantó la mirada hacia el teléfono, que había dejado sobre el escritorio. Pensó que probablemente alguno de sus amigos la estaba llamando, así que lo tomó sin darle demasiada importancia.

—¿Hola? —respondió confundida.

—Hola, ¿Aylin? Soy la dueña de la casa donde vivía Samuel. Era para ver si me podrías hacer un favor.

—Sí… claro. ¿Qué necesita? —preguntó con cierta duda.

Al otro lado de la llamada, la voz de la señora sonó un poco apresurada, como si estuviera tratando de resolver algo a último momento.

—Es que yo no estoy en casa en este momento y un joven quiere ir a ver el apartamento porque está interesada en alquilarlo. Pero todavía hay algunas cosas de Samuel y el lugar quedó un poco desordenado. Quería saber si me podrías ayudar con eso.

Aylin guardó silencio por unos segundos, procesando lo que acababa de escuchar. Sabía que el apartamento todavía no estaba completamente despejado y entendía que podía ser un poco incómodo mostrarlo en esas condiciones. Aun así, no veía ningún inconveniente en ayudar.

—Sí… claro, ahora bajo.

—¿Todavía tienes llaves?

—Sí, aún tengo una copia.

—Muchísimas gracias. Y si no alcanzo a llegar a tiempo, ¿será que le puedes enseñar el apartamento al joven?

—Sí, claro.

La conversación no se extendió mucho más. Aylin entendió que probablemente la visita sería pronto, así que se dispuso a bajar y ayudar con lo que fuera necesario. Aunque la situación había surgido de repente, no le molestaba hacerlo. Después de todo, solo se trataba de abrir el apartamento y enseñarlo.

—Buenas noches, Aylin.

—Buenas noches.

La llamada terminó y luego tomó las llaves y se preparó para bajar al apartamento.

Aylin salió de la casa y, después de un rato, llegó al apartamento.

Al entrar, cerró la puerta detrás de ella y se quedó unos segundos en silencio, observando el lugar. Todo parecía estar en su sitio, pero al mismo tiempo se sentía diferente. Había algo extraño en aquella tranquilidad, como si el apartamento hubiera perdido parte de la vida que alguna vez tuvo.

Intentó no pensar demasiado. No quería volver a sentirse atrapada por los recuerdos ni dejar que su mente comenzara a llevarla por lugares a los que no quería regresar. Así que decidió concentrarse solamente en limpiar.

Abrió las ventanas para dejar entrar un poco de aire fresco y permitir que la luz iluminara el interior. Después, comenzó a acomodar algunas cajas que todavía estaban fuera de lugar. Movió unas de un lado a otro, guardó algunas cosas y fue organizando poco a poco cada espacio.

Mientras limpiaba, el silencio se hacía cada vez más evidente. Solo se escuchaban sus propios movimientos: el sonido de las cajas al deslizarse, los objetos al ser colocados en su sitio y, de vez en cuando, el viento entrando por las ventanas.

Con el paso de los minutos, el apartamento comenzó a verse diferente. Más ordenado, más vacío y, sobre todo, más silencioso que antes.

Por momentos, sentía extraño estar ahí sola. Había algo en aquella sensación que no terminaba de acostumbrarle. Sin embargo, trataba de mantenerse ocupada, pasando de una habitación a otra y buscando cualquier cosa que pudiera hacer para no quedarse demasiado tiempo pensando.

Estaba concentrada en lo que hacía cuando, de repente, escuchó que alguien tocó la puerta.

Aylin salió rápidamente para abrir la puerta. Durante unos segundos acomodó su expresión antes de girar y encontrarse frente a un muchacho que parecía observarla con cierta curiosidad.

—Hola. ¿Tú eres quien viene a ver el apartamento? —preguntó.

—Sí. ¿Tú eres la dueña? —respondió el muchacho con curiosidad.

Aylin soltó una pequeña sonrisa ante la pregunta y negó suavemente con la cabeza.

—No, realmente me mandaron a enseñarlo.

—Ah… ya decía yo. Muy joven para ser dueña de algo así.

El comentario hizo que Aylin soltara una pequeña risa. No se lo tomó a mal; al contrario, le causó un poco de gracia la forma tan directa en que lo había dicho.

El muchacho entró mientras observaba el lugar con atención. Su mirada recorrió cada rincón del apartamento, fijándose en los detalles mientras Aylin cerraba la puerta detrás de él.

Sin perder tiempo, ella comenzó a enseñarle los diferentes espacios del apartamento. Le mostró cada habitación y le explicaba, hasta donde sabía, algunos detalles del lugar mientras avanzaban de un lado a otro.

Aylin se movía con naturalidad, como si simplemente estuviera cumpliendo con algo sencillo que le habían pedido. Sin embargo, no podía imaginar que aquella visita, que en un principio parecía algo completamente normal, terminaría cambiando muchas cosas en su vida poco a poco.

—¿Cuánto cuesta en total esto? Claro… si sabes —preguntó el muchacho mientras observaba el apartamento.

Aylin se quedó pensando unos segundos. Intentó recordar lo que le habían dicho anteriormente sobre el precio, aunque no estaba completamente segura de todos los detalles.

—Mmm… la persona que estaba antes pagaba más de ochenta.

—¿Tú sabes por qué se fue la persona que alquilaba este apartamento?

La pregunta salió con cierta curiosidad, mientras Aylin dirigía la mirada hacia él. Por un instante, pareció dudar si realmente quería responder. Bajó ligeramente la vista y dejó escapar un pequeño suspiro antes de hablar.

—No se fue… bueno, sí… pero no porque le tocara. Era mi pareja.

El muchacho la miró confundido. Su expresión cambió casi de inmediato, como si intentara comprender lo que acababa de escuchar. Aylin permaneció en silencio unos segundos, esperando su reacción.

—¿Cómo así? ¿Te terminó?

Aylin negó suavemente con la cabeza. Por un momento, su mirada perdió la pequeña chispa que había tenido antes.

—No… simplemente tuvo un accidente y pues… ya no está conmigo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Aylin intentó mantener la calma, pero decirlo en voz alta hacía que aquel recuerdo se sintiera un poco más cercano. Aun así, no quería que la conversación se volviera incómoda ni que él se sintiera mal por haber preguntado.

—Ah… lo siento mucho. Perdón por preguntar —dijo él algo apenado.

—No te preocupes —respondió Aylin intentando mantener una pequeña sonrisa—. Más bien, dime cómo te llamas.

El muchacho pareció relajarse un poco al notar que ella no estaba molesta. Durante unos segundos, ambos se quedaron mirándose, hasta que él finalmente respondió.

—Santiago.

Aylin sonrió un poco más. El nombre le pareció agradable, y quizá también era una manera sencilla de cambiar de tema y dejar atrás aquella parte dolorosa de la conversación.

—Lindo nombre. Yo soy Aylin… tengo 17 años recién cumplidos —dijo ella sonriendo un poco más.

—Me encanta tu nombre. Yo tengo veintiún años recién cumplidos también.

Ambos soltaron una pequeña risa, haciendo que el ambiente se sintiera mucho menos incómodo. Aylin notó que, poco a poco, la conversación comenzaba a fluir de manera natural. Ya no sentía aquella tensión de los primeros minutos ni la necesidad de buscar algo que decir para llenar los silencios.

Santiago también parecía haberse relajado. Su expresión era tranquila y, por momentos, incluso parecía olvidar que apenas acababan de conocerse.

—Y bien… ¿qué tal el apartamento? —preguntó Aylin.

Santiago volvió a mirar a su alrededor, observando con más atención cada rincón del lugar. Parecía estar imaginándose cómo sería vivir allí, dónde colocaría sus cosas y cómo terminaría sintiéndose en aquel espacio que todavía le resultaba desconocido.

—Me gusta… creo que si tuviera una vecina como tú, sí me quedaría.

Aylin volvió a sonreír. Había algo en aquella conversación que le resultaba extraño, pero agradable. No había preguntas incómodas, ni silencios pesados.

Sin embargo, sabía que no podía quedarse allí para siempre.

—Bueno… creo que ya tengo que volver a mi casa. Entonces, ¿cuál es tu decisión? —preguntó Aylin mientras acomodaba algunas cosas.

Santiago dejó de observar el apartamento y volvió su atención hacia ella. Se tomó unos segundos antes de responder, como si quisiera estar completamente seguro de su decisión.

—Me quedaré.

—Ok… entonces después hablas con la dueña de esto porque yo sí tengo que volver a mi casa —dijo Aylin con una pequeña sonrisa.

Santiago la observó durante unos segundos y luego sonrió de manera divertida.

—Lo que digas. Más bien… ¿me vas a dejar así? —preguntó Santiago divertido.

—¿Así cómo?

—Pues sí… ¿no tienes celular?

Aylin soltó una pequeña risa al entender finalmente a qué se refería. Por un momento había pensado que Santiago hablaba de otra cosa, pero al verlo esperar su respuesta con una sonrisa, comprendió enseguida.

—Ah, sí. Si quieres lo apuntas.

—Claro que quiero.

Aylin comenzó a dictarle el número con calma, mientras Santiago lo escribía en la pantalla. De vez en cuando levantaba la mirada para asegurarse de que lo había anotado correctamente antes de continuar.

—¿Ese era el último número? —preguntó él, mirando la pantalla.

—Sí, ese es.

Santiago revisó una vez más el contacto y, satisfecho, lo guardó.

—Listo. Ahora ya no tengo excusa para perderme en el barrio —bromeó Santiago, guardando el celular en el bolsillo.

Aylin soltó una risa y negó suavemente con la cabeza.

—Ni para molestarme tampoco —respondió ella riéndose.

—Eso tampoco te lo puedo prometer —contestó Santiago con una sonrisa divertida.

Aylin bajó ligeramente la mirada, intentando disimular la sonrisa que todavía tenía en el rostro. Santiago, por su parte, parecía igualmente cómodo con aquel pequeño intercambio.

Ninguno de los dos esperaba sentirse así de cómodos tan rápido, especialmente después de haberse conocido hacía tan poco. Sin embargo, aquella conversación había dejado una sensación agradable entre ambos.

—Bueno… entonces hablamos después, vecina —dijo Santiago mientras guardaba definitivamente el celular.

—Está bien. Bienvenido al barrio —respondió Aylin con una sonrisa antes de salir del apartamento.

Santiago se quedó mirándola por unos segundos mientras se alejaba, hasta que finalmente cerró la puerta. Aylin, por su parte, continuó su camino con una pequeña sonrisa en el rostro.

Los días comenzaron a pasar lentamente.

Aunque Aylin seguía cargando mucho dolor dentro de ella, poco a poco intentaba volver a acostumbrarse a la rutina. Había días en los que levantarse de la cama parecía más difícil de lo normal, pero aun así encontraba la manera de continuar. Seguía yendo a la iglesia, ayudando en algunas cosas y visitando constantemente el hospital para ver a su hija.

Aquellas visitas se habían convertido en una parte importante de sus días. Cada vez que llegaba al hospital, sentía una mezcla de emociones que todavía le resultaba difícil explicar. Había preocupación, miedo y cansancio, pero también existía una pequeña esperanza que se negaba a desaparecer.

Después regresaba a casa intentando continuar con todo lo demás, aunque muchas veces su mente permaneciera en aquel hospital.

Y en medio de todo eso, comenzó a hablar más seguido con Santiago.

Al principio eran conversaciones pequeñas, casi insignificantes. No había nada especialmente profundo en ellas. A veces él la encontraba afuera del apartamento cuando ella regresaba del hospital y terminaban hablando unos minutos antes de que Aylin entrara.

Otras veces le escribía para preguntarle dónde quedaba alguna tienda del barrio, aunque en más de una ocasión ella sospechaba que simplemente estaba buscando cualquier excusa para iniciar una conversación.

ylin comenzó a sentirse tranquila cuando estaba cerca de él. No tenía que fingir que todo estaba bien ni buscar constantemente algo que decir. A veces simplemente podían compartir un momento de silencio y aquello tampoco resultaba extraño.

Quizá por eso comenzó a permitir que Santiago se acercara un poco más, aunque todavía mantenía cierta distancia. Había aprendido a protegerse y no estaba preparada para dejar entrar fácilmente a alguien en su vida.

Pero tampoco podía negar que su presencia comenzaba a hacerle bien.

Una tarde, Aylin estaba sentada afuera de la iglesia revisando unos papeles. El lugar estaba tranquilo y, por unos minutos, parecía que el mundo había decidido bajar el ritmo.

Tenía varios documentos sobre sus piernas y los revisaba con atención, pasando las hojas lentamente mientras intentaba concentrarse. De vez en cuando levantaba la mirada hacia la entrada de la iglesia, observando a las pocas personas que entraban y salían.

Su mente estaba ocupada en varias cosas al mismo tiempo cuando escuchó una voz detrás de ella.

—¿Siempre estás ocupada? —preguntó Santiago, sonriendo mientras la observaba.

Aylin levantó la mirada de lo que estaba haciendo y soltó una pequeña risa. Había algo en la forma en que Santiago había hecho la pregunta que le resultaba divertido, como si realmente le sorprendiera verla siempre haciendo algo.

—Casi siempre.

—Entonces vine en mal momento.

—No, tranquilo. Solo estaba ayudando con unas cosas.

Aylin volvió por un instante su atención a lo que tenía entre manos antes de dejarlo a un lado. No parecía tener demasiada prisa, así que finalmente se acomodó un poco para prestarle más atención a Santiago.

Él se sentó cerca de ella mientras observaba el lugar con cierta curiosidad. Sus ojos recorrieron el espacio, deteniéndose en algunos detalles que parecían llamar su

atención. Para él, aquel ambiente todavía resultaba algo diferente, quizá porque no estaba acostumbrado a pasar tanto tiempo dentro de una iglesia.

—Nunca había entrado tanto a una iglesia sin ser cristiano.

Aylin levantó las cejas, sorprendida por la confesión.

—¿No eres cristiano? —preguntó, mirándolo con curiosidad.

—No mucho. Mi madre sí, pero yo solo iba obligado cuando era pequeño.

Santiago soltó una pequeña sonrisa al recordar aquellos momentos. Aylin, en cambio, sonrió apenas, sin juzgarlo. Para ella no era extraño encontrarse con personas que no compartían su misma fe.

—Bueno… aquí te acostumbrarás rápido porque paso más tiempo aquí que en mi casa.

—Eso ya me quedó claro.

Aylin sonrió, negando ligeramente con la cabeza. La conversación había comenzado de manera sencilla, pero poco a poco la presencia de Santiago hacía que aquel momento se sintiera diferente a cualquier otra tarde en la iglesia.

Ambos comenzaron a hablar durante varios minutos. Santiago lograba hacerla reír con comentarios tontos, ocurrencias inesperadas y pequeñas bromas que, aunque parecían insignificantes, conseguían arrancarle sonrisas que hacía mucho tiempo no aparecían con tanta facilidad.

Aunque todavía pensaba mucho en Samuel. Samuel seguía presente en sus pensamientos, en los recuerdos que aparecían cuando menos lo esperaba y en esa parte de su corazón que todavía no sabía cómo dejar ir. Sin embargo, la compañía de Santiago comenzaba a convertirse en un pequeño refugio dentro de aquellos días difíciles.

Los días siguieron avanzando así.

Santiago comenzó a acompañarla algunas veces al hospital. Al principio eran momentos sencillos, casi casuales, pero poco a poco su presencia se volvió más frecuente. Cuando notaba que Aylin había pasado demasiado tiempo sin comer, aparecía con algo de comida y se aseguraba de que al menos probara un poco.

—Tienes que comer —le decía, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

Sin que ninguno de los dos lo planeara, Santiago comenzó a formar parte de su rutina. Estaba en algunos de sus días buenos, pero también en aquellos en los que

Aylin apenas tenía ganas de hablar. No intentaba obligarla a sentirse mejor; simplemente permanecía allí.

Y quizá eso era precisamente lo que ella necesitaba.

Una tarde, mientras Aylin estaba en clases, comenzó a sentir un fuerte dolor en la garganta. Al principio intentó ignorarlo, pensando que quizá desaparecería después de un rato. Continuó prestando atención a la clase, tratando de concentrarse en lo que tenía frente a ella, pero la molestia comenzó a aumentar poco a poco.

Sentía la garganta cada vez más irritada. Le costaba respirar con normalidad y, cada vez que intentaba hablar, un ardor intenso le recorría la garganta, obligándola a detenerse.

No quería llamar la atención ni tener que salir de clases por algo que quizá no fuera tan grave. Respiró lentamente y trató de tranquilizarse, pero el dolor comenzó a desesperarla. Cada vez le resultaba más difícil ignorarlo y la sensación de incomodidad no hacía más que aumentar.

Finalmente, decidió que no podía seguir aguantando.

Tomó su celular y buscó el contacto de Allison, la enfermera de confianza que había estado pendiente de ella durante todo ese tiempo. Si alguien podía decirle qué hacer o ayudarla a entender lo que estaba ocurriendo, era ella.

Con cierta preocupación, Aylin comenzó a llamarla, esperando que respondiera.

—Hola, Alis… —dijo con dificultad.

Su voz apenas salió de su garganta. Aylin había intentado sonar tranquila, pero la preocupación se le notaba incluso antes de terminar de pronunciar el saludo.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Allison de inmediato, percibiendo algo extraño en su tono.

—Creo que bien… bueno, no sé.

Comenzó a explicarle a Allison lo que sentía, hablando rápido, casi sin darle tiempo de responder. Las palabras salían una detrás de otra, impulsadas más por la desesperación que por la necesidad de contarle los detalles.

Allison la escuchó en silencio hasta que terminó.

—Tranquila —respondió con calma—. Eso es normal después de todo lo que pasó.

Sabía que probablemente Allison tenía razón, pero eso no hacía que la preocupación desapareciera por completo.

Entonces, la voz de Allison cambió ligeramente.

—Pero más bien… tengo una noticia para ti.

—¿Qué pasó?

—Hoy mismo puedes pasar recogiendo a tu bebé.

—¿En serio?

—Sí —respondió Allison —. Ya está estable y hoy le dan salida.

Había esperado tanto por ese momento que escuchar que finalmente podía llevarse a su bebé a casa.

—Pero… sería hasta en la noche porque todavía estoy en clases. ¿Tiene que ser ya?

—No necesariamente, pero yo soy la encargada de hacer todo el papeleo y quería avisarte de una vez.

—Entonces dame un chance —respondió Aylin rápidamente.

Apenas colgó, Aylin buscó rápidamente el contacto de la pastora y la llamó de inmediato.

—Hola, Pas.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. Oye, ¿será que me puedes hacer un favor?

Aylin respiró un poco más tranquila al escuchar su voz. Sabía que podía hablar con ella con confianza, así que no dudó demasiado antes de explicarle lo que estaba sucediendo.

—Sí, claro.

—¿Vas a estar ocupada esta tarde?

—No, ¿por qué?

Sin pensarlo demasiado, Aylin le explicó toda la situación y le preguntó si podía recoger a la bebé para que, cuando ella llegara del colegio, ya estuviera en casa. Mientras hablaba, intentaba explicarse lo mejor posible, esperando no estar causando demasiadas molestias.

Al otro lado de la llamada, la pastora la escuchó con atención. No necesitó que Aylin insistiera ni que explicara demasiado; entendió de inmediato lo que necesitaba y, como siempre, estuvo dispuesta a ayudarla.

—Sí, claro. Yo la recojo ahora mismo —respondió la pastora sin dudar.

—Muchas gracias, de verdad.

—Para eso estamos, mi niña. Tranquila y termina tus clases.

Aylin sonrió una vez más al escucharla. Aquellas palabras, aunque sencillas, le dieron la tranquilidad que necesitaba. Se despidió de la pastora y, después de colgar, guardó nuevamente el celular.

Por fin podía concentrarse en terminar sus clases sabiendo que, al regresar a casa, encontraría a su pequeña esperándola.

Al salir del colegio, Aylin caminó tranquilamente mientras pensaba en todo lo que tenía pendiente por hacer. Apenas había avanzado unos metros cuando escuchó que alguien la llamaba detrás de ella.

—¡Aylin!

La voz le resultó familiar. Aylin volteó rápidamente y, al reconocer a la persona que se acercaba, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—¡Hola, Vale! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

Valentina caminó hasta ella con una sonrisa, acomodándose a su lado como si no hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que habían estado juntas.

—Vine por ti porque quiero salir un rato contigo. Ya llevamos tiempo sin hablar bien.

Aylin sonrió un poco al escucharla. Sabía que Valentina tenía razón. Últimamente había estado tan ocupada con todo lo que tenía encima que apenas había tenido tiempo para detenerse y conversar con ella como antes.

—Sí… últimamente he estado muy ocupada.

—Y también muy desaparecida —respondió Valentina en tono bromista.

—Perdón.

Valentina negó suavemente con la cabeza, restándole importancia a sus palabras. Después, sin darle demasiadas vueltas, la tomó suavemente del brazo.

—Entonces ven, vamos.

Aylin dudó unos segundos. Miró hacia el camino que debía tomar para regresar a casa y después volvió la mirada hacia Valentina. Por un momento pensó en todo lo que tenía pendiente, pero finalmente decidió aceptar.

—Está bien. Pero no podemos ir muy largo porque quiero llegar a mi casa temprano.

—Tranquila, solo quiero pasar tiempo contigo como antes.

Aylin volvió a sonreír. Hacía tiempo que no compartía un momento así con Valentina, sin prisas y sin tantas cosas ocupándole la cabeza. Por eso, aunque sabía que no podía quedarse mucho tiempo, decidió acompañarla.

Ambas comenzaron a caminar juntas mientras hablaban de cosas simples del colegio, la iglesia y las personas que conocían. La conversación fluía con naturalidad, pasando de un tema a otro entre pequeños comentarios y risas, como si ninguna de las dos tuviera prisa por llegar a algún lugar.

Después de unos minutos, Aylin pareció recordar algo. Miró de reojo a Valentina y, con una pequeña sonrisa, decidió contárselo.

—Vieras que hace unas semanas conocí a alguien… —dijo Aylin mientras caminaba junto a Valentina.

Valentina giró rápidamente la mirada hacia ella. Al escuchar aquello, su expresión cambió de inmediato, mostrando una curiosidad que no se molestó en disimular.

—Ajá… cuéntame, porque no me contaste desde antes —respondió Valentina rápidamente, emocionada.

—Pues… es solo un amigo y ya.

—Ajá —dijo Valentina, molestándola—. “Solo un amigo”. Así empiezan siempre.

—Vale… en serio —respondió Aylin entre risas—. No es nada así.

Valentina la observó unos segundos, todavía con esa expresión de quien claramente no estaba convencida, mientras Aylin intentaba restarle importancia al asunto. Para ella, por el momento, realmente no era nada más que eso: un amigo que había conocido hacía unas semanas.

—¿Y cómo se llama ese “amigo”?

Valentina hizo especial énfasis en la última palabra, acompañándola con una pequeña sonrisa que dejaba bastante claro que no le creía del todo aquello de que Santiago era solamente un amigo.

—Santiago. Se acaba de mudar al apartamento de Samuel.

Valentina abrió los ojos sorprendida, acomodándose un poco en su lugar mientras la curiosidad aparecía inmediatamente en su rostro.

—¿En serio? ¿Y cómo es?

Aylin dudó unos segundos antes de responder. No sabía exactamente por qué le costaba tanto describirlo. Apenas lo conocía, pero había algo en él que le había llamado la atención desde el primer momento. Tal vez era su forma tranquila de hablar, la manera en que parecía observar las cosas antes de decir algo o simplemente la amabilidad con la que la había tratado.

—Es tranquilo… amable, inteligente…

Valentina sonrió de inmediato al escucharla. La manera en que Aylin había respondido, acompañada de aquella pequeña pausa entre cada palabra, había sido suficiente para que entendiera lo que estaba pasando por su cabeza.

—Ay, Aylin, ya te vi.

—No empieces —respondió ella, dejando escapar un pequeño suspiro—. Después de perder a Ángel y a Samuel… prefiero no volver a enamorarme.

Su voz cambió al mencionar su nombre. La sonrisa que había aparecido en su rostro desapareció poco a poco, mientras su mirada se perdía en algún punto frente a ella.

—No quiero volver a sentir ese dolor otra vez.

Valentina dejó de bromear al escucharla hablar tan en serio, comprendiendo que detrás de aquellas palabras había mucho más que un simple miedo a enamorarse. Aylin no estaba rechazando el amor porque no quisiera sentirlo; lo hacía porque ya sabía cuánto podía doler perder a alguien que amaba.

—Entiendo… pero tampoco puedes cerrarle la puerta a todo el mundo por miedo.

—Es que cada vez que amo a alguien… termino perdiéndolo.

—Tal vez esta vez no sea para hacerte daño —dijo Valentina con suavidad.

Aylin levantó la mirada hacia ella, permaneciendo en silencio. No sabía si podía creerlo. Una parte de ella quería hacerlo, quería pensar que quizá todavía existían

personas capaces de quedarse y que no todas las historias tenían que terminar de la misma manera.

Pero otra parte, mucho más asustada, prefería mantenerse lejos.

Porque después de todo lo que había perdido, volver a abrir su corazón significaba correr el riesgo de perder a alguien una vez más.

Aylin no respondió. Solo suspiró mientras intentaba convencerse a sí misma de que Santiago no sería más que una simple amistad. Quería creer que podía verlo de esa manera, sin permitir que su presencia despertara sentimientos que todavía no estaba preparada para enfrentar.

Valentina la observó en silencio durante unos segundos. Conocía demasiado bien esa expresión en el rostro de su amiga, esa mezcla de dudas y miedo que aparecía cada vez que algo comenzaba a importarle.

—Tal vez esta vez no sea para hacerte daño —dijo Valentina con suavidad.

Aylin suspiró mientras seguían caminando lentamente por la calle. Mantuvo la mirada al frente, dejando que sus pasos marcaran el ritmo de la conversación.

—No lo sé… todavía me cuesta mucho confiar en las personas.

Lo dijo con sinceridad. No era que quisiera alejarse de todos, simplemente había aprendido, de la peor manera, que confiar podía terminar lastimándola. Y aunque una parte de ella sabía que no todas las personas eran iguales, otra todavía permanecía a la defensiva.

Valentina la miró con ternura. Sabía que Aylin había cambiado después de todo lo que había vivido. Ya no era la misma persona que confiaba fácilmente y que pensaba que todo terminaría bien. Ahora dudaba, pensaba demasiado las cosas y, sobre todo, tenía miedo de volver a equivocarse.

—También pensabas que nunca ibas a volver a estar tranquila después de todo lo que pasó… y poco a poco lo has logrado.

—Eso es diferente.

Valentina negó suavemente con la cabeza, sin perder la ternura de su mirada.

—No tanto —respondió Valentina—

Las palabras de Valentina se quedaron rondando en su cabeza mientras continuaban caminando. Tal vez tenía razón. Tal vez no se trataba de olvidar lo que

había sucedido, sino de permitirse avanzar sin sentir que todo lo nuevo tenía que terminar de la misma manera.

—Creo que ya me tengo que ir —dijo Aylin.

—Bueno, cuídate.

Aylin le dedicó una pequeña sonrisa antes de comenzar a alejarse.

—Igual.

Aylin comenzó a caminar con tranquilidad hacia su casa mientras escuchaba música con un solo audífono. La noche estaba extrañamente silenciosa y las calles permanecían casi vacías. El sonido de sus propios pasos se mezclaba con la música que apenas alcanzaba a escuchar, mientras avanzaba intentando pensar en cualquier cosa que la ayudara a distraerse del cansancio que llevaba encima.

Al entrar al barrio, notó que no había casi nadie afuera. Las casas permanecían con las luces encendidas, pero las calles estaban desiertas. Solo alcanzó a ver a dos hombres que no conocía, apoyados cerca de una esquina. Por un instante, sus miradas se cruzaron, pero Aylin no quiso darle demasiada importancia.

Aun así, por educación, los saludó con la cabeza y siguió caminando. No imaginaba que aquel pequeño gesto sería lo último que haría con normalidad aquella noche.

Mientras avanzaba, sintió de repente que alguien la agarró con fuerza del brazo.

El corazón se le aceleró inmediatamente. Todo su cuerpo se tensó y el miedo apareció de golpe, antes incluso de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo. Intentó reaccionar, pero la fuerza con la que la sujetaban apenas le permitía moverse.

Una voz seria detrás de ella le ordenó que se quedara quieta.

Aylin sintió cómo el miedo le recorría todo el cuerpo. La respiración comenzó a entrecortársele y sus manos temblaron sin que pudiera controlarlas. En medio de la desesperación, intentó pensar en alguna manera de salir de aquella situación sin provocar que las cosas empeoraran.

El hombre apretó más su brazo, obligándola a caminar.

Le indicó que fuera con ellos y que actuara con normalidad.

Aylin intentó mantener la calma. Quería mirar hacia atrás, correr o pedir ayuda, pero el miedo la paralizaba. Miró alrededor buscando alguna ventana iluminada,

alguna persona que pudiera verla o cualquier señal de que no estaba completamente sola.

Y, sin imaginarlo, aquellos dos muchachos terminaron lastimando profundamente a Aylin haciendo que Aylin llorara en silencio y recordando lo mismo que había vivido con Minor meses atrás.

Ella ya se sentía demasiado cansada, sin fuerzas ni siquiera para defenderse. Su cuerpo permanecía rígido, mientras su mente intentaba comprender una situación que se negaba a aceptar.

No quería mirar. No quería pensar. Solo quería que aquello terminara.

Sintiendo cómo todo volvía a derrumbarse otra vez, Aylin permaneció atrapada en sus propios pensamientos. Una parte de ella deseaba despertar y descubrir que todo había sido una pesadilla, pero la realidad continuaba frente a ella.

Las horas pasaron hasta que finalmente la dejaron sola.

Durante unos minutos, Aylin permaneció inmóvil, incapaz de reaccionar. El silencio había regresado a la calle, pero esta vez ya no significaba tranquilidad. Se quedó allí intentando recuperar el aire y reunir las pocas fuerzas que le quedaban para levantarse.

El pensamiento de morir apareció entonces en su mente.

No porque quisiera pensar en ello, sino porque estaba completamente sobrepasada. Sentía que ya no tenía fuerzas para soportar otro recuerdo, otro miedo, otra herida. Quería que todo se detuviera. Quería dejar de sentir aquel dolor que parecía consumirla por dentro.

Durante unos segundos, llegó a pensar que quizá sería mejor no volver a sentir nada.

Aylin permaneció inmóvil en el suelo, llorando mientras esos pensamientos se apoderaban de su mente. La calle continuaba silenciosa a su alrededor, indiferente a todo lo que acababa de ocurrir.

Con dificultad, logró ponerse de pie. Sus piernas apenas respondían y por momentos sentía que podían volver a fallarle. Aun así, comenzó a caminar lentamente por la calle, intentando mantener el equilibrio mientras avanzaba con la mirada perdida.

Al pasar frente a una farmacia, disminuyó el paso. Se quedó mirando la entrada durante unos segundos, dudando si realmente debía entrar. Sentía vergüenza, miedo y

una enorme confusión. Sin embargo, después de respirar profundamente, reunió un poco de valor y entró.

Se acercó al mostrador intentando mantener la calma. Sus manos temblaban ligeramente y le costaba encontrar las palabras.

—Una pastilla del día después, por favor —pidió con la voz baja.

La farmacéutica se la entregó junto con algunas indicaciones. Aylin intentó escucharla con atención, pero su mente estaba demasiado lejos. Las palabras llegaban a sus oídos como un murmullo difícil de comprender.

Seguía atrapada en todo lo que acababa de pasar. No podía dejar de pensar en ello, en cada detalle, en cada sensación y en el miedo que todavía llevaba dentro.

Agradeció apenas con un movimiento de cabeza y salió nuevamente a la calle. Una vez afuera, se abrazó a sí misma, intentando contener el llanto que amenazaba con salir.

Continuó caminando sin un rumbo claro. Sus ojos se llenaban de lágrimas, pero intentaba no dejarlas caer. Quería mantenerse fuerte, aunque en ese momento sentía que ya no le quedaban fuerzas para hacerlo.

Cuando finalmente llegó a la casa, Aylin intentó entrar en silencio. Solo quería llegar a su habitación, cerrar la puerta y quedarse sola con sus pensamientos. Esperaba poder hacerlo sin tener que explicar dónde había estado ni responder preguntas.

Pero apenas cruzó la puerta, su madre apareció frente a ella, claramente molesta.

—¿Por qué vienes a estas horas? —preguntó seriamente.

—Estaba con Valentina —respondió Aylin, dejando las llaves a un lado.

Su voz sonó cansada, como si incluso pronunciar aquellas palabras requiriera un esfuerzo que ya no tenía. Apenas había entrado a la casa y lo último que necesitaba era otra discusión.

—Yo llamé a Valentina y me dijo que ustedes se despidieron hace más de dos horas. ¿Dónde estabas?

Aylin se quedó en silencio por unos segundos. Bajó la mirada y respiró profundamente, intentando reunir la poca paciencia que le quedaba. No quería explicar nada. No quería hablar de lo que había ocurrido ni mucho menos revivirlo después de haber pasado todo el día tratando de mantener la calma.

—Mamá… no quiero discutir, por favor. Hoy tuve un día que sinceramente no quisiera volver a recordar en mi vida.

No era una respuesta desafiante ni una forma de evitar el tema; simplemente estaba agotada. Había llegado al límite de lo que podía soportar por ese día.

Su madre la miró todavía molesta. Parecía estar a punto de continuar con el interrogatorio, pero al escuchar el tono de voz de Aylin, su expresión cambió un poco. La preocupación apareció detrás del enojo y, por un momento, decidió no seguir presionándola.

—Igual avisa dónde estás —dijo finalmente.

Aylin no respondió. Solo asintió levemente, manteniendo la mirada baja.

Su madre se quedó unos segundos más observándola, como si quisiera decir algo, pero finalmente decidió dejarlo para después. Se dio la vuelta y comenzó a bajar nuevamente las escaleras, dejando a Aylin sola en la entrada.

Cuando dejó de escuchar sus pasos, Aylin soltó lentamente el aire que había estado conteniendo.

Aylin, sin pensarlo, entró al baño. Era uno de esos lugares donde muchas veces había terminado llorando a escondidas, dejando que el sonido de la ducha cubriera sus sollozos para que nadie pudiera escucharla. Y aquella vez no fue diferente.

Apenas cerró la puerta, las lágrimas comenzaron a caer. Se quedó allí, dejando que todo lo que llevaba dentro saliera poco a poco. El agua de la ducha comenzó a sonar, llenando el silencio del baño y acompañando aquel momento en el que Aylin simplemente necesitaba llorar.

Lloró durante un largo rato, sin intentar detenerse. Cada lágrima parecía llevarse un poco de todo aquello que había estado guardando. No necesitaba hablar ni explicar nada; en ese momento, solo necesitaba estar sola y dejar que sus emociones hicieran lo que tenían que hacer.

Cuando finalmente sintió que ya no podía seguir allí, salió del baño. Todavía tenía los ojos llenos de lágrimas caminó hasta su habitación y volvió a entrar en ella, intentando recomponerse una vez más.

Trató de no seguir pensando tanto en lo que había pasado. Se puso su pijama y se acomodó en la cama, intentando distraerse y dejar de darle vueltas a todo aquello. Necesitaba descansar, aunque su mente todavía seguía regresando una y otra vez a los mismos pensamientos.

Pasaron algunos minutos hasta que escuchó que alguien estaba afuera de la casa. Al reconocer su voz, salió rápidamente de la habitación para ver quién era.

Al llegar, vio que era la pastora, quien estaba con la niña en brazos. Sin pensarlo demasiado, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Pase —dijo mientras sostenía la puerta abierta.

La pastora entró con la niña entre sus brazos, mientras cerraba la puerta detrás de ellas. Por un momento, su atención se quedó en la niña

—¿Qué te dijeron? —preguntó Aylin mientras se acercaba a la niña.

—Nada, le dieron algunos medicamentos por cualquier cosa, pero ya está bien —contestó la pastora al entregarle a la niña.

—Gracias, de verdad. Creo que ahora podré dormir tranquila con esta cosita a mi lado.

—No es por nada, más bien dale de comer, que creo que anda hambrienta.

—Sí, se nota. Ahora, cuando me acomode bien, le daré de comer.

—Bien… cuéntame, ¿te pasa algo?

Aylin recordó lo que había pasado horas atrás, por lo que se quedó pensando por un momento, sin saber si contarle o no. No quería arruinar ese momento de felicidad al sentir de nuevo a su hija entre sus brazos.

—Bien, solo me siento cansada. Hoy fue un día agotador —respondió finalmente.

—Me alegra mucho. Ya me tengo que ir. Ahí está la pañalera y todo. Me avisas si necesitas algo más.

—Bien, que tengas linda noche.

Al irse la pastora, la madre de Aylin estuvo con la niña durante un buen rato, mientras Aylin acomodaba su cuna y se extraía leche para ponerla en el chupón.

Cuando por fin tuvo todo listo, su madre le entregó a la pequeña y la acomodó para darle de comer.

Por otro lado, su madre se fue a su habitación junto a su madre, dejándola sola en su habitación.

Mientras Aylin sostenía el chupón, el sueño poco a poco comenzaba a ganarle. Sus párpados se sentían cada vez más pesados y, de vez en cuando, sus ojos se cerraban

durante unos segundos antes de que volviera a abrirlos, intentando mantenerse despierta. Aun así, continuó junto a la niña, esperando pacientemente a que terminara de tomarse toda la leche.

Finalmente, la pequeña terminó su leche. Aylin, todavía con sueño, la tomó con cuidado para sacarle los gases. Esperó unos momentos hasta asegurarse de que estuviera bien y, después, le cambió el pañal antes de volver a acomodarla.

Con suavidad, llevó a la niña hasta el fondo de la cama y la acomodó para que pudiera dormir tranquila. Aylin la observó por unos segundos, comprobando que estuviera cómoda. Luego apagó las luces y la habitación quedó en silencio.

Ya sin nada más que hacer, Aylin se acomodó junto a ella. El cansancio que había estado intentando ignorar terminó por vencerla. Poco a poco, cerró los ojos y se quedó dormida junto a la niña.

Al día siguiente, como Aylin no tenía clases, se quedó sola en la casa junto a su niña. Así que comenzó su día ocupándose de las cosas de siempre.

Primero se dedicó a hacer la limpieza de la casa. Después, le dio de comer a su bebé y la bañó con calma, asegurándose de que estuviera limpia y cómoda. Entre una cosa y otra, la mañana fue pasando mientras Aylin se encargaba de su pequeña y de mantener todo en orden.

Cuando llegó la tarde, sacó la cuna de la bebé y la colocó en la sala. Luego acostó a la pequeña y la dejó dormida tranquilamente mientras ella aprovechaba ese momento para meterse al baño, darse una ducha y arreglarse.

Al salir del baño, miró hacia donde estaba la niña para comprobar si aún seguía dormida. Al verla tranquila, sin señales de haberse despertado, respiró con alivio y procuró moverse con cuidado para no hacer ningún ruido que pudiera interrumpir su descanso.

Después, se cambió de ropa y, una vez lista, regresó a la sala. Se acomodó en el sillón con la computadora sobre las piernas y continuó terminando algunas cosas que todavía tenía pendientes. Mientras trabajaba, mantenía de vez en cuando la mirada puesta en la niña, asegurándose de que continuara dormida.

La casa permanecía tranquila, y ella aprovechó aquel momento de calma para concentrarse en lo que hacía, intentando dejar todo listo antes de que la pequeña despertara.

asta que escuchó a alguien afuera de su casa, por lo que se levantó para ver quién era. Al asomarse, vio a Santiago con una sonrisa. Aylin se extrañó al verlo allí, así que le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que necesitabas un poco de compañía —dijo con una sonrisa.

Aylin sonrió ligeramente. Bien, sí la necesitaba un poco. Necesitaba hablar con alguien, pero no entendía por qué Santiago no le había avisado que vendría.

—Sí, la necesitaba un poco… pero ¿por qué no me avisaste?

—Perdón, pero ¿vas a abrir?

—Bueno, está bien —dijo Aylin mientras se acercaba para abrirle el portón.

Apenas Santiago pasó por la puerta, Aylin no lo dudó. Se acercó a él y lo abrazó con confianza. Necesitaba ese abrazo más de lo que podía explicar, como si por un instante pudiera sentirse a salvo entre sus brazos. Santiago, al notar cuánto lo necesitaba, correspondió el abrazo sin hacer preguntas.

—¿Cómo te sientes?

Aylin apenas pudo mirarlo a los ojos. Quería contarle a Santiago lo que había pasado la noche anterior. Sentía que era la persona en quien más confiaba, alguien que sabía que la escucharía sin juzgarla, sin hacerla sentir culpable por aquello que todavía le pesaba en el pecho.

—No sé… —murmuró—. Pareciera como si yo estuviera maldita, ¿sabes?

—¿Por qué crees eso? —preguntó él con calma.

Aylin lo miró de pie frente a ella y, con un pequeño gesto, le pidió que se sentara. Quería que se quedara. Que se sentara a su lado. Era como si, en el fondo, ya hubiera tomado la decisión de contarle todo, aunque todavía no encontrara la fuerza para pronunciar las palabras.

Ambos se sentaron en la sala.

—Porque cuando todo empieza a ir bien en mi vida, siempre pasa algo.

—Lo dices como si hubiera pasado algo grave. ¿Qué pasó?

—Es que…

—¿Qué pasó?

Santiago se acercó un poco más, preocupado.

—¿Qué pasó, Aylin? Dime… ¿te hicieron daño?

Al escuchar esas palabras, Aylin explotó en llanto.

—Sí… —respondió entre sollozos—. Me lastimaron dos tipo en el barrio… ya sabes como

Santiago se quedó completamente en silencio al escucharla.

No supo qué decir. Solo la miró, intentando comprender la magnitud de aquello que acababa de confesarle. Frente a él estaba Aylin, la misma persona que tantas veces había intentado mostrarse fuerte, pero que en ese momento parecía completamente débil

—¿Hace cuánto pasó eso? —preguntó con cuidado.

—Anoche… —respondió Aylin en voz baja.

Santiago no podía creer que Aylin hubiera estado soportando un dolor tan grande completamente sola. Apenas había pasado una noche, y ella ya cargaba con todo aquello sobre los hombros.

—No se lo quiero decir a nadie… —susurró ella entre lágrimas—. Porque sé que, si hablo, mis padres les dirán a los vecinos y ellos pueden hacer cosas de las que se pueden arrepentir.

Santiago se acercó lentamente hasta sentarse a su lado.

—No tenías que guardar algo así tú sola.

—¿Sí sabes por qué?… Porque tengo miedo… —dijo con la voz quebrada.

Santiago se quedó en silencio. Ahora entendía que Aylin no había callado porque no quisiera hablar. Se quedo en porque tenía miedo de lo que podía pasar si alguien descubría la verdad.

—Mira, tarde o temprano se darán cuenta —dijo con calma, aunque sus palabras llevaban consigo una verdad difícil de ignorar—. Pero si aún no estás listo para contarlo, está bien. Tómate el tiempo que necesites, pero prepárate para hacerlo en cualquier momento.

Aylin bajó la mirada y permaneció en silencio. Por un momento, no supo qué responder. Había cosas que todavía no podía decir en voz alta, pero al menos ya no sentía que tenía que cargar con ellas completamente sola.

Después de todo lo ocurrido, poco a poco, la vida de Aylin comenzó a recuperar su rutina. No significaba que todo hubiera quedado atrás ni que sus miedos hubieran desaparecido. Simplemente, aprendió a continuar con sus días mientras guardaba, en

lo más profundo de su vida, un oscuro secreto que todavía no estaba preparada para revelar.

Volvió a sus estudios, a caminar cada mañana hacia el colegio con el cansancio normal de siempre y a pasar las tardes cuidando a la niña junto a su mamá. Entre esas pequeñas cosas cotidianas, Aylin siguió con su vida, intentando encontrar una especie de calma, mientras aquel secreto permanecía en silencio, escondido detrás de cada uno de sus días.

También regresó a la iglesia.

A veces salían con los niños del barrio, caminaban después de los cultos o simplemente se quedaban conversando afuera de la iglesia hasta tarde. Eran momentos sencillos, pero Aylin disfrutaba de ellos. Con Santiago podía hablar, reírse y distraerse sin tener que pensar demasiado en nada más.

Una tarde, Aylin salió temprano del colegio porque tenía una cita médica para la niña. Ese día le correspondía una vacuna y una revisión con la pediatra, así que no quería llegar tarde.

Al llegar a la casa, encontró a su madre acomodando algunas cosas en la sala.

—Hola, ma.

—Hola, mi amor. Ya la niña está lista.

—Gracias… se me hace un poco tarde —dijo Aylin mientras buscaba la pañalera.

—Oye… ¿por qué no le dices a Santiago que te acompañe? Así no te cansas yendo en bus sola.

Aylin se quedó pensativa por un momento. Quizá su mamá tenía razón. Había días en los que sentía que llevaba demasiadas cosas sobre los hombros, y aunque estaba acostumbrada a resolverlo todo por su cuenta, no significaba que siempre quisiera hacerlo sola.

—No sé si está en la casa… pero déjame y lo llamo.

Sacó el celular y marcó rápidamente. Mientras esperaba, siguió acomodando las cosas de la niña en la pañalera, revisando que no le faltara nada para la cita. Al poco tiempo, Santiago respondió. Aylin le explicó que tenía que llevar a la pequeña a la pediatra y que quería saber si podía acompañarla.

Él aceptó sin pensarlo demasiado. Acababa de llegar de la universidad, pero no pareció importarle tener que salir nuevamente. Le aseguró que iría con ella y que solo necesitaba unos minutos para prepararse.

Cuando terminó la llamada, Aylin guardó el celular y continuó con lo que estaba haciendo. Miró a su pequeña, que estaba tranquila, sin saber todo lo que ocurría a su alrededor. Por unos segundos, Aylin simplemente se quedó observándola, sintiendo cómo esa pequeña presencia había cambiado tantas cosas en su vida.

A veces no hacía falta que alguien hiciera algo extraordinario para sentirse acompañado. Bastaba con que estuviera dispuesto a caminar a tu lado, incluso en los días más sencillos. Y para Aylin, saber que Santiago estaba ahí significaba un poco más de tranquilidad.

Quizá eso era lo que necesitaba en ese momento: recordar que no tenía que poder con todo sola, que también podía apoyarse en alguien y dejarse acompañar de vez en cuando.

Aylin salió de la casa y bajó hasta el apartamento donde vivía Santiago. Llevaba a la niña consigo y todavía tenía en mente todo lo que debía hacer antes de llegar a la cita.

Cuando llegó, lo encontró afuera, apoyado sobre un carro gris mientras revisaba tranquilamente su celular. Al escuchar que se abría la puerta, levantó la mirada y le sonrió, como si la estuviera esperando desde hacía rato.

Aylin se acercó y, apenas vio el carro, se quedó mirándolo con cierta confusión. No recordaba haberlo visto antes y, mucho menos, sabía que Santiago tenía uno.

—Espera… ¿ese carro es tuyo?

—Sí… bueno, de mi padre también técnicamente.

Aylin abrió un poco los ojos, como si acabara de descubrir uno de los secretos más absurdos que Santiago había decidido guardar.

—¿Y desde cuándo tienes carro?

—Desde hace rato.

—¡Y me tienes caminando bajo el sol todos los cultos!

—¡Tú nunca preguntaste!

—Santiago, literalmente me has visto llegar sudando a la iglesia.

—Yo pensé que era tu estilo.

—Qué feo eres.

—Suba, señora mamá luchona.

Aylin lo miró con una mezcla de fastidio y diversión. Por un instante quiso seguir quejándose, pero terminó negando con la cabeza mientras subía al carro.

—Te odio.

Santiago cerró la puerta detrás de ella, todavía sonriendo.

Y aunque aquellas pequeñas discusiones parecían no significar nada, eran precisamente esos momentos sencillos los que, sin darse cuenta, terminaban quedándose en la memoria. Porque a veces el cariño no se encontraba en las grandes palabras, sino en las bromas tontas, en las caminatas compartidas y en alguien que, aun pudiendo llevarte en carro desde el principio, prefería dejarte descubrirlo por ti misma.

Ambos entraron al hospital mientras la bebé seguía dormida en brazos de Aylin. El lugar estaba lleno de personas esperando sus citas, niños que lloraban y enfermeras que caminaban de un lado a otro con carpetas entre las manos.

Aylin no pudo evitar sentir cierta incomodidad al volver a estar en un hospital. Había lugares que, aunque fueran cotidianos para muchas personas, a ella todavía le provocaban recuerdos y sensaciones difíciles de explicar.

Después de registrarse en recepción, ambos se sentaron en la sala de espera. Santiago comenzó a mirar alrededor hasta notar que un niño pequeño lo observaba fijamente. Al darse cuenta, decidió sacarle la lengua, provocando que Aylin volteara discretamente para ver qué estaba haciendo.

La situación terminó convirtiéndose en una pequeña competencia entre ambos. Santiago aseguraba que el niño había comenzado, mientras Aylin intentaba explicarle que apenas tenía unos tres años. Él, por supuesto, no veía la edad como un impedimento para una buena rivalidad.

Aylin terminó riéndose. Por unos minutos, aquella espera dejó de sentirse tan pesada.

Poco después, la bebé comenzó a moverse entre sus brazos. Abrió lentamente los ojos y empezó a hacer pequeños sonidos mientras se acostumbraba nuevamente a estar despierta.

Santiago se inclinó un poco hacia ella y comenzó a hacerle caras, intentando ganarse su atención. La niña terminó agarrando uno de sus dedos con su pequeña mano, haciendo que él se quedara quieto por unos segundos.

Aylin observó la escena con una sonrisa. Santiago parecía genuinamente emocionado por aquel pequeño gesto, aunque ella se encargó de recordarle, con cierta gracia, que la bebé también solía sonreírle a los desconocidos.

La espera terminó cuando una enfermera salió con una carpeta en la mano y llamó a Aylin. Ella se puso de pie de inmediato y Santiago tomó la pañalera para acompañarla por el pasillo.

Al entrar al consultorio, la pediatra recibió a la bebé con cuidado y comenzó a revisarla. Aylin se acomodó en una silla mientras respondía las preguntas sobre su alimentación, su peso y la manera en que había estado comportándose durante los últimos días.

La doctora comprobó que la niña estaba creciendo bien y no encontró nada preocupante. Aylin sintió cómo una pequeña preocupación que llevaba encima desaparecía poco a poco.

Sin embargo, todavía quedaba la vacuna.

La pediatra le explicó que podía darle pecho antes para intentar mantenerla tranquila y, si lograba quedarse dormida, probablemente el momento sería mucho más sencillo. Aylin escuchó atentamente, aunque solo pensar en la aguja hizo que se pusiera nerviosa.

Santiago, desde su silla, intentó quitarle importancia a la situación con sus ocurrencias. Incluso llegó a bromear sobre el supuesto trauma que también sufrirían los acompañantes. La doctora terminó riéndose y Aylin no pudo evitar hacerlo también.

Por unos momentos, todo volvió a sentirse ligero.

Cuando Aylin comenzó a darle pecho a la niña, Santiago se quedó más callado. Intentaba no mirarla demasiado para no hacerla sentir incómoda, pero ella notó su cambio de actitud.

Fue entonces cuando comenzaron a hablar de cosas más personales.

Santiago le confesó que nunca había imaginado verla de aquella manera, cuidando de alguien tan pequeño. Aylin bajó la mirada hacia su hija y reconoció que, incluso después de todo ese tiempo, todavía había momentos en los que le costaba creer que realmente fuera mamá.

Él, sin embargo, parecía verla de una manera distinta. Para Santiago, Aylin estaba haciendo un buen trabajo, incluso cuando ella misma no fuera capaz de reconocerlo.

Le hizo saber que creía que cualquier persona podría enamorarse fácilmente de alguien como ella.

Aylin levantó la mirada sorprendida. Santiago intentó explicar lo que había querido decir, mencionando que era una buena madre y que también tenía una forma especial

de hacer reír a los demás. Aunque intentó disimularlo, la sinceridad detrás de sus palabras era evidente.

Aylin no quería que las cosas se confundieran. Le dejó claro que, por el momento, no quería estar con nadie y que prefería no complicar la relación que tenían.

Santiago aseguró que entendía.

Aylin intentó aligerar el momento diciendo que seguramente él les decía ese tipo de cosas a todas. Lo dijo en tono de broma, sin imaginar que aquella frase podía tocar una fibra mucho más sensible de lo que esperaba.

Santiago cambió de expresión casi de inmediato. Su sonrisa desapareció y comenzó a responder con menos ganas. Aylin se dio cuenta de que algo había cambiado, pero no alcanzaba a comprender qué había hecho mal.

Él terminó levantándose y salió de la sala con la excusa de tomar un poco de aire. Aylin lo siguió con la mirada, confundida.

No entendía cómo una conversación que había comenzado de manera tan tranquila había terminado creando aquella distancia entre ellos.

Pasaron algunos minutos y Santiago no regresó.

Aylin miró a su hija dormida entre sus brazos y decidió no darle demasiadas vueltas al asunto. Quizá Santiago simplemente necesitaba un momento para estar solo.

Poco después, una enfermera volvió a llamarla.

Aylin se puso de pie con cuidado y acomodó a la bebé antes de entrar al pequeño consultorio donde le colocarían la vacuna.

Aylin intentó mantenerse tranquila, pero a medida que veía cómo preparaban la vacuna. No podía dejar de mirar la pequeña cara de su hija, completamente ajena a lo que estaba a punto de pasar.

La enfermera acomodó a la bebé sobre la camilla y sostuvo con cuidado su pequeña pierna.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

La vacuna fue aplicada y el llanto de la niña llenó inmediatamente el consultorio.

Aylin sintió un dolor extraño en el pecho al verla llorar. La tomó rápidamente entre sus brazos y comenzó a acariciarle la espalda, intentando transmitirle una calma que, en realidad, ella misma necesitaba.

Poco a poco, el llanto comenzó a disminuir.

La enfermera terminó de anotar la información en el expediente y le explicó que podían pasar por recepción para programar la siguiente cita. También le recomendó darle pecho para ayudarla a relajarse y, posiblemente, conseguir que volviera a dormirse.

Al salir del consultorio, volvió a mirar hacia la sala de espera.

Santiago ya no estaba allí.

Por un momento sintió una pequeña preocupación, pero decidió no insistir. Quizá él también necesitaba su propio espacio.

Fue hasta recepción, agendó la próxima cita y se quedó varios minutos sentada, intentando volver a dormirla. La bebé seguía inquieta entre sus brazos, y Aylin permaneció allí, meciéndola con paciencia, esperando que poco a poco el llanto se transformara en silencio.

Cuando finalmente la bebé se calmó, salió del hospital buscando a Santiago con la mirada.

Lo encontró afuera, apoyado contra el carro. Tenía las manos dentro de los bolsillos y la mirada perdida hacia la calle, como si estuviera pensando demasiado en algo. Por unos segundos, Aylin simplemente lo observó. Había algo en su forma de quedarse quieto que le hizo pensar que, mientras ella intentaba calmar a la bebé, él también había estado luchando con sus propios pensamientos.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Aylin, acercándose.

Santiago levantó la mirada rápidamente.

—Nada… despejando la mente. Vamos.

—Sí…

Aylin se acercó al carro mientras él se apartaba de donde estaba apoyado. No hizo más preguntas. Quizá porque, en ese momento, ambos sabían que había pensamientos que no necesitaban convertirse en palabras para sentirse. A veces, el silencio también era una forma de compañía.

Subió al carro y acomodó a la niña con cuidado. El camino comenzó en completo silencio.

Santiago manejaba mirando al frente, más callado de lo normal. Aylin lo observó de reojo varias veces, intentando entender qué pasaba, hasta que ya no pudo soportar la incertidumbre.

—Santiago… ¿te dije algo malo?

—No, Aylin.

Después de aquello, volvió a instalarse una pausa incómoda entre los dos. El silencio parecía pesar más que cualquier palabra.

—Simplemente… mejor déjalo así.

Después de ese día, Aylin trató de no darle demasiada importancia a la actitud de Santiago. Pensó que tal vez estaba pasando por problemas personales o simplemente tenía uno de esos días en los que no quería hablar demasiado.

Así que decidió dejarlo tranquilo.

A veces, Aylin había aprendido que no todas las distancias necesitaban una explicación inmediata. Algunas personas simplemente se alejaban un poco, y uno debía aprender a respetar ese espacio, aunque por dentro quedaran preguntas sin respuesta.

Un sábado, Aylin se levantó temprano para comenzar el día. Eran poco más de las seis de la mañana cuando abrió los ojos al escuchar a la niña moverse en la cuna. Todavía tenía sueño y sentía el cansancio de los días anteriores, pero ya conocía aquella rutina de memoria.

Se levantó despacio y comenzó a atenderla. Primero le dio de comer, luego le cambió el pañal y después la bañó con cuidado. La pequeña hacía pequeños sonidos mientras movía las manos y las piernas, inquieta por el agua.

Aylin sonrió al verla. A pesar del cansancio, había momentos que conseguían arrancarle una sonrisa sin que siquiera lo intentara.

Cuando terminó de bañarla, la volvió a cargar y le dio pecho hasta que, poco a poco, la niña volvió a quedarse dormida. Aylin esperó unos minutos antes de acomodarla con cuidado, procurando no despertarla.

Como todavía tenía que ordenar la casa, llevó la cuna hasta la sala para poder tenerla cerca y escucharla mientras hacía sus cosas. Aprovechó el silencio de la mañana para limpiar, acomodar y dejar todo en su lugar, avanzando poco a poco mientras la pequeña continuaba dormida.

Pasaron algunas horas y el calor comenzó a sentirse cada vez más fuerte dentro de la casa. Aylin decidió salir un momento y se sentó sobre el muro de afuera. Tenía el celular en la mano y el cabello recogido de cualquier manera, como quien ya no tenía tiempo ni ganas de preocuparse demasiado por su apariencia.

Durante unos minutos, simplemente permaneció allí.

No estaba haciendo nada especial. Solo necesitaba un pequeño descanso después de una mañana llena de responsabilidades. Miraba la pantalla del celular sin prestarle demasiada atención, mientras sus pensamientos iban y venían sin llegar realmente a ningún lugar.

A veces, esos momentos de silencio eran los únicos en los que podía detenerse a pensar en todo lo que había cambiado. Su vida ya no giraba solamente alrededor de lo que ella quería o necesitaba. Ahora había una pequeña persona que dependía de sus cuidados, de sus manos y de que estuviera presente.

Y aunque todavía había cosas que no entendía y momentos que seguían doliendo, Aylin había aprendido a continuar. No porque tuviera todas las respuestas, sino porque había comprendido que no siempre era necesario tenerlas para seguir adelante.

Quizá crecer también significaba eso: aprender a convivir con las preguntas que todavía no tenían respuesta y, aun así, encontrar la manera de levantarse cada mañana y continuar caminando.

Apenas se sentó, varios niños del barrio llegaron corriendo hasta donde estaba Aylin. La rodearon con la emoción de siempre y comenzaron a saludarla, felices de haberla encontrado.

Aylin les respondió entre risas, llamándolos cariñosamente “mocosos” mientras les preguntaba cómo estaban. Ellos, sin perder tiempo, le contaron que la habían estado buscando porque querían jugar Roblox con ella.

Aylin aceptó de inmediato, aunque no pudo evitar presumir que esta vez también los haría perder. Los niños protestaron entre risas, recordándole que la última vez había hecho trampa. Ella, completamente ofendida de mentira, insistió en que aquello no era trampa, sino simplemente talento.

Las risas no tardaron en llenar el lugar mientras los niños se acomodaban a su alrededor. Aylin desbloqueó el celular y entre todos decidieron jugar uno de los juegos de supervivencia, en el que tenían que mantenerse con vida mientras intentaban superar diferentes desastres.

Aylin soltó una carcajada al escuchar cuál habían elegido. Le pareció irónico que justamente un juego de sobrevivir fuera su favorito, porque sentía que, de alguna manera, la vida ya la había preparado bastante bien para eso.

En medio de todo el escándalo, alguien apareció caminando tranquilamente por la acera. Era Santiago, que se acercó al grupo con una sonrisa al encontrarlos a todos reunidos alrededor de los celulares, completamente concentrados en el juego.

Aylin apenas levantó la mirada para verlo. Los niños continuaban discutiendo entre ellos, culpándose unos a otros por lo que había pasado en la partida, mientras ella intentaba defenderse de las acusaciones de ser la peor jugadora del grupo.

Santiago se apoyó en el muro y comenzó a observarlos con diversión. No tardó en darse cuenta de que Aylin estaba en medio de otra de sus discusiones por Roblox, algo que parecía haberse convertido en una costumbre cada vez que se reunían con los pequeños.

El tiempo pasó sin que se dieran cuenta. Entre una partida y otra, el calor comenzó a hacerse más fuerte y Aylin terminó dejándose caer contra el muro de cemento, agotada. Los niños que estaban sentados cerca empezaron a quejarse también, buscando alguna manera de escapar del sol.

—¿Y si hacemos algo con agua?

Los niños se emocionaron de inmediato.

—¿Como qué? —preguntó Aylin, curiosa.

—¿Qué tal si llenamos globos de agua y jugamos con la manguera?

—¡Sí! —gritaron todos, todavía más emocionados.

Aylin se levantó entre risas y se sacudió un poco la ropa antes de mirar a los niños.

—Bueno, entonces, mientras Santiago hace eso, nosotros iremos a cambiarnos.

Santiago abrió los ojos, sorprendido.

—Suave… ¿cómo así? ¿Nadie me va a ayudar?

Aylin comenzó a caminar calle arriba junto con los niños, dejándolo atrás con toda la responsabilidad.

—Lo siento, tú tuviste la idea.

—Qué injusticia, de verdad.

La risa de los niños se fue alejando calle arriba mientras Santiago se quedaba atrás, resignado a preparar todo por su cuenta. Era una de esas tardes sencillas en las que no hacía falta demasiado para que el tiempo pareciera detenerse. Bastaban unos globos, una manguera y la compañía de quienes, sin darse cuenta, convertían cualquier momento cotidiano en un recuerdo que algún día todos recordarían con una sonrisa.

Mientras todos iban a cambiarse, Santiago se quedó solo preparando las cosas. Llenaba los baldes de agua y buscaba los globos que habían dejado guardados desde diciembre, intentando tener todo listo antes de que los demás regresaran.

Por otro lado, Aylin subió rápidamente a su casa para cambiarse y evitar mojar toda su ropa. Después de buscar un rato entre sus cosas, terminó escogiendo un short negro y un top negro sencillo.

Se amarró el cabello en una cola alta y, sin perder más tiempo, volvió a bajar hacia la calle del barrio. Apenas salió, lo primero que vio fue a Santiago de espaldas, completamente concentrado en intentar inflar y amarrar los globos.

Parecía estar peleando más con ellos que preparándolos. Algunos ya habían explotado, y él seguía intentando hacerlo mientras renegaba solo, claramente frustrado por lo que estaba pasando.

Se acercó con tranquilidad, dispuesta a ayudarlo y evitar que terminara perdiendo todos los globos.

Pero en cuanto Santiago se dio la vuelta y la vio, se quedó completamente callado.

—¿Aylin…?

—¿Qué? —preguntó sonriendo.

—Te ves… te ves hermosa. No pareces alguien que tenga una niña.

Aylin soltó una pequeña risa nerviosa mientras seguía llenando los globos.

—No seas exagerado.

—No estoy exagerando —respondió él sin dejar de verla.

Aylin intentó ignorar el comentario para que el ambiente no se pusiera raro.

—Bueno, mejor ayúdame antes de que esos chiquitos nos dejen sin agua.

Santiago reaccionó rápido.

—Sí… sí, claro.

Aunque intentó actuar con normalidad, seguía mirándola de vez en cuando sin darse cuenta. Había algo diferente en ella aquel día, algo que no tenía que ver únicamente con su apariencia. Era la manera en que sonreía sin esfuerzo, la tranquilidad que parecía haber encontrado por unos minutos y esa felicidad sencilla que se reflejaba en sus ojos.

Aylin lo notó varias veces y comenzó a sentirse un poco nerviosa.

—¿Qué tanto me ves? —preguntó riéndose.

—Nada.

—Santiago.

—Es que nunca te había visto así.

—¿Así cómo?

—Feliz.

Porque tal vez tenía razón.

Hacía muchísimo tiempo que no se sentía tan tranquila en algo tan simple como jugar con agua en media calle, rodeada de niños corriendo y gritando por todos lados. Por unos instantes no existían las preocupaciones, los recuerdos ni todo aquello que alguna vez le había pesado tanto. Solo estaba allí, riendo, disfrutando de un momento que quizá parecía insignificante, pero que para ella significaba mucho más.

A veces, la felicidad no llegaba de la manera que uno esperaba. No siempre necesitaba grandes acontecimientos ni razones extraordinarias. A veces aparecía en medio de una calle, entre globos de agua, risas infantiles y personas que, sin saberlo, conseguían devolverle un pedacito de paz.

Pero antes de que pudiera responder, un globo explotó directo en la cabeza de Santiago.

—¡AU! —gritó él sobresaltado.

Los niños comenzaron a reírse a carcajadas.

Aylin también terminó riéndose tanto que casi se le cae la bolsa de globos.

—Definitivamente te lo merecías —dijo entre risas.

—¿Por qué?

—Por intenso.

Y volvió a reír.

Santiago también terminó riéndose, mientras los niños continuaban corriendo a su alrededor. Aylin los observó y sonrió.

a calle del barrio se había convertido en un completo desastre, pero nadie parecía preocuparse demasiado. Los niños corrían de un lado a otro, empapados y riéndose mientras se lanzaban globos de agua entre ellos. Algunos vecinos se asomaban por las ventanas, simplemente para observar el escándalo que tenían armado.

Santiago parecía haberse tomado aquella guerra demasiado en serio. Corría de un lado a otro intentando esquivar los globos y, cuando varios niños comenzaron a perseguirlo con la manguera, salió corriendo desesperado por toda la calle.

Aylin no pudo evitar soltar una carcajada al verlo. Desde donde estaba, se burló de él mientras lo observaba intentar escapar, pero su risa terminó convirtiéndose en un grito cuando Santiago logró apoderarse de la manguera y le lanzó un chorro de agua directamente.

Todos comenzaron a reírse mientras Aylin intentaba apartarse del agua. Santiago, completamente empapado, solo sonreía como si acabara de ganar una batalla importante. Al final, ambos terminaron iguales: mojados de pies a cabeza y sin poder dejar de reír.

Con el paso del tiempo, el cielo comenzó a oscurecerse. Una brisa fresca recorrió la calle y poco a poco todos empezaron a notar que el clima estaba cambiando. No pasó mucho antes de que las primeras gotas de lluvia comenzaran a caer.

Al principio, los niños recibieron la lluvia con emoción. Sin embargo, las voces de sus madres comenzaron a escucharse desde las casas, llamándolos para que entraran antes de que terminaran completamente empapados.

Entre quejas, risas y despedidas, los niños fueron desapareciendo poco a poco. Las puertas se cerraron una tras otra y la calle, que hacía unos minutos estaba llena de voces, comenzó a quedarse en silencio.

Hasta que solamente quedaron Aylin y Santiago.

La lluvia empezó a caer con más fuerza, golpeando el suelo y formando pequeños charcos alrededor de ellos. En medio de la calle había quedado un plástico grande, todavía mojado por la manguera y ahora cubierto por las gotas de lluvia.

Santiago lo observó durante unos segundos antes de acostarse sobre él, completamente despreocupado. Aylin se quedó mirándolo y comenzó a reírse al verlo ahí, como si aquella fuera la cosa más normal del mundo.

Después de unos momentos, terminó acostándose a su lado.

Ambos quedaron bajo la lluvia, mirando el cielo oscuro mientras las gotas caían sobre sus rostros. El ruido constante del agua parecía cubrir todo lo demás.

Santiago volteó un poco la cabeza para verla.

—¿Sabes qué pensé hoy?

—¿Qué cosa?

—Que tienes una risa bonita.

Aylin soltó una pequeña risa nerviosa.

—¿Por qué siempre dices cosas así?

—Porque son verdad.

Ella negó con la cabeza, intentando disimular la sonrisa que se le había escapado. Por unos instantes, ninguno de los dos dijo nada. Solo permanecieron allí, compartiendo aquel silencio extraño que, sin necesidad de palabras, parecía decir mucho más de lo que ambos se atrevían a admitir.

Después de unos segundos, Aylin volvió a hablar.

—Oye… ¿y si vamos a la iglesia con los niños?

Santiago volvió la mirada hacia ella. Seguía acostado sobre el plástico mojado, mientras la lluvia caía con menos fuerza sobre la calle del barrio.

—¿Ahorita? ¿Todos mojados? —preguntó, soltando una pequeña risa.

Aylin se acomodó el cabello húmedo detrás de la oreja.

—Sí, ¿por qué no?

—Porque parecemos dos vagabundos salidos de una inundación.

—Bueno, entonces entraré a mi casa para volverme a bañar, alistarme y, de paso, aprovechar para darle de comer a la niña antes de irnos.

—Bien, entonces, si quieres, nos vamos caminando… así conversamos más.

Aylin sonrió apenas. Había algo en la manera en que Santiago buscaba cualquier oportunidad para prolongar el tiempo a su lado que le resultaba imposible no notar. Tal vez era curiosidad, tal vez costumbre o quizá algo que ninguno de los dos se atrevía todavía a nombrar.

—¿Tanto te gusta hablar conmigo?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De si hoy me vas a seguir tratando de intenso.

—No prometo nada.

Aylin entró rápido a la casa mientras todavía escuchaba la lluvia caer afuera. El frío se le había quedado pegado al cuerpo y la ropa mojada comenzaba a incomodarla, así que fue directo a la habitación para cambiarse.

Buscó algo cómodo y, después de quitarse la ropa húmeda, se dio un baño rápido con agua caliente. Poco a poco, el frío fue desapareciendo y aquella sensación de cansancio que llevaba encima comenzó a sentirse un poco más ligera.

Al salir, se puso un pantalón ancho, una sudadera clara y se secó el cabello lo mejor que pudo antes de volver donde estaba la niña.

La bebé seguía medio dormida, moviéndose apenas entre las cobijas. Aylin la tomó con cuidado y se sentó en la cama para darle pecho mientras terminaba de acomodarle la ropa limpia.

En medio de aquel momento tranquilo, su celular comenzó a sonar. Aylin acomodó mejor a la bebé antes de contestar. Era Santiago, preguntándole si ya estaba lista y cuánto le faltaba para salir.

Ella le aseguró que estaría lista en unos veinte minutos. Santiago aceptó esperar y, como siempre, no pudo evitar hacer alguna de sus bromas. Aylin terminó riéndose antes de colgar.

Unos minutos después, consiguió que la niña volviera a dormirse y la dejó acostada con cuidado. Se quedó observándola por unos segundos, asegurándose de que estuviera cómoda antes de salir del cuarto.

Luego buscó a su madre en la cocina y le avisó que iría un rato a la iglesia con Santiago. Su mamá aceptó cuidar a la bebé, aunque le pidió que no llegara demasiado tarde. Aylin prometió regresar temprano, tomó su bolso pequeño y salió de la casa.

Al bajar, encontró a Santiago cerca de la entrada del barrio. Estaba apoyado tranquilamente, con las manos dentro de la sudadera, esperando por ella. Apenas la vio, levantó la mirada y comenzó a bromear sobre el estado en el que había llegado después de la lluvia.

Aylin no pudo evitar reírse. Le siguió el juego y terminó dándole un pequeño golpe en el brazo, mientras él sonreía divertido.

Después de eso, ambos comenzaron a caminar juntos.

Las calles todavía estaban húmedas y algunas gotas seguían cayendo de los árboles. El aire frío de la noche se sentía diferente después de la lluvia; todo parecía más tranquilo, como si por unos minutos el barrio entero hubiera bajado el ritmo.

Caminaron uno al lado del otro, hablando de cosas sencillas, sin preocuparse demasiado por el tiempo. Aylin sentía que esos momentos eran extrañamente agradables. No necesitaba que ocurriera nada especial para sentirse bien. A veces bastaba con tener compañía y poder caminar sin pensar en todo lo que había quedado atrás.

Durante unos minutos, la conversación se mantuvo ligera. Sin embargo, poco a poco, Santiago comenzó a hablar con un tono más serio, como si tuviera algo en mente que llevaba un rato queriendo decirle.

—Oye… ¿te puedo preguntar algo?

Aylin lo miró de reojo.

—Depende.

—¿Tu última pareja era el papá de tu hija?

El ambiente se volvió un poco más serio. Aylin bajó la mirada durante unos segundos antes de responder.

—De sangre no.

—¿Cómo así?

Aylin acomodó las mangas de su suéter antes de continuar.

—Cuando empecé a salir con Samuel… yo ya estaba embarazada.

Santiago abrió un poco los ojos, sorprendido.

—¿Y aun así se quedó contigo?

Aylin sonrió apenas, aunque en sus ojos había algo de nostalgia.

—Sí… y eso fue lo que más me dolió perder.

—Samuel sabía toda mi situación… y aun así decidió quedarse. Nunca hizo diferencia conmigo ni con la niña.

Santiago la escuchaba atentamente.

—Él decía que no le importaba si no compartían sangre… que al final el amor era lo importante.

—Entonces sí la quería mucho.

—Demasiado —respondió Aylin en voz baja—. Por eso todavía me cuesta hablar de él a veces.

Santiago guardó silencio unos segundos antes de volver a preguntar con cuidado.

—¿Y el verdadero papá?

—No quisiera hablar mucho de eso.

—Está bien, tranquila.

—Solo digamos que… ahí fue donde empezó a desordenarse mi vida.

Santiago asintió despacio. No necesitaba conocer todos los detalles para entender que había heridas que todavía seguían abiertas.

—Entonces Samuel decidió amarte aun con todo lo que venías cargando.

—Sí… y creo que por eso nunca voy a olvidarlo.

—Tuvo que haberte amado muchísimo.

—Sí… muchísimo.

Y mientras continuaba caminando, comprendió que algunas personas no desaparecen realmente cuando se van. Se quedan en las pequeñas cosas, en los recuerdos que aparecen sin avisar y en ese lugar del corazón donde, aunque duela, uno todavía agradece haber sido amado de verdad.

—¿Y tú? Nunca hablas de tus relaciones.

Santiago soltó una pequeña risa nerviosa.

—Porque no hay mucho que contar.

—Eso dicen todos los que esconden algo.

—¿Me estás investigando?

—Tal vez.

Después de unos segundos, Santiago volvió a hablar.

—Oye… otra pregunta.

—¿Qué pasó?

Santiago dudó un momento antes de preguntar.

—¿Aún sigues hablando con la familia de Samuel?

Aylin bajó un poco la mirada mientras seguían caminando.

—Eh… sí. De hecho, el otro sábado voy a ir al cumpleaños de la hermana. Cumple quince.

—Ah…

—¿Qué? —preguntó Aylin al notar su reacción.

—Yo te quería invitar el próximo sábado a comer.

—Lo siento…

—No, tranquila —respondió él rápidamente—. Solo que llegué tarde.

Aylin no supo qué decir. A veces, las oportunidades no desaparecían porque alguien hubiera hecho algo mal, sino simplemente porque la vida encontraba la manera de poner los momentos fuera de lugar. Y, aunque aquello parecía una pequeña coincidencia sin importancia, ambos sintieron que quizá habían llegado tarde a algo que todavía ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

—Podemos ir otro día.

Santiago levantó una ceja, mirándola con una sonrisa que no pudo disimular.

—¿Eso fue una invitación oficial?

—No te emociones tanto.

—Muy tarde.

Ambos soltaron una pequeña risa. Por unos instantes, la conversación dejó de sentirse tan pesada y caminaron uno al lado del otro con una tranquilidad que parecía surgir de manera natural entre ellos.

Después de unos segundos, Santiago volvió a hablar. Esta vez su tono era más tranquilo, como si quisiera entender sin presionarla.

—¿Y cómo te llevas con la familia de tu pareja?

—Bien… —respondió Aylin después de pensarlo un momento—. Al principio fue raro, después de todo lo que pasó, pero ellos siempre han estado pendientes de la niña y de mí.

—Eso es bueno… supongo que Samuel era importante para todos ellos.

—Sí… demasiado —respondió Aylin, acompañando sus palabras con una pequeña sonrisa triste.

Aquella sonrisa apenas duró unos segundos. Hablar de Samuel todavía tenía esa extraña capacidad de llevarla a lugares que creía haber dejado atrás.

—Su hermana me sigue escribiendo casi todos los días.

—¿Y tú cómo te sientes cuando hablas con ellos?

—A veces duele… —admitió finalmente—, pero también siento paz. Ellos me recuerdan una parte bonita de Samuel, no solo todo lo malo que pasó.

—Entiendo.

Después de eso, la conversación se volvió más tranquila. Hablaron de cosas simples, de los niños de la iglesia, de las clases de Aylin y hasta de lo mal que cocinaba Santiago.

Entre risas y comentarios sin importancia, la noche fue avanzando casi sin que se dieran cuenta. Ya no había silencios incómodos ni necesidad de buscar un tema para continuar hablando. Simplemente disfrutaban de la compañía del otro.

Al salir del culto, Santiago acompañó a Aylin hasta su casa. El camino se sintió más corto de lo habitual, quizá porque ninguno de los dos tenía prisa por llegar.

Cuando finalmente estuvieron frente a la entrada, Aylin se detuvo y lo miró por un instante. Después, negó divertida con la cabeza antes de entrar a su casa.

Esa noche, mientras cerraba la puerta detrás de ella, Aylin se quedó pensando unos segundos en todo lo que había cambiado.

Sin darse cuenta, Santiago había comenzado a convertirse en una compañía constante en su vida. No había llegado de golpe ni había intentado ocupar el lugar de nadie. Simplemente había ido apareciendo en pequeños momentos: conversaciones, caminatas, risas y silencios que poco a poco se volvieron parte de sus días.

Y quizá eso era lo que más le sorprendía

Solo estaba allí.

Y, de alguna manera, su presencia comenzaba a sentirse como algo bonito que Aylin no sabía que necesitaba.

Y así, los días pasaron rápido.

Hasta que finalmente llegó el sábado del cumpleaños de Samantha, la hermana menor de Samuel.

No habría una gran fiesta ni un salón decorado. Samantha solo quería pasar el día afuera y distraerse un poco después de todo lo que también había vivido ese año. Quizá no necesitaba una celebración enorme, sino simplemente sentirse acompañada y tener un día en el que pudiera olvidarse, aunque fuera por unas horas, de todo lo demás.

Por eso, Aylin quedó de verla en el centro comercial para comprarle algunas cosas y luego ir juntas a comer.

Esa tarde, Aylin salió de su casa con la niña en su chochecito y una pequeña bolsa de regalo. Mientras caminaba, no podía evitar sentir cierta ilusión por verla. Sabía que Samantha había pasado por momentos difíciles y quería que aquel día pudiera guardar un recuerdo bonito, uno que le hiciera sentir que, a pesar de todo, todavía había personas dispuestas a estar a su lado.

Cuando llegó, vio a Samantha esperándola cerca de la entrada.

Apenas la vio, Samantha salió corriendo a abrazarla.

Aylin la recibió con una sonrisa, sintiendo cómo aquel abrazo decía mucho más de lo que cualquier palabra habría podido expresar. A veces, no hacía falta preguntar cómo estaba alguien para saber que necesitaba un poco de cariño. Y en ese momento, ambas parecían entenderlo.

—¡Aylin!

—Hola, princesa —respondió ella con una sonrisa, abrazándola con fuerza.

Samantha miró rápidamente a la bebé que Aylin llevaba en el cochecito.

—Ay, mírala… cada día está más grande.

Aylin sonrió apenas, observándola con ternura.

—Y cada día duerme menos.

Ambas soltaron una pequeña risa. Por unos segundos, la alegría de aquel momento pareció ser suficiente para esconder todo aquello que llevaban dentro.

—Gracias por venir conmigo hoy —dijo Samantha mientras comenzaban a caminar por el centro comercial—. Mi madre no quería que pasara su cumpleaños encerrada llorando.

Aylin la miró con ternura. Sabía que aquel día no era sencillo para ella. Cumplir años cuando la persona que más extrañaba no estaba a su lado debía sentirse extraño, como celebrar mientras una parte del corazón permanecía en otro lugar.

—Y tiene razón.

—Extraño mucho a Samuel hoy.

—Yo también.

Y aunque ninguna de las dos dijo nada más, aquel pequeño silencio dijo todo lo que las palabras no podían. Había personas que, incluso estando lejos, seguían ocupando un espacio imposible de llenar. Y ese día, entre las luces, las tiendas y el ruido del centro comercial, ambas sintieron con más fuerza cuánto podía doler extrañar a alguien.

—Bueno… pero ya suficiente tristeza. Hoy me vas a comprar algo caro.

—Ah, ¿sí? ¿Y con cuál dinero?

—Ese ya no es mi problema.

—Qué abusada saliste.

Ambas comenzaron a reírse mientras entraban a una tienda de ropa.

Durante un buen rato estuvieron viendo vestidos, zapatos, maquillaje y accesorios. Samantha se probaba cosas y salía del vestidor modelándolas exageradamente, haciendo que Aylin no pudiera contener la risa.

Estar allí, riéndose de cosas tan simples, le recordó que todavía existían momentos capaces de devolverle un poco de calma. A veces no hacía falta solucionar nada; bastaba con sentirse acompañada y poder reír sin pensar en lo que vendría después.

Después de comprar algunas cosas, ambas fueron a comer.

Se sentaron cerca de una ventana mientras la bebé dormía tranquila en el coche. Aylin la observó unos segundos, sintiendo esa mezcla de ternura y cansancio que se había vuelto tan familiar para ella. La pequeña dormía ajena a todo, mientras afuera la vida continuaba como si nada hubiera cambiado.

—¿Sabes qué pensaría Samuel si nos viera aquí? —preguntó Samantha mientras tomaba un poco de refresco.

Aylin sonrió de lado.

—Que estamos gastando demasiado.

—Eso sí.

Las dos soltaron una pequeña risa.

Y aunque todavía existía tristeza cada vez que mencionaban su nombre, ya no dolía de la misma manera. El tiempo no había borrado lo que había pasado, pero sí había logrado que aquel dolor dejara de sentirse tan pesado.

Ahora, Samuel comenzaba a sentirse más como un recuerdo lleno de amor que como una herida abierta. Un recuerdo que seguía teniendo un lugar importante en sus corazones, pero que ya no les impedía seguir adelante.

Cuando ya era de noche, Aylin miró la hora en su celular y luego volvió la mirada hacia Samantha. Sabía que su madre la había dejado a su cargo y, aunque ambas habían disfrutado de aquella tarde juntas, ya era momento de regresar a casa.

—Bueno… yo creo que será mejor ir a dejarte a tu casa. Tu madre me dejó a cargo tuyo, así que mejor vamos —dijo con una pequeña sonrisa.

Samantha, mientras recogía varias bolsas que habían acumulado durante la tarde.

—Vamos entonces.

Ambas caminaron hacia la salida del centro comercial entre risas y comentarios sobre todo lo que habían hecho aquel día. Por un momento, la tristeza quedó atrás y simplemente disfrutaron de estar juntas, de esos pequeños instantes que, sin darse cuenta, terminaban convirtiéndose en recuerdos importantes.

Al salir, tomaron un carro rumbo a la casa.

Al llegar y entrar a la casa, encontraron a la mamá de Samuel acomodando algunas cosas en la cocina.

—Hola, ma —dijo Samantha apenas entró.

—Hola, mi amor.

Luego levantó la mirada y vio a Aylin detrás de ella. Su expresión cambió de inmediato, como si verla allí fuera una pequeña alegría que no esperaba.

—Mira, aquí está Aylin.

La señora sonrió y caminó hacia ella para abrazarla. Aylin correspondió al abrazo con cariño, sintiendo esa calidez que, en momentos así, podía decir mucho más que cualquier palabra.

—Hola, mi niña… ¿cómo estás?

—Ahí voy… poco a poco. ¿Y ustedes?

—Bien, gracias a Dios.

Samantha apareció detrás de ellas con todas las bolsas en las manos, cargándolas como si acabara de regresar de una misión imposible.

—Bueno, de una vez le aviso que ya no le tienen que comprar nada a su hija porque ya me dejó sin nada.

La mamá de Samuel soltó una pequeña risa y comenzó a revisar la ropa y el maquillaje que había dentro de las bolsas. La sorpresa se le notó en el rostro, pero también había algo más profundo en su mirada: el cariño de quien sabe que aquellos detalles no se daban simplemente por dar.

—Ay, Aylin… esto era demasiado.

—No es nada —respondió ella, sonriendo apenas.

Y aunque intentaba restarle importancia, en el fondo sabía que sí era algo. No por el dinero ni por la cantidad de cosas, sino por el cariño detrás de cada detalle. A veces, cuando las palabras no alcanzaban para expresar lo que uno sentía, había pequeños gestos que hablaban por sí solos. Y aquel era uno de ellos.

Mientras la señora terminaba de revisar las cosas, su mirada se dirigió hacia el cochecito que estaba cerca de la sala. La niña se encontraba allí, tranquila, observando todo a su alrededor con sus ojitos curiosos.

—¿Y esta muñequita? —preguntó con una sonrisa.

Se acercó al cochecito y se inclinó con cuidado. Al verla tan tranquila, su expresión se llenó de ternura. Metió los brazos con suavidad y la levantó del cochecito, acomodándola contra su pecho.

La bebé se quedó tranquila entre sus brazos, como si aquel lugar le resultara familiar. La señora la miró unos segundos, acariciándole suavemente la espalda.

—Ay, pero qué grande está… —murmuró con una sonrisa.

Aylin la observó en silencio. Había algo especial en ver a la niña en brazos de alguien que la quería, una tranquilidad difícil de explicar. Por un momento,

simplemente se quedó mirando la escena, dejando que aquel pequeño momento hablara por sí solo.

—Cada día se parece más a ti —dijo la señora, levantando la mirada hacia Aylin.

—Eso dicen.

La señora volvió a mirar a la pequeña y la acomodó mejor entre sus brazos, disfrutando de ese instante como si quisiera guardarlo para siempre.

Mientras la madre de Samuel alzaba a la niña con cuidado, Aylin no podía evitar sentir que había algo más detrás de aquella conversación. Desde que había entrado a la casa, una sensación extraña se había instalado en su pecho, como si, de alguna manera, supiera que tarde o temprano tendría que hablar de aquello que llevaba tanto tiempo intentando guardar.

No era miedo exactamente. Era esa clase de presentimiento que llega cuando una parte de ti ya conoce una verdad, aunque todavía no estés preparada para decirla en voz alta. Algo dentro de ella le decía que quizá ya era momento de soltar a Samuel de alguna forma, aunque hacerlo significara aceptar un dolor que todavía no sabía cómo enfrentar.

—Señora…

La mujer levantó la mirada hacia ella, notando enseguida la inseguridad en su voz.

—Dime, mi niña.

Aylin tomó aire lentamente. Por un instante, bajó la mirada hacia sus manos antes de reunir el valor suficiente para hablar.

—Es que quisiera hablar con usted… pero a solas. Sama, ¿será que me ayudas?

Samantha notó enseguida el tono serio de su voz. No hizo preguntas ni quiso insistir. Simplemente la miró durante unos segundos y entendió que aquella conversación era algo que Aylin necesitaba tener a solas con su madre.

—Sí… está bien. Voy a mi habitación.

Samantha agarró sus bolsas y subió las escaleras lentamente, dejándolas solas en la cocina.

Cuando sus pasos comenzaron a perderse por el segundo piso. Frente a ella estaba una mujer que, sin saberlo, podía escuchar aquello que llevaba demasiado tiempo intentando ordenar dentro de su corazón.

Y quizá lo más difícil no sería decirlo.

Quizá lo más difícil sería aceptar que, después de todo, algunas personas también tenían que aprender a soltarse para poder seguir adelante.

Entonces, Aylin sacó un pequeño anillo plateado.

Era el mismo anillo que ella le había dado a Samuel aquella tardeen la playa, cuando ambos se prometieron amarse para toda la vida. El mismo que había recuperado antes de que se llevaran a Samuel a la morgue.

La señora se quedó completamente callada al reconocerlo. Durante unos segundos, pareció que las palabras se le habían quedado atrapadas en la garganta. Sus ojos se posaron sobre aquel pequeño objeto, cargado de recuerdos que ambas conocían demasiado bien.

—Aylin… —susurró con la voz quebrada.

Aylin bajó la mirada hacia el anillo entre sus manos. Lo sostuvo con cuidado, como si incluso después de todo lo ocurrido todavía temiera que pudiera romperse.

—Quería pedirle un favor…

—Dime, mi niña.

Aylin respiró hondo antes de hablar. Le costaba encontrar las palabras, porque en el fondo sabía que, al entregarlo, no solo estaba poniendo un anillo en las manos de alguien más. También estaba intentando soltar, aunque fuera un poco, una parte de todo aquello que todavía llevaba consigo.

—¿Puede guardarlo usted?

La señora la miró confundida.

—¿Qué?

—No quiero botarlo… ni regalarlo… porque sigue siendo algo muy importante para mí —explicó Aylin con la voz entrecortada—. Pero tampoco siento que pueda seguir teniéndolo conmigo todos los días.

La señora volvió a mirar el anillo. No necesitaba que Aylin explicara más. Entendía que no se trataba de olvidarlo, ni de dejar atrás lo que habían vivido. A veces, guardar algo también era una forma de protegerlo cuando uno ya no tenía fuerzas para cargarlo consigo.

Aylin permaneció en silencio, esperando su respuesta, mientras apretaba suavemente los labios para contener las lágrimas. Aquello era difícil, pero quizás necesitaba hacerlo. No porque quisiera olvidarse de Samuel, sino porque había

recuerdos que, por mucho amor que guardaran, también podían pesar demasiado cuando se llevaban todos los días en las manos.

—Cada vez que lo veo… siento que vuelvo a ese momento. Y aunque fue uno de los recuerdos más bonitos de mi vida… también me duele mucho.

Aylin bajó la mirada hacia el anillo. Lo había sostenido entre sus dedos tantas veces que, de alguna manera, sentía que todavía guardaba una parte de aquel momento. Una parte de Samuel. Una parte de la vida que habían imaginado juntos y que ya no podía recuperar.

—Creo que ya entendí que amar a alguien no significa quedarse atrapado en el pasado.

La madre de Samuel se acercó lentamente y tomó el anillo entre sus manos con muchísimo cuidado, como si estuviera sosteniendo algo frágil. Lo observó durante unos segundos antes de levantar nuevamente la mirada hacia Aylin.

—Lo voy a guardar muy bien… te lo prometo.

—Gracias.

La señora volvió a abrazarla fuerte. Aylin se dejó envolver por aquel abrazo y cerró los ojos. Por unos instantes, no necesitó decir nada. En aquel gesto había cariño, comprensión y también una despedida que ninguna de las dos había sabido cómo pronunciar.

—Samuel te amó muchísimo, Aylin.

Aquellas palabras hicieron que algo dentro de ella se quebrara un poco más. No porque dudara de lo que habían sentido, sino porque escuchar a alguien más decirlo hacía que todo pareciera todavía más real.

Ella cerró los ojos intentando mantenerse firme.

—Y yo a él también… demasiado.

Cuando se apartaron la niña empezó a llorar con desesperación.

La mamá de Samuel la acostó con cuidado sobre el sillón para revisarla y comprobar si era el pañal o si algo más le molestaba. Al ver que no dejaba de llorar, Aylin se ofreció a cambiarla.

Sin embargo, ni siquiera eso consiguió calmarla.

La niña continuaba llorando, cada vez con más fuerza, hasta que Aylin decidió tomarla nuevamente entre sus brazos. La acomodó contra su pecho y comenzó a darle

de comer. Después, con la paciencia que había aprendido a tener con ella, la sostuvo unos minutos para sacarle los gases.

Aylin ya conocía sus pequeñas mañas. Sabía cuándo tenía hambre, cuándo estaba incómoda y hasta cuándo comenzaba a rendirse ante el sueño. Por eso, poco a poco, el llanto fue desapareciendo.

En menos de una hora, la pequeña terminó quedándose dormida.

Aylin la acomodó con cuidado sobre el sillón, procurando no despertarla. Se quedó unos segundos observándola, comprobando que respirara tranquilamente, antes de alejarse. Había algo profundamente tierno en verla dormir después de haber llorado con tanta desesperación. Quizá porque, de alguna manera, Aylin había aprendido a reconocerla incluso en sus momentos más difíciles.

Cuando estuvo segura de que permanecería tranquila, caminó hacia la cocina, donde la mamá de Samuel continuaba haciendo algunas cosas.

—Bueno… más bien, ¿en qué le ayudo? Porque veo que tiene mucho trabajo en la cocina —preguntó Aylin mientras se acercaba al fregadero.

La mamá de Samuel sonrió apenas, todavía limpiándose las lágrimas que le habían quedado después de la conversación.

—No, mi niña… mejor siéntate un rato.

—No puedo —respondió Aylin con una pequeña risa cansada—. Me estresa mucho ver a alguien haciendo cosas mientras yo no hago nada.

La señora negó divertida con la cabeza. Había algo reconfortante en aquella forma de ser de Aylin, incluso en medio de un día cargado de emociones.

—Está bien entonces. Ayúdame a acomodar estos platos.

Aylin comenzó a secar algunos platos mientras la señora guardaba otros en las alacenas. El ambiente, aunque seguía cargado de nostalgia, se había vuelto un poco más tranquilo.

Hasta que el celular de Aylin comenzó a sonar sobre la mesa.

El sonido rompió aquella calma de manera repentina. Ella bajó la mirada hacia la pantalla, confundida, como si aquel nombre no encajara con la tranquilidad que había reinado hasta ese momento.

—Qué raro…

—¿Qué pasa? —preguntó la mamá de Samuel mientras acomodaba unos vasos.

Aylin observó el nombre del contacto durante unos segundos. Algo en aquella llamada le produjo una sensación extraña, una mezcla de sorpresa e incertidumbre que no pudo ocultar. No era solo que Elena estuviera llamando; era la sensación de que detrás de aquella llamada había algo que todavía desconocía.

—Es Elena… la madre de Ángel.

—¿Y por qué dices que es raro?

—Porque ella casi nunca me llama.

No sabía qué podía querer Elena, ni por qué había decidido llamarla precisamente en ese momento. Pero, en el fondo, sentía que aquella llamada no llegaba por casualidad.

El celular seguía sonando.

—Contesta —dijo la madre de Samuel.

—Hola, señora.

Del otro lado se escuchaba una respiración agitada. Era evidente que la mujer estaba intentando mantener la calma, pero su voz la traicionaba.

—Mi niña… por fin contestas.

—Hola, señora. ¿Cómo está?

—Desesperada, mi niña… necesito tu ayuda.

Aylin inmediatamente dejó de acomodar los platos. Algo en aquella voz le hizo sentir que no se trataba de una llamada cualquiera.

—¿Qué pasó?

—Hace unas horas estaba limpiando la casa y, sin querer, boté la caja donde supuestamente estaban las cenizas de Ángel… pero cuando la levanté… vi que no había nada dentro.

Hacía semanas se había enterado de que habían sacado a Ángel de la bóveda y que lo habían cremado. No se había metido en ese asunto porque sabía que era algo que debía hacer su propia familia. Era una decisión dolorosa, pero pertenecía a ellos, y Aylin había preferido respetarla.

Por eso, escuchar a Elena decir aquello ahora le resultaba imposible de entender. Había algo en sus palabras que no encajaba. Algo que le provocaba una sensación

extraña en el pecho, como si de repente todo lo que creía saber hubiera dejado de tener sentido.

—¿Cómo así? —preguntó, casi sin poder ocultar su desconcierto.

—No sé dónde está mi hijo, Aylin… no sé qué pasó —respondió Elena, con la voz quebrada por el llanto.

La madre de Samuel también comenzó a prestar atención. Al notar el estado de Elena, su expresión cambió y la preocupación se hizo evidente en su rostro.

—A ver… tranquila, ¿sí? —dijo Aylin, intentando mantener la calma—. Tal vez hubo una confusión o algo así.

—No… porque yo estuve ahí cuando supuestamente lo sacaron de la bóveda —respondió la mujer entre lágrimas—. Pero nunca abrieron la caja delante de mí… solo me entregaron las cenizas.

Aylin no supo qué decir.

Durante semanas había pensado que todo aquello había terminado. Que Ángel había sido cremado y que, aunque doliera, su familia había hecho lo que consideraba correcto para despedirse de él. Pero ahora Elena estaba frente a ella, llorando y diciendo que no sabía dónde estaba su hijo.

Aylin sintió que aquella historia todavía escondía algo que ninguno de ellos conocía.

Aylin agarró su bolso, acomodó a la niña en el cochecito y tomó su pañalera rápidamente. Después caminó hacia la sala para despedirse de Samantha.

Minutos después, salió de la casa y caminó hasta la parada. Mientras avanzaba, intentaba procesar todo lo que acababa de escuchar. Había demasiadas cosas que no lograba comprender y, por más que intentaba encontrarles sentido, cada pensamiento terminaba llevándola a una nueva duda.

Después de varios minutos, llegó al barrio donde vivía Elena.

Cuando se acercó a la casa, notó que la puerta estaba abierta y que las luces permanecían encendidas. Algo en aquella escena le produjo una sensación extraña, como si desde antes de entrar supiera que las cosas no estaban bien.

Elena estaba sentada en la sala, llorando mientras sostenía la caja entre sus manos. Su rostro reflejaba una mezcla de dolor, miedo y desesperación. Parecía completamente perdida frente a lo que acababa de descubrir.

Al ver entrar a Aylin, se levantó rápidamente y corrió hacia ella. Aylin la abrazó de inmediato, intentando transmitirle un poco de calma mientras sentía cómo el cuerpo de Elena temblaba entre sus brazos.

Elena no dejaba de llorar. Había algo dentro de ella que parecía confirmar todos aquellos presentimientos que había intentado ignorar durante tanto tiempo. Siempre había sentido que algo estaba mal, aunque nunca hubiera tenido una explicación concreta para aquella sensación.

Aylin agarró su bolso, acomodó a la niña en el cochecito y tomó su pañalera rápidamente. Después caminó hacia la sala para despedirse de Samantha.

Minutos después, salió de la casa y caminó hasta la parada. Mientras avanzaba, intentaba procesar todo lo que acababa de escuchar. Había demasiadas cosas que no lograba comprender y, por más que intentaba encontrarles sentido, cada pensamiento terminaba llevándola a una nueva duda.

Después de varios minutos, llegó al barrio donde vivía Elena.

Cuando se acercó a la casa, notó que la puerta estaba abierta y que las luces permanecían encendidas. Algo en aquella escena le produjo una sensación extraña, como si desde antes de entrar supiera que las cosas no estaban bien.

Elena estaba sentada en la sala, llorando mientras sostenía la caja entre sus manos. Su rostro reflejaba una mezcla de dolor, miedo y desesperación. Parecía completamente perdida frente a lo que acababa de descubrir.

Al ver entrar a Aylin, se levantó rápidamente y corrió hacia ella. Aylin la abrazó de inmediato, intentando transmitirle un poco de calma mientras sentía cómo el cuerpo de Elena temblaba entre sus brazos.

Elena no dejaba de llorar. Había algo dentro de ella que parecía confirmar todos aquellos presentimientos que había intentado ignorar durante tanto tiempo. Siempre había sentido que algo estaba mal, aunque nunca hubiera tenido una explicación concreta para aquella sensación.

Aylin se separó lentamente y dirigió la mirada hacia la caja que estaba sobre la mesa.

Durante unos segundos, no pudo apartar los ojos de ella. Aquello hacía que todo se sintiera todavía más real. Las cenizas que se suponía que debían estar allí habían desaparecido, y nadie parecía saber cómo ni por qué.

Aylin intentó mantener la calma. Preguntó si ya habían llamado a sus hijos y, al saber que todos estaban en camino, decidió esperar junto a ella.

A los pocos minutos comenzaron a llegar todos los hermanos de Ángel. Incluso una de sus hermanas llegó acompañada de su novio.

La presencia de todos hizo que la casa se sintiera todavía más pequeña y pesada. Había demasiadas personas, pero nadie parecía tener una respuesta. Aylin les explicó todo lo que había sucedido con la caja de las supuestas cenizas y, poco a poco, comenzaron a reconstruir lo ocurrido.

Entre todos fueron recordando pequeños detalles de aquel día. Uno de los hermanos recordó que nunca había visto a Ángel dentro del ataúd. Sara una de las hermanas de Ángel también reconoció que todo había sucedido demasiado rápido y que, en medio del dolor y la confusión de aquel momento, nadie había tenido realmente la oportunidad de comprobar cada cosa por sí mismo.

Cada nuevo detalle hacía que la historia se volviera más extraña. Lo que al principio podía parecer una confusión comenzaba a convertirse en algo mucho más difícil de explicar.

Fue entonces cuando surgió la posibilidad de contactar a la persona encargada de realizar la cremación. Aylin consideró que era la mejor manera de comenzar a aclarar las cosas, así que pidió el número y llamó inmediatamente.

Después de varios tonos, un hombre contestó.

Aylin volvió a explicarle toda la situación desde el principio. Mientras hablaba, los demás permanecían cerca, atentos a cada palabra. Todos necesitaban encontrar una respuesta y, por un momento, aquella llamada parecía ser la única posibilidad de conseguirla.

Sin embargo, mientras revisaban los detalles, apareció algo todavía más extraño.

El hombre explicó que había recibido una nota con instrucciones específicas sobre el procedimiento. Lo extraño era que aquella nota había sido hecha en computadora.

Era una hoja sencilla con instrucciones impresas. A primera vista no parecía tener nada fuera de lo normal. Pero al llegar al final del documento, algo llamó inmediatamente su atención.

Una firma.

Uno de los hermanos de Ángel reconoció aquella firma y aseguró que no pertenecía a su madre.

Aylin volvió a observar la imagen con detenimiento. Aquella firma convertía el documento en algo mucho más importante de lo que habían imaginado. Ya no se trataba solamente de unas cenizas desaparecidas. Había una persona que había dado

aquellas instrucciones, y alguien había utilizado una firma que aparentemente no correspondía a la persona indicada.

Nadie sabía exactamente qué hacer.

Durante unos segundos, todos permanecieron en silencio, atrapados en sus propios pensamientos. La casa estaba llena de incertidumbre y de una sensación difícil de explicar. Nadie quería decirlo en voz alta, pero todos comenzaban a comprender que aquello podía ser mucho más serio de lo que habían pensado.

Aylin volvió a pensar en Ángel.

Si las cenizas no estaban allí, si nadie podía explicar quién había dado las instrucciones y si ni siquiera todos habían podido comprobar que el cuerpo dentro del ataúd era realmente el suyo, entonces todavía había una parte de la historia que no conocían.

Fue entonces cuando recordó algo fundamental.

Necesitaban saber quién había reconocido el cuerpo.

Al preguntar, todos dirigieron la mirada hacia Derek, el novio de Sara. Él había sido quien había realizado aquel reconocimiento.

Aylin lo observó con atención mientras intentaba recordar cada detalle de lo que había dicho.

Derek aseguró haber visto el cuerpo completo.

Sin embargo, su reacción había cambiado apenas unos segundos antes de responder. Su silencio, su nerviosismo y aquella forma repentina de intentar mostrarse seguro no pasaron desapercibidos para Aylin.

No sabía exactamente qué era, ni podía explicar por qué aquella respuesta le había provocado una sensación tan incómoda. Solo sabía que algo en la actitud de Derek había despertado una duda que ya no podía ignorar.

Las horas siguieron pasando entre preguntas, recuerdos y teorías que no llevaban a ninguna respuesta. Cada nuevo detalle parecía abrir una puerta hacia otra incertidumbre.

Aylin observó a la familia y luego volvió la mirada hacia la caja vacía que permanecía sobre la mesa.

La verdadera pregunta era qué había ocurrido con Ángel.

Y esa idea, aunque todavía no pudiera demostrarla, comenzó a pesarle en el pecho.

—Bueno… lo siento mucho, pero ya es tarde. Tengo que irme a mi casa.

Sara se acercó a ella y la abrazó con cariño, como si quisiera asegurarse de que Aylin se fuera sintiéndose acompañada.

—Está bien, mi chiquita. Ten cuidado.

Aylin correspondió el abrazo con una pequeña sonrisa.

—Sí, cualquier cosa me llamas.

Antes de salir, Aylin se quedó quieta durante unos segundos. Había algo que llevaba un rato dando vueltas en su cabeza y, aunque no sabía muy bien cómo decirlo, sentía que debía hacerlo antes de irse.

Finalmente, caminó directo hacia Sara.

—Oye… ¿te puedo hacer una pregunta?

Sara la miró con atención y asintió.

—Sí, claro. Dime.

Aylin bajó un poco la voz. Parecía buscar las palabras adecuadas para que aquello no sonara extraño.

—¿Será que me permites tener una cita con tu novio? No es nada malo.

Sara la observó confundida durante unos segundos, intentando entender a qué se refería exactamente. Sin embargo, al notar la seriedad tranquila con la que Aylin se lo preguntaba, terminó soltando una pequeña risa.

—Sí, claro.

—Bien… muchas gracias.

Entonces volvió la mirada hacia Derek, que había permanecido cerca, algo ajeno a la conversación.

—¿Derek?

—¿Sí? —respondió él, todavía algo nervioso.

—¿Será que puedes venir un momento?

Derek dudó unos segundos. No parecía entender muy bien qué quería hablar con él, pero finalmente caminó hacia afuera junto a ella.

Cuando quedaron solos frente a la casa, el ambiente cambió ligeramente. Aylin cruzó los brazos suavemente mientras pensaba cómo comenzar. No quería darle demasiadas vueltas, pero tampoco sabía exactamente cómo explicar lo que tenía en mente.

—Oye… quisiera que mañana nos viéramos. No sé… comer algo.

Derek levantó la mirada, sorprendido por aquella invitación que no esperaba.

—¿Y esa invitación?

—Quisiera hablar contigo sobre algo, nada más.

Derek pareció pensarlo rápidamente. La curiosidad se mezcló con un poco de nerviosismo, pero finalmente asintió.

—Está bien. ¿A qué hora?

—No sé… tipo seis de la tarde. ¿Te parece?

—Sí… está bien.

Aylin hizo un pequeño gesto con la cabeza. Por dentro, sentía una mezcla extraña de tranquilidad y nervios. No sabía exactamente cómo terminaría aquella conversación del día siguiente, pero al menos ya había dado el primer paso.

—Bueno… bye. Ya me voy.

Derek la miró unos segundos antes de responder.

—Adiós.

Aylin se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Mientras caminaba, no pudo evitar pensar en lo que acababa de hacer. Tal vez aquella cita no sería tan sencilla como parecía, pero había algo dentro de ella que le decía que necesitaba hablar con Derek. Y, por alguna razón, sentía que aquella conversación podía cambiar más cosas de las que imaginaba.

Aylin comenzó a caminar hacia la calle junto con el cochecito de su bebé. Después de unos minutos, pidió un Uber y emprendió el camino de regreso a casa.

Pero mientras se alejaba, no podía dejar de pensar en la reacción nerviosa que Derek había tenido cuando ella le preguntó por el cuerpo de Ángel.

Había algo en su manera de reaccionar, en aquella incomodidad que intentó ocultar, que no lograba quitarse de la cabeza. Algo le decía que Derek no estaba diciendo toda la verdad.

Aylin llegó a su casa ya entrada la noche.

Al entrar, caminó despacio hasta su habitación. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro al ver que la niña dormía tranquilamente en el cochecito, abrazada a su pequeña manta, completamente ajena a todo lo que había ocurrido durante el día.

Aprovechando el silencio, dejó el bolso a un lado y fue a darse un baño.

El agua caliente recorrió su cuerpo y, por unos instantes, logró hacer que se relajara. Sintió cómo parte del cansancio acumulado comenzaba a aflojarse, aunque su mente seguía atrapada en las preguntas que habían nacido aquella tarde.

Cuando salió del baño, se puso ropa cómoda, calentó algo de comida y se sentó sobre la cama. Tomó el celular y comenzó a ver algunos videos, intentando distraerse y darle un descanso a sus pensamientos.

Pero ni siquiera eso conseguía apartar aquella sensación extraña que llevaba en el pecho.

La llamada de Elena seguía dando vueltas en su cabeza y, sobre todo, la reacción de Derek. Había algo en ella que no lograba olvidar. Algo que no encajaba, aunque todavía no pudiera explicar exactamente qué era.

Aylin cerró los ojos por unos segundos, intentando convencerse de que quizá estaba pensando demasiado. Tal vez solo había sido una reacción nerviosa. Tal vez no significaba nada.

Pero, en el fondo, una pequeña parte de ella se negaba a creerlo.

Después de un rato, apagó el celular y se acostó lentamente. La habitación quedó casi completamente a oscuras, iluminada apenas por la tenue luz que entraba desde el exterior.

Quería encontrar una explicación, algo que le permitiera dejar de sentir aquella inquietud. Sin embargo, cuanto más intentaba ordenar sus pensamientos, más preguntas aparecían.

Aylin se acomodó de lado y abrazó una almohada contra su pecho. Desde la cuna, la respiración tranquila de la niña llenaba el silencio de la habitación.

La miró por unos segundos y sintió que, al menos por esa noche, necesitaba dejar las preguntas a un lado.

El cansancio terminó venciendo poco a poco sus pensamientos. Sus párpados se hicieron pesados y su respiración comenzó a volverse más tranquila.

Y así, mientras la noche avanzaba en silencio, Aylin terminó quedándose dormida sin saber que aquellas dudas que habían comenzado a inquietarla no desaparecerían al despertar.

21

Lo que quedó después

"Hay reencuentros que no traen de vuelta el pasado; solo nos obligan a enfrentarlo."

A la mañana siguiente, Aylin despertó con las notificaciones constantes de su celular. Todavía medio dormida, estiró la mano por la cama, intentando encontrarlo sin hacer ningún movimiento brusco que pudiera despertar a la niña.

Antes de tomarlo, revisó a la bebé. Se aseguró de que siguiera dormida sobre la pequeña almohada que había acomodado a su lado, tranquila y al sonido insistente del celular.

Al verla así, volvió a recostarse un poco. Por unos segundos se quedó observándola, con esa sensación extraña de calma que aparecía cada vez que comprobaba que estaba bien. Luego tomó el celular y lo desbloqueó, todavía con los ojos pesados por el sueño.

Tenía varios mensajes esperando. Entre las notificaciones reconoció los nombres de Valentina y también de Santiago. Por un instante, se quedó mirando la pantalla sin abrirlos, preguntándose qué habría pasado mientras dormía y por qué ambos habían decidido escribirle.

Aquella mañana apenas comenzaba, pero algo en esos mensajes le hizo sentir que el día no sería tan tranquilo como había imaginado.

Aylin abrió primero el chat de Valentina. Apenas vio el primer mensaje, no pudo evitar sonreír.

—Hola, mi amor bellooo.

—Hola, niña. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien… supongo.

Valentina respondió casi de inmediato. La conocía demasiado bien como para dejar pasar aquella respuesta tan apagada.

—¿Qué pasó? Tú nunca contestas así. ¿Te hizo algo Santiago?

—No… con él todo bien.

—Entonces.

Aylin mordió un poco su labio. Había algo dentro de ella que todavía no sabía cómo explicar. No quería ilusionarse, pero tampoco podía fingir que aquello no había removido algo que llevaba demasiado tiempo enterrado.

—No sé… ayer me di cuenta de algo que podría cambiar muchas cosas.

—¿Cómo?

—No sé, todavía no te puedo decir porque no tengo nada confirmado.

—Aunque sea dame una pista.

Aylin dudó unos momentos. Incluso escribirlo parecía volverlo más real. Finalmente, tomó aire y decidió contarle, aunque fuera solo una pequeña parte.

—Está bien… lo que pasa es que hay un 50 y 50 de que Ángel esté vivo.

La respuesta de Valentina llegó de inmediato.

—¿CÓMO ASÍ? ¿ESTÁS LOCA?

—Sí… ayer la mamá se dio cuenta de que las cenizas no estaban en la caja que le entregaron.

Valentina tardó un poco más esta vez. Cuando finalmente respondió, sus palabras parecían llevar toda la preocupación que sentía por su amiga.

—Ay, Aylin… ¿y ahora?

—Pues… esperar.

—Pues buena suerte con eso porque yo ya estaría llorando.

Aylin soltó una pequeña risa cansada.

Las dos siguieron hablando durante un buen rato, mientras la mañana avanzaba poco a poco. Por un momento, aquella conversación consiguió distraerla y hacer que sus pensamientos dejaran de pesar tanto.

Después de un tiempo, Aylin finalmente se levantó de la cama.

Preparó la ropa de la niña, le cambió el pañal, le dio de comer y pasó casi toda la tarde compartiendo con ella en la sala. La bebé, estaba agarrarle los dedos con sus pequeñas manos, provocándole a Aylin una ternura que, por unos instantes, lograba calmarla.

Por momentos, Aylin intentaba distraerse.

Se concentraba en la niña, en la conversación con Valentina, en cualquier cosa que pudiera mantener su mente ocupada. Pero cada vez que se quedaba en silencio, aunque fuera por unos segundos, aquel pensamiento regresaba.

Mientras hablaba con Valentina, el celular volvió a vibrar entre sus manos. Esta vez también habían llegado mensajes de Santiago.

Aylin recibió un mensaje de Santiago mientras seguía sentada en el sillón, con la niña dormida sobre su pecho. Él la saludó y, después de unos segundos, comenzó a preguntarle qué estaba haciendo.

Aylin sonrió un poco antes de responderle. Le contó que estaba tranquila en casa, viendo una serie mientras la pequeña dormía encima de ella. Santiago le comentó que estaba pensando en ir a comer más tarde, aprovechando que el próximo sábado saldría con su madre.

Aylin leyó el mensaje varias veces. No tenía ánimos de salir, mucho menos de fingir que se encontraba bien, así que terminó diciéndole que ese día no podía.

La respuesta de Santiago no tardó en llegar. Le preguntó si estaba bien.

Aylin bajó la mirada hacia la bebé, que continuaba dormida con absoluta tranquilidad. La pequeña respiraba despacio. Aylin respondió que sí, aunque incluso ella sabía que aquellas palabras no sonaban convincentes.

Santiago tardó unos segundos en contestar. Aylin podía imaginarlo pensando qué decirle, porque él la conocía demasiado bien. Finalmente, le hizo saber que sabía que algo le pasaba.

Durante unos instantes sintió unas ganas enormes de contarle todo. Quería hablarle de aquel pensamiento que llevaba horas persiguiéndola, de la ansiedad que sentía y del miedo que no conseguía explicar. Pero ni siquiera ella comprendía todavía lo que estaba sucediendo. No sabía cómo poner en palabras algo que ni siquiera podía ordenar dentro de su propia cabeza.

Santiago no insistió. Después de unos segundos, le pidió que descansara y que lo llamara si necesitaba cualquier cosa. Aylin sonrió apenas al leerlo. Sabía que él no le había creído del todo, pero también conocía lo suficiente a Santiago para saber que había decidido darle su espacio.

Después de despedirse, apagó lentamente el celular y volvió la mirada hacia la niña. La pequeña seguía dormida sobre su pecho, tranquila, mientras Aylin le acariciaba

Las horas pasaron lentamente.

Cuando volvió a mirar la hora en su celular, ya eran casi las seis de la tarde. El día se había ido entre conversaciones, momentos junto a la niña y pensamientos que aparecían cada vez que el silencio se hacía demasiado profundo.

Aylin respiró profundamente antes de abrir el chat con Sara.

—Hola, Sara. ¿Cómo estás?

El mensaje no tardó mucho en ser respondido.

—Hola, Aylin. Bien, ¿y tú?

—Bien… Oye, era para confirmar lo de la invitación con Derek.

—Ah, sí. De hecho, ya se está alistando.

Aylin mordió suavemente su labio inferior antes de escribir nuevamente.

—Ah, perfecto.

Pasaron unos segundos. Aylin se quedó mirando la pantalla, sin saber si debía decir algo más. Había una sensación extraña en su pecho, una inquietud que no lograba apartar por más que intentara convencerse de que quizá estaba imaginando cosas.

Entonces apareció otro mensaje.

—Aylin… ¿te puedo preguntar para qué vas a hablar con él?

Ella dejó escapar un pequeño suspiro. Sabía que, tarde o temprano, alguien terminaría preguntándole. Y aunque no quería involucrar a Sara más de lo necesario, tampoco podía ignorar aquella sensación que llevaba dentro desde hacía un tiempo.

—No le digas nada, por favor… pero siento que algo no cuadra y creo que tu novio tiene respuestas.

Sara tardó un poco más en responder esta vez. Aylin pudo imaginarla intentando entender qué estaba pasando, quizá incluso preguntándose por qué Derek estaba involucrado en algo que tenía que ver con su hermano.

Finalmente, llegó su respuesta.

—¿Derek? ¿Y él qué tiene que ver con mi hermano?

—Déjamelo a mí, ¿sí? Después te aviso.

—Está bien…

No sabía qué encontraría cuando hablara con Derek, pero algo dentro de ella le decía que aquella conversación podía cambiar muchas cosas. A veces, la verdad no llegaba de golpe; aparecía poco a poco, escondida entre silencios, miradas y respuestas que parecían no tener sentido.

Y ella estaba decidida a descubrirla.

Después se levantó lentamente y comenzó a buscar un suéter. El clima estaba un poco frío aquella tarde, y el aire fresco que se colaba por la casa le hizo pensar que sería mejor llevar algo para abrigarse.

Se puso unos zapatos cómodos y tomó un pequeño bolso negro. Dentro guardó sus llaves, el celular y algo de dinero, asegurándose de llevar únicamente lo necesario. Antes de salir, echó un último vistazo hacia la habitación, como si necesitara quedarse tranquila al saber que todo estaba en orden.

Al salir del cuarto, encontró a su madre acomodando unas cobijas cerca de la sala. Aylin se acercó y, con tranquilidad, le avisó que ya iba a salir. La niña estaba dormida y la había dejado bien tapadita, así que no quería que su madre se preocupara.

Su madre la miró con atención. En sus ojos había ese cuidado silencioso que solo una madre podía tener. Le dijo que estaba bien, pero también le pidió que tuviera cuidado. Aylin le aseguró que estaría tranquila, intentando transmitirle la misma seguridad que ella necesitaba sentir.

Con una pequeña sonrisa, se despidió y salió.

Aylin salió de la casa y comenzó a caminar por las calles del barrio.

El cielo ya estaba oscureciendo poco a poco, dejando atrás los últimos rastros de luz del día mientras avanzaba, Aylin sentía que cada paso la acercaba no solo al restaurante, sino también a una verdad.

Y mientras más se acercaba al lugar donde había quedado de verse con Derek, más nerviosa se sentía.

Su corazón latía rápido y, aunque intentaba mantenerse tranquila, sus pensamientos no dejaban de darle vueltas a la misma posibilidad. En el fondo, ella ya tenía una idea de lo que iba a descubrir.

Y eso era justamente lo que más miedo le daba.

Porque una parte de ella todavía deseaba estar equivocada. Deseaba llegar, escuchar cualquier explicación y descubrir que todos sus temores habían sido solo eso: temores. Pero otra parte, mucho más silenciosa, parecía haberse preparado desde antes para enfrentar aquello que tanto le dolía.

Al llegar al restaurante, Aylin vio a Derek sentado en una mesa al fondo, esperándola. Apenas la vio entrar, levantó la mano para que pudiera encontrarlo entre toda la gente.

Lo observó desde la entrada, respirando profundamente, como si necesitara reunir el valor suficiente para acercarse. Había imaginado tantas veces ese momento que ahora que finalmente estaba frente a él, no sabía si quería conocer la verdad o seguir viviendo unos minutos más en la incertidumbre.

Finalmente, comenzó a caminar hacia la mesa.

—Hola, Derek.

—Hola, Aylin. Pensé que no llegarías.

—Tranquilo, ya estoy aquí —respondió ella mientras tomaba asiento frente a él.

Derek intentó sonreír, buscando de alguna manera relajar el ambiente. Sin embargo, Aylin apenas pudo devolverle el gesto. Había llegado con demasiadas cosas en la cabeza como para sentirse tranquila.

—Bien… ¿quieres tomar algo o comer algo?

—Un fresco natural estaría bien.

—Perfecto, voy a pedirlo.

Aylin asintió y lo vio alejarse hacia el mostrador. En cuanto quedó sola, apoyó las manos sobre sus piernas y respiró profundamente, intentando controlar los nervios.

Después de unos minutos, Derek regresó con las bebidas.

—En unos minutos traen lo demás.

—Gracias.

—Y bien… ¿a qué se debe esta visita? —preguntó finalmente.

Aylin levantó la mirada hacia él. Por un instante, pareció dudar, como si estuviera reuniendo el valor suficiente para abrir una conversación que podía cambiar muchas cosas.

—Necesito preguntarte algo… pero primero quiero contarte una cosa.

—Ok…

—Quiero hablarte de Ángel.

Le contó cómo lo había conocido, cómo habían empezado siendo amigos y cómo, sin darse cuenta, él terminó convirtiéndose en alguien demasiado importante para ella. Hablaba despacio, dejando que cada recuerdo saliera con cuidado, como si volver a aquellos momentos todavía le removiera algo por dentro.

Mientras tanto, Derek apenas tocaba el vaso que tenía frente a él. Lo sostenía entre las manos, pero casi no bebía. Cada palabra parecía incomodarlo un poco más, y aunque intentaba disimularlo, sus gestos comenzaban a delatarlo.

Hasta que soltó una pequeña risa nerviosa. No parecía encontrarle gracia a lo que ella decía; más bien, era una forma de esconder la tensión que empezaba a crecer entre ambos.

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero que seas sincero conmigo.

—¿Sobre qué?

—Ayer te pusiste nervioso cuando pregunté quién reconoció el cuerpo de Ángel.

Derek apartó la mirada, como si aquella pregunta hubiera tocado exactamente el punto que estaba intentando evitar.

—No sé… todo esto me parece raro, nada más.

Ella entrecerró los ojos. Había algo en su manera de responder que no terminaba de convencerla. No era solo lo que decía, sino la forma en que evitaba mirarla, la pausa entre sus palabras y aquella incomodidad que ya no podía ocultar.

—Ajá… ¿y tú crees que yo nací ayer?

Derek volvió a apartar la vista rápidamente. Se quedó en silencio unos segundos, buscando quizá una manera de escapar de aquella conversación sin tener que responder lo que ella realmente quería saber.

Finalmente, dejó el vaso sobre la mesa.

—Voy un momento al baño.

Y sin esperar respuesta, se levantó. Ella lo siguió con la mirada mientras se alejaba, sintiendo que, en lugar de aclarar sus dudas, acababa de confirmar que había algo que Derek estaba intentando ocultar.

Fue entonces cuando notó el celular sobre la mesa. Derek lo había dejado ahí.

Apenas lo vio, el celular comenzó a sonar. Aylin observó la pantalla con cierta duda. No había ningún nombre guardado, solamente un número desconocido. Intentó ignorarlo, pero el celular continuó vibrando una y otra vez, insistente, hasta que finalmente terminó tomándolo.

Al contestar, hubo un pequeño silencio al otro lado de la línea. Después, una voz pronunció el nombre de Derek y comenzó a preguntarle qué había pasado y por qué no decía nada.

Aylin se quedó completamente inmóvil.

El corazón pareció detenerse dentro de su pecho mientras aquella voz seguía llegando desde el otro lado. No necesitó escuchar demasiado para reconocerla. Conocía cada palabra, cada pausa y hasta la forma en que pronunciaba su nombre.

Era imposible confundirse.

Sintió un vacío horrible en el pecho, como si el mundo acabara de moverse bajo sus pies. Era la voz de Ángel.

Después de cinco meses llorándolo, después de verlo desaparecer de su vida y de cargar todos los días con el dolor de creerlo muerto, acababa de escuchar su voz nuevamente.

Ángel estaba vivo.

Aylin colgó de golpe. El aire comenzó a faltarle y su respiración se volvió cada vez más irregular. Se levantó tan rápido que casi chocó con la silla y salió del restaurante sin mirar atrás.

Apenas cruzó la puerta, se cubrió la boca con una mano mientras las lágrimas comenzaban a caerle sin control. Le temblaban las piernas y las manos, y terminó apoyándose contra una pared, intentando recuperar el aire sin derrumbarse.

Y todo ese tiempo la habían dejado sufrir creyendo que estaba muerto.

La rabia comenzó a mezclarse con el alivio de una manera insoportable. Durante cinco meses había intentado aceptar una pérdida que ahora parecía no haber sido real. Había llorado, había sufrido y había aprendido a vivir con un vacío que, de repente, volvía a tener un nombre.

Después de varios minutos, logró secarse las lágrimas como pudo y respirar un poco mejor. No tenía respuestas, tampoco sabía qué significaba aquella llamada ni por qué Ángel había aparecido justo en ese momento. Pero una cosa había cambiado para siempre.

Igualmente, volvió a entrar al restaurante. Derek todavía no había regresado. Aylin se sentó lentamente en la silla y se quedó mirando fijamente el celular que continuaba sobre la mesa.

A los pocos minutos, Derek regresó a la mesa como si nada estuviera pasando. Se sentó tranquilamente y se acomodó la sudadera, completamente ajeno a lo que acababa de ocurrir.

Aylin lo observó en silencio.

Por fuera intentaba mantenerse tranquila, pero por dentro sentía que acababa de descubrir algo capaz de cambiarlo todo.

—Perdón por tardar mucho… ahora sí, ¿en qué estábamos?

—Ya no es necesario seguir con esta conversación.

—¿Cómo así?

—Tu celular ya me dio las respuestas de todo.

El rostro de Derek cambió por completo. La seguridad que había tenido hasta ese momento desapareció de golpe, reemplazada por una expresión de miedo que Aylin no había visto antes.

—¿Qué… qué quieres decir?

Aylin respiró profundo, intentando contener las lágrimas que amenazaban con volver a caer. Ya había llorado demasiado y no quería hacerlo frente a él. Sin embargo, su voz la traicionó.

—Contesté la llamada mientras estabas en el baño.

Derek sintió cómo todo su cuerpo se tensaba inmediatamente. Por unos segundos no supo qué decir. Su mente buscaba desesperadamente una forma de explicar lo que había ocurrido, pero ninguna respuesta parecía suficiente.

—Aylin, escucha…

—No —lo interrumpió ella —. ¿Qué te voy a escuchar? ¿Que llevas meses ayudando a alguien a fingir su muerte?

Las palabras salieron cargadas de dolor, pero también de una decepción mucho más profunda. Aylin no podía entender cómo había podido ocultarle algo así durante tanto tiempo. Lo miraba esperando encontrar en su rostro alguna explicación que hiciera que todo tuviera sentido, pero solo encontraba silencio.

Derek bajó la mirada. Sabía que ya no podía seguir escondiéndolo. Había llegado demasiado lejos con sus mentiras y, ahora, todas ellas estaban cayendo sobre los dos.

—¿Nunca pensaste en Sara? ¿En su madre? Esa señora lleva meses destruida pensando que su hijo está muerto.

Derek bajó la mirada, sin saber qué responder. Por un instante, pareció buscar alguna excusa que pudiera aliviar el peso de lo que acababa de quedar al descubierto, pero no encontró ninguna. El silencio entre ambos se volvió incómodo, cargado de una verdad que ninguno de los dos podía seguir evitando.

Justo en ese momento, el celular volvió a sonar sobre la mesa.

Aylin dirigió la mirada hacia la pantalla y sintió cómo la expresión de su rostro cambiaba al reconocer el nombre que aparecía allí. Era nuevamente Ángel.

Sin pensarlo demasiado, tomó el celular antes de que Derek pudiera hacerlo. Lo hizo con una seguridad que contrastaba con el nerviosismo que había comenzado a crecer dentro de ella. Ya no quería seguir permitiendo que las cosas se escondieran detrás de excusas, silencios o mentiras.

—Dame eso —dijo él, nervioso, extendiendo la mano.

Aylin alejó el celular de inmediato. Lo miró fijamente, intentando contener todo lo que sentía en ese momento. Había decepción, enojo y, sobre todo, una necesidad profunda de que Derek dejara de huir de las consecuencias de sus propias decisiones.

—No. Y si no quieres que llame ahora mismo a Sara para contarle toda la verdad, vas a contestar y vas a citar a Ángel mañana.

Derek se quedó mirándola, como si aquellas palabras hubieran terminado de quitarle la última salida que tenía. Su expresión cambió y, por un momento, dejó de parecer simplemente nervioso. Parecía asustado de lo que podía ocurrir si finalmente todo salía a la luz.

—Aylin, por favor… —murmuró, con desesperación.

—Hazlo —respondió ella, mirándolo directamente—. Si dices que amas tanto a Sara, entonces deja de ocultarle esto.

Derek cerró los ojos durante unos segundos. Sabía que Aylin tenía razón, aunque admitirlo significara enfrentarse a algo que llevaba demasiado tiempo evitando.

—Está bien…

Aylin se levantó lentamente de la mesa. No dijo nada más. Simplemente lo miró, esperando que esta vez tuviera el valor de hacer lo que debía.

—Vamos afuera.

Ambos salieron del restaurante y caminaron hasta una parte más vacía de la calle. El ruido de las personas y de los carros quedó un poco más lejos, dejando entre ellos un silencio incómodo, de esos que parecen decir mucho más que cualquier palabra.

Derek respiró profundamente. Tenía el celular entre las manos y, por un instante, pareció dudar. Miró la pantalla, luego a Aylin. Ella no apartó la mirada.

Finalmente, tomó aire una vez más antes de contestar la llamada.

Puso el celular en altavoz.

Aylin permaneció a su lado, en silencio, escuchando cada cosa que hablaban. Derek intentaba mantenerse firme, pero por dentro sentía que todo lo que había estado escondiendo comenzaba, por fin, a alcanzarlo.

Derek finalmente respondió la llamada. Al otro lado, Ángel parecía preocupado por no haber recibido respuesta antes. Derek intentó restarle importancia, explicando que se había puesto a hacer otra cosa sin darse cuenta del tiempo, aunque sabía que no era eso lo que realmente le preocupaba.

Ángel le hizo saber que lo había asustado. Derek guardó silencio por un momento y miró rápidamente a Aylin antes de continuar. Necesitaba encontrar la manera de decirle que quería verlo al día siguiente.

Le propuso encontrarse para hablar de algo importante y mencionó que iría acompañado de una amiga. La reacción de Ángel fue inmediata. Quería saber por qué era necesario que aquella amiga estuviera presente y qué tenía que ver con lo que Derek necesitaba decirle.

Derek tragó saliva antes de explicarle que ella también tenía algo importante que decirle. Después de eso, el silencio volvió a aparecer entre ambos.

Aylin permanecía cerca, escuchando cada palabra. Sentía cómo el corazón comenzaba a latirle cada vez más fuerte mientras esperaba la respuesta de Ángel. No sabía qué iba a pasar al día siguiente, pero algo dentro de ella le decía que aquella conversación podía cambiar muchas cosas.

Finalmente, acordaron encontrarse alrededor de las cuatro de la tarde, en el parque que quedaba por el centro. Ángel aceptó sin hacer más preguntas.

La llamada terminó poco después.

Derek se quedó unos segundos con el celular en la mano antes de colgar lentamente. Cuando finalmente levantó la mirada, encontró a Aylin completamente seria.

—Bien… entonces ya no tengo nada más que hacer aquí. Iré por mis cosas.

—Aylin, no me hagas esto…

Ella lo miró por unos segundos. En sus ojos no había solamente enojo. También había decepción, cansancio y esa tristeza que aparece cuando alguien a quien querías termina siendo la persona que más te obliga a alejarte.

—Eso debiste haberlo pensado antes de actuar así. Porque tarde o temprano Sara y toda su familia se van a dar cuenta de la verdad.

Después de decirlo, Aylin bajó la mirada y apretó con fuerza el bolso entre sus manos. Ya no quería discutir. Sabía que algunas verdades podían doler, pero ocultarlas solo conseguía que, cuando finalmente salieran a la luz, destruyeran mucho más de lo que alguien había intentado proteger.

Aylin negó suavemente con la cabeza y salió rápidamente del restaurante.

Mientras tanto, Derek se pasó una mano por la nuca y respiró con nerviosismo. Sabía que acababa de perder el control de aquella mentira que habían sostenido durante meses. Todo lo que habían intentado ocultar comenzaba a salir a la luz, y ya no estaba seguro de cuánto tiempo podrían seguir sosteniéndolo.

Por otro lado, Aylin caminaba por la calle completamente distraída.

Su mente estaba en otro lugar.

Las palabras, la voz de Ángel, el dolor y la rabia se mezclaban dentro de ella sin darle un momento de calma. Intentaba ordenar todo lo que acababa de descubrir, pero sus pensamientos iban demasiado rápido.

Ni siquiera prestaba atención a los carros ni a las personas que pasaban a su alrededor.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que, al cruzar una calle, un carro tuvo que frenar bruscamente muy cerca de ella. El sonido de los frenos la hizo reaccionar apenas, mientras el conductor le reclamaba desde la ventana.

Aylin apenas logró procesarlo.

Siguió caminando con la mirada baja, sintiendo que las piernas le pesaban cada vez más. Cada paso parecía costarle un poco más, como si todo lo que llevaba dentro también pesara sobre su cuerpo.

Y, en medio de todo aquello, una sola pregunta seguía dando vueltas en su cabeza.

Si Ángel realmente estaba vivo, entonces toda su historia había sido una mentira.

Y, en medio de toda aquella confusión, terminó chocando accidentalmente con alguien. El golpe fue leve, pero suficiente para hacerla detenerse por un instante. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en lo que había ocurrido; su cabeza seguía demasiado ocupada intentando ordenar todo lo que sentía.

—Perdón… —murmuró sin siquiera levantar la vista.

Pero al escuchar aquella voz, algo dentro de ella cambió. Aylin levantó la mirada rápidamente y se encontró con un rostro que, por un momento, le resultó inesperado.

—¿Santiago? ¿Qué haces aquí?

Santiago la observó con cierta confusión. Había algo extraño en la manera en que ella estaba allí, tan alterada y distraída, como si su mente estuviera en otro lugar completamente distinto. Aylin intentó disimularlo, aunque sabía que probablemente no lo estaba consiguiendo.

—Nada, iba a comprar unas cosas… ¿y tú?

La pregunta salió de sus labios con naturalidad, pero detrás de ella había algo más. Quizá alivio por encontrar un rostro conocido en medio de aquel caos, o simplemente la necesidad de aferrarse por unos segundos a algo que le resultara familiar.

Aylin intentó responder, pero apenas abrió la boca sintió cómo todo volvía a revolverse dentro de ella. Aquella sensación le cerró la garganta y, antes de poder siquiera explicar lo que estaba pasando, los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez.

Santiago cambió completamente la expresión al verla así. La preocupación apareció de inmediato en su rostro, como si hubiera entendido que aquello iba mucho más allá de una simple tristeza.

—Hey… ¿qué pasó?

Aylin negó rápidamente, intentando contenerse. Quiso tragarse el llanto, respirar hondo y fingir que podía manejarlo, pero ya no tenía fuerzas para seguir guardándose todo.

Todo lo que llevaba tanto tiempo guardando pareció salir de golpe. Las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas y el llanto se volvió cada vez más difícil de controlar.

Santiago se acercó sin pensarlo y la abrazó con cuidado. Aylin se refugió contra su pecho, dejando que por unos segundos todo aquello que había intentado ocultar dejara de pesarle sola.

—Tranquila… tranquila —murmuró él, intentando calmarla—. ¿Qué pasó?

Aylin apenas podía respirar entre el llanto. No encontraba las palabras, quizá porque ni siquiera sabía cómo explicar todo lo que sentía. Solo permaneció allí, aferrada a él, mientras Santiago le acariciaba suavemente el cabello, tratando de transmitirle con aquel gesto la calma que ella no lograba encontrar por sí misma.

—Mira… si quieres, vamos por algo de tomar y me cuentas, ¿sí?

En ese momento sentía que, si alguien la soltaba, iba a terminar derrumbándose por completo. No sabía cómo explicar lo que estaba sintiendo. Solo sabía que necesitaba quedarse ahí unos segundos más, refugiada en ese abrazo, sin tener que fingir que estaba bien.

Santiago, al verla así, decidió no presionarla. Simplemente caminó a su lado, respetando aquel silencio que parecía decir mucho más de lo que Aylin era capaz de expresar.

No intentó hacerla hablar ni preguntarle una y otra vez qué ocurría. Solo permaneció allí, cerca de ella, como si quisiera recordarle que no tenía que atravesar aquel momento completamente sola.

Después de unos minutos, encontraron un pequeño local que todavía estaba abierto. Casi no había gente dentro y el lugar estaba tranquilo, justo lo que Aylin necesitaba en ese momento.

—Ven —dijo él con suavidad.

—¿Quieres algo de tomar?

Aylin negó lentamente, sin siquiera levantar la mirada.

—No… no quiero nada.

—Bien… entonces dime qué pasó.

Aylin respiró profundamente antes de comenzar. Sin pensarlo demasiado, le contó todo con tranquilidad, tratando de mantener la voz firme mientras iba repasando cada cosa que había sucedido.

Sin embargo, conforme hablaba, las palabras comenzaron a pesarle más. Las lágrimas volvieron a salirle sin que siquiera se diera cuenta. No intentó detenerlas esta vez. Simplemente dejó que recorrieran su rostro mientras continuaba hablando.

Santiago permaneció completamente en silencio, escuchándola hasta el final. No la interrumpió ni una sola vez. Solo permaneció allí, atento a cada palabra, mientras por dentro sentía crecer una rabia que apenas podía contener.

Le dolía verla así. Y todavía más imaginar todo el daño que le habían causado, todo aquello que ella había tenido que soportar mientras intentaba aparentar que podía con todo.

Cuando Aylin terminó, quedó unos segundos en silencio. Bajó la mirada y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Y mañana tengo que verlo… —susurró al final—. Porque Derek aceptó ayudarme a encontrarme con él.

Santiago levantó la mirada de inmediato. Algo en su expresión cambió al escuchar aquello. No era solo preocupación; había en sus ojos una mezcla de miedo y determinación.

—Tú no vas a ir sola.

—Eso lo tengo que hacer yo.

Santiago sostuvo su mirada durante unos segundos. Sabía que no podía decidir por ella ni impedirle hacer algo que sentía que necesitaba hacer. Pero tampoco estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados, esperando que algo pudiera salir mal.

—Igualmente voy contigo —respondió él con firmeza—. Por cualquier cosa.

—Si quieres… mejor ya me quiero ir a mi casa.

Santiago asintió despacio. No hizo preguntas ni intentó convencerla de quedarse. Simplemente entendió que, en ese momento, Aylin necesitaba irse.

—Está bien. Vamos.

El camino de regreso fue silencioso. Ninguno de los dos encontró las palabras adecuadas para llenar aquel silencio, y quizá tampoco era necesario. Aylin llevaba

demasiado dentro como para explicarlo todo. Sentía tantas cosas, el cuerpo agotado y una tristeza difícil de poner en palabras.

Apenas podía mantener los ojos abiertos por el cansancio mental que tenía encima. Lo único que quería era llegar a casa, cerrar la puerta y dejar que todo se quedara afuera.

Santiago caminaba a su lado sin presionarla. Sabía que no podía solucionar lo que estaba pasando, pero podía acompañarla. Y, a veces, eso era lo único que una persona necesitaba: no sentirse sola mientras intentaba ordenas sus pensamientos

Aylin permaneció en silencio, mirando el camino frente a ella. No sabía qué iba a pasar después ni cómo iba a sentirse cuando despertara al día siguiente. Solo sabía que estaba cansada. Cansada de pensar, de sentir y de intentar aparentar que podía con todo.

Por ahora, llegar a casa era suficiente.

Al llegar a la casa lo único que le dio un poco de tranquilidad fue encontrar a su niña dormida en la cama.

Se acercó lentamente y la levantó con cuidado para darle pecho, procurando no despertarla demasiado. La bebé apenas se movió entre sus brazos antes de volver a quedarse dormida, tranquila, como si nada en el mundo pudiera alcanzarla mientras estuviera allí.

Aylin la observó durante unos segundos en silencio.

Había algo en verla respirar tan tranquila que conseguía calmar, aunque fuera un poco. Por un instante, dejó de pensar en lo que había ocurrido. Dejó de buscar respuestas y simplemente se permitió contemplarla, sintiendo que aquella pequeña vida era lo único que podía hacer que su corazón bajara la guardia.

Después, volvió a acostarla despacio. La acomodó con cuidado, la tapó bien y permaneció unos segundos junto a ella antes de apagar las luces del cuarto.

Ya no tenía fuerzas para seguir pensando ni para llorar.

Se recostó lentamente en la cama, sintiendo cómo el cansancio comenzaba a apoderarse de cada parte de su cuerpo. Sus pensamientos seguían ahí, mezclados y desordenados, pero poco a poco fueron perdiendo fuerza.

Y casi sin darse cuenta, mientras sus ojos todavía permanecían húmedos y su corazón seguía completamente confundido, Aylin terminó quedándose dormida.

A la mañana siguiente, Aylin despertó sobresaltada por el llanto de la niña.

Se levantó rápidamente de la cama y, al sentarse, notó que estaba sudando. Aun así, se obligó a reaccionar y tomó a la bebé entre sus brazos para calmarla. La sostuvo contra su pecho y comenzó a arrullarla lentamente, tratando de transmitirle una calma que, en realidad, ella misma no sentía.

Mientras caminaba despacio por el cuarto, tomó el celular y le escribió a Derek para recordarle lo que tenían pendiente aquel día.

—Derek, recuerda lo de hoy.

—Sí, ya está confirmado.

—Está bien, nos vemos.

Aylin guardó el celular y continuó con su rutina como si todo estuviera normal. Como si aquella mañana fuera una más. Como si dentro de ella no hubiera una sensación extraña que le costaba ignorar.

Pasó la tarde cuidando a la niña, haciendo las tareas del colegio y tratando de distraer la mente mientras las horas avanzaban lentamente. Se obligó a mantenerse ocupada, porque cada vez que tenía un momento de silencio, sus pensamientos regresaban a aquello que intentaba no pensar.

Hasta que el celular volvió a sonar.

—Hola, Aylin. ¿Ya estás lista? —preguntó Santiago.

—Sí… solo dame un momento. Estoy buscando qué ponerme.

—Bien, avísame.

Santiago se quedó esperando, mientras Aylin terminaba de decidirse frente al closet. Entre tantas opciones, ninguna parecía convencerla del todo. Quería encontrar algo que se sintiera bien, aunque en el fondo sabía que no era realmente la ropa lo que le hacía dudar.

Santiago, mientras tanto, simplemente esperaba. No necesitaba apresurarla; sabía que, tarde o temprano, Aylin saldría.

Después de varios minutos, Aylin terminó poniéndose un buzo ancho, un suéter que le quedaba grande y sus tenis blancos.

Tomó su bolso y salió de la habitación

—Mamá, iré un momento al parque.

—Está bien, mi amor.

La niña seguía dormida, así que Aylin aprovechó para salir rápido de la casa. Cerró la puerta con cuidado y comenzó a caminar, dejando atrás por unos minutos el ruido de la casa y todos esos pensamientos que últimamente parecían acompañarla a todas partes.

Bajó hasta donde vivía Santiago y, al llegar, lo encontró esperándola afuera.

Por un instante, verlo allí le produjo una sensación difícil de explicar. Quizá porque, en medio de todo lo que estaba sintiendo, había personas cuya sola presencia conseguía hacer que el mundo pareciera un poco menos pesado.

—¿Estás lista? —preguntó él apenas la vio.

—No sé… pero necesito hacerlo.

Él la observó en silencio. No parecía estar del todo convencido, aunque conocía esa expresión en su rostro. Sabía que, cuando ella decía que necesitaba hacer algo, de poco servía intentar detenerla.

—Si tú lo dices. Aunque sinceramente creo que podrías ahorrarte una llorada.

—Lo sé…

Por un momento ninguno de los dos dijo nada. Él simplemente abrió la puerta del carro, dejándole espacio para subir. Ella se quedó quieta un instante, mirando hacia el interior, como si aquel pequeño movimiento significara mucho más de lo que parecía.

—Bueno, sube.

Ella finalmente lo hizo, intentando reunir el valor que sentía que le faltaba. Sabía que no iba a ser fácil, pero también sabía que ya había llegado demasiado lejos como para echarse atrás.

Después de varios minutos de viaje, llegaron al parque.

Derek ya estaba ahí, esperándolos solo. Apenas vio a Aylin acercarse, se puso de pie y guardó el celular, como si hubiera estado pendiente de su llegada desde hacía varios minutos.

—Hola, Aylin.

—Hola.

—Ya me dijo que venía cerca —comentó Derek mientras terminaba de guardar el celular.

—Está bien.

Derek la observó con atención. Había algo en la expresión de Aylin que le hizo entender que no estaba bien, aunque ella intentara aparentar lo contrario. Se acercó un poco más, procurando no presionarla.

—Oye, necesito que estés tranquila, ¿sí?

Aylin soltó una pequeña risa sin humor. No era porque la situación le causara gracia, sino porque en ese momento la idea de estar tranquila parecía demasiado lejana. Sentía la rabia acumulada dentro de ella, creciendo con cada minuto que pasaba.

—No te prometo nada, porque aunque no lo creas… tengo mucha rabia.

Santiago cruzó los brazos mientras la observaba. Había algo en su mirada que dejaba claro que no estaba de acuerdo con ella, aunque parecía saber que insistir demasiado solo haría que Aylin se cerrara todavía más.

—Aylin, él tiene razón.

Ella negó inmediatamente, casi como si quisiera cortar la conversación antes de que alguien pudiera decir algo más. No quería escuchar explicaciones ni consejos. Aquello era algo que sentía que debía enfrentar por su cuenta, aunque en el fondo sabía que no estaba tan preparada como intentaba aparentar.

—Ya, déjenme a mí. Además, este es mi asunto.

Derek volvió a mirar el celular. Su expresión cambió apenas al revisar la pantalla, como si acabara de confirmar algo que todos estaban esperando.

—Ya está cerca.

Aylin sintió que el pecho se le apretaba. Había intentado mantenerse tranquila, pero saber que el momento se acercaba hacía que todos sus pensamientos comenzaran a mezclarse. Por un instante, deseó poder desaparecer de allí, evitar la mirada de aquella persona y dejar que todo pasara sin tener que enfrentarlo.

—Bien… creo que mejor miraré hacia otro lado porque no soy capaz de verlo de frente.

Lo dijo intentando sonar tranquila, pero su voz la delató. No era vergüenza. Tampoco era simplemente miedo. Era esa sensación incómoda de saber que, en cuanto lo tuviera frente a ella, tendría que enfrentarse a todo lo que había estado tratando de guardar dentro.

Santiago se acercó un poco más. No la tocó ni intentó obligarla a hablar. Simplemente se quedó cerca, como si quisiera hacerle saber que no tenía que pasar por aquello completamente sola.

—Aylin… ¿quieres que me quede contigo?

Ella permaneció unos segundos en silencio. Una parte de ella quería decir que sí. Quería tener a alguien cerca, alguien que pudiera darle un poco de calma en medio de todo aquello. Pero su orgullo pudo más.

—No… si quieres, ve a un lado.

Santiago la observó por un momento, entendiendo que aquel "no" quizá no significaba exactamente que no necesitara compañía. A veces Aylin tenía esa manera de alejar a las personas justo cuando más miedo tenía de quedarse sola.

Sin decir nada más, permaneció allí unos segundos antes de apartarse. Y Aylin volvió la mirada hacia otro lado, intentando reunir el valor suficiente para enfrentar lo que estaba a punto de suceder.

Santiago, al darse cuenta de que aquella conversación ya no necesitaba más personas alrededor, decidió caminar un poco más lejos para dejarles espacio. Se alejó sin decir nada, entendiendo que había momentos en los que la presencia de alguien más podía hacer que las palabras pesaran todavía más.

Derek permaneció quieto junto a la banca, claramente incómodo por todo lo que estaba pasando. No sabía muy bien qué decir ni cómo empezar aquella conversación. Aylin, en cambio, seguía de espaldas, intentando respirar con normalidad mientras luchaba por contener todo aquello que llevaba dentro.

Entonces volvió a escuchar aquella voz acercándose lentamente.

—Hola, Derek. Perdón por llegar un poco tarde.

Apenas escuchó esas palabras, sintió que algo dentro de ella volvía a romperse. Aquella voz era demasiado conocida, demasiado cercana, y escucharla después de todo lo que había ocurrido hizo que las lágrimas que había estado conteniendo fueran todavía más difíciles de controlar.

Se cubrió la boca rápidamente para evitar que se escuchara el llanto. No quería que la descubrieran. No todavía. Necesitaba unos segundos más para recomponerse, aunque en el fondo sabía que ya no podía seguir fingiendo que estaba bien.

—Tranquilo, mi hermano —respondió Derek con nerviosismo.

Ángel miró alrededor, confundido. Había algo extraño en el ambiente, una tensión que no terminaba de comprender y que hacía que incluso el silencio pareciera decir más que las palabras.

—Bueno… ¿qué era eso tan urgente?

—Antes que todo… necesito que veas a alguien.

Derek sabía que aquel momento no sería fácil. Y, aunque todavía no podía imaginar cómo reaccionaría Ángel, ya no había forma de seguir ocultando aquello que los había llevado hasta allí.

Ángel dirigió la mirada hacia ella, que aún permanecía de espaldas.

Aylin no podía moverse. Sentía las piernas débiles y el corazón golpeándole con fuerza contra el pecho. Por un instante, todo a su alrededor pareció desaparecer, como si solo existieran ellos dos y aquel momento que nunca imaginó volver a vivir.

—Hola… —dijo Ángel, todavía sin reconocerla.

Aylin respiró temblorosamente. Le costaba incluso tomar aire. Poco a poco, reunió las fuerzas que le quedaban y comenzó a girarse.

Sus ojos estaban completamente rojos. Las lágrimas seguían cayendo lentamente por sus mejillas, dejando ver todo aquello que había intentado contener durante tanto tiempo.

Y cuando finalmente sus miradas se encontraron, Ángel quedó inmóvil.

La reconoció de inmediato. No hizo falta ninguna palabra. En sus ojos había demasiadas cosas que decir: sorpresa, dolor, recuerdos y una emoción que ninguno de los dos parecía capaz de esconder.

Por unos segundos, ninguno se movió. Se quedaron allí, mirándose en silencio, como si ambos necesitaran comprobar que aquello realmente estaba sucediendo y que no se trataba simplemente de un recuerdo que había decidido volver a aparecer frente a ellos.

Era como si el tiempo se hubiera detenido de golpe, obligándolos a enfrentarse nuevamente a todo aquello que habían intentado dejar atrás. Todo lo que alguna vez sintieron, todo lo que dolió y todo lo que nunca llegaron a decir parecía regresar en un solo instante.

Y aunque ninguno pronunció una palabra, sus miradas lo decían todo. Había sentimientos que, incluso después de tanto tiempo, seguían siendo imposibles de ocultar.

—¿Aylin…?

Ella soltó una pequeña risa quebrada mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Sí… Aylin. ¿Quién más?

Ángel abrió ligeramente la boca, sin saber qué decir. Todavía parecía incapaz de creer que ella estuviera ahí, frente a él, después de todo ese tiempo.

Aylin lo observó en silencio durante unos segundos. Había tantas cosas que quería decirle que ninguna parecía suficiente para explicar todo lo que llevaba dentro.

—¿Qué pensaste? —continuó, con la voz temblorosa—. ¿Que jamás iba a darme cuenta? ¿O que nadie reconocería tu voz?

—Mira… déjame explicarte…

—¿Explicarme qué Ángel? —preguntó ella, al borde de otro llanto—. ¿Qué explicación puede tener algo así?

Él intentó acercarse un poco, pero Aylin retrocedió casi de inmediato. No quería que la tocara. No todavía. Había pasado demasiado tiempo imaginando cómo sería volver a verlo como para soportar que, ahora que finalmente estaba frente a ella, todo pudiera reducirse a un simple abrazo.

—No te pongas así…

Aylin soltó una risa llena de dolor. Una de esas risas que nacían cuando el llanto ya no encontraba por dónde salir.

—¿Entonces cómo quieres que me ponga? ¡Te lloré durante meses! ¡Viví pensando que estabas muerto por mi culpa!

La voz comenzó a quebrársele todavía más. Cada palabra parecía arrastrar consigo meses de angustia, noches sin respuestas y una culpa que nunca había sabido dónde dejar.

Siempre se había culpado por lo que le había pasado. Había repasado una y otra vez cada momento, preguntándose qué pudo haber hecho diferente, qué señal había ignorado o qué decisión habría podido cambiar aquel final. Mientras ella intentaba aprender a vivir con su ausencia, Ángel simplemente había desaparecido.

—Toda tu familia estaba destruida… tu made llorando todos los días… Samantha preguntando por ti… y tú quién sabe dónde, mientras todos sufríamos creyendo que ya no estabas vivo.

—Aylin… —susurró él, intentando acercarse nuevamente.

Ángel apenas dio un paso hacia ella, pero Aylin retrocedió de inmediato. No quería tenerlo cerca. No después de todo lo que había pasado. No después de haber llorado por él, de haberlo extrañado y de haber pensado que quizá jamás volvería a verlo.

Cuando quiso tomarle la mano, ella se apartó de inmediato.

—No me toques.

—Todo esto tiene una explicación…

—Pues habla entonces —dijo en voz baja—. Porque en este momento necesito una razón muy grande para no odiarte.

—Es que en estos momentos no puedo explicarte nada… —dijo Ángel con la voz rota.

Aquellas palabras terminaron de tensar el ambiente. Aylin sintió que algo dentro de ella se quebraba nuevamente. Había esperado tanto tiempo por respuestas y, cuando por fin lo tenía delante, él seguía sin poder dárselas.

Ángel quiso decir algo más, pero se quedó en silencio. Frente a él estaba la persona a la que había hecho sufrir sin siquiera poder explicarle por qué. Y frente a ella estaba alguien a quien había llorado como si ya hubiera muerto.

—Pero grábate algo muy bien en tu cabeza. No me vuelvas a buscar por ningún lado porque yo no quiero saber nada de ti.

—Aylin, por favor…

Ella negó lentamente con la cabeza mientras las lágrimas seguían cayendo. Ya no tenía fuerzas para discutir ni para escuchar otra explicación. Había llegado a ese punto en el que cada palabra que él pronunciaba parecía abrir un poco más una herida que llevaba demasiado tiempo intentando cerrar.

—Sigue engañándote a ti mismo si quieres… pero a mí ya no.

Se dio vuelta, dispuesta a irse. No quería mirarlo otra vez. Sabía que, si lo hacía, podía recordar todo lo que alguna vez sintió por él y terminar dudando de una decisión que le había costado demasiado tomar.

Pero Ángel reaccionó rápido.

La sujetó del brazo con fuerza.

—Aylin...

El contacto la hizo detenerse en seco. Por un instante, todo el dolor y la rabia que había estado conteniendo se transformaron en una sola reacción. Se soltó inmediatamente, alterada, apartándose de él.

—¡Suéltame!

El grito hizo que Santiago, que observaba desde lejos, caminara rápidamente hacia ellos. En cuestión de segundos, se colocó al lado de Aylin, mirándolo con seriedad. Había tensión en su rostro, pero también una clara intención de protegerla antes de que la situación pudiera empeorar.

—Hermano. Si ella no quiere saber de ti, respeta.

Ángel levantó la vista hacia él, todavía respirando agitado. Su expresión reflejaba una mezcla de enojo y frustración, como si estuviera luchando por contener todo lo que llevaba dentro. Durante unos segundos, ninguno de los dos apartó la mirada.

Derek también se acercó enseguida, notando que la tensión entre ellos comenzaba a crecer. Intentó intervenir antes de que las palabras terminaran convirtiéndose en algo más.

—Creo que lo mejor es que ya nos vayamos, Ángel… sí, el amigo de Aylin tiene razón. Vámonos.

Ángel permaneció en silencio. Por un instante, pareció que iba a responder, pero se contuvo. Apretó la mandíbula y desvió la mirada, intentando tragarse el orgullo y la rabia que le quemaban por dentro.

Aylin tampoco dijo nada. Sentía el corazón acelerado y una presión difícil de explicar en el pecho. No quería que aquella discusión siguiera creciendo, pero tampoco podía fingir que la presencia de Ángel no removía cosas que todavía no sabía cómo manejar.

Santiago permaneció junto a ella, sin necesidad de decir nada más. Su presencia era suficiente para dejar claro que no pensaba permitir que nadie la hiciera sentirse acorralada.

Finalmente, Derek tomó a Ángel del brazo y comenzó a alejarlo. Ángel caminó unos pasos, pero antes de irse volvió la mirada hacia Aylin.

Se limpió las lágrimas rápidamente, aunque era inútil. Seguían saliendo, mezclándose con las gotas de lluvia que comenzaban a caer sobre su rostro.

Luego miró a Santiago.

—Vamos.

Antes de irse, le lanzó una última mirada seria a Ángel, dejando claro que no pensaba dejar sola a Aylin en ese estado. No necesitaba decir nada. Su expresión lo decía todo.

Antes de irse por completo, Aylin volteó una última vez.

A lo lejos alcanzó a ver a Ángel. Seguía llorando mientras discutía algo con Derek en medio del parque. La lluvia comenzaba a caer cada vez más fuerte sobre ellos, borrando poco a poco los detalles de aquella escena.

Había una parte de ella que quería quedarse. Quería saber qué estaba pasando, escuchar a Ángel y entender por qué todo había terminado de aquella manera. Pero estaba demasiado cansada para seguir enfrentándose a sus propias emociones.

Ambos avanzaron rápido hasta detenerse bajo el techo de un pequeño local cerrado, mientras el aguacero golpeaba con fuerza la calle. El sonido de la lluvia llenó el silencio entre los dos, dejando poco espacio para cualquier otra cosa.

Aylin permaneció quieta, con la mirada perdida frente a ella.

—¿Estás bien?

Aylin soltó una pequeña risa cansada mientras se limpiaba las mejillas mojadas, aunque ya no sabía si era lluvia o lágrimas.

—No sé… todo esto pareciera un sueño, te lo juro.

—Tranquila. Hiciste lo correcto… aparte, desde lejos vi que estuviste firme.

—Supongo…

Ella bajó la mirada por un instante, todavía tratando de asimilar todo lo que acababa de pasar. Había algo extraño en sentirse tranquila después de una situación así, como si su cuerpo hubiera decidido descansar antes de que su mente pudiera entenderlo.

De repente, levantó la cabeza. La lluvia caía con fuerza sobre la calle vacía, golpeando el pavimento y llenando el silencio que los rodeaba. Por unos segundos, simplemente la observó, dejando que el sonido de las gotas se llevara un poco de la tensión que aún cargaba.

Entonces, casi sin pensarlo, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Más bien salgamos corriendo hasta el carro.

Santiago la miró confundido, como si no estuviera seguro de haberla escuchado bien.

—¿Cómo así?

—Sí. Será divertido.

—Me sorprendes cada día más.

—¿Por qué?

—Porque acabas de pasar por todo eso… y aun así te ves tranquila.

Ella no respondió de inmediato. Solo volvió a mirar la lluvia. Quizá no estaba realmente tranquila. Tal vez simplemente había aprendido que, después de ciertos momentos, uno necesitaba respirar, soltar un poco el peso y permitirse sonreír aunque todavía doliera.

—Supongo que porque ya dejé todo claro.

Aylin no esperó a que Santiago respondiera. Había algo en la forma en que lo dijo que dejaba claro que no quería seguir con aquella discusión. Sin darle tiempo a reaccionar, salió corriendo bajo la lluvia, dejando que el aguacero se llevara consigo la tensión que todavía sentía en el pecho.

—¡Aylin, no seas tramposa! —gritó Santiago, saliendo detrás de ella.

Ambos comenzaron a correr entre los charcos mientras el aguacero les caía encima. La tensión de unos segundos atrás comenzó a desvanecerse poco a poco, reemplazada por las risas y la sensación de estar haciendo algo completamente impulsivo.

Aylin iba riéndose mientras corría, sintiendo cómo la lluvia empapaba su ropa y el cabello se le pegaba al rostro. Por un momento, dejó de pensar en lo que acababan de discutir. Solo quería correr, reír y disfrutar de aquel instante.

Santiago apenas lograba seguirle el paso. Cuando finalmente llegaron al carro, abrió la puerta lo más rápido posible y ambos entraron completamente empapados.

Aylin seguía riéndose mientras intentaba recuperar el aire. Santiago la miró, todavía intentando respirar con normalidad, y por unos segundos ninguno dijo nada. La tensión que había existido entre ellos parecía haberse quedado afuera, bajo la lluvia.

—¿Ves? No era para tanto.

—¿Por?

—Es que yo soy alérgico al agua.

Ella soltó una carcajada.

—Ay, no… entonces, ¿no te bañas o qué?

—Sí me baño —respondió, fingiendo indignación—, pero hoy me había peinado y ahora se me arruinó todo.

La respuesta salió casi de inmediato, acompañada de una expresión de molestia que intentaba parecer más seria de lo que realmente era. Aun así, había algo en la forma en que se miraban que hacía que la conversación tuviera una tensión difícil de ignorar.

No era una discusión de verdad, pero tampoco era completamente una broma. Entre las palabras quedaban pequeñas incomodidades, gestos contenidos y esa sensación de que ambos estaban jugando a molestarse sin querer admitir cuánto les afectaba el otro.

Por un momento, ninguno dijo nada. El silencio se instaló entre los dos, breve, pero suficiente para que la ligereza de la conversación pareciera esconder algo más profundo.

Santiago arrancó el carro despacio mientras la lluvia seguía golpeando el parabrisas. El sonido de los limpiaparabrisas marcaba un ritmo constante, casi hipnótico, que llenaba el espacio entre ambos.

De vez en cuando, él giraba un poco la cabeza para mirar a Aylin. No era una mirada insistente, sino cuidadosa, como si todavía estuviera intentando entender qué decirle después de todo lo que acababa de pasar.

Aylin lo notaba. Sentía cada una de esas miradas rápidas que él intentaba disimular, pero no decía nada. Permanecía viendo por la ventana, con las manos entrelazadas sobre su regazo, tratando de ordenar todo lo que todavía le pesaba por dentro.

Afuera, la lluvia hacía que las luces de la calle se reflejaran sobre el pavimento mojado. Todo parecía moverse lentamente, como si el mundo hubiera decidido bajar el ritmo mientras ellos permanecían atrapados en aquel pequeño espacio.

El silencio dentro del carro no era incómodo, pero sí denso. Había algo en él que ninguno de los dos se atrevía a tocar. Las palabras parecían estar ahí, suspendidas entre ambos, esperando el momento en que alguno tuviera el valor suficiente para dejarlas salir.

Santiago mantenía ambas manos sobre el volante. Aunque intentaba concentrarse en la carretera, su expresión lo delataba. Estaba preocupado. No solo por lo que había ocurrido, sino por la forma en que Aylin había cambiado desde entonces.

Ella seguía mirando hacia afuera, pero su mente estaba lejos de aquella ventana. Había demasiadas cosas pasando al mismo tiempo, demasiadas emociones que no sabía cómo acomodar.

Después de unos minutos, Santiago habló sin despegar demasiado la vista de la carretera.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

Aylin tardó en responder. La pregunta quedó suspendida entre los dos, tocando una parte de ella que llevaba rato intentando mantener cerrada. Se mordió un poco el labio y bajó la mirada, buscando alguna respuesta que no tuviera que dar.

—No sé… no quisiera hablar de eso —dijo al final, en voz baja.

—Está bien.

El resto del camino siguieron en silencio. Ya no era un silencio incómodo, pero tampoco era tranquilo. Aylin permaneció mirando por la ventana, dejando que las luces de la calle pasaran frente a sus ojos mientras intentaba ordenar todo lo que llevaba en la cabeza.

Quizá había preguntas para las que todavía no tenía respuestas. O quizá simplemente no quería enfrentarse a ellas todavía.

Cuando el carro finalmente se detuvo frente a su casa, Aylin respiró profundo y acomodó su bolso.

—Bueno… muchas gracias —dijo mientras se preparaba para bajar.

—No es por nada —respondió Santiago—. Descansa. Y me avisas cualquier cosa.

—Está bien.

Abrió la puerta y bajó del carro. Antes de cerrarla, miró a Santiago una última vez. No dijo nada más.

Quizá porque, en ese momento, no sabía qué decir.

Santiago la observó hasta que cruzó la puerta. Solo entonces volvió a arrancar, alejándose despacio hasta desaparecer por la calle mojada.

Dentro de la casa, Aylin cerró la puerta con cuidado. Se quedó quieta unos segundos, respirando profundamente, como si el aire de su propia casa pesara menos que el de afuera.

Por un instante, dejó que el silencio la envolviera. Todavía llevaba consigo todo lo que había pasado afuera, esa sensación incómoda que no terminaba de desaparecer, aunque ya estuviera lejos de él.

Caminó directamente hacia la habitación.

La bebé estaba en su cuna, tranquila, moviendo sus manitos alrededor de los juguetes. La miró y, por un momento, todo lo demás pareció detenerse.

Había algo en verla así que conseguía aflojarle el pecho. Como si, frente a aquella pequeña tranquilidad, los problemas pudieran esperar unos minutos más.

Aylin se acercó despacio, con una suavidad casi automática, y se quedó observándola en silencio.

—Hola, mi amor… ¿qué son esos ojitos tan bonitos? —susurró, levantándola con cuidado.

La bebé hizo un pequeño sonido, acomodándose contra su pecho. Aylin la sostuvo con suavidad.

En ese instante, la voz de su madre se escuchó desde la cocina.

—¿Cómo te fue?

—Bien.

Su madre salió un poco, observándola con atención. La conocía lo suficiente como para saber que aquella respuesta escondía mucho más de lo que decía.

—"Bien" es bien… ¿bien bien o bien mal?

Aylin soltó un suspiro leve. No tenía fuerzas para explicar demasiado, y mucho menos para poner en palabras algo que ni siquiera ella terminaba de comprender.

—No sé, ma… creo que más adelante te vas a dar cuenta.

—¿No es nada malo?

—No lo sé… mejor déjamelo a mí. Es un asunto mío.

—Está bien… ya eres una adulta. Solo te aconsejo.

Aylin bajó la mirada por un instante. Aunque sabía que su madre no lo decía con mala intención, aquellas palabras le hicieron sentir el peso de todo lo que había cambiado. Ya no era una niña a la que podían decirle qué hacer; ahora tenía que

aprender a tomar sus propias decisiones, incluso cuando no estaba segura de estar haciéndolo bien.

—Sí, ma… gracias —respondió Aylin, sin alzar demasiado la voz.

Había algo en la forma en que su madre la había hablado que la hacía sentirse un poco incómoda, aunque ninguna de las dos quisiera continuar con la discusión.

—Le voy a dar de comer y la voy a acostar.

—Está bien. Nosotros ya vamos a dormir.

Aylin asintió en silencio. No quiso decir nada más. Sabía que cualquier palabra podía volver a encender una conversación que ambas preferían dejar hasta ahí.

Mientras sus padres se alejaban, ella permaneció junto a su bebé observando sus ojos. La casa comenzó a quedarse en silencio, pero dentro de ella todavía quedaba aquella sensación incómoda que dejan las conversaciones que terminan sin realmente haber terminado.

Aylin se quedó unos segundos más abrazando a su bebé, sintiendo cómo su respiración se iba calmando poco a poco.

Con cuidado, la acomodó de nuevo en la cuna, asegurándose de que estuviera bien tapada y tranquila. La bebé se movió apenas entre las mantas, pero no lloró. Aylin la observó en silencio, acariciándole suavemente la cabecita, como si ese simple gesto fuera suficiente para decirle cuánto la quería.

Se quedó un momento más junto a ella, sin querer alejarse todavía. Había algo en verla dormir que conseguía tranquilizarla, aunque el cansancio siguiera presente. Era una sensación difícil de explicar; una mezcla de ternura, preocupación y ese profundo instinto de querer asegurarse de que estuviera bien.

Finalmente, con movimientos lentos, volvió a la cama y se acostó a su lado. Se giró de costado para poder verla desde donde estaba, sin apartar demasiado la mirada de la cuna.

Ayin cerró los ojos despacio.

Y esta vez, no pensó en nada más.

Dejó que el sueño la alcanzara poco a poco, mientras su mano quedaba cerca de la cuna, como si incluso dormida necesitara sentir que su hija seguía ahí.

22

Una presencia inevitable

A veces, lo que queremos evitar termina estando más cerca de lo que imaginamos.

Después de descubrir la verdad, Aylin ya no volvió a ser la misma. No fue algo inmediato, sino lento, casi imperceptible, como si cada día le quitara un poco de brillo sin que nadie llegara a notarlo del todo. Seguía yendo al colegio, seguía cuidando a su bebé y seguía sonriendo cuando era necesario, pero por dentro todo se sentía más pesado.

Había días en los que simplemente se quedaba en silencio, mirando hacia la nada, como si su mente estuviera en otro lugar. Estaba presente, pero al mismo tiempo parecía muy lejos de todo lo que ocurría a su alrededor.

Santiago notaba los cambios. Su madre también. La forma en que Aylin hablaba, sus silencios más largos y las veces en que parecía perderse en sus propios pensamientos dejaban claro que algo había cambiado, aunque ella hiciera todo lo posible por esconderlo.

Pero Aylin siempre respondía lo mismo: estaba bien.

Lo que más le dolía no era solamente lo que había pasado, sino tener que seguir viviendo con la verdad todos los días. No podía borrarla ni fingir que nunca había ocurrido. La llevaba consigo incluso en los momentos más tranquilos, escondida detrás de una sonrisa o de una conversación cualquiera.

Y quizá eso era lo más difícil: descubrir que algunas verdades no terminan cuando se conocen. Algunas apenas comienzan a doler de verdad después de ser descubiertas.

En medio de aquel vacío, la iglesia volvió a aparecer como un refugio. Un lugar al que podía acudir cuando sentía que ya no sabía dónde acomodar todo lo que llevaba dentro. Pero, sin saberlo, también sería el lugar donde el destino volvería a poner frente a ella aquello que tanto había intentado dejar atrás.

Aquella tarde, mientras acomodaba a la niña en la cuna, Aylin intentó concentrarse en los pequeños movimientos de su hija. La observó durante unos segundos, buscando en su rostro esa tranquilidad que ella misma había perdido.

Entonces, la puerta de la habitación se abrió lentamente.

Su madre entró despacio y, aunque ninguna de las dos dijo nada todavía, Aylin sintió que algo en el ambiente había cambiado.

Aylin continuó acomodando la cobija de la bebé, estirándola con cuidado aunque ya estaba perfectamente puesta. Era una excusa para mantener las manos ocupadas y, sobre todo, para no tener que mirar a su madre. Había cosas que prefería guardar dentro antes que intentar explicarlas en voz alta.

—Oye, mi amor… ¿qué tienes? —preguntó con suavidad—. Sé que tratas de disimular lo que sientes. Yo soy tu madre, me puedes decir.

Aylin bajó un poco la mirada. Por un instante sintió que, si levantaba los ojos, su madre iba a notar todo aquello que llevaba intentando esconder. Respiró despacio y siguió concentrándose en la bebé, como si aquella pequeña tarea pudiera mantenerla a salvo de la conversación.

—No, ma… déjalo así.

Su madre la observó en silencio. No parecía convencida, pero tampoco quiso presionarla de inmediato. Conocía demasiado bien esos silencios de su hija, esa manera de responder que parecía decir mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Y por qué no vas unos días a la casa de la pastora? Sabes que ella siempre te pone a hacer cosas, habla contigo y te distrae.

La propuesta no le molestó exactamente, pero tampoco consiguió tranquilizarla. Sentía que todos buscaban una forma de distraerla, de mantenerla ocupada para que dejara de pensar, cuando lo que realmente necesitaba era poder quedarse a solas con todo aquello que llevaba dentro.

—No sé… tal vez sí me haría bien, pero no sé.

—No importa, más bien voy a llamarla de una vez.

Antes de que Aylin pudiera responder, su madre salió de la habitación con el celular en la mano.

Aylin se quedó en silencio, mirando hacia la puerta mientras escuchaba sus pasos alejarse por el pasillo. Poco después, alcanzó a escuchar la voz de su madre al otro lado.

No podía distinguir cada palabra, pero sí lo suficiente para entender que la conversación tenía que ver con ella. Y, aunque intentó no prestarle atención, algo

dentro de Aylin se tensó. Se quedó quieta, escuchando desde la habitación, con esa sensación incómoda de estar a punto de enterarse de algo que quizá no estaba preparada para escuchar.

Minutos después, apenas terminó la llamada, el celular de Aylin comenzó a sonar. Al ver quién era, contestó casi de inmediato.

—Hola, Aylin.

—Hola, pas.

—¿Cómo estás?

Aylin sonrió apenas, aunque aquella sonrisa no alcanzó a esconder del todo lo que llevaba dentro.

—Bien… supongo.

Al otro lado de la llamada, la pastora parecía estar buscando la manera correcta de decirlo, sin presionarla ni hacerla sentir que tenía que explicar algo que todavía no estaba preparada para contar.

Su madre le había contado un poco sobre cómo se había sentido últimamente. No todo, pero sí lo suficiente para que entendiera que Aylin no estaba pasando por un buen momento.

Por eso, le propuso que, si quería, podía irse unos días con ella. No necesitaba dar explicaciones ni aparentar que todo estaba bien. Podía simplemente estar allí, lejos por un momento de todo aquello que últimamente parecía pesarle demasiado.

Por unos segundos no supo qué responder. Una parte de ella quería quedarse, encerrarse en su propio espacio y no tener que hablar con nadie. Pero otra, mucho más cansada, necesitaba alejarse un poco de todo.

—Está bien —dijo finalmente Aylin.

—Perfecto. Aquí te espero entonces.

Cuando colgó, Aylin se quedó unos segundos en silencio, como si necesitara ordenar sus pensamientos antes de moverse. Luego comenzó a buscar ropa dentro del clóset.

Guardó algunas mudadas para ella, pañales, cobijas y las cosas de la bebé. Lo hacía con cuidado, intentando no olvidar nada, aunque la prisa hacía que sus movimientos fueran un poco más tensos de lo normal.

Cuando terminó, tomó a la niña en brazos. La pequeña se acomodó contra su pecho.

Aylin salió de la habitación con un bolso en una mano y la pañalera en la otra. Por un instante, miró hacia atrás antes de cerrar la puerta. Había algo extraño en dejar la habitación, aunque fuera solo por un tiempo. Como si, al salir, también estuviera dejando atrás una parte de la tranquilidad que había conseguido construir allí.

Respiró hondo y continuó caminando, sosteniendo a su hija un poco más cerca de su pecho.

—¿Lista? —preguntó su mamá al verla.

Aylin la miró por un momento. No estaba segura de estarlo, pero tampoco quería seguir pensando demasiado en todo lo que estaba dejando atrás.

—No sé… pero bueno.

Decidió no darle más vueltas. Iba a pedir un carro y, aunque intentaba aparentar tranquilidad, sentía una pequeña presión en el pecho. Era extraño estar a punto de irse, como si de pronto todo estuviera pasando demasiado rápido.

—¿Vas a pedir un carro?

—Sí, eso voy a hacer.

Minutos después, el carro llegó frente a la casa. Aylin salió con el bolso y la pañalera y comenzó a acomodarlas, tratando de concentrarse en lo que tenía que hacer para no pensar demasiado en la despedida.

Cuando terminó, volvió a mirar a su madre. Por un instante ninguna dijo nada. Había cosas que ninguna de las dos necesitaba decir; se notaban en la forma en que se miraban.

Aylin intentó romper aquel momento antes de que se volviera más difícil.

—Bueno, ma… no me extrañen —dijo, intentando bromear.

Su voz llevaba una ligereza que no terminaba de esconder lo que realmente sentía. Sabía que, aunque lo dijera como una broma, seguramente sí la iban a extrañar.

—Tranquila. Más bien cuida a esta chiquita.

—Adiós

Aylin subió al carro y, durante todo el camino, se quedó viendo por la ventana en silencio. Apenas hablaba. Sus pensamientos parecían estar en otro lugar, mientras el paisaje pasaba frente a sus ojos sin que realmente lo mirara.

Cuando finalmente llegaron a la iglesia, la pastora ya la estaba esperando afuera. Al verla bajar, sonrió y se acercó a ella.

—Hola, Aylin.

—Hola, pas.

Su expresión cambió por completo al verla tan pequeña y tranquila en los brazos de Aylin.

—Ay, ¿trajiste a esta belleza?

—Sí.

—¿Me dejas alzarla?

Aylin se la entregó con cuidado. Había pasado buena parte del camino sosteniéndola y, aunque no quería admitirlo, ya sentía la mano cansada.

—Claro… ya me duele la mano más bien.

La pastora soltó una pequeña risa mientras acomodaba a la bebé entre sus brazos. Aylin la observó en silencio por unos segundos. Había algo extraño en verla así, tan tranquila, mientras ella por dentro llevaba demasiadas cosas que todavía no sabía cómo ordenar.

Por un momento, se quedó allí, frente a la iglesia, mirando a la bebé en brazos de la pastora. No dijo nada. Simplemente respiró hondo y dejó que aquel pequeño instante de calma hiciera un poco de espacio entre todos sus pensamientos.

—Pasa. Ya sabes dónde queda la habitación de visitas.

Aylin siguió lentamente por el pasillo, sin imaginar que aquel lugar, al que había llegado buscando un poco de tranquilidad, terminaría convirtiéndose también en el espacio donde tendría que enfrentarse, una vez más, con partes de su pasado que creía haber dejado atrás.

Al entrar al la habitación, dejó la pañalera y el bolso sobre la cama. Se quedó de pie unos segundos, como si su cuerpo todavía se negara a descansar, hasta que finalmente se dejó caer con lentitud sobre el colchón.

La pastora permaneció en la puerta, observándola en silencio. Había algo en la forma en que Aylin se movía, en sus hombros cansados y en aquella mirada perdida, que dejaba claro que no se trataba solamente de sueño.

—Estás agotada, ¿cierto? —preguntó con suavidad.

—Sí… llevo días sin poder dormir bien.

—¿Quieres hablar ahora?

Aylin abrió los ojos lentamente y miró hacia el techo. La pregunta parecía sencilla, pero algo dentro de ella se tensó. Hablar significaba abrir una puerta que quizá llevaba demasiado tiempo intentando mantener cerrada.

—Dame un momento, ¿sí? Voy a tratar de dormir a la niña porque a estas horas ya debería estar dormida.

—Está bien, ten.

La pastora le entregó a la bebé para que pudiera darle pecho. Aylin la recibió con cuidado, acomodándola entre sus brazos mientras la pequeña buscaba acomodarse. P

—Voy a hacer la cena porque ahorita viene el hombre.

Aylin no preguntó nada. Solo permaneció allí, sosteniendo a la niña contra su pecho, mientras observaba cómo la pastora se alejaba para preparar la cena.

Las horas pasaron lentamente.

Aylin le dio de comer a la niña, le sacó los cólicos y, finalmente, logró dormirla sobre la cama. Se quedó observándola unos segundos, atenta a cualquier movimiento, asegurándose de que no fuera a despertarse. Había algo en verla dormir que, por un instante, le hacía olvidar el cansancio.

Cuando estuvo segura de que seguía profundamente dormida, salió despacio de la habitación y cerró la puerta con cuidado.

La pastora levantó la mirada desde la cocina al verla regresar. Aylin se acercó todavía en silencio, como si una parte de ella siguiera pendiente de la pequeña.

—¿Cuánto tardaste?

—Sí tardé un poco… normalmente se me hace fácil dormirla, pero hoy no sé qué pasó.

La pastora la observó por un momento, notando el cansancio en su rostro. Aylin intentó restarle importancia.

—Entonces vamos a la oficina.

—Si quieres.

—Ven, solo déjame buscar las llaves.

La pastora abrió rápidamente uno de los cajones y comenzó a buscar entre las cosas.

—No son esas.

Continuó buscando hasta que, finalmente, encontró las llaves. Las levantó un poco, como si acabara de descubrirlas después de haberlas buscado durante demasiado tiempo.

—Así, mira —dijo después, dejando escapar una pequeña risa.

Ambas caminaron hasta la pequeña oficina.

Aylin se sentó en uno de los sillones pequeños, mientras la pastora tomaba asiento detrás del escritorio.

—Y bien… ¿cómo quieres iniciar esta sesión? —preguntó la pastora con calma.

Aylin bajó la mirada hacia sus manos. Las observó durante unos segundos, jugando distraídamente con sus dedos mientras buscaba por dónde comenzar. Había demasiado que decir y, aun así, ninguna palabra parecía suficiente para explicar todo lo que había pasado.

Pero, sin pensarlo demasiado, comenzó a contarle todo.

Las palabras fueron saliendo poco a poco, algunas con dificultad y otras con una naturalidad que incluso a ella misma le sorprendía. Aylin habló de lo que había vivido, de aquello que había callado y de todo lo que había intentado llevar sola.

La pastora permaneció atenta, escuchándola sin interrumpirla. Su expresión fue cambiando a medida que avanzaba la historia. Varias veces pareció quedarse sin palabras, como si algunas de las cosas que estaba escuchando fueran demasiado difíciles incluso para responderlas de inmediato.

Aylin continuó hablando.

Y, mientras lo hacía, sentía cómo aquella tensión que llevaba acumulada comenzaba a salir poco a poco, aunque no necesariamente en forma de alivio. Había recuerdos que todavía dolían al pronunciarlos y otros que, incluso después de tanto tiempo, seguían teniendo el mismo dolor.

La pastora la escuchaba completamente sorprendida.

Por momentos, su mirada reflejaba preocupación. En otros, simplemente permanecía en silencio, intentando procesar todo lo que Aylin acababa de poner frente a ella.

—¿Tú no estás alucinando? —preguntó al final, con una pequeña sonrisa nerviosa.

Aylin soltó una risa cansada, aunque en el fondo sabía que aquella situación no tenía nada de graciosa.

—No… por más que quisiera que fuera así, no lo es.—Por Dios Santo…

Aylin negó ligeramente con la cabeza. Incluso para ella, decirlo en voz alta hacía que todo pareciera todavía más absurdo, como si estuviera contando una película que alguien había inventado.

—Se me hace una película completa, te lo juro.

—Es que, Aylin… sinceramente yo tampoco sabría cómo reaccionar si me pasa algo así.

—Lo peor no fue verlo… fue darme cuenta de que todos lloramos a alguien que nunca estuvo muerto.

—¿Y él qué te dijo?

—Que todo tenía una explicación… pero no quise escucharlo.

—¿Y no te dio curiosidad saber por qué hizo todo eso?

—Sí… pero al mismo tiempo no quería seguir escuchándolo porque sentía demasiada rabia.

—Es entendible.

Aylin apoyó los brazos sobre sus piernas y entrelazó las manos. Su voz bajó un poco, como si al recordar todo aquello volviera a sentir la misma impotencia.

—Es que no fue solo desaparecer… él dejó que todos sufrieran creyendo que estaba muerto. Su madre , Sara, yo… todos.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Nada. No quiero meterme más en eso.

—¿No piensas volver a hablar con él?

—No sé… pero ahorita no quiero verlo ni escuchar explicaciones.

—Lo importante es que pienses en ti y en tu tranquilidad. Ya has pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Aylin soltó una pequeña risa, pero no había alegría en ella. Era más bien una forma de liberar un poco de todo lo que llevaba. Por un momento se quedó en silencio, pensando en todo lo que había ocurrido. Samuel, el hospital, Ángel… una cosa detrás de otra, sin darle siquiera tiempo para respirar.

—Mi vida parece escrita por alguien que me odia.

—Muchacha, tampoco así.

—Es verdad. Primero Samuel, después el hospital, ahora Ángel… sinceramente ya no sé qué más puede pasar.

Hizo una pausa y dejó escapar un suspiro.

—Después de esto, ¿qué? ¿Voy a ser yo la que estará en un ataúd?

La expresión de la pastora cambió de inmediato. La ligereza de unos segundos antes desapareció de su rostro y la señaló con seriedad.

—No diga eso ni jugando —respondió la pastora.

Aylin bajó la mirada. Sabía que había llevado demasiado lejos aquella frase, pero en el fondo no había querido hablar de la muerte. Solo estaba cansada. Cansada de sentir que cada vez que lograba levantarse de algo, la vida encontraba una nueva manera de golpearla.

Aylin volvió a reírse un poco. Aunque seguía agotada emocionalmente, al menos sentía que podía desahogarse sin tener que aparentar que todo estaba bien. Había algo reconfortante en poder hablar de lo que llevaba dentro sin sentirse juzgada ni obligada a encontrar respuestas.

La conversación continuó durante varios minutos más. Hablaron del miedo que Aylin sentía de volver a confiar en alguien, del cansancio que había ido acumulando durante meses y de cómo, poco a poco, había comenzado a sentirse perdida dentro de todo lo que estaba viviendo.

Hasta que finalmente la pastora miró la hora y se dio cuenta de que ya era tarde. Le recordó que lo mejor sería que descansara un rato antes de que su hija volviera a despertarse. Aylin se puso de pie lentamente, acomodándose un poco el suéter mientras agradecía haber podido hablar con ella.

La pastora caminó a su lado hasta la puerta de la oficina. Aylin volvió a agradecerle por haberla escuchado, y la pastora le respondió con una sonrisa tranquila, recordándole que para eso estaba allí.

Antes de cerrar la oficina, la pastora propuso que fueran a cenar. Aylin suspiró al escucharla, pero enseguida reconoció que tenía demasiada hambre. Durante aquellos días apenas había logrado comer bien y su cuerpo comenzaba a reclamarle el cansancio. La pastora admitió entre risas que ella tampoco había comido demasiado.

Ambas caminaron hasta la cocina. El ambiente se sentía mucho más tranquilo después de haber hablado durante tanto tiempo. La tensión que había acompañado a Aylin desde que llegó parecía haberse quedado atrás, aunque el cansancio todavía seguía presente en su rostro.

La pastora comenzó a sacar los platos mientras Aylin acomodaba los vasos sobre la mesa. Al levantar las tapas de las ollas descubrió que había arroz, pollo y ensalada. Nada demasiado elaborado, pero en ese momento Aylin no necesitaba nada más. Solo quería comer algo y sentirse un poco en paz.

Entre las dos terminaron de servir la cena rápidamente y se sentaron una frente a la otra en la pequeña mesa de la cocina. Durante unos minutos no hablaron. Solo se escuchaban los cubiertos y el sonido lejano de la lluvia que apenas comenzaba afuera.

Entonces la pastora volvió a tocar el tema que habían dejado pendiente. Le hizo notar que llevaba demasiado tiempo intentando hacerse la fuerte para todo el mundo. Aylin bajó la mirada hacia su plato y reconoció, casi en un susurro, que probablemente ya se había acostumbrado.

La pastora le recordó que acostumbrarse no significaba dejar de cansarse. Aylin sonrió apenas y admitió que estaba demasiado cansada. Aquellas palabras salieron con una sinceridad que ya no intentaba esconder.

Después de unos segundos, la pastora cambió el tema y preguntó por la niña. El rostro de Aylin se suavizó inmediatamente al hablar de ella. Contó que estaba bien, gracias a Dios, aunque cada vez dormía menos. La pastora bromeó con que eso era apenas el comienzo de la maternidad.

Aylin se rio, reconociendo que ahora entendía por qué las madres vivían siempre cansadas. La pastora le hizo saber que apenas estaba comenzando y que todavía le esperaba mucho por aprender.

Ambas continuaron hablando tranquilamente mientras terminaban de cenar. Poco a poco, la conversación se volvió más ligera y Aylin pudo disfrutar de aquel pequeño momento de calma que tanto necesitaba.

Ya más tarde, el esposo de la pastora llegó a la casa buscando algo de comer en la cocina. Al entrar y encontrarse con Aylin sentada en la sala, se detuvo por un instante y sonrió, claramente sorprendido de verla allí.

—Hola, pas.

Él abrió la refri mientras hablaba, como si su llegada no tuviera nada de extraño.

—¿Y eso que estás aquí?

—Nada… estoy dándome una vuelta por unos días.

Le parecía bien tenerla allí; al menos podía acompañar a aquella señora para que no estuviera sola y, de paso, ayudarlo un poco con el niño. Lo dijo con naturalidad, sin darle demasiadas vueltas, pero Aylin alcanzó a notar el cariño detrás de sus palabras.

—¡A mí no me digas señora! —gritó la pastora desde la habitación.

El pastor soltó una pequeña risa y negó con la cabeza. Ya conocía de sobra aquella reacción. No era la primera vez que escuchaba la misma protesta, ni probablemente sería la última.

—Creo que se enojó.

—Así es siempre… pero mejor acostúmbrate —dijo él en voz baja mientras buscaba un plato.

—Bueno… me voy a dormir. Mañana tengo que ir al colegio.

—Está bien, mi niña. Descansa entonces.

El pastor, que acababa de salir de la otra habitación mientras se acomodaba los lentes, levantó la mirada al escucharla. Ella ya estaba cansada y solo quería irse a descansar, aunque antes de marcharse todavía tenía algo que decir.

—Hasta mañana.

—Solo recuerde que tengo una niña dormida en la habitación.

—Ajá… ¿y?

—Para que no ronque mucho.

El pastor terminó soltando una carcajada mientras negaba lentamente con la cabeza. En medio del cansancio y de todo lo que había ocurrido durante el día, aquel pequeño comentario consiguió aflojar un poco la tensión.

—Ah, muchacha.

Ella sonrió, sintiendo que, por un momento, no necesitaba decir nada más. A veces, incluso en los días más pesados, una tontería podía bastar para devolver un poco de calma antes de cerrar la noche.

A la mañana siguiente, Aylin se levantó con cuidado para no despertar a la bebé. Todavía sentía el cansancio acumulado, pero aun así se obligó a salir de la cama y comenzar a prepararse para ir al colegio.

Se bañó rápidamente, se arregló y, antes de irse, bajó a la cocina en silencio. Preparó café, calentó un poco de pan y dejó listo el desayuno para los pastores como una pequeña muestra de agradecimiento por haberle permitido quedarse allí.

Luego regresó a la habitación y alzó a la niña, que todavía dormía profundamente. La sostuvo con cuidado mientras caminaba despacio hasta la habitación de los pastores. Tocó suavemente la puerta y esperó unos segundos hasta que la pastora abrió, todavía despeinada y con el sueño marcado en el rostro.

Aylin le explicó que necesitaba que cuidaran a la bebé mientras estaba en el colegio. La pastora aceptó sin problema y abrió un poco más la puerta, encendiendo la luz con suavidad para no despertar del todo al pastor.

Después acomodó unas almohadas sobre la cama, formando un pequeño espacio para la niña. Aylin se acercó despacio y la acostó con cuidado. La bebé apenas se movió antes de acomodarse nuevamente y continuar dormida.

Aylin la tapó bien y se quedó unos segundos observándola. Le costaba dejarla allí, aunque sabía que estaría cuidada. Finalmente, agradeció una vez más a la pastora y se despidió.

La pastora le aseguró que podía irse tranquila y le deseó que le fuera bien en el colegio. Aylin sonrió apenas, respondió con un pequeño "Amén" y cerró la puerta despacio.

Bajó las escaleras, tomó su bolso y salió de la casa. Aunque todavía estaba cansada, intentó dejar atrás la preocupación y concentrarse en las clases que tenía por delante.

La hora del almuerzo llegó más rápido de lo que esperaba. Aylin estaba sentada en el piso de uno de los pasillos del colegio, apoyada contra la pared mientras sostenía el almuerzo sobre las piernas.

A su alrededor, varios estudiantes hablaban, escuchaban música mientras esperaban que comenzaran las siguientes clases. Era uno de esos momentos en los que

el colegio parecía llenarse de ruido, pero Aylin permanecía tranquila, aprovechando el poco tiempo que tenía para descansar.

Sacó el celular para distraerse un rato. Apenas desbloqueó la pantalla, encontró un montón de mensajes de Valentina acumulados en la conversación.

Por la cantidad de mensajes, era evidente que su amiga llevaba un buen rato intentando comunicarse con ella.

—Necesito que me expliques algo urgente.

—¿Qué pasó ahora?

La respuesta llegó rápido, como si Valentina llevara rato esperando encontrar a alguien que pudiera darle una explicación razonable.

—¿Cómo hacen las madres para no volverse locas?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque mi hermanito lleva UNA hora llorando porque mi mamá no le quiso comprar un dinosaurio.

—Tal vez necesitaba el dinosaurio.

—NO, Aylin. Ya tiene como 40.

—Tal vez quería completar la colección.

—Definitivamente tú y los niños piensan igual.

Había algo particularmente divertido en escuchar a Valentina quejarse de su hermano con tanta desesperación, como si aquel pequeño problema fuera el asunto más importante del mundo.

—Además mi madre dijo que cuando tenga hijos me voy a acordar de esto.

—Y tiene razón.

—Cállate.

—Imagínate yo cuando mi hija llora por sueño y no se duerme.

—¿Y qué haces?

—Llorar con ella.

La respuesta consiguió arrancarle una risa a Valentina. La conversación seguía siendo una simple broma entre amigas, pero había algo en la forma en que Aylin hablaba de una hija que hacía que el futuro pareciera, por un momento, menos lejano.

—Oye, pregunta seria.

—Dime.

—¿Si yo lloro me das pecho también?

—VALENTINA.

—Era una duda válida.

—Definitivamente estás mal de la cabeza.

—Pero me quieres.

Y por unos minutos, entre mensajes absurdos y bromas tontas, Aylin logró olvidarse un poco de todo lo demás. No era que los problemas hubieran desaparecido, simplemente, por un momento, su cabeza había encontrado algo en lo que distraerse. Y eso, últimamente, ya significaba bastante.

Al pasar media hora, volvió a sus clases con normalidad.

Intentó prestar atención, copiar la materia y terminar algunos trabajos atrasados. Hizo todo lo posible por mantenerse concentrada, aunque el cansancio comenzaba a pesarle cada vez más. Para cuando llegó la hora de salida, sentía que ya no podía con su propio cuerpo.

En solo pensar en el camino le daba todavía más pereza.

Así que, mientras salía del colegio, sacó el celular y buscó entre sus contactos hasta encontrar el nombre de Santiago.

—Hola, Santi.

—Hola, Aylin, ¿cómo estás?

—Pues… hecha pedazos —respondió, riéndose un poco—. ¿Estás ocupado?

—No, ¿por qué?

—Ah, es que era para ver si me llevas a la iglesia.

—¿A la iglesia? Pero hoy es miércoles.

—Por eso… es que me estoy quedando unos días ahí.

Al escucharlo, Santiago pareció entender de inmediato la situación. No hizo más preguntas ni quiso complicarla. Simplemente aceptó, como tantas otras veces.

—Ah… Pues claro, yo nunca te niego nada.

Aylin sonrió apenas al escuchar aquello. En medio de todo el cansancio que llevaba encima, sentir que podía contar con alguien le dio un pequeño alivio.

—Bueno, aquí te espero.

—Ya voy.

Aylin guardó el celular y comenzó a bajar despacio la cuesta del colegio hasta esperar cerca de la calle principal. Caminaba sin demasiada prisa.

A los pocos minutos, vio el carro de Santiago acercándose.

—¡Aylin!

Ella caminó rápido y subió al carro casi de inmediato.

—Hola.

—¿Lista?

Aylin soltó un pequeño suspiro mientras se acomodaba en el asiento.

—Sí, por favor sácame de aquí antes de que me dejen más tareas.

Santiago comenzó a reírse mientras arrancaba el carro.

—¿Tan mal estuvo hoy?

—Demasiado. Siento que mi cerebro ya no funciona.

—Bueno, mínimo sigues viva.

—Apenas.

Santiago la miró divertido de reojo. Aylin soltó un pequeño suspiro, todavía con el cansancio del día encima. Sentía la cabeza pesada y el cuerpo agotado, como si cada clase le hubiera ido quitando un poco de energía.

—¿Y qué hicieron hoy?

—Un profesor decidió que era buena idea dejar un trabajo un poco difícil.

—Eso suena súper fuerte.

—Eso mismo dije yo.

Santiago volvió a sonreír, mientras ella negaba con la cabeza. Había algo en la forma en que él se tomaba sus quejas que conseguía sacarle una sonrisa incluso cuando estaba agotada.

—¿Y qué materia era?

—Física mate.

—¿Y por qué te quejas tanto si siempre sacas buenas notas?

Aylin lo miró con una expresión de cansancio, aunque en el fondo sabía que no podía discutirle aquello. Siempre había conseguido salir adelante con las materias, incluso cuando sentía que ya no podía más.

—Porque soy inteligente, no milagrosa.

—Mmm… debatible.

Aylin entrecerró los ojos y lo miró fijamente. Santiago intentó contener la risa, pero terminó soltándola otra vez. Ella negó con la cabeza, fingiendo molestia, aunque una pequeña sonrisa terminó apareciendo en su rostro.

Por un momento, el cansancio pareció pesar un poco menos. No necesitaba explicar cuánto le había agotado el día ni decir todo lo que llevaba acumulado. Santiago simplemente estaba ahí, haciendo bromas como siempre, y quizá eso era suficiente para que Aylin sintiera que podía respirar un poco.

—Santiago.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

Aylin hizo una cara de indignación mientras lo miraba. Aunque sabía que estaba bromeando, no pudo evitar sentirse un poco ofendida. Con Santiago siempre era así; una simple conversación podía convertirse en una pequeña discusión en cuestión de segundos.

—Qué mal amigo eres.

—¿Amigo? Yo aquí siendo tu chofer gratis y todavía me insultas.

—Nadie te obligó.

—Sí me obligaste. Me manipulaste emocionalmente.

—Ay, pobrecito.

—Exacto, ya puedes sentir lástima por mí.

—Definitivamente estás loco.

—Pero te caigo bien.

—A veces.

—Eso ya es ganancia.

Santiago sonrió satisfecho mientras seguía manejando.

Entre ellos existía esa confianza que permitía molestarse sin pensar demasiado en las palabras, aunque de vez en cuando alguna broma lograra tocar un poco más de lo esperado. Aylin sabía que Santiago no lo decía con mala intención, y él también sabía cuándo ella realmente estaba molesta y cuándo simplemente estaba siguiendo el juego.

Y aunque Aylin todavía llevaba muchas cosas en la cabeza, momentos simples como aquel lograban hacerle olvidar el cansancio, aunque fuera por un rato. No necesitaba que ocurriera nada extraordinario. A veces bastaba una conversación absurda, una risa inesperada o alguien que consiguiera sacarla de sus pensamientos para que todo pesara un poco menos.

Después de una larga conversación llena de bromas y discusiones tontas, al final llegaron a la iglesia.

Santiago estacionó el carro mientras Aylin agarraba su bolso. El trayecto había terminado demasiado rápido, y por un momento ella sintió que habría preferido quedarse unos minutos más dentro del carro, donde podía olvidarse de todo lo demás.

—Bien, señor pleitista, muchas gracias.

—¿Cuál gracias? Son quinientos.

—Qué lindo. Yo pensé que bastaba con tener una amiga como yo.

—Ah, qué ofertón

Ella sonrió al verle la cara. Con él era difícil saber cuándo estaba hablando en serio y cuándo simplemente buscaba una excusa para seguir molestándola.

—Ya no te vuelvo a hacer ningún favor —dijo Santiago fingiendo indignación.

—Adiós —respondió Aylin, bajándose rápido antes de que siguiera molestando.

Cerró la puerta y comenzó a caminar hacia la iglesia con una sonrisa todavía dibujada en el rostro. Detrás de aquella pequeña discusión no había enojo de verdad, solo esa clase de cariño que muchas veces se escondía detrás de las bromas.

Aylin entró a la iglesia con normalidad, pero apenas cruzó el corredor notó algo extraño. Todo estaba demasiado silencioso. La puerta de la casa de los pastores de jóvenes estaba cerrada y no se escuchaba absolutamente nada.

Aun así, siguió caminando despacio, hasta que vio unas maletas acomodadas en el corredor. Se detuvo por un instante, observándolas con extrañeza, tratando de entender qué hacían allí.

—¿Pas? —llamó mientras avanzaba.

Siguió caminando lentamente, todavía con aquella sensación incómoda creciendo en el pecho, hasta que vio a alguien sentado en las escaleras.

Por un momento pensó que era alguno de los muchachos de la iglesia. La figura permanecía quieta, con la cabeza ligeramente inclinada, como si estuviera esperando a alguien.

—Hola… —dijo con normalidad mientras seguía acercándose.

Hasta que levantó la cabeza apenas escuchó su voz.

Era Ángel

Sintió cómo algo dentro de ella se detenía de golpe. No esperaba encontrarlo allí. Durante unos segundos simplemente lo observó, intentando procesar lo que estaba viendo, mientras la sorpresa comenzaba a mezclarse con una tensión que no sabía cómo ocultar.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó al verle la cara.

—Vine a quedarme unos días mientras consigo dónde irme.

Ángel intentó decirlo con tranquilidad, aunque su voz dejaba escapar un cansancio que no podía ocultar. Sabía que aquella no era precisamente una noticia que Aylin quisiera escuchar, y aun así había llegado hasta allí porque no tenía otro lugar al que ir.

—¿Y a mí qué me importa? Hay bastantes lugares donde quedarte y te vienes acá.

Las palabras de Aylin cayeron con dureza. No había curiosidad en su tono, ni una pizca de comprensión. Solo molestia, como si la presencia de Ángel fuera algo que no estaba dispuesta a tolerar.

—Lo sé… pero me sacaron del cuarto donde estaba viviendo y no tuve otra opción.

—¿Sabes qué? —lo interrumpió Aylin rápidamente—. No quiero escucharte.

Aylin lo interrumpió antes de que pudiera continuar. No quería escuchar explicaciones. No quería darle espacio para justificarse, porque sentía que, si lo hacía, terminaría cediendo ante algo que todavía le dolía demasiado.

Sin esperar respuesta, caminó directo hacia la casa buscando a la pastora. Llevaba la molestia atravesada en el pecho y apenas podía pensar con claridad. Solo quería entender qué estaba haciendo Ángel allí.

Abrió la puerta rápidamente.

—¿Qué hace Ángel aquí?

La pastora apareció desde la cocina, algo sobresaltada. Al verla, bajó la voz de inmediato, cuidando que el silencio de la casa no se rompiera.

—Shh… silencio, que la niña está dormida. ¿Qué pasó?

Aylin intentó contenerse, pero la incomodidad que llevaba encima pudo más. No entendía cómo habían permitido que Ángel estuviera allí, precisamente allí, donde menos esperaba encontrarlo.

—¿Qué hace él aquí? —repitió, todavía molesta.

—No fue decisión mía, mi niña. Fueron los pastores principales quienes decidieron ayudarlo mientras consigue dónde quedarse. Yo no podía meterme en eso.

Las palabras quedaron suspendidas entre las dos. Aylin sintió que la explicación no alcanzaba para calmar lo que llevaba dentro. No era solo enojo; había algo más profundo, una mezcla de decepción, incomodidad y cansancio que le hacía difícil aceptar que las cosas pudieran cambiar de un momento a otro sin que nadie pensara en cómo eso podía afectarla.

La pastora la observó en silencio, entendiendo por su expresión que aquello no iba a ser tan fácil de aceptar. Y Aylin, aunque sabía que ella no tenía la culpa, tampoco podía evitar sentir que acababan de ponerla frente a una situación que nunca había pedido.

—Perfecto… entonces, si él está aquí, yo mejor me voy.

Aylin intentó mantenerse firme, pero la voz ya comenzaba a traicionarla. No quería quedarse ni un segundo más en aquella casa, no después de descubrir que la persona

a la que había llorado durante meses estaba viva y, peor aún, estaba allí afuera como si nada hubiera pasado.

—Aylin, escúchame un momento.

Ella negó con la cabeza, sintiendo cómo la rabia comenzaba a mezclarse con todo el dolor.

—¿Qué quiere que escuche? ¿Que ahora resulta que tengo que convivir con alguien que me hizo creer que estaba muerto?

—Yo sé que estás herida…

—No, ustedes no saben nada —la interrumpió Aylin mientras empezaba a llorar—. Usted no sabe lo horrible que fue llorarlo todos estos meses.

—Por favor, baja la voz.

Aylin soltó una risa amarga. No había humor en ella, solo cansancio, impotencia y una tristeza que ya no sabía dónde guardar.

—Claro… perdón por arruinar la paz de la casa.

—No digas eso.

—Entonces dígame cómo se supone que debo reaccionar al verlo sentado afuera como si nada hubiera pasado.

La pregunta salió acompañada de una mirada llena de dolor. No estaba pidiendo que alguien le dijera qué sentir. Solo quería que alguien entendiera que para ella aquello no podía ser tan sencillo.

—Aylin… dale una oportunidad de explicarse.

Ella negó nuevamente. Ya no quería escuchar más. No quería explicaciones, excusas ni palabras que pudieran hacerle todavía más daño. Había pasado demasiado tiempo intentando reconstruirse después de perderlo.

—No. Yo no necesito una estúpida explicación para que, para seguir dañando mi vida, no. Yo mejor me voy antes de que esto termine peor.

Sin esperar otra respuesta, Aylin salió de la casa rápidamente. Caminó furiosa por el corredor mientras las lágrimas seguían bajándole por las mejillas.

—¡Aylin! —llamó Ángel desde las escaleras apenas la vio salir.

—¡No me hables! ¡Yo no quiero verte!

Ángel dio un paso hacia ella, pero Aylin retrocedió de inmediato. No quería que se acercara. En ese momento, incluso verlo le resultaba insoportable.

—Por favor, escúchame aunque sea cinco minutos…

—¡No! Ya me cansé de escucharte, ¡por favor, ya no más! Olvídate de mí de una vez por todas.

—¡Aylin! ¿Por qué me haces esto? —volvió a gritar Ángel desde la entrada.

Aylin abrió el portón con fuerza. Sus manos temblaban y las lágrimas no dejaban de caer, pero se negó a limpiárselas. Solo quería salir de ahí antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Se giró lentamente hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas y una mezcla de rabia y dolor que apenas podía contener.

—Porque eres tan injusta…

Aquellas palabras terminaron de encender algo dentro de ella. Aylin apretó los puños y lo miró fijamente, como si necesitara reunir todas las fuerzas que le quedaban para decir lo que durante tanto tiempo había guardado.

—¿Injusto tú? Que con solo verte me dan ganas de darte una cachetada. ¿Sabes qué? Jamás en mi vida debí haberte conocido. Fuiste lo peor que me ha pasado.

Las palabras salieron de su boca entrecortadas por el llanto. No las dijo con calma ni con la intención de herirlo más; las dijo porque estaba demasiado lastimada y ya no sabía cómo expresar todo lo que llevaba dentro.

Desde el interior de la casa, la pastora escuchó los gritos y salió rápidamente al escuchar la discusión. Al llegar a la entrada, encontró a Aylin llorando frente al portón y a Ángel completamente alterado, mientras el silencio que quedó entre ambos parecía decir mucho más que cualquier otra palabra.

Aylin caminaba rápido bajo el aire frío de la tarde, intentando escapar otra vez de todo lo que sentía. Cada paso parecía llevarla un poco más lejos de la iglesia, pero no de aquello que tenía atorado en el pecho.

Al salir de la calle donde quedaba la iglesia, Aylin ya no aguantó más. Las lágrimas comenzaron a salirle, cargadas de rabia y frustración, mientras caminaba sin saber realmente hacia dónde iba. Sentía una necesidad desesperada de irse de ahí antes de terminar diciendo o haciendo algo de lo que pudiera arrepentirse.

No entendía por qué todo tenía que doler tanto. Por más que intentara aparentar que podía con todo, había momentos en los que simplemente se quedaba sin fuerzas. Y ese era uno de ellos.

Con las manos temblando, sacó el celular y llamó a Santiago.

—Hello, ¿no puedes vivir sin mí o qué?

Aylin cerró los ojos al escucharlo. En cualquier otro momento quizá habría sonreído por aquella forma tan suya de contestar.

No quería pelear. No quería explicar todo lo que estaba sintiendo. Solo quería que, por una vez, alguien entendiera que detrás de su enojo también había cansancio, miedo y muchas cosas.

Pero apenas escuchó el silencio del otro lado, dejó de bromear.

Algo en aquella ausencia de respuesta le hizo cambiar el tono de inmediato. Ya no había rastro de la ligereza con la que había contestado al principio. Solo quedó una preocupación que intentaba disimular mientras esperaba escucharla.

—¿Aylin?

—Necesito que vengas por mí…

—¿Qué pasó?

—Solo necesito que vengas por mí…

—Está bien, tranquila. Estoy cerca. ¿Dónde estás?

—Estoy en la partecita de arriba… afuera de la calle pequeña.

—Ok, ya voy para allá. No te muevas.

Ahora esperaba sentada en aquellas gradas, mirando el suelo en silencio. Había algo en la forma en que mantenía la mirada baja que dejaba claro que no estaba bien.

Hasta que vio el carro de Santiago acercarse.

Él estacionó rápido y, apenas se bajó del carro, caminó directo hacia ella.

—¿Aylin? —dijo preocupado.

—Santiago… —susurró Aylin apenas sintió el abrazo.

—¿Qué pasó? —preguntó él preocupado mientras le acariciaba un poco el cabello, intentando calmarla.

Aylin no respondió de inmediato. Le costaba encontrar las palabras para explicar algo que ni siquiera ella terminaba de comprender. Solo respiró hondo, tratando de controlar la tensión que todavía sentía en el pecho.

—Ven, vamos al carro —dijo con calma.

Aylin respiró profundo y se limpió la cara rápido antes de levantarse. No quería seguir llorando, aunque sabía que las lágrimas no eran realmente el problema.

Ambos subieron al carro y Santiago arrancó despacio.

Santiago la miraba de vez en cuando, sin presionarla. Sabía que había momentos en los que preguntar demasiado podía hacer que una persona se cerrara todavía más. Así que simplemente permaneció a su lado, dejando que ella tuviera el espacio que necesitaba.

—¿Quieres ir a tu casa?

—No… no quiero llegar todavía.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Solo quiero despejar la mente un rato.

—Está bien

Sin decir nada más, Santiago cambió de dirección y manejó hasta un parque que quedaba un poco lejos del barrio.

Cuando llegaron, el lugar estaba tranquilo. Había pocas personas caminando y el aire fresco hacía que todo se sintiera un poco menos pesado.

Ambos bajaron del carro y caminaron despacio hasta una banca debajo de unos árboles. Aylin se sentó primero y se abrazó un poco con el suéter, buscando refugiarse en él mientras Santiago se acomodaba a su lado.

Él la miró de reojo. Sabía que había llegado el momento de dejarla hablar. No quería presionarla, pero necesitaba entender qué había pasado para que terminara esperándolo en aquellas gradas con los ojos llenos de lágrimas.

Aylin bajó la mirada y le explicó que había entrado a la iglesia con normalidad y que, al llegar, había visto unas maletas en el corredor. Al principio no le dio demasiada importancia; pensó que quizá había llegado alguien o que simplemente estaban guardando algunas cosas, pero se dio cuenta que Ángel estaba ahí.

—Qué situación tan rara…

—Demasiado. Y lo peor es que se va a quedar ahí unos días.

—¿En la iglesia?

—Sí.

Santi soltó una pequeña risa, aunque en el fondo ninguno de los dos encontraba realmente gracioso todo aquello.

—No, hombre… definitivamente tu vida parece escrita por alguien que ama hacer dramas.

—Te juro que ya ni yo entiendo mi vida.

—Yo tampoco la entiendo y eso que apenas voy por la temporada actual.

Aylin todavía tenía la mirada perdida cuando finalmente se lo confesó a Santiago. De verdad había pensado que estaba muerto. Durante cinco meses había aprendido a convivir con esa idea, aunque nunca hubiera conseguido aceptarla del todo. Y ahora él había aparecido de la nada, como si esos cinco meses no hubieran significado nada.

Santiago la escuchó en silencio. No necesitaba preguntarle demasiado para entender que aquello todavía le dolía. Aylin le contó que él había querido hablar con ella cuando la vio, pero que no se lo había permitido. Había reaccionado desde el enojo y desde el miedo.

Cuando Santiago quiso saber si le había gritado, Aylin apenas lo miró de reojo, dejando escapar una pequeña sonrisa que prácticamente respondía por ella. Había sido bastante. Santiago soltó una risa corta y la llamó exagerada, recordándole que cuando se enojaba podía dar miedo.

Aylin terminó riéndose un poco también. Santiago aprovechó aquel momento para bromear con ella, recordándole lo estricta que podía llegar a ser con los niños de la iglesia cuando se portaban mal.

Entre las bromas, terminó recordándole aquella vez en que había regañado a un niño porque le había despeinado a su hija. Aylin se defendió inmediatamente, asegurando que acababa de peinarla, mientras Santiago se burlaba diciendo que la pequeña apenas tenía tres pelos.

Aquello consiguió arrancarle una risa mucho más sincera. Santiago sonrió al verla así, más tranquila, y aunque no dijo nada más, se notaba que eso era exactamente lo que quería conseguir.

—Gracias por venir por mí.

—No te iba a dejar sola después de todo eso.

Aunque todo seguía siendo un desastre dentro de su cabeza, escuchar esas palabras hizo que algo en Aylin se aflojara. Caminó a su lado en silencio, dejando que el aire de la noche le ayudara un poco

—Ya es un poco tarde… ¿a dónde irás? —preguntó mientras caminaban despacio.

Aylin se acomodó un poco el suéter, abrazándose a sí misma casi por costumbre. Por un instante dudó antes de responder. La idea de volver a casa no le agradaba, pero tampoco quería seguir dando problemas ni hacer que su madre se preocupara más de lo que ya lo estaba.

—Creo que tendré que volver… sinceramente no quiero estresar a mi madre con todo esto.

—Bueno… pero antes vamos por un helado.

—Ay sí…

Santiago entrecerró los ojos, divertido al notar lo rápido que había aceptado.

—¿No era que no podías comer helado?

—No… pero ahora sí puedo.

—Ah bueno, qué conveniente.

Hasta que, de un momento a otro, empezó a llover durísimo.

—¡Corre! —gritó Aylin apenas sintió el agua caerle encima.

Salió corriendo entre risas, intentando cubrirse con una mano mientras el agua comenzaba a empaparla por completo.

—¿Por qué siempre me dejas así? —gritó Santiago detrás de ella.

Aylin no podía dejar de reírse. La lluvia había llegado de repente, convirtiendo aquel momento tranquilo en una pequeña carrera sin sentido, de esas que terminaban siendo más divertidas precisamente porque ninguno de los dos estaba preparado.

—¡Apúrate!

Ambos terminaron llegando al carro completamente mojados. Santiago abrió rápidamente la puerta y entraron todavía riéndose, intentando recuperar el aire mientras escuchaban la lluvia golpear con fuerza contra el techo.

Santiago encendió el carro y negó con la cabeza, mirándola de reojo.

—Definitivamente tú atraes la lluvia —dijo él.

—No es mi culpa.

—Claro que sí. Desde que te conozco siempre termino empapado.

Después comenzó a manejar de regreso hacia la iglesia, mientras afuera la lluvia seguía cayendo con fuerza.

A los minutos, Santiago estacionó el carro a la orilla del portón. Aylin miró hacia afuera por unos segundos antes de volver la mirada hacia él.

—Bien, ya llegamos.

—Qué buen servicio.

Santiago soltó una pequeña sonrisa, tratando de mantener la conversación ligera, aunque también parecía notar aquella tensión que se había instalado entre los dos.

—Para que todos los días me contrates.

—Bueno, adiós.

—Descansa, me avisas cualquier cosa.

—Está bien.

Finalmente bajó del carro y cerró la puerta. Por unos segundos permaneció junto al portón, mientras la lluvia continuaba cayendo con fuerza. Santiago esperó hasta verla entrar antes de volver a poner el carro en marcha.

Al caminar por el pasillo, sacó su celular. Tenía varias llamadas de la pastora de jóvenes y varios mensajes de un número desconocido que supuso que era Ángel.

Al llegar, lo vio ahí, subiendo unas maletas.

—Llegaste… ¿dónde estabas?

—¿A ti qué te importa?

Aquellas palabras le dolieron más de lo que quiso demostrar. No era la respuesta que esperaba, pero tampoco podía fingir que no entendía de dónde venía. Había demasiadas cosas sin decir entre ellos, demasiados silencios que se habían acumulado hasta convertirse en una distancia difícil de atravesar.

—No seas así conmigo… ¿qué pasó con lo nuestro?

Aylin no contestó. Entró a la casa de la pastora y fue directamente a la habitación, sin decir una sola palabra.

Se cambió rápido y, cuando miró hacia la niña, la encontró despierta en su coche. La levantó con cuidado y se quedó un rato con ella, intentando calmarse, mientras ponía música bajita desde el celular para tranquilizarla. La niña solo le sonreía, ajena a todo lo que pasaba alrededor.

Fue entonces cuando Aylin notó que tenía hambre. La alimentó y volvió a acostarla hasta que, poco a poco, la pequeña se quedó dormida.

Aylin se quedó mirándola durante un momento. Había algo en verla dormir que conseguía apagar, aunque fuera por unos minutos, todo lo demás. Como si, al estar junto a ella, el mundo dejara de exigirle respuestas y por fin pudiera respirar sin tener que explicar nada.

Pero tenía sed, así que salió de la habitación. Al hacerlo, se encontró con la pastora.

—Aylin.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres hablar?

—No… quiero descansar.

—Al menos dime dónde estabas.

—Por ahí…

La pastora hizo una pausa. La respuesta de Aylin había sido demasiado fría, demasiado distante. Su voz cambió ligeramente, cargándose de preocupación, pero también de molestia. Le recordó que estaba bajo su responsabilidad, como si necesitara hacerle entender que no podía simplemente desaparecer sin decir nada.

Aylin bajó la mirada por un instante. Sabía que la pastora tenía razón en preocuparse, pero en ese momento no tenía fuerzas para explicaciones. Sentía que llevaba demasiado tiempo teniendo que responder por cada cosa que hacía, por cada decisión, por cada paso que daba, mientras apenas conseguía entender lo que estaba pasando dentro de ella.

—Sí, pero creo que ya estoy un poco grandecita para que me diga qué hacer. Suficiente con saber que soy madre, así que, por favor, solo quiero descansar —dijo Aylin mientras se alejaba hacia la habitación.

La pastora intentó detener la discusión antes de que se hiciera más grande. Sabía que Aylin estaba cansada, pero también podía sentir que detrás de aquella actitud había algo que no estaba diciendo.

—No discutamos, ¿sí? La niña está dormida en la habitación.

—Entonces déjame en paz, ¿sí? Al menos un segundo de mi vida.

Cerró la puerta frente a ella.

Aylin se quedó unos segundos apoyada contra la puerta, con los ojos cerrados. Escuchó el silencio del otro lado. No quería seguir peleando. No quería explicar dónde había estado, ni mucho menos admitir que ni siquiera ella sabía exactamente qué estaba sintiendo.

Finalmente, se apartó de la puerta y volvió hacia la cama.

Se acostó al lado de su bebé y la acomodó con cuidado para no despertarla. La pequeña seguía dormida, respirando tranquilamente.

Desde entonces, Aylin ya había empezado a acostumbrarse a volver del colegio con el mismo cansancio de siempre.

El camino hasta la iglesia se le hacía más largo algunos días, no por la distancia, sino por lo que sabía que la esperaba al llegar. Había tardes en las que sentía que cada paso le quitaba un poco más de energía, como si incluso antes de cruzar el portón ya estuviera agotada de lo que tendría que enfrentar.

A veces entraba despacio, dudando antes de cruzar el portón. Se quedaba apenas unos segundos en la entrada, respirando hondo, reuniendo fuerzas para continuar.

Otras veces simplemente lo hacía sin pensar demasiado, como si su cuerpo ya supiera el camino por ella. Era más fácil no detenerse, no pensar demasiado.

Pero lo que nunca cambiaba era ese pequeño instante en el que levantaba la mirada al llegar al pasillo.

Una de esas tardes, Ángel estaba con el celular en la mano, como siempre a la misma hora, intentando una y otra vez que Aylin lo escuchara, aunque fuera por un segundo. Parecía esperar ese momento con una paciencia que poco a poco comenzaba a desgastarse.

Aylin venía por el pasillo de la iglesia con paso rápido, sin mirar a nadie.

Había algo en su manera de caminar que dejaba claro que no quería detenerse. Mantenía la mirada al frente, como si supiera que, si levantaba los ojos, tendría que enfrentarse a algo que llevaba varios días intentando evitar.

—¿Cómo te fue? —preguntó Ángel al verla pasar.

Aylin ni siquiera se detuvo. La sola presencia de él bastaba para tensarle el cuerpo. Había algo en su voz que le removía emociones que llevaba demasiado tiempo intentando mantener bajo control.

—A ti no te importa qué hago ni mucho menos cómo me siento.

Las palabras salieron más duras de lo que había planeado, pero ya no tenía fuerzas para suavizarlas. Estaba cansada de sentirse observada, de que intentaran acercarse cuando lo único que ella quería era mantener distancia.

—¿Cuándo será el día en que me escuches…?

Aylin apretó los labios y siguió caminando. No quería escucharlo. No quería explicaciones, ni preguntas, ni mucho menos volver a tocar aquello que todavía le dolía.

Antes de que pudiera alejarse, la voz de la pastora se escuchó desde la oficina.

—Aylin, ven un momento.

Ella frenó en seco. Cerró los ojos durante unos segundos y respiró hondo, intentando contener la frustración que comenzaba a crecerle en el pecho. No tenía ganas de hablar con nadie, pero tampoco podía ignorarla.

Caminó hasta la puerta y entró sin entusiasmo.

—¿Qué pasa?

—Siéntate en el sillón.

Aylin permaneció de pie. La miró con cierta desconfianza, como si ya pudiera imaginar hacia dónde iba aquella conversación. Había aprendido a reconocer ese tono, esa calma que muchas veces terminaba llevándola justo al tema que quería evitar.

—Si vienes a hablarme de él o a pedirme que lo perdone, estás perdiendo tu tiempo —dijo ella antes de siquiera sentarse.

—Siéntate… y deja esa actitud —respondió la pastora con calma, señalando el sillón.

Por un momento pareció que iba a darse la vuelta y marcharse, pero terminó entrando. Se sentó en la orilla del sillón, manteniendo el cuerpo rígido, como si incluso quedarse allí durante unos minutos fuera demasiado.

La pastora cerró la puerta suavemente detrás de ella. No dijo nada de inmediato. Sabía que cualquier palabra dicha demasiado rápido podía hacer que Aylin levantara otra vez todas las barreras que llevaba tanto tiempo construyendo.

—No te estoy pidiendo que lo perdones hoy —dijo con voz tranquila—. Solo que dejes de pelear contigo misma.

—Es fácil decirlo.

—No, no lo es —respondió la pastora—. Pero tampoco es fácil vivir con todo lo que tú estás cargando todos los días.

—Yo no pedí esto…

—Lo sé.

—¿Qué quiere entonces? —preguntó al fin, más bajo.

—Que lo escuches… aunque sea una sola vez, sin correr.

—No es tan fácil como decir "escúchalo una sola vez".

Había algo en la forma en que Aylin pronunciaba aquellas palabras que dejaba claro que no estaba hablando solamente de enojo.

—Yo ya lo escuché antes… y mira cómo terminé después de eso.

—Lo sé.

—No, no lo sabes —Aylin levantó la voz de golpe.

Sus manos se tensaron a los costados mientras miraba a la pastora con los ojos cargados de frustración.

—Si lo supieras no me lo estarías pidiendo como si fuera algo sencillo.

—Te estoy pidiendo algo sencillo.

—¡Claro que no! —Aylin se puso de pie de inmediato.

—¿Tú sabes lo que es eso? ¿Sabes lo que es llorar a alguien todos los días y después verlo como si nada?

Aylin sintió que se le cerraba la garganta. Había pasado demasiado tiempo intentando no pensar en todo aquello, y ahora parecía que cada palabra de la pastora la obligaba a volver al mismo lugar del que tanto le había costado salir.

—No puedo —dijo más bajo, pero firme—. No hoy. No mañana. No quiero.

—Estás evitando el dolor, no enfrentándolo.

—¿Y tú qué sabes de mi dolor?

—Porque yo ya hablé con él.

—¿Qué?

—Sí —repitió la pastora—. Yo ya lo escuché. Antes de que tú llegaras. Y por eso te estoy pidiendo esto.

—O sea que ya decidiste todo por mí.

—No es eso.

—Sí lo es —Aylin dio otro paso atrás—. Decidieron traerlo, decidieron escucharlo, decidieron todo… y ahora solo me dicen que me aguante.

—Solo te estoy pidiendo que lo escuches una vez.

—¡No quiero! —Aylin alzó la voz—. No quiero, no puedo.

—Entonces vas a seguir huyendo de todo lo que sientes.

—No estoy huyendo…

—Sí lo estás.

Aylin salió de la oficina sin mirar atrás, con la respiración agitada y los ojos brillando por todo aquello que había intentado contener.

Pero apenas cruzó el pasillo, se detuvo en seco.

—¿Estás feliz? —dijo al fin, con la voz temblándole—. ¿Porque regresaste a mi vida? ¿Porque ahora otra vez todo se volvió un desastre?

—Yo estaba bien… o al menos eso creía —Aylin dio un paso adelante, sin poder detenerse—. Estaba intentando estar bien… aunque todos los días cargara con la culpa de lo que creí que te había pasado.

Aylin entró a la casa con pasos rápidos, sin mirar atrás. Cerró la puerta de la habitación con cuidado, aunque el sonido se sintió firme en medio del silencio de la casa.

Dentro, todo estaba tranquilo. Su bebé dormía profundamente. Aylin la miró apenas un segundo y, al verla, sintió que ya no podía sostenerse.

Se llevó una mano a la boca para contener cualquier sonido, pero las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas. Se sentó en el borde de la cama y bajó la cabeza, intentando recuperar el aire mientras su cuerpo finalmente dejaba salir todo lo que había contenido durante noches.

Su hija seguía dormida a su lado, tranquila, sin saber nada de lo ocurrido. Aylin la observó durante unos segundos y se quedó allí, tratando de encontrar un poco de calma en su presencia.

Afuera, la pastora volvió a acercarse a la puerta. Tocó suavemente y esperó, pero Aylin no respondió. No quería hablar todavía. Necesitaba unos minutos para sí misma.

La pastora permaneció allí sin alejarse. Volvió a tocar después de un momento y esperó otra vez. Su insistencia ya no tenía la fuerza de antes; parecía más bien una forma silenciosa de hacerle saber que seguía ahí.

Aylin permaneció sentada durante unos minutos, con la mirada perdida en el suelo. Poco a poco, su respiración comenzó a tranquilizarse.

Finalmente, se levantó y abrió la puerta.

La pastora seguía justo afuera, como si hubiera decidido esperar todo el tiempo que fuera necesario. Al verla, se acercó con cuidado y la abrazó sin exigirle explicaciones.

Aylin se quedó rígida al principio, sorprendida por el gesto. Después dejó caer los hombros y soltó lentamente el aire, permitiendo que aquel abrazo durara unos segundos más.

Solo necesitaba tiempo.

Tiempo para pensar con tranquilidad, para entender qué quería y qué era capaz de afrontar. No quería que nadie la empujara hacia una respuesta que todavía no tenía.

—Está bien… ya está en tus manos —dijo la pastora—, pero lo que sí te digo es que no te sigas lastimando.

—Está bien.

—Bien, te dejo descansar. Aprovecha que la niña está dormida.

Aylin esperó a que la pastora saliera antes de cerrar la puerta. Se quedó unos segundos apoyada contra ella, mirando hacia la nada. Aquellas palabras se le habían quedado dando vueltas en la cabeza. No porque fueran nuevas, sino porque, en el fondo, sabía que había cosas que eran muy ciertas.

Respiró hondo y volvió a la cama. La niña seguía dormida. Aylin la observó por un instante antes de acostarse a su lado. Había algo en verla así que conseguía calmarla, aunque fuera solo un poco.

Tomó el celular y comenzó a ver videos, pasando de uno a otro sin prestar demasiada atención. Solo necesitaba mantener la mente ocupada, encontrar algo que pudiera distraerla de todo aquello que llevaba dentro y que todavía no sabía cómo sacar.

A los días, Aylin, después de un día cansado en el colegio, hizo todo lo que tenía que hacer. Terminó sus tareas y siguió con su rutina junto a su bebé hasta que la noche se hizo cada vez más profunda. Cuando ya casi era medianoche, todos estaban dormidos y el silencio de la casa parecía darle espacio a pensamientos que llevaba demasiado tiempo intentando apartar.

Fue entonces cuando tomó la decisión de escuchar a Ángel. No significaba perdonarlo, ni mucho menos olvidar todo lo que había pasado. Todavía había demasiadas cosas guardadas dentro de ella, demasiadas preguntas que habían quedado sin respuesta y sentimientos que nunca se había permitido sacar. Solo quería saber qué razón podía ser tan grande como para que él hubiera desaparecido durante tanto tiempo.

Necesitaba entenderlo, aunque aquello no cambiara lo que sentía. Tal vez escuchar su explicación no borraría nada, pero al menos podría darle un sentido a una ausencia que había dejado demasiados espacios vacíos.

Al salir, encontró a Ángel arriba, sentado en las escaleras.

—¿No era que tenías ganas de hablar? —dijo Aylin, deteniéndose al verlo.

—¿Te decidiste?

—Ven al aula.

Ambos entraron.

Aylin se sentó en el sillón pequeño, acomodándose despacio, mientras Ángel buscaba una silla y la colocaba frente a ella. Se sentó sin acercarse demasiado, dejando

entre ambos el espacio suficiente para que ninguno sintiera que estaba invadiendo al otro.

—Primero que todo, esto que voy a hacer no significa que nada va a volver a ser como antes.

—Lo entiendo —respondió él.

—Y tampoco significa que te estoy perdonando.

—Está bien.

—Empieza —dijo Aylin al fin.

—Yo no me fui porque no te quisiera… ni porque no me importaras —dijo al fin, con la voz más baja—. Me fui porque no supe cómo seguir.

Aylin no lo interrumpió, pero su expresión seguía firme.

—Había muchas cosas en mi cabeza… cosas que no sabía cómo enfrentar. Problemas, presión, decisiones… todo se me vino encima al mismo tiempo —continuó él—. Y en vez de pedir ayuda… escapé

Hizo una pausa corta, tragando saliva.

—No pensé en cómo te iba a afectar a ti… ni en tu familia… ni en nadie. Solo pensé en salir de todo eso rápido, como si desaparecer fuera la única forma de dejar de sentirme ahogado.

Aylin apretó un poco las manos sobre sus piernas, escuchando en silencio.

—No lo hice con intención de hacerles daño —dijo Ángel, más firme, aunque la culpa seguía presente en su voz—. Pero lo hice… y eso es lo que no puedo cambiar.

Ángel levantó apenas la mirada hacia ella.

—Sé que no hay excusa suficiente. Solo… no fue algo pensado, fue huida. Y fue la peor decisión que pude tomar.

Finalmente, levantó la mirada de golpe. Esta vez no había una respuesta preparada, solo una pregunta que necesitaba hacer.

—¿Pero por qué hiciste eso? —preguntó—. Tenías gente en tu vida… tenías a tu familia, a mí… ¿para qué te sirvió hacer todo eso?

—No me sirvió —respondió al fin, en voz baja—. En nada.

—Entonces explícamelo, porque yo no lo entiendo.

Ángel bajó la mirada otra vez.

—Tuve un problema serio con varias personas. Entre esas personas estaba el padre de Samuel, algo que sinceramente nunca te quise decir para no preocuparte.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Debía un dinero a unas personas con las que no podía faltarles un solo día. Y sabía que, si no lo pagaba, te habría hecho daño a ti o a mi familia. Con lo que pasó, aproveché para huir de todo eso y volver a iniciar una nueva vida.

—Es que no tiene sentido… Había gente que te quería, que te estaba esperando… ¿y tú decidiste simplemente irte?

—Sí… —respondió después de unos segundos—. Y fue lo peor que hice.

Al pasar varias horas, Aylin se levantó despacio, ya agotada de todo lo que habían hablado.

—Me voy a dormir.

—Antes de que te vayas… ¿qué va a pasar conmigo?

Aylin se quedó quieta por un segundo. Lo miró directamente a los ojos, en silencio, como si intentara encontrar en ellos alguna razón para creerle. Había escuchado demasiado aquella noche y, aunque una parte de ella quería aferrarse a sus palabras, otra ya no podía hacerlo tan fácilmente.

—Mira… yo no te puedo decir nada ahora —dijo al fin, con voz baja pero firme—. Ahora mismo no creo en nada de lo que digas.

—Entonces… ¿no hay forma de arreglar esto?

—Tú sabes cómo puedes hacerlo.

—¿Cómo?

—Demostrando. Todo… lo que dices que sientes… lo que dices que quieres hacer por mí —hizo una pausa—. Con palabras no vas a lograr nada.

—Entonces… ¿eso significa que me estás dando una oportunidad?

Aylin lo miró un momento más, cansada, como si ya no le quedaran fuerzas para seguir discutiendo. Había demasiadas cosas acumuladas dentro de ella: palabras que nunca dijo, enojo que había aprendido a esconder y situaciones que todavía le dolían, aunque ya no quisiera reconocerlo.

—Adiós.

Se dio la vuelta sin esperar respuesta y salió del aula, dejando a Ángel solo con sus palabras y el silencio del lugar.

Aylin caminó de regreso a la habitación sin apresurarse. No pensaba en qué había dicho ni en lo que Ángel pudiera estar pensando.

Cuando cerró la puerta detrás de ella, permaneció unos segundos junto a ella, con la mirada perdida. Respiró profundamente y bajó la cabeza. Había esperado sentirse peor después de escucharlo, pero no fue así.

Seguía teniendo muchas cosas guardadas. El enojo no había desaparecido, ni tampoco todo aquello que todavía le costaba aceptar. Pero ya no sentía la necesidad de seguir peleando consigo misma por tener esos sentimientos.

Entonces sonrió apenas, casi sin darse cuenta. Había conseguido quedarse hasta el final, escuchar todo lo que Ángel tenía que decir y marcharse por sus propios medios.

Y quizá, por ahora, eso era suficiente.

23

Una guerra no que elegí

"A veces, ser el motivo de una batalla solo te enseña cuánto necesitas alejarte de ella."

Era extraño verlo otra vez. Verlo vivo. Verlo ahí, frente a ella, después de tantos meses creyendo que nunca volvería a verlo. Había una parte de Aylin que no podía negar lo que aquello significaba. Ángel había sido su primer amor de verdad, ese que se quedó marcado más de lo que alguna vez quiso admitir. Y por un instante, tenerlo frente a ella le dio una calma que no esperaba.

Pero aquella calma no duró demasiado. En cuanto el silencio volvió a aparecer entre los dos, también regresaron todas las preguntas que nunca tuvieron respuesta. Todo lo que había ocurrido, los meses en los que creyó haberlo perdido y la forma en que tuvo que aprender a seguir adelante volvieron a su mente. Aylin bajó la mirada y apretó los labios, intentando entender qué hacer con todo aquello.

No podía perdonarlo, pero tampoco podía fingir que verlo otra vez no había cambiado nada dentro de ella. Quizá eso era lo que más le costaba aceptar.

Durante los días siguientes, Aylin intentó mantenerse firme. Cuando lo veía en la iglesia, seguía de largo sin buscarlo con la mirada. Si Ángel le hablaba, respondía lo necesario y después se alejaba. Desde afuera parecía tener las cosas claras, como si hubiera decidido dejarlo atrás y no quisiera volver a abrir aquella puerta.

Pero no siempre conseguía ignorarlo. A veces lo veía sin querer, al otro lado del lugar, y durante unos segundos su expresión cambiaba antes de que pudiera evitarlo. Cuando sus miradas se encontraban, Aylin apartaba los ojos rápidamente, fingiendo que nada había pasado.

Ángel también comenzó a notarlo. Al principio se mantuvo al margen, respetando la distancia que ella había marcado. No insistía ni buscaba conversaciones que ella claramente no quería tener. Sin embargo, con los días empezó a acercarse de una manera diferente, más tranquila y cuidadosa, como si hubiera entendido que esta vez tendría que darle a Aylin el tiempo que necesitara.

Los días siguieron pasando y, aunque Aylin intentaba actuar con normalidad, cada vez le resultaba más difícil ignorar que Ángel seguía ahí.

Una tarde llegó del colegio cansada. Apenas entró a la iglesia, vio a varios hombres trabajando, moviendo materiales y herramientas. Entre ellos estaba Ángel, ayudando a subir unas cosas y completamente concentrado en lo que hacía, como si no la hubiera visto llegar.

Aylin respiró hondo y siguió caminando hacia la casa de los pastores. Al entrar, encontró a la pastora sentada en el sillón, cambiándole el pañal a la bebé mientras una música infantil sonaba desde su celular.

—Hola, Aylin, ¿cómo te fue? —preguntó sin dejar de atender a la niña.

—Cansada… ¿y esta princesa qué hace despierta a esta hora si ya debería estar dormida?

—Ya que llegaste, ¿le puedes dar de comer y dormirla?

—Sí, está bien. Voy a la habitación ya que hay mucha gente.

En ese momento, el esposo de la pastora levantó la mirada desde la cocina y aprovechó para pedirle un favor.

—Aylin, por cierto… ¿será que puedes llamar a Santiago? Quedaron en que me iba a ayudar a hacer un mueble.

—Está bien, ya lo llamo.

Aylin entró a la habitación y dejó a la niña sobre la cama mientras se cambiaba. Cuando terminó de acomodarse, tomó el celular y marcó el número de Santiago. Esperó unos segundos hasta que él contestó.

—Hola.

—Hola, Santi.

—¿Cómo estás? Oye, me dijo el pastor que tenías que ayudar en algo.

—Ah, sí, es cierto… ya voy para abajo.

—Está bien, si quieres te espero afuera.

—Me parece. Ya llego en cinco minutos.

Después de colgar, Aylin se acercó nuevamente a la niña. Terminó de acomodarla, le dio de comer con calma y esperó unos minutos hasta asegurarse de que estuviera tranquila. Luego la sostuvo contra su pecho para sacarle los cólicos y, cuando finalmente la pequeña se quedó dormida otra vez, la acomodó con cuidado sobre la cama, procurando no despertarla.

Justo cuando estaba terminando de acomodar unas cosas, el celular volvió a sonar. Aylin lo tomó y escuchó la voz de Santiago al otro lado.

—Ya estoy afuera.

—Ah, ya voy.

Aylin salió con rapidez y, al cruzar el pasillo, se encontró de frente con Ángel. Él la miró y le preguntó a dónde iba, pero ella no respondió. Ni siquiera se detuvo; simplemente lo ignoró por completo y continuó caminando hasta donde se encontraba el pastor, como si no hubiera escuchado nada.

—Pastor, ya llegó Santiago. ¿Me puede dar las llaves?

—Claro, aquí tienes.

Aylin tomó las llaves y se dirigió hacia el portón sin mirar atrás. Al otro lado, Santiago la esperaba apoyado en el carro, mientras ella se acercaba con paso firme, lista para marcharse.

—Hola —dijo ella.

—Hola… ¿qué estabas haciendo?

—Nada, estaba durmiendo a la niña.

—Ah… al menos eres buena madre.

—Ay, tampoco para tanto —respondió ella con una pequeña sonrisa—. Siento que no he estado tan presente con ella por el colegio.

—Tranquila, cuando salgas de vacaciones la vas a disfrutar más.

—Eso espero.

La conversación continuó con naturalidad, hasta que, casi sin querer, la atención de Aylin se desvió hacia el otro lado del lugar. Ángel estaba allí. No hacía falta que dijera nada para que ella notara que los observaba; su mirada permanecía sobre ambos, siguiendo cada movimiento con una atención que Aylin prefirió no interpretar. Ella simplemente decidió no darle importancia y continuó hablando, como si su presencia no cambiara en absoluto lo que estaba haciendo.

—Oye… ahí está Ángel.

—Sí… pero yo lo ignoro. Vámonos.

Aylin no quería detenerse ni convertir aquel momento en algo incómodo, así que prefirió concentrarse en cualquier otra cosa. Después de todo, había aprendido que no siempre era necesario reaccionar ante cada mirada, cada gesto o cada presencia que aparecía frente a ella.

Ambos decidieron entrar, pero, curiosamente, Santiago le tomó la mano a Aylin mientras caminaban. Era un gesto amistoso, algo que él nunca hacía, pero ella no le dio demasiada importancia y siguió caminando a su lado con naturalidad, sin imaginar que aquel pequeño gesto no pasaría desapercibido para alguien más.

Al estar dentro, el pastor saludó a Santiago mientras Aylin permanecía cerca de ellos. Sin embargo, ella notó que Ángel todavía la seguía mirando, aunque esta vez no directamente a ella. Su mirada iba hacia las manos entrelazadas de ambos, y después hacia ellos, que conversaban y dejaban escapar alguna que otra risa. Aylin se dio cuenta de lo que estaba observando, pero decidió no hacer ningún comentario y simplemente apartó la mirada, intentando actuar como si no hubiera notado nada.

Aun así, comenzó a sentirse un poco incómoda con la situación. No quería quedarse allí sin hacer nada mientras los hombres se encontraban trabajando, especialmente porque la niña todavía dormía tranquilamente. Así que prefirió ocuparse en algo y se dirigió a prepararles algo de comer, buscando mantenerse entretenida mientras ellos continuaban con lo suyo y tratando de no pensar demasiado en las miradas que había notado unos minutos antes.

—Yo me voy a hacer algo para que coman —dijo Aylin mientras caminaba hacia la cocina de la iglesia.

—Está bien, porque yo tengo mucha hambre —respondió el pastor con naturalidad.

Aylin encendió las luces de la cocina y empezó a buscar lo necesario, moviéndose con calma mientras revisaba los ingredientes y utensilios que tenía a su alcance. Aunque intentaba concentrarse en lo que estaba haciendo, todavía era consciente de la presencia que había estado detrás de ella unos momentos antes. Por eso, casi sin pensarlo, giró apenas la cabeza hacia la puerta.

Ángel ya no estaba ahí.

Se había ido al aula.

Aylin soltó una pequeña risa por lo bajo y negó con la cabeza, como si aquello le pareciera un poco gracioso, antes de volver a lo que estaba haciendo. Poco a poco se concentró en preparar algo para los hombres que se encontraban trabajando en la iglesia, ocupándose de cada cosa sin prisa mientras el sonido de los utensilios llenaba el silencio de la cocina.

Mientras Aylin continuaba preparando la comida, levantó la mirada por un momento y alcanzó a ver a Santiago y al pastor conversando cerca del pasillo. No les prestó demasiada atención y siguió con lo suyo, hasta que la voz del pastor se escuchó desde el otro lado.

—Ángel —llamó el pastor de repente.

—Dígame, pastor —respondió él mientras se acercaba.

El pastor lo esperó unos segundos y luego señaló hacia lo que necesitaban mover.

—¿Será que ustedes dos pueden desarmar eso y llevarlo al aula?

—Claro.

Ángel hizo un pequeño gesto con la cabeza hacia Aylin antes de ir por las herramientas. Santiago también se acercó sin decir mucho y, entre los dos, comenzaron a mover el mueble con cuidado, levantándolo poco a poco mientras se coordinaban para evitar que se golpeara contra alguna de las paredes.

Aylin, mientras tanto, alcanzó a escuchar parte de la conversación desde afuera. Continuó en la cocina de la iglesia, moviéndose entre las ollas, los vasos y todo lo que aún quedaba por ordenar, procurando concentrarse en lo que hacía y comportarse como si nada estuviera pasando.

Sin embargo, reconoció enseguida lo que estaban haciendo. No necesitaba salir a comprobarlo ni preguntar nada. Después de todo, había aprendido a reconocer ciertas cosas incluso antes de verlas, y aquella vez simplemente decidió quedarse allí, ocupada con sus tareas, dejando que ellos hicieran lo que tenían que hacer.

—¿Desde cuándo conociste a Aylin? —preguntó Ángel.

Santiago soltó una risa corta, de esas que no tenían nada de gracia. Había demasiadas cosas guardadas detrás de ella, demasiadas conversaciones que habían quedado a medias y sentimientos que, aunque el tiempo hubiera pasado, seguían ahí.

—Desde que tú desapareciste de su vida.

—Si no sabes realmente cómo fueron las cosas, mejor no opines —respondió.

Santiago sostuvo su mirada. Había escuchado suficiente de Aylin como para saber que detrás de aquella historia había mucho más de lo que Ángel quería admitir.

—Sí sé —dijo Santiago—. Ella me lo contó todo… y también la he visto llorar por ti.

Aylin se quedó quieta por un segundo. Bajó un poco la mirada, como si aquellas palabras hubieran encontrado un lugar que llevaba demasiado tiempo intentando mantener cerrado. Aun así, continuó cocinando, fingiendo que no le importaba escuchar.

—Ella sabe que no fue mi intención —insistió Ángel.

—Ajá… después de todo el daño que le hiciste —respondió Santiago sin filtro.

—¿Por qué estás tan pendiente de Aylin? ¿Te enamoraste de ella o qué? —se escuchó la voz de Ángel.

—Aunque no lo creas, si ella tuviera que escoger entre nosotros dos, no te elegiría a ti.

—Qué gracioso —respondió Ángel—. Yo fui su primer amor.

Aylin se detuvo en seco con la cuchara en el aire.

Y ahí sí, ya no pudo.

Dejó lo que estaba haciendo, tomó dos vasos de agua y salió directo al aula.

No sabía exactamente qué iba a hacer al llegar al aula, ni cómo iba a reaccionar cuando estuviera frente a todo aquello que había intentado evitar. Solo sabía que necesitaba salir de ahí y respirar, aunque fuera por unos minutos, antes de enfrentarlo todo.

—Ten, Santi —dijo Aylin mientras le acercaba el vaso.

Ángel miró la escena y soltó una risa seca. Había algo de incredulidad en su expresión, como si aquello confirmara una idea que llevaba rato molestándolo, aunque fuera solo por juego.

—¿Ves? Te dije que ella me quiere más a ti.

Ángel lo observaba con esa cara de quien todavía no terminaba de aceptar lo que acababa de pasar. La situación era tan absurda que Aylin terminó riéndose también, intentando entender por qué los dos estaban haciendo de algo tan sencillo todo un asunto.

—¿Qué les pasa? —dijo Aylin, ya medio riéndose sin querer—. Si a mí me gustan las mujeres.

Los dos se quedaron en blanco.

Santiago casi se atraganta con el agua.

—¿Qué… qué dijiste? —preguntó Ángel, desconcertado.

—¿Es en serio? —añadió Santiago, tosiendo—. ¿Ya no te gustan los hombres?

Aylin los miró en silencio. Por un instante, pareció que iba a responderles, pero terminó negando con la cabeza. No tenía ganas de explicar nada ni de entrar otra vez en una discusión que ya se había alargado demasiado.

—Ya dejen de estar peleando —dijo, dándose la vuelta mientras volvía a la cocina.

Los dejó atrás con la misma calma con la que había llegado. Tal vez porque sabía que, si se quedaba, terminarían convirtiendo cualquier palabra en otra pelea.

Santiago fue el primero en reaccionar. Negó con la cabeza mientras soltaba una pequeña risa, como si no supiera si tomarse en serio aquella conversación o simplemente dejarla pasar.

—No… definitivamente yo no estoy hecho para estas conversaciones.

Ángel lo miró de reojo. Seguía serio, aunque ya no tenía ganas de discutir. Había cosas que prefería no decir

—Ni yo… pero igual no me voy a ir.

—Eso ya lo veremos.

Desde ahí, todo empezó a sentirse diferente entre ellos.

Ya no era solo tensión ni discusiones incómodas. Había algo más raro, más silencioso, como si ambos hubieran empezado a acostumbrarse a la presencia del otro sin darse cuenta. No era algo que pudieran explicar, mucho menos reconocer en voz alta, pero estaba ahí, apareciendo poco a poco en esos pequeños momentos que ninguno de los dos parecía querer evitar.

Una noche, Aylin salió a medianoche de la casa de los pastores sin hacer ruido. Caminó despacio por los pasillos, procurando que nadie la escuchara, hasta llegar al aula donde estaba el pequeño piano que había empezado a usar para aprender poco a poco.

Encendió el celular, buscó algunos videos y se quedó unos minutos intentando seguir el ritmo. Se equivocó varias veces, perdió la melodía y tuvo que comenzar de nuevo, pero insistió. Había algo en aquel momento que le permitía olvidarse por un rato de todo y simplemente concentrarse en aprender.

El lugar permanecía en silencio, acompañado únicamente por las notas torpes que escapaban del piano, hasta que escuchó la puerta abrirse.

Ángel entró.

Aylin, sin decir nada al verlo acomodarse en una silla, comenzó a guardar todo para irse. Metió sus cosas una por una en el bolso, procurando concentrarse únicamente en eso, como si terminar rápido fuera la mejor manera de evitar aquel momento.

—Si quieres, quédate ahí —dijo sin mirarla—. Haz como si no estoy.

Se acomodó otra vez frente al piano, poniéndose los audífonos para ignorarlo.

Ángel se quedó quieto unos segundos, sin saber qué hacer, y al final solo se sentó a cierta distancia. No intentó acercarse ni decir nada más. Simplemente permaneció allí, respetando el espacio que Aylin había marcado entre los dos.

Por un momento solo se escuchaba la música baja de los audífonos de Aylin y el silencio del aula. Ella mantuvo la mirada frente al piano, aunque ya no tocaba ninguna tecla. Ángel, desde su lugar, tampoco apartaba del todo la mirada de ella.

Hasta que Aylin, sin darse cuenta, se quitó uno de los audífonos.

—¿En serio te gustan las mujeres? —preguntó Ángel de repente, mirándola.

Aylin giró un poco la cabeza y soltó una pequeña sonrisa.

—No. Solo lo dije para que tú y Santi dejaran de discutir por una estupidez.

Ángel parpadeó, como si no esperara esa respuesta.

Y, sin saber cómo, la conversación empezó a fluir. Al principio fueron preguntas sueltas, comentarios sin demasiada importancia y alguna que otra risa. Poco a poco, dejaron de medir tanto sus palabras y terminaron hablando como si el tiempo no existiera.

—Oye… en serio… ¿fuiste novia de mi primo Samuel?

—Sí… él sí fue alguien importante. Me cuidó cuando nadie más lo hizo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada… —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Si te duele o te incomoda, no es mi problema.

Se hizo un pequeño silencio.

Aylin, al final, terminó contándole más. No todo, pero sí lo suficiente para que Ángel entendiera algunas partes de su vida durante el tiempo en que él no estuvo. Le

habló de cosas que habían ocurrido, de personas que habían llegado a su vida y de cómo, poco a poco, había aprendido a seguir adelante sin esperar que nadie regresara a ocupar el lugar que alguna vez tuvo.

Y entre todo aquello, también mencionó a Santiago. No como una explicación ni como una forma de provocar algo en Ángel, sino porque simplemente se había convertido en alguien importante para ella, de una manera distinta a la que él conocía.

—Aylin… —dijo Ángel más bajo, después de un rato—. Tú te acostaste con mi primo.

Ella lo miró directo, sin apartar la vista.

—Sí… no te voy a mentir.

Ángel se quedó callado. La respuesta había sido más sencilla de lo que esperaba, pero quizá precisamente por eso no supo qué decir después.

—Pero no fue como tú lo estás pensando —añadió ella, más firme—. Y si vas a juzgarme por eso, mejor no preguntes.

—No estoy juzgando…

—Entonces no preguntes cosas que no estás listo para escuchar.

—Otra pregunta y te dejo en paz, ¿sí?

—Está bien —dijo Aylin mientras suspiraba—. Ahora, ¿con qué vas a salir?

—¿Qué pasará entre ambos? Digo, por lo que pasó meses atrás, lo que sentíamos y eso.

—Mira, sinceramente no quiero saber nada, ¿sí? Mira, piensa que eso no pasó, ¿sí? Que nosotros somos completamente desconocidos.

Ángel la observó, intentando entender si realmente hablaba en serio o si solo estaba buscando una manera de terminar la conversación.

—Si no quieres hablar de esto, significa...

—A ver, un momento. Esto no significa nada. Deja de hacerte películas en tu cabeza.

—Ay, pero no me has dicho que no —dijo Ángel con una sonrisa mientras se acercaba para sentarse a su lado.

—Te puedes hacer un poco más allá —dijo al sentirlo muy cerca.

Ángel soltó una pequeña risa y se apartó apenas, aunque aquella respuesta parecía divertirlo más de lo que debería. Aylin volvió la mirada hacia el piano, tratando de concentrarse en cualquier cosa que no fuera aquella conversación que, a pesar de todo, seguía encontrando la manera de quedarse entre los dos.

La conversación siguió avanzando lentamente, ya sin las discusiones de los primeros días, Aylin no sentía ganas de salir corriendo apenas él empezaba a hablar.

El pequeño piano había quedado olvidado a un lado mientras ambos seguían hablando en el aula casi oscura, iluminada apenas por la luz suave que entraba desde el pasillo.

Poco a poco, la presencia del otro dejó de sentirse extraña. Aylin incluso llegó a olvidarse por algunos minutos de todo lo que había pasado. Se descubrió respondiendo con más naturalidad, dejando escapar alguna sonrisa y escuchándolo sin estar pensando en qué decir después.

Y quizá eso era lo que más la inquietaba.

En un momento, Ángel se levantó y se acercó al pequeño piano.

—¿Y ya aprendiste algo o solo haces ruido?

—Toco mejor de lo que tú cantas.

—Eso tampoco es muy difícil.

—Cállate.

Ángel sonrió mientras presionaba una tecla al azar solo para molestarla.

—Muévete.

—Entonces enséñame.

Ángel se hizo a un lado con una sonrisa, dejándole espacio frente al piano. Aylin lo miró por un segundo intentando concentrarse en las teclas, aunque la presencia de él a su lado hacía que le costara mantener la misma tranquilidad de antes.

—Pon las manos aquí —indicó, señalando las teclas.

Ángel obedeció, observando sus movimientos con más atención de la que había mostrado al principio.

Aylin acomodó sus dedos sobre los de él para corregirle la posición y, apenas se dio cuenta de lo cerca que estaban, retiró la mano rápidamente.

—Así no —murmuró—. Vas a terminar tocando cualquier cosa.

—Pero si tú me estás enseñando.

—Y por eso deberías hacerme caso.

Y fue ahí cuando ambos quedaron demasiado cerca.

Tan cerca que, por un momento, el piano dejó de importar. Aylin dejó de mover las manos lentamente, mientras Ángel la miraba en silencio. Ninguno parecía saber qué hacer con aquella cercanía que, había vuelto a aparecer entre ellos.

No era algo nuevo. Esa tensión ya había existido antes, meses atrás, mucho antes de todo el desastre, antes de la desaparición, antes de todo aquello.

Era exactamente la misma sensación que habían tenido antes de darse su primer beso.

Como si, por un instante, el tiempo hubiera decidido retroceder y devolverlos al lugar donde todo había comenzado. Pero esta vez era diferente. Ya no eran los mismos. Había demasiadas cosas entre ellos, demasiadas palabras que nunca se dijeron y demasiados sentimientos que habían aprendido a esconder.

Aylin desvió la mirada primero. Sintió que si continuaba mirándolo, podía olvidar por un segundo todas las razones por las que había intentado mantenerse lejos.

—No me mires así.

Ángel habló más bajo esta vez, sin apartar la mirada de ella.

—¿Así cómo?

—Como si todavía pudieras arreglar todo.

—Si pudiera devolver el tiempo, lo haría.

El corazón de Aylin empezó a latirle más rápido, y eso la frustró un poco consigo misma. Porque no quería sentirse así otra vez, no tan rápido y mucho menos con él.

Pero aun así no se alejaba.

Aylin no aguantó más la tensión entre los dos. El silencio se había vuelto demasiado pesado. Por un instante, pareció que las palabras ya no hacían falta; bastaba con mirarse para entender que todavía quedaban cosas pendientes entre ellos.

Sin darse cuenta, ambos comenzaron a acercarse poco a poco, como si ninguno quisiera romper el momento, pero tampoco pudiera detenerlo. La distancia entre los

dos se hacía cada vez más pequeña, mientras Aylin intentaba ignorar todo lo que estaba sintiendo y Ángel parecía contenerse, esperando que fuera ella quien decidiera hasta dónde llegar.

Hasta que se escuchó la puerta del aula abrirse.

—¿Aylin…? —dijo la pastora apenas entrando.

Los dos se separaron rápidamente, sorprendidos por la interrupción. Aylin bajó la mirada, intentando disimular la incomodidad que de pronto le había recorrido el cuerpo, mientras Ángel permanecía en silencio.

La pastora los miró durante unos segundos y entendió enseguida lo que acababa de interrumpir. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro, como si hubiera comprendido mucho más de lo que cualquiera de los dos estaba dispuesto a explicar.

—Perdón… creo que será mejor que me vaya —dijo la pastora con una sonrisa, dando un pequeño paso hacia atrás.

Y volvió a cerrar la puerta.

Aylin soltó el aire lentamente y volvió a mirar a Ángel. Por un instante, pareció que todo volvía a quedarse en silencio, como si el mundo hubiera desaparecido detrás de aquella puerta y solo quedaran ellos dos, tan cerca que ya no hacía falta decir nada.

Pero justo cuando volvieron a acercarse, el celular de ella comenzó a sonar.

Aylin bajó la mirada hacia la pantalla. Era Santiago.

Ángel soltó una pequeña risa incómoda y se levantó, comprendiendo que aquel momento tendría que esperar. Sin decir más, salió del aula y cerró la puerta detrás de él, dejándola hablar tranquila.

Aylin se quedó unos segundos mirando la pantalla antes de responder. Intentó que su voz sonara normal, como si nada hubiera pasado, como si el corazón no le latiera un poco más rápido y como si todo lo que llevaba guardado pudiera quedarse en silencio, al menos por un momento.

Contestó intentando sonar tranquila, aunque una parte de ella seguía pensando en Ángel y en todo aquello que acababa de ocurrir.

—Hola, Santi.

—Hola, Aylin. ¿Qué tienes? Te escucho rara.

—Nada… solo estoy enojada conmigo misma.

—¿Por qué?

Aylin apretó los labios. No quería entrar en detalles ni convertir aquella llamada en una conversación sobre algo que todavía no sabía cómo manejar.

—Nada, no me hagas caso. Son cosas mías.

—Bueno… era para preguntarte si mañana irás al colegio para llevarte.

—Sí, muchas gracias. Yo te aviso cuando puedas bajar por mí.

—Está bien. Descansa.

—Tú también.

Cuando colgó, Aylin se quedó sentada, dejando que sus pensamientos volvieran una y otra vez al mismo lugar. Todavía no podía sacarse de la cabeza lo cerca que había estado de besar a Ángel.

Y eso era precisamente lo que más la confundía. No entendía por qué, después de todo lo que había intentado convencerse a sí misma, seguía sintiendo algo diferente cada vez que él estaba cerca.

Necesitaba despejarse, así que salió al corredor del frente, ese que daba directamente hacia la calle. El aire de la madrugada estaba frío y se sentía distinto sobre su piel, como si aquella hora hiciera que todo pareciera más tranquilo de lo que realmente era.

Apenas pasaban carros o motos de vez en cuando. Aylin se quedó mirando hacia la calle, dejando que la mirada se perdiera entre las luces que aparecían y desaparecían a lo lejos, hasta que miro a Ángel parado.

—¿Qué haces ahí? —preguntó él mientras se acercaba.

—Nada… despejando mi mente.

—¿Por?

Aylin soltó una pequeña risa cansada, bajando la mirada por un momento.

—Porque eres un problema conmigo. Eso pasa.

—¿Yo qué hice?

—Nada… olvídalo.

Ángel terminó sentándose a la par de ella en el piso. Tenía el celular en una mano y una cerveza en la otra.

—Sabes que si se dan cuenta de que tienes eso, te echan de la iglesia —dijo Aylin, mirándolo de reojo.

—No hay nadie despierto, tranquila.

Los dos se quedaron mirando la calle. La luz de los postes apenas alcanzaba a iluminar la acera y el aire fresco hacía que la noche se sintiera un poco más tranquila.

—¿Quieres?

Aylin miró la cerveza y luego a él. Tenía los ojos cansados y una expresión que intentaba esconder lo mucho que le estaba costando mantenerse tranquila.

—Dame eso porque siento que ya no aguanto más con esto que me quema por dentro

Ángel soltó una pequeña risa y se la pasó.

Aylin sostuvo la botella entre sus manos y tomó un sorbo. Apenas la probó, arrugó la cara y apartó la botella de inmediato.

—Ay, no… ¿a ti te gusta esto?

—Sí.

—Qué asco. Creo que será la primera y última vez que pruebo eso.

Él seguía riéndose mientras le quitaba la botella.

Aylin volvió a mirar hacia la calle, intentando distraerse con cualquier cosa que no fuera él. Pero por más que lo intentara, le resultaba imposible ignorar lo rápido que le latía el corazón cada vez que lo tenía cerca. Había algo en su presencia que conseguía desordenarle los pensamientos, incluso cuando no hacía nada para provocarlo.

Después de unos segundos, giró la cabeza hacia él.

Lo miró con esa mezcla de curiosidad y nervios que no sabía cómo esconder. Había tantas cosas que quería decirle, tantas palabras que llevaba guardándose por miedo a arruinar aquel momento, que por un instante sintió que todas se le amontonaban en el pecho. Quería hablar, pero también quería quedarse allí, simplemente compartiendo aquel pequeño momento con él, como si pudiera guardar la sensación para después.

Y mientras lo observaba, comprendió que quizá lo que más le asustaba no era lo que pudiera pasar entre ellos, sino todo lo que empezaba a sentir sin saber todavía cómo ponerlo en palabras.

—Dios mío… no sé si es efecto de esto, pero…

—¿Qué? —preguntó Ángel mirándola.

Aylin se quedó viéndolo unos segundos más. Había algo en sus ojos que no sabía cómo explicar y una mezcla de confusión.

Sin pensarlo demasiado, se acomodó de rodillas frente a él y lo besó. Fue un impulso nacido de todo lo que había callado, de todas las veces que había querido acercarse y había terminado retrocediendo. Por un instante, dejó de pensar en las consecuencias y simplemente se permitió sentir.

Ángel se quedó quieto apenas un segundo antes de corresponderle el beso. Y en ese momento, Aylin sintió cómo algo dentro de ella se desordenaba por completo. Era extraño tenerlo tan cerca y, al mismo tiempo, sentir que acababa de cruzar una línea que durante tanto tiempo había intentado no tocar.

Cuando Aylin reaccionó a lo que acababa de hacer, se separó rápido. Lo miró con una mezcla de nervios y arrepentimiento, intentando encontrar alguna forma de entender por qué había dejado que sus sentimientos hablaran antes que ella.

—Buenas noches —dijo nerviosa mientras se levantaba.

Y salió caminando rápido de ahí.

—¡Espera! —dijo Ángel, levantándose también—. ¿Qué fue eso?

Aylin salió corriendo por el corredor, sintiendo que el corazón le golpeaba con demasiada fuerza contra el pecho. No sabía exactamente de qué estaba huyendo; solo sabía que necesitaba alejarse antes de que todo aquello que llevaba tanto tiempo guardándose terminara saliendo de la peor manera.

—¡Aylin! —volvió a llamarla Ángel desde atrás.

Entró rápido a la casa de los pastores y cerró la puerta con cuidado, procurando no despertar a nadie. Apenas llegó a la habitación, se dejó caer sobre la cama y se llevó las manos al rostro, sintiendo todavía el corazón acelerado y la cabeza llena de pensamientos.

—¿Qué acabo de hacer…? —murmuró avergonzada.

La niña seguía dormida en el cochecito, completamente tranquila. Aylin, en cambio, no encontraba la misma calma. Caminaba de un lado a otro, intentando entender cómo había llegado hasta ese momento y por qué, había permitido que sus sentimientos la llevaran hasta allí.

No podía creer que después de todo lo que había pasado… lo hubiera besado.

Y peor todavía, que no se arrepintiera del todo.

Esa era la parte que más le costaba aceptar. Había intentado convencerse tantas veces de que aquello no significaba nada, de que podía controlar lo que sentía y guardar todo en un rincón de su corazón donde nadie pudiera verlo. Pero aquel beso había hecho que todo lo que llevaba tanto tiempo intentando esconder volviera a aparecer de golpe.

Soltó un suspiro largo y volvió a acostarse boca arriba, mirando fijamente el techo. Afuera todavía se escuchaban algunos carros pasar de vez en cuando, pero los sonidos parecían muy lejanos comparados con el ruido que tenía dentro de ella.

—Qué vergüenza… —susurró, tapándose la cara con la almohada.

A la mañana siguiente se despertó más cansada de lo normal.

Se bañó rápido, se arregló para ir al colegio y evitó pensar demasiado en lo que había pasado aquella madrugada. Había intentado convencerse de que podía actuar con normalidad, como si nada hubiera cambiado, pero por dentro todavía sentía esa mezcla extraña de vergüenza, nervios y algo que no quería admitir ni siquiera para sí misma.

Apenas salió de la habitación lo vio en la cocina de la iglesia, tomando café.

Ángel levantó la mirada al verla y, automáticamente, sonrió.

—Buenos días —dijo él, tranquilo.

—No hables de anoche —respondió ella de inmediato mientras abría el refri, buscando cualquier cosa que pudiera mantener sus manos ocupadas y evitar mirarlo.

—Yo ni he dicho nada.

—Pues ni lo digas.

Aylin agarró un jugo sin siquiera tener sed. Necesitaba hacer algo, cualquier cosa que le permitiera fingir que estaba completamente tranquila. Pero era inútil. Podía sentir perfectamente la mirada de Ángel sobre ella y eso solo conseguía que se pusiera más nerviosa.

—Entonces sí pasó.

Aylin cerró la puerta del refri más fuerte de lo necesario.

—Ángel.

—Está bien, ya.

—Qué pena contigo —murmuró Aylin sin mirarlo.

—¿Por qué? —preguntó él acercándose un poco—. A mí me gustó.

—Cállate.

—Bueno, bueno… ya no digo nada.

—No te emociones —dijo ella agarrando su bolso rápidamente.

—Muy tarde.

—Qué necio eres.

Ángel sonrió, completamente consciente de que ella intentaba escapar de aquella conversación antes de que pudiera ponerse todavía más nerviosa.

—Y aun así me besaste.

—¡Ángel!

Ella salió lo más rápido que pudo, antes de seguir escuchándolo hablar. Necesitaba alejarse de allí.

Pero mientras salía de la iglesia, no pudo evitar sonreír sola al recordar lo que había pasado la noche anterior. Aquel beso seguía rondando su mente con una mezcla extraña de emoción, nervios y una felicidad que no sabía muy bien cómo explicar. Por más que intentara actuar como si nada hubiera ocurrido, había algo dentro de ella que había cambiado.

Desde esa noche, los días siguieron con aparente normalidad para ambos. Continuaron con sus responsabilidades, sus conversaciones de siempre y aquella rutina que parecía no haberse alterado en lo absoluto. Sin embargo, detrás de cada mirada y de cada pequeño gesto, existía algo que ninguno podía ignorar por completo.

Ninguno volvió a mencionar el beso.

Era como un secreto silencioso que los dos habían decidido guardar. No necesitaban hablar de ello para saber que había sucedido, ni fingir que no significaba nada. Ambos lo llevaban consigo, cada uno a su manera, intentando entender qué lugar ocupaba aquel momento en medio de todo lo que sentían y de todo aquello que todavía no se atrevían a reconocer.

Todo parecía seguir con normalidad hasta que Aylin comenzó a verse envuelta en una serie de situaciones con Ángel y Santiago que, poco a poco, empezaron a hacerle notar algo que antes no había querido imaginar.

Desde la última vez que los dos habían tenido que hacer algo juntos, Aylin ya sabía que trabajar con ellos podía terminar en cualquier cosa menos en tranquilidad. Al principio no le dio demasiada importancia. Ángel siempre había tenido una forma particular de comportarse con ella, y Santiago era su amigo de siempre. Por eso, cuando comenzó a notar ciertas actitudes de Santiago, prefirió pensar que simplemente estaba siendo él.

Por lo que un sábado, Santiago llegó a la iglesia para ayudarle a Aylin con unas cosas que necesitaba del colegio. Aquella tarde, ambos terminaron en la habitación mientras estudiaban y organizaban sus pendientes. Entre una cosa y otra, Santiago se distrajo un rato jugando con la bebé de Aylin, haciendo que la pequeña sonriera mientras el tiempo pasaba sin que ninguno se diera cuenta.

Después de un rato, se escuchó que el pastor tocaba la puerta.

—Aylin, ¿será que puedes salir un momento?

Aylin se levantó de la cama para abrir, con un poco de curiosidad, sin saber qué quería decirle el pastor.

—Oye, ¿será que tú y Santiago me ayudan a limpiar un poco el templo y el corredor?

—Sí, claro. Ya vamos.

—Está bien. Nosotros saldremos a hacer algunas cosas, así que quedan solos.

Aylin levantó ligeramente las cejas ante aquella última frase. No sabía exactamente por qué la había dicho de esa manera, pero prefirió no darle importancia.

—Bueno… cuídense.

—Igual —respondió Aylin antes de cerrar la puerta.

Cuando volvió a entrar, Santiago la miró con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Nada. Tenemos trabajo. Vamos a limpiar la iglesia.

—¿Y la niña? ¿No la dejarás aquí?

—No —respondió Aylin mientras la alzaba con cuidado—. Voy a colocarla en el cochecito y llevarla con nosotros. Aunque sea, para verla mientras limpiamos.

—Bien, entonces te ayudo a acomodarla.

Aylin sonrió mientras Santiago se acercaba para ayudarla. Entre los dos prepararon el cochecito y acomodaron a la pequeña, sin imaginar que aquella tarde.

Al organizar a la bebé en el cochecito, ambos salieron de la casa de la pastora. Aylin llevó a la niña hasta el templo, mientras Santiago buscaba las cosas necesarias para limpiar y se encargaba de llevarlas hasta allí.

Una vez dentro, Aylin acomodó a la bebé en un lugar donde pudiera verla mientras ellos comenzaban a barrer con tranquilidad. El templo estaba bastante silencioso, y el sonido de las escobas recorriendo el piso era lo único que se escuchaba.

—Creo que un poco de música ayudaría un poco.

—Si quieres. Igualmente, no creo que nos digan nada.

Santiago no lo pensó demasiado. Se dirigió hasta la cabina, conectó su celular y, poco después, la música comenzó a escucharse a través de los parlantes de la iglesia.

Con aquel cambio, limpiar dejó de sentirse tan aburrido. Ambos continuaron con lo suyo mientras la música llenaba poco a poco el templo. Entre barrer, acomodar cosas y moverse de un lado a otro, el tiempo comenzó a pasar más rápido.

Hasta que Aylin, después de un rato, empezó a sentirse un poco aburrida.

Miró hacia el suelo y luego hacia Santiago.

Sin decir nada, tomó un poco de desinfectante y lo echó sobre una parte del piso. Después se quitó los zapatos y, con sus medias puestas, empezó a deslizarse por el suelo como si estuviera patinando.

Santiago levantó la mirada al escuchar el ruido y se quedó observándola con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Qué haces?

—Ven, diviértete un poco.

Santiago miró sus propios pies y luego volvió a verla.

—Pero yo no tengo medias. Solo las que tengo puestas.

—Ay, quítate los zapatos y juega un rato conmigo

—Está bien, tú ganas.

Se quitó los zapatos y se acercó al piso recién mojado, mientras Aylin lo observaba esperando que intentara deslizarse.

Por unos minutos, la limpieza dejó de importarles tanto. Entre resbalones, risas y pequeños tropiezos, aquel templo que momentos antes parecía tan silencioso terminó llenándose de una alegría sencilla.

Después de unos minutos, ambos se cansaron y terminaron acostados en el piso, sin importarles que estuvieran completamente cubiertos de desinfectante. Mientras tanto, la bebé se había quedado dormida por sí sola.

—¿Y cómo te va con este tipo? —preguntó Santiago mientras se acomodaba a un lado de ella y la miraba a los ojos.

—No sé… es difícil a veces, pero ya me acostumbré.

Santiago la observó con curiosidad. Había algo en la forma en que Aylin hablaba de él que le hacía pensar que todavía quedaban cosas sin resolver.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Tú aún sientes algo por él después de todo?

—Te voy a contar algo, pero no te enojes.

—¿Ahora qué? Creo que ya nada me sorprende.

—Esto lo dejé en secreto con él, pero confío en ti.

—Okey… dime.

—Es que una noche nos dimos… bueno, yo le robé un beso.

—Aylin, ¿tú me estás jodiendo?

—No…

Bajó la mirada por un momento. Aunque intentaba tomárselo con naturalidad, todavía podía sentir aquella mezcla de vergüenza y emoción que le provocaba recordarlo.

—A veces me arrepiento.

—Entonces, ¿aún sigues sintiendo algo por él?

—No sé, Santiago. Es algo difícil… ni yo misma sé qué siento.

—Bueno, ya que estamos en confesiones, yo quiero decirte algo que llevo guardando por mucho tiempo.

—Dime.

Santiago se levantó un poco y la miró directamente a los ojos, mientras Aylin esperaba con atención aquello que estaba a punto de decirle. Estaba tan cerca de ella que, sin pensarlo demasiado, levantó la mano y le rozó suavemente la cara.

—Aylin… lo que pasa es que…

—¡Qué bonito! —interrumpió Ángel apenas entró.

Aylin apartó rápidamente a Santiago y se sentó en el piso, mientras él hacía una evidente cara de decepción. Por la forma en que la miró, parecía que aquello que estaba a punto de decir era demasiado importante como para que Ángel hubiera aparecido justo en ese momento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Aylin.

—Nada. La pastora me llamó para que los viniera a dar un ojo porque, supongo… o sea, supongo que estaban limpiando.

—Sí, estábamos limpiando.

—Entonces, ¿por qué cuando entré estaban ahí como si se besaran?

Aylin abrió un poco los ojos, sorprendida por la pregunta, mientras Santiago soltaba una pequeña risa, como si no pudiera creer que Ángel realmente hubiera dicho aquello.

—Porque estábamos descansando. Más bien, a ti, ¿qué te tiene que importar lo que hago o no hago?

—Sí, hermano, al menos respeta. Estábamos hablando de cosas que sí son importantes —añadió Santiago, todavía con aquella mezcla de molestia.

—Si necesitan privacidad los niños, yo me voy. Eso sí, solo quiero ver esto limpio.

Aylin se levantó y se acercó a él.

—¿Sabes qué? Sí, necesito privacidad. Y si no sabes qué es eso, yo te enseño.

Sin importarle nada más, Aylin lo saco del templo y cerró la puerta justo en su cara.

—Aylin, a mí no me vuelves a cerrar la puerta en la cara.

Ella soltó una risa al escucharlo tocar, sin parar, hasta que finalmente se cansó y se fue de ahí.

—¿Como que está celoso? —no pudo evitar preguntar Santiago.

—No sé… pero será mejor que terminemos.

—Supongo.

Y así fue. Ambos terminaron de limpiar todo lo que habían utilizado. Sacaron los instrumentos y los limpiaron con cuidado, revisando que cada uno quedara en su lugar. Después, desbarajaron las sillas y las acomodaron para el culto general del día siguiente.

Mientras Aylin terminaba de ordenar las últimas sillas, miró a Santiago y se le ocurrió algo.

—Oye, ¿por qué no vienes mañana al culto?

—¿En serio?

—Claro. Además, mañana me toca ser voz principal y quisiera que estés conmigo.

A Santiago pareció gustarle la idea.

—Me parece. Invitaré a mi madre.

—Bien, mucho mejor.

Cuando terminaron, ambos salieron del templo entre bromas y comentarios que hicieron que el cansancio de toda la tarde pareciera más llevadero. Mientras Ángel estaba en las escaleras escuchando todo. Aylin guardó las últimas cosas en su lugar y después se fue junto a Santiago a la habitación para terminar lo que faltaba.

Apenas entró, Ángell los miró a ambos con una expresión que dejaba demasiado claro lo que estaba pensando.

—¿Ustedes adónde van?

Aylin ya conocía aquella mirada. Sabía exactamente hacia dónde iba su cabeza.

—Ay, ya, sí. No tienes que estarme vigilando todo el tiempo. Te recuerdo que esta no es tu casa, así que permiso.

Ángel no respondió. Simplemente se llevó una mano a la cabeza, frustrado, mientras Aylin y Santiago entraban a la casa. Por dentro, Ángel no podía dejar de imaginarse lo peor. Su mente llenaba los espacios vacíos con cosas que ni siquiera sabía si estaban pasando. Y cuanto más intentaba no pensar en ello, más difícil se volvía.

Las horas pasaron hasta que ambos volvieron a salir. Aylin tomó nuevamente el cochecito y caminó junto a Santiago hacia la salida. Ya no quedaba mucho por hacer,

pero la tarde había terminado siendo mucho más agradable de lo que cualquiera de los dos esperaba.

—Bueno, muchas gracias por ayudarme, de verdad. La pasé súper contigo.

—No hay de qué. Al menos nos divertimos. Bueno, mañana nos vemos.

—Bien. Ten cuidado.

Santiago se despidió y comenzó a alejarse. Aylin lo observó marcharse antes de regresar a la casa. No necesitó mirar Ángel para saber lo que encontraría en su rostro. Si se detenía, sabía que vendrían las preguntas, las sospechas y esa forma suya de intentar descubrir cosas que ni siquiera le correspondían.

Así que simplemente entró, dejando atrás la despedida y también todo aquello que Ángel quería saber. A veces era más fácil seguir caminando que explicar algo que, para ella, ni siquiera tenía nada que explicar.

Al día siguiente, como todos debían vestirse de blanco, Aylin pasó un poco más de tiempo arreglándose. Eligió un vestido blanco que le llegaba hasta las rodillas, unos tacones del mismo color y, por encima, un suéter un poco grande que la protegiera del frío. Frente al espejo acomodó su cabello y revisó una última vez que todo estuviera en su lugar. No sabía por qué estaba poniendo tanto cuidado en su apariencia, aunque en el fondo sí lo sabía.

Después del ensayo, salió a esperar a Santiago afuera de la iglesia. Intentaba aparentar tranquilidad, pero sus manos la delataban mientras acomodaba una y otra vez las mangas del suéter. Miraba hacia la calle esperando verlo aparecer y, cada vez que distinguía a alguien a lo lejos, sentía una pequeña emoción que intentaba esconder incluso de sí misma.

—¿A quién esperas? —preguntó Ángel al verla parada en la entrada.

Aylin giró lentamente hacia él. La pregunta parecía sencilla, pero por la forma en que la había hecho, supo que detrás de ella había mucho más.

—A Santiago —respondió con naturalidad.

Ángel la miró, tratando de entender qué significaba aquella espera. Aylin volvió la vista hacia la calle, como si nada estuviera pasando, aunque por dentro sabía perfectamente que él ya había empezado a sacar sus propias conclusiones.

Y, aunque no quería admitirlo, una parte de ella estaba deseando que Santiago llegara.

—¿Por qué no mejor te vas y te sientas?

—Ay, tranquila. Cuidado y me pegas. Mejor me voy.

Aylin apenas rodó los ojos. No tenía ganas de discutir, mucho menos de darle importancia a las sospechas que Ángel parecía empeñado en buscar en cada cosa que hacía.

A los pocos minutos, reconoció el carro de Santiago acercándose. Sintió cómo la emoción que había estado intentando disimular se le escapaba en una pequeña sonrisa. Santiago bajó acompañado de su madre.

—Hola, Aylin… —dijo apenas la vio—. Qué hermosa te ves.

—Ay, no exageres. Hoy me toca la alabanza, por eso me vestí así.

—Wow…

Santiago pareció quedarse sin mucho más que decir por un momento, hasta que reaccionó y señaló a la señora que estaba a su lado.

—Ah, cierto. Te presento a mi madre.

Aylin inmediatamente dirigió su atención hacia ella y sonrió con educación.

—Hola, señora.

—Hola, mi niña. Santiago me ha hablado mucho de ti.

—Espero que cosas buenas.

—Claro que sí.

Aquellas palabras hicieron que Aylin sonriera un poco más. Había algo especial en conocer a la persona de la que Santiago tantas veces había hablado, y por alguna razón le daba gusto saber que él también había mencionado su nombre en casa.

—Bueno, entren. Ya casi empieza.

Los tres caminaron hacia la entrada. Santiago iba junto a su madre, mientras Aylin los acompañaba con una sonrisa que no lograba esconder. Sin embargo, antes de entrar, miró de reojo hacia donde estaba Ángel.

Y aunque no dijo nada, su expresión era suficiente para que Aylin entendiera que aquella mañana apenas comenzaba.

Aylin los llevó hasta unas sillas casi adelante y los acomodó allí, procurando que quedaran cómodos antes de volver a sus responsabilidades.

—Voy a dejar mis cosas y ya vuelvo —dijo Santiago.

—Está bien.

Aylin se quedó un momento cerca de ellos antes de subir a la cabina de sonido. Necesitaba hablar con el encargado y revisar que todo estuviera listo antes de que comenzara el culto. Mientras conversaban sobre los últimos detalles, intentaba concentrarse en el trabajo y dejar de lado aquella sensación de nervios que llevaba desde que había llegado.

Pero, en medio de la conversación, alguien le tocó suavemente el brazo.

Aylin se giró y encontró a una de sus compañeras mirándola con cierta duda. La chica señaló discretamente hacia la entrada de la iglesia.

—Aylin… ¿ese no es Ángel?

Ella volteó rápidamente y sintió cómo el estrés le subía de inmediato.

Ángel estaba sentado exactamente al lado de donde Santiago había dejado sus cosas. Aylin reconoció enseguida el lugar y no pudo evitar imaginar lo que podía pasar si Santiago llegaba y decidía sentarse ahí.

—Ay, Dios… —murmuró bajito—. Si esos dos se sientan juntos, termina en tragedia.

No era solo una exageración. Aylin conocía demasiado bien a Ángel como para ignorar lo que podía pasar. Desde el día anterior había notado sus miradas, sus preguntas y esa forma tan suya de querer saber qué hacía Santiago cerca de ella. Y ahora, verlo precisamente sentado ahí le hizo pensar que, de alguna manera, el universo parecía estar jugando con su paciencia.

Aylin respiró profundo y miró hacia la entrada, esperando que Santiago apareciera antes de que Ángel tuviera tiempo de decir algo. Quería que todo saliera bien, que Santiago pudiera disfrutar del culto y que aquella tensión que parecía seguirlos a todas partes no terminara arruinando el momento.

Aylin salió de la cabina y caminó hacia las sillas intentando verse tranquila. Había algo en la forma en que observaba todo a su alrededor que dejaba claro que estaba pendiente de más cosas de las que quería admitir.

—Señora, si quiere siéntese aquí mejor —dijo mientras movía una silla para hacerle espacio.

—Está bien, muchas gracias, mi niña.

Aylin sonrió y esperó a que la señora se acomodara. Después agarró las cosas de Santiago y las llevó hasta otro asiento, colocándolas un poco más lejos. No quería que

quedaran juntos, y mucho menos darle a Ángel otra razón para comenzar con sus preguntas o sus sospechas.

Cuando comprobó que al menos ya no estaban sentados uno al lado del otro, respiró un poco más tranquila.

Volvió a la cabina y retomó lo que estaba haciendo, aunque su atención se escapaba de vez en cuando hacia donde estaba Santiago. Intentaba concentrarse, pero había algo dentro de ella que no dejaba de sentirse inquieta.

Minutos después comenzó el culto. Aylin subió al altar y tomó el micrófono para comenzar la primera alabanza. Como siempre, algo cambiaba en ella cuando ministraba. Dejaba de lado los nervios y todo aquello que pudiera estar rondando por su cabeza para entregarse por completo a lo que estaba haciendo.

Cantaba con fuerza, animaba a las personas y conseguía que poco a poco todos se unieran a las canciones. El ambiente comenzó a llenarse de energía; algunas personas levantaban las manos, otras empezaban a danzar y las voces se mezclaban dentro del templo. Aylin sonreía mientras cantaba, disfrutando de ese momento que tantas veces había vivido.

Pero entre una canción y otra, sus ojos terminaban buscando el mismo lugar. Santiago estaba junto a Ángel, y aunque intentaba concentrarse en la alabanza, no podía evitar mirarlos. Los veía hablarse al oído, señalar discretamente hacia el altar y hasta empujarse de vez en cuando, como si estuvieran discutiendo algo que ella no alcanzaba a escuchar.

Aylin intentó ignorarlos y continuó cantando. Se repetía que no tenía por qué distraerse por eso, que debía concentrarse y disfrutar el momento. Sin embargo, cuanto más intentaba dejar de prestarles atención, más consciente se volvía de cada movimiento que hacían.

Hasta que llegó el momento de la adoración.

El ambiente cambió por completo. Las canciones se volvieron más tranquilas y las voces comenzaron a bajar de intensidad. Aylin cerró los ojos mientras cantaba con suavidad, intentando dejar atrás todo lo que la había estado desconcentrando durante la alabanza.

Pero al volver a mirar hacia abajo, los encontró otra vez.

Seguían de pie, hablando entre ellos y mirándola de vez en cuando. Aylin sintió que los nervios regresaban. Ya no sabía si estaba imaginando cosas o si realmente había algo extraño entre ambos. Aquella sensación comenzó a pesarle más de la cuenta

y, aunque trató de mantener la calma, cada mirada conseguía sacarla un poco de lo que estaba haciendo.

Al terminar la alabanza, bajó con cuidado del altar y se dirigió directamente a la cabina. Intentó comportarse con normalidad, como si nada hubiera ocurrido, pero por dentro seguía pensando en lo mismo. Había demasiadas cosas que no entendía y demasiadas miradas que parecían decir más de lo que nadie estaba dispuesto a explicar.

La tarde continuó con normalidad. Poco a poco las personas comenzaron a despedirse y el templo fue quedándose vacío, hasta que solamente quedaron los pastores, Santiago, Ángel y Aylin.

Mientras Ángel estaba en la cocina guardando algunas cosas, Aylin aprovechó para entrar al aula y comenzar a limpiarla. Necesitaba hacer algo que mantuviera su cabeza ocupada, aunque fuera por unos minutos.

Estaba acomodando unas cosas cuando Santiago entró poco después. Su presencia hizo que Aylin levantara la mirada y, por alguna razón, volvió a sentir aquellos nervios que había intentado ignorar durante todo el culto.

—Aylin.

—Hola.

—Oye… ya me voy.

—Está bien, pero antes dime algo.

—¿Qué pasó?

Aylin lo miró con curiosidad, todavía acomodándose las mangas del suéter.

—¿Qué estabas hablando con Ángel cuando yo estaba cantando?

—Nada importante… creo que está celoso.

—¿Qué?

—Sí, preguntó demasiadas cosas.

—Ay, no… ya empezaron.

Santiago miró hacia el interior de la iglesia y después volvió a verla, como si de pronto entendiera que quizá lo mejor era no quedarse demasiado tiempo.

—Bueno, entonces mejor me voy antes de que piense que te estoy robando.

—Santiago…

—¿Qué?

—Ya vete mejor.

Santiago caminó hacia la puerta, pero justo antes de salir se detuvo. Volvió la mirada hacia ella y regresó unos pasos.

—¿Y no piensas darme un abrazo?

—Nunca me pides abrazos.

—Siempre hay una primera vez.

Ella soltó una pequeña risa y terminó acercándose. Lo abrazó rápidamente, apenas el tiempo suficiente para cumplir con su petición.

—Ya, suficiente drama.

—Qué grosera eres conmigo.

—Adiós, Santi.

Él finalmente salió de la iglesia, y Aylin lo siguió con la mirada hasta verlo alejarse. Intentó convencerse de que había sido un abrazo cualquiera, una despedida más entre amigos, pero aquella sensación cálida que le había quedado en el pecho no parecía estar de acuerdo con ella.

Santiago salió del aula sonriendo, sabiendo perfectamente que Ángel probablemente había escuchado todo desde la cocina. No le dio demasiada importancia y siguió con lo suyo, mientras Aylin terminaba de acomodar las últimas sillas del aula.

Efectivamente, unos minutos después, Ángel apareció en la puerta. Se quedó apoyado en el marco, mirándola con esa expresión que Aylin ya conocía demasiado bien.

—Oye… ¿te gusta Santiago?

Aylin levantó la mirada de inmediato. Por un momento dejó de acomodar las sillas y lo observó, intentando descubrir de dónde había salido aquella pregunta.

—¿Por qué?

—Solo pregunté.

Ella soltó una risa incrédula y negó con la cabeza mientras volvía a lo que estaba haciendo.

—Ay, no. En serio, ustedes dos parecen niños pequeños.

—Entonces respóndeme.

—Tengo mejores cosas que hacer que responderte eso —dijo, dando la vuelta para salir del aula.

Esa misma tarde, mientras Aylin intentaba seguir con su rutina normal, los pastores la llamaron apenas la vieron entrar a la casa.

—¡Aylin!

—Díganme —respondió mientras dejaba el bolso sobre una silla.

—Oye, necesitamos un favor grande de ti.

—Sí, claro. Díganme.

El pastor se acomodó las llaves en la mano antes de hablar.

—Es que hoy nos vamos a un retiro de pastores. La verdad, no sabemos muy bien cuánto vamos a durar allá, pero probablemente una semana.

—¿Y qué necesitan?

—Que nos ayudes cuidando la iglesia estos días —dijo la pastora—. Igual no es nada complicado. Solo mantener todo limpio, revisar que las puertas queden bien cerradas y, cualquier cosa, nos llamas.

—¿Toda la semana?

—Probablemente. Aunque si regresamos antes, te avisamos.

—Está bien. Yo me encargo.

—Sabíamos que podíamos contar contigo.

—No se preocupen. Yo estaré pendiente de todo.

El pastor le entregó las llaves y Aylin las recibió entre sus manos. Eran unas simples llaves, pero al sentir su peso comprendió que durante los siguientes días tendría que estar más pendiente de lo habitual.

—Eso sí —añadió la pastora—, cualquier cosa extraña que pase, nos llamas de inmediato. No tienes que resolver todo tú sola.

—Lo haré.

Los pastores comenzaron a preparar sus últimas cosas para marcharse. Aylin se quedó observándolos mientras caminaban de un lado a otro, todavía intentando acostumbrarse a la idea de que, por unos días, aquel lugar quedaría bajo su cuidado.

No sabía que aquella semana, que en principio parecía una responsabilidad sencilla, terminaría siendo mucho más importante de lo que imaginaba.

Esa tarde, los pastores se fueron, dejando a Aylin sola en la casa.

Pasaron tres días en los que no tenía clases, así que aquella mañana comenzó su día con normalidad. Trabajó con su hija, consiguió dejarla nuevamente dormida para poder continuar con sus cosas y aprovechó para limpiar toda la casa. Estaba tan concentrada en sus pendientes que olvidó por completo que Ángel seguía quedándose en la casa de los pastores principales.

Cuando terminó, Aylin se sentó en las escaleras para descansar un poco. Sacó el celular y comenzó a ver algunos videos, dejando que el cansancio se mezclara con la tranquilidad de aquella mañana.

Hasta que una canción comenzó a escucharse desde arriba.

Aylin levantó la mirada de inmediato.

Reconoció la melodía, pero lo que más le llamó la atención fue la música que había elegido. Era de esas canciones que definitivamente nadie pondría dentro de la iglesia, mucho menos con las puertas abiertas y el silencio que normalmente reinaba en aquel lugar.

Aylin siguió escuchando con curiosidad. La canción continuó hablando de un beso y de un secreto que el cantante había tenido con una chica. Aquello fue suficiente para que se le escapara una carcajada.

Intentó contenerse, pero cuanto más pensaba en la situación, más gracia le daba.

Sin embargo, su risa no duró mucho. Unos pasos comenzaron a escucharse bajando por las escaleras.

Aylin reaccionó de inmediato. Se puso los audífonos y bajó la mirada hacia su celular, fingiendo estar completamente concentrada en lo que estaba viendo. No quería que descubrieran que había estado escuchando la canción.

Ángel bajó hacia la cocina sin darse cuenta de que Aylin estaba sentada allí.

La imagen era demasiado absurda. Ángel caminaba con toda tranquilidad, completamente ajeno a que ella acababa de escuchar la canción que había estado poniendo a todo volumen.

Aylin se cubrió un poco la boca con la mano, intentando disimular la sonrisa. No quería que él se diera cuenta, porque sabía perfectamente que, si lo hacía, tendría que explicarle por qué se estaba riendo.

Y, sinceramente, prefería guardarse aquel momento para ella.

Aylin levantó un poco la mirada y, apenas lo vio, casi se atragantó de la risa.

—¡Ay, Dios mío! —gritó al verlo solamente en calzoncillos.

Ángel se sobresaltó y volteó de inmediato.

—Ay, Aylin… no sabía que estabas aquí.

Ella intentó contener la risa, pero era imposible. Se cubrió la boca con una mano mientras lo miraba de arriba abajo, tratando de entender cómo había terminado saliendo así frente a la iglesia.

—¿Y tú qué haces vestido así? —preguntó entre risas.

—Es que… pensé que no había nadie.

—Pues claramente sí había alguien.

—No te rías.

—Perdón, pero es que… —Aylin volvió a reír—. De todas las cosas que esperaba encontrar esta mañana, esto definitivamente no estaba entre ellas.

Aylin se levantó rápidamente, tapándose la cara con una mano para que él no pudiera verla riéndose. Ya no podía tomarse en serio la situación. Salió casi corriendo hacia la casa de la pastora, intentando contener la risa mientras escuchaba a Ángel llamarla desde el otro lado.

—¡Aylin!

Pero ella ya no podía aguantar más. Apenas entró a la casa, fue directamente hacia las cámaras de seguridad de la casa de la pastora, todavía con una sonrisa en el rostro. Quería comprobar si Ángel realmente había entrado corriendo a ponerse ropa después de lo que acababa de pasar.

Buscó la cámara y, cuando apareció la imagen, tuvo que acercarse un poco para entender qué estaba haciendo. Ángel había escrito algo en una hoja y la había colocado frente a la cámara, como si supiera perfectamente que Aylin terminaría mirando.

Ella leyó el mensaje y soltó otra carcajada.

"Esa canción era para ti… y también perdón por verme así. Ya me puse ropa. Perdón."

Aylin se quedó mirando la pantalla, entre divertida y confundida. No terminaba de entender qué acababa de ocurrir ni por qué Ángel había decidido explicarse de aquella manera, pero precisamente eso era lo que hacía que el momento le resultara todavía más gracioso.

Por un rato se olvidó de las miradas, de las preguntas y de todo lo que había estado pasando entre ellos. Simplemente se dejó llevar por la risa, disfrutando de lo absurdo que podía llegar a ser aquel momento.

A veces, pensó, no hacía falta entender todo para disfrutarlo.

Durante toda esa semana, cada vez que llegaba su hora de almuerzo en su colegio Aylin revisaba las cámaras para asegurarse de que todo estuviera en orden. Se había acostumbrado a hacerlo casi por rutina, aunque últimamente también lo hacía porque quería saber qué estaba pasando en la iglesia cuando ella no estaba.

Uno de esos días, mientras leía un libro, su celular vibró. Era un mensaje de Santiago.

—Hola, Aylin, ¿estás en la iglesia?

—No, ¿por qué?

—Es que tengo que dejar unas cosas a los pastores, pero Ángel no me quiere abrir.

Aylin dejó de leer y soltó un pequeño suspiro. Otra vez. Ya estaba cansada de las discusiones entre ellos, de sentir que cualquier cosa podía convertirse en un problema y de tener que intervenir para evitar que terminaran peleando por algo que, en realidad, no tenía importancia.

Sin pensarlo demasiado, abrió el chat con Ángel y escribió:

—Ángel, ábrele a Santiago, ¿sí? No quiero que se peleen, porfa.

No quería seguir siendo el punto en medio de los dos. Mucho menos quería tener que escoger de qué lado ponerse. Solo quería que pudieran dejar de buscar motivos para enfrentarse y entender que no todo tenía que convertirse en una pelea.

El celular volvió a vibrar unos minutos después. Aylin lo tomó casi de inmediato, esperando encontrar una respuesta de alguno de los dos.

—Ya me abrió. Muchas gracias.

Aylin salió del chat y entró a las cámaras para escuchar la conversación. Apenas activó el audio, pudo notar que algo no estaba del todo bien.

—Por fin.

—Sí, ya ella me avisó.

—¿Acaso tú eres dueño de la iglesia o qué?

—No, pero Aylin está al cuidado de la iglesia.

—¿Acaso cree que me voy a robar algo? Necesito que me abras esta puerta.

—No, pregúntale a Aylin.

Aylin, al escuchar el tono de la conversación y darse cuenta de lo incómoda que se estaba poniendo la situación, decidió intervenir antes de que aquello terminara en una discusión.

—Ángel, hágame el favor, ¿sí? Abra la puerta.

—Está bien.

Aylin soltó el aire que había estado conteniendo y continuó observando desde las cámaras. Santiago dejó las cajas donde correspondía y e marchó sin decirle nada más a Ángel. Aquella escena le dejó una sensación extraña. No entendía por qué todo tenía que volverse tan incómodo cada vez que ambos coincidían.

Unos minutos después, su celular volvió a sonar. Era un mensaje de Santiago.

—Aylin, ¿y tu niña?

—Está con la mamá de Samuel, ¿por?

—No, como no la miré, entonces por eso pregunté.

—Tranquilo, ella está bien.

Aylin dejó el celular sobre sus piernas y volvió a mirar las cámaras. Por alguna razón, aquella simple pregunta se le quedó dando vueltas en la cabeza. Santiago no tenía por qué preguntar por la niña, pero lo había hecho. Quizá solo era curiosidad, quizá simplemente había notado que no estaba allí. Aun así, a Aylin le gustaba esa

clase de detalles: pequeñas cosas que demostraban que alguien prestaba atención, incluso cuando ella no se daba cuenta.

La iglesia volvió a quedar en silencio. Afuera, Santiago ya se había marchado y dentro solo quedaban las cosas que aún faltaban por acomodar. Aylin respiró profundo, tomó lo que tenía a su alcance y continuó con sus pendientes, intentando concentrarse en cualquier cosa que no fueran las preguntas que comenzaban a aparecer en su cabeza.

Ángel, por su parte, seguía con aquella expresión que ella ya conocía demasiado bien. Aylin sabía que tarde o temprano intentaría preguntarle qué estaba pasando, pero esta vez no pensaba permitir que sus sospechas arruinaran algo que apenas comenzaba.

Los días siguientes pasaron con una tranquilidad extraña.

Santiago solo llegaba cuando tenía que dejar algo en la iglesia. Aun así, poco a poco, las discusiones fueron disminuyendo. Nadie quería seguir creando problemas frente a los pastores, y parecía que, por un momento, todos habían decidido dejar a un lado aquello que los había enfrentado.

Cuando llegó el sábado, desde temprano la iglesia volvió a llenarse de movimiento.

Los pastores habían llegado desde la mañana para organizar algunas cosas, revisar los salones y preparar el servicio de la noche. Se escuchaban voces en los pasillos, puertas abriéndose, personas acomodando sillas y la música sonando bajito desde el altar.

Aylin llegó después del almuerzo.

Como siempre, pasó primero por la oficina para revisar las cámaras y luego salió al corredor principal. Al entrar, se encontró con algo que llevaba días sin ver.

Ángel y Santiago estaban hablando con normalidad.

No había discusiones ni indirectas. Tampoco esas miradas cargadas de molestia que Aylin había aprendido a reconocer. Simplemente estaban ayudando a mover unas cajas mientras uno de los pastores les daba instrucciones.

Aylin se quedó observándolos. Le costaba creer que pudieran estar allí, uno junto al otro, sin que el ambiente se sintiera pesado. Tal vez las cosas realmente estaban empezando a calmarse.

Ese sábado, la red de jóvenes comenzó con normalidad. Ángel y Santiago ayudaron durante toda la actividad sin volver a pelear, aunque ambos se mantuvieron

apartados el uno del otro. Cada uno parecía concentrado en lo suyo, como si todavía existiera una distancia que ninguno estaba dispuesto a cruzar.

Desde el fondo, Ángel observaba constantemente a Aylin cuando ella hablaba con Santiago.

No decía nada, pero su mirada lo decía por él. Había algo dentro de su pecho que todavía no sabía cómo acomodar. Verla cerca de Santiago le despertaba sentimientos que intentaba esconder incluso de sí mismo. No quería reconocerlos, mucho menos demostrar que aquello todavía le afectaba.

Todo comenzó y terminó con tranquilidad.

Al final, casi todos los jóvenes ya se habían ido. La iglesia quedó poco a poco más vacía, hasta que solo quedaron algunas personas encargándose de recoger y limpiar.

Aylin se quedó dentro del templo junto a una chica. Mientras una barría, la otra pasaba el trapeador por el piso, dejando atrás el rastro húmedo de cada movimiento. El cansancio comenzaba a sentirse en su cuerpo, pero había algo reconfortante en aquella calma después de una noche tan llena de gente.

Entonces, la puerta se abrió con fuerza.

El sonido rompió de golpe la tranquilidad del templo y Aylin levantó la mirada, sintiendo cómo algo dentro de ella se tensaba antes incluso de saber quién había entrado.

—Aylin… se están peleando tus dos novios.

—No son mis novios.

—Es en serio, se están peleando.

Aylin salió corriendo, dejando todo tirado. El corazón comenzó a latirle con fuerza mientras avanzaba, porque, aunque intentaba convencerse de que no podía estar pasando otra vez, una parte de ella ya sabía que algo había ocurrido.

Al llegar, vio a Santiago con la boca llena de sangre. Sin miedo, se puso en medio de los dos. No le importó que todavía estuvieran alterados ni que cualquiera de los dos pudiera reaccionar mal; lo único que quería era detener aquello antes de que terminara peor.

—Ya, no más, ¿sí? Parecen niños. ¿No saben el daño que me están causando con sus celos?

Las palabras salieron con más dolor del que esperaba. No era solamente aquella pelea. Era todo lo que había tenido que soportar antes, todas las veces que había intentado mantener las cosas en calma y todas aquellas situaciones que terminaban haciéndola sentir atrapada entre dos personas que, en lugar de comprenderla, parecían estar luchando por ella.

—Ángel fue quien empezó.

Aylin sintió que la rabia comenzaba a mezclarse con la tristeza. Ya no quería saber quién había dado el primer golpe ni qué había provocado todo aquello. Estaba cansada de que siempre hubiera una explicación, una excusa o alguien a quien culpar.

—A mí no me importa quién empezó. Lo que me preocupa es que ni siquiera están en cualquier lugar… están en la iglesia.

Ángel respiraba agitado, con los puños todavía cerrados, mientras Santiago se limpiaba la sangre de la boca con la manga del suéter. Aylin los miró a ambos y sintió una presión en el pecho. No podía entender cómo habían llegado hasta ese punto, cómo algo que para ella debía ser sencillo había terminado convirtiéndose en una lucha constante.

Algunos jóvenes observaban en silencio, sin saber qué hacer. Aylin podía sentir sus miradas, pero en ese momento ya no le importaba lo que los demás pensaran. Tenía demasiadas cosas guardadas y, por primera vez, sentía que ya no podía seguir tragándoselas para evitar que todo explotara.

—Yo ya estoy cansada de esto —dijo Aylin, intentando contener las lágrimas—. Cansada de que todo termine igual.

Había intentado ser fuerte, fingir que los celos no le afectaban y hacer como si pudiera manejarlo todo, pero la verdad era que cada pelea le dejaba algo más dentro. Algo que se iba acumulando hasta hacerla sentir que, por más que intentara arreglar las cosas, siempre terminaba en el mismo lugar.

—Él siempre anda detrás tuyo —respondió Ángel, señalando a Santiago.

—Porque somos amigos —contestó Santiago de inmediato—. El problema es que tú crees que Aylin te pertenece.

—Ya basta —interrumpió ella, levantando la voz—. Ninguno tiene derecho a pelear por mí como si yo fuera un objeto.

Aylin respiró hondo y miró alrededor.

—De verdad… mírense —dijo más calmada—. Están actuando peor que los mismos jóvenes que se supone deben cuidar.

—Perdón, Aylin… yo no quería que esto pasara.

Aylin cerró los ojos un momento, agotada. Sintió que toda aquella tensión le había robado las pocas fuerzas que todavía le quedaban. No quería elegir entre uno y otro, ni tener que explicar una y otra vez lo que necesitaba. Solo quería dejar de sentirse en medio de algo que no podía controlar.

—Solo quiero tener paz.

Después de unos segundos, Santiago tomó sus cosas del suelo. Ya no había nada más que decir ni nada que pudiera arreglar lo que acababa de pasar.

—Ya me voy.

Aylin sintió cómo las lágrimas comenzaron a salirle sin poder detenerlas. Había intentado contenerlas, tragándose todo lo que llevaba dentro, pero ya no pudo. Ver a Santiago irse le dolía de una manera que ni siquiera sabía cómo explicar.

Ángel intentó acercarse a ella, quizá buscando consolarla o simplemente estar a su lado, pero Aylin dio un paso hacia atrás. No porque quisiera alejarlo, sino porque en ese momento no sabía qué hacer con todo lo que sentía. Estaba demasiado confundida, demasiado lastimada.

—No ahorita, Ángel… por favor.

El pastor, al ver que la situación ya había llegado demasiado lejos, intervino. Sabía que no había nada más que discutir y que todos necesitaban alejarse de aquel momento antes de hacerse más daño.

—Creo que ya… Ángel, será mejor que te vayas lo más pronto posible de acá —dijo el pastor—. Es suficiente, ya se pasaron.

La pastora se acercó rápidamente a Aylin y la abrazó. En cuanto sintió aquellos brazos rodeándola, Aylin dejó de intentar contenerse. Las lágrimas comenzaron a caer con más fuerza, llevándose un poco de todo lo que había estado guardando.

—Perdón… perdón por esto…

—No es tu culpa, Aylin.

—Sí… sí lo es porque no puse límites.

—Aylin… —dijo Ángel, intentando acercarse.

—Déjala, ¿sí? No es el momento —respondió la pastora.

Ángel bajó la mirada y se fue sin decir nada más. Salió de la iglesia.

Aylin comenzó a llorar en silencio.

—¿Por qué a mí…? ¿Por qué? ¿Cuándo tendré un momento de tranquilidad?

—Tranquila, ven. Vamos para que tomes agua —dijo la pastora mientras la guiaba hacia una silla.

Aylin se dejó llevar. Se sentó con las manos temblorosas y se limpió las lágrimas, intentando recuperar el control de su respiración. Sentía el pecho pesado, como si incluso respirar requiriera un esfuerzo que ya no tenía.

—Toma despacio.

—Ya estoy cansada… de verdad ya no puedo más.

—Lo sé.

—Todo siempre termina igual. Yo intento estar tranquila, intento hacer las cosas bien, pero siempre pasa algo. Y ahora esto… aquí… enfrente de todos…

—Mírame, Aylin.

—Lo que pasó hoy estuvo mal, sí. Pero las decisiones de ellos no son tu responsabilidad.

—Pero fui yo quien dejó que todo llegara tan lejos.

—No. Ellos decidieron actuar así.

—Siento que nunca tengo paz… apenas algo empieza a mejorar, todo vuelve a dañarse.

—Has pasado demasiadas cosas seguidas. Y aunque intentas verte fuerte, todavía tienes muchas heridas encima.

—A veces siento que ya ni sé quién soy.

—Eres una chica cansada, Aylin. Eso es diferente.

—Yo solo quería servir tranquila… cuidar a mi hija… estar bien.

—Y lo vas a lograr. Pero primero tienes que aprender algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—Que no puedes cargar con el comportamiento de todo el mundo.

Aylin se quedó callada, escuchándola.

—No puedes salvar a todos. No puedes controlar cómo reaccionan los demás. Y tampoco puedes destruirte intentando mantener la paz entre personas que no quieren estar en paz.

—Entonces… ¿qué hago ahora?

—Poner límites. Aunque te duela. Aunque algunos se enojen contigo por eso.

—Tengo miedo de quedarme sola.

—A veces la tranquilidad empieza cuando dejamos ir lo que más nos duele en nuestra vida.

—¿Y si nunca cambia nada? —preguntó en voz baja—. ¿Y si siempre voy a vivir así… entre problemas?

—La vida no siempre va a ser este caos, Aylin. Solo que ahora estás tan cansada que sientes que todo pesa el doble.

—Es que ya no sé ni cuándo fue la última vez que descansé de verdad.

—Porque nunca te detienes.

—Si me detengo, siento que todo se cae.

—Y si sigues así, la que va a terminar cayéndose eres tú.

—Yo solo quiero un momento donde no tenga que preocuparme por nada… aunque sea un ratito.

—Entonces empieza por hoy.

—¿Cómo?

—Descansando.

—No puedo. Tengo que ir a recoger a la niña después y todavía falta acomodar algunas cosas.

—Las cosas de la iglesia pueden esperar. Y la niña puede quedarse conmigo esta noche si quieres.

—¿En serio?

—Claro que sí. Yo la cuido. Tú necesitas dormir, comer bien y despejar la mente aunque sea unas horas.

—Me siento mal dejando responsabilidades tiradas…

—Descansar no es abandonar responsabilidades.

—Tal vez sí necesito parar un poco…

—No “tal vez”. Lo necesitas.

—Gracias de verdad.

—No tienes que agradecerme. Ven, vamos por la niña y luego te vas a descansar.

Aylin se levantó de la silla. Se acomodó el cabello y siguió a la pastora hasta donde estaba la niña. La pequeña se encontraba tranquila. Aylin la tomó entre sus brazos y la acomodó con cuidado.

Todo estaba mucho más tranquilo. Aylin dejó algunas de sus cosas a un lado y llevó a la niña hasta la habitación. La pequeña se acomodó entre las cobijas, mientras Aylin se aseguraba de que estuviera cómoda.

—Anda, ve a bañarte y ponte cómoda. Yo me encargo de lo demás.

Después de bañarse, se puso ropa cómoda y volvió a revisar a la niña antes de acostarse. La pequeña ya dormía profundamente.

Aylin se acomodó a su lado y se quedó observándola unos instantes. Luego cerró los ojos, dejando que el cansancio hiciera lo suyo.

La pastora apagó la luz y salió de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

La casa quedó en silencio. Afuera, la noche continuó avanzando mientras, dentro de aquella habitación, Aylin finalmente se permitió descansar.

24

Cuando la luz se apagó

. "A veces, Dios guarda silencio mientras prepara nuestro corazón para aquello que todavía no podemos comprender."

Los días pasaron con una calma que Aylin necesitaba más de lo que quería admitir. Desde aquella noche, la pastora había procurado que no tuviera que encargarse de todo. Mientras ella cuidaba a la niña y se ocupaba de algunas cosas de la casa, Aylin aprovechaba para dormir y recuperar poco a poco las fuerzas.

Una mañana, la casa comenzó a llenarse de movimiento. Todos se preparaban para ir a la iglesia, mientras Aylin seguía en su habitación, todavía en pijama, profundamente dormida sobre la cama.

—Aylin —llamó la pastora desde afuera.

Con mucha pereza y el rostro cansado, Aylin se levantó lentamente para abrir la puerta.

—Hola, mi niña.

—Hola…

—Oye, ¿será que me puedes pasar el cochecito de la bebé para llevarla a la iglesia? Así nosotros la cuidamos y tú puedes descansar.

Aylin, sin decir mucho, tomó el cochecito y se lo pasó.

—Gracias. Sigue descansando, ¿sí?

Aylin, sin decir mucho, cerró la puerta y volvió a acomodarse en la cama.

La habitación seguía oscuro y silencioso. Apenas se cubrió otra vez con la cobija, cerró los ojos y volvió a quedarse dormida casi de inmediato, como si su cuerpo todavía estuviera agotado por lo ocurrido hacia días.

Horas después, Aylin despertó lentamente. Al principio le costó recordar dónde estaba. Abrió los ojos con pesadez y se quedó mirando el techo, sintiendo todavía ese

cansancio que parecía haberse quedado dentro de ella. Se había quedado dormida sin darse cuenta, agotada por todo lo que había pasado.

Se acomodó el cabello y tomó su celular para mirar la hora. Ya eran más de las doce del mediodía.

Aylin se levantó despacio para ir por un vaso de agua. Caminó todavía adormilada, intentando despejar un poco la cabeza, pero en medio de aquel silencio escuchó su celular sonar varias veces seguidas.

Por un momento pensó que era Ángel… o Santiago.

Al volver a mirar el celular, Aylin notó que tenía varias notificaciones de Instagram y muchos mensajes de WhatsApp de Valentina y de algunos amigos.

—Hola, mi vida, ¿cómo estás?

—Hola… perdón, estaba dormida.

La respuesta de Valentina llegó casi de inmediato.

—¿Es cierto que se pelearon en plena iglesia?

Aylin cerró los ojos con cansancio. Sabía que tarde o temprano alguien terminaría preguntándole, pero no tenía fuerzas para revivir lo ocurrido. Cada vez que lo recordaba, sentía una mezcla de tristeza, enojo y decepción.

—Buenos días, ¿cómo estás? Aylin, bien, estoy bien, pero sí… ya no quiero hablar de eso.

—Perdón, pero ¿y tú estás bien? —preguntó esta vez con más calma.

—No mucho… pero estoy intentando estar tranquila.

—¿Quieres que vaya por ti?

—No, tranquila. Ya estoy mejor.

—No parece.

—Solo estoy agotada.

A los minutos, mientras todavía tenía el celular entre las manos, escuchó la puerta de la casa abrirse. Reconoció la voz de la pastora y luego sus pasos apresurados por la casa, buscando unas cosas antes de salir.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó la pastora mientras buscaba unas cosas apresuradamente.

—Supongo…

—Bien. saldré un rato, ¿no quieres ir?

Aylin pensó en la posibilidad de salir y distraerse. Pero el cansancio podía más que cualquier intento de aparentar normalidad. Necesitaba quedarse allí.

—No… quisiera descansar más.

—Está bien. Entonces ahí está tu niña dormida, así que puedes aprovechar para seguir descansando.

—Está bien… puede que vaya donde mi hermano y me quede ahí.

—Está bien. Chao, ya me están apurando.

—Chao.

Cuando la pastora salió, Aylin se acercó lentamente a la puerta y miró hacia afuera.

La iglesia ya estaba cerrada. Los pasillos estaban vacíos y todo parecía haberse quedado atrás, sumergido en una calma profunda. Aylin cerró la puerta despacio y caminó hacia donde estaba la niña, dormida en el cochecito.

La alzó con cuidado, intentando no despertarla, y la llevó hasta la habitación. Acomodó el cochecito a un lado, acostó a la bebé sobre la cama y se recostó junto a ella.

Aylin observó a la niña dormir inocentemente, abrazando apenas una pequeña manta entre sus manos. La miró con una ternura que le dolía en el pecho. Por un momento, sintió que no existía nada más allá de aquella habitación. No había problemas, discusiones ni nada que pudiera hacerla sentir mal.

Solo ella… y su hija.

Aylin acarició suavemente el cabello de la bebé mientras las lágrimas volvían a acumularse en sus ojos. Había tantas cosas que quería poder cambiar, tantas heridas que todavía no sabía cómo cerrar, que a veces sentía que no era suficiente para protegerla de todo aquello que ella misma no había podido evitar.

Se acercó un poco más y dejó que todo ese cansancio se mezclara con el amor que sentía por su hija. En sus brazos, la pequeña parecía tan frágil e inocente que Aylin solo podía pensar en cuánto deseaba que algún día pudiera crecer sin conocer de las cosas que a ella le habían tocado vivir.

La niña apenas se movió entre sueños, acercándose más a ella, y ese pequeño gesto terminó de quebrar lo poco que Aylin todavía intentaba contener. La abrazó con

cuidado, escondiendo el rostro junto a ella y dejando que las lágrimas cayeran en silencio.

Aylin cerró los ojos abrazándola, buscando en aquel pequeño instante la tranquilidad que llevaba tanto tiempo necesitando. El agotamiento terminó venciéndola y, sin darse cuenta, se quedó dormida junto a su hija.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que volvió a despertarse sobresaltada al escuchar a la niña llorando de hambre.

Todavía medio dormida, Aylin se levantó rápidamente y se ocupó de ella con cuidado. Le cambió el pañal y después se sentó en la cama para darle pecho, intentando despejarse mientras observaba cómo la pequeña volvía a tranquilizarse entre sus brazos.

Cuando la bebé terminó de comer, Aylin la acostó en el cochecito y la llevó hasta la sala de la casa. Puso música suave para mantenerla tranquila y, mientras la melodía llenaba poco a poco el espacio, comenzó a limpiar la habitación.

Mientras acomodaba algunas cosas, Aylin recibió una llamada de su hermano . Al ver su nombre en la pantalla, contestó con una pequeña sonrisa.

—Hola, Aylin, ¿cómo estás?

—Hola, todo bien.

—Bien. Mira, mi esposa quiere que vengas un rato a la casa para conocer a la niña.

Aylin sintió una alegría especial al escuchar aquello. Después de todo, tenía ganas de compartir un rato con su hermano. Quizá también necesitaba uno de esos momentos sencillos en los que podía olvidarse de todo lo demás y simplemente disfrutar de su familia.

—Claro, de hecho tenía pensado subir.

—Perfecto, entonces me avisas y te espero afuera.

Aylin miró las cosas que todavía tenía por acomodar. No le preocupaba dejarlas para después. Había algo en aquella invitación que le hacía sentir que debía ir, que necesitaba estar allí y que su cuñada conociera a su niña.

—Ya que mañana es feriado, puedo quedarme.

—Claro, aquí te esperamos.

Aylin sonrió un poco después de colgar.

Terminó de organizar la habitación y comenzó a preparar algunas cosas de la niña: ropa, pañales, una mudada extra y una pijama para ella. Intentaba concentrarse en cada pequeño detalle.

Cuando entró a lavar los chupones con agua caliente, se dio cuenta de que no había agua en la casa Salió entonces hacia la cocina de la iglesia y continuó allí, limpiándolos con cuidado, uno por uno.

La tranquilidad de aquel momento se rompió al escuchar unos pasos afuera. Era Ángel.

Él pasó primero hacia la casa de los pastores y subió sin decir nada. Aylin lo reconoció de inmediato, pero decidió no prestarle atención. Bajó la mirada y continuó con lo que estaba haciendo, intentando convencerse de que su presencia no tenía por qué alterar la calma que acababa de recuperar.

Minutos después, Ángel volvió a bajar.

Siguió con los chupones entre las manos, tratando de concentrarse en ellos. Pero, por dentro, su corazón ya había empezado a recordar cosas que ella llevaba demasiado tiempo intentando dejar atrás.

—Aylin… escúchame.

Ella ni siquiera lo miró. Ya no quería hacerlo. Había llegado a un punto en el que escuchar su voz solo conseguía remover cosas que estaba intentando dejar atrás.

—No tengo nada que escuchar. No me quites mi momento de paz, por favor.

Ángel no parecía dispuesto a rendirse.

—¿Por qué nunca me escuchas?

Aylin soltó el chupón sobre el fregadero y, por fin, levantó la mirada hacia él. Había cansancio en sus ojos, pero también algo más profundo: la decepción de quien alguna vez creyó que las cosas podían ser diferentes y terminó descubriendo que no lo eran.

—Porque pensé que habías cambiado… pero sigues siendo el mismo. Así que mejor ahórrate tus palabras y asume lo que hiciste.

Aylin tomó las cosas de la bebé y entró a la casa, cerrando la puerta con fuerza detrás de ella. Necesitaba alejarse de él, de su voz y de todo aquello que pudiera volver a romper la tranquilidad que apenas estaba intentando recuperar.

Siguió alistando las cosas en silencio. Al mirar el cochecito, notó que la niña se había quedado dormida sola. La contempló por un momento y aprovechó aquella tranquilidad para darse un baño rápido y arreglarse antes de pedir un carro para ir donde su hermano.

Cuando terminó de alistarse, agarró la pañalera, tapó a la niña con unas cobijas y pidió un Uber para que las llevara. Solo quería marcharse, llevarse a su hija con ella y encontrar un lugar donde pudiera relajarse.

Al llegar el carro, Aylin salió sin decirle nada a Ángel.

—Buenas.

—Buenas. ¿Le ayudo con el cochecito?

—Sí, por favor.

El muchacho del Uber subió el cochecito al carro y luego arrancó. Aylin se acomodó junto a la ventana y miró hacia afuera. Las calles pasaban frente a ella mientras sostenía una mano de su hija, acariciándole los pequeños dedos de vez en cuando.

—¿Cuántos meses tiene? —preguntó el muchacho del Uber

—En unas semanas cumple tres meses.

—Ay, se mira chiquita todavía.

—Sí…

—Bueno, hablo mucho, perdón. Así soy.

—Tranquilo. Yo también soy así a veces… solo que hoy me siento agotada.

—Se te nota… sin ofender.

—Tranquilo.

El muchacho continuó conduciendo mientras Aylin permanecía junto a la ventana. De vez en cuando revisaba a la bebé, acomodándole la ropa o comprobando que siguiera dormida. No tenía mucho que decir.

Después de casi media hora de viaje, Aylin por fin llegó donde su hermano, quien la esperaba afuera con los brazos abiertos.

Al verlo, una pequeña sonrisa apareció en su rostro. Bajó del carro con cuidado y esperó mientras el conductor sacaba el cochecito.

—Muchas gracias —le dijo al conductor.

—Igual, que descansen.

Aylin tomó el cochecito y caminó hacia su hermano. Él la recibió con un abrazo que duró un poco más de lo habitual. Ella cerró los ojos por un instante y apoyó la cabeza sobre su hombro antes de separarse.

Su hermano la ayudó con el cochecito para acomodar a la niña mientras caminaban hacia la casa.

Al entrar, su cuñada estaba sentada en la mesa.

—Hola.

—¡Holaaa! Ay, ahí traes a esa bella. ¿Cuántos meses tiene ya?

—Tres meses.

—Por Dios, qué rápido.

La cuñada se acomodó mejor en la silla sin dejar de mirar a la bebé.

—¿La puedo alzar?

—Claro, dame un momento.

Aylin se inclinó despacio y destapó un poco a la niña para cargarla con cuidado. La bebé seguía dormida y tranquila entre las cobijas.

—Ay, pero mírala… está preciosa —dijo la cuñada, sonriendo mientras la recibía en brazos.

La acomodó contra su pecho y comenzó a mecerla suavemente, cuidando cada movimiento para no despertarla.

—Tiene los mismos cachetitos tuyos.

El hermano de Aylin soltó una pequeña risa.

—No, se parece más al papá.

—Nada que ver —respondió su cuñada a su hermano—. Esa niña es igualita a Aylin.

Aylin sonrió al escucharla y se acercó un poco para acomodarle la cobija a la bebé.

—Déjala dormir, que apenas se quedó tranquila.

—Ay, yo no le voy a hacer nada. Mira qué cosita más linda.

Su cuñada volvió a contemplarla con una sonrisa, mientras el hermano de Aylin tomaba el cochecito y lo dejaba a un lado de la sala.

Después su hermano se fue a la cocina mientras se servía un vaso con agua. Desde ahí podía escuchar sus voces y la conversación tranquila que mantenían, como si por un momento todo estuviera en orden. La escena se sentía tan normal, tan tranquila, que casi le daban ganas de llorar otra vez. Quizá necesitaba precisamente eso: estar en un lugar donde nadie le exigiera nada.

—¿Y usted cómo sigue? —preguntó su hermano al notar su expresión cansada.

—Ahí… sobreviviendo.

—Mami me contó un poco lo que pasó hace días.

Aylin dejó el vaso sobre la mesa. No quería entrar en detalles ni convertir aquella visita en otra conversación sobre lo mismo.

—No quiero hablar mucho de eso.

—Está bien —respondió él con calma—. Solo quería saber si estás bien.

—Estoy cansada… eso es todo.

—Entonces aquí descansas unos días y ya.

Aylin asintió. La idea de quedarse allí, aunque fuera por unos días, le resultaba reconfortante. No necesitaba grandes cosas; una cama, un poco de tranquilidad y personas que no le hicieran preguntas podían ser suficientes.

—Sí, esta casa ocupa visitas —agregó su cuñada, intentando hacerla reír.

—Eso me parece.

Los tres conversaron hasta que cayó la noche. Entre la comida, la televisión encendida de fondo, el tiempo pasó sin que ninguno se diera cuenta.

—¿Por qué no compras un fresco para la cena? —le dijo la cuñada al hermano de Aylin mientras terminaba de acomodar unas cosas sobre la mesa.

—Me parece… creo que yo tengo algo en la cartera.

Aylin negó con la cabeza y sacó un billete.

—Cómpralo con esto.

—¿En serio?

—Sí. Ahí compras algo más también, no sé… cualquier cosa.

—Está bien, ya vengo.

—No te tardes —alcanzó a decir Aylin, mientras él salía por la puerta.

La casa quedó más tranquila cuando se fueron los pasos de su hermano. La televisión seguía encendida en la sala y, de vez en cuando, se escuchaba algún sonido proveniente de la calle. Aylin acomodó a la bebé cerca de ella y se quedó mirando hacia la pantalla, aunque realmente no estaba prestando atención a lo que estaban transmitiendo.

Su cuñada la observó un momento antes de decidirse a hablar.

—Te ves muy pensativa.

—Es que han pasado demasiadas cosas.

—Ya me imagino. Desde que llegaste tienes una cara como de que estás tratando de acomodar todo en la cabeza.

—Algo así.

—¿Tiene que ver con esos dos muchachos?

—¿Mi hermano te contó?

—Solo un poco. No me dio muchos detalles. Además, tampoco quería preguntarle demasiado.

—Hiciste bien.

—Pero tampoco soy tonta —dijo su cuñada con una sonrisa—. Uno se da cuenta cuando hay algo raro.

—Todo se salió de control.

Su cuñada se apoyó en la mesa y la miró con curiosidad.

—¿Cuál de los dos es Ángel?

—El que… siempre ha estado conmigo más tiempo.

—¿Y Santiago?

—Santiago… es diferente.

—¿Diferente cómo?

—No sé cómo explicarlo. Con Ángel todo ha sido… complicado. Santiago llegó después, pero terminó ocupando un lugar que yo nunca pensé que iba a ocupar.

—Entonces sí te importa.

Aylin levantó la mirada.

—Ese es precisamente el problema.

La respuesta salió tan rápido que ambas se quedaron mirándose. Aylin bajó la vista y acarició suavemente la manita de la bebé.

—Porque cuando uno cree que ya sabe qué quiere, aparece alguien y te hace dudar de todo.

—¿Y tú estás dudando?

—Más de lo que debería.

Su cuñada no insistió. Solo se quedó a su lado, dejando que Aylin hablara cuando estuviera lista.

—Lo peor es que no quiero lastimar a nadie —continuó Aylin—. Pero haga lo que haga, siento que alguien va a terminar lastimado.

—A veces no puedes evitar eso.

—Ya lo sé…

—Solo que nunca pensé que terminaría metida en algo así.

Aylin se quedó escuchándola, sin apartar la mirada de ella.

—Porque el amor no debería sentirse como una guerra todos los días.

—¿Y si me equivoco? —preguntó en voz baja.

Su cuñada sonrió con calma.

—Todos nos equivocamos alguna vez. Pero hay decisiones que no se toman con miedo, Aylin. Se toman escuchando el corazón… y también la paz que una persona te transmite.

La cuñada se levantó para bajar un poco el volumen del televisor y volvió a sentarse frente a Aylin. La observó con atención, como si intentara encontrar las palabras adecuadas para decirle algo que llevaba tiempo necesitando escuchar.

—¿Sabes qué creo yo?

—¿Qué cosa?

—Que has dejado que todo esto crezca demasiado sin hablar claro con ninguno de los dos.

La cuñada continuó hablando con tranquilidad, sin presionarla.

—Mira, Aylin… no puedes seguir dejando que uno pelee con el otro por ti. Ya esto llegó demasiado lejos. Lo mejor es que hables con ambos y dejes las cosas claras.

—¿Con los dos?

—Sí. Por separado, tranquilos y sin peleas. Diles cómo te sientes, qué te está afectando y qué cosas no vas a permitir más.

—Me da miedo que todo empeore.

—Puede ser. O puede que por fin las cosas se acomoden.

Una parte de ella quería seguir evitando todo, esconderse de las conversaciones difíciles y esperar a que el tiempo solucionara. Pero, en el fondo, sabía que el tiempo no estaba arreglando nada.

—Pero si sigues evitando la conversación, todo va a seguir igual —añadió la cuñada—. Ángel seguirá actuando por celos, Santiago seguirá confundido y tú seguirás en medio de los dos.

—Yo solo quería tranquilidad…

—Entonces empieza a buscarla tú también.

La cuñada tomó suavemente una de sus manos. Aylin sintió el calor de aquel gesto.

—Y otra cosa, Aylin.

—¿Sí?

—No hables con ellos pensando en escoger a alguien de inmediato. Habla porque necesitas poner límites y cuidar tu paz.

—Tal vez tienes razón…

—Claro que la tengo.

Eso hizo que Aylin soltara una pequeña risa después de tantos días difíciles. Hacía tiempo que no encontraba un momento así, uno en el que pudiera olvidarse por un

instante de todo y simplemente dejarse llevar por una pequeña alegría. No necesitaba decir nada más. En aquella risa había algo de alivio, pero también una parte de ella que comenzaba, poco a poco, a sentirse acompañada.

En ese momento se escuchó la puerta abrirse.

—Ya llegué —gritó el hermano desde afuera.

La voz los hizo volver a la realidad. Aylin miró hacia la puerta y luego a ella, como si aquella conversación hubiera quedado suspendida en un rincón especial, uno al que podría regresar cuando volviera a sentirse perdida.

Y por unos segundos, la conversación quedó ahí, guardada entre las dos.

Las horas pasaron con tranquilidad. Miraron una película, hablaron tonteras y, por momentos, Aylin logró olvidarse de todo lo que había ocurrido durante la semana. Se sentía bien estar así, compartiendo una noche sencilla, riéndose por cualquier cosa y disfrutando de la compañía.

La bebé había despertado hacía rato y permanecía en los brazos de Aylin, mirando todo con sus ojitos abiertos. De vez en cuando movía las manos o hacía algún pequeño sonido, llamando la atención de Aylin, quien no podía evitar sonreírle.

Su hermano bostezó mientras veía la hora en el celular. La cuñada también comenzó a levantarse lentamente.

—Creo que ya me voy a acostar.

—Sí, yo también ya tengo sueño.

Antes de irse, su hermano miró a Aylin y luego a la bebé.

—¿Ya vas a dormir?

Aylin soltó una pequeña risa mientras miraba a la niña.

—No… me quedaré porque esta señorita apenas está empezando el día.

Su hermano sonrió al ver a su sobrina completamente despierta.

—Bien. Hazle la vida imposible a tu mamá.

—Ya —dijo Aylin, riéndose un poco—. Mejor anda a dormir.

—Cualquier cosa nos llamas, ¿sí?

—Sí, tranquilo.

Su hermano y su cuñada se despidieron y se fueron a descansar. Aylin se quedó en la sala con la bebé que seguía completamente despierta, entretenida mirando a su alrededor.

Aylin la acomodó mejor entre sus brazos y comenzó a hablarle bajito, haciéndola sonreír con algunas de sus ocurrencias. La bebé movió sus pequeñas manos y soltó un sonido que hizo reír a Aylin.

La noche continuó así, entre pequeñas risas, miradas y momentos sencillos. No necesitaban hacer nada especial. Para Aylin, estar allí con su niña era suficiente.

Esa misma noche, Aylin decidió ignorar el celular. Lo dejó sobre la mesa y volvió toda su atención a su bebé, que seguía despierta entre sus brazos, moviendo las manitas mientras las luces de la televisión se reflejaban en el techo.

Aylin sonrió con ternura y la acercó un poco más a su pecho.

Aylin sintiera el corazón apretarse de amor. Con cuidado, puso música suave desde el celular y comenzó a cantarle bajito mientras la mecía entre sus brazos.

La bebé la observaba atentamente, siguiendo cada palabra y cada movimiento de su madre. Aylin besó varias veces su frente antes de acomodarle el mameluco, arreglarle las cobijas y comenzar a jugar suavemente con sus pequeñas manos.

La niña soltó un pequeño sonido parecido a una risa y Aylin sonrió todavía más. Durante horas simplemente convivió con ella, disfrutando de esas pequeñas cosas que normalmente pasaban desapercibidas.

La puso boca abajo un rato sobre una cobija y se quedó cerca, mirándola intentar levantar la cabecita. Después la tomó nuevamente entre sus brazos y continuó jugando con ella, haciéndola sonreír cada vez que podía.

En algunos momentos, Aylin simplemente la observaba con una sonrisa. Miraba sus ojitos, sus pequeñas manos, la forma en que movía la boca cuando intentaba hacer algún sonido. Eran detalles sencillos, pero para ella tenían un valor enorme.

La madrugada avanzó entre canciones, juegos y pequeños balbuceos. La niña poco a poco comenzó a quedarse dormida hasta que finalmente cerró los ojos en los brazos de su mamá.

Aylin la acomodó con cuidado y continuó meciéndola un rato más. La bebé ya estaba profundamente dormida cuando Aylin terminó quedándose dormida también, abrazándola en el sillón de la sala.

La mañana siguiente llegó con el sonido de la banda de la escuela del barrio recorriendo las calles. Desde temprano se escuchaban los redoblantes, las liras y las voces de las personas que salían de sus casas para celebrar.

Era 15 de septiembre.

Mientras preparaban el desayuno, la cuñada de Aylin comenzó a organizar algunas cosas en la cocina y, en medio de los preparativos, le pidió que fuera a comprar unas cosas a la tienda.

Aylin dejó a la niña con su cuñada y salió caminando tranquilamente hacia la tienda.

El ambiente se sentía diferente. Había niños vestidos con los colores patrios, banderas en las ventanas y música sonando por todos lados. Era una de esas mañanas sen las que todos parecía salir a las calles para disfrutar de la celebración.

Cuando salió de la tienda, se quedó viendo la banda que pasaba por la calle principal. Los niños marchaban orgullosos, siguiendo el ritmo de la música mientras los vecinos aplaudían desde las aceras.

Aylin sonrió al verlos, disfrutando del momento sin pensar demasiado en nada más.

Pero entonces, entre la gente, reconoció dos figuras que conocía demasiado bien.

Santiago y Ángel.

Parecía que ambos la estaban buscando entre la multitud.

Santiago estaba acompañado de su sobrina, quien iba en la banda, pero aun así miraba constantemente hacia los lados, como intentando encontrar a alguien. Aylin observó la escena con atención, intentando asegurarse de que realmente fueran ellos.

Por un instante, sintió que Santiago la había visto.

Sin pensarlo demasiado, dio media vuelta y comenzó a caminar rápido de regreso a la casa. Al principio intentó mantener la calma, pero terminó apurando cada vez más el paso.

Cuando llegó, abrió la puerta casi agitada.

La cuñada apenas la vio entrar de aquella manera, notó que algo había ocurrido. Aylin estaba nerviosa y le costaba encontrar las palabras para explicar lo que acababa de pasar. Finalmente, le contó que había visto a Ángel y a Santiago. Estaban allí, cerca

de la casa, y por la forma en que los había visto, tenía la sensación de que la estaban buscando.

Su cuñada comprendió de inmediato la razón de su nerviosismo y la llevó hasta el sillón para que se sentara. Aylin obedeció mientras miraba a su hija, que estaba en brazos de su hermano, completamente tranquila.

Aylin ya no quería seguir sintiéndose así. Llevaba demasiado tiempo con aquella presión encima, tratando de evitar situaciones que siempre terminaban alcanzándola. Cada vez que intentaba alejarse del problema, este parecía crecer un poco más, y ella terminaba atrapada en medio de los dos.

Su cuñada intentó hacerle entender que quizá había llegado el momento de dejar de huir. No podía seguir esperando que las cosas se resolvieran por sí solas mientras Ángel y Santiago continuaban enfrentándose y ella cargaba con las consecuencias. Tenía que hablar con ambos, pero esta vez de verdad, sin esconder lo que sentía ni intentar suavizar las cosas para evitar otra pelea.

Aylin sabía que no sería fácil. Le daba miedo pensar en lo que podía suceder después, en cómo reaccionarían y en si aquella conversación terminaría empeorándolo todo. Pero también sabía que estaba cansada. Cansada de los celos, de las discusiones y de sentir que tenía que escoger entre dos personas cuando lo único que quería era tranquilidad.

Mientras escuchaba a su cuñada, comenzó a entender que no tenía que elegir a ninguno de los dos. Lo que necesitaba era poner un límite y decirles, de una vez por todas, que ya no podía seguir viviendo con aquella presión.

La idea seguía dándole miedo, pero por primera vez no quiso apartarla. Quizá hablar con ellos era justamente lo que necesitaba.

Aylin tomó el celular y abrió primero el chat de Ángel. Recorrió la conversación rápidamente, hasta llegar al espacio donde podía escribir. Sus dedos comenzaron a moverse sobre el teclado y, esta vez, no se detuvo a borrar cada frase que escribía.

—Necesito hablar contigo hoy en la noche. Por favor, ve tranquilo y sin pelear.

Después abrió el chat de Santiago. Escribió el mensaje con más cuidado, borrando un par de palabras antes de enviarlo, hasta que finalmente decidió dejarlo sencillo.

—Hoy en la noche quiero hablar contigo. Pero necesito que prometas mantener la calma.

La cuñada la observó mientras enviaba ambos mensajes.

—¿Los vas a citar juntos?

—Sí… porque ya no quiero seguir viviendo esto dos veces.

Aylin dejó el celular sobre sus piernas y respiró despacio. Sabía que no podía controlar cómo reaccionarían ellos ni lo que aquella conversación terminaría provocando. Lo único que podía hacer era hablar de una vez.

A los pocos minutos, ambos respondieron casi de inmediato.

Aylin entró primero al chat de Ángel.

—Claro. ¿A qué hora?

Por otro lado, en el chat de Santiago, él le había preguntado exactamente lo mismo.

Aylin respiró hondo antes de enviarles la misma hora y el mismo lugar a ambos. No quiso pensarlo demasiado; si empezaba a darle vueltas, probablemente terminaría cambiando de idea.

Después dejó el celular a un lado para intentar desayunar tranquila. Quería aprovechar esas horas antes de la conversación sin anticipar cada posible reacción ni imaginar cómo terminaría todo.

Las horas siguieron con normalidad hasta que llegó el momento de alistarse.

La cuñada apareció en la puerta del cuarto mientras Aylin terminaba de acomodarse el cabello frente al espejo. La miró a través del reflejo y, por la expresión de su rostro, parecía tener claro que aquella noche no sería una más.

—¿Estás lista?

—No sé… pero creo que es lo mejor.

—Eso es.

La cuñada miró a la bebé, que dormía tranquilamente sobre la cama.

—¿Y te vas a llevar a la niña?

—Sí. En estos momentos tengo mucha leche y sé que tarde o temprano le va a dar hambre.

La cuñada soltó una pequeña risa mientras la miraba de arriba abajo.

—Se nota. Más bien ponte un suéter o algo para que no se te salga.

—Ay, tampoco para tanto.

—Sí, mire… un poco más y se nota todo. ¿Por qué no te sacas leche con el extractor?

—No tengo tiempo ahorita.

La cuñada negó con la cabeza, divertida, mientras Aylin terminaba de arreglarse. Entre una cosa y otra, apenas había tenido tiempo de pensar en lo que iba a decir cuando estuvieran frente a ellos. Ahora solo quería salir de la casa antes de arrepentirse.

Aylin terminó de arreglarse para luego alzó a la niña con cuidado para acostarla en el cochecito.

Después acomodó la pañalera en la parte de abajo, agarró su bolso y revisó rápidamente que llevara todo. Una vez segura de que no le faltaba nada, tomó su bolso.

Su hermano apareció desde la sala.

—¿Lista?

—Sí… creo.

—Cualquier cosa me llamas, ¿sí?

—Sí.

—Y si empiezan a pelear otra vez, te vas de ahí inmediatamente.

—Tranquilos, no va a pasar nada.

—Aylin, te cuidás.

—Sí, sí. Ya vengo.

Ella tomó el cochecito y caminó hacia la puerta. Antes de salir, volteó a verlos una última vez. Los dos seguían allí, mirándola con esa preocupación que intentaban disimular.

—Adiós.

—Adiós, cuídense —respondieron ambos.

Aylin salió finalmente de la casa, empujando el cochecito mientras la puerta se cerraba detrás de ella.

Y así, con la cabeza llena de preguntas que no encontraba cómo ordenar, Aylin salió rumbo al restaurante. Durante el camino intentó concentrarse en cualquier otra cosa, pero cada vez que imaginaba a Ángel y Santiago sentados frente a ella, las

palabras que había preparado parecían desaparecer. Ya no podía echarse atrás. Esta vez tendría que decirlo todo de frente.

Al llegar al restaurante, escogió una mesa al fondo, un poco apartada del resto. Se sentó y dejó el bolso a su lado, mientras sus dedos jugaban inquietos entre sí debajo de la mesa. De vez en cuando levantaba la mirada hacia la entrada, pendiente de cada persona que cruzaba la puerta. Había imaginado aquel momento de muchas maneras, pero ninguna se parecía a estar allí, esperando que llegaran.

A los pocos minutos, Ángel apareció. La reconoció enseguida y caminó hacia ella con una expresión tranquila, completamente ajeno a lo que Aylin llevaba dando vueltas en la cabeza desde que salió de casa.

—Hola.

—Hola…

Ángel tomó asiento frente a ella y dejó las manos sobre la mesa. Miró alrededor, como si esperara encontrar a alguien más.

—¿Y Santiago?

—Todavía no llega.

Ángel volvió a mirarla. Había algo extraño en la forma en que ella evitaba sostenerle la mirada, y aunque todavía no sabía qué estaba pasando, comenzó a notar que aquella no parecía ser una conversación cualquiera.

—¿De verdad era necesario citarlo? —preguntó Ángel.

—Sí. Estoy cansada de todo esto.

—¿De qué exactamente?

—De las peleas, de los celos, de sentir presión todo el tiempo.

Ángel bajó la mirada unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Y él te gusta?

La pregunta tomó a Aylin por sorpresa.

—Ángel…

—Respóndeme.

—No vine para eso.

—Entonces, ¿para qué? ¿Para decirme que prefieres estar con él?

—No entiendes nada. Ya no más. Si estás en ese plan, mejor vete.

—¡Claro que entiendo! Desde que apareció ese mae, ya no eres la misma conmigo.

—Baja la voz, por favor —pidió Aylin, nerviosa—. Te recuerdo que tú hiciste que todo esto pasara. No confundas las cosas.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza?

—Ángel, ya basta.

—¡No! Porque siempre me dejas como el malo a mí.

Aylin apretó los labios y apartó la mirada. La conversación había terminado convirtiéndose en lo mismo de siempre, y ya no quería seguir dando vueltas sobre algo que Ángel se negaba a entender.

Se levantó rápidamente de la silla.

—No puedo hacer esto… ¿Cuándo será el día en que entiendas el daño que me estás causando? Aparte, tú y yo no somos nada. Mejor me voy, realmente.

Tomó el cochecito de la niña, recogió sus cosas y comenzó a caminar hacia la salida. Ya no quería escuchar explicaciones ni quedarse un minuto más en aquel lugar.

—¡Aylin! —gritó Ángel, levantándose detrás de ella.

Ella siguió caminando sin voltearlo a ver. Al cruzar la puerta del restaurante, el aire de la calle le golpeó el rostro y empezó a avanzar más rápido por la acera, apretando los labios mientras las lágrimas amenazaban con caer. No quería llorar, mucho menos frente a él. Quería alejarse antes de que el dolor terminara convirtiéndose en palabras que después no pudiera retirar.

—¡Escúchame! —dijo Ángel, alcanzándola.

Aylin intentó seguir caminando, pero Ángel la agarró del brazo con fuerza. El tirón la hizo detenerse de golpe y el miedo le recorrió el cuerpo al sentir sus dedos apretándole la piel.

—¡Suéltame! —dijo ella, asustada.

—¡No hasta que me escuches!

Aylin trató de apartarse, pero el agarre no cedió. Ya no era solo una discusión; sintió que aquella situación se había convertido en algo que no podía controlar.

—¡Me estás lastimando!

Aylin intentó soltarse y terminó empujándolo con desesperación. Respiraba agitada, buscando recuperar el control mientras todo a su alrededor parecía ocurrir demasiado rápido. No podía quedarse allí. No podía permitir que Ángel siguiera acercándose a ella.

Miró hacia ambos lados antes de cruzar. La carretera tenía una curva cerrada y, desde donde estaba, apenas podía distinguir lo que venía del otro lado. Aun así, quedarse allí tampoco parecía una opción. Con el miedo apretándole el pecho, tomó la decisión y comenzó a cruzar.

Y entonces, un carro apareció doblando la curva.

Todo sucedió en un instante. El sonido de las llantas contra el pavimento rompió el aire, seguido por las luces que la alcanzaron de frente. Aylin se quedó paralizada apenas un momento, comprendiendo demasiado tarde que el carro estaba demasiado cerca.

—¡Aylin gritó con desesperación Ángel

El grito de Ángel llegó junto con el ruido de los frenos. Ella reaccionó por instinto. Antes de pensar en sí misma, miró el cochecito de su niña y lo empujó con todas sus fuerzas hacia adelante, apartándolo un poco del golpe.

Fue lo único que alcanzó a hacer.

El impacto la golpeó de lleno y su cuerpo salió despedido, cayendo violentamente contra el pavimento. El mundo pareció detenerse alrededor de ella mientras el cochecito continuaba avanzando unos metros, lejos del lugar donde acababa de caer.

El dolor llegó de golpe, intenso y profundo. Aylin intentó moverse, pero su cuerpo no respondió como esperaba. Solo pudo quedarse allí, confundida, tratando de entender qué acababa de suceder mientras escuchaba voces acercándose y pasos apresurados a su alrededor.

Santiago se bajó rápidamente del carro al reconocer a Aylin en el suelo. La imagen lo golpeó de inmediato: ella estaba inconsciente, inmóvil, rodeada por personas que apenas comenzaban a entender lo que había ocurrido. Corrió hasta ella y respondió al llamado con la misma angustia con la que la había visto caer.

Aylin apenas podía escuchar. Las voces llegaban hasta ella apagadas, como si estuvieran al otro lado de una puerta. Entre el ruido alcanzó a distinguir su nombre, una y otra vez, pero no tenía fuerzas para abrir los ojos ni para responder. Todo se volvía cada vez más distante.

Por otro lado, varias personas del restaurante salieron para ayudar. Algunos se acercaron con cautela, mientras otros intentaban despejar el espacio alrededor de Aylin. Ángel se arrodilló junto a ella y, llevado por el impulso de verla así, intentó levantarla.

—No la muevan —dijo un joven al detenerlo—. Puede que tenga algo roto.

Ángel retiró las manos de inmediato. Miró a Aylin sin saber qué hacer, mientras Santiago se acercaba cada vez más alterado. La rabia se mezclaba con el miedo y, sin pensar demasiado en sus palabras, terminó señalándolo.

—¡Por tu culpa! —exclamó Santiago.

Ángel lo miró sin entender cómo podía estar responsabilizándolo de aquello.

—¿Acaso yo la atropellé? —contestó, confundido.

—Pero tú la hiciste enojar y salió así, sin fijarse.

Los demás muchachos levantaron el cochecito de la niña. La envolvieron con una cobija y la llevaron hasta otro carro para trasladarla al hospital, mientras Aylin permanecía tendida en medio de la calle. La sangre comenzaba a extenderse por su ropa y, a su alrededor, las voces de las personas se mezclaban con el ruido de los carros y el movimiento desesperado de quienes intentaban ayudarla.

—No puedo esperar mucho tiempo —dijo Santiago—. Está sangrando y puede desangrarse. Ayúdenme a levantarla.

Entre todos se acercaron y, siguiendo las indicaciones de Santiago, levantaron a Aylin con cuidado. Su cuerpo apenas respondía. Cada movimiento le arrancaba una pequeña mueca de dolor, pero ya ni siquiera tenía fuerzas para quejarse. Todo a su alrededor parecía moverse demasiado rápido mientras intentaban subirla al carro.

Aylin miraba sin poder enfocar bien. Los rostros se confundían frente a sus ojos y las voces llegaban entrecortadas, como si las escuchara desde muy lejos. Intentó reconocer a alguien entre todas aquellas personas, pero apenas podía mantener los ojos abiertos.

Santiago se acomodó junto a ella y le sostuvo la mano con fuerza. Las lágrimas le caían por el rostro mientras intentaba mantener la voz firme, aunque el miedo se le escapaba en cada palabra.

—Aylin, no te duermas, por favor. Ya vamos para el hospital. Perdóname, te lo suplico —susurró.

Ella escuchó su voz, pero ya no consiguió responderle. Solo alcanzó a sentir sus dedos alrededor de los suyos mientras el carro comenzaba a avanzar hacia el hospital.

Al llegar al hospital, Aylin aún tenía los ojos abiertos, aunque apenas podía mantenerlos así. Entre el dolor y la confusión, lo único que alcanzaba a distinguir era el rostro de Santiago frente a ella. Estaba asustado, desesperado, como si verlo pudiera ayudarla a entender qué estaba pasando. Ella quiso decir algo, pero no encontró fuerzas para hacerlo.

—Por favor, ayúdenme —rogó él.

Uno de los médicos se acercó rápidamente mientras el personal comenzaba a preparar todo para atenderla.

—¿Qué le pasó? —preguntó.

—Tuvo un accidente —respondió.

Los doctores ingresaron a Aylin al quirófano y la sedaron por completo para poder revisarla con mayor precisión. Al cortar y retirar cuidadosamente la ropa, descubrieron varios fragmentos de vidrio incrustados en su abdomen. La situación era más grave de lo que habían imaginado. Uno de los vidrios era especialmente grande y estaba demasiado cerca de un órgano vital, por lo que extraerlo sin saber exactamente qué había afectado podía poner su vida en peligro.

Mientras los médicos trabajaban para mantenerla estable, Santiago quedó afuera de la sala de emergencias, completamente destruido. Ya no sabía qué hacer con sus manos ni con el miedo que le recorría todo el cuerpo. Las movía una y otra vez, temblorosas, intentando encontrar alguna forma de tranquilizarse, pero nada conseguía apartarlo de lo que acababa de ocurrir.

El accidente se repetía en su cabeza como una escena que no podía detener. Las luces del carro. El grito de Aylin. El sonido seco del impacto. Después, su cuerpo cayendo sobre el pavimento.

Santiago cerró los ojos por un instante y sintió que le faltaba el aire. No podía pensar en otra cosa. Cada vez que intentaba apartar la imagen, esta regresaba con más fuerza, recordándole lo rápido que todo había cambiado. Hacía apenas unos minutos Aylin estaba frente a él, y ahora se encontraba detrás de una puerta, mientras él solo podía esperar que los médicos lograran salvarla.

Necesitaba escuchar a alguien. Sentía que todo lo que había ocurrido se le venía encima de golpe, que ya no podía sostener por sí solo el peso de lo que acababa de hacer. Por eso llamó a su madre, buscando en ella un poco de calma en medio de aquel caos.

—¿Santiago? ¿Qué pasó? —preguntó su mamá apenas contestó.

—Mami… atropellé a Aylin…

—¿Qué?

Santiago comenzó a llorar desesperadamente, dejando salir todo el miedo que había estado conteniendo desde el momento del accidente.

—Yo no la vi… ella salió de repente… yo intenté frenar…

—Tranquilo, hijo, tranquilo. ¿Ella está bien?

—No sé… no sé, mamá. Pero la vi muy mal…

Entonces recordó algo más. Algo que hizo que la culpa se volviera todavía más pesada.

—Y no solo era ella… iba con la niña…

La voz de Santiago se quebró por completo.

—La bebé también salió lastimada…

Aunque el golpe fuerte se lo llevó Aylin, el cochecito había terminado volcado y la niña había recibido algunos golpes. Para cualquiera podía haber sido una consecuencia más del accidente.

—Dios mío… —susurró su madre.

—Yo no quería hacerles daño… te lo juro…

Santiago terminó cubriéndose el rostro mientras lloraba. No estaba buscando que su madre justificara lo ocurrido. Solo necesitaba que alguien lo escuchara, porque el miedo, la culpa y el dolor ya no le cabían dentro.

Después de colgar la llamada, se quedó mirando el suelo del hospital. Todo a su alrededor continuaba moviéndose, pero él sentía que se había quedado atrapado en aquel instante. Entendió que algunas cosas podían cambiar en un solo segundo y que, por mucho que uno quisiera, no siempre existía una forma de deshacer lo que ya había sucedido.

ero Santiago sabía que todavía faltaba algo peor. Tenía que llamar a los padres de Aylin y contarles lo que había ocurrido. Solo pensarlo le hacía sentir que el pecho se le cerraba. Sus manos temblaban tanto que casi dejó caer el celular mientras buscaba el número.

Cuando finalmente escuchó que contestaban, sintió que todo el aire parecía abandonarle el cuerpo. Le costaba incluso pronunciar una palabra. Tragó saliva, intentando reunir el valor suficiente para hablar, aunque sabía que nada de lo que dijera podía preparar a una familia para una noticia así.

Se presentó con una voz temblorosa y les pidió que fueran al hospital. Al otro lado de la llamada, la preocupación apareció de inmediato. Querían saber qué había pasado con Aylin, pero Santiago apenas podía encontrar las palabras para explicarlo.

Les dijo que habían tenido un accidente. Intentó explicar que Aylin estaba en emergencias, pero su propia voz comenzó a quebrarse mientras hablaba.

Entonces escuchó la preocupación de la madre de Aylin por su nieta. Aquella pregunta terminó de destruirlo por dentro. Santiago les explicó que la bebé también había resultado lastimada, que había recibido un golpe fuerte y que las dos estaban muy mal.

Del otro lado, la madre de Aylin comenzó a llorar. Quería saber qué había sucedido, cómo había pasado todo, pero Santiago ya casi no podía hablar. Miró las puertas de emergencias con los ojos llenos de lágrimas.

Solo pudo pedir perdón. Una y otra vez, con la voz rota, intentando explicar que nunca había querido hacerles daño. Pero ninguna palabra podía cambiar lo ocurrido. La llamada terminó entre llanto, miedo y una angustia que parecía hacerse más pesada con cada segundo.

Minutos después, las puertas del hospital volvieron a abrirse bruscamente. Ángel entró casi corriendo, agitado, con la respiración acelerada y los ojos completamente llenos de miedo. Apenas había llegado,, ya buscaba desesperadamente alguna señal que le dijera qué estaba pasando.

Su mirada recorrió la recepción hasta encontrar a Santiago sentado afuera de emergencias. Lo vio cabizbajo, con el rostro marcado por el llanto y una expresión que decía mucho más de lo que cualquier palabra podía explicar.

Ángel sintió que el corazón se le hundía. Caminó directamente hacia él, sin apartar la mirada, mientras el miedo por Aylin crecía dentro de su pecho.

—¿Dónde está Aylin? —preguntó Ángel.

Santiago se levantó inmediatamente. Al verlo, Ángel sintió que toda la preocupación, el miedo y la rabia que había cargado desde que llegó al hospital se concentraban en ese momento. No necesitaba que nadie le explicara demasiado. Bastaba con mirar el rostro de Santiago para entender que algo terrible había pasado.

—La están atendiendo…

Ángel lo empujó del pecho lleno de rabia. Ya no podía contener todo lo que llevaba dentro. El miedo de perder a Aylin se mezclaba con la culpa, con la impotencia y con aquella desesperación que le hacía sentir que nada de lo que hiciera podía arreglar lo ocurrido.

—¡¿Cómo pasó esto?!

—Fue un accidente…

—¡¿UN ACCIDENTE?! —gritó Ángel—. ¡La atropellaste!

Varias personas voltearon a mirarlos, pero ninguno de los dos prestó atención. Ángel ya no estaba pensando en quién podía escucharlos. Solo podía pensar en Aylin y en todo lo que había sucedido antes de que terminara allí.

—¡Ella salió de repente a la calle!

—¡Porque salió huyendo por tu culpa y por la mía también!

—¡Yo solo quería hablar con ella!

—¡Y yo también! —respondió Santiago con desesperación—. ¡Nunca quise hacerle daño!

Y aquellas palabras salieron de él como una confesión. Porque era verdad. Podía haber cometido errores, podía haberse equivocado y podía cargar con la culpa de lo sucedido, pero jamás había querido lastimarla. Ahora solo podía pensar en Aylin, en lo que había pasado y en la posibilidad de que, cuando todo aquello terminara, ya nada volviera a ser como antes.

Por un momento pareció que volverían a golpearse. Ángel dio un paso hacia Santiago, pero antes de que cualquiera de los dos hiciera algo, ambos volvieron la mirada hacia las puertas de emergencias.

Ahí estaba la razón por la que ninguno podía seguir con aquella pelea.

Aylin estaba detrás de esas puertas. Y su niña también.

Ángel bajó la mirada y terminó dejándose caer en una de las sillas. Se cubrió el rostro con ambas manos mientras las lágrimas le recorrían las mejillas. Ya no tenía nada que decir. Solo podía esperar.

Santiago se alejó y volvió a sentarse al otro lado del pasillo. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las piernas mientras miraba fijamente el suelo. De vez en cuando levantaba la vista hacia las puertas, como si hacerlo pudiera darle alguna respuesta.

Aunque entre ellos todavía quedaban demasiadas cosas sin resolver, ninguno estaba dispuesto a marcharse mientras Aylin siguiera ahí dentro.

El reloj avanzaba lentamente. Las luces blancas del hospital iluminaban el pasillo, mientras los pasos de médicos y enfermeros iban y venían frente a ellos.

Cada vez que las puertas de emergencias se abrían, Ángel y Santiago levantaban la cabeza al mismo tiempo. Esperaban ver a un médico, escuchar su nombre, recibir alguna noticia

Hasta que las puertas del hospital se abrieron nuevamente. Era la familia de Aylin.

Su madre entró primero, llorando mientras buscaba desesperadamente con la mirada. Apenas podía caminar de prisa sin detenerse a mirar cada rincón, como si esperara encontrar a su hija en cualquier parte.

Detrás de ella venía el padre de Aylin junto a su hermano. Todos avanzaban con el rostro desencajado, tratando de entender qué había sucedido.

—Yo solo quiero ver a mi hija… —dijo su madre.

La angustia de una madre que solo quería saber cómo estaba su hija parecía llenar cada rincón del lugar. Nadie encontraba palabras para aliviar aquel dolor, porque todos sabían que, detrás de aquellas puertas, Aylin seguía luchando por su vida.

Santiago respiró hondo varias veces antes de hablar nuevamente. Sentía que ya no podía seguir escondiéndolo. La culpa le pesaba en el pecho desde el momento del accidente y cada minuto que pasaba hacía más difícil seguir guardando la verdad.

—Yo… fui quien la atropelló.

Todos voltearon a verlo.

La madre de Aylin abrió los ojos con incredulidad, como si aquellas palabras hubieran cambiado por completo lo que creían saber. El padre, en cambio, lo miró con una seriedad que hizo que Santiago bajara la mirada. Era difícil aceptar que el muchacho que tenían frente a ellos era quien había dejado a su hija luchando por su vida.

—¿Qué dijiste? —preguntó su hermano.

Santiago comenzó a llorar otra vez. No sabía cómo decirlo sin que sonara como una excusa, porque en el fondo sabía que nada de lo que dijera podía cambiar el resultado de aquella noche.

—Pero yo no quería… ella salió corriendo… yo venía entrando…

Las palabras le salían entrecortadas, acompañadas por el llanto. Entonces señaló a Ángel, buscando que alguien más entendiera cómo había comenzado todo.

—¡Porque él la agarró del brazo y empezaron a discutir!

Ángel se levantó de golpe. La culpa que llevaba encima se mezcló con el enojo al escuchar aquellas palabras.

—¡No me eches toda la culpa a mí!

—¡Si no la hubieras perseguido, ella no sale corriendo a la calle!

—¡Y si hubieras venido más despacio, nada de esto pasaba!

La discusión volvió a subir de tono. Ambos intentaban encontrar una razón para lo ocurrido, como si señalar al otro pudiera hacer que todo aquello doliera un poco menos.

La tensión terminó por romperse. Parecía que iban a golpearse otra vez, sin importar que estuvieran dentro del hospital ni que la familia de Aylin estuviera allí. La desesperación había tomado el control y ninguno parecía capaz de detener lo que sentía.

Uno de sus hermanos reaccionó rápidamente y se metió entre ambos, empujándolos hacia atrás antes de que la situación empeorara.

—¡YA BASTA!

Su voz consiguió detenerlos.

Porque, en el fondo, todos sabían que podían gritar, discutir y culparse tantas veces como quisieran, pero nada de eso cambiaría lo que había sucedido.

Y mientras ellos buscaban desesperadamente a quién culpar, ninguno podía saber si volverían a escuchar su voz.

—¿No entienden todavía? ¡Los dos tienen la culpa!

Ninguno respondió.

—Mientras ustedes estaban peleando por celos y orgullo, mi hermana terminó en emergencias junto a su hija.

Había intentado mantenerse fuerte, contener todo lo que sentía, pero ya no podía. El miedo, la impotencia y el dolor por ver a su hermana en aquella situación terminaron por quebrarlo.

—¿Y saben qué es lo peor? Que ella intentó arreglar las cosas porque ya estaba cansada de ustedes.

La madre de Aylin terminó sentándose en una silla mientras lloraba desconsoladamente, abrazada por el padre de Aylin. Él intentaba sostenerla, aunque también sentía que estaba a punto de derrumbarse. En ese momento, el miedo había dejado de ser una posibilidad y se había convertido en algo real: nadie sabía si Aylin lograría salir bien de aquella sala.

Por otro lado, después de horas dentro del quirófano, los médicos finalmente lograron sacar los fragmentos de vidrio que habían quedado incrustados tras el accidente.

La cirugía había sido larga y complicada. Aylin había perdido mucha sangre y tenía múltiples golpes, pero, después de todo lo ocurrido, los médicos lograron estabilizarla lo suficiente para pasarla a recuperación.

Mientras tanto, afuera, todos seguían esperando. Cada minuto parecía hacerse eterno. Nadie tenía fuerzas para hablar demasiado; todos estaban atrapados en sus propios pensamientos, imaginando lo peor y aferrándose a la esperanza de recibir buenas noticias.

El padre caminaba de un lado a otro, intentando mantenerse tranquilo, aunque por dentro sentía que el miedo lo consumía. Quería ser fuerte por su familia, pero aquella espera estaba acabando con él.

Ángel y Santiago seguían ahí, separados, completamente afectados por lo ocurrido. Ninguno sabía qué decir. Los dos cargaban con sus propios pensamientos, con la culpa y con el temor de que aquello que tanto amaban pudiera no volver a ser igual.

Hasta que finalmente las puertas se abrieron.

La doctora que estaba a cargo de la cirugía salió observando a la familia. Su expresión hizo que todos sintieran un nudo en el pecho.

Todos se levantaron de inmediato.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó rápidamente la madre de Aylin.

La cirugía había salido bien. Habían logrado retirar los vidrios y controlar las heridas más graves.

Aun así, su expresión seguía siendo seria. Aylin todavía no estaba completamente fuera de peligro. El golpe había sido demasiado fuerte y ahora necesitaban esperar

para ver cómo respondía su cuerpo durante las próximas horas. Por el momento estaba estable y ya había sido trasladada a recuperación.

El padre de Aylin cerró los ojos con alivio, agradecido por aquella pequeña esperanza. Pero todavía quedaba una pregunta que ninguno se atrevía a hacer.

La bebé.

Cuando finalmente preguntaron por ella, la expresión de la doctora cambió. La niña se encontraba muy delicada. Había recibido un golpe bastante fuerte y, después del accidente, había presentado complicaciones respiratorias.

La habían trasladado a cuidados intensivos pediátricos. Permanecía en una incubadora, conectada a varios tubos que la ayudaban a respirar y a mantenerla estable.

Santiago sintió que las piernas le temblaban. Quería saber si estaba consciente, si podía estar bien, si existía alguna posibilidad de que todo terminara de la mejor manera. Pero la respuesta de la doctora solo confirmó sus peores temores.

La niña no estaba consciente.

Nadie sabía cuánto tiempo tendría que permanecer así ni cómo reaccionaría durante las siguientes horas. Lo único que podían hacer era esperar y aferrarse a la esperanza de que su pequeño cuerpo lograra resistir.

Horas después, en una de las habitaciones de recuperación, Aylin comenzó a despertar lentamente.

Todo a su alrededor se sentía extraño. La cabeza le daba vueltas y el sonido constante de las máquinas se mezclaba con el silencio de la habitación. Parpadeó varias veces, intentando enfocar la vista y entender dónde estaba.

Durante unos instantes no recordó nada.

Entonces, el dolor atravesó su cuerpo y los recuerdos regresaron de golpe.

Aylin respiró agitada. Movió lentamente una mano, buscando a alguien cerca, pero no encontró a nadie. La habitación estaba vacía y aquella soledad hizo que la ansiedad comenzara a crecer dentro de ella.

El sedante todavía la mantenía débil y confundida. Permaneció acostada durante varios minutos, intentando recuperar fuerzas mientras miraba fijamente el techo. Poco a poco comenzó a sentirse más consciente y, con ello, también más presente el dolor.

Las heridas ardían.

Con dificultad, se incorporó y terminó sentándose a la orilla de la cama. Su cuerpo entero parecía pesarle. Aun así, necesitaba levantarse. Necesitaba saber qué había pasado.

Se quitó lentamente algunos cables que tenía conectados al brazo y puso los pies en el suelo. Sus piernas temblaron en cuanto intentó ponerse de pie, obligándola a apoyarse en la cama para no caer.

Avanzó despacio hacia el pequeño espejo que estaba junto al baño. Cada paso le provocaba dolor, pero continuó hasta quedar frente a él.

Entonces se vio.

Tenía varios moretones marcados en una de sus piernas. Otros cubrían parte de su abdomen y su costado. Algunas heridas pequeñas estaban cubiertas con vendas, mientras que una más grande rodeaba la parte baja de su abdomen.

Aylin se observó durante varios segundos, intentando reconocerse en aquella imagen. Le costaba aceptar que aquella mujer frente al espejo era ella. Todo parecía demasiado irreal, como si estuviera viendo el cuerpo de alguien más.

Bajó lentamente la mirada hacia los moretones de su pierna y después hacia las vendas que cubrían su abdomen. Sintió un vacío profundo en el pecho mientras comprendía poco a poco la gravedad de lo que había ocurrido.

Apoyó una mano sobre el lavabo para mantenerse firme. Su respiración se volvió más temblorosa y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, aunque todavía no entendía exactamente por qué.

Había algo que no dejaba de rondarle la cabeza.

A los pocos segundos, apareció Allison en la puerta y, al verla de pie frente al espejo, abrió los ojos con preocupación.

—¿Qué haces levantada así?

—¿Qué me hicieron? —preguntó mientras volvía a llorar.

Allison se acercó despacio, procurando no asustarla.

—Aylin… será mejor que te acuestes. No te quedes viendo el espejo.

—Por culpa de ellos… —dijo ella sin dejar de llorar.

—Tranquila…

—Todo fue por culpa de ellos…

Allison le sostuvo suavemente el brazo para ayudarla a caminar. Aylin apenas podía mantenerse en pie. Necesitaba salir de aquella habitación, respirar y, aunque fuera por un momento, dejar de sentirse atrapada dentro de sus propios pensamientos.

—Si quieres, vamos a caminar un poco, ¿sí?

—¿Y mis padres?

—Ellos se fueron a descansar un rato. Llevan horas aquí.

—¿Y quién está afuera?

Allison dudó antes de responder.

—Solo hay dos chicos jóvenes que desde que llegaste no se han movido de afuera.

—Ellos tuvieron la culpa de todo.

—¿Qué dices?

—No recuerdo todo muy bien… pero entiendo que él fue quien me atropelló.

Allison la miró sorprendida.

—¿En serio? Cuando te trajo cargada nos dijo que habías tenido un accidente.

—No… él fue quien me atropelló.

—Sabes que lo puedes denunciar, ¿verdad?

—Ahora no quiero saber nada de eso… solo quiero saber cómo está mi niña.

—Será mejor que caminemos y hablemos un momento, ¿sí?

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Vamos…

Aylin sintió que el corazón volvía a acelerarse. Aquella forma de hablarle, la mirada de Allison y esa necesidad de alejarse de la habitación hicieron que una sensación de miedo le recorriera el cuerpo. No quería imaginar nada, pero tampoco podía evitar que su mente comenzara a llenarse de preguntas.

Con movimientos lentos, se puso unas pantuflas junto a la cama y empezó a caminar despacio por el pasillo, sosteniéndose de Allison porque el cuerpo todavía le dolía demasiado. Cada paso le recordaba que aún no estaba bien, pero en ese momento el dolor físico parecía no importar. Solo podía pensar en su niña.

El hospital estaba casi en silencio a esas horas de la madrugada. Las luces blancas del techo iluminaban el pasillo mientras, a lo lejos, se escuchaba el sonido de algunas máquinas. Todo parecía demasiado tranquilo para lo que Aylin sentía por dentro.

Después de caminar un poco, Allison la ayudó a sentarse en una de las sillas del pasillo. Quería mantenerse fuerte, pero el miedo ya comenzaba a abrirse paso entre todo lo que había intentado guardar desde que despertó.

—¿Te duele mucho? —preguntó suavemente.

—Siento como si me hubiera pasado un camión encima.

—Técnicamente…

Eso hizo que Aylin soltara una risa pequeña y cansada antes de volver a quedarse seria.

Por unos minutos hablaron con normalidad, intentando distraerse un poco. Aylin intentaba escucharla y concentrarse en sus palabras, pero su mente no dejaba de regresar al mismo lugar. Había algo que necesitaba saber, algo que desde que había abierto los ojos sentía clavado en el pecho.

—¿Y mi hija?

—Está en cuidados intensivos.

—¿Qué… qué tiene?

—El golpe fue fuerte, Aylin... la tienen en incubadora y conectada a tubos para ayudarla a respirar.

Aylin empezó a negar desesperadamente con la cabeza. Las lágrimas le recorrieron las mejillas mientras intentaba asimilar aquellas palabras. No podía soportar imaginar a su hija sola, tan pequeña y luchando por respirar mientras ella estaba allí, incapaz de hacer nada.

—Los doctores están haciendo todo lo posible.

—Y—Voy a buscarte agua, ¿sí?

Cuando Allison se alejó por el pasillo, Aylin quedó sola. Tenía el cuerpo agotado, pero era imposible descansar. Sentía que todo lo que había ocurrido seguía dándole vueltas en la cabeza, como si por más que intentara apartarlo, el miedo siempre terminara encontrándola.

Fue entonces cuando levantó la mirada.

Ángel y Santiago estaban al otro lado del pasillo, observándola en silencio. Al verla, ambos intentaron acercarse lentamente, con el peso de la culpa reflejado en sus rostros.

—Aylin… —dijo Ángel con la voz quebrada.

Pero ella se puso de pie inmediatamente.

—No se acerquen.

Los dos se detuvieron.

Aylin tenía lágrimas bajándole por el rostro y una mezcla de dolor y rabia en la mirada. Había pasado tantos días intentando mantenerse fuerte, preocupándose por su hija, soportando el miedo de no saber qué iba a pasar, que ya no le quedaban fuerzas.

—¿Ya están felices?

—Aylin, por favor… —murmuró Santiago, completamente destruido.

—¡No! —interrumpió ella—. Mi hija está conectada a tubos por culpa de ustedes.

Las palabras salieron cargadas de todo lo que había intentado contener. No quería escucharlos, no quería explicaciones ni disculpas. Lo único que podía pensar era en su hija, en verla tan pequeña y vulnerable, rodeada de máquinas que ahora parecían ser lo único manteniéndola a salvo.

—Todo esto pasó por sus celos, por sus peleas, por querer competir como si yo fuera un objeto.

Cada palabra le dolía al salir, pero también llevaba consigo una verdad que necesitaba decir. Estaba cansada de que las decisiones de ellos terminaran arrastrándola a ella, cansada de tener que recoger los pedazos después de cada pelea y, sobre todo, cansada de sentir que siempre tenía que pagar las consecuencias de algo que nunca había querido.

—Si a mi hija le pasa algo… eso les va a quedar en la conciencia toda la vida.

Ambas comenzaron a alejarse lentamente por los pasillos del hospital. Aylin apenas podía avanzar debido al dolor y al cansancio, pero aun así siguió caminando sin decir nada.

Mientras más avanzaban hacia el área de cuidados intensivos pediátricos, más nerviosa se sentía. Intentaba convencerse de que todo estaría bien, que su bebé solo estaba pasando por un momento difícil y que pronto volvería a verla fuera de aquella

habitación. Pero, en el fondo, había una parte de ella que tenía miedo de lo que pudiera encontrar.

Los días pasaron lentamente después del accidente. Aylin poco a poco empezó a recuperarse de sus heridas. Los moretones seguían marcados en su cuerpo y algunas veces todavía le costaba caminar rápido, pero aun así intentaba volver poco a poco a su rutina.

Regresó al colegio, aunque fuera solo unas horas. Y todos los días, sin falta, después de salir de clases iba directo al hospital. No importaba cuánto cansancio tuviera encima ni cuánto le doliera el cuerpo. Siempre encontraba la manera de llegar. Aunque fueran diez minutos, aunque solo pudiera verla detrás de un vidrio, necesitaba estar cerca de ella.

Aylin llegaba con su uniforme, el bolso colgando del hombro y el cansancio marcado en el rostro, pero siempre terminaba parada frente a la incubadora de su bebé. La miraba durante largos ratos, intentando encontrar en su pequeño rostro alguna señal de que seguía luchando.

A veces le hablaba bajito, contándole cosas pequeñas del colegio o simplemente diciéndole que la extrañaba. Otras veces no encontraba palabras. Solo la miraba respirar con ayuda de las máquinas y sentía cómo se le llenaba el pecho de una tristeza que no sabía dónde colocar.

Los médicos decían que había días en los que parecía mejorar un poco, pero también había días malos. Muy malos. Aylin había aprendido a aferrarse incluso a las noticias más pequeñas, porque cualquier cambio podía significar esperanza.

Hasta que, dos días antes, todo empeoró.

Esa tarde Aylin había llegado como siempre después del colegio, pero apenas entró al área de cuidados intensivos notó a varios médicos moviéndose rápidamente alrededor de la incubadora.

Las máquinas comenzaron a sonar con fuerza, una alarma detrás de otra, llenando el lugar de un ruido que hizo que todo dentro de ella se paralizara. Una enfermera pidió paso rápidamente y, en cuestión de segundos, las cortinas alrededor de Valeria quedaron cerradas.

Aylin sintió que el corazón se le detenía. Miraba las cortinas sin entender qué estaba pasando, intentando encontrar alguna respuesta en los rostros de quienes entraban y salían apresurados. Quería acercarse, quería saber qué ocurría, pero su cuerpo parecía no responderle.

Horas después, un doctor pidió hablar con la familia. Todos terminaron reunidos en uno de los pasillos del hospital, lejos de las máquinas y de aquella incubadora que se había convertido en el centro de todas sus preocupaciones.

—Valeria sufrió un paro respiratorio hace unas horas.

Las palabras del doctor hicieron que Aylin sintiera un vacío en el pecho. Había escuchado tantas cosas durante aquellos días que pensó que ya nada podía sorprenderla, pero aquello volvió a despertar el miedo que había intentado mantener bajo control.

—¿Y ahora cómo está? —preguntó el padre de Aylin.

—Logramos estabilizarla… pero su cuerpo está demasiado débil.

Aylin sintió que las lágrimas comenzaban a llenarle los ojos otra vez. Bajó la mirada, intentando contenerlas, aunque ya sentía cómo la angustia volvía a apoderarse de ella.

—Estamos haciendo todo lo posible, pero debemos ser honestos con ustedes. Su corazón está empezando a fallar poco a poco y depende completamente de las máquinas para respirar.

El doctor continuó hablando con cuidado.

—La situación ya es crítica. Existe la posibilidad de que vuelva a sufrir más paros respiratorios.

Aylin sintió que ya no podía seguir escuchando. El miedo de perderla, la impotencia de no poder hacer nada y el cansancio de fingir que podía soportarlo comenzaban a mezclarse hasta dejarla sin fuerzas.

Y entonces llegó la parte más difícil.

—Tenemos dos opciones —explicó el doctor—. Mantenerla conectada aun sabiendo que puede seguir sufriendo… o dormirla completamente y desconectarla para evitarle dolor.

Aylin sintió que algo dentro de ella se rompía. No podía aceptar que estuvieran hablando de su bebé de aquella manera, como si de repente su vida pudiera reducirse a una decisión. Quería gritar que no, que todavía había que hacer algo, que no podían rendirse. Pero las palabras no salieron.

Solo pudo llorar mientras intentaba comprender cómo habían llegado hasta ese momento.

Había entrado al hospital esa tarde pensando que todavía tendría tiempo. Ahora tenía frente a ella una decisión que jamás imaginó tener que enfrentar y que, fuera cual fuera, podía cambiarlo todo.

Simplemente se quedó ahí sentada, llorando. Ya ni siquiera sabía qué pensar. Las palabras del doctor se mezclaban en su cabeza y, por más que intentaba encontrar una salida, todo parecía llevarla al mismo lugar.

Y nadie supo qué decirle, porque todos entendieron que Aylin todavía no estaba preparada para aceptar lo que podía pasar.

—Necesitamos que lo piensen hoy mismo —dijo el doctor con seriedad—. No hay mucho tiempo antes de que la niña sufra otro paro respiratorio.

Las palabras quedaron resonando en la cabeza de Aylin incluso después de que el doctor se alejara. Todo a su alrededor parecía escucharse lejos. Las voces, las máquinas, las personas caminando por el hospital… todo se sentía confuso.

Sentía que ya no podía más. Había algo dentro de ella que se estaba quebrando poco a poco, pero ni siquiera tenía fuerzas para ponerle un nombre. Solo podía pensar en su hija, en aquella pequeña que seguía luchando mientras ella estaba sentada en aquel pasillo sin saber qué decisión tomar.

Se quedó sentada en una de las sillas del pasillo mirando el piso, intentando procesar lo que acababa de escuchar, hasta que alguien apareció apresuradamente al final del corredor.

Era la pastora-

Apenas vio a Aylin, caminó rápido hacia ella y la abrazó fuerte sin decir nada al principio.

Aylin sintió que aquel abrazo llegaba justo cuando más lo necesitaba. Cerró los ojos y apoyó el rostro contra su hombro.

Se aferró a ella y lloró con una fuerza que le dolía en el pecho. No necesitaba explicar lo que estaba pasando. La pastora podía sentirlo en la forma en que Aylin se sostenía de ella, como si soltarla significara tener que enfrentarse nuevamente a todo aquello.

—Ay, Aylin… perdón por no estar contigo.

—Voy a perder a mi niña… —dijo entre lágrimas, sin poder controlar el llanto.

—Lo siento mucho… de verdad lo siento.

—¿Por qué?… ¿Cuándo se va a acabar todo esto?

La pastora la abrazó con fuerza y comenzó a acariciarle el cabello, dejándola llorar todo lo que necesitara. No había palabras capaces de quitarle aquel dolor, así que simplemente estuvo ahí, sosteniéndola mientras Aylin se desahogaba.

—Ya… llora todo lo que tengas que llorar —susurró.

Después de unos momentos, la pastora tomó suavemente su rostro entre sus manos.

—Mírame, mi niña… tienes que pensar con cabeza fría, ¿sí? Ven, levántate.

—No puedo…

—Sí puedes. Ahorita sientes que no, pero eres más fuerte de lo que crees.

Quería seguir luchando, quería encontrar una manera de salvar a su hija, aunque en el fondo sabía que ya no estaba en sus manos.

—Mi niña… sé que esto es lo más difícil que te ha tocado vivir.

—No quiero perderla…

—Lo sé.

—Ella todavía está aquí… todavía respira…

—Sí… pero también está sufriendo.

—No me diga eso…

—Los doctores ya hicieron todo lo que podían hacer.

—Tal vez mañana mejore…

—A veces amar también significa dejar descansar.

—No puedo tomar esa decisión… es mi hija…

—Y precisamente porque es tu hija tienes que pensar en ella antes que en tu miedo.

—Yo no quiero que piense que la abandoné…

—Ella nunca va a pensar eso. Esa niña ha sentido tu amor desde el primer día.

—No sé cómo hacer esto…

—No tienes que hacerlo sola. Tus padres están aquí, tu familia también. Y Dios sabe cuánto la amas.

—¿Y si después me arrepiento?

—Una madre nunca deja de sentir dolor por algo así… pero también tienes que pensar si quieres seguir viéndola sufrir.

—¿Quieres que te acompañe a buscar al doctor? —. añadió la pastora

Aylin respondió con un pequeño movimiento de cabeza. Sentía que las fuerzas se le estaban acabando, pero aun así necesitaba seguir adelante.

—Sí… por favor.

Ambas comenzaron a caminar despacio por el pasillo. Aylin sentía una tristeza que ya no sabía dónde guardar. Antes de llegar a recepción, decidió hablar primero con sus padres. Necesitaba que ellos supieran lo que había decidido, aunque decirlo en voz alta hiciera que todo se sintiera todavía más real.

La madre de Aylin volvió a llorar al escuchar la decisión. Intentaba contenerse, pero el dolor podía más que ella. Su padre, en cambio, trataba de mantenerse sereno, aunque sus ojos lo delataban. También estaba sufriendo, también entendía lo que aquella decisión significaba.

—¿Estás segura, hija? —preguntó él en voz baja.

—No quiero que siga sufriendo…

Decirlo fue como aceptar, finalmente, aquello que llevaba demasiado tiempo intentando negar. No era lo que quería para su bebé, pero tampoco podía soportar verla continuar sufriendo. Dentro de ella existía una parte que todavía quería aferrarse a cualquier posibilidad, aunque fuera mínima. Otra sabía que, si de verdad la amaba, también tenía que pensar en dejarla descansar.

Minutos después, la pastora la acompañó hasta donde estaba el doctor. Él las hizo pasar a una pequeña oficina para hablar con tranquilidad. Aylin sintió que entrar ahí hacía que todo dejara de ser una posibilidad y comenzara a convertirse en una realidad.

—Ya tomé la decisión.

El doctor comprendió inmediatamente a qué se refería. Su expresión cambió ligeramente, como si también entendiera el peso que aquellas palabras tenían para ella.

—Necesito preguntarte algo importante entonces. ¿Cuándo quisieras hacerlo?

—¿Cómo así?

—Normalmente le damos un tiempo a la familia para despedirse y pasar unas últimas horas con el paciente antes del procedimiento.

—El miércoles… pero en la noche.

La pastora se quedó a su lado mientras el doctor anotaba algo en unos papeles.

—Bien. Entonces nos veremos en dos días para preparar todo.

—Muchas gracias…

Al salir de la oficina, caminó junto a la pastora sin decir nada. Sus pasos eran lentos y su mirada permanecía en el suelo. El miércoles había dejado de ser una simple fecha; ahora estaba ahí, esperándola.

Los siguientes dos días fue al colegio intentando actuar como si nada estuviera pasando. Caminaba por los pasillos, hacía trabajos, copiaba materia y hasta respondía cuando le hablaban, pero su mente estaba completamente en otro lugar. Por fuera intentaba seguir con su rutina; por dentro, sentía que cada hora la acercaba más a algo que no sabía si estaba preparada para enfrentar.

No volvió a saber nada de Ángel ni de Santiago durante esos días.

Y, sinceramente, tampoco quería saberlo. Había cosas que prefería no preguntar, porque en el fondo sabía que cualquier respuesta podía terminar de romper la poca tranquilidad que todavía le quedaba.

Hasta que finalmente llegó el día que Aylin nunca pensó vivir.

Al salir del colegio, vio el carro de la pastora estacionado afuera, esperándola.

Apenas subió, la pastora la miró con preocupación.

—¿Estás lista?

Aylin acomodó el bolso sobre sus piernas y negó lentamente.

—No… pero vamos.

—Tranquila, todos estaremos contigo.

La pastora arrancó el carro.

Aylin pensó en todo lo que había vivido, en todo lo que había intentado soportar y en lo cansada que estaba de tener que ser fuerte una y otra vez.

Después de un rato, volteó a ver a la pastora.

—¿Cómo piensas que terminaré yo?

—¿Cómo así?

—No sé… en un cementerio o en un hospital otra vez.

—Ni digas esas cosas.

—Es verdad… ya me cansé de todo.

—Sí, estás cansada, y tienes razones para estarlo. Pero no digas esas cosas.

Aylin volvió la mirada hacia la ventana. Sus ojos comenzaron a perderse entre todo lo que pasaba afuera, mientras aquella sensación de vacío volvía a apretarle el pecho.

—Entonces explícame por qué siento que mi vida nunca mejora.

—Porque hay procesos que duran más que otros. Y aunque ahorita no lo entiendas, eso no significa que toda tu vida vaya a ser dolor.

Para ella, el dolor ya se había vuelto demasiado familiar, hasta el punto de parecerle imposible pensar en una vida en la que no tuviera que estar sobreviviendo a algo.

—Verás que esto solo es una prueba muy dura y que un día vas a mirar atrás y entender muchas cosas. Deja que el proceso termine.

—Pues qué proceso más largo…

—Cuando los procesos son así, es porque vienen cosas muy grandes para tu vida. Créeme… guárdate esas palabras.

Aylin volvió a mirar por la ventana. No sabía si podía creer que después de tanto dolor realmente pudiera venir algo bueno.

Tal vez todavía no entendía nada. Tal vez ese camino que tanto le pesaba no había terminado.

Y aunque todavía no podía verlo, quizá algún día comprendería que no todo lo que duele llega para destruirte.

Después de un rato, ambos llegaron al hospital, así que la pastora estacionó el carro.

Ambas caminaron hacia el hospital en silencio. Al entrar al área de cuidados intensivos, Aylin se encontró con toda su familia esperando afuera.

Sus padres, su hermano y su cuñada estaban ahí. Al verla, todos volvieron la mirada hacia ella. Aylin los observó uno por uno, buscando quizá alguna palabra que pudiera hacer aquello un poco más fácil, pero nadie encontró qué decir.

La pastora se quedó a su lado mientras Aylin miraba hacia la puerta de cuidados intensivos. Había imaginado tantas veces cómo sería ese momento, pero ahora que estaba ahí, lo único que podía pensar era en su pequeña.

Una de las enfermeras se acercó después de hablar con el doctor. Caminó directamente hacia Aylin y, al verla, ella entendió que había llegado el momento.

—Ya puedes pasar.

Aylin sintió que el corazón le latía tan fuerte que, por un momento, pensó que iba a desmayarse.

La enfermera le explicó el protocolo con calma. Le colocaron una bata encima del uniforme del colegio, un gorro para el cabello y luego le pidieron que se desinfectara las manos. Todo se sentía irreal, como si estuviera viendo la vida de alguien más y no la suya.

La pastora le sostuvo la mano antes de que entrara. Aylin respiró profundamente y caminó lentamente hacia la habitación, cargando con un miedo que ya no sabía dónde guardar.

El sonido de las máquinas fue lo primero que escuchó al entrar.

Su niña seguía dentro de la incubadora, conectada a los tubos y cables que ya se habían vuelto parte de aquella escena horrible a la que Aylin nunca había logrado acostumbrarse. La enfermera abrió con cuidado uno de los lados para que pudiera acercarse más y después salió, dejándola sola con su hija.

Aylin se acercó lentamente hasta quedar frente a ella. Tan pequeña. Tan frágil. Llevó una mano temblorosa hasta tocar despacio una de sus manitas y sintió que todo lo que había intentado mantener bajo control durante aquellos días volvía a desmoronarse.

Las lágrimas comenzaron a caerle mientras la culpa se mezclaba con el amor y con aquella desesperación que llevaba tanto tiempo sintiendo. Había intentado ser una buena madre. Había intentado protegerla, darle una vida bonita y hacer todo lo que estaba en sus manos, incluso cuando las cosas parecían empeorar cada día.

Recordó cada pequeño momento que había compartido con ella. Las veces que se quedaba dormida encima de su pecho, las caritas que hacía mientras dormía, la manera en que se enojaba cuando Aylin intentaba cambiarle la ropa. Incluso en medio del

dolor, consiguió sonreír al pensar que, de alguna manera, también había heredado su carácter dramático.

Pero aquella sonrisa duró poco.

Aylin había imaginado una vida entera para su hija. Había pensado en verla crecer, escucharla llamarla mamá, verla dar sus primeros pasos, acompañarla en sus primeros días de escuela y descubrir la persona en la que algún día se convertiría. Había tantos futuros que había imaginado para ella que ahora dolía comprender que ninguno llegaría.

Cerró los ojos intentando guardar cada detalle de su pequeña dentro de su memoria. Quería recordar su rostro, sus manos, su tamaño, cada parte de ella. Quería conservarla para siempre en algún lugar donde el tiempo no pudiera arrebatársela.

Aylin sentía que le había fallado, aunque en el fondo sabía que había hecho todo lo que pudo. Aun así, el corazón de una madre no siempre entiende de razones cuando siente que ha perdido a su hija.

Apoyó la frente cerca de la incubadora y lloró.

Una parte de ella quería quedarse ahí para siempre, como si permanecer a su lado pudiera detener el tiempo. Como si todavía existiera alguna posibilidad de que todo aquello fuera una pesadilla y pudiera despertar en cualquier momento.

Pasaron varios minutos antes de que pudiera levantarse.

Cuando finalmente salió de la habitación, tenía el rostro completamente mojado y la mirada perdida. La madre de Aylin comenzó a llorar al verla así y la pastora la abrazó de inmediato. Aylin apenas lograba mantenerse de pie, sintiendo que el cuerpo ya no le respondía.

Los doctores entraron nuevamente a la habitación mientras la familia esperaba afuera.

Dentro, el equipo médico comenzó primero sedando a la niña para evitarle cualquier dolor. Todo se hizo con calma, siguiendo cada procedimiento mientras las máquinas continuaban sonando suavemente en aquella habitación.

Poco después comenzaron a desconectarla poco a poco. Su respiración se fue haciendo cada vez más débil hasta que, a las 9:34 de la noche del miércoles 24 de septiembre, declararon muerta a la niña.

Después de unos minutos, una trabajadora del hospital llegó con varios documentos entre las manos. Habló con suavidad, entendiendo el dolor que había en aquel pasillo, mientras le explicaba que ahora comenzaba todo el proceso de salida y los trámites del funeral. Aylin negó lentamente con la cabeza. No quería volver a pasar por aquello. Apenas tenía fuerzas para seguir de pie y la idea de enfrentarse a más papeles, firmas y decisiones le resultaba insoportable.

La mujer le explicó que necesitaban la firma de la persona responsable para autorizar la salida del cuerpo. Aylin bajó la mirada hacia los documentos. Aquella firma no se sentía como un simple trámite; era poner su nombre sobre una realidad que todavía se negaba a aceptar. También le explicaron que la niña permanecería en la morgue mientras realizaban los preparativos para reconocerla y vestirla. Aylin apartó la mirada de inmediato. No quería hacerlo. La pastora tomó sus manos y le aseguró que ella y sus padres se encargarían de todo. Aylin no discutió. Simplemente dejó que fueran ellos quienes tomaran las decisiones que ella ya no podía afrontar.

Las horas pasaron entre papeles, llamadas y conversaciones que Aylin apenas lograba seguir. En algunos momentos despertaba confundida en las sillas del pasillo, sin saber cuánto tiempo había dormido. Al abrir los ojos encontraba a su mamá cerca de una ventana o a la pastora hablando en voz baja con los médicos. Después volvía a cerrar los ojos, agotada. Mientras tanto, la familia y algunos hermanos de la iglesia comenzaron a encargarse de los preparativos. Prepararon un pequeño ataúd blanco, escogieron la ropa con la que vestirían a la niña, peinaron su cabello con delicadeza y acomodaron una manta alrededor de su pequeño cuerpo.

La tarde del día siguiente, jueves, comenzaron a llegar poco a poco a la funeraria. El lugar estaba iluminado con luces suaves y las voces se mantenían bajas, acompañadas por algunas oraciones y cantos. Varios jóvenes de la iglesia permanecían cerca de la entrada, todavía tratando de comprender lo ocurrido, mientras otros abrazaban a los padres de Aylin al encontrarlos.

Entonces la puerta principal volvió a abrirse. El líder de jóvenes apareció acompañado por otros dos hombres de la iglesia. Entre sus manos llevaba la pequeña caja blanca. Aylin levantó la mirada desde el asiento donde permanecía junto a su mamá y, al verla, sintió que las fuerzas que había conseguido reunir durante el día volvían a escapársele.

El líder caminó hasta el frente y colocó el pequeño ataúd con cuidado. Después se apartó junto a los demás mientras algunas hermanas comenzaron a cantar suavemente. Aylin apenas distinguía las voces. Su atención estaba puesta en aquella pequeña caja. Le costaba relacionarla con la niña que había tenido entre sus brazos, con la que había imaginado regresar a casa y continuar con su vida.

El aire dentro de la funeraria empezó a resultarle pesado. Se levantó despacio y salió hacia el pasillo exterior. La noche estaba fría y algunos hermanos conversaban cerca de la entrada. Fue entonces cuando vio a Santiago y Ángel en una esquina del parqueo. Al reconocerlos, caminó directamente hacia ellos.

—¿Ahora sí aparecen? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Ahora sí vienen después de todo?

Ambos levantaron la mirada, sorprendidos por la forma en que Aylin se había acercado. Ángel dio un paso hacia ella, intentando encontrar la manera de acercarse sin empeorar las cosas.

—Aylin… de verdad, perdónanos…

—¿Perdonarlos?

—Sabemos que fallamos, pero queríamos estar aquí…

La cachetada interrumpió sus palabras. El golpe resonó en medio del parqueo y Santiago giró ligeramente el rostro. Después bajó la mirada, sin responder.

—¡¿Y de qué sirve que pidan perdón ahora?! —gritó—. ¡Díganme! ¿De qué sirve?

—No sabíamos cómo ayudarte… estábamos confundidos…

—¡Pues ya es tarde!

Aylin se llevó una mano al rostro, intentando recuperar el aire entre el llanto.

—Con pedir perdón no me van a devolver a mi hija… ¿entienden eso? ¡No me la van a devolver!

Santiago levantó la mirada. La culpa se le notaba en el rostro, pero cualquier palabra parecía insuficiente frente a lo que acababa de escuchar.

Aylin señaló hacia la funeraria.

—Ella está ahí adentro, en una caja blanca… y ustedes vienen a decirme “perdón” como si eso cambiara algo…

La pastora salió al escuchar el movimiento y llegó hasta Aylin antes de que terminara perdiendo el equilibrio. La sostuvo por los hombros y la acompañó hacia una silla. Cuando intentó llevarla nuevamente al interior, Aylin negó de inmediato. No quería volver a mirar el lugar donde estaba su hija.

La pastora decidió dejarla allí y fue a hablar con Santiago y Ángel. Desde su asiento, Aylin observó cómo ambos bajaban la cabeza mientras la pastora hablaba con

ellos. No necesitaba escuchar para entender que estaba poniendo límites. La conversación duró algunos minutos y finalmente se marcharon.

Cuando la pastora regresó, se sentó junto a Aylin y le explicó que les había dejado claro que aquel no era el momento para buscar perdón ni para intentar solucionar con palabras algo que había llegado demasiado lejos. Si de verdad querían estar cerca de ella, tendrían que aprender a respetar su espacio y aceptar que no podía responderles como ellos esperaban.

Cuando llegó el momento de salir, todos comenzaron a levantarse y prepararse para acompañar el féretro hasta el cementerio. El pequeño ataúd fue colocado en el carro que lo llevaría hasta la zona final y el resto del grupo comenzó a caminar detrás. Aylin avanzaba junto a su mamá, quien estaba visiblemente cansada, pero seguía sosteniéndole la mano.

La pastora caminaba unos metros más adelante y volteaba de vez en cuando para comprobar que Aylin continuara detrás. El camino era corto, aunque cada paso parecía extenderlo un poco más. Nadie necesitaba decir demasiado. Todos sabían hacia dónde iban y qué los esperaba al llegar.

Cuando llegaron a la zona final, el carro se detuvo. Los hombres bajaron cuidadosamente el pequeño féretro y lo llevaron hasta la bóveda de bebés. El grupo se acomodó alrededor, dejando espacio para la familia. La madre de Aylin se quedó frente al lugar mientras la pastora se acercaba para acompañarla.

La despedida comenzó con unas palabras sencillas. Hablaron de la niña, del amor con el que había sido recibida y de la familia que ahora tendría que aprender a vivir con su ausencia. Aylin sostenía un globo blanco contra su pecho mientras escuchaba.

Después comenzaron a soltarlos. Uno tras otro, los globos fueron elevándose sobre el cementerio hasta convertirse poco a poco en pequeños puntos blancos entre las nubes. Aylin levantó la cabeza y los siguió hasta que dejaron de distinguirse. Su familia susurró una última despedida y ella intentó acompañarlos, pero no consiguió pronunciar palabra.

Los trabajadores del cementerio se acercaron cuando terminó la ceremonia. Tomaron el pequeño féretro y lo llevaron hasta la bóveda. Aylin dio un paso hacia adelante, pero la pastora la sujetó suavemente del brazo. El ataúd fue introducido con cuidado y su mamá se cubrió la boca al ver cómo desaparecía de su vista.

Después comenzaron a cerrar la bóveda. La piedra avanzó lentamente hasta cubrir la entrada por completo. Aylin permaneció frente al lugar hasta que ya no quedó ninguna abertura. No había más preparativos ni nada pendiente que hacer. La despedida había llegado a su final.

Salió del cementerio junto a su familia con los ojos hinchados y el cuerpo agotado. Su madre se acercó para pedirle que regresara con ella a la casa y pudiera descansar, pero Aylin negó despacio. Prefería volver más tarde por su cuenta. Su madre la observó con preocupación, aunque terminó aceptándolo.

Aylin buscó entre las personas hasta encontrar a Valentina y Ashley. Ashley fue la primera en acercarse y preguntarle si quería irse con ella. Aylin aceptó. Solo quería alejarse del cementerio y de todo lo que había ocurrido allí. Valentina se acercó antes de que se marcharan y quiso saber a dónde iban, pero Aylin evitó darle demasiadas explicaciones. Le aseguró que estaría bien y Valentina, aunque no parecía convencida, terminó pidiéndole que le escribiera cuando llegara a casa.

Minutos después, Ashley regresó y ambas subieron al carro. Durante el trayecto hablaron poco. Cuando llegaron, Aylin bajó y se encontró con un ambiente completamente diferente al que acababa de dejar atrás. Las calles estaban llenas de personas, luces encendidas y música saliendo de los locales. Había grupos conversando en las esquinas y jóvenes riendo como si aquella noche fuera una más.

—¿Dónde estamos? —preguntó otra vez, con la voz más baja.

Ashley cerró la puerta del carro y avanzó unos pasos. Aylin la siguió despacio, mirando a su alrededor mientras intentaba reconocer el lugar. Las luces de los locales iluminaban la calle y la música se escuchaba cada vez más cerca.

—Es aquí… ven.

—Ashley… esto no se siente bien —murmuró Aylin, deteniéndose un momento.

—Solo quédate conmigo.

Aylin siguió caminando. Llegaron hasta una esquina donde varias personas iban y venían sin prestarles demasiada atención. Algunos jóvenes conversaban cerca de los locales y otros permanecían sentados en la acera.

Aylin se abrazó a sí misma.

—No sé si quiero estar aquí.

—Te vas a distraer, te lo prometo.

Antes de que Aylin pudiera responder, Ashley señaló un local cercano.

—Voy a entrar un momento a comprar algo. Quédate aquí, ¿sí?

—Está bien…

Ashley se alejó hacia el local y Aylin quedó sola junto a la esquina. Observó a las personas pasar frente a ella, escuchando la música que salía del establecimiento y las conversaciones que se mezclaban alrededor.

Por unos momentos, se quedó quieta sin saber qué hacer. Todavía llevaba el cansancio de todo el día y, aunque había intentado dejar atrás el cementerio, el recuerdo seguía apareciendo cada vez que su mente encontraba un momento de calma.

Ashley regresó poco después con dos bebidas en las manos.

—Listo, mira… esto es lo que me hace olvidar las cosas —dijo, levantando una de las cervezas.

—¿Cervezas?

—Sí. Si nunca lo has probado, no vas a entender.

—Sí, una vez… pero casi me vomito.

—Es que tú te enfocas en lo que sabe y no en lo que te hace sentir.

—¿Y según tú qué hace sentir?

—Libertad… paz… tranquilidad de todo problema. Por un rato, al menos.

—Okey…

—Vamos para allá. Ahí conozco a mucha gente.

Aylin la siguió entre los grupos de jóvenes hasta llegar al lugar. Ashley saludó a varias personas que conocía y se acomodó junto a la pared. Aylin se quedó a su lado, observando cómo todos hablaban y reían sin saber muy bien cómo encajar entre ellos.

—Tranquila, solo relájate. Aquí nadie te va a preguntar nada —le aseguró Ashley.

Poco a poco comenzó a sentirse mareada. Las luces parecían más intensas y las voces se mezclaban unas con otras. Por momentos conseguía concentrarse en las conversaciones de los demás y dejar de pensar en lo ocurrido. No era que aquello hubiera desaparecido; simplemente su cabeza ya no tenía la misma claridad para volver una y otra vez al cementerio.

Las horas pasaron hasta acercarse a la medianoche. Ashley decidió que era hora de llevarla a casa. Aylin caminaba con dificultad y tuvo que apoyarse en ella varias veces durante el camino. Cuando llegaron, Ashley le pidió las llaves y Aylin se las entregó sin protestar.

Ashley abrió el portón y después la puerta de la casa. La acompañó hasta su habitación y la ayudó a sentarse sobre la cama. Aylin soltó una pequeña risa al recordar algo de aquella noche y, por unos momentos, parecía haberse olvidado de dónde había estado horas antes.

Ashley le quitó los zapatos y la acomodó bajo las cobijas. Aylin cerró los ojos, dejando que el cansancio terminara de apoderarse de ella. Antes de quedarse dormida, apareció nuevamente el recuerdo de su hija y aquella pequeña caja blanca. Pensó en lo mucho que habría querido regresar el tiempo, cambiar lo ocurrido y volver a tenerla entre sus brazos.

Pero no podía regresar.

El sueño terminó llevándosela poco a poco. Ashley salió de la habitación después de asegurarse de que estuviera cómoda y dejó la puerta cuidadosamente cerrada. Aylin quedó dormida, mientras afuera la noche continuaba como si nada hubiera ocurrido.

25

El día que aprendí a soltar

Hay dolores de los que uno puede huir por una noche, pero nunca para siempre.

A partir de aquel día, la vida de Aylin comenzó a cambiar poco a poco, casi sin que ella misma se diera cuenta. Los días empezaron a sentirse más pesados y las cosas que antes disfrutaba ya no tenían el mismo significado. Había momentos en los que simplemente quería quedarse en cama y dejar pasar las horas, sin pensar demasiado en lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Las noches eran todavía más difíciles. Cuando todo quedaba en silencio, los recuerdos regresaban con más fuerza y Aylin terminaba mirando el techo durante horas, intentando encontrar una forma de calmar todo lo que llevaba dentro. Algunas veces lloraba en silencio, procurando que nadie la escuchara, aunque en el fondo sabía que su madre se daba cuenta de que algo no estaba bien.

En su celular pasaba gran parte del tiempo revisando fotografías, mensajes antiguos y publicaciones relacionadas con su hija. Sabía que hacerlo podía hacerla sentir peor, pero aun así no podía evitarlo. Era como si aquellas imágenes fueran lo único que todavía podía mantenerla cerca de ella y, por más doloroso que fuera, no estaba preparada para dejarlas atrás.

Con el paso de las semanas, Aylin comenzó a alejarse cada vez más de los demás. Dejaba llamadas sin responder, tardaba en contestar mensajes y, cuando salía de casa, no tenía muchas ganas de quedarse fuera durante demasiado tiempo. Prefería regresar a su habitación y permanecer allí, donde podía estar sola con sus pensamientos sin tener que fingir que se encontraba bien.

Su madre intentaba acercarse y acompañarla, pero Aylin cada vez encontraba menos palabras para explicar lo que sentía. No sabía cómo describir aquel vacío ni cómo hacerle entender que, aunque estuviera presente, había una parte de ella que todavía seguía atrapada en todo lo que había pasado.

Con el tiempo, comenzó a acostumbrarse a vivir con aquella tristeza. No porque hubiera dejado de doler, sino porque había aprendido a esconderla mejor. Sonreía cuando era necesario, respondía que estaba bien cuando alguien preguntaba y

continuaba con sus días, aunque por dentro todavía estuviera intentando entender cómo seguir adelante.

Una tarde, mientras permanecía acostada en su cama, Aylin recibió una notificación en el grupo de la iglesia. Era un mensaje sencillo en el que avisaban que esa noche habría culto y que todos estaban invitados. Se quedó mirando la pantalla durante varios segundos, sin saber si realmente quería salir de casa o si prefería quedarse allí, como había hecho durante tantas horas.

Apagó el celular y lo dejó a un lado, pero después de unos minutos volvió a tomarlo. Leyó nuevamente el mensaje, esperando quizá encontrar alguna razón que la hiciera decidirse. Sin embargo, nada cambiaba. Seguía sintiendo el mismo cansancio y las mismas pocas ganas de enfrentarse al mundo.

Las horas pasaron lentamente hasta que, sin darse cuenta, ya faltaba poco para que comenzara el culto. Aylin permaneció unos minutos más en la cama, hasta que finalmente reunió algo de fuerza y se levantó. Abrió el clóset y tomó lo primero que encontró que fuera cómodo, sin preocuparse demasiado por cómo se veía.

Se puso una sudadera suelta, unos leggings y sus pantuflas de Winnie Pooh. No era la ropa que normalmente habría elegido para ir a la iglesia, pero aquella noche no tenía fuerzas para arreglarse ni para aparentar que todo estaba bien. Solo quería salir un rato de su habitación.

Su madre la observó desde la sala mientras se preparaba, pero no le hizo preguntas ni intentó detenerla. Desde todo lo que había ocurrido, había aprendido que presionarla solo conseguía que Aylin se cerrara todavía más. Por eso se limitó a seguirla con la mirada, preocupada, pero respetando su silencio.

Aylin tomó su celular, pidió un Uber y salió de la casa sin explicar demasiado. Durante el camino permaneció en silencio, mirando por la ventana mientras las calles pasaban frente a sus ojos. Su cuerpo estaba allí, pero su mente parecía estar muy lejos, perdida entre recuerdos que todavía no sabía cómo dejar atrás.

Cuando finalmente llegó a la iglesia, se quedó unos segundos dentro del carro antes de bajar. Respiró profundamente y miró hacia la entrada. Todo aquel lugar le resultaba familiar, pero después de todo lo que había vivido, también parecía extraño, como si hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí.

Finalmente abrió la puerta y bajó. Aylin estaba a punto de volver a un lugar donde alguna vez se había sentido en casa.

Entró lentamente a la iglesia y, apenas cruzó la puerta, el sonido de las voces, la música suave y los saludos de las personas comenzaron a rodearla. Todo le resultaba

demasiado familiar, pero al mismo tiempo sentía que ya no pertenecía a aquel lugar de la misma manera.

Caminó sin mirar a nadie y avanzó hacia el frente. Sus pasos eran lentos. Intentaba mantenerse tranquila, pero algo dentro de ella comenzaba a desbordarse.

Al llegar al frente, se detuvo. Por unos segundos permaneció inmóvil, sintiendo cómo todas las emociones que había intentado guardar durante las últimas semanas regresaban de golpe. Ya no pudo contenerlas.

Se llevó las manos al rostro y terminó cayendo de rodillas en el suelo. No lo hizo de manera consciente ni porque quisiera llamar la atención. Simplemente su cuerpo dejó de sostener todo aquello que había estado cargando durante tanto tiempo.

El llanto salió con fuerza y sin control. Era diferente a las lágrimas silenciosas que había derramado en su habitación. Esta vez no intentaba esconderse ni contenerse.

Las personas que estaban cerca dejaron de hablar y algunas se quedaron observándola en silencio. Nadie parecía saber qué hacer, hasta que la pastora se acercó rápidamente y se arrodilló a su lado.

Sin decir nada, la rodeó con sus brazos y la sostuvo con cuidado, como si entendiera que en ese momento Aylin no necesitaba preguntas ni explicaciones. Solo necesitaba sentir que alguien estaba allí.

Aylin se aferró a ella mientras continuaba llorando. Durante varios minutos no pudo pronunciar una sola palabra. Todo lo que había querido decir durante semanas seguía atorado en su pecho.

La pastora notó que Aylin seguía llorando, así que decidió no dejar que se quedara atrapada en aquel momento de dolor. Sin soltarla, comenzó a decirle algunas cosas graciosas y a hacer pequeñas bromas, aunque fuera una sonrisa entre tantas lágrimas.

—Por cierto, ¿todavía tienes aquellas pantuflas de Winnie Pooh? —preguntó de repente, mirando hacia sus pies.

Aylin levantó un poco la mirada, confundida por la pregunta. Durante unos segundos pareció no saber qué responder, hasta que bajó la vista hacia sus pantuflas.

—Sí… —respondió con la voz todavía quebrada.

La pastora soltó una pequeña risa.

—No puedo creer que hayas venido a la iglesia con esas.

—No tenía ganas de arreglarme.

—Eso ya lo noté —respondió la pastora con una sonrisa—. Pero al menos Winnie Pooh vino a culto.

Aylin soltó una risa corta, casi sin querer. Se limpió las mejillas con la manga de la sudadera y negó con la cabeza.

—Qué vergüenza.

La pastora siguió abrazándola, meciéndola suavemente entre sus brazos mientras Aylin poco a poco iba calmándose. Aquella noche solo quería que Aylin supiera que no estaba sola.

Después de unos minutos, Aylin permaneció acurrucada contra ella, con los ojos hinchados y el rostro cansado. La pastora continuó acariciándole el cabello, dejando que aquel silencio se sintiera diferente al de las últimas semanas.

El culto continuó hasta el final. Cuando la gente comenzó a levantarse para saludarse y salir del templo, el ambiente se volvió más tranquilo. Algunos se quedaron conversando cerca de la entrada mientras otros recogían sus cosas y se despedían.

La pastora miró hacia el frente y le hizo una señal al líder de jóvenes. Él se acercó despacio y se sentó en la banca cercana, dejando suficiente espacio para que Aylin no se sintiera incómoda. Cuando la mayoría de las personas ya había salido, los tres permanecieron allí unos minutos más.

Aylin tenía la mirada perdida en el suelo. Después de todo lo que había ocurrido, volver a estar rodeada de personas conocidas le había removido muchas cosas, pero también había algo diferente. Por unas horas había logrado pensar en otras cosas y hasta reírse un poco.

—Hay algo que queremos proponerte —dijo finalmente el líder de jóvenes—. No tienes que decidirlo ahora, pero queremos que lo pienses.

Aylin levantó la mirada con curiosidad.

—¿Qué cosa?

—Volver a participar poco a poco en las actividades de jóvenes. No como antes ni teniendo que hacer todo. Simplemente venir cuando tengas ganas, ayudar en alguna cosa sencilla o quedarte a conversar con nosotros después del culto.

—No sé si voy a poder hacerlo como antes —admitió.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas como antes —respondió la pastora—. Puedes empezar por algo pequeño. Incluso puedes venir, sentarte y no hacer absolutamente nada.

El líder sonrió un poco.

—Aunque si vienes a las actividades, probablemente alguien terminará obligándote a participar en algo.

Aylin soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—Eso sí me lo creo.

La pastora sonrió al verla un poco más tranquila. Después miró hacia el templo, que ya comenzaba a quedarse vacío.

—También puedes volver a danzar cuando quieras. No tienes que hacerlo mañana ni la próxima semana. Pero algún día, cuando tengas ganas, puedes volver a intentarlo.

Aylin bajó la mirada hacia sus manos. Había dejado de bailar desde hacía tanto tiempo que ya casi no recordaba cómo se sentía hacerlo sin pensar en todo lo demás.

—Extraño danzar —admitió después de unos segundos.

—Entonces quizá por ahí podamos empezar —dijo la pastora.

—Voy a intentarlo —dijo finalmente.

No era una promesa de que estaría bien. Tampoco significaba que el dolor hubiera desaparecido. Era solamente un pequeño paso, pero esa noche Aylin entendió que quizá no necesitaba tener todo resuelto para comenzar a darlo.

—Eso no significa que te vas a quedar así. Significa que ahora tienes que reconstruirte poco a poco. Y quizá algunas cosas cambien en el camino.

Aylin no respondió de inmediato. Se quedó mirando sus manos, todavía marcadas por el llanto.

—A veces siento que si vuelvo… todo me va a recordar a ella —susurró.

—Entonces no tienes que volver a todo de una vez. Puedes escoger una cosa y comenzar desde ahí.

Aylin levantó un poco la mirada.

—¿Una cosa?

—Sí. Algo que antes disfrutabas y que todavía tengas ganas de hacer, aunque sea un poquito.

Aylin permaneció pensativa. No respondió enseguida, pero la pastora pudo notar que estaba considerando la idea.

—Tenemos algo en unos meses —comentó después de un momento—. Un encuentro mixto. Y me gustaría que tú sirvieras.

—¿Yo?

—Sí. Pero no quiero que lo tomes como una obligación. Si cuando llegue el momento todavía no te sientes preparada, lo hablamos.

—Puedo intentarlo… pero necesito unos días. Solo para acomodarme un poco y ver cómo me siento.

—Está bien. Lo hablamos más adelante.

Aylin respiró despacio. Después de unos segundos, recordó algo más.

—Y si vuelvo a cantar… quiero hacerlo poco a poco.

El líder de jóvenes, que había permanecido escuchándolas, sonrió.

—Eso sí podemos organizarlo. Puedes empezar con los ensayos y ver cómo te sientes. No tienes que subirte al frente desde el primer día.

Aylin asintió lentamente. Aquella posibilidad seguía dándole miedo, pero al menos ya no parecía tan imposible como unas horas antes.

—Hay otra cosa que podríamos hacer cuando estés lista.

—¿Qué cosa?

—Tu Habitación.

La expresión de Aylin cambió casi de inmediato.

—¿Mi Habitación?

—Sí. No tienes que cambiarlo completo. Solo podríamos ordenar algunas de las cosas de tu hija y buscarles un lugar donde puedas guardarlas con calma.

—No sé si puedo hacer eso todavía…

—Entonces no lo hacemos hoy —respondió la pastora con tranquilidad—. Cuando tú sientas que puedes, lo hacemos juntas.

—Está bien… pero quiero hacerlo con alguien.

—Claro.

—¿Será que puedo ir por la ropa que dejé aquel día? —preguntó finalmente.

—Claro. Vamos por ella.

Aylin se levantó despacio de la banca. Todavía tenía muchas cosas que resolver, pero por esa noche ya había tomado algunas decisiones. No eran grandes cambios ni prometían que todo sería diferente de repente, pero al menos había comenzado a pensar en volver a hacer pequeñas cosas que alguna vez habían formado parte de su vida.

Salieron juntas hacia la casa de la pastora, que quedaba dentro del mismo corredor de la iglesia. El camino fue corto y silencioso, pero no incómodo. Era un silencio tranquilo, diferente al que Aylin había tenido en casa durante las últimas semanas.

Cuando llegaron, entraron sin prisa. Aylin siguió a la pastora por el pasillo hasta la habitación donde había guardado su ropa desde aquel día. Al llegar frente a la puerta, la pastora la abrió y se hizo a un lado para dejarla pasar primero.

—Está aquí —dijo simplemente.

Aylin entró despacio. La ropa seguía doblada en el mismo lugar donde la habían dejado.

La pastora permaneció junto a la puerta, dándole espacio. Aylin finalmente caminó hasta la silla donde estaba la bolsa y comenzó a revisar sus cosas. Algunas prendas estaban exactamente como las recordaba, mientras que otras ni siquiera recordaba haberlas dejado allí.

Tomó una de las sudaderas y la dobló con cuidado antes de guardarla. Después hizo lo mismo con el resto de la ropa, intentando concentrarse solamente en lo que estaba haciendo.

—Pensé que ya la habían guardado en otro lugar —comentó mientras cerraba la bolsa.

—La dejamos ahí porque imaginamos que volverías por ella cuando pudieras —respondió la pastora.

Aylin tomó la bolsa entre sus manos. No quería quedarse demasiado tiempo en aquella habitación, pero tampoco sentía la misma necesidad de salir corriendo que habría sentido unas semanas atrás.

Antes de salir, la pastora señaló una pequeña caja que estaba sobre un mueble.

—Eso también es tuyo. Lo dejaste junto con la ropa.

—Gracias por guardarlo todo —dijo finalmente.

—Cuando quieras venir por las demás cosas, me avisas.

Esa noche, Aylin volvió a su casa con la bolsa de ropa entre las manos. Entró en silencio, sintiendo que todo a su alrededor se movía más despacio. Su madre la observó desde la sala, pero al verla regresar tranquila prefirió no hacerle preguntas. Aylin simplemente dejó sus cosas y se dirigió a su habitación.

Al entrar, dejó la bolsa sobre una silla y permaneció de pie durante unos segundos, mirando todo a su alrededor. Nada había cambiado de lugar, pero ella ya no se sentía igual. Se sentó en la cama y dejó que el silencio llenara la habitación.

No estaba llorando ni intentando escapar de sus pensamientos. Simplemente permanecía allí, respirando con calma y dejando que el cansancio de todo el día comenzara a desaparecer.

Miró hacia el techo y cerró los ojos. El dolor seguía presente, pesado y constante, pero ya no parecía tener el mismo control sobre ella. Había algo pequeño dentro de Aylin que comenzaba a entender que no podía quedarse detenida para siempre.

Esa noche no encontró una solución para todo lo que sentía. Tampoco dejó atrás los recuerdos ni consiguió sentirse completamente bien. Simplemente decidió que, aunque algunos días fueran difíciles y pudiera volver a caer, quería intentar seguir adelante.

Se acomodó en la cama y dejó que el sueño la venciera poco a poco. Aquella noche no fue una noche de olvido, sino una noche en la que Aylin comenzó a aceptar que podía continuar viviendo sin dejar de amar ni recordar a su hija.

Pasaron algunos días desde aquella noche y, poco a poco, la idea de comenzar de nuevo dejó de parecerle tan imposible. Aylin sabía que todavía tenía mucho por ordenar, tanto fuera como dentro de ella, y finalmente entendió que ya no podía seguir posponiendo el primer paso.

Aquella mañana, la casa estaba en silencio. Su madre se a su trabajo y Aylin permanecía sola en su habitación, sentada en la cama y mirando hacia una esquina que llevaba semanas evitando. Durante varios minutos no hizo nada, simplemente observó aquel espacio mientras reunía el valor necesario para acercarse.

Finalmente tomó el celular y buscó el contacto de la pastora.

—Hola, pas… —dijo cuando contestaron.

—Hola, Aylin. ¿Cómo estás? —respondió la pastora.

—Supongo que bien.

—Está bien —dijo la pastora—. Eso ya es un paso.

Aylin guardó silencio unos segundos antes de recordar el motivo de la llamada.

—Oye… ¿será que me puedes ayudar con aquello?

—Sí, claro —respondió la pastora—. En unos minutos estoy allá.

—Está bien.

Aylin colgó y dejó el celular sobre la cama. Se quedó quieta un momento, mirando alrededor dde la habitación sin levantarse. Todo seguía exactamente como lo había dejado, y por unos segundos sintió que no estaba preparada para comenzar.

Minutos después se escuchó el portón de la casa.

Aylin se levantó y caminó hasta la entrada. Abrió y vio a la pastora afuera, con varias cajas en las manos para guardar las cosas.

—Ya estoy aquí —dijo la pastora al verla.

—Pase —respondió Aylin, haciéndose a un lado.

La pastora entró sin prisa. Aylin cerró el portón y la guio hacia la habitación en silencio.

La habitación estaba igual desde la última vez. Todo seguía en su lugar, pero había una parte que parecía no pertenecer al presente. Las cosas permanecían donde habían sido colocadas, como si el tiempo se hubiera detenido justo allí.

—¿Empezamos? —preguntó después de unos segundos.

Aylin se quedó mirando la esquina.

—Sí… empecemos.

—Lo hacemos juntas.

Se acercaron poco a poco a la esquina de la habitación. Aylin fue la primera en agacharse mientras la pastora abría una de las cajas y la colocaba a su lado. Por unos segundos ninguna de las dos dijo nada. El silencio se sentía diferente allí dentro, más pesado que en el resto de la casa.

Aylin extendió la mano hacia el primer objeto, pero se detuvo antes de tocarlo. Respiró despacio y finalmente lo tomó con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper algo más que aquel objeto. Lo acomodó dentro de la caja y se quedó mirando unos segundos antes de continuar.

La pastora tomó otra de las cosas y la colocó junto a las demás. No intentaba apresurarla ni hacer comentarios sobre cada objeto. Simplemente permanecía a su lado, dejando que Aylin decidiera cuándo estaba lista para continuar.

Poco a poco fueron avanzando. Algunas cosas las guardaban dobladas, otras las acomodaban con cuidado para que no se dañaran. De vez en cuando Aylin se detenía unos segundos y continuaba. No todo podía guardarse con la misma facilidad, pero poco a poco la caja comenzó a llenarse.

El tiempo pasó sin que ninguna de las dos se diera cuenta. La habitación permanecía tranquila mientras ellas seguían ordenando cada cosa.

Cuando finalmente terminaron, Aylin cerró la caja con ambas manos y permaneció agachada unos segundos. La pastora la ayudó a moverla hacia un lado, dejando el espacio un poco más despejado.

Seguían quedando algunas cosas, pero ya no estaban amontonadas como antes. El lugar se sentía diferente, aunque no vacío. Los recuerdos seguían allí, solo que ahora estaban guardados de una manera distinta.

La pastora caminó hasta la ventana y la abrió para dejar entrar un poco de aire fresco. La cortina se movió suavemente con el viento.

—Va a quedar el olor por un tiempo —dijo la pastora mientras sacaba un pequeño frasco de su bolso.

Comenzó a rociar el perfume suavemente por la habitación pasando de un lado a otro sin apresurarse. El aroma se fue mezclando poco a poco con el que todavía permanecía en el ambiente, haciendo que el espacio comenzara a sentirse diferente.

Aylin la observó con cierta curiosidad.

—¿Qué haces?

—Intentando cambiar un poquito el ambiente —respondió la pastora mientras rociaba otra vez cerca de la ventana—. Este olor ya tiene demasiados recuerdos pegados.

Aylin bajó la mirada hacia la caja que habían cerrado minutos antes. Permaneció unos segundos en silencio, sin saber si quería seguir mirándola o alejarse de ella.

—¿Y ahora qué hago con esto?

La pastora dejó el frasco sobre una mesa y se acercó a la caja.

—Por ahora, nada. Ya hiciste suficiente por hoy.

Aylin pasó lentamente los dedos por la tapa antes de apartar la mano.

—¿No debería guardarlo en otro lugar?

—Cuando estés preparada, decidimos dónde.

A partir de ese día, Aylin comenzó a aprender, poco a poco, a seguir adelante haciendo cosas sencillas. Había perdido a Samuel y a su hija, y sabía que ese dolor siempre formaría parte de su historia, pero también entendió que no podía quedarse aferrada a él para siempre. Quería pensar que ahora ellos estaban cuidándola desde el cielo, en un lugar mejor, y que a ella todavía le quedaba mucho por vivir.

Empezó con pequeños pasos. Primero regresó a los cultos y se quedó hasta el final, incluso en aquellos días en los que escuchar ciertas canciones todavía le removía demasiadas emociones. Después volvió a sentarse en las bancas del frente y, poco a poco, comenzó a quedarse conversando con los demás cuando terminaba el servicio.

Hubo días en los que no podía con nada y prefería quedarse en casa. Algunas mañanas todavía despertaba con esa sensación de vacío y había momentos en los que los recuerdos regresaban con fuerza. Sin embargo, ya no desaparecía por completo. Cuando necesitaba apartarse, se permitía hacerlo y después intentaba regresar a sus actividades.

Con el paso de las semanas, comenzó a recuperar algunas de las cosas que había dejado atrás. Volvió a escuchar música, a practicar algunos pasos de danza en su habitación y a interesarse nuevamente por pequeños proyectos que antes le emocionaban. No todo era igual que antes, pero poco a poco empezó a descubrir que todavía había cosas que podían hacerla sonreír.

El tiempo pasó sin que se diera cuenta. Un día, mientras estaba en casa, recibió una llamada del líder de jóvenes.

—Aylin, queríamos hablar contigo de algo.

Ella se acomodó en la cama.

—¿Qué pasó?

—Queremos que vuelvas a servir con nosotros. En alabanza.

Aylin guardó silencio por un momento. La idea le provocó nervios, pero también una sensación que hacía mucho no experimentaba.

—¿Están seguros?

—Sí. Pero esta vez queremos que sea a tu manera. Puedes comenzar poco a poco, sin presionarte.

—Puedo intentarlo… pero despacio.

—Así debe ser —respondió él.

Después de terminar la llamada, Aylin se quedó unos segundos mirando su celular. No sabía exactamente qué iba a sentir cuando volviera a estar frente a todos, pero la idea no le parecía imposible.

Había pasado mucho tiempo intentando sobrevivir a cada día. Ahora quería comenzar a descubrir qué podía hacer con los días que todavía tenía por delante.

Las semanas siguientes, Aylin volvió poco a poco a los ensayos. Al principio su voz temblaba y había canciones que no conseguía terminar sin detenerse unos segundos para respirar. A veces sentía que la garganta se le cerraba y tenía que apartarse un momento, pero nadie la presionaba. Los demás simplemente continuaban a su lado y le daban el tiempo que necesitaba.

Con cada ensayo comenzó a sentirse un poco más cómoda. No todos los días eran buenos, pero había momentos en los que podía cantar sin que los recuerdos pesaran tanto. Poco a poco, la música volvió a convertirse en algo que disfrutaba y no solamente en algo que le recordaba todo lo que había perdido.

Hasta que llegó el día en que volvería a subir al altar. No lo hizo porque alguien se lo hubiera pedido ni porque sintiera que debía demostrar que estaba bien. Simplemente había llegado un momento en el que sentía que podía intentarlo.

Esa tarde se arregló con tranquilidad en su habitación. Revisó el grupo de la alabanza y encontró un mensaje en el que recordaban que todos debían vestir de rojo para el culto. Abrió el clóset y comenzó a buscar algo que realmente quisiera ponerse.

Después de varios minutos sacó un vestido rojo que casi nunca utilizaba. Lo acompañó con unos tennis blancos y tomó un suéter blanco para llevarlo consigo cuando saliera por la noche. Se quedó mirando la ropa sobre la cama durante unos segundos antes de sonreír ligeramente.

No era una sonrisa enorme ni significaba que todo estuviera bien. Era simplemente la expresión de alguien que, después de mucho tiempo, comenzaba a reconocerse nuevamente.

Cuando llegó a la iglesia, varios de los muchachos ya estaban preparando los instrumentos y acomodando los cables para el ensayo. Apenas cruzó la entrada, algunas miradas se dirigieron hacia ella.

—¡Por fin llegó la desaparecida! —gritó uno de los muchachos desde el altar.

Aylin se quedó quieta por un segundo y luego soltó una pequeña risa.

—Ya hacía falta que alguien me reclamara —respondió mientras caminaba hacia ellos.

Algunos comenzaron a bromear con ella como lo hacían antes. Aylin los escuchó sonriendo, sintiendo que aquel lugar ya no se sentía tan extraño.

Tal vez todavía no estaba completamente lista para volver a ser la misma de antes, pero tampoco tenía que serlo. Esa tarde solo quería cantar, disfrutar un poco y recordar cómo se sentía estar allí sin miedo.

—¿Lista? —preguntó la pianista.

—Creo que sí… —respondió Aylin mientras dejaba sus cosas sobre una silla.

La pianista miró la ropa que llevaba en la mano y luego volvió a verla a ella.

—Te ves súper con ese vestido

—Gracias, aunque creo que hoy me voy a ver como niña fresita.

La pianista soltó una carcajada. Aquel apodo se lo había puesto desde hacía tiempo, porque antes de cada culto Aylin siempre llegaba con un termo rosado lleno de batido de fresa. Era una de esas pequeñas costumbres que habían terminado convirtiéndose en una broma entre ellas.

—Es que sí pareces —dijo entre risas—. Solo te falta el termo.

—Cállate —respondió Aylin, riéndose.

La pianista negó con la cabeza y tomó nuevamente su lugar frente al instrumento.

—Bueno, ya. Ensayemos porque no tenemos mucho tiempo.

Los músicos comenzaron a practicar las canciones que habían preparado para esa noche. Todo transcurrió con tranquilidad, corrigiendo tonos, entradas y tiempos sin apresurarla. Aylin tuvo algunos momentos en los que se quedaba callada y parecía perderse en sus pensamientos, pero nadie la presionó para reaccionar.

Poco a poco, comenzó a recordar las canciones, las señales y la manera en que acostumbraba moverse durante los ensayos. Había cosas que su cuerpo todavía recordaba aunque su mente se sintiera diferente. Y, por unos momentos, volvió a sentirse parte de aquel grupo que había extrañado más de lo que quería admitir.

Cuando faltaban pocos minutos para que comenzara el culto, Aylin miró la hora y tomó un tiempo para ir hacia el baño.

Frente al espejo, terminó de acomodarse el cabello y retocó un poco su maquillaje. Se quedó quieta unos segundos observando su reflejo. Seguía sintiéndose diferente, pero al menos ya no tenía las mismas ganas de salir corriendo que había sentido al llegar.

Respiró hondo, tomó sus cosas y salió del baño.

La pastora estaba esperándola afuera, apoyada cerca de la pared. Al verla salir, levantó la mirada y sonrió.

—Mira nada más… —dijo, observándola de arriba abajo—. Definitivamente sí hacía falta que regresaras.

Aylin sonrió ligeramente y bajó la mirada, intentando ocultar la emoción que comenzaba a aparecer en sus ojos.

—Todavía me siento rara.

—Es normal —respondió la pastora—. Pero ya estás aquí.

—Más bien, ya me están esperando. Tengo que ponerme los audífonos y preparar todo eso. Bye.

—Adiós, niña —respondió la pastora con una sonrisa.

Aylin salió caminando rápido de regreso al templo. Apenas tuvo tiempo de acomodarse antes de volver con los demás, que ya estaban terminando de prepararse para comenzar el culto.

Una vez en su lugar, terminó de arreglarse mientras bromeaba con uno de los muchachos de la alabanza. El ambiente se sentía ligero y familiar, como si durante unos minutos hubiera regresado a una rutina que conocía de memoria. Desde abajo, el pastor de jóvenes comenzó a hacerle señas al ver que el templo ya estaba lleno y que era momento de empezar.

Aylin tomó el micrófono y, casi sin darse cuenta, comenzó a cantar. Desde la primera canción volvió a entregarse por completo. Animaba a las personas, cantaba con fuerza, sonreía y se movía por el altar con una energía que parecía haber estado guardada durante meses.

En medio de una de las alabanzas más movidas, bajó del altar junto con algunas de las muchachas y comenzó a danzar entre las filas. Poco a poco, varias personas que permanecían sentadas se fueron acercando al frente. La iglesia se llenó de palmas,

voces y movimiento, mientras Aylin disfrutaba cada segundo sin pensar demasiado en lo que ocurría fuera de aquel momento.

A veces cerraba los ojos mientras cantaba y otras veces buscaba con una sonrisa a las personas que seguían atrás. Los muchachos de la alabanza no podían evitar mirarla entre risas. Hacía mucho tiempo que no la veían desenvolverse de aquella manera y, aunque sabían que todavía estaba atravesando momentos difíciles, aquella noche parecía haber encontrado un pequeño espacio para respirar.

La pianista también la observaba de reojo mientras tocaba. Había algo distinto en Aylin, pero no era exactamente que hubiera vuelto a ser la misma. Era más bien como si estuviera descubriendo nuevamente una parte de sí misma que había permanecido escondida durante tanto tiempo.

Cuando llegó la última canción, prácticamente toda la iglesia estaba de pie. Algunas personas aplaudían, otras seguían danzando y varias jóvenes rodeaban el altar mientras cantaban junto a ella. Al terminar, los músicos comenzaron a bajar poco a poco mientras el ambiente seguía lleno de energía.

Aylin se quitó uno de los audífonos y soltó una risa cansada mientras intentaba acomodarse el cabello, que ya estaba completamente desordenado. Estaba agitada y tenía calor, pero no podía dejar de sonreír.

Los muchachos comenzaron a molestarla apenas llegó a las primeras bancas. Hacía mucho que no la veían con aquella energía y no desaprovecharon la oportunidad para hacer bromas sobre su regreso. Aylin respondió entre risas, abanicándose con una mano mientras intentaba recuperar el aire.

La pianista se sentó a su lado y la observó durante unos segundos. Aylin seguía riéndose con los demás, pero en su rostro había algo que no habían visto en mucho tiempo. No era simplemente alegría. Era la sensación de estar presente, de disfrutar nuevamente un momento sin sentirse obligada a fingir.

Después de unos minutos, todos volvieron a acomodarse para continuar con el culto. Los músicos terminaron de guardar algunas cosas y el pastor principal subió nuevamente al altar junto con la pastora.

Aylin se sentó junto a las demás muchachas de la alabanza, todavía intentando recuperar el aire. El resto del culto continuó con oración, anuncios y algunas palabras de bienvenida para las personas que habían llegado por primera vez.

En un momento, el pastor principal tomó nuevamente el micrófono. La iglesia comenzó a guardar silencio mientras él anunciaba algo antes de continuar con el servicio.

La pastora miró hacia donde estaba Aylin y le hizo una pequeña señal para que se acercara. Aylin levantó la cabeza con sorpresa y miró a la pianista, quien inmediatamente comenzó a sonreír al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Aylin se levantó con cierta nerviosidad y caminó hacia el altar. Cuando llegó, la pastora tomó una de sus manos y permaneció a su lado mientras el pastor hablaba frente a toda la congregación.

No hicieron falta demasiadas palabras. Todos conocían parte de lo que Aylin había vivido durante semanas y entendían lo importante que era verla nuevamente allí. El pastor habló sobre regresar después de los momentos difíciles, sobre volver a servir y sobre tener el valor de comenzar otra vez.

Cuando la pastora le dio oficialmente la bienvenida nuevamente al servicio y a la alabanza, los aplausos comenzaron a escucharse por todo el templo. Poco a poco se unieron más personas hasta que prácticamente toda la iglesia estaba celebrando aquel momento.

Cuando el culto terminó, varias personas se acercaron a saludarla. Algunos la abrazaron, otros le dijeron cuánto les alegraba verla nuevamente en el altar y otros simplemente le regalaron una sonrisa al pasar. Aylin todavía se sentía un poco avergonzada por toda la atención, pero también estaba tranquila.

Afuera de la iglesia, los jóvenes continuaban conversando mientras los músicos guardaban cables e instrumentos. El ambiente seguía lleno de movimiento y risas, muy diferente a la soledad con la que Aylin había pasado tantas semanas.

Mientras terminaba de ponerse el suéter blanco, levantó la mirada y vio a los pastores acercándose hacia ella. Esta vez no sintió miedo de lo que pudieran decirle. Simplemente se quedó allí, esperando, con una pequeña sonrisa que todavía no terminaba de desaparecer.

—Lo hiciste muy bien hoy —dijo el pastor con una sonrisa.

—Demasiado bien —agregó la pastora—. Creo que hasta nos cansaste a todos.

Aylin soltó una pequeña risa mientras acomodaba algunas de sus cosas.

—Ni yo sé de dónde saqué energía.

La pastora abrió los brazos y la abrazó con cariño. Aylin correspondió al abrazo sin decir nada. Después, el pastor se acercó y también la abrazó, haciendo que por unos segundos los tres permanecieran juntos.

—Gracias por volver —le dijo la pastora con suavidad.

—Gracias a ustedes por recibirme otra vez.

—Ahora sí… pregunta seria.

—¿Qué?

—¿Ya estás preparada para ir al encuentro a servir?

—Sí… creo que quiero ir.

—Entonces prepárate, porque tenemos muchísimo que organizar.

—Ay, no… ya empezó el estrés.

Los tres soltaron una pequeña risa.

—Bienvenida otra vez al ministerio —dijo el pastor.

Desde ese día, Aylin comenzó a retomar su rutina poco a poco. Volvió a los ensayos, a ayudar en la iglesia y a pasar tiempo con las personas de siempre. Todavía había días difíciles, momentos en los que el recuerdo de su hija aparecía con más fuerza y le costaba concentrarse en cualquier otra cosa, pero ya no se quedaba encerrada durante horas como antes.

A veces también iba al cementerio a visitarla. Le llevaba flores, limpiaba un poco alrededor de la pequeña bóveda y se sentaba frente a ella durante un rato.

El dolor seguía presente, aunque había cambiado de forma. Ya no llegaba siempre acompañado de lágrimas. Algunos días simplemente aparecía como un vacío silencioso que Aylin aprendía a reconocer

Una tarde, mientras acomodaba unas flores blancas frente a la pequeña bóveda, el celular de Aylin comenzó a sonar. Lo sacó de su bolso y miró la pantalla antes de contestar.

—Hola, Aylin.

—Hola, pas. ¿Cómo está?

—Bien, ¿y tú?

—Bien.

—Oye, ¿será que puedes llegar a la iglesia? Necesitamos organizar varias cosas y ocupo tu ayuda.

—Sí, claro. Ya voy para allá.

—Perfecto, aquí te espero.

Aylin guardó el celular y volvió a mirar las flores que tenía entre las manos. Permaneció unos segundos en silencio, acomodando con cuidado cada una antes de dejarlas en su lugar. Luego tomó su bolso y se levantó.

Antes de irse, miró una última vez hacia la pequeña bóveda.

Después salió del cementerio y tomó camino hacia la iglesia.

Cuando llegó, el lugar estaba más silencioso de lo normal. Apenas se escuchaban algunas voces lejanas y el sonido de unas sillas moviéndose dentro del templo principal. Aylin caminó por el pasillo mientras reconocía cada rincón que durante tanto tiempo había formado parte de su rutina.

La oficina pastoral estaba medio abierta. Aylin se acercó y asomó la cabeza.

—¿Pas? ¿Está ahí?

Desde el interior se escuchó movimiento, la pastora apareció con varias hojas en las manos.

—Justo estaba esperando que llegaras.

—¿Qué hay que hacer?

La pastora levantó las hojas y señaló hacia una mesa llena de diferentes materiales.

—Tenemos bastante trabajo. Y antes de que preguntes, sí, te traje porque necesito ayuda de verdad.

—Bueno, entonces dígame qué hago.

La pastora comenzó a explicarle todo con calma. Le mostró las hojas donde habían organizado los grupos y le fue contando quiénes estarían encargados de la cocina, la seguridad, las dinámicas y la alabanza.

—Va a durar dos días completos —explicó mientras revisaba una de las hojas—. Así que todos los servidores se van a quedar en las cabañas también.

—¿También yo?

—Claro. Tú vas como parte del equipo de servicio.

La pastora continuó explicándole los horarios, las vigilias, las ministraciones y los momentos de descanso. Aylin escuchaba con atención mientras intentaba imaginarse cómo serían aquellos dos días.

—También hay varias chicas nuevas y queremos que estés pendiente de ellas. Tú conectas fácil con las personas.

Aylin soltó una pequeña risa.

—No sé cómo tomar eso.

—Como un cumplido —respondió la pastora, riéndose.

Después tomó otra hoja y se la pasó.

—Y sí, también vas a cantar.

—¿Todo eso y aparte cantar?

—Sí. Así que ve preparándote desde ya, porque probablemente casi no vamos a dormir.

—Qué bonito… justo lo que quería escuchar.

La pastora comenzó a reírse también y continuó organizando los papeles sobre la mesa. Aylin la ayudó a separar algunas hojas mientras revisaba las actividades que tendría que realizar.

Hacía unas semanas, la idea de volver a involucrarse en algo así le habría parecido imposible. Ahora, aunque todavía tenía momentos difíciles, comenzaba a encontrar pequeños espacios donde podía concentrarse en otras cosas.

—Ah, y otra cosa —dijo la pastora mientras acomodaba unas carpetas—. Un día antes del encuentro vamos a ir las dos a decorar para dejar todo listo.

—¿También?

—También.

—Ah, no. Entonces estos días voy a dormir todo el día para agarrar fuerzas.

—Pues aprovecha, porque después no vas a tener mucho tiempo para dormir.

—Ya me arrepentí de haber dicho que sí.

—Demasiado tarde.

La pastora sacó varias hojas desordenadas de una carpeta enorme y las dejó frente a Aylin. Algunas estaban dobladas, otras tenían anotaciones por todas partes y unas cuantas parecían haber sido impresas hacía semanas.

—Mire, mientras yo hago las cuentas, tú organiza los grupos por edades. En cada grupo coloca el nombre completo, la edad y si ya pagaron o no.

Aylin miró la montaña de papeles que tenía delante y luego levantó la vista hacia la pastora.

—¿Todo esto?

—Sí —respondió con total tranquilidad—. Está completamente desordenado.

Aylin tomó una de las hojas y comenzó a revisarla, intentando entender cómo habían terminado juntando tantos papeles.

—¿Y tú pensabas hacer esto sola?

—Pues pensaba obligarte a ayudarme tarde o temprano.

—Qué considerada.

—Bueno, empieza a trabajar ya.

Aylin acomodó las hojas sobre la mesa y comenzó a separar los nombres. Primero hizo pequeños montones según las edades y después empezó a revisar quiénes ya habían pagado y quiénes todavía estaban pendientes.

Al principio todo parecía un poco confuso, pero después de unos minutos comenzó a encontrarle sentido. Cada vez que terminaba un grupo, lo anotaba cuidadosamente en una hoja aparte para evitar volver a mezclar los documentos.

De vez en cuando, la pastora le preguntaba algún dato o le pasaba otra hoja que había encontrado debajo de la carpeta. Aylin se quejaba entre risas por la cantidad de trabajo que le había tocado, pero continuaba ayudándola.

Por un momento, se olvidó de mirar el celular y de pensar en todo lo que había dejado atrás. Estaba concentrada en algo tan sencillo como ordenar nombres y números.

La pastora recordó algo y miró hacia el escritorio. Había dejado la calculadora en una de las aulas y necesitaba ir por ella antes de continuar con las cuentas del encuentro.

Se levantó de la silla y salió de la oficina, dejando a Aylin encargada de revisar las listas.

Aylin continuó escribiendo durante unos minutos, concentrada en las hojas que tenía frente a ella. Poco a poco se fue acostumbrando al silencio de la oficina, hasta que el celular de la pastora comenzó a vibrar sobre el escritorio.

Al principio decidió ignorarlo. Pensó que probablemente sería algún mensaje relacionado con la iglesia y no quería interrumpir lo que estaba haciendo. Sin embargo, el celular volvió a vibrar unos segundos después y, poco más tarde, nuevamente.

Aylin levantó la mirada hacia el celular. La curiosidad terminó ganándole y dejó el lapicero sobre la mesa. Lo tomó distraídamente y desbloqueó la pantalla, sin imaginar que encontraría algo que cambiaría por completo su estado de ánimo.

Entre las notificaciones aparecían mensajes de Ángel y Santiago. Ambos habían escrito preguntando por ella y por cómo se encontraba después de regresar a la iglesia.

Aylin abrió la conversación y comenzó a leer. Al principio solo sintió curiosidad, pero conforme avanzaba por los mensajes, su expresión fue cambiando.

La pastora les había contado que Aylin estaba regresando poco a poco, que había vuelto a cantar y que se estaba integrando nuevamente a las actividades. También les había dicho que parecía estar mejor y que había aceptado participar en el encuentro que estaban preparando.

Aylin sintió que el enojo comenzaba a crecer dentro de ella. No era porque aquellas personas se preocuparan por ella, sino porque la información que estaba leyendo no era algo que hubiera querido que la pastora compartiera.

Sintió una mezcla de molestia y decepción. Después de todo lo que habían hablado, esperaba que algunas cosas permanecieran entre ellas. Cerró la conversación rápidamente y dejó el celular sobre el escritorio con más fuerza de la necesaria.

Se quedó mirando las hojas frente a ella, pero ya no podía concentrarse. El enojo le había quitado por completo las ganas de continuar con todo.

Unos minutos después, escuchó pasos acercándose por el pasillo. La pastora apareció nuevamente en la puerta con la calculadora en la mano y se dirigió hacia el escritorio sin notar todavía el cambio en la expresión de Aylin.

—Listo, ya la encontré —dijo la pastora al entrar nuevamente a la oficina.

Pero apenas levantó la mirada, notó la expresión de Aylin, con el celular en la mano y el rostro serio.

—¿Qué pasó? —preguntó la pastora, dejando lo que llevaba sobre la mesa.

Aylin se levantó lentamente de la silla y dejó el celular sobre el escritorio.

—¿Es en serio?

—¿Qué cosa?

—Los mensajes.

La pastora miró el celular y después volvió a mirar a Aylin. En ese instante comprendió de qué estaba hablando.

—Aylin…

—No. Explícame cómo terminaste contándoles mi vida a ellos.

—Ellos solo preguntaron cómo estabas.

—¿Y eso te daba derecho a responderles?

—No fue así como quise que terminara.

—Pero terminó así —respondió Aylin, conteniendo la rabia—. Les contaste cosas mías sin preguntarme.

La pastora intentó acercarse un poco, pero Aylin dio un paso hacia atrás.

—Yo fui demasiado clara con ellos. No quería que me buscaran. No quería saber nada de ellos.

—Aylin, escúchame…

—No, porque siempre es lo mismo. Todos deciden qué hacer conmigo como si yo no pudiera decidir nada.

—No les conté para hacerte daño —dijo finalmente—. Pensé que quizá estaban preocupados por ti y que saber que estabas bien podía tranquilizarlos.

—Pero yo no quería que supieran nada.

—Lo sé.

—Entonces debiste respetarlo.

—Tienes razón —admitió después de unos segundos—. Debí preguntarte antes.

Aylin se quedó callada. No esperaba escuchar aquella respuesta tan rápido.

—No necesito que decidas por mí —dijo finalmente, con la voz más baja—. Si quiero hablar con alguien, yo misma lo voy a hacer.

—Lo entiendo.

Aylin agarró su bolso de la silla y comenzó a guardar las hojas rápidamente, doblándolas sin mucho cuidado y metiéndolas dentro una por una. La pastora la observaba desde el otro lado del escritorio, esperando que se calmara un poco.

—Ven, sentémonos a hablar tranquilas.

—No quiero hablar.

—No te vayas así.

—Entonces no hubieras hecho esto.

Sin esperar otra respuesta, salió de la oficina y dejó a la pastora sola entre carpetas, listas desordenadas y el celular todavía encendido sobre el escritorio.

Aylin caminó rápidamente por el corredor de la iglesia, intentando alejarse de la oficina. Sin embargo, al llegar a las barandas del pasillo se detuvo. No quería irse todavía, pero tampoco estaba preparada para regresar y seguir hablando.

Se quedó allí, respirando profundamente mientras trataba de controlar la rabia que sentía en el pecho. Abajo, el templo estaba casi vacío y algunas de las luces comenzaban a apagarse poco a poco.

Unos pasos se escucharon detrás de ella.

—Aylin…

La pastora se acercó despacio y se quedó a cierta distancia, sin intentar tocarla ni obligarla a darse la vuelta.

—Perdón, ¿sí? No lo vuelvo a hacer.

—Entonces explícame.

La pastora respiró hondo antes de responder. Sabía que, si quería que Aylin entendiera, tendría que contarle exactamente qué había pasado.

—Hace unos días, mientras iba en el carro, me los encontré a los dos tomando en la calle.

Le explicó que, cuando había encontrado a Ángel y a Santiago aquella vez, ambos estaban atravesando momentos bastante complicados. No habían intentado aparentar que todo estaba bien. Al contrario, se habían mostrado completamente destruidos por las consecuencias de sus propias decisiones.

Ángel le había contado que perder a Aylin no había sido lo único que terminó afectándolo. Después de todo lo ocurrido, también había comenzado a perder poco a

poco a su familia. Las personas que alguna vez estuvieron cerca de él se habían alejado y, cuando quiso darse cuenta, prácticamente no tenía a quién acudir.

Con el tiempo, aquella situación terminó llevándolo a una depresión cada vez más profunda. Dejó de cuidarse, se alejó de las personas y comenzó a pasar demasiado tiempo en la calle. Su vida había terminado convirtiéndose en algo que ni él mismo reconocía.

Santiago tampoco había quedado fuera de las consecuencias. Según lo que le había contado a la pastora, después de todo lo sucedido también terminó perdiendo muchas cosas importantes. Se había alejado de personas que quería, había tomado malas decisiones y terminó viviendo una etapa en la que prácticamente estaba arruinando su propia vida.

La pastora le explicó que ambos reconocían que muchas de esas consecuencias habían comenzado con las decisiones que tomaron tiempo atrás. No estaban intentando justificarse ni hacer como si nada hubiera ocurrido. Por el contrario, ahora podían ver con claridad cosas que antes se negaban a reconocer.

La pastora también le contó que Ángel había preguntado varias veces por ella. No solo quería saber cómo estaba, sino que había hablado de todo lo que había perdido desde que Aylin salió de su vida. Para él, aquella pérdida había sido una de las cosas que más lo había obligado a enfrentarse consigo mismo.

—Ellos saben que cometieron errores. Y aunque pedir perdón no cambia nada… sí se nota que cargan culpa encima.

—La culpa no me devuelve a mi hija.

—Lo sé. Y tampoco te estoy diciendo que tengas que perdonarlos hoy.

—Solo me molesta que todos quieran arreglar las cosas ahora… cuando ya pasó todo.

—Porque a veces la gente entiende tarde lo que perdió —respondió la pastora con suavidad.

—Cuando hablé con ellos, no fue para hacerte daño —continuó la pastora—. Solo me alegraba poder decirles que estabas levantándote otra vez.

—¿Sabes qué? Ya no quiero escuchar más de ellos. Mejor sigamos con lo que estábamos, porque sinceramente no me siento bien.

—Está bien. Dejemos ese tema aquí.

—Otra cosa —dijo la pastora —. Ellos también van a ir al encuentro, así que por aquello prefiero que dejemos ese tema hasta aquí. No voy a discutirlo más contigo.

Aylin soltó el aire lentamente. Todavía estaba un poco molesta, pero sabía que seguir con la discusión no iba a cambiar nada.

—Ah, bueno. Gracias —dijo mientras caminaba detrás de ella.

La pastora volvió hacia la mesa donde habían dejado las listas y tomó nuevamente los papeles. Aylin regresó a su lugar unos segundos después, todavía con aquella molestia rondándole por dentro, aunque decidió no darle más importancia.

No quería arruinar el ambiente ni terminar discutiendo otra vez. Además, todavía tenían bastante trabajo por delante y prefería concentrarse en eso.

Ambas retomaron lo que estaban haciendo. La pastora continuó revisando las listas mientras Aylin escribía algunos nombres y organizaba las edades de los jóvenes que asistirían al encuentro.

De vez en cuando intercambiaban algún comentario sobre la organización, los grupos y las cosas que todavía faltaban por preparar.

La semana pasó más rápido de lo que Aylin había imaginado. Entre reuniones, listas, llamadas de última hora y los preparativos del encuentro, apenas tuvo tiempo para detenerse a pensar demasiado. Poco a poco, sus días habían comenzado a llenarse nuevamente de pequeñas cosas.

Hata que finalmente llegó el viernes, el día anterior al encuentro. Aylin había pasado toda la tarde ayudando en la casa cuando su celular comenzó a sonar. Al ver que era la pastora, contestó sin imaginar que aquella llamada venía con una tarea pendiente.

—¿Ya estás lista?

—¿Lista para qué?

—No me digas que se te olvidó otra vez.

Aylin se quedó quieta, intentando recordar todo lo que habían organizado durante la semana. De pronto abrió los ojos al darse cuenta.

—Ay, no…

—Sí. Hoy decoramos.

Aylin miró hacia la ropa que llevaba puesta y luego alrededor de la casa, como si todavía pudiera encontrar una excusa para no ir.

—Dame diez minutos.

—Te doy quince porque te conozco.

—Está bien, pero si llego tarde es culpa tuya por avisarme hasta ahora.

—Claro, claro. Ahora apúrate.

Aylin terminó de arreglarse lo más rápido que pudo y salió de la casa con su bolso pequeña en la que llevaba agua, algunos snacks y una chaqueta por si hacía frío durante la noche.

La pastora ya la estaba esperando afuera cuando el carro llegó. Aylin se acercó rápidamente, acomodó su bolso y subió.

—Sabía que ibas a llegar corriendo.

—Llegué, que es lo importante.

—Eso te lo acepto.

El camino hasta el lugar fue tranquilo. Después de varios minutos llegaron a una finca que una familia cristiana alquilaba para realizar retiros y campamentos.

Cuando bajaron del carro, ya estaba oscureciendo. La entrada tenía un portón grande de madera y un camino de piedra que atravesaba varios árboles altos. Más adelante se alcanzaba a ver una casa amplia, varias zonas verdes y algunos salones donde se realizarían las diferentes actividades.

—Está bonito —dijo Aylin mientras bajaba del carro.

—Por eso lo escogimos. Por aquel lado están las cabañas. Ahí vamos a dividir los grupos por edades y, claramente, por hombres y mujeres.

—Por Dios… es casi igual al lugar donde hicieron el encuentro pasado.

—Sí, aunque este tiene un poco más de espacio.

Aylin acomodó el bolso sobre su hombro y miró nuevamente hacia la entrada de la finca. Había varias personas llegando con maletas, cajas y bolsas llenas de

materiales. Algunos jóvenes corrían de un lado a otro mientras otros ayudaban a organizar las habitaciones.

—Parece que ya empezó el movimiento.

—Y apenas estamos llegando —respondió la pastora—. Así que dejemos de hablar porque entre más tardemos, más cosas nos van a tocar después.

—Está bien. Me iré a cambiar para empezar.

—Yo también. Después nos vemos en el salón principal.

A diferencia de ellas dos, los hombres ya habían ido durante la semana para instalar el sonido, las luces, las pantallas y todo lo relacionado con la parte técnica. Cuando Aylin salió de cambiarse, prácticamente todo eso ya estaba listo y funcionando.

Aquella noche, sin embargo, solo quedaban dos personas trabajando. Aylin y la pastora todavía tenían bastante por hacer antes de que todo estuviera preparado para el encuentro.

El salón principal estaba completamente vacío. Las sillas ya estaban acomodadas, pero las paredes y el escenario todavía se veían sencillos, sin ninguna decoración. A un lado había varias cajas llenas de telas, globos, carteles, cintas, flores artificiales y diferentes materiales que tendrían que colocar durante las siguientes horas.

—Bueno —dijo la pastora mientras abría una de las cajas—. Si terminamos antes de las tres de la mañana, lo consideraré un milagro.

—Qué motivadora eres.

—Estoy siendo realista.

Aylin soltó una pequeña risa y comenzó a sacar varias telas de la caja. Algunas estaban dobladas, mientras otras habían quedado hechas un desastre después de tantos días guardadas.

Las horas fueron pasando entre escaleras, mesas movidas de un lado a otro y decoraciones que parecían multiplicarse cada vez que terminaban una parte. A veces trabajaban en silencio, concentradas en lo que estaban haciendo, y otras hablaban de cualquier cosa para mantenerse despiertas.

La una de la mañana llegó sin que ninguna de las dos se diera cuenta. Afuera, estaba completamente tranquila, mientras dentro del salón todavía se escuchaban pasos, cajas moviéndose y el sonido de las luces al probarlas.

Después de varias horas de trabajo, el salón principal comenzaba a verse muy diferente. Las telas cubrían las paredes, las luces ya estaban colocadas y gran parte de la decoración ocupaba su lugar. Aun así, todavía quedaban detalles por terminar y varias cajas permanecían abiertas en el suelo.

Aylin estaba subida en una escalera acomodando una hilera de luces cuando escuchó a la pastora hablar desde el otro lado del salón.

—Te puedo hacer una pregunta —dijo la pastora después de unos segundos.

Aylin siguió trabajando antes de responder.

—Eso nunca termina bien.

—No seas dramática.

—Depende de la pregunta.

La pastora sonrió y terminó de acomodar una de las flores.

—¿Todavía estás enojada con Ángel y Santiago?

Las manos de Aylin se detuvieron por un instante. La pregunta había llegado de la nada y, aunque no quería admitirlo, todavía era un tema que le provocaba algo.

—¿En serio vamos a hablar de eso a esta hora?

—Solo pregunté.

—No sé.

—Eso significa que ya no tanto.

—No. Significa que no sé.

La pastora soltó una pequeña risa.

—Te conozco demasiado.

Aylin tomó una cinta decorativa y comenzó a colocarla sobre una de las columnas del salón.

—Lo que hicieron me dolió mucho.

—Lo sé.

—Y todavía me da rabia cuando pienso en todo eso.

—¿Y los extrañas? —preguntó finalmente la pastora.

Aylin levantó la cabeza de inmediato.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una bastante normal.

—No.

La pastora levantó una ceja.

—Mentira.

—Pastora…

—Aylin…

Las dos se quedaron mirándose durante unos segundos hasta que terminaron riéndose. Después de tantas horas preparando el encuentro, ninguna tenía energía suficiente para convertir aquello en una discusión seria.

—Eres insoportable.

—Y tú muy predecible.

Aylin sonrió, aunque esta vez no respondió. Sabía que la pastora había tocado un tema que todavía no estaba completamente resuelto, pero tampoco sintió la necesidad de escapar de la conversación.

Por ahora, podía admitir al menos una cosa: todavía le dolía lo ocurrido, pero quizá el enojo ya no era exactamente el mismo.

—No los extraño a ellos.

La pastora dejó de acomodar lo que tenía entre las manos y la miró de reojo. No respondió enseguida. Ya conocía esa expresión en Aylin y sabía que, cuando hablaba así, necesitaba sacar lo que llevaba dentro sin sentirse interrogada.

Aylin siguió acomodando la decoración, tratando de mantener la atención en lo que hacía.

—Creo que extraño cómo eran las cosas antes —admitió después de unos segundos—. Cuando todo era más sencillo. Cuando podíamos hablar sin que termináramos peleando por cualquier cosa.

La pastora colocó una silla en su sitio y la observó un momento.

—Extrañas la época, no necesariamente a las personas.

—Sí. Extraño cuando ninguno estaba peleado con nadie y podíamos estar todos juntos sin que se sintiera raro. Antes todo parecía tan normal…

Su voz se apagó al final. Bajó la mirada y empezó a despegar un pedazo de cinta que se había quedado pegado a la mesa.

—Y me da cólera —continuó— porque muchas cosas pudieron ser diferentes.

—Claro que da cólera. A veces uno se queda pensando en todas las cosas que pudieron hacerse distinto y termina cansándose de imaginar otros finales.

Aylin soltó una pequeña risa sin humor.

—Exactamente. Y lo peor es que sé que no puedo cambiar nada.

—No —respondió la pastora—. Pero tampoco tienes que fingir que no te importa.

Aylin volvió a subir a la escalera mientras negaba con la cabeza. Intentó concentrarse nuevamente en las luces, aunque la conversación con la pastora seguía dando vueltas en su mente. Lo que más le molestaba era reconocer que ella tenía razón en algo. Ya no sentía únicamente enojo. Había algo más, algo que todavía no quería nombrar porque hacerlo significaba aceptar que algunas heridas comenzaban a cambiar.

No sabía si estaban sanando por completo, pero al menos ya no dolían exactamente de la misma manera. Y eso era precisamente lo que le costaba aceptar. Durante mucho

tiempo había pensado que mantener aquel enojo era la única forma de protegerse, por lo que cualquier señal de cambio le resultaba extraña.

Las horas continuaron entre los últimos detalles. Unas luces tuvieron que moverse, varias decoraciones fueron corregidas y todavía quedaron algunas cosas que ordenar antes de poder dar por terminado el trabajo. Nadie parecía darse cuenta de cuánto había avanzado la madrugada hasta que eran las cinco.

La pastora terminó de acomodar unas hojas sobre una mesa y observó el salón. Finalmente, todo estaba listo. Aylin dejó la cinta adhesiva sobre una silla y se estiró, sintiendo el cansancio acumulado en todo el cuerpo. Llevaban horas trabajando y todavía sabían que aquello apenas era el comienzo.

Antes de salir, la pastora revisó nuevamente la distribución de los servidores y las responsabilidades que tendrían durante el encuentro. Aylin quedó encargada de un grupo de mujeres de entre quince y veinticinco años en las cabañas. La noticia le produjo cierto alivio, especialmente porque sabía que al día siguiente tendría otras tareas que prefería evitar.

Cuando finalmente salieron del salón, el cielo comenzaba a aclararse. El estacionamiento estaba tranquilo y el aire fresco de la madrugada ayudaba un poco a despejar el cansancio. Aylin caminó junto a la pastora mientras intentaba pensar en cómo lograría llegar a casa, bañarse, preparar su maleta y regresar pocas horas después.

Al llegar a su casa, dejó la maleta junto a la puerta de su habitación y fue directamente a bañarse. El agua caliente le ayudó a relajar un poco los músculos después de tantas horas trabajando, pero el sueño seguía siendo más fuerte que cualquier otra cosa. Cuando terminó, se dejó caer sobre la cama con la intención de dormir unos minutos.

Sin embargo, la emoción y los nervios por el encuentro no le permitieron descansar como esperaba. Cada vez que cerraba los ojos pensaba en las actividades que tendrían, en las jóvenes que estarían bajo su responsabilidad y en todo lo que todavía debía preparar. Finalmente consiguió quedarse dormida por un rato, aunque no fue suficiente para recuperar las horas de sueño que llevaba acumulando.

Cuando volvió a despertar, tuvo que levantarse casi de inmediato. Se arregló, revisó nuevamente su maleta y comprobó que llevara todo lo necesario. Apenas había

descansado, pero sabía que no podía quedarse en casa. El encuentro ya estaba comenzando y había personas esperando.

Tomó su maleta y pidió un transporte para regresar al lugar donde se realizaría el encuentro. Durante el camino observó por la ventana, intentando mantenerse despierta. El cansancio era evidente, pero también había una emoción difícil de ignorar. Después de semanas alejándose de tantas cosas, estaba regresando a un espacio donde alguna vez se había sentido completamente ella misma.

Cuando llegó, varios servidores ya estaban trabajando en los últimos detalles. Algunos acomodaban materiales, otros organizaban las listas de participantes y varios corrían de un lado a otro intentando resolver pequeños problemas antes de que comenzaran las actividades.

Aylin apenas tuvo tiempo de dejar sus cosas. Desde que llegó comenzaron a asignarle diferentes tareas. Ayudó con los registros, orientó a varias personas hacia sus respectivas cabañas y colaboró con la organización de los grupos. Cada vez que terminaba una cosa, aparecía otra que necesitaba atención.

Después de un día lleno de actividades, enseñanzas, testimonios y momentos de ministración, finalmente llegó la noche. Aylin regresó a la cabaña completamente agotada y, por primera vez desde que había comenzado el encuentro, pudo descansar un poco sin tener que estar pendiente de nadie.

A la mañana siguiente volvió a la misma rutina. Desayuno, plenarias, dinámicas y diferentes momentos de servicio ocuparon nuevamente gran parte del día. Aylin ya comenzaba a acostumbrarse al ritmo del encuentro y se movía de un lado a otro casi sin pensarlo.

Cuando llegó la tarde, recibió la indicación de dirigirse al salón de hombres para ayudar con la siguiente actividad. Tomó algunas de sus cosas y caminó hacia el lugar sin darle demasiada importancia a quiénes podrían estar allí.

Al entrar, reconoció de inmediato a Santiago y a Ángel entre todos. Los vio por unos segundos, pero decidió concentrarse en su trabajo. Después de todo, estaba allí para servir y no quería permitir que su presencia cambiara su actitud.

Comenzó a revisar que todo estuviera preparado mientras los demás ocupaban sus lugares. Durante unos minutos se mantuvo concentrada en las tareas que tenía pendientes, hasta que notó un movimiento cerca de una de las sillas.

Ángel se había levantado.

Aylin lo vio de reojo, pero no le dio demasiada importancia. Continuó con lo que estaba haciendo, aunque por alguna razón aquella pequeña acción había conseguido llamar su atención.

—Oye.

Aylin levantó la vista apenas un segundo. Ángel estaba de pie junto a ella, con las manos en los bolsillos y una expresión que no le daba mucha confianza.

—¿Qué pasa?

Volvió a mirar las hojas que tenía sobre la mesa, esperando que fuera algo relacionado con la actividad. Sin embargo, Ángel tardó unos segundos en hablar, como si estuviera buscando la manera de decirlo.

—Necesito ir al baño.

—Bueno… ¿y?

—No puedo ir solo.

Ella dejó de revisar las hojas y levantó lentamente la cabeza.

—¿Cómo que no puedes ir solo?

—Son las reglas del encuentro.

Aylin lo observó en silencio durante unos segundos, intentando entender por qué él había decidido acercarse precisamente a ella. Luego soltó un suspiro y volvió a mirar las hojas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que necesito que alguien me acompañe.

Aylin dejó las hojas sobre la mesa y se quedó mirándolo con una expresión de incredulidad.

—Dime que estás bromeando.

—No estoy bromeando.

—Ángel…

—¿Qué?

—De todas las personas que están aquí, ¿tenías que venir conmigo?

—Tú eres la que está encargada de este salón.

Aylin giró la cabeza hacia una de las muchachas que servía con ella, buscando alguna señal de que aquello no fuera realmente su responsabilidad.

—Por favor, dime que no me toca a mí.

La joven miró a Ángel y después a Aylin antes de encogerse de hombros.

—Sí, te toca acompañarlo.

Aylin abrió la boca, pero no encontró nada que decir. Terminó dejando caer la cabeza hacia atrás con un suspiro de resignación.

—Claro… cómo olvidarlo.

Ángel soltó una pequeña risa.

—No pongas esa cara. No voy a tardar.

—Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—Vamos.

Ángel comenzó a caminar hacia la salida, pero antes de que pudiera avanzar demasiado, Aylin lo alcanzó.

—Y ni se te ocurra empezar con tus bromas.

—Yo no estaba diciendo nada.

—Te conozco.

Ángel soltó una risa baja.

—Está bien, prometo portarme bien.

Cuando llegaron a los baños, Aylin señaló la entrada con la mano.

—Listo. Ya llegamos.

Ángel sonrió antes de entrar. Aylin se quedó afuera, apoyada contra una pared, observando los árboles mientras escuchaba a lo lejos la voz del predicador que continuaba hablando en el salón.

Por un momento agradeció aquel pequeño espacio de silencio. Después de pasar todo el día rodeada de personas, aquel momento a solas le permitió respirar un poco. Sin embargo, sabía que apenas Ángel saliera, aquella tranquilidad probablemente terminaría.

Pasaron unos minutos y Aylin comenzó a mirar la hora. Al principio no le dio demasiada importancia, pero poco a poco empezó a notar que Ángel llevaba demasiado tiempo dentro.

—Ángel.

No recibió ninguna respuesta.

—Ángel, ¿estás bien?

El silencio continuó.

Aquello comenzó a parecerle extraño. Se separó de la pared y miró nuevamente la hora en su celular. Ya habían pasado varios minutos y la plenaria seguía avanzando sin ellos.

—Te doy cinco minutos más. Si no sales, entro.

Nuevamente no obtuvo respuesta.

—Qué desesperante eres...

Esperó un poco más, pero al no escuchar ningún ruido decidió entrar. Empujó la puerta despacio y avanzó algunos pasos mientras sus ojos se acostumbraban a la poca luz del lugar.

—Ángel...

El baño parecía completamente vacío.

Aylin avanzó un poco más y miró hacia los diferentes espacios hasta que finalmente lo encontró al fondo. Ángel estaba completamente quieto, mirando por una de las ventanas, como si estuviera perdido en sus pensamientos.

Parecía tan distraído que ni siquiera había notado que ella había entrado.

—¿Qué haces ahí parado? ¿No escuchabas que te estaba llamando?

Ángel giró lentamente la cabeza hacia ella.

—Perdón.

—¿Perdón qué? ¿Cómo no me ibas a escuchar? Llevo rato llamándote.

—Lo sé.

—Entonces deja de hacerme perder el tiempo y vamos al salón.

Aylin se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta, pero antes de que pudiera dar un paso sintió que Ángel la tomaba suavemente del brazo para detenerla.

Aylin se quedó quieta y bajó la mirada hacia la mano que la sujetaba. Después levantó lentamente los ojos hacia él.

—¿Qué?

—Ángel, habla de una vez o nos vamos.

—Solo quería verte de cerca una vez más.

Aylin lo observó con cierta desconfianza, sin entender muy bien qué pretendía con aquella actitud.

Ángel permaneció frente a ella durante unos segundos. Luego, de forma inesperada, se acercó y la besó brevemente.

Aylin se quedó inmóvil, completamente sorprendida por lo que acababa de ocurrir. Durante unos segundos no supo cómo reaccionar ni qué decir.

—¿Qué te pasa? —alcanzó a decir cuando finalmente reaccionó.

Ángel ya había comenzado a retroceder.

—Perdón —dijo con una pequeña sonrisa.

—¡Ángel!

Pero él salió del baño y desapareció por el pasillo rumbo al salón.

Durante unos segundos, Aylin ni siquiera supo qué pensar. Se quedó mirando la puerta tratando de entender por qué Ángel había hecho algo así después de todo lo que había ocurrido entre ellos.

Lo último que necesitaba en medio del encuentro era que Ángel volviera a complicarle la vida. Había conseguido pasar aquellos días concentrándose en servir, acompañar a las jóvenes y participar en las actividades sin dejar que sus problemas personales ocuparan cada momento.

Sin embargo después de todo poco a poco, el encuentro llegó a su final. El cansancio era evidente en el rostro de todos, pero también había algo diferente en ellos. Muchas de las personas que habían llegado serias, cerradas o cargando problemas ahora sonreían mientras abrazaban a sus familiares.

Los buses regresaron a la iglesia entrada la tarde. Apenas llegaron, los padres, hermanos y amigos comenzaron a acercarse para recibir a los hombres y mujeres que habían participado. Algunos lloraban mientras contaban lo que habían vivido, mientras otros no dejaban de hablar sobre las plenarias, las dinámicas y los momentos que más los habían marcado.

Aylin ayudó a bajar algunas maletas, acomodó materiales y se aseguró de que ninguna de las muchachas de su grupo se marchara sin despedirse. Una a una fueron acercándose para abrazarla y agradecerle por haberlas acompañado durante aquellos días.

Cuando finalmente terminó de atender a todas, Aylin regresó por sus últimas cosas. El encuentro había terminado y, después de tres días corriendo de un lado a otro, lo único que quería era llegar a casa, darse una ducha y dormir durante una semana entera.

Con algo de esfuerzo levantó su maleta y la acomodó en la parte trasera del carro que la esperaba.

Hasta que escuchó a alguien hablarle detrás de ella.

—Hola —dijo Santiago con cierta inseguridad.

Aylin se giró y lo miró.

—Hola.

Santiago se acercó despacio, como si hubiera estado pensando durante un buen rato en cómo comenzar aquella conversación.

—Oye… ¿me puedes dar un minuto?

—Mira, sinceramente, si es para hablar de problemas, mejor no me digas nada.

—No. No es eso.

—Es que… se te cumplió el sueño.

—¿Cuál sueño?

—Me voy a vivir a otro país. Ya no me vas a volver a ver.

Ella terminó de cerrar la puerta del carro y apoyó una mano sobre ella. Por unos segundos se quedó pensando en qué responder.

—¿Sabes qué? Creo que es lo mejor.

—Aylin…

—Porque con solo verte a ti y a Ángel ya me arrepiento de haberte conocido.

Las palabras salieron más duras de lo que había planeado, pero Aylin no intentó retractarse. Había pasado demasiado tiempo intentando dejar atrás todo lo relacionado con ellos como para fingir que aquella noticia no le provocaba nada.

—No seas así.

—¿Así cómo?

—Solo escúchame una vez.

—¿Y para qué?

—Porque hay muchas cosas que no sabes.

—Y hay muchas cosas que ya no me interesan.

—Aylin…

—¿Eso es todo?

Aylin se detuvo antes de entrar al carro y lo observó durante unos segundos.

—Sí. Eso es todo.

Aylin se subió finalmente al carro y, poco a poco, este comenzó a avanzar. Desde la ventana observó a Santiago quedarse de pie en el mismo lugar, sin intentar detenerla ni decir nada más. Simplemente permaneció allí hasta que el carro dobló hacia otra calle y su figura desapareció por completo.

Aylin apoyó la cabeza contra la ventana y cerró los ojos. El encuentro había terminado y, aunque todavía quedaban heridas que sanar, sintió que una parte de aquella historia estaba llegando a su final.

Cuando finalmente llegaron a su casa, el conductor bajó la maleta y la dejó junto a la entrada. Aylin le agradeció antes de tomarla y caminar hacia la puerta.

Entró a la casa arrastrando la maleta detrás de ella. Apenas cruzó la puerta, escuchó la voz de su madre desde la cocina.

—¿Ya llegaste?

Aylin dejó la maleta a un lado y respiró profundamente antes de responder.

—Sí, ya llegué.

—¿Y sobreviviste?

—De milagro —respondió Aylin, soltando una pequeña risa.

Su mamá apareció en el pasillo y, apenas la vio, negó con la cabeza. Aylin tenía el cabello un poco desordenado y una expresión de cansancio que dejaba claro que llevaba varios días durmiendo muy poco.

—Tienes cara de que no dormiste nada.

—Porque no dormí nada —admitió mientras dejaba la maleta junto a la pared.

—Entonces ve a descansar.

—Eso pienso hacer.

Aylin tomó nuevamente sus cosas y caminó hacia su habitación. Al abrir la puerta, encontró todo exactamente como lo había dejado antes de irse. La cama seguía desordenada, algunos libros permanecían sobre el escritorio y una chaqueta continuaba tirada sobre la silla.

Dejó la maleta a un lado y se acercó a la cama. Apenas se sentó, sintió cómo todo el cansancio que había estado ignorando durante aquellos días comenzaba a caerle encima.

Se dejó caer sobre el colchón y permaneció unos momentos mirando el techo. El encuentro había sido agotador, mucho más de lo que había imaginado, pero mientras repasaba cada uno de los momentos que había vivido, se dio cuenta de que no se arrepentía de haber ido.

Había escuchado historias, acompañado a personas, participado en las plenarias y vuelto a servir después de tanto tiempo alejada. Incluso había tenido que enfrentarse a situaciones que prefería evitar. Aun así, algo dentro de ella se sentía diferente.

Aylin se acomodó entre las cobijas y cerró los ojos. Sin embargo, justo cuando comenzaba a quedarse dormida, un recuerdo volvió a aparecer en su mente.

El beso de Ángel.

Abrió los ojos nuevamente y se quedó mirando el techo. No entendía por qué aquel momento seguía rondando en su cabeza. Había sido inesperado, apenas unos segundos, pero había conseguido dejarle una sensación que no sabía cómo explicar.

Pensó en lo que había pasado entre ellos, en todo lo que había intentado dejar atrás y en la manera en que las cosas parecían estar cambiando sin que ella pudiera controlarlo. También pensó en Santiago, en su despedida y en todo aquello que todavía no terminaba de entender.

Aylin se preguntó qué pasaría con ellos más adelante. No tenía respuestas y tampoco quería buscarlas en ese momento. Solo sabía que, después de tanto tiempo intentando cerrar capítulos de su vida, algo parecía estar comenzando nuevamente.

Sin saberlo, aquel beso que había intentado sacar de su mente sería el inicio de un camino que jamás había imaginado recorrer.

26

Donde el rencor termina

"A veces, perdonar no cambia lo que pasó; cambia la manera en que decidimos continuar después de ello."

Habían pasado varias semanas desde el encuentro y, poco a poco, la vida de Aylin había comenzado a recuperar cierta normalidad. Seguía sirviendo en la iglesia, ayudando en lo que podía y tratando de concentrarse en el presente en lugar de quedarse atrapada en todo lo que había ocurrido durante los últimos meses.

Un domingo, después del culto, Aylin se quedó, como de costumbre, ayudando a cerrar la iglesia. Ese día también se había quedado Valentina. Mientras la mayoría de las personas se despedían y regresaban a sus casas, ambas caminaban entre las filas apagando luces, acomodando algunas sillas que habían quedado movidas y recogiendo las cosas que los demás habían olvidado.

Cuando terminaron. Aylin subió a la cabina de sonido para apagar los micrófonos y guardar varios cables. El lugar ya estaba casi vacío y el silencio comenzaba a apoderarse de la iglesia.

Mientras enrollaba uno de los cables, escuchó algunas voces provenientes de abajo. Eran los pastores saludando a alguien que acababa de llegar.

Al principio no le prestó atención, pero entonces escuchó aquella voz y sintió que le resultaba conocida. Se acercó un poco a la ventana de la cabina y miró hacia abajo.

Había un chico quien había sido su novio tiempo atrás. Después de terminar, ambos habían conseguido dejar atrás aquella etapa y, con el paso del tiempo, habían logrado mantener una amistad. Ya no existía la misma relación de antes, pero podían hablar y tratarse con cierta normalidad.

Cuando fueron novios, él le había contado varias veces sobre una iglesia a la que asistía. Le hablaba de los cultos, de las actividades y de algunas de las personas que conocía allí. Aylin lo escuchaba, pero nunca le dio demasiada importancia porque jamás imaginó que se refería precisamente al lugar al que ella pertenecía.

La coincidencia quedó al descubierto. Al escuchar cómo él hablaba con ellos y ver la confianza que existía entre todos, comenzó a reconocer algunos detalles que recordaba de aquellas conversaciones de años atrás.

Fue entonces cuando lo entendió.

La iglesia de la que él le había hablado tantas veces cuando eran novios era la misma en la que ella había crecido y servido durante tanto tiempo.

Bajó las escaleras y se acercó al lugar donde estaban conversando. Al verla, el chico levantó la mirada y sonrió con cierta sorpresa.

—Hola.

—Hola, Aylin. Tanto tiempo.

—Sí, bastante.

Durante unos segundos se quedaron mirándose, como si ambos intentaran recordar cómo era hablar después de tanto tiempo sin verse. Finalmente, él rompió el silencio.

—Cuéntame, ¿qué has hecho?

Aylin soltó una pequeña risa y se encogió ligeramente de hombros.

—Nada extraordinario. A pesar de todo, sigo aquí, y eso es lo importante.

—Eso ya es bastante.

La conversación continuó durante algunos minutos. Hablaron de cosas sencillas, de lo que había ocurrido durante los últimos meses y de algunas cosas que habían cambiado desde la última vez que se vieron. Para sorpresa de Aylin, hablar con él resultaba mucho más natural de lo que había imaginado.

Ya no existía aquella incomodidad de cuando eran novios ni la tensión de los primeros meses después de terminar. Con el tiempo habían aprendido a verse de otra manera, dejando atrás muchas de las cosas que alguna vez los habían unido.

Finalmente, el chico sacó su celular del bolsillo.

—Por cierto, cambié de número hace tiempo y perdí muchos contactos. ¿Me das el tuyo?

—Claro.

Aylin sacó su celular y comenzó a dictarle el número. Él lo guardó y comprobó que estuviera correctamente registrado antes de volver a guardar el teléfono.

—Perfecto. Entonces seguimos hablando por ahí.

—Está bien.

—Nos vemos.

—Adiós.

Después de despedirse de los pastores, el muchacho salió de la iglesia. Aylin lo observó alejarse durante unos segundos antes de volver a subir a la cabina. Todavía quedaban algunos cables por guardar y varias cosas que acomodar antes de poder irse.

Estaba terminando de enrollar uno de los cables cuando escuchó una voz detrás de ella.

—Hola.

Aylin dio un pequeño salto y se giró rápidamente.

—Ay, me asustaste.

—Perdón —respondió Valentina entre risas mientras entraba a la cabina.

—Casi te tiro un micrófono.

—Lo hubiera grabado.

Aylin negó con la cabeza mientras soltaba una pequeña risa.

—Qué considerada.

Valentina volvió a reír y se sentó sobre una de las sillas que estaban cerca.

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó Aylin, mirándola con curiosidad.

—Estoy esperando a mi mamá. ¿Y tú?

—Terminando esto para poder irme —respondió mientras continuaba acomodando los cables.

Aylin siguió acomodando los cables mientras Valentina la observaba con una sonrisa que dejaba claro que tenía algo en mente. Había notado la manera en que Aylin había hablado con aquel muchacho y no parecía dispuesta a dejar pasar la oportunidad de preguntarle qué había entre ellos.

—Oye, ¿tú sabes que ese muchacho al que le acabas de dar tu número está enamorado de ti desde hace meses? —preguntó Valentina con curiosidad.

—Sí, ya me lo suponía —respondió Aylin sin levantar la mirada mientras terminaba de acomodar los cables.

—¿Y?

Aylin terminó de enrollar uno de los cables y lo dejó sobre la mesa antes de mirar a Valentina.

—Mira, te voy a contar un secreto que nadie supo.

—¿Qué pasó?

—Ese muchacho y yo tuvimos una relación.

—¿Qué?

—Pero fue a escondidas.

—No te creo.

—Es verdad —respondió Aylin mientras dejaba el cable sobre la mesa.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace bastante tiempo —explicó mientras se apoyaba sobre una de las cajas de sonido.

—Aylin, ¿cómo escondiste algo así?

—No fue tan difícil.

—¿Y cuánto duraron?

—Dos meses.

—¿Y por qué terminaron?

—Por una confusión.

Valentina se acercó un poco más, esperando que continuara.

—¿Qué tipo de confusión?

—De esas cosas que parecen pequeñas al principio y después terminan arruinándolo todo. Alguien dijo algo que no era cierto, él entendió otra cosa y, al final, ninguno de los dos supo manejar bien la situación.

Las dos siguieron acomodando algunas cosas durante unos segundos, organizando los cables y las cajas que todavía quedaban sobre la mesa. Valentina continuaba

mirando a Aylin con curiosidad, como si todavía estuviera intentando procesar todo lo que acababa de descubrir.

—¿Y quedaron mal?

—No —respondió Aylin, negando con la cabeza—. Después de hablarlo, quedamos como amigos.

—Entonces todavía te gusta.

—No —contestó Aylin, soltando una pequeña risa mientras cerraba una de las cajas.

—No te creo.

—Es la verdad.

—Ajá.

—Valentina...

—¿Qué? Te conozco.

—Ya superé eso hace mucho tiempo.

—Eso dicen todos antes de volver a enamorarse.

—Qué necia eres.

—Y después no digas que no te advertí.

—No, de verdad. Ya no siento lo mismo.

Las dos terminaron riéndose. Mientras seguían guardando las últimas cosas. Valentina continuó molestándola de vez en cuando con el tema. Aylin intentaba ignorarla, aunque en el fondo le resultaba extraño volver a hablar de alguien que había formado parte de su vida y cuya existencia prácticamente nadie conocía.

Cuando terminaron de recoger, Aylin tomó su bolso y se lo acomodó sobre el hombro.

—Bueno, ya me voy.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿Por qué no esperas a que llegue mi mamá y así te lleva?

—No, gracias. Voy a salir con mi familia, así que ni siquiera voy para mi casa.

—Qué grosera.

Aylin se detuvo en la puerta y la miró.

—¿Por qué?

—Porque no invitas. Una aquí muriéndose de hambre y tú saliendo con tu familia.

—No seas exagerada.

—Invítame aunque sea a un refresco.

—Claro, cuando aprendas a esperar.

—Qué mala amiga.

Aylin soltó una pequeña risa mientras abría la puerta.

—Adiós, Valentina.

—Adiós. Y salúdame a tu futuro novio cuando le escribas.

—Valentina…

—¿Qué? Solo digo.

Aylin bajó las escaleras con calma y, al llegar a la entrada de la iglesia, encontró a su familia esperándola afuera. Saludó a los pastores antes de despedirse y caminó hacia el carro, todavía con el cansancio de los últimos días sobre el cuerpo.

Justo cuando iba a subir, sintió una vibración en el bolsillo. Sacó el celular por simple curiosidad y, al ver la pantalla, se quedó quieta durante unos segundos.

Era un mensaje de él.

—Mucho gusto volver a verte, Aylin.

Sin querer, una pequeña sonrisa apareció en su rostro. No porque el mensaje tuviera algo especial, sino porque hacía muchísimo tiempo que no hablaban. Mucho más del que ella misma había imaginado.

Guardó el celular y subió al carro. Durante el camino volvió a pensar en aquel mensaje, aunque intentó no darle demasiada importancia. Después de todo, solo habían sido unas pocas palabras.

Sin embargo, desde aquel día comenzaron a hablar nuevamente con bastante frecuencia. Al principio eran conversaciones sencillas sobre la iglesia, personas que ambos conocían o cosas que les habían ocurrido durante el día. No había nada demasiado importante entre ellos, simplemente habían vuelto a encontrar una forma de conversar.

Conforme pasaron las semanas, los mensajes comenzaron a ser cada vez más largos. Había días en los que empezaban a hablar por la tarde y terminaban despidiéndose casi a medianoche. Otras veces alguno escribía temprano por la mañana y, cuando se daban cuenta, habían pasado prácticamente todo el día hablando entre una actividad y otra.

Aylin comenzó a sorprenderse al descubrir cuánto recordaba todavía de él. Su forma de bromear, la manera en que intentaba cambiar de tema cuando algo le daba vergüenza y aquella costumbre de enviar audios larguísimos para explicar algo que perfectamente podía decir en dos líneas.

También había pequeñas cosas que habían cambiado. Ahora él parecía más dispuesto a preguntarle cómo estaba y a escucharla cuando necesitaba contar algo. Aylin, por su parte, ya no sentía la misma necesidad de mantener una distancia tan marcada.

A veces se encontraba sonriendo frente al celular sin darse cuenta.

Ninguno de los dos hablaba sobre lo que había ocurrido entre ellos en el pasado. Simplemente dejaron que las conversaciones avanzaran por sí solas, como si ambos estuvieran descubriendo nuevamente quiénes eran después de todo el tiempo que había pasado.

Un día, mientras Aylin terminaba sus tareas finales, recibió un mensaje de aquel chico. Al ver su nombre en la pantalla, se quedó unos segundos mirando el celular antes de abrir la conversación. No esperaba que le escribiera, pero tampoco le molestó encontrar su mensaje.

—Hola, Aylin, ¿cómo estás? ¿Vas a ir a la iglesia hoy?

—Hola, sí, claro. ¿Por?

—Es que quería ver si me ayudas a limpiar y acomodar las sillas.

—Sí, claro. Solo dime a qué hora.

—Ya mismo.

Aylin abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cómo así?

—Sí, es que se me hizo tarde. Pero, si quieres, paso por ti.

—Si quieres… solo dame diez minutos para arreglarme.

—No es necesario. Así como siempre te ves, estás bien.

—Bueno… entonces espérame afuera en diez minutos.

Dejó el celular a un lado y se levantó de la silla. Por un momento se quedó frente al espejo, observando su reflejo y preguntándose si realmente se veía bien tal como estaba. Terminó acomodándose un poco el cabello, se puso una chaqueta ligera y tomó su bolso antes de salir.

Cuando llegó a la entrada, él ya estaba esperándola. Se encontraba recostado cerca de la puerta y, al verla aparecer, levantó la mirada con una sonrisa.

—Pensé que ibas a tardar más.

—Solo me tardé lo normal —respondió Aylin, intentando sonar tranquila.

Comenzaron a caminar juntos hacia la iglesia. Al principio ninguno dijo demasiado. El camino estaba tranquilo y, aunque el silencio no resultaba incómodo, sí había algo diferente en la manera en que ambos caminaban uno al lado del otro.

Después de unos minutos, él rompió el silencio para agradecerle que hubiera aceptado ayudar. Aylin restó importancia al asunto, recordándole que ya había terminado sus tareas y que de todas formas pensaba ir a la iglesia.

La conversación continuó de manera sencilla mientras avanzaban. De vez en cuando alguno hacía un comentario y el otro respondía con una pequeña risa. No había nada demasiado evidente, pero ambos parecían estar disfrutando de aquella compañía.

Cuando llegaron, la iglesia estaba casi vacía. Algunas sillas estaban desordenadas y varias cajas permanecían apiladas cerca de una de las paredes. La luz de la tarde entraba por las ventanas y hacía que el lugar se sintiera tranquilo.

Aylin dejó su bolso a un lado y observó todo lo que tenían por hacer. Había bastante trabajo, pero parecía posible terminarlo antes de que comenzaran las actividades.

Comenzaron acomodando las sillas. Él cargaba uno de los lados mientras Aylin tomaba el otro, intentando mantener el mismo ritmo. Al principio se les hizo un poco complicado coordinarse, pero después de varios intentos comenzaron a trabajar juntos con más facilidad.

Entre una fila y otra surgieron pequeñas bromas que hicieron que el trabajo resultara mucho más ligero. Aylin se sorprendió al darse cuenta de que estaba pasando un buen rato. No recordaba la última vez que una tarde tan sencilla le había parecido tan agradable.

En un momento, él dejó de mover las sillas y se quedó observándola durante unos segundos. Aylin levantó la mirada, esperando que dijera algo.

—Gracias de verdad. Esto se haría eterno si tuviera que hacerlo solo.

Aylin sonrió ligeramente y volvió a acomodar una de las sillas.

—No es tan malo. Además, si estuviera sola, también sería aburrido.

—Entonces, menos mal que viniste.

Mientras continuaban acomodando las sillas, el ambiente se mantenía tranquilo. Los demás servidores iban y venían por el salón, organizando los últimos detalles antes de que comenzara la siguiente actividad.

De repente, él la miró de reojo mientras acomodaba una de las filas.

—Oye… Aylin.

Ella levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

—¿Tú sabes algo de Ángel y Santiago?

—¿Por qué preguntas eso?

—No sé… Es que los he escuchado mencionarte algunas veces. Pensé que todavía hablabas con ellos.

—No. Ya no hablo con ellos.

—Perdón. No quería incomodarte.

—No es eso. Es solo que… no me gusta hablar de ellos.

—Está bien. No tienes que contarme nada.

Aylin agradeció la respuesta con una pequeña mirada y volvió a concentrarse en las sillas.

El tiempo siguió pasando entre acomodar sillas, limpiar y organizar el salón. Poco a poco, todo fue quedando listo para recibir a los jóvenes que llegarían más tarde.

Aylin continuaba ayudando mientras el cansancio comenzaba a sentirse después de tantas horas de trabajo.

Cuando miró por una de las ventanas, se dio cuenta de que el cielo ya estaba oscureciendo. La tarde había pasado más rápido de lo que esperaba y apenas quedaban algunos detalles por terminar.

Los últimos servidores comenzaron a moverse de un lado a otro para dejar todo preparado. Afuera se escuchaban los primeros grupos de jóvenes llegando, mientras dentro de la iglesia las conversaciones y las risas empezaban a llenar el lugar.

Después de terminar los últimos detalles, ambos pudieron tomarse unos minutos para descansar. Aylin se apoyó en una de las sillas y respiró profundamente, intentando recuperar un poco de energía.

El chico se sentó cerca de ella y ambos permanecieron unos momentos tranquilos, escuchando el ruido de los jóvenes que seguían llegando. La tensión de la conversación anterior parecía haber desaparecido y el ambiente entre ellos volvía a sentirse natural.

Después de unos minutos, Aylin sacó su celular. Casi sin pensarlo, se le ocurrió que podían tomarse una fotografía después de haber pasado tantas horas ayudando juntos. Se acomodaron entre las sillas y tomaron una foto sencilla, ambos sonriendo de manera natural.

Aylin revisó la fotografía y quedó satisfecha con el resultado. Después comenzó a preparar la publicación mientras él miraba la pantalla con curiosidad.

Poco después, él sacó su propio celular y comenzaron a ver algunos videos de TikTok. Uno tras otro fueron pasando diferentes videos, comentando algunos y riéndose de otros. El momento se volvió ligero y ninguno parecía tener prisa por levantarse.

Con el paso de los minutos, la cercanía entre ambos se volvió más natural. Aylin estaba tan cansada que, sin pensarlo demasiado, terminó apoyando la cabeza sobre su hombro.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se incorporó rápidamente y tomó nuevamente su celular para disimular la situación. Abrió Instagram y revisó la fotografía que acababa de publicar.

La cantidad de reacciones había aumentado rápidamente. Entre ellas apareció también la de la pastora, pero lo que realmente llamó su atención fue un mensaje que acababa de recibir de Ashley.

Aylin se quedó mirando la pantalla durante unos segundos. Su expresión cambió de inmediato y bloqueó el celular antes de que él pudiera ver lo que había recibido.

Intentó distraerse observando lo que ocurría en el templo. Poco después, uno de los líderes anunció que la actividad estaba a punto de comenzar y todos fueron tomando sus lugares.

La alabanza comenzó con energía. Los jóvenes cantaban, aplaudían y seguían las canciones mientras los servidores permanecían atentos a cualquier cosa que hiciera falta. Aylin intentó concentrarse en la actividad y dejar el mensaje de Ashley para después.

Cuando terminó la música, uno de los líderes tomó el micrófono y explicó que comenzarían con una dinámica para romper el hielo. Los jóvenes empezaron a formar parejas y rápidamente el salón se llenó de movimiento.

Aylin terminó haciendo pareja con el mismo chico con quien había estado ayudando durante la tarde. Ambos se colocaron junto a los demás mientras una de las encargadas explicaba las reglas del juego.

La dinámica consistía en amarrar uno de los pies de cada integrante de la pareja y avanzar juntos mientras sostenían un limón sobre una cuchara. Si el limón caía, debían regresar al punto de partida.

Todos comenzaron a prepararse entre risas y comentarios. Algunas parejas intentaban practicar antes de comenzar, mientras otras ya tenían problemas para mantenerse de pie.

Aylin observó el recorrido y se preparó para comenzar. El chico terminó de ajustar la cuerda a sus tobillos y ambos se colocaron en la línea de salida.

Cuando dieron la señal, comenzaron a avanzar intentando coordinar sus pasos. Al principio les costó mantener el equilibrio, pero poco a poco encontraron un ritmo.

A su alrededor, algunas parejas ya habían perdido los limones y regresaban entre risas al inicio. La iglesia estaba lleno de gritos, aplausos y personas animando a sus compañeros.

Aylin avanzaba concentrada, intentando no mover demasiado la cuchara. El chico caminaba a su lado, atento a sus pasos para evitar que ambos terminaran en el suelo.

—Esto está más difícil de lo que parece —comentó él con una sonrisa leve mientras ambos continuaban avanzando.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Sí, pero ya casi llegamos.

Los dos siguieron hasta la meta, pero al intentar cruzarla pisaron mal casi al mismo tiempo y terminaron cayendo al suelo.

En el impacto, él cayó sobre Aylin y alcanzó a apoyarse para evitar que ella se golpeara con fuerza. Por unos segundos, ambos quedaron completamente quietos, sorprendidos por lo cerca que habían terminado.

Aylin abrió los ojos y lo miró sin saber muy bien qué hacer. Él también parecía confundido por la situación y soltó una pequeña risa nerviosa mientras intentaba apartarse.

—Creo que será mejor que nos levantemos, ¿cierto?

Aylin reaccionó rápidamente. Sintió cómo sus mejillas comenzaban a calentarse mientras intentaba incorporarse.

—Sí… creo que sí.

Él se levantó primero y luego le extendió la mano. Aylin la tomó y se puso de pie, acomodándose rápidamente el cabello.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo fue el juego.

Apenas terminaron de hablar, las risas de los demás comenzaron a escucharse alrededor. Algunos habían visto perfectamente lo ocurrido y no tardaron en comenzar a molestarlos.

—¡Ya ven! ¡Eso no fue ningún accidente!

Aylin se giró hacia ellos, intentando contener la risa mientras negaba con la cabeza.

—¡Ya, déjense de cosas!

Él soltó una carcajada y miró a Aylin de reojo.

—Creo que no nos van a dejar en paz después de esto.

—Sí… creo que no.

Ambos intentaron volver al juego como si nada hubiera pasado, aunque las miradas y las risas de los demás hicieron imposible que el momento pasara completamente desapercibido.

Con el paso de los días, Aylin comenzó a sentirse cómoda con él. Estar a su lado se había vuelto algo natural, casi sencillo, como si no tuviera que pensar demasiado en qué decir o cómo comportarse. Las conversaciones surgían con facilidad y, poco a poco, aquella confianza se fue convirtiendo en algo habitual.

Había algo en su presencia que le transmitía tranquilidad. No era algo intenso ni demasiado evidente, pero estaba ahí. Cuando hablaban, Aylin sentía que podía mostrarse tal como era, sin tener que medir cada palabra ni preocuparse por los silencios. Todo parecía fluir sin esfuerzo.

Después de todo lo que había quedado atrás, ninguno de los dos volvía a tocar ciertos temas. No era necesario. Algunas cosas simplemente habían quedado en el pasado y ambos parecían entender que no tenían que regresar constantemente a ellas para seguir adelante.

De alguna manera, la vida había vuelto a cruzarlos en el mismo lugar, pero esta vez todo se sentía diferente. Ya no había explicaciones pendientes ni conversaciones que forzar. Solo estaban ellos, compartiendo momentos sencillos que poco a poco se habían vuelto importantes.

Una tarde, mientras Aylin estaba en clases, su celular vibró sobre el escritorio. Aprovechó un momento en el que el profesor estaba ocupado para revisar la pantalla y encontró un mensaje suyo.

—Hola, Aylin.

Ella sonrió ligeramente antes de responder.

—Hola, ¿cómo estás?

La respuesta llegó pocos segundos después.

—Bien… Oye, si te invito a cenar esta noche, ¿aceptarías?

No esperaba aquella invitación, aunque la idea tampoco le resultaba desagradable.

—Eh… me parece extraño, pero sí. Creo que hemos hablado bastante y poco a poco hemos retomado esa confianza que habíamos dejado atrás.

—Súper. ¿Te parece a las seis?

—Sí, está bien.

Aylin salió de clases apenas sonó el timbre. Durante todo el día había intentado concentrarse, pero su mente regresaba una y otra vez a la invitación de aquella noche. Había algo en la idea de salir que la hacía sentirse un poco más animada de lo habitual.

Al llegar a casa, notó que sus padres todavía no habían regresado. El lugar estaba completamente en silencio, algo que no le molestó. Después de un día largo, agradecía tener unos minutos de tranquilidad para ella.

Dejó su bolso sobre una silla y caminó hasta la cocina en busca de algo para comer. Abrió el refrigerador, revisó lo que había y finalmente decidió prepararse un sándwich. Lo acompañó con una taza de chocolate caliente que poco a poco llenó la cocina con su aroma.

Se sentó sola en la mesa y tomó su celular. Mientras comía, comenzó a revisar Instagram sin demasiado interés, deslizando el dedo entre publicaciones, historias destacadas y fotografías antiguas que hacía tiempo no veía.

Después de unos minutos, comenzó a eliminar algunas fotos. No lo había planeado, pero mientras encontraba recuerdos que ya no quería conservar en su perfil, decidió deshacerse de varias de ellas.

Hasta que apareció una fotografía junto a Ángel.

Aylin dejó de deslizar el dedo y se quedó observándola durante unos segundos. Recordaba perfectamente aquel día. Los dos aparecían sonriendo y, en aquel momento, todo parecía mucho más sencillo. No había discusiones, heridas ni despedidas. Solo estaban ellos y una etapa que alguna vez creyó que duraría mucho más.

Durante unos segundos, la posibilidad de haber tenido un final diferente volvió a cruzar por su mente. Se preguntó qué habría ocurrido si algunas decisiones hubieran sido otras, si ciertas cosas no hubieran sucedido o si ambos hubieran sabido manejar mejor lo que sentían.

Pero no existían respuestas para eso. La vida no funcionaba a partir de lo que pudo haber sido. Había decisiones que se tomaban, momentos que pasaban y caminos que terminaban separándose aunque nadie lo hubiera planeado.

Finalmente, Aylin apagó el celular y lo dejó sobre la mesa. Terminó de comer y regresó a su habitación, intentando dejar aquellos pensamientos atrás antes de comenzar a prepararse para la salida.

Abrió uno de los cajones y sacó una toalla antes de entrar al baño. El agua tibia la ayudó a relajarse y, durante varios minutos, simplemente permaneció allí, dejando que el sonido del agua ocupara su mente.

Intentó convencerse de que no era para tanto. Solo iba a salir a cenar, pasar un rato con los demás y regresar a casa. Era algo sencillo, algo que había hecho muchas veces antes.

Media hora después salió del baño con el cabello todavía húmedo y la toalla sobre los hombros. Regresó a su habitación y se dirigió directamente al clóset.

Revisó varios cajones hasta encontrar algo que le pareciera adecuado. Después de unos minutos rebuscando entre la ropa, sacó una blusa sencilla, unos pantalones que le gustaban y sus tenis blancos favoritos.

Dejó todo sobre la cama y lo observó durante unos segundos. Era una salida normal, se repetía mentalmente, aunque en el fondo sabía que estaba dedicando más tiempo del habitual a decidir qué ponerse.

Con una pequeña sonrisa, comenzó a arreglarse frente al espejo. Mientras se peinaba, no pudo evitar preguntarse cómo sería aquella noche y por qué la simple idea de verlo nuevamente conseguía provocarle aquel ligero cosquilleo en el estómago.

Justo cuando estaba terminando de arreglarse, su celular comenzó a sonar varias veces sobre la cama. Aylin giró la cabeza y lo tomó entre sus manos.

—¿Ya estás lista? Estoy cerca de tu casa.

Aylin tomó un pequeño bolso y guardó dentro lo necesario. Después se miró una última vez en el espejo, acomodándose un poco el cabello antes de salir de su habitación.

Apenas cruzó la puerta, lo vio esperándola afuera.

—Te ves hermosa.

Aylin sintió cómo sus mejillas se calentaban de inmediato. Bajó la mirada mientras intentaba disimular la pequeña sonrisa que comenzaba a aparecer en su rostro.

—Gracias, pero no es para tanto.

—Claro que sí. Te ves muy bonita esta noche.

—Sigues exagerando.

—No estoy exagerando. Solo estoy diciendo lo que veo.

Él la observó divertido.

—¿Ves? Ya te puse nerviosa.

—No me pusiste nerviosa —protestó ella, aunque su expresión decía exactamente lo contrario.

—Ajá, claro.

—Ya, mejor vámonos.

—Está bien. Pero sigo pensando que te ves hermosa.

Comenzaron a caminar juntos por la acera, iluminada por las luces de la noche. La conversación surgió casi de inmediato, ligera y natural, como solía ocurrir cuando estaban juntos. Aylin escuchaba una de sus historias y se reía de vez en cuando, sin tener que pensar demasiado en qué decir.

Mientras lo escuchaba, se sorprendió pensando que quizá lo que más le gustaba de estar con él no eran las palabras ni los momentos especiales. Era la facilidad con la que todo parecía encajar cuando estaban juntos, como si no tuviera que esforzarse para sentirse cómoda.

El camino se sintió más corto de lo esperado. Las luces de la calle se reflejaban sobre el suelo mientras avanzaban sin ninguna prisa. Entre ellos había un silencio tranquilo, de esos que no necesitaban ser llenados constantemente para sentirse bien.

Cuando finalmente llegaron al lugar, se detuvieron frente a la entrada. Aylin levantó la mirada hacia el edificio y luego volvió a verlo a él, permaneciendo unos segundos en silencio antes de entrar.

—Es aquí —dijo él.

—Se ve bien —respondió Aylin mientras observaba el lugar.

El ambiente era cálido y tranquilo, con luces suaves y conversaciones que se mezclaban de fondo. Buscaron una mesa apartada y se sentaron frente a frente, todavía hablando de cosas sencillas mientras esperaban.

El mesero llegó poco después para tomarles la orden. Ambos revisaron el menú durante unos minutos hasta decidir qué querían. Después de anotar todo, el mesero se retiró y los dejó nuevamente solos.

La conversación continuó entre comentarios sobre el lugar, la comida y algunas cosas que habían ocurrido durante el encuentro. Todo parecía fluir con naturalidad, hasta que en algún momento se produjo un pequeño silencio.

Aylin movió lentamente su bebida entre las manos antes de decidirse a hablar.

—A veces siento que… hubo una etapa en la que todo fue un poco raro.

Él dejó de comer y levantó la mirada hacia ella.

—¿Raro cómo?

—No sé… como que pasaron muchas cosas y después simplemente quedaron atrás. Uno sigue con su vida como si nada, pero eso no significa que todo se olvide.

Se quedó callada un momento y soltó una pequeña risa nerviosa.

—No sé si tiene mucho sentido lo que estoy diciendo.

—Sí tiene —respondió él con calma—. Suena a que fue algo importante para ti.

—Lo fue en su momento —admitió—. Pero ya no es lo mismo..

—Yo también pasé por algo así.

Aylin levantó la mirada, interesándose un poco más en lo que acababa de decir.

—¿Sí?

—Sí. Y creo que a veces uno se acostumbra tanto a guardar las cosas que termina pensando que ya las superó. Hasta que algo pequeño vuelve a recordárselas.

El silencio permaneció unos momentos entre ellos mientras continuaban comiendo, aunque ya no se sentía incómodo. Era más bien como si aquella conversación hubiera dejado algo pendiente entre los dos.

Él la miró por un instante, dudando si debía preguntar o no.

—Oye… ¿puedo preguntarte algo?

—Depende de qué sea —respondió con una pequeña sonrisa.

—No es nada malo.

—Está bien. Dime.

Dejó los cubiertos sobre el plato y se acomodó un poco en la silla antes de continuar.

—¿Cómo te sientes con eso de aceptar a alguien? No me refiero solamente a salir con una persona, sino a dejar que alguien entre de verdad en tu vida.

—Yo… creo que eso es lo que más me cuesta.

Él no dijo nada. Simplemente permaneció atento, dejándole el espacio necesario para continuar.

Aylin respiró profundamente.

—Después de lo que pasó antes… con algunas personas, me cuesta confiar rápido.

No quiso entrar en detalles. Tampoco sentía que fuera necesario hacerlo. Él parecía entenderlo.

—No porque no quiera —continuó después de unos segundos—, sino porque ya me pasó que pensé que todo estaba bien y después resultó que no era así.

—Entiendo.

Aylin levantó un poco la mirada hacia él.

—No es que tenga miedo de sentir algo por alguien. Creo que lo que me da miedo es equivocarme otra vez.

—No tienes que apurarte —dijo con calma—. En serio.

—Pero a veces siento que… cuando algo se siente bien, igual da miedo —admitió casi en un susurro.

—Tiene sentido.

—Lo sé. Contigo todo se siente distinto.

Él la observó con mayor atención.

—¿Distinto en qué sentido?

—Es tranquilo —dijo finalmente—. No siento presión. No siento que tenga que actuar de cierta manera.

Él sostuvo su mirada un momento más de lo habitual. Parecía estar pensando cuidadosamente en lo que quería preguntar, como si supiera que después de aquello la conversación podía tomar otro rumbo.

—Aylin.

—Quiero preguntarte algo, pero prefiero que me respondas con sinceridad.

—Está bien.

—¿De verdad estás lista para empezar algo nuevo?

Él tomó aire antes de continuar. Parecía estar buscando la manera correcta de hacer la pregunta sin presionarla.

—Lo que tú dices de sentirte tranquila conmigo… no es algo que te pase con cualquiera, ¿verdad?

—No… —admitió finalmente—. No me pasa con cualquiera.

—Entonces dime algo —continuó él con calma—. ¿Qué soy yo para ti en este momento?

Aylin se quedó en silencio. La pregunta parecía sencilla, pero responderla significaba ponerle un nombre a algo que todavía estaba intentando entender.

—No sé exactamente qué eres para mí… al menos no sé cómo ponerlo en palabras —dijo con honestidad—. Pero sí sé cómo me siento cuando estoy contigo.

Él no la interrumpió. Simplemente permaneció atento, dejando que Aylin encontrara la manera de decir todo aquello que llevaba varios minutos pensando.

—Me siento tranquila. Me siento en paz. Me siento yo… sin estar pensando en nada más. Y eso no me pasaba desde hace mucho tiempo.

El ruido a su alrededor continuaba igual, pero para Aylin parecía haberse quedado lejos. Toda su atención estaba puesta en aquella conversación y en lo extraño que resultaba sentirse así después de todo lo que había vivido.

—Después de todo lo que pasó, pensé que ya no iba a sentir algo así por nadie —admitió—. Pensé que iba a quedarme distante de todo, sin ganas de volver a confiar.

Hizo una pequeña pausa antes de levantar nuevamente la mirada.

—Y mucho menos pensé que me iba a pasar contigo.

Esta vez no apartó los ojos.

—Pero me está pasando —confesó finalmente—. Y eso me da miedo, porque no quiero equivocarme otra vez. Pero al mismo tiempo… no quiero alejarme de esto.

Él permaneció en silencio unos segundos. No parecía sorprendido, pero sí estaba tomando en serio cada una de sus palabras.

—Aylin… quiero preguntarte algo directamente.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres intentarlo conmigo?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

No era una pregunta cualquiera y, en el fondo, sabía que su respuesta podía cambiar muchas cosas.

Bajó la mirada nuevamente. Durante unos segundos pensó en todo lo que había vivido, en el miedo de equivocarse otra vez y en las veces que había decidido mantener

cierta distancia para protegerse. No quería volver a terminar herida, pero tampoco quería seguir huyendo de algo que, se sentía tranquila.

También pensó en él. En la forma en que la trataba, en la paciencia que había tenido con ella y en lo fácil que parecía ser estar a su lado. Tal vez aquello era lo que necesitaba para comenzar una nueva etapa.

Aylin levantó la mirada lentamente.

—Yo… —comenzó, pero se detuvo unos segundos.

Aylin respiró profundamente antes de continuar.

—Sí —dijo finalmente, con una mezcla de nervios y sinceridad—. Sí quiero intentarlo.

Aylin sostuvo su mirada, esta vez sin apartarla.

—Pero despacio —añadió con suavidad—. Sin presión.

No hicieron falta más explicaciones. Ambos entendieron que aquello no significaba comenzar una relación de un día para otro, sino darse la oportunidad de conocerse de una manera diferente.

La conversación continuó durante algunos minutos entre detalles sencillos y pequeñas bromas. Aylin se sentía nerviosa, pero también tranquila. Por primera vez después de mucho tiempo, estaba permitiéndose mirar hacia adelante sin pensar constantemente en lo que había dejado atrás.

Lo que ninguno de los dos podía imaginar era que aquella decisión, que en ese momento parecía ser exactamente lo que Aylin necesitaba, terminaría convirtiéndose en una de las decisiones que más lamentaría.

Porque con el tiempo descubriría algo que todavía no estaba preparada para aceptar: su corazón nunca había dejado de pertenecerle por completo a otra persona.

Y cuando finalmente comprendiera quién era, ya sería demasiado tarde para fingir que aquella decisión no había cambiado todo.

—Creo que ya es tarde… tengo que volver a mi casa —dijo Aylin con suavidad mientras se acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Sí, claro. Déjame pagar la cuenta y nos vamos.

Se levantó un poco para llamar al mesero, pero Aylin negó ligeramente con la cabeza.

—No tienes que pagar tú.

—Sí tengo.

Lo dijo con calma, pero con la suficiente firmeza como para dejar claro que no pensaba discutirlo. Aylin lo observó durante un segundo y finalmente decidió no insistir.

Esperaron unos minutos mientras él se encargaba de la cuenta. Cuando terminaron, salieron juntos del lugar y comenzaron a caminar de regreso.

La noche seguía tranquila y el aire fresco los acompañaba mientras avanzaban. Sin embargo, algo había cambiado entre ellos. Ya no era únicamente la comodidad de una conversación entre dos personas que se estaban conociendo; había una sensación nueva que ninguno parecía querer nombrar todavía.

El camino de regreso fue más silencioso, aunque no resultó incómodo. Ambos parecían estar pensando en lo que habían hablado durante la noche y en todo aquello que todavía no se habían atrevido a decir.

Cuando llegaron cerca de la casa de Aylin, él disminuyó el paso hasta detenerse.

—Ya llegamos.

—Gracias por hoy —dijo finalmente.

—No es por nada —respondió él con una sonrisa nerviosa mientras bajaba un poco la mirada.

Aylin notó inmediatamente el cambio en su expresión.

—¿Qué tienes?

—Es que… aunque no lo creas, todavía no me la creo.

Aylin lo miró con curiosidad.

—¿Qué cosa?

—Estar contigo otra vez… después de todo.

—Ay, no… estás exagerando.

—No tanto como crees.

—Ven —dijo Aylin en voz baja—. Dame un abrazo.

—¿Un abrazo?

—Sí. Ven.

Él se acercó y Aylin lo abrazó sin pensarlo demasiado. Lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza cerca de su hombro, sintiendo una tranquilidad que le resultaba difícil explicar.

—Te quiero mucho —murmuró Aylin mientras las lágrimas comenzaban a aparecer nuevamente—. Gracias por aceptarme a pesar de mi pasado. Jamás pensé que volvería a sentir algo así por alguien después de todo.

Él la abrazó un poco más fuerte.

—Tranquila. Tu pasado no define quién eres. Todos hemos cometido errores y nadie es perfecto. No tienes que sentir que debes pagar toda la vida por lo que ocurrió antes.

Aylin respiró profundamente e intentó limpiarse las lágrimas con una mano.

—Perdón… es que soy muy llorona.

La pequeña risa que soltó salió mezclada con el llanto.

—Ya tengo que entrar.

—Bueno… después hablamos —dijo él con una sonrisa tranquila.

Aylin lo miró durante unos segundos. Parecía que quería decir algo más, pero finalmente se acercó nuevamente.

Sin decir una palabra, lo besó.

Fue un beso breve y sincero, nacido más del sentimiento del momento que de cualquier pensamiento planeado. Por unos segundos, todo lo demás pareció quedar lejos.

Él permaneció quieto, sorprendido por lo inesperado del gesto.

—Por Dios… —murmuró finalmente, dejando escapar una sonrisa que no pudo ocultar.

—Ya, ya. Mejor vete, que se te hace tarde.

—Nunca me voy a olvidar de esto.

Aylin lo observó marcharse y, cuando finalmente quedó sola, se llevó una mano al rostro mientras intentaba contener otra sonrisa.

Aylin lo miró una última vez, con una mezcla de vergüenza y felicidad, y finalmente entró a su casa. Cerró la puerta despacio, apoyándose unos segundos contra ella mientras intentaba asimilar todo lo que había ocurrido aquella noche.

Cuando llegó a su habitación, se puso su pijama de siempre y se acomodó en la cama. Permaneció unos instantes mirando el techo, todavía con el corazón acelerado, intentando entender cómo algo que parecía tan sencillo había conseguido sentirse tan importante para ella.

Se giró entre las cobijas, pero su mente seguía llena de pensamientos. Cada vez que intentaba dejar de pensar en lo ocurrido, alguna parte de la conversación volvía a aparecer. La forma en que él la había mirado, lo que le había preguntado y, sobre todo, la tranquilidad que había sentido estando a su lado.

Entonces recordó las palabras de Valentina, su amiga, la última vez que habían hablado. Aquella advertencia que en su momento había preferido ignorar porque no quería darle demasiada importancia. Ahora, sin embargo, sus palabras regresaban a su cabeza con una claridad que no esperaba.

Pensó en escribirle y contarle todo lo que había sucedido esa noche. Incluso imaginó cómo sería explicarle que quizá las cosas no eran exactamente como ella había pensado. Pero terminó dejando el celular a un lado. No quería darle la razón, ni tampoco admitir que tal vez había visto algo que Aylin todavía no estaba preparada para reconocer.

Soltó un suspiro y volvió a acomodarse en la cama. El cansancio comenzó a mezclarse con sus pensamientos hasta hacerlos cada vez más lentos.

En algún momento, el celular vibró sobre la mesa de noche. La pantalla se iluminó con un mensaje del chico, pero Aylin ya no llegó a verlo.

El sueño terminó venciendo sus últimas preocupaciones y la llevó lejos de las dudas, los recuerdos y todo aquello que había intentado ordenar durante el día.

Los días siguientes se sintieron más ligeros entre ellos. Hablar con él se volvió algo natural y Aylin comenzó a acostumbrarse a esa nueva cercanía sin sentir la misma necesidad de cuestionar cada cosa que ocurría.

Aun así, había algo que seguía pendiente dentro de ella. Una conversación con sus padres que todavía no había terminado de cerrar y que, cuanto más pasaban los días, más difícil le resultaba seguir posponiendo.

Una tarde, mientras compartía con su familia en la sala, Aylin sintió que finalmente había llegado el momento. Respiró profundamente y se preparó para contarles lo que

había ocurrido aquella noche, sabiendo que después de decirlo ya no podría fingir que todo aquello era simplemente algo sin importancia.

Una tarde, Aylin decidió que ya no quería seguir guardándose aquello. Se sentó con sus padres en la sala y comenzó a jugar nerviosamente con sus manos, intentando encontrar la manera correcta de contarles lo que había estado viviendo durante los últimos meses.

Sus padres notaron de inmediato que había algo diferente en su actitud. Aylin respiró profundamente antes de comenzar, tratando de ordenar sus pensamientos para no terminar diciendo todo de golpe.

—Oigan… tengo que contarles algo.

Su madre la miró con atención, esperando a que continuara. Su padre también dejó a un lado lo que estaba haciendo y centró su atención en ella.

—Hace unos meses volví a hablar con un muchacho de la iglesia —comenzó Aylin—. Con el tiempo empezamos a llevarnos mejor, a hablar más y… bueno, terminamos juntos.

Su madre la observó con una expresión tranquila. No la interrumpió ni hizo preguntas apresuradas, dejando que Aylin terminara de explicar lo que quería decir.

—¿Es el mismo chico del que nos habías hablado antes?

Aylin asintió lentamente.

—Sí… es él.

—¿Y tú cómo te sientes con eso?

—Bien… tranquila. Me siento respetada y, sobre todo, me siento en paz con él.

—Eso es lo más importante. Que tú estés bien y que te sientas respetada.

Su padre se recostó un poco en la silla antes de hablar.

—Mientras sea una relación sana, haya respeto y los dos sepan lo que quieren, no tenemos problema.

Aylin había imaginado muchas posibles reacciones, pero escuchar aquellas palabras hizo que todo pareciera mucho más sencillo.

—Gracias… de verdad.

Al escuchar la respuesta de sus padres, Aylin sintió un alivio que no esperaba sentir tan rápido. Había pasado varios días imaginando diferentes reacciones, pensando que aquella conversación sería complicada, que surgirían muchas preguntas o incluso que terminarían preocupándose más de la cuenta.

Sin embargo, la manera tranquila en la que la habían escuchado hizo que todo pareciera mucho más sencillo de lo que había imaginado. Sus manos, que al principio estaban tensas sobre sus piernas, comenzaron a relajarse poco a poco.

—Pensé que iba a ser más complicado —admitió con una pequeña risa nerviosa.

Su madre la miró con suavidad.

—Lo importante no es complicarlo, Aylin. Es que tú estés bien y que sepas lo que estás haciendo.

—Tenía miedo de que pensaran que estaba haciendo las cosas demasiado rápido.

Su papá, que hasta ese momento había permanecido más callado, la observó con atención.

—Después de todo lo que has vivido, es normal que tengas miedo. Pero también es bueno que puedas volver a sentir algo bonito sin pensar inmediatamente que va a terminar mal.

Su madre tomó una de sus manos y la apretó suavemente.

—Solo queremos que vayas con calma y que nunca sientas que tienes que hacer algo para complacer a otra persona.

—Eso es justamente lo que quiero. Ir despacio y ver qué pasa.

Con el paso de los días, después de hablarlo con sus padres, lo que estaba naciendo entre Aylin y él dejó de ser algo que solo conocían ellos dos. Poco a poco comenzó a formar parte de su día a día y del entorno en el que ambos se desenvolvían.

En la iglesia, ambos sabían que era importante manejar las cosas con respeto y claridad. Aylin además era servidora, por lo que existían responsabilidades y límites que debían cuidar para evitar que la relación interfiriera con sus funciones dentro del ministerio.

Por eso decidieron hablar con los pastores antes de que la situación se hiciera evidente por sí sola. No querían esconderse ni actuar como si aquello no estuviera pasando. Simplemente querían hacer las cosas de la manera correcta desde el principio.

Una noche, antes de comenzar la actividad de jóvenes, caminaron juntos hacia la oficina donde se encontraba la pastora organizando algunos materiales. Aylin llevaba varios minutos pensando en cómo comenzar la conversación y, mientras avanzaban por el pasillo, sentía los nervios aumentar.

Al llegar frente a la puerta, se detuvo y respiró profundamente. Miró un instante al chico que estaba a su lado y después levantó la mano para tocar.

—Hola —dijo Aylin al entrar, acompañada por él.

La pastora levantó la mirada de inmediato y les dedicó una sonrisa.

—Hola, chicos. ¿Cómo están? ¿En qué les puedo ayudar?

El muchacho permaneció junto a Aylin, tranquilo, aunque la seriedad en su expresión dejaba claro que no habían ido simplemente a saludar.

—Necesitamos hablar contigo… es algo importante y un poco urgente —explicó con respeto.

—Claro. Siéntense y cierren la puerta, así podemos hablar tranquilos.

Aylin cerró la puerta despacio y caminó junto a él hasta las sillas frente al escritorio. Ambos tomaron asiento, mientras la pastora esperaba en silencio, dándoles el espacio necesario para comenzar.

Ambos se quedaron en silencio durante unos segundos, como si ninguno quisiera apresurarse a decir. Finalmente, comenzaron a hablar con la pastora sobre lo que estaban sintiendo y sobre la decisión que habían tomado.

Le explicaron que no había sido algo impulsivo ni una decisión tomada de un día para otro. Habían pasado tiempo conociéndose, hablando de lo que querían y entendiendo poco a poco lo que estaba naciendo entre ellos. También habían pensado en todo lo que implicaba comenzar una relación dentro del ministerio y querían hacerlo de una manera responsable.

La pastora los escuchó sin interrumpir. De vez en cuando hacía alguna pregunta para entender mejor lo que ambos pensaban, mientras Aylin y él respondían con sinceridad.

Después de un momento, finalmente dejaron de darle vueltas al tema y se lo dijeron directamente. Habían decidido comenzar una relación.

Aylin y él intercambiaron una mirada antes de volver los ojos hacia la pastora. Ninguno sabía exactamente qué estaba pensando y, por unos segundos, Aylin sintió que el silencio se hacía más largo de lo normal.

—Bien… sinceramente, ya me lo sospechaba.

Aylin abrió los ojos con sorpresa.

—¿En serio?

La pastora soltó una pequeña risa.

—Sí. No porque hayan hecho algo malo, sino porque se notaba que había una cercanía especial entre ustedes.

Él no pudo evitar sonreír.

—¿Tan evidente era?

—Más de lo que creen —respondió ella, divertida—. Aunque debo reconocer que hicieron un buen trabajo intentando disimular.

—Ay, no…

—Tranquila. No son los primeros ni serán los últimos.

Los tres terminaron riéndose y la tensión que había acompañado la conversación comenzó a desaparecer poco a poco.

—Bueno, en ese caso, ¿sus padres saben que tienen una relación?

—Mis papás sí saben —respondió Aylin.

—Los míos también —añadió él.

—Bien. Como servidora, Aylin tiene la opción de presentarse oficialmente como pareja. De todas formas, es una decisión de ustedes y no tienen que hacerlo simplemente porque yo se los diga.

—A mí me parece bien —respondió finalmente—. Creo que así todo estaría más claro.

Él volvió la mirada hacia ella y asintió.

—Yo también estoy de acuerdo.

—Entonces piénsenlo con calma y, cuando estén listos, me avisan para organizar lo demás.

Él sonrió ligeramente.

—Creo que no hay mucho que pensar.

La pastora dirigió entonces su mirada hacia Aylin.

—¿Y tú? ¿Estás de acuerdo?

—Sí. Creo que es lo correcto. Soy servidora y prefiero que todo quede claro desde el principio.

—Perfecto. Entonces ustedes me dicen cuándo quieren hacerlo y yo hablo con los pastores para coordinar todo.

—Perfecto —respondió él.

—Muchas gracias, pastora —añadió Aylin con una pequeña sonrisa.

Las semanas siguientes pasaron con tranquilidad. Después de aquella conversación, la pastora organizó la charla con ellos y hablaron sobre comunicación, respeto, responsabilidad y la importancia de construir una relación sana. Fue un espacio tranquilo en el que pudieron aclarar sus expectativas y sentirse más seguros de la decisión que estaban tomando.

Con el paso de los días llegó el momento de coordinar la presentación. Aylin estaba más nerviosa de lo que quería admitir. Aunque sabía que no era algo malo, le costaba imaginar que toda la iglesia se enteraría de que habían decidido comenzar una relación.

Aun así, intentaba tomárselo con calma. Las conversaciones entre ambos ayudaban a disminuir un poco la tensión y, entre bromas y pequeños momentos de nervios, consiguieron hacer que aquella espera fuera mucho más llevadera. Aylin incluso terminó riéndose de sus propias preocupaciones.

Hasta que llegó el domingo.

Era el día en que todo se haría público dentro de la iglesia. Desde que se levantó, Aylin intentó actuar con normalidad. Se arregló con calma, revisó varias veces su ropa, acomodó su cabello y trató de no pensar demasiado en lo que ocurriría unas horas después.

Ese día le correspondía subir a cantar como corista. Para ella debía ser simplemente otro servicio, otra oportunidad para participar en la alabanza y ayudar a que todo saliera bien. Sin embargo, mientras se preparaba, sentía una ligera presión en el pecho que le recordaba constantemente que aquel domingo sería diferente.

Cuando llegó a la iglesia, saludó a las personas como de costumbre e intentó concentrarse en sus responsabilidades. A unos metros de distancia pudo verlo. Él también estaba allí, tranquilo por fuera, aunque Aylin alcanzó a notar que compartían los mismos nervios.

La alabanza comenzó con normalidad. El templo se llenó de música, alegría, danza y momentos de adoración. Aylin participó desde el altar junto a los demás servidores, dejando que por unos minutos toda su atención estuviera puesta en la actividad.

El calor y el movimiento hicieron que comenzara a sentirse un poco agitada. Cuando terminó aquel momento, bajó del altar y se dirigió al baño para refrescarse. Se pasó un paño por el rostro, se lavó la cara con agua fría y acomodó nuevamente su cabello frente al espejo.

Al regresar, buscó con la mirada hasta encontrarlo y se sentó a su lado con naturalidad. Ambos permanecieron allí esperando el momento indicado, intentando comportarse como cualquier otro domingo, aunque sus expresiones dejaban claro que ninguno estaba completamente tranquilo.

Cuando los pastores mencionaron sus nombres desde el frente, comenzaron a caminar hacia el altar. Aylin avanzaba despacio, sintiendo el corazón un poco más acelerado mientras escuchaba algunos comentarios y bromas de las personas que los conocían.

Al llegar al frente se colocaron uno al lado del otro y miraron hacia la congregación. Los pastores hablaron sobre la decisión que habían tomado y dedicaron unas palabras de orientación y bendición para aquella nueva etapa.

Aylin permaneció con una sonrisa tímida mientras escuchaba. Aunque todavía sentía cierta vergüenza por tener tantas miradas sobre ella, también había una tranquilidad que poco a poco comenzaba a ocupar el lugar de los nervios.

Después de la oración, el ambiente volvió gradualmente a la normalidad. Algunas personas se acercaron para felicitarlos y compartir unas palabras con ellos. Aylin respondía con timidez, todavía sintiendo las mejillas calientes, mientras él permanecía a su lado intentando mantener la misma calma.

Cuando finalmente pudieron apartarse un poco del grupo, ambos se quedaron en silencio durante unos segundos. Alrededor de ellos la iglesia continuaba con su movimiento habitual, pero para Aylin todo parecía haberse detenido por un instante.

Ya no era algo que existiera únicamente entre conversaciones privadas o mensajes. Ahora su relación tenía un lugar visible dentro de todos que ambos compartían.

Aylin lo miró de reojo y sonrió. En aquel momento comprendió que habían llegado a un punto del que ya no necesitaban esconderse ni sentirse inseguros. Habían decidido dar aquel paso juntos y, aunque todavía quedaban muchas cosas por aprender, ninguno parecía querer retroceder.

Con el paso del tiempo, la relación entre Aylin y el chico fue tomando un ritmo tranquilo, sin prisas ni cambios bruscos. Después de todo lo que había vivido, ambos aprendieron a disfrutar de lo sencillo y a dejar que las cosas avanzaran sin intentar forzarlas.

La rutina volvió a formar parte de sus días, pero ahora se sentía diferente. Se encontraban en la iglesia, coincidían en las actividades de jóvenes y compartían pequeños momentos que no necesitaban estar planeados para convertirse en algo especial.

Aylin comenzó a sorprenderse de sí misma. Poco a poco se sentía más segura y estable, y ya no analizaba cada gesto o cada palabra como lo hacía al principio. Había aprendido a confiar en lo que estaban construyendo y a dejar que el tiempo hiciera su parte.

Con él, todo seguía sintiéndose ligero. Algunas veces podían pasar horas conversando sobre cualquier cosa y otras simplemente permanecían juntos en silencio. Ninguno necesitaba llenar cada momento con palabras. La compañía del otro era suficiente.

—¿Cómo te ha ido con el colegio? —le preguntaba él algunas veces mientras caminaban juntos.

—Cansada, pero bien —respondía ella con una pequeña sonrisa.

Y eso bastaba para continuar con el día.

El tiempo siguió avanzando sin grandes cambios, pero aquella constancia comenzó a darle seguridad a ambos. Lo que al principio había estado lleno de nervios, dudas y decisiones importantes, poco a poco se convirtió en algo más firme y natural.

Aylin ya no sentía la necesidad de analizar cada paso que daba. Había aprendido a disfrutar lo que estaba viviendo sin esperar constantemente que algo saliera mal.

Sus amigos también notaban el cambio. Se sentían orgullosos de verla avanzar, de verla recuperar poco a poco su manera de ser y de encontrar nuevamente momentos de tranquilidad. Para ellos era evidente que Aylin había crecido y que ya no era la misma persona que había estado intentando sobrevivir a todo lo ocurrido meses atrás.

Valentina, por su parte, continuaba siendo la misma de siempre. Seguía molestándola cada vez que tenía oportunidad y recordándole, entre bromas, que ella ya había dicho desde el principio que las cosas terminarían de aquella manera. Aylin simplemente se reía y dejaba que disfrutara de tener razón.

Una noche, ya acostada en su cama, Aylin comenzó a hablar con Valentina por chat. La conversación empezó como cualquier otra. Hablaron de lo que había ocurrido

durante el día, de algunas cosas del colegio y de situaciones pequeñas que ninguna de las dos consideraba demasiado importantes.

Sin embargo, después de varios mensajes, Valentina cambió repentinamente el rumbo de la conversación.

—Aylin, ¿te puedo hacer una pregunta? —escribió Valentina.

—Claro, dime —respondió ella sin pensarlo demasiado.

—Después de todo… de que retomaste tu vida y ya pasó bastante tiempo, ¿qué piensas ahora de Ángel y Santiago? Ya llevas meses sin hablar con ellos.

—No sé… De vez en cuando veo alguna cosa de ellos en Instagram, pero realmente no le doy importancia.

—¿Y ya está? ¿Así de simple?

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. Me sorprende. Hace un año estabas llorando por uno, confundida por el otro y yo tratando de entender qué estaba pasando por tu cabeza.

—Gracias por el apoyo moral —respondió Aylin con sarcasmo.

—De nada. Para eso están las amigas.

—Pero hablando en serio, ya no siento nada de eso.

—¿Nada?

—Nada romántico, si es lo que estás preguntando.

—Entonces sí los superaste.

—Supongo que sí.

—No lo supones. Lo hiciste.

Aylin dejó el celular sobre sus piernas y se quedó pensando unos segundos. Había pasado tanto tiempo intentando entender lo que sentía que ahora resultaba extraño darse cuenta de que simplemente ya no sentía lo mismo.

—Creo que simplemente entendí que las cosas tenían que pasar así.

—Mira quién habla ahora. Hace unos meses decías que jamás ibas a salir de eso.

—Y tú me decías que algún día me iba a reír de todo.

—Porque siempre tuve razón.

—Ahí está otra vez tu ego.

—Pero dime una cosa.

—¿Qué?

—Si mañana te los encuentras, ¿qué sentirías?

—Nada raro.

—¿Nada?

—No lo sé. Aunque ya haya hecho mi vida, todavía no sé exactamente qué siento por ellos.

—¿Por qué?

—Porque, quieras o no, por sus celos me quitaron lo que más amaba.

—Entiendo… pero ¿nunca te pusiste a pensar si estaban arrepentidos?

—Siempre los escuchaba llorar.

La respuesta de Valentina apareció casi de inmediato.

—¿Cómo así?

—Nada, no me hagas caso.

—Aylin…

—Nada. Simplemente que la última vez que los vi en el encuentro, Ángel me dio un beso y Santiago me confesó que se iba a ir de mi vida. Pero eso es todo.

—¿TE DIO UN BESO Y NUNCA ME LO DIJISTE?

—¿Qué tiene de interesante? Solo fue un simple beso.

—¿Un simple beso? ¿Y qué sentiste al sentir por tercera vez sus labios?

—Ay, no empieces. Mejor cambiemos de tema.

—No cambies el tema.

—Lo voy a cambiar igual.

—Aylin…

Antes de que Valentina pudiera continuar insistiendo, Aylin decidió adelantarse y cambiar completamente la conversación.

—Mis papás y yo iremos a la playa estos días. ¿Te gustaría ir con nosotros?

—Pues claro. Jamás negaría esa invitación.

—Perfecto. Entonces te aviso bien la hora.

—Está bien.

Aylin dejó el celular sobre la cama por unos segundos. Había conseguido cambiar de tema, aunque sabía que la conversación con Valentina había dejado algunas preguntas dando vueltas en su cabeza.

No quería pensar demasiado en Ángel ni en Santiago. Por ahora, prefería concentrarse en algo mucho más sencillo: unos días en la playa, lejos de todo lo que había ocupado su mente durante las últimas semanas.

La conversación continuó durante un rato entre bromas, comentarios y planes para el viaje. Sin embargo, cuando el chat finalmente quedó en silencio, Aylin volvió a mirar el techo de su habitación.

Las palabras de Valentina seguían dando vueltas en su cabeza. Por más que intentaba distraerse, aquella pregunta regresaba una y otra vez, haciéndola pensar en lo que realmente había sentido aquella última vez.

Se preguntó qué había significado para ella aquel momento y si todavía quedaba algo que no hubiera terminado de entender. Pero cuanto más intentaba encontrar una respuesta, más sentía que simplemente estaba regresando a algo que ya había decidido dejar atrás.

Miró la hora en su celular y recordó que al día siguiente tenía que levantarse temprano. Le quedaban pocos días de colegio antes de comenzar las vacaciones, así que decidió dejar aquellos pensamientos para después.

Durante las siguientes semanas, los exámenes y los trabajos finales ocuparon gran parte de su tiempo. Entre una actividad y otra, apenas encontraba espacio para pensar en lo que Valentina le había preguntado aquella noche.

Al final, el cansancio terminó ganándole. Aylin dejó el celular a un lado y, sin darse cuenta de que había dejado a Valentina en visto, se quedó profundamente dormida.

Los días continuaron avanzando con normalidad. Poco a poco noviembre llegó a su final y, con él, también terminaron las clases. Aylin ya no tenía que levantarse temprano para ir al colegio y sus días comenzaron a sentirse mucho más tranquilos.

Su relación también marchaba bien. No era una relación llena de grandes acontecimientos ni de momentos perfectos, sino de pequeños detalles que, con el tiempo, habían conseguido acercarlos cada vez más.

Una tarde, durante el almuerzo, sus padres comenzaron a hablar sobre un plan que llevaban varias semanas organizando. Querían aprovechar uno de los fines de semana para hacer un viaje a la playa y pasar unos días juntos.

Aylin se emocionó inmediatamente al escuchar la noticia. La idea de salir de la rutina y pasar unos días cerca del mar le parecía perfecta, especialmente después de todo lo que había vivido durante los últimos meses.

En medio de la conversación recordó a Valentina y decidió invitarla. Sus padres estuvieron de acuerdo sin ningún problema y, mientras seguían hablando sobre el viaje, Aylin tomó su celular para escribirle.

Después de enviarle la invitación, también pensó en su pareja. No quería hacer el viaje sin él, así que decidió preguntarle si quería acompañarlos.

La respuesta llegó pocos minutos después. Él aceptó con entusiasmo y también ofreció llevar algo de dinero para ayudar con los gastos durante el viaje. Los padres de Aylin agradecieron el gesto y continuaron organizando los últimos detalles.

Durante los siguientes días hablaron de todo lo necesario. Prepararon la comida, revisaron qué llevarían, organizaron los bolsos y decidieron algunos lugares que podrían visitar cuando llegaran.

Finalmente llegó el fin de semana.

Todos se levantaron temprano para prepararse. La casa se llenó de movimiento mientras acomodaban bolsos, hieleras y las últimas cosas que necesitaban llevar. Después de varias carreras de último momento, finalmente subieron a la buseta y emprendieron el camino hacia la playa.

Aylin y Valentina iban sentadas juntas en uno de los asientos de atrás. Al principio hablaron de cosas normales, comentando algunos planes para los días que pasarían en la playa y recordando situaciones del colegio.

En un momento, Valentina desvió la mirada hacia la parte delantera de la buseta. Allí estaba el chico sentado unas filas más adelante.

Volvió a mirar a Aylin y una sonrisa sospechosa apareció lentamente en su rostro.

Aylin notó inmediatamente aquella expresión y supo que Valentina estaba a punto de decir algo que probablemente la haría pasar vergüenza.

—¿Cuántas veces has mirado hacia adelante desde que nos montamos? —preguntó Valentina con una sonrisa divertida.

Aylin la miró confundida.

—¿Qué estás diciendo?

—Que cuántas veces has buscado a tu novio con la mirada.

—No lo he hecho —respondió, intentando mantener una expresión seria.

—Claro que sí.

—Valentina, llevamos apenas veinte minutos de viaje.

—Precisamente. Veinte minutos separada de él y ya debes estar sufriendo.

—Ay, por favor.

—Si quieres, te cambio el asiento.

—No.

—¿Ves?

—Porque estoy cómoda aquí.

—Ajá… cómoda.

—Qué necia eres.

—Y tú qué enamorada —respondió Valentina, apoyando la cabeza contra el asiento con una sonrisa triunfante.

—Valentina…

—¿Qué? Solo estoy diciendo la verdad.

Aylin decidió ignorarla y continuó mirando por la ventana, aunque la sonrisa que intentaba esconder la delataba.

—Oye.

—¿Ahora qué?

—Bueno —dijo Valentina, cruzándose de brazos con dramatismo—. Entonces hagamos una pregunta normal. ¿Cuándo es la boda?

—¡Valentina! —exclamó Aylin mientras le daba un pequeño golpe en el brazo.

—Ay, ya, ya. Perdón.

—Fuera de bromas… me alegra verte así.

—¿Así cómo?

—Feliz —respondió Valentina, esta vez sin ninguna intención de molestarla—. Hace mucho tiempo no te veía tan tranquila.

Tal vez Valentina tenía razón. Habían pasado muchas cosas y todavía quedaban heridas que no habían desaparecido por completo, pero había algo diferente en ella. Ya no sentía que cada momento de tranquilidad tuviera que terminar en tristeza.

El viaje también había llegado en un momento inesperado. Después de tantas semanas complicadas, tener la oportunidad de compartir unos días con sus amigos, reírse y simplemente disfrutar de algo sencillo se sentía como un pequeño descanso.

Aylin volvió a mirar a Valentina y soltó una pequeña risa.

A veces podía ser imposible de soportar, especialmente cuando comenzaba con sus bromas y preguntas incómodas. Pero también era una de las personas que conseguían hacerla reír incluso cuando no tenía demasiadas ganas de hacerlo.

Y quizá por eso aquel viaje ya estaba resultando especial antes siquiera de llegar a la playa.

Cuando finalmente llegaron, todos bajaron del vehículo con sus bolsos y comenzaron a caminar en busca de un lugar donde pudieran instalarse. El sol estaba fuerte y el sonido del mar se escuchaba cada vez más cerca mientras avanzaban por la arena.

Después de caminar durante un buen rato, encontraron un espacio amplio con suficiente sombra para dejar sus cosas. Poco a poco comenzaron a acomodarse, dejando los bolsos juntos mientras algunos buscaban dónde extender las toallas.

—Mientras ustedes acomodan todo, voy a cambiarme —dijo Aylin con naturalidad.

El chico levantó la mirada de inmediato, un poco sorprendido.

—¿Cómo así?

Aylin soltó una pequeña risa.

—Ay, tranquilo. Traigo el traje de baño debajo. Tampoco soy tan atrevida.

—Ah… —respondió él, algo nervioso.

La reacción hizo que Aylin se riera un poco más mientras recogía sus cosas.

—Yo iré al baño primero —dijo él después, intentando disimular los nervios.

—Está bien. Te espero en la orilla.

Aylin comenzó a caminar hacia el lugar donde estaban los demás. Antes de alejarse por completo, se acercó un momento y le dio un beso rápido en la mejilla.

—No tardes —añadió con una sonrisa.

Él se quedó unos segundos sin saber qué decir mientras ella continuaba caminando.

Aylin apenas había avanzado unos pasos cuando sintió que alguien la tomaba suavemente del brazo.

—Aylin…

Ella se giró y encontró a Valentina mirándola con una sonrisa.

—¿Ahora qué?

—¿Por qué te vas sin mí? Espérame.

Sin decir nada más, Valentina comenzó a cambiarse rápidamente. Aylin esperó con tranquilidad mientras ella buscaba entre sus cosas lo que necesitaba para ponerse.

Cuando Valentina terminó de quitarse la camiseta, Aylin la miró por un segundo más de lo necesario y enseguida apartó la vista al darse cuenta de que la ropa se le había desacomodado.

—Valentina…

—¿Qué?

—¿Qué? —Valentina bajó la mirada de inmediato—. ¡Ay no puede ser!

—¡Ay, no puede ser!

Se giró rápidamente mientras intentaba acomodarse el top con nervios.

—Ayúdame, se me desacomodó —dijo preocupada.

Aylin soltó una pequeña risa y se acercó para ayudarla.

—Mejor ven. Yo te presto un traje. Traje uno extra.

Valentina la miró confundida.

—¿En serio?

—Sí. Ve al baño y cámbiate con calma. Es mejor así.

Valentina suspiró mientras terminaba de acomodarse la ropa.

—Ay, qué pena…

Aylin volvió a reír.

—¿Qué quieres? ¿Que se te vuelva a desacomodar? Mejor ve rápido.

—Está bien, está bien… ya voy.

Entre risas nerviosas, Valentina se dirigió al baño mientras Aylin continuaba caminando hacia la orilla, negando con la cabeza y todavía divertida por la situación.

Cuando llegó al borde del mar, se quedó unos segundos contemplando el agua. El sonido de las olas y la brisa le dieron una sensación de calma que había aprendido a disfrutar. Se agachó un poco y dejó que sus dedos tocaran el agua, sorprendida por lo fría que estaba.

Detrás de ella, el chico apareció después de cambiarse y se acercó tranquilamente hasta donde estaba.

—¿Te adelantaste mucho?

—No, apenas llegué.

Él se colocó a su lado y ambos se quedaron mirando el mar durante unos segundos.

—Se ve bonito hoy.

—Sí… está tranquilo.

Comenzaron a caminar despacio por la orilla, dejando que el agua les cubriera los pies cada vez que una ola llegaba hasta ellos. Por unos momentos no hubo necesidad de hablar. El ambiente era tranquilo y ninguno parecía tener prisa.

A lo lejos, Valentina todavía no aparecía, así que Aylin aprovechó aquel pequeño momento para quedarse allí.

—Se siente raro estar así —comentó después de unos segundos.

Él la miró de reojo.

—¿Raro cómo?

—Raro en el buen sentido. Como si todo por fin estuviera en su lugar.

—Creo que sí. Por lo menos ahora se siente mucho más tranquilo que antes.

Siguieron caminando unos pasos, dejando que el sonido del mar llenara el silencio entre ellos. Aylin sintió que podía estar allí sin pensar demasiado en lo que había pasado ni en lo que todavía podía ocurrir.

—¿Quieres meterte ya o esperamos a los demás?

—Podemos esperar un poco. Valentina todavía está en el baño.

—Siempre Valentina en problemas.

—Es Valentina. No cambia.

Después de un rato caminando por la orilla, él miró hacia donde estaba su familia a lo lejos.

—Voy a ir con mi mamá un momento. Ya vengo.

—Está bien.

Él le dedicó una última sonrisa antes de alejarse. Aylin se quedó sola en la orilla, observando cómo las olas llegaban suavemente hasta la arena y volvían a desaparecer.

Se sentó cerca de la orilla y abrazó sus piernas mientras el sonido del mar llenaba el espacio a su alrededor.

El viento movía suavemente su cabello y la brisa fresca le rozaba el rostro. Aylin apoyó la barbilla sobre sus rodillas y permaneció unos minutos mirando el horizonte, dejando que sus pensamientos se acomodaran poco a poco.

Por un momento, todo se sintió diferente. No había discusiones, recuerdos que la persiguieran ni personas esperando que tomara una decisión. Solo estaba allí, escuchando el mar y disfrutando de una tranquilidad que no había sentido en mucho tiempo.

Por otro lado, Valentina salió del baño un poco agitada y comenzó a mirar alrededor, buscando a Aylin entre las personas que se encontraban en el lugar. Cuando finalmente la encontró, se acercó rápidamente.

—Aylin…

Aylin se giró al instante al notar el tono de su voz.

—¿Qué pasa?

—Espérame… necesito respirar bien.

—¿Qué pasó? ¿Le pasó algo a mis papás?

—No, no… —respondió Valentina rápidamente—. No es eso.

—Entonces dime ya.

—Te vas a enojar.

—¿Qué hiciste?

—Mientras estaba en los baños… me encontré a Ángel y a Santiago.

—¿Qué?

Valentina continuó rápidamente, antes de que pudiera hacerle más preguntas.

—Ángel estaba con una chica. Creo que son novios porque los vi besándose. Y… lo peor es que él me vio.

—¿Cómo así?

—Me preguntó por ti y, sin pensarlo, le dije que estabas aquí.

—Valentina…

—No supe qué decir —se defendió rápidamente—. Fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Y qué más?

—Me pidió que te dijera que quería verte. Dijo que podían encontrarse en una hora en la orilla.

—¿Qué hiciste? —preguntó nuevamente, esta vez con un tono más serio.

—Perdón… De verdad. No supe cómo reaccionar.

—Ya está —respondió, aunque su voz todavía tenía cierta tensión—. Sé que no lo hiciste con mala intención.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a ir —dijo finalmente.

—¿Segura?

—Sí...

Esta vez decidió no insistir ni hacerle más preguntas. Aylin, por su parte, intentó cambiar el ambiente antes de que la conversación volviera a ponerse demasiado seria.

—Bueno, mejor no nos metamos tan profundo. Así dejo de pensar en todo esto.

Valentina la miró todavía con cierta inquietud.

—Oye… pero antes quiero preguntarte algo.

—¿Ahora qué?

—¿No sientes nada raro al saber que él está con alguien más?

—Ay, ¿sabes qué? Si vas a ponerte así de intensa, mejor me meto yo sola.

Comenzó a caminar hacia el agua sin esperar respuesta.

—¡Oye! ¡Pero contéstame!

—¡No voy a contestarte nada!

—¡No te hagas la difícil!

Durante un buen rato, ambas dejaron el tema a un lado. El agua estaba fresca, las olas no eran demasiado fuertes y, poco a poco, Aylin consiguió olvidarse de la conversación que había tenido con Valentina.

Entre risas, carreras para escapar de las olas y algunos intentos fallidos de salpicarse mutuamente, el tiempo pasó mucho más rápido de lo que imaginaban. Por unos momentos, Aylin no pensó en nada más que en disfrutar de aquella tarde y dejarse llevar por la tranquilidad del lugar.

Después de un rato, Valentina decidió salir del agua. Caminó hasta la orilla y se acercó a donde habían dejado sus cosas para buscar el celular.

Aylin permaneció unos segundos más dentro del mar, observándola desde el agua. Al verla revisar la pantalla con tanta insistencia, entendió de inmediato lo que estaba comprobando.

La hora.

Sin darse cuenta, había pasado más tiempo del que pensaban. Aylin soltó un suspiro y comenzó a caminar hacia la orilla, dejando que las últimas olas le golpearan suavemente las piernas mientras salía del agua.

—¿A dónde vas? —preguntó el chico justo cuando Aylin estaba a punto de salir del agua.

—Tengo que hacer algo urgente.

—¿Urgente como qué?

—Nada importante —respondió rápidamente—. Disfruta el agua, ya vuelvo.

Él la observó durante unos segundos, como si notara que estaba intentando ocultarle algo.

—Está bien… pero no tardes.

Aylin le dedicó una pequeña sonrisa antes de alejarse. Mientras caminaba, sintió que había logrado convencerlo, aunque por la expresión que había dejado atrás no estaba completamente segura.

Cuando llegó hasta donde estaba Valentina, la encontró mirando su celular. Al verla acercarse, levantó la pantalla.

—Ya es hora.

—Sí, me lo imaginaba. Pero ni siquiera dijo dónde quería verme.

—No exactamente.

—¿Cómo que no exactamente?

Valentina comenzó a mover el celular entre sus manos, claramente incómoda. Parecía estar buscando la mejor manera de contarle algo que sabía que no iba a gustarle demasiado.

—Bueno… sobre eso hay algo que no te he dicho.

—¿Qué pasa ahora?

—No me dijo un lugar específico.

—Entonces no entiendo.

—Me pidió tu número… y se lo di para que te escribiera directamente.

—¿Qué hiciste?

—Le di tu número —repitió Valentina con una sonrisa nerviosa.

—¿Le diste mi número?

—Sí…

—¡Valentina!

—No me grites —respondió Valentina, haciendo una pequeña mueca.

—¿Cómo quieres que no te grite? ¿Le diste mi número sin preguntarme?

—Perdón. Pensé que era lo mejor.

—¿Y ahora qué se supone que hago?

—Esperar a que te escriba.

—Por Dios...

—No me veas así. Tú tampoco querías volver a tocar el tema.

—Porque ese tema ya terminó.

—¿Terminó o tú quieres creer que terminó?

—Tú y yo no hemos terminado, ¿me oyes? —dijo mientras comenzaba a levantarse.

—Aylin...

Valentina intentó detenerla, pero ella ya había decidido no escuchar nada más. Tomó sus cosas y salió del lugar, dejando la conversación inconclusa.

Mientras caminaba, miró nuevamente la pantalla de su celular. Por alguna razón, aquel mensaje había llegado justo cuando menos quería pensar en lo que Valentina acababa de decir.

Y aunque intentaba convencerse de que aquella etapa ya había quedado atrás, una pequeña parte de ella comenzaba a preguntarse si realmente era así.

Aylin caminó hasta quedar muy atrás de Valentina y del resto de las personas que la acompañaban. Con cada paso, las voces se fueron haciendo más lejanas, hasta que solo quedó el sonido constante de las olas golpeando la orilla.

Cuando llegó al lugar, distinguió a Ángel sentado sobre una roca, de espaldas al mar. Por un momento pensó que todo sería sencillo: acercarse, escucharlo y regresar con los demás. Sin embargo, al verlo allí, sintió que la tensión volvía a instalarse en su cuerpo.

Ángel levantó la mirada cuando la escuchó acercarse. Durante unos segundos ninguno dijo nada. Él parecía estar buscando la manera correcta de comenzar, mientras Aylin permanecía de pie frente a él, esperando que terminara de una vez.

Finalmente, Ángel bajó la mirada y respiró profundamente.

—No te llamé para hacerte daño —dijo con calma—. Solo quería hablar contigo y pedirte perdón por todo lo que pasó.

—¿Perdón? —repitió—. ¿Después de todo lo que viví por tu culpa?

—Lo sé… y no tengo forma de arreglarlo —admitió—. Solo quería que lo escucharas de mí.

—No necesito eso —respondió—. No quiero más explicaciones, ni recuerdos, ni nada de esto.

—Entonces… ¿qué quieres que haga?

—Quiero que te vayas de mi vida —dijo finalmente—. Ya no quiero volver a verte.

Había imaginado muchas veces cómo sería enfrentarse a él nuevamente, pero nunca había pensado que llegaría un momento en el que realmente quisiera cerrar aquella puerta.

—Eso es lo único que te estoy pidiendo —añadió con la voz más firme—. Déjame seguir con mi vida.

—Entiendo —respondió después de unos segundos.

Aylin apretó los labios, intentando mantener la firmeza. No quería que su voz delatara lo mucho que le estaba costando aquella conversación.

—De verdad… esta vez.

—Está bien —dijo finalmente, con calma—. Me voy.

Aylin se quedó quieta por un instante, con la respiración todavía inestable. La pregunta había tocado algo que llevaba tiempo intentando evitar y, por unos segundos, no supo qué responder.

Había algo dentro de ella que no quería que todo terminara de aquella manera. No porque hubiera olvidado lo que había pasado, ni porque de repente todo dejara de doler, sino porque durante aquel encuentro había comenzado a entender algo que antes se había negado a aceptar.

Recordó las enseñanzas que había escuchado durante aquellos días. Habían hablado de perdonar, de dejar atrás el rencor y de no permitir que las heridas terminaran controlando la vida de una persona. También había escuchado testimonios de personas que habían decidido soltar aquello que las mantenía atrapadas en el pasado.

Aylin había escuchado todo eso pensando que algún día podría aplicarlo a su propia vida, pero nunca imaginó que tendría que enfrentarse a esa decisión tan pronto.

Durante mucho tiempo había confundido el perdón con olvidar. Pensaba que perdonar significaba decir que lo que habían hecho estaba bien o dejar de sentir dolor por ello. Ahora comenzaba a comprender que podía perdonar sin justificar lo ocurrido y que también podía alejarse de alguien sin cargar con odio.

Respiró profundamente mientras levantaba la mirada. Todavía tenía heridas que sanar y recuerdos que probablemente seguirían doliendo, pero ya no quería seguir alimentando el mismo rencor que había llevado durante tanto tiempo.

Sin pensarlo demasiado, su voz comenzó a salir suave, casi como un recuerdo que volvía a abrirse paso. Era una canción que los había identificado meses atrás, una de esas que alguna vez había cantado sin imaginar todo lo que llegaría a significar después.

Ángel giró al escucharla, sorprendido por aquella voz que reconocía tan bien.

Aylin continuó cantando con la mirada baja. No lo hacía para borrar el pasado ni para fingir que nada había sucedido. Lo hacía porque, por primera vez, quería demostrarle a su propio corazón que podía dejar de vivir desde el rencor.

Y mientras la canción avanzaba, entendió que quizá perdonar no significaba volver atrás.

A veces, perdonar también era una forma de seguir adelante.

Sin pensarlo demasiado, Aylin se lanzó hacia sus brazos y lo abrazó con fuerza. Todo aquello que había guardado durante tanto tiempo pareció salir en ese instante, como si finalmente se hubiera permitido dejar de luchar contra lo que sentía.

Ángel la sostuvo de inmediato, sin dudarlo. Sintió cómo ella temblaba entre sus brazos mientras intentaba contener las lágrimas, pero esta vez no hizo ningún esfuerzo por esconderlas.

—Si te perdono… —dijo Aylin entre lágrimas—, perdóname tú a mí por haberte hecho sufrir.

Ángel cerró los ojos por un instante y la abrazó un poco más fuerte.

—Gracias… de verdad —respondió en voz baja—. Pensé que te iba a perder para siempre.

Aylin lo apretó un poco más fuerte, incapaz de contener las lágrimas que seguían cayendo por sus mejillas. Durante unos segundos no hubo palabras entre ellos. Solo permanecieron abrazados, dejando que el sonido del mar y el viento llenara aquel momento.

Ambos entendieron que algunas heridas no desaparecen por completo. Hay recuerdos que permanecen y momentos que nunca dejan de doler del todo, pero eso no significa que deban seguir viviendo dentro de ellos de la misma manera.

Mientras continuaban abrazados, Aylin levantó ligeramente la mirada. Fue entonces cuando miró a Santiago.

A unos metros de distancia, sobre la arena y con las manos dentro de los bolsillos, Santiago permanecía observándolos en silencio.

—¿Santiago? ¿Qué haces aquí?

—Vine con Ángel. Pensamos que lo mejor era que él hablara contigo primero… y después vendría yo.

—Mira… así como se lo dije a Ángel, también quiero decírtelo a ti. Te perdono. Creo que vivir con odio no es vida.

—Gracias… no sabes cuánto necesitaba escuchar eso.

—Pero siempre he vivido con ese remordimiento… pensando que, de alguna manera, todo fue por mi culpa.

—No lo digas, por favor. Escuchar eso siempre ha sido muy duro para mí. Nunca quise que cargaras con ese peso.

Aylin se quedó mirándolo, sorprendida por la firmeza de sus palabras.

—Pero yo sentía que…

—Lo sé —la interrumpió con suavidad—. Sé que lo has pensado durante mucho tiempo, pero no quiero que sigas castigándote por algo que no estaba en tus manos.

—Yo también cometí errores —continuó Santiago—. Y sé que Ángel también los cometió. Pero eso no significa que tú tengas que pasar el resto de tu vida pagando por ellos.

—Entonces… ¿por qué nunca me lo dijiste?

Santiago guardó silencio durante unos segundos.

—Porque en ese momento ninguno de los dos sabía cómo hacerlo. Éramos demasiado inmaduros y terminamos lastimándonos de maneras que nunca debieron pasar.

Aylin dirigió la mirada hacia una gran roca que sobresalía frente al mar y luego volvió a mirar a Santiago y Ángel. Después de todo lo que habían vivido, aquella conversación merecía un lugar tranquilo, lejos del ruido y de las personas que pudieran interrumpirlos.

—¿Qué les parece si nos sentamos un rato allá? Creo que ya es hora de hablar como tres personas adultas.

Sin decir nada más, los tres caminaron hacia la roca mientras el sonido de las olas acompañaba cada uno de sus pasos.

Tomaron asiento sobre la gran roca que daba hacia el mar.

—Bueno… ya hablamos del pasado. Cuéntenme, ¿qué han hecho con sus vidas desde que pasó todo esto?

Santiago sonrió con cierta timidez antes de responder. Había algo diferente en su expresión, como si finalmente pudiera hablar de su vida sin sentirse atrapado por lo que había ocurrido.

—Por mi parte… acepté que ya no quería seguir viviendo anclado a lo que pasó. Decidí rehacer mi vida y, con el tiempo, conocí a una mujer increíble.

—Me alegra mucho escuchar eso.

Santiago soltó una pequeña risa y negó con la cabeza, todavía un poco sorprendido por cómo habían terminado las cosas para él.

—De hecho, todo pasó tan rápido que… hace unas semanas nos enteramos de que está embarazada.

—¿Qué? ¡No puede ser! ¡Felicidades!

—Gracias —respondió Santiago con una sonrisa—. La verdad, todavía me cuesta creerlo.

—De verdad me alegra verte feliz.

—¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida? —preguntó Aylin mirando a Ángel.

—Yo también seguí adelante. Hace un mes empecé una relación.

—Sí, ya me había enterado.

—¿Cómo? Si yo nunca te lo dije.

—Valentina me contó.

—Claro… tenía que ser Valentina.

Aylin sonrió mientras acomodaba sus manos sobre las piernas. La conversación había tomado un rumbo que ninguno parecía haber esperado.

—¿Y estás feliz? —preguntó Aylin.

—Sí. Bastante.

—Entonces me alegra por ti.

—¿Y tú, Aylin? —preguntó Santiago con curiosidad.

—Yo también rehíce mi vida. Hace un tiempo volví con un chico de la iglesia.

Ángel la observó con atención, sorprendido por la tranquilidad con la que hablaba del tema.

—¿Y cómo van?

—Muy bien. Ya llevamos bastante tiempo juntos y… ha sido una persona que me ha enseñado mucho.

—Me alegra escuchar eso.

Ángel también sonrió y dirigió la mirada hacia el mar.

—Al final, creo que la vida encontró la manera de acomodarnos a los tres.

Los tres permanecieron sentados sobre la roca durante un buen rato, hablando de distintas cosas que habían quedado pendientes entre ellos. La conversación pasó de un tema a otro, mezclando recuerdos serios con algunas anécdotas que terminaron provocando más de una risa.

Mientras Santiago continuaba hablando, Aylin levantó la vista hacia la playa. Una figura conocida caminaba de un lado a otro cerca de la orilla, mirando hacia diferentes lugares.

Era Valentina.

Por la forma en que se movía, parecía llevar varios minutos buscándola. Aylin sonrió y negó ligeramente con la cabeza.

—Creo que me están buscando.

Santiago y Ángel siguieron la dirección de su mirada. Valentina finalmente levantó la vista y consiguió verlos sobre la roca.

En cuanto los reconoció, comenzó a caminar rápidamente hacia ellos.

Aylin se levantó y sacudió un poco la arena de su ropa. Miró a los dos antes de bajar de la roca.

—Será mejor que vaya antes de que Valentina venga por mí.

—¡Aylin! ¡Por fin te encuentro! —gritó Valentina mientras se acercaba—. Tus papás te están buscando… y tu novio también.

Aylin abrió los ojos al escuchar la última parte. Valentina se detuvo frente a ellos y miró primero a Santiago, después a Aylin y finalmente a Ángel.

—Bueno… creo que ya entendí todo —comentó con una risa nerviosa.

—Valentina…

—Creo que ahora sí es momento de irnos —dijo Aylin mientras se ponía de pie.

Valentina tomó aire, todavía intentando procesar lo que acababa de encontrar.

—Definitivamente voy a necesitar una explicación después.

Santiago también se levantó y se despidió de ambas con un gesto antes de comenzar a alejarse.

Ángel sacó su celular del bolsillo y miró a Aylin.

—Bueno… ya tienes mi número. Podemos seguir hablando por ahí.

—Me parece bien.

—Nos vemos pronto.

Aylin correspondió al abrazo y luego se apartó.

Valentina inmediatamente la tomó del brazo.

—Vamos, antes de que tus papás manden a alguien más a buscarnos.

—Está bien, ya voy.

Aylin dio unos pasos hacia atrás sin dejar de mirarlos . Antes de alejarse por completo, les dedicó una última sonrisa, una mucho más tranquila que las que había mostrado durante tantos años.

Después se dirigió hacia Valentina y comenzó a caminar con ella por la playa hasta donde se encontraba el resto . Durante los primeros minutos ninguna dijo nada. Solo se escuchaba el sonido de las olas golpeando suavemente la orilla mientras avanzaban por la arena.

Valentina caminaba a su lado, observándola de vez en cuando. Era evidente que quería saber qué había ocurrido, pero esperó hasta que Aylin estuviera preparada para hablar. Finalmente, la conversación comenzó de manera natural y Aylin terminó contándole lo que había sucedido.

Le explicó que al principio había sentido muchos nervios y que incluso había pensado que no sería capaz de decir una sola palabra. Sin embargo, después de unos minutos, todo comenzó a salir de manera natural.

Mientras hablaba, Aylin se dio cuenta de que algo dentro de ella había cambiado. Durante mucho tiempo había imaginado aquel momento y siempre había pensado que volver a verlos sería demasiado doloroso. Sin embargo, ahora que finalmente había sucedido, lo que sentía no era la misma angustia que había esperado.

Sentía paz.

Aquellos recuerdos continuaban formando parte de su historia, aunque habían dejado de controlar la manera en que veía su presente.

Las dos continuaron caminando hasta acercarse al resto . Aylin podía ver a sus padres a lo lejos y notar la preocupación que todavía había en sus rostros. Cuando finalmente la vieron regresar, ambos parecieron respirar aliviados.

—¿Dónde estabas, hija? Ya nos tenías preocupados —preguntó su madre apenas se acercó.

—Perdón, mamá. Necesitaba hablar con unas personas y perdí la noción del tiempo.

—Lo importante es que ya estás aquí.

Sin embargo, mientras continuaba hablando con ellos, sintió una mirada fija sobre ella.

Al levantar la vista, distinguió a su pareja a unos cuantos metros de distancia. Permanecía de pie, observándola en silencio. No tenía la sonrisa que normalmente llevaba cuando la veía y su expresión parecía mucho más seria de lo habitual.

Él finalmente se acercó.

—¿Podemos hablar un momento?

Aylin volvió la mirada hacia Valentina, que permanecía cerca de sus padres.

—Ya vengo.

—¿Qué pasa? —preguntó Aylin,

—Quiero preguntarte algo, pero necesito que me respondas con sinceridad.

—Claro… dime.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a hablar con Ángel y con Santiago?

—Fue Valentina, ¿verdad?

—Solo dime si sí o no.

—Sí…

—Entonces era cierto.

—Sí, pero no pasó nada.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía que no me ibas a entender. Si te lo contaba antes de ir, probablemente habrías intentado impedir que fuera.

—¿Y cómo querías que reaccionara? Te fuiste a ver con las personas que más daño te hicieron.

—No fui para volver con ellos. Fui para cerrar una etapa de mi vida.

—Ellos te lastimaron, Aylin. No entiendo para qué seguir buscándolos.

—Porque pude perdonarlos.

—¿Perdonarlos?

—Sí. Así como un día pude perdonarte a ti por todo lo que vivimos, también puedo perdonar a las personas que me hicieron daño.

Él guardó silencio.

—Perdonar no significa que todo vuelva a ser igual —continuó Aylin—. Significa dejar de vivir con odio y rencor. No quiero seguir cargando enojo por personas que ya no forman parte de mi vida.

—Solo quiero que no vuelvan a lastimarte.

—Entonces escúchame antes de juzgarme.

Aylin no esperaba que él estuviera de acuerdo con todo lo que había hecho. Solo necesitaba que entendiera que aquella decisión había sido suya y que, sentía que tenía el control sobre una parte de su propia historia.

—No necesito que apruebes cada decisión que tome —dijo finalmente—. Solo necesito que confíes en que estoy aprendiendo a decidir por mí misma.

Después de aquel día en la playa, algo comenzó a cambiar dentro de Aylin. Sintió que su vida volvía a tomar el rumbo que siempre había querido. Todavía había cosas que necesitaba sanar y momentos que podían dolerle, pero ya no sentía que el pasado tuviera el mismo control sobre ella.

Después de lo ocurrido en la playa, comenzó a hablar con Santiago y Ángel con mayor frecuencia. Al principio eran conversaciones sencillas, mensajes que aparecían durante el día sin ninguna intención de hablar sobre el pasado. Poco a poco, aquella comunicación se volvió parte de su rutina.

Con el paso de los días, las conversaciones fueron haciéndose más largas. Ya no necesitaban regresar constantemente a los errores que habían cometido ni a todo lo que había sucedido atrás. Preferían hablar de cómo había sido su día, reírse de cualquier tontería, contarse cosas que les habían pasado o recomendarse canciones que creían que al otro podían gustarle.

Aylin comenzó a disfrutar nuevamente de aquellas conversaciones. No sentía la presión de tener que definir qué eran ni hacia dónde iba aquella relación. Simplemente dejaba que las cosas sucedieran con naturalidad.

Hasta que llegó diciembre. Las calles comenzaban a llenarse de luces, los comercios decoraban sus vitrinas con árboles y adornos navideños, y en las casas empezaba a sentirse ese ambiente diferente que llegaba cada año con las fiestas.

Para Aylin, aquellas vacaciones significaban mucho más que descansar después de terminar el colegio. Eran una oportunidad para comenzar a disfrutar nuevamente de las cosas sencillas.

Una tarde, mientras ayudaba a su madre con algunos quehaceres de la casa, su celular comenzó a sonar. Al mirar la pantalla, reconoció inmediatamente el nombre de la pastora.

—Hola, Aylin. ¿Cómo estás?

—Muy bien, pastora. ¿Y usted?

—Gracias a Dios, muy bien. Te llamaba porque dentro de unos días tendremos el campamento de jóvenes y necesito tu ayuda.

—Claro. ¿En qué puedo colaborar?

—Está bien, pero de todas esas cosas… ¿con cuál empiezo?

La pastora sonrió antes de explicarle que primero tendría que ir a su casa para comenzar a organizar varios detalles. Había que preparar las cámaras, hacer algunas manualidades y empezar a coordinar los roles que tendría cada ministerio durante el campamento.

—Ah… bueno. Nada más eso. Qué poco.

—¿Eso fue sarcasmo?

—Tal vez un poquito.

—Me lo imaginé.

Ambas terminaron riéndose. La pastora le aseguró que no tendría que encargarse de todo por su cuenta y que trabajarían juntas para organizar cada detalle.

Aylin sonrió al escucharla. La lista parecía enorme y sabía que tendría bastante trabajo por delante, pero también sentía emoción. Después de tanto tiempo alejándose de muchas cosas, aquella oportunidad le permitía volver a aprender, aportar y poner en práctica todo lo que sabía hacer.

Antes de terminar la conversación, la pastora le explicó que en unos días tendrían que salir en el carro para comprar los materiales que necesitarían para el campamento. Aylin tomó nota mentalmente y comenzó a pensar en qué tendría que organizar para poder acompañarla.

—Está bien. Solo avíseme para hacerme un espacio en mi agenda.

—¿Agenda? Si ya estás de vacaciones.

—Por eso mismo. Yo también tengo una agenda de descanso

—Nos vemos.

Después de terminar la llamada, Aylin dejó el celular a un lado con una pequeña sonrisa. Aunque las vacaciones habían llegado, sus días estaban llenos de trabajos.

Dos días después, tal como habían acordado, Aylin llegó a la casa de la pastora. Apenas entró, encontró una mesa llena de papeles, cajas y diferentes materiales que esperaban ser organizados. Había tantas cosas esparcidas que por un momento se quedó observando todo sin saber por dónde comenzar.

—Veo que no exageraba cuando dijo que había muchas cosas por hacer —comentó Aylin mientras miraba alrededor.

—Bueno, sacaré el carro para irnos.

—Pastora…

—Dime.

—Verdad que me tengo que quedar unos días, ¿verdad?

—Creo que sí. El campamento es en un mes, así que todavía tenemos bastante por organizar.

—Es que estaba pensando en buscar un trabajo temporal y eso…

—¿Un trabajo?

—Sí. No quiero pasarme en mi casa día tras día. Me aburro muy rápido.

—Mmm… creo que el pastor sabe de un trabajo, pero no estoy completamente segura.

—Todavía no le he contado nada a mis amistades. Sé que algunas conocen lugares donde podría trabajar, pero lo he estado pensando bastante.

—Si quieres experimentar eso, hazlo. Solo recuerda que también vienen muchas cosas de la iglesia y vamos a necesitar tiempo para prepararnos.

—Lo sé. Pero si pude con el colegio y con todos esos problemas que tuve, también puedo con esto.

—Así se habla. Ahora sube, que todavía tenemos muchísimo que hacer.

—Otra cosa…

—Dime.

—¿Este vestido no te parece un poco corto?

—No. Te ves bien.

—Es que me da pena que alguien me vea las piernas y se sobrepase conmigo.

—Tranquila. Yo voy a estar contigo.

—De una vez le advierto que, si alguien se sobrepasa conmigo, no respondo.

—Ay, no seas exagerada. Sube.

Aylin terminó riéndose y finalmente entró al carro. Mientras se acomodaba en el asiento, sintió que aquella conversación había sido más sencilla de lo que esperaba.

Tenía muchas cosas por delante: el trabajo que quería buscar, las responsabilidades de la iglesia y todo aquello que todavía estaba intentando reconstruir en su vida.

Aylin se subió al carro, se colocó el cinturón de seguridad y la pastora arrancó para comenzar el recorrido de tienda en tienda. Ambas llevaban una lista con todo lo que necesitaban conseguir para el campamento y sabían que probablemente les tomaría buena parte del día encontrarlo todo.

Durante toda la mañana recorrieron diferentes tiendas buscando los materiales necesarios. Entraban, revisaban precios, comparaban opciones y anotaban todo lo que podía servir. Algunas cosas parecían sencillas de encontrar, pero otras resultaban más complicadas de lo que habían imaginado.

En la primera tienda encontraron varias decoraciones que podían utilizar, aunque los precios eran más altos de lo que esperaban. Después de revisar varias opciones, decidieron continuar buscando antes de gastar parte del presupuesto.

En los siguientes lugares encontraron materiales a mejores precios, pero no siempre tenían los colores o las cantidades que necesitaban. En otros casos ocurría lo contrario: tenían exactamente lo que buscaban, pero el precio no era conveniente.

A pesar del cansancio que comenzaba a aparecer, las dos continuaron recorriendo los pasillos y revisando cada opción. Entre una tienda y otra también encontraban momentos para conversar, hacer bromas y reírse de lo complicado que estaba resultando conseguir todo.

En uno de los lugares, Aylin terminó cargando una caja llena de materiales mientras caminaba detrás de la pastora. La cantidad de cosas que habían terminado comprando ya comenzaba a acumularse y ambas entendían por qué habían necesitado dedicar todo un día a los preparativos.

Con el paso de las horas, la lista comenzó a llenarse de marcas. Poco a poco habían conseguido las decoraciones, los materiales para las actividades y algunos detalles que querían utilizar para hacer que el campamento se sintiera especial.

Cuando salieron de la última tienda, el sol ya comenzaba a bajar. Aylin miró todas las bolsas que llevaban y luego observó a la pastora. Después de tantas horas caminando, comparando precios y cargando materiales, ambas estaban completamente agotadas.

—Creo que hoy sí trabajamos bastante.

—Sí, fue un buen día. Aunque todavía nos faltan algunas cosas.

Aylin sonrió mientras caminaban hacia el carro. Después de tantas horas entrando y saliendo de tiendas, cargando cosas y revisando cada detalle del encuentro, ambas necesitaban un pequeño descanso.

—Pastora…

—¿Qué pasó?

—¿Podemos ir por un helado?

—¿Un helado después de todo este trabajo?

—Exactamente. Creo que nos lo ganamos.

—Está bien. Después de recorrer tantas tiendas, creo que sí nos merecemos un descanso.

—Perfecto. Conozco una heladería que queda cerca.

Subieron al carro con las bolsas de materiales y, mientras la pastora encendía el motor, decidieron pasar por una heladería antes de terminar el día. Necesitaban un momento tranquilo después de todo el esfuerzo y, sobre todo, un espacio para conversar sin estar pendientes de las compras.

Al llegar, la pastora estacionó el carro y ambas caminaron juntas hacia la entrada. El lugar estaba tranquilo y había algunas mesas libres cerca de la ventana.

—Bueno, yo voy a pedir los helados. Si quieres, puedes quedarte sentada.

—Está bien.

La pastora se dirigió hacia la caja mientras Aylin tomaba asiento. Sacó su celular para entretenerse mientras esperaba, revisando algunas notificaciones que había recibido durante el día.

Entre los mensajes encontró uno que llamó inmediatamente su atención.

—Hola, Aylin… ¿cómo estás?

—Hola, Ángel. Bien, ¿y tú?

—Bien. Un poco estresado nada más, pero todo bien.

—¿Qué pasa?

—Nada grave. Un problema con mi nueva pareja que sinceramente no sé cómo controlar.

—Pues… suerte. No sé qué más decirte.

—Mmm… ¿y tu pareja?

—Creo que todo va bien. Ahora estoy con la pastora en una heladería.

—¿En una heladería?

—Sí. Es una larga historia. Básicamente nos fuimos de compras y terminamos aquí juntas. También quería aprovechar para hablar con ella.

—¿Sobre…?

Aylin sonrió ligeramente al leer la pregunta. No tenía intención de contarle sus asuntos personales, así que decidió dejarlo claro sin darle demasiadas explicaciones.

—Nada, son cosas personales mías. Más bien, ¿vas a ir al campamento?

—Sí, claro. Ya en unos días me voy a inscribir.

—Bien, entonces te veo ese día.

Aylin dejó el celular a un lado y miró hacia la caja.En ese momento, la pastora regresó con los vasos que había ido a buscar y los colocó frente a ellas.

—Aquí están.

—Gracias.

Ambas comenzaron a comer mientras continuaban conversando tranquilamente. Por un momento, la conversación se mantuvo en cosas sencillas, hasta que la pastora aprovechó la ocasión para preguntarle cómo se sentía con todos los cambios que estaban ocurriendo en su vida.

—Y dime, Aylin… ¿cómo va todo? ¿Has pensado más en lo del trabajo?

—La verdad, sí. Siento que necesito hacer algo diferente. Quiero aprender cosas nuevas y también sentir que estoy avanzando.

—Me alegra escuchar eso. A veces salir de lo conocido también nos ayuda a descubrir cosas que no sabíamos que podíamos hacer.

Sentía que, poco a poco, varias áreas de su vida comenzaban a moverse nuevamente después de tanto tiempo sintiéndose estancada.

Mientras continuaban hablando, Aylin notó algo que poco a poco comenzó a incomodarla. Desde una de las mesas cercanas, un hombre mayor no dejaba de mirarla. Su mirada se detenía en ella de una manera que la hizo sentir incómoda.

Aylin dejó de sonreír y se acomodó un poco en la silla, intentando ignorarlo. Trató de continuar con la conversación como si nada estuviera pasando, aunque cada vez le resultaba más difícil concentrarse.

La pastora notó el cambio en su expresión y siguió la dirección de su mirada.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

La pastora no pareció completamente convencida, pero decidió no insistir. Ambas continuaron hablando mientras Aylin intentaba ignorar aquellas miradas que seguían incomodándola.

Después de unos minutos, la situación terminó por cansarla. Aylin dejó escapar un suspiro y se levantó de la mesa.

—Dios mío…

—Aylin, ¿a dónde vas?

Aylin no respondió. Caminó directamente hacia la mesa donde estaba el hombre y se detuvo frente a él.

—Y bien… ¿qué tanto me miras?

—Nada. Te ves muy hermosa.

Aylin lo observó con evidente molestia.

—¿Te parezco hermosa por mis piernas o por qué?

—Por las dos cosas.

Aylin apretó los labios, intentando mantener la calma.

—Es que… ¿tienes hermanas o madre?

—Sí, tengo dos hermanas, pero tú estás más…

—¿Más qué?

Aylin lo interrumpió antes de que pudiera terminar. Sin pensarlo demasiado, tomó el helado que estaba sobre la mesa.

—Está rico el helado, ¿verdad?

—Sí… así como puedes estar tú.

Aylin perdió por completo la paciencia.

—¿Por qué no mejor va y se come a otra vieja o a su madre, si le gusta?

Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Aylin le lanzó el helado y regresó rápidamente hacia donde estaba la pastora.

—¿Qué hiciste, Aylin?

Aylin se acomodó en la silla, todavía molesta.

—Nada… ya estoy harta de que me miren de otra manera. ¿No puedo vestirme como a mí me gusta?

La pastora la observó con seriedad.

—Sí puedes. Nadie tiene derecho a hacerte sentir incómoda por cómo vistes, pero esa no era la manera de manejarlo.

Aylin bajó la mirada. La molestia seguía presente, aunque ahora comenzaba a darse cuenta de que quizá había reaccionado de forma impulsiva.

Después de unos segundos, levantó nuevamente la cabeza.

—Más bien… ¿quedó bonito cómo quedó?

La pastora la miró fijamente.

—Aylin…

—¿Qué? Más bien vámonos.

Ambas salieron de la heladería mientras algunas miradas se dirigían hacia ellas, todavía sorprendidas por lo que acababa de suceder. Aylin caminaba detrás de la

pastora con una expresión que mezclaba incomodidad y frustración, mientras intentaba acomodarse la ropa antes de subir al carro.

La pastora arrancó y permaneció en silencio durante unos minutos. Se notaba que estaba molesta y Aylin, que ya conocía aquella expresión, terminó mirándola de reojo.

—¿En serio estás enojada?

—Sí, Aylin. Esas cosas no se hacen.

Aylin soltó un suspiro y se acomodó en el asiento.

—Ah, o sea, ¿él sí puede hacer lo que está haciendo?

—Pero esas no son formas.

—¿Formas? Entonces, ¿qué? ¿Le digo: "Vea, señor, ¿le gusta? Si quiere nos vamos a solas y me ve completa?" Por Dios, tampoco así.

—Bueno, haz lo que quieras. Mejor cambiemos de tema.

Aylin permaneció unos segundos en silencio antes de mirar por la ventana.

—¿Sobre qué?

—Cuando lleguemos, organizamos todo para comenzar de una vez. Todavía tenemos bastante que hacer.

—Está bien.

El resto del camino transcurrió con más tranquilidad. Aunque ninguna de las dos volvió a mencionar lo ocurrido, ambas sabían que aquella conversación todavía no había terminado del todo.

Los días fueron pasando y, poco a poco, Aylin y la pastora avanzaron con los preparativos del campamento. Pasaban buena parte del tiempo haciendo manualidades, organizando materiales y preparando las decoraciones. Algunas cosas tomaban más tiempo de lo esperado, pero poco a poco todo comenzaba a tomar forma.

Con el paso de los días, Aylin empezó a quedarse a dormir en la casa de la pastora para aprovechar mejor el tiempo. Se levantaban temprano, trabajaban durante varias horas y terminaban rodeadas de cajas, papeles y materiales. Aquella rutina se volvió parte de sus días mientras se acercaba la fecha del campamento.

Un día, mientras estaba en su casa, Aylin pensó que podían avanzar más rápido si recibían ayuda. Tomó su celular y escribió en el grupo de sus amistades para preguntar quiénes podían acompañarla a trabajar en las manualidades.

Las respuestas llegaron casi de inmediato. Todos estuvieron de acuerdo en ayudar y comenzaron a organizarse para llegar a la iglesia al día siguiente. Aylin también le contó a la pastora que ya tenía varias personas dispuestas a colaborar.

Al día siguiente, Aylin se levantó temprano y encontró varios mensajes de sus amigos. Sebastián le confirmó que todos llegarían cerca del mediodía para ayudar con los preparativos. Después de desayunar y arreglar algunas cosas en su casa, Aylin se preparó para salir.

Cuando llegó a la iglesia, sus amistades ya estaban allí. Algunos acomodaban cajas, otros separaban materiales y varios comenzaban a trabajar con las manualidades. Sin perder tiempo, cada uno tomó una tarea.

Entre todos avanzaron mucho más rápido. Las mesas quedaron cubiertas de materiales, las decoraciones comenzaron a tomar forma y varias cajas que llevaban días esperando ser organizadas finalmente quedaron listas.

Mientras trabajaban, Aylin recordó la conversación que había tenido con la pastora sobre buscar un trabajo temporal. Como quería adquirir experiencia y aprovechar su tiempo libre, decidió preguntarle a sus amistades si conocían alguna oportunidad.

Dan, una de sus amigas le comentó que una tía suya tenía un restaurante y estaba buscando a alguien para trabajar durante un tiempo. Aylin se interesó inmediatamente y le pidió el número para poder comunicarse con ella.

Mientras anotaba el contacto, la conversación entre las muchachas cambió de tema y terminó llegando a la relación de Aylin. Varias tenían curiosidad por saber cómo estaban las cosas con su pareja, ya que últimamente casi no hablaban debido al trabajo de él.

Aylin explicó que se veían de vez en cuando en la iglesia y que prefería no darle demasiadas vueltas al asunto. Sin embargo, las demás comenzaron a molestarla con la posibilidad de que algún día terminara acercándose nuevamente a Ángel.

Aylin intentó cambiar de tema, pero las bromas continuaron durante unos minutos. Finalmente decidió concentrarse en lo que tenía pendiente y llamó a la tía de Dana.

La mujer respondió y Aylin se presentó. Le explicó que estaba interesada en el trabajo temporal y que Dana le había proporcionado su número. Después de conversar unos minutos sobre el puesto, acordaron que Aylin podía presentarse el lunes a las ocho de la mañana para conocer el trabajo y comenzar ese mismo día.

Cuando terminó la llamada, Aylin regresó con sus amistades y les contó que había conseguido el puesto. Todas se alegraron por ella y volvieron a concentrarse en las manualidades.

Aylin estaba contenta porque finalmente tendría la oportunidad de conocer cómo era trabajar. Ahora tendría que organizar sus horarios entre el empleo, la iglesia y los preparativos del campamento, pero todavía tenía todo el fin de semana para dejar algunas cosas adelantadas.

El fin de semana pasó rápidamente entre los últimos detalles del campamento y las horas que Aylin compartió con la pastora y sus amistades. Las decoraciones quedaron prácticamente listas, los materiales fueron organizados y las tareas pendientes quedaron distribuidas.

El domingo por la noche, Aylin regresó a su casa con la mente puesta en el día siguiente. Por primera vez comenzaría una nueva rutina, y sabía que tendría que acostumbrarse a combinarla con todo lo demás que ya formaba parte de su vida.

A la mañana se levantó muy temprano en su casa. Se arregló con calma, tomó un pequeño bolso con lo necesario y, después de despedirse de su familia, salió rumbo al restaurante. Era su primer día de trabajo y, aunque intentaba convencerse de que todo estaría bien, los nervios estaban presentes desde que salió de casa.

Al llegar, respiró profundamente antes de entrar. Se quedó unos segundos frente a la puerta de vidrio, observando el movimiento que había dentro. Finalmente reunió valor y entró.

Varias mesas estaban ocupadas, los colaboradores iban de un lado a otro y el aroma de la comida recién preparada llenaba todo el lugar. Aylin observó alrededor intentando memorizar cada detalle, consciente de que a partir de ese día aquel también sería uno de los lugares donde pasaría buena parte de su tiempo.

Se acercó al mostrador y esperó a que la joven que estaba en recepción terminara de atender a otra persona.

—Buenos días. Mi nombre es Aylin. Vengo porque hablé con la señora. Me dijo que me presentara hoy para empezar a trabajar.

—Claro, un momento. Ya la llamo.

Aylin se hizo a un lado mientras esperaba. Todo era nuevo para ella: las personas, el ambiente, la manera en que se organizaban y el ritmo constante con el que todos parecían saber exactamente qué tenían que hacer.

Poco después, la tía de Dara salió por una puerta que daba hacia la cocina. Al reconocerla, se acercó con una sonrisa.

—¡Aylin! Qué bueno que llegaste.

—Buenos días.

—Bienvenida. Ven, te voy a enseñar el lugar para que conozcas cómo trabajamos aquí.

Mientras recorrían el restaurante, comenzó a conocer las diferentes áreas, los espacios donde se preparaban los pedidos y los lugares donde debía guardar sus cosas.

La mujer le explicó poco a poco cómo funcionaba el trabajo y cuáles serían sus principales responsabilidades. Aylin escuchaba con atención, intentando recordar cada indicación para no cometer errores cuando comenzara a trabajar por su cuenta.

Todavía sentía nervios, pero ya no eran los mismos que había sentido al entrar. Ahora comenzaba a aparecer otra sensación: la emoción de estar empezando una etapa nueva.

—Como es tu primer día, vamos a empezar con algo sencillo para que conozcas el ritmo del lugar.

Aylin escuchó con atención mientras la señora le explicaba cuáles serían sus primeras tareas.

—Durante estos primeros días vas a ayudarnos con la limpieza y el orden del restaurante. Conforme vayas aprendiendo, te iremos enseñando otras cosas.

—Está bien, no hay problema.

La señora le entregó un delantal y le indicó que se lo colocara antes de comenzar. Después la acompañó hasta un pequeño cuarto donde guardaban los implementos de limpieza.

—Primero vas a limpiar las mesas, acomodar las sillas y asegurarte de que todo esté listo cuando lleguen más clientes. También tendrás que barrer y revisar que el piso permanezca limpio durante el día.

—Entendido.

Con un paño en la mano, Aylin comenzó a limpiar una por una las mesas. Al principio se sentía un poco nerviosa y tenía miedo de hacer algo mal, pero poco a poco fue tomando confianza. Intentaba prestar atención a cada indicación y hacer las cosas con cuidado.

Mientras trabajaba, algunos colaboradores pasaban cerca de ella y la saludaban con una sonrisa. Aylin respondía amablemente y continuaba con lo que estaba haciendo.

Después de terminar el salón principal, siguió con los ventanales y luego acomodó cuidadosamente las sillas. Aunque eran tareas sencillas, requerían atención para que todo quedara limpio y ordenado.

Al verla trabajar, la tía de Dara se acercó para observar cómo iba.

—Vas muy bien. Se nota que haces las cosas con cuidado.

—Gracias. La verdad es que quiero aprender todo lo que pueda.

—Y lo harás. Poco a poco te iremos dando más responsabilidades.

Aylin volvió a tomar el paño y continuó con su trabajo. A pesar de que apenas llevaba unas horas en el restaurante, comenzaba a sentirse un poco más cómoda con el ambiente y con las personas que trabajaban allí.

Cuando el reloj marcó la hora del almuerzo, varios comenzaron a reunirse en el pequeño comedor del restaurante. Después de pasar toda la mañana trabajando, Aylin también agradeció tener unos minutos para descansar.

La tía de Dara se acercó y le indicó que era momento de almorzar. También aprovechó para presentarla con el resto del equipo.

Al entrar al comedor, varias personas levantaron la mirada para observar a la nueva integrante. La tía de Dara les explicó que Aylin comenzaría a trabajar con ellos desde ese día.

Algunos la saludaron con la mano y otros le dedicaron una sonrisa.

—Mucho gusto —dijo Aylin con una sonrisa tímida.

—Mucho gusto, Aylin. Bienvenida.

La conversación continuó de manera sencilla. Uno de los trabajadores le comentó que no debía preocuparse si durante los primeros días se sentía un poco perdida, porque todos habían pasado por lo mismo cuando comenzaron.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Eso me tranquiliza un poco.

Poco a poco comenzó a sentirse más cómoda y se unió a la conversación. Algunos le preguntaron cuántos años tenía, si todavía estudiaba y cómo había llegado al restaurante. Aylin respondió con tranquilidad y explicó que aún estaba en el colegio y que Dara le había contado sobre la oportunidad de trabajar allí durante un tiempo.

Al saber que era su primer empleo, varios comenzaron a contarle que los primeros días podían resultar un poco complicados, pero que con el tiempo terminaría acostumbrándose al ritmo del lugar.

Aylin escuchó con atención mientras terminaba su almuerzo. Aunque todavía tenía mucho que aprender, había llegado sentía que quizá aquel trabajo podía convertirse en una experiencia mucho mejor de lo que había imaginado.

Desde aquel día, ir al trabajo se convirtió en una de las partes favoritas de la rutina de Aylin. Cada mañana llegaba con entusiasmo, dispuesta a aprender algo nuevo y ayudar en lo que fuera necesario. Poco a poco dejó de sentirse como la nueva y comenzó a desenvolverse con mayor confianza dentro del restaurante.

Ya conocía dónde estaba cada cosa, entendía mejor el ritmo de trabajo y sabía cómo organizarse para cumplir con sus tareas. También había comenzado a disfrutar de las conversaciones con sus compañeros mientras trabajaban. Entre una actividad y otra siempre encontraba algún momento para bromear o simplemente compartir un rato con ellos.

Sin embargo, el momento que más esperaba era la hora del almuerzo. Era el único momento del día en el que todos podían sentarse juntos, dejar las responsabilidades a un lado durante un rato y conversar con tranquilidad. Las historias, las bromas y las ocurrencias nunca faltaban.

Siempre había alguien contando alguna anécdota graciosa o haciendo un comentario que terminaba provocando las risas de todos. Aylin no tardó en integrarse a aquel ambiente. Al principio se limitaba a escuchar y sonreír, pero con el paso de los días comenzó a participar cada vez más en las conversaciones y a responder con su característico sentido del humor.

Los días fueron pasando rápidamente y, casi sin darse cuenta, llegó el 24 de diciembre. Ese día el restaurante permaneció cerrado, por lo que ninguno tuvo que trabajar. Todos aprovecharon la ocasión para estar con sus familias y preparar la celebración de Nochebuena.

Aylin también decidió dedicar aquel día a su familia. Desde temprano salió a comprar los últimos regalos que todavía le faltaban. Recorrió varias tiendas hasta encontrar algo para cada persona y, aunque ninguno de los obsequios era demasiado costoso, había elegido cada uno pensando en los gustos de quienes los recibirían.

Cuando terminó las compras, regresó a casa y dejó las bolsas junto a los demás regalos. Se quedó unos minutos en silencio, pensando en todo lo que todavía quería hacer antes de que terminara el día.

Entonces recordó que había alguien más a quien quería visitar.

Tomó uno de los regalos que había preparado días atrás y salió nuevamente de casa. Su destino era la casa de la mamá de Samuel.

Desde la partida de Samuel, Aylin sabía que aquellas fechas podían resultar especialmente difíciles para ella. La Navidad traía consigo recuerdos de otros años y momentos que ya no volverían a repetirse. Por eso no quería permitir que aquella mujer pasara el día completamente sola.

Al llegar, caminó hasta la puerta y tocó suavemente. Esperó unos segundos hasta que finalmente la madre de Samuel abrió. Al reconocerla, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—¡Aylin! Qué alegría verte.

—Buenas tardes. ¿Cómo ha estado?

—Ahí vamos… un día a la vez.

—Pensé en venir a visitarla un rato. No quería que pasara el día sola. También quería recordar a Samuel con usted.

—Gracias, hija. Pasa, por favor. Me alegra mucho que hayas venido.

Aylin entró a la casa y dejó el regalo junto a la mesa. El lugar seguía teniendo pequeños detalles que le recordaban a Samuel, desde algunas fotografías hasta objetos que permanecían exactamente donde él los había dejado.

Aunque su ausencia continuaba sintiéndose en cada rincón, aquella tarde no se trataba únicamente de tristeza. También era una oportunidad para recordar los momentos que habían compartido y hablar de él sin sentir que su nombre tenía que convertirse en un silencio.

Aylin sabía que Samuel ya no estaba allí, pero también entendía que su recuerdo seguía formando parte de sus vidas. Y acompañar a su madre aquella Navidad era una pequeña manera de demostrarle que, a pesar de todo lo que había cambiado, no tenía que atravesar aquellos días completamente sola.

Aylin pasó un buen rato hablando con la madre de Samuel. Intentó distraerla con diferentes temas de conversación, pero el silencio volvía una y otra vez a llenar la casa. Había una tristeza difícil de ignorar, especialmente durante aquellas fechas, cuando la ausencia de Samuel parecía hacerse todavía más presente.

Después de unos minutos, una idea cruzó por la mente de Aylin. No quería que aquella mujer pasara la Navidad completamente sola, así que decidió invitarla a su casa.

—Señora, ¿qué le parece si pasa hoy en mi casa? Así no está sola.

—No, hija. Mis Navidades ya no son iguales.

—Lo sé, pero tampoco ayuda mucho quedarse aquí encerrada. Vamos, así por lo menos cambia de ambiente.

—¿Será?

—Sí. Me imagino que Samantha no está, ¿verdad?

—No. Me dijo que se iba a quedar donde una amiga.

—Por eso mismo. Vamos, así no pasa la noche sola.

—Está bien. Solo déjame cambiarme y prepararme.

—Claro. Tómese el tiempo que necesite.

Mientras la señora entraba a su habitación, Aylin permaneció sentada en la sala. Su mirada comenzó a recorrer los cuadros que adornaban las paredes y, poco a poco, se levantó para caminar por la casa.

Observó varias fotografías familiares. Había imágenes de Samuel cuando era pequeño, reuniones familiares, celebraciones y momentos más recientes. Cada fotografía parecía guardar una pequeña parte de la vida que había quedado atrás.

Sobre una repisa encontró un álbum de fotografías. Lo tomó con cuidado y comenzó a pasar las páginas lentamente. Algunas imágenes le provocaron una pequeña sonrisa, mientras que otras le hicieron detenerse por unos segundos más.

De pronto, una fotografía llamó por completo su atención.

Era una imagen de Samuel junto a ella.

Aylin se quedó inmóvil. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas mientras miraba la fotografía. Había pasado tanto tiempo que ya ni siquiera recordaba haberla visto antes.

La señora salió de su habitación y notó inmediatamente la expresión de Aylin.

—¿Qué tienes, hija?

—Nada... solo que ya llevaba meses sin ver esta foto.

—Sí. Ese álbum lo encontré en la casa de Samuel el día que sacamos sus cosas.

—No puede ser... Yo ni siquiera me acordaba de esta foto.

—Sí... él la conservó desde el primer día.

Aylin permaneció unos segundos en silencio. Había algo especial en saber que Samuel había guardado aquella fotografía durante tanto tiempo, incluso cuando ella ya había olvidado que existía.

Finalmente cerró el álbum con delicadeza y respiró profundamente. Las lágrimas seguían presentes, pero esta vez había una pequeña sonrisa en su rostro.

—Bueno... más bien, vamos, que se nos hace tarde.

La señora terminó de prepararse. Poco después, ambas salieron de la casa y se dirigieron hacia donde la familia de Aylin las esperaba.

Aquella Navidad fue diferente para todos. Al principio hubo tristeza y nostalgia en el ambiente, pero poco a poco las conversaciones, las risas y los recuerdos comenzaron a ocupar los espacios que antes estaban llenos de silencio.

Algunos no pudieron evitar llorar al recordar a quienes ya no estaban presentes, especialmente al pensar en Samuel. Hubo abrazos, palabras de cariño y momentos en los que nadie necesitó decir demasiado para entender lo que los demás estaban sintiendo.

Después de las lágrimas también llegaron las sonrisas. La familia compartió la cena, contó historias, recordó momentos felices y agradeció poder estar juntos una vez más.

La mamá de Samuel todavía sentía profundamente la ausencia de su hijo, pero aquella noche logró disfrutar de la compañía de personas que la querían. Por unas horas pudo sentirse acompañada y recordar que, aunque Samuel ya no estuviera, todavía tenía personas a su alrededor que estaban dispuestas a compartir aquellos momentos con ella.

Aylin observaba todo con una sonrisa tranquila. Para ella, aquella noche no se trataba de olvidar lo que había pasado, sino de aprender a recordar con amor y valorar a quienes todavía permanecían a su lado.

Entre lágrimas, abrazos y sonrisas, todos lograron pasar una Navidad en familia. Una de esas noches que, a pesar de haber comenzado con tristeza, terminan quedándose en la memoria por todo lo que significaron.

Después de aquellas fechas, Aylin continuó con su trabajo y con los preparativos del campamento. Sus días comenzaron a llenarse nuevamente de responsabilidades, pero también de nuevas experiencias que poco a poco le permitían crecer.

Cada mañana llegaba al restaurante con más seguridad que el día anterior. Con el tiempo fue conociendo mejor a sus compañeros, aprendiendo las diferentes tareas y acostumbrándose al ritmo de trabajo.

Con el paso de las semanas llegó el nuevo año. Para Aylin, comenzar un año diferente representaba una nueva oportunidad, nuevos retos y la posibilidad de seguir avanzando sin tener que olvidar todo lo que había vivido.

Aunque sus días eran cada vez más ocupados, encontraba la manera de organizar su tiempo entre el trabajo, la iglesia y los preparativos del campamento. Junto con la pastora y las muchachas continuó creando materiales, organizando actividades y revisando cada detalle para que todo estuviera listo cuando llegara el momento.

En el restaurante también comenzó a crecer. Después de aprender diferentes puestos y demostrar constantemente su responsabilidad, poco a poco comenzaron a confiarle más tareas. Con el tiempo terminó convirtiéndose en mesera.

Ya no era aquella joven nerviosa que había entrado por primera vez al restaurante sin saber exactamente qué esperar. Ahora atendía a los clientes con mayor seguridad, sabía cómo reaccionar ante situaciones difíciles y podía desenvolverse con tranquilidad incluso durante los momentos más ocupados.

Aylin se sentía orgullosa de sí misma. No porque todo fuera perfecto, sino porque podía mirar hacia atrás y darse cuenta de cuánto había cambiado.

27

¿Por qué nunca lo dijimos?

"Hay secretos que nacen del miedo, pero también hay verdades que necesitan ser escuchadas."

El día del campamento finalmente había llegado. Después de semanas de preparación, esfuerzo y muchos momentos compartidos, todo estaba listo para comenzar. Desde días atrás habían estado organizando horarios, materiales y actividades para asegurarse de que cada detalle estuviera preparado.

Esa misma madrugada, Aylin se levantó junto a los pastores alrededor de las dos de la mañana para terminar de acomodar algunas cosas en el lugar donde se realizaría la actividad. El sueño todavía pesaba sobre ella, pero la emoción de saber que finalmente había llegado el día hacía que el cansancio fuera un poco más fácil de ignorar.

Entre todos revisaron los últimos detalles, organizaron los diferentes espacios, acomodaron los materiales y comprobaron que todo estuviera preparado para recibir a los jóvenes. Cada persona tenía una tarea diferente y, aunque el lugar todavía estaba tranquilo por la hora, poco a poco comenzaba a tomar forma.

Para Aylin, aquel día también tenía un significado especial. Esa tarde tendría la responsabilidad de ser la voz principal durante el tiempo de alabanza, algo que antes había hecho muchas veces, pero que ahora sentía de una manera completamente diferente.

Mientras terminaban de acomodar las últimas cosas, Aylin revisaba una lista con el horario de las actividades y comprobaba que todo estuviera en orden. Valentina se acercó y la observó durante unos segundos, notando la concentración con la que revisaba cada detalle.

El lugar todavía estaba tranquilo, pero no tardaría mucho en llenarse de jóvenes. Aylin respiró profundamente y volvió a mirar la lista, intentando prepararse mentalmente para todo lo que les esperaba durante aquel día.

Después de terminar los últimos preparativos, los jóvenes comenzaron a llegar al lugar llenos de emoción. Poco a poco, el campamento se fue llenando de risas,

conversaciones y abrazos entre quienes llevaban tiempo esperando aquel momento. Los servidores recibían a cada grupo mientras revisaban que todo estuviera listo para comenzar.

Todos desayunaron juntos y, después, cada joven se reunió con el líder de su cabaña para organizarse y conocer a las personas con quienes compartiría durante esos días. Algunos se conocían desde antes, mientras que otros comenzaron a presentarse entre ellos y a descubrir poco a poco quiénes serían sus compañeros durante el campamento.

La mañana transcurrió en un ambiente alegre. Llegó el momento de la palabra y todos se reunieron para escuchar el mensaje preparado para ellos. Durante ese espacio, el ambiente se volvió más tranquilo y los jóvenes pudieron reflexionar sobre lo que estaban viviendo y sobre el propósito de aquellos días.

Más tarde comenzaron los juegos. Las actividades estuvieron llenas de carreras, pruebas y desafíos que hicieron que todos terminaran completamente cubiertos de lodo. Las risas se escuchaban por todo el lugar mientras los jóvenes competían, se ayudaban entre ellos y disfrutaban de cada momento.

El segundo día del campamento comenzó desde muy temprano. Aunque todos estaban cansados por las actividades del día anterior, la emoción seguía presente. Aylin llegó nuevamente junto a los pastores y comenzó a revisar que todo estuviera preparado para comenzar las actividades.

Algunos jóvenes todavía tenían sueño, mientras otros llegaban llenos de energía y comentaban lo que habían vivido el día anterior. Aylin también sentía el cansancio acumulado, pero continuó ayudando con la organización mientras el lugar comenzaba a llenarse nuevamente.

Las actividades continuaron durante todo el día. Hubo juegos, momentos de convivencia y espacios en los que los jóvenes pudieron compartir entre ellos. Aunque el cansancio comenzaba a notarse en sus rostros, nadie quería perderse ninguno de los momentos que habían preparado.

Por la tarde llegó uno de los momentos más importantes del campamento: el tiempo de palabra. Todos se reunieron en silencio mientras los líderes compartían un mensaje preparado especialmente para ellos. Las risas y conversaciones quedaron atrás y el ambiente adquirió una tranquilidad diferente.

Al terminar la palabra, varios jóvenes se acercaron a sus líderes para conversar sobre lo que habían sentido. Algunos compartieron experiencias personales, otros agradecieron por lo vivido durante el campamento y varios aprovecharon aquel momento para hablar de cosas que normalmente les costaba expresar.

Aylin observaba todo desde cerca mientras ayudaba a quienes lo necesitaban. Ver a los jóvenes acercarse, abrirse y compartir sus experiencias le hizo comprender que todo el esfuerzo detrás de la organización había valido la pena.

Finalmente, el segundo día llegó a su final. Los jóvenes regresaron a sus cabañas con la sensación de haber vivido algo especial, llevando consigo nuevas experiencias, enseñanzas y recuerdos que probablemente continuarían acompañándolos mucho después de regresar a casa.

Cuando todo estuvo listo, los jóvenes comenzaron a subir al transporte que los llevaría de regreso a la iglesia. Durante el camino continuaron las risas y las conversaciones. Algunos hablaban sobre sus momentos favoritos del campamento, mientras otros intentaban aprovechar hasta el último minuto junto a sus nuevos amigos.

Al llegar a la iglesia, varias familias y miembros de la congregación ya esperaban para recibirlos. Apenas los jóvenes bajaron del transporte, comenzaron los abrazos, las sonrisas y las preguntas sobre todo lo que habían vivido durante aquellos días.

Poco a poco comenzaron a contar sus historias. Hablaban de los juegos, las actividades, las enseñanzas, las noches en las cabañas y los momentos que más habían disfrutado. Algunos mostraban fotografías y otros simplemente intentaban explicar con emoción todo lo que había ocurrido.

Los pastores agradecieron a todos los servidores y personas que habían colaborado para que el campamento pudiera realizarse. Después de tantas semanas de preparación, finalmente podían ver el resultado de todo aquel esfuerzo frente a ellos.

La pastora se acercó a Aylin mientras el movimiento alrededor comenzaba a disminuir.

—¿Cansada?

—Muchísimo.

—Pero feliz.

—Sí… muy feliz.

Aun así, Aylin continuó con su vida. Sus días siguieron transcurriendo con su trabajo , Aunque algunas cosas habían cambiado, había aprendido a mantener la mente ocupada y seguir adelante con lo que tenía que hacer.

No imaginaba que uno de esos días aparentemente normales terminaría dándole una sorpresa que definitivamente no esperaba.

Aquella mañana todo parecía igual que siempre. Aylin se encontraba en la caja atendiendo a los clientes, organizando pedidos y revisando algunas cuentas cuando, en un momento, levantó la mirada hacia la otra caja.

Allí estaban Santiago y Ángel.

Aylin los observó sin entender qué hacían en aquel lugar. Después de unos segundos, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ellos, todavía con una expresión de sorpresa.

—¿Qué hacen aquí?

—¿Le dices tú o yo? —preguntó Ángel.

—Los dos —respondió Santiago.

—¿Qué?

—Bueno… vamos a trabajar aquí.

Aylin abrió los ojos, completamente sorprendida.

—¿Qué?

Santiago tomó la palabra, todavía con una sonrisa.

—Yo voy a ser el contador.

—Y yo el administrador —agregó Ángel.

—Dios mío… ¿saben cuántos restaurantes hay en todos lados?

—Sí —respondió Santiago—. Pero nos interesó este.

—Por Dios… entonces ni ustedes me conocen a mí ni yo los conozco a ustedes. Listo.

Sin esperar a que respondieran, Aylin se dio la vuelta y regresó a su puesto, intentando continuar con su trabajo como si aquella noticia no acabara de alterar por completo su mañana.

Detrás de ella, Santiago y Ángel intercambiaron una mirada antes de comenzar también con sus nuevas responsabilidades.

Desde ese momento, Aylin tuvo que acostumbrarse a sus nuevos compañeros de trabajo. Al principio le resultaba extraño encontrarlos en un lugar donde jamás había imaginado verlos, pero con el paso de los días aquella situación comenzó a sentirse cada vez más normal.

Cada vez que los veía concentrados en sus labores, no podía evitar recordar la sorpresa que se había llevado el día que descubrió que terminarían trabajando allí. En ocasiones hasta se reía al pensarlo, especialmente cuando alguno de ellos aparecía de repente en medio de sus tareas.

—Todavía no puedo creer que terminaran trabajando aquí.

Ángel sonreía mientras continuaba con lo que estaba haciendo.

—Ya te acostumbrarás.

—Eso espero, porque todavía me parece raro.

Sin embargo, mientras su vida laboral comenzaba a encontrar cierta estabilidad, en otra parte de su vida las cosas empezaban a sentirse diferentes.

Su relación con su pareja ya no era la misma. Aylin había comenzado a notar pequeños cambios que al principio intentaba ignorar. Las conversaciones eran menos frecuentes, los momentos juntos se habían vuelto cada vez más escasos y aquella cercanía que antes parecía tan natural comenzaba a sentirse distante.

No sabía exactamente cuándo había comenzado a cambiar todo. Tampoco podía señalar un momento específico en el que las cosas hubieran dejado de sentirse bien. Simplemente había una sensación extraña que crecía dentro de ella cada vez que intentaba pensar en su relación.

Algo no estaba bien.

Aylin intentaba convencerse de que quizá solo se trataba de una etapa, que tal vez ambos estaban ocupados y que las cosas volverían a ser como antes. Pero mientras más intentaba ignorarlo, más difícil se hacía apartar aquella sensación.

Una mañana, mientras se preparaba para comenzar su día, su celular comenzó a sonar.

—Hola, amor.

—Hola.

Aylin sonrió un poco al ver el mensaje. No era tan común que él le escribiera de repente, así que le causó cierta curiosidad.

—¿Y ese milagro? ¿Ahora sí me mandas mensajes? —preguntó con una pequeña risa.

—Nada. Solo quería saber cómo estás.

—Estoy bien. Oye… ¿no has notado algo raro entre nosotros?

—¿Por qué?

—Es que siento que ya nada es igual. No sé si es por mi trabajo o por algo más.

—No… simplemente me han pasado algunas cosas personales.

—Sabes que me las puedes contar, ¿cierto?

—Sí, pero en esto prefiero hablar con alguien más.

—¿Qué hiciste?

—Nada.

Aylin estuvo a punto de seguir preguntando, pero decidió no insistir. Si él no quería hablar en ese momento, probablemente no conseguiría nada presionándolo.

—Más bien, cuéntame, ¿cómo vas con tu trabajo?

—Bien. Voy a hablar con la tía de Dana, que es la jefa, porque solo trabajaré esta semana. Ya casi entro al colegio y quiero descansar unas dos semanas antes de volver.

—Me parece súper. También te va a servir para descansar un poco antes de volver a clases.

—Sí, eso quiero.

—Bueno, ya tengo que dejarte. Tengo que hacer unas cosas.

—Está bien. Cuídate.

—Igualmente.

La llamada terminó, pero Aylin se quedó mirando la pantalla de su celular durante unos segundos. Intentaba convencerse de que todo estaba bien, aunque en el fondo sentía que algo dentro de ella estaba cambiando. No sabía exactamente qué era ni si quería descubrirlo todavía.

Unas horas después, mientras todos organizaban algunas cosas, Santiago notó que Aylin estaba más callada de lo normal. Ella se encontraba concentrada acomodando unos papeles cuando él la observó durante unos segundos antes de acercarse.

—Aylin, ¿todo bien?

Ella levantó la mirada.

—Sí, ¿por qué?

—No sé… hoy estás más seria.

Ángel, que estaba cerca, también la observó.

—Tiene razón. Normalmente ya nos habrías regañado por algo.

—Qué exagerados son.

—Entonces sí estás bien —dijo Santiago con una sonrisa.

—Solo estoy pensando en algunas cosas.

Ángel parecía tener curiosidad, pero decidió no insistir. Sabía que, cuando Aylin no quería hablar de algo, presionarla solo conseguía que se cerrara.

—Bueno, recuerda que si necesitas hablar, aquí estamos.

—Gracias.

Los dos volvieron a lo que estaban haciendo y la conversación quedó ahí. Aylin intentó concentrarse nuevamente en sus responsabilidades, aunque sus pensamientos seguían regresando a aquella llamada.

Por más que quisiera ignorarlo, algo había cambiado. Y quizá lo que más le inquietaba era que, no estaba segura de querer que volviera a ser como antes.

Sabía que podía contar con ellos, aunque todavía no estaba lista para explicar todo lo que sentía. Esa seguridad le bastaba por el momento, y prefería dejar que las cosas avanzaran sin tener que poner en palabras algo que todavía no comprendía del todo.

Esa noche, al llegar a su casa, Aylin revisó su celular. Tenía varios mensajes pendientes y algunas notificaciones, pero ninguno de la persona que esperaba. Después de unos minutos dejó el celular a un lado y decidió no darle más vueltas al asunto.

Los días continuaron pasando hasta que finalmente llegó el último día de trabajo de Aylin. Aquella mañana llegó al restaurante con una mezcla de emociones. Por un lado, se sentía feliz por todo lo que había vivido durante ese tiempo, pero también sabía que iba a extrañar a las personas con las que había compartido tantas horas.

Al finalizar la jornada, sus compañeros prepararon una pequeña despedida. Le agradecieron por el tiempo que había estado con ellos y le entregaron un pequeño detalle como recuerdo.

Aylin se despidió con una sonrisa, agradecida por la oportunidad y por todo lo que había vivido durante aquella etapa. Había aprendido mucho, pero sobre todo había descubierto que podía adaptarse a lugares nuevos y conocer personas que terminarían siendo importantes para ella.

Al salir del restaurante, miró el lugar por última vez antes de marcharse. Sabía que aquella etapa había terminado, pero también que se llevaba recuerdos que difícilmente olvidaría.

Después de varias semanas de trabajo y responsabilidades, finalmente tuvo algunos días para descansar. Volvió a levantarse más tarde, disfrutar de sus tardes y hacer cosas que había dejado de lado por falta de tiempo.

Algunas noches se quedaba jugando en su computadora, viendo videos o simplemente pasando el rato. Eran días tranquilos que le permitían recuperar poco a poco sus energías.

Una noche, mientras estaba frente a la computadora, recibió una llamada grupal. Al mirar la pantalla, descubrió que su amigo Dylan, Valentina y uno de sus amigos la estaban llamando para jugar.

Aylin sonrió al verlos y, después de unos segundos, aceptó la llamada.

—Hola, chicos. ¿Cómo están? —saludó Aylin con una sonrisa.

—Hola, Aylin —respondió Valentina—. ¿Qué haces?

Aylin se acomodó en su silla y miró la pantalla.

—Nada… sobreviviendo.

Dylan soltó una pequeña risa.

—Eso suena muy tú.

—Bueno, ¿por qué no jugamos un rato? —propuso Valentina.

—Si quieren.

—Perfecto, entonces vamos entrando.

Aylin abrió el juego mientras escuchaba las voces de sus amigos al otro lado de la llamada. Poco a poco comenzaron a concentrarse en la partida y la conversación se llenó de bromas, quejas por perder y comentarios sobre lo que ocurría dentro del juego.

Después de un rato, Valentina dejó de jugar y se levantó de su silla.

—Voy a buscar algo de comer. Ya regreso.

—Está bien —respondió Aylin sin despegar la mirada de la pantalla.

ylin abrió el juego mientras escuchaba las voces de sus amigos al otro lado de la llamada. Poco a poco comenzaron a concentrarse en la partida y la conversación se llenó de bromas, quejas por perder y comentarios sobre lo que ocurría dentro del juego.

Después de un rato, Valentina dejó de jugar y se levantó de su silla.

—Voy a buscar algo de comer. Ya regreso.

—Está bien —respondió Aylin sin despegar la mirada de la pantalla.

Valentina caminó hacia la cocina mientras Aylin y Dylan continuaban jugando. Durante unos minutos, la partida siguió con normalidad, sin que ninguno de los dos prestara demasiada atención a lo que estaba ocurriendo al otro lado de la llamada.

Valentina abrió el refrigerador y comenzó a buscar algo que pudiera comer. Se inclinó hacia el interior para alcanzar un recipiente que estaba al fondo, pero al intentar cerrar la puerta no se dio cuenta de que un mechón de su cabello había quedado atrapado entre la puerta y el borde.

—¡Ayuda!

Aylin dejó de mover el personaje inmediatamente y levantó la mirada hacia la pantalla.

—¿Qué pasó?

—Mi pelo se quedó prensado en el refrigerador.

—¿Ves? Por andar de muerta de hambre.

—¡Ayúdame!

Valentina intentaba soltarse mientras Aylin seguía riéndose desde su silla.

Santiago también comenzó a reír al escuchar lo que estaba pasando.

—Pero ¿cómo te ayudamos? Nosotros no tenemos superpoderes para atravesar la pantalla.

—¡Pues hagan algo!

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Aylin entre risas—. ¿Que metamos la mano por la computadora?

Valentina soltó un suspiro de frustración mientras intentaba liberar su cabello.

—Dejen de reírse y ayúdenme a pensar.

Aylin trató de contener la risa y acercó un poco más la silla al escritorio.

—A ver, espera. No te muevas tanto porque vas a terminar arrancándote el pelo.

—¡Eso es justamente lo que estoy tratando de evitar!

Dylan continuaba riéndose mientras observaba la escena desde la pantalla.

—Definitivamente esta llamada valió la pena.

—Cállate, Dylan.

Mientras Valentina seguía atrapada con el cabello prensado en el refrigerador, el celular de Aylin comenzó a sonar varias veces sobre el escritorio. Al principio intentó ignorarlo, pensando que probablemente sería alguna notificación sin importancia, pero las llamadas y mensajes continuaron llegando.

Aylin tomó el celular y revisó la pantalla. Entre las notificaciones había un mensaje que llamó inmediatamente su atención.

—Hola, Aylin. ¿Cómo estás? Oye, quiero hablar contigo sobre algo, ya que eres la única persona que me escucha.

Aylin no esperaba recibir algo así y mucho menos de aquella persona. Volvió a leerlo antes de decidir qué responder.

Desde la cocina, Valentina notó que Aylin llevaba demasiado tiempo en silencio.

—¿Qué tanto miras, Aylin?

—Dame un momento. Lo que me acaba de llegar es más importante.

Valentina intentó girarse para verla, pero el movimiento solo consiguió que su cabello quedara todavía más atrapado.

—Ayúdame. Dile que no estás disponible.

Aylin levantó la mirada hacia ella y no pudo evitar una pequeña sonrisa.

—¿Tú qué sabes de lo que me llegó?

—No sé, pero solo ayúdame a ver cómo salgo de esto.

—Córtate el pelo.

—¿Estás loca? Mejor llamaré a mi mamá.

—Entonces hazlo. Yo voy a contestar este mensaje.

Al volver a leer el mensaje, Aylin se dio cuenta de que era Ángel quien quería hablar con ella. Le sorprendió recibir aquellas palabras de su parte. Ángel nunca había sido una persona que expresara fácilmente lo que sentía, por lo que aquella conversación llamó inmediatamente su atención.

Aun así, decidió responderle.

—Hola, Ángel. Bien, ¿y tú? Dime, ¿qué necesitas?

—Es que necesito tu opinión.

—Sí, claro.

—Es que terminé con mi pareja. No solo porque no me gustaba su forma de ser, sino porque siento que ya no la amo. No siento nada por ella.

Aylin no esperaba que aquella fuera la razón por la que Ángel había decidido buscarla.

—Entonces, ¿por qué te siento tan angustiado?

—Porque siento que ese desamor fue porque me volví a enamorar de la primera persona que me robó el corazón.

—¿Cómo así?

—En pocas palabras… me volví a enamorar de la misma persona de la que me enamoré por primera vez.

Aylin leyó el mensaje varias veces. Su corazón comenzó a latir un poco más rápido, aunque intentó no sacar conclusiones apresuradas. No quería asumir que hablaba de ella, pero tampoco podía ignorar lo que aquellas palabras le habían provocado.

—Ehh… no sé qué decirte.

No sabía exactamente qué decirle a Ángel, pero tampoco quería responder algo apresurado. Sabía que detrás de aquellas palabras había muchos sentimientos que él probablemente todavía estaba intentando ordenar.

Finalmente comenzó a escribir.

—Mira, Ángel… creo que primero tienes que ser sincero contigo mismo. A veces uno intenta seguir adelante o empezar algo nuevo, pero si en el fondo todavía hay sentimientos por alguien del pasado, es difícil construir algo con otra persona.

—Eso es lo que me preocupa. No quiero lastimar a nadie.

—Y eso habla bien de ti. Que te preocupe significa que no quieres hacerle daño a esa persona. Pero también tienes que pensar que no es justo para ninguno de los dos estar en una relación donde no sientes lo mismo.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—No tomes decisiones solo por emoción. Primero entiende lo que realmente sientes y por qué esa persona volvió a aparecer en tu vida. Después podrás decidir qué hacer sin terminar lastimando a alguien por no tener las cosas claras.

—Pregúntate si es amor o si simplemente extrañas lo que viviste con ella.

—Creo que es algo que siempre estuvo ahí.

—Entonces date tiempo. No tienes que resolver todo en un día. Pero tampoco ignores lo que sientes, porque al final eso puede terminar lastimándote a ti y a los demás.

La conversación parecía haber llegado a un punto en el que cualquier palabra podía hacerla más complicada.

Finalmente, Ángel respondió.

—Gracias, Aylin. Sabía que podía hablar contigo.

Ella sonrió ligeramente mientras miraba la pantalla.

—Siempre puedes contar conmigo, pero recuerda algo: también tienes que tomar tus propias decisiones. Yo puedo escucharte y darte mi opinión, pero la respuesta está en ti.

—Lo sé. Gracias, de verdad.

Aylin dejó el celular a un lado y volvió a concentrarse en la llamada. La partida ya había comenzado nuevamente y Valentina parecía estar mucho más tranquila después del pequeño problema que había tenido unos minutos antes.

—¿Ya lograste salir de ahí? —preguntó Aylin mientras regresaba a la sala del juego.

—Sí, por fin. Pensé que iba a tener que vivir en el refrigerador para siempre —respondió Valentina, exagerando la situación.

—Dramática.

—Oye, no fue mi culpa.

—Claro, claro. La culpa fue del refrigerador.

Las dos comenzaron a reír mientras volvían a concentrarse en el juego junto con Dylan. Durante unos minutos todo volvió a la normalidad. Se escuchaban las voces de los tres mientras comentaban la partida, se molestaban entre ellos y se reían de cualquier cosa que ocurría en la pantalla.

Sin embargo, después de un rato, Valentina notó que Aylin estaba más callada de lo habitual. Aunque seguía jugando, su atención parecía estar dividida entre la computadora y algo que tenía en mente.

—Aylin…

—¿Qué?

—Te conozco. Algo pasó.

—¿De qué hablas?

—Esa cara no es normal. ¿Qué pasó mientras yo estaba luchando por mi vida contra el refrigerador?

—Estás loca.

—Pero tengo razón.

—Ángel me escribió.

—¿Y qué quería?

Aylin comenzó a explicarle lo que habían hablado. Le contó que Ángel había terminado con su pareja y que, después de todo ese tiempo, sentía que se había vuelto a enamorar de la primera persona que le había robado el corazón.

Valentina abrió los ojos, sorprendida por la confesión.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le di un consejo. Le dije que tenía que ser sincero con lo que sentía y que no debía tomar decisiones apresuradas.

—¿Y no pensaste que esa persona podrías ser tú?

—Sí… se me pasó por la cabeza.

—¿Y?

—Nada. No quiero hacerme ideas. Puede ser cualquier persona.

Valentina la conocía lo suficiente para saber que, aunque Aylin intentara restarle importancia, aquella conversación había conseguido moverle algo por dentro.

Las dos regresaron al juego, pero aquellas palabras se quedaron rondando en la mente de Aylin. Aunque intentaba restarles importancia, una pequeña duda había comenzado a aparecer. No sabía exactamente qué significaba ni quería adelantarse a sacar conclusiones, se permitió sentir curiosidad por lo que podía estar pasando.

Pasaron unos minutos entre la partida y algunos comentarios sobre el juego. Aylin ya comenzaba a olvidarse de la conversación cuando Valentina volvió a llamarla.

—Aylinnnn…

—¿Qué?

Valentina se acercó un poco más a la cámara, con una expresión de quien acababa de descubrir algo importante.

—Acabo de captarlo.

—¿Qué cosa?

—Ya entendí por qué últimamente estás tan rara cuando hablamos de cierto tema.

Aylin se quedó en silencio, esperando que continuara.

—Y creo que tú también acabas de entenderlo.

—Valentina…

—¿Qué? Yo no dije ningún nombre.

—Eres insoportable.

—Mira… tú fuiste la primera persona que le robó el corazón a Ángel. Lo sabes. Ustedes eran como el uno para el otro, y siento que nunca dejaron completamente ese sentimiento atrás.

—Yo también lo pensé… pero él también se enamoró de otras personas.

—Sí, lo sé. Estuvo enamorado de otras chicas antes de ti.

—Exacto. Por eso no quiero pensar que se trata de mí solo porque dijo eso.

—Pero también tienes que pensar en algo, Aylin. Que una persona haya querido a alguien más después no significa que lo que sintió por la primera persona desapareciera.

—No sé, Valentina…

—Yo tampoco estoy diciendo que sea seguro. Solo digo que hay algo que no puedes negar. Cuando alguien deja una huella en tu vida, a veces, aunque pase el tiempo, esa persona sigue estando ahí de alguna manera.

Aylin no quería ilusionarse ni sacar conclusiones apresuradas, pero tampoco podía negar que las palabras de Valentina habían despertado una pequeña duda en su corazón.

Valentina se quedó pensativa durante unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Y si hablas con él en persona?

—¿En persona?

—Sí. Tal vez así puedas entender mejor qué está pasando y dejar de darle tantas vueltas tú sola.

—Es que, sinceramente, con cómo van las cosas con mi pareja y luego hablar con él… como que no, ¿verdad?

—¿A poco no me vas a decir que todavía lo amas?

—Ya… son mis sentimientos.

—Ajá… todavía lo amas, todavía lo amas.

—Valentina…

—No lo niegues.

—¿Sabes qué? Ya tengo sueño. Buenas noches…

—¿Aylin?

—¿Qué?

—No seas así.

Ambas comenzaron a reír. Sin embargo, en el fondo, Aylin sabía que aquella conversación había tocado una parte de ella que llevaba mucho tiempo intentando mantener guardada.

Después de un rato, Aylin terminó de jugar y apagó la computadora. Se acomodó en la cama y tomó el celular para revisar las notificaciones que habían llegado mientras estaba jugando.

En ese momento comenzaron a aparecer varios mensajes de Valentina, uno tras otro.

Sintió curiosidad por saber qué quería decirle, pero también sabía que probablemente la conversación terminaría llevándola nuevamente a un tema que no quería pensar esa noche.

Finalmente, decidió silenciar el chat y dejó el celular sobre la mesa de noche.

Por ahora, prefería no saber qué tenía que decirle Valentina. Solo quería dormir y disfrutar de la tranquilidad que había conseguido recuperar poco a poco.

Los días siguieron pasando con normalidad hasta que finalmente llegó el 14 de febrero, una fecha que para muchas personas significaba compartir un momento especial con sus parejas, salir juntos o preparar algún detalle.

Para Aylin, sin embargo, aquel día se sentía diferente. Aunque tenía pareja, no tenía demasiadas ganas de salir ni de hacer algo especial. Decidió quedarse en casa y pasar el día tranquila, intentando disfrutar de un poco de calma.

Aun así, no podía evitar que algunos pensamientos regresaran. Todavía tenía presente aquella conversación con Ángel y, sobre todo, las palabras que él le había dicho. Por más que intentaba continuar con normalidad, había cosas que seguían rondando en su cabeza.

Desde entonces había pensado varias veces en hablar con él sobre aquel momento. Había cosas que quería preguntarle y otras que simplemente necesitaba aclarar, pero cada vez que imaginaba la conversación terminaba dejándolo para después.

Aquella tarde, mientras permanecía en su habitación, volvió a pensar en lo mismo. Tal vez seguir evitando el tema solo estaba haciendo que le diera más vueltas de las necesarias.

Después de pensarlo durante un rato, tomó su celular y abrió la conversación con Ángel.

—Hola, Ángel.

—Hola, Aylin. ¿Cómo estás?

—Un poco confundida… Oye, ¿cómo sigues?

—Pues… al final terminé con la chica.

—Es que necesito hablar contigo.

—Qué casualidad… yo también.

—Mmm… si quieres, ven a mi casa. Voy a estar sola esta tarde.

Por otro lado, mientras continuaba hablando con Ángel, Aylin recibió un mensaje de su pareja. Al ver la notificación, dejó por un momento la conversación que tenía abierta y revisó el celular.

—Hola, amor.

—Hola.

—Oye, ¿cómo estás hoy? ¿Vas a ir a limpiar la iglesia por la actividad de jóvenes y por el Día del Amor y la Amistad?

Aylin sabía que debía responder, pero no tenía ganas de salir ni de explicar lo que realmente estaba sintiendo. Después de pensarlo un momento, decidió ser sincera, aunque solo fuera un poco.

—Hoy no quiero salir. No me siento bien.

—Está bien. Si no vas a ir, todo bien. Quédate tranquila.

Aylin leyó el mensaje una vez más y dejó el celular sobre la cama. Agradecía que no le insistiera ni le hiciera preguntas, porque en ese momento lo último que quería era tener que explicar por qué aquel día se sentía diferente.

Aylin dejó el celular a un lado y no respondió nada más. Se quedó sentada en silencio, esperando que llegara la hora de encontrarse con Ángel. Mientras tanto, intentaba encontrar la manera adecuada de comenzar aquella conversación que llevaba tanto tiempo evitando.

Sabía que, después de ese momento, algunas cosas podían cambiar. Tal vez para bien, tal vez no, pero necesitaba dejar de darle vueltas a lo mismo y escuchar de una vez lo que Ángel tenía que decir.

Sin imaginarlo, apenas unos minutos después escuchó que alguien tocaba el portón de su casa.

Aylin levantó la mirada, sorprendida. No esperaba que Ángel llegara tan rápido.

—¿Aylin? —escuchó que la llamaba desde afuera.

Ella se levantó del y caminó lentamente hasta la entrada.

—Hola… pensé que tardarías más.

—No, estaba por estos lados.

Aylin se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Si quieres, entra a mi habitación. Ahí podemos hablar más tranquilos.

Ángel entró a la casa mientras Aylin cerraba la puerta detrás de él. Los dos caminaron en silencio hasta su habitación. Aunque ambos habían esperado ese momento, ahora que finalmente estaban frente a frente parecía mucho más difícil encontrar las palabras correctas.

Aylin se sentó en su escritorio mientras Ángel tomó asiento en la cama. Los dos parecían estar pensando en cómo comenzar aquella conversación sin terminar diciendo algo de lo que pudieran arrepentirse después.

—Bueno… no sé cómo empezar —admitió Ángel mientras miraba hacia el suelo—. Creo que en esta conversación tenemos que ser sinceros con nosotros mismos.

—Supongo que sí.

Ángel levantó la mirada hacia ella.

—Me imagino que pensaste mucho en lo que te dije, ¿verdad?

—Aunque no lo pueda negar… sí. Pensé bastante en eso.

—Yo se lo mencioné a Valentina —continuó Aylin— y ella fue quien me dio esa idea. Aunque, siendo sincera, creo que yo también había empezado a pensarlo desde antes.

—¿Y qué pensaste?

—Que quizás algunas cosas no desaparecen tan fácil como uno cree. A veces uno intenta seguir adelante, conocer nuevas personas o comenzar una etapa diferente, pero hay sentimientos que simplemente permanecen ahí.

Ambos sabían que aquella conversación no era sencilla. Sin embargo, ninguno quería apresurarse, porque las palabras que estaban a punto de decir podían cambiar muchas cosas entre ellos.

Ángel tomó aire antes de continuar, como si finalmente hubiera decidido dejar de darle vueltas a todo aquello.

—Aylin… cuando te dije que me había vuelto a enamorar de la primera persona que me robó el corazón, no lo dije porque estuviera confundido.

—Entonces… ¿qué quisiste decir?

—Que esa persona siempre estuvo presente. Intenté convencerme de que podía dejarlo atrás, de que podía seguir con mi vida y encontrar algo diferente, pero cada vez que algo me hacía pensar en lo que sentía, terminaba volviendo al mismo lugar.

—¿Y ese lugar soy yo?

—Sí. Siempre fuiste tú.

—Ángel…

—No quiero presionarte ni hacerte sentir incómoda. Pero necesitaba decírtelo. Me cansé de fingir que no sentía nada.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Porque tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—De perderte. De decirte lo que sentía y que después ya no pudiéramos hablar igual. Además… tú ya estabas con alguien más.

Había pasado tanto tiempo tratando de convencerse de que todo aquello ya no significaba nada que escuchar a Ángel decirlo en voz alta hacía que sus propias dudas volvieran a aparecer.

—Yo también tuve miedo —admitió.

Ángel la observó con sorpresa.

—¿Tú?

—Sí. Porque, aunque intenté convencerme de que todo estaba bien, también sentía que algo faltaba. No quería aceptar que todavía había sentimientos que no había cerrado.

Los ojos de Ángel cambiaron al escucharla. Durante unos segundos no dijo nada, como si intentara procesar lo que acababa de escuchar.

Aylin tampoco respondió. Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro sin que pudiera detenerlas. No necesitaba explicar lo que estaba sintiendo. Ángel entendió que, detrás de aquel llanto, también había una respuesta.

Al verla llorar, acercó una silla y se sentó frente a ella, dejando que tuviera el espacio suficiente para tranquilizarse.

—Entonces…

Ángel dejó la frase a medias. Ya no parecía necesario preguntarle qué significaba todo aquello. La reacción de Aylin le había dicho mucho más de lo que cualquier respuesta podía hacerlo.

Aylin se limpió algunas lágrimas y respiró profundamente antes de levantar la mirada.

—Hay personas involucradas. Hay decisiones que no podemos tomar solo porque sentimos algo.

—Tienes razón. Pero también creo que no podemos pasar toda la vida huyendo de lo que sentimos.

—¿Sabes qué es lo más difícil? —preguntó con la voz un poco quebrada—. Que una parte de mí siempre se preguntó qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes.

—Yo también me lo pregunté muchas veces.

—Mi vida hubiera sido distinta… —dijo Aylin—. Tú y yo, creo que hubiéramos estado juntos, creando algo bonito. Pero tú quisiste hacerlo así, y ahora no puedes arrepentirte de algo que también fue una decisión tuya. Debiste haber pensado las cosas antes.

—¿Qué hago si todavía te amo? —preguntó finalmente.

Aylin levantó la mirada, sorprendida por la sinceridad de aquella pregunta.

Ángel sostuvo su mirada durante unos segundos antes de acercarse un poco.

—Mírame a los ojos.

Ella le hizo caso.

—A pesar de todo lo que pasó, lo más importante es que nunca me rendí en recuperarte. Siempre estuviste ahí, en mi corazón, aunque intentara negarlo.

Aylin no sabía qué responder a algo que, en el fondo, había imaginado escuchar muchas veces, pero que ahora parecía mucho más difícil de enfrentar.

Las palabras de Ángel removían recuerdos que ella había intentado guardar. Una parte de ella quería creerle, mientras otra recordaba perfectamente todo lo que había ocurrido entre ellos.

—No me hagas esto… —susurró Aylin, con la voz entrecortada.

Ángel se acercó un poco, aunque mantuvo cierta distancia entre los dos.

—Es la verdad, Aylin.

—Aquí donde me ves… —continuó Ángel— tengo unas ganas enormes de darte el mismo beso que nos dimos la primera vez. Ese beso lleno de emociones que nunca olvidé.

Aylin cerró los ojos e intentó controlar las lágrimas. Aquellas palabras despertaban recuerdos que había tratado de dejar atrás durante mucho tiempo.

—No sabes cuánto quisiera devolver el tiempo…

Ambos permanecieron frente a frente, recordando todo lo que habían vivido, las decisiones que habían tomado y las cosas que habían perdido por el camino. Sin embargo, también sabían que el pasado no podía cambiarse simplemente por desearlo.

—Ángel… yo también he pensado en todo esto muchas veces.

—¿De verdad?

—Sí. Me he preguntado cómo habría sido nuestra historia si las cosas hubieran sido diferentes, si hubiéramos tomado otras decisiones.

—Pero también tengo miedo —continuó Aylin—. Porque no podemos simplemente regresar al pasado y hacer como si nada hubiera ocurrido.

Los dos parecían estar pensando en aquel primer momento que había marcado sus vidas y en todo lo que había sucedido desde entonces.

Entonces Ángel se acercó y la besó.

Fue un beso cargado de emociones, recuerdos y sentimientos que ambos habían intentado guardar durante demasiado tiempo. No era solamente un beso, sino una forma de expresar todo aquello que nunca habían conseguido decir con palabras.

Cuando se separaron, ninguno habló de inmediato. Aylin permaneció quieta, intentando entender todo lo que acababa de sentir.

—Perdón… quizás no debí hacerlo así.

—Ángel…

—No sabes cuánto tiempo imaginé este momento… pero también sabes que las cosas no son tan fáciles.

Aylin levantó la mirada y lo observó durante unos segundos.

—Pero tampoco puedo negar que una parte de mí nunca dejó de sentir algo por ti.

Aquellas palabras hicieron que Ángel la mirara sorprendido. Después de tanto tiempo y de haber tomado caminos diferentes, ambos se encontraban nuevamente frente a frente, aceptando algo que durante mucho tiempo habían intentado esconder.

Sin embargo, reconocer lo que sentían no hacía que todo fuera más sencillo. También estaban las decisiones que habían tomado, las personas que ahora formaban parte de sus vidas y todo aquello que había quedado atrás.

—Ángel… creo que los dos sabemos lo que sentimos, pero las cosas ya no son como antes.

—Lo sé.

—Yo tengo una relación, y no sería correcto simplemente actuar como si nada hubiera pasado.

—Tienes razón. No quiero que tomes una decisión por impulso ni que lastimes a alguien por lo que pasó hoy.

—Creo que necesitamos tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí. Tiempo para entender qué queremos realmente, pensar las cosas con calma y no repetir los mismos errores.

—Me parece bien.

—¿No estás molesto?

—No. Esta vez quiero hacer las cosas bien. No quiero que volvamos a encontrarnos de la misma manera que antes, con confusiones y heridas.

—Entonces… ¿qué hacemos?

—Empezar de cero.

—¿De cero?

—Sí. Volver a conocernos. Sin presiones ni promesas apresuradas. Simplemente dejar que el tiempo nos muestre qué es lo correcto.

—Está bien —respondió finalmente—. Dejemos que el tiempo haga lo suyo.

—Entonces, por ahora, solo sigamos conociéndonos nuevamente.

Aylin también sonrió. No sabía qué iba a pasar entre ellos ni si aquel nuevo comienzo terminaría convirtiéndose en algo más.

Ambos sabían que todavía quedaban muchas cosas por resolver. Había una relación de por medio, sentimientos que todavía necesitaban ordenar y decisiones que no podían tomarse de un momento a otro.

Ángel la miró a los ojos y, con cuidado, secó las lágrimas que todavía recorrían sus mejillas.

—¿Te confieso algo?

Aylin dejó escapar una pequeña sonrisa entre lágrimas.

—Dime… ya nada me sorprende después de todo esto.

—Días antes de que te fueras del trabajo, noté varias veces que tenías los ojos tristes. Quise preguntarte qué te pasaba, pero nunca encontraba el momento.

Aylin guardó silencio mientras lo escuchaba.

—Sabes que puedes contarme las cosas, ¿verdad? Así como yo te conté lo que me pasó… y terminamos teniendo esta conversación.

—La verdad… creo que tarde o temprano voy a terminar mi relación.

Ángel la observó sorprendido, pero decidió no interrumpirla.

—Y no es por ti —continuó Aylin—. Quiero que eso te quede claro. No es por ti.

Él permaneció atento mientras ella buscaba la manera de explicar lo que llevaba tiempo pensando.

—Es que lo que tenemos él y yo… ya no se siente como antes. Siento que nuestra relación se convirtió simplemente en hablar por hablar. Ya no existe esa conexión que teníamos.

Aylin suspiró y bajó la mirada.

—No lo sé. Poco a poco me he ido alejando porque he notado ciertos cambios que, sinceramente, ya no me parecen normales.

—¿Como cuáles?

—Está más distante. Evita hablar de lo que siente y, cuando le pregunto qué le pasa, cambia de tema. Siento que ya no me incluye en su vida como antes.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—He intentado entenderlo, darle su espacio y pensar que quizá simplemente está pasando por algo, pero llega un punto en el que uno también se cansa de no saber qué está pasando.

—¿Y qué piensas hacer?

—Voy a hablar con el líder. Quiero pedirle que me ayude a hablar con él, porque siento que conmigo ya no quiere contarme lo que le pasa.

Ángel sonrió levemente.

—Me parece una buena decisión. Yo también te ayudaría, pero siento que no le caigo muy bien a ese muchacho.

Aylin soltó una pequeña risa, la primera desde que había comenzado aquella conversación.

—Tranquilo… ese ya es mi problema.

Aunque el ambiente seguía siendo emotivo, por un momento lograron dejar las lágrimas a un lado. Ambos sabían que todavía quedaban conversaciones difíciles por enfrentar, pero al menos habían dado un primer paso al hablar con sinceridad.

La conversación continuó durante un largo rato. Hablaron de los recuerdos que compartían, de los errores que ambos habían cometido y de todo aquello que, por miedo o inmadurez, nunca se habían atrevido a decirse.

Poco a poco, el ambiente dejó de sentirse tan tenso. No habían solucionado todo, pero al menos ya no tenían que cargar con tantas cosas que durante tanto tiempo habían permanecido sin decir.

Después de un rato, Ángel se puso de pie.

—Creo que ya es hora de irme.

Aylin también se levantó y lo acompañó hasta la puerta principal de la casa.

Antes de salir, Ángel volvió a mirarla.

—Gracias por escucharme.

—Gracias por atreverte a decirme la verdad.

—No sé qué vaya a pasar de ahora en adelante. No quiero presionarte ni hacer que tomes una decisión por mí. Solo quería que supieras lo que sentía.

—Lo sé.

—Cuídate, Aylin.

—Tú también.

Ángel salió finalmente de la casa y comenzó a caminar hacia la calle. Aylin permaneció junto a la puerta observándolo alejarse hasta que dejó de verlo.

Cuando cerró la puerta, apoyó la espalda contra ella y soltó lentamente el aire que había estado conteniendo. La conversación había removido recuerdos que creía tener completamente enterrados, pero también había dejado algo diferente.

La casa estaba completamente en silencio. Aylin respiró profundamente y caminó hasta su habitación. Al sentarse sobre la cama, llevó una mano a sus labios mientras el recuerdo del beso volvía a su mente.

Su corazón estaba completamente confundido. Por un lado, estaba la relación que todavía no había terminado y todo lo que eso implicaba. Por otro, estaba Ángel, quien acababa de confesarle que nunca había dejado de amarla.

Aylin permaneció sentada en silencio, mirando hacia algún punto de la habitación. Sabía que no podía tomar una decisión en ese momento, pero también entendía que continuar ignorando lo que sentía solo haría más difícil lo que inevitablemente tendría que enfrentar.

Esa noche comprendió que había llegado el momento de ser sincera consigo misma. Tendría que enfrentar la realidad y decidir qué quería hacer con todo aquello, aunque la respuesta significara tomar una de las decisiones más difíciles de su vida.

Sin saberlo, aquel 14 de febrero no solo había cambiado nuevamente el rumbo de su historia con Ángel. También había marcado el principio del final de una etapa que durante mucho tiempo había intentado mantener intacta.

Y, al mismo tiempo, el comienzo de otra completamente diferente.

Los días siguientes estuvieron llenos de pensamientos que Aylin no conseguía sacar de su mente. Cada conversación con Ángel, cada recuerdo y cada palabra que habían compartido aquel 14 de febrero parecían repetirse una y otra vez, incluso cuando intentaba concentrarse en otras cosas.

Sin embargo, antes de pensar en comenzar algo nuevo, sabía que primero debía cerrar una etapa que todavía permanecía abierta en su vida. No quería seguir avanzando mientras tuviera asuntos pendientes.

Por eso tomó una decisión. Buscaría al líder de jóvenes y le pediría ayuda para poder hablar con su pareja y terminar aquella relación de la manera correcta.

Durante una de las actividades de jóvenes, Aylin estaba encargada de la cabina de sonido. Además de tener sus emociones completamente revueltas, se sentía agotada. En muy poco tiempo su vida había cambiado demasiado y todavía intentaba entender todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Aquella reunión sería transmitida en vivo, así que debía mantenerse pendiente de las cámaras, el sonido, la computadora y cada detalle de la transmisión. Entre una cosa y otra, apenas tenía tiempo para pensar en lo que estaba pasando fuera de la cabina.

En un momento tuvo que salir hacia el baño para recoger algunas cosas que había dejado allí. Mientras las organizaba para llevarlas nuevamente a la cabina, sintió su celular vibrar dentro del bolsillo.

Lo sacó sin darle demasiada importancia, pensando que sería algún mensaje relacionado con la actividad.

Era un mensaje de Ángel.

—Hola. Debes de estar en la red de jóvenes, pero quería saber cómo vas. Al final, ¿sí hablaste con el líder?

Aylin sonrió al leer el mensaje y aprovechó que no había nadie cerca para responder.

—Hola… Tranquilo. Sabes que para ti siempre puedo tomarme el tiempo de contestar. Todavía no he hablado con él. Cuando termine la red, lo buscaré.

—Ay, qué linda. Me encanta cómo eres. Me avisas cualquier cosa sobre eso. Bueno, ya te dejo para que no te estreses. Hablamos luego.

Aylin volvió a sonreír mientras leía el mensaje. Por un instante, se permitió imaginar que aquella conversación podía significar el comienzo de algo diferente y que, quizás, las cosas terminarían saliendo bien.

Sin darle más vueltas, dejó el celular sobre una de las mesas del baño y tomó las demás cosas que necesitaba llevar a la cabina.

Una vez allí, acomodó todo en su lugar y volvió a concentrarse en la transmisión. La red continuó con normalidad mientras Aylin permanecía pendiente de cada detalle, sin imaginar que había dejado su celular justo en el lugar donde alguien más podía encontrarlo.

Los minutos pasaban con normalidad mientras Aylin continuaba pendiente de la música desde la computadora de la cabina. Revisaba las canciones que utilizarían más adelante y ajustaba algunos detalles del sonido cuando notó que su pareja había salido del templo sin decirle una sola palabra.

Al principio no le dio demasiada importancia. Supuso que tendría que atender alguna cosa y decidió continuar con lo que estaba haciendo.

Unos minutos después escuchó una voz detrás de ella.

—Oye… necesitamos hablar.

Aylin giró la cabeza y lo encontró de pie junto a la cabina.

—Estoy ocupada. Ahora no puedo —respondió con seriedad, volviendo la mirada hacia la computadora.

Él levantó el celular que llevaba en la mano.

—Es que dejaste esto en una de las mesas del baño.

Aylin reconoció inmediatamente su celular y extendió la mano.

—Gracias. Dámelo.

Sin embargo, él no se lo entregó.

Aylin levantó la mirada, confundida por su actitud.

—¿Qué pasa?

—No vine solamente por esto. Quiero que me expliques este mensaje.

Aylin se quedó en silencio al escuchar aquello. Por la forma en que él sostenía el celular, comprendió que había visto algo que probablemente no estaba destinado para él.

—Mira, en primer lugar, ese es mi celular y mi privacidad. Y, en segundo lugar, este no es el mejor momento para discutir por un mensaje. Sabes perfectamente que Ángel y yo somos amigos.

Él soltó una risa irónica.

—Ajá… cuidado me sales con ese cuento.

—Ya… ¿por qué no vuelves a la actividad y me dejas trabajar?

En ese momento, el líder de jóvenes, que había notado desde lejos que ambos estaban discutiendo dentro de la cabina, decidió acercarse para ver qué estaba pasando.

—¿Pasa algo?

Aylin respondió antes de que él pudiera decir algo más.

El chico le devolvió el celular y salió de la cabina sin decir una palabra

El líder esperó un momento antes de acercarse.

—¿Segura de que todo está bien?

—Líder… necesito hablar contigo.

—Claro. Apenas termine la red, conversamos.

—Es urgente… pero puedo esperar.

—Está bien. Por cierto, todo está saliendo muy bien. Estás haciendo un excelente trabajo.

—Gracias.

Apenas la cabina quedó vacía, Aylin sintió que toda la presión que había estado soportando durante semanas. Se apoyó sobre la mesa y las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro sin que pudiera detenerlas.

No lloraba únicamente por la discusión. También estaba llorando por el estrés, la culpa y toda la confusión. Había intentado convencerse de que estaba lista para darle una oportunidad a alguien más, creyendo que finalmente había conseguido dejar atrás lo que sentía por Ángel.

Pero en ese momento entendió algo que llevaba demasiado tiempo intentando evitar. Nunca había dejado de amarlo.

Aceptar aquella verdad le dolía mucho más de lo que había imaginado. Porque ahora ya no se trataba solamente de decidir qué quería hacer, sino de reconocer que quizá había estado intentando avanzar mientras una parte de ella todavía permanecía en el pasado.

Entre lágrimas, Aylin sintió que ya no podía permanecer allí. Sin decir una sola palabra, salió del templo apresuradamente. Caminó sin mirar a nadie, intentando alejarse antes de que alguien pudiera detenerla.

Desde uno de los lugares del salón, el líder de jóvenes siguió sus pasos con la mirada. La forma en que Aylin había salido le hizo entender que algo no estaba bien, aunque decidió darle unos minutos antes de ir detrás de ella.

Aylin caminó directamente hasta el baño. Entró, cerró la puerta con seguro y, apenas se quedó sola, se dejó caer junto a una de las paredes.

Se abrazó las piernas y escondió el rostro entre las rodillas. El llanto que había intentado contener terminó saliendo con más fuerza.

Por más que había intentado mantenerse firme, sentía que ya no podía seguir guardándose todo. Había demasiadas emociones mezcladas dentro de ella: culpa por haber intentado avanzar, tristeza por todo lo ocurrido, miedo a equivocarse nuevamente y una confusión que no sabía cómo resolver.

Las lágrimas continuaron cayendo mientras intentaba recuperar el control de su respiración. Cerró los ojos y permaneció allí, esperando que en algún momento su mente dejara de sentirse tan llena.

Entonces escuchó unos golpes suaves al otro lado de la puerta.

Aylin levantó lentamente la cabeza, todavía con los ojos llenos de lágrimas. No respondió de inmediato. Solo permaneció en silencio, intentando reconocer quién estaba detrás de la puerta.

—¿Aylin…?

Era la voz del líder de jóvenes. Al escucharla, Aylin cerró los ojos y permaneció en silencio.

—¿Estás bien? Ábreme, por favor.

Intentó limpiarse las lágrimas con las mangas del suéter, pero no consiguió detenerlas. Del otro lado de la puerta volvió a escucharse su voz, esta vez con un tono más preocupado.

—Aylin, por favor… sé que estás ahí. Solo quiero saber si estás bien.

Dentro del baño únicamente se escuchaba su respiración entrecortada y el llanto que llevaba varios minutos intentando contener. Aylin permaneció apoyada contra la pared, tratando de recuperar un poco de calma antes de salir.

Finalmente se levantó y se acercó al lavamanos. Abrió el grifo y dejó que el agua fría recorriera su rostro. Después se secó con la manga del suéter y respiró profundamente frente al espejo.

No quería que nadie la viera así, pero tampoco podía quedarse encerrada para siempre.

Después de unos segundos, abrió la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó el líder al verla.

Aylin intentó responder, pero al encontrarse frente a él toda la fortaleza que había conseguido reunir desapareció. La confusión, el dolor y todo aquello.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y, antes de poder decir una sola palabra, comenzó a llorar nuevamente.

El líder no le pidió explicaciones. Simplemente abrió los brazos y se acercó a ella.

—Ven acá.

Aylin no lo pensó. Dio un paso hacia él y dejó que la abrazara mientras intentaba recuperar el aire entre los sollozos.

El líder permaneció en silencio, sin interrumpirla. No intentó buscar una respuesta inmediata ni hacer preguntas mientras ella lloraba. Simplemente esperó a que pudiera tranquilizarse.

Después de varios minutos, Aylin comenzó a calmarse poco a poco. Dio un paso atrás, se secó las lágrimas con las manos y respiró profundamente.

—Perdón... —susurró.

—No tienes que pedir perdón por llorar. Ahora cuéntame, ¿qué está pasando?

—Es un cuento largo... Sé que me vas a regañar, pero bueno, a veces es necesario recibir un regaño para aprender a tomar decisiones.

—¿Es algo malo?

—No... simplemente no sé cómo acepté en mi vida a una persona sabiendo que siempre estuve enamorada de otra. De alguien que nunca pude sacar de mi corazón.

—¿Lo dices por lo que vi en la cabaña?

—No, no solo es eso. Eso no es nada.

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Más bien... ¿por qué no volvemos y hablamos cuando termine todo?

—Está bien. Vamos.

Aylin volvió a la cabina intentando concentrarse nuevamente en el sonido y en todo lo que ocurría durante la actividad. Sin embargo, su mente seguía regresando a la conversación que acababa de tener. Respiró profundamente y continuó con sus responsabilidades hasta que, durante un pequeño descanso, tomó su celular.

Al desbloquear la pantalla, encontró varios mensajes de Ángel. Los leyó uno por uno, pero decidió no responder todavía. La actividad aún no había terminado y no quería distraerse con todo lo que aquellos mensajes podían despertar en ella. Guardó nuevamente el celular y continuó sirviendo hasta que la reunión llegó a su fin.

Poco a poco, las personas comenzaron a salir de la iglesia. Algunos se quedaron conversando en el parqueo mientras otros se despedían antes de regresar a sus casas. Aylin esperó unos minutos hasta que el líder de jóvenes terminó de hablar con un grupo de muchachos y quedó solo.

Se acercó a él y le recordó que necesitaba hablar. Ambos caminaron unos metros, alejándose de la iglesia hasta encontrar un lugar tranquilo donde pudieran conversar sin que nadie los interrumpiera.

Aylin le explicó que necesitaba su ayuda con algo que llevaba varios meses preocupándola. Desde hacía un tiempo, su relación había comenzado a cambiar. Ya casi no hablaban como antes, él evitaba algunas conversaciones, había dejado de ser cariñoso y cada vez compartían menos tiempo juntos.

Ella había intentado preguntarle varias veces qué estaba ocurriendo, pero siempre recibía la misma respuesta: que todo estaba bien. Aylin, sin embargo, sentía que no era así. Lo que más le preocupaba era no saber qué estaba pasando ni por qué él parecía alejarse poco a poco.

Después de escucharla, el líder aceptó hablar con él. Le explicó que quizá, al conversar con alguien que no estuviera directamente involucrado en la relación, podría sentirse más cómodo para contar lo que realmente estaba ocurriendo. Aylin estuvo de acuerdo y prefirió conocer la verdad antes que continuar viviendo con dudas.

Cuando parecía que la conversación había terminado, el líder le preguntó por qué había estado llorando. Aylin intentó restarle importancia, pero él notó que había algo más detrás de sus lágrimas.

Después de unos segundos de silencio, Aylin decidió contarle la verdad. Le habló de Ángel y de todo lo que había ocurrido entre ellos durante los últimos días. Le contó que habían hablado sobre lo que había quedado pendiente entre ambos y que, durante aquella conversación, Ángel le había confesado que nunca había dejado de amarla.

El líder comprendió que aquello no era algo que Aylin hubiera decidido de un día para otro. Llevaba mucho tiempo intentando esconder lo que sentía y convencerse de que podía seguir adelante sin enfrentarlo.

Aylin reconoció que muchas veces había aceptado aquella relación porque quería dejar atrás lo que sentía por Ángel. En ese momento no sabía si él volvería a aparecer en su vida ni qué podía ocurrir entre ellos, así que pensó que seguir adelante era la decisión más sencilla.

Sin embargo, ahora comprendía que no había conseguido olvidar nada. Solo había intentado esconderlo.

El líder decidió hablar con su pareja antes de que Aylin tomara cualquier decisión. Le pidió unos días para conversar con él y entender qué estaba ocurriendo realmente. Después de eso, Aylin podría decidir cómo afrontar la situación.

Aquellas palabras hicieron que Aylin guardara silencio. En el fondo sabía que tenía razón. Durante mucho tiempo había intentado convencer a los demás, y también a sí misma, de que podía seguir adelante sin enfrentar aquella parte de su historia.

Antes de despedirse, el líder le pidió que no permitiera que aquella situación la alejara de Dios. Aylin asintió y prometió tenerlo presente.

Después, cada uno tomó un camino diferente. Durante todo el trayecto de regreso, Aylin no dejó de pensar en aquella conversación. Sabía que todavía quedaban decisiones difíciles por delante, pero al menos había dejado de esconder una parte importante de lo que estaba sintiendo.

Cuando llegó a su casa, saludó brevemente a su familia, entró en su habitación y dejó el bolso sobre la silla del escritorio.

Se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos. Solo esperaba que, cuando llegara el momento de volver a hablar, las respuestas que tanto buscaba finalmente comenzaran a aparecer.

A los pocos días, una noche mientras Aylin estaba en su computadora viendo algunos videos, su celular comenzó a sonar varias veces. Al principio decidió ignorarlo, pero la insistencia terminó llamando su atención.

Tomó el celular y abrió el chat. Era Ángel.

—Hola, Aylin... ¿cómo estás?

—Hola, Ángel. Bien, ¿y tú?

—Bien. Oye... ¿hiciste aquello de lo que me habías contado?

—Sí. El líder me dijo que hablaría con él en unos días. De hecho, ya pasaron cuatro días, pero todavía no me ha dado una respuesta.

—¿Qué piensas que esté ocultando?

—No lo sé. Y, sinceramente, si es algo bueno o malo, ya me da igual, porque al final voy a terminar la relación.

—¿En serio?

—Sí. ¿Para qué seguir con alguien cuando ya no queda nada?

—Tiene lógica. Yo también hice lo mismo con la otra chica.

—Más bien, cuéntame... ¿cómo era ella?

Ángel soltó un suspiro antes de comenzar a contarle.

—Bueno... primero que todo, sentía que ella no estaba conmigo por amor. Siempre salía de fiesta, se iba sin avisarme y muchas veces ni siquiera respondía mis mensajes. Llegó un punto en el que me cansé y decidí terminar la relación.

—Okey... suena interesante.

—¿Interesante? Creo que fue la peor experiencia que he tenido.

Los dos sonrieron y continuaron conversando durante unos minutos. El ambiente entre ellos se había vuelto más tranquilo y Aylin comenzaba a sentirse un poco más relajada.

De pronto, el celular de Aylin vibró nuevamente sobre la mesa. Al mirar la pantalla, reconoció inmediatamente el nombre del líder de jóvenes entre las notificaciones.

Aylin se quedó observando el mensaje durante unos segundos. Algo en su expresión cambió, como si de inmediato hubiera recordado la conversación que habían tenido días atrás.

—¿Me puedes dar un momento? —le preguntó a Ángel.

—¿Qué pasó?

—Nada, simplemente me acaba de escribir el líder.

Ángel le dio espacio mientras Aylin tomó el celular y abrió el mensaje. Lo que leyó hizo que su expresión se volviera más seria.

Aylin salió del chat con Ángel y abrió el nuevo mensaje. Era del líder de jóvenes, quien le explicó que acababa de hablar con su pareja y que finalmente había conseguido saber qué estaba ocurriendo.

Le contó que, unas semanas atrás, mientras todavía estaban juntos, él había estado con otra muchacha. Además, le explicó que pronto se iría a vivir lejos con su madre debido a problemas económicos y que tampoco sabía cómo decírselo, porque no quería mantener una relación a distancia.

El líder también le aclaró que él había contado que todo había sucedido sin haberlo planeado. Sin embargo, la decisión de creerle o no quedaba completamente en manos de Aylin.

En el fondo, aquella información explicaba muchas de las cosas que habían estado ocurriendo durante los últimos meses, aunque no hacía que resultaran más fáciles de aceptar.

Finalmente, le agradeció al líder por haberse tomado el tiempo de hablar con él. Después de aquello, él le recordó que la decisión ahora estaba en sus manos y que debía tomarse un tiempo para pensar, orar y decidir qué consideraba correcto.

Aylin dejó el celular sobre sus piernas y permaneció unos segundos mirando hacia la nada. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y no sabía exactamente qué sentir. Había pasado tanto tiempo intentando descubrir qué estaba ocurriendo que ahora, al tener una respuesta, tampoco encontraba tranquilidad.

Respiró profundamente y volvió a tomar el celular. Salió de la conversación con el líder y regresó al chat donde había dejado esperando a Ángel.

—Perdón por la espera.

—Tranquila. ¿Qué pasó? —preguntó Ángel.

—Ya hablé con el líder... bueno, mejor dicho, él ya habló con él.

—¿Y qué te dijo?

Aylin tomó aire antes de escribir.

—Me confirmó que, mientras todavía estábamos juntos, estuvo con otra muchacha.

—¿Qué?

—Sí... Según él, no fue algo planeado. Después intentó encontrar la manera de decírmelo, pero nunca encontró el momento.

—Aylin...

—También me contó que dentro de poco se irá a vivir lejos con su mamá y que tampoco quería tener una relación a distancia.

Ángel permaneció unos instantes sin escribir.

—¿Y cómo te sientes?

—Pensé que me iba a doler mucho más.

—¿No te duele?

—Sí... claro que duele. Pero creo que me duele más darme cuenta de que llevaba semanas sintiendo que algo no estaba bien y ahora entiendo por qué.

—Al menos ya tienes una respuesta.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Mañana voy a hablar con él. Quiero terminar la relación de la mejor manera posible. No quiero irme con rencor ni dejar cosas pendientes.

—Creo que es la mejor decisión.

—Yo también lo creo.

La conversación parecía haber llegado a un punto tranquilo, hasta que Ángel volvió a preguntar algo que Aylin sabía que tarde o temprano tendría que responder.

—Y cuando todo eso termine... ¿qué pasará con nosotros?

Aylin dejó el celular sobre sus piernas y apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla. Aquella pregunta volvió a dejarla sin palabras.

—No lo sé, Ángel.

—Está bien... No quiero presionarte. Solo quería saber si todavía había una posibilidad.

Aylin sonrió con cierta tristeza antes de responder.

—Primero necesito cerrar una etapa de la manera correcta. Después... veremos qué tiene preparado Dios para nosotros.

—Entonces esperaré.

Al día siguiente, Aylin despertó más temprano de lo habitual. Había pasado gran parte de la noche pensando en todo lo ocurrido, en las palabras del líder y en la conversación que necesitaba tener. Aunque le dolía aceptar la realidad, sabía que había llegado el momento de tomar una decisión.

Tomó su celular y abrió la conversación. Durante unos minutos escribió y borró varios mensajes hasta encontrar las palabras que necesitaba. Finalmente, comenzó a hablar con él y le contó que el líder le había explicado lo que estaba pasando.

Él terminó confirmando sus sospechas. Le explicó que había tenido miedo de decirle la verdad y que, además, su familia estaba por mudarse a otro país debido a una oportunidad de trabajo. Para Aylin, aquello ayudaba a entender muchas de las cosas que habían sucedido durante los últimos meses.

La conversación fue tranquila. Ambos reconocieron que la relación había cambiado y que habían cometido errores. Aylin decidió no guardar rencor y quedarse con los buenos recuerdos que habían compartido.

Después de pensarlo cuidadosamente, entendió que lo mejor era terminar la relación. No quería hacerlo desde el enojo, sino cerrar aquella etapa de una manera tranquila y permitir que ambos pudieran continuar con sus vidas.

Cuando dejó el celular sobre la cama, sintió tristeza, pero también alivio. Ya no tenía que vivir con la incertidumbre de no saber qué estaba pasando.

Aylin sintió que podía respirar sin tener aquella preocupación constantemente en la cabeza. No sabía exactamente qué vendría después, pero ya no quería seguir mirando hacia atrás.

Había cerrado una etapa importante de su vida. Ahora solo quedaba aprender a caminar hacia lo que venía, llevando consigo las experiencias, los recuerdos y las lecciones que aquella historia le había dejado.

28

Una nueva oportunidad

"Un amor verdadero no exige olvidar el pasado, sino construir con fe y madurez un nuevo comienzo."

Los días siguientes volvieron poco a poco a la normalidad. Aylin regresó al colegio para comenzar undécimo y continuó participando en las actividades de la iglesia. También comenzó a disfrutar nuevamente de sus amigos y de los pequeños momentos que antes pasaban desapercibidos.

Aunque algunos recuerdos todavía aparecían de vez en cuando, ya no permitía que la detuvieran. Había entendido que algunas personas llegan a nuestra vida para enseñarnos algo, aunque no estén destinadas a quedarse para siempre.

Una tarde invitó a sus amigos Valentina, Sofía y Derek a un culto de jóvenes. Aylin estaba feliz de compartir con ellos aquel lugar que nuevamente se había convertido en una parte importante de su vida.

Durante la reunión participaron en diferentes actividades y compartieron con otros jóvenes. Todo transcurrió con tranquilidad, hasta que Aylin comenzó a notar algo particular en Valentina.

Siempre había sabido que su amiga podía ser bastante competitiva, pero aquella tarde esa parte de su personalidad quedó más evidente que nunca.

Cada vez que comenzaba un juego, Valentina se lo tomaba muy en serio. Animaba a su equipo, se concentraba en cada pregunta y hacía todo lo posible por conseguir la victoria.

—¡Vamos, tenemos que ganar! —decía mientras animaba a los demás.

—Vale, es un juego. No estamos compitiendo por un campeonato.

—Eso lo dices porque a ti no te importa perder.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Claro que me gusta ganar, pero tampoco voy a hacer un drama por eso.

—Es que tú eres demasiado tranquila —respondió Valentina, todavía concentrada en el juego.

Aylin negó con la cabeza, divertida, mientras Valentina volvía a ponerse de pie para animar a su equipo.

La noche continuó entre risas, juegos y algunos momentos de reflexión. Cada actividad hacía que el grupo se sintiera más unido, y Aylin disfrutaba de esa sensación de volver a sentirse ella misma.

Al finalizar la reunión, todos salieron de la iglesia y se quedaron un rato conversando.

En medio de las conversaciones, Valentina se acercó a Aylin con una sonrisa. Desde hacía rato había notado que su amiga estaba diferente y no parecía dispuesta a dejar pasar la oportunidad de preguntarle.

—Oye... ¿por qué te hemos notado tan distinta últimamente? —preguntó Valentina, mirándola con curiosidad.

—¿Distinta? ¿Por qué?

Valentina cruzó los brazos y trató de esconder una sonrisa.

—No sé... simplemente lo hemos notado. Y tenemos una pequeña sospecha de que tiene algo que ver con Ángel.

—A ver, no inventen cosas. Todavía no somos nada. Apenas nos estamos dando nuestro tiempo.

Valentina levantó las cejas al notar la sonrisa que Aylin intentaba ocultar.

—Entonces, ¿por qué estás sonriendo así?

Aylin rápidamente bajó la mirada.

—Porque ya cerré una etapa de mi vida que ustedes probablemente no entienden. Así que mejor no opinen.

Valentina soltó una pequeña risa y, sin pensarlo demasiado, llamó a la pastora de jóvenes.

—¡Ay, pastora!

La pastora se acercó y las miró con curiosidad.

—¿Qué pasó?

—Nada... solo que Aylin anda escondiendo cosas.

Aylin la miró sorprendida.

—Valentina, no empieces...

Pero su amiga ya estaba demasiado entretenida como para detenerse.

—Usted sabía que Aylin está enamorada de Ángel, ¿verdad?

La pastora miró a Aylin durante unos segundos y luego sonrió con tranquilidad.

—Miren, yo solo les voy a decir algo. Si las cosas son así, pues que Dios te bendiga. Pero antes de tomar cualquier decisión, recuerden preguntarle a Dios y buscar siempre hacer lo correcto.

—Eso es justamente lo que estoy intentando hacer.

Entre risas, continuaron compartiendo aquella noche. Para Aylin, no había sido una reunión cualquiera. Después de tantos momentos difíciles, volver a reír y sentirse tranquila le recordaba que también podía disfrutar de las cosas sencillas.

Mientras conversaban, el líder de jóvenes se acercó con una sonrisa para contarles una idea que llevaban tiempo considerando. Querían organizar una salida a la playa durante un fin de semana para compartir como grupo de jóvenes.

La noticia emocionó a todos. Aylin y los demás estuvieron de acuerdo de inmediato, aunque todavía faltaba definir la fecha, el presupuesto y algunos detalles de la actividad.

Valentina, sin embargo, recordó una de las reglas que solían tener en este tipo de actividades y preguntó cómo harían con la ropa para ir a la playa.

El líder explicó que podían buscar una opción adecuada para todos. La intención era disfrutar, compartir y pasar un buen momento juntos, manteniendo también los valores que representaban como grupo.

La idea quedó pendiente de organización, pero desde ese momento todos comenzaron a imaginar cómo sería aquel viaje.

Los días pasaron y, poco a poco, la emoción por aquella salida comenzó a crecer entre todos los jóvenes. Para muchos no era solo un viaje, sino una oportunidad para salir de la rutina, compartir con sus amigos y crear nuevos recuerdos lejos de las responsabilidades de siempre.

Entre toda aquella emoción, Aylin tomó una decisión. Sin importar cuánto pudieran molestarla sus amigos, quería invitar a Ángel a la salida a la playa. La idea llevaba varios días rondando por su cabeza, aunque todavía no sabía cómo decírselo.

Una tarde, mientras estaba en el colegio y tenía un momento libre, tomó su celular y abrió la conversación con Ángel.

—Hola, Ángel.

—Hola, Aylin. ¿Cómo estás?

—Bien. Oye, ¿estás ocupado?

—Un poco. Estoy en la universidad, pagando mi carrera. ¿Necesitas algo?

Aylin sonrió al leer el mensaje y, sin pensarlo demasiado, comenzó a explicarle la idea que tenían los jóvenes de la iglesia.

Le contó sobre el viaje a la playa, la actividad que estaban organizando y que quería invitarlo para que pudiera compartir con ellos.

—Wow... me encantaría. Además, los fines de semana no trabajo en el restaurante, así que podría ir.

—Bien. Créeme que sin ti nada es igual.

—Ay, qué bonita. ¿Y tú qué haces?

—Nada, apenas llevo mi segunda semana en el colegio. Estoy volviendo a acostumbrarme a mi horario.

—Ay, qué horror. Yo entro hasta finales de marzo.

—Me alegra por ti. Entonces nos vemos el fin de semana.

—¿Para cuándo es exactamente?

—Creo que es para este fin de semana. Igual voy a revisar bien.

—Oye, y si es este fin de semana... ¿por qué no nos vamos en mi carro?

—Me parece súper. Así podemos aprovechar para ir juntos y que alguien más pueda ir en la buseta que consiguió el líder.

—Exacto. Podemos salir temprano y aprovechar para estar un momento juntos antes de llegar.

Los días pasaron rápidamente y, casi sin darse cuenta, llegó el fin de semana que todos habían estado esperando.

Desde temprano, los jóvenes comenzaron a organizarse para salir hacia la playa. El ambiente estaba lleno de emoción; algunos llevaban comida, otros juegos y todo lo necesario para disfrutar de un buen día juntos.

Aylin, por su parte, se dedicó a preparar su bolso con tranquilidad. Guardó ropa suficiente para el fin de semana, una toalla, protector solar y una muda extra. Revisó una vez más que no le faltara nada antes de cerrar el bolso.

Cuando estaba terminando de acomodar las últimas cosas, su celular vibró sobre la cama.

Lo tomó por inercia, pero antes de mirar la pantalla, sus ojos se dirigieron al reloj.

Eran apenas las dos de la madrugada.

Aun así, desbloqueó el celular y abrió la conversación.

—Hola, Aylin. Ya estoy cerca de tu casa. Pasé por la iglesia para hablar con el líder y avisarle que te ibas conmigo.

Aylin sonrió al leer el mensaje antes de responder.

—Hola. Está bien. Solo me falta guardar unas cosas en el bolso.

—También… por aquello, tengo una sorpresa para ti.

—¿Sorpresa? Tú no eres de hacer sorpresas.

—Bueno… siempre hay una primera vez.

Ella soltó una pequeña risa y negó con la cabeza.

—Déjame terminar de guardar todo y despedirme de mis papás.

—Está bien. Yo te espero afuera.

Aylin dejó el celular a un lado y continuó preparando sus cosas, aunque ahora no podía evitar preguntarse qué estaría tramando Ángel.

Cuando estuvo lista, bajó hasta la habitación de sus padres. Se despidió de ambos con un abrazo y luego se dirigió hacia la salida.

Apenas habían pasado unos minutos cuando el sonido del un carro llamó su atención desde la calle.

Recordó que había dejado su bolso arriba, así que regresó. Antes de bajar, comprobó una última vez que llevara todo lo necesario y, finalmente, salió de la casa.

Al llegar a la acera, encontró a Ángel esperándola, apoyado contra la puerta del carro.

—Buenos días.

—¿Buenos días? No tienen nada de buenos… tengo un sueño terrible. Mejor dime cuál es la sorpresa.

—Primero entra al carro y mira atrás.

Aylin dejó su bolso en la cajuela antes de subir. Ángel le abrió la puerta del copiloto y esperó a que entrara.

—Gracias.

—Con gusto.

Aylin se acomodó en el asiento y, por simple curiosidad, volteó a mirar hacia atrás.

—¡Ahhh!

Sentado en el asiento trasero, con una enorme sonrisa, estaba Santiago.

—¡Buenos días! —saludó, levantando una mano.

Aylin se llevó una mano al pecho, todavía sorprendida.

—¡Santiago! ¿Estás loco? ¡Casi me da un infarto!

Él soltó una carcajada, mientras Ángel sonreía desde el asiento del conductor.

—Esa era la sorpresa —dijo Santiago, orgulloso de sí mismo.

—Te dije que tenía una sorpresa —añadió Ángel, riéndose.

—Ustedes dos definitivamente no están bien.

—Pero funcionó, ¿o no? —preguntó Santiago entre risas.

—Sí, sí, funcionó... Pero si vuelven a hacerme algo así, los dejo botados y me voy en la buseta con los demás.

Sin imaginarlo, aquel viaje apenas estaba comenzando y ya prometía convertirse en uno de los fines de semana más inolvidables de sus vidas.

Ángel encendió el carro y comenzó a conducir por las calles que, a esa hora de la madrugada, permanecían casi vacías. Las luces de los postes iluminaban el camino-

Durante unos minutos, ninguno dijo nada. Hasta que Santiago, desde el asiento trasero, rompió el silencio.

—Bueno... ¿ya se te pasó el susto?

—No. Todavía estoy pensando en cómo hacer para devolverles el favor.

—Uy, Ángel, ya nos amenazó —dijo Santiago entre risas.

—Yo no tuve la culpa. La idea fue de él.

—¡Qué mentira! —respondió Santiago—. Tú también estabas emocionado.

Ángel negó con la cabeza, aunque no pudo evitar sonreír.

—Bueno... un poquito.

Santiago soltó otra carcajada y volvió a acomodarse en el asiento. Después de eso, el carro quedó nuevamente en silencio.

Aylin observaba por la ventana, siguiendo distraídamente las luces que pasaban a toda velocidad. El cansancio comenzaba a notarse en su rostro.

Ángel la miró de reojo antes de volver la vista al camino.

—Bueno... ¿por qué no aprovechas y duermes un rato?

Aylin giró ligeramente la cabeza hacia él.

—¿Y tú? ¿No te da sueño manejar a esta hora?

—Un poco, pero estoy bien. Además, falta bastante para llegar.

—Entonces tú también deberías descansar.

—Cuando lleguemos, prometo dormir.

—Más te vale.

Ángel soltó una pequeña risa y continuó conduciendo.

—Bueno, yo sacaré mi celular —dijo Santiago mientras buscaba sus audífonos dentro del bolso.

—Nada más no pongas los videos a todo volumen —comentó Ángel, sin apartar la mirada de la carretera.

—Tranquilo, para algo existen los audífonos.

Santiago se acomodó en el asiento trasero, se colocó los audífonos y comenzó a entretenerse con algunos videos en su celular.

Aylin, en cambio, buscó una posición más cómoda. Echó un poco el asiento hacia atrás y apoyó la cabeza contra la ventana. Afuera, el paisaje pasaba lentamente mientras el sonido constante del motor llenaba el interior del carro.

Intentó mantenerse despierta, pero el cansancio que llevaba acumulando desde hacía horas comenzaba a hacerse notar. Sus párpados se volvieron cada vez más pesados hasta que, finalmente, dejó escapar un pequeño suspiro y cerró los ojos.

Ángel la observó de reojo durante unos segundos y sonrió al darse cuenta de que se había quedado dormida.

—Sabía que no iba a aguantar mucho despierta —murmuró.

Desde el asiento trasero, Santiago levantó la mirada de su celular y soltó una pequeña risa.

—Con razón decía que tenía sueño.

Ángel simplemente sonrió y volvió a concentrarse en la carretera, dejando que Aylin descansara tranquilamente durante el camino.

Después de varios minutos de viaje, Santiago se inclinó un poco hacia adelante para hablar con Ángel, procurando no hacer demasiado ruido para no despertar a Aylin.

—Oye...

—¿Qué pasó?

—Tú y Aylin... ¿qué va a pasar con ustedes?

—¿A qué te refieres?

—Hace muchos meses Aylin me contó todo lo que había pasado entre ustedes. Después de todo eso... ¿qué piensan hacer?

—La verdad... todavía no lo sé con certeza. Han pasado muchas cosas, pero decidimos darnos nuestro tiempo para sanar y hacer las cosas bien.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Quiero pedirle que lo intentemos. Que comencemos una relación desde cero, sin esconder nada y haciendo las cosas de la manera correcta.

—¡Qué buena idea! Pero... ¿cómo piensas hacerlo? Si prácticamente todo el grupo va a estar con ustedes.

—He pensado aprovechar el amanecer en la playa —respondió Ángel—. Quiero hablar con ella cuando estemos solos. Siento que entre nosotros todavía quedaron muchas cosas por decir.

—¿Y qué pasó con la otra muchacha?

—No quiero darle más explicaciones a nadie sobre ese tema.

—Perdón... no era mi intención incomodarte.

—Tranquilo, todo bien.

Santiago volvió a recostarse en su asiento y se colocó nuevamente los audífonos.

—Mejor sigo escuchando música.

Las horas pasaron y, finalmente, habían llegado a la playa.

Ángel despertó a Aylin con cuidado para avisarle que ya estaban allí. Los tres bajaron del carro y, sin pensarlo demasiado, Aylin se dirigió hacia su lugar favorito: la orilla del mar.

Se quitó las sandalias y dejó que el agua cubriera lentamente sus pies mientras contemplaba el inmenso horizonte. Por unos instantes, se quedó allí, simplemente observando las olas romper frente a ella.

Los demás jóvenes de la iglesia todavía tardarían alrededor de media hora en llegar, así que decidieron aprovechar aquel momento antes de que la playa comenzara a llenarse de voces y risas.

Ángel y Santiago se acercaron hasta donde estaba Aylin. Los tres permanecieron unos momentos contemplando el mar.

Entre bromas, recuerdos y algunas confesiones, comenzaron a hablar de cosas que pocas veces tenían la oportunidad de compartir. Aquel viaje, que había comenzado como un simple paseo entre amigos, terminaría convirtiéndose en un momento que los tres recordarían por mucho tiempo.

—Bueno... mientras esperamos, cuéntame, Santiago. ¿Cómo va el embarazo de tu novia?

—Súper bien. Ya tiene más de seis meses. En unas semanas sabremos si será niño o niña, aunque ha costado muchísimo que se deje ver.

—Me alegra mucho que estén disfrutando esta etapa —respondió Aylin con una sonrisa—. Debe ser muy bonito vivirlo juntos.

—Mi novia está empeñada en que, si es niña, se llame Naomi.

—Es un nombre muy bonito.

—¿Y si es niño? —preguntó Ángel.

—Daniel.

—También está bonito —comentó Aylin.

Aylin miró a Santiago con una pequeña sonrisa, como si acabara de recordar algo.

—Todavía me sorprende cómo da vueltas la vida. Hace unos meses estabas enamorado de mí y ahora estás a punto de formar una familia.

Santiago soltó una risa y negó con la cabeza.

—Ya no me recuerdes eso.

—Tranquilo —respondió Aylin entre risas—. Eso ya quedó atrás.

Los tres rieron juntos, dejando que aquel recuerdo perdiera importancia entre la conversación.

Después de unos segundos, Aylin dirigió la mirada hacia Ángel.

—Más bien… ¿por qué estás tan callado hoy?

Ángel se encogió de hombros.

—Nada… manejar tantas horas me dejó un poco cansado.

—Si tú lo dices… —respondió Aylin con una pequeña sonrisa—. Bueno, voy a cambiarme. Quiero tener listo el traje de baño antes de que lleguen todos.

Aylin tomó sus cosas y se dirigió a cambiarse. Mientras terminaba de prepararse, a lo lejos se escuchó el motor de la buseta acercándose.

Poco después, la buseta de la iglesia se detuvo frente al lugar. Las puertas se abrieron y, en cuestión de segundos, el ambiente se llenó de voces, risas y el movimiento de todos bajando sus pertenencias.

—¡Llegamos!

—¡Por fin!

—¡Corran al agua!

En cuestión de minutos, la tranquilidad que había acompañado la llegada a la playa desapareció por completo y fue reemplazada por la alegría y la energía de todos los jóvenes.

Después de acomodar sus pertenencias en un rancho que habían alquilado, comenzaron a disfrutar del día. Algunos corrieron directamente hacia el mar sin importarles terminar con la ropa completamente mojada, mientras otros prefirieron caminar por la orilla y aprovechar el paisaje para tomar fotografías.

Un grupo organizó un partido de voleibol en la arena, que rápidamente se convirtió en una competencia mucho más intensa de lo que habían planeado. Las caídas, las risas y las discusiones sobre si la pelota había caído dentro o fuera de la cancha se volvieron parte de la diversión. Valentina, fiel a su personalidad, se tomó cada punto como si se tratara de una final, provocando que los demás se rieran todavía más con su determinación por no aceptar ninguna derrota.

Mientras tanto, Sofía y Derek caminaban cerca de la orilla recogiendo conchas, Santiago conversaba con algunos de los muchachos bajo la sombra de las palmeras y Ángel encontraba cualquier oportunidad para permanecer cerca de Aylin.

El tiempo pasó entre juegos, conversaciones, fotografías y momentos sencillos que, sin darse cuenta, terminarían convirtiéndose en recuerdos importantes para todos.

Al mediodía, se reunieron nuevamente para compartir el almuerzo. Algunos aprovecharon el momento para descansar y recuperar energías, mientras otros apenas terminaron de comer regresaron al agua para continuar disfrutando del día.

La tarde siguió con la misma alegría. Hubo nuevas caminatas por la playa, juegos improvisados y pequeñas competencias que terminaban entre carcajadas. Incluso los pastores terminaron participando en algunas de las dinámicas, haciendo que el ambiente fuera todavía más cercano y divertido.

Cuando el sol comenzó a descender, muchos dejaron por un momento los juegos para contemplar el atardecer. El cielo se llenó de tonos anaranjados, rosados y dorados que se reflejaban sobre el mar, creando una vista que varios quisieron guardar en sus teléfonos antes de que desapareciera.

Poco a poco, el cansancio comenzó a hacerse evidente. Algunos regresaron al rancho para cambiarse y quitarse la arena y el agua salada, mientras otros

permanecieron unos minutos más en la playa, sentados frente al mar y disfrutando de la tranquilidad que había vuelto a apoderarse del lugar.

Había sido un día lleno de risas, juegos, conversaciones y momentos que difícilmente olvidarían.

Sin embargo, llegó el momento de regresar.

Los jóvenes comenzaron a recoger sus pertenencias y a organizar todo lo que habían llevado durante el día. Las hieleras fueron guardadas, las sillas quedaron acomodadas y los bolsos comenzaron a ser colocados dentro de las busetas. Entre todos intentaban dejar el lugar en orden antes de marcharse.

Aylin también se sumó a la tarea. Mientras acomodaba algunas de sus cosas y levantaba uno de los bolsos para llevarlo hacia la buseta, sintió que alguien se acercaba por detrás.

—Oye… necesito hablar contigo.

Aylin dejó el bolso sobre la arena y levantó la mirada hacia Ángel..

—Sí, claro. ¿Qué pasó?

—No sé qué te parezca la idea, pero estaba pensando… ¿y si nos quedamos esta noche aquí, en la playa?

—¿Cómo así?

—Solo nosotros dos. Hay algunas cosas que quisiera hablar contigo con calma, sin todo el ruido de la gente.

—Tendría que avisarles a mis papás… y también pedirles permiso a los pastores.

—Claro. Si no te parece, no pasa nada —respondió Ángel rápidamente.

—No… la verdad, sí me gustaría.

Una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Ángel.

—Entonces ve a hablar con ellos. Yo te espero aquí.

—Ya vuelvo.

Aylin caminó hasta el rancho, donde los pastores y el líder de jóvenes terminaban de revisar que todo estuviera listo para emprender el regreso.

Al llegar, les explicó que había decidido quedarse una noche más en la playa junto a Ángel y regresarían al día siguiente por la tarde. También les aseguró que primero avisaría a sus padres para que supieran dónde estaría y no se preocuparan.

Aunque la decisión los tomó por sorpresa, escucharon sus razones y, después de asegurarse de que estaba completamente segura, aceptaron. El líder le recordó con cariño la importancia de cuidar su testimonio y actuar correctamente, mientras la pastora le pidió que les avisara en cuanto llegaran al día siguiente y que no dudara en llamarlos ante cualquier situación.

Aylin agradeció la confianza y se despidió de ellos antes de regresar con el resto del grupo.

Poco después, llegó el momento de que los jóvenes emprendieran el regreso. Aylin se despidió de Valentina, Sofía, Derek y Santiago, quien todavía tuvo tiempo de molestarla una última vez antes de subir a la buseta.

Aylin permaneció de pie observándolos hasta que la buseta se perdió a lo lejos. Poco a poco, la playa quedó en silencio, acompañada únicamente por el sonido de las olas y la brisa fresca de la noche.

Ángel se acercó lentamente hasta quedar a su lado.

—Bueno... ahora sí.

Aylin volvió la mirada hacia él.

—¿Qué quieres hacer?

—Si quieres, podemos ir a caminar un rato por la playa.

Aylin cruzó los brazos cuando una ráfaga de viento la hizo estremecerse.

—Me encantaría... pero primero déjame buscar algo para ponerme. Ya me dio frío.

—Está bien. Aquí te espero.

Aylin abrió su bolso, sacó un suéter liviano y se lo puso. Después, acomodó su cabello y volvió junto a él.

—Ahora sí.

—Entonces... vamos.

Ambos comenzaron a caminar sin prisa junto a la orilla. La espuma de las olas rozaba sus pies mientras el sonido del mar llenaba los silencios entre ellos.

—Aylin...

—¿Sí?

—La verdad, quería quedarme esta noche porque necesitaba hablar contigo sin que nadie nos interrumpiera.

Aylin lo miró de reojo.

—Te escucho.

—He tenido mucho tiempo para pensar. Sobre todo lo que pasó, sobre las decisiones que tomé y sobre las cosas que nunca dije cuando debí hacerlo.

Aylin bajó la mirada hacia la arena.

—Creo que los dos dejamos muchas cosas sin decir.

—Sí... —respondió Ángel—. Y quizá por eso terminamos lastimándonos más de lo necesario.

—Supongo que no podemos cambiar lo que pasó.

—No —dijo él—. Pero sí podemos decidir qué hacer con lo que tenemos ahora.

Aylin levantó la mirada y se encontró con sus ojos.

—Por eso quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¿Te gustaría que nos diéramos una oportunidad?

—¿Una oportunidad de verdad?

—Sí... Ya no nos engañemos más. Ambos sabemos que lo que queremos es estar juntos.

Aylin lo escuchó en silencio, intentando asimilar sus palabras.

—Y si lo que te preocupa es mi forma de ser, estoy dispuesto a cambiar. Quiero entrar a la iglesia, comenzar el discipulado, servir a Dios a tu lado... hacer las cosas bien y construir contigo la relación que siempre hemos soñado.

—¿En serio harías todo eso?

—Sí. Pero no quiero que pienses que lo hago solamente por ti. También lo hago por mí. Quiero comenzar una nueva etapa en mi vida, acercarme más a Dios y

aprender a hacer las cosas de la manera correcta. Y, si puedo vivir ese proceso contigo a mi lado, sería mucho más especial para mí.

—Ángel... no tienes que hacerlo para demostrarme nada. Si decides acercarte a Dios, quiero que sea porque realmente lo deseas, no porque creas que es la única manera de estar conmigo.

—Lo sé —respondió él—. Y precisamente por eso quiero hacerlo. No quiero prometerte que voy a ser perfecto ni que todo va a cambiar de un día para otro. Solo quiero intentarlo de verdad.

—Entonces... si de verdad estás dispuesto a comenzar de nuevo, yo también quiero darte esa oportunidad.

—¿Eso significa que estaremos juntos?

—Significa que vamos a intentarlo —respondió Aylin—. Pero esta vez, haciendo las cosas bien.

En el fondo de su corazón, ese siempre había sido su sueño junto a él. Escucharlo decir que quería empezar de nuevo, acercarse a Dios y construir una relación diferente la llenaba de ilusión. Cada una de sus palabras la conmovía profundamente.

Sin embargo, también había aprendido que el amor no se sostenía únicamente con promesas. Después de todo lo vivido, ya no buscaba solo palabras bonitas; necesitaba hechos, acciones que demostraran que ambos estaban realmente dispuestos a hacer las cosas de una manera distinta.

Fue en ese instante cuando comprendió que ya no quería seguir huyendo de lo que sentía.

—Sí... creo que voy a arriesgarme.

—¿Entonces... sí?

—¡Sí!

La emoción se apoderó de él. Sin poder contener la alegría, dio un paso hacia ella, la tomó entre sus brazos y la levantó, haciéndola girar lentamente mientras reía.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Aylin soltó una pequeña risa, sorprendida por su reacción.

—¡Ángel! ¡Bájame!

Él la dejó nuevamente sobre la arena, todavía con una enorme sonrisa.

—Perdón... es que no sabes lo feliz que me haces.

Aylin acomodó un poco su cabello mientras sonreía. Había algo en la expresión de Ángel que le hacía sentir una calidez especial en el pecho. Al levantar la mirada, notó que algunas personas que caminaban por la playa los observaban con curiosidad, probablemente por la emoción con la que Ángel acababa de reaccionar.

Ella sintió un poco de vergüenza y soltó una pequeña risa antes de volver a mirarlo.

—¿Puedes ser un poco más discreto? —dijo entre risas.

—No. Esta fecha no la voy a olvidar por nada del mundo.

—Definitivamente... nunca vas a cambiar.

—Tal vez no en eso.

Ángel no pudo contener la emoción. Con una sonrisa que reflejaba todo lo que estaba sintiendo, la tomó suavemente de la cintura y la acercó hacia él.

Durante unos segundos, ambos se quedaron mirándose a los ojos.

Sin pensarlo dos veces, sus rostros se acercaron hasta que sus labios volvieron a encontrarse.

Fue un beso lleno de amor, de paz y de esperanza; un beso que ambos habían esperado durante tanto tiempo.

En aquel instante no solo estaban recordando el pasado, sino también dejando atrás el dolor y dándose la oportunidad de comenzar de nuevo.

Cuando el beso terminó, ninguno quiso alejarse. Permanecieron frente al otro, sonriendo, mientras el sonido de las olas y la brisa del mar se convertían en los únicos testigos de aquel momento.

Era el comienzo de una nueva historia, una que, después de todo lo vivido, finalmente estaban dispuestos a escribir juntos.

—¿Y ahora qué? —preguntó entre risas.

—¿Qué de qué? —respondió Ángel sin dejar de sonreír.

—No sé… ¿qué hacemos ahora?

Ángel señaló hacia la orilla del mar.

—Si quieres, vamos a sentarnos ahí y hablamos un rato.

—Me parece.

—Pero antes… dame otro beso y te suelto.

—No seas tonto. Vamos.

—Tenía que intentarlo —respondió Ángel entre risas.

Los dos caminaron hasta la orilla y se sentaron sobre la arena, dejando que el sonido de las olas acompañara aquella noche que ninguno de los dos olvidaría.

Ángel tomó la mano de Aylin y entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Y ahora qué haremos?

—Creo que, por el momento, no quiero decirle nada a nadie.

Ángel la miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque quiero que primero demuestres ese cambio del que me hablaste. No necesito que nadie sepa que estamos juntos todavía. Prefiero que las cosas se den poco a poco y que sean tus acciones las que hablen por ti.

—Me parece justo. De hecho, creo que eso también me ayudará a hacer las cosas de la mejor manera.

Aylin le apretó suavemente la mano.

—No quiero volver a cometer los mismos errores.

—Ni yo.

Después de unos instantes, Ángel volvió a hablar.

—Si quieres, en estos días podemos hablar con los pastores de jóvenes. Me gustaría contarles lo que estamos viviendo y pedirles que nos aconsejen.

—Me parece bien. Creo que es una buena forma de empezar.

—Entonces así será.

Convencidos de que aquella nueva oportunidad sería diferente, porque esta vez no solo caminaban juntos, sino que también habían decidido poner a Dios en el centro de su historia.

Ambos permanecieron sentados a la orilla del mar, dejando que las olas acariciaran sus pies mientras conversaban.

Ya no hablaban de problemas ni de decisiones difíciles. Podían simplemente disfrutar de estar juntos.

Las horas comenzaron a pasar sin que ninguno se diera cuenta.

Cuando Aylin tomó su celular para ver la hora, abrió los ojos con sorpresa.

—Creo que nos emocionamos mucho, ¿no? —dijo entre risas.

Ángel sacó su celular y sonrió.

—Sí... ya son las cuatro de la mañana.

—Pero, siendo sincera... ya nos hacía falta un momento como este.

—Demasiado.

—Jamás me imaginé que tenía que pasar por todo esto para terminar contigo de esta manera.

—A veces la vida es injusta...

Hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Pero también sabe recompensar a quienes aprenden de sus errores.

—¿Sabes qué es lo que más me alegra?

—¿Qué cosa?

—Que esta vez no estamos empezando una relación porque sí. Esta vez los dos sabemos lo que queremos, lo que perdimos... y, sobre todo, lo que no queremos volver a repetir.

—Y eso hace que esta vez sea diferente.

—Sí... esta vez sabemos cuánto nos costó llegar hasta aquí.

Frente a ellos, el cielo comenzaba a teñirse lentamente de tonos anaranjados y dorados. Era la llegada de un nuevo día.

Después de una noche llena de conversaciones, risas y emociones, ambos permanecieron en silencio contemplando el amanecer. Aylin se acomodó junto a Ángel y apoyó la cabeza sobre su hombro, mientras él la rodeaba con uno de sus brazos y acariciaba suavemente su cabello.

Ninguno necesitaba decir nada. El sonido de las olas, la brisa del mar y los primeros rayos del sol hacían que aquel momento se sintiera especial. Aylin cerró los ojos y sonrió, disfrutando de una tranquilidad que hacía mucho tiempo no sentía.

Permanecieron en la playa hasta que el sol terminó de salir. No habían dormido, pero habían disfrutado de toda la madrugada juntos, hablando, riendo y compartiendo momentos que ambos sabían que recordarían.

Cuando el resto de los jóvenes comenzó a avisar que ya regresaban a sus casas, Ángel y Aylin recogieron sus cosas. Antes de irse, caminaron una última vez por la orilla del mar y luego subieron al carro para emprender el regreso.

Aunque ambos tenían sueño, el camino se hizo más corto entre conversaciones sobre la universidad de Ángel, el colegio de Aylin, sus familias y los sueños que querían cumplir juntos.

Al llegar a la casa, Ángel estacionó frente a la entrada. Aylin bajó y abrió la cajuela para sacar su bolso. Sin embargo, mientras lo hacía, comenzó a pensar en lo que les esperaba.

Durante todo el camino había disfrutado de estar con Ángel, pero ahora la realidad volvía a hacerse presente. Tendría que contarles a sus padres lo ocurrido y explicarles que había decidido darse una nueva oportunidad con él.

No sabía cómo reaccionarían. Tal vez aceptarían su decisión, o quizá necesitarían tiempo para entenderla.

—¿En qué piensas?

Aylin dejó escapar una pequeña sonrisa.

—En cómo voy a explicar todo esto cuando entre a mi casa.

—¿Crees que se enojen?

—No lo sé. Mis padres siempre han querido lo mejor para mí y, después de todo lo que pasó entre nosotros, es normal que tengan dudas.

—Si ellos quieren hablar conmigo, lo haré. No tengo problema. Quiero que sepan que mis intenciones contigo son diferentes.

Aylin sonrió al escuchar esas palabras.

—Gracias.

Ángel tomó su mano durante unos segundos.

—No tengas miedo. Pase lo que pase, voy a estar contigo.

—Bueno… creo que ya es hora.

Apenas estuvieron frente al portón, Aylin respiró profundamente y, sin pensarlo demasiado, lo abrió.

Al entrar, vio a sus padres sentados en la sala, conversando tranquilamente.

—¿Quieres hablar con ellos de una vez?.

—Sí… así salimos de esto de una vez.

Aylin respiró profundamente.

—Entonces, vamos.

Antes de la conversación, ambos entraron a la casa con una mezcla de nervios y emoción. Aylin fue primero a su habitación para dejar el bolso y acomodar sus cosas. Después regresó a la sala y tomó asiento junto a Ángel, frente a sus padres. Los dos sabían que había llegado el momento de contarles lo que había sucedido en la playa y aclarar cualquier duda que pudieran tener.

Aylin y Ángel se miraron brevemente antes de comenzar. Les explicaron cómo habían decidido quedarse aquella noche en la playa, las conversaciones que habían tenido y las decisiones que habían tomado. También les contaron que querían comenzar una nueva etapa, haciendo las cosas de una manera diferente, basada en el respeto, la confianza y poniendo a Dios en el centro de su relación.

Al terminar, los padres de Aylin se tomaron unos momentos para procesar todo lo que acababan de escuchar. Su madre admitió que no esperaba aquella noticia, mientras que su padre quiso saber qué había cambiado en Ángel para que quisiera volver a intentarlo con su hija.

Ángel explicó que había aprendido que amar no significaba únicamente sentir algo por otra persona, sino también saber cuidarla, respetarla y reconocer los propios errores. Sobre todo, había comprendido que, antes de construir una relación con Aylin, necesitaba fortalecer su relación con Dios.

Aquellas palabras hicieron que los padres de Aylin se sintieran más tranquilos. Ambos les pidieron que hicieran las cosas correctamente, que se respetaran, no apresuraran las etapas y mantuvieran a Dios presente en su relación. También le recordaron a Aylin todo lo que había aprendido de sus experiencias anteriores y la importancia de no permitir que la emoción le hiciera olvidar lo que merecía.

Ángel aseguró que estaba dispuesto a demostrar sus intenciones con acciones y no solamente con palabras. El padre de Aylin, aunque todavía quería observar cómo evolucionaban las cosas con el tiempo, decidió darle una oportunidad y aceptarlo nuevamente en la familia.

Antes de terminar la conversación, Aylin y Ángel les pidieron algo más. Por el momento, querían mantener su relación en secreto y esperar hasta sentirse preparados para contárselo a los demás. Sus padres estuvieron de acuerdo y respetaron la decisión que ambos habían tomado.

Después de aquella conversación, Aylin y Ángel sintieron que podían comenzar aquella nueva etapa con mayor tranquilidad. Ya no tenían que ocultarle la verdad a la familia de Aylin y podían concentrarse en construir su relación poco a poco.

Con el paso de los días comenzaron a conocerse nuevamente desde una perspectiva diferente. Compartían tiempo juntos, hablaban durante horas, oraban el uno por el otro y poco a poco construían una relación más madura.

Aylin regresó por completo a su rutina entre las clases, las tareas del colegio y las actividades de la iglesia. A pesar de sus ocupaciones, ella y Ángel siempre encontraban algún momento para hablar.

Una noche, mientras Aylin estudiaba en su escritorio, el sonido de una videollamada interrumpió su concentración. Al mirar el celular y ver que era Ángel quien llamaba, dejó el cuaderno a un lado y respondió, dando inicio a otra de las muchas conversaciones que comenzaban a formar parte de aquella nueva etapa.

—Hola, amor.

—Hola, mi guapo. ¿Cómo estás? —respondió Aylin con una sonrisa.

—Bien. ¿Y tú?

—Aquí, estudiando —respondió con un tono cansada mientras señalaba los cuadernos que tenía sobre el escritorio.

—Mira… es que mi mamá no me cree que de verdad somos pareja.

Aylin abrió los ojos, sorprendida. Al ver quién estaba al otro lado de la cámara, no pudo evitar sonrojarse.

—¿No puede ser? —dijo entre risas.

Elena, la madre de Ángel, saludó levantando la mano.

Para ella, siempre había sido un sueño que Aylin llegara a ser la novia de su hijo. Desde que la conoció, la veía como una muchacha responsable, alegre, llena de valores y que siempre había querido sinceramente a Ángel. Además, tenía la esperanza de que, a su lado, él pudiera comenzar una nueva etapa en su vida.

—Hola, señora. ¿Cómo está? —saludó Aylin con una sonrisa.

—Hola, mi niña hermosa. Muy bien, ¿y tú? Ya mi hijo me contó que tú eres la afortunada que le robó el corazón.

—Muy bien, gracias a Dios. Más bien, gracias por aceptarme como su nuera.

—Mi amor, recuerda que para mí siempre vas a ser como una hija. Desde hace mucho tiempo te tengo un gran cariño.

La mamá de Ángel continuó hablando con una sonrisa.

—Ya le dije a este muchacho que ninguna de las relaciones que tuvo se comparaba contigo. Tú eres diferente. Siempre vi en ti a una muchacha noble, respetuosa y con buenos principios.

—Mamá… —añadió Ángel con una sonrisa.

—Déjame terminar —respondió Elena sin dejar de sonreír.

—Más bien, muchas gracias por sus palabras —dijo Aylin—. Usted sabe que yo nunca he estado con Ángel por algo material. Si decidí darle una oportunidad fue por la persona que es y por el corazón que siempre ha tenido. Creo que la vida nos dio otra oportunidad para hacer las cosas bien.

—Así es, mi amor. Y quiero que sepas que cuentas conmigo para lo que necesites. Y si tengo que regañar a este muchacho cuando haga algo malo, créeme que lo voy a hacer.

Aylin sonrió ligeramente ante sus palabras.

—Muchas gracias, señora. De verdad, significa mucho para mí.

—No tienes nada que agradecer. Solo quiero verlos felices y saber que están haciendo las cosas bien.

—Bueno, ma, ya me voy porque todavía tengo que hablar un rato con Aylin —dijo Ángel mientras se levantaba del sillón.

—Está bien. Que Dios los bendiga.

Ángel regresó a su habitación, tomó nuevamente el celular y continuó con la videollamada.

—Bueno… ahora sí, ¿de qué querías hablar?

—Sobre la conversación que habíamos quedado de tener con los pastores. Hay que ver qué día pueden recibirnos, y tú eres la única que conoce bien sus horarios y el rol que tienen dentro de la iglesia.

—A ver… normalmente los sábados están un poco más libres en la tarde. Podríamos hablar con ellos ese día y luego quedarnos para la Red de Jóvenes en la noche. ¿Qué te parece?

—Me parece perfecto —respondió Ángel—. Pero… ¿piensas contarles de una vez que estamos juntos?

—No necesariamente. Si tú quieres hacerlo, por mí no hay problema. Pero primero prefiero hablar con ellos sobre todo este proceso. Dependiendo de cómo avance la conversación, después les contamos que ya volvimos.

—Me sorprendes mucho.

—¿Por qué? —preguntó Aylin, inclinando ligeramente la cabeza.

—Porque estás pensando las cosas con mucha madurez.

—Es que ya aprendí. No quiero volver a hacer las cosas apresuradamente. Ya cometimos errores antes y no quiero repetirlos. Prefiero hacer las cosas bien esta vez.

—Sí… creo que tienes razón.

—Además, recuerda que yo ya estoy sirviendo en la iglesia —continuó Aylin—. Y si tú también decides servir, creo que lo correcto es que los pastores sepan cómo están las cosas entre nosotros. Se vería mal ocultar algo así, especialmente siendo servidores.

—Tienes razón. También tenemos que ser sinceros con ellos.

—Exactamente.

—Entonces así quedamos. El sábado hablamos con ellos.

—Así será.

Ángel volvió a sonreír, intentando cambiar un poco el tono de la conversación.

—Bueno… cambiando de tema. ¿Cómo te está yendo en el colegio?

—Bien. Creo que este año está más pesado que los anteriores. Recuerda que este año hago mi práctica en una empresa, así que tengo que ir preparándome desde ya. Hay muchos proyectos y bastante trabajo, pero ahí voy.

—Eso me encanta. Sé que te va a ir muy bien.

—Gracias —respondió Aylin con una pequeña sonrisa—. Ahora cuéntame tú. ¿Cómo va esa carrera de Medicina?

—Súper bien. Si todo sale como está planeado, en cuatro meses comenzaré mi práctica en el hospital.

—¡Qué increíble! Ya casi —dijo Aylin, emocionada—. Aunque… bueno, apenas estamos en marzo.

—Sí, pero los meses pasan más rápido de lo que uno cree.

—Eso es verdad. Cuando menos lo pensemos, ya estaremos haciendo todo lo que ahora parece tan lejano.

Los días transcurrieron con normalidad hasta que finalmente llegó el sábado.

Desde temprano, Aylin ayudó con algunas tareas de la casa y, al terminar, comenzó a prepararse para ir a la iglesia. Sabía que aquella tarde sería importante, pues finalmente tendrían la reunión con los pastores para hablar sobre su relación.

Ángel pasó por ella, tal como habían acordado días atrás. Durante el camino conversaron con normalidad, aunque ambos llevaban presentes los nervios por lo que estaba por suceder.

Al llegar a la iglesia, encontraron a los pastores generales limpiando el piso del templo después de una actividad. Tras recibir la indicación de que los pastores de jóvenes se encontraban en la oficina preparando la reunión de esa noche, Aylin y Ángel caminaron hacia allí.

Aunque ya eran pareja, habían decidido mantener su relación en privado hasta poder contárselo primero a los pastores. Por eso, durante el camino procuraron comportarse con naturalidad y mantener cierta distancia.

Al llegar frente a la puerta de la oficina, ambos se detuvieron por unos segundos. Aylin respiró profundamente mientras Ángel intentaba disimular sus nervios con una pequeña sonrisa.

Finalmente, se miraron como dándose ánimo en silencio y, después de unos segundos, Aylin levantó la mano y tocó suavemente la puerta.

—Pasen —respondieron ambos pastores desde el interior de la oficina.

Aylin abrió la puerta con una sonrisa al verlos.

—Hola, ¿cómo están?

—Hola, Aylin. Tanto tiempo. Ya te habíamos dado por perdida —comentó la pastora entre risas.

—Eh... creo que sí. Por eso necesitaba hablar con ustedes. O bueno... necesitábamos.

—¿Necesitábamos? ¿Tú y quién más?

Antes de que Aylin pudiera responder, Ángel se asomó por la puerta con una pequeña sonrisa. Sabía que aquella conversación era importante y confiaba en que todo saldría bien.

—Ah, bueno... pasen, siéntense —indicó el pastor, señalándoles los asientos.

Ambos entraron y se sentaron en los sillones de la oficina. Durante unos segundos, Aylin y Ángel se miraron, sabiendo que era el momento de comenzar aquella conversación que habían estado preparando.

Ángel explicó a los pastores su deseo de cambiar su vida, comenzar una nueva etapa y acercarse más a Dios. Les habló de su intención de dejar atrás muchas cosas, crecer espiritualmente y aprender a servir dentro de la iglesia. Aylin permaneció a su lado, apoyándolo.

Los pastores escucharon con atención y comprendieron que la decisión de Ángel no parecía ser solamente una emoción pasajera, sino algo que había pensado seriamente. Le hicieron entender que acercarse a Dios era un proceso diario que requería constancia, compromiso y una verdadera intención de cambiar.

Ángel escuchó cada consejo con seriedad y mostró disposición para aprender y dejarse guiar. La conversación continuó durante un buen rato, mientras hablaban sobre el proceso que tendría que seguir, las responsabilidades de servir y la importancia de mantener claras sus prioridades.

Aylin observaba todo en silencio. Por dentro sentía una gran felicidad al ver a Ángel dando aquel primer paso y tomando en serio la oportunidad de comenzar de nuevo.

—Bueno, nosotros iremos un momento a la casa— dijo la pastora mientras se levantaba.

—Sí, claro —respondió Aylin.

Los pastores salieron de la oficina y cerraron la puerta detrás de ellos.

Aylin y Ángel quedaron completamente solos. Aunque la conversación con los pastores había salido mucho mejor de lo que esperaban, todavía había algo que ambos estaban guardando: su relación.

Ángel la miró con una pequeña sonrisa.

—Bueno... ahora que estamos solos.

—¿Qué estás pensando?

—No sé... —respondió Ángel, acercándose un poco—. ¿Qué te parece si aprovechamos y nos damos un beso?

—Me encantaría, pero sabes que no podemos.

—Solo uno y ya.

—Ángel...

—No hay nadie —susurró—. Así que solo te puedo dar uno.

Aylin soltó una pequeña risa, nerviosa, mientras Ángel se acercaba lentamente.

Ambos comenzaron a acercarse poco a poco, hasta quedar a unos centímetros de distancia. Por un instante, ninguno dijo nada. Solo se miraron, conscientes de que estaban a punto de hacer algo que no debían.

Pero justo en ese momento, la puerta de la oficina se abrió.

La hija del pastor apareció en la entrada y se quedó completamente quieta al verlos tan cerca.

Aylin y Ángel se separaron rápidamente.

—¿Qué pasó? —preguntó Aylin con una sonrisa nerviosa, intentando actuar con normalidad.

—¿Qué hacen?

—Eh... nada. Solo estamos hablando —respondió Aylin mientras intentaba mantener la calma.

—Ajá...

Aylin miró a Ángel y luego volvió a verla.

—Dios mío... Si te doy dos mil, ¿te quedas callada?

—Muy poco. Tres.

—¿Por qué tanto?

—Porque, si no, voy y le digo a mi papá.

Aylin abrió los ojos, sorprendida.

—Ay, está bien.

Ambos volvieron a sentarse mientras intentaban recuperar la tranquilidad. Ángel la abrazó con cariño y Aylin se acomodó junto a él, disfrutando de aquel pequeño momento.

Por unos segundos, olvidaron por completo que los pastores podían regresar en cualquier momento.

Hasta que escucharon nuevamente la puerta de la oficina abrirse.

Aylin reaccionó rápidamente para separarse, pero al moverse perdió el equilibrio y terminó cayendo casi por completo al suelo, junto al sillón.

—¿Qué hacen? —preguntó la pastora al entrar, sorprendida por la escena.

Ángel intentó mantener la calma y respondió con una sonrisa.

—Nada.

La pastora miró a Aylin mientras ella intentaba levantarse y acomodarse nuevamente.

—¿Aylin, estás bien?

—Sí, solo que me resbalé en el sillón.

La pastora la observó durante unos segundos, como si no estuviera completamente convencida de su explicación.

—Bueno... antes de empezar con todo, queremos ayudarte en este proceso. Pero primero necesito que me digan la verdad.

Aylin y Ángel se miraron entre ellos.

—¿De qué? —preguntó Aylin, intentando mantener una sonrisa inocente.

La pastora cruzó los brazos y los observó con atención.

—Aylin, es evidente.

—¿Qué cosa?

—Que ustedes dos tienen algo. ¿Acaso me lo van a negar?

Después de todo lo que habían intentado ocultar, decidieron que ya no tenía sentido seguir evitando la verdad. Sabían que los pastores los conocían lo suficiente como para notar que algo había cambiado entre ellos, así que finalmente decidieron contarles que habían vuelto a hablar y que habían decidido darse una nueva oportunidad.

Los pastores los escucharon con atención y recibieron la noticia con tranquilidad. Les recordaron que esta vez debían hacer las cosas de una manera diferente, basándose en el respeto, la comunicación, el compromiso y, sobre todo, manteniendo a Dios en el centro de su relación.

Después de aquella conversación, Ángel comenzó a involucrarse más en la iglesia. Poco a poco se convirtió en un servidor de la casa, participando en las actividades y ayudando cuando era necesario. Aylin lo acompañó en ese proceso, mientras ambos aprendían y crecían juntos.

Con el paso de las semanas, llegó el momento de hacer oficial su relación. Como servidores de la iglesia, decidieron presentarla delante de la congregación y de sus familias, quienes estuvieron presentes para acompañarlos en aquel momento.

Frente a todos, confirmaron que habían decidido caminar juntos nuevamente. Para ellos, no se trataba simplemente de volver al pasado, sino de comenzar una nueva etapa después de todo lo que habían aprendido.

A veces, solo hace falta tiempo, crecimiento y una nueva oportunidad para comenzar de nuevo.

29

Promesas en medio del caos

"No podían elegir las circunstancias, pero sí podían elegir qué hacer con ellas"

Aylin continuó creciendo dentro de la iglesia. Cada actividad, cada servicio y cada momento compartido con los jóvenes se convirtió en una nueva oportunidad para aprender y descubrir más sobre sí misma.

Por su parte, Ángel también comenzó a adaptarse a esa nueva etapa. Su compromiso con la iglesia crecía cada día, mientras seguía esforzándose en su trabajo dentro del restaurante y en sus estudios. Para Aylin era bonito verlo avanzar por decisión propia y notar cómo poco a poco buscaba mejorar.

Los días comenzaron a llenarse de pequeños momentos. Algunas veces Ángel pasaba por Aylin al colegio y otras simplemente aprovechaban para hablar un rato sobre cómo había sido su día. No necesitaban grandes planes para pasar tiempo juntos; muchas veces, estar acompañados era suficiente.

Aunque ambos tenían responsabilidades, trabajos y metas por cumplir, siempre buscaban la manera de apoyarse y compartir un poco de su tiempo.

Hasta que llegó uno de esos días en los que Aylin no estaba pasando por su mejor momento. Aunque continuaba cumpliendo con sus responsabilidades en la iglesia y en el colegio, durante los últimos días se le notaba más cansada de lo normal. El estrés de los trabajos, las clases y todo lo que tenía pendiente comenzaba a acumularse.

Ángel lo había notado, así que un día que salió más temprano del restaurante decidió ir por ella al colegio sin avisarle. Antes de hacerlo, quiso asegurarse de que todavía estuviera allí, pues sabía que Aylin muchas veces prefería guardar sus preocupaciones para no molestar a los demás.

Tomó su celular y llamó a la madre de Aylin.

—Hola, señora. Buenas tardes, ¿cómo está?

—Hola, hijo. Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien, gracias.

Ángel hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—La verdad... no sabía muy bien cómo empezar esta conversación. Tal vez parezca una pregunta un poco tonta, porque sé que, si le pregunto directamente a Aylin, probablemente me diría que todo está bien. Pero a veces siento que ella se guarda muchas cosas.

Entonces, Ángel le explicó lo que había notado en los últimos días: que la veía cansada, con menos energía y que sentía que algo podía estar pasando.

Después de unos segundos de silencio, la mamá de Aylin respondió:

—Aylin ha estado así principalmente por el colegio. Ha llegado a la casa a estudiar, hacer trabajos y prepararse para todo lo que tiene pendiente.

Ángel permaneció atento.

—Aunque... hay algo más.

—¿Qué pasó?

—En estos días le harán unos exámenes de sangre. Ella siente que no se ha estado sintiendo bien, especialmente por un tema de sus riñones.

—¿Cree que sea algo grave?

—No lo sabemos todavía. Desde pequeña le detectaron que tiene un riñón más pequeño que el otro y, en algunas ocasiones, ha tenido que estar internada por lo mismo. Pero, si ella siente que algo no está bien, lo mejor es que se haga los exámenes y que los médicos revisen.

—Me parece bien. Más bien... hoy tenía pensado llevarla a la playa. No sé si usted me dejaría.

—Claro, hijo. De hecho, creo que puede hacerle bien. A veces ella necesita desconectarse un poco. Si quieres, subes rápido y recoges algo de ropa de ella, sus trajes de baño y algunas cosas para que pueda cambiarse.

—¿En serio? Entonces subo ahorita, porque en media hora sale del colegio.

—Perfecto. Aquí te espero.

Ángel se despidió y arrancó el carro rumbo a la casa de Aylin, que quedaba a pocos minutos del colegio.

Al llegar, la madre de Aylin ya lo estaba esperando. Mientras Ángel permanecía en la sala, ella entró la habitación de su hija y comenzó a preparar algunas cosas. Sacó ropa cómoda, un par de cambios y los trajes de baño que sabía que Aylin necesitaría.

Ángel observó el pequeño bolso mientras esperaba. Después de unos minutos, la madre de Aylin regresó y se lo entregó, dejando todo listo para que pudieran marcharse.

—Aquí está todo.

—Muchas gracias.

—De nada, hijo. Solo te pido que la cuides mucho.

—Lo haré.

La mamá de Aylin lo miró con curiosidad.

—Al menos dime… ¿ya sabes dónde se van a quedar?

—Sí. Hace unos días estuve revisando algunos apartamentos para que pudiéramos quedarnos. Ya tengo todo pagado. Quiero que ella solamente tenga que preocuparse por disfrutar y descansar.

La mamá de Aylin sonrió, un poco más tranquila.

—Me parece bonito. Sé que para ella la playa es un lugar especial.

—Sí. Por eso pensé en llevarla.

—Entonces, que Dios los acompañe. Y maneja con cuidado.

—Lo haré. No se preocupe.

Ángel salió de la casa y colocó el bolso en los asientos traseros del carro. Después condujo hasta el colegio de Aylin y esperó afuera.

Pasaron algunos minutos hasta que sonó el timbre de salida. Ángel bajó del carro para que ella pudiera verlo.

Poco después, Aylin salió entre los demás estudiantes. Tenía el rostro cansado de aquellos días. Sin embargo, al verlo allí frente al colegio, su expresión cambió por completo y la sorpresa se hizo evidente en su rostro.

—Hola, mi amor. ¿Cómo te fue? —preguntó Ángel mientras la veía acercarse al carro.

Aylin abrió la puerta para dejar su bolso a un lado y soltó un suspiro, intentando dejar atrás muchas cosas que no la hacían sentir bien.

—Supongo que bien… —respondió, mirando por la ventana.

Quiso fingir que todo estaba bien, pero no pudo sostenerlo por mucho tiempo. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Había sido un día pesado, lleno preocupaciones y pensamientos que no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

—¿Qué pasó?

—Tengo demasiada presión… demasiadas cosas en la cabeza. Algo que creo que no entenderías.

Ángel pudo notar que aquello iba mucho más allá del cansancio.

—Tranquila… —dijo con suavidad—. Ven, sube. No llores.

Aylin respiró hondo y se acomodó en el asiento del acompañante, tratando de contener las lágrimas.

Ángel cerró la puerta, rodeó el carro y se sentó al volante. Antes de arrancar, la miró durante unos segundos.

—Y dime, ¿a dónde quieres ir antes de que arranque?

—Quiero ir a mi casa.

—Mmm… pues no.

—¿Cómo que no? Entonces, ¿para qué me preguntas? Yo solo quiero ir a mi casa. Hoy no quiero salir —dijo Aylin, confundida.

—Hoy te vas a quedar conmigo.

—¿Cómo así?

—Solo tranquila. Te tengo una sorpresa.

—Ángel, no es por nada, pero de verdad solo quiero llegar a mi casa. Estoy cansada, quiero dormir y descansar —dijo Aylin, sin entender del todo lo que estaba pasando.

Entendía que no estaba enojada ni rechazando la sorpresa; simplemente estaba agotada. Después de todo, Aylin sentía que ya no tenía energía para nada más.

—Ya es tarde… así que nos vamos a la playa.

—Ajá… ¿pero y mis cosas?

—Tu madre me ayudó un poco. Tus cosas están atrás —respondió Ángel mientras señalaba la parte trasera del carro.

—Ángel… no.

Sabía que insistir en ese momento solo haría que ella se sintiera peor. No quería convertir aquel gesto en una obligación ni hacer que sintiera más presión, así que simplemente puso el carro en marcha y comenzó el viaje.

Aylin seguía molesta, mirando por la ventana sin entender por qué Ángel había decidido hacer algo así justo cuando sentía que ya no podía más. Sin embargo, él no intentaba ignorarla ni pasar por encima de lo que sentía. Solo quería recordarle que, entre tantas cosas también necesitaba un momento para ella.

Después de un largo viaje, finalmente llegaron a la playa. El sonido de las olas y la tranquilidad del lugar contrastaban con el silencio que los había acompañado durante todo el camino.

Ángel apagó el carro y bajó con calma. Caminó hacia la parte trasera para sacar algunas cosas y buscar su billetera, mientras Aylin permanecía unos segundos dentro del carro.

Finalmente, salió del carro y caminó hasta donde estaba Ángel, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué pasa? —preguntó Ángel al verla enojada.

—Necesito que me escuches.

Ángel dejó lo que estaba haciendo y le prestó toda su atención.

—Claro... dime.

Ella bajó la mirada por unos segundos, intentando ordenar sus pensamientos.

—No estoy enojada porque me trajeras aquí... bueno, tal vez un poco —dijo con una pequeña sonrisa nerviosa—. Pero yo no quería venir y necesito que me entiendas un poco.

Sabía que Aylin no necesitaba que alguien le dijera qué hacer ni que intentaran solucionar todo de inmediato. En ese instante, lo único que necesitaba era sentirse escuchada.

—Aylin... —dijo después de unos segundos—, no quiero que pienses que te traje aquí porque no entiendo lo que estás sintiendo. Al contrario. Precisamente porque te conozco, sé cuándo estás intentando cargar más de lo que puedes.

—Pero a veces siento que nadie me entiende—respondió—. Todos creen que porque estoy tranquila o porque no digo nada, estoy bien.

Ángel no respondió de inmediato.

—Y no estoy bien —continuó ella—. Solo... estoy cansada. Cansada de tener que fingir que puedo con todo, de tener que sonreír cuando por dentro no sé ni qué estoy sintiendo.

—Entonces no tienes que fingir conmigo.

—No quiero que me soluciones la vida, Ángel. Solo quiero que, por una vez, alguien me escuche sin decirme qué debería sentir.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Sí. No voy a intentar solucionarlo todo. Puedes hablar y yo voy a escucharte.

—Creo que me acostumbré a pensar primero en todos antes que en mí.

—Lo sé. Y esa es una de las cosas que más admiro de ti. Pero también quiero que aprendas a darte a ti misma el mismo amor y la misma paciencia que les das a los demás.

Aylin sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Una de ellas recorrió lentamente su mejilla y ella la limpió de inmediato, intentando disimularla.

—Perdón... creo que solo estoy muy cansada.

—No tienes que pedirme perdón por sentirte así.

—Más bien, para que no te sientas tan abrumada... ¿por qué no nos metemos al mar un rato? —dijo Ángel con una sonrisa—. Además, quiero que veas dónde vamos a pasar la noche.

Aylin lo miró por unos segundos. Aunque todavía se sentía cansada, algo en la forma en que Ángel intentaba ayudarla hizo que bajara un poco la guardia.

Sin responder demasiado, tomó sus cosas y siguió a Ángel.

Caminaron unos minutos hasta llegar al lugar donde se quedarían. Mientras Ángel buscaba las llaves del apartamento, Aylin observaba todo a su alrededor.

Cuando finalmente entraron, Aylin se quedó completamente sorprendida.

El apartamento era mucho más bonito de lo que esperaba.

Había una cama grande, un televisor amplio, una pequeña cocina equipada y un balcón desde donde se podía observar el mar. La vista era tranquila, y el sonido de las olas acompañaba la noche.

—¿Te gusta? —preguntó Ángel, apoyándose en el marco de la puerta.

—Es... mucho más bonito de lo que imaginaba.

—Sabía que te iba a gustar.

Aylin dejó sus cosas sobre una de las sillas y se acercó al balcón. Corrió suavemente la puerta de vidrio y salió.

Ángel se quedó observándola desde adentro.

—¿Quieres que vayamos al mar? —preguntó nuevamente—. No tienes que meterte si no quieres. Podemos simplemente sentarnos en la arena.

—Sí... creo que me haría bien.

Ángel tomó una toalla y se la entregó.

—Entonces vamos.

Ambos se cambiaron para luego salir del apartamento y caminaron por la arena hasta llegar a la orilla, donde el agua les cubría casi por completo los pies. Poco a poco se adentraron más en el mar, dejando que las olas los rodearan.

Aylin permaneció abrazada a Ángel, apoyando la cabeza sobre él mientras ambos observaban el horizonte. No necesitaban decir nada; simplemente disfrutaban de aquel momento juntos, lejos de todo lo que los preocupaba.

Ángel la abrazó con cuidado mientras permanecían allí, dejando que el sonido de las olas llenara el silencio.

—¿Sabes algo? —dijo después de unos segundos—. Extrañaba verte así.

—¿Así cómo?

—Tranquila. Sin preocuparte por todo. Sin pensar que tienes que resolver el mundo entero.

—Creo que ya me acostumbré a hacerlo.

—Entonces voy a recordarte cada vez que pueda que también tienes derecho a descansar.

Aylin volvió a abrazarlo con más fuerza.

El agua se movía suavemente alrededor de ellos mientras el cielo comenzaba a cambiar de color. El tiempo parecía pasar más lento en aquel lugar, como si, por un momento, todo lo demás hubiera quedado lejos.

Ambos hablaron de muchas cosas. Recordaron momentos que habían vivido, rieron por pequeñas tonterías y también hablaron de sus sueños, de lo que querían lograr y de todo aquello que todavía esperaban construir juntos.

Para Aylin, aquel momento significaba mucho más que un viaje inesperado.

Era sentir que, después de tantas etapas difíciles, tenía a alguien que no solo quería acompañarla en los días felices, sino también quedarse cuando estuviera cansada, cuando dudara o cuando simplemente necesitara ser escuchada.

Después de un buen rato, decidieron salir del agua.

Caminaron de regreso hacia la arena mientras la noche comenzaba a caer. Ángel tomó algunas cosas del carro y ambos se dirigieron al apartamento que había preparado para pasar aquel fin de semana.

Al entrar, Aylin no dijo nada más. Después de dejar sus cosas a un lado, se dirigió directamente a la ducha. Necesitaba aquel momento para desconectarse de todo lo que llevaba encima.

Mientras tanto, Ángel ya se había cambiado y llevaba una pijama cómoda. Había preparado algo de cenar y acomodado todo para que pudieran pasar la noche tranquilos. Mientras esperaba a Aylin, encendió la televisión y comenzó a ver una serie.

Pasaron unos minutos hasta que Aylin salió del baño.

Se quedó unos segundos observándolo desde la entrada de la cocina. Ángel estaba concentrado terminando de servir la comida, cuidando cada detalle para que todo estuviera listo para los dos.

Al verlo así, Aylin sonrió levemente.

No sabía cómo agradecerle todo lo que había hecho por ella ese día. Había llegado cansada, con la mente llena de preocupaciones y, sin darse cuenta, Ángel había encontrado la manera de regalarle un momento de tranquilidad.

Ángel terminó de servir la comida y ambos se sentaron en la cama. Comieron mientras miraban una película, disfrutando de una noche tranquila.

Las horas pasaron rápidamente.

Cuando la película terminó, comenzaron a aburrirse un poco, así que Aylin tuvo una idea.

—¿Qué tal si jugamos un juego de mesa?

Ángel aceptó y ambos comenzaron a jugar para pasar el tiempo.

Entre risas, bromas y pequeñas competencias, la noche continuó hasta que una pregunta cambió por completo el ambiente.

Aylin levantó la mirada.

—¿Qué pasa?

—Sé que es algo raro preguntarlo porque ya pasaron meses... casi un año. Pero aun así tengo una duda. ¿Todavía extrañas a Samuel?

La pregunta no la tomó por sorpresa, pero sí la hizo pensar.

—¿Quieres que sea sincera?

—Sí.

—Mira... no quiero que esto se convierta en una discusión. Entiendo que tengas esa duda y tienes derecho a sentirlo, pero también quiero decirte la verdad, aunque sí duela.

—Tranquila. Dime.

—Sí, me hace falta Samuel.

Ángel guardó silencio, dejando que ella continuara.

—Samuel fue alguien importante para mí. Compartimos momentos muy bonitos, aprendí muchas cosas con él y sería mentira decir que todo fue malo.

Aylin hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Y si me preguntas si me arrepiento de haber estado con él... no. No me arrepiento. No siento que haya desperdiciado mi vida con él.

—Entonces... ¿te arrepientes de estar aquí conmigo? —preguntó Ángel.

—No empieces —dijo con una pequeña sonrisa—. Yo te advertí desde el principio que iba a ser sincera. Ahora te toca aguantar la respuesta.

—Está bien, continúa.

—Si pudiera cambiar algo, sería una pregunta obvia. Te diría que me habría gustado que nuestra historia fuera diferente desde el principio.

Ángel la observó en silencio.

—Pero también entiendo que todo lo que pasó nos convirtió en quienes somos ahora. Si no hubiera vivido esas cosas, tal vez ninguno de los dos habría aprendido lo que necesitaba aprender.

—Entonces... ¿qué significa Samuel para ti ahora?

—Una etapa de mi vida que siempre voy a recordar con cariño, pero que ya terminó.

—Creo que necesitaba escuchar eso.

—Lo sé. Pero también recuerda algo: yo estoy aquí contigo.

—Gracias por ser sincera conmigo.

—Gracias por preguntarme sin enojarte.

Y así, entre recuerdos del pasado y decisiones del presente, ambos entendieron que una relación no se construía fingiendo que nada había ocurrido, sino aceptando la historia del otro y eligiendo quedarse.

Ambos continuaron hablando durante horas. Entre risas y recuerdos, el tiempo pasó sin que ninguno de los dos lo notara.

En un momento de silencio, Ángel se acercó lentamente a Aylin. Sin decir una sola palabra, tomó su mano y le dio un beso. Después, sus miradas volvieron a encontrarse y, casi sin pensarlo, comenzaron a besarse nuevamente, dejándose llevar por la cercanía del momento.

Sin embargo, Aylin respiró profundamente y se apartó unos centímetros.

—Espera...

—¿Qué pasa?

—No quiero que nos dejemos llevar por el momento. Recuerda todo lo que hemos recorrido para llegar hasta aquí.

—Lo sé... Es solo que no sabes cuánto me gusta poder estar así contigo.

—Y a mí también. Pero precisamente porque te amo, quiero hacer las cosas bien. Lo que menos deseo es que después alguno de los dos cargue con un peso en el corazón.

—Lo entiendo. Y si tú no quieres, lo respeto completamente.

—Gracias.

—Creo que tienes razón. Mejor descansemos. Mañana será otro día largo.

—Sí... además, ya me volvió el cansancio.

Apagaron las luces y se acomodaron bajo las cobijas. El sonido constante de las olas envolvía el apartamento con una tranquilidad difícil de explicar, mientras la brisa del mar entraba suavemente por la ventana. Aylin cerró los ojos con la intención de descansar después de un día tan largo, pero el sueño apenas logró acompañarla unas pocas horas.

De repente, abrió los ojos. Miró el reloj y luego dirigió la vista hacia Ángel, que seguía profundamente dormido a su lado. Permaneció unos segundos observándolo en silencio. Verlo descansar le transmitía paz, pero su mente seguía llena de pensamientos que no la dejaban dormir.

Con mucho cuidado, se levantó de la cama para no despertarlo y caminó hasta el balcón. Apenas abrió la puerta, una suave brisa acarició su rostro. Frente a ella, el inmenso mar permanecía en calma bajo la luz de la luna, y el sonido de las olas parecía acompañar cada uno de sus pensamientos.

Apoyó ambos brazos sobre el barandal y dejó escapar un profundo suspiro.

Amaba a Ángel con todo su corazón. No tenía ninguna duda de eso. Después de todo lo que habían vivido, de las lágrimas, las despedidas y las segundas oportunidades, sentía que Dios les había permitido reencontrarse por una razón.

Sin embargo, también era consciente del compromiso que había asumido con Él.

Pensó en cada ensayo de alabanza, en los cultos donde servía, en las responsabilidades que había aceptado y en la ilusión que le hacía imaginar que, muy pronto, ella y Ángel podrían servir juntos en el ministerio. Era un sueño que llevaba guardando desde hacía mucho tiempo y no quería echarlo a perder por una decisión impulsiva.

Mientras seguía contemplando el mar, el sonido de una notificación interrumpió el silencio.

Aylin tomó el celular que había dejado sobre la pequeña mesa del balcón. Al revisar la pantalla, descubrió que era un mensaje de Valentina.

—Hola, mi vida hermosa. ¿Cómo vas? Fui a tu casa y tu mamá me contó que estás en la playa. ¿Por qué no me avisaste?

—Hola, Vale. Perdón, se me fue por completo la noción del tiempo. ¿Qué necesitabas?

—Nada importante. Es que la última vez dejaste los audífonos de la alabanza en la cabina y pensaba llevártelos.

—Ay, gracias.

—Oye… ¿por qué siento que estás rara?

—No sé… simplemente estoy pensando muchas cosas.

—Dime. Tal vez pueda ayudarte.

—Hoy Ángel y yo estuvimos hablando mucho. Nos queremos muchísimo, pero me di cuenta de que debemos seguir cuidando nuestra relación. En resumen… estuvimos a punto de cruzar un límite que para mí es importante.

—Pero no pasó nada, así que tranquila.

—Es que servir en la iglesia significa mucho para mí. No quiero hacer las cosas a la ligera ni perder de vista el propósito que Dios tiene para nosotros.

—Entonces sigue haciendo lo que hoy hiciste: pensar antes de actuar. Eso también es una muestra de amor.

Dejó el celular sobre la mesa y buscó sus audífonos.

Abrió la aplicación de música y empezó a escuchar una canción, dejando todo lo demás atrás. Mientras la escuchaba, cerró los ojos.

Cada palabra parecía responder a las dudas que había tenido durante la noche.

Sin darse cuenta, algunas lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas.

Pero esta vez no eran lágrimas de tristeza.

Eran lágrimas de paz.

Cuando la canción terminó, respiró profundamente, levantó la mirada hacia el mar y sonrió.

Con el corazón mucho más tranquilo, regresó a la habitación, se acostó junto a Ángel logró dormir completamente en paz.

Al día siguiente, ambos se levantaron con tranquilidad. Aprovecharon la mañana para caminar por la playa, desayunar frente al mar y disfrutar de las últimas horas de aquel fin de semana que tanto bien le había hecho a Aylin.

Después de todo lo que habían hablado la noche anterior, ella se sentía mucho más ligera.

Las horas pasaron rápidamente que llegó el momento de regresar.

Mientras Aylin permanecía acostada sobre la cama, viendo algunos videos en TikTok, Ángel recorría el apartamento en busca de las llaves del carro.

Aylin estaba extrañamente callada.

Ángel lo notó enseguida.

—¿Qué tienes? —preguntó mientras revisaba una mesa.

Ella levantó la vista apenas unos segundos.

—Nada... Solo estoy entretenida viendo TikTok. ¿Ya encontraste las llaves?

—Sí. Ahora bajo un momento a pagar los servicios del apartamento y enseguida regreso.

—Está bien. Aquí te espero.

—¿Qué tienes? —preguntó mientras revisaba una mesa.

Ella levantó la vista apenas unos segundos.

—Nada... Solo estoy entretenida viendo TikTok. ¿Ya encontraste las llaves?

—Sí. Ahora bajo un momento a pagar los servicios del apartamento y enseguida regreso.

—Está bien. Aquí te espero.

Ángel tomó su billetera y las llaves. Cuando estaba a punto de salir por la puerta, Aylin dejó el celular a un lado y, sin pensarlo dos veces, volteó hacia donde estaba él.

Ángel se detuvo y se levantó sin decir nada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Perdóname, sí… pero ya no puedo más —respondió ella con voz baja.

Sin dudarlo, Aylin se lanzó hacia Ángel para besarlo. Sin pensarlo demasiado, ambos terminaron entregándose por primera vez. Aunque sabían que debían cuidarse, Aylin no quiso pensar en las consecuencias; simplemente dejó que todo sucediera.

Aylin sintiera como si solo ellos existieran en aquel momento, como si el mundo se hubiera detenido únicamente para ellos.

Las horas pasaron y, finalmente, ambos terminaron acostados en la cama, sin decirse una palabra, envueltos en un profundo silencio.

—Jamás pensé que aceptarías estar conmigo —dijo Ángel.

—Yo tampoco… pero ya pasó y ahora no hay vuelta atrás.

—¿Y ahora qué?

—No sé… Mejor dejemos esto aquí, aunque me da miedo que los pastores se den cuenta. Siempre saben cuando uno está ocultando algo, ya sabes.

—Sí, lo he notado. Pero tranquila, yo más bien iré a recepción.

—Pues… pero apenas es sábado. ¿Por qué no nos vamos mañana?

—Me parece bien. Entonces, mejor quedémonos aquí.

Y así fue. El domingo por la noche, al regresar de la playa, ambos volvieron a sus casas sin mencionar una sola palabra sobre lo que había ocurrido aquella tarde. Habían decidido guardar ese momento para ellos, convencidos de que habían tomado la decisión correcta.

Los días continuaron con normalidad.

Aylin regresó al colegio, Ángel volvió a su trabajo en el restaurante y, como cada semana, ambos continuaron sirviendo en la iglesia con el mismo compromiso de siempre.

Sin embargo, Aylin tenía la sensación de que, tarde o temprano, alguien terminaría notando que entre ellos había algo diferente.

Y no se equivocó.

Apenas unos días después de haber regresado de la playa, una tarde, mientras ambos servían en la iglesia, la pastora se acercó a ellos antes de que comenzara el culto.

—Cuando terminemos de servir, necesito hablar con ustedes dos un momento.

Los dos respondieron con una sonrisa.

—Claro, pastora.

Aunque intentó mantener la calma, aquellas palabras despertaron una inquietud en Aylin que no pudo ignorar.

Durante el resto de la actividad, la pregunta rondó su cabeza. Mientras atendía la cabina y ayudaba con todo lo que le correspondía, trataba de concentrarse en sus tareas, pero la curiosidad por aquella conversación no desaparecía.

Al finalizar el servicio, mientras guardaban los últimos equipos, Aylin levantó la mirada y vio a los pastores haciéndoles señas desde el otro lado del templo.

—Creo que nos necesitan.

Ángel notó la preocupación en su rostro.

—¿Será que ya se dieron cuenta? —preguntó Aylin en voz baja.

—Tranquila... vamos.

Aunque intentó mantenerse serena, Aylin no podía evitar sentirse un poco incómoda. Una parte de ella presentía que aquella conversación podía tocar temas demasiado personales de su relación con Ángel.

Ambos caminaron hasta la oficina donde los esperaban los pastores. Durante los primeros minutos, la conversación tomó un rumbo completamente diferente al que Aylin imaginaba. Los pastores comenzaron a contarles cómo había iniciado su propia historia, las dificultades que enfrentaron mientras eran novios y algunos de los errores que habían cometido a lo largo de los años.

También les hablaron de cómo aprendieron que una relación no podía sostenerse solamente en los sentimientos, sino en la decisión de caminar juntos y mantener a Dios en el centro. Aylin y Ángel escuchaban con atención. Por momentos sonreían con algunas de las anécdotas, mientras que en otros permanecían en silencio.

La conversación se extendió durante varios minutos, hasta que Aylin decidió preguntar por el verdadero motivo de aquella reunión.

Los pastores se miraron entre ellos antes de explicarles que querían hablar sobre su relación. Entonces comenzaron a preguntarles por lo ocurrido durante el fin de semana en la playa y, poco después, llegaron a la pregunta que Aylin menos esperaba.

Querían saber si habían pasado la noche juntos.

Los pastores intentaron aclarar que no buscaban juzgarlos. Como líderes de la iglesia, consideraban que también era parte de su responsabilidad acompañarlos y orientarlos. Habían notado algunos cambios en ambos y querían asegurarse de que estuvieran tomando buenas decisiones.

Aylin agradeció la preocupación, pero dejó claro que sentía que había cosas que pertenecían únicamente a su relación con Ángel. No quería que una conversación sobre orientación terminara convirtiéndose en preguntas sobre su privacidad.

La conversación terminó dejando un ambiente incómodo. Aylin decidió salir de la oficina antes de seguir hablando. Caminó por el pasillo hasta llegar al parqueo, intentando tranquilizarse.

Ángel se quedó unos segundos más con los pastores y luego salió detrás de ella. La encontró cerca de la entrada de la iglesia, todavía molesta por lo ocurrido.

Aylin no entendía por qué habían tenido que llegar hasta ese punto. Ángel intentó explicarle que probablemente la intención de los pastores no había sido hacerles daño, aunque reconoció que la manera en que habían abordado el tema no había sido la mejor.

Ella seguía molesta y prefirió no continuar con la conversación. Durante los días siguientes ninguno volvió a tocar el tema.

Una semana después, ambos aceptaron reunirse nuevamente con los pastores. Esta vez el ambiente fue mucho más tranquilo. Los cuatro pudieron hablar sin los reclamos de la primera conversación y los pastores volvieron a explicarles que su intención era orientarlos, no invadir su privacidad.

Después de escucharlos, les plantearon dos opciones para la etapa que estaban viviendo. La primera era comenzar a prepararse para el matrimonio una vez que Aylin cumpliera los dieciocho años. La segunda consistía en dejar temporalmente los ministerios en los que servían mientras continuaban con su relación.

Aylin y Ángel se quedaron en silencio.

Ella todavía estaba terminando el colegio y quería realizar su práctica profesional antes de pensar en casarse. Además, la idea de dejar el ministerio le resultaba difícil, porque servir a Dios era algo que realmente disfrutaba.

Ángel tampoco estaba convencido. Entendía la preocupación de los pastores, pero no quería que Aylin sintiera que tenía que escoger entre su relación y el ministerio.

Al salir de la iglesia, ninguno de los dos tenía una respuesta clara.

Solo sabían que ahora tenían una decisión importante por delante.

Los días siguieron avanzando, pero aquella conversación permaneció en la mente de ambos. Aunque intentaban disfrutar cada momento juntos, las palabras de los pastores seguían presentes. Aylin continuaba convencida de que todavía no era tiempo de pensar en el matrimonio. Tenía sueños por cumplir, metas que alcanzar y una vida que apenas comenzaba. Ángel lo comprendía y, lejos de insistir, decidió respetar su proceso.

Aun así, había algo que no dejaba de pensar. Si todavía no era el momento de formar un hogar, quería encontrar otra manera de demostrarle a Aylin que sus intenciones eran sinceras. No buscaba presionarla ni hacerla cambiar de decisión, sino darle la tranquilidad de saber que, sin importar cuánto tiempo pasara, él estaría dispuesto a cuidarla, respetarla y caminar a su lado.

Fue entonces cuando comenzó a preparar algo en silencio, con la intención de demostrarle que sus sentimientos iban en serio. No quería apresurar las cosas, pero sí dejarle claro que estaba dispuesto a esperar y a construir su futuro con paciencia.

En medio de esos días ocurrió algo inesperado. Durante uno de los ensayos, el pastor escuchó cantar a Ángel y quedó sorprendido por su voz. Después de conversar con el director de alabanza, decidieron integrarlo oficialmente al ministerio. Su primera participación sería el domingo por la mañana.

La noticia emocionó mucho a Aylin. Por casualidad, ese mismo domingo también le correspondía servir como corista. Sería la primera vez que ambos ministrarían juntos desde el altar, algo que durante mucho tiempo habían imaginado, aunque nunca habían sabido cuándo llegaría ese momento.

Aquella mañana, los dos se levantaron más temprano de lo habitual. Aylin buscó entre su ropa el conjunto más elegante y apropiado para servir y comenzó a arreglarse con tranquilidad. Mientras terminaba de prepararse, su celular comenzó a vibrar.

—Hola, amor. ¿Ya estás lista? —escribió.

Aylin sonrió y respondió mientras terminaba de arreglarse.

—Sí. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes al cantar por primera vez?

—Creo que estoy nervioso... pero sé que vas a estar a mi lado.

—Tranquilo. Al principio da nervios, pero después te emocionas tanto que ya no quieres bajar del altar.

—Entonces nos vemos en unas horas —respondió Ángel.

—Sí. Nos vemos —contestó Aylin antes de dejar el celular a un lado.

Antes de guardar el celular, Aylin escribió un último mensaje.

—Te amo.

Con una sonrisa, terminó de alistarse y salió rumbo a la iglesia.

Al llegar, notó que el templo estaba completamente lleno. No le dio demasiada importancia; era domingo y era normal ver tantas personas reunidas para escuchar la Palabra.

Mientras tanto, Ángel ya se encontraba en el altar junto al resto del ministerio, repasando los últimos detalles antes de comenzar el servicio.

Cuando llegó el momento, Aylin subió al altar, se colocó los audífonos y tomó aire profundamente.

Sin pensarlo dos veces, empezó a cantar.

Cada canción que interpretaba tenía un significado especial para ella. No eran solo letras o melodías; muchas formaban parte de su historia y de las veces que Dios la había levantado en los momentos más difíciles de su vida. Por eso, cada vez que subía a aquel altar, intentaba entregar lo mejor de sí.

Al terminar el tiempo de alabanza y adoración, todo el equipo descendió del altar y tomó asiento en las primeras filas, donde siempre tenían los lugares reservados.

El culto transcurría con normalidad hasta que Aylin notó algo diferente.

El pastor de jóvenes subió al altar para dar la bienvenida a las personas que visitaban la congregación por primera vez. Sin embargo, antes de continuar con el servicio, hizo una petición inesperada.

—Antes de seguir, quiero invitar al ministerio de alabanza a pasar al frente un momento.

Los integrantes se miraron entre sí, algo confundidos, pero finalmente se levantaron y caminaron hasta el frente.

El pastor sonrió al verlos y explicó que quería que cada uno se presentara para que las personas que visitaban la iglesia pudieran conocerlos un poco mejor. También mencionó que ese día estaban estrenando un nuevo corista.

Uno por uno fueron tomando el micrófono. Cada integrante dijo su nombre, el ministerio donde servía y unas breves palabras de bienvenida.

Aylin escuchaba con atención mientras una pequeña sonrisa aparecía en su rostro. Nunca antes habían hecho algo así durante un culto.

Poco a poco fue pasando de mano en mano hasta llegar a Ángel donde se presentó como un nuevo integrante, pero algo cambio.

—Y, aparte de estar muy agradecido por servir aquí, también me siento muy feliz de compartir este ministerio con quien espero que, algún día, sea mi futura esposa... la otra corista de esta tarde.

Aylin abrió los ojos con sorpresa.

Sintió cómo sus mejillas comenzaban a ponerse rojas y bajó la mirada por unos segundos, intentando esconder la sonrisa que se le escapaba.

Algunos de los integrantes comenzaron a sonreír al notar la forma en que Ángel la miraba.

Entonces, poco a poco, comenzaron a hacerse a un lado.

Ángel permaneció en el centro unos segundos antes de sacar una pequeña caja.

El corazón de Aylin comenzó a acelerarse.

No era un anillo de compromiso ni una propuesta de matrimonio. Los dos sabían que todavía no era el momento para dar ese paso. Aquello representaba algo diferente: una promesa entre ellos, una forma de recordar que querían seguir construyendo juntos el futuro que tantas veces habían imaginado.

Desde la cabina comenzó a sonar una canción romántica.

Aylin soltó una pequeña risa, completamente nerviosa. No sabía dónde mirar mientras algunas personas sacaban sus celulares para grabar el momento.

Ángel caminó hacia ella sin prisa hasta quedar frente a frente.

Aylin lo miró, todavía intentando entender cómo había terminado viviendo algo así frente a toda la iglesia.

Entonces, Ángel sonrió y, lentamente, se arrodilló frente a ella.

—Aylin... sé que todavía eres joven y sé que no es el momento de pensar en un matrimonio. Pero quiero hacer un pacto contigo. Un compromiso de amor, de respeto y de caminar juntos hacia ese futuro que algún día esperamos construir.

Por un momento, no supo qué decir. Miró la pequeña caja entre las manos de Ángel y después volvió a encontrarse con su mirada.

Sabía que aquella no era una decisión que debía tomar por impulso. Habían pasado por muchas cosas juntos, habían cometido errores y también habían aprendido a conocerse de una manera que ninguno de los dos esperaba.

A su alrededor, algunas personas comenzaron a sonreír y a animarla en silencio. Aylin soltó una pequeña risa entre los nervios y las lágrimas que comenzaban a acumularse en sus ojos.

Volvió a mirar a Ángel.

Él seguía allí, esperando pacientemente su respuesta, sin presionarla.

Y entonces Aylin entendió que aquello no se trataba de prometer algo que todavía no podían cumplir. Era simplemente elegir seguir caminando juntos, aprendiendo y creciendo mientras llegaba el momento de construir ese futuro que tantas veces habían imaginado.

—Ángel... sabes que hemos construido muchas cosas en poco tiempo. Hemos aprendido, hemos pasado momentos difíciles y también hemos tenido la oportunidad de volver a encontrarnos. Sé que el camino no ha sido fácil, pero también sé que no quiero caminarlo con nadie más.

Hizo una pequeña pausa, mientras las lágrimas finalmente comenzaban a caer.

—Así que sí... sí acepto.

Ángel tomó su mano con cuidado y abrió la pequeña caja. Dentro había un anillo sencillo, elegido especialmente para representar aquella promesa.

Con delicadeza, lo colocó en su dedo.

Aylin bajó la mirada hacia su mano y después volvió a mirarlo. Durante unos segundos, ninguno necesitó decir nada.

Los aplausos comenzaron a escucharse alrededor de ellos. Algunos de los integrantes del ministerio se acercaron para abrazarlos, mientras otros continuaban grabando el momento entre risas y sonrisas.

Aylin se limpió las lágrimas mientras no podía dejar de sonreír.

Entonces, entre los aplausos, comenzaron a escucharse algunas voces desde el frente.

—¡Beso, beso!

Aylin lo miró un poco nerviosa, todavía intentando asimilar todo lo que estaba pasando. Por unos segundos ninguno de los dos supo qué hacer, hasta que terminaron riendo por los nervios.

Finalmente, se acercaron y compartieron aquel beso que todos estaban esperando.

Alrededor de ellos, las sonrisas no tardaron en aparecer. Para muchos, aquel momento era especial no solo por lo que acababan de decidir.

Después de unos segundos, Ángel se separó de ella y la miró con una sonrisa cómplice.

—Creo que ya sabes cuál es el regalo final.

—¿Mi lugar favorito?

—Exacto... la playa.

—Creo que ahora sí puedo decir que es mi lugar favorito, porque ahí fue donde todo comenzó.

—No me quejo.

El culto continuó con normalidad hasta llegar al final.

Cuando terminó, ambos se despidieron de las personas que habían compartido aquel momento con ellos. La pastora abrazó a Aylin con cariño, pues sabía perfectamente hacia dónde se dirigían y entendía lo especial que eran esos días para ambos.

Esa misma noche, cuando todo estuvo listo, Ángel y Aylin subieron al carro y emprendieron nuevamente el camino hacia la playa.

Esta vez sería diferente. No iban solamente a descansar, sino a disfrutar de unos días juntos, aprovechando que Aylin no tendría clases durante aquella semana.

El viaje transcurrió entre conversaciones, canciones y algunas bromas que hacían que el camino pareciera más corto. Aylin observaba por la ventana mientras Ángel conducía, disfrutando de una tranquilidad que pocas veces podían tener.

Cuando finalmente llegaron al apartamento, Aylin bajó del carro y respiró profundamente al sentir la brisa del mar.

—Definitivamente este lugar tiene algo —dijo mientras caminaba hacia la entrada.

Ángel sacó las maletas del carro y sonrió.

—¿Ves? Por eso sabía que te iba a gustar venir.

—Creo que ya sabes demasiado de mí.

—Después de todo, algo tenía que aprender —respondió él entre risas.

Una noche, mientras estaban sentados frente al mar, comenzaron a hablar sobre sus cosas.

Aylin escuchaba a Ángel mientras jugaba distraídamente con la arena entre sus manos.

De vez en cuando, levantaba la mirada para observarlo mientras hablaba. Había algo tranquilo en aquella noche, algo que hacía que por un momento ninguno de los dos tuviera prisa por regresar.

—A veces siento que la vida cambia demasiado rápido —comentó Aylin.

Ángel la miró con curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

Aylin tardó unos segundos en responder mientras observaba el mar.

—Porque hace poco sentía que todo estaba perdido... y ahora estoy aquí.

—Supongo que algunas cosas llegan cuando uno menos las espera.

—¿Quieres meterte al mar un rato? —preguntó Ángel, intentando distraerla.

—No... tengo una sensación rara. No sé qué sea, pero prefiero no arriesgarme.

—Vamos, yo voy a estar contigo. No te voy a dejar sola.

—No es eso —respondió ella, negando nuevamente—. Tú sabes cómo soy cuando tengo estas sensaciones. Prefiero hacerles caso.

—Está bien —aceptó finalmente—. Si prefieres, podemos subir.

—Gracias por entenderme.

Sin imaginarlo, aquella pequeña decisión de Aylin terminaría cambiando lo que ocurriría después.

Cuando entraron al apartamento, Aylin dejó escapar un pequeño suspiro al volver a ver el lugar. Había pasado poco tiempo desde la última vez, pero aun así todo le resultaba familiar.

Lo primero que llamó su atención fue la cama preparada al fondo de la habitación. Sus ojos se iluminaron por un instante. Después de todo lo que había pasado, lo único que quería era descansar.

—Creo que esa cama me está llamando —dijo con una sonrisa mientras dejaba sus cosas a un lado.

—No seas exagerada —respondió Ángel con cariño.

—¿Qué? Si no entiendes mi felicidad, no opines —replicó ella, divertida.

Aylin se dejó caer sobre la cama y acomodó la cabeza en la almohada, disfrutando por unos segundos de la comodidad.

Ángel la observó desde donde estaba y sonrió.

—Ven acá un momento, quiero decirte algo.

—¿Qué pasó ahora?

Ángel se acercó y se sentó a su lado. Luego esperó a que ella se acomodara antes de mirarla directamente.

—Tú sabes que te amo mucho, ¿verdad?

—Sí, lo sé. No tienes que decírmelo todo el tiempo. Ya me lo has demostrado.

—Pues entonces déjame demostrártelo un poquito más.

Aylin soltó una pequeña risa al notar su expresión.

—Ángel, ¿qué estás haciendo?

Él sonrió y se acercó un poco más a ella.

—Solo quiero aprovechar este momento contigo.

Sin pensarlo demasiado, ambos se acercaron lentamente y se besaron. Estaban juntos otra vez, por segunda vez, pero aquella vez todo se sentía diferente. Había más confianza entre ellos y Ángel trataba a Aylin con una delicadeza que hacía que se sintiera tranquila a su lado.

Para Aylin, aquella noche había sido especial. Sabía que quizá no todo estaba bien, pero en ese momento solo podía pensar en lo mucho que amaba a Ángel y en lo feliz que se sentía de volver a tenerlo cerca.

A la mañana siguiente, la luz del sol comenzó a entrar lentamente por la ventana del apartamento.

Aylin despertó poco a poco, todavía escuchando a lo lejos el sonido de las olas. Durante unos segundos permaneció acostada, disfrutando de aquella tranquilidad.

A su lado, Ángel seguía dormido.

Ella lo observó con una pequeña sonrisa. Después de todo lo que habían vivido, todavía le parecía increíble que estuvieran ahí otra vez.

Con cuidado, Aylin se levantó para no despertarlo y caminó hacia la cocina. Preparó algo sencillo para desayunar mientras disfrutaba de la calma de aquella mañana.

Pocos minutos después, escuchó unos pasos detrás de ella.

Ángel apareció en la cocina con el cabello despeinado y una sonrisa todavía marcada por el sueño.

—Buenos días —dijo Ángel mientras se acercaba.

—Buenos días. Pensé que ibas a dormir todo el día.

—Imposible. Con este olor a comida cualquiera se despierta.

La mañana pasó de una forma tranquila, sin planes complicados ni preocupaciones. Desayunaron juntos, hablaron de cualquier cosa y luego salieron a caminar por la playa, aprovechando que todavía tenían varios días para disfrutar.

Habían pasado varios días desde que llegaron a la playa y, poco a poco, ambos se habían acostumbrado a aquella rutina. Caminaban por la orilla, hablaban hasta tarde y pasaban gran parte del tiempo simplemente disfrutando de estar juntos. Aylin se sentía tranquila, como hacía mucho tiempo no se sentía.

Sin embargo, desde hacía unos días había algo que no podía dejar de pensar cada vez que miraba hacia el mar.

Una parte de ella quería entrar, disfrutar del agua y dejar atrás cualquier miedo. Pero otra todavía dudaba. Aun así, aquella noche el calor era intenso y el sonido de las olas hacía que le resultara cada vez más difícil ignorar las ganas de acercarse.

Ya era de noche y apenas se distinguía el horizonte.

Ángel se encontraba en el balcón, apoyado en la baranda mientras observaba el mar. Aylin lo miró desde el otro lado de la habitación y, sin decir nada, entró al baño.

Cuando volvió a salir, Ángel giró la cabeza y se quedó mirándola con una sonrisa de sorpresa.

—¿Y eso? ¿Ya te animaste?

Aylin soltó una pequeña risa mientras intentaba aparentar tranquilidad.

—Sí... aunque admito que todavía tengo un poco de miedo, pero quiero intentarlo.

—Está bien. Vamos. Si en algún momento no te sientes cómoda, nos regresamos.

Ambos caminaron hacia la orilla sin soltarse de las manos. Al principio, el agua apenas les cubría los pies y Aylin se limitaba a jugar con las pequeñas olas que llegaban hasta ellos.

Poco a poco se fueron adentrando un poco más. Cada vez que una ola se acercaba, Aylin se pegaba a Ángel por instinto, mientras él permanecía atento a ella.

Por un momento, todo se sintió tranquilo. Solo estaban ellos dos, el sonido del mar y la oscuridad de la noche alrededor.

Sin embargo, después de un rato, Aylin comenzó a notar que las olas eran cada vez más fuertes.

Miró hacia el mar y luego a Ángel.

—Amor... ¿por qué no mejor nos devolvemos? Mira cómo está el mar.

—Sí, mejor vamos.

Ambos comenzaron a caminar hacia la orilla, tratando de avanzar con cuidado entre las olas. El agua les golpeaba las piernas y cada cierto tiempo tenían que esperar a que pasara una ola para poder continuar.

Ya estaban cerca cuando una ola más fuerte llegó de repente y golpeó contra ellos. Aylin perdió el equilibrio y, antes de poder reaccionar, sintió cómo el agua la arrastraba con mucha más fuerza.

Ángel intentó sujetarla de la mano, pero sus dedos apenas alcanzaron a rozarse antes de que la corriente los separara.

—¡Aylin! —gritó Ángel, alarmado.

Ella intentó volver hacia él, pero ya no sentía el suelo bajo sus pies. La corriente la había llevado unos metros más lejos y, por más que movía las piernas buscando tocar el fondo, no encontraba nada.

El miedo apareció de golpe.

Aylin comenzó a mover los brazos con desesperación, intentando mantenerse a flote mientras el agua continuaba alejándola de la orilla. Cada vez que conseguía sacar la cabeza, otra ola volvía a cubrirla y la arrastraba hacia abajo.

Por un instante, todo quedó bajo el agua.

Aylin abrió los ojos, pero apenas podía distinguir algo. Intentó impulsarse hacia arriba y, cuando finalmente logró sacar la cabeza y tomar aire.

Respiró rápido, asustada.

Ya no sabía exactamente hacia dónde debía nadar. Solo intentaba mantenerse a flote y recuperar el control mientras sentía que sus fuerzas comenzaban a disminuir.

Esta vez sintió que tardaba demasiado en encontrar la superficie. Movió los brazos con más fuerza hasta conseguir salir nuevamente. Tomó aire como pudo y se quedó unos segundos intentando controlar la respiración.

Pero el cansancio comenzaba a ganar.

Sus movimientos eran cada vez más lentos y sus brazos apenas tenían fuerzas para mantenerla a flote. La corriente seguía arrastrándola hacia adentro y, por más que intentaba regresar, sentía que no conseguía avanzar.

El miedo aumentó al darse cuenta de que ya no sabía exactamente qué tan lejos estaba de la orilla.

Entonces escuchó una voz entre el ruido de las olas.

—¡Aylin!

Reconoció a Ángel de inmediato.

Levantó la cabeza y trató de buscarlo entre el agua. Por unos segundos no logró distinguirlo, hasta que volvió a escuchar su voz. Esta vez estaba mucho más cerca.

Ángel consiguió llegar hasta ella y la sostuvo con cuidado, ayudándola a mantenerse a flote mientras buscaba la manera de llevarla de regreso.

Aylin apenas tenía fuerzas para moverse. Se dejó ayudar mientras intentaba recuperar el aire y mantener la calma.

Después de unos momentos, lograron llegar hasta una zona donde el agua ya no tenía tanta fuerza. Ángel la ayudó a ponerse de pie y caminaron lentamente hasta alcanzar la arena.

Al llegar a la orilla, Aylin se dejó caer sobre la arena, completamente agotada. Ángel se quedó a su lado, todavía intentando recuperar el aire después de todo lo ocurrido.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación mientras la observaba.

—No... necesito esperar un momento. Siento que no tengo fuerzas... no siento bien mis brazos ni mis piernas.

—Tranquila, estoy aquí. Voy por agua y una toalla.

Ángel se alejó unos segundos mientras Aylin permanecía sentada sobre la arena, mirando el mar.

Todavía podía sentir el corazón acelerado por lo que acababa de pasar. Intentaba convencerse de que ya estaba bien, que solo había sido un susto y que pronto volvería a sentirse como antes. Sin embargo, algo dentro de ella no terminaba de sentirse normal.

El mar seguía moviéndose frente a ella, como si nada hubiera ocurrido. Aylin lo observó en silencio y pensó en cuántas veces aquel lugar había sido motivo de felicidad para ella. Había pasado momentos tranquilos, había reído y disfrutado sin pensar demasiado en nada. Pero esa tarde le había recordado que no todo podía estar bajo su control.

Ángel regresó con una botella de agua y una toalla. Al verla tan quieta, se acercó con más atención y se agachó frente a ella.

—Ven, ponte esto.

Le colocó la toalla sobre los hombros y esperó unos segundos antes de volver a mirarla.

—¿Qué pasa?

—No sé... me siento rara. Creo que todavía es por el susto.

Ángel la observó con preocupación. No parecía convencido, pero tampoco quería asustarla.

—Vamos a subir un rato, ¿sí?

Aylin intentó levantarse por su cuenta, pero apenas se puso de pie sintió que las piernas le fallaban un poco. Ángel reaccionó de inmediato y la sostuvo antes de que perdiera el equilibrio.

Ella se apoyó en él mientras comenzaban a caminar hacia el apartamento.

Al llegar, Ángel la ayudó a sentarse en la cama y dejó la botella de agua a su lado. Aylin respiraba lentamente, todavía tratando de entender qué le estaba pasando.

Ángel intentó mantener la calma. Recordando parte de lo que había aprendido en sus estudios de medicina, comenzó a revisar cómo se encontraba y prestó atención a su respiración.

Poco a poco, Aylin comenzó a recuperar el movimiento de sus brazos y piernas. El cuerpo todavía le temblaba por el susto, pero al menos ya podía mantenerse con mayor facilidad. La tensión empezó a disminuir, aunque el miedo seguía presente.

—Creo que voy a darme un baño... necesito tranquilizarme un poco —dijo finalmente con una pequeña sonrisa.

A la mañana siguiente, Aylin seguía sintiéndose diferente. Había dormido poco y, aunque intentaba comportarse con normalidad, lo ocurrido el día anterior seguía rondando su cabeza.

Decidió salir un rato a la orilla del mar. Pensó que escuchar las olas y sentir el aire podría ayudarla a despejarse, pero estar nuevamente cerca del agua terminó haciéndola sentir todavía más incómoda.

Las horas pasaron y Aylin intentó distraerse como pudo. Sin embargo, después del mediodía comenzó a sentir nuevamente aquella presión en el pecho.

Cada vez le costaba más ignorarla y el miedo volvió a aparecer. Buscó a Ángel con la mirada hasta encontrarlo y caminó hacia él.

—Ya no puedo más... vámonos de aquí, por favor.

—¿Sigues sintiéndote así?

—Siento que me falta el aire otra vez. No quiero volver a sentirme así.

—Está bien. Recogemos las cosas y nos vamos.

No tardaron demasiado en organizar todo. Aylin permaneció cerca de Ángel mientras él se encargaba de recoger lo que faltaba y preparar el regreso.

Durante el viaje, Ángel condujo con atención, preocupado por cómo se encontraba. En el camino también se comunicó con los padres de Aylin para explicarles lo que estaba ocurriendo y pedirles que estuvieran pendientes.

Las horas de viaje se hicieron largas. Aylin permaneció en silencio gran parte del trayecto, intentando descansar mientras la sensación de incomodidad aparecía y desaparecía.

Finalmente, después de varias horas, llegaron al hospital.

En cuanto entraron, los médicos comenzaron a evaluarla. Al escuchar lo que estaba sintiendo y conocer lo ocurrido el día anterior en la playa, decidieron realizarle una valoración más completa para asegurarse de que todo estuviera bien.

—Primero que todo, vamos a trasladarte a otro hospital donde puedan atenderte con mayor cuidado. Queremos asegurarnos de que recibas el tratamiento adecuado. Iremos en ambulancia y utilizaremos oxígeno durante el traslado porque notamos que tu respiración todavía está comprometida.

Aylin miró a la doctora con preocupación. Aunque intentaba mantenerse tranquila, cada palabra hacía que la situación pareciera un poco más seria.

—¿Qué puede ser lo que tengo?

—Todavía necesitamos hacer más estudios para estar seguros, pero existe la posibilidad de que hayas tenido una aspiración de agua. Cuando una persona traga o inhala agua, esta puede llegar a los pulmones y causar dificultades para respirar. Por eso queremos que te revisen con más detalle.

Ángel tomó la mano de Aylin al escucharla. Ninguno de los dos sabía exactamente qué estaba ocurriendo, pero ya habían dejado atrás la idea de que solo se trataba de un susto.

Poco después, Aylin fue trasladada en ambulancia hasta otro hospital. Durante el camino permaneció recostada, con el oxígeno colocado y tratando de mantenerse tranquila mientras Ángel la acompañaba.

Al llegar, el personal médico la llevó rápidamente a una habitación. Comenzaron a revisar sus signos, le colocaron una vía intravenosa y realizaron diferentes estudios para comprobar cómo se encontraban sus pulmones.

Las horas comenzaron a pasar lentamente.

Más de tres horas habían transcurrido desde su ingreso. Durante todo ese tiempo, las enfermeras estuvieron pendientes de ella, controlando su estado y administrándole el tratamiento que necesitaba.

Aylin ya estaba consciente y podía hablar, aunque todavía se sentía débil. De vez en cuando intentaba conversar con las enfermeras, hacer alguna pregunta o simplemente distraerse para no pensar demasiado en lo que estaba pasando.

Quería saber qué tenía. Quería entender por qué todavía le costaba respirar y cuánto tiempo tendría que permanecer allí.

Después de un largo rato, la puerta de la habitación volvió a abrirse.

—Bueno, Aylin —dijo la doctora mientras se acercaba con una sonrisa tranquila—, ya podemos darte de alta.

Aylin la miró sorprendida.

—¿De verdad?

La doctora asintió mientras revisaba algunos documentos.

—Sí, pero tendrás que cuidarte mucho estos días. Tu cuerpo todavía necesita un poco de tiempo para recuperarse.

Aylin asintió lentamente.

—¿Y qué tengo que hacer cuando llegue a casa?

La doctora le explicó que tendría que realizar algunos ejercicios de respiración para ayudar a sus pulmones y facilitar que el líquido que había quedado allí fuera disminuyendo poco a poco. También tendría que descansar y evitar cualquier esfuerzo innecesario.

Aylin escuchó con atención antes de hacer otra pregunta.

—¿Qué fue exactamente lo que me pasó?

La doctora tomó asiento a su lado para explicárselo con más calma.

—Lo que tuviste fue un ahogamiento secundario. Durante el accidente, parte del agua llegó a tus pulmones y por eso tuviste dificultad para respirar. Afortunadamente, reaccionaste bien al tratamiento y ahora estás mucho mejor.

—¿Pero voy a estar bien?

—Sí —respondió la doctora con tranquilidad—. Solo tienes que seguir las indicaciones y darle tiempo a tu cuerpo para terminar de recuperarse.

Le explicó que le proporcionarían un pequeño tanque de oxígeno para utilizar durante la noche, de manera que pudiera descansar con mayor tranquilidad mientras sus pulmones terminaban de recuperarse.

A los pocos minutos, Ángel entró a la habitación con el permiso de salida en la mano. Intentaba mantener una expresión tranquila, pero Aylin podía notar el cansancio en su rostro.

—Bueno... nos vamos —dijo mientras se acercaba a ella.

—Supongo que sí. Quiero llegar a dormir un rato.

—Tranquila, solo estamos a unos diez minutos.

Ángel guardó los documentos y se acercó para ayudarla a levantarse. Aylin se apoyó en él mientras comenzaban a caminar lentamente por el pasillo del hospital. No tenía muchas fuerzas todavía, así que él avanzaba a su ritmo, pendiente de cada paso que daba.

Al llegar a la salida, Ángel la acompañó hasta el carro y abrió la puerta.

Aylin se sentó con cuidado y acomodó las piernas antes de apoyarse contra el asiento. Ángel se aseguró de que estuviera cómoda, colocó el cinturón de seguridad y cerró la puerta con cuidado.

Después rodeó el carro, subió al asiento del conductor y encendió el motor.

El camino hacia la casa fue tranquilo. Aylin permaneció en silencio la mayor parte del tiempo, mirando por la ventana mientras descansaba. Después de tantos días en el hospital, la idea de volver a casa comenzaba a sentirse extraña, pero también le daba tranquilidad.

Apenas unos minutos después, llegaron.

Ángel bajó primero y volvió a abrir la puerta del lado de Aylin. Le ofreció la mano y la ayudó a salir con cuidado. Luego caminó junto a ella hasta la entrada, manteniéndose cerca por si necesitaba apoyarse.

Al entrar, la madre de Aylin apareció enseguida.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—Creo que bien. Solo quiero que ella descanse.

Mientras entraban, Ángel ayudó a Aylin a caminar con cuidado hasta su habitación. Una vez allí, la ayudó a acomodarse y dejó las cosas sobre la mesa.

—Bueno, yo estaré en la cocina un momento. Los dejo solos —dijo la madre de Aylin antes de salir.

—Está bien, ma —respondió Aylin con una pequeña sonrisa.

Cuando la puerta se cerró, Aylin miró a Ángel. Desde que habían llegado, había notado algo diferente en él. Estaba más callado de lo normal y parecía tener la mente en otro lugar.

—Oye... ¿qué tienes? Te veo un poco raro.

—¿Será que podemos cerrar la puerta?

Aylin lo miró con cierta curiosidad.

Ángel caminó hasta la puerta y la cerró lentamente. Después se quedó allí unos segundos, en silencio, hasta que finalmente se acercó nuevamente a ella.

—Es que... sinceramente me siento culpable.

—¿Culpable de qué?

—De lo que pasó en la playa.

—No vuelvas a decir eso.

—Pero...

—No, escúchame —dijo Aylin con cariño—. Tú no tienes la culpa de lo que pasó.

Ángel guardó silencio y bajó la mirada. A pesar de las palabras de Aylin, todavía parecía cargar con aquella culpa.

Ella lo observó por unos segundos antes de continuar.

—Al contrario, si hay alguien a quien tengo que agradecerle, es a ti. Estuviste conmigo en todo momento. Me acompañaste, cuidaste de mí y estuviste pendiente cuando más lo necesitaba. Incluso cuando las cosas se pusieron difíciles, nunca me dejaste sola.

—Pero yo quería que esos días fueran especiales para ti...

—Y lo fueron.

—Tal vez no de la manera que imaginábamos —continuó Aylin con una pequeña sonrisa—, pero lo fueron porque estuviste conmigo. Y, sinceramente, eso es lo que más voy a recordar de todo esto.

Después de aquella conversación, Ángel dejó de lado todos esos pensamientos que lo estaban consumiendo y decidió enfocarse en algo más importante: estar presente para Aylin.

Durante los días siguientes estuvo pendiente de ella en cada momento. Se aseguraba de que descansara, de que tomara sus medicamentos y de que no intentara exigirse más de lo necesario. No lo hacía por obligación, sino porque realmente quería demostrarle que podía contar con él.

Poco a poco, Aylin comenzó a recuperar su energía. Hubo días en los que todavía necesitaba descansar más de lo normal, pero ya no se sentía igual de agotada.

Algunas noches terminaban quedándose dormidos juntos, simplemente acompañándose y disfrutando de la tranquilidad de saber que estaban bien.

Aylin todavía tenía que continuar con su recuperación, pero poco a poco comenzaba a sentirse como ella misma otra vez.

Tal vez no podían cambiar lo que había ocurrido aquella tarde, pero sí podían agradecer que ahora estaban juntos, con la oportunidad de seguir viviendo todos esos pequeños momentos que antes daban por sentado.

30

Una noticia inesperada

"A veces, en medio de los momentos que más nos asustan, la vida nos recuerda que todavía existen razones para seguir adelante."

Después de todo lo que habían vivido, su relación también comenzó a cambiar. Ya no se trataba solamente de estar juntos, sino de aprender a conocerse de verdad. Poco a poco fueron descubriendo sus formas de pensar, sus sueños, sus miedos y hasta esas pequeñas diferencias que, en lugar de alejarlos, hacían que su relación fuera especial.

Sin embargo, conforme avanzaban los días, Aylin comenzó a notar pequeños cambios en Ángel.

Seguía buscándola al salir del colegio, continuaba pendiente de ella y hacía lo posible por acompañarla cuando podía. Pero había algo diferente. A veces permanecía demasiado callado, respondía con pocas palabras o parecía estar pensando en algo que no quería contarle.

Hasta que una mañana, después de varios días de recuperación, Aylin volvió poco a poco a su rutina.

Se levantó temprano para prepararse e ir al colegio. Todavía tenía que cuidarse y seguir algunas de las indicaciones de la doctora, pero se sentía mucho mejor y ya podía continuar con sus actividades habituales.

Después de alistarse, tomó su celular para revisar la hora y encontró un mensaje de Ángel.

—Hola, amor. ¿Ya estás despierta?

—Sí, ya casi me voy para el colegio. ¿Y tú?

—Bien. Ya casi salgo para el trabajo. Solo estoy revisando unas cosas del carro y después me voy.

Aylin leyó el mensaje y, como de costumbre, no pudo evitar preocuparse.

—Ten cuidado, ¿sí? Como siempre te digo, maneja despacio. Cuídate mucho.

—Lo haré. Te amo.

—Yo también te amo.

Después de aquella conversación, ambos continuaron con su rutina sin imaginar que ese día terminaría cambiando sus vidas para siempre.

Aylin llegó al colegio con normalidad. Sin embargo, poco después de entrar se enteró de que su profesor de inglés no asistiría, por lo que tendría varias horas libres durante la mañana.

La noticia no le hizo mucha gracia.

Sin nada mejor que hacer, terminó sentándose en uno de los pasillos del colegio mientras sacaba su celular para distraerse un rato. Revisó algunos mensajes, pasó por sus redes sociales y respondió un par de cosas mientras dejaba que el tiempo transcurriera.

Las horas parecían avanzar más lento de lo normal.

Cerca de las diez de la mañana, mientras estaba distraída mirando algunas publicaciones, una notificación apareció en la pantalla.

—Hola. ¿Tú eres Aylin? Soy tía de Ángel. ¿Me puedes llamar, por favor?

Aylin le pareció extraño. Nunca antes había hablado con ninguna de las tías de Ángel; normalmente solo mantenía contacto con su madre.

Aun así, algo dentro de ella le hizo pensar que no debía ignorarlo.

Sin pensarlo demasiado, decidió llamarla.

—¿Hola? ¿Aylin?

—Sí, señora. Soy yo. ¿Cómo está?

—Bien, hija... bueno, en realidad quería hablar contigo porque necesito contarte algo.

—¿Pasó algo?

—No quiero asustarte, pero creo que es mejor que lo sepas directamente de mí.

—¿Es sobre Ángel?

—Mira, mi niña... voy a ser directa. Necesito que vengas al hospital lo más pronto posible.

El tono de su voz hizo que Aylin dejara de hacer lo que estaba haciendo. Algo en aquellas palabras le hizo sentir que no se trataba de una llamada cualquiera.

—¿Al hospital...? ¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Ángel tuvo un accidente de tránsito. Al parecer, chocó contra un camión. En este momento está siendo atendido por los médicos y nos dijeron que su estado es delicado.

—¿Cómo así...? —preguntó casi en un susurro—. Pero... hace unas horas estaba hablando conmigo. Estaba bien.

—Lo sé, mi niña. Nosotros tampoco entendemos muy bien qué pasó. Solo necesitamos que vengas.

—Sí... sí, ya voy para allá.

. Al colgar la llamada, Aylin permaneció unos segundos inmóvil, intentando asimilar todo lo que acababa de escuchar. Respiró profundamente varias veces antes de reaccionar. Sabía que tenía que salir del colegio lo antes posible para llegar al hospital.

Lo primero que hizo fue llamar a su madre. Con la voz entrecortada, le explicó la situación y le pidió ayuda para obtener el permiso de salida. Su madre no dudó y le aseguró que se encargaría de comunicarse con la dirección del colegio para activar el protocolo correspondiente.

Mientras esperaba, Aylin pensó que también necesitaba a alguien que pudiera recogerla. Inmediatamente pensó en su tía, con quien siempre había tenido una relación muy cercana, y decidió llamarla.

Su tía contestó poco después. Al escuchar lo que estaba ocurriendo, no hizo demasiadas preguntas. Le aseguró que saldría de inmediato y que la esperaría en la entrada principal del colegio.

Pocos minutos después, completó el espacio de salida de su cuaderno y caminó hasta la dirección. Intentaba mantener la calma, aunque por dentro sentía que todo se le estaba viniendo abajo.

La administradora escuchó atentamente mientras Aylin explicaba la emergencia. Después de revisar el permiso, lo firmó sin hacer más preguntas y le deseó que todo saliera bien.

Aylin agradeció en voz baja, tomó nuevamente su cuaderno.

Cuando finalmente llegó al portón, el guarda que normalmente revisaba cada permiso con cuidado apenas miró el cuaderno. Al notar que se trataba de una salida de emergencia, abrió la puerta y la dejó pasar sin hacer preguntas.

Aylin cruzó el portón y levantó la mirada.

Su tía ya estaba allí.

En cuanto la vio, toda la fuerza que había intentado mantener durante los últimos minutos comenzó a desaparecer.

Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente comenzaron a caer.

Su tía la sostuvo entre sus brazos, sorprendida por verla así, mientras Aylin rompía en llanto.

—Aylin, mi niña... —dijo su tía apenas la vio salir llorando—. Tranquila, todo va a estar bien. Vamos, entre más rápido lleguemos, mejor.

—Tengo miedo... —susurró —. Me siento igual que cuando pasó todo con Samuel. No quiero que la historia se vuelva a repetir.

—Mírame, mi amor. Respira profundo.

Aylin obedeció, intentando recuperar el aire mientras luchaba contra el llanto.

—Ángel te ha demostrado muchas veces la persona que es. Él es fuerte y tú también lo eres. Ahora vamos al hospital con calma. Allí van a atenderlo y vamos a estar con él.

Su tía la rodeó con un brazo y comenzó a caminar junto a ella hacia el carro.

—No pienses en lo que pasó aquella vez —le dijo mientras avanzaban—. Sé que es difícil, pero esto no significa que vaya a terminar igual.

Ambas subieron al carro. Su tía encendió el motor y emprendió el camino hacia el hospital.

Durante el trayecto casi no hablaron. Aylin apoyó la cabeza contra la ventana y cerró los ojos por un momento. En silencio, comenzó a orar.

El resto del camino pasó casi sin que se diera cuenta.

Al llegar al hospital, bajó rápidamente del carro y entró junto a su tía. Apenas cruzó las puertas, comenzó a caminar por los pasillos.

Subió hasta el cuarto piso y, al doblar el pasillo, reconoció de inmediato a la familia de Ángel.

—¿Cómo está Ángel? —preguntó Aylin con la voz entrecortada.

Uno de sus hermanos levantó la mirada.

—Todavía no nos han dicho mucho. Lo único que sabemos es que entró a cirugía porque un vidrio le perforó el abdomen. Los médicos creen que pudo haber alcanzado uno de sus órganos y, si fue así, probablemente lo dejen en Cuidados Intensivos mientras se recupera.

No supo qué responder. Simplemente tomó asiento junto a la familia, intentando encontrar un poco de calma mientras esperaba alguna noticia.

Las horas comenzaron a pasar lentamente.

El silencio de la sala hacía que cada minuto pareciera más largo. Aylin miraba de vez en cuando hacia la puerta por donde habían llevado a Ángel, esperando que en cualquier momento alguien saliera para decirles que todo estaba bien.

Mientras permanecía sentada, su celular comenzó a vibrar una y otra vez.

Eran mensajes de Valentina, Sofía, Daniel, Samantha y algunos de sus otros amigos. Todos querían saber cómo estaba.

Ellos todavía no sabían nada de lo ocurrido y, aunque al principio pensó en no preocuparlos, terminó respondiendo.

Poco a poco, aquella conversación se convirtió en el desahogo que había estado guardándose desde que llegó al hospital. Les contó lo que había sucedido y ellos permanecieron pendientes de ella, escribiéndole y tratando de darle ánimo.

En medio de la conversación, Valentina escribió una propuesta.

—¿Y si vamos al hospital para acompañarte?

Aylin intentó convencerlos de que no era necesario. No quería que dejaran lo que estaban haciendo ni que se preocuparan más de la cuenta.

Pero conocía demasiado bien a sus amigos.

Sabía que, cuando se proponían algo, era casi imposible hacerlos cambiar de opinión.

Un par de horas después, mientras Aylin permanecía en la sala de espera, escuchó unas voces conocidas acercándose por el pasillo.

Era Daniel, Valentina y Sofía, los tres con una sonrisa.

En cuanto estuvo cerca, los tres se acercaron y la abrazaron. Aylin se quedó en medio de ellos, sorprendida por el gesto, pero enseguida correspondió al abrazo. Por unos segundos, simplemente permanecieron así.

Después se separaron y volvieron a tomar asiento.

Daniel la observó con atención. El cansancio se notaba claramente en su rostro.

—¿Cómo estás?

—Muy cansada... De hecho, llevo varios días sintiéndome así, pero supongo que es normal con todo lo que ha pasado.

Valentina la miró con preocupación.

—¿Todavía no saben nada de Ángel?

—No. Se suponía que la cirugía iba a durar poco, pero ya llevamos varias horas aquí y nadie nos ha dado una respuesta.

Sofía se acomodó a su lado y la miró unos segundos antes de hacerle otra pregunta.

—¿Has comido algo?

—No tengo hambre.

Sofía frunció ligeramente el ceño.

—Aunque no tengas hambre, tienes que comer algo. No puedes seguir así.

Daniel se inclinó un poco hacia ella.

—Al menos intenta comer algo. Después puedes seguir esperando.

El tiempo siguió avanzando. Sus amigos permanecieron junto a ella sin apartarse ni un solo momento, intentando distraerla con pequeñas conversaciones para que la espera no resultara tan pesada. Aylin trataba de participar, pero su atención seguía puesta en la puerta del área de cirugía. Cada vez que alguien salía, levantaba la mirada con la esperanza de recibir alguna noticia sobre Ángel. Después de tantas horas, la incertidumbre comenzaba a hacerse cada vez más difícil de soportar.

Finalmente, la puerta del área de cirugía se abrió y un médico salió. Toda la familia de Ángel se levantó de inmediato y se acercó a él.

—La cirugía salió bien. Pudimos controlar la hemorragia, pero debido a la gravedad de las lesiones permanecerá algunos días en la Unidad de Cuidados Intensivos para mantenerlo bajo observación.

Aquellas palabras trajeron un enorme alivio. Ángel todavía tendría que pasar por un largo proceso de recuperación y los siguientes días seguirían siendo delicados, pero lo más importante era que estaba con vida. Aylin sintió que pudo respirar con un poco más de tranquilidad.

Poco después, permitieron que la madre de Ángel entrara unos minutos a verlo. Mientras esperaba su turno, Aylin permaneció sentada en una de las sillas de la sala de espera, con la mirada perdida y los pensamientos dando vueltas en su cabeza. Sabía que Ángel estaba vivo, pero todavía le costaba asimilar todo lo que había ocurrido y pensar que, unas horas antes, había estado luchando por mantenerse con vida.

Valentina, que había permanecido cerca de ella durante todo ese tiempo, se acercó y tomó asiento a su lado. La miró durante unos segundos, notando el cansancio en su rostro.

—Aylin... ¿por qué no descansas un rato? Te ves agotada.

—Si me prestas tus piernas para apoyar la cabeza, creo que me quedo dormida aquí mismo.

Valentina soltó una pequeña risa.

—Ven, no me molesta.

Con la confianza de siempre, Aylin se acomodó a su lado y apoyó la cabeza sobre sus piernas. Poco a poco cerró los ojos, mientras Valentina acariciaba suavemente su cabello.

A su alrededor continuaban escuchándose los pasos de médicos, enfermeros y familiares que iban y venían por los pasillos. De vez en cuando alguien hablaba en voz baja o se abría alguna puerta, pero Aylin apenas prestaba atención.

El cansancio finalmente había podido más que ella.

Mientras dormía, Valentina permaneció a su lado, procurando no moverla demasiado. Sabía que llevaba horas sin descansar y que, después de todo lo que había ocurrido, necesitaba recuperar un poco de fuerzas.

Pasaron varios minutos hasta que la madre de Ángel salió de la habitación y se acercó a ellas.

—Aylin... —dijo Valentina mientras le tocaba suavemente el hombro—. Levántate, ya es tu turno.

Aylin no respondió. Seguía con los ojos cerrados, completamente dormida.

Valentina esperó unos segundos y volvió a intentarlo, esta vez moviéndola un poco más.

—Aylin... despierta, mírame.

El cuerpo de Aylin apenas reaccionó. Se movió ligeramente, pero no llegó a abrir los ojos.

—Aylin, vamos... tienes que levantarte.

La expresión de Valentina cambió por completo al notar que Aylin seguía sin responder.

La madre de Ángel se acercó rápidamente al darse cuenta de lo que estaba pasando. Ambas intentaron despertarla una vez más, pero Aylin permaneció inmóvil.

Valentina sintió que el miedo comenzaba a apoderarse de ella. Sin pensarlo demasiado, se levantó y salió corriendo por el pasillo en busca de ayuda.

Al encontrar a una enfermera, se acercó casi sin poder recuperar el aliento.

—¡Disculpe! ¿Puede venir un momento? Mi amiga no responde. Intentamos despertarla y no reacciona.

La enfermera dejó lo que estaba haciendo y la siguió rápidamente hasta la sala de espera. Al llegar, se acercó a Aylin y comprobó sus signos vitales.

Después de unos segundos, pidió ayuda a dos compañeros. Entre los tres comenzaron a atenderla y, con cuidado, la levantaron de la silla para colocarla sobre una camilla.

Valentina caminó junto a ellos, incapaz de ocultar la preocupación que tenía en el rostro.

—¿Qué tiene? ¿Está bien? ¿Qué le pasó? —preguntó con la voz temblorosa.

La enfermera continuó revisando a Aylin mientras intentaba mantener la calma.

—Por ahora parece que sufrió un desmayo. Vamos a llevarla para hacerle algunos exámenes y revisar qué pudo haberlo provocado.

—¿No es algo grave?

—Todavía no podemos saberlo. Primero necesitamos revisar cómo están sus signos y hacerle algunos análisis. Cuando tengamos los resultados podremos entender mejor qué ocurrió.

Valentina respiró hondo mientras observaba cómo se llevaban a Aylin por el pasillo. Intentó mantenerse tranquila, aunque por dentro no dejaba de preguntarse qué podía estar pasando.

Sin saberlo, aquel desmayo sería el comienzo de una noticia que cambiaría la vida de todos.

Mientras Aylin era trasladada a otra área del hospital, sus amigos permanecieron en la sala de espera. Ninguno entendía qué había ocurrido. Nunca la habían visto desmayarse de aquella manera y la rapidez con la que los médicos se la habían llevado solo aumentaba su preocupación.

La familia de Ángel también permanecía en silencio. Después de tantas horas esperando noticias sobre él, ahora tenían que enfrentarse a una nueva preocupación.

El tiempo comenzó a pasar lentamente.

Cada vez que alguien caminaba por el pasillo, todos levantaban la mirada esperando que fuera un médico. Pero una y otra vez volvían a quedarse con las mismas dudas.

Nadie sabía cuánto tiempo había pasado. Parecía que los minutos se habían convertido en horas.

Después de varias horas de espera, un movimiento al final del pasillo hizo que todos levantaran la mirada.

Una camilla avanzaba lentamente en su dirección, acompañada por varios miembros del personal médico. Al principio nadie le prestó demasiada atención, pero cuando se acercó un poco más.

—¡Allá está Aylin! —exclamó Valentina mientras se ponía de pie—. Al parecer ya despertó.

Aylin abrió los ojos lentamente. Al principio no logró reconocer dónde estaba. Todo a su alrededor se veía borroso y un fuerte dolor de cabeza le dificultaba pensar con claridad.

A su lado caminaba una enfermera mientras revisaba algunos documentos.

—¿Qué... qué me pasó? —preguntó Aylin, llevándose una mano a la cabeza.

—Te desmayaste. Ya estás despierta, así que no te preocupes. Mientras estabas inconsciente aprovechamos para realizarte algunos exámenes y asegurarnos de que todo estuviera bien.

—¿Y... qué salió? Ya llevaba varios meses sin desmayarme así.

—En general, hay algo que deberíamos comentarte.

—¿Pasó algo malo?

—No exactamente —respondió la enfermera—. De hecho, antes que nada... felicidades.

—¿Felicidades?

—Sí. Según los resultados de los análisis, estás embarazada.

—¿Qué...? —susurró finalmente.

Justo en ese momento, Valentina, que ya se había acercado a la camilla, alcanzó a escuchar parte de lo que la enfermera estaba diciendo.

—¿Cómo que vas a ser mamá? —preguntó, mirando a Aylin con sorpresa.

Aylin apenas reaccionó. Seguía confundida y con la mirada perdida, intentando entender lo que acababa de escuchar.

Luego volvió la mirada hacia la enfermera.

—¿Sabe cuánto tiempo tengo?

—Todavía necesitamos confirmar algunas cosas con una valoración médica, pero por lo que muestran los análisis, parece que tienes un poco más de dos meses de embarazo.

—Entonces... esa fue la última vez que no nos cuidamos.

—Ahora lo más importante es que programes tu primera cita de control prenatal. Allí podrán calcular con mayor precisión el tiempo de gestación y comprobar que todo marche bien.

A su lado, Valentina seguía mirándola, todavía sorprendida por la noticia.

—Aylin... ¿por qué nunca me dijiste que tú y Ángel...?

—Porque no había nada que contar. Es algo muy personal.

—Vamos a estar contigo en todo este proceso —dijo Sofía mientras sostenía su mano.

Aylin no sabía cómo sería el futuro.

Pero al menos tenía la certeza de que, en medio de aquella noticia inesperada, no tendría que enfrentarlo sola.

—¿Se lo vas a decir a la familia de Ángel? —preguntó Daniel mientras observaba a Aylin.

—Supongo que sí. Es algo que no puedo ocultar. Además, conozco a su familia... sé que, mientras Ángel asuma su responsabilidad, ellos me van a apoyar.

—¿Y cómo piensas decírselo a Ángel cuando despierte?

—No lo sé... creo que prefiero esperar a que salga de todo esto. No quiero darle una noticia así mientras todavía está en cuidados intensivos. Lo último que necesito es que se preocupe más de la cuenta.

—Tiene sentido —respondió Daniel—. Primero que se recupere, y después, cuando esté más tranquilo, podrán hablar de todo lo que viene.

—Sí... creo que será lo mejor. Ya hemos pasado por muchas cosas. No quiero que una noticia tan importante llegue en el peor momento.

Después de aquella noticia, la vida de Aylin comenzó a cambiar poco a poco.

Todavía le costaba asimilar que estaba embarazada. Todo había ocurrido en el momento menos esperado, justo cuando Ángel luchaba por su vida en una cama de hospital. La ilusión por la llegada de un hijo estaba ahí, pero también aparecían muchas preguntas que todavía no sabía cómo responder.

Sabía que no podía guardar un secreto tan grande por mucho tiempo. Después de pensarlo bastante, decidió hablar primero con sus padres. Tenía miedo de que la regañaran, de que se sintieran decepcionados o de que cuestionaran las decisiones que había tomado.

Sin embargo, su reacción fue muy diferente a la que había imaginado.

Después de escucharla, ambos la abrazaron. No justificaron lo ocurrido. Le dejaron claro que estarían a su lado y que la apoyarían en cada etapa, siempre que continuara estudiando y no abandonara los sueños por los que tanto había luchado.

Aquellas palabras le dieron un poco de tranquilidad.

Días después, también llegó el momento de contarle a la familia de Ángel. La noticia fue recibida con sorpresa, pero en medio de la preocupación que todavía existía por el estado de salud de él, aquella nueva vida se convirtió también en una pequeña razón para mantener la esperanza.

Con el paso de las semanas, la rutina de Aylin cambió por completo.

Cada mañana asistía al colegio y, al terminar las clases, iba directamente al hospital. Algunas veces solo podía quedarse diez o quince minutos antes de regresar a casa para continuar con sus responsabilidades, pero para ella ese poco tiempo era suficiente.

No quería que Ángel despertara algún día y sintiera que había estado solo.

Sus amigos y los jóvenes de los diferentes ministerios también permanecían pendientes de ella. La animaban, la acompañaban y trataban de ayudarla siempre que podían. Aylin agradecía cada gesto, aunque ninguno conocía la verdadera razón de su cansancio ni por qué últimamente parecía estar siempre preocupada.

El embarazo continuaba siendo un secreto.

Solo las familias de ambos sabían lo que estaba ocurriendo.

Una tarde, después de salir del colegio, Aylin llegó al hospital como de costumbre. Ese día todo estaba un poco más tranquilo y decidió quedarse un rato más.

Antes de marcharse, aprovecho para entregar la referencia médica y dejar programado su primer control prenatal. Mientras esperaban que les confirmaran la fecha de la cita, Aylin permaneció sentada en una de las sillas del pasillo.

Fue entonces cuando Dayana, una hermana de Ángel, se acercó hasta donde ella estaba.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Dayana con una sonrisa mientras tomaba asiento a su lado.

—Un poco. Hace mucho tiempo que no tenía una cita médica de este tipo.

Dayana le dio una suave palmada en la mano.

—Tranquila. Lo importante es que no estás sola. Todos estamos apoyándote.

Aylin sonrió con gratitud. Saber que tenía a Dayana allí hacía que los nervios fueran un poco más llevaderos.

—Sí... y eso me da mucha tranquilidad. Aunque, si te soy sincera, lo que más me preocupa es cómo voy a decirle a Ángel que va a ser papá. No sé cómo lo vaya a tomar.

—Créeme, ese hombre se va a poner feliz.

—¿Por qué estás tan segura?

Dayana se acomodó en la silla antes de responder.

—Hace un tiempo tuve una conversación con él. Me contó que uno de sus sueños era formar una familia contigo y tener hijos. Claro, él imaginaba que sería mucho más adelante... pero parece que la vida decidió adelantarse un poquito.

—Qué curioso... nunca hablamos de ese tema.

—Es muy reservado para algunas cosas, pero cuando habla de ti se le nota en los ojos lo mucho que te ama.

Las dos continuaron conversando mientras esperaban que terminaran de preparar las citas. Poco después, una enfermera regresó con el comprobante y se lo entregó a Aylin.

—Aquí tiene. Su control quedó programado para dentro de unos días.

—Muchas gracias.

Aylin guardó el papel con cuidado y la enfermera se alejó.

Dayana volvió a mirarla con una sonrisa.

—Bueno, ahora sí... cuéntame. ¿Cómo te ha ido con mi hermano? Espero que se esté portando bien.

—La verdad sí. Ha cambiado muchísimo.

—Menos mal —respondió Dayana entre risas—. Porque, para ser sincera, después de la experiencia que tuvo antes de volver contigo, creo que aprendió bastante.

—¿Lo dices por la muchacha con la que salió cuando nosotros ya no estábamos juntos?

—Sí. Para serte sincera, en mi casa ninguno terminó de llevarse bien con ella. Hasta mi mamá decía que prefería mil veces que fueras tú. Lo que pasa es que nunca imaginamos todo lo que ustedes estaban viviendo. Yo me enteré porque Ángel me lo contó tiempo después.

—Yo nunca le pregunté mucho sobre esa relación. Sentía que remover ese tema solo iba a lastimarlo.

—Creo que hiciste bien. Ángel tampoco suele hablar de esas cosas. Pero, por lo que me ha contado, esa etapa le sirvió para darse cuenta de muchas cosas.

—Supongo que algunas experiencias tienen que pasar para que uno aprenda.

—Exactamente —respondió Dayana—. Y creo que él aprendió bastante.

—Ahora te voy a hacer una pregunta... pero entre mujeres.

Aylin arqueó una ceja, intrigada.

—A ver.

Dayana se acercó un poco más y bajó la voz.

—La última vez que fueron a la playa... ustedes estuvieron juntos, ¿cierto?

Aylin sintió cómo sus mejillas se calentaban de inmediato. Bajó la mirada, un poco avergonzada, antes de responder.

—Eh... sí.

—Lo imaginaba. Estaba haciendo cuentas y... apenas estamos terminando abril. Si el embarazo tiene casi dos meses, las fechas coinciden.

—Sí... fue en ese viaje.

—No tienes que preocuparte por eso ahora. Lo importante es que no estás sola. Tus padres te apoyan, mi madre también y nosotros estamos contigo. Y cuando Ángel se entere, estoy segura de que también va a estar a tu lado.

Aylin la miró y sonrió con un poco más de tranquilidad. Aunque todavía tenía muchas cosas en la cabeza, escuchar aquello le hacía sentir que no tendría que enfrentarlo todo por su cuenta.

Las dos continuaron conversando en la sala de espera, intentando distraerse mientras aguardaban noticias de Ángel.

Hasta que, de repente, las puertas principales del hospital se abrieron de golpe.

Una joven entró apresurada a la sala de espera. Era la ex de Ángel..

—¿Dónde está Ángel? —preguntó, apenas llegó.

Dayana se levantó de inmediato al reconocerla y se colocó frente a ella.

—¿Qué haces aquí?

La joven la miró con molestia.

—Vine a saber cómo está Ángel. ¿Dónde lo tienen?

—No tienes por qué estar aquí —respondió Dayana, intentando mantener la calma.

—Claro que tengo motivos. Me importa saber qué pasó con él.

La conversación comenzó a subir de tono mientras ambas discutían. Aylin permaneció unos metros más atrás, observándolas sin intención de intervenir.

Por un momento, la joven dejó de prestar atención a Dayana y dirigió la mirada hacia ella.

—Así que tú eres la muchacha por la que Ángel me dejó.

—Sí. ¿Y qué piensas hacer?

—Nada. Solo me sorprende que Ángel haya llegado tan lejos por alguien como tú.

—No creo que este sea el momento para hablar de eso.

—¿Y por qué no? —insistió la joven—. Por tu culpa Ángel está aquí.

Aquellas palabras hicieron que Aylin guardara silencio por un instante. Miró hacia el pasillo por donde se habían llevado a Ángel y luego volvió a verla.

—No sabes lo que pasó entre nosotros ni todo lo que hemos vivido. Así que antes de señalarme, deberías recordar que tú tampoco fuiste una santa.

—Al menos yo no me acuesto con cualquiera.

—Las personas que han estado en mi vida han sido porque hubo amor y respeto. No por interés... ni por unas cuantas monedas.

La otra mujer hizo un gesto de molestia, como si aquellas palabras hubieran tocado un punto sensible.

—¡Aylin! Ya cálmate. No vale la pena seguir discutiendo con ella —intervino Dayana, colocándose a su lado.

Pero la discusión todavía no había terminado.

—¿Y de verdad crees que él se va a quedar contigo?

—No estoy aquí para competir contigo. Lo nuestro va en serio. Mientras tú buscabas que él cambiara por ti, yo decidí acompañarlo mientras cambiaba por sí mismo.

La otra mujer apretó la mandíbula. La frustración se hizo evidente en su rostro y, sin pensarlo demasiado, levantó la mano con intención de golpearla.

Aylin reaccionó justo a tiempo.

—No te equivoques —dijo con firmeza—. No voy a pelear contigo.

Por unos segundos, ninguna de las dos se movió.

Dayana permaneció junto a Aylin, preocupada por lo que pudiera ocurrir. El ambiente del pasillo había cambiado por completo. Algunas personas que pasaban habían comenzado a mirar hacia ellas, mientras otras disminuían el paso al notar la tensión.

De pronto, a lo lejos, Dayana distinguió a su madre acercándose por el pasillo.

—¡Mamá! —la llamó con alivio.

Estaba a punto de caminar hacia ella cuando volvió la mirada hacia Aylin. La muchacha seguía alterada y apenas parecía prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

Dayana se acercó un poco más y trató de tranquilizarla.

—Aylin, por favor, ya basta. Recuerda que estás embarazada y todavía ni siquiera saben si el bebé está bien.

Las palabras hicieron que Aylin se quedara completamente quieta.

Por un instante, pareció no haber entendido lo que acababa de escuchar.

—¿Embarazada? —preguntó finalmente, con la sorpresa reflejada en el rostro.

Aylin sintió una enorme frustración al darse cuenta de que la muchacha intentaba darle la vuelta a la situación para quedar como la víctima. Por un instante pensó que la madre de Ángel podría creerle sin siquiera escuchar lo que ellas tenían que decir.

Sin embargo, la señora observó la escena con atención y enseguida notó que algo no encajaba. No se dejó llevar por las palabras de ninguna de las dos. Con calma, pidió que dejaran de discutir y se acercó a Aylin y a Dayana para saber qué había ocurrido realmente.

Fue Dayana quien comenzó a explicar todo desde el principio, sin ocultar ningún detalle. Mientras hablaba, Aylin permaneció en silencio.

Cuando Dayana terminó.

Aylin pensó que quizá simplemente les pediría que se alejaran para evitar que el problema continuara creciendo. Pero la expresión de la señora cambió y, sin levantar la voz, caminó hasta quedar frente a la muchacha.

—¿Sabes qué? Ya me cansé de que sigas metiéndote en nuestra familia. Tienes que aceptar que Ángel tomó una decisión y respetarla.

La joven intentó responder.

—Pero, señora...

—No. Escúchame primero.

La señora dio un paso más al frente.

—Y quiero que te quede algo muy claro.

Miró a Aylin por un instante antes de volver la vista hacia la joven.

—Ella es mi nuera. Desde hace mucho tiempo la considero parte de mi familia y para mí eso no va a cambiar.

La muchacha permaneció callada.

La señora continuó, esta vez con un tono más tranquilo, pero igual de firme.

—Es la madre de mi nieto y estoy agradecida con mi hijo por haber elegido a una mujer como ella para compartir su vida. No voy a permitir que nadie venga a faltarle el respeto ni a buscar problemas donde no los hay.

La joven bajó la mirada, sin encontrar qué responder.

—Así que déjala tranquila y sigue con tu vida. Y si vuelves a molestarla a ella o a cualquiera de mi familia, hablaré personalmente con tu padre y le contaré todo lo que ha estado pasando.

La muchacha bajó la mirada. Al no encontrar una respuesta, terminó dándose la vuelta y se alejó por el pasillo del hospital.

Dayana y Aylin permanecieron unos segundos en el mismo lugar, todavía tratando de asimilar lo que acababan de presenciar. Ninguna de las dos esperaba ver aquel lado tan firme de ella.

Cuando la joven desapareció al final del pasillo, la expresión de Dayana cambió. La firmeza que había mostrado hacía unos momentos dio paso nuevamente a la preocupación. Se acercó a Aylin y la observó con atención, asegurándose de que estuviera bien.

Aylin apenas pudo responder con un pequeño movimiento de cabeza. Seguía sorprendida y todavía le costaba encontrar las palabras para explicar lo que acababa de sentir.

Mientras retomaban el camino por el pasillo, Aylin miró de reojo a Dayana.

—¿Será que tu mamá se enojó conmigo? —preguntó Aylin con cierta preocupación.

—No lo sé... pero puedo asegurarte una cosa. Jamás había conocido ese lado de mi mamá.

Después de aquella difícil situación, pasaron dos días de relativa calma. Aunque lo ocurrido seguía presente en la mente de Aylin, intentó concentrarse en algo que llevaba varios días esperando: su primer control prenatal.

Aquella mañana se levantó más temprano de lo habitual. Se arregló con tranquilidad y, antes de salir de casa, revisó varias veces que llevara todos los documentos necesarios. Estaba nerviosa, pero también había una emoción especial que hacía que todo aquel momento se sintiera diferente.

Como sus padres se encontraban trabajando, Elena sería quien la acompañaría. Desde que se enteró del embarazo, había estado muy pendiente de Aylin y procuraba acompañarla en cada momento importante. Para ella, aquella cita también tenía un significado especial.

El camino hacia el hospital transcurrió entre conversaciones sencillas y algunas risas. Hablar de cualquier cosa ayudaba a Aylin a distraerse un poco de los nervios que llevaba desde que salió de casa.

Sin embargo, al llegar y escuchar que llamaban su nombre, todo cambió.

Aylin sintió cómo su corazón comenzaba a latir con más fuerza. Se levantó y caminó junto a Elena hasta el consultorio, tratando de mantener la calma mientras esperaba descubrir cómo estaba su bebé.

Después de recibir algunas indicaciones, se acostó sobre la camilla. La doctora preparó el equipo y, unos segundos después, colocó cuidadosamente el gel sobre su abdomen.

Aylin miró hacia la pantalla mientras la doctora comenzaba a mover el transductor. Al principio solo pudo distinguir algunas formas que no lograba comprender, pero poco a poco apareció una pequeña imagen.

Era tan pequeño que apenas podía distinguirse.

Aun así, Aylin no pudo apartar la mirada. Una sonrisa apareció lentamente en su rostro mientras observaba aquella pequeña vida que, aunque todavía no conocía, ya significaba muchísimo para ella.

A su lado, Elena también contemplaba la pantalla. Sus ojos reflejaban una emoción difícil de esconder y, por unos instantes, ninguna de las dos dijo nada.

La doctora continuó revisando con atención. Movió ligeramente el transductor y observó la pantalla durante unos segundos más.

—Todo está muy bien. Según las medidas del bebé, tienes aproximadamente dos meses de embarazo. A partir de ahora, cada viernes cumplirás una semana más de gestación.

Aylin no podía dejar de mirar la pantalla.

—Me sorprende lo rápido que ha pasado el tiempo. Siento que hace muy poco fue mi última regla, como a mediados de marzo.

—Es una sensación muy común. Al principio las semanas parecen pasar despacio, pero luego avanzan muy rápido. Si todo continúa como hasta ahora, dentro de poco estarás terminando tu tercer mes.

—¿En serio?

—Así es. Todo indica que el embarazo evoluciona de forma normal. Si continúa igual, es muy probable que tu fecha de parto sea durante el mes de diciembre.

La joven sonrió con ilusión mientras llevaba una mano hasta su abdomen.

—No puedo creerlo...

La doctora terminó de revisar el ultrasonido y volvió a verla.

—Por ahora solo quiero que descanses, evites hacer esfuerzos innecesarios, procures alimentarte bien y, sobre todo, no te estreses más de la cuenta.

—Lo haré.

Después de unos segundos, sonrió con cierta timidez.

—Doctora... ¿será posible que me dé algunas fotografías del ultrasonido?

—Claro que sí. Dame un momento mientras tomo las mejores imágenes para que puedas llevártelas.

Los días comenzaron a volver poco a poco a la normalidad.

Aylin retomó sus clases en el colegio y visitaba a Ángel siempre que tenía la oportunidad. Entre una cosa y otra, también intentaba acostumbrarse a la idea de que muy pronto volvería a ser madre.

Aun así, había algo que no dejaba de preocuparla. Su embarazo seguía siendo un secreto. No solo lo ocultaba en la iglesia, sino también en el colegio.

El miedo estaba presente casi todos los días. Al ser menor de edad, pensaba constantemente que, si la noticia llegaba a las personas equivocadas, podrían intentar separarla de su familia o tomar decisiones sobre su vida sin siquiera preguntarle qué quería.

Aquella preocupación la acompañaba a todas partes. Sin embargo, Aylin sabía que no podría esconderlo para siempre.

Con el paso de los días llegó el momento que tanto había estado evitando: hablar con los pastores.

Aylin decidió contarles toda la verdad. Lo hizo con miedo, imaginando que sería juzgada o que recibiría un fuerte llamado de atención. Sin embargo, la conversación tomó un rumbo completamente distinto al que había esperado.

Los pastores la escucharon con calma. Comprendieron la situación que estaba atravesando y le dejaron claro que, aunque sus decisiones tenían consecuencias, no pensaban abandonarla. Estarían a su lado y la acompañarían durante todo el proceso.

También fueron sinceros con ella.

Por el momento, Aylin tendría que dejar de servir en algunos ministerios de la iglesia. No lo consideraban un castigo, sino una oportunidad para que pudiera concentrarse en su embarazo, recuperarse de todo lo ocurrido y afrontar aquella nueva etapa con tranquilidad.

Aylin aceptó la decisión. Le dolía alejarse de algo que amaba profundamente, pero entendía que necesitaba dedicar tiempo a su propia recuperación y a la de Ángel.

Antes de despedirse, les prometió que volvería a hablar con ellos cuando Ángel estuviera completamente recuperado. Entonces podrían decidir juntos cuál sería el siguiente paso para su vida y su servicio dentro de la iglesia.

Mientras tanto, el estado de salud de Ángel comenzó a mejorar poco a poco.

Después de casi una semana en Cuidados Intensivos, los médicos confirmaron que ya no corría peligro. Finalmente, fue trasladado a una habitación normal para continuar con su recuperación.

La noticia trajo tranquilidad a ambas familias.

Aylin, por su parte, no dejó de visitarlo. Entre el colegio, sus propias revisiones médicas y todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, siempre encontraba un momento para pasar por el hospital.

Un viernes, al salir del colegio, decidió no regresar directamente a casa.

Antes de ir al hospital, pasó por una pequeña tienda y compró una canasta con algunas frutas. Quería llevarle un detalle a Ángel y hacerle un poco más agradable su estancia allí.

Cuando llegó, caminó por los pasillos hasta la recepción. Apenas cruzó la entrada, varias enfermeras la saludaron con una sonrisa.

Aylin respondió amablemente, aunque no pudo evitar sentirse un poco extrañada. No entendía por qué parecían conocerla tanto, pero decidió no darle importancia y continuó caminando.

Con la canasta entre las manos, llegó finalmente hasta la habitación.

Ángel estaba sentado sobre la cama, mirando las noticias en el televisor. Al escuchar que la puerta se abría, giró la cabeza.

Al verla, una sonrisa apareció de inmediato en su rostro.

—Hola, amor. ¿Cómo estás? —preguntó con una sonrisa.

Aylin dejó la canasta sobre la mesa que estaba junto a la cama.

—Hola, ¿Cómo sigues?

—Mucho mejor. La verdad pensé que hoy ibas a descansar en tu casa.

Ella soltó una pequeña risa mientras tomaba asiento a su lado.

—Créeme que ganas no me faltaban. Todavía me siento muy cansada. Siento que si apoyo la cabeza en una almohada me quedo dormida enseguida.

—Si te sientes así, deberías haberte tomado el día para descansar. Pero bueno... ahora dime, ¿cómo estás tú?

Aylin bajó la mirada.

—Aparte de cansada... estoy un poco estresada por muchas cosas.

Ángel apagó el televisor para prestarle toda su atención.

—¿Como cuáles?

Ella permaneció unos segundos en silencio.

—Por... nada. Mejor déjalo así. Más bien voy a buscar a una enfermera para que te traiga la cena.

—Si tú dices... Después no me reclames que soy yo quien oculta las cosas.

Aylin le respondió con una sonrisa, intentando que la preocupación que llevaba por dentro no se notara. Después se levantó y salió de la habitación en busca de una enfermera.

No tardó mucho en encontrarla. Se acercó y le pidió amablemente que llevara la cena de Ángel. La enfermera comenzó a preparar la bandeja mientras Aylin esperaba cerca.

Fue entonces cuando sintió que el corazón comenzaba a acelerársele.

Aquella enfermera sabía que estaba embarazada.

Por un instante, Aylin imaginó el peor escenario. Le preocupaba que, sin intención, pudiera mencionar algo delante de Ángel. Todavía no estaba preparada para contarle. Quería que fuera ella quien se lo dijera, cuando encontrara el momento adecuado y pudiera hacerlo a su manera.

Cuando la enfermera tomó la bandeja y comenzó a caminar hacia la habitación, Aylin respiró profundamente. Intentó convencerse de que no tenía por qué preocuparse y que todo saldría bien.

Pocos minutos después, la enfermera entró en la habitación con la cena de Ángel. Con amabilidad dejó la bandeja sobre la pequeña mesa y, antes de retirarse, recordó que todavía debía completar su ronda.

Se acercó a la cama y comenzó a tomarle la presión.

Mientras acomodaba el tensiómetro, observó por unos segundos el rostro de Aylin. El cansancio era evidente.

—Estás muy cansada, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa comprensiva.

Aylin dejó escapar un pequeño suspiro.

—Sí... pero solo vine a acompañarlo un rato.

La enfermera terminó de anotar los datos y volvió a mirarla.

—Si quieres, puedes pasar la noche aquí. Ese sillón grande se hace cama y vas a descansar mucho mejor que haciendo el viaje de regreso. Además, por tu estado, creo que también necesitas recuperar fuerzas.

Aylin sonrió agradecida.

—Muchas gracias... lo voy a tomar en cuenta.

La enfermera se despidió de ambos y salió de la habitación, dejándolos nuevamente solos.

Mientras Ángel comenzaba a cenar, Aylin se acomodó en el sillón y tomó su celular para distraerse un rato. Al desbloquearlo, se encontró con decenas de mensajes que todavía no había podido responder.

La noticia de su embarazo había comenzado a llegar poco a poco a sus amistades más cercanas. Muchos querían saber cómo estaba y, sobre todo, cómo se sentía después de todo lo ocurrido.

Como era de esperarse, el primer chat que abrió fue el de Valentina. Siempre terminaba haciéndolo. Entre sus stickers y sus ocurrencias, encontraba alguna manera de sacarle una sonrisa incluso en los días más complicados.

—Aylin... ¿ya le contaste a Ángel que van a tener un retoño?

Aylin sonrió al leer el mensaje antes de responder.

—No. De hecho, está acostado. Hoy me quedé en el hospital y, sinceramente, todavía no sé cómo decírselo.

—Tranquila, todo va a salir bien.

Aylin abrió la galería y buscó entre sus fotografías hasta encontrar la imagen del primer ultrasonido. La miró durante unos segundos y, sin pensarlo demasiado, decidió enviársela.

—Mira...

No pasó mucho tiempo antes de que apareciera otro mensaje.

—¡Ay, cosita bella! Ya quiero conocer a mi sobrino... o sobrina.

—Ay, no empieces.

Después de unos segundos, decidió cambiar de tema.

—Más bien, cuéntame... ¿cómo va ese amorío tuyo?

Valentina respondió con un emoji de risa antes de contarle que ya no hablaba con aquel muchacho. Luego aprovechó para comentarle que, desde hacía unos meses, un hombre no dejaba de darle "me gusta" a sus fotografías e incluso había comenzado a escribirle por Instagram.

—Ay, Valentina... hasta podría ser tu abuelo.

—¡Qué exagerada! Solo te estoy contando. Además, ni siquiera le respondo.

Sin embargo, el cansancio comenzó a hacerse notar.

—Bueno... ya me voy a dormir. Tengo demasiado sueño.

Después de enviar el último mensaje, dejó el celular sobre la cama y se acomodó nuevamente en el sillón.

El cansancio que había acumulado durante todo el día terminó venciendo sus fuerzas. Poco a poco, sus ojos comenzaron a cerrarse hasta que finalmente se quedó profundamente dormida.

Un rato después, Ángel terminó de cenar. Al regresar junto a ella, la encontró todavía dormida en la misma posición. Se acercó con cuidado y trató de despertarla suavemente.

—Amor...

Aylin abrió los ojos despacio, todavía adormilada.

—¿Qué pasó?

—¿Me prestas tu celular? Tengo unas fotos y unos documentos que necesito enviar.

Aylin apenas logró incorporarse un poco. Sin preguntar demasiado, buscó el celular y se lo extendió.

—Toma...

Ángel lo recibió con cuidado, procurando no despertarla del todo. Aylin volvió a acomodarse y cerró los ojos casi de inmediato, mientras él se alejaba unos pasos para poder hacer lo que necesitaba

Ángel tomó el celular con cuidado y comenzó a buscar los archivos que necesitaba. Mientras revisaba las aplicaciones, abrió por accidente la conversación que Aylin había tenido con Valentina. Sin intención de invadir su privacidad, sus ojos se detuvieron en el último mensaje que aparecía en la pantalla. La frase era breve, pero suficiente para hacerlo quedarse inmóvil: *"¿Ya le contaste a Ángel que van a tener un retoño?"*

Por un instante pensó que se trataba de una broma. Sin embargo, la curiosidad y la confusión pudieron más que él. Al deslizar un poco la conversación encontró la fotografía de un ultrasonido. Su respiración se hizo más lenta y, durante varios segundos, permaneció completamente inmóvil, intentando asimilar lo que acababa de descubrir.

No despertó a Aylin ni dijo una sola palabra. Simplemente bloqueó el celular, lo dejó nuevamente a su lado y permaneció sentado observándola dormir. En su mente se mezclaban la sorpresa, la emoción y cientos de preguntas que todavía no tenían respuesta.

A la mañana siguiente, una enfermera entró en la habitación para tomar los signos vitales. Mientras realizaba su rutina, despertó varias veces a Aylin, quien apenas lograba mantener los ojos abiertos después de la noche que había pasado en el hospital.

—Señorita... despierte.

Aylin abrió los ojos lentamente y la miró con cansancio.

—¿Qué pasó?

La enfermera le sonrió con discreción.

—Nada grave. Solo quería decirle que creo que él ya sabe la noticia. Hace un rato me comentó que encontró un chat en su celular... bueno, en el suyo.

Aylin se incorporó de inmediato.

—¿Cómo que ya sabe?

La enfermera señaló discretamente hacia el baño, donde Ángel se encontraba.

—Sí. Me habló de un mensaje que leyó por accidente. No me dio muchos detalles, pero por lo que entendí descubrió lo del embarazo. De todas formas, tranquila... no lo vi enojado. Más bien estaba muy sorprendido y con muchas preguntas.

Al escuchar aquellas palabras, Aylin sintió que el sueño desaparecía por completo. Se quedó unos segundos intentando entender lo que acababa de escuchar, hasta que comenzó a repasar mentalmente todo lo ocurrido desde la noche anterior.

Entonces recordó algo.

Antes de quedarse dormida, le había prestado su celular a Ángel para que pudiera enviar unos archivos. Al principio no le dio importancia, pero ahora aquella pequeña acción comenzaba a tener sentido.

El chat con Valentina. La fotografía del ultrasonido. Los mensajes.

Todo estaba ahí.

Sin necesidad de preguntar nada más, Aylin comprendió cómo Ángel se había enterado. La idea hizo que su corazón comenzara a latir más rápido. No sabía exactamente qué había leído ni cuánto había llegado a descubrir, pero algo le decía que aquella conversación ya no podía seguir evitándose.

Decidió regresar primero a su casa para cambiarse de ropa. Necesitaba unos minutos para prepararse antes de volver al hospital.

Durante el camino intentó pensar en lo que iba a decirle. Había imaginado muchas veces cómo hablaría con Ángel sobre aquello, pero nunca pensó que tendría que hacerlo en esas circunstancias.

Cuando regresó al hospital y abrió nuevamente la puerta de la habitación, encontró a Ángel sentado sobre la cama.

Él levantó la mirada al verla.

Aylin entró lentamente, dejó su bolso a un lado y tomó asiento junto a él.

—Ángel... ya sé que anoche abriste mi conversación con Valentina.

—No te lo voy a negar. Sí la vi... pero fue un accidente. Solo estaba buscando unos archivos que tenía guardados en tu celular y el chat apareció.

—Lo entiendo. La verdad, no te lo había querido decir por tu estado. No quería alterarte mientras estabas aquí.

—Lo sé... pero me hubiera gustado que me lo dijeras ayer. Cuando lo vi, sentí muchas cosas al mismo tiempo y no supe cómo reaccionar.

—Tenía miedo —admitió—. Todo pasó tan rápido que ni siquiera yo había terminado de procesarlo.

—Tranquila. Eso ya pasó. Lo que ahora me importa es saber cómo estás tú. ¿Cómo te sientes?

—Me siento mal. Jamás imaginé que esto fuera a pasar. Tú sabes que ya perdí una bebé... y tengo muchísimo miedo de volver a vivir algo parecido.

Ángel se acercó un poco más y esperó hasta que ella levantara la mirada.

—Mírame.

Aylin obedeció lentamente.

—Ya no estamos en aquella historia. Esta es diferente. Ahora estoy contigo y no pienso apartarme de tu lado. Sabes que mi sueño más grande siempre fue ser papá, y esta oportunidad no la voy a desaprovechar.

—Pero yo no quería un embarazo a esta edad... —dijo finalmente.

—Lo sé. Ninguno de los dos lo planeó. Cometimos un error y ahora tenemos que enfrentar lo que viene, pero ese bebé no tiene la culpa de nada. Es nuestro hijo o nuestra hija, y desde este momento voy a cuidarlo con todo mi corazón. Pase lo que pase, no voy a dejarte sola. Vamos a salir adelante juntos.

Todavía tenía dudas y miedo sobre todo lo que estaba por venir, pero escuchar aquellas palabras le daba un poco de tranquilidad.

—Si tú lo dices...

Aylin abrió el bolso que había llevado consigo. Buscó entre sus cosas hasta encontrar un sobre que había guardado con cuidado.

Lo sacó y se lo entregó a Ángel.

—Traje esto para enseñártelo.

Ángel recibió el sobre y lo abrió con curiosidad. En su interior encontró varias fotografías pequeñas que observó sin entender al principio.

—¿Qué son?

—El ultrasonido. La doctora me explicó que ya estoy entrando al tercer mes de embarazo.

Ángel tomó las fotografías con cuidado y comenzó a observarlas una por una. Sus ojos se detenían en cada pequeño detalle, intentando encontrar en aquellas imágenes algo que todavía resultaba difícil de comprender. Allí, frente a él, estaba la primera señal de una vida que apenas comenzaba a formarse.

Aylin lo observó sin decir nada. Había imaginado muchas veces cómo sería contarle la noticia, pero nunca pensó que terminaría compartiendo ese momento de aquella manera. Ver la emoción reflejada en el rostro de Ángel hizo que parte del miedo que llevaba consigo comenzara a cambiar.

Él volvió a mirar las imágenes y después buscó la mano de Aylin. La tomó con cuidado, entrelazando sus dedos con los de ella, como si quisiera hacerle saber que no pensaba apartarse.

Para Aylin, aquel gesto significó más de lo que podía explicar. Desde que había descubierto el embarazo, su mente había estado llena de preguntas. Había pensado en todo lo que podía salir mal, en las decisiones que tendrían que tomar y en lo difícil que sería explicar una noticia que ni siquiera ella misma había terminado de asimilar.

Ángel seguía mirando las fotografías con una expresión que mezclaba asombro y ternura. Para él, aquellas imágenes ya no eran solamente parte de un examen médico. Eran el primer recuerdo de alguien que todavía no conocían, pero que ya había comenzado a ocupar un lugar dentro de sus vidas.

Aylin apoyó lentamente la cabeza sobre su hombro. Permanecieron así durante unos momentos, mirando aquellas pequeñas imágenes que, aunque todavía no mostraban un rostro, habían conseguido cambiar por completo la manera en que ambos imaginaban el futuro.

Ya no eran solamente Aylin y Ángel pensando en sus propios caminos. Había una nueva vida en medio de ellos, una pequeña existencia que todavía dependía de sus decisiones y que, sin que ninguno lo hubiera planeado, los estaba llevando hacia una etapa completamente desconocida.

No sabían cómo sería el camino.

Solo sabían que acababan de comenzar a recorrerlo juntos.

31

Muchas preguntas, pocas respuestas

"Hay personas que se van de nuestra vida, pero nunca de los recuerdos que dejaron en ella."

Desde aquel día, la vida de Ángel cambió por completo. Saber que sería padre por primera vez despertó en él una ilusión que nunca antes había experimentado. A pesar de todo lo que habían vivido durante las últimas semanas, la emoción lograba imponerse sobre cualquier miedo.

Cada vez que pensaba en su futuro hijo o hija, una sonrisa aparecía en su rostro casi sin darse cuenta. Poco a poco, ambos comenzaron a acostumbrarse a la idea de que una nueva vida formaría parte de la suya.

Con el paso de los días, las cosas empezaron a recuperar cierta normalidad. Ángel terminó su recuperación y recibió el alta médica, mientras Aylin continuó asistiendo a sus controles prenatales.

Poco después, Ángel regresó a trabajar en el restaurante y retomó su rutina. Siempre que sus horarios se lo permitían, acompañaba a Aylin a sus citas médicas.

La primera vez que escuchó el corazón de su bebé y pudo verlo en el ultrasonido, la emoción fue tanta que estuvo a punto de desmayarse. Aquello provocó algunas risas entre Aylin y el personal médico, pero para él fue un momento que difícilmente olvidaría.

Desde entonces, cada consulta se convirtió en algo especial. Esperaban con ilusión cada nuevo ultrasonido, cada latido y cualquier noticia sobre el bebé que crecía poco a poco.

Sin embargo, mientras ambos comenzaban a imaginar un futuro junto a su hijo, la vida preparaba un capítulo que ninguno estaba listo para enfrentar.

Hasta que llegó el 3 de mayo.

Era un día completamente normal. Aylin se encontraba en el colegio cuando su celular vibró. Al revisar la pantalla, vio que tenía un mensaje de Valentina.

Sin pensarlo demasiado, abrió el chat.

Lo primero que apareció fue una fotografía de un pequeño tatuaje de un capibara en una de sus manos. Aylin se quedó observando la imagen unos segundos.

No fue el animal lo que llamó su atención, sino la forma en que estaba hecho. El dibujo tenía un estilo particular y el pequeño capibara parecía estar ligeramente torcido.

Aylin sonrió al verlo, sin imaginar que aquel mensaje aparentemente sencillo sería el comienzo de un día que terminaría cambiándolo todo.

—¿Qué te parece?

Aylin soltó una pequeña risa antes de responder.

—Ay, Valentina... tú sí eres única. Me encanta el capibara y todo, pero quedó torcito.

—¡Ese es el estilo! Mi mamá primero me regañó y después se puso a reír. Pero, sinceramente, me gusta.

—Después te vas a arrepentir. Más bien, ¿a qué hora vas a hacerte las uñas?

—Hoy, en unas horas. Solo que, como me hice el tatuaje, se me atrasó todo. Más bien, cuéntame, ¿cómo vas tú? ¿Cómo sigue ese bebé?

—Bien. Ya en unas semanas sabremos qué será.

—¿En serio? ¡Qué emoción! Yo siento que será una princesa. ¿Y tú?

—Yo también lo creo, pero Ángel dice que será un niño. Así que no le voy a quitar la ilusión.

La conversación pareció haber terminado, pero entonces llegó otro mensaje.

—Oye, Aylin... gracias por ser mi amiga. Bueno... mi hermana del alma.

Aylin sonrió al leerlo. Aquellas palabras le tocaron el corazón de una manera especial. No era necesario explicar todo lo que habían vivido juntas; ambas sabían cuánto habían significado la una para la otra.

—No tienes nada que agradecer. Al contrario, tú has hecho muchísimo por mí y nunca voy a terminar de agradecértelo. Y si existiera otra vida... volvería a escogerte como mi hermana.

—Te quiero... no. Te amo muchísimo.

Aylin volvió a sonreír frente a la pantalla. Entre bromas, conversaciones y momentos difíciles, su amistad había terminado convirtiéndose en algo mucho más grande. Ya no se trataba solamente de dos amigas que compartían sus días, sino de dos personas que, de alguna manera, habían elegido convertirse en familia.

Aylin sintió algo extraño al leer aquellas palabras. Valentina casi nunca era tan expresiva con ella, pero decidió no darle demasiada importancia. Pensó que simplemente estaba siendo cariñosa.

—Yo también te amo. Ahora ve a hacerte las uñas. Estoy en el colegio y no quiero ponerme a llorar aquí. Ya sabes que con el embarazo ando demasiado sensible.

—Te amo, mi amor.

Aylin sonrió al leer el último mensaje, guardó el celular y continuó con su día como si nada hubiera pasado. Para ella, aquella conversación no era diferente a tantas otras que habían tenido.

Aylin sintió algo extraño al leer aquellas palabras. Valentina casi nunca era tan expresiva con ella, pero decidió no darle demasiada importancia. Pensó que simplemente estaba siendo cariñosa.

—Yo también te amo. Ahora ve a hacerte las uñas. Estoy en el colegio y no quiero ponerme a llorar aquí. Ya sabes que con el embarazo ando demasiado sensible.

—Te amo, mi amor.

Aylin sonrió al leer el último mensaje, guardó el celular y continuó con su día como si nada hubiera pasado. Para ella, aquella conversación no era diferente a tantas otras que habían tenido.

Jamás imaginó que esas serían las últimas palabras que intercambiaría con su mejor amiga.

Cuatro días después, el 7 de mayo, Aylin se encontraba en su habitación estudiando. Tenía los apuntes sobre el escritorio y trataba de concentrarse cuando el celular vibró a su lado.

Al tomarlo, notó que el mensaje provenía de un contacto que casi nunca le escribía: la madre de Valentina.

—Hola, mi amor bella. Una pregunta... ¿Valentina pasó por tu casa?

Al otro lado de la línea, la respuesta llegó casi de inmediato. La madre de Valentina explicó que su hija había llegado del colegio hacía aproximadamente dos horas, se había cambiado de ropa y luego la había mandado a comprar algunas cosas.

Desde entonces, no había regresado.

La preocupación ya comenzaba a notarse en su voz. No era normal que Valentina tardara tanto, y mucho menos sin avisar dónde estaba.

—Tranquila —intentó calmarla—. Tal vez se quedó hablando con algún vecino... aunque eso no es muy común en ella.

Hizo una pequeña pausa mientras pensaba qué podía haber ocurrido.

—Déjame llamarla a ver si me responde.

Aylin terminó de responder el mensaje y, con una creciente inquietud, buscó el contacto de Valentina entre sus llamadas recientes. La llamó y esperó mientras el tono se repetía una y otra vez. Pensó que en cualquier momento contestaría y le explicaría que simplemente había olvidado avisar dónde estaba, pero la llamada terminó sin respuesta.

Volvió a intentarlo y, al no obtener respuesta, comenzó a escribirle varios mensajes. Le preguntó dónde estaba, si se encontraba bien y por qué no había avisado nada. Los minutos pasaron y la conversación permaneció en silencio. Aquello empezó a preocuparla más de lo normal, porque Valentina podía tardar en responder, pero nunca desaparecía de esa manera.

Aylin terminó escribiéndole también a la madre de Valentina para contarle que tampoco había conseguido comunicarse con ella. Mientras enviaba el mensaje, una sensación extraña volvió a recorrerla. No sabía exactamente por qué, pero algo dentro de ella le decía que aquella vez era diferente.

Esa misma noche, familiares, amigos y vecinos comenzaron a recorrer las calles del barrio. Preguntaron en los lugares donde Valentina solía estar y trataron de encontrar cualquier pista que pudiera ayudarles a saber dónde se encontraba. Sin embargo, nadie tenía información sobre ella.

Al día siguiente, su madre presentó la denuncia por desaparición. Los oficiales comenzaron a investigar y a recorrer los últimos lugares donde había sido vista, mientras la familia continuaba buscándola por su cuenta.

Aylin tampoco quiso quedarse de brazos cruzados. Junto con Ángel y varios amigos recorrió barrios cercanos, preguntó en comercios, revisó cámaras de seguridad y compartió fotografías de Valentina en redes sociales. Cada llamada y cada mensaje despertaban la esperanza de que finalmente apareciera alguna noticia.

Pero los días fueron pasando y nada cambiaba.

Aylin intentaba mantenerse fuerte frente a los demás, aunque algunas noches terminaba encerrada en su habitación, llorando mientras le pedía a Dios que protegiera a su amiga. Quería creer que todo tendría una explicación y que, en cualquier momento, recibirían una llamada anunciando que Valentina había aparecido.

Sin embargo, en el fondo de su corazón seguía existiendo aquella sensación que no lograba quitarse de encima.

Llegó el lunes 11 de mayo.

Ya habían pasado varios días desde la última vez que alguien había visto a Valentina y todavía no había ninguna respuesta.

Aylin asistió al colegio porque sabía que quedarse en casa solo haría que su mente imaginara los peores escenarios. Intentó concentrarse en las clases, aunque cada cierto tiempo revisaba el celular esperando encontrar algún mensaje sobre Valentina.

A media mañana recibió una llamada que volvió a encender una pequeña esperanza. Un conocido de Aylin había conseguido la última ubicación registrada del celular de Valentina. La señal aparecía a más de cuatro horas de distancia.

Sin pensarlo demasiado, organizaron el viaje. Apenas terminaron las clases, Aylin, Ángel, la madre de Valentina, sus hermanos y el muchacho que había conseguido la ubicación emprendieron el camino.

Durante el trayecto casi nadie habló. Cada uno se aferraba a la posibilidad de encontrar a Valentina con vida y descubrir que todo había sido una confusión.

Sin embargo, cuando todavía faltaba parte del camino, el celular de la madre de Valentina volvió a sonar.

Al otro lado de la llamada, un hombre explicó que había entrado a un lote baldío para recoger algunos materiales y que, entre la maleza, había encontrado el cuerpo de una joven. Ya había dado aviso a las autoridades y les envió la ubicación exacta.

El Ángel que conducía frenó de golpe y cambió de rumbo.

Nadie dijo nada.

El resto del camino transcurrió en un silencio. Solo se escuchaba el motor del carro mientras la preocupación comenzaba a convertirse en una certeza que ninguno quería aceptar.

Cuando llegaron, varias patrullas ya se encontraban en el lugar. La zona estaba rodeada por cinta amarilla y algunos oficiales permanecían cerca de la entrada del terreno.

Aylin abrió la puerta antes de que el carro terminara de detenerse y comenzó a caminar rápidamente. Apenas escuchaba a quienes intentaban detenerla. Solo quería saber si realmente era Valentina.

Entonces la vio.

Aylin se quedó inmóvil al reconocer el cuerpo a unos metros de distancia. Era difícil reconocerla, pero hubo un detalle que hizo que no tuviera ninguna duda: el pequeño tatuaje de capibara que llevaba en la piel.

Era el mismo que Valentina le había mostrado unos días antes, emocionada, a través de un mensaje. Aquel recuerdo apareció en su mente de inmediato y terminó de confirmar lo que, en el fondo, no quería aceptar.

Por unos segundos, Aylin no pudo reaccionar. Se quedó mirando fijamente, como si su mente se negara a comprender lo que estaba viendo. Después, sus piernas dejaron de sostenerla y cayó de rodillas sobre la tierra.

Las lágrimas comenzaron a salir sin que pudiera detenerlas. Todo lo que habían vivido durante aquellos cinco días pasó rápidamente por su cabeza: las llamadas sin respuesta, las caminatas, las fotografías compartidas y la esperanza de encontrarla con vida.

Ahora esa esperanza se había terminado.

Aylin bajó la cabeza mientras intentaba respirar entre el llanto. No podía apartar la mirada de aquel lugar, aunque cada segundo le resultaba más difícil soportarlo.

Ángel llegó hasta ella y la sostuvo por los hombros. Intentó ayudarla a levantarse y alejarla de la escena, pero Aylin apenas podía reaccionar. Terminó aferrándose a él mientras el llanto aumentaba.

Durante unos instantes, solo pudo permanecer allí, sostenida por Ángel, intentando asimilar una realidad que nunca imaginó tener que enfrentar.

No había nada que decir que pudiera cambiar lo ocurrido. Solo quedaba el dolor de perder a alguien que, hasta unos días atrás, seguía formando parte de sus conversaciones, sus planes y su vida.

—Aylin... ven conmigo. No te hagas más daño —dijo Ángel mientras intentaba ayudarla a levantarse.

—¿Qué daño? —alcanzó a decir entre sollozos—. El daño ya está hecho. Le quitaron la vida a mi hermana... ¿entiendes? Ya no voy a volver a escuchar su voz. Nunca más.

Ángel se quedó frente a ella sin encontrar una respuesta. Sabía que ninguna palabra podía aliviar algo así.

Ángel la abrazó con fuerza y dejó que llorara contra su pecho. No intentó detenerla ni pedirle que se calmara. Simplemente permaneció allí, sosteniéndola mientras ella dejaba salir todo el dolor que llevaba acumulando desde el momento en que Valentina desapareció.

—Llora todo lo que necesites —murmuró con la voz entrecortada—. Estoy aquí contigo.

A pocos metros de ellos, la madre de Valentina cayó de rodillas al reconocer a su única hija. Sus hermanos intentaron sostenerla mientras el llanto se apoderaba de ellos. El dolor era demasiado grande para encontrar alguna forma de consuelo en aquel momento.

El lugar quedó envuelto en un silencio pesado, interrumpido únicamente por los sollozos de la familia y el trabajo de los oficiales. Después de varios días a la intemperie, la escena era difícil de soportar.

Aylin intentó mantenerse firme, pero el fuerte olor terminó provocándole un intenso malestar. Se llevó una mano a la boca y se apartó rápidamente hasta un lado del camino, donde terminó vomitando.

Ángel permaneció junto a ella, sosteniéndole el cabello y esperando pacientemente a que pudiera recuperar el aliento. Cuando Aylin logró levantar la mirada, alcanzó a ver cómo los peritos colocaban el cuerpo de Valentina dentro de una bolsa especial para trasladarlo a la unidad forense.

Los días siguientes estuvieron llenos de trámites y momentos difíciles. Mientras la familia intentaba asimilar la pérdida, también debía encargarse del reconocimiento del cuerpo, los documentos legales y todos los preparativos necesarios para la despedida.

El cuerpo de Valentina permaneció durante una semana en la morgue mientras los especialistas realizaban los exámenes correspondientes como parte de la investigación. Cada día parecía traer nuevas preguntas y muy pocas respuestas. Nadie lograba entender cómo una joven llena de sueños había terminado de aquella manera.

Las autoridades continuaban trabajando en el caso, pero todavía no había una persona responsable ni pistas claras sobre lo ocurrido. Incluso se había perdido el rastro del celular de Valentina, un elemento que podía resultar importante para esclarecer las circunstancias de su muerte.

La incertidumbre mantenía a todos en una espera agotadora.

Finalmente, se programó el velorio para el sábado 16 de mayo, durante la tarde.

Desde esa mañana, familiares, amigos y conocidos comenzaron a reunirse. Algunos llevaban flores; otros simplemente llegaban para acompañar a la familia. Nadie había imaginado que algún día estarían esperando a Valentina de aquella manera.

Cuando el carro fúnebre llegó hasta la funeraria, varias personas se acercaron para recibir el ataúd. Con cuidado, los encargados lo bajaron del carro y lo llevaron al interior, rodeado de los arreglos florales que familiares y amigos habían enviado como último gesto de amor.

Aylin permanecía abrazada a Ángel mientras observaba el ataúd desde la distancia.

—Por más que quiera acercarme... no puedo. Ustedes saben que ver un cuerpo así me afecta demasiado.

Ángel la abrazó un poco más fuerte, tratando de sostenerla.

—Nadie imaginó que esto terminaría así —dijo Ángel—. Es imposible entender cómo alguien como Valentina pudo desaparecer de un lugar donde todos la conocíamos.

—No sé si tenga relación con todo esto... pero hace unos días Valentina me contó que un hombre la estaba molestando por Instagram. Nunca me dijo quién era.

Daniel levantó la mirada, sorprendido.

—¿No te comentó de dónde era? ¿Cómo se llamaba?

Aylin negó lentamente con la cabeza.

—No... solamente me dijo que alguien la estaba molestando. No quiso hablar mucho del tema.

Ángel desvió la mirada por un instante, procesando aquella información.

—¿Y su celular? ¿Ya lograron encontrarlo?

—Con todo lo que ha pasado, nadie ha pensado en eso. Pero tal vez ahí haya algo que pueda ayudar a la investigación. Algún mensaje, una cuenta, cualquier cosa.

Ángel volvió la mirada hacia Aylin.

—Cuando todo esto termine, podemos hablar con las autoridades y contarles lo que sabemos. Ellos pueden encargarse de investigar. Pero tú tienes que descansar, Aylin.

Ella dio un paso hacia atrás y negó con la cabeza.

—Es mi hermana... No puedo quedarme de brazos cruzados. Alguien hizo esto y no podemos simplemente aceptar su muerte sin saber qué pasó.

Daniel se acercó a ella.

—Mírame, Aylin.

Ella levantó lentamente la mirada hacia él.

—A todos nos duele. No solo era tu amiga; también era parte de nuestras vidas. Pero Valentina siempre hacía todo por vernos sonreír. Si pudiera hablarte hoy, estoy seguro de que no querría verte destruirte intentando encontrar respuestas.

Aylin bajó la mirada sin saber que hacer.

Esa misma tarde, Aylin, Ángel y el resto de sus amigos entraron a la funeraria para despedirse de Valentina por última vez. El lugar estaba rodeado de un silencio pesado, interrumpido de vez en cuando por el llanto de algún familiar o amigo que se acercaba al ataúd.

Aylin se quedó varios minutos cerca de la entrada. Quería acercarse, pero sus piernas no parecían responderle. Ángel permaneció a su lado, sosteniéndole la mano, mientras Dayana, Daniel y los demás trataban de reunir fuerzas para dar aquel último paso.

Después de un momento, Aylin respiró profundamente y comenzó a caminar. Cuando llegó frente al ataúd, se quedó quieta, mirando a Valentina, todavía incapaz de aceptar que aquella joven que siempre llenaba los momentos de risas ahora permanecía inmóvil frente a ella.

Las lágrimas comenzaron a caer mientras recordaba las conversaciones, los abrazos, las salidas y todos aquellos momentos que alguna vez parecieron tan normales. Aylin acercó una mano al borde del ataúd y la dejó allí unos segundos, como si necesitara sentir que realmente estaba sucediendo.

Ángel se acercó y la abrazó por los hombros cuando notó que sus fuerzas comenzaban a desaparecer. Aylin cerró los ojos y dejó escapar unas últimas palabras de despedida, agradeciéndole a Valentina por haber llegado a su vida y por haber convertido su amistad en algo parecido a una familia.

Al salir de la funeraria, ninguno tenía muchas ganas de hablar. Se quedaron unos minutos en el parqueo, mirando el cielo y tratando de comprender cómo todo podía haber cambiado tan rápido. La ausencia de Valentina comenzaba a hacerse presente en cada recuerdo y en cada silencio.

Sin embargo, aquella despedida no sería el final de la historia. La investigación apenas comenzaba y lo que descubrirían durante los siguientes días volvería a poner a prueba la vida de Aylin de una manera que ninguno de ellos esperaba.

El sábado pasó entre lágrimas, abrazos y momentos en los que nadie encontraba mucho que decir. Al día siguiente, familiares, amigos y otras personas cercanas se reunieron para el entierro. La tristeza seguía presente mientras todos intentaban aceptar que una joven llena de vida ya no estaría con ellos.

Cuando terminó el entierro y cayó la noche del domingo, Aylin, Ángel y algunos de sus amigos decidieron pasar por la casa de Valentina. Al entrar, notaron de inmediato lo diferente que se sentía el lugar. Ya no estaban sus risas ni la música que acostumbraba poner mientras hacía cualquier cosa. Todo parecía haber quedado detenido.

Mientras los demás conversaban con los hermanos de Valentina en la sala, Aylin caminó lentamente hasta su habitación. La puerta estaba entreabierta y, al entrar, encontró a la madre de Valentina sentada sobre la cama, abrazando una fotografía de su hija.

A su alrededor todavía estaban algunas de las pertenencias de Valentina, colocadas en los mismos lugares donde ella las había dejado. Aquella imagen hizo que a Aylin se acercó sin decir nada y la abrazó.

Las dos comenzaron a llorar. Durante unos minutos permanecieron abrazadas, compartiendo un dolor que ninguna de las dos necesitaba explicar. La habitación, llena de recuerdos, parecía hacer todavía más difícil aceptar que Valentina ya no volvería.

—No se lo merecía... Apenas iba a cumplir dieciocho años —dijo su madre—. No entiendo cómo puede existir gente con tan poco corazón.

Aylin respiró profundamente, intentando contener sus propias lágrimas.

—Lo sé... Y sé que nada de lo que pueda decirle va a quitarle este dolor.

—Siento que me arrancaron una parte de mi vida.

Aylin tomó una de sus manos con cariño.

—Hace un tiempo yo también perdí a mi bebé... y aprendí que hay heridas que no desaparecen por completo. Con el tiempo uno aprende a vivir con ellas, pero el amor nunca se va.

—¿Cómo hiciste para seguir adelante?

—No fue de un día para otro. Lloré mucho. Me enojé con la vida y hasta con Dios. Hubo momentos en los que no entendía por qué tenía que pasarme algo así. Pero, poco a poco, comprendí que las personas que amamos nunca dejan de formar parte de nosotros. Valentina seguirá viviendo en cada recuerdo, en cada historia y en cada persona que tuvo el privilegio de conocerla.

—La extraño demasiado...

—Y siempre la va a extrañar —respondió Aylin con ternura—. Porque cuando se ama de verdad, la ausencia nunca deja de doler del todo. Pero no está sola. Hay muchas personas que la quieren y que también están sufriendo su partida. Yo también la quiero mucho. Y aunque hoy sienta que el mundo se le vino abajo, todavía hay personas que la necesitan. Permítales acompañarla mientras atraviesa este dolor.

Ambas conversaron durante unos minutos, hasta que la madre de Aylin recordó algo importante: el amigo de aylin había logrado localizar el celular de Valentina y, si conseguían recuperarlo, quizá podrían encontrar información que ayudara a esclarecer lo ocurrido.

—¿Y el celular de Valentina? —preguntó su madre.

—Todavía no sabemos dónde está exactamente —respondió Aylin—. Pero sabes qué, dile a ese muchacho que vuelva a localizarlo. Así podremos confirmar dónde se encuentra realmente.

—¿Crees que pueda haber información importante?

—Espero que sí. Más bien, lo llamaré de una vez. Si todavía podemos localizarlo, podríamos planear ir por él.

Aylin tomó su celular y salió de la habitación para hacer la llamada. El muchacho que la había ayudado era investigador judicial y trabajaba con la policía, por lo que cualquier información relacionada con la ubicación del celular podía ser de utilidad para el caso.

Aylin le explicó nuevamente la situación y le pidió que intentara localizar el celular de Valentina. Después de la llamada, regresó a la habitación y esperó junto a su madre.

Pasaron apenas unos minutos cuando su celular vibró.

Era un mensaje del investigador.

—Sigue ahí —dijo, mostrando el mensaje.

Aquello significaba que podían intentar recuperarlo al día siguiente. Si el celular realmente permanecía en ese sitio, quizá por fin tendrían acceso a una pista que pudiera llevarlas hasta la información que estaban buscando.

Al día siguiente, Aylin se fue con el chico hasta el lugar que marcaba la ubicación del celular de Valentina. Después de avanzar por un camino poco transitado, llegaron frente a una casa que se encontraba algo alejada de las demás.

El chico revisó nuevamente el celular para asegurarse de que la ubicación coincidiera con el lugar. La señal indicaba que estaban justo allí.

Aylin observó la casa desde el carro. No parecía haber nadie afuera. El lugar estaba completamente tranquilo, demasiado para lo que esperaban encontrar.

El chico se acercó a la puerta y tocó varias veces.

Nadie respondió.

Volvió a tocar, esta vez con más fuerza, pero el interior continuó en silencio. Aylin comenzó a preocuparse. Si el celular de Valentina seguía marcando aquella ubicación, existía la posibilidad de que alguien se escondiendo.

Al no recibir ninguna respuesta, el chico decidió llamar a una patrulla y explicarles la situación. Les mostró la ubicación del celular y les contó que estaban buscando a Valentina, cuyo celular aparecía exactamente en aquella casa.

Poco después, los oficiales llegaron al lugar. Intentaron llamar desde la entrada y tocaron nuevamente la puerta, pero nadie respondió.

Los oficiales decidieron ingresar por la fuerza.

Dentro de la casa, los oficiales encontraron a un señor más de 40 años que fue sacado del lugar para ser interrogado. Apenas habían ingresado, descubrieron una bolsa plástica que contenía la misma ropa que Valentina llevaba el día en que desapareció. Aquello llamó de inmediato su atención, sobre todo porque ella había sido encontrada semidesnuda y, desde entonces, una de las preguntas que más se repetían era dónde había quedado su ropa.

La escena comenzó a revelar detalles que hacían cada vez más difícil ignorar lo ocurrido. La ropa había sido encontrada cubierta de sangre y, además de su celular, sus pertenencias seguían allí: su cédula de identidad, sus tarjetas y su cartera. Los oficiales recogieron cada uno de esos objetos y realizaron el procedimiento correspondiente para preservar las evidencias.

Mientras tanto, el hombre permanecía bajo custodia. La cantidad de indicios encontrados en la casa hacía que su situación fuera cada vez más complicada. La ropa

de Valentina, las circunstancias en las que había sido encontrada y los demás elementos recopilados durante la investigación constituían pruebas que los oficiales no podían pasar por alto.

Finalmente, el hombre fue procesado por homicidio. La investigación continuaría para determinar exactamente qué había sucedido, pero, por el momento, había demasiadas evidencias que lo vinculaban con la muerte de Valentina como para dejarlo en libertad.

A medida que avanzaba la investigación, la autopsia de Valentina reveló un dato que nadie esperaba: tenía aproximadamente dos meses de embarazo. Sin embargo, la principal causa de su muerte fue un **traumatismo craneoencefálico severo**, provocado por el fuerte golpe que recibió en la cabeza.

Las autoridades también comenzaron a sospechar del hombre señalado anteriormente por Aylin, quien había advertido que él acosaba a Valentina a través de Instagram. Cuando los oficiales lo interrogaron, el hombre evitó responder y se negó a explicar qué había ocurrido. Su actitud despertó aún más sospechas, especialmente porque nunca logró aclararse cómo había podido averiguar dónde vivía Valentina.

De acuerdo con las pruebas recopiladas durante la investigación, el hombre habría amenazado a Valentina con un arma blanca y la habría obligado a acompañarlo hasta un lugar apartado. Allí la agredió sexualmente. Valentina consiguió escapar y corrió desesperadamente para alejarse de él.

Durante la huida sufrió una lesión en el tobillo que le impidió continuar caminando con normalidad. En medio de la oscuridad y sin poder desplazarse adecuadamente, terminó cayendo en un terreno baldío, donde el señor le golpeó la cabeza por detrás causándole la muerte.

Los investigadores reunieron las pruebas obtenidas durante el proceso, incluyendo los testimonios, los resultados de la autopsia y los demás elementos relacionados con el caso. Finalmente, el hombre fue declarado culpable y recibió una condena de **19 años de prisión**, entre otros cargos considerados por el juez, incluyendo la agresión sexual contra una menor de edad y los hechos que condujeron a la muerte de Valentina.

Para Aylin, conocer toda la verdad no significó encontrar tranquilidad. Saber que aquello que había advertido tiempo atrás había terminado convirtiéndose en una tragedia le dejó una sensación difícil de explicar. Valentina ya no estaba, y ninguna sentencia podía cambiar lo ocurrido.

Para Aylin, aquella pérdida fue uno de los golpes más difíciles que había tenido que enfrentar. No solo había perdido a una amiga; había perdido a alguien que muchas veces había estado a su lado cuando más necesitaba compañía, alguien que había formado parte de momentos que ahora quedarían únicamente en sus recuerdos.

Sin embargo, dentro de todo aquel dolor, también había una pequeña sensación de tranquilidad.

La verdad había salido a la luz.

La persona responsable tendría que responder por sus actos y enfrentar las consecuencias de lo ocurrido. La justicia seguiría su curso, mientras la familia de Valentina, aunque destrozada por la pérdida, ya no tendría que vivir con la incertidumbre de preguntarse qué había sucedido con ella.

Ahora solo quedaba esperar el día del juicio.

Aylin comprendió entonces que hay heridas que quizá nunca desaparecen por completo. Algunas pérdidas dejan un espacio que nadie puede ocupar, pero con el tiempo el dolor puede transformarse. Los recuerdos dejan de ser únicamente una fuente de tristeza y comienzan a convertirse también en una forma de mantener cerca a quienes alguna vez dejaron una huella en nuestra vida.

Valentina ya no estaba allí, pero su recuerdo permanecería en todos aquellos que alguna vez tuvieron la oportunidad de conocerla.

32

Mi última prueba.

"La última prueba fue descubrir que aún tenía fuerzas para seguir adelante."

Durante los días que siguieron a todo lo ocurrido con Valentina, Aylin intentó retomar poco a poco su vida. No era sencillo. Había días en los que la preocupación y la tristeza pesaban más que otros, y todavía quedaban demasiadas preguntas sin respuesta. Aun así, decidió seguir adelante. Sabía que Valentina nunca habría querido verla abandonar sus sueños ni dejarse vencer por todo aquello.

Volvió a concentrarse en el colegio y trató de mantener una rutina lo más normal posible mientras su embarazo avanzaba. Entre clases, tareas y días que parecían interminables, también había momentos que le recordaban que algo nuevo estaba creciendo dentro de ella.

Ángel permanecía a su lado. Juntos continuaban asistiendo a los controles médicos y esperando con ilusión el momento en que pudieran descubrir si el bebé que esperaban sería niño o niña.

El miedo seguía presente, especialmente después de todo lo que habían vivido. Pero, entre tanta incertidumbre, Aylin también comenzaba a permitirse pequeños momentos de alegría. Imaginaba cómo sería conocer a su bebé, tenerlo entre sus brazos y construir junto a Ángel una vida diferente.

Los días continuaron pasando y, casi sin darse cuenta, llegó una fecha que durante mucho tiempo había esperado: su cumpleaños. Aylin cumpliría dieciocho años.

Había imaginado ese día de muchas maneras. Pensó que llegaría con emoción, con planes y quizá rodeada de las personas que quería. Sin embargo, la realidad era diferente. Aún estaba intentando acostumbrarse a los cambios que habían ocurrido en su vida y a la ausencia de alguien que, hasta hacía poco, formaba parte de sus días.

Aquella mañana pidió permiso para salir del colegio. Tenía que ir a retirar su cédula de identidad, un trámite sencillo, pero que marcaba un momento importante en su vida. Finalmente, después de tanto esperar, ya tendría en sus manos el documento que confirmaba que había llegado a los dieciocho.

Cuando salió del Registro, caminó unos pasos mientras observaba la cédula que acababan de entregarle. La sostuvo entre sus dedos y la miró durante unos segundos, como si todavía estuviera asimilando lo que significaba.

Entonces levantó la mirada.

Ángel estaba esperándola afuera.

Al verla salir, sonrió. No dijo nada de inmediato; simplemente esperó a que Aylin se acercara. Cuando ella llegó a su lado, levantó la mirada y le mostró la cédula.

—Ahora sí... ya eres oficialmente adulta.

Aylin soltó una pequeña risa y volvió a mirar su cedula que tenía entre las manos.

—Sí... todavía no me lo creo. Jamás pensé que iba a llegar hasta aquí.

Ambos caminaron hasta el estacionamiento, donde Ángel había dejado el carro. Al llegar, subieron al carro y Ángel encendió el motor.

Mientras comenzaba a conducir, miró de reojo a Aylin y le dio un pequeño beso.

—Bueno, entras a las doce al colegio, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Entonces tengo una idea. Vamos a almorzar y después te llevo al colegio.

—Si quieres.

Ambos llegaron al restaurante y eligieron una mesa tranquila, alejada del resto. Se sentaron frente a frente, sin saber muy bien cómo comenzar una conversación.

El ambiente alrededor continuaba con su movimiento habitual, pero para ellos parecía haberse creado un pequeño espacio aparte.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ángel.

Aylin bajó la mirada hacia la comida antes de responder.

—No sé… siento muchas cosas, menos felicidad.

—No digas eso. Recuerda que Valentina ya no está con nosotros, pero al menos se hizo justicia. Ahora ella está en paz.

—Lo sé… —murmuró Aylin—. Pero creo que lo que más me cuesta aceptar es saber que ya no voy a recibir esos mensajes.

—Lo entiendo. Y tampoco puedo exigirte que la olvides. Nadie puede esperar que una persona desaparezca de tu vida como si nunca hubiera existido.

—Ella fue una parte muy importante de mi historia.

—Y siempre lo será —respondió Ángel—. Extrañarla no significa que sigas atrapada en el pasado. Significa que la quisiste de verdad. Y eso no tienes que negarlo para poder seguir adelante.

Aylin podía hablar de Valentina sin que el dolor fuera lo único que quedara en sus palabras. Su ausencia todavía dolía, pero junto a esa tristeza también permanecían los recuerdos, las risas y todos aquellos momentos que el tiempo jamás podría borrar.

—Más bien... cuéntame algo. Una vez tu mamá me comentó que te habían hecho unos exámenes de sangre porque estaban viendo si podías tener algún problema en los riñones. ¿Qué pasó con eso?

Aylin bajó ligeramente la mirada. Por un momento dudó si hablar del tema o cambiar de conversación. Sabía que, tarde o temprano, tendría que contárselo.

—Sí... —respondió después de unos segundos—. La verdad es que no quería contártelo.

—¿Por qué no?

Aylin respiró despacio antes de responder.

—Porque, con todo lo que ha pasado, no quería preocuparte más. Pero los resultados salieron alterados y me dijeron que tenía una infección. El doctor me explicó que, probablemente, tarde o temprano tendrían que internarme.

—¿Y qué piensas hacer?

—Hablé con el doctor y le pedí una referencia para internarme durante mis vacaciones. Tengo quince días libres y prefiero hacerlo en ese momento para no perder clases. En unos días empiezan mis exámenes y son importantes.

—¿No crees que sea un poco arriesgado esperar tanto?

—No creo que pase nada, pero tranquilo. Todo va a estar bien. Además, todavía tengo que terminar mis exámenes. —Hizo una breve pausa antes de cambiar de tema—. Más bien, cuéntame... ¿cuándo empiezas tu práctica?

—Justamente quería contarte. La próxima semana empiezo y termino en septiembre.

—Qué bien. ¿Y cómo te sientes con eso?

—Emocionado, porque voy a poder aplicar todo lo que he aprendido dentro de un hospital... pero también tengo un poco de miedo.

Aylin lo miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque me da miedo que alguien muera estando bajo mi cuidado. Sé que es algo que puede pasar. Hay pacientes que llegan en condiciones muy graves y, a veces, por más que uno quiera ayudar, ya no se puede hacer nada. Pero creo que lo más difícil sería tener que darle esa noticia a una familia. No sé si estoy preparado para enfrentar algo así.

Aylin tomó su mano con cariño.

—Tranquilo. Sé que vas a hacerlo bien. Tienes un corazón muy grande, y eso también importa mucho en una profesión como esa.

—Gracias. Necesitaba escuchar eso.

Ambos continuaron hablando durante un rato más. Compartieron sus preocupaciones, sus sueños y todo aquello que todavía querían alcanzar. Entre una conversación y otra, también encontraron momentos para reír y olvidarse por un instante de todo lo que les esperaba.

Sin darse cuenta, las horas habían pasado.

Aylin miró la hora y abrió los ojos con sorpresa.

—Creo que ya es tarde. Nos emocionamos hablando.

—Sí, creo que sí.

Antes de salir del restaurante, Ángel pareció recordar algo.

—Espera... quería preguntarte algo. ¿El domingo en la noche vamos a la playa?

Aylin lo miró con sorpresa.

—¿A la playa?

—Sí. Tu mamá me comentó que te van a hacer algo estos días y pensé que podríamos aprovechar para ir después.

Aylin sonrió levemente. La idea la tomó por sorpresa, pero no le desagradaba.

—Está bien. Me parece una buena idea.

Los días pasaron con normalidad y, poco a poco, Aylin comenzó a acostumbrarse a la idea de que ahora era mayor de edad. Cumplir dieciocho años no le parecía solamente una cifra; para ella significaba el comienzo de una etapa distinta, una en la que debía aprender a hacerse responsable de sus decisiones, asumir las consecuencias de sus actos y comenzar a construir su propio camino.

Aquel cumpleaños no esperaba recibir grandes regalos ni vivir una celebración extraordinaria. En el fondo, había algo mucho más sencillo que deseaba conservar: saber que sus padres todavía estaban a su lado y que seguía rodeada de las personas que realmente la querían. Los mensajes de felicitación comenzaron a llegar desde temprano. Algunos eran largos y llenos de cariño; otros apenas unas palabras, pero todos tenían algo en común: le recordaban que había personas que se alegraban de verla llegar hasta ese momento. Cada notificación que aparecía en su celular se convirtió, de alguna manera, en una pequeña muestra de cariño que Aylin guardó con gratitud.

Hasta que llegó un domingo especial.

Aquel día celebró sus dieciocho años rodeada de familiares, amistades y personas importantes para ella. La casa se llenó de movimiento, risas, comida y momentos sencillos que terminaron convirtiéndose en recuerdos. Para Aylin, aquella celebración tenía un significado más profundo que el de cumplir un año más. Después de todo lo que había atravesado, llegar a los dieciocho años representaba también una oportunidad para agradecerle a Dios por haberla sostenido durante cada etapa difícil y haberle permitido continuar adelante.

La celebración también coincidía con una fecha especial para alguien más. Al día siguiente era el cumpleaños de Ángel, por lo que decidieron aprovechar ambos días para celebrar la vida y compartir juntos.

La tarde transcurrió entre conversaciones, fotografías y pequeños momentos que Aylin probablemente recordaría durante mucho tiempo. Cuando todo comenzó a tranquilizarse, una idea que llevaba varios días rondando por su cabeza volvió a tomar fuerza: quería irse un par de días a la playa con Ángel.

Esta vez, la decisión no fue impulsiva. Había pensado en ello, había considerado lo que significaba y, sobre todo, sabía que ahora debía comenzar a demostrar que podía tomar decisiones con responsabilidad. Sus padres también entendían que aquella etapa estaba cambiando. Aylin había crecido y, aunque seguirían preocupándose por ella y aconsejándola, poco a poco tendrían que permitirle experimentar por sí misma lo que significaba tomar sus propios caminos.

Después de recibir su aprobación, Aylin comenzó a preparar sus cosas. No llevaba demasiado: algunas prendas, artículos personales y todo lo necesario para pasar un

par de días lejos de casa. Mientras guardaba cada cosa, una mezcla de emoción y nostalgia la acompañaba. No era la primera vez que viajaba hacia aquel lugar, pero sabía que esta vez podía ser diferente.

Cuando llegó la noche y la celebración terminó por completo, Aylin subió al carro de Ángel. El carro, que tiempo atrás había quedado averiado, finalmente estaba reparado. Volver a verlo en funcionamiento le produjo una sensación extraña, como si aquel viaje también representara el regreso a una etapa que había quedado suspendida.

El camino hacia la playa avanzó entre conversaciones, recuerdos y momentos de tranquilidad. Las luces de la carretera aparecían y desaparecían mientras el paisaje cambiaba lentamente. Aylin observaba por la ventana, dejando que el aire y la oscuridad de la noche acompañaran sus pensamientos.

Había algo diferente en ella.

Ya no era la misma muchacha que había tomado decisiones sin pensar en lo que podían provocar. Había aprendido a través de experiencias que muchas veces habían dolido más de lo que podía explicar. Había perdido, había llorado, había tenido que reconstruirse y también había aprendido a valorar cosas que antes daba por sentadas.

Ahora tenía dieciocho años y, aunque todavía tenía mucho por aprender, comenzaba a comprender que crecer no significaba tener todas las respuestas. Significaba aprender a enfrentarse a las preguntas, reconocer los errores y seguir avanzando.

A mitad de la carretera, mientras las luces del carro iluminaban brevemente el camino y el paisaje pasaba lentamente al otro lado de la ventana, el celular de Aylin vibró.

Ella bajó la mirada y tomó el celular. Era Sofía, su amiga

Por un instante pensó que sería otro mensaje de felicitación, alguna fotografía de la celebración o una notificación pendiente. Sin embargo, al observar la pantalla, su expresión cambió ligeramente.

Algo en aquel mensaje parecía estar a punto de alterar la tranquilidad de aquel viaje.

—Aylin, no quiero preocuparte, pero mi papá me dijo que Ángel va tomado.

—¿Qué...? ¿Hablas en serio?

—Sí. Por favor, dile que se detenga o haz algo. Si están manejando así, es peligroso.

Las palabras de Sofía comenzaron a darle vueltas en la cabeza mientras una sensación de preocupación crecía dentro de ella. Sin decir nada, dejó el celular a un lado y dirigió su mirada hacia Ángel, quien continuaba manejando con tranquilidad. Lo observó detenidamente, tratando de encontrar alguna señal que confirmara o negara aquello que acababa de descubrir, pero algo dentro de ella le decía que necesitaba asegurarse antes de sacar cualquier conclusión.

—¿Todo bien? —preguntó Ángel sin apartar la vista del camino.

—Detén el carro.

—¿Qué pasa?

Aylin no respondió de inmediato. Simplemente se acercó un poco y comprobó algo que no quería confirmar.

El olor a alcohol era evidente.

—Ángel... sabes que no puedes manejar así.

Aylin negó con la cabeza.

—No me mientas. Eso es lo que más me molesta. Sabes perfectamente que, si nos pasa algo, no solo están en juego nuestras vidas. También está la vida de nuestro bebé.

Aquellas palabras hicieron que Ángel bajara la mirada.

—Está bien... perdón. Voy a manejar con más cuidado.

Aylin tomó una botella de agua y se la entregó.

—Primero toma esto. Esperemos un momento hasta que estés mejor.

Durante algunos minutos permanecieron dentro del carro sin decir una sola palabra. Aylin seguía molesta por lo ocurrido, pero, por encima del enojo, predominaba el miedo.

Varias horas después, llegaron finalmente a la playa. Ángel había organizado todo con anticipación y había reservado un apartamento para que ambos pudieran descansar durante esos días.

Al bajar del carro, Aylin contempló el paisaje mientras la brisa del mar. Aquel lugar seguía transmitiéndole la misma paz de siempre, aunque ahora todo era diferente.

Ángel se acercó a ella mientras sacaba las últimas maletas del carro y sonrió al verla contemplar el mar.

—¿Cómo este lugar terminó convirtiéndose en tu favorito después de todo lo que pasó aquella vez con el mar?

Aylin dejó escapar una pequeña sonrisa sin apartar la vista del horizonte.

—No lo sé... Tal vez porque, aunque aquí viví uno de los momentos más difíciles de mi vida, también fue donde entendí que Dios todavía tenía planes para mí.

—Tranquila. Eso no volverá a pasar. Esta vez solo vinimos a descansar. Vamos, subamos al apartamento y relajémonos un poco.

—¿Relajarnos? ¿Y qué tienes pensado exactamente?

—No sé... ver una película, dormir un rato, comer algo. Lo que tú quieras.

Ay, Ángel... no pienses en eso. Ya sé que los médicos dijeron que no habría problema con tener relaciones, pero prefiero esperar un poco más.

—¡Pero si yo ni siquiera estaba hablando de eso!

—Sí, claro... —respondió ella, mirándolo con una sonrisa—. Te conozco demasiado.

Ángel terminó riéndose junto a ella mientras ambos entraban al apartamento. Después de acomodar las maletas, cenaron algo sencillo y pasaron el resto de la noche viendo una película hasta que el cansancio terminó venciendo a los dos.

Sin embargo, Aylin despertó mucho antes del amanecer. Aprovechó el silencio para adelantar algunos trabajos del colegio y responder varios correos que tenía pendientes. Cuando terminó, tomó una manta y salió al balcón.

El mar seguía allí, inmenso y tranquilo. Caminó lentamente hasta la orilla y se sentó sobre la arena. Por un momento dejó que el sonido de las olas hablara por ella.

Pensó en todo lo que había ocurrido durante aquellos meses: la pérdida de personas importantes, el embarazo inesperado, las responsabilidades que ahora cargaba y los sueños que todavía quería cumplir. No porque estuviera arrepentida, simplemente estaba aprendiendo a aceptar que su vida había cambiado para siempre y que ya no podía regresar al pasado para hacer las cosas de otra manera.

Respiró profundamente, secó sus lágrimas y, cuando el sol comenzó a salir, regresó al apartamento. Ángel seguía profundamente dormido. Sonrió al verlo descansar con tanta tranquilidad y, sin hacer ruido, volvió a acostarse a su lado.

Los siguientes dos días transcurrieron con calma. Caminaron por la playa, probaron comida típica, tomaron fotografías y vieron los atardeceres juntos.

Después de regresar a casa, ambos retomaron poco a poco su rutina mientras esperaban con ilusión la siguiente cita médica. Aquella sería la cita en la que, si todo salía bien, por fin conocerían el sexo de su bebé.

La noticia también emocionó a la pastora, quien insistió en acompañarlos al hospital. Su idea era sencilla: ella sería la única en conocer el resultado para organizar una revelación de género junto a las personas más cercanas a ellos.

Cuando llegó el día, los tres salieron temprano rumbo al hospital.

Al entrar al consultorio, la doctora los recibió con una sonrisa al notar la emoción reflejada en sus rostros.

—Bueno, hoy veremos si este bebé decide ayudarnos un poquito —comentó entre risas mientras preparaba el equipo para realizar el ultrasonido—. Por lo que me contaron, quieren hacer una revelación de género, así que, cuando logre verlo bien, los papás tendrán que darse la vuelta. A veces es bastante evidente y no quiero arruinarles la sorpresa.

Aylin y Ángel sonrieron al mismo tiempo.

—Está bien.

La doctora comenzó a revisarla con mucho cuidado. Movía lentamente el transductor mientras observaba la pantalla, escuchaba los latidos del corazón y comprobaba que todo marchara como debía.

Después de varios minutos, volvió a sonreír.

—Lo más importante es que el bebé está completamente sano. Ya tienes cuatro meses y tres semanas, así que, en teoría, a estas alturas ya deberíamos poder saber si es niño o niña.

La pastora observaba la pantalla con la misma emoción que los futuros padres.

Sin embargo, el bebé parecía tener otros planes. No dejaba de moverse y mantenía las piernas cruzadas, dificultando que pudiera verse con claridad.

La doctora intentó varias posiciones y, al ver que el pequeño no cooperaba, le pidió a Aylin que caminara unos minutos por el pasillo. Después, le sugirió que comiera un dulce y hasta animó a Ángel a hablarle al bebé para intentar que reaccionara.

Pasaron los minutos entre intentos, conversaciones y miradas expectantes hacia la pantalla. Después de casi dos horas, cuando parecía que tendrían que conformarse con lo que habían logrado ver, el pequeño finalmente cambió de posición.

La doctora sonrió de inmediato.

—Ahora sí —dijo—. Parece que por fin decidió colaborar.

Aylin y Ángel obedecieron rápidamente y se dieron la vuelta para no mirar la pantalla.

La pastora, en cambio, permaneció inmóvil, llevándose una mano a la boca mientras intentaba contener la emoción.

—Señora, ya pude verlo —dijo la doctora mientras tomaba una hoja de papel—. Voy a escribir el sexo del bebé, lo colocaré dentro de un sobre y se lo entregaré únicamente a usted.

La pastora recibió el sobre con ambas manos, como si acabara de recibir uno de los mayores tesoros de su vida.

—Muchísimas gracias, doctora —respondió con una sonrisa emocionada.

Guardó cuidadosamente el sobre entre sus manos, procurando que Aylin y Ángel no pudieran descubrir nada antes de tiempo.

—Con mucho gusto. Los felicito a los dos. Su bebé está creciendo muy bien y todo marcha perfectamente.

Al salir del consultorio, Aylin y Ángel caminaron tomados de la mano, todavía nerviosos y emocionados.

La curiosidad por conocer la sorpresa era enorme, pero ninguno quiso arruinar el momento preguntando demasiado.

La pastora levantó el sobre con una sonrisa.

—Bueno, aquí está el secreto. Y ya tengo todo organizado.

Ambos la miraron sorprendidos.

—¿En serio?

—Sí. El domingo por la tarde haremos la revelación en una finca. Ya está todo listo. Ustedes solo preocúpense por llegar y disfrutar el momento. Más tarde les enviaré la ubicación, la hora y toda la información.

Dentro de aquel pequeño papel estaba escrita una de las respuestas que más habían esperado desde que comenzó aquella nueva etapa de sus vidas.

Y así fue.

Dos días después, como cada domingo, Aylin y Ángel llegaron temprano a la iglesia. Participaron en el culto con la misma alegría de siempre, procurando vivir aquel momento con normalidad, aunque ambos guardaban dentro de sí una emoción que todavía les costaba asimilar.

Al terminar el culto, compartieron un rato con los demás jóvenes. Poco a poco, todos comenzaron a despedirse para regresar a sus casas y prepararse para la invitación que tenían más tarde.

Los padres de Aylin se marcharon primero hacia su casa, mientras que ella y Ángel se dirigieron a la casa de él.

Durante el camino, Ángel manejaba con tranquilidad. Después de unos minutos, decidió hablar un poco..

—¿Cómo te sientes?

Aylin miró por la ventana antes de responder.

—Jamás pensé que llegaría hasta este punto de mi vida... volver a quedar embarazada.

—Lo sé. Pero tranquila, todo va a salir bien. Hemos pasado por muchas cosas y, a pesar de todo, todavía seguimos aquí.

—Si tú dices... pero te advierto algo: este será mi primer y último bebé. De eso sí estoy segura.

Ángel soltó una pequeña risa.

—¿Por qué? ¿Por qué eres tan injusta?

—No es ser injusta. Soy yo la que va a sufrir los dolores del parto, y sé perfectamente lo que duele eso.

—Está bien, está bien. No voy a discutir contigo.

—Más te vale —respondió ella, tratando de contener la risa.

Los dos terminaron riendo mientras continuaban el camino.

Al llegar finalmente a la casa, ambos entraron y encontraron a Elena, la madre de Ángel, terminando de arreglarse para la tarde. Llevaba un vestido rosa sumamente elegante y, apenas vio a Aylin, se acercó para abrazarla con cariño.

—¿Estás lista, mi niña? —preguntó Elena.

—Un poco nerviosa —admitió Aylin con una pequeña sonrisa—. Pero ¿sabe algo? Venga lo que venga, igual voy a querer a este bebé.

—Así es. Yo también —respondió Elena—. Aunque mi intuición me dice que será una niña. Además, la forma de tu pancita dice mucho.

Aylin soltó una pequeña risa.

—Bueno, yo nunca me fijo en esas cosas, pero ya veremos.

Miró a Ángel y luego volvió la vista hacia Elena.

—Me iré a arreglar junto a Ángel. Ya bajamos.

—Está bien. Yo voy a comprar algunas cosas y luego regreso para que podamos irnos juntos.

—Perfecto —respondió Ángel.

Elena tomó sus cosas y salió de la casa, mientras Aylin y Ángel subían a la habitación.

Una vez allí, cerraron la puerta y comenzaron a prepararse. Aylin eligió con cuidado qué ponerse, mientras Ángel terminaba de arreglarse frente al espejo. Entre pequeños comentarios y alguna que otra sonrisa, fueron dejando atrás los nervios de la mañana.

Sin embargo, ambos sabían que, al bajar de aquella habitación, comenzaría un momento que recordarían durante mucho tiempo.

Aylin y Ángel se colocaron algo blanco. Ambos sabían que, si coincidían en el color, era porque sus corazones seguían latiendo al mismo ritmo.

Cuando terminaron de arreglarse, escucharon la voz de Elena desde la planta baja.

—¡Chicos! ¿Ya están listos? La pastora me envió un mensaje y ustedes tienen que estar allá antes de que lleguen los demás.

—¡Ya bajamos! —respondió Aylin.

Ángel la miró y soltó una pequeña risa.

—Mejor bajemos, si no, mi mamá va a pensar que estamos haciendo algo.

—Ay, Ángel. Ella ya sabe. ¿O acaso este bebé se hizo por el Espíritu Santo?

—No, pero es para que no piense que somos muy adictos al sexo.

—¡Ay, Ángel! No lo digas así. Sabes que las cosas no son así.

—Bueno, solo lo digo.

—Ya, vamos. No voy a discutir por eso.

Ángel se acercó a ella, tomó su mano y ambos salieron de la habitación. Bajaron las escaleras juntos, intentando aparentar normalidad, aunque las sonrisas que compartían los delataban.

—¡Por fin! Ya pensé que tendría que subir por ustedes.

—Perdón —dijo Aylin, tratando de no reírse—. Ya estamos listos.

—Entonces vámonos, porque la pastora dijo que quería que llegáramos antes que los demás.

Después de varias horas de actividades, uno de los líderes tomó el micrófono.

—Bueno, creo que llegó el momento que todos estaban esperando.

Las conversaciones fueron disminuyendo poco a poco mientras los familiares, jóvenes de la iglesia, amigos y conocidos se acercaban al patio principal.

En el centro habían preparado un espacio especial para la revelación. Estaba decorado con flores, peluches y detalles en tonos blancos y dorados. Al fondo había un gran panel cubierto, sobre el cual se podía leer una palabra que despertaba todavía más la curiosidad de todos.

Frente a la decoración había un mecanismo preparado para que, al momento indicado, el panel pudiera elevarse y dejar al descubierto lo que se encontraba detrás.

El líder hizo una seña.

—Aylin y Ángel, pasen al frente.

Ambos caminaron lentamente hasta colocarse frente a todos. Ángel tomó la mano de Aylin y ella entrelazó sus dedos con los de él.

—¿Estás lista? —preguntó Ángel en voz baja.

Aylin dejó escapar una pequeña risa y negó suavemente con la cabeza.

—No lo sé… —respondió, mirando el enorme globo frente a ellos—. Pero, sea lo que sea, sé que lo vamos a amar con todo el corazón.

—Eso nunca va a cambiar.

Aylin y Ángel se colocaron frente a la decoración, mientras todos los presentes dirigían sus miradas hacia ellos. Decenas de celulares se levantaron para capturar el momento. Los familiares, amigos y jóvenes de la iglesia esperaban con emoción, sin querer perderse ningún detalle.

La líder comenzó la cuenta regresiva. Aylin tomó la mano de Ángel y ambos se miraron durante unos segundos. Los nervios eran evidentes, pero también la ilusión por descubrir finalmente aquello que habían estado esperando.

Cuando llegó el momento, el mecanismo se activó lentamente. El panel comenzó a elevarse y, poco a poco, dejó al descubierto la decoración que se encontraba detrás.

Por unos segundos, nadie reaccionó. Todos necesitaban un instante para comprender lo que estaban viendo. Entonces, el color rosa apareció completamente ante sus ojos y la emoción se apoderó del lugar.

Los gritos de alegría, los aplausos y las risas llenaron toda la finca. La noticia estaba confirmada: Aylin y Ángel esperaban una niña.

Aylin se llevó ambas manos al rostro mientras las lágrimas comenzaban a recorrer sus mejillas. Sonreía sin poder contener la emoción. Ángel la abrazó con fuerza y cerró los ojos durante unos segundos, intentando guardar aquel momento para siempre.

Al verlos abrazados, todos respetaron aquel instante. Durante unos segundos nadie se acercó; simplemente los acompañaron con aplausos y sonrisas. Después, comenzaron a rodearlos entre abrazos, felicitaciones y lágrimas de felicidad.

Aquella revelación no solo había anunciado que tendrían una niña. También había llenado de esperanza una etapa que ambos recordarían para siempre. Desde ese momento, aquella pequeña comenzó a convertirse en el centro de sus conversaciones y de sus ilusiones.

Los días siguientes estuvieron llenos de planes y sueños. Surgían ideas para escoger su nombre, preparar su habitación y pensar en cada detalle de su llegada. Ángel aprovechaba cualquier oportunidad para acariciar el vientre de Aylin, mientras ella sonreía al imaginar cómo sería conocer por fin a su pequeña.

Poco a poco, aquella niña que todavía no conocían comenzó a ocupar un lugar enorme en sus vidas. El futuro que antes imaginaban para dos ahora tenía un nuevo rostro, una nueva esperanza y una razón más para seguir construyendo juntos.

Todo parecía marchar de la mejor manera.

Sin embargo, el tiempo no se detenía. Con la llegada de las últimas semanas del primer periodo lectivo, Aylin tuvo que concentrarse por completo en los exámenes

finales. Las tareas, los proyectos y las pruebas comenzaron a acumularse, haciendo que los días fueran cada vez más pesados.

Aun así, nunca estuvo sola.

Cada madrugada, mientras repasaba sus apuntes desde el escritorio, Ángel le hacía una videollamada. Aunque al día siguiente debía levantarse temprano para ir a la universidad o trabajar en el restaurante, permanecía durante horas conectado con ella. Algunas noches estudiaban juntos; otras, simplemente la acompañaba mientras resolvía ejercicios o terminaba algún trabajo.

Cuando Aylin comenzaba a sentirse agotada, bastaba con levantar la mirada hacia la pantalla para encontrar a Ángel sonriéndole. Aquellas noches, aunque sencillas, hicieron que su relación se fortaleciera todavía más.

Mientras Aylin enfrentaba las últimas semanas de clases, un correo llegó para cambiar por completo el rumbo de aquellos días. Según la programación médica, debía presentarse el sábado 4 de julio a las cuatro de la mañana para ser internada y comenzar el tratamiento contra la infección que afectaba sus riñones.

El viernes por la tarde tendría que regresar al hospital para realizarse varios análisis de sangre y dejar todo preparado para su ingreso del día siguiente.

Después de terminar su último examen, Aylin salió del colegio con el uniforme todavía puesto. Desde temprano permanecía en ayunas, ya que necesitaba cumplir con las indicaciones para los estudios médicos.

Ángel se encontraba trabajando en el restaurante y no podía acompañarla, así que la madre de Valentina se ofreció a llevarla. Al llegar al hospital, una enfermera la recibió y comenzó a realizarle los análisis.

Fueron seis tubos de sangre para los diferentes estudios.

Una vez terminado el procedimiento, no quedaba más que esperar.

Aylin se acomodó en una de las sillas de la sala mientras observaba el movimiento del hospital a su alrededor. Los minutos avanzaban lentamente. Después de tantas horas sin comer y con el cansancio acumulado de las últimas semanas, su cuerpo ya no aguataba más

Casi una hora después, una voz interrumpió el silencio de la sala de espera.

Una enfermera se acercaba con los resultados en la mano.

—Aylin... puede pasar al consultorio número dos.

Al entrar, Aylin tomó asiento frente a la doctora, quien revisaba detenidamente su expediente. La especialista levantó la mirada con una expresión seria.

—Voy a ser muy sincera contigo. Según tu expediente, mañana ibas a ingresar para iniciar el tratamiento, ¿cierto?

—Sí.

—Los planes cambiaron.

—¿Qué pasó?

—Vamos a trasladarte hoy mismo al hospital. Los exámenes muestran que presentas una infección grave en los riñones llamada urosepsis, también conocida como sepsis urinaria.

—¿Es... grave?

—Sí. Esta condición ocurre cuando las bacterias que causan la infección renal pasan al torrente sanguíneo. Cuando eso sucede, el cuerpo genera una respuesta inflamatoria que puede comprometer varios órganos y poner en riesgo la vida si no se trata de inmediato.

—¿Tiene tratamiento?

—Sí, pero debemos escoger cuidadosamente los medicamentos debido a tu embarazo. Necesitamos utilizar antibióticos que no representen un riesgo para la bebé.

La doctora hizo una pequeña pausa antes de continuar.

—Además, desde este momento permanecerás únicamente con sueros intravenosos. No podrás ingerir alimentos hasta que logremos controlar la infección.

—Pero... llevo desde la mañana sin comer. Yo no puedo dejar de comer...

—Lo sé —respondió la doctora con empatía—. Pero en este momento controlar la infección es la prioridad para protegerlas a las dos.

La doctora tomó nuevamente el expediente.

—Ya solicitamos una ambulancia. Te trasladaremos cuanto antes al hospital para que puedan comenzar el tratamiento y mantenerte bajo vigilancia médica.

Aylin salió del consultorio sin decir una palabra.

Se sentó nuevamente en la sala de espera, intentando asimilar todo lo que acababa de escuchar. Tenía miedo. Un miedo que la desbordó hasta hacerla llorar, algo que no había hecho en mucho tiempo.

Con las manos temblorosas, tomó su celular y le escribió a Ángel para contarle lo que estaba ocurriendo.

—Hola, amor —dijo Ángel al contestar—. ¿Cómo estás?

—Ángel...

—¿Qué pasó? ¿Por qué te escucho llorando?

—Es que voy para el hospital de urgencias. En unos minutos una ambulancia me va a trasladar. Ya están por venir por mí.

—¿Qué pasó? —preguntó Ángel, alterado y cada vez más preocupado.

—Son los riñones. Se complicaron las cosas y solo me dijeron que necesito un tratamiento urgente. Pero, como estoy embarazada, necesitan hacerme varios análisis y revisar todo con mucho cuidado para asegurarse de que el tratamiento no le haga daño a la niña.

—Mira, avísame apenas sepas a qué hospital te van a trasladar. Recuerda que yo estoy haciendo mi práctica en un hospital. Así puedo intentar ayudarte para que te ingresen y, si es posible, estar pendiente de ti.

—Gracias, de verdad. Solo necesito que le digas a mi mamá que me aliste mis cosas. Todo pasó tan rápido que no quiero preocuparla todavía. Más tarde, cuando pueda, que me las lleve, por favor.

—Tranquila. Yo hablaré con ella. Tú avísame cualquier cosa, ¿sí? No estás sola en esto.

—Está bien...

—Y, por favor, trata de estar tranquila. Todo va a salir bien. Yo voy a estar pendiente de ti.

Aylin respiró profundamente, intentando controlar el llanto mientras escuchaba la voz de Ángel al otro lado de la llamada. En medio de aquella incertidumbre, saber que él estaba dispuesto a acompañarla hizo que el miedo pesara un poco menos.

—Tranquila, mi niña —dijo la madre de Valentina, intentando mantener la calma—. Todo va a estar bien. No es la primera ni la última batalla de la que has salido.

—Lo sé… —respondió Aylin con la voz quebrada—, pero cuando no estaba embarazada solo tenía que pensar en mí. Ahora también estoy pensando en mi bebé.

La madre de Valentina no supo qué decir. Al verla así, lo único que pudo hacer fue acercarse y abrazarla. Le acarició suavemente el cabello, tratando de transmitirle una tranquilidad que ella misma apenas podía sostener.

Afuera, el sonido de la ambulancia comenzó a acercarse. Las luces rojas y azules se reflejaron por la ventana mientras los paramédicos se preparaban para entrar por ella.

Aylin salió del hospital acompañada por los paramédicos. Apenas levantó la mirada y vio a uno de ellos, lo reconoció de inmediato. Era el mismo chico que había estado presente en varios de sus traslados anteriores. Al verla, él también la reconoció y sonrió, sorprendido de encontrarse otra vez con la misma joven, regresando a la misma ambulancia.

—¿Otra vez tú? —dijo el chico, sin poder ocultar la sorpresa—. ¿Ahora qué te pasó?

—Hola… Nada. Solo que a veces hay cosas que uno no puede controlar y, pues, hoy estoy en una de ellas.

El paramédico tomó las hojas que le habían entregado en el hospital y comenzó a revisarlas con atención.

—A ver, déjame mirar esto y ver qué te pasa.

—Básicamente, son los riñones.

—Ah, sí. Eso es lo que estaba viendo —respondió el chico —pero tranquila, todo va a estar bien. Creo que ya está todo listo. Solo acomódate bien en la camilla.

Aylin obedeció y se acomodó mientras él terminaba de preparar todo para el traslado. Una vez más, las puertas de la ambulancia se cerraron detrás de ella.

Al llegar al hospital, el personal médico comenzó a atenderla de inmediato. Le colocaron un catéter y una vía intravenosa, mientras tomaban nuevas muestras de sangre y de orina para identificar con precisión la bacteria responsable de la infección y determinar el tratamiento más adecuado.

Mientras los médicos realizaban los procedimientos, Aylin permanecía acostada en la habitación, con la mirada fija en el techo. Las horas fueron pasando lentamente hasta que, finalmente, sus padres llegaron al hospital. Se quedaron a su lado durante toda la noche, acompañándola y pendientes de ella hasta que, agotada, logró quedarse dormida.

A los dos días, el tratamiento todavía no podía iniciarse de inmediato. Los médicos esperaban los resultados definitivos para poder determinar cuál era el antibiótico adecuado y comenzar el tratamiento correcto.

Por otro lado, Aylin ya se sentía extremadamente débil. Desde el viernes no había probado bocado y ya era domingo. El hambre, el cansancio y el malestar comenzaban a le estaba haciendo efcto. Aquello empezó a preocuparla cada vez más, así que le pidió a una de las enfermeras que la pesara.

Cuando conoció el resultado, se quedó impactada: había perdido diez kilos en tan solo unos días. No quería ni imaginar cómo se sentiría si pasaban más días en esas condiciones.

Pero había algo que le preocupaba todavía más. Aylin tenía miedo de que los médicos estuvieran concentrando toda su atención en ella y olvidaran que también estaba embarazada. Sabía que no podía permanecer tantos días sin alimentarse, especialmente durante el embarazo, y la preocupación por su bebé comenzó a crecer dentro de ella.

Aunque intentaba mantenerse fuerte, cada hora que pasaba sin comer hacía que su cuerpo se sintiera más agotado. Y mientras los médicos esperaban los resultados para decidir cómo continuar, Aylin solo podía preguntarse cuánto tiempo más tendría que soportar aquello y si su bebé estaría bien.

Fue hasta la tarde del lunes cuando finalmente comenzaron el tratamiento adecuado.

Durante una de las tantas visitas de esos días, Ángel llegó a la habitación. Al verlo entrar, Aylin sintió que ya no aguantaba más por lo que empezo a llorar.

—Tengo miedo, Ángel...

Él se acercó de inmediato. Tomó su mano con delicadeza y depositó un beso sobre ella.

—Tranquila, amor. Vas a salir de esta. Hazlo por ti... y por nuestra bebé. Yo sé lo fuerte que eres.

—Siento que ya no me quedan fuerzas. Llevo días sin comer... Solo me mantienen con sueros y cada vez me siento más débil.

—¿Quieres que hable con los doctores?

—Ya hablé con la doctora que me hizo los análisis. Me explicó que, si no seguía el tratamiento exactamente como me indicaron, mi vida podía estar en peligro.

—Está bien... Déjame hablar con ellos también. Quiero entender bien lo que está pasando y asegurarme de que no falte nada.

Aylin observaba cómo él salía de la habitación, aferrándose a la esperanza de que encontrara alguna respuesta que pudiera devolverles un poco de tranquilidad.

Mientras Ángel hablaba con los doctores en el pasillo, la puerta de la habitación volvió a abrirse.

Aylin levantó la mirada con curiosidad y, para su sorpresa, vio entrar a varias personas que jamás imaginó encontrar allí. Eran sus amistades más cercanas, acompañadas por los pastores de jóvenes, quienes desde el primer día de su enfermedad no habían dejado de orar por ella.

—Hola, Aylin... —saludó Sofía mientras se acercaba con cuidado a la cama.

—Hola... ¿qué hacen aquí? —preguntó Aylin, todavía sorprendida por la visita.

La pastora sonrió con ternura.

—Vinimos a verte, a saber cómo estás y, sobre todo, a recordarte que no estás sola.

—Muchas gracias... de verdad —respondió Aylin en voz baja.

Sofía al verla tan pálida y con aquel aspecto de cansancio, su expresión cambió.

—Oye... ¿por qué te veo tan pálida? —preguntó con preocupación.

—No te preocupes... estoy bien. Solo estoy un poco cansada.

Sofía no pareció quedar del todo convencida, pero decidió no insistir. Se acercó un poco más y tomó su mano con cariño.

—Bueno... pero tienes que cuidarte, ¿sí?

—Sí... lo prometo.

Pero sus ojos estuvieron a punto de llenarse de lágrimas.

No quería que nadie supiera que llevaba varios días alimentándose únicamente del suero que corría por su vena. Tampoco quería que vieran el hambre, el cansancio y el desgaste que intentaba ocultar detrás de aquella sonrisa.

Sentía que ya hacían demasiado por ella con sus visitas, sus mensajes y, sobre todo, con las oraciones que elevaban cada día. No quería convertirse en una preocupación aún mayor para las personas que tanto amaba.

Cuando la visita terminó, la habitación volvió a quedar en silencio. Aylin tomó su celular y comenzó a responder algunos mensajes mientras veía los videos que le habían enviado, intentando distraerse por un momento de todo lo que estaba viviendo.

Entonces, la puerta se abrió lentamente.

Aylin levantó la mirada y vio a la doctora entrar. Caminó hasta la cama y tomó asiento frente a ella.

—Aylin, ya hablé con Ángel sobre tu situación y entiendo perfectamente cómo te has sentido durante estos últimos días.

Ella levantó la mirada, pero no respondió.

—Quiero explicarte las opciones que tenemos a partir de este momento. La primera es continuar como hasta ahora y esperar a que el tratamiento haga efecto. Médicamente, es la opción más segura, pero también significa que tendrás que soportar este dolor durante algunos días más.

—¿Y la segunda?

—La otra opción es sedarte e intubarte. Mientras estés bajo sedación, no sentirás el dolor que estás experimentando ahora y podremos continuar con el tratamiento de esa manera. Sin embargo, es un procedimiento más delicado y, por esa razón, tendríamos que trasladarte a la Unidad de Cuidados Intensivos para mantenerte bajo vigilancia permanente.

—Sinceramente, ya no tengo fuerzas. Siento que mi cuerpo no puede seguir soportando esto. Si soy honesta... prefiero que me intuben.

La doctora la observó con comprensión.

—Lo entiendo. Aun así, quiero pedirte que hagamos un último esfuerzo. Esperemos el resto de hoy y todo el día de mañana. Si para mañana por la noche el dolor continúa igual o empeora, procederemos con la intubación y te trasladaremos a Cuidados Intensivos.

—Está bien... Gracias.

Cuando la doctora salió de la habitación, Aylin ya no pudo contener lo que llevaba dentro.

Las lágrimas comenzaron a caer una tras otra mientras una profunda frustración se apoderaba de ella. Tenía la sensación de que, hiciera lo que hiciera, nada podía cambiar lo que estaba ocurriendo.

Y lo peor era saber que, en ese momento, no estaba en sus manos decidir el resultado.

El llanto se volvió cada vez más intenso. Aylin intentó mantenerse en la cama, pero sus fuerzas terminaron por abandonarla. Se deslizó lentamente hasta el piso y quedó sentada contra el costado de la cama, abrazándose las piernas mientras buscaba recuperar el aire entre cada sollozo.

Pasaron varios minutos.

El agotamiento terminó venciendo al dolor y, sin darse cuenta, Aylin cerró los ojos. Se quedó dormida sobre el frío suelo de la habitación, todavía abrazada a sus piernas.

A la mañana siguiente, cuando las enfermeras entraron para realizar el cambio de turno, se encontraron con una escena que no esperaban.

Aylin seguía allí, dormida en el piso.

Una de las enfermeras pidió ayuda al verla en aquel estado. Entre varias lograron incorporarla con cuidado y volver a acostarla sobre la cama. Aylin apenas consiguió abrir los ojos. El agotamiento era evidente y las lágrimas continuaban recorriendo su rostro.

Con un leve movimiento de cabeza dejó claro que no se encontraba bien. Poco después volvió a romper en llanto. Una de las enfermeras permaneció a su lado, acariciándole el hombro con delicadeza mientras intentaba tranquilizarla y hacerle sentir un poco de calma en medio de aquella angustia.

Al ver que el dolor y el agotamiento habían llegado a un punto difícil de controlar, decidieron administrarle un sedante. Faltaban pocas horas para determinar si sería necesario trasladarla a Cuidados Intensivos.

Minutos después, el medicamento comenzó a hacer efecto. La enfermera acomodó cuidadosamente a Aylin sobre la camilla y se aseguró de que estuviera lo más cómoda posible. Poco a poco, sus ojos se cerraron y permaneció profundamente dormida durante varias horas.

Cuando despertó, ya era entrada la tarde. A pesar del medicamento, el dolor continuaba siendo intenso. Su cuerpo estaba cada vez más débil y la idea de seguir soportando aquella situación se hacía más difícil.

Después de pensarlo durante varios minutos, tomó una decisión definitiva. Quería ser intubada.

Los médicos respetaron su decisión y, tras revisar nuevamente su estado, determinaron que el procedimiento se realizaría después de las seis de la tarde. Antes

de eso, Aylin tendría una última hora de visita para despedirse de su familia y de las personas que habían permanecido a su lado durante todo aquel proceso.

A las cuatro de la tarde comenzaron a llegar uno por uno. Sus padres, Ángel, los pastores de jóvenes y varios de sus amigos más cercanos fueron entrando a la habitación.

Al verlos reunidos, Aylin intentó sonreír. Aunque apenas tenía fuerzas, la presencia de cada uno significaba mucho para ella. Los observó durante unos segundos, como si quisiera guardar en su memoria aquel momento y cada uno de los rostros que habían decidido acompañarla.

Con dificultad, les hizo saber que había tomado la decisión de ser intubada. No había sido una elección sencilla. Había luchado durante días contra el dolor y el agotamiento, intentando resistir todo lo que su cuerpo podía soportar.

Sin embargo, había llegado a un punto en el que necesitaba descansar. Sabía que la intubación era un procedimiento delicado, pero también confiaba en que sería una oportunidad para recuperar fuerzas y permitir que su cuerpo recibiera el tratamiento que necesitaba.

Aylin también dejó claro que tenía fe en Dios y que confiaba en salir adelante. No estaba renunciando a luchar; simplemente había comprendido que necesitaba ayuda para continuar.

Todos permanecieron cerca de ella, comprendiendo el enorme esfuerzo que había significado llegar hasta aquella decisión. Nadie necesitó decir demasiado. Sus miradas, sus gestos y la manera en que se acercaban a su cama eran suficientes para hacerle saber que no estaba sola.

Uno a uno comenzaron a acompañarla más de cerca. Algunos le tomaron la mano, otros acariciaron su cabello y varios se acercaron para darle un último abrazo antes del procedimiento.

Finalmente, todos terminaron rodeándola al mismo tiempo.

Aylin cerró los ojos y se dejó envolver por aquel abrazo. Por unos instantes, el miedo, el dolor y el cansancio quedaron en segundo plano. Solo existía el cariño de las personas que habían decidido permanecer a su lado en uno de los momentos más difíciles de su vida.

Al separarse, volvió a mirar a cada uno de ellos. Sabía que pronto tendría que entrar a Cuidados Intensivos y que, después de aquella tarde, nada volvería a sentirse igual.

Aun así, dentro de ella permanecía una certeza: quería despertar y volver a encontrarlos.

—Ahora... si me permiten, quisiera quedarme unos minutos a solas con Ángel. Dentro de poco vendrán a prepararme y me gustaría hablar con él antes de que todo empiece.

Poco a poco, todos fueron despidiéndose y salieron de la habitación, dejándolos solos. Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a llenar el lugar. Aylin y Ángel se quedaron mirándose durante unos segundos, conscientes de que aquella conversación sería la última antes de enfrentarse a uno de los momentos más difíciles que les había tocado vivir.

Ángel bajó la mirada por un instante. Sus manos permanecieron juntas, inquietas, hasta que finalmente reunió el valor para hablar.

—Perdón... —susurró, volviendo a mirarla.

—¿Perdón por qué?

Ángel respiró hondo. Había tantas cosas que quería decirle que, por un momento, no encontró por dónde empezar.

—Por todo, Aylin... por las veces que te hice llorar, por no haber estado cuando más me necesitabas y por todas las cosas que hice mal.

—No digas eso. Si hay alguien que ha estado conmigo en todo momento, has sido tú.

—Siento que fallé —confesó Ángel—. Quería protegerte de todo y, al final, terminaste aquí.

—Ángel... —respondió ella con una sonrisa cansada—. Hay cosas que simplemente no podemos controlar.

Ángel tomó su mano con cuidado y entrelazó sus dedos con los de ella. Intentaba mantenerse firme, pero el miedo se reflejaba en sus ojos. Por más que quisiera mostrarse fuerte para Aylin, aquella situación también lo estaba afectando por dentro.

—Tengo miedo de que algo salga mal... —admitió en voz baja—. Sabes que tú eres la única mujer que logró cambiar mi vida de verdad.

—Tranquilo... no va a pasar nada. Esta no es ni la primera ni la última batalla que me toca enfrentar. Vas a ver que, después de despertar, vas a estar ahí ayudándome con mi recuperación.

—Eso espero... porque todavía me quedan muchas cosas por vivir contigo.

—Y nos quedan muchas —respondió Aylin con seguridad—. Todavía tienes que verme cumplir muchos de mis sueños, ver crecer a nuestra hija y seguir molestándome como siempre.

—No sabes cuánto deseo que llegue ese momento.

—Va a llegar. Solo tienes que confiar.

—Cuídate mucho, ¿sí? Recuerda que, aunque estés sedada, yo voy a estar a tu lado. No me voy a ir. Voy a quedarme aquí las veinticuatro horas, todos los días que haga falta.

—Lo sé.

No hacía falta. Se quedaron abrazados, aferrándose a aquel instante como si pudieran detener el tiempo y retrasar lo que estaba a punto de suceder.

—Prométeme algo —dijo Aylin al fin, levantando la mirada.

—Lo que sea.

—Que no importa cuánto tarde en despertar… no vas a perder la esperanza.

—Te lo prometo.

Aylin cerró los ojos por un instante. Quería guardar aquel momento para cuando despertara, para recordar que, antes de entrar al quirófano, no estuvo sola.

Se abrazaron una última vez. Después, se separaron apenas lo suficiente para mirarse a los ojos y se dieron un último beso, cargado de cariño, miedo y una esperanza que ninguno de los dos se atrevía a soltar.

No querían separarse.

Pero, de pronto, la puerta se abrió.

La doctora entró acompañada de varias enfermeras, indicando que había llegado el momento de comenzar el procedimiento. Ángel comprendió de inmediato que debía salir de la habitación.

Antes de irse, se despidió de Aylin con una mirada llena de amor. Intentó contener las lágrimas mientras caminaba hacia la puerta, pero el miedo podía verse en sus ojos.

Aunque él no se dio cuenta, Aylin alcanzó a verlo antes de que saliera. En aquel instante comprendió que no era la única que tenía miedo. Ángel también estaba asustado por lo que estaba a punto de suceder.

La doctora comenzó a explicarle nuevamente cada paso del procedimiento mientras las enfermeras preparaban la camilla. Primero la trasladarían al pasillo, donde le administrarían el sedante. Esperarían hasta que hiciera efecto por completo y, una vez dormida, la llevarían a Cuidados Intensivos para comenzar con la intubación.

Aylin escuchó atentamente cada indicación.

Le explicaron que allí colocarían el tubo por su garganta y comenzarían con el monitoreo necesario. Durante todo el proceso controlarían constantemente sus signos vitales y permanecerían atentos a cualquier cambio en su estado.

También le explicaron que, en algunas ocasiones, el efecto del sedante podía disminuir antes de lo esperado y el cuerpo podía reaccionar ante la presencia del tubo. Si eso llegaba a suceder, el personal médico estaría preparado para intervenir de inmediato y mantenerla estable.

El miedo seguía presente, pero su decisión estaba tomada. Sabía que había llegado el momento de confiar en los médicos, cerrar los ojos y dejar que hicieran todo lo necesario para ayudarla.

—¿Lista? —preguntó una de las enfermeras con suavidad, acercándose a ella.

Aylin cerró los ojos por un instante y respiró profundamente. Intentó reunir fuerzas mientras escuchaba los preparativos a su alrededor.

—Sí... —respondió con la voz entrecortada—. No hay vuelta atrás.

La enfermera le sostuvo la mano y le dedicó una pequeña sonrisa, intentando transmitirle tranquilidad.

Las enfermeras acomodaron cuidadosamente la camilla y comenzaron a trasladar a Aylin por el pasillo.

Mientras avanzaban, ella alcanzó a mirar por última vez las luces del hospital que se reflejaban sobre el techo. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

Poco a poco, el sedante comenzó a hacer efecto. Sus párpados se volvieron cada vez más pesados, hasta que finalmente cerró los ojos y quedó profundamente dormida.

Al notar que Aylin finalmente se había quedado dormida, las enfermeras aprovecharon aquel momento para trasladarla a Cuidados Intensivos. Movieron la camilla con cuidado por los pasillos del hospital.

Al llegar, el equipo médico comenzó a prepararlo todo para realizar la intubación. Sin perder tiempo, iniciaron el procedimiento con cuidado.

Al comprobar que permanecía profundamente dormida y no reaccionaba al procedimiento, los médicos decidieron ajustar la dosis del tratamiento para ayudar a que su cuerpo respondiera con mayor rapidez.

Después de varios minutos, terminaron de colocar el tubo que le ayudaría a respirar.

Aylin quedó conectada al respirador, con un tubo que recorría su garganta y varios cables adheridos a su cuerpo para controlar constantemente sus signos vitales. El catéter continuaba colocado y la vía intravenosa permanecía conectada a su brazo.

Las enfermeras comenzaron a revisar cada uno de los dispositivos y a comprobar que todo estuviera funcionando correctamente. Sin embargo, justo cuando terminaron, una de ellas notó algo que llamó su atención.

Varias lágrimas comenzaron a salir de los ojos de Aylin.

La enfermera se acercó inmediatamente y se las limpió con delicadeza utilizando una gasa.

Después volvió a revisar los monitores y comprobó que sus signos vitales permanecieran estables.

—Listo —dijo una de las enfermeras mientras anotaba el estado de Aylin en una hoja.

Terminó de escribir, colocó el documento dentro de una carpeta y la dejó a un lado de la camilla

Mientras avanzaban por el pasillo, Aylin miró por última vez las luces del hospital sobre ella. El cansancio apenas le permitía mantener los ojos abiertos y cada vez le resultaba más difícil distinguir lo que ocurría a su alrededor. Poco a poco, el sedante comenzó a hacer efecto. Sus párpados se fueron cerrando lentamente hasta quedar completamente dormida.

Mientras tanto, afuera de aquella habitación, las personas que más querían a Aylin esperaban con angustia alguna noticia. Ángel, sus padres, sus amigos y los pastores permanecían juntos, orando y tratando de mantener la esperanza. Cada minuto parecía hacerse eterno, pero ninguno quería alejarse del hospital sin saber cómo se encontraba.

Pasaron varias horas antes de que finalmente una enfermera saliera del área. Todos levantaron la mirada de inmediato y se acercaron, esperando escuchar alguna noticia.

—Aylin ya se encuentra estable en Cuidados Intensivos. Por ahora, el procedimiento salió bien.

Aquellas palabras provocaron un profundo alivio entre todos. Algunos cerraron los ojos para agradecer a Dios, mientras otros dejaron escapar las lágrimas que habían estado conteniendo durante horas. Aunque sabían que todavía quedaba un largo camino por recorrer, al menos podían respirar un poco más tranquilos.

La enfermera también les explicó que, debido a los protocolos de Cuidados Intensivos, las visitas serían bastante limitadas. Solo se permitiría el ingreso de una persona a la vez y durante quince minutos, con el fin de garantizar la seguridad y el cuidado de los pacientes.

Desde ese momento, cada visita se convirtió en un instante muy esperado. Quince minutos podían parecer poco tiempo, pero para quienes estaban afuera significaban la oportunidad de verla, hablarle y recordarle que no estaba sola. Aunque Aylin permaneciera dormida, cada persona que entraba encontraba la manera de acompañarla y darle fuerzas.

A los dos días comenzaron a pasar lentamente. Aylin continuaba en Cuidados Intensivos, bajo vigilancia constante y conectada a diferentes equipos que ayudaban a mantenerla estable. Afuera, su familia, Ángel, sus amigos y los pastores seguían esperando noticias, aferrándose a la esperanza de que pronto llegaría el momento en que ella pudiera despertar.

Cada jornada traía consigo nuevas preocupaciones, pero también pequeños motivos para seguir creyendo. Por ahora, lo único que podían hacer era esperar, orar y confiar en que Aylin continuaría luchando para salir adelante.

Había pasado una semana y dos días desde que Aylin seguía en el hospital. Aquel viernes, las alarmas de cuidados intensivos comenzaron a sonar y las enfermeras reaccionaron al instante al notar que estaba dejando de respirar por sí sola ya que los tubos le interrumpieron la respiración. Su presión y sus signos vitales descendieron rápidamente, hasta que por un momento el monitor dejó de mostrar señales estables. El equipo especializado entró para reanimarla y, como Ángel se encontraba en el mismo hospital, terminó siendo él quien tuvo que ayudar a hacerlo.

Mientras la reanimaba, sus manos temblaban y las lágrimas caían por su rostro. El miedo de perderla lo estaba consumiendo, pero no podía detenerse. Sabía que la vida de Aylin estaba en sus manos y que cada segundo contaba. Las enfermeras intentaron recuperar su presión una y otra vez; los primeros tres intentos no funcionaron, pero al

cuarto todo comenzó a estabilizarse y los signos vitales volvieron poco a poco a la normalidad.

Ángel se apartó y bajó la mirada mientras intentaba recuperar el aliento. Fue entonces cuando comprendió lo cerca que había estado de perderla. Si hubieran llegado unos minutos más tarde, Aylin podría haber sufrido anoxia cerebral, ya que el cerebro consume aproximadamente el 20 % del oxígeno de todo el cuerpo. Por eso, las neuronas son extremadamente sensibles a su ausencia y pueden comenzar a morir en menos de cinco minutos. Ángel había llegado a tiempo; había luchado por ella y, en aquel momento, había logrado salvarle la vida.

Después de lo ocurrido, pasó una semana más bajo vigilancia constante. Cada día transcurría entre análisis, medicamentos y la atención permanente del personal médico, hasta que finalmente llegó el martes, cerca de las cuatro de la mañana. Los nuevos análisis de sangre mostraron una mejoría significativa en su estado, una señal de que su cuerpo finalmente estaba respondiendo al tratamiento. Después de revisar los resultados y evaluar su evolución, los médicos tomaron la decisión de retirarle los tubos y trasladarla a una habitación común, donde podría continuar su recuperación sin la vigilancia intensiva a la que había estado sometida durante tantos días.

Cuando Ángel recibió la noticia de que Aylin finalmente había sido trasladada a una habitación, fue el primero en entrar. Sus padres y Elena habían decidido quedarse en casa para descansar después de tantos días de espera, preocupación y noches casi sin dormir. Al abrir la puerta, lo primero que vio fue a Aylin profundamente dormida. Por unos segundos se quedó quieto, observándola desde la entrada, como si necesitara comprobar que realmente estaba allí y que todo lo que habían vivido durante aquellos días finalmente había quedado atrás. Se acercó lentamente hasta la cama y tomó su mano entre las suyas.

Ángel permaneció a su lado durante horas, acariciándole suavemente las manos mientras esperaba cualquier movimiento que pudiera indicarle que estaba comenzando a reaccionar. El cansancio acumulado que, sin darse cuenta, Ángel se quedó dormido junto a la cama. Más tarde, una enfermera entró para revisar a Aylin y, al encontrarlos descansando, decidió no interrumpirlos. Cerró la puerta con cuidado y salió de la habitación, dejándolos disfrutar de aquel breve momento de tranquilidad.

A la mañana siguiente, Ángel comenzó a despertar poco a poco. Todavía adormecido, lo primero que hizo fue dirigir la mirada hacia la cama, esperando encontrar los ojos de Aylin abiertos. Sin embargo, ella continuaba dormida. Ángel se quedó observándola unos minutos, tratando de no perder la esperanza, hasta que una enfermera entró nuevamente en la habitación para revisar sus signos y comprobar cómo continuaba su estado.

—¿Aún no se ha movido? —preguntó la enfermera mientras revisaba los registros.

—No. Desde que la trasladaron aquí no ha mostrado señales de despertar.

La enfermera observó a Aylin durante unos segundos antes de acercarse a la cama.

—Tendremos que ayudarla a despertar. Necesitamos que pueda comer algo y, más tarde, hacerle un ultrasonido para comprobar cómo se encuentra la bebé después de todo este proceso.

—Está bien. Voy por un café entonces.

—Tranquilo. Nosotros estaremos pendientes de ella.

Antes de salir, Ángel se acercó a la cama. Se inclinó lentamente y dejó un pequeño beso sobre la frente de Aylin.

La enfermera se acercó nuevamente a Aylin y comenzó a llamarla con suavidad.

—Aylin... necesito que despiertes. Tenemos que ayudarte a incorporarte un poco.

Pasaron varios minutos antes de que finalmente reaccionara. El sedante que aún permanecía en su organismo hacía que cada movimiento le costara demasiado. Poco a poco, abrió los ojos y parpadeó varias veces, tratando de acostumbrarse a la luz.

Miró a su alrededor con confusión. Su cuerpo se sentía pesado y apenas podía moverse.

—Hola, Aylin... ¿cómo estás? —preguntó la enfermera con una sonrisa tranquila.

—Hola... Me siento débil.

—Es normal después de todo lo que has pasado —respondió la enfermera—. Voy a subir un poco la cabecera de la cama para que puedas sentarte. Después intentaremos que comas algo, aunque sea un poco.

La enfermera ajustó lentamente la cama, ayudándola a incorporarse sin hacer movimientos bruscos.

Aylin cerró los ojos por un instante mientras reunía fuerzas.

—Muchas gracias... —murmuró.

—No tienes que agradecerme. Ve despacio. Lo importante es que estás despierta.

Aylin apenas tenía fuerzas para moverse. Los cables seguían conectados a su cuerpo, mientras la vía intravenosa y el catéter continuaban formando parte de aquella rutina hospitalaria que parecía no tener fin. Con ayuda de la enfermera, logró incorporarse un poco en la cama.

Poco a poco comenzó a comer algunos bocados. No tenía mucho apetito, pero intentaba recuperar fuerzas. Mientras tanto, la enfermera revisaba sus signos vitales y controlaba constantemente su presión.

Después de unos minutos, Aylin levantó la mirada. Había algo que la preocupaba desde hacía rato.

—¿Sabe cómo está la bebé?

—Todavía no lo sabemos. En unas horas vendrá la doctora para hacerte un ultrasonido y revisar cómo se encuentra.

—Es que... me siento rara. No sé si es por todo lo que pasó o por algo más.

—Tranquila, Aylin. Vamos a revisar todo con calma. Más tarde vendrá la doctora y tendremos más respuestas.

La enfermera terminó de realizar sus revisiones y salió de la habitación.

Poco después, la puerta volvió a abrirse.

Ángel entró con una pequeña sonrisa al verla despierta. Se acercó lentamente a la cama, intentando ocultar la preocupación que todavía llevaba encima.

—Hola, mi amor... ¿cómo estás?

—Hola...

Ángel se sentó junto a ella.

—¿Cómo estás? —preguntó con preocupación.

—Supongo que bien... porque estoy respirando —respondió, intentando hacer una pequeña broma para quitarle un poco de peso al momento.

—Bueno, sí... eso es cierto —dijo, aunque su mirada seguía llena de preocupación—. Pero ¿no te sientes adolorida? ¿Lastimada?

—De todo un poco. Me dijeron que en unas horas me harán un ultrasonido para revisar cómo está todo.

—Solo espero que salga bien. Ya has pasado por demasiado... y lo único que quiero es que pronto puedas volver a casa.

—Yo también quiero irme.

—Ya necesitas descansar y disfrutar un poco de tus vacaciones —añadió Ángel, intentando sacarle otra sonrisa.

—Sí...

Ambos continuaron hablando durante un rato. Ángel intentaba distraerla con pequeñas conversaciones, buscando arrancarle alguna sonrisa mientras Aylin recuperaba poco a poco la fuerza en su voz después de tantos días intubada. Todavía le costaba hablar y cada palabra parecía exigirle un esfuerzo, pero tenerlo cerca le daba cierta tranquilidad.

Por un momento, todo parecía estar bien.

Sin embargo, aquella calma no duraría mucho.

Horas después, una enfermera entró en la habitación para trasladar a Aylin al área de ultrasonido. Ella siguió las indicaciones mientras Ángel permanecía a su lado, acompañándola como lo había hecho durante los últimos días. Ninguno de los dos imaginaba que aquel examen terminaría cambiando por completo el rumbo de aquella jornada.

Una vez en la sala, la doctora preparó el equipo y comenzó a realizar el ultrasonido. Aylin permaneció recostada, observando el rostro de la doctora mientras esta revisaba cuidadosamente la pantalla.

Ambos continuaron hablando durante un rato. Ángel intentaba distraerla con pequeñas conversaciones, buscando arrancarle alguna sonrisa mientras Aylin recuperaba poco a poco la fuerza en su voz después de tantos días intubada. Todavía le costaba hablar y cada palabra parecía exigirle un esfuerzo, pero tenerlo cerca le daba cierta tranquilidad.

Por un momento, todo parecía estar bien.

Sin embargo, aquella calma no duraría mucho.

Horas después, una enfermera entró en la habitación para trasladar a Aylin al área de ultrasonido. Ella siguió las indicaciones mientras Ángel permanecía a su lado, acompañándola como lo había hecho durante los últimos días. Ninguno de los dos imaginaba que aquel examen terminaría cambiando por completo el rumbo de aquella jornada.

Una vez en la sala, la doctora preparó el equipo y comenzó a realizar el ultrasonido. Aylin permaneció recostada, observando el rostro de la doctora mientras esta revisaba cuidadosamente la pantalla.

La doctora observó nuevamente la pantalla antes de acercarse un poco más a Aylin.

—Aylin... quiero que estés tranquila, pero tengo que decirte algo. Lo siento mucho... pero la bebé no presenta latidos.

—¿Qué pasó? —preguntó con la voz temblorosa.

—Al parecer, hubo una complicación con el cordón umbilical. Durante el tiempo que estuviste intubada no fue posible detectarla ni tratarla a tiempo. De verdad lo siento mucho.

La doctora continuó intentando controlar la situación. Sabía que Aylin se encontraba en un estado demasiado delicado y que cualquier decisión podía marcar la diferencia.

Después de revisar nuevamente los monitores, respiró profundamente y miró a Ángel.

—Tendremos que dejar que el proceso sea natural. A sus cinco meses, la bebé ya está bastante desarrollado. Voy a salir a preparar todo lo necesario.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—Los dejo solos por un momento.

La doctora salió de la habitación, dejando a Ángel junto a Aylin. Él permaneció a su lado, todavía intentando asimilar todo lo que acababa de ocurrir.

Sin pensarlo demasiado, Aylin terminó rompiendo en llanto.

—¿Por qué la vida tiene que ser tan injusta conmigo? —preguntó entre lágrimas—. Yo sabía que esto no iba a terminar bien. Desde el principio se lo advertí a las enfermeras, pero nadie me hizo caso.

Ángel la observó sin saber exactamente qué decir. Le dolía verla así, pero sabía que no podía dejarse vencer frente a ella.

—¿Por qué? —preguntó Aylin nuevamente.

—Tranquila. Todo va a estar bien, ¿sí? Vamos a salir de esta.

—A ti no te importa lo que me está pasando.

—Claro que me duele, demasiado —respondió Ángel—. Pero yo no puedo llorar frente a ti porque me necesitas. Si los dos nos derrumbamos, ¿quién va a seguir adelante? Dios sabe cómo hace sus cosas. Tenemos que confiar en que todo va a salir bien.

Aylin no volvió a decir nada.

En el fondo sabía que Ángel tenía razón en algo. No podía quedarse atrapada en el miedo. Por más difícil que fuera la situación, tenía que continuar. Ya no había nada que pudiera cambiar lo ocurrido; solo quedaba enfrentar lo que venía.

Poco después, la misma doctora regresó a la habitación.

—Bueno, ya está todo listo —dijo mientras se acercaba a Aylin—. Toma esto. Ayudará a que la bebé salga por sí sola.

—¿No me hará daño?

—No, tranquila. Es un medicamento que utilizamos en estos casos. Básicamente, comenzarás a sentir dolores parecidos a los de un parto. Cuando llegue el momento, tendrás que pujar y nosotros nos encargaremos de hacer el resto.

Después de tomar la pastilla, Aylin fue trasladada nuevamente al quirófano. Su cuerpo apenas tenía fuerzas después de tantos días en el hospital, de los procedimientos, del dolor y de todo lo que había tenido que soportar. Aun así, dentro de ella quedaba una última voluntad: terminar con aquello que la estaba desgastando.

Mientras avanzaba por los pasillos del hospital, permanecía agotada. Las luces del techo pasaban una tras otra sobre ella y el sonido de las ruedas de la camilla se mezclaba con las voces del personal médico. Ya no tenía energía para hablar; simplemente esperaba que todo terminara.

Al llegar al quirófano, el equipo médico comenzó a prepararla. Aylin reunió las pocas fuerzas que todavía le quedaban para pujar. Cada esfuerzo le provocaba dolor, pero sabía que tenía que continuar. No podía rendirse en ese momento.

Después de tanto dolor, de tantas horas de angustia y de una espera que parecía interminable, aquello había llegado a su fin.

Aylin estaba completamente agotada. Su cuerpo ya no respondía como antes y apenas podía mantener los ojos abiertos.

Las enfermeras, al notar que Aylin comenzaba a quedarse dormida, intentaron mantenerla despierta. Se acercaron a ella y comenzaron a llamarla suavemente.

—Aylin, necesitamos que intentes mantenerte un poco despierta. No cierres los ojos, ¿sí?

Aylin apenas tenía fuerzas para responder. Sus párpados pesaban y todo a su alrededor parecía volverse cada vez más distante. Sin embargo, sabía que quedarse dormida en una situación así podía ser peligroso, por lo que hizo un esfuerzo por obedecer.

Abrió los ojos nuevamente y trató de mantenerse consciente, aunque cada segundo le resultaba más difícil.

El personal médico terminó el procedimiento y, después de comprobar que se encontraba estable, preparó su traslado.

La llevaron nuevamente a su habitación.

Al entrar, las luces tenues y el silencio del lugar contrastaban con el movimiento constante del quirófano. La acomodaron cuidadosamente sobre la cama, conectaron nuevamente los equipos necesarios y revisaron sus signos vitales.

Aylin cerró los ojos.

No tenía fuerzas para hablar ni para pensar demasiado. Solo quería descansar.

Había terminado.

Y aunque todavía quedaba un largo camino por delante, aquel momento marcaba el final de una de las etapas más dolorosas que había tenido que enfrentar.

Finalmente, al día siguiente, después de realizarle los últimos exámenes de sangre y confirmar que su estado de salud se había estabilizado, los médicos le dieron el alta.

Antes de abandonar el hospital, le indicaron continuar con un medicamento preventivo y seguir cuidadosamente las recomendaciones necesarias para evitar cualquier complicación durante su recuperación.

Aylin salió de aquel lugar con heridas que todavía tardarían en sanar, algunas visibles y otras mucho más profundas. Sin embargo, también se marchó con la certeza de que, durante todo aquel tiempo, nunca había estado completamente sola.

Los días siguientes fueron mucho más difíciles de lo que había imaginado.

Aunque intentaba mostrarse fuerte frente a los demás, había momentos en los que el dolor se volvía demasiado pesado. Entonces las lágrimas aparecían sin que pudiera detenerlas.

Había perdido a la bebé que tanto había esperado; aquella pequeña vida que durante meses había imaginado conocer, abrazar y ver crecer. Para Aylin, no se trataba simplemente de una noticia médica. Era la despedida de una ilusión que había comenzado a construir desde el momento en que supo que sería madre, un sueño que también había imaginado compartir junto a Ángel.

Había días en los que levantarse de la cama parecía una tarea enorme. Todo a su alrededor continuaba con normalidad, pero para ella algo había cambiado para siempre.

Aun así, Aylin intentaba levantarse cada mañana.

Escuchaba las palabras de su familia, aceptaba el cariño de sus amigos y encontraba refugio en su fe. Poco a poco, aprendía a atravesar aquel dolor sin exigirle a su corazón que olvidara lo sucedido.

Sabía que sanar no sería rápido.

Pero también comprendía que, aunque aquella pérdida siempre formaría parte de su historia, su vida todavía tenía capítulos por escribir.

Sin embargo, después de todo lo ocurrido, ambos comprendieron que necesitaban comenzar una nueva etapa en sus vidas. Aquella experiencia les había demostrado lo frágil que podía ser la vida y cuánto dolor habían acumulado durante los últimos años.

Aylin decidió pedir una referencia para comenzar un proceso de atención psicológica. No quería hacerlo únicamente por lo que acababa de vivir en el hospital; también necesitaba sanar heridas que llevaba consigo desde mucho antes. Quería aprender a enfrentar su pasado, entender todo aquello que la había marcado y, poco a poco, recuperar la tranquilidad que había perdido.

Ángel estuvo de acuerdo en acompañarla en ese proceso. Aunque al principio pensó que sería principalmente por Aylin, pronto reconoció que él también necesitaba sanar muchas cosas. Había situaciones de su pasado que nunca había enfrentado realmente y emociones que había aprendido a esconder detrás de sus acciones.

Ambos fueron reconstruyéndose lentamente, apoyándose el uno en el otro y recuperando poco a poco aquella conexión que alguna vez creyeron perdida.

Hasta que llegó un domingo.

Después de volver a servir y atravesar juntos aquel proceso de duelo, Aylin y Ángel subieron nuevamente al altar para cantar durante el culto. Para ellos, no era solo una canción; era una manera de demostrar que, a pesar de todo lo que habían vivido, seguían de pie y habían encontrado fuerzas para comenzar de nuevo.

Al terminar el culto, mientras los demás celebraban y se despedían, Aylin y Ángel bajaron del altar. Sus miradas se encontraron y ambos sonrieron con una tranquilidad que antes parecía imposible.

—¿Viste? Sí pudimos salir de todo esto... apoyándonos el uno en el otro —dijo Aylin con una pequeña sonrisa.

Ángel la miró con cariño y tomó su mano entre las suyas.

—Sí... Creo que, si tú no hubieras llegado a mi vida, no estaría aquí.

Aylin bajó la mirada por unos segundos. Sus palabras habían tocado una parte de ella que todavía guardaba con cuidado. Después volvió a mirarlo y sonrió con ternura.

—Y algún día tendremos nuestra familia—dijo—. Esto no termina aquí.

Ángel soltó una pequeña risa, intentando aligerar la emoción del momento.

—¿Ah, sí? ¿Y si vamos donde todo empezó y hacemos otro hijo?

Aylin abrió los ojos, sorprendida, y enseguida negó con la cabeza entre risas.

—¡Ángel! No seas así.

—Era una broma —dijo entre risas—. Aunque... sí me gustaría volver al mar esta noche.

Ambos sabían que aquel lugar guardaba recuerdos difíciles, pero también significaba el comienzo de algo nuevo entre ellos.

—Entonces vamos —respondió ella finalmente.

Después de despedirse de todos, ambos subieron al carro y emprendieron nuevamente el camino hacia aquel lugar que se había convertido en algo especial para ellos.

Al llegar, Ángel bajó del carro y observó la playa durante unos segundos antes de mirar a Aylin con una sonrisa tranquila.

—¿Qué hacemos primero? ¿Subimos o vamos directo al mar?

Aylin miró hacia el apartamento y luego volvió la mirada hacia él con una pequeña sonrisa.

—Primero subimos.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que tomarnos en serio esa idea.

Ángel se quedó mirándola unos segundos, hasta que pareció entender a qué se refería. Una risa escapó de él mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué idea? —preguntó, fingiendo no recordar.

Aylin soltó una pequeña risa y comenzó a caminar hacia el apartamento.

—No seas mal pensado —respondió entre risas—. Mejor vamos a subir y a relajarnos.

—Está bien, está bien. Tú mandas.

—Por supuesto —contestó Aylin, girándose para mirarlo—. Y no empieces con tus ocurrencias.

—Yo no he dicho nada.

—Pero te conozco.

Ambos continuaron caminando hacia el apartamento entre risas, disfrutando de aquella tranquilidad que por un momento parecía hacer que todo lo demás quedara lejos.

Ambos entraron al lugar que guardaba tantos recuerdos: conversaciones difíciles, decisiones importantes y momentos que habían marcado sus vidas. Sin embargo, aquella vez todo era diferente. Ya no llegaban cargados de dudas ni de miedo, sino con la felicidad de saber cuánto habían logrado superar juntos.

Después de pasar un rato en el apartamento, decidieron bajar nuevamente a la playa.

El sol comenzaba a esconderse lentamente en el horizonte mientras caminaban por la orilla, dejando que las pequeñas olas rozaran sus pies. Durante unos minutos no necesitaron decir nada. Simplemente disfrutaron de aquel instante, del sonido del mar y de la tranquilidad que durante tanto tiempo habían buscado.

Aylin dirigió la mirada hacia el horizonte y dejó escapar una pequeña sonrisa.

Aquel lugar había sido testigo de muchas etapas de su vida. Allí había tenido miedo, había tomado decisiones difíciles, había llorado, había perdido y, con el tiempo, también había encontrado nuevas razones para seguir adelante.

Ángel tomó su mano y continuó caminando a su lado. Ambos siguieron avanzando por la orilla, dejando atrás todo aquello que alguna vez les había hecho daño y abrazando la paz de estar juntos después de haber superado tanto.

—¿Sabes algo? —dijo Ángel con una sonrisa mientras contemplaba las olas—. Antes pensaba que este lugar era especial únicamente por todo lo que vivimos aquí.

Aylin lo miró con curiosidad, entrelazando suavemente sus dedos con los de él.

—¿Y ahora?

—Ahora creo que es especial porque, a pesar de todo lo que ocurrió, seguimos aquí... juntos.

Las palabras hicieron que una pequeña sonrisa apareciera en el rostro de Aylin. Se acercó un poco más y apoyó la cabeza sobre su hombro mientras continuaban caminando a la orilla del mar.

—Nunca imaginé que mi historia terminaría así.

—Yo tampoco imaginé todo lo que tendríamos que enfrentar. Pero me alegra saber que, después de todo, no tuvimos que hacerlo solos.

—Creo que, después de todo, aprendimos algo —dijo con una sonrisa tranquila—. Que amar no significa que todo será fácil. Significa que, incluso cuando las cosas se complican, habrá alguien dispuesto a quedarse y luchar por lo que realmente importa.

Ángel la abrazó durante unos segundos, dejando que el sonido de las olas llenara aquel pequeño espacio entre los dos.

—Por eso no creo que nuestra historia termine aquí —murmuró—. Creo que apenas estamos comenzando.

Ambos permanecieron en silencio, observando cómo el sol desaparecía poco a poco detrás del horizonte. Aylin tomó la mano de Ángel y entrelazó sus dedos con los de él mientras contemplaba el mar. Por un momento, su mente regresó a todo lo que había vivido: a los días felices, a las decepciones, a las personas que llegaron a su vida y también a aquellas que tuvo que dejar ir. Recordó las veces que creyó que ya no podía seguir, las noches en las que el dolor parecía ser más fuerte que ella y aquella pérdida que había cambiado su manera de mirar la vida.

También recordó a quienes estuvieron a su lado cuando más lo necesitaba. Las palabras de quienes la ayudaron a levantarse, la iglesia, la danza y cada pequeño paso que dio para volver a sentirse ella misma. Comprendió que sanar no había significado olvidar lo sucedido, sino aprender a vivir con ello sin permitir que el pasado decidiera quién sería de ahí en adelante. Había aprendido que pedir ayuda no la hacía débil, que llorar no significaba rendirse y que comenzar nuevamente no borraba todo lo que había vivido.

Pensó también en las personas que habían formado parte de su historia. Algunas le dejaron heridas, otras enseñanzas y algunas simplemente estuvieron cuando más las necesitaba. Incluso Ángel había sido parte de ese aprendizaje. Su historia no había sido perfecta; habían cometido errores, se habían lastimado y habían tenido que aprender a perdonarse. Sin embargo, ahora entendía que amar no significaba encontrar una vida sin problemas, sino encontrar la voluntad de cambiar, aprender y seguir adelante cuando ambos realmente querían hacerlo.

Aylin miró nuevamente el horizonte y sonrió. Ya no era la misma muchacha que había llegado a aquel lugar cargando preguntas, miedo y heridas que no sabía cómo sanar. Había perdido, había llorado, había caído y muchas veces había pensado que no encontraría una salida, pero también había descubierto que siempre podía levantarse una vez más. Todo aquello que alguna vez creyó que la destruiría terminó enseñándole algo sobre ella misma: que era más fuerte de lo que imaginaba y que incluso después de los momentos más oscuros podía volver a encontrar un poco de luz.

Quizás esa era la verdadera enseñanza de su historia. La vida no siempre ocurre como uno la imagina. A veces rompe planes, separa personas, deja heridas y obliga a comenzar desde cero. Pero también puede regalar nuevas oportunidades, personas que llegan en el momento indicado y motivos para volver a sonreír. Aylin comprendió que no necesitaba tener todas las respuestas sobre el futuro; por primera vez, estaba tranquila con simplemente avanzar y descubrir lo que vendría.

Miró a Ángel y apretó suavemente su mano mientras ambos caminaban hacia el agua. Las olas rodearon sus pies y, por unos segundos, los dos volvieron a reír como si todo lo demás hubiera desaparecido. Aquella playa no solo había sido el escenario de una historia de amor; había sido testigo de pérdidas, encuentros, despedidas, perdones y nuevos comienzos. Había sido el lugar donde Aylin comprendió que su historia nunca se trató únicamente de encontrar a alguien que la amara, sino también de aprender a amarse, perdonarse y volver a confiar en la vida.

Mientras el sonido del mar acompañaba sus pasos, Aylin entendió que algunas historias no terminan con un punto final. Algunas simplemente cambian de capítulo. Después de todo lo que había vivido, todavía quedaban muchas páginas por escribir, y esta vez no tenía miedo de descubrir qué había al otro lado de ellas. Sonrió mientras seguía caminando junto a Ángel, sabiendo que, aunque no conocía lo que vendría, estaba lista para recibirlo.

Porque su historia no terminaba aquella tarde.

Después de tanto dolor, por fin estaba aprendiendo a vivir.

Y ahora, por primera vez, estaba lista para escribir su propia historia.

FIN

Agradecimientos

Llegar al final de esta historia es una satisfacción enorme. Cada página, cada personaje y cada momento de esta novela fueron construyendo poco a poco un mundo que hoy llega a su último capítulo.

Quiero agradecer a Dios por acompañarme durante este proceso, por darme inspiración, paciencia y creatividad para transformar ideas en palabras y convertirlas en una historia que espero pueda llegar al corazón de quienes la lean.

También agradezco a todas las personas que, de una u otra manera, me apoyaron mientras escribía. A quienes me dieron palabras de ánimo, escucharon mis ideas, tuvieron paciencia con mis momentos de inspiración y me motivaron a continuar hasta terminar este proyecto.

Espero que entre sus capítulos hayan encontrado momentos que los hicieran sonreír, reflexionar, emocionarse y, sobre todo, recordar que incluso después de las etapas más difíciles siempre puede existir un nuevo comienzo.

Esta historia llega a su final, pero espero que las emociones, las enseñanzas y los personajes permanezcan un poco más en la memoria de quienes la acompañaron hasta aquí.

Gracias por leer.